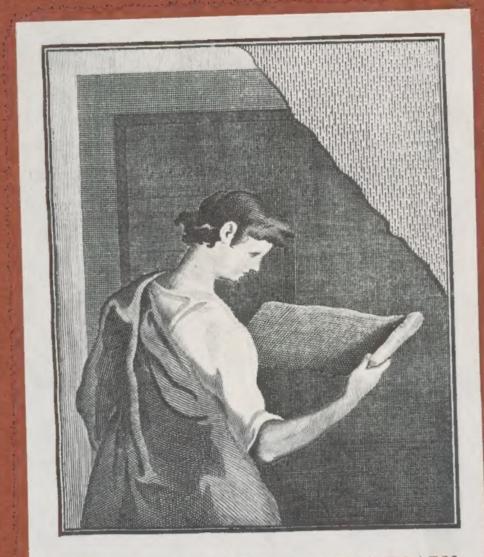
LA ILUSTRACION ARTISTICA



THE J. PAUL GETTY MUSEUM LIBRARY

ILUSTRACION ARTISTICA

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MAS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNIFICA COLECCION DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO IV. — AÑO 1885

NX
1
I29
v.4

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NÚMS. 309 Y 311

1885

INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN EL CUARTO TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL CUARTO TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

SUPLEMENTOS ARTISTICOS Y PÁGINAS QUE CONTIENEN SU DESCRIPCION



AÑO IV —BARCELONA 5 DE ENERO DE 1885— NÚM. 158

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LOS PERITOS, cuadro por B. Lowith.

SUMARIO

OTRO AÑO

A los empeñados en volvernos hácia la triste vida animal, de cuyo fatalismo inorgánico y orgánico hemos emancipado la parte primera y más noble del sér, les opondremos en todo evento; no sólo esta razon y esta palabra, tan etéreas, tan divinas, tan creadoras; no sólo este sentimiento y esta idea de la solidaridad con toda nuestra especie que ninguna otra especie conoce aquí en la tierra; sino tambien la facultad, verdadera característica nuestra, de retroceder con el recuerdo á lo pasado y anticiparse á lo porvenir con la esperanza; dando una ley de nuestra sensibilidad como el tiempo á toda la Creacion, á todo el Universo. Cuanto más demostrada veo la identidad completa de la cal que compone ahora nuestros huesos con la cal del horno y del camino; cuanto más la química me persuade á mirar como uno solo y mismo el oxígeno de la estrella Sirio y el oxígeno de mi pecho y de mis pulmones; cuanto más las raíces de mi organizacion se mezclan á las raíces de los demás organismos y mi sangre se acerca de suyo á la sangre vertida en las carnicerías y mi respiracion se confunde con la respiracion de todas las familias animadas y terrestres, contribuyendo con mi aliento á la respiracion vegetal como el aliento de la espiracion vegetal contribuye á mi respiracion; cuanto más veo identificarse y confundirse la vida material humana en el océano sin límites del sér y de la vida universal del mundo, más ¡oh! me persuado allá en mi profundo é íntimo interior á creer que ha escrito las obras maestras del entendimiento, y levantado á lo alto en suaves melodías místicas oraciones, y encendido las antorchas del saber, y pintado los cuadros deslumbradores, y puesto el cincel en las estatuas como las mieles y aromas de la poesía en los corazones, aquel agente misteriosísimo, que no puede ninguna experiencia de la física ni de la química traer á mis ojos y á mis manos, pero que sensible, activo, libre, racional dentro de lo existente y de lo posible sólo puede parecerse y acercarse por su grandeza y por su espiritualidad á Dios, quien lo ha criado y le ha concedido reflejos de su inteligencia incomunicable á la razon, rayos de su amor inextinguible al sentimiento, y el don de la inmortalidad á su vida.

Un año se pone ahora y otro nace, como en esos ocasos de alguno dias en que toca el sol enrojecido al occidental extremo del horizonte y se aparece por el opuesto extremo la luna llena, plateada y hermosa. ¡Qué triste la conclusion del año para cuantos reducen su vida, como los animales, al corto radio de la utilidad propia, en epicúreo egoismo; y así como no han padecido con la pasion de aquellos que fueron ya, no esperan ni gozan de modo alguno con la mejora y emancipacion de los que vendrán á vivir vida superior en sociedades más adelantadas y más perfectas! Pero cuantos sabemos que si la tierra gira con uniformidad sobre su eje, produciendo á este movimiento de rotacion el dia con su noche; y gira en torno del sol, produciendo á este movimiento de traslacion el año con sus estaciones; el espíritu humano tiene al tiempo, es decir, al segundo, al minuto, á las horas, á los años, á los siglos como agentes creadores de un progreso continuo; cuantos sabemos esto, esperamos en Dios ver cuajarse los ideales, con que tantas veces hemos en toda nuestra vida soñado, y bruñirse nuestro planeta, opaco naturalmente, al áureo éter de las revelaciones contenidas en el verbo divino de la humana ciencia. El movible curso de los tiempos corre por la inmóvil eternidad como el movible curso de los rios corre por el sólido é inmóvil cauce. Los instantes del tiempo se parecen á los puntos de la línea y á los átomos del cuerpo. De minutos componen los siglos su duracion; de puntos los astros sus órbitas; de términos las religiones y las ciencias sus series; de moléculas imperceptibles la fábrica del Universo toda su materia. Mas para ver cuánto y cómo crea el tiempo, fijaos en las piedras graníticas y en su composicion geológica; en la forma de los cristales primitivos, tan alejados de la vida vegetal y animal por su ígnea sustancia; en los montes volcánicos y en las rocas llenas de cuarzo, gigantes llamas petrificadas y frias; en los pórfidos y serpentinas de dureza tan firme y de colores tan vivos; fijaos en estas bases de nuestra tierra, y despues de haberlas juntado con los terrenos de acarreo impelidos y formados por las aguas caidas en diluvios varios de un aire apénas respirable por lo denso y eléctrico, decidme cuánto no ha necesitado el tiempo, cuántos años como los que ahora vienen y se van con esta rapidez, para producir la rosa y el jazmin con que aromais vuestras estancias y el grano de trigo con que satisfaceis el hambre y nutrís el cuerpo.

Las analogías de todas las cosas, áun de las más apartadas en los espacios inaccesibles; la identidad completa de todos los efectos, derivados de una sola causa; lo mucho que se parecen el amor y la muerte ó el tiempo y la eternidad; tales semejanzas misteriosas nos inspiran ideas consoladoras, al concluir un año y comenzar otro, siquier nos acerquemos á la vejez y á la muerte, por el torrente continuo de la vida impelidos y arrastrados. ¿Qué seria de nosotros, infelices, qué seria, si permaneciéramos fijos en una edad, siquier se llamase la juventud y tuviese sus pasiones, esa juventud, por la cual suspiramos conforme corremos en la existencia y distinguimos el término de la carrera?

¿Qué seria de nosotros, si no tuviésemos la muerte, parados eternamente, ya en ilusiones sin realidad, ya en esperanzas sin cumplimiento, ya en desengaños sin consuelo, ya en terribles y crónicas enfermedades sin remedio? No morir jamás y por consecuencia no saber la falta que hacemos en el mundo; las lágrimas que arrancamos á los séres queridos; el total juicio que recibimos de la posteridad; remando siempre sin descanso y sin saber á qué puerto abordaremos despues de nuestra navegacion incesante por la inmensidad y por lo infinito. Cada nuevo año nos recogemos dentro de nosotros mismos y nos orientamos en los caminos de la vida, sabiendo cómo todos ellos convergen á un punto muy oscuro, si lo miramos con los ojos de carne, muy espléndido si lo miramos con los ojos espirituales, al sepulcro. Si el tiempo es creador y los ministros de su creacion perpetua y continua son los años, este año que ahora llega, dará como un golpe de cincel más á la estatua de la humanidad, que forman los siglos á la continua; y traerá un poco de luz y de calor al humano espíritu en su perfeccionamiento; y purificará el aire ó hermoseará la tierra para que pueda mejor apropiarse á su fin de templo sacratísimo donde la criatura humana y el Criador se encuentran y se comunican, como el sacerdote y su Dios, por medio del arte, de la religion y de la ciencia. Si todas las verdades para brotar y producir necesitan de tiempo, imaginad vosotros, los que sembrais, cómo ha pasado ya un año más sobre la siembra de ideas, y cómo tambien os vais acercando á otra primavera nueva, la cual con su calor vivificante, con su soplo tibio, con su amor fecundo, henchirá de nidos y de flores toda la tierra y de consuelos y esperanzas todos los corazones.

Aquel que intentara quedarse fijo en la edad juvenil, creyendo la vida toda ilusiones, amores, fiestas, pareceríase al viajero del apólogo indio, quien, de alimentos necesitado, pasó por un campo de arroz, y no quiso fijarse para nada en él: pasó por un campo de trigo, y no le hizo caso alguno; mas luégo, se detuvo ante una floresta de rosas, creido, á no dudarlo, de que los aromas varios y los colores y las mariposillas y tanta hermosura le darian sabrosos frutos para sustentarse y vivir; ilusion fútil, esperanza engañosa, deseo fantaseado é irrealizable, que le costó la vida, pues los rosales no dan fruto alguno propio para nuestra nutricion y sustento. Ya se ve, al entrar en cierta edad madura de la vida, las Navidades no tienen aquellos poéticos encantos que guardaban para nosotros en la infancia. No suenan ya en los oidos tan melodiosamente como en otro tiempo, el ingrato rabel y la hueca zambomba; no paladeamos con tanto gusto el sabor dulcísimo de los turrones y de las frutas; no corremos desalados en torno del Nacimiento de carton cubierto con las argentadas arenillas de cristal molido y poblado con las toscas figuras representativas del ángel, de los pastores, del pesebre, del buey, de la mula, del niño recien nacido, del sacro matrimonio extático ante su aparicion, de los Reyes Magos conducidos por una estrella, la cual, pendiente de móvil alambre, y dorada por pobre oropel, parece más grande y brilla más á los ojos de la inquieta infancia que las estrellas de verdadera luz en la inmensidad del firmamento. Dolerse de que aquella candidez y de que aquel regocijo se hayan acabado, y de que la idea de Cristo haya crecido en nuestra conciencia y en nuestro ánimo, por la conviccion adquirida de haber vivificado y esclarecido con su lumbre y con su calor otro mundo, en cuyo seno han concluido los siervos y los tiranos, quienes convertidos en hombres y ciudadanos comulgan todos en la unidad del Dios vivo, identificada indisolublemente con la unidad del humano derecho; dolerse de tal superior concepto alcanzado por la reflexion y por el estudio, paréceme un desvarío tan grande como dolerse de arribar á la madurez, al equilibrio de las facultades, á la sumision de las pasiones, á la razon en fin, por contar un año más, que si nos acerca la muerte ¡ah! nos acerca tambien el cumplimiento de los fines supremos y de los ideales hermosos en nuestra pobre vida.

EMILIO CASTELAR

NUESTROS GRABADOS

LOS PERITOS, cuadro por B. Lowith.

Cada mortal sirve en este mundo para lo que sirve, y siempre que un hombre habla ó discurre de lo que entiende, se coloca á la altura de los grandes maestros y su voto es tan respetable como el del sabio más latinudo que produjo Salamanca. En nuestro lienzo la cuestion, despues de todo, no carece de importancia: calificar un vino, sobre todo cuando este vino es del Rhin, y resolver si ese primoroso líquido (léase líquido caro) es un compuesto de agua y vinagre ó simplemente un vino sin alcohol y con sus ribetes de agrio, problema es que no se encuentra al alcance de todos los catadores.

Compréndese, por lo mismo, que los personajes de nuestro cuadro procedan con todo detenimiento ántes de emitir su voto, que hasta puede influir en los destinos políticos de los pueblos. Calcúlese, si no, que el príncipe de Metternich es uno de los primeros cosecheros de ese vino, cuyas cepas convierten en delicioso verjel las dos orillas del Rhin desde Maguncia á Colonia, y sáquese la cuenta de lo que podria ocurrir si en medio de las importantísimas funciones de aquel diplomático, se enterase de que hay quien se atreva á calificar su Johanisberg de pasable manzanilla ó de vulgar chacolí.....

Por fortuna, los inteligentes de nuestro cuadro declaran excelente el vino que catan, opinion que se trasluce en la expresion de su semblante. No haya temor, por lo tanto: subsistirá el equilibrio europeo, por más que los jueces de la bodega pierdan acaso el suyo propio.

El autor de este cuadro, jóven de 24 años, lo ha expuesto en Munich donde ha sido felicitado merecidamente por la verdad de sus tipos y firmeza de su ejecucion.

UN MERCADO DE CABALLOS EN POLONIA, cuadro por A. Wiernsz-Kowalski

El pueblo de Polonia ha perdido hace muchos años su libertad y su independencia, que fueron durante largo tiempo los elementos constitutivos del país eslavo. Destruida su nacionalidad, sujeto al yugo opresor del receloso moscovita, olvidado por completo de la mision que soñó para él Boleslao el Grande, vive con bastante atraso la vida del labriego y tiene todas las buenas y las malas condiciones del pueblo que se atrasa en el camino del progreso; es sobrio, hospitalario, físicamente fuerte; pero en cambio es ignorante, supersticioso y tradicionalista hasta la exageracion.

La agricultura es casi exclusivamente la fuente de riqueza de los polacos; pero sus tierras se encuentran mal repartidas, y esto reduce á sus cultivadores á un estado de servidumbre perpetua, el ménos á propósito para despertar en ellos uno de esos impulsos viriles que dan en tierra con los destructores de las nacionalidades.

Tienen del comercio una idea tan atrasada que lo dejan monopolizar por los judíos y los alemanes y tienen de estos una idea tan mezquina que frecuentemente, para expesar la existencia de tres personas reunidas, dicen: dos hombres y un aleman. La circunstancia de hallarse el comercio ejercido principalmente por judíos, explica el hecho de que pertenezcan á esta raza los dos hombres que figuran en primer término de nuestro cuadro, completamente distintos de los polacos en tipo y en traje. Un mercado caballar supone algo de mercantilismo, siquiera sea en forma bastante primitiva, y de aquí la presencia de los israelitas que poco á poco se hacen dueños del ganado, de la ganadería y del ganadero.

Un pueblo en tales condiciones se encuentra muy distante de su resurreccion.

EL CANTOR AMBULANTE, cuadro por Tito Conti

Los soldados han tomado posesion de la bodega y áun cuando la escena no ha degenerado en orgía, hay en ella cierta animacion que el artista ha reproducido acertadamente.

Ameniza el acto uno de esos cantores ambulantes, mitad trovadores, mitad histriones, tan comunes en la Edad media. A juzgar por sus ademanes exagerados, al buen hombre le atormenta más el hambre que la inspiracion. La parte de auditorio que le está atenta, hace justicia á su mérito, es decir, que se le rie en sus barbas. ¡Pobre cantor! Vagabundo de oficio, pide á un arte que no posee lo que debiera obtener de un trabajo honroso; y cuando su garganta seca se niegue á proferir un solo grito, gracias si pasa á su estómago vacío una copa de vino, que se le indigestará por falta de lastre. Tan bien bebido como mal alimentado, su vigorosa naturaleza se quebrantará rápidamente, y un dia cualquiera se lo encontrarán cadáver en una encrucijada y le enterrarán de limosna y refunfuñando, sin que la más humilde cruz recuerde á ese Ausias March de los bodegones.

¡Qué lástima! Pudo ser un buen soldado ó un excelente labrador y su ningun amor al trabajo le ocasionó más trabajos que los doce de Hércules.

El cuadro de Conti está bien compuesto: sus figuras son expresivas; los diferentes grupos no carecen de movimiento. Ha sido expuesto en Florencia y elogiado con razon por los inteligentes.

GORI GORI.....
Cuadro de Domenico Morelli, dibujado por P. Vetri

El autor de este cuadro se ha propuesto dar á conocer la indiferencia con que se ejercen ciertas profesiones, por muy importantes que sus funciones sean. Así ese bienaventurado religioso entona el himno santo con tal fuerza de costumbre, que en verdad nadie acertaria á definir si de sus labios sale un *Te-Deum* ó un *De profundis*.

Es un verdadero modelo del hombre que obra maquinalmente, una fina sátira del que cumple sus deberes de una manera automática, sin comprender que Dios ha puesto en la criatura racional un destello de su genio, para que en ella se llame inteligencia lo que en el bruto se llama simplemente instinto.

Los representantes extranjeros en la Conferencia de Berlin

En uno de nuestros números anteriores insertamos los retratos de varios de dichos representantes; hoy incluimos en este los de los enviados de las restantes naciones, y entre ellos el del infatigable Stanley, á quien tanto debe la geografía por sus arriesgadas exploraciones en el *Continente negro*, y que figura en la conferencia como enviado de la Sociedad Africana belga.

LA CAJA DE ALERCE

POR DON F. MORENO GODINO

I

En el verano de 1870, á las diez de la noche, un elegante birlocho, con la capota enteramente baja, se desliza ba rápidamente por el camino de travesía que conduce desde Madrid al cercano pueblo de Pozuelo de Alarcon.

Lo fresco del aire y las emanaciones que despedian las plantas indicaban que hacia poco habia llovido, pero la tierra seca durante mucho tiempo absorbió el agua bienhechora de un chaparron que debia haber sido tan corto como violento, y aunque la luna se reflejaba todavía en algunos inmóviles charcos, estos eran pocos en un gran espacio de terreno.

Excepcion hecha del birlocho y de un viajero que marchaba sin mucha prisa, en todo lo que abarcaba la vista el camino estaba desierto.

Al llegar á un sitio en que este se divide en dos, torciendo una esquina formada por la tapia que rodea á la Real *Casa de Campo*, el frágil y elegante carruaje desapareció á la vista del viajero que maquinalmente le seguia con la mirada; pero en el mismo instante oyó el ruido de un choque y un agudo grito.

Corrió, torciendo á su vez la tapia y no tardó en ser testigo de un lamentable incidente; al dar la vuelta, demasiado refrenado y sin detener su carrera, el caballo habia tropezado en un monton de piedras y el noble animal, caido al suelo de costado, manoteaba entre los guijarros esparcidos. El birlocho estaba literalmente hecho pedazos; un lacayito hallábase tendido en tierra; pero el viajero no acudió á su socorro, sino que acercándose al carruaje, abrió cuanto pudo la capota de este, que tocaba al suelo, y vió con asombro que estaba vacío.

Durante un momento pudo creer que se trataba de un vehículo en que dentro no iba nadie; pero mirando en derredor, vió en seguida, sobre la morena tierra de un campo en barbecho, un bulto negro y blanco, de característica forma.

Aproximóse y encontró una mujer inmóvil y privada de sentido, cuya cabeza estaba medio hundida en la húmeda yerba.

Jóven y vigoroso, el viajero tomó en sus brazos á la desdichada criatura, y sin detenerse á prodigarla cuidados que hubieran sido incompletos, ni cerciorarse de si vivia aún, se dirigió con su *preciosa carga*, andando muy de prisa, hácia una casucha cercana, por cuya ventana salia el resplandor de una luz.

Momentos despues, golpeaba con el pié la puerta del solitario edificio, y en seguida abrióla una mujer en traje de campesina.

II

La víctima del vuelco que en pocas líneas acabamos de narrar, recobró muy pronto el conocimiento. Arrojada por el choque sobre un terreno húmedo todavía, no se habia hecho daño alguno y sólo el susto habia motivado el desmayo, pero su traje estaba en deplorable desórden; su vestido negro de lana, sus medias de seda blanca, la guarnicion de su enagua bordada, sus deliciosas botitas de chagren y su cuello de encaje; todo estaba grandemente ajado y manchado.

Tenia las manos, la cara y hasta el cabello salpicados de una especie de arcilla pegajosa.

Tan luégo como vuelta en sí vió, ó mejor dicho sintió su estado, experimentó un estremecimiento de vergüenza, de disgusto y de horror, semejante al que tendria un armiño al que un cruel muchacho arrastrase hácia una sentina; y pidiendo agua, con gran sobrexcitacion, se lavó las manos y el rostro en el rincon más oscuro de la pieza á donde habia sido conducida. Despues dijo algunas palabras en voz baja á la campesina que la habia dado hospitalidad y se trasladó con ella á otro cuarto próximo, sin dar gracias á nadie, sin informarse de nada y exclusivamente ocupada de sí misma.

El viajero que habia acudido á su socorro, á quien daremos el nombre de Federico Moran, habia permanecido discretamente separado en un lado de la pieza, en donde explicó á los moradores de la casa, que pertenecia á un peon caminero, las causas del accidente. La familia de aquel se reducia á su mujer, la jóven campesina, y á dos hijos de corta edad.

Fueron todos á enterarse del estado del caballo y del lacayito; encontraron á este limpiándose sangre que tenia en la cara y el barro que salpicaba todo su traje; pero en buen estado y sin más que algunas rozaduras en la nariz y en la oreja izquierda; pues á semejanza de su señora, cayó sobre tierra blanda, experimentando únicamente el aturdimiento del golpe.

Levantaron al caballo, que cojeaba de uno de los remos delanteros, y le condujeron á un cobertizo con honores de cuadra.

Trascurrida más de una hora, presentóse en la pieza exterior de la casa la incógnita á quien Federico habia llevado en brazos como á un niño durante algunos minutos. En este tiempo el jóven viajero, silencioso y pensativo, sin responder apenás á las curiosas preguntas de los dueños de la vivienda, daba vueltas en su imaginacion respecto á quién podia ser aquella mujer, que parecia pertenecer á la clase acomodada, y viajaba sola, de noche, en un carruaje de lujo, guiado por ella con una audacia, ó mejor dicho, con una imprudencia dignas de un inglés excéntrico.

—Es muy linda—pensaba el jóven—no obstante sus manchones de barro.

Luégo, haciéndose cargo de aquella carrera á toda brida:

—No puede por ménos de ser ó una fuga ó una cita,—se decia abismado en sus suposiciones,—pero en resumidas cuentas ¿qué hago aquí yo? parece como que espero á que me dé las gracias. Probablemente pasará la noche en esta casa; debo enterarme por última vez de su estado y continuar mi camino. A lo que parece ni ha notado mi presencia... bien es verdad que en semejante situacion..

III

Estando Federico en este monólogo mental, abrióse una puerta y se presentó la dueña de la casa seguida de una jóven vestida como vulgarmente se dice en traje de *paleta*, con el cual estaba encantadora.

Era la señora del birlocho.

Dirigióse á Federico y le tendió la mano, diciendo:

—¡Gracias, caballero, muchas gracias!

Inclinóse él para tocar con sus labios los finos dedos de la mano que le presentaban; pero ella la retiró con viveza, añadiendo:

—¡Oh! no, V. olvida dónde estamos.

En este momento presentóse el lacayito, medio cubierto el rostro con un pañuelo.

—¿Te has hecho mucho daño, Francisco?—preguntóle su ama.

—Poca cosa, señora; dos ó tres arañazos.

Despues repuso aquella dirigiéndose á los dueños de la casa:

—He aceptado vuestra hospitalidad, amigos mios, pero no es justo que os moleste; id, pues, á vuestros quehaceres ó de lo contrario me veré en la necesidad de dejaros.

Los campesinos permanecieron silenciosos.

—Ahora nos toca á nosotros, mi generoso salvador—repuso la dama apoyándose familiarmente en el brazo de Federico.—Entre tanto que estas buenas gentes *confeccionan* una tortilla que me han ofrecido, vamos á enterarnos del estado de ese pobre Arrogante, que es un buen caballo por todos conceptos.

Los dos jóvenes, asidos del brazo, salieron de la casa.

—Señora—dijo Federico—es inútil que V. se moleste; el carruaje está hecho pedazos y el caballo cojo.

—¡Pobre animal!—exclamó la dama, y luégo, con un tono coquetamente imperativo, repuso:

—¿Cómo se llama V.?

—Federico Moran.

—¿En qué se ocupa V.?

—Tengo una pequeña renta y además pinto.

—¿Vive V. por aquí cerca?

—Por ahora sí. He alquilado por dos meses una casita cerca de Pozuelo.

—¿Adonde sin duda iba V. cuando ha acudido en mi socorro?

—Sí, señora; habia salido ya la diligencia, y como el camino es corto y la noche está buena, no quise quedarme en Madrid.

—¿Tiene V. prisa? ¿le esperan á V.?

—No, señora, soy libre y vivo solo.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Le seria á V. desagradable acompañarme durante lo que falta de noche?

—Es un favor que no me atrevia á pedir á V.

—Nada de lisonjas. ¿Tiene V. apetito?

—Haria honor á una cena, señora..

Despues de haber estado en la cuadra á ver á Arrogante, que se hallaba enteramente estropeado, volvieron á entrar en la casa.

—Francisco—dijo la señora dirigiéndose á su criado—¿tendrias miedo de ir á Villaviciosa?

—¿Por qué, señora? Ya falta muy poco.

—Pues bien, tan luégo como tomes un refrigerio, te vas despacito. Me han dicho que la diligencia pasa por aquí á las siete y media de la mañana; si hay asiento me iré en ella. Si á las ocho no estoy en el pueblo, venid á buscarme con un vehículo cualquiera; aunque sea con un burro.

—Está bien, señora.

—¿Piensa V. dormir?—preguntó la dama á Federico.

—Ni un minuto.

—Se lo pregunto á V. porque yo determino pasar la noche sentada en una silla.

—Y ¿por qué? Ya podrán arreglar á V. una cama.

—Yo no puedo dormir más que en la mia. Además una noche se pasa pronto.

—Estando al lado de V...

—¡Todavía! Los hombres no pueden curarse de sus malas mañas.

IV

La señora hizo honor á la cena; comió como una campesina. Sencilla, pero siempre cariñosa y elegante, tomó en sus brazos á uno de los niños y le colmó de mil graciosas caricias; estaba admirable de aplomo y de atractiva coquetería.

Federico la miraba extasiado, y los dueños de la casa agradeciendo en silencio aquellas tiernas y naturales demostraciones hácia su vástago.

Terminada la cena, y por voluntad expresa de la señora, aquellas buenas gentes se fueron á recoger.

A poco tiempo roncaban apaciblemente.

Sentado sobre un taburete, á alguna distancia de un desvencijado sofá en donde la dama se habia dejado caer, Federico la contemplaba en silencio y ella no parecia contrariada por esta muda contemplacion.

—Daria cualquiera cosa—dijo la linda incógnita—porque mi tio pudiese verme en este traje.

—Aún le chocaria más mi presencia aquí, señora.

—No mucho; mi buen tio no se asombra fácilmente; pero no hablemos de lo que no puede ser—y luégo, con una brusca transicion, repuso:

—¿Tiene V. talento?

—Señora...

—Es verdad, no puede V. responder á esta pregunta impertinente y no obstante algunos conozco yo... En cuanto á mí, soy aficionada á las artes; pero no á todos los artistas. Respecto á V. hay algo que habla en su favor; V. busca la soledad que sólo es mala consejera para las organizaciones vulgares. Vamos, cuénteme V. en qué se ocupa.

Los dos jóvenes se engolfaron en una conversacion en la cual Federico pudo mostrarse tal cual era. Pasadas dos horas ambos hablaban como antiguos conocidos. El pintor tuvo el tacto de evitar el vulgar vocabulario de la galantería insípida, eludiendo toda pregunta indiscreta. Tocaron varios temas, pero excluyendo el del amor.

—Tiene V. talento y fe, caballero—dijo la dama,—y aunque este elogio no sea enteramente oportuno, yo tengo la fatal costumbre de decir todo lo que pienso.

Despues, por medio de una de sus habituales transiciones, repuso:

—¿Fuma V.?

—No, señora

—No dice V. la verdad; veo asomar una petaca al bolsillo de su cazadora.

El jóven bajó los ojos.

—Sé por mi tio, el *tormento* que experimenta un fumador que no puede satisfacer su... vicio. Salga V. un ratito á fumar.

El pintor obedeció.

V

El cielo, tachonado de estrellas, estaba magnífico.

Las misteriosas voces de la noche hacian aún más atractivo el silencio de los campos. La brisa fresca y olorosa mecia blandamente las altas ramas de algunos olmos vecinos.

En tal sitio y momento todo debia predisponer á un alma de artista á la contemplacion, pero la imaginacion de Federico estaba demasiado ocupada en un objeto real. Lanzando bocanadas de humo de su cigarro, trataba de definir el encanto con que habia influido en él su rara y seductora compañera de velada.

—¿Quién es esa mujer?—se decia.—Ella habla de talento, y el suyo... es tal que cuesta trabajo darse cuenta de él.. Es más instruida que yo, de seguro... No he hallado nada más original.. En un salon estará deliciosa... quizá no tanto como aquí, ó tal vez de otro modo. ¿Será casada, viuda ó soltera? ¿Honrada ó... ¿Habrá peligro en amarla?

Fatigado de estos pensamientos, y habiendo acabado de fumar, volvió á entrar en la casa, andando de puntillas.

La dama estaba dormida, en una posicion encantadora, con un codo apoyado en el brazo del sofá y descansando la cabeza sobre una mano.

Sus negros cabellos, que se escapaban del pañuelo de *paleta* que los cubrian, rodeaban dos mejillas blancas y tersas como el marfil; sus facciones inmóviles ofrecian, no obstante su delicadeza, una expresion noble y severa.

—Se parece á la Vírgen de Foligno,—pensó el pintor.

Admiró durante mucho tiempo aquella hermosa cabeza con la aficion de hombre y de artista. Al notar la calma imponente de aquella suave fisonomía, se sorprendió al verla fruncir los labios y entreabrirlos para exhalar un suspiro; sin embargo, parecióle que la nube que acababa de oscurecer aquel rostro inmóvil, era más bien efecto de una preocupacion pasajera que de un dolor constante. Evidentemente, despierta aquella mujer no ocultaba nada.

—¿Qué edad tendrá?—pensó Federico.—Todo lo más veintidos años. ¿Me será permitido profundizar este enigma viviente? ¡Dichoso el hombre á quien ama ó... amará!

El resplandor del alba y el ruido que hicieron al levantarse los dueños de la casa despertaron á la hermosa dormida que, ayudada por la buena campesina, volvió á vestirse su primitivo traje, limpio, en lo posible, del barro que le habia manchado.

—Prefiero un golpe á una mancha—observó la bella incógnita mirándose de piés á cabeza—y desgraciadamente todavía tengo algunas.

Oyóse el ruido de un carruaje que se aproximaba.

—Es el coche de Villaviciosa, señora,—dijo la campesina.

—¡A Dios gracias!—exclamó la dama.

Federico, con el corazon oprimido, permanecia silencioso.

—Caballero—dijo aquella,—ha sido V. muy amable y muy bueno para conmigo, no lo olvidaré—y al decir estas palabras le alargó la mano, pero no con la espontaneidad de la noche anterior.

—¿Volveré á ver á V., señora?—preguntó el pintor con reprimida ansiedad.

—¿Usted lo desea?—contestó la dama sonriendo.

—Más que nada en el mundo.

—¡Oh! eso es demasiado.



UN MERCADO DE CABALLOS EN POLONIA, cuadro por A. Wiernsz-Kowalski



EL CANTOR AMBULANTE, cuadro por T Conti

—¡Ah! señora—exclamó Federico, juntando las manos en ademan suplicante y con los ojos húmedos—se lo ruego á V.

—Bien, ya veremos... Ya sé su nombre de V., déme sus señas. ¿Por qué me da V. las de Madrid?—repuso mirando una tarjeta que le habia dado el pintor.

—Porque mañana pienso trasladarme á Madrid.

Federico siguió el más tiempo que pudo con la vista á la diligencia que se llevaba á su compañera de noche

Una voz interior murmuraba en el alma del artista:

—¿Es la dicha ó la desgracia que se aleja?

VI

Mi amigo Federico Moran era, y afortunadamente es todavía, un jóven guapo, amable y despejado. Alto, bien formado, rubio sin ser soso, y de modales distinguidos no tenia ese aspecto singular y á veces extravagante que con razon suele reprocharse á los artistas. En su estudio reinaba un órden perfecto que no carecia de gusto y una mujer elegante hubiera podido visitarle sin arrepentirse.

El jóven pintor habia tenido algunos trapicheos amorosos, pero estas efímeras relaciones no interesaron á un corazon orgulloso y delicado; hubiera sido un excelente marido; pero él no pensaba en casarse.

Hombre honrado en toda la extension de la palabra y buen amigo, tenia Federico un trato muy agradable; pero aunque extensamente relacionado, el simpático artista tenia pocos aunque buenos amigos.

Iba á cumplir veintiseis años, poseia una renta de veintidos mil reales y vendia algunos cuadros.

Como pintor era una medianía distinguida, y él lo conocia; no obstante pintaba algunas buenas acuarelas y países. No tenia ambicion ni de gloria ni de dinero. Además estaba abocado á heredar á una tia suya bastante rica.

La perfeccion relativa del héroe de esta historia seria incontestable á no estar oscurecida por un defecto. Aunque dotado de buen corazon y de recto sentido, dejábase á veces influir por el recelo. No sabia distinguir la calumnia de la maledicencia, influian en él los anónimos y por un contrasentido, siendo muy honrado, se inclinaba casi siempre á pensar mal.

Algunos dias despues de la aventura con que comienza esta verídica narracion, invitado por Federico á almorzar, me trasladé á su estudio. Le hallé en compañía de un amigo suyo y mio, llamado Manuel Rojas, artista tambien y que comenzaba á adquirir reputacion como miniaturista.

Despues de almorzar alegre y suculentamente, Manuel y yo preguntamos á Federico en qué se habia ocupado durante su ausencia de Madrid; pero él, aunque nos habló de su género de vida y de sus cuadros hechos ó pensados, guardó reserva respecto al extraño incidente del camino de Pozuelo. Nosotros lo supimos algun tiempo despues.

Un cambio notable se habia operado en el aspecto y lenguaje de nuestro amigo y nos sorprendió no poco el que él se extendiese en pintorescas descripciones de esos pobres alrededores de la coronada Villa que tienen poco que alabar.

¡Efectos del amor!

(Continuará.)

LA TIPLE

—Tengo una hija que se ha sentido tiple aunque de menor edad, como V. comprenderá, porque apénas ha cumplido diez años.

Esto me decia un padre de tiple.

—¿Apénas ha cumplido? ¿Ha estado enferma?—le pregunté.

—No, á Dios gracias, pero digo apénas, como si dijera «tiene diez años escasos.»

—Lo cual tambien estaria perfectamente dicho, porque una persona que cuenta cierto número de años escasos, es una persona para quien hay años especiales, escasos.

—Pues ello es que la chica tiene voz, al parecer, y un oido... es decir, dos, porque V. es tan materialista.

—Muchas gracias.

—Y yo, como V. comprenderá, procuro que se desarrolle.

—¿Quién? ¿la chica, la voz ó el oido?

—La chica y el oido y la voz. es un diamante en bruto, cuyo valor futuro no puede ser apreciado.

Y efectivamente, aquella pobre niña de diez años *escasos* era víctima de los cuidados de la familia.

—¿Quieres refresco? Pues no hay refresco; al contrario: una taza de caldo con huevos.

—Pero papá...

—Nada, hija mia; tú no puedes apreciar el tesoro que tienes en la garganta.

¿Salir al paseo? Solamente en dias muy claros y con el cuello abrigado, aunque fuese en estacion calurosa.

—¡Cuántos cantantes se han desgraciado por una imprudencia!—exclamaba el profesor de la niña.

La pobrecita pasaba los dias en un grito.

Entre leccion de solfeo y prácticas aquella boquita de tiple prematura no cesaba de vomitar notas, de sol á sol.

Para los vecinos la diva en flor era insoportable.

Un señor cesante, que habitaba pared por medio de la cantante, en un piso interior, careciendo de medios para mudar de habitacion, se suicidó.

El resto del vecindario atribuyó la criminal resolucion del cesante á los gorjeos de la tiple.

Algunos se quejaron al dueño de la finca.

Otros se mudaron.

—¡Qué país tan refractorio para el arte!—me decia el papá de la perla en bruto,—para que soportaran la vida en Italia.

—¿Qué, hay allí muchas tiples en borrador?

—¡Parece mentira que me pregunte V. esas cosas! ¿Pues no sabe que es el país de la música? ¿La patria del *bel* canto?

La persona que no ha disfrutado esas primicias artístico-musicales, en su vecindad, no sabe lo que es martirologio.

Acostarse oyendo los primeros lamentos del genio musical, despertar sobresaltado por los quejidos matutinos de una cantante que sufre la comezon del triunfo vocal; esto es pasar la vida en un *jipío*, como dicen los *flamencos*.

No deseo á Vds. hijas ni esposas semifusas, porque en igualdad de circunstancias físicas, son preferibles las escritoras y ¡cuidado que es preferir!

La jóven que va para tiple se desarrolla como las flores delicadas en climas impropios: dentro de un invernadero.

En la familia nadie merece cuidados ni consideracion más que la cantante futura.

Si tiene hermanos, nadie piensa en las quintas, más que los interesados.

El padre y la madre, lo mismo que los chicos que no vocalizan, pueden vestir de cualquier manera.

Para la tiple son los lujos y los adornos.

—Animal,—murmuraba el padre susodicho, dirigiéndose á un hermanito de la tiple,—nunca te ves harto de manjares, ni satisfecho de diversiones

—¡Es claro! como yo no soy tiple, á Dios gracias....—replicaba el chico, por lo bajo, consiguiendo algun puntapié como razon decisiva.

¿Permitir que algun danzante, de príncipe abajo, enamorase á la jóven? Antes asesinarla.

—El arte es un sacerdocio, y la persona que le cultiva no puede permitir que los profanos la manchen.

En cierta ocasion protestaba la chica, diciendo:

—Pero, papá, si Alfredito no mancha; es muy limpio.

—Si V. quiere conservar la vida de su familia,—replicó indignado el padre,—no vuelva á proferir palabras tan libidinosas: una frase, una sola que inspire á ese mono un asomo de esperanza, y habrá muerto.

La muchacha escribió al mono:

«Querido Alfredo (ó Alfedro, que en ortografía tambien empleaba los bemoles): Mi padre no te quiere, ni pintado.

(El chico parecia efectivamente una acuarela barata é incunable.)

»Me veo forzada á optar entre el arte y tú: lo primero es mi porvenir; lo segundo es mi felicidad.

»No puedo ser tuya, porque he empeñado mi palabra de ser de Meyerbeer, Donizzetti, Verdi, Gounod y otros señores igualmente respetables en muerte y en vida, respectivamente.

»Soy muy desgraciada con esta dicha que me dió naturaleza: esta voz es la que pregona nuestra eterna separacion.

»Papá es muy... músico y seria capaz de desafinarte si te hallara en mi camino.

»Adios. la gloria me espera: olvídame.»

Como quien dice:

«La sopa está en la mesa.»

La *diva* ha nacido para el público, artísticamente hablando: cuanto no es arte es profanacion.

Rompe á cantar en italiano, porque en ese idioma rompe la mayoría con más facilidad.

Pero como no todas las que rompen, llegan, muchas se ven obligadas á traducirse, gradualmente, al castellano y al flamenco.

Su vida es un poema.

Durante los primeros albores, nadie que no conozca la vida de entre bastidores, puede calcular quién es una tiple.

Desde el avisador hasta el cuerpo de coros de ambos sexos inclusive, todos la admiran, todos la adulan, todos la reverencian y consideran honor la servidumbre.

Una doncella *á dos*, la visten, otra la lleva la cola del vestido, otra el enjuagatorio entre cajas.

Los abonados la persiguen, los maestros la miman, el empresario la sirve de caballerizo en pié.

Flores, coronas, brillantes, serenatas, banquetes, todo es para la diva, que lo admite, por supuesto, pero afectando desden, como si quisiera significar:

—Más merezco.

Pero ¡cuán pocas llegan á tanto esplendor!

Las hay que apénas lanzan el primer quejido musical, cuando el público pide que las corten el hilo empresarios ó directores.

La chica de diez años escasos, de quien me hablaba su padre, fué una de esas.

Su padre, despues de valerse de las influencias de todos los ministros, capitanes generales, magistrados, y representantes de todas las potencias en España, consiguió que un empresario *sacase á las tablas* á la niña.

Debutó en una ópera cuyo título no recuerdo.

Pero, vamos, con lo que *debutó* fué positivamente con una silba de prima donna mayor de edad.

Reincidió y volvieron á silbarla.

Hace pocas noches encontré al papá.

—¿Y la niña?—le pregunté,—¿dónde canta ahora?

—Pues abrazó el género puramente español, el buen género, y ahora canta....

—¿En la Escala?

—No, sobre un tablado en un café de cante: su madre toca las palmas.

EDUARDO DE PALACIO

EL EGOISMO

APUNTES MORALES

Desde que el primer hombre puso su planta sobre este gran proscenio destinado á dar universal cabida á sus representaciones, no ha dejado de verse en accion la inmensa desdicha que hace de cada pueblo un rival, de cada individuo un contrario, y es como yunque en el cual se forjan todas las cadenas, y martillo que remacha todos los eslabones.

¿Quién armó la diestra fratricida de Caín, encendió el odio de Saul, inspiró la sacrílega traicion á Judas?

¿Quién puso la incendiaria tea en manos de Neron, el látigo del déspota en las del vencedor de Valeriano, el hacha del verdugo en las de Cromwell?

Todos esos impulsos, y muchísimos otros, no reconocieron sino un mismo móvil.

El egoismo es hálito que empaña todos los espejos de la vida; esponja que absorbe todos sus manantiales; nube que engendra todos sus dolores: es el vicio más general y desastroso del hombre.

Todos los séres animados tienen una inclinacion natural que les lleva á buscar el placer y á huir del dolor.

El egoismo consiste en querer hacer de esa inclinacion la regla exclusiva de sus actos.

Las escuelas filosóficas y las sectas religiosas siempre se han mostrado en este asunto divididas por una gran cuestion.

Este móvil, ¿es el único que dirige al hombre? ¿No existe ningun otro, completamente independiente del interés personal, que se nos presente con un carácter particular? ¿Fuera del interés, y por encima de él, no hay obligacion y deber?

Esta es la gran cuestion del sensualismo y del espiritualismo. Uno de tantos motivos de reñida lucha entre los hombres de Platon y los de Aristóteles.

Segun la doctrina sensualista, en su primer grado, el hombre habria consumado por completo la ley de su organizacion, cuando hubiese satisfecho todos sus apetitos materiales.

Evidentemente esta doctrina no basta á dar cuenta de todas nuestras inclinaciones.

A pesar de tener buena habitacion y estar bien alimentados y vestidos, sentimos que nos falta cumplir una obligacion cuando dejamos que un individuo de nuestra especie que está cerca de nosotros carezca de alimento y de ropa con que cubrir su desnudez.

Para explicar esta desviacion del egoismo, se ha inventado la ley de la simpatía. Se ha dicho que sufrimos en nuestros semejantes, y que si al parecer preferimos algunas veces su bienestar al nuestro, es por evitar el mayor dolor que nuestro sistema nervioso experimentaria ante el espectáculo de su miseria.

La explicacion no es suficiente. Por viva que sea la simpatía que sienta un pobre obrero por su compañero de miseria, no hay duda que sufre más por su propia hambre que por la de otro; y sin embargo, ¡cuántos se han visto que han partido un pedazo de pan, con frecuencia insuficiente para uno solo! ¡cuántos han recogido en su familia un huérfano, sacrificando así el sentimiento más simpático que existe, el amor paternal!

Dos albañiles estaban en un andamio en el remate de un edificio; el uno era soltero, y el otro padre de familia; la tabla, demasiado débil para resistir el doble peso, se dobló y amenazó romperse; el soltero vió que resistiria no teniendo que sostener más que á uno sólo, y en el supremo instante gritó á su compañero: ¡Adios! tú eres más necesario que yo; sosténte firme.—Y se precipitó, salvándose el otro.

En el incendio del órgano de una iglesia, un bombero sostenia el pié de una escalera vertical en la cual trabajaba uno de sus compañeros; el plomo y el estaño comenzaron pronto á derretirse, á correr y calcinar las manos del que sostenia la escalera; si la dejaba, el otro era perdido irremisiblemente; no la dejó; pero una hora despues tuvieron que amputarle los dos brazos.

¿Se dirá que tales héroes se sentian animados del temor de experimentar en sus semejantes un sufrimiento mayor que el suyo propio? Nadie se atreveria á sostenerlo.

¿Podia tampoco influir en ellos la esperanza de una gloria póstuma, cuando apénas algunos testigos olvidadizos habian de conocer su sacrificio? No es ménos insostenible.

El deseo de adquirir renombre tampoco basta á explicar los actos de esa clase de hombres para quienes parece estar más reservado este poderoso móvil. El soldado mata y se hace matar con la seguridad de que jamás se hablará de él ni siquiera en la más insignificante gacetilla.

Y si la idea de la gloria no es la que siempre anima al soldado que se conduce con la mayor bravura, que afronta la muerte atacando los reductos erizados de mortíferas baterías, y cae en la oscuridad de la noche, fusilado en las tinieblas y sin testigos de su valor, ménos debe ser el temor del castigo ó el deseo de la recompensa material

lo que sostenga en todas ocasiones su valeroso aliento. Porque no hay cruces, ni grados, ni pensiones para el que queda envuelto en las sombras de la noche, bajo el sudario ingrato del olvido, confundido entre otros míseros cadáveres, y en cuanto á las penas corporales, no creemos que ni áun en Turquía se encuentre quien se haga matar para librarse de unos cuantos golpes.

Lo mismo sucede en el curso ordinario de la vida. Hay sin duda individuos cuya moral se halla circunscrita á las prohibiciones del Código; pero existen tambien muchos que no se contentan con ser honrados precisamente lo indispensable para no sufrir la punicion de las leyes. Hay quien se abstiene del mal y practica el bien sabiendo que la ley no recompensa sino muy pocas veces y deja de castigar muchas.

Sin embargo, se dice que el crímen siempre encuentra su castigo, y la virtud su recompensa, áun en este mundo. El perjurio, el robo, el asesinato, no se ven constantemente castigados en este mundo por la justicia divina ni por la de los hombres. Pueden desgraciadamente esperar la impunidad. Un César Borgia terminó sus dias, despues de tantos crímenes y perfidias, con la muerte de los héroes, y nuestros libros sagrados nos muestran más de un malvado que murió cargado de años y de honores.

¿No se ven además atentados idénticos conducir á unos al cadalso y á otros á la cumbre de los honores y el poder?

Se dirá que la conciencia espera al culpable en su hora postrera. La conciencia, ese *instinto divino*, como la llama Rousseau, castigará al ambicioso, al disoluto, al asesino, al avaro. Convenimos que podrán sentir haberse equivocado en los medios de alcanzar la felicidad; pero para que sientan el remordimiento es necesario que haya intervenido otra cosa más que el solo deseo de vivir y morir felices.

Batida en este mundo mortal, la doctrina sensualista se refugió en la vida venidera. Ilustres doctores han sostenido no sólo que el hombre seria castigado ó remunerado despues de su muerte segun sus méritos, sí que no debe hacerse el bien sino con la esperanza de obtener el cielo. Segun ellos, Dios no recompensa los actos del justo porque hayan sido buenos, sino que sus actos son buenos porque recibirán recompensa.



GORI, GORI.. cuadro de Domenico Morelli, dibujado por P. Vetri

¡Poderoso móvil, el de las recompensas y penas eternas, que debe al parecer determinar en todas circunstancias nuestro libre albedrío de una manera irresistible! Sin embargo, si fuese cierto que el temor del infierno y el deseo de las beatitudes celestiales bastasen á guiarnos por el sendero de la vida, no se veria de seguro un solo creyente que cayera en esos *errores de cálculo* que llamamos *crímenes*. Y no obstante, hay individuos que creen en Dios «hasta temblar,» segun la admirable expresion del apóstol San Jaime, y se cubren de toda suerte de infamias, como el supersticioso Luis XI de Francia, Enrique III de Alemania, Enrique VIII de Inglaterra, Felipe II, y tantos otros de que está plagada la historia.

«¿Se atreverán á decir,—observa Bayle,—que los cristianos que se cruzaron para las expediciones á la Tierra Santa, no tenian religion, cuando dejaban su patria para ir á hacer la guerra á los infieles, cuando creian ver ángeles y santos á la cabeza de sus ejércitos, cuando no hablaban sino de prodigios y de milagros? Fuera necesario haber perdido la razon para concebir la menor sospecha de ateismo en gente como aquella; y sin embargo, cometió los mayores desórdenes que hayan podido oirse, de suerte que los cristianos á quienes fueron á defender, llegaron á odiarles tanto como á los turcos y sarracenos, sus mortales enemigos.»

Hé ahí una gente imbuida en la idea de las penas futuras, para quien esta idea no sirvió de freno.

¿Qué hay, pues, que concluir? Que el interés personal, que el egoismo, sea cual fuere la forma que adopte, que se encierre en los goces materiales del individuo, que tome el nombre de simpatía, que se trasforme en amor á la gloria, que busque los goces y tema los sufrimientos de la conciencia, que coloque más allá de la tumba el objeto de sus esperanzas y sus motivos de miedo, el egoismo es una hipótesis que no da cuenta de todos los actos de los hombres.

Dios castigará al malvado. Sin duda; pero para que Dios le castigue, es necesario que haya sido verdaderamente malvado, sin lo cual no será sino un desgraciado. «Si debiéseis ser condenado por haber hecho el bien,—ha dicho San Clemente de Alejandría,—todavía fuera necesario hacerlo.» Y Santa Teresa de Jesus: «Quiero extinguir el infierno y quemar el cielo, á fin de que no se ame á Dios sino por él mismo.»

Amar á Dios por él mismo, es en lenguaje humano amar y practicar la justicia sin temor y sin esperanza; lo contrario no es amar á Dios, sino á sí mismo; no es hacer el bien, sino practicar la usura. ¿Y cómo se podria imaginar que el amor de sí mismo merezca las remuneraciones del cielo, cuando de fijo no es un título al reconocimiento de los hombres?

San Ambrosio, el que detuvo al emperador Teodosio á la puerta de su iglesia, despues de la matanza de Tesalónica, dando así un noble ejemplo á los prelados venideros, escribió: «El cristiano no debe pedir recompensa de su virtud.»

Es dulce, es consolador, es razonable creer que el justo no muere por completo, que el mártir que se ha sacrificado por la patria sin obtener otra cosa que el insulto, la prision, el destierro, ó el cadalso, ha de encontrar al fin en un mundo mejor la paz y la gloria que á nuestro juicio le son debidas; pero de hecho muchos se sacrifican sin pensar en la felicidad celestial. Bajo el punto de vista de la equidad, el que afronta algunos dolores pasajeros en cambio de la eterna beatitud, no es un mártir, es un calculador juicioso.

«Buscad primeramente el templo de Dios y su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas.

»Y así no andeis cuidadosos por el dia de mañana, porque el dia de mañana á sí mismo se traerá su cuidado;»—ha dicho San Mateo.

Y en efecto, el bien y la recompensa son cosas profundamente distintas. El bien es porque es: *Ego sum qui sum*. Enlazarles y confundirles, hasta el punto de decir que el objeto del hombre es adquirir los goces celestiales, es poner el efecto en el lugar de la causa. «Los preceptos sólidos, estables, fundados en la naturaleza, no pueden ser dados,—ha dicho un sabio,—sino por los que hacen de la honradez el solo, ó el principal objeto que se debe desear para sí mismo.»

El derecho y el deber existen, pues, independientemente de toda consecuencia. El bien por realizar, se nos presenta con un carácter de obligacion que no tiene necesidad de ser sancionado por los terrores ó los apetitos del egoismo. El hombre desea sin duda la felicidad; pero por

LOS REPRESENTANTES EXTRANJEROS EN LA CONFERENCIA DE BERLIN



BARON DE COURCEL
representante de Francia



H. M. STANLEY
representante de la Sociedad Africana belga



VON KIND
representante de Dinamarca



EL DR. BUSCH
sub-secretario de Estado

Representantes de Alemania



VON KUSSEROW
consejero de legacion



CONDE DE KAPNIST
representante de Rusia



VAN DER HOEVEN
representante de Holanda



VAN SER STRAATEN-PONTHOZ

Representantes de Bélgica



BARON LAMBERMONT

encima de la felicidad, do quiera la coloque, pone aún otra cosa, la ley del deber y del sacrificio.

Dia vendrá quizás en que esos dos principios de accion se confundan casi en uno solo, y en que el bien particular esté de tal modo unido al bien general, que casi no haya ya lugar al sacrificio. Es el límite á que tiende lo que llamamos *progreso*, sin que jamás seguramente se pueda alcanzar. Para acercarse á él, es preciso ante todo no relegar el sacrificio á la esfera de las acciones raras y heróicas, abandonando al egoismo puro las cosas ordinarias de la vida. Es necesario, en las circunstancias más comunes, poner en práctica la divina máxima: «Todo lo que quereis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo tambien vosotros con ellos.» Son excepcionales las ocasiones en que nos es dado verter la sangre por la patria, y áun esto solo les está reservado á algunos privilegiados; pero á cada instante podemos aliviar á nuestro hermano tomando parte de su carga, ó por lo ménos podemos dejar de hacerle sufrir.

Estad dispuestos, pues, á arrojaros á la sima de Curcio, ó á precipitaros á través de las llamas para salvar no sólo á vuestra madre, sí que al más humilde de vuestros prójimos.

Y si no hay ruina ni incendio, sentíos bastante fuertes para practicar la igualdad con los que os rodean, esto es, para no preferiros á ellos en ninguna cosa; sabed hacer callar en vosotros la vanidad, que hiere, reprimir la incuria, que vive del trabajo de los demás, libraros, en fin, de esos mil pequeños defectos que bastan á envenenar la vida, porque la vida se compone de pequeños acontecimientos.

Si sois incapaces de ello, no hableis de Roma y de Atenas, de Décio y de Leónidas. No digais que sereis grandes ciudadanos en un momento dado; esperando el momento, que quizás nunca llegue, no sereis sino unos egoistas.

Y siendo unos egoistas, os despojais de cuantos derechos pudierais tener á la consideracion de vuestros semejantes.

¿El que todo lo quiere para sí, qué derecho tiene á exigir ni á esperar nada de los demás?

El egoismo entraña sus efectos contraproducentes; es como el manzanillo, que da la muerte al que comete la torpeza de buscar una sombra amiga bajo sus deletéreas ramas.

JUAN JUSTO UGUET

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON.



AÑO IV — BARCELONA 12 DE ENERO DE 1885 — NÚM. 159

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SIN HOGAR, dibujo de María Laux

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Otro año.—De 1884 á 1885.—Viaje monótono.—Peste y terremotos.—La enfermedad de la vida.—El fuego.—Lucha épica entre una chispa de fuego y un átomo de nieve.—Supersticion y ciencia.—El único modo de triunfar.—Los tres Reyes magos.—Juguetes.—El poema de la barbarie suprimido.

Otro año más. 1884 ha desaparecido. Sustitúyelo 1885. Cambio de nombre, continuacion de la misma obra. Nada varía, si no es la superficie de las cosas. Un año de guerras concluye y le sigue un año de pestes. Acaban los 12 meses del cólera y empiezan otros 12 meses de terremotos. La humanidad sufre hoy como ayer, lo mismo bajo los rayos diurnos de la luz eléctrica que envuelta en la famosa claridad de las teas con que las edades primitivas alumbraron sus errores. El hombre va dejándose en cada mes una ilusion, un mechon de cabellos y un diente, como la oveja va dejándose una vedija de lana en cada zarzal del camino. De 84 á 85 hay una diferencia: hemos ascendido un escalon, hemos aumentado nuestro pasivo, hemos disminuido nuestro activo, somos más viejos, tenemos más experiencia y ménos esperanza. Hemos entrado en el grado inmediato de la enfermedad que llamamos vida; enfermedad de que se cura irremisiblemente al fin y al cabo, con ayuda de los médicos que creen rematarnos la existencia con una pócima, cuando lo que hacen es aliviarnos para siempre de una dolencia.

Sí: la vida es una fiebre que empieza con el delirio incoherente de la niñez, sigue luégo la alta calentura de la juventud, viene más tarde el reposo de la virilidad y acaba el estado febril con el aplanamiento de la edad caduca.

1884 y 1885... no confío en los guarismos finales que parecen indicar que ha habido cambio de programa político. Venís á lo mismo que vuestros antecesores. Venís á llevaros nuestra juventud.

* * *

Dias funestos para Andalucía son estos en que escribo. Leyendo los relatos que el corresponsal de *El Imparcial* en Granada refiere, hay motivo para imaginar si estaremos pagando ahora alguna horrenda deuda de crímenes y miserias que nos hayamos dejado olvidada. Pero no: la teoría mística de que Dios envia al hombre desgracias como la que ha hecho de Alhama y Albuñuelas y otros veinte pueblos más un monton de ruinas, será todo lo teológica que se quiera, pero no convence al ánimo del hombre piadoso que ve en Dios todo el bien y la condenacion del mal.

Un terremoto es, segun la ciencia, un estremecimiento de ese obrero incansable, que en las entrañas de la tierra tiene establecido su taller: hablo del fuego, de ese fundidor de metales, de ese iluminador de la atmósfera, de ese dorador de estrellas.

¡Oh! Es ferozmente laborioso, es terriblemente activo. La tierra propende á enfriarse. Dicen que en breve, esto es, dentro de una miriada de siglos, será este planeta en que han nacido el Dante y Mozart, un sepulcro blanqueado por eternas nieves, donde la luz del sol se refleje como se refleja hoy en la luna con mortecino brillo mate.

Entónces la tierra habrá dejado de ser el abismo de las ideas y las maldades. Será un sarcófago errante que surque por una eternidad de eternidades los espacios.

Pero el fuego que primitivamente caldeó la superficie de la tierra se va retirando, vencido por el frio. Lucha horrenda, esta, entre el fuego,—el dios de las ascuas,—y el frio,—el dios de la nieve.—En ella va envuelto el problema de la vida. El fuego, vencido, retrocede; pero alguna vez busca salida impetuosamente. No quiere que las nieves lo venzan y entónces de su corazon salta un chispazo de odio que traspasa la tierra y estalla en la cima de un monte, encendiendo en él perdurable hoguera. Ayer fué el Etna, despues el Vesubio... ¿Quién sabe si en algun picacho de Sierra Elvira prepara la naturaleza esa representacion de gran espectáculo que se llama la explosion de un volcan?

* * *

Entre tanto el fuego, en una de sus explosiones ha hecho temblar la tierra, y la más rica comarca del Mediodía vese arruinada, envuelta en escombros. Sus campos son una pavorosa *Morga* de cadáveres. Sus pueblos son un cáos de cimientos sacados de quicio y de techumbres chafadas. ¿Qué puede hacer el hombre para oponerse á esa desolacion y detener esa corriente de odio de la naturaleza? Lo mismo que puede hacer el grano de arena cuando el viento lo alza del suelo y lo pasea por la atmósfera en rápido vuelo.

Pero hay una cosa con que el hombre se hace superior á la naturaleza; con el pensamiento y con el sentimiento.

Con el pensamiento, en el trance de morir, se ase á un clavo de oropel que allá arriba, en la cóncava techumbre, se le ofrece, y á él asido penetra en la eternidad.

Con el sentimiento se une á sus semejantes en dulce lazo de amor y caridad.

Hoy que Andalucía sufre es cuando las demás provincias de España, especialmente Cataluña, la más rica y activa de todas, deben acudir á socorrerla con los inefables consuelos morales que da el verse asistido de amistad y amor en las ocasiones precarias y con el oro que necesita el que en un punto ha perdido hacienda y familia.

* * *

Los Reyes no pasan de moda. Miéntras haya infancia nadie pondrá en duda el legítimo derecho de estos apreciables monarcas. Nada han podido las cosas del siglo para hacerlos viajar en tren especial como es costumbre en los soberanos de la época. Muéstranse á la muchedumbre en el cielo azul de la noche de la fe candorosa y pura, entre constelaciones de estrellas, bien montados en caballos graciosos é inquietos. Melchor, que es el más amigo de los donaires y las guapezas de la juventud, cabalga en un potro jerezano de robustas piernas y nariz resoplante. Gaspar va haciendo piernas con su caballo lemosin, de recias ancas, pesado y seguro como el bridon de bronce de una estatua ecuestre. Baltasar, el más anciano, monta pacífico y venerable cuártago, y va tranquilamente, camino del portal de Belen.

No vienen á otra cosa que á hacer una visita á los niños, á festejarlos, á agasajarlos. Desdeñan á los hombres, porque saben que con ellos no hay Rey seguro.

¡Bien venidos, respetables monarcas!

¡Bien llegados, últimos representantes del derecho divino!

En lo único en que han admitido los adelantos de la civilizacion, es en aquel ramo de los juguetes en que fundan las simpatías que inspiran á la plebe infantil y su sistema de gobierno. Cuanto producen las fábricas de juguetes de Asnieres y Nuremberg, cuanto da de sí la industria japonesa, cuanto labra la mano artificiosa de los tiroleses... todo ello viene á poder de los niños, por mediacion de los Reyes magos.

Tambien subvencionan estos potentados de la leyenda, tambien reparten el dinero y dejan en el zapatito del pobre alguna pesetilla muy limpia y sobada, y en la cestita del niño pudiente algun centen luminoso como una estrellita acuñada por los ángeles.

* * *

Madrid tenia hace algunos años una noche de bacanal feroz, hedionda, salvaje.

La víspera de Reyes unas cuantas docenas de bárbaros corrian las calles repletos de vino, sonando almireces y latas de petróleo, voceferando y armando bulla. Iban, segun ellos, á esperar a los Reyes; pero más parecia que iban á destronarles. El influjo de la cultura, más que las disposiciones gubernativas, ha acabado con esa página de barbarie.

Sólo queda de los Reyes esa página de inocencia y generosidad que hace del dia 5 de enero el mejor dia del año para las tiendas de juguetes.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

SIN HOGAR, dibujo de María Laux

Cuando los árboles pierden las hojas, los pobres pájaros se quedan sin guarida. Acostumbrados á habitar en frondosos palacios de verdura, sin otra mision en el mundo que amar y cantarle á Dios el himno de la naturaleza agradecida, provistos con abundancia de alimento por la generosa prevision del Creador que hace germinar las espigas sobre los tallos ántes á beneficio de las aves que de los hombres; ven llegar un dia en que el palacio se desmorona, el gorjeo deja de ser canto para ser gemido y la nieve oculta el último grano que desperdició el labrador para que con él se acallara el hambre del desvalido pajarillo.

Dias de prueba, dias de angustia, durante los cuales el ave abandona el caro nido muy temprano y regresa muy tarde á él sin llevar que comer á sus pequeñuelos; estacion pavorosa que convierte al pájaro en uno de esos náufragos del polo-norte para quienes ni el sol calienta, ni el campo produce frutos cual si se hubiera convertido en uno de esos planetas enfriados, inhabitables, como se nos dice que es hoy el planeta luna, como se supone que será mañana el planeta tierra.

El dibujo que publicamos da una idea de esa naturaleza tan funesta para el pájaro, y está ejecutado con tal habilidad que le hace apetecer á uno la vuelta de la primavera, cuando no sea sino para aliviar la triste suerte de esas avecillas que el autor ha hecho verdaderamente simpáticas.

HODIE TIBI, CRAS MIHI
por Pier Celestino Gilardi, dibujado por A. Riera

Los aficionados á visitar cementerios habrán leido en muchos sepulcros estas cuatro palabras: *hodie mihi, cras tibi*; especie de advertencia que se supone dirigida por los muertos á los vivos. Gilardi, célebre profesor de pintura en Turin, con fina sátira y un si es no es de escepticismo, ha invertido la frase, y bajo esta idea ha pintado su cuadro, que es un modelo de expresion y naturalidad. Representa á ocho personas ancianas asistiendo al oficio de cuerpo presente de un amigo difunto, á quien dicen mentalmente: *hoy para tí, mañana para mí*; sin perjuicio de que los más añadan para su capote:—Y así Dios te dé muchos años de ventaja.

Cada uno de los ocho personajes del cuadro revela un sentimiento ó estado de ánimo distinto. Así, por ejemplo, el más abatido de ellos es el que ocupa el centro del lienzo: en él la idea de la muerte ha surtido un efecto profundo; cualquiera diria que no al entierro de un amigo asiste, sino á su propio entierro. A su espalda otro de los concurrentes sopla con la mayor indiferencia la vela del ofertorio, ni más ni ménos que se sopla la luz con que uno se mete en la cama. Bosteza otro en la plácida calma del que practica el acto más rutinario del mundo; al paso que el veterano napoleónico que ocupa el último lugar á la derecha, sonrie con ese egoismo propio de los niños y de los viejos, diciendo para sus adentros:—Tambien ese pasó delante...

Este cuadro, fruto de una observacion profunda y ejecutado con verdadera riqueza de detalles, ha sido adquirido por el Estado y forma parte de la Galería nacional del arte moderno.

DIGO... ¿TIENE CALIÁ? dibujo por Llovera

Amigo Llovera: tenga V. la amabilidad, ó la generosidad, ó el temor de Dios ¡llámele V. como quiera! de no descolgársenos con esos tipos, que ponen al prójimo en peligro de pecado mortal..... Mire V. que la carne es flaca y que hay hombre capaz de hacer su maleta á toda prisa y echar á correr en demanda de Andalucía, aunque hoy por hoy las cosas no estén para bromas en esa desolada region.

Vamos á ver, Sr. Llovera: esa moza ¿existe ó no existe? Si existe ¡que me la!... No; que no me la traigan... Bonito papel haria yo en su amable compañía. Y si no existe, es V. un incendiario, un feniano, un nihilista, que pone dinamita en el camino de la frágil humanidad.

Con que, quedamos en que no nos remitirá V. más dibujos de esta clase.

Sin embargo... Ello es... Sí señor, ello es... Muchas veces lo hemos dicho y no debemos contradecirnos: el artista tiene obligacion de embellecer á la naturaleza, áun allí donde la naturaleza se ha olvidado de ser bella por sí misma. Aplicando esta doctrina á las hijas de la tierra de María Santísima, por fuerza debia Llovera obtener el resultado que hoy ofrecemos al público. Una macarena idealizada por Llovera!... Nada; un verdadero cartucho de dinamita...

¡Hasta el otro mundo, lectores!...

HAMLET Y OFELIA
cuadro por Alberto Rinaldi.—Dibujo del autor

El gran dramaturgo inglés llevó á la escena el admirable tipo del príncipe de Dinamarca que todo lo sacrifica á la idea de vengar á su padre. Cuando el espectador se entera de que una reina adúltera ha asesinado al padre de Hamlet para unirse y reinar con su amante y cómplice en el crímen, todo se lo perdona al implacable hijo, todo, ménos que comprenda en su venganza á la inocente Ofelia, cuyo único delito es amar á quien no vive sino para sembrar en torno suyo muerte y desolacion. El pintor Rinaldi ha visto sin duda á su compatriota, el eminente actor Ernesto Rossi, poner en escena la gran tragedia inglesa, pues Rossi es, á nuestro juicio, el modelo del cuadro que hoy publicamos y que representa al príncipe desconsolando á Ofelia con aquel célebre—*Vé, vé á hacerte monja; enciérrate en un convento*—con que destruye las ilusiones y mata las esperanzas de la vírgen enamorada.

Rossi es digno de interpretar á Shakespeare y Rinaldi ha cumplido como buen artista al inspirarse en la interpretacion de Rossi.

UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA,
cuadro por A. Lonstaunau

Con este mismo título y debido al mismo autor, hemos publicado en nuestro número 155 un cuadro representando otro de los puntos de vista de un matrimonio sin amor, tomado en la intimidad del hogar doméstico. En aquel puso de relieve cuando se fastidia la esposa jóven de un general viejo, condenada á jugar partidas de ajedrez con su marido; en el cuadro que hoy publicamos nos pinta admirablemente el fastidio no ménos notorio de la mujer jóven y bella unida á un bello y elegante oficial que desgraciadamente tiene trazas de pensar mas en sus ascensos que en su esposa.

Uno y otro cuadro demuestran la fina observacion de su autor y la facilidad con que consigna en el lienzo el resultado de sus observaciones. Uno y otro cuadro son preciosos: si nos dieran á escoger entre ellos, despues de pensarlo mucho .. nos quedaríamos con ambos.





LA GRAN NUEVA, cuadro por E. Lobrichon

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

GORJEOS, cuadro por Lobrichon

Angeles, aves y flores, combinados con talento, han de producir forzosamente un bello conjunto. El que ha obtenido Lobrichon es sobresaliente de elegancia y de frescura. Uno de esos ángeles es digno de Grenze; el otro lo pudiera haber pintado Murillo. Por la disposicion del cuadro, parece habérsele destinado á decorar un techo; y ciertamente parece copiado de uno de esos plafones con que los artistas italianos del siglo XVIII enriquecieron los pequeños palacios construidos en tiempo de Luis XV, nidos de amor en que, al rumor de las copas, de los versos, de los cantos, de los besos y del oro que rodaba encima del tapete, se engendraba, como castigo providencial, la revolucion francesa.

LA NOCHE DE DIFUNTOS
en las ruinas de Poblet

Carta primera á la Excma. Sra. D.ª Rafaela de Torrents de Samá, marquesa de Marianao

Madrid 17 de noviembre de 1884

¿Recuerda V., noble dama y queridísima amiga mia, nuestra expedicion á las ruinas de Poblet, hace pocos dias, y en la noche de difuntos?

Ignoro la impresion que pudo causar en V. Por lo que á mí toca, puedo asegurar que fué profunda, tanto que, obedeciendo á fuerzas superiores á las de mi voluntad, me veo obligado á confiar al papel mis impresiones y recuerdos.

Al llegar á mi casa de Madrid, de regreso de aquella venturosa excursion, busqué con afan algo que recordaba haber escrito sobre Poblet, allá por los años de 1850 nada ménos. No sin dificultades alcancé un ejemplar, y con viva curiosidad y mayor emocion púseme á leer, á devorar mejor, las páginas que escribí hace treinta y cuatro años.

Pareciéronme detestables, lo digo en crudo, y concebí en el acto la idea de modificar aquel trabajo, ó más bien escribir otro nuevo. No será mejor que aquel probablemente, así lo temo, pero probará, cuando ménos, que conozco mis errores y busco la enmienda.

Deseo amparar esta nueva obra mia con el nombre de usted, mi noble y bondadosa amiga. Quiero que el pabellon cubra la mercancía, y que su nombre, por ser de tan ilustre y discreta dama, salve la obra.

A más, ¿cómo no dedicar este escrito á la que fué nuestra compañera y tomó parte en la excursion; á la que, abandonando las delicias y comodidades de su espléndido y suntuoso hogar, no vaciló en acometer las fatigas y molestias de un viaje penoso y verdaderamente anormal en la estacion presente?

¿Recuerda V., amiga mia, cómo surgió la idea de nuestra expedicion?

Habíamos inaugurado ya nuestra *Biblioteca-Museo* de Villanueva y Geltrú, y para honrar al ilustre académico D. Manuel Cañete, gloria de nuestras letras, que habia asistido á la fiesta en representacion de las dos Reales Academias Española y de la Historia, su hermana de V., ese ángel de amor y de bondad que se llama la marquesa de Casa Samá, nos habia reunido á todos en su hogar patriarcal y en torno de la mesa bendita donde su noble esposo tiene el placer indecible de ver congregada su numerosa y querida familia.

Conozco bien, V. lo sabe, aquella casa de bendicion. No soy en ella el huésped. Soy el amigo, el miembro de la familia que es siempre esperado con impaciencia, recibido con alegría, despedido con pena. Conozco bien aquella casa. Se me imagina que es la mia, y al entrar en ella, sobre todo cuando llego con el ánimo afligido, me parece respirar los aires de paz y de serenidad que dan vida al cuerpo y salud al alma.

Aquel excelente, y llano, y modesto marqués de Casa Samá, que á tan gran corazon reune tan agradable trato; aquella bondadosa señora tan amante de sus hijos y tan devota á los suyos; aquellos hijos tan tiernos y respetuosos para con sus padres; aquel hogar de tan sencillas y patriarcales costumbres, que recuerda la tradicional y antigua *llar* catalana; aquella serena tranquilidad que se respira y siente al entrar en aquel templo de la familia, todo esto me atrae y fascina de tal manera y con tan poderoso encanto, que sólo me resigno á mi tempestuosa vida política de Madrid, para creerme con derecho á gozar del placer inefable que siento cada verano al llegar á aquella casa, que Dios bendiga. Es algo parecido á lo del viajero que tras de un largo y penoso viaje á pié, por abruptos y áridos caminos, bajo los rayos de un sol abrasador, llega de pronto, sediento y fatigado, á una fresca y apacible fuente donde arroyos murmurantes le brindan al descanso y árboles frondosos le ofrecen el regalo de su sombra.

Pero, vuelvo á anudar el hilo de mi relato.

¿Recuerda V., repito, cómo nació la idea de la expedicion?

Estábamos á 28 de octubre y en torno de la mesa de los marqueses de Samá.

Manuel Cañete hablaba de nuestro viaje de regreso á Madrid, y deploraba no tener tiempo para ir á visitar las ruinas de Poblet.

—Pues es preciso tenerle. Poblet vale la pena,—dijo uno de los comensales.

—¿Y si fuéramos á pasar la próxima noche de difuntos en Poblet, junto á las tumbas de los reyes de Aragon?—dijo alguno, no sé quién. ¿Fué V., señora mia?

La idea brilló como un rayo de luz. Tan excelente hubo de parecer, que se recibió con un grito unánime de aplauso, y se impuso como se imponen las cosas que llegan al alma, sin discutirse.

La expedicion quedó arreglada aquella misma noche y comprometidos los expedicionarios, de los cuales, con gran contentamiento de todos, se decidió V. á formar parte.

No he de olvidar fácilmente aquel viaje. Viviera mil años, y lo recordara aún.

Recuerdo como fuímos en numerosa caravana á recibir el hospedaje con que nos brindó el venerable anciano D. Miguel Clavé, ofreciéndonos su casa de campo junto á las ruinas. Recuerdo que no permitiéndole su avanzada edad acompañarnos, nos envió, para hacer los honores de la casa en su nombre y representacion, á su ilustre yerno D. Casimiro Girona, quien, acompañado de su hijo, gallardo y excelente mancebo, hubo de dispensarnos una hospitalidad tan cordial, tan amiga, y tan suntuosa, que no parecia sino que, en vez de llegar á unas ruinas, habíamos llegado á una de esas opulentas mansiones feudales de otras edades, donde al presentarse grandes comitivas, inopinadamente y de súbito, encontraban cómodo albergue y estancia preparada para todos.

Recuerdo tambien todas las sorpresas y todos los encantos de aquella hospitalidad amiga, donde nada faltó á nadie, como si nos halláramos en una ciudad populosa y abastada. Y recuerdo, por fin, nuestras excursiones á las ruinas, nuestra misa solemnemente celebrada por el Padre Llanas en la solitaria capilla de la Masía, nuestros paseos por el monte á la vera de murmurantes arroyos, y nuestras fraternales agapes sazonadas con el discreteo de animados coloquios, y presididas por V. como reina, y señora, y dama de nuestros pensamientos.

Pero por gratos que estos recuerdos sean, hay uno que á todos domina y supera á todos. El de nuestra llegada á Poblet. ¿No es verdad, señora mia?

Eran el dia de difuntos y poco ántes de la media noche cuando por vez primera penetramos en las ruinas. La noche estaba oscura y borrascosa, como adecuada al dia, y ráfagas violentas de aire húmedo venian á herir nuestras frentes, atizando la llama de las antorchas con que los guías alumbraban nuestro camino. Lo avanzado de la hora; las sombras y misterios de la noche; las grandes masas negras de los montes vecinos, que parecian á través de la oscuridad abalanzarse sobre nosotros; las siluetas de los muros y de las torres, dibujándose confusamente á nuestra vista; el helado viento que llegaba de las ruinas como para traernos la humedad y la frialdad de los sepulcros; la misma vacilante llama de las antorchas, que sólo parecia lucir para que pudiéramos ver mejor las tinieblas, todo esto, unido á la santidad y tradicion del dia, nos impresionaba de una manera singular y desusada.

Los que pocos momentos ántes, congregados en el triclinio de la casa Clavé y en torno de la abastecida mesa del huésped, saboreando el aromático café y el legítimo veguero, nos entregábamos á todo el bullicio y expansion del regocijo, íbamos entónces, mudos y silenciosos, recogidos y encerrados en nuestros pensamientos, avanzando paso á paso y acercándonos, con temor más aún que con respeto, á aquellas ruinas que nos atraian con la ardiente curiosidad que inspira todo lo desconocido y todo lo misterioso. Si álguien entónces, desde cualquiera de las apartadas Masías, acertó á vernos pasar á semejante hora de aquella noche de difuntos, silenciosos, envueltos en nuestras capas, por entre la doble hilera de guías con sus encendidas teas, debió creer que los muertos, salidos de sus tumbas, andaban vagueando por el monte á la luz de fuegos fatuos.

De esta manera llegamos á la puerta del monasterio y alguno hubo de asombrarse no encontrando en ella, de pié, y vivos dentro de sus enmalladas cotas y férreas armaduras, á los nobles caballeros catalanes y aragoneses que, despertando de su sueño de siglos y abandonando sus lechos de piedra, se presentaban para impedir que los profanos invadieran el lugar destinado para descanso eterno de los reyes de Aragon. Pero no, ¿cómo habian de presentarse á detener el paso de viajeros inermes y curiosos, si un dia dejaron acercar á las turbas que, blandiendo la tea incendiaria y el arma homicida, fueron á profanar las cenizas de los héroes que allí dormian?

Su oscuridad era profunda é intensa cuando, pasada la puerta que diera un dia ingreso al palacio llamado del rey D. Martin, nos encontramos bajo la bóveda románica que comunica con el claustro. Habian quedado atrás nuestros guías con las antorchas, y estábamos en medio de las más profundas tinieblas, sin atrevernos á retroceder ni avanzar.

No podíamos explicarnos el abandono de los guías, é íbamos ya á llamarlos, cuando de repente vimos aparecer una luz roja; y entónces, como si brotara de las entrañas de la tierra, por sobrenatural acaso ó milagro de hechicería, se presentó á nuestra vista, magnífico y soberbio, esplendente de luz y de color, encendido, flameante como en medio de un grande incendio, el maravilloso y monumental claustro de Poblet.

Todo era obra de un rojo fuego de Bengala que uno de nuestra comitiva mandara encender para sorprendernos.

No recuerdo haber tenido nunca impresion más viva.

Así apareció á nuestros ojos, inopinadamente y como por arte de magia, aquel claustro que centenares de personas vieron y conocieron un dia por vez primera, cuando el pincel de un artista célebre lo trasladó al teatro para la magna escena del cementerio en el *Roberto*. Así es como se nos presentó aquel admirable claustro del siglo XIII con todas sus bellezas y portentos de arte; con sus esbeltos pilares y labradas ojivas; con sus columnas, y capiteles, y rosetones, y calados; con su templete románico en mitad del patio; con los lienzos de sus paredes llenos de severos sepulcros; y allá, en el fondo, con la puerta en arco semicircular que daba entrada á la suntuosa estancia donde los Monjes Blancos se congregaban en capítulo.

A la luz de las teas y de los fuegos de Bengala recorrimos aquella noche las ruinas de Poblet, y todo lo vimos, siquier fuese de prisa y de pasada; que, aun cuando habíamos aplazado más detenida visita para la mañana siguiente á la luz del dia, no queríamos perder una sola impresion de aquella noche. Y era que, absorbidos por imprevistos retornos de añejo entusiasmo romántico, satisfacíamos, no ya un deseo, sino una necesidad de corazon, visitando las ruinas de aquella manera, con las sombras, con el misterio, á la luz de las antorchas y al sordo mugir del aborrascado viento, que al penetrar en las galerías y en las estancias, remedaba unas veces los majestuosos cantos de los monjes en el coro, otras los lúgubres gemidos de víctimas infortunadas, y otras, por fin, los descompasados gritos de muchedumbres entregadas á la orgía de las bacanales, como si quisiera así familiarizarnos con los secretos de las tres épocas más caracterizadas del cenobio cisterciense.

¡Qué expedicion la nuestra, señora mia! No ha visto, no, ciertamente, las ruinas de Poblet quien no las haya visto como nosotros, á la luz de las teas, al rumor de la tempestad, y en la noche de difuntos.

Entramos en la capilla de San Jorge..

Pero, hora es ya, mi buena amiga, de dar algun reposo á la cansada pluma, dejando para otro dia la continuacion de mi relato, si lo que llevo escrito no ha matado en V. toda idea de proseguir leyendo mis pobres epístolas.

VÍCTOR BALAGUER

CONTRASTES

Muchas veces ha solicitado mi atencion, dando márgen á meditaciones sin límite, el contraste que ofrecen en el órden ideal ó lógico como en el real y práctico, cosas y personas, actos, esperanzas, ilusiones, creencias, prestigios, mitos, en una palabra todo lo que constituye parte integrante del ambiente espiritual del hombre.

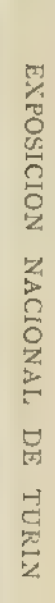
Semeja esta gran química social, en la cual se combinan elementos tan heterogéneos, aquel gigantesco alambique, en el cual la presuntuosa ciencia del doctor de la leyenda queria amalgamar lo que fué con lo que será en el inapreciable punto de conjuncion de un presente que no bien se percibe, se diluye y pierde Es que el crisol del tiempo ofrece perspectivas engañosas, convirtiendo la sacratísima creencia de ayer, el inextinguible fuego de la fe en lo pasado en el mito de hoy, y la utopia actual en realidad del mañana. La accion fundente del tiempo depura la herrumbre de lo que fué ante la influencia benéfica de lo que se anuncia como nuevo.

La idealidad es en efecto el gérmen y protoplasma, que encierra en sus complejas sinuosidades los derroteros que ha de seguir el hombre en lo sucesivo; y al aparecer en el grandioso horizonte de la vida lo nuevo, el ideal, que pide plaza en la existencia, no borra ni suprime, cual se tacha una palabra mal escrita, lo que ya ha hecho su historia; ántes bien con ello se combina por vía y procedimientos desconocidos, y en esta combinacion se engendra el contraste, la oposicion, la antítesis, que son otros tantos anuncios venturosos de aquella síntesis fecunda, que simbólicamente expresa el Evangelio en la frase de «vino nuevo en odres viejos.»

Seria la vida y con ella las energías del espíritu colectivo, que se denominan ciencia, arte, derecho, religion, etc., una rutina monótona, una adicion uniforme, si se sucedieran primero las ideas, despues los sentimientos, creencias é instituciones en línea inflexible y mecánica, abandonando lo que fué el puesto ocupado para llenarle lo que será, sin que aquello dejara sedimento, limo y abono para la tradicion histórica y sin que lo ideal trajera impulso, estímulo y acicate para remover el rescoldo de las cenizas de lo pasado. Puestos en contacto ambos factores, surge la ley del contraste, de la cual no se libra nada en la vida, determinando puntos de proximidad, verdaderas corrientes de afinidad entre los polos.

Esta afinidad es la que, por ejemplo, obliga al primer Napoleon, al ungido por la idea revolucionaria como personificacion del derecho moderno, á copiar, una vez endiosado, las máximas de conducta, los hábitos y los gustos de Luis XIV, el consagrado por la tradicion como representante del derecho divino, como el Sol, que apénas, segun declaracion de un predicador, está sujeto á la condicion de mortal.

Esta misma afinidad entre los contrarios es la que lleva á nuestro gran Donoso Cortés á coincidir en muchas de sus conclusiones con Proudhon. El primero es el porta estandarte del principio de autoridad, el segundo lo niega y para establecer la libertad proclama la anarquía, y ambos, en medio de su posicion antitética, gravitan, obedeciendo á la ley mencionada, hácia los mismos extremos. Si el gran defensor del Catolicismo declara que en toda cuestion social existe en primer término un grave problema religioso, confiesa el célebre polemista francés que huelga todo remedio parcial, que exige la reforma de la



EXPOSICION NACIONAL DE TURIN

HODIE TIBI, CRAS MIHI, cuadro por Pier Celestino Gilardi, dibujado por A. Riera



DIGO... ¿TIENE CALIÁ? dibujo por Llovera

sociedad y de la riqueza un recurso supremo, el de atacar por su base el organismo existente en sus creencias religiosas. Cuando aquél diviniza la fuerza puesta á servicio de sus ideas, sublima éste la dictadura del proletariado como única áncora de salvacion.

Esta conexion palpita como alma-mater en el pensamiento del Aristóteles moderno, del célebre Spencer, que, partidario resuelto del empirismo á *outrance*, sistematizador de todas las pretensiones anti-idealistas, termina poniendo por cúpula y remate á su vastísima concepcion mecánica del mundo y de la vida, un optimismo tan cándido y una idealidad tan etérea y vaporosa, que más revela parentesco íntimo con aquellas teorías que refuta que con las doctrinas que defiende.

Innumerables ejemplos ofrecen el pensamiento de los sabios y la febril inspiracion de los artistas de estos contrastes, que enriquecen la sustancia de la vida y prestan encanto perdurable á todas aquellas complejísimas situaciones de la existencia, en la cual se debaten con intereses encontrados tendencias opuestas, aspiraciones diferentes y doctrinas distintas. Para no citar más que un solo caso, ¿quién será tan míope que no descubra en la protesta del naturalismo artístico con todos sus aparatosos anhelos revolucionarios un cierto gérmen idealista, que es el sedimento de las escuelas que combate? ¿quién no halla, á poco que observe el desarrollo del procedimiento naturalista, que el género artístico que más cultiva lo que ha dado en denominarse epopeya moderna, la novela conserva, por ejemplo, en Daudet, en los Goncourt, aún en Zola, más en Flaubert cierto dejo y resabio de la novela psicológica? Sí; tal es el contraste, sin que exista diferencia notable entre el romanticismo de J. Sand y la crudeza realista de Flaubert más que en la perspectiva que elige el artista como punto de mira ó lente á través del cual observa un alma exaltada por la idealidad ó un temperamento dominado por su constitucion corporal. Quizá puede afirmarse en este sentido que la tenida por batalla campal entre estos nuevos güelfos y gibelinos del arte se sostiene únicamente porque los unos escriben sus obras novelescas haciendo Psicología al individuo y los otros aspiran á formar una Psicología del medio natural, base genética para ellos de la accion, peripecias y sentimientos de la vida del individuo, el cual se ha de convertir, como quiere Zola, en producto del aire y del suelo.

Si esto ocurre en el órden lógico ó ideal, aunque traduciéndose en la práctica, ¿qué no acontecerá en el órden real, ménos uniforme y homogéneo de lo que á primera vista parece? Cuando la vista genial de Víctor Hugo descubre en el *Ananké* escrito en las torres de Nuestra Señora de Paris la causa ocasional para reconstruir un hervidero de pasiones semi-divinas y casi salvajes en el seno de aquella poética y hermosa Edad media, cuando el gran poeta da vida en su imaginacion á aquel enjambre vertiginoso de apetitos, que rugen en el silencioso fondo de la catedral, personificando en el arcediano C. Frollo el realismo más natural que se puede concebir, en el campanero Quasimodo la hermosura ideal del alma y en el amor entusiasta de la Gitanilla á Febo el idealismo más desenfrenado que quepa en imaginacion calenturienta, ¿porqué decimos que allí se encierra el drama eterno de la belleza y de la vida, sino porque el contraste escultural entre todos sus elementos antitéticos ha llegado á una virtualidad excesiva? Todo aquel que sabió ó artista, posee el don envidiable de *leer entre líneas*, se consagra despues, ante la contemplacion de este prisma de infinitas caras que se llama la realidad, á un trabajo interno de reconstruccion paleontológica mental, que da vida y existencia á lo que fué en union con lo que será. Para esos espíritus privilegiados el contraste representa el choque del pedernal con el acero, que engendra la chispa y enciende su inspiracion. Para el comun de las mortales, que percibimos toscamente y *grosso modo* estas continuas corrientes simpáticas entre lo homogéneo y lo heterogéneo: están dichas aquellas frases del Evangelio: «tienen ojos y no ven, oídos y no oyen» Para los primeros es la contemplacion directa, total de la luz y de la verdad; para nosotros las penumbras, que adquieren algun relieve por la fuerza del contraste. Aquellos reconstruyen, con una mirada genial, ante el indicio de una moneda ó de un monumento, todo un período histórico; nosotros hemos de satisfacernos con tomar notas incoloras de las semejanzas y contrastes que la vida nos ofrece y que el tiempo nos enseña.

Surge es verdad la emocion, pero áun producida por la virtud del contraste, no llegamos á darla aquella plasticidad que es el fruto codiciado y que se reserva á la genial concepcion del sabio ó á la inspirada fantasía del artista. En ellos se convierte en una ráfaga de luz, en nosotros queda cual nebulosa informe el fruto germinal de las emociones.

Quien contempla por ejemplo el museo industrial más completo de Europa, que la diligencia del municipio de Paris ha formado en su Conservatorio de Artes y Oficios, establecido en el antiguo convento de benedictinos de San Martin de los Campos; quien observa la inmensidad de máquinas, motores, y galería de experimentos de la antigua capilla del convento, siente seguramente la emocion del contraste, siquiera no sepa expresarla; y con toda la energía que la sensibilidad afectada despierta, pero con toda la incoherencia que al entusiasmo es aneja, exclama: «por aquí, por aquí ha pasado el espíritu de los siglos y con él la accion bienhechora del tiempo y del progreso; aquí, aquí existieron dos eslabones de la cadena indefinida de la vida humana, el sacerdote que consagró el poder de Dios con la hostia consumida, y el obrero que con el estridente ruido de sus máquinas está cantando constantemente un himno entusiasta al trabajo humano.»

Contrastes de la vida, que son otras tantas páginas de elocuente enseñanza, que todos señalamos y debemos meditar, siquiera su perfecto comentario sea mision encomendada á los que poseen aquella mirada genial de que se hallan dotados los espíritus superiores. De tales contrastes es tambien libro instructivo la serie de vicisitudes por que ha pasado la capilla de los antiguos Estudios de San Isidro el Real. Aquella anchurosa capilla condensa en su espacioso local muchas enseñanzas históricas, que adquieren relieve por la eficacia del contraste. Cuando se evoca el recuerdo de aquellos sabios y laboriosísimos jesuitas, que mantuvieron el fuego sagrado de los estudios clásicos y cultivaron con predileccion marcada las ciencias matemáticas, y se compara el mencionado recuerdo con los destinos ulteriores de aquella capilla, surge tambien la emocion viva é intensa que produce lo que fué con lo que es y está siendo merced á este processus inflexible que la dialéctica real de los sucesos y circunstancias imprime en cosas y personas. En aquella capilla se firmó, segun se dice, la sentencia de muerte del general Leon; en ella se reunió con cierta regularidad, uno de los clubs más levantiscos de nuestra Revolucion de Setiembre y en ella se halla hoy establecida una cátedra de Química con su correspondiente laboratorio. Más todavía, en uno de los sótanos, que sirven para cimentar su hermosa bóveda, se ha establecido últimamente un motor de agua, que engendra la luz eléctrica de una linterna de proyeccion. «Por allí, por allí ha pasado tambien el espíritu de los siglos »

En cosas, personas, monumentos, creencias, prestigios, en todo existe una hermosa síntesis de lo que fué con lo que será: ¿quién será el afortunado que señale taxativamente las leyes de esta dialéctica real que la historia y la vida ofrecen en vestigios dispersos? AQUEL que rige semejante dialéctica es quien lo sabe.

En el ínterin, agitemos y movamos todas nuestras energías, nuestro pensamiento y nuestras potencias ante el magnífico espectáculo de la historia, de la realidad y de la vida; que si de esta palpitacion continua, de este hervor de nuestro interior no surgen las ansiadas leyes de la dialéctica real, habrá de brotar por lo ménos un sentimiento, una idea, algo que nos eleve y sublime, y que purificando nuestra inteligencia y sublimando nuestra sensibilidad, nos capacite para orientarnos en este inmenso espacio de la cultura, oxigenando nuestra alma con el sano viento de la *intemperie*. ¿Qué producirá esta intemperie? A mí me lo enseña una confesion íntima de uno de los jóvenes de más talento é ingenio que yo he tratado. Dice Clarin (Leopoldo Alas), á quien pido perdon por divulgarle el secreto: «Me pasa una cosa que no sé si será general: cuando dejo el *pensamiento reflexivo ocioso y á la intemperie, se me llena de óxido de Dios*, y veo tan clara su realidad que si la influencia del tiempo, tan contrario á estas cosas, no me invadiera, llegaria á ser *poco ménos que místico*.»

U. GONZALEZ SERRANO

LA CAJA DE ALERCE

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuacion)

VII

Estábamos hablando Federico y yo, cuando llamaron nuestra atencion las exclamaciones de Manuel contemplando un objeto que tenia en la mano, el cual parecia causarle viva admiracion. Le tomaba, le dejaba sobre una mesa, volvia á tomarle y le contemplaba de cerca y de léjos.

—¿Qué demonios mira Manuel, gesticulando y moviéndose como un telégrafo del antiguo régimen?—dije á Federico.

—¡Bah! ¿No has visto esto?—exclamó Manuel que me habia oido.—Mira y cáete de espaldas -y al mismo tiempo me alargaba una pintura que parecia un retrato.

—¿Qué es esto?—pregunté yo.

-Un objeto que Federico ha encontrado.

Era una miniatura pintada en marfil, encerrada en un marco de oro, é incrustada en una cajita de madera de alerce. La pintura, que parecióme antigua y de gran mérito, representaba la cabeza fina é inteligente de una mujer de edad, peinada al estilo de las señoras del tiempo de María Luisa.

De repente, el entusiasmo de Manuel se exhaló en este período ditirámbico:

—¡Miniaturistas modernos, ovejas descarriadas del Arte: todo el mundo boca abajo ante esta obra maestra que un genio modesto no ha querido firmar! ¡Ah! ¡Qué fondo tan suavemente desvanecido, qué líneas tan bien acabadas, qué fineza de pincel, qué tono maravillosamente inimitable!...

—¿Dónde has hallado esto?—pregunté á Federico interrumpiendo el discurso encomiástico de Manuel.

—En un barranco en donde fuí á coger violetas el mismo dia en que volví á Madrid, miéntras esperaba á la diligencia, de Pozuelo, —contestó Federico.

—El que ha perdido este retrato debe sentirlo, pues evidentemente es un recuerdo de familia.

—El que no ha sabido guardar este tesoro, no es digno de poseerle,—observó Manuel.

—¿De modo que supones que es permitido quedarse con él?

—Ya lo creo—replicó el estusiasta.—Debes guardarle en este santuario del Arte, por lo ménos hasta que vengan á reclamarle;—y luégo dirigiéndose á mí, repuso:—Puede ser que este imbécil de Federico haya pensado en depositarle en el Gobierno civil.

—Por lo ménos hay que leer las pérdidas en el *Diario de Avisos*.

—No se anuncia en Madrid lo que se pierde en los caminos de travesía

—¡Quién sabe! Además, puede insertarse un anuncio en los periódicos.

—Ya habrá tiempo para eso. Lo que es por mí ya habria llovido.

VIII

Federico nos propuso dar un paseo por el Retiro.

— Hace un hermoso dia y no tengo ganas de trabajar,—dijo el anfitrion de nuestro almuerzo.

Yo accedí á la indicacion de Federico, pero Manuel rehusó so pretexto de que se sentia activo y queria desquitar el tiempo perdido. Habiéndose mudado de casa y no teniendo arreglada todavía su pieza de estudio, el miniaturista trabajaba interinamente en el de Federico. Era un artista entusiasta y además, como lo necesitaba, tomaba el Arte por lo serio. Aunque excéntrico y aficionado á la paradoja, tenia buenas cualidades y dos graves defectos cuales eran: alguna falta de sentido moral y alguna aficion á los placeres de Baco. Mal juzgado por los que le conocian, él no se tomaba el trabajo de ocultar sus defectos ni hacer resaltar sus cualidades; es más, tenia el fanfarronismo del vicio: hablaba de orgías imaginarias, de aventuras amorosas que sólo existian en su pensamiento, porque era sobrio, casto y arreglado.

Tenia un saliente: la vanidad de artista.

Le dejamos en el estudio, segun su deseo, y nos fuímos al Retiro.

IX

Ocho dias despues me presenté triunfalmente en casa de Federico en donde, como de costumbre, estaba el incansable Manuel.

Viendo que yo llevaba un periódico, que desplegué con énfasis, dijo este:

—¿Qué sucede, querido Juan? ¿vienes á anunciarnos que hemos sido condecorados?

— Aún no—contesté yo—pero ved lo que he debido á la casualidad y á mi aficion á la lectura:—y leí el siguiente anuncio:

«El dia 3 del corriente mes de julio se ha extraviado en el camino de Villaviciosa, ó en sus cercanías, una cajita de alerce que contenia una miniatura antigua, representando una señora. Se suplica á la persona que la haya encontrado se sirva entregarla en la portería de la casa n.° 50 de la calle de Fuencarral, en donde darán más señas y mil reales de hallazgo.»

—Sea enhorabuena dijo Manuel con una resignacion de que yo no le creia capaz;—pero, ¡no dar más que mil miserables reales de hallazgo por una obra maestra que vale dos mil duros! Su dueño es un ignorante ó un avaro.—Y luégo repuso:—Si se tratara de una mujer jóven y bonita, iria yo mismo á llevarle; ¡pero tener que entenderse con un innoble portero! ¡Vaya al diablo!

Federico reflexionó un momento y luégo tiró del cordon de una campanilla que comunicaba con la portería de su casa.

A pocos momentos presentóse el portero, que era licenciado de ejército.

—Amigo Lúcas—le dijo el pintor,—voy á darte un encargo.

—A la órden, señorito.

—Vas á llevar esta cajita á la portería de la calle de Fuencarral, n.° 50.

—¿A la portería? precisamente el portero y su mujer son conocidos: hemos servido juntos.

—¿Ella, por supuesto, de cantinera?—dijo Manuel bromeando.

—Te darán mil reales de hallazgo; pero tú no tomarás más que la mitad y te quedarás con ello...

—¡Cómo! ¿para mí? -exclamó el portero.

—Sí, hombre, para tí; pero con una condicion.

— Con las que V. quiera, señorito.

—Aunque te pregunten no dirás quién te envia ni hablarás absolutamente de mí.

-Si no es más que eso...

—Vé pues, y que no se te vaya la lengua.

—Pierda V. cuidado.

El portero se fué.

—¿Sabes lo que vamos á ganar con tu honrosa restitucion, querido Federico?—dijo Manuel.

—No sé qué quieres decir.

—Pues bien, amigo mio; el portero se achispará á tu salud y el dueño de la miniatura dirá para sus adentros: ¡Qué bruto!

X

Dos dias despues de la devolucion del retrato, á las siete de la tarde me encontré con Manuel en la calle de Peligros.

—¿Has comido?—me preguntó.

—No.



HAMLET Y OFELIA, cuadro por Alberto Rinaldi, dibujo del autor

—Me alegro. Te convido; tengo muchas cosas que contarte. Vamos á los Cisnes.

Yo no tenia nada que hacer y acepté el convite.

Entramos en la fonda y nos instalamos en un cuarto solitario.

—Voy á contarte cosas maravillosas que te harán reir.

Cuando estábamos tomando la sopa, Manuel entre cucharada y cucharada, exclamó:

—¡No cabe duda, está algo tocado

—Pero ¿quién?

—¿Quién ha de ser? Federico.

—¿Qué dices?

—Oye y juzga; pero te lo contaré cuando tomemos café; la cosa no admite digresiones.

Conociendo el carácter de Manuel, no tuve impaciencia de oirle; supuse que lo que tenia que contarme seria una majadería.

Llegó la hora del café, encendimos los cigarros, mi compañero apoyó un codo en la mesa y dijo en tono enfático:

—La escena, en el estudio de Federico; la hora, las diez de la mañana; personajes él y yo, silenciosos, pensativos, fumando un par de cigarros compañeros de estos.

De repente se abre una puerta, preséntase el consabido Lúcas, insigne portero ex-militar, que saluda bélicamente y presenta á Federico un billetito perfumado. Vase el portero, nuestro amigo abre lentamente la misiva con ademan indiferente y un suave perfume inunda el aposento...

¿No te interesa?

—Prosigue.

—No bien Federico hubo leido los primeros renglones, se puso en pié y todos los colores del íris se reflejaron en su semblante. Dió un salto, comenzó á pasear por el cuarto como un leon en celo en su jaula, derribó dos sillas.

¿Habrá muerto su tia?—pensé yo, pero ¡cá! Yo le conozco, Federico no es interesado.—¿Buena noticia, eh?—le pregunté.

No me contestó, pero continuó en su agitado paseo.

—¿Una cita amorosa?—insistí.

El mismo silencio por su parte. Entónces me encerré en una fria dignidad, limitándome á seguir sus movimientos con desdeñosa mirada.

De repente, se detiene, se precipita sobre un baul, le abre, así como tambien todos los cajones de su cómoda y comienza á sacar un frac, chalecos, pantalones, camisas, corbatas, sin decir una palabra. ¿Qué opinas de todo esto?

—Sencillamente que Federico está enamorado.

—¿Enamorado de quién?

—Probablemente de una mujer.

—¡Imposible! conozco á todas las que trata.

—Que trataba, querrás decir. ¡Cómo! tú, que te precias de tan excelente observador, no has comprendido que Federico ha vuelto á Madrid, con una pasion que le es carabajea en el alma? Sus frecuentes distracciones, su predisposicion al silencio, sus largas meditaciones, la necesidad de estar solo, sus desfallecimientos en el trabajo, sus paseos aislados y finalmente otros mil detalles, debian haberte revelado este gran misterio.

—Si es cierto lo que dices, el desgraciado está perdido.

—O ganado, ¿quién sabe? Tú no conoces estos fenómenos.

Manuel inclinó dolorosamente la cabeza.

XI

Al dia siguiente de mi banquete con el excéntrico miniaturista, yo no sabia qué hacer de mi tiempo. Habia pensado ir á casa de Federico, por si lograba arrancarle su amoroso secreto, cuando recibí una carta que como la de mi amigo exhalaba un delicioso perfume.

Hé aquí su contenido:

«Mi querido amigo: Mi vuelta á Madrid facilita á mi sobrina la satisfaccion de recibir á sus amigos, y espera á V. esta noche. Nada de etiqueta, estaremos casi solos.

Espero que V. aceptará esta cordial invitacion y entre tanto soy de V. etc., etc.

Baron de Arolas.»

Esa misiva me hizo desistir de mi visita á Federico, pues me ofrecian la esperanza de un buen rato en la amable sociedad del Baron y de su sobrina. Él era un cumplido caballero y su sobrina una viudita jóven y deliciosa. Un amigo de mi padre me habia presentado á ellos; y ciertamente entre todas las casas que frecuentaba, en ninguna me hallaba más á gusto ni pasaba mejor rato que en la de la amable Luisa y de su tio. Reinaba allí un encanto lleno de sencillez y de distincion.

Sabiendo por experiencia que léjos de ser motejado de inconveniente ó de importuno era siempre bien recibido en casa de la hermosa viudita, me encaminé á ella no bien hube acabado de comer; de suerte, que cuando el Baron se levantó de su butaca para adelantarse á recibirme, no pude ménos de decirle:

—Sólo en casa de Vds., señor Baron, se puede venir impunemente á estas horas, con la seguridad de ser bien recibido.

—Vaya, amigo mio—contestó el Baron—tranquilícese usted, porque no es el primero que esta noche nos honra con su presencia.

Y diciendo estas palabras me llevó al lado de su sobrina Luisa, que graciosamente reclinada en una mecedora, me tendió la mano. A su lado estaba un caballero, á quien en un principio no conocí, porque la luz de la lámpara que alumbraba el gabinete, hallábase velada por una pantalla japonesa; pero fijándome más reconocí á Federico, en cuerpo y alma.

Fué un momento teatral, pues ciertamente no esperaba encontrarle allí.

Federico, repuesto ántes que yo de la sorpresa que como yo debió experimentar, me estrechó la mano.

—¡Ah!—dijo la viudita sonriendo—¿se conocian Vds.? Tanto mejor.

—Juan es mi mejor amigo,—dijo Federico con naturalidad. Entre tanto yo pensaba en que Manuel tenia razon cuando me decia que nuestro comun amigo era tan reservado que rayaba en lo enigmático.

XII

—De modo, que siendo Vds. tan amigos, ¿este caballero le habrá contado á V. el incidente del camino de Villaviciosa?—me dijo Luisa.—Esa *avería* fué algo ridícula para mí, pero hace honor á los buenos sentimientos del señor de Moran.

Aunque estas palabras fueron dichas con atractiva finura, desconcertaron al pobre Federico que se puso encarnado como una doncella pudibunda.

El baron miraba de reojo al jóven pintor, con expresion benévola; quizá aquel inusitado rubor le interesaba: ¡es tan raro en estos tiempos!

(Continuará.)

LA CIENCIA ANTIGUA

LAS VASIJAS MARAVILLOSAS

En los artículos referentes á las ingeniosas combinaciones de los antiguos para excitar la ignorante admiracion del vulgo, artículos insertos en varios números de la ILUSTRACION ARTÍSTICA, se han descrito varios inventos que

tenian por objeto la religion ó el arte. Hoy nos ocuparemos de otro *prodigio* al que con más frecuencia aplicaron los antiguos su espíritu inventivo, el prodigio del agua convertida en vino.

Heron y Filon describen unos quince aparatos destinados á producirlo, y más generalmente á hacer que salieran de una misma vasija líquidos diferentes.

Describiremos uno de los más sencillos (fig. 1):

«Hay, dice Heron, ciertas vasijas llenas préviamente de vino, de las que sale, cuando se echa agua en ellas, ora agua pura ó bien vino puro.

»Se las construye del modo siguiente:

»Supongamos la vasija ΑΒΓΔ provista de dos diafragmas ΔΕ y ΖΗ al través de las cuales pasa un tubo ΘΚ soldado a ellos y con un agujero Λ un poco más arriba del diafragma ΖΗ. Debajo del diafragma ΔΕ hay un orificio M en la pared de la vasija.

»Si, preparada esta del modo indicado, alguna persona tapa el orificio de salida Γ y echa vino en la vasija, este vino pasará por él agujero Λ al compartimiento ΛΕΖΗ, porque el aire contenido en él podrá escaparse por el orificio M; y si se tapa entónces este orificio, el vino que hay en el compartimiento susodicho quedará detenido en él. Por consiguiente, si cerrando el orificio M, echamos agua en la parte ΑΒΔΕ de la vasija, saldrá agua pura por el orificio Γ; si destapamos en seguida el anterior miéntras queda todavía agua sobre el diafragma superior, saldrá una mezcla de agua y vino, y cuando toda la primera se haya escapado, vino puro.»

Como se ve, este aparato es, aunque de distinta forma, el conocido en los gabinetes de física con el nombre de *embudo mágico*.

«Abriendo y cerrando con más frecuencia el orificio M se puede variar la naturaleza de la salida de los líquidos, mejor aún, se puede empezar por llenar de agua el compartimiento ΛΕΖΗ, y cerrando en seguida M, echar vino encima. Entónces se verá que tan pronto sale vino puro como una mezcla de agua y vino cuando el orificio M esté abierto, y si se le cierra, vino puro, lo cual se repetirá cuantas veces queramos.»



Fig. 1.—Vasija de Heron, por la que sale agua ó vino á beneplácito

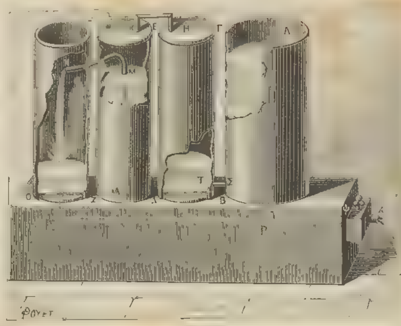


Fig. 2.—Aparato de Heron, en el que se forma una mezcla de agua y vino en proporciones determinadas

El aparato representado en la figura 2 es muy curioso y se prestaria á aplicaciones útiles, prescindiendo del uso que podrian hacer de él los taberneros invirtiendo el órden de los líquidos y no dejando á la vista más que la vasija AB y la llave ó espita.

«Dadas, prosigue Heron, una vasija vacía y otra que contenga vino, se desea que, sea cualquiera la cantidad de agua que echemos en la vasija vacía, salga por un tubo igual cantidad de una mezcla de agua y vino en la proporcion que se quiera. por ejemplo, dos partes de la primera y una del segundo.

»Sea AB una vasija cilíndrica ó de forma de paralelepípedo rectangular. A su lado y sobre la misma base se coloca otra vasija ΓΔ herméticamente tapada de la misma forma que AB; pero la base de esta debe ser doble que la de la otra si queremos que en la mezcla haya doble cantidad de agua que de vino. Junto á ΓΔ se pone otra vasija ΕΖ tapada tambien, en la cual se echa vino. Las vasijas ΓΔ y ΕΖ están unidas con un tubo ΗΘΚ que atraviesa los diafragmas que las cierran en su parte superior y que está soldado á ellos. En la vasija ΕΖ se pone un sifon curvo ΛΜΝ cuya rama ó brazo inferior enrasa con el fondo, de modo que deje el paso preciso para un líquido, miéntras que el otro brazo que se encorva en el interior de dicha vasija, pasa á otra inmediata ΞΟ. De ésta parte un tubo ΠΡ que pasa al través de todas las vasijas ó de la peana en que están, de modo que se le pueda llevar fácilmente por debajo y muy cerca del fondo de la vasija AB. Otro tubo ΣΤ atraviesa las paredes de AB y ΓΔ. Por último, junto al fondo de AB se adapta un tubito Υ que va á parar juntamente con el tubo ΗΓ, á un conducto ΦΧ provisto de una llave con la cual se le puede abrir y cerrar á beneplácito. En la vasija ΕΖ se echa vino por un agujero Ω que se tapa en seguida.

»Tomadas estas disposiciones, se cierra el conducto ΦΧ y se echa agua en la vasija AB Una parte de ella, es decir, la mitad, pasará á la vasija ΓΔ por el tubo ΣΤ, y el agua que penetra en aquella expulsará una cantidad de aire igual á la de agua de ΕΖ por el tubo ΗΘΚ. Este aire expulsará á su vez igual cantidad de vino a la vasija ΟΞ por el sifon ΛΜΝ. Abriendo ahora el conducto ΦΧ, el agua vertida en la vasija AB y el vino que sale de la vasija ΟΞ por el tubo ΠΡ correrán juntos, que es lo que se trataba de conseguir.»—A. DE R.



UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA; cuadro por A. Lonstaunau

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

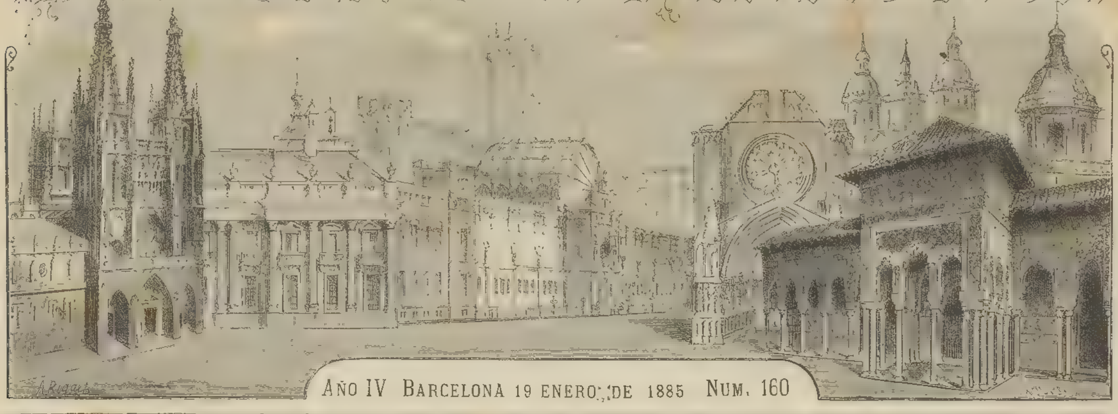
DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromo-litografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UN MUERTO MALTRATADO, grupo en yeso del conde de Ferrieres

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UN MUERTO MALTRATADO, grupo en yeso del conde de Ferrieres

No bastaba que el plomo mortífero diera en tierra con el ave, sino que los perros se habian de disputar la presa, haciendo cuestion de honor el presentarla á su dueño.

El autor de ese grupo ha estudiado perfectamente á la raza canina y reproducido sus actitudes con una verdad y delicadeza de ejecucion que honran al aristocrático artista. Expuesto en el *Salon* de 1883, mereció del jurado una recompensa y del público un sincero y unánime aplauso.

ESCUADRA A LA VISTA, cuadro por M. Volkhart

Junto á la orilla del mar, un grupo de oficiales superiores tiene fija la vista en el horizonte, donde aparecen buen número de velas. En la tranquilidad con que los de tierra acogen la aparicion, se echa de ver que la escuadra es amiga y que de ella nada recelan los del campamento, cuya atencion se halla completamente absorbida por los buques. Esta composicion reproduce probablemente alguna escena de la guerra de Holanda en tiempo de Felipe II: tipos y trajes son bastante españoles y áun el cuadro tiene algo de aquella escuela que inmortalizó Velazquez.

El paisaje es propio; las figuras están bien agrupadas y el conjunto revela que el autor conoce el arte lo preciso para producir obras de verdadero aliento.

FERIAS Y FIESTAS DE BARCELONA. El carro alegórico del Ayuntamiento

Feliz ocurrencia tuvieron los que, con motivo de nuestras últimas fiestas populares, idearon una manifestacion de fuerzas vivas del país, expuestas en carros alegóricos. Cuantos tomaron parte en ella dieron á entender hasta qué punto puede contribuir el arte á la exhibicion de la industria; debiendo, empero, consignarse, que el carromato costeado por el Ayuntamiento de Barcelona, fué el que sin disputa se llevó la palma allí donde todos merecieron aplausos.

Dispuesto ó ideado por nuestro colaborador, el distinguido pintor Sr. Pellicer, sintetizaba perfectamente á la ciudad condal exhibiendo triunfalmente los valiosos productos de su suelo y de sus talleres. Más que un carro vistoso de cabalgata, ó si se quiere de mojiganga, como se llamaba antiguamente á esas cosas, resultó ser una verdadera obra de arte, grandiosa en su conjunto, esbelta en sus líneas, elegante y rica en sus detalles, y pensada de tal suerte que resultara, á su simple vista, gráfica expresion del concepto que entrañaba.

La reproduccion de ese carro alegórico ha dado ocasion al Sr. Pellicer para dibujar otra obra de arte, la lámina que publicamos en este número, y por ella y por la idea que la motiva felicitamos cordialmente á nuestro amigo y á cuantos le secundaron para que en brevísimo tiempo tuviera dignísimo remate el pensamiento de la manifestacion industrial de Cataluña.

Aparador y ventana esculpida presentados en la Exposicion de Calcuta

En la exposicion de Bellas Artes celebrada hace pocos meses en Calcuta, y á la que han concurrido todas las provincias del vasto imperio índico, han llamado singularmente la atencion los objetos expuestos en el departamento del Punjab y en especial los de madera tallada por su exquisito gusto, sus afiligranadas labores y su prolijo trabajo. Al verlos se comprende que los artistas indostánicos de la actualidad son dignos sucesores de los que labraron los suntuosos palacios y monumentos de Agra, Delhi, Odeypur, Hayderabad, y otros mil que contempla con pasmo el viajero y con entusiasta admiracion el artista.

El aparador cuya reproduccion, notablemente grabada, presentamos, procede de la escuela de Bellas Artes de Lahore, y se recomienda por sus bien entendidas proporciones y su minucioso trabajo, realzado por las combinaciones de colores de los diferentes tableros que lo componen y que no es posible reproducir en el grabado.

La ventana del grabado siguiente es una copia fiel de otra existente en Bhera, distrito de Shapur. Como se echa de ver, es una obra maestra de escultura, de estilo arábigo, aunque las flores y el follaje sean más bien convencionales, pero que no hacen desmerecer su artístico conjunto, el cual da una alta idea de la destreza y buen gusto de los artistas de aquel remoto país.

EL ENANO DE LA CORTE, cuadro por G. Gelli

El asunto de este precioso cuadro, en donde corren parejas, á una envidiable altura artística, el sitio y las figuras, el grupo en conjunto y las actitudes en detalle, en una palabra, lo principal y lo accesorio, está tomado de una leyenda tirolesa, parecida á otras muchas que se narran en distintos países.

La escena, digámoslo así, tiene lugar en el castillo de Ambras. Su noble propietario invita frecuentemente á los señores de la corte para que le distraigan de la pérdida de su esposa, que tempranamente ha bajado al sepulcro. Entre los huéspedes del castellano se encuentra el enano ó bufon de la corte.

Uno de los nobles convidados tiene la debilidad de enamorarse de una bella maritornes del castillo, la cual, á su vez, tiene la debilidad de fiar en las promesas de su galan, que ni las escasea, ni, por otra parte, quiere faltar a ellas.

Todo iria perfectamente, si la niña no tuviera un novio de su propia condicion, que se muere por la muchacha y al cual amaba esta con toda su alma, hasta que una corona señorial deslumbró sus ojos. Por desgracia, nadie se acuerda del pobre pechero....

Decimos mal, se acuerda de él nuestro enano, ó sea el enano de la corte, el cual, llamado para entretener los báquicos ocios de los huéspedes, tiene la feliz ocurrencia de improvisar una balada, tan sentida, tan conmovedora, á propósito de las muchachas casadas por simple estímulo del orgullo, que el cuento del bufon, acogido al principio con sendas risotadas, tiene luego la fortuna de abrir los ojos á la deslumbrada niña y á su imprudente seductor.

Despues de lo cual, todo termina como Dios manda.

El cuadro de Gelli representa el momento crítico de la leyenda.

Dado el asunto, ¿cabe ejecucion más afortunada?

LA NOCHE DE DIFUNTOS en las ruinas de Poblet

(Conclusion)

Segunda carta á la Excma. Sra. D.ª Rafaela de Torrents de Samá, marquesa de Marianao

Madrid 20 de noviembre de 1884

Prosigo mi relato, amiga mia, apelando nuevamente á su benevolencia.

Entramos en la capilla de San Jorge, joya preciosa del arte gótico, donde doblaban los monarcas su rodilla antes de penetrar en el recinto; descendimos á la iglesia de Santa Catalina, que tiene algo de cripta, mandada edificar por el conde de Barcelona D. Ramon Berenguer IV; pasamos por junto al que fué palacio abacial, del que casi sólo queda en pié un lienzo de pared con ventanas sin postigos ni contrapuertas, como anchas cuencas de ojos sin pupila; atravesamos la puerta claustral, abierta entre dos torreones almenados, sobre cuyas jambas y dinteles se destacan aún los escudos de Aragon y Cataluña y la tradicional famosa cimera de D. Jaime; nos sentamos á departir unos momentos en el claustro, junto al saltante surtidor que se alzaba un dia en el centro vertiendo el agua por treinta fuentes, hoy desecadas y mudas, sobre labradas conchas de piedra, hoy destruidas y rotas; visitamos la sala capitular que ostenta aún en sus tres naves, en los arcos de sus bóvedas, en sus ventanas, columnas y capiteles, toda la opulencia del arte; penetramos en la que fué Biblioteca, donde entre códices preciosos y manuscritos de gran valía, se guardaban todos aquellos libros de rojas cubiertas, afanosamente buscados hoy por los bibliófilos, con las armas y el nombre de D. Pedro de Aragon que los legó al monasterio; subimos al palacio mandado levantar por el rey D. Martin y que, por fallecimiento de éste ántes de habitarlo y por los sucesos acaecidos á su muerte, pareció destinar la Providencia á perpetuas y eternas soledades; atravesamos los antiguos dormitorios de los monjes, y bajamos, por fin, al templo, á la llamada Iglesia Mayor.

¡Qué grandeza aún, y qué majestad en aquella ruina! La luz y el aire penetran allí sin obstáculos. Desaparecieron los cristales de colores que en sus rosetones y ventanas modificaban las luces; los preciosos y artísticos altares que la poblaron, consumidos fueron por las llamas; desnudos y agrietados se ven sus robustos muros; los murciélagos anidan entre las molduras y labrados de sus columnas; ya no existen los cien magistrales sillones de su coro; los restos valiosos de sepulcros sacrílegamente profanados yacen por el suelo; ya las estatuas de los santos, la imágen venerada de la Vírgen, los ángeles con sus espadas desnudas no custodian la casa santa; ya el incienso en aromatizantes oleadas no sube á esparcirse por las bóvedas; ya el órgano no llena de armónicas notas el espacio; ya no resuena el pausado y sonoroso canto de los monjes. Todo está desierto, todo ha huido, todo está profanado, y, sin embargo, todavía hay allí majestad y grandeza, todavía el ánimo se turba y se recoge, impresionado por el sentimiento religioso, ante las tres airosas naves de aquel templo y ante la grandiosa forma de cruz latina, con sujecion á la cual lo levantó el artífice, como si hubiese querido prever que, áun desapareciendo todo, imágenes, crucifijos, emblemas, reliquias, leyendas, lienzos, esculturas, todo, allí debia permanecer siempre, miéntras quedase en pié un solo palmo de muro, la santa forma de la cruz de nuestro Redentor divino.

Por instinto, ¿lo recuerda V.? fuímos á agruparnos todos junto al sitio donde existen los destrozados sepulcros de los reyes de la Corona de Aragon, que allí pensaron dormir su sueño eterno, rodeados en muerte, como lo fueron en vida, de sus próceres más altos y más renombrados barones.

Efectivamente, allí se leen aún, en aquellas rotas lápidas; allí se ven aún, en aquellas mutiladas estatuas que andan á trozos por el suelo, los nombres y los hechos, las efigies y los trajes de cien nobles caballeros de la Corona de Aragon que al estremecer la tierra bajo la uña de sus corceles, extendian por todo el universo mundo la fama de sus virtudes y de sus hazañas. Esparcidos por los claustros y las capillas estaban los panteones y monumentos fúnebres de algunos condes de Urgel, la ilustre familia que por lo alto y antiguo de su nobleza rivalizaba con la casa de Barcelona, y que fué á extinguirse desastradamente en el castillo de Játiva con aquel D. Jaime *el desdichado* á quien su madre impuso la arrogante divisa de *ó rey ó nada;* de algunos vizcondes de Cardona, magnates poderosos que se preciaban de ser, y así lo hacian constar en sus blasones y sepulturas, condes entre los reyes, pero reyes entre los condes; y de todos aquellos que se llamaban Anglesola, ó Cervera, ó Mur, ó Grañena, ó Rocafort, ó Pinós, ó Cervelló, ó Ribelles, ó Castellbó, ó Moncada, nombres todos de esplendor y gloria en nuestros anales, y cuyos títulos nobiliarios recordaban conquistas alcanzadas en lucha abierta y franca contra los sarracenos ó contra los enemigos de la patria.

Allí, entre aquella fúnebre corte de egregio procerazgo, se alzaba, relumbrante de oro y de púrpura, el panteon que sobrepujaba á toda riqueza por sus espléndidas urnas góticas, por sus mármoles y esculturas, por sus trabajos primorosos, por sus labradas puertas de bronce, por sus dorados doseletes, por sus bovedillas de azul cuajadas de estrellas de oro, por sus cuadros de piedra con los hechos más culminantes de los reyes, por sus estatuas de mármol con vestiduras reales ó con hábitos de monje, y, finalmente, por sus tendidas franjas de bajos relieves donde aparecian, como en procesion de duelo, grandes grupos de compungidos varones con luengos trajes talares que asomaban la doliente faz por entre el rebozo de su manto.

En aquellas urnas yacian sepultados los reyes. Allí D. Alfonso, á quien los historiadores llaman *el casto* y los poetas *el que trovó*, el primero que juntó bajo su cetro real los dos estados de Aragon y Cataluña, y tambien el primero de los trovadores conocidos y que tienen historia: allí D. Juan I *el amador de la gentileza*, el de las músicas y danzas y Juegos Florales: allí D. Pedro IV *el ceremonioso*, mejor conocido aún por *el del puñal* á causa del que llevaba siempre en su cinto y con el cual rasgó los célebres privilegios de la Union, *que tenian facultad de hacer reyes:* allí D. Fernando de Antequera *el honesto*, á quien hubo de dar poder y trono el parlamento de Caspe, acto el más alardoso de soberanía nacional que registra nuestra historia: allí D. Alfonso V *el sabio*, conquistador de Nápoles y restaurador de las letras, de quien se duda si fué más agudo su ingenio que su espada y que suspendió el saqueo de Mantua por haber sido patria de Virgilio: allí D. Juan II el que por haber sembrado tantos vientos recogió tantas tempestades, provocando el levantamiento de Cataluña con aquellas palabras imprudentes de *la ira del rey es mensajera de muerte:* allí D. Martin *el humano* que con su muerte sin hijos abrió ancho campo á los pretendientes: y allí, por fin, entre todos el primero, D. Jaime *el conquistador*, de quien todo lo que de más grande puede decirse está dicho con sólo pronunciar su nombre para siempre memorable en las eternidades de la historia.

Junto á los monarcas descansaban sus esposas y sus hijos, las reinas y los príncipes; á sus piés las familias de los magnates deudos de la casa real; en torno y por toda la ancha extension de las naves, las damas y caballeros de su corte; y no dejaba de ser ciertamente singular espectáculo el de encontrar en aquel sitio, unidos por la majestad de la muerte, á muchos que durante su vida se combatieran con toda la crueldad de sus odios y rivalidades, de sus pasiones y sus bandos. Así se veia á D.ª Juana Enriquez, la soberbia castellana esposa de Juan II, junto al infeliz é infortunado príncipe de Viana su entenado, á quien tan fieramente persiguió y á quien por su mandato hubieron de dar *yerbas*, segun dicen; así estaban algunas pobres reinas junto á aquellas damas galantes de su corte que les habian robado el amor del esposo y la paz del tálamo; así se encontraban, mirándose aún con ira y retándose con los ojos de las estatuas erguidas sobre sus mausoleos, los caudillos que con sus bandosidades habian revuelto y turbado cien veces la paz del reino.

Aquello era un pueblo de sepulcros, una ciudad de muertos. Allí estaban todas las grandezas de la tierra en el seno de todas las majestades de la muerte; pero allí tambien, en medio de aquel silencio y de aquella soledad; allí, donde todo estaba frio, helado y mudo; allí, en el seno de toda aquella muerte, habia sin embargo algo que vivia con toda la exuberancia de una vida poderosa, algo que hablaba con la voz tonante de las tempestades y de las multitudes, algo viviente, animado, parlante, prócero: la historia de la Corona de Aragon, que allí se hallaba con sus monarcas ejemplares, con sus libertades y parlamentos modelos, con sus capitanes de épicas hazañas, sus jurados y concelleres de romanas virtudes, sus leyes dominando la braveza de las pasiones, sus flotas domeñando la fiereza de los mares, y su progreso y su civilizacion alumbrados por la eternidad de su gloria.

Largo espacio de tiempo permanecimos en la soledad de aquellas ruinas, vagando unas veces silenciosos por entre los escombros, agrupándonos otras junto al que acertaba á cautivar nuestra atencion, ya nos hablara de las maravillas del arte que allí brotan á cada paso, ya nos entre-

tuviera con las legendarias narraciones ó las históricas gestas que recuerdan cada una de aquellas expoliadas tumbas ó de aquellas desiertas capillas.

Fué entónces cuando, entre diversos relatos curiosos, oímos contar á un compañero nuestro....

Pero no, no puede ser, debo haberlo soñado. ¿Lo oí verdaderamente contar? ¿Fué engaño entónces de mis oídos, ó ilusion ahora de mis recuerdos?

¿Será cierto lo que nos contaron? ¿Y es verdad que nos lo hayan contado? ¿Es cierto, es verdad, señora?—¿lo recuerda V.?—¿es cierto, es verdad lo que junto á las régias sepulturas, á la luz de las teas, y en la noche de los muertos nos contaron?

Ni Hoffman ni Edgardo Poe en sus fantásticos cuentos, ni las baladas alemanas con sus sombrías y delirantes creaciones, oyeron contar, ni soñaron jamás, cosa semejante.

Un dia... ya los monjes habian desaparecido arrastrados por la tormenta revolucionaria, ya las llamas del incendio habian devorado los altares, ya Poblet habia sido entrado á saco; pero todavía estaban allí, respetadas, intactas, incólumes, las sepulturas de los reyes de Aragon.

Una turba, que no una hueste, una faccion de migueletes apareció de repente para vivaquear en aquellos lugares.

Cierto dia de los que allí acampaba, la tropa estaba alegre y contenta, y de concierto general y comun acuerdo, decidieron todos pasar la tarde entregados al inocente é inofensivo juego de los bolos.

Fué la iglesia el sitio elegido. Las sepulturas fueron abiertas, y los muertos convidados á la fiesta. Los sudarios, las régias vestimentas, las cotas de malla, los despojos de la muerte, todo quedó esparcido por el suelo y como cosa de poca monta abandonado.

En el primer panteon de la derecha hallaron un esqueleto gigante. Era realmente el de un gigante, el de D. Jaime I de Aragon.

Fué trasladado al atrio y colocáronle de pié, á la puerta del templo, cruzado de brazos, con un fusil en ellos, de centinela y en vigilancia para que nadie fuera osado á turbar la paz del juego.

Este comenzó, entre bulla y algazara.

Los huesos de los reyes de Aragon y de sus magnates sirvieron de bolos. Los cráneos de los reyes de Aragon y de sus barones sirvieron de bochas.

Y así fué como durante la siesta de una calurosa tarde de verano, se concertaron para matar tranquilamente sus ocios, los descendientes y legítimos herederos de aquellos almogávares que tambien se entretenian en matar los suyos conquistando reinos, como los de Sicilia y Cerdeña, Constantinopla y Atenas, para los reyes de Aragon.

Y aquí termino ya, señora mia, esta larga epístola, rogándole me permita ponerla al frente de la obra que deseo entregar al público bajo la proteccion y auspicios de tan discreta dama y tan cariñosa amiga.

VICTOR BALAGUER

¡NO HAY LINCE COMO EL AMOR!

I

No voy á referir al lector una novela, cuento ó cual quiera otra cosa imaginada y de este jaez, sino una historia acaecida en nuestros dias, que todo Aragon conoce y respecto á la que estoy seguro de que ningun averiguador de vidas ajenas me dará por embustero.

Hecha esta salvedad y pidiendo perdon de las faltas que pueda cometer en esta narracion, la comienzo en los términos siguientes:

No hace mucho tiempo vagaba por la invicta ciudad de Zaragoza un perdido de profesion, llamado por mote Cachili, tan truhan y tan profesor en la picardía, que á haber empleado en andar por el camino del bien las dotes de astucia, inventiva y resolucion que debia á su mala ó buena estrella, hubiera llegado á ser... ¿Quién sabe?

Cachili, á quien venia de casta la aficion á la industria en todas sus ramificaciones, sentó plaza de industrial *sui generis*. Habia corrido las siete partidas del mundo; en Argelia fué soldado, en la Habana lencero, en Sevilla revendedor y falsificador de billetes de la plaza de Toros y en Barcelona se habia ocupado en fabricar moneda falsa.

Probó fortuna
En todas las carreras de la tuna.

Trabajaba primorosamente con la pluma, con el pincel, con el cincel, sobre el troquel, sobre el metal y sobre el carton.

¿Por qué causas, despues de rodar tanto por el mundo, Cachili, que era un genio, el genio de la falsificacion, se hallaba en la ciudad del Ebro? Se ignoran; en la historia de los grandes hombres hay siempre puntos oscuros.

II

El caso es que Cachili estaba perdido en Zaragoza, con un trapo atrás y otro por delante, que ayunaba algunos dias y se pasaba en claro algunas noches, tanto por falta de gases estomacales, cuanto porque la dureza de la cama, que solia ser el suelo, no convidaba al descanso.

Cachili frecuentaba, *cuando podia*, la taberna del tio Farmacia, tal vez llamado así por sus trabajos en el vino, establecimiento de recreo célebre en Zaragoza. Tambien acostumbraba á hacer estaciones en él, un mozo, cobrador de la casa de un almacenista y cosechero de vinos, el cual (me refiero al cobrador) era conocido con el nombre de Pantera, apodo debido sin duda á la particularidad de tener la epidermis salpicada de manchas herpéticas.

Cachili y Pantera simpatizaron; vivian juntos y algunas veces el primero acompañaba al segundo á su cobranza; de suerte que le veia volver á casa de su amo cargado de dinero y sobre todo de billetes del Banco de Zaragoza, que en aquella época circulaban mucho.

Esta circunstancia sugirió una idea á Cachili... pero las exigencias del relato me obligan á abandonar, por ahora, á estos dos amigos para ocuparme de otros personajes que intervienen en esta mínima historia.

III

Don Lesmes, el amo de Pantera, tenia el almacen de vinos al por mayor en una calle de cuyo nombre no me acuerdo y era proveedor de todos los tratantes en pequeño, cafés, fondas y demás establecimientos principales de la *Virgen del Ebro*, como llama yo no sé qué poeta á Zaragoza.

Don Lesmes era viudo, tenia un hermano sacerdote que vivia en su compañía y una hija de diez y ocho años, á quien yo, con más propiedad que el susodicho poeta, podria aplicar la frase anterior. Con saber que esta doncella habia nacido en Zaragoza, ocioso será decir que su nombre era Pilar; pues así como todas las granadinas se llaman Rosario, y todas las sevillanas Dolores, y todas las cordobesas Rafaelas, y todas las naturales de Oviedo Toribias, y todos los negros Domingos, del mismo modo todas las zaragozanas deben llamarse Pilares.

Perdon por el plural.

Pilar tenia muy buen palmito, ojos parlanchines y un carácter un si es ó no es romántico á fuerza de haber leido novelas, entre las que preferia dos, á saber: *Rosita ó la niña mendiga* y *Juanita ó la inclusera generosa*. Era por lo tanto aficionada á la naturaleza y se pasaba largas temporadas en un pueblo de los alrededores de la ciudad, en compañía de una señora hacendada que habia sido su madrina de pila.

Don Lesmes era un buen hombre, no obstante sus ribetes de volteriano, que como su hija tenia cierta aficion á la amena literatura prefiriendo en esta los tipos de abnegacion y fidelidad.

El comercio de D. Lesmes prosperaba, y su hija crecia en hermosura.

Réstame hablar de un personaje que por su importancia párrafo aparte merece.

IV

Su nombre era Nicolás, pero le llamaban Colasito, como de niño; desempeñaba en el almacen de D. Lesmes varios cargos, entre ellos el de contador. Natural de Belchite, patria de D. Frutos Calamocha, estaba desde la edad de catorce años en casa del honrado comerciante.

No era completamente tonto, pero sí algo feo, y tan tímido que rayaba en el encogimiento.

Colasito contaba á la sazon veinte años, edad de las pasiones, abrigaba en su corazon una secreta por la hija de su principal y se limitaba á mirarla á hurtadillas con ojos de carnero moribundo. La bella Pilar, aunque con el instinto de su sexo habia adivinado el amor que inspiraba, no se cuidaba gran cosa del pobre mozo.

Hacia este, miéntras aquella estaba en el pueblo, una vida filosófica y retraida, y si D. Lesmes le hubiere sorprendido en ciertas ocasiones, hubiera creido notar en él los síntomas de la avaricia, pues se pasaba las horas muertas contemplando con ojos saltones los billetes del Banco de Zaragoza, que por razon de su cargo, solia manejar con frecuencia.

¿Qué significaba esto? Tal vez efectivamente era ambicioso por amor.

V

Un dia por la mañana, D. Lesmes hallábase sentado en su almacen, fumando un cigarro de diez céntimos con la misma fruicion que cualquier héroe novelesco de Montepin, y Colasito estaba en una mesa de despacho haciendo cuentas, cuando hé aquí que se presenta Pantera, que volvia de cobrar, segun costumbre de todos los primeros lúnes de cada mes.

Pantera venia agitado, quizá á causa del calor que en aquel dia de agosto se dejaba sentir.

Don Lesmes se puso en pié, aproximándose al mostrador para recibir las cantidades traidas por el cobrador. La mayor parte de estas consistian en papel y ascendian á cinco mil duros.

Miéntras Colasito cotejaba en el libro las partidas sentándolas y diciéndolas en voz alta, D. Lesmes las iba contando sobre el mostrador, examinando uno por uno los billetes de Banco con su acostumbrada minuciosidad é inteligencia.

Al terminar, dirigiéndose á Pantera, pronunció la frase de cajon: «Está bien» y pasando al interior del mostrador, repuso alargando al dependiente los rimeros de billetes.

—¡Cuánto papel hay en la plaza! Toma.

Pantera entre tanto se enjugaba el sudor.

Colasito tomó el primer monton de billetes, examinó algunos, y dijo:

—Estos billetes son falsos.

Pantera hizo un movimiento como para salir del almacen, pero se detuvo.

—¿Falsos?—exclamó D. Lesmes.—¿Estás loco? Los he mirado yo uno por uno.

—Pues sin embargo, son falsos—repuso Colasito con acento de conviccion, y saliendo rápidamente á la puerta de la tienda, añadió:

—Por si acaso, no deje V. irse á Pantera.

Este tenia un aspecto indefinible que D. Lesmes achacó á la sorpresa de la honradez, pero no obstante, como la escama es inherente al comercio, mandó al mozo que pasase á la trastienda.

Pantera, despues de titubear un momento, obedeció: estaba aturdido.

Entre tanto, Colasito habia seguido examinando otros muchos billetes.

—¡Falsos, todos falsos!—volvió á decir.

—Es imposible—replicó D. Lesmes— desafío á cualquiera á que me engañe. ¿En qué te fundas?

—Tengo mis razones—contestó el dependiente, algo confuso.—En fin, si V. quiere, iré de una carrera al Banco y saldremos de dudas.

—Vé pues, aunque lo creo inútil.

Colasito hizo una rápida apuntacion de los números con que estaban marcadas las series de emisiones y tomando un gran monton de billetes, salió precipitadamente del almacen, llegó al Banco, subió á la sala de pagos en donde habia tres dependientes y dió á uno de ellos unos cuantos billetes para que los examinase.

Este lo hizo con la mayor escrupulosidad, cotejándolos con otros, y dijo;

—Son buenos.

Los otros dos empleados, por cuyas manos pasaron, repitieron la misma frase.

Colasito comenzaba á creer que se habia engañado.

En aquel instante se presentó un oficial de Caja.

—¿Qué es eso? ¿una imposicion?

—No, una duda; he creido que estos billetes son falsos.

—Á ver.

El oficial los examinó á su vez é iba á repetir la frase que los otros dependientes cuando se detuvo como asaltado por una idea súbita.

—¡Ah!—dijo—estas series de numeracion no pueden ser, las tenemos nosotros en caja; esperad.

Y salió precipitadamente.

Entre tanto Colasito contó la procedencia de los billetes y la razon en que se fundaba para creerlos falsos: razon que no tardará en conocer el lector.

Volvió el oficial, pasado un breve rato y dijo dirigiéndose á Colasito:

—Tiene V. razon; estos billetes deben ser falsos, porque, como ya he dicho, toda la serie igual aún no ha salido á circulacion.

—¡Bien lo decia yo!—exclamó el dependiente de D. Lesmes.

VI

Cuando volvió al almacen se encontró con grandes novedades. Pantera estaba encerrado en la trastienda, y en la tienda se celebraba una especie de consejo de familia, compuesto de D. Lesmes, de su hermano el sacerdote, que se llamaba D. Ignacio, y de la interesante Pilar.

No bien le hubo visto, el almacenista dijo á su dependiente:

—Tienes razon: los billetes son falsos; Pantera lo ha confesado todo.

Así era verdad. El pobre diablo, impulsado por los remordimientos ó por el miedo, que de esto no estoy seguro, refirió á D. Lesmes cómo se habia asociado á Cachili para hacer la falsificacion, desistiendo del propósito de huir con los fondos, en la esperanza de que teniendo éxito aquella, podrian explotar la mina más en grande; pues segun decia su compañero, con cinco mil duros no tenian para empezar; que de sus ahorros él proporcionó lo que fué necesario; todo esto, por supuesto, acompañado de protestas de arrepentimiento.

Despues de hecho este relato, el almacenista preguntó á Colasito:

—¿Pero en qué te has fundado para descubrir la falsificacion. Los billetes están tan bien hechos que se confunden en todo y por todo con los buenos.

El dependiente tomó entónces uno de los billetes falsos y otro bueno, que sacó del cajon del escritorio, y dijo presentándolos á su principal:

—¿Ve V. esta figura, que representa á la justicia, ó yo no sé qué?

—Sí—contestó D. Lesmes.

—Repare V. en uno y otro billete el ojo izquierdo de ambas figuras. ¿No halla V. alguna diferencia?

—Ninguna—dijo el almacenista.

—Ninguna—repitieron D. Ignacio y la bella Pilar, que se habian inclinado para ver los billetes.

—Pues sin embargo, existe;—repuso Colasito,—yo he pasado horas enteras contemplando esta figura grabada en los billetes, sobre todo los ojos, y para mí es claro y evidente que en los falsos la niña del ojo izquierdo de esta matrona, ó lo que sea, es casi imperceptiblemente más pequeña que en los buenos.

Don Lesmes, D. Ignacio y Pilar, estaban pasmados de sorpresa; esta última no hallaba ya tan feo á Colasito.

Todas las distinciones agradan á las mujeres, y Colasito en aquel instante parecia el genio de la perspicacia.

Don Ignacio, que era un tanto investigador y malicioso, soltó al dependiente la siguiente pregunta á quemaropa.

—Pero, ¿con qué objeto te pasas las horas enteras contemplando los billetes de Banco?

El jóven se turbó.



ESCUADRA Á LA VISTA, cuadro por M. Volkhart



FERIAS Y FIESTAS DE BARCELONA. Carro alegórico del Ayuntamiento
Composición y dibujo de J. L. Pellicer

—Sí, ¿con qué objeto?—repitió D. Lesmes que notó esta turbacion.—¿Tratas por ventura de hacer otra falsificacion?

Esta vez Colasito se puso pálido.

—Habla,—repuso el almacenista, escamado por el silencio de su dependiente.

—Señor....—balbució el jóven.

—Habla,—repitió D. Lesmes.

—Señor... esa figura se pa.... se parece á la señorita Pilar.

¡Oh! no hay lince como el amor!

VII

Seis meses despues, Pilar y Colasito estaban casados.

Convenido, pero ¡y Pantera y Cachili!

Pantera, perdonado por su amo, en Filipinas.

Cachili, no he podido saber de él; quizá será banquero, tal vez presidiario.

ENRIQUE VALDIVIESO

LA CAJA DE ALERCE

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuacion)

Compadecida tal vez de la confusion de Federico, la maligna dama repuso:

—Pues bueno, ya que el señor de Moran ha sido tan discreto hasta para con sus predilectos amigos, pues á lo que parece V. (por mí) no sabe nada, contaré á Vds. con sus mínimos detalles el percance de que un caballero andante libró á una dama andariega. ¡Ah! si mi doncella me hubiera visto aquella noche con *la cara metida en barro*, como el tio Carando de la pieza andaluza, de seguro la da un síncope. Oigan Vds., pues.

Despues de este exordio, la sobrina del baron nos hizo un relato lleno de gracia de los acontecimientos con que comienza este libro. Nosotros la oíamos encantados; especialmente Federico, que tenia que hacer esfuerzos para no devorarla con sus miradas.

En este momento se presentó en el gabinete un nuevo personaje á quien los dueños de la casa recibieron con familiaridad.

Era nada ménos que el comandante Medina, hermano de la interesante viudita.

Alto, moreno, seco, rayando en los cincuenta años, llevando el historiado uniforme de húsares de la Princesa con un empaque militar que no carecía de distincion, el comandante Medina dió un golpecito en el hombro del Baron y se aproximó á su hermana, á cuyo lado nos hallábamos nosotros.

La viudita nos presentó á él.

Al oir mi nombre se inclinó cortésmente; pero cuando Luisa dijo:

—El señor D. Federico Moran, pintor distinguido,—el comandante retrocedió dos ó tres pasos, se puso pálido y luégo dirigiéndose á su hermana, preguntó:

—¡Ah! este señor es el que se aprovecha del desmayo de las mujeres para... despojarlas.

Al oir esta frase intempestiva, todos nos quedamos estupefactos. La viudita dejó de mecerse en su silla, el Baron se aproximó asombrado; yo no sabia dónde estaba. En cuanto á Federico, habíase puesto en pié y tenia el aspecto de un hombre que recibe un golpe que le deja aturdido.

—Explícate, Alejandro—dijo la viuda que era la que estaba más serena—¿qué quieres decir, á quién aludes?

—A este... caballero, al señor de Moran, pintor distinguido y... otras cosas, que ha enviado á la portería de mi casa la caja del retrato de nuestra abuela, pero sin las cartas *que tú sabes*,—repuso dirigiéndose á su hermana.

—¿La miniatura que yo perdí y que afortunadamente hemos recobrado en parte?

—Justamente. Este... caballero la envió con encargo expreso á su mandadero de que no dijera su nombre; pero contaba sin la huéspeda; no podia prever que su portero y el mio, ambos aficionados al zumo de la vid, habian de celebrar el alboroque con los quinientos reales de hallazgo. En la expansion de la chispa salió á relucir el nombre de este señor que se queda con papeles que no le pertenecen...

—Basta, caballero interrumpió Federico, medio repuesto de su asombro.—He ocultado mi personalidad porque no veo la necesidad de exhibirla para devolver un objeto perdido; pero ni yo sé á qué papeles V. se refiere, pues yo sólo he encontrado una miniatura *que he devuelto*, ni puedo explicarme el tono agresivo con que V. se dirige á mí.

—Con el que V. merece.

—¡Caballero!...

—Vamos por partes—interrumpió el Baron—aquí hay un enigma que no puede aclararse con reproches y amenazas. Señor de Moran, mi sobrina ha perdido un retrato.

—Ahora lo sé.

—Que segun parece V. encontró.

—Sí, señor.

—¿Quiere V. decirnos dónde y cuándo?

—El dia 4 de este mes, yo me trasladé desde los alrededores de Pozuelo á Madrid, al dia siguiente en que tuve la satisfaccion de prestar un ligero servicio á esta señora. Eran las seis de la tarde; paseando junto al camino esperaba la diligencia del pueblo; unas violetas que crecian en el borde de una zanja me atrajeron, porque soy muy aficionado á estas flores; me aproximé para coger algunas ..



EXPOSICION DE BELLAS ARTES CELEBRADA EN CALCUTA

APARADOR, EXHIBIDO POR LA ESCUELA DE BELLAS ARTES DE LAHORE

—Sí, sí—interrumpió Luisa;—recuerdo la zanja y las violetas; está cerca de la casa en donde me dieron hospitalidad, algo más arriba; allí se detuvo la diligencia cuando yo me encaminaba á Villaviciosa para componer una avería, y recuerdo que me bajé y cogí tambien violetas.

—Pues bien, señora; al borde de la zanja estaba la cajita con el retrato; pero yo no he hallado las cartas ó papeles á que el señor se refiere.

—Es natural—dijo el comandante irónicamente—la caja cayó al suelo abierta; los papeles pasaron por encima del retrato y... se perdieron.

—No comprendo—dijo Federico.

—¡Luisa! —mandó el Baron—trae la caja para que comprenda este caballero.

Trajo aquélla la cajita, el baron la tomó y mostrándosela á Federico, repuso:

—Los papeles en cuestion estaban en esta caja.

—¡En la caja! ¿dónde?

—En este doble fondo;—y el baron tocando con un dedo en uno de los ángulos del pequeño receptáculo, apareció una cavidad perfectamente disimulada.

—¡Ah!

—Yo—dijo Luisa—metí en ese espacio dos cartas, que tenian cierto interés, para que no se me perdieran en el camino.

—Yo nada he visto—dijo Federico cada vez más confuso.

—¿Está V. seguro?—repuso la viudita fijando su mirada en el atribulado pintor.

—Segurísimo.

—¿Y lo está V. igualmente de que un criado, un cualquiera...

—Por ejemplo, una *modelo;*—interrumpió el comandante.

—No haya—prosiguió Luisa—encontrado, por casualidad, el secreto y sustraido esas cartas?

—¡Imposible, señora!—observó Federico, despues de un momento de reflexion—porque desde el dia en que encontré el retrato hasta el en que lo devolví, ha estado guardado en mi estudio, en el cual sólo han entrado dos amigos íntimos, de los cuales respondo como de mí mismo.

—¡Si habrá brujas!—exclamó el comandante.

—Además—repuso la viudita—hay otra circunstancia que ninguno de Vds. conocen.

—¿Otra?—preguntaron á dúo el Baron y el comandante.

—He observado con detencion el retrato y me he convencido ..

¿De qué?

—De que no es el nuestro.

Nueva y mayor sorpresa. Federico tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla; sentia como un vértigo.

—La mistificacion está perfectamente hecha—repuso Luisa—la caja es igual, de la misma época y quizá la misma; pero la miniatura, aunque admirablemente copiada, es otra.

Las miradas de todos los circunstantes se fijaron en mi pobre amigo.

En este momento un criado anunció:

—¡Los señores de Iraldez!

Federico, que sin duda se ahogaba en aquel sitio, aprovechó la coyuntura, se inclinó para salir y me dijo:

—¿Te quedas?

Yo le seguí.

XIII

Ya era tiempo.

Federico se ahogaba efectivamente. Cuando estuvimos fuera, respiró con toda la fuerza de sus pulmones.

—Sabes—le dije miéntras bajábamos por la escalera—que salimos de aquí como ladrones.

—No sé nada—contestó en tono sombrío, y luégo cuando hubimos andado algun trecho, repuso:

—¿Crees tú que esa infernal caja contenia esas cartas?

—Dudo,—le contesté;—pero ¡qué importa! desde el momento en que todos lo afirman.

—Es verdad; estoy cogido en una red incomprensible.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Lo sé yo por ventura?

—Pero volverás á casa de esa encantadora viudita.

—¡Qué dices!

—¿Si ella te invita, por supuesto?

—Eres loco ó malo. No volveré.

—Te perdono esas palabras, porque veo que sufres; pues en realidad la cosa haria reir á otro ménos susceptible que tú. ¿Vas á hacer caso de ese grosero militarote?

—Si no se tratara más que de él, le despreciaria, pero es hermano...

—De su hermana, comprendo.

—¡Ah! mi querido Juan, mi amistad va á perjudicarte en el concepto de esos señores.

—¡Oh!—añadió Federico cuando nos despedimos.—Yo aclararé la clave de ese misterio; me va en ello el honor.

El dijo el honor; yo traduje el amor.

XIV

El domingo siguiente Federico recibió una carta que sólo contenia estas líneas.

«Caballero: Sírvase V. pasarse por mi casa despues del medio dia. Estaremos solos mi tio y yo.—Luisa Medina.»

El pintor no respondió en modo alguno á esta invitacion.

Aquel mismo dia, un poco despues de anochecer, Federico envuelto en la penumbra del crepúsculo y solo en su estudio, se abismaba en sus tristes pensamientos.

Sonó la campanilla del cuarto cuya puerta habia abierto el portero, y el pintor vió dibujarse en las sombras la elegante silueta de una mujer.

—Soy yo, señor de Moran—dijo tímidamente una voz que resonó en lo íntimo del corazon de Federico.

—¿Usted, señora?

—Sí, caballero. V. quizá no conoce algunos defectos de mi carácter, entre otros el de la audacia, tal vez inconveniente; pero que no puedo remediar cuando se trata de cosas que me interesan.

Por grande que fuese su emocion, Federico no olvidó las conveniencias y ofreciendo á la dama una mano temblorosa la condujo á un divan.

Despues permaneció en pié respetuosamente.

—Señor de Moran—dijo Luisa con acento conmovido,—siéntese, V., tenemos que hablar.

El pintor tomó una silla y se sentó á alguna distancia.

Llevada á casa de Federico por un móvil generoso, que esperamos será apreciado y comprendido por el lector, la noble dama, que era mujer y mujer honrada desde la punta de sus hermosos cabellos negros hasta sus uñas sonrosadas, experimentó la reaccion que toda persona de su sexo, carácter y sobre todo de su posicion social, hubiera sentido al verse sola en casa de un jóven; además, la linda viuda se estremecia por vez primera con los eflu-vios del primer amor.

Trató, pues, de romper el silencio con una frase justificativa de su conducta.

—Un acceso de gota ha impedido á mi tio acompañarme... acaso yo no he debido...

—¡Ah! señora—dijo Federico, que no podia refrenar sus ojos y la contemplaba amorosamente—la reputacion de usted está tan alta que puede y debe sobreponerse á vulgares consideraciones.

—Sin embargo...

—Al entrar aquí, ha honrado V. é iluminado este pobre estudio de artista; es más, ha dado V. vida á un corazon que iba quizá á morir.

—No obstante, V. no ha acudido á mi invitacion, usted retraido y tal vez agraviado justamente, olvidaba sin duda nuestra... amistad.

—¡Olvidarla! —exclamó Federico con vehemencia.

—Usted está resentido con nosotros...

—¡Nunca con V.! Señora, el sitio en que nos hallamos me obliga á poner un límite á mis palabras. Nada que de usted provenga puede ofenderme; un resto de orgullo, para *con los demás*, me ha retraido ¿Si V. supiera el esfuerzo que me ha costado? ¡Ser llamado por V., poder verla, y sin embargo...! ¡Ah! señora, ahora me arrepiento; he de-

bido sacrificar á V. mi orgullo, mi orgullo, al que no obstante debo este momento de felicidad.

—Caballero...—balbució la dama conmovida

—Señora, Luisa, mi...—Federico se interrumpió.—¡Oh! señora, perdóneme V... á veces la energía no basta...

—Amigo mio—dijo la linda viuda poniéndose en pié y tendiéndole la mano—la paz está hecha. ¿Nos veremos en terreno neutral?

—¡Ah!—exclamó el pintor besando apasionadamente la mano que le ofrecian.

XV

Federico visitaba asiduamente á la hermosa viudita.

Sin duda habian mediado explicaciones, tal vez tio y sobrina se convencieron de la inocencia del jóven pintor en el *asunto* de las cartas. El comandante, las pocas veces que se encontraba con él, estaba frio; pero no faltaba á las conveniencias.

Habia un convenio tácito en no hablar de los papeles perdidos, ni del retrato mistificado. Todo esto continuaba en el misterio cuya impresion se iba atenuando de dia en dia. Al Baron y á Luisa les bastaba comprender que una persona tan recta como Federico no podia haberse ocupado de una superchería inútil.

Una sombra, es verdad, se cernia entre ellos; pero esperaban á que la disipase la luz del porvenir.

Aunque Federico se sentia amado por aquella mujer tan bella y tan distinguida, conservó su respetuosa sencillez; pero alteró sus costumbres, rompió con sus relaciones mundanas; en una palabra, quiso hacerse digno del bien á que aspiraba. Discreto, como todo buen corazon enamorado, ni buscaba ni rehuia á nadie y recibia con modesta indiferencia cualquiera alusion respecto á su fortuna en amores, guardando sobre ellos una reserva cautelosa debida sin duda á la severa profundidad de su pasion.

Yo esperaba todos los dias encontrar en los periódicos algun suelto referente á un próximo enlace con la encantadora viuda, cuando un negocio de familia me obligó á ausentarme de Madrid.

XVI

No bien volví á la córte, pasados dos meses, fuí á visitar á la sobrina del Baron de Arolas, con el objeto principalmente de enterarme del estado de sus relaciones con Federico.

—La señora no recibe á nadie—me dijo un criado—pero si V. quiere, como sé que es V. amigo de la casa, pasaré recado al señor Baron.

—Bien, sí.

Aquel dia era juéves y acostumbraban á recibir á los amigos; pero con sorpresa noté que la casa estaba sombría y solitaria.

—¿Qué habrá pasado aquí?—me pregunté.

El Baron me recibió en su despacho, con un libro en la mano. Se levantó lentamente del sillon en que estaba sentado y estrechó mi mano con frialdad. Este glacial recibimiento me sorprendió sobremanera, porque el buen señor tenia un aspecto triste y preocupado.

—¿De dónde viene V.?—me preguntó.

Le hablé de mi viaje y titubeaba en preguntarle por su sobrina, cuando él me dijo *á quema ropa:*

—¿Sabe V. que su amigo el *embadurnador* es un sér imposible?

Cada vez más sorprendido, guardé silencio.

—Vaya, por su aspecto, deduzco que está V. ignorante de todo. No obstante sus pocos años de V. le creo un hombre á quien se puede hacer una confidencia; oiga usted y juzgue.

Yo agucé el oido.

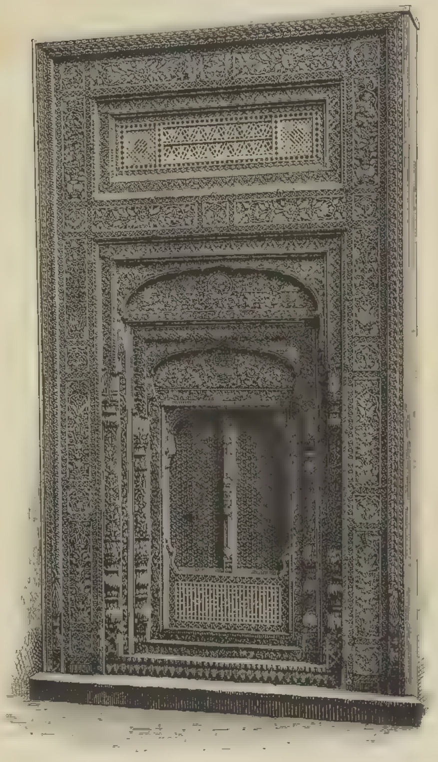
—Despues de mis padres—continuó el Baron—mi sobrina Luisa ha sido la persona que más he amado en el mundo. Me opuse enérgicamente á su matrimonio cuando sus padres, obedeciendo á exigencias de familia, trataron de unirla á un hombre de edad, aunque bien nacido, rico y de no mal carácter. Me repugnaba ver una jóven bella y alegre en el frio hogar de un viejo. No pude hacer prevalecer mis buenas intenciones; mi hermana triunfó de mi oposicion y Luisa fué sacrificada. La dignidad de su conducta y su admirable abnegacion en los tres años que duró esta union repugnante, bajo el punto de vista de la edad, me admiraron tanto más por cuanto yo conozco el carácter de mi sobrina, y comprendo cuánto debió sufrir. No lo he comprendido, sin embargo, en toda su extension hasta algunos meses despues de la muerte de su anciano marido.

Entónces, lo confieso, tuve miedo.

Emancipada de su yugo por la eterna justicia, Luisa, como un ave que recobra la libertad, no deseaba más que espacio y aire para volar. Radiante de inocencia, seguramente, pero ignorante de las trabas que la sociedad impone, con ó sin razon, á las mujeres bien nacidas, yo me ofrecí y ella me aceptó por Mentor. Mi cometido me fué fácil, pues tuve que habérmelas con una organizacion elevada, tanto, que hasta hube de aconsejarla, despues de dos años de viudez solitaria, á que volviera á recibir á sus amigos y á presentarse en sociedad, gozando razonablemente de sus tres mil duros de renta.

Entónces, ya V. sabe cómo, encontró á su amigo de usted, Federico, y desde luégo comprendí que mi sobrina se habia encaprichado de ese belitre enigmático. Tomé

EXPOSICION DE BELLAS ARTES CELEBRADA EN CALCUTA



VENTANA ESCULPIDA DE BHERA

informes y dejé correr la cosa, confiándome al instinto de casi todas las mujeres honradas, y porque, además, con vergüenza lo confieso, ese jóven me agradaba.

Aproveché una pausa del Baron para decirle:

—¿Que ha hecho, pues, para desagradar á V., y cambiar sus buenas intenciones?

—¿Qué qué ha hecho?... Bien se conoce que vuelve usted de las Batuecas; pues no le supongo capaz de tratarme con falsedad.

—Aseguro á V., señor Baron, que desde ántes de mi ausencia no he vuelto á ver á Federico, que no nos hemos escrito y que no sé nada de nada.

—Pues bueno, oiga V. Despues de dos meses de hacer á mi sobrina una corte asidua, cuando habíamos olvidado el misterioso asunto de la cajita mistificada, cuando su amigo de V. se habia captado el amor de Luisa y mis simpatías, cuando todo el mundo me preguntaba ¿cuándo es la boda? hace unos dias, ese miserable ó loco dejó de venir á casa y escribió á mi sobrina diciéndola que él era muy pobre para casarse con ella.

—¿Es posible?—exclamé en el colmo de la sorpresa y de la indignacion—pero... quizá tendria razon, tal vez desgracias recientes, que yo ignoro, le habrán privado de la renta que disfrutaba.

—No, señor, no, al contrario—exclamó con energía el Baron.—Una tia suya ha muerto y me consta que ha heredado cinco mil duros de renta. Lo sé por mi notario.

—¿Y no ha escrito, no ha vuelto?

El baron hizo un gesto de soberano desprecio.

XVII

Dejé la casa de éste y persuadido de que Federico sacrificaba su amor y su felicidad á alguna misteriosa sospecha, tomé un coche y me dirigí á su estudio.

El portero me dijo que mi amigo se habia mudado á un hotelito de los recientemente construidos en la Fuente Castellana.

¡Cuánto debe sufrir ella, tan delicada! pensaba yo andando distraido por la Carrera de San Jerónimo.

Al pasar por frente de la Cervería Inglesa sentí que me abrazaban impetuosamente. Era Manuel.

Le conté brevemente mi conversacion con el Baron y le pedí noticias de Federico.

Manuel se inmutó un tanto y me dijo:

—Creo haber sido el *deus ex machina* de este poema. Entra, tomaremos cerveza y te contaré.

Entramos en la Cervecería, nos sentamos, pedimos, Manuel vaciló un momento, me miró con expresion indefinible y por último dijo:

—Tú eres indulgente.

—¡Yo! ¿y á qué viene eso?

—Tú eres artista y comprenderás los extravíos del Arte.

—Pero...

—Yo soy un artista culpable y extraviado.

—Si prosigues con tus reticencias te dejo.

—No seas tan súpito. Oye y verás á dónde conducen las pasiones, por más que sean tan levantadas como la mia.

Hice un gesto de impaciencia.

—Escucha. Vamos al grano No me interrumpas, porque yo no estoy habituado á hablar en el Congreso... Era el dia de mis cumpleaños; además, habia concluido de arreglar mi pieza de trabajo y con este doble motivo convidé á Federico á almorzar en mi casa...

Fué un almuerzo digno de Lúculo agabachado; ostras de Varennes, montmorencis, chateaubrianes, un *menú* enteramente francés; hubimos de necesitar intérprete para hacer la digestion. A los postres nos habíamos bebido cuatro botellas de Burdeos y tres de champagne *ruban bleu*. Federico estaba alegrillo y yo algo... excitado.

De repente, impulsado por yo no sé qué movimiento interior, me levanto, me cuadro delante de Federico y le digo:

«Saluda en mí al primer miniaturista de la época.»

Federico prorrumpe en una carcajada.

Herido por aquella demostracion inconveniente, abro con dignidad uno de los cajones de mi cómoda y saco una cajita.

Me vuelvo hácia Federico y añado:

«¿Si no estás enteramente borracho te acordarás de aquella maravillosa miniatura que te encontraste?»

Federico miraba con desmesurados ojos la cajita que yo tenia en la mano.

Yo proseguí:

«Se me hacia cargo de conciencia que devolvieras tan acabada obra de arte á un imbécil que sólo ofrecia cincuenta duros de hallazgo, demostrando que no sabia apreciar su valor. Esta circunstancia, la casualidad de tener yo una caja igual... Aquí debo hacer un paréntesis para probarte mis vastos conocimientos: cuando con la venida de Felipe V á ocupar el trono español se introdujeron más de lleno en España las modas francesas, hacian furor las miniaturas que generalmente se encerraban en cajas parecidas á esta. Yo tenia una enteramente igual heredada de mis *ilustres* antepasados; lo cual, unido á mi idolatría por el arte y al deseo de probar mis fuerzas me sugirió una idea luminosa...

(Continuará)

LA CIENCIA ANTIGUA

LAS VASIJAS MARAVILLOSAS

El griego Ctesias, que fué médico de la corte de Persia á principios del siglo IV de nuestra era y que ha escrito una historia de su país, cuenta el caso siguiente: «Habiendo mandado abrir Jerjes la tumba de Belo, halló el cuerpo del monarca asirio en un ataud de vidrio casi totalmente lleno de aceite. En una inscripcion puesta en un lado de este ataud se leia lo siguiente: «¡Ay del que viole esta tumba y no acabe de llenarla de aceite inmediatamente!»

Al punto mandó Jerjes que se echara en ella dicho líquido, mas á pesar de la gran cantidad que de él se puso, no se pudo llenar el ataud.

Debia efectuarse este prodigio con un sifon en que se hace el vacío tan luégo como se eleva el nivel en la vasija sobre la horizontal trazada por la parte superior de la curvatura del tubo; y en efecto, se ha encontrado la prueba del uso del sifon en Egipto desde la dinastía décimooctava, y Heron describe en sus *Neumáticas* un gran número de vasijas maravillosas fundadas en su uso.

Los antiguos habian resuelto tambien el problema inverso del de la tumba de Belo, es decir, la construccion de una vasija qne continúa siempre llena por grande que sea la cantidad de agua que de ella se saque, ó por lo ménos aunque se saque de ella mucha agua.

En la figura 1 puede verse uno de los sistemas al efecto adoptados:

«Sea AB un depósito cilíndrico que contenga una cantidad de agua igual á la que pueda pedirse, y ΓΔ un tubo que lo pone en comunicacion con una cubeta HΘ situada más abajo. Junto á este tubo se instala una palanca EZ de cuyo extremo E se suspende una rodaja de corcho K que flota en la cubeta; al otro extremo Z se engancha una cadena con una pesa de plomo Ξ

»Todo ello debe estar acondicionado de suerte que, al flotar el corcho K en el agua de la cubeta, cierre el orificio del tubo; que cuando el agua salga por la parte inferior, el corcho baje dejando libre esta abertura, y por último, que cuando llegue una nueva cantidad de agua á la cubeta, el corcho suba con el nivel y cierre otra vez el tubo; para lo cual es menester que el corcho sea más pesado que la pesa de plomo colgada de Ξ Sea ahora AM la vasija susodicha cuyos bordes deben estar á la misma altura que el nivel del agua en la cubeta cuando no entra líquido alguno por el tubo ΓΔ por impedirlo el flotador de corcho; y sea ΘN un conducto que pone en comunicacion la cubeta con la vasija.

»Ahora bien; una vez lleno el depósito cilíndrico, si sacamos agua de la vasija, haremos que baje al mismo tiempo el nivel del líquido en la cubeta, y el corcho al bajar dejará destapado el tubo. Entónces el agua pasará á

la cubeta y de esta á la vasija, con lo cual subirá el corcho y cesará la salida del agua, y esto se repetirá cuantas veces la tomemos de la copa ó vasija.» (Heron, *Neumáticas:* App. XIII.)

Conocíanse además las vasijas que sólo daban salida á una cantidad determinada del líquido que contenian. Describiremos una de las más complicadas.

Heron enuncia en su citada obra este problema del modo siguiente:

«Dada una vasija que contenga vino, provista de un tubo de salida y colocada sobre un pedestal, hacer de modo que por el simple cambio de lugar de una pesa, salga por el tubo una cantidad determinada de vino, por ejemplo, medio cotilo (13 centílitros), ó un cotilo, ó en una palabra, la cantidad que se quiera.

»Sea AB la vasija en la que se debe poner el vino (figura 2). Cerca del fondo tiene un tubo de salida Δ: el cuello está cerrado por el diafragma EZ al través del cual pasa un tubo que llega hasta el fondo de la vasija, aunque dejando suficiente espacio para que pase el agua. Sea KAMN el pedestal ó peana en que está puesta la vasija y ΞO otro tubo que llega casi hasta el diafragma y que penetra en el pedestal; en este hay el agua suficiente para tapar el orificio del tubo ΞO. Sea en fin ΠP una palanca ó regla, cuya mitad está dentro del pedestal y la otra mitad fuera, y que puede oscilar alrededor del punto Σ, llevando suspendida del extremo Π una clepsidra que tiene en el fondo un orificio T.

»Estando tapado el tubo de salida Δ se llena la vasija por el tubo HΘ ántes de echar agua en el pedestal para que el aire pueda escaparse por el tubo ΞO; luégo se echa agua en el pedestal por un agujero cualquiera de modo que quede tapado por ella el orificio O, y entónces se abre el tubo de salida Δ. Es obvio que no saldrá el vino, por cuanto no puede entrar aire por ninguna parte; pero si bajamos el extremo P de la palanca, una parte de la clepsidra saldrá del agua, y destapado entónces el orificio O, saldrá vino por el tubo Δ hasta que el agua levantada en la clepsidra haya salido á su vez, y tape dicho orificio. Si cuando se haya vuelto á llenar la clepsidra, bajamos áun más el extremo P, el líquido contenido en esta tardará más tiempo en escaparse y por consiguiente saldrá más vino por el tubo, y si toda la clepsidra se eleva sobre el agua, la salida del vino durará mucho más tiempo.

»En lugar de bajar con la mano el extremo P de la palanca, se puede tomar una pesa Φ que recorra la parte exterior PX de la regla, y cuyo peso baste para sacar fuera del agua toda la clepsidra cuando dicha pesa está colocada cerca de P; por el contrario, cuando la pesa esté más distante de P sólo levantará una parte de aquella. Entónces se harán algunas pruebas ó tanteos sobre la salida del líquido por el tubo Δ, haciendo muescas en la regla y anotando la cantidad de vino que á cada muesca corresponde, de suerte que cuando se quiera hacer salir una cantidad determinada de él, bastará poner la pesa en la muesca correspondiente.»—A. DE R.



Fig. 1.—Vasija maravillosa de Heron de Alejandría. Esta vasija no se vacía, cualquiera que sea la cantidad de líquido que se saque de ella



Fig. 2.—Otra vasija maravillosa de Heron. Cambiando de lugar una pesa, se puede hacer salir una cantidad determinada del líquido



EL ENANO DE LA CORTE, cuadro por G. Gelli

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromo-litografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 26 DE ENERO DE 1885 — NÚM. 161

LAS MUJERES GERMANAS EN LA BATALLA DE AQUA SEXTIA, cuadro por W. Lindenschmit

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Los terremotos.—Caprichos del planeta.—Misterios.—Lo estable y lo inestable.—Las escuelas públicas.—Un acto generoso

Hasta ahora teníamos derecho á creer que la tierra habia terminado ya su período de formacion, y ya la disfrutábamos vieja, sin temer de su firme estabilidad y de sus seriedades y desengaños la más pequeña locura. Al dar una patada en la tierra en algun acceso de desesperacion y dolor, no temíamos nunca que allá abajo en las profundidades el eco de nuestro pisoton despertase otros rumores. Cuando entregamos á la tierra un cadáver querido, no nos imaginábamos que pudiera agitarse entre sus brazos como la mujer agita al niño recien nacido en los primeros alborozos de la maternidad. Cuando acumulamos fatigas y desvelos, y cercenando á nuestras ambiciones, á nuestros caprichos y hasta á nuestras necesidades, hoy una moneda de cobre, mañana una de oro, y fundimos todos estos metales en ese precioso lingote de la vida comercial que se llama el ahorro, y haciéndole sufrir la más completa de las metamorfósis lo convertimos en una casa, y la construimos segun nuestras comodidades, pensando fundar en ella el solar de la familia, no nos acordamos de que por muy hondos que sean los cimientos y por muy firme que sea el asiento del edificio, una veleidad del planeta puede derrocar nuestra fortuna y convertir en polvo nuestros afanes.

Alguna vez, en los telégramas de los periódicos, leíamos la noticia de que en lejanas tierras, habitadas por otras razas que apénas nos acertamos á explicar ni á concebir y que en algunos momentos de escepticismo dudamos de que existan, habia ocurrido un temblor que habia destruido muchos pueblos; pero lo cierto es que lo que ocurre en las Islas Visayas, conmueve poco al que se baña en el Manzanares; de la misma manera que los dolores del rey Ataulfo tienen sin cuidado al elector de Romero Robledo.

Hoy el fenómeno ha sucedido debajo de nuestros piés; allá donde están las raíces de los árboles, las vetas metálicas de los minerales, los huesos de nuestros muertos y los débiles arraigues de las flores y el césped. Debajo de nosotros ha palpitado la cólera divina, las casas se han conmovido y desde Vigo á Cádiz una trepidacion horrenda ha agitado toda la Península.

Lo que en Madrid sólo fué temor y susto, fué en Sierra Nevada destruccion y ruina, y lo que aquí constituyó la zozobra de una noche, la gritería del público que en el Teatro Real se vió zarandeado un segundo, ha sido allá abajo muerte, desolacion y miseria.

La tierra no tiene ya derecho á ser caprichosa, porque estas versatilidades de la voluntad están encadenadas a la juventud. En los dias aquellos en que Urania era jóven, cuando el hombre salia de las cavernas ignorante de la ciencia que conduce la palabra por los hilos del teléfono y condensa la fuerza en la caldera de una locomotora; cuando aún nuestro planeta era enorme bola de pasta aún blanda, en que el Hacedor Sumo no habia acabado su obra y en los espacios inmensos la contemplaba teniendo en la una mano el martillo poderoso y en la otra el cincel, tal y como el cuadro clásico nos representa á Miguel Angel en su taller de escultura, entónces era natural, lógico y presumible que tal dia se rasgasen las entrañas de un monte, y abriéndose en la cima horrenda boca, la tierra vomitase al cielo espumarajos de fuego y columnas de ceniza; ó que tal vez mañana una isla que espléndida y rozagante, cubierta de árboles y poblada de toda suerte de animales, se sumergiese de improviso en los abismos marinos, cerrándose sobre ella como una tumba de olvido el equilibrio eterno de las aguas. En una palabra y reasumiendo mi pensamiento: cuando no habia palacios que costaban miles de millones tenia la tierra derecho á estremecerse, porque todo lo que destruia era lo que ella misma habia construido; la caverna donde la familia humana nacia confundida, y aún no bien separada en sus relaciones sociales, con el mono y el kanguro; pero hoy que la tierra está rodeada en todos sentidos por el brillante cinturon de casas de la poblacion, hoy que sobre cada rio se ha elevado un puente, en cada cordillera se han abierto cien túneles, en que en cada llano ha nacido una ciudad y la labor incesante de miles y miles de generaciones ha ido acumulando sus aciertos y su trabajo para enriquecer y ornar la áspera é ingrata superficie del planeta, hoy ya no tiene derecho á estos caprichos que cuestan caros.

***

La ciencia no ha descubierto aún qué es lo que pasa 7 kilómetros más abajo de nuestros piés. ¡7 kilómetros! pequeña distancia; un caballo la recorre en pocas horas; el hombre ménos andador la domina, un niño que apénas da con acierto sus primeros pasos, puede comenzarla cuando el sol nace y concluirla ántes de ponerse. Esto miéntras se avanza paralelamente á la tierra, pero si descendemos verticalmente, bien pronto nos salen á recibir los fuegos subterráneos, vapores irrespirables, y si con los instrumentos poderosos de la industria horadamos la corteza, apartamos la tierra, destruimos el risco y descendemos algunos metros más, el atrevido expedicionario que ha osado bajar á la tumba siente irresistible peso en los pulmones, dolor en los oidos y en los ojos, con cuyos signos la naturaleza le advierte á tiempo para que vuelva á vivir allí donde la naturaleza le puso y donde la naturaleza le dió un reino, en la superficie del planeta. Tal vez el hombre con esas osadías en que quiere acercarse á Dios, avanza algo más, pero su muerte es inevitable; sus pulmones estallan, su corazon se rompe, el equilibrio sublime de las fuerzas está roto, y se rompe por lo más delgado que es el hombre.

***

De manera, que sólo hipótesis hay en lo que se refiere á estos movimientos, á estas agitaciones y á estos temblores. Bien pequeña se nos aparece la humanidad no pudiendo saber á ciencia cierta, ni áun si aquello mismo que pisa es sólido y firme ó movedizo y mudable. No es extraño que las tristezas que esto produce en el ánimo del hombre, hagan nacer en su sér moral el anhelo de salir de la tierra; y ya que no puede bajar á sus entrañas, salir de su atmósfera. De ese deseo ha nacido el globo y el telescopio: el globo en que viaja el cuerpo, el telescopio en que viajan las pupilas á través de los mares incoloros del éter. Convencido de que la tierra es un misterio impenetrable para él, se decide á buscar ciencia y certeza en lo que pasa en los demás astros y planetas; y estudia la luna; y poniendo debajo del objetivo del telescopio láminas fotográficas reproduce el aspecto de los valles lunares, y luégo empapando la pluma del astrónomo en la tinta de la poesía escribe páginas descriptivas de las cordilleras que como insignificantes rayas y pequeños arañazos aparecen en esas vistas fotográficas del astro nocturno. No pudiendo escribir la geografía interior de la tierra, escribe la geografía de la luna; no pudiendo saber si el núcleo de esta pelota de arena y agua en que vivimos es hueco ó macizo, líquido ó sólido, fuego ó hielo, quiere saber lo que pesan las estrellas y crea una balanza ideal donde mide las fuerzas que seria preciso reunir para apartar á Saturno de sus sátelites y arrancar á la constelacion del Cisne una de sus condecoraciones luminosas. Tal es el hombre, tal le ha creado Dios. Con los atrevimientos de hoy procura recompensarse de las timideces de ayer y con las grandezas de sus sueños trata de consolarse de la miseria de sus realidades.

Una sola cosa acredita en medio de estos desórdenes de la naturaleza, que el hombre sigue siendo rey de ella. La caridad..... un cetro de oro que desde los altos cielos le trae un ángel que lo entrega en señal de dominio sobre lo moral y lo eterno.

***

En un modesto pueblo de Extremadura, en Navalmoral de la Mata, se ha celebrado una ceremonia que ha pasado inadvertida entre el tumulto de los sucesos últimamente ocurridos en Andalucía, y entre la chilladiza de las huestes políticas. En ese pueblo se ha inaugurado una escuela-biblioteca erigida y creada con los fondos que legó al morir el Sr. D. Antonio Concha y Cano.

Los que esperamos algo de la cultura de la generacion nueva debemos gratitud y recuerdo al nombre del modesto patriota que ha hecho más con un acto de desprendimiento que muchos oradores con su elocuencia y su vanidad.

El docto catedrático Gonzalez Serrano, en el acto de la inauguracion, saludaba con entusiasta frase la sombra del muerto que debia presidir la solemnidad. Y decia Gonzalez Serrano:

«Para daros una idea de aquel espíritu excelso y de aquel liberal convencido y sincero, basta recordaros un detalle singularísimo de vida. Del bombardeo de aquellas córtes de que formó parte, (las del 54) conservaba como invaluable reliquia el trozo de un casco de granada y mostrándosela al que tiene el honor de dirigiros la palabra solia decirle.—Hé aquí el símbolo de los males de nuestra patria; el militarismo..... — Tal era el superior espíritu del egregio fundador de esta Escuela.»

Tenia razon el Sr. Concha y Cano, de grata memoria. La cultura humana sólo habrá triunfado cuando los cascos de las granadas sirvan no más que para tinteros en las escuelas públicas y donde hirvió el fuego de la guerra moje su pluma el pedagogo cuando enseña á hacer palotes á un ciudadano del porvenir.

J. Ortega Munilla

NUESTROS GRABADOS

LAS MUJERES GERMANAS en la batalla de Aqua Sextia, por W. Lindenfchmit

Corria el año 102 ántes de J. C. Los cimbros y los teutones habian abandonado, algunos años ántes, las sombrías regiones del Norte en busca de un cielo más puro, de una tierra ménos ingrata. Fuertes por naturaleza, pero dóciles y honrados por temperamento, cuando llegaron á un país próximo á las fronteras de la dominacion romana, se limitaron á pedir permiso para cultivar el suelo bajo la proteccion de la señora del mundo; pero Roma, siempre orgullosa, siempre dispuesta á dominar y nunca á transigir, prefirió la guerra, que por cierto no la fué favorable en todas las ocasiones. Distintos cónsules y muchas legiones de soldados mordieron el polvo bajo la espada de los germanos; hasta que el célebre Mario triunfó de estos é hizo en ellos la más terrible carnicería.

El caudillo Bojorix, duque de los cimbros, a la vista del ejército enemigo, envió al cónsul romano un mensaje pidiendo se le señalara dia y sitio para combatir. Aprovechándose Mario de esta costumbre de sus contrarios, que prueba la candidez germana, les designó la llanura de Vercelli, donde la caballería romana podia maniobrar con ventaja. Allí se trabó la famosa batalla llamada de Aqua Sextia, y allí perecieron los cimbros y teutones hasta el último de sus combatientes.

Las infelices mujeres de los vencidos ofrecieron al vencedor su sumision, siempre que se las garantizase el respeto á su castidad, destinándolas al culto de Vesta; y los romanos cometieron la bajeza de negarse á una demanda tan legítima. Entónces, aquellas honradas y varoniles mujeres dieron muerte á sus hijos, y empuñando las armas que se habian caido de las yertas manos de sus esposos y hermanos, se lanzaron al encuentro de los legionarios y se hicieron matar por su honra y por la honra de su patria.

Tal es la escena que el artista aleman ha pintado con visible talento y verdad conmovedora.

¡TÓMALA, HIJO MIO! cuadro por Conrado Grob

Por destartalada que sea la estancia donde penetra un rayo de sol, con él penetra un rayo de vida. Del mismo modo podemos decir que, por triste y pobre que sea la morada que habita un niño, es un pedazo de cielo para toda buena madre. La de nuestro cuadro no nada ciertamente en la abundancia: la habitacion no puede ser más lóbrega, el mobiliario se pasa de mezquino, la vestidura de la jóven es todo lo humilde que cabe.... Además, nada en la mísera buhardilla revela la presencia de un hombre; por más que se busca en el cuadro, no se encuentra traza del padre de la criatura, del marido de esa madre...: Es muy posible que ese niño angelical sea el fruto de una pasion loca, de una hora funesta de delirio. En este caso, la venida de ese niño al mundo habrá creado á su madre una situacion difícil, una de esas situaciones que, cuando se carece de resignacion y de temor de Dios, terminan en el torno de la inclusa y hasta en el fondo del rio, que lleva sus secretos al mar.... Todo esto es posible...

Y sin embargo, decidla á esa jóven madre que hay en el mundo palacios magníficos, festines suntuosos, espectáculos deslumbradores, placeres inagotables, fiestas sin término; proponedla llevarla á ese gran mundo mediante la simple condicion de renunciar á su hijo; y oid su respuesta:

— El hijo de mi alma vale más, mucho más que todo eso: no hay en el mundo tesoros que puedan pagar una sonrisa de sus labios; cuando éstos me besan, paréceme que la Vírgen me bendice y que Dios me perdona!...

Esto nos dice, ó mejor esto nos hace sentir el delicioso cuadro de Grob.

LA RAMILLETERA, dibujo por A. Fabrés, grabado por Branguli

A juzgar por las apariencias, vive entre flores; si nuestro paisano, que la ha reproducido con su habitual talento, tuviera que comprobar este supuesto, quizás no asentiria á él de una manera absoluta. Sienta perfectamente á la juventud y á la belleza el cultivo de las flores; las rosas y las camelias, los claveles y las violetas parece como que deban prestarse de buena voluntad á que las manos de una mujer jóven y hermosa las agrupe artísticamente, combinando coquetamente sus formas y colores. Hasta aquí todo es natural y se explica á las mil maravillas.

Pero ahondemos algo en la realidad. La ramilletera ha cuidado las flores hasta con cariño, admira sus bellas proporciones, se deleita contemplando sus frescos colores, aspira sibaríticamente sus perfumes, y aún más, sabe por experiencia propia cuánto realza á una morena el rojo encendido del clavel ó á una rubia el pálido rosa de la flor de Alejandría. A pesar de lo cual, sus flores, las flores que, gracias á ella, han salido tan hermosas, pertenecerán á otros, embellecerán estancias que no son las suyas, adornarán un semblante que no es su semblante, ó serán desdeñosamente arrojadas á la calle á la salida del teatro ó del baile.

¿Será debido á esto que la ramilletera de Fabrés no puede ocultar que se encuentra dominada por un pensamiento triste?...

EL MEMORIAL, acuarela por J. A. B. Stroebel

El autor de esta composicion ha demostrado una rara habilidad, no sólo en el dibujo de las figuras, sino en la perspectiva, que no se logra en las acuarelas sino venciendo grandes dificultades, por lo mismo que el artista dispone en ellas de menores recursos.

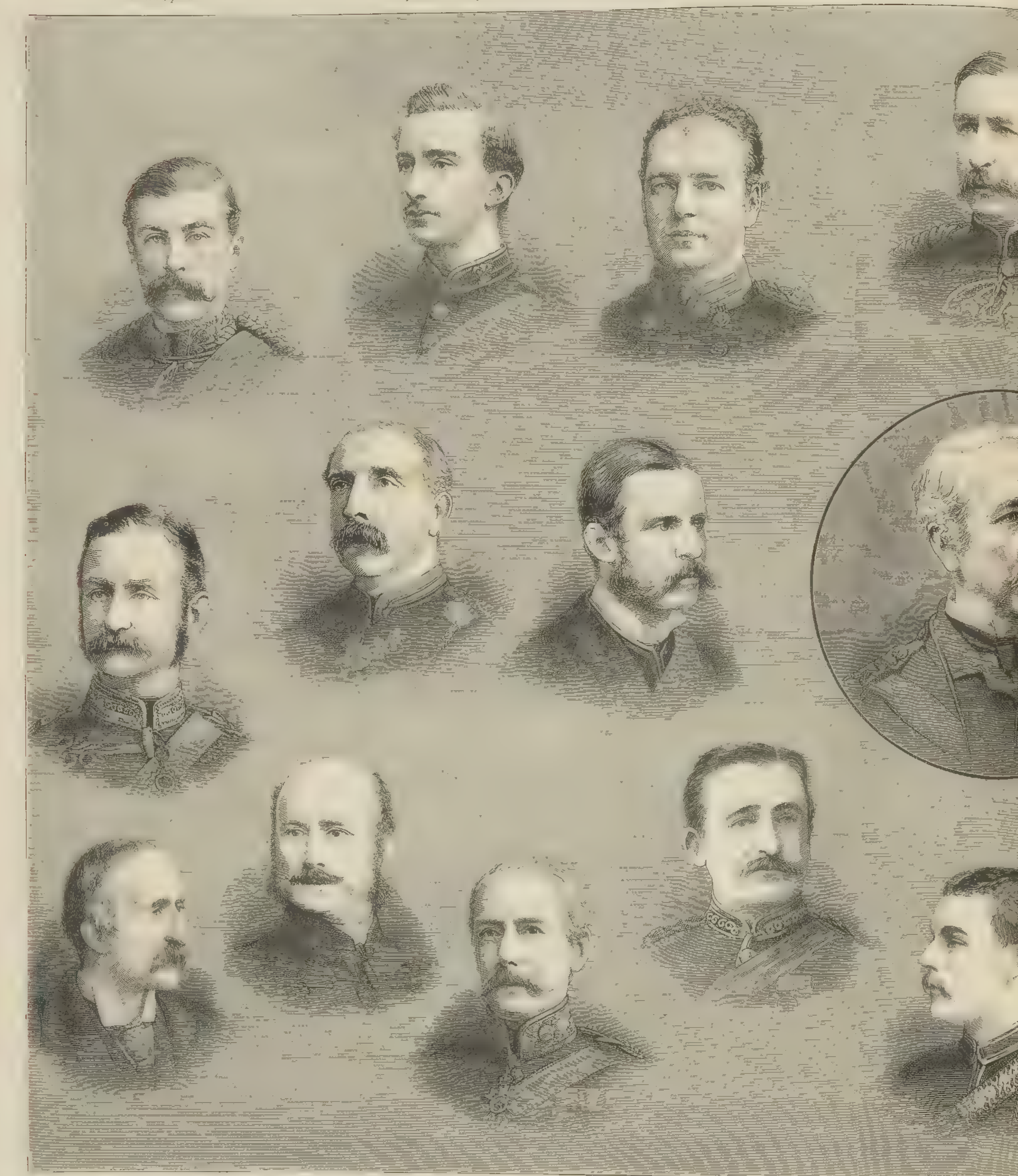
Cuatro términos tiene propiamente el cuadro y los cuatro están bien trazados, dando por resultado espacio, aire, luz, lo más difícil de encontrar, precisamente porque del modelo puede decirse que es invisible, que es impalpable, que existe por uno de esos prodigios que la naturaleza tiene secretos y que el pintor descubre únicamente cuando, á imitacion de Dios, hace la luz

CAPITAN J. F. BROCKLEHURST, de los guardias de á caballo
Servicio especial

TENIENTE F. R. ADYE, de artillería
Ayudante de campo

CAPITAN LORD C. W. DE LA POER BERESFORD, de Marina
Ayudant. de campo

MAYOR GENERAL SIR RE...
Jefe de estado m...



CORONEL R. HARRISON, de Ingenieros
Servicio especial

CORONEL K. G. HENDERSON, del 2.º de carabineros
Servicio especial

TENIENTE CORONEL G. A. FURSE,
Ayudante y cuartelmaestre general

LORD W...
Genera...

DIPUTADO-COMISARIO GENERAL DE ORDENANZA H. MORGAN
Administracion militar

MÉDICO-MAYOR L. CORBAN
Físico de la division de camellos

TENIENTE CORONEL R. A. J. TALBOT, de Guardias de Corps
Comandante de la division de camellos

CORONEL SIR. C. W. WILSON, de Ingenieros
Servicio especial

CAPITAN, CONDE DE AIRLIE,
Servicio especial

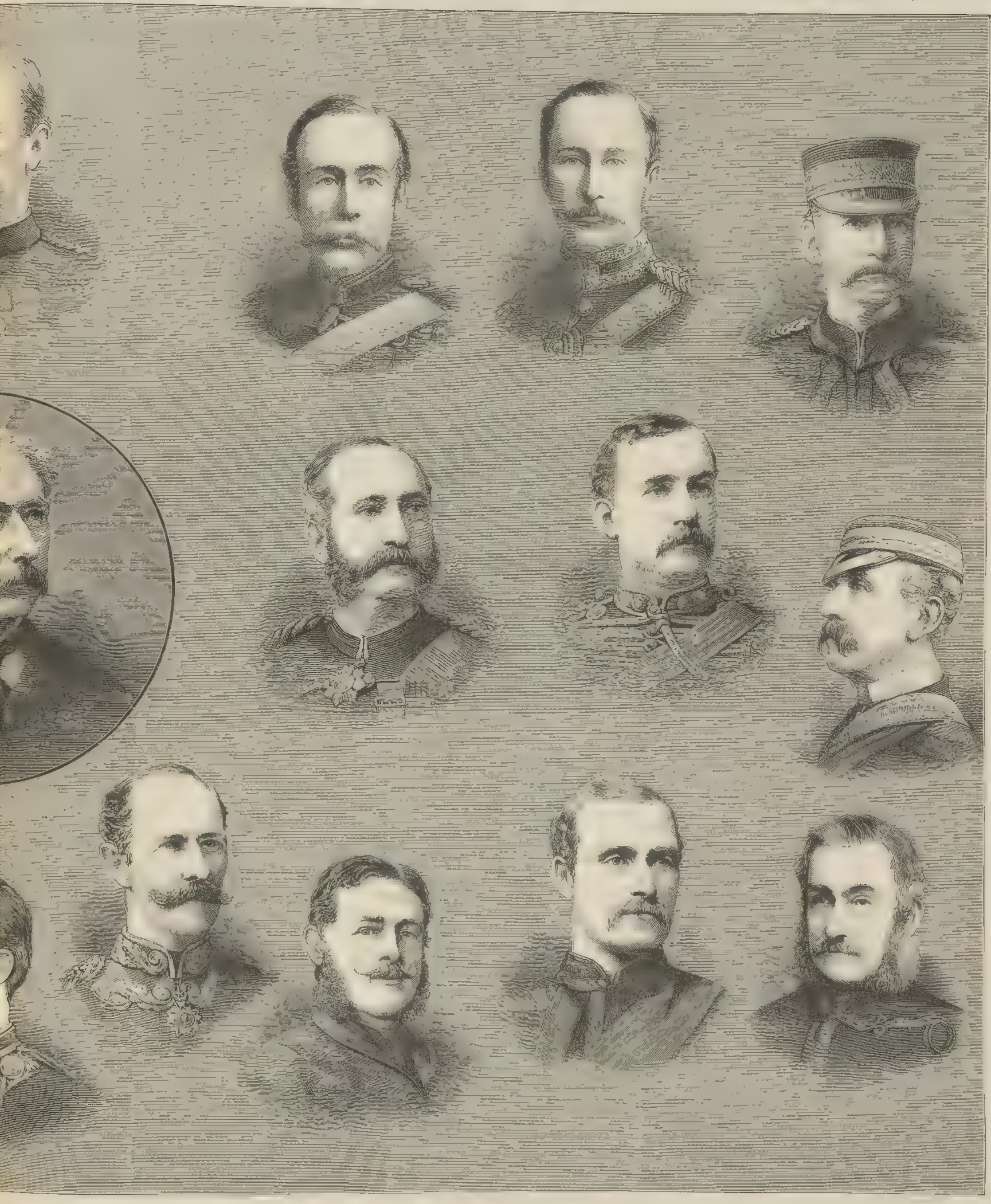
EXPEDICION AL NILO.—LORD...

...ERS BUTLER
...oi

...NIENTE F. S. F. CHILDERS, de ingenieros
Ayudante de campo

MAYOR J. M. WARDROP, de dragones
Ayudante de campo

MÉDICO GENERAL J. IRVINE
Primer médico del ejército en Egipto



...SELEY
...en jefe

CORONEL W. F. BUTLER
Ayudante y cuartelmaestre general

TENIENTE CORONEL J. ALLEYNE, de artillería
Ayudante y cuartelmaestre general

COMISARIO GENERAL H. J. WILKINSON
Administracion militar

CORONEL SIR H. STEWART, de Dragones
Servicio especial

TENIENTE CORONEL E. E. T. BOSCAWEN, de los guardias
Comandante de la division de infantería del cuerpo de camellos

...de húsares

CORONEL C. WEBBER, de Ingenieros
Servicio especial

PAGADOR EN JEFE OLIVEY

... WOLSELEY Y SU ESTADO MAYOR

¡CUÁNTO TE QUIERO, ABUELITA!

Este lienzo es un prodigio de naturalidad. Si la fotografía pudiera reproducir los afectos como reproduce las líneas, diríamos que es la fotografía de una escena doméstica, saturada de poesía y de candor. Ni cabe acariciar con mayor ingenuidad que esa niña acaricia á su abuela, ni pintar una senectud más apacible, más feliz, que la de la anciana de nuestro cuadro.

¡Bienaventurados los niños que se educan en el amor de sus mayores, y bienaventurados los ancianos que viven del cariño de sus descendientes!

EN DULCE AMOR Y COMPAÑA, cuadro por Kunt Efwall

Graciosa composicion, y sobre todo composicion simpática. La debilidad inocente abusando de la fuerza pacífica, el hermoso niño dormido en el regazo del no ménos hermoso perro, aquél perfectamente confiado, éste solícitamente vigilante; la sedosa cabellera del *bebé* enredándose con el sedoso pelo del perrazo de Terranova; la envidiable tranquilidad de entrambos, su apacible descanso, probablemente despues de un cúmulo de travesuras hechas en comun competencia; todo se halla perfectamente comprendido en este cuadro, de que su autor, más que orgulloso, debe estar contento.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LORD WOLSELEY Y SUS COMPAÑEROS en la expedicion al Nilo

El problema planteado en Egipto entre la política mercantil de Inglaterra y las tribus empeñadas en libertar á su país de la explotacion británica, ha excitado la atencion del mundo entero, en especial desde que se ha fijado en la disputada posesion de Kartum, detrás de cuyos muros el general Gordon va adquiriendo las proporciones de un héroe legendario. Cualesquiera que sean las faltas que la codicia inglesa haya cometido en el país de los Faraones, es indudable que en Kartum se encierra hoy la influencia europea: por esto cada vez que el telégrafo ha anunciado la captura y muerte del general Gordon, un estremecimiento doloroso ha conmovido á cuantos se interesan por la causa de la civilizacion, que, más ó ménos bien, representa el defensor de Kartum.

La Gran Bretaña ha comprendido, quizás un poco tarde, cuánto interesaba á su prestigio salvar al general Gordon; no por lo que signifique en Inglaterra un inglés más ó ménos, sino porque la caida de la ciudad sitiada seria la más ingenua confesion de impotencia nacional. Ante esta consideracion, ha organizado la Gran Bretaña una expedicion que, al mando del célebre general Wolseley, se halla en estos momentos venciendo las innumerables dificultades y arrostrando los continuados peligros que se oponen á su llegada á Kartum.

En nuestro *Suplemento* publicamos los retratos del célebre vencedor de Abisinia y de sus esforzados compañeros. Ellos llevan las simpatías de sus conciudadanos... ¡Plegue á Dios que los expedicionarios al Nilo vuelvan al seno de su patria, cuya honra é intereses defienden bravamente!

LA NIÑA PERDIDA

I

El conde de Lupus tiene un lindísimo niño.

Mil veces habrá pasado á vuestro lado cruzando ante vosotros en larga carrera, rápidamente como se ve desaparecer un aerolito en la noche.

Habreis visto su alborozo como un fulgor que aparece y desaparece; una carilla sonrosada, una mirada viva, llena de enérgica alegría infantil, una cabellera cortada en fleco sobre la frente como la de un pajecillo, un sombrerito de marinero, y bajo él, flotantes, los hermosos cabellos rubios; despues difícil os habrá sido seguirle con la vista, se pierde en mil revueltas y curvas ó desaparece tras de los árboles como mariposilla que revolotea, cruza por lo azul del espacio, y sobre las flores.

Federe es un niño como puede soñarle un abuelo sin nietos, es un niño siempre palpitante de alegría, siempre agitado al respirar, siempre encendido, siempre dispuesto á escapar de vuestros brazos y escurrirse por entre vuestras piernas.

Cuando por acaso se le detiene el problema está en no dejarle escapar.

Generalmente lleva un pañuelo blanco desplegado en las manos y se dispone á torear con él á todos los perros, á todos los chicos que se encuentre: halla pequeño el espacio para sus gritos, corta toda distancia para sus ávidos ojos.

Federe tendrá ahora unos ocho años de edad; su figura, como hemos dicho, está llena de esbeltez y de gracia

Hace pocas noches, su padre, despues de comer, le invitó á ir á los jardinillos, le dió una peseta, y le concedió libertad para correr en dicho punto y asistir á una funcion de «Fantoches:» á la salida se reunirian en el punto que él indicara.

—¿Llevamos á Moro? -preguntó el niño.

Le fué concedida esta libertad y luégo de haber dado un beso á la mamá el niño partió con su padre y seguido de su hermoso perro.

II

No atraviesa un pájaro prisionero la puerta de su jaula y huye por los aires con más rapidez que la que empleó Federe en atravesar las puertas de los jardinillos.

—Adios, papá: ya sé, frente al teatro, al lado del pabellon grande.

Fuése el conde de Lupus á pasear tranquila y solemnemente con otros personajes mostrándose ante las gentes como correspondia á su nombre y haciendo resaltar sobre su blanquísimo chaleco una cadena magnífica.

El niño, en tanto, era libre.

Las calles de árboles, en enredado juego, ofrecen un singular encanto; las intermitencias bruscas de luz y de sombra producidas en los jardinillos por la luz eléctrica aumentan este encanto; ir y venir de acá para allá, correr mucho para encontrarse despues en el mismo sitio, dejarse ver de pronto y perderse por completo en la oscuridad despues, produce en los niños un gozo extraordinario; todo laberinto es la topografía de un destino, todo contraste una semejanza de la vida y á la edad de Federe se juega con todo, lo más misterioso y enredado es lo que más seduce y alegra.

La mariposilla recorre vivamente por los zigs zags del boscaje y se ven vibrar blancas ó irisiadas alas en la boca de los precipicios.

Moro corria detrás de Federe; de pronto el perro que en una de las revueltas se halló delante del niño, se detuvo. Federe avanza, y frente al paseo, cayendo de lleno sobre ella la luz de un farol descubrió el niño una niña parada, llena de miedo, sin atreverse á dar un paso ante el perro; éste se halla á juzgar por su actitud como dispuesto á jugar con ella ó esperando que ella le excitase al juego.

Llevaba la niña un trajecillo de raso azul, una ancha capota del mismo color, bajo la cual se veia su bellísima carita contraida por el espanto. Entre sus manos sujetaba un gran paquete de papel.

Federe se echó á reir, «tiene miedo á Moro la tonta,» pensó, lo ménos que ella se figura es que mi perro se come á las chicas de un bocado que hace *ahum* y se merienda una pantorrilla.

—Pase V., dijo el niño, con voz enérgica que podia inspirar confianza y revelaba cierto desprecio al miedo de la niña.

Iba ésta á retroceder, mas sin duda temió verse perseguida en la fuga por el perro; en esta situacion cayósele el paquete al suelo y rompió á llorar.

Federe al sentir los gemidos de la niña sujetó al perro, se acercó á la niña y echando tras de sí á Moro, dijo:

—Pero no llore V.; no veo porqué ha de llorar, si Moro nada le ha hecho. ¡Bueno, bien! ahora sigue llorando; si está sujeto por la cadena. ¡Dios mio, me reñirán y yo nada malo hice! niña no llore V. más.

¡Qué elocuencia desplegó Federe! Unas veces seguia irritado contra el llanto de la niña, otras veces se ofrecia á llevarla al lado de la mamá. Pronto la consoló y logró convencerla de que Moro era un perro incapaz de meterse con nadie; al único que ladraba era al carbonero.

La niña se tranquilizó y áun llegó á acariciar al perro, mostrando al poco rato una confianza y un descaro propios de un muchacho, sin que á pesar de esto dejara de revelar un no sé qué de inocente y de triste que hubiera por el contraste preocupado á una madre.

La aventura no terminó aquí, sino que fueron los dos niños hácia la glorieta por el lado del café.

—¿Cómo te llamas?—dijo Federe tuteándola.

—La Capuchina me llaman *los amigos*; pero me llamo Juana.

—¿Capuchina? eso es un mote, es un nombre feo. Llámate Capuchinita. Te estará esperando tu mamá, Capuchinita.

—Quién, ¿Lola? ¡que espere sentada! regularmente me pegará, y me pellizcará; todas las noches me pone negros los brazos de pellizcos

Déjala, ya la encontraremos. ¿Te gustan los merengues? á mí sí. Lola, que no me deja correr ni jugar, me dejó ir á comprar unos merengues, y cuando te he visto me habia perdido; toma.

Federe tomó un merengue que le alargaba la niña y así continuaron como dos amigos paseando hasta que sonó en alegre repiqueteo la campanita del teatrillo de los *Fantoches*.

—Vamos, dijo Federe, te convido á ver los fantoches ¿los has visto? es una risa.

La niña se resistió, no podia estar mucho tiempo en el teatrillo, la pegaria Lola.

No costó mucho á Federico seducirla, y los dos picaruelos, el seductor y la conquistada, entraron á presenciar el espectáculo, convenciéndose de que duraria poco la funcion. Federe se dió importancia tomando dos asientos en el despacho.

¡Pobre Capuchinita! pensó Federe al salir con la niña del teatrillo, encantados aún con la maravilla del espectáculo. Tal vez la espere su mamá.

—Vamos, Capuchinita, no tengas cuidado, yo le diré que he tenido la culpa, que nos conocíamos y te he convidado, diré que te conocia porque como vas al colegio con mi prima Florita..... dí tú que Florita va á tu colegio y no te reñirá tu mamá Lola...

—Yo no voy á ningun colegio, ni Lola es mi madre.

—O tu tia, ¿no es tia?

—Sí, es una tia,—dijo la niña haciendo un mohin de malicia, que no podia comprender su inocente amiguito, pero que era la revelacion de una deformidad moral, triste y terrible.

—Bien, vamos, busquemos á tu tia.

Pasaron por entre la gente que paseaba por la glorieta, recorrieron el círculo formado por las sillas yendo y viniendo de uno á otro lado; de pronto sintió que le daban un golpe en el hombro y quedó parado volvióse y miró: era su papá. ¿Cómo referirle que habia asustado y luégo entretenido á una niña, que por esto tal vez no encontrará á la mamá ó á la tia que la habia traido á los jardines?

Pensando que su padre habria adivinado su pecadillo, dijo:

—La estamos buscando, papá.

—¿A quién?—preguntó éste.

—A la tia de esta niña.

Pero entónces ocurrió una cosa extraña, al fijarse la niña en el conde sus ojos se animaron y exclamó con el tono más descarado y con desgarro impropio de una voz fresca é infantil:

—¡Olé flamenco! Mira, este es mi papá flamenco.

Federe quedó sorprendido y como asustado por la libertad con que aquella niña hablaba, miró á Capuchinita y miró á su padre con un asombro indescriptible.

El conde no mostró ménos asombro viendo á los dos niños como reunidos; diríase que se hallaba confuso, de su asombro no hubo salido cuando la niña, con una frescura que helaba, pues habia en ella algo de cinismo,

—Mira, llévame junto á Lola, si tú me llevas no me reñirá, está muy contenta con la pulsera que la has regalado.

—Niña, dijo el conde afectando en vano no conocerla, te has equivocado. Vamos á buscar á tu mamá, tú me dirás quién es, y si no, dí dónde vives y haré que te lleven á tu casa. Y V. caballerito espéreme ahí, añadió con acento acre y duro dirigiéndose á su hijo.

Federe quedó temblando.

Poco despues el padre, silencioso y contrariado, y el niño, lleno de temor, partieron en el carruaje.

Pero el pensamiento de Federe trabajaba por la impresion que habia recibido su alma.—¿Quién será esa niña? ¡Qué rara y qué mala educacion; claro, no la llevan á ningun colegio! Debia de ser tonta. ¿Pues no habia confundido á su papá con otro? Como que mi papá iba á regalar á la Lola, á quien no conocia, una pulsera. Se la hubiera comprado á mamá. Papá no es tan bruto.

Tan preocupado iba el niño que no pudo ménos de decir:

—¿Quién seria esa chica?

—Nada, no le digas esto á mamá, sentirá que te hayas reunido á una chicuela, cualquier chicuela que encuentras por ahí. Cuidado con que yo vuelva á verte con *esa*. *Es una niña de caza*, una perdida.

Federe no entendió palabra.

—¿Es una niña perdida? ¡Pobrecilla!—exclamó el niño apenado y por un rápido cambio de pensamiento propio de los niños asomóse á la ventanilla á mirar á Moro que iba muy erguido en el pescante á los piés del cochero y del lacayo.

¡Pobre Capuchinita; rendida por la fatiga y temblando al dolor del castigo, á las pocas horas tal vez soñara con los fantasmas del teatrillo, tal vez con la simpática y leal fisonomía del niño, del desconocido amiguito, tal vez con aquellos dulces momentos de libertad... tan breves!

J. ZAHONERO.

LA CAJA DE ALERCE

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuacion)

»¿Y bien?—dijo Federico que me miraba de un modo particular.

»Recordarás que en aquella memorable tarde, tú y Juan fuisteis á pasear por el Retiro. Yo me quedé en tu estudio. No bien salisteis, bajo á la portería, afortunadamente Lúcas aún no se habia marchado á llevar el retrato, se le pido con un pretexto cualquiera, comienzo á copiarle con febril ardor, el genio me ayuda, mi pincel vuela y... produzco una obra maestra, una copia que se confunde con el original. Corro á mi casa, porque ni áun quise desprenderme de la cajita auténtica, tomo la mia, que como te he dicho es exactamente igual, coloco en ella mi copia, se la doy á Lúcas, con cuatro duros para recordarle que sea discreto y.. tengo la satisfaccion de conservar este original único en el mundo.

»Durante mi relato Federico se habia puesto en pié y me miraba con ojos atónitos; yo creo que estaba algo chispo.

»¿Con que eso has hecho, desgraciado?—exclamó con voz estridente.

»Eso he hecho para gloria mia. Mucho he tenido que contenerme para guardar mi secreto; estaba anhelante de deciros á tí y á Juan (por tí) lo que ántes acabo de proferir: ¡Amigos, saludad en mí al primer miniaturista del mundo!

»¡Imbécil!—volvió á exclamar Federico, arrancándome violentamente la cajita que yo tenia en la mano.—¡Idiota!—y diciendo estas palabrotas, abrió aquella, oprimió con el dedo en un ángulo, abrióse un receptáculo, para mí desconocido, y sacó unos papeles...»



¡TÓMALA, HIJO MÍO!, cuadro por Conrado Grob



LA RAMILLETERA, dibujo por A. Fabrés, grabado por Branguli

—Continúa—dije yo comprendiendo por la mia, las impresiones de Federico.

Manuel continuó:

—Segun parece, los papeles eran dos cartas sin sobre y por consiguiente se veian las letras. Federico fijó en ellas la vista, se inmutó, se llevó una mano á la cabeza, desdobló una carta, lanzó un grito, prosiguió, ó mejor dicho, atropelló su lectura; tomó el sombrero y se marchó violentamente, dándome un empujon...

Todo estaba medio explicado, y digo medio, porque indudablemente la lectura de aquella carta habia influido en el retraimiento de Federico respecto á la linda viudita, pero ¿por qué?

Sin prestar atencion á lo que Manuel decia, salí apresuradamente de la cervecería, tomé un coche que habia frente al Casino y me dirigí á casa de aquel. No habia pensado ir hasta el dia siguiente, pero en vista de lo que acababa de saber, no pude reprimir mi impaciencia.

Hallé á Federico sentado y fumando. Me recibió con expansion, pero con tristeza. Comenzábamos á hablar; iba á pedirle explicaciones, cuando oimos sonar la campanilla de la verja y poco despues se presentó un criado que dijo á mi amigo:

—El comandante Medina desea hablar á V.

Al oir aquel nombre, Federico se puso lívido.

—Que pase—dijo al criado.

XVIII

Casi instantáneamente vimos entrar al comandante.

Contra su costumbre, estaba vestido de paisano. Inclinó ligeramente la cabeza, pero sin quitarse el sombrero.

Yo hice ademan de retirarme, pero aquel me detuvo diciendo:

—No, quédese V., lo supongo enterado de los secretos de su amigo y no estará demás su presencia.

Federico le indicó una silla.

—Gracias, mejor será que hablemos en pié.

Hubo una pausa. El comandante prosiguió:

—Hace tiempo que estoy de guarnicion en Sevilla. Ayer llegué á Madrid. He sabido, ó mejor dicho, he adivinado los motivos del disgusto que pesa sobre mi familia y vengo á pedir á V. explicaciones.

Federico guardó silencio.

—Usted—prosiguió el comandante—tuvo á bien fijarse en mi hermana y, muy á pesar mio, obtuvo la alta honra de ser amado por ella. No ocultó V. sus intenciones, á los ojos del mundo pasó por su prometido y de repente, sin comprender ó sin tener en cuenta que no se puede desairar impunemente á una mujer de clase, se ha retraido V. de un modo incomprensible.

—Creo haber explicado mis motivos, por medio de una carta.

—Esos motivos no existen. Exijo más explicaciones.

—No puedo darlas—dijo Federico, bajando la cabeza.

—Usted las dará. La reputacion de mi hermana no admite nebulosidades: V. las dará.

—No puedo, caballero, crea V. que me es imposible.

—Piénselo V. bien y advierta que estoy haciendo un gran esfuerzo para contenerme.

—Hay circunstancias inconcebibles. Olvidemos el pasado, señor comandante; á todos nos estará bien.

—¿Es esta su última determinacion?

—No puedo tener otra.

El comandante estaba lívido de cólera; movia los labios con un movimiento convulsivo.

Se comprendia la lucha que sostenia consigo mismo.

—Pues bien; si no puede darme explicaciones me dará una satisfaccion.

—¡Caballero!...

—Nada. V. comprenderá que yo no he venido aquí para hablar. Sírvase V. decirme con quién tengo que entenderme.

—Pero, caballero, ¿por qué me obliga V. á un acto tan doloroso como inútil; por qué viene V. á acibarar mis penas?

—¿Y qué tengo yo que ver con sus penas de V.? ¿Cree usted que trata con una pobre mujer ó con un pobre viejo agobiado por la edad y por los achaques? Terminemos; no me obligue V. á faltar á las conveniencias; arrostre las consecuencias de una conducta que no tiene nombre.

Yo le suplico que desista, señor comandante. Nadie puede atreverse á la reputacion de su señora hermana de usted. No es el primer enlace que no se ha llevado á cabo; puede haber causas muy honrosas y muy naturales para un rompimiento.

—Acabemos.

—No me ponga en una disyuntiva dolorosa. Esté persuadido de que un duelo, siempre desagradable, seria horroroso para mí, que no me perdonaria jamás el haber derramado su sangre de V.

—Noto—dijo el comandante—que V. sólo habla de sí propio, que le preocupan sus disgustos y no los ajenos. La reputacion de una mujer, el vacío que haya V. podido dejar en su corazon, el desencanto de una familia honrada; todas estas cosas son para V. secundarias; V. está en primer término y le molesta que un cualquiera venga á turbar su preciosa tranquilidad.

Federico juntó las manos y las retorció violentamente.

—Nómbreme V. las personas con quienes he de entenderme. No me hallo bien aquí—repuso el comandante—hay más peligro aquí para mí, que sobre el terreno.

Hubo un momento de vacilacion por parte de Federico; despues exclamó:

—¡No puedo, no puedo!

—Pues bien; yo tampoco puedo contenerme en los límites de la prudencia: harto he reprimido mi carácter y mi justa indignacion. V. me obliga á decirle aquí en presencia de un testigo que es V. el más bajo y el más cobarde de los hombres.

—¡Comandante!...

—Me hallo en su casa, pero si es preciso lo olvidaré por ver si consigo despertar en V. la honra dormida, ese resto de sentido moral que siempre conserva áun el hombre más abyecto.

—¡Oh!—murmuró Federico, limpiándose con el pañuelo el sudor que corria por su frente.

Unos golpecitos dados en la puerta del gabinete, que estaba cerrada, interrumpieron esta escena que amenazaba ser violenta.

Federico abrió y se presentó el criado: el Baron de Arolas aguardaba para entrar; sin duda en nuestra preocupacion no habíamos oido sonar la campanilla de la verja.

Yo me alegré de este nuevo incidente que evitaba ó aplazaba por lo ménos resultados fatales.

Entró el Baron, saludó con una inclinacion de cabeza, sin duda con una mirada se impuso de la situacion y dirigiéndose al comandante, dijo:

—No me he engañado; esperaba encontrarte aquí.

—Estoy donde debo—contestó este:—he venido á hacer lo que V. ni mi hermana podian

—Comprendo el móvil que te ha impulsado; pero es inútil.

—¿Cómo inútil? Eso lo veremos.

—Un duelo puede deshogar el enojo; pero no acalla la maledicencia ni cura las heridas del corazon. Mi sobrina y yo tenemos tan tranquila la conciencia que no necesitamos explicaciones; por eso no las hemos exigido...

—Pues yo sí,—interrumpió el comandante violentamente.

—Vámonos de aquí,—prosiguió el Baron;—nada tenemos que hacer en esta casa.

—Mire V., tio; ni V. ni nadie, ni mi misma madre, si viviera, me harian desistir de mi propósito. V. me conoce. Es preciso, inevitable, que este... caballero y yo nos encontremos. ¿Lo oye V?—repitió dirigiéndose á Federico y recalcando la palabra—es inevitable.

—¡Señor Baron!—exclamó Federico. Habia en su acento tanta tristeza, tanta desolacion, un sentimiento contenido tan profundo, que el Baron hubo de conmoverse. Hombre de honor, no admitia que faltase á los demás; presentia una causa oculta é inexplicable en la conducta de aquel jóven tan bueno y tan simpático.

—Señor de Moran—dijo—este es el tejido de la vida ó más bien, el de las leyes sociales. He venido aquí para impedir un disgusto que á nada conduciria V. ¿á qué ocultarlo? no ha obrado con rectitud, ha amargado una existencia quizá para siempre; pero un mal no se remedia con otro... Vámonos—repuso, cogiendo por el brazo á su sobrino que se desasió con un movimiento brusco.

—Señor Baron—exclamó Federico—¡si V. supiera cuánto he sufrido y sufro en este momento! Habla V. de existencias amargadas; la mia lo está para siempre. En el momento en que V. se ha presentado, habia resuelto acceder al deseo de este caballero y dejarme matar.

—Vamos á ver, señor de Moran—dijo el Baron cada vez más conmovido.—¿No guarda V. algun recelo en su corazon? A veces sombras inexplicables, apariencias que nos turban cruzan por nuestra imaginacion ó por nuestra conciencia. Su amor de V. hácia mi sobrina parecia sincero ¿qué sombra, qué idea, qué desencanto ha influido en usted?...

—Pues bien, señor Baron—contestó Federico con trémulo acento—no puedo resistir más... Lo que voy á decir será el castigo de una falta; mas no de la que Vds. suponen que he cometido. Harto he luchado, socavando mi corazon que no podia desahogarse. Estoy herido no sólo en mis sentimientos sino que tambien en mi conciencia.

Estas palabras despertaron nuestra curiosidad en grado sumo. La esfinge iba á aclararse.

Federico, despues de un violento esfuerzo, contó su almuerzo con Manuel, el dia del cumpleaños de este, hasta el momento en que el miniaturista sacó de su cómoda la cajita de alerce. El Baron y el comandante oyeron asombrados el relato de la sustitucion de una miniatura por otra.

—Tenia razon Luisa; ella sólo ha conocido la mistificacion—dijo el Baron.

Federico prosiguió:

—Al ver la caja en manos de Manuel, mi primer deseo fué cerciorarme de que existian los papeles que tantas cavilaciones nos han causado. Abrí el secreto, saqué dos cartas sin sobre, cuya escritura se veia; la casualidad hizo que me fijase en algunas frases, tan trascendentales para mí, que, no siendo dueño de mí mismo, excitado por el recelo y quizá por el exceso del almuerzo, la... la...

—¿Las leyó V.?—preguntó el comandante.

—Sí, caballero, leí una y ojalá no lo hubiera hecho, porque desde entónces soy el hombre más desgraciado...

—Prosiga V.—dijo el Baron.

—Sí, prosiga—repitió el comandante, que miraba á Federico de un modo particular.

—En aquella carta, en que no habia consignado nombre alguno, un hombre se arrepentia de su conducta respecto á una mujer á quien habia seducido; habia dudado de ella, pero por fin reconocia su error; decia que el *fruto de su amor*, que ella llevaba en sus entrañas era el lazo que los unia indisolublemente. La aconsejaba que permaneciese en Villaviciosa hasta *salir de su cuidado*, que él no tardaria en ir á dicho pueblo para verla, aunque salvando las conveniencias...

—¿Y bien?—dijo el comandante.

—¿No comprenden Vds.?—prosiguió Federico.

—¡Ah!—exclamó el Baron—usted supuso que esas cartas se referian á...

—Cuando ví por primera vez á su sobrina de V. iba á Villaviciosa—dijo Federico bajando los ojos.

—¡Ah! ya ¿y ese indicio ha bastado para que V. crea en la culpabilidad de una mujer honrada?

—Las cartas estaban en un objeto que la pertenecia.

—¡Ah! sí, todo esto constituye *prueba plena*. ¿A qué más datos, á qué más informes? no cabia duda—dijo el Baron con amargura,—Luisa era una mujer perdida, abandonada, tan falaz que queria reparar su falta *pescando á V. en sus redes.*

—¡Señor Baron!...

—¡Caballero!—interrumpió bruscamente el comandante—yo le creia á V. enigmático, extravagante, pero no idiota. Esas cartas que V. ha hallado en la cajita eran mias.

—¿De V.?

—Se trataba de reparar una falta—dijo el Baron.

—Lo cual estará hecho muy en breve—observó el comandante.—Un resto de recelo, circunstancias que no son de este lugar, me tenian retraido de una mujer que todo me lo ha sacrificado; pero la voz de mi conciencia, los ruegos y la intercesion de mi hermana Luisa me han hecho volver á la senda del deber. Comprendí cuánto debia á aquella mujer seducida; la voz de la paternidad disipó las sombras de mi mente; mi hermana quiso ser la fausta portadora de mi arrepentimiento y no titubeó ni un instante en llevar el consuelo y la esperanza á un corazon que padecia.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Federico.

—Si algo hay que reprochar á mi sobrina—dijo el Baron—es su impetuosidad, su viveza, la varonil entereza de su carácter que se sobrepone al miedo y quizá á las conveniencias sociales. Ella no vaciló en ir de noche, casi sola, arrostrando los riesgos de un camino, que si bien corto, no está exento de ellos, como desgraciadamente ha demostrado la experiencia; lo que la urgia era hacer el bien, ignorante de las penas que su generosa accion habia de causarla.

—¡Ah! sí;—exclamó Federico—¡cuánto ha debido sufrir por mi causa! Pero señor Baron, comandante ¿qué habia yo de pensar ni de hacer? Los hechos más sencillos toman á veces proporciones gigantescas. Para mí la culpabilidad era evidente.....

—Usted debió aclararlos.

—¿Cómo? Vacilé no hallando solucion posible; además labraba en mí otra razon poderosa; habia cometido una accion reprobada, una de las mayores faltas que á mi juicio se pueden cometer; habia violado la correspondencia ajena y esto, además de la pérdida de mi amor, ha sido mi mayor castigo. ¡Oh! señores, perdónenme Vds.—repuso Federico con lágrimas en los ojos. Señor Baron, ayúdeme V. á reconquistar el afecto de Luisa, hagan Vds. que me perdone, no saben cuánto la amo. ¡Por Dios señor Baron, acompáñeme V., corramos; aunque ella me rechace, yo quiero caer á sus piés, besar la orla de su vestido, morir si es preciso en su presencia, pero morir diciéndola ¡Te amo, como no ha sido amada mujer alguna!

XIX

Un cuarto de hora despues el Baron y Federico se bajaban de un coche en la puerta de la casa del primero.

—¿Dónde está mi sobrina?—preguntó el Baron al criado que habia abierto la puerta.

—La señora ha salido—dijo una doncella que salió al al oir la voz del Baron.—Ha dejado esta carta para vuecencia.

El Baron frunció las cejas, tomó la carta, despidió á los criados y precedido de Federico, entró en su despacho.

Los dos estaban pálidos y conmovidos; presentian algo funesto

El Baron abrió la carta y leyóla y se la dió al pintor diciendo:

—Ya es tarde. Lea V.

Federico leyó:

«Amado tio: ¡Cuánta razon tenia V. en reprocharme mis locuras y mis arrebatos de independencia; y cómo la fatal realidad se sobrepone árida é inexorable á los insensatos conatos de una imaginacion juvenil que se cree recta y á una alma vírgen que se siente buena! Es tan ruda la leccion que acabo de recibir, que no tengo, á pesar de lo que V. llama mi *audacia*, el valor de afrontar los velados sarcasmos á que ha dado lugar una situacion inaudita é inesperada.

»Permítame V. que repare mi error, en lo posible, ocultándome á los ojos del mundo. Voy á reunirme con Amalia; ella aguarda resignada á que mi hermano cumpla sus sagrados compromisos, y yo á su lado trataré de *hacerme olvidar*. Aunque delante de Dios y de mi conciencia soy honrada, quizá me hallo descarriada para esa sociedad que califica de extravagancias los arranques generosos.

(Continuará)

LAS VARIACIONES

[illegible]

Al Dr. D. Angel Pulido
de la R. A. de Medicina.

Muévese y oscila con lentitud solemne la corteza sólida del globo, y estos pausados movimientos del suelo que hacen variar los niveles respectivos de las tierras y de los mares y alteran notablemente el relieve orográfico de aquellas, ejercen además otros efectos tan curiosos como interesantes.

Son estos, cambios de clima, que si por la lentitud en la variacion pueden pasar desapercibidos para una generacion, no así para la ciencia que, recogiendo los datos de generaciones sucesivas, encuentra que el correr de los tiempos trae consigo notables diferencias en las condiciones climatológicas del globo, dentro de la misma época histórica y sin remontarse á otras edades geológicas.

Las variaciones aludidas son tales, que representan á veces la posibilidad ó imposibilidad de habitar una region que en tiempos atrás estuvo en condiciones opuestas. Comarcas florecientes en antiguas épocas son hoy desiertos eriales; y no solamente porque el hombre haya acudido á otros centros donde la civilizacion le ofreciere más recursos, sino que la vegetacion, que libre en estas condiciones podria desplegarse exuberante, cual se presentara en sus mejores dias, se ve tambien mezquina, como indicando que causa más poderosa que el abandono del hombre es el motivo de la pobreza de suelos que fueron fértiles; de modo que la emigracion humana es, en tal caso, efecto y no causa. Y no otra cosa ocurre en extensas comarcas de Oriente donde sitios en los que se dilataron imperios poderosos con ciudades florecientes y campos feracísimos, se ven hoy convertidos en desoladas llanuras cubiertas de jaramagos y salpicadas á trechos de ruinas solitarias, á trechos de charcas cenagosas.

No faltan tampoco sitios donde violentos torrentes, nacidos sin saber cómo, han llevado, con sus furiosas avenidas, la desolacion primero y la despoblacion despues á valles donde larguísimos años moraron tranquilas y felices muchas generaciones de campesinos que no recibieron de las sierras cercanas sino benéficas lluvias ó mansos hilos de agua que fertilizaban y embellecian sus campos Los pobladores de muchos valles de los bajos Alpes pueden dar fe de estos cambios para ellos tan funestos.

Ni son tampoco de olvidar las relaciones, las frases tradicionales y los indicios que sobre el suelo quedan, de corrientes de agua cuya disposicion haya cambiado por completo llevando la consiguiente profunda alteracion al clima de las localidades afectadas. Hoy puede buscarse inútilmente el agua del gran Ighaghar ó sea el antiguo Niger que descendia del Djebel-Hoggar y se vertia en el Golfo de Gabes despues de un curso de 2,000 kilómetros; un lecho arenoso completamente seco es lo que queda de tan vasto rio. Un tiempo hubo tambien en que los grandes lagos de la América del Norte iban á desaguar al golfo de México y los botes pasaban en épocas de avenida desde el Mississippí á los lagos superiores. Lagos, como el Utah y el Tiberiades, comunicaron en otro tiempo con el mar, y hoy se ven incomunicados y extraordinariamente reducidos de extension.

Sitios hay asimismo donde el fenómeno contrario ocurre, donde por ganar el mar tierra sobre el suelo, el estado higrométrico propio de las atmósferas de las costas, se manifiesta cada vez más próximo á localidades situadas tierra adentro. No sucede otra cosa con muchos lugares de las costas orientales de América. En las comarcas del Noroeste de Nueva York, la formacion relativamente reciente del estrecho de Hell Gate, ha producido en la atmósfera cambios correspondientes á los que ha experimentado el suelo. Hace dos siglos, los naturales del país contaban á los colonos holandeses establecidos en la isla de Manhatan, que en tiempo de sus bisabuelos se podia ir á pié enjuto desde una orilla á otra y que el mar solamente penetraba en el estrecho en las grandes oleadas del equinoccio. Dos metros y medio se calcula que pierden de extension todos los años las tierras que limitan la bahía del Delaware, y otros muchos casos semejantes prueban la extension que las aguas ganan por aquella parte de América, así como las variaciones que originan en las costas y por consiguiente en los climas de las localidades próximas.

En la parte en que la cuenca del Amazonas confina con el mar, estos cambios climatológicos han sido muy considerables por serlo en grado sumo los que en la hidrografía de aquella region se han producido en el trascurso de cuatro ó cinco siglos. El mar ha invadido más de 500 kilómetros cuadrados de tierra; los rios Itapicurú y Paranahiba, que ántes vertian en el Amazonas, ahora desaguan directamente en el mar; el rio Tocantinos ya no se une sino indirectamente al gran rio central, y concluirá por separarse por completo. Se ven tambien retroceder los rios en toda la cuenca, por efecto del avance del mar á consecuencia de la depresion de la costa; manifestándose el hecho muy claramente en el Maranhao y en el Pianhy en Macapa y en las costas de Marrajo. En las playas de esta isla cerca de Soure hay ahora un gran golfo, donde desemboca el Igazapo grande, golfo formado á través de un bosque que ha quedado dividido por las aguas en dos porciones distintas entre sí más de treinta kilómetros. Más abajo, la bahía de Braganza, que ántes tenia dos kilómetros y medio de extension; ahora presenta siete.

Todos estos cambios, que reducen ó aumentan la superficie evaporante de las aguas en las inmediaciones de ciertas localidades, que hacen variar tan profundamente las condiciones hidrográficas de muchas regiones, tienen que producir la alteracion consiguiente en el estado higrométrico del aire, en las lluvias y en la evaporacion, y por lo tanto en la temperatura, y en el clima en general de las mismas regiones.

***

Pero las variaciones que en los climas ejercen los movimientos de la corteza terrestre no se limitan solamente á las que puedan tener efecto en las regiones costeras, que dichas variaciones con ser muy importantes, no son las que más interés pueden ofrecer en este estudio. Las más ligeras alteraciones en el relieve del suelo pueden llevar, léjos, muy léjos, cambios inesperados en las condiciones climatológicas de un país.

Es el vapor de agua el principal agente para determinar los climas. Al producirse, en los países cálidos, absorbe calórico latente, é impide que la temperatura se eleve demasiado en ellos; arrastrado por los vientos á las zonas templadas y á las frias, desprende en ellas, al condensarse, el calor que absorbió en los países del Mediodía; da caracteres especiales á los vientos, que así influyen en la vegetacion y en la vida animal segun sean húmedos ó secos. De la circulacion de la humedad en la atmósfera, depende la distribucion de los climas sobre la superficie de la tierra.

Ahora bien; esta circulacion se verifica por medio de los vientos y la direccion, fuerza y demás propiedades de estos dependen de las posiciones relativas de la tierra y del agua, de las montañas, de los desiertos, de los rios y de los mares. Cambiando el sitio ó la extension de las superficies evaporantes, cambian las propiedades higrométricas de los vientos, y por lo tanto el sitio de la precipitacion de lluvia, ó la cantidad de esta, y una porcion de elementos climatológicos en los países por donde aquellos vientos pasen. Con las variaciones de humedad y de sequía vienen las variaciones de la vegetacion y con estas el aumento ó decrecimiento de la vida animal.

Y aunque no cambien de lugar las superficies evaporantes pueden cambiar las condiciones de humedad de la atmósfera de muchas regiones, si varían, si experi-

EL MEMORIAL, acuarela por J. A. B. Stroebel

mentan algun cambio los agentes de precipitacion ó condensacion. Son estos las montañas, las grandes extensiones cubiertas de vegetacion, las corrientes de aire frio contrarias al viento que lleve la humedad. Pues fácil es colegir que si estas circunstancias cambian, el viento trasportador del vapor de agua irá dejando su preciosa carga en distintos puntos conforme á las variaciones que encuentre en su camino.

Las montañas del oeste de los Estados Unidos, por efecto del pausado movimiento de ascenso que anima al suelo de aquella region, se van levantando poco á poco y sus cumbres están hoy más elevadas que en siglos anteriores. Los vientos, que procedentes del Sudoeste y cargados del vapor de agua que toman del Pacífico, pasan por encima de estas montañas para ir á soplar sobre la region de los lagos salados, llegan á estos con tanta ménos humedad cuanto mayor sea la cantidad de agua que á su paso por las montañas del Oeste hayan dejado, y como esta es proporcional al enfriamiento que al cruzar aquellas cumbres experimenten y estas van estando tanto más frias cuanto más se elevan, de aquí que los vientos del Pacífico viertan más agua ahora que en lo antiguo en las vertientes de Sierra Verde, Sierra de la Madre y Montañas Pedregosas y lleguen más secos á la region de los lagos. Estos, pues, reciben ménos agua en sus cuencas respectivas; la evaporacion, por el contrario, ha ido aumentando al disminuir la humedad de la atmósfera; el nivel de aquellos ha tenido que descender, hasta equilibrarse la evaporacion con la precipitacion y ya no comunican los dichos lagos con el Golfo de México, ni los botes pueden pasar en tiempo de avenida hasta el Mississippí.

Del mismo modo, una gran porcion de los Andes, desde el extremo Sur de la América hasta dar frente á Chiloe, se deprime; otra extensa porcion, hasta las fronteras de Bolivia, se levanta considerablemente, y así miéntras al Sur se observa que el límite de las nieves perpetuas se eleva aparentemente en aquellas montañas, porque estas se deprimen, en cambio, la elevacion de las cordilleras que se hallan más hácia el Ecuador ha convertido á Atacama en desierto y al Perú occidental en país seco.

La gran elevacion de las tierras que se extienden desde los confines de la Arabia hasta las heladas bocas del Obi, comprendiendo todas las comarcas del Oriente donde se desarrollaron las primeras épocas de la edad histórica, la Palestina, Siria, Mesopotamia, el Asia menor, la Armenia, la Asiria, la Media y todas las demás comarcas que al Sur, Oriente y Norte del mar de Hircania (Caspio) se extienden, ha producido los cambios climatológicos que tanto se echan de ver en estos países, por lo ménos en los que se hallan entre las costas de la Palestina y el Sur del Caspio. Estos países son hoy más secos, especialmente los de la vertiente occidental, que lo fueron en lo antiguo.



¡CUÁNTO TE QUIERO, ABUELITA!

El mar Muerto tiene hoy su nivel 390 metros más bajo que el Mediterráneo, no teniendo ninguna comunicacion con este mar. Pero esta comunicacion existió en épocas anteriores, pues las huellas evidentes existen, en cuyo caso el nivel del mar Muerto tuvo que ser en tales tiempos el mismo, por lo ménos, que el del mar con el cual comunicaba, es decir que dicho lago tendria unos 400 metros más de profundidad que actualmente y la extensa superficie que á este considerable aumento de nivel corresponda. De esto forzosamente se desprende que las nubes llevaban hácia aquella region más agua que la que se podia evaporar y el rio que ponia en comunicacion el mar Muerto con el Mediterráneo, representaba el sobrante. Despues las nubes han ido llevando ménos agua, la evaporacion ha tenido por el contrario que ir en aumento, y el mar Muerto disminuyendo de nivel, hasta que por ser menor la superficie evaporatoria se ha equilibrado la evaporacion con la precipitacion.

El mar Muerto nos muestra, pues, con bien patentes caractéres los cambios higrométricos profundísimos que han experimentado esas regiones del Oriente, y nos dice bien claro por qué ya no existen en esos países ántes tan poblados, las fértiles campiñas que otro tiempo los embellecian y dieron abundantes riquezas, por qué de comarcas de clima suave, se han convertido en países donde las oscilaciones de temperatura son mayores, con calor excesivo y de sequía en el verano y frio y destemplanza, como ántes no se notaban, en invierno. Todas estas variaciones obra son de la alteracion en la humedad que tanto ha disminuido en las indicadas regiones.

* * *

El lago de Tadjurah, junto al mar Rojo, y el de Titicaca en América, se hallan en el trabajo de equilibrio entre la precipitacion y evaporacion que ya se ha logrado en el mar Muerto. El lago Tadjurah va perdiendo considerablemente de extension y cada dia es más salado. Las aguas del lago Titicaca son únicamente salobres; es seguramente su trasformacion de época más reciente que la del mar Muerto; la elevacion de los Andes es pues posterior ó va mucho más lenta que las oscilaciones terrestres que han originado los cambios de clima en Palestina por intermedio de los vientos.

Así, pues, el estudio atento de las elevaciones y depresiones de las tierras y de las variaciones que éstas han podido ejercer sobre los vientos, dan la clave para relacionar interesantes acontecimientos y trasformaciones del suelo. Son, pues, los vientos, para quien los estudia con cuidado, verdaderos cronistas, que léjos de pasar por la tierra sin dejar huella, han ido escribiendo la historia de las trasformaciones del Planeta, historia grabada con caracteres bien patentes sobre las páginas de piedra de las edades geológicas.

DOCTOR HISPANUS



EN DULCE AMOR Y COMPAÑA, cuadro por Kunt Efwall

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromo-litografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 2 DE FEBRERO DE 1885 — NÚM. 162

CONCIERTO EN EL ANTIGUO EGIPTO, cuadro por A. Calbet

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

CONCIERTO EN EL ANTIGUO EGIPTO, cuadro por A. Calbet

Atestiguan los rudimentarios dibujos de la tierra de los Faraones que la música entraba por mucho en las costumbres egipcias, y el autor del cuadro que publicamos, reuniendo datos arqueológicos estimables, ha compuesto una escena musical, si no como fué, por lo ménos como comprende que debió haber sido.

Para ello ha reconstruido el lugar de la escena, los instrumentos, y hasta las fisonomías y actitudes de los personajes, que realmente parecen encarnados segun los perfiles de las esculturas y pinturas de la época. Es un cuadro en que el arqueólogo sobrepuja al pintor, quien, sin embargo, debe estar satisfecho de que su obra se aproxime seguramente cuanto es dable á una verdad que no pasa de presunta.

Bueno es que el arte y la erudicion se pongan de acuerdo para hacernos comprender la manera de ser de los tiempos remotos.

CUENTOS

Asunto sencillísimo es el de este lienzo, y por esto mismo aplicable á él lo de *difícil facilidad* tantas veces invocado por la crítica.

Una excelente religiosa entretiene á varios niños de corta edad refiriéndoles aquellos cuentos que siempre oye con creciente interés la infantil generacion. El argumento, por lo tanto, no se presta á grandes efectos propios de la manifestacion de grandes pasiones; mas por lo mismo aumentan las dificultades de ejecucion en proporcion á los escasos recursos de que el artista dispone.

El autor de nuestro cuadro ha vencido esos inconvenientes y ha impreso á su composicion toda un tinte delicado, apacible y tan simpático que nos recreamos con fruicion ante esos niños atentos á la parábola de la excelente mujer que posee el don de hacerse simpática á la turbulenta infancia.

Este cuadro tiene condiciones de primer órden, resaltadas cuanto cabe por la habilidad de un grabador á quien el autor del lienzo debe estar agradecido.

AGAR É ISMAEL EN EL DESIERTO, cuadro por E. K. Liska

Abrahan se hallaba unido á Sara; mas á pesar de sus muchos años de matrimonio, Sara no habia concebido hijo alguno. Temiendo los esposos terminar la vida sin descendencia, cosa sumamente mal vista y sentida entre el pueblo de Dios, de uno de cuyos miembros habia de nacer el suspirado Mesías; tomó Abrahan por esposa, de acuerdo con Sara, á su esclava Agar, de la cual hubo un hijo que se llamó Ismael.

Quiso Dios que más tarde Sara concibiese un hijo de Abrahan, hijo que se llamó Isaac, y de aquí surgió un conflicto entre las dos esposas y los dos hijos. Ismael, hijo primogénito habido con la segunda esposa, agravió á Isaac, segundogénito habido de la primera, y en la dura alternativa, Abrahan se decidió por su anciana consorte y por su prole.

Agar, la infeliz Agar, fué arrojada, juntamente con su hijo, de la mansion que debió creer suya, y sin auxilio alguno emprendió el camino del ostracismo, dirigiéndose al desierto de Bersabé, en donde la fatiga y la necesidad, la sed y el hambre, rindieron las fuerzas del jóven Ismael.

La desdichada cuanto inocente madre puso toda su confianza en Dios, y Dios la acudió en tan duro trance. Una inesperada fuentecilla calmó la horrible sed de los desterrados y una caravana que acertó á pasar por su camino les proporcionó los víveres indispensables para que no se extinguiera su último aliento. Agar é Ismael fueron salvos y el jóven moribundo del desierto de Bersabé fué con el tiempo el fundador de la poderosa raza de los ismaelitas, de que tanto se ha ocupado la historia.

La situacion de Agar y su hijo en el desierto se presta admirablemente para asunto de un cuadro, siempre que el artista se encuentre con aliento para abordarlo dignamente. Es uno de aquellos asuntos que hay que empezar por sentirlos ántes de ejecutarlos y hacer esto con la sobriedad necesaria para que el hecho resalte cuan interesante es en sí. Estas buenas condiciones tiene el cuadro de Liska, en el cual apénas podríamos reparar que la figura de Ismael es quizás demasiado cadavérica, atendiendo á que la expresion de Agar no revela la desesperacion de la madre que ha perdido su última esperanza.

A LA PUERTA DEL CONVENTO, cuadro por P. Thumann

El aventajado pintor, de quien hemos reproducido ya algunos trabajos en nuestra ILUSTRACION, ha trazado en este con su acostumbrada delicadeza, uno de esos cuadros tan frecuentes en las pasadas épocas. Una pobre familia de músicos y danzantes italianos se presenta en su errante peregrinacion á la puerta de un convento solicitando la sopa distribuida por los buenos frailes, á quienes entretiene con los bailes y cantos de su país. La composicion de este sencillo trabajo es agradable y revela en todos sus detalles la experta mano del artista cuyas obras le han dado merecida fama.

DESPUES DE LA NEVADA, cuadro por De Vigne

Hé aquí un cuadro cuya sola contemplacion hace que se busque involuntariamente un abrigo. El blanco manto de nieve extendido sobre todos los objetos, la desnudez de los árboles, el color plomizo del cielo que anuncia la reproduccion de la reciente nevada, y hasta los sombríos muros de la iglesia á donde acuden los vecinos á cumplir el precepto dominical, todo este conjunto causa frio. Si tal ha sido el propósito del autor, si ha querido que el exámen de su bien trazada obra nos hiciera recordar las cálidas brisas del verano en contraste con el cierzo glacial del invierno, á fe que lo ha conseguido plenamente.

TESEO DANDO MUERTE AL CENTAURO, grupo en mármol por Canova

Entre las sombras confusas de los antiguos tiempos heróicos, rodeada de las confusas brumas del mito, aunque nó exenta en absoluto de realidad, se destaca la figura de Teseo, hijo de los amores clandestinos de Egeo y de Ethra, émulo de Hércules y como éste gran perseguidor y vencedor de esos monstruos de que la poéctia imaginacion de los griegos pobló aquella tierra singular en que nació la civilizacion europea. Mucho debe esta á Teseo, pues despues de haber acabado con centauros y toda suerte de contrarios, fantásticos y no fantásticos, reinó en Atenas allá por los años 1323 ántes de la Era Cristiana y él fué quien dió el primer impulso á aquel pueblo que al poco tiempo habia de ser emporio de su tiempo y ejemplo de la posteridad.

Es, por lo tanto, Teseo uno de los tipos que más se prestan para simbolizar en su persona y en sus actos la inteligencia y la fuerza. Mas para que la fria piedra diga, y diga calurosamente, cuanto al artista plazca, es indispensable que este artista se llame Fidias en la antigüedad, Miguel Angel en la Edad media ó Canova en los tiempos modernos. A este último pertenece el grupo que publicamos, preciada joya del Jardin público de Viena y obra que puede sostener el parangon con las famosas de la época clásica del arte. Expuesta en Grecia, podria creérsela feliz herencia de algun escultor de su admirable siglo de oro: tanto dibujo, tanta pureza de estilo, tanta energía, tanta elegancia y tan severa factura resplandecen en ella.

El ilustre Canova nació en Possagno en 1747 y murió en Venecia en 1822: se le considera como restaurador del arte antiguo en Italia. Esculpió, entre muchas obras maestras, una estatua colosal de Napoleon I, representándole en actitud altamente amenazadora. Al verla exclamó el emperador:—¿Se figura Canova que yo conquisto los pueblos á puñetazos?

—

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

Cuento fantástico

POR DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE

Á MI AMIGO DON JUAN ANTONIO BIEDMA

Rescatando mi palabra empeñada, te dedico este cuento, el primero de una coleccion de fantasías, sueños, ó caprichos, como quiera llamárselos, que estoy escribiendo. Acaso te maraville el papel que en él represento el diablo y censures el carácter de mansedumbre, buena fe y abnegacion con que le hago aparecer en escena; pero habiendo creado Lesage diablos agradecidos, me ha parecido que tambien podria yo crear diablos honrados y bonachones.

Confieso ingenuamente que es difícil determinar el pensamiento predominante del cuento que te dedico; ni sé si es escéptico ó crédulo, ni sé lo que quiere probar ni lo que prueba, si es que prueba algo. Hijo de mi imaginacion; impresionable y veleidosa, participa de todo y es confuso torbellino de negaciones y afirmaciones, amarguras y consuelos que así puede hacer reir como llorar.

Algunas veces notarás en él poca propiedad de lenguaje; pero no es completamente mia la culpa. Para pintar con claridad estados del ánimo que podríamos llamar abstractos, he tenido precision de emplear palabras que, áun cuando materialicen demasiado la idea, son comprensibles para todos. Entre la propiedad y la claridad, no he vacilado un solo momento y he optado por la segunda, de lo cual no estoy arrepentido.

Tal como es, espero, con todo, que aceptes este cuento como la sincera expresion del cariño que te profesa tu afectísimo amigo.

NUÑEZ DE ARCE

I

— Bebamos, bebamos ....

—Dices bien. Llena las copas, y ¡bebamos!

—La vida se acaba pronto, y es bueno gozar de ella.

—¡Gocemos pues! Mañana descansaremos en el cementerio.

—¿Quién os lo ha dicho? La muerte no es el reposo...

—¿No?

—No; y creedme, porque os lo dice uno que ha estado muerto.

—¡Tú! Vamos, el vino se te ha subido á la cabeza.

—Sois demasiado incrédulos. ¿Quereis que os cuente la historia de esta horrible cicatriz que desfigura mi rostro?

—Sí, ¡cuéntala!

—No hagas caso de ese beodo, y déjate de cuentos. ¡A beber!

—Como querais. Deseaba hablaros de aquellos tiempos en que estuve muerto, de aquel paréntesis misterioso de mi vida....

—Pues habla y bebe...

—Sí, sí....

—¡No! ¡no!

—Tú calla y duerme.

— Puesto que os empeñais, empiezo mi historia. Resignado, si no tranquilo, vivia yo en Granada, escribiendo versos y enamorando andaluzas, cuando la maldita ambicion me trastornó el cerebro; dióme por soñar con coronas de laurel, con Napoleon y Byron, y sin más ni más hice mi maleta, me escapé de la casa paterna y dí con mis huesos en la corte, donde pensaba encontrar ancho teatro para mis glorias. Entré en Madrid con cincuenta duros en junto y un millon de esperanzas, falto de amigos y recomendaciones; mas sin apurarme por nada ¿quién se apura á los veinte años? instaléme en una fonda ostentosa, y me propuse vivir como si tuviese todas las noches un ángel de la guarda en figura de media onza, velándome el sueño. Yo estaba entónces bien vestido. Tenia, además de las prendas necesarias para presentarme convenientemente en las reuniones más aristocráticas, varias joyas de algun valor, entre otras, un par de gemelos de brillantes, que habia heredado, y un magnífico reloj de oro, con cadena y dijes, regalo de un tio mio, canónigo en la santa iglesia catedral de Granada. Cualquiera, pues, viendo mi porte, habria podido tomarme por el hijo de un grande de España, ya que no por uno de esos príncipes que ahora se usan, y están siempre visitando las cortes de Europa de incógnito.... *conocido*.

Dejadme llorar sobre las ruinas de mi elegancia perdida, hoy que puedo salirme, sin tropezar en los bordes, por los agujeros de mi capa!

Pero prosigo. La vanidad, que habia sido el móvil de mi escapatoria, se empeñó en perderme y se salió con la suya. Marchaba yo por las calles de la coronada villa con la cabeza erguida, la mirada altanera y el paso majestuoso y lento, como diciendo á cuantos se cruzaban en mi camino:—Paraos y admirad, que no siempre se os presentará tan buena ocasion.—Ocioso me parece advertiros que nadie reparó en mí, ni me *comprendió*, lo cual no es extraño, porque tampoco yo me comprendia, y que en estas bienandanzas del amor propio, di fin á mi último real sin haber realizado la última de mis ilusiones.

¡Cuánto echaba yo de ménos en mi solitario aislamiento, á medida que iba sintiendo los estragos de la pobreza, las frases cariñosas de mi tio el canónigo y de sus contertulios, aquellas frases que penetraban hasta lo íntimo de mi corazon, como animándole para mayores empresas! Ya no oia decir á mi alrededor: «Este chico promete. La verdad es que mi sobrino tiene muchísimo ingenio, y que, si no se malogra, llegará á ser honra de su familia y de su patria.»

Ya no veia á mi madre llorar y reir de gozo, siempre que escuchaba mis alabanzas.

Ni á mi tio esponjarse de alegría. Ni á mis hermanas.... pero, adelante!

Segun creo haberos dicho, mis ilusiones duraron poco, desvaneciéndose tan rápidamente como los juramentos de amor, que se olvidan á los breves dias de haberlos prestado. Escribí varias poesías lacrimosas en que agoté todos los sentimientos de mi alma desengañada y abatida, y las publiqué en un periódico semanal de literatura, que leíamos sólo sus redactores. Y como cada dia iba estrechándome más el círculo de hierro de la necesidad, pretendí ver si para remediarme, vendia una novela romántica, *El jorobado*, que habia compuesto en mis horas de decepcion; mas fueron infructuosos cuantos pasos di en busca de editor, hallándome al cabo de dos meses de inútiles tentativas, lleno de manuscritos y deudas, con mucho genio, al decir de las gentes, pero sin una peseta.

Para colmo de desgracia, el amor, ese diablo jugueton que se divierte en turbar el sosiego de los mortales, encendiendo lo mismo la sangre del adolescente que la del viejo, se apoderó con violencia incontrarestable de mis sentidos. Yo que habia resistido las miradas de fuego de mis apasionadas paisanas, rendíme á la celeste dulzura de unos ojos azules y quedé preso en las hebras de unos cabellos rubios, como las espigas de trigo doradas por el sol. ¡Qué encantadora era Elena! Figuraos un ángel, aéreo como la ilusion naciente, bullicioso á veces como la primera brisa de mayo y á veces melancólico como una despedida.... Pero no os figureis un ángel, sino un demonio. Aquel vaso tan maravillosamente cincelado, hecho para ofrecer el néctar á los dioses, sólo encerraba veneno; aquel cuerpo tan celestial no tenia un alma que le animara: era orgullosa y seca; amaba sólo la vanidad y el fausto; preciábase de hermosa, y estimaba más una adulacion que una caricia. ¡Cuántos dolores me hizo sufrir aquella mujer que no valia siquiera una lágrima! ¡Verdad es que una lágrima, si brota del corazon, vale tanto!

Ya no era yo el jóven elegante y presuntuoso de otros tiempos; la escena habia cambiado del todo. Mi reloj y mis mejores trajes estaban empeñados, y no conservaba de mi antigua opulencia más que un gaban raido, unos pantalones con fleco y un sombrero blanco.... pero ¿á qué hablaros de mi sombrero? ¡Hay memorias que parten el alma! Podeis imaginaros, sin que os lo diga, cuán escasa impresion causaria yo con semejante facha en el ánimo de mi idolatrada rubia. Abrumóme á desaires que soporté con la paciencia de un enamorado, la más elástica de todas, y últimamente puso entre los dos un abismo insondable; puso un par de charreteras: se casó con un capitan.

¡Qué odio cobré entónces á la milicia!

Durante los primeros dias, bajo el penoso recuerdo de la ingratitud de Elena, la sola aparicion de un soldado excitaba mis nervios, haciéndome llegar al paroxismo de la ira.

Luégo fué lentamente extinguiéndose mi rencor; despues miré al ejército sin prevencion alguna, y acabé, en fin, por tener lástima de los capitanes.....

Esto hace el elogio de Elena. Pero no anticipemos los sucesos.

Cuando llega un mal, nunca llega solo.

El desengaño de mi amor, el agotamiento de mis últimos recursos y la censura de un folleto que habia impreso por mi cuenta, escrita con hiel y vinagre por un crítico á quien regalé el único ejemplar que habia salido de la librería, me sorprendieron de golpe. Vuestras conciencias crapulosas no son capaces de apreciar la inmensa angustia que se apoderó de mí; por espacio de dos dias estuve como loco, y no cruzaron por mi mente sino ideas de exterminio y venganza. Arrastrado por la violencia de mi resentimiento, entréme en casa de mi dulce enemiga, resuelto á culparla por su inicuo proceder; pero no bien se fijaron mis ojos en su deslumbradora hermosura, cuando olvidé mis proyectos y sólo tuve fuerzas para llorar delante de ella, como un niño. Elena, que no pecaba de sensible, se burló cruelmente de mi debilidad; los celos, sin embargo, avivaron de nuevo las mal apagadas cenizas de mi cólera; mas cuando ya repuesto de mi flaqueza, iba á increparla como se merecia, señalóme orgullosamente la puerta, poniéndose con la mayor impertubabilidad y desenvoltura á tocar la marcha real en el piano. Apénas tengo derecho á quejarme: ¿no era esto despedirme régiamente?

Es verdad que yo, herido en lo más profundo de mi alma, en mis ilusiones de hombre y en mis esperanzas de poeta, era un rey destronado. Pero, ¿quién hace caso, en estos tiempos escépticos y calamitosos, de los reyes sin corona?

-¿Y qué hiciste despues de esta aventura?

—¿Qué hice? Sabia yo que la embriaguez es buena amiga, algo inquieta, pero leal, y me propuse ahogar mis penas en alcohol. Con este intento, entré en un café, de donde era parroquiano asiduo, ó mejor dicho, deudor impenitente; atravesé, huyendo del bullicio, el salon principal del establecimiento y me refugié en un gabinete apartado y reducido, que sólo frecuentábamos unos cuantos amigos de la *bohemia* literaria.

Hostigado por mis desesperadas ideas, dejéme caer en una banqueta, confuso y abatido, sin reparar en un hombre misterioso, extraño á nuestras habituales reuniones, que estaba á la sazon tomando una copa de ajenjos en la mesa inmediata.

—¡Mozo!—grité dando una fuerte palmada en la tabla de mármol,—tráeme pronto ron, aguardiente, marrasquino, lo que quieras.

A los pocos minutos estaba ya servido.

Entónces empecé á apurar copa tras copa con verdadera ansia, no parando mientes en el desconocido, que, desde que entré, no habia apartado sus ojos de mí, observándome con curiosidad mal disimulada.

No tardé mucho, con mis continuas libaciones, en ponerme alegre como escolar en dia de asueto. Comencé á hablar solo con la volubilidad del borracho; renegué del amor; escarnecí á la sociedad, y los licores me hicieron confesar que no habia en el mundo quien valiera lo que una buena botella de ron.

¡Qué filosófico estuve entónces! En aquella ocasion fuí profundamente escéptico; comprendí toda la pequeñez de los ensueños de la vida, burléme de la ambicion, de la amistad, del alma, del cielo... y de todo esto deduje que Byron debia embriagarse muy á menudo.

—La mujer vale bien poco,—recuerdo que dije entre otras muchas sandeces.—Nace sólo para reirse del hombre.....

—Ménos vale el hombre,—exclamó sonriendo el desconocido,—pues nace para que se rian de él.

—Tienes razon,—repliqué con acento trémulo, haciendo inútiles esfuerzos por levantarme de la banqueta en donde ya estaba más tendido que sentado.—Tienes razon. ¿Quieres beber? Bebe...

—No.

—Bebe ó reñimos,—añadí con aire ridículamente grave.

Mi interlocutor se aproximó á la mesa, llenó de ron una copa y la apuró de un solo trago.

Entónces reparé en él.

Era un hombre extraordinario, cuya edad habria sido difícil calcular con acierto. Parecia á la vez jóven y viejo, robusto y débil, atrevido y tímido: el brillo siniestro de sus negros ojos, en donde la juventud bullia, contrastaba por extraño modo con el color plateado de su bigote y luenga cabellera, erizada como la hirsuta piel de una fiera enfurecida, y su aspecto sombrío contrastaba con la sonrisa burlona que vagaba en sus labios apretados y lívidos.

A pesar de mi estado, la presencia de aquel personaje singular me impuso. Veíanse impresas en su rostro las huellas de un crímen ó de un infortunio:—acaso de ambas cosas á la vez,—y su mirada era tan penetrante y fria como la punta de un puñal. La pena y la resignacion, el remordimiento y la ira, el genio y la impotencia, todas cuantas grandezas y torturas caben en el corazon humano, se reflejaban al mismo tiempo en aquella fisonomía expresiva y amenazadora, animada y doliente...

—¿Quién era?

—¿Seria el diablo?

—El mismo, señores, el mismo. Pero dejadme proseguir, y no me interrumpais á cada momento.

—Jóven,—exclamó fijando en mí su vista fascinadora,—te he oido negarlo todo, y me has dado lástima. Eres hijo legítimo de este siglo incrédulo que, segun el Evangelio, tiene ojos y no ve, tiene oídos y no escucha, marcha y niega el movimiento. Concibo que en las edades bárbaras, cuando el hombre, oprimido por el peso de su miseria intelectual y física, vegetaba indolente y sufrido bajo el látigo de las mayores tiranías, dudase de todo, de la finalidad de su destino para él incomprensible, hasta de sus propias fuerzas; pero ahora vuestras dudas son una blasfemia. ¡Ojalá fuesen verdad!

Yo le miraba atónito; su frase inspirada y ardiente resonaba en mi corazon como un versículo bíblico, subyugándome, á mi pesar, aquel hombre misterioso que parecia consumido por el fuego de la fe y la fiebre del pensamiento.

Sin embargo, animado algun tanto por mi creciente embriaguez, me aventuré á decir con acento sarcástico y presuntuoso:

—¡Vamos! El doctor Pangloss vive aún para regocijo del género humano.

(Continuará.)

¿QUIÉN ERA EL DOCTOR X?

CASO

(Literatura del porvenir)

I

¿No habeis visitado nunca el Tirol?

Entónces no conoceis las bellezas del paisaje más que por referencia.

Porque aquellos valles, aquellas montañas, aquellos despeñaderos, . . y luégo, las estrechas gargantas, los ventisqueros, los aludes, las nieves eternas, las cabañas aisladas en medio de los Alpes, donde gentiles zagalas os ofrecen hospitalidad .. todo eso, todo eso, si no hiciera tanto frio...

De manera que, volviendo á nuestra primera pregunta, es muy de sospechar que la mayor parte de nuestros lectores ni ha estado en el Tirol, ni se ha electrizado ante tan salvaje hermosura.

Pues bien; otro tanto acaece al que estas líneas escribe; jamás estuvo en el Tirol; se lo figura; hé ahí todo.

Traslademónos, pues, con la imaginacion á un delicioso valle que bautizaremos con el nombre de «Bachthal.»

Venid y extasiaos con la pintura del paisaje, si amais las bellezas naturales, ó pasad por alto los párrafos siguientes, si os abruman las descripciones.

El verdadero Tirol, el Tirol característico es el del Norte; allí se habla el aleman sin mezcla, allí queda todavía y quedará por mucho tiempo multitud de residencias feudales, restos vivos de épocas que pasaron, quién sabe si para volver, quién sabe si para no volver, pero seguramente para uno de ambos extremos.

Bachthal está situado en el Tirol del Norte y se extiende al pié de una colina de suave pendiente; esta colina se halla á su vez en la falda de una montaña, ésta en la de otra, y así sucesivamente, hasta que se pierde la cuenta, viendo desaparecer cumbres y picos en el horizonte.

Volvamos á la aldea.

Sus casas, (no incluimos las cabañas) son de pura arquitectura local: su cómodo piso bajo; su piso superior con el espacioso balcon que abarca todo el frente; su tejado con los aleros en declive hácia los costados; su gallarda chimenea.... ¿A qué cansarnos? ¿Quién, como estas, no ha hecho en su infancia casitas de carton?

Cinco grupos, formados de un número relativamente grande de chozas, constituyen el pueblecillo, por cuya mitad serpentea un riachuelo que desciende de la colina, arrastrando por entre guijas el agua más pura y cristalina que pueda imaginarse.

En algunos parajes, el riachuelo adquiere cierta profundidad, y allí, algunas tablas rústicamente dispuestas forman un puentecillo, que no siempre es seguro atravesar.

Por fiarse del poco sólido puentecillo, vióse más de una vez dar un soberbio chapuzon á alguna garrida tirolesa, de las de robusta pierna y pié... ¡oh! dicho sea en conciencia, deforme.

Pero ¿á qué extendernos en descripcion más minuciosa? El lector ya nos comprende ó nos adivina; trátase de una de las más lindas y pintorescas aldeas del Tirol septentrional. Hablemos ahora de otra cosa.

II

Lord Waker era hijo de una de las más nobles, antiguas y ricas casas de Yorkshire, Inglaterra.

Todas las ventajas que pueden proporcionar un nacimiento ilustre, una esmerada educacion, una bella figura, y sobre todo, un capital inagotable se reunian en el jóven lord.

Sin embargo, ¡increible parece! el jóven lord era muy desgraciado.

Observóse que, apénas cumplió los veinte años, la sonrisa desapareció de sus labios, su marcha se hizo lenta, su actitud melancólica, perdió el apetito, aficionóse á los sitios y paseos solitarios, y apénas habia en el mundo cosa que atrajera su atencion.

Verdad que esta enfermedad era de raza. Desde los tiempos de Enrique VII en que comenzó á florecer la familia Waker no habia ejemplar de uno de sus miembros que hubiese dejado de morir víctima de un suicidio más ó ménos original.

Uno habia hecho incendiar el castillo en que residia para morir entre las llamas con toda su servidumbre; otro, dejándose aplastar por la carroza real el dia de la coronacion de Enrique VIII, un tercero, rompiendo los diques que detenian las aguas del Támesis en una de sus heredades de los alrededores de Lóndres, para perecer ahogado abrazado á su perro favorito.

Todos, como se ve, suicidios sonados, llenos de originalidad y dignos de la noble casa que los perpetraba.

Hagamos constar que siendo tan larga la lista de lores suicidas en la casa de Waker, ninguno de ellos llevó á cabo este acto trascendental y postrero de su existencia sin dejar préviamente asegurada sucesion masculina que continuase la tradicion de la familia.

El suicidio de un célibe hubiérase tenido á deshonra; hé ahí por qué no se suicidaba nuestro jóven lord.

Por eso era tan desgraciado.

No le quedaba otro recurso que casarse y tener un hijo varon para poder suicidarse con tranquilidad.

Pero lord Waker era muy jóven; se le hacia preciso aguardar á los veinticinco años, edad en que se casaron sus progenitores, para casarse á su vez, porque en ese país tan exuberante de progreso, que se llama el «reino unido de la Gran Bretaña» todos se creen todavía en la obligacion de hacer lo que sus padres hicieron.

Atrevámonos de paso á asegurar que suelen cometer soberbios disparates.

Los médicos, para distraer el hastío de lord Waker, sólo encontraban una medicina: viajar.

III

Vean mis lectores por qué lord Waker llegó á la aldea de Bachthal una hermosa mañana de verano.

Hacia dos años que viajaba por Europa sin resultado alguno satisfactorio para su salud.

Ni la hermosa Francia, ni la risueña Italia, ni la histórica Grecia habian conseguido distraer sus melancolías.

Paris ardiendo en fiestas, Roma y Aténas rebosando recuerdos; Nápoles, Venecia, Milan, cunas y asientos del arte bello, no le habian arrancado un éxtasis, una sonrisa.

¿Podia, en buena lógica, esperarse de la aldea de Bachthal lo que no consiguieron las mejores poblaciones de Europa?

Eso es lo que vamos á ver.

Al oir el chasquido de un látigo, que denotaba la proximidad de una silla de posta, el pueblo entero se agolpó hácia el punto donde sonaba.

El pueblo estaba reducido en aquella hora á los ancianos, los niños, y algunas mujeres que atendian á unos y otros; el resto, incluyendo las mozas, se hallaba en las montañas desempeñando sus tareas.

—¡Dios mio!—exclamó el jóven lord, apénas se hizo cargo del personal;- aquí me moriré de tedio sin recurrir al suicidio; ¡ni una muchacha!

Es de advertir que lo único que le arrancaba un tanto de su apatía, era el bello sexo.

—¡Nada!—continuaba fijándose en los habitantes,—viejos, chiquillos, viejas, jamonas de mal ver... pero ¡cielos, que veo! ¡linda zagala, linda zagala!

Y el jóven lord se frotó las manos con cierta fruicion relativa contemplando á la encantadora Marta Spiegel, niña de diez y ocho años, iman de los mozos de la comarca y orgullo de su padre, que era el más rico traficante en ganados en muchas leguas á la redonda.

Por eso, por la desahogada posicion de su padre entiéndase, la linda Marta no iba como las otras zagalas á trabajar el queso ó á guardar rebaños en alguna aislada choza.

Por eso tenia cierta instruccion que debia al párroco de la villa vecina, y vestia como las de la dicha villa.

¿Me detendré á detallar su retrato?

No; bastará decir que era blanca, rubia, ojos azules y tan gallarda y bien proporcionada que el jóven lord no se cansaba de murmurar:

—¡Gentil zagala, gentil zagala!

Pero ¿qué velo de tristeza y de melancolía hallábase extendido por el celestial semblante de Marta Spiegel?

¡Ay! Es que Marta era tambien muy desgraciada.

—¿Y por qué era tan desgraciada?—ocurrirá preguntar.

—¿Algun amor no correspondido?—Imposible.

—¿Disgustos domésticos?—Jamás.

—¿Entónces?...

Paciencia, que no hemos de terminar la narracion sin referirlo.

«Los que sufren se entienden fácilmente,» ha dicho un mediano autor español en un drama muy malo que obtuvo un éxito muy bueno.

El jóven lord y la jóven aldeana se vieron y se comprendieron.

—Esa chica sufre,—pensó el lord.

—Me parece,—meditó la chica,—que está algo triste ese inglés.

Porque á los ingleses en todas partes se les conoce la nacionalidad á primera vista.

Entónces separaron sus miradas con tristeza.

—¡Qué lástima, no poder amar!—suspiró el inglés.



CUENTOS



AGAR É ISMAEL EN EL DESIERTO, cuadro por E. K. Liska

Y desapareció con lento paso dentro del Wirthaus, (posada de la aldea) donde con anticipacion habia mandado preparar su cuarto.

¿Y ella?

Ella le vió desaparecer, y una leve sonrisa contrajo sus labios.

—¡Qué sombreros más originales usan estos ingleses! murmuró.

Y era que lord Waker habia tenido el capricho de conservar un sombrerote en forma de esportilla estropeada.

¿Se amaban ya el lord y la aldeana?

¡Qué diablos habian de amarse!

IV

Se habian llamado la atencion, que es en cambio parte muy esencial para amarse, en la imposibilidad de concebir una pasion hácia persona totalmente desconocida.

Al dia siguiente, ya descansado de las fatigas del viaje, paseaba el jóven lord á orillas del riachuelo, abstraido en mil meditaciones, cuando de súbito, vió en las límpidas aguas retratada la melancólica imágen de Marta pensativa.

Entónces exhaló un grito ligero, que arrancó á su vez de sus abstracciones á la jóven aldeana, cuyas mejillas se colorearon de repente.

Lord Waker, que era desmesuradamente largo de piernas, saltó el arroyo, y colocándose al lado de Marta, le dirigió en inglés un largo y comedido cumplimiento con sus puntas y ribetes de piropo. Lord Waker ignoraba el aleman.

La jóven contestó sencillamente:

—Ich verstehe nicht. (No comprendo).

El inglés era desconocido para Marta.

No habia, pues, medio de entenderse.

El jóven colocó su mano sobre su corazon y lanzó un suspiro.

La jóven le miró melancólicamente, y despues volvió al cielo sus divinos ojos.

Luégo se hicieron un respetuoso saludo con la cabeza y se separaron en opuestas direcciones.

—Realmente es muy guapa esa chica,—murmuraba el lord.

—¡Si reformase un poco ese endiablado sombrero!—suspiraba ella.

¿Se amaban ya?

Todavía no, señor, todavía no.

V

Un medio, ó mejor dicho, dos medios habia para que se comprendiesen lord Waker y la linda aldeana.

Era el uno que el jóven aprendiese aleman.

Otro que la jóven aprendiese inglés.

Pero ambos medios exigian para plantearse un tiempo relativamente largo.

Lord Waker, no obstante se colocó bajo la direccion del *Wirth* ó posadero, que conocia medianamente el inglés, para soltarse en el idioma del país.

Interin, veíanse todos los dias, á la misma hora, en el mismo sitio, y el amor, que entiende todos los idiomas, comenzó (¡gracias á Dios!) á apoderarse de sus tiernos y vírgenes corazones.

Ora se contemplaban en silencio largo rato, exhalando sendos y lastimeros suspiros.

¡Ya se ve! ¡Ambos eran tan desgraciados!

Ora cansados del molesto mutismo, expresaban, cada uno en su patrio idioma, los sentimientos de su alma.

Él le pintaba ardientemente su pasion, le daba á entender, pronunciando las pocas palabras alemanas que conocia, cuántos eran sus esfuerzos para llegar pronto á hacerse comprender.

Ella, que iba aficionándose á aquel extraño idioma de gestos y voces nunca ántes oidas, expresábale, como mejor podia, que se hallaba dispuesta á corresponder á su afecto si eran honestos sus fines; rogábale además que desechase aquel ridículo sombrero tan poco á propósito para su fisonomía.

Para mejor inteligencia, señalábale la cabeza, y él, creyendo que le invitaba á cubrirse, se calaba la funesta cachuela que destruia todas las ilusiones de Marta.

Anublábase entónces la frente de la jóven, abreviaba la entrevista y volvian á separarse siempre con la eterna y respectiva melancolía.

VI

Habian trascurrido dos años.

Lord Waker, no obstante, conocia sólo del aleman lo suficiente para decir *sí señor, buenos dias, buenas tardes*, y *la sopa es excelente*, frase que con preferencia le hacia repetir el posadero.

Por otra parte, de resultas del poco uso, habia concluido casi por olvidar su propio idioma, y no seríamos muy exagerados asegurando que lord Waker comenzaba á ladrar.



Á LA PUERTA DEL CONVENTO, cuadro por P. Thumann

Convengamos por lo ménos en que era difícil ser más torpe.

En cambio, hacia progresos extraordinarios en el lenguaje del amor, tanto, que sólo á puras ojeadas y algun que otro codazo sostenia interminables conversaciones con la jóven Marta Spiegel.

Pero siempre la misma tristeza, igual abrumadora melancolía de una y otra parte.

Entónces, en el período álgido de aquellos amores, llegó á Bachthal el eminente y popular Dr. X

¿No conoceis al ilustre y humanitario Dr X?

¡Cómo! ¿Habrá en el mundo quien desconozca su ciencia maravillosa y su sublime desinterés?

El Dr. X. atravesaba el Tirol como un enviado del cielo derramando la salud y el bienestar donde quiera que posaba su planta.

Ninguna dolencia, ni la más leve indisposicion de cuantas afligen al sér humano se resistia á sus admirables específicos.

¡Qué hombre, qué hombre el Dr. X.!

La fama de los amores é hipocondría de la pareja de Bachthal, habíale atraido á aquella aldea donde le vemos surgir como una aparicion la tarde del 14 de abril de 187... junto al arroyo y aproximarse decididamente á los amantes.

Pareciéndole sobrado á lord Waker el atrevimiento del extranjero, con lengua turbada por la cólera, preguntóle con lo poco que le quedaba de idioma racional, quién le metia en ajenas conversaciones.

El Dr. X. le miró con subyugadora dulzura, volvió su vista despues á Marta, y dirigiéndose á cada uno en su lengua, les dijo:

—Vengo á haceros felices; tomad.

Y tendióles un frasco, del que bebieron á sus repetidas instancias.

A los pocos dias eran realmente felices.

¿Qué habia sucedido?

EPILOGO

Hé aquí el final de un artículo publicado en H. (Estados Unidos) en el acreditado periódico «The H. Medical Gazette:»

......«Para terminar la extensa relacion de las admirables curaciones de este hombre sin par, mencionaremos el resultado obtenido en la aldea de Bachthal (North Tyrol) en las honorables personas del lord Waker, y una jóven aldeana convertida hoy en esposa del lord.

»Un solo frasco de su extraordinario específico bastó para favorecer la expulsion de 57 varas de lombriz solitaria (Thenia) que albergaba el primero, y 24 que poseia la segunda.

»La felicidad largo tiempo desterrada de sus jóvenes almas volvió desde entónces á sonreir á la enamorada pareja, etc., etc.»

Es fama en efecto que sólo tres años despues, y tras de haber alcanzado sucesion masculina, cumplió lord Waker su proyecto de suicidio.

En cambio, lady Waker quedó por este medio poseedora de una renta de 18,000 libras esterlinas.

Pero ¿y el hombre humanitario, el extraordinario Dr. X ?

¿Quién era el Dr. X.? (1)

Por la casa anunciadora

CASTO VILAR

(1) Los señores facultativos que deseen ver aparecer sus nombres como contestacion á esta pregunta en las ediciones sucesivas podrán dirigirse con las señas necesarias á la casa anunciadora Lemmor, Saud y C.ª 158 Mainstreet,—Nueva York.

No se admiten proposiciones por ménos de 15 libras esterlinas.

LA CAJA DE ALERCE

(Conclusion)

»Perdóneme V. la precipitacion de mi viaje, que parece una fuga; he temido no tener fuerzas para resistir á los ruegos de V.

»Usted sabe dónde encontrarme. Amalia y yo le recordaremos incesantemente. Su corazon de V. que es tan indulgente, disculpará y amará siempre, lo espero, á su desgraciada sobrina. —*Luisa.*

»P. D. No se atormente V. buscando los móviles de la conducta de.... El me desprecia.... Dios sabe por qué... O, lo que es más verosímil, ama á otra.»

—¿Dónde va ? ¿qué camino ha tomado?—exclamó Federico impetuosamente...

—¿Deberé decírselo á V.?—preguntó el Baron conmovido por la violenta emocion del jóven.

—¡Ah! Señor—dijo Federico sollozando y estrechando convulsivamente las manos del Baron,— dígamelo por Dios! se trata de mi vida.

—Y de la suya tal vez—murmuró el Baron.—¿Está V. seguro de convencerla, de hacerse perdonar?

—Estoy seguro, me lo dicta el corazon... ¡Oh! Señor, vamos, vamos sin perder un momento.

CONCLUSION

XXI

Medio año despues recibí la siguiente carta.

«Mi querido Juan:

»He recibido tus cartas; no me exigias respuesta y tenias razon.

»Ahora que mi felicidad creciente no participa del febril arrebato de los primeros tiempos, experimento una satisfaccion en contarte de qué modo he tocado por fin la meta de mis deseos. Sólo ha faltado á mi expansion el que tú y ese loco de Manuel, que á pesar de sus extravíos es bueno y me quiere, hubieseis asistido á mi boda.

»Luisa, mi hermosa y buena Luisa, corria como Ariadna fugitiva por el camino de Extremadura en una prosáica silla-correo; pues afortunadamente aún no hay ferro-carril en esta línea; el Baron y yo, prodigando el oro, como en las novelas, la seguíamos en una silla de posta.

»La alcanzamos en Cáceres.

»¡Qué escena, querido Juan! Me arrojé á sus plantas llorando; ella me rechazó fria y severa como Desdémona á Yago. Yo insistí, siguiéndola de rodillas; la pasion me dió una elocuencia Castelarina.

—Sea—dijo mi adorada;—levántese V., yo le perdono.

—Sí, pero eso no basta—insistí besando amorosamente sus manos.

—Usted ha comprometido mi reputacion; por esto sólo consiento en ser su esposa; acepto una reparacion, pero no el amor conyugal ¿se resigna á estas condiciones?

»Todo esto era muy duro, pero no titubeé: confiaba en el porvenir, en el buen corazon y en la clara inteligencia de Luisa.

»Nos casamos en Cáceres y fuímos á pasar la luna de miel en una casa de campo rodeada de una extensa huerta, en donde Amalia esperaba que su seductor, el fiero comandante Medina, la rehabilitase á los ojos del mundo.

»Este ha cumplido como hombre honrado; Amalia es ya feliz; tienen un hermoso niño que ha sacado las dulces facciones de su madre y los ojos saltones de su padre.

»Cuando el comandante se llevó á su esposa á Sevilla, en donde está de guarnicion, yo propuse á Luisa un viaje á Italia. Tú sabes que desde tiempo inmemorial deseaba visitar la patria de los dioses, de los héroes y de los artistas.

»Luisa accedió. Visitamos las primeras poblaciones; estuvimos en Pisa la marmórea, en Génova la *superva*, en Florencia la encantada, en Nápoles la indolente, en Venecia la romántica y por fin dimos con nuestros huesos en la Ciudad eterna.

»Durante esta peregrinacion, mi dicha fué incompleta. Luisa, aunque amable y complaciente, se mostraba retraida para conmigo; no la creia capaz de tanto tesón. Los rayos de la luna de miel sólo proyectaban su luz sobre mí. Yo, siempre rendido y amoroso, dejaba obrar al tiempo; pero este se pasaba y cada dia echaba de ménos las mútuas expansiones de amor en el matrimonio.

»Parecia que un ángel invisible, armado de una espada de hielo, me vedaba la entrada en el corazon de mi mujer. Las almas rectas tienen sus inconvenientes; son delicadamente rencorosas; hechas de sutil filigrana, si se las descompone una pieza, se necesita mucho tiempo y una mano muy segura y muy diestra para volverlas á su pristino estado

»En Roma alquilamos una villa, *villa* Arezzo, situada casi á las puertas de la ciudad. Esta gustó mucho á Luisa, que tiene organizacion de artista, y determinamos residir aquí una larga temporada.

»Al cuarto dia de estancia en la ciudad ilustre, á la hora del crepúsculo nocturno, entramos en la basílica de San

Pedro. Un dicharacho vulgar afirma que *Roma veduta fide perduta*; solemne mentira; sólo en Roma, y en aquel grandioso templo se comprende á Dios. ¿Qué tiene que ver lo infinitamente grande, con las flaquezas y miserias de los hombres?

»La basílica resume todas las maravillas del cosmos y todo el trabajo de la humanidad. Si se alzan los ojos á los techos, que parece como que *se pierden en la eternidad*, segun la feliz expresion de un poeta, la imaginacion se los finge tachonados de estrellas: los altares se asemejan á montañas primorosamente labradas, y las columnas á escalas de Jacob para ascender al cielo.

»¡Desdichado el corazon que allí se sienta ateo!

»Luisa oró con recogimiento. Al salir del templo, me dió el brazo sin pronunciar ni una palabra. Quizá reconcentrada en sí misma, seguia con el pensamiento pidiendo luz para la inteligencia y guía para el corazon, como lo habia hecho en sus oraciones.



DESPUÉS DE LA NEVADA, cuadro por De Vigne

»Miéntras volvíamos á pié á nuestra morada, noté que se arrimaba más á mí y que su mano se posaba con más fuerza que de costumbre sobre mi brazo.

»Despues de comer me salí al terrado de la *villa* á fumar un cigarro. La noche estaba hermosa, la brisa caliente de la primavera me traia el olor de las veredas y tomillos de la campiña romana.

»De repente oí crujir la falda de un vestido; ese ruido tan atractivo para el hombre enamorado.

»Luégo se proyectó una sombra en la penumbra de la pared próxima á la ventana que estaba á la izquierda del terrado, y sentado, como yo estaba, sentí dos manos que se posaban en mis hombros, el cosquilleo de un bucle sobre mis mejillas, y por fin un beso en mi frente.

»Era Luisa.

»Aquella expansion inesperada me sorprendió; nunca Luisa habia sido la primera en acariciarme.

»¿Qué milagro es este, bella desdeñosa? —dije poniéndome en pié—¿á quién debo tan inaudita felicidad?

»En primer lugar á Dios—me contestó haciéndome sentar y sentándose ella sobre mis rodillas:—Dios me ha dicho en su templo, que *la mujer debe amar al marido* y... además—prosiguió bajando ruborosamente los ojos ¿no adivinas?

»Yo la estreché apasionadamente contra mi corazon...

»Juan, soy tan feliz que temo que esta dicha, ¡por humana, no sea duradera.

»Tuyo,—Federico.»

F. MORENO GODINO

LOS LÍMITES DE LA ATMÓSFERA

Cuanto se refiere á la inmensa masa gaseosa, que envuelve la tierra, reviste siempre grandísimo interés; que es la atmósfera orígen de multitud de acciones y fenómenos de la vida y depósito del activo gas por quien acaecen todas las combustiones. Ella tiene la propiedad de teñirse con los rojos matices de la aurora y de fingir, por medio del vapor acuoso, el brillante azul del cielo. La atmósfera mitiga el ardor de los rayos solares; en su seno fórjase el rayo, se congela la nieve y adquieren las flotantes nubes sus inconstantes formas. En agitacion perpetua, llévalas de una á otra parte, aumentando su volúmen ó reduciéndolas á leves masas, que heridas por la luz del sol brillan como el nácar, y ora las eleva á prodigiosas alturas, ora las hace descender á la tierra, hasta cubrirla con una gasa de niebla, ó las resuelve en benéfica lluvia, cuyas gotas, al caer, descomponen la luz, y la misma atmósfera, entónces, recoge y nos presenta, sobre un fondo plomizo, aquel hermoso arco, en cuyos siete colores está contenida la vida, segun la frase del poeta aleman.

En los senos de la atmósfera flotan informes y casi sin vida, los gérmenes de la vida: es el pólen de una planta separada por largo espacio de tierra de la hembra que espera ansiosa el fecundante polvillo, la leve semilla del diminuto sér que ha de producir la mortal dolencia, el gérmen, en fin, de multitud de existencias efímeras, que nacen, se reproducen y mueren en cortos instantes, dejando á la atmósfera el cuidado de la pobre vida de sus descendientes.

Sobre nosotros pesa, sin sentirlo, la masa enorme del aire y gracias á este peso podemos sostenernos, como gracias al oxígeno respiramos y vivimos. Así el estudio del aire, la determinacion de sus movimientos, el conocimiento de sus propiedades y de todos los fenómenos atmosféricos, constituye, al presente, una de las ramas más útiles é interesantes de las ciencias naturales. Con datos suministrados por la Física, la Química y la Geología principalmente, se fundó la Metereología, cuya actual extension permite no sólo conocer perfectamente y describir, con todos sus pormenores, los fenómenos atmosféricos, sino predecirlos para prevenir sus consecuencias, con un grado de certeza y exactitud relativas, que no se alcanza todavía en ciencias más antiguas y adelantadas. Así á la cotidiana y paciente observacion de los movimientos de la atmósfera y fenómenos periódicos y accidentales que causan, dedícanse, en muchos y diversos lugares del planeta, buen número de sabios, ansiosos de dar con aquella ley general por la cual se rigen así la formacion de las tempestades como las corrientes fijas y variables que el distinto calórico origina en la gran masa de aire que envuelve la tierra. Otro género de observaciones refiérese á la distinta condicion de las capas atmosféricas, en cuanto se trata de las cantidades de oxígeno y nitrógeno que contienen, de las sustancias extrañas con tales gases mezcladas y de los gérmenes que arrastran. Algunos consagran su actividad al descubrimiento de mutuas influencias y relaciones de la tierra con el aire, el papel de este en la vida vegetal y animal y su accion sobre los minerales. En todos estos órdenes de hechos los resultados obtenidos permitieron establecer cierto número de leyes empíricas, en cuya virtud resolvíase, de manera notable, la prevision del tiempo, de cuya importancia y exactitud podemos juzgar, por desgracia muchas veces, viendo confirmadas las tempestades y trastornos atmosféricos, con antelacion anunciados y previstos.

Aparte de tales estudios y observaciones, cuyo número crece con extraordinaria rapidez, comenzaron, no ha mucho, otras tambien muy importantes, referentes á los límites de la atmósfera, asunto ilustrado por el ya famoso físico ginebrino M. Raoul Pictet con los interesantes trabajos comunicados á la Sociedad Helvética de Ciencias Naturales, en su última reunion celebrada en Lucerna. Acerca de ellos, voy á discurrir brevemente; porque pienso deban modificarse no pocas apreciaciones teóricas en vista de que los límites de la atmósfera terrestre se encuentran más alejadas de cuanto podria admitirse, segun los cálculos meteorológicos.

Tres cuestiones principales pueden comprenderse dentro del asunto, á saber: el límite probable de la atmósfera, su figura, considerada en conjunto, y la constitucion de la periferia ó última capa de la envoltura gaseosa de la tierra. Sobre cada uno voy á permitirme llamar la atencion del autor, seguro de que ha de hallar datos interesantes, que proceden de sencillos fenómenos, cuya observacion no acaba, sino despues de muchos y repetidos trabajos en sentido de determinar relaciones y propiedades que no se perciben á primera vista, áun cuando en ellas se encierra la explicacion de otros hechos de mayor entidad para la ciencia, ya que sirven á modo de último paso para inducir las leyes empíricas y las teorías de más alcance.

Tal acontece en el caso de la primera cuestion. Surge en presencia de un fenómeno meteorológico tan sencillo y frecuente como el paso de un bólido, radiante de luz, el cual cruzó el espacio del Sudeste al Noroeste, aproximándose al horizonte, con movimiento relativamente lento y despidiendo vivos fulgores, que dejaban en el espacio luciente estela azul verdosa, la noche del 29 de julio último. Pocas veces se ha visto un fenómeno parecido con semejante apariencia: la noche estaba serena, el viento en calma, la atmósfera cálida y el cielo sin la más leve nube. El gran tamaño del bólido, su velocidad no muy considerable y los brillantes colores de la luz que despedia, daban al fenómeno usual, caracteres singularísimos, nada despreciables para el investigador que no desperdicia hecho alguno y halla en las más pequeñas manifestaciones de la Naturaleza nuevos motivos de estudio y adelanto.

Las circunstancias antedichas permitieron no sólo que en muchos parajes pudiera verse, de igual suerte, el brillante meteoro, sino tambien medir con relativa precision su altura, á causa de la lentitud del mismo. A este fin, procuró M. Pictet obtener datos seguros, propios y ajenos, y comparando unos y otros, llegó á demostrar que el bólido en cuestion se ha observado, á la misma hora y con igual direccion, en gran número de lugares de Suiza, Italia y Francia y así la concordancia de los datos permite establecer como término seguro que el lugar de su aparicion está á *quinientos ó seiscientos kilómetros* sobre el nivel de la tierra, cifra en verdad que supera mucho á la admitida para el límite probable de la atmósfera terrestre. Cuando se trata del dato anterior, es preciso tener en cuenta dos hechos referentes, el primero, al bólido mismo, y á la manera de medir su distancia á la tierra, el segundo. Ningun meteorito es luminoso fuera de la atmósfera terrestre; pues deben su incandescencia, de una parte á la compresion de los gases, producidos en el trascurso de su marcha velocísima, y de otra al oxígeno que los quema, combinándose con ellos. De modo que la naturaleza de la luz de los bólidos es esencialmente térmica, en cuanto resulta de acciones semejantes á las que hacen despedir luz á un hierro calentado en la fragua. Es del dominio vulgar un experimento que consiste en inflamar yesca dentro de un tubo, en el cual, por medio de un émbolo que entra á frotamiento, se comprime aire; pues bien, el bólido en su carrera comprime gases, por virtud de lo cual se pone incandescente y vuélvese luminoso, ayudado por la combustion debida al oxígeno del aire.

De aquí se deduce que fuera de la atmósfera y en lugares perfectamente vacíos, los meteoritos en manera alguna despiden calor ni luz; están frios al par de los lugares por donde caminan errantes, hasta llegar á la atmósfera de la tierra, cuyos gases les hacen despedir viva luz. Segun esto, basta medir la altura á que se percibe la trayectoria fugaz de un bólido para deducir, al punto, que allí hay seguramente atmósfera con todas sus acciones y fenómenos. Así hizo cabalmente M. Raoul Pictet y á ello se refiere el segundo de los puntos indicados. El interés real de toda observacion de la índole de la que trato, estriba en la medida de la altura del luminoso meteoro, cuya altura, á causa de la rapidez de los movimientos, casi nunca puede medirse. Si el descenso, al igual de lo acontecido en el caso presente, es muy lento, entónces pocos datos se necesitan; pues bastan los pormenores de algunas observaciones y conocer la distancia de los puntos de observacion, la altura del bólido sobre el horizonte y la declinacion. De estos números se deducen la distancia de trayectoria luminosa y la del bólido á la tierra.

Realizadas esta vez las medidas y comprobados los cálculos, resultó el anterior dato, por el cual se afirma que los límites de la atmósfera se hallan por lo ménos, á *seiscientos kilómetros* de la tierra; número, en verdad, muy superior á todas las previsiones meteorológicas.

La nueva conjetura se explica perfectamente teniendo en cuenta las modernas teorías que sobre la constitucion de los gases se han formulado, apoyándose en la termodinámica. Conforme á ellas, un gas es algo á modo de los enjambres de abejas. Una masa compuesta de infinito número de elementos materiales, suerte de proyectiles incesantemente móviles, en continuo choque y no teniendo para ejercitar su movilidad sino corto espacio libre; mas dotados, en conjunto, de admirable poder de traslacion. Admitiendo tal doctrina, al punto se puede decir cuál debe ser la constitucion de la periferia ó superficie más elevada de nuestra atmósfera. No constituirá, en verdad, una envoltura perfectamente lisa y sin rugosidades, inmóvil é inerte para toda accion violenta; mejor semejará el agua del Océano con su flujo y reflujo y sus olas que se levantan, formando montañas de blanca espuma, por sobre los peñascos de la costa. La superficie periférica de la atmósfera se concibe formada por multitud de proyectiles, cuya tenuidad supera á todo cálculo: son microscópicas masas de oxígeno, nitrógeno ó vapor de agua, lanzadas con velocidad enorme al espacio y moviéndose siempre para no caer chocando con nuevos proyectiles, de lo cual resultaria nueva proyeccion, dependiente de la velocidad de los que asciendent. Entre las masas pequeñísimas, lanzadas hácia los espacios planetarios, existe el vacío absoluto y así la superficie de la atmósfera es discontinua. A medida que nos elevamos del suelo el aire se halla más enrarecido, las distancias de sus elementos aumentan y el camino que cada uno puede recorrer libre es mayor. De



TESEO DANDO MUERTE AL CENTAURO, grupo en mármol por Canova

esta manera puede admitirse que á seiscientos kilómetros los elementos materiales se muevan en libertad y desliga dos de toda accion con los demás, por ser muy considerables los espacios vacíos que los separan.

En vano se preguntará á dónde va á parar el número infinito de proyectiles lanzados de esta suerte: su movimiento de excursion necesariamente ha de contrarestarse, deben poseer una velocidad media, quizá relacionada con la distancia á la tierra y al espacio interplanetario, ya que todo es preciso para que la periferia de la atmósfera adquiera la temperatura media entre la de la tierra y la de la inmensa semi-esfera constituida por los espacios siderales; pues esto resulta de considerar el equilibrio térmico de los gases. Aun así, parecerán diminutas balas, lanzadas por un fusil microscópico, á un blanco que no se divisa y al cual jamás llegan.

Considerando que la temperatura es mayor en el ecuador que en los polos y que la variacion diurna ha de influir necesariamente en la velocidad media de los elementos gaseosos de la atmósfera, si se calculan las temperaturas absolutas de uno y otro lugar, pueden deducirse las velocidades correspondientes á cada elemento gaseoso, teniendo presente que para una columna vertical de aire son mayores sobre el ecuador que en los polos. Cada proyectil que se eleva desde los extremos del eje de la tierra adquiere una velocidad media de cuatrocientos kilómetros por segundo y si consideramos que al ascender y por efecto de los choques unas veces y de la relativa libertad otras, se hace mayor cuanto más se eleva, los números asignados por Raoul Pictet á los límites de la atmósfera, nada tienen de exagerados. Ahora bien, las mismas consideraciones, singularmente la que se refiere á la distinta velocidad de proyeccion en el ecuador respecto de los polos, á consecuencia de la diferente temperatura, permiten inducir que la altura de la atmósfera es mayor en el ecuador y por lo tanto, la figura de la cubierta gaseosa que envuelve la tierra debe ser un gran elipsoide de revolucion, cuyo eje menor es paralelo al del globo y el mayor perpendicular.

Tales son, en breve resúmen, las consecuencias principales de una observacion sencilla, practicada con admirable método. Es frecuente notar esto en las ciencias naturales, ya que los procedimientos de la Naturaleza, si muy varios y distintos en apariencia, redúcense todos á meras variantes de fuerza y diversidad de cambios del movimiento. Cuenta Goethe que el naturalista Camper se complacia en fabricar, con yeso blando, un animal cualquiera y trasformarlo luégo en otros, sin perder nada de la masa. No hace otra cosa la Naturaleza, cuando sus potentes manos sacan de la misma cantidad de fuerza las innumerables apariencias, á cuyo descubrimiento consagra el hombre todos sus afanes.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

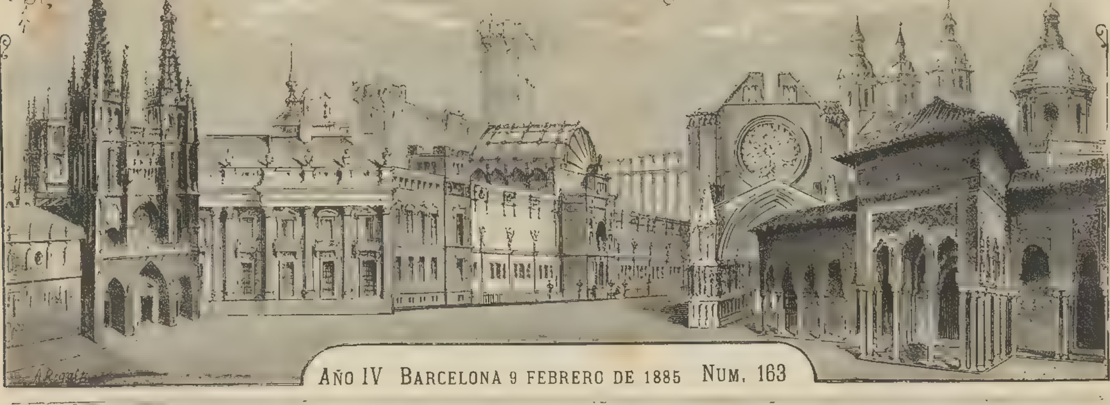
DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata, y separadamente con mapas iluminados y cromo-litografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMP. DE MONTANER Y SIMON

ILUSTRACION ARTÍSTICA



AÑO IV BARCELONA 9 FEBRERO DE 1885 NUM. 163

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Los pobres.—La buhardilla en Madrid.—Dónde descansa el pobre.—Dónde se desvanece una tromba de luz.—La sopa.—Terremotos.—La caridad de Barcelona.—El *eterno femenino*, ó sonrisas y estocadas.—La avalancha.

Lo primero que se ve por las calles de Madrid apénas se ha puesto el pié en una de ellas, es un pobre.

Los hay de todas edades y aspectos. El tipo del pobre de oficio es menor en número que el que es pobre accidentalmente. No hay trabajo, no hay pan, aquí nadie piensa en crear fondos de reserva para el obrero, donde, en los dias de penuria, pueda acudir en demanda de un alivio para su desgracia. Vivimos en el país de los discursos. Las palabras ocupan el lugar que corresponde á los hechos. ¿Ocurre una catástrofe? Pues se nombra una comision, que emite un dictámen acerca de si es ó no desgracia. Claro está que cuando el dictámen ha sido emitido, la catástrofe se ha remediado por sí misma y para siempre, esto es, se ha hecho irremediable. Informaciones acerca de la clase obrera se celebran en toda España, y en ellas se evidencia la plétora de elocuencia que padece la nacion, pero una medida de prevision, de prudencia, de humanidad... ¡eso no se ve por ninguna parte!



LOS ESPOSOS DEL DESIERTO, cuadro por Pablo Mayerheim

Somos como aquel gigante charlatan de que habla Grim en uno de sus cuentos. Se nos va la fuerza por la boca.

***

El jornalero madrileño vive una existencia estrecha y mísera. El clima es duro y enemigo del pobre. En invierno, el frio cruel convierte la buhardilla del jornalero en una heladora italiana, donde la familia menesterosa tirita de continuo. Por entre las tejas mal unidas sopla el viento, en la estrecha ventanuca se condensa el vaho de las respiraciones sobre el cristal y dificulta la entrada de la luz. En verano el sol tuesta á la gente de la buhardilla, que se convierte en una besuguera. Ni un hueco espacioso hay por donde el aire se renueve. ¿Quieren los hijos del jornalero asomarse á ver la calle? Pues ven un espectáculo maravilloso: un mar de tejas, un bosque de chimeneas, una multitud de pequeños patios que parecen las islas de aquel mar de barro cocido. Oyen abajo el hervir de la calle y sienten la vibracion del aire enrarecido que produce en la atmósfera agitaciones perceptibles á simple vista.

Así el obrero pasa, en su domicilio, de los rigores del témpano á las crueldades del infierno.

***

¿Cuánto gana un obrero en Madrid? Pues la mayor parte de los jornaleros apénas pasan de las dos pesetas. Eso sí, las dos pesetas son para ellos y su familia. Como diria un conservador (de esos que han nacido del carnal ayuntamiento de Pangloss y de una beata), un obrero con dos pesetas es un príncipe. Verdad, un príncipe de á dos pesetas.

La sociedad, sin embargo, hace por él lo que puede. Lo lleva al ejército para que pelee y si es preciso muera. Lo lleva al hospital para que los médicos le vean ántes de morir. ¡Ah! y no paran aquí sus buenos oficios. Tambien le lleva al cementerio.

Donde hay un hoyo grande, que es la muerte anónima, un gran taller de gusanos, una ciudad de ruinas humanas; donde aquella ruidosa tromba de pasiones, actividades, dulzuras y afectos descansa en un monton de huesos que blanquean entre la tierra húmeda y negra.

***

Para impedir que 10,000 obreros sin trabajo se mueran de hambre, las señoras del Sagrado Corazon y otras asociaciones benéficas reparten diariamente sopa. Pero esto, que merece muy alto elogio por los nobles sentimientos que revela, no resuelve el problema. El estadista no debe contar con la caridad entre sus medios de accion, porque un Estado pedigüeño inspira la tirria ó desprecio, y si se decide á serlo, es preciso que se desnude el casacon bordado de ojos de oro, símbolo de la perspicacia de Argos, y se ciña el ropon de los mendicantes.

***

En las provincias de Granada y Málaga continúan los terremotos, aunque con ménos intensidad que los que produjeron la ruina de Albuñuelas, Alhama y Arenas del Rey. La caridad responde á cada oscilacion de tierra con un nuevo rasgo de desprendimiento.

En un principio la caridad distribuyó en aquellos pueblos limosnas en metálico, pan, mantas.

Ahora lo que allí hace falta son viviendas.

En esta segunda parte de la campaña, ocupa el primer puesto Barcelona.

La rica ciudad de la industria construirá un pueblo por su cuenta. Limosna de rey mago. No ha tenido hace muchos años la caridad una expresion tan augusta y magnánima.

Barcino se llamará ese pueblo en cuyos cimientos, muy hondo, muy hondo quedarán las raíces de la gratitud que Andalucía debe á Cataluña.

***

Los debates parlamentarios han llenado de elegantes damas las tribunas del Congreso.

La política lo invade todo en España. Hace discutir de banco á banco en el taller á los obreros, ocupa el lugar preferente en las conversaciones de los estudiantes, y entre las frivolidades del diálogo femenino despunta como una frivolidad más.

Cuando sobre el rojo fondo de la tribuna del Congreso se destacan elegantes *toaletas* y hermosos rostros de damas célebres es que abajo, en el hemiciclo se discute con calor ó se anuncia una discusion apasionada. ¡Contraste misterioso! La mujer es todo dulzura y delicadeza, y sin embargo, su presencia en las luchas de los hombres irrita á estos y aviva sus odios. Hacedla ocupar un puesto en el palco del torneo y notad cómo los justadores aumentan el furor de la acometida y afirmándose en los estribos, requiriendo las riendas hechas de escamas de acero, enfilando el lanzon, ponen la estrella de la espuela en el flanco del caballo y parten veloces, aterradores, hechos un torbellino de valor, de fiereza, de bufidos de bestia herida, de chasquidos de metales que chocan, envueltos en una atmósfera de muerte y venganza. Es que en un palco, bajo el toldo de raso recamado, hay una beldad cristiana ó morisca, y por agradarla el caballero se esfuerza y toma por agravios hasta las sonrisas. De igual modo el orador, esto es, el justador de las modernas lizas y de los novísimos palenques, se irrita más y se enciende más en su odio tribunicio cuando las damas ocupan las tribunas.

***

Fecundo ha sido el mes de enero en desastres; al mismo tiempo que en Andalucía las oscilaciones de la tierra arruinaban extensas comarcas, en los Alpes italianos una avalancha destruia miles de casas. La nieve, cuando adquiere las fierezas de la tempestad, es mortal como la dinamita. Blanca como la inocencia es cuando cae, pero su inocencia es la del limbo, una inocencia inconsciente. Lo mismo se convierte en lodo, bajo la pisada del hombre, que en cristal caprichosamente cristalizado bajo el soplo del cierzo. Un huracan la impulsa, la ahueca, la levanta, la convierte en un monstruo blanco que rueda, que aplasta... Esa es la avalancha. Segun Byron, «un relámpago de nieve.»

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

LOS ESPOSOS DEL DESIERTO, cuadro por Pablo Mayerheim

Nacieron en una caverna inaccesible á la humana planta, se amaron en el fondo de un bosque vírgen, y cuando, llegada la noche, á la dudosa luz de una luna oculta á intervalos por las nubes, se separaban para ir en busca de la caza que habian de devorar en sus sangrientos banquetes, al rugido terrible del leon celoso respondia el rugido potente de la hembra, que protestaba de su amor y de su fidelidad.

Un dia cayeron en la trampa preparada por el astuto africano, y debilitados por el hambre, rendidos por la forzada vigilia, casi cadáveres, fueron desarmados y vendidos á un domador sin entrañas y encerrados en una jaula de dos metros en cuadro; ¡ellos que habitaban el desierto, ellos los reyes de las selvas, ellos ante cuya presencia temblaba, de Dios abajo, cuanto en la tierra es susceptible de espanto!...

Desde entónces, se aman, como se aman los esclavos; su amor no es otra cosa que un vago y comun sentimiento de libertad y de venganza; pero el hierro de la servidumbre les ha envilecido á su manera: cada vez que el látigo del domador hiere su hocico, rugen de dolor, rugen pero no desgarran; y apénas han exhibido sus forzadas habilidades ante el público especial que frecuenta estos espectáculos, se tienden negligentemente, el macho pasea por la muchedumbre la mirada triste y sombría del rey destronado, y la hembra se duerme, soñando tal vez desiertos, cavernas, bosques; el sueño obligado del prisionero...

¿Ha querido expresar esto el autor del cuadro? Tal nos parece, mas si así no fuese, tal es lo que hemos sentido siempre que nos hemos encontrado en la presencia de leones enjaulados.

DOS AZUCENAS, cuadro por Conrado Kiesel

De la misma manera que hay flores que, con ser hermosas, no alegran nuestra vista, hay mujeres que, con ser bellísimas, nos entristece contemplarlas. Un ejemplar de esas flores y de esas mujeres contiene el cuadro que hoy publicamos.

La flor es la azucena: sin duda alguna su tallo es esbelto, su forma es elegante, pero la blancura de sus hojas tiene algo cadavérico, la desproporcionada esbeltez de su tronco tiene más de delgado que de propiamente elástico; á su simple vista se comprende que es flor de pocos dias y que el vaso en que se la guarda, más que elemento de vida, es propiamente sepultura en que la flor ha de agonizar y morir brevemente.

Lo que á la vista de esa flor sentimos, sentimos de igual modo á la vista de esa bella jóven, tan bella como delicada, azucena del jardin social, destinada á muerte prematura. El autor de ese cuadro, con un talento verdaderamente desgarrador, ha hecho resaltar la analogía existente entre la flor y la jóven, igual debilidad de tallo, igual palidez de colores, igual aspecto triste, iguales síntomas de muerte en la mejor edad de la vida.

¡Dos azucenas!... es decir, dos plantas destinadas á morir tempranamente; dos cosas, igualmente hermanas, confundidas en un sino fatal; dos bellezas tempranas, cuya frescura agosta el hálito de los sepulcros, en cuyas orillas parecen crecidas, en cuyo fondo parecen arraigadas...

¡Bellísimo cuadro! pero triste, muy triste, demasiado triste para los amantes de la juventud y de las flores...

NO HAY ATAJO SIN TRABAJO, cuadro por S. Derkle

Este refran ha sido puesto en accion de una manera gráfica. Nuestro jinete ha querido echar por el atajo, creyendo que con ello acortaria su camino, y lo que ha conseguido es simplemente engolfarse en unos pantanos, de los cuales saldrá como pueda, ó sea que saldrá todo lo desdichadamente posible.

Por de pronto la cabalgadura hunde sus piernas en el fango hasta las rodillas y empieza á tener antojos: mucho será que no se la ocurra tener el de depositar á su caballero sobre el blando suelo, lo cual seria una treta verdaderamente bestial. El viejo jinete, que algo tarde comprende el error cometido, transige ya con el caballo, es decir, deja que éste le saque del apuro como su instinto le dé á entender; y como el sol se halla próximo al ocaso y se amontonan densos nubarrones y nos encontramos en la estacion del frio, y no abundan los aficionados á contar las escasas estrellas desde un desierto pantanoso, auguramos mal, muy mal de la imprudente aventura.

El lienzo de Derkle está bien concebido y á conciencia ejecutado. El paisaje es triste, el cielo se halla cargado, todo contribuye á darnos idea de la soledad y de las tinieblas que envolverán dentro de poco al viajero; es una escena cómica en apariencia, pero que, al poco rato de contemplarse, produce cierto frio, propio de la estacion en que tiene lugar.

LA TORRE VICTORIA EN LÓNDRES

Los periódicos nacionales y extranjeros han publicado los detalles de un terrible suceso há pocos dias ocurrido en la capital de Inglaterra y que ha causado con fundado motivo tanta sorpresa como temor y recelo.

El sábado 24 de enero resonaron casi simultáneamente tres formidables explosiones, dos de ellas en Westminster y la tercera en la Torre de Lóndres. Estas explosiones, causadas por la dinamita, han producido en dichos edificios considerables destrozos, y lo que es más de lamentar, la muerte ó las heridas de un crecido número de personas.

El magnífico palacio de Westminster es un edificio colosal, que asombra y sorprende al que lo contempla por sus elegantes líneas arquitectónicas, sus innumerables agujas, su campanario de admirable ligereza, y sobre todo por las dos enormes torres que se destacan en los extremos del monumento. El parlamento inglés reside desde el siglo XVI en este palacio, cuyos primeros cimientos echó Guillermo el Conquistador. Una gran parte de la construccion actual data, sin embargo, de pocos años. En 1834 el arquitecto C. Barry emprendió la restauracion completa de Westminster, agregando al edificio primitivo la torre del Reloj y la torre Victoria. Esta última, representada en nuestro grabado, tiene 300 piés de altura, pasando por ser la torre cuadrada más alta de Europa. Lo único que resta del antiguo edificio es el *hall*, cuya fundacion se remonta al siglo XI, y que ha sido la parte del palacio en que las explosiones han causado más estragos.

LA ESTAMPA DE SU PADRE, cuadro por Mantegazza

La venida de un hijo al mundo provoca indefectiblemente una cuestion entre los principales allegados de la familia. ¿A quién se parece el recien nacido? Sobre este punto se dividen los pareceres apénas la comadre ó la nodriza presenta el tierno vástago. Segun unos, es el verdadero retrato de su madre, segun otros es la estampa completa de su papá; este último parecer acostumbra á arrastrar la mayoría de los votos; cada uno sabrá por qué.

El caso es, á pesar de todo, que muchas veces, casi siempre, la tierna criatura no se parece poco ni mucho á ninguno de los autores de sus dias, en primer lugar porque no está escrito que tenga de parecerse á uno ni á otro, y en segundo lugar porque un recien nacido no tiene de qué compararse con un hombre ó una mujer en el completo de su desarrollo físico. A pesar de lo cual, no hay quien les quite á los parientes la preocupacion de que el rorro es la imágen de mamá ó la estampa de papá.

En el cuadro de Mantegazza se trata del primogénito de una casa señorial, de un niño que ha de trasmitir á la posteridad una tradicion de la época de las cruzadas, y por ende se ha de parecer á su padre, como éste se pareció al suyo, y así precedentemente; de suerte que ese pellon de manteca animada se parece, segun los parientes afirman, á uno de esos montaraces varones que resguardaban su cabeza con un casco á guisa de toro ó jabalí, que les sentaba á las mil maravillas.

Respetemos, sin embargo, las preocupaciones que á nadie dañan y alegrémonos hasta de ellas, que han sido ocasion de un cuadro tan bien dibujado y expresivo como el que publicamos en este número.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

FIN DE FIESTA, dibujo por J. Llovera

Tiene lugar la escena en un típico merendero que hemos de suponer no muy léjos de la villa coronada. Manolos y chisperos, ternes del Avapiés y del Barquillo, han obsequiado con una jira á las más encopetadas damas que venden harapos y castañas en el famoso Rastro y en la popular plaza de la Cebada. Un cochifrito que trascendia á gloria y una fuente (monumental) de callos y caracoles, han sido consumidos, entre dichos agudos y cantares, con el auxilio del indispensable Valdepeñas, intermediado de un Jerez, ó cosa de este nombre, al cual debe atribuirse la responsabilidad del caso.

Y el caso fué que en cuanto hubo empezado el baileteo, la llamada *Roma*, titular de un puesto de buñuelos no muy léjos del sitio en que Riego fué ahorcado, se apercibió de que el señor *Pelao*, mozo de mulas en la plaza y suplente de banderillero en las novilladas de Vallecas, miraba de una manera asaz impertinente, á la señorita Paca (a) *Canguela*, que sin ser toro de Gaviria tomaba varas con una voluntad digna del más boyante cornúpeto.

Y hubo luégo, de una á otra parte, miradas provocativas que, á ser las miradas rayos, como se dice, hubieran incendiado el establecimiento; y de las miradas vinieron las palabras injuriosas, lo cual siempre es malo, y de las palabras vinieron á las manos, lo cual es peor y sienta mal en todo caso y más tratándose de *damas* tan famosas



FIN DE FIESTA



(DIBUJO DE J. LLOVERA)

y bien reputadas en los mercados, toriles y merenderos de toda la *madrilería*.

Hé aquí el asunto en que se ha inspirado Llovera para dibujar, con su habitual talento y gracejo, el cuadro que hoy reproducimos Así debia concebirlos en los ensayos de sus inimitables sainetes, el ilustre cuanto desgraciado D. Ramon de la Cruz.

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

POR DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(Continuacion)

¡Cosa singular!—añadió mi interlocutor, como si no oyera mis palabras,—á medida que la humanidad va adelantando en su camino, ménos fe tiene en sí misma y más desconfia de su triunfo definitivo. Si se levantasen del polvo las míseras generaciones de la Edad media, se avergonzarian de veros, hijos de la Edad presente. Ellas, expuestas á todos los caprichos de la violencia, sumergidas en las tinieblas de la ignorancia, creian en Dios y tendian los brazos hácia lo porvenir como un náufrago hácia la playa hospitalaria que divisa á lo léjos, y vosotros, á quienes llegan ya los perfumados efluvios de esa misma playa, negais lo que veis y dudais de vuestra salvacion.

—¡Ah! ¡cómo se ve que no has sufrido!—exclamé suspirando.

—¡Que no he sufrido!—replicó. Jóven, en una hora de mi vida sufro más que cuantas generaciones han existido y existirán sobre el haz de la tierra, porque padezco sin esperanza de remedio. Llegará un dia, quizás esté cercano, en que el hombre se regenere; pero yo no podré regenerarme nunca.

—¿Quién eres, pues?—le pregunté sorprendido.

—Nada te importa,—respondió.—En medio de los dolores que os asaltan, el cielo os ha concedido el consuelo de las lágrimas, y yo no puedo llorar; ha arrojado en vuestros corazones la semilla del amor puro, que á mí me está vedado; os ha dado el descanso de la muerte y yo no puedo morir.

Difícilmente podria explicaros el efecto que las dolientes palabras de mi improvisado compañero produjeron en mi ánimo; disipáronse del todo las nieblas de la borrachera que iban invadiendo mi espíritu, y quedé como petrificado ante aquel sér maravilloso que, segun confesion propia, no podia obtener ningun consuelo, ni el llanto, ni el amor, ni la muerte.

—Pero no hablemos de mí,—añadió en seguida cambiando de tono.—En vano querrías comprender la intensidad de mi desventura. En vuestra manía de negarlo todo os pareceis á aquel filósofo extravagante que negaba su propia existencia. ¿No has amado y amas aún? Pues entónces, ¿por qué niegas el amor? ¿No ves á tu lado las estatuas de los héroes y de los genios? Pues entónces, ¿por qué dudas de la gloria? ¿No has estado hace poco tiempo expuesto á perder la vida por un antiguo condiscípulo? Pues entónces, ¿por qué niegas la amistad? ¿Nunca se ha sublevado tu conciencia contra la opresion? ¿Nunca has llorado contemplando algun infortunio? ¿Nunca has protestado contra la injusticia? Pues si esto has hecho, ¿cómo te atreves á sostener que no hay en el mundo grandeza, ni piedad, ni ternura, ni abnegacion? Eres hombre, y como á todos, el orgullo te ciega y extravía; crees que tu corazon es el único tabernáculo del sentimiento y piensas que el alma de cuantos te rodean no se agita como la tuya, ni tiene las mismas fibras, ni sufre los mismos dolores. Cada sér humano tiene tal idea de su importancia individual, que en su orgullo mira á los demás como inferiores; pero esta misma idea le engrandece, y le empuja por el camino de su perfeccion, porque vendrá un dia, en que sin perder el convencimiento de su fuerza, comprenda la igualdad moral de su raza, como ha comprendido ya la igualdad legal y política, y entónces desaparecerán para siempre todas las tiranías: la del fanatismo, la de la autoridad y la del dinero... Ese dia se aproxima...

—¿Dónde está?—le interrumpí con aire de triunfo. —Veo, por todas partes, una sociedad caduca, seca como el egoismo que la devora, gastada y corrompida...

—Pues bien,—me interrumpió el desconocido,—en esas condiciones de muerte de la sociedad moderna, ¿no ves el augurio de la futura? Si en ésta en que vivís sólo imperan la injusticia, el fraude, la perversion y la infamia; si propende á empequeñeceros y abatiros, ¿por qué os lamentais de la gangrena que corroe sus entrañas, ya infecundas? La corrupcion sólo se engendra en los cadáveres; todo lo que está corrompido, está muerto. Pero como la humanidad no puede perecer, debeis abrigar el convencimiento de que en el fondo de esta civilizacion brillante, pero podrida, está fermentando ya el gérmen de otra nueva sociedad.

—Y miéntras tanto,—exclamé con profunda desesperacion,—los que hemos tenido la desgracia de nacer en esta época de prueba, sentimos nuestro corazon desgarrado; respiramos un aire saturado de amargos rencores y vivimos para el martirio.

—Sí,—contestó él,—avanzais, como Cristo hácia el Calvario, en busca de otra redencion humana y estais apurando las últimas heces del dolor social para que vuestros hijos nada encuentren en el fondo del amargo cáliz. Vuestra mision es triste, pero sublime.

—¿Y qué debemos hacer cuantos no tengamos fuerzas para el sacrificio?—le pregunté,—¿qué debemos hacer? Mis heridas brotan sangre; he visto desvanecidas todas mis ilusiones de niño, esas aspiraciones generosas, que, segun tú, algun dia se realizarán; todo lo veo negro, mezquino y despreciable. ¡Todo!

—¿Qué debeis hacer? me contestó; padecer con los ojos fijos en lo porvenir, como el mártir cristiano padecia, con el pensamiento puesto en Dios, que era tambien su aspiracion y su destino. Vuestra gloria, será el agradecimiento de la posteridad.

—Calla,—le dije,—porque tus palabras me irritan. Mañana acaso las generaciones venideras, cuando hojeen el libro de la historia, dedicarán un débil recuerdo á la generacion actual, que, á costa de su felicidad propia está preparando la ajena. Pero ¿crees que puedo contentarme con figurar en el catálogo de las víctimas desconocidas, ni que me satisfaga la idea de confundir mi nombre ignorado con su nombre ignorado tambien, como confundiré el polvo de mi cuerpo con el suyo en el seno de la tierra? ¡Ay! no: mi ambicion es más grande; ¡quiero volar! ¡Volar sin perderme nunca en la sombría noche de los tiempos y de las generaciones!

—¡Oh, Señor!—exclamó el hombre misterioso con voz entrecortada,—¡cómo me castigas! el orgullo fué mi culpa y me abandonaste, cerrándome el corazon para el placer, y arrojándome del eden en donde moras coronado de eternos resplandores: el orgullo es el delito del hombre, y no sólo lo consientes, tendiendo sobre él tu mano benéfica, sino que animas su entendimiento para que se eleve hasta tí; ¡hasta tí de quien reniega!

—¡Ser mártir!—exclamé sin hacer caso de su angustiosa queja,—¿no vale más ser tirano? La raza humana se acuerda más de quien la diezma que de quien la sirve. Dime sino cómo se llaman las infinitas víctimas de Neron, de Calígula y de tantos y tantos monstruos como han asolado el mundo. Dímelo si lo sabes. La historia guarda silencio sobre el mayor número de estas infelices criaturas; pero no se ha olvidado de sus sacrificadores; han pasado los siglos, y todavía está presente su nombre en la memoria de los pueblos.

—Es decir, que pesa sobre ellos una maldicion perdurable como la mia....

—Ja... ja...—repuse irónicamente.—¡Salida más necia que la tuya! ¿Acaso piensas que les importará un bledo esa maldicion?

—Sí,—respondió con acento solemne. —Su alma vive, y la execracion de la humanidad es su infierno.

—¡Su alma! —añadí con aire de desprecio y duda.

—Su alma, sí,—replicó,—que vagará por el espacio, sin oir una sola palabra de conmiseracion, ni sentir el dulce consuelo de una lágrima consagrada á su memoria; su alma temerosa como el delito, solitaria como el remordimiento, y abrumada con el anatema de los siglos pasados, presentes y venideros.

—¿Luego el hombre no muere?—pregunté con mofa y escarnio.

—Tú lo has dicho,—contestó gravemente mi interlocutor. —El hombre no muere.

—Observo,—añadí riendo,—que tu filosofía es bastante antigua.

—Si dudas de la mision del hombre en la tierra,—me preguntó con sonrisa friamente burlona,—y de su eterna existencia inmaterial; si crees que Dios, ó la fatalidad, ó la naturaleza han creado en él un sarcasmo, y dándole facultades para ser feliz, le han precipitado en el abismo de una desgracia infinita; si de todo esto estás seguro, ¿cómo vives todavía? Aniquílate; destruye con tus propias manos la obra de iniquidad de un Dios indiferente, de una fatalidad ciega ó de una naturaleza cruel, y vuelve al polvo de la tumba que es el descanso, la insensibilidad, y por tanto, la nada.

Ya me parece haberos dicho que el amor propio me domina. El acento irónico con que el desconocido pronunció estas palabras hízome sospechar que dudaba de la firmeza de mis convicciones, juzgándome demasiado débil ó cobarde para arrostrar los peligros de su defensa. Así es que con mal reprimida ira le contesté:

—¿Y quién te ha dicho que no he pensado ya en matarme?

—¡Eres un loco!—respondióme desdeñosamente.—¿Imaginas por ventura que no he leido y leo en tu cerebro como en un libro? Nunca la idea del suicidio ha conturbado tu corazon.

—Te engañas,—repuse exasperado.—Hoy mismo había decidido acabar con mi miserable existencia.

Mi interlocutor soltó una carcajada sardónica que me horripiló, y sacando del bolsillo de su gaban un revólver, me lo ofreció diciendo:

—Seguro estoy de que no quieres morir.

¡Ay! no podré deciros lo que pasó por mí; todas las malas pasiones dormidas se despertaron en el abismo de mi alma. El aire de confianza con que mi improvisado compañero me negaba el valor necesario para poner término á mi vida me indignó contra mí mismo, porque descubria el secreto de mi conciencia; arrebatéle el revólver de las manos, como poseido de un vértigo, y le apoyé en mi sien...

Pero me faltaron las fuerzas y separé de mi frente el arma fatal.

Pensé en mi madre, en los dias de mi infancia, en aquellos dias de santa inocencia en que ambicionaba como los hombres y soñaba como los ángeles; la fria y pavorosa idea del no ser cruzó por mi mente; tuve miedo y temblé...

Mas cuando al levantar la cabeza hallé clavada en mí la sangrienta mirada del desconocido, en nada pensé ya, turbáronse mis ideas, creíme el ludibrio de las gentes y perdí la razon.

Entónces apoyé el revólver en mi barba, disparé, y caí muerto...

—¿Sabes que la historia va interesándome?

—Y á mí

—Y á mí tambien; pero me asaltan algunas dudas.

—Dímelas, y veré si puedo aclarártelas.

—En primer lugar, me parece que ese diablo, si lo es, roba su papel á Dios: es un diablo demasiado bueno.

—Quizás tendria buen vino. Además, no es la primera vez que se mete á predicador.

—¡Calla; es verdad!

—En segundo lugar, creo que te suicidaste tontamente.

—¿Y acaso para morir se necesita ingenio?

—Pero, ¿no nos explicas la conducta del diablo?

—Todo llegará á su tiempo. Ahora bebamos.

—Dices bien. ¡Bebamos!...

—¡Bebamos!...

—¡Viva tu diablo y viva el ron!

II

Cuando me dí cuenta de mí mismo, despues de haber recibido el golpe mortal, me hallé en un estado que resiste á toda descripcion y casi se escapa al análisis; tenia la conciencia de mi sér, pero no veia, ni oia, ni palpaba; la vida material se habia extinguido en mí, y sólo conservaba íntegra la del sentimiento y la inteligencia.

Acaso no hay en lengua alguna palabras bastante claras y precisas para explicaros mi estado en aquel tránsito solemne de la vida á la muerte, en que, abandonando mi envoltura corporal, me sentí trasportado á una region desconocida, muda y negra como la noche.

No podré deciros con certidumbre cuánto tiempo permanecí sumergido en aquel mar de silencio y tinieblas; sólo sé que de repente el espacio se iluminó para mí con vivísimos fulgores, y empecé á percibir extrañas armonías, tan dulces como el recuerdo de las horas felices. Aun cuando no podia verme á mí mismo, veia ya todo cuanto me rodeaba. ¿Qué era yo? ¿Dónde estaba? ¿Cómo vivia? ¿Hallábame encerrado en una forma concreta, recogido en un punto dado del espacio, ó esparcido como el aire por la extension de la atmósfera? Pronto el grandioso espectáculo que se ofreció á mi vista inmaterial, me hizo comprender que me hallaba entre las almas de los que han sido, y libre de la cárcel de arcilla donde habia estado cautivo durante mi breve pero dolorosa peregrinacion por el mundo.

—¿Y qué viste entónces?

—¿Qué ví entónces? ¡Ah! ví lo que la mente humana apénas es capaz de concebir; un mundo etéreo poblado de espíritus dotados de lúcida trasparencia, que vagaban por la bóveda infinita envueltos en el manto de las nubes, en la bruma del mar y en la neblina de las horas crepusculares. Mi alma estaba embebecida en la contemplacion de este inmenso número de espíritus, tan inmenso como el de las criaturas que de generacion en generacion han cruzado la tierra; allí estaban las doncellas que habian muerto sin recibir el ósculo del amor, puras y brillantes como la llama que circunda el trono del Eterno; allí los mártires, dolientes todavía como un gemido; allí los venturosos, allí los desgraciados.

¡Desventurados de aquellos que no creen! Mil veces desventurados los que en el soplo del aura que juega con sus cabellos, en el primer rayo de sol que entra á despertarlos en su lecho, en las blandas melodías que hieren de improviso sus oídos y en los presentimientos de su corazon, nada ven, ni oyen, ni entienden; porque en el murmullo del aura, y en el rayo del sol, y en los indecisos rumores de la naturaleza, se les acercan y hablan los espíritus emancipados de la vida terrena, los séres que amaron, la humanidad que ha muerto! ¿Quién no ha creido percibir alguna vez en sus noches de insomnio algo parecido al rápido giro de sombras que pasan, de besos que estallan, de suspiros que se pierden en el silencio y de místicas voces que parecen descender de lo alto ó venir de muy léjos? No; la existencia no acaba en la profunda oscuridad de la fosa; hay un más allá consolador, una esfera ultramundana desde la cual los que han sido velan por los que son, tranquilizándolos en sus aflicciones, enjugando sus lágrimas y cicatrizando sus heridas con el celeste bálsamo del olvido. No lloreis los que hayais perdido á vuestra madre, á vuestra amante ó á un amigo, porque durante las noches sus apacibles almas vendrán á halagaros en forma de sueño; porque la sombra que pasa, el suspiro que os conmueve y la voz que os adormece, son suyos, son recuerdos que os consagran, son sus palabras, son sus caricias.

Pero no creais que allí todas las almas son felices. ¡Ay no! Tambien el dolor alza su frente tétrica en el seno de la inmortalidad; tambien hay allí almas solitarias y aisladas en medio de sus compañeras, tan tristes como cuando arrastraban la pesada cadena de su vida mortal.

Son las vírgenes enamoradas que aguardan la venida de su prometido para subir, confundidas en un mismo beso á la presencia de Dios; son los tiranos y los verdugos que no tienen en el mundo un corazon sobre que posarse ni una memoria que refrescar con su recuerdo, son las madres que anhelan estrechar en su regazo espiritual, como estrecharon en su regazo corpóreo, al hijo de su amor; son los suicidas, de quienes huyen los elegidos del cielo; son las almas que esperan y las que no esperan nada!

Allí están unidas en santo é indisoluble vínculo las almas de los que bien se han querido en la tierra, inflamadas en un amor casto como el de los ángeles; amor sin



DOS AZUCENAS, cuadro por Conrado Kiesel



NO HAY ATAJO SIN TRABAJO, cuadro por S. Derkle

celos, libre de la pasion brutal de los sentidos y de los ciegos arranques de la vanidad. Allí están Laura y Petrarca, Tasso y Leonor, Dante y Beatriz y un sinnúmero de amantes ignorados, pero tan heróicos como éstos, cercados de diáfanas aureolas...

Allí están, segun os he dicho, los azotes de la humanidad, solos, sombríos y atormentados. ¡Ah! ¡cuánto seria su placer si pudieran borrar con su llanto las huellas de sangre que dejaron impresas en la tierra, para no oir en su aislamiento los gemidos incesantes de sus víctimas, la execracion de los vivos y la interminable acusacion de los muertos! Su espíritu gira por el espacio abrumado de fatiga; cada hora, cada dia, cada siglo que pasa, deposita sobre su memoria un anatema sin fin, y la historia implacable trasmite de generacion en generacion su aborrecido nombre para que nunca terminen las maldiciones de la humanidad.

Cuando más absorto estaba en la contemplacion de aquel mundo maravilloso, sentíme de súbito arrebatado como por una fuerza interior y secreta, y otro nuevo cuadro apareció ante mí. Halléme en la corte de España, crucé rápidamente como un pájaro sus arterias principales, y por último, detuve el vuelo sobre la calle de Fuencarral, que á mis piés animada y bulliciosa se extendia. Precisamente pasaba por ella á la sazon un carro mortuorio, y sin dificultad comprendereis mi sorpresa cuando os diga que en él, encerrado en humilde caja de pino forrada de tela negra, alcancé á ver un cuerpo muerto, cuyo desfigurado y amarillento rostro conocí en seguida. ¿Cómo no, si era el mio?

Marchaba detrás de mis restos mortales larga comitiva de amigos, émulos y curiosos que conducian mi cadáver á la última morada con la mayor indiferencia del mundo. Entónces ví que muchas personas señalaban mis fúnebres despojos,como lamentándose de mi trágico fin, y que otras leian, aplaudiéndolas, varias poesías impresas en el periódico de un editor que me habia despreciado en vida: todo esto ví sin poder llorar, ni aplaudir, ni reirme.

Un incidente inesperado vino á sacarme de mi meditacion. Mi entierro se detuvo, y la gente comenzó á arremolinarse al rededor del coche mortuorio que me conducia, ó mejor dicho, que conducia la parte material de mi sér. Unos gritaban, otros levantaban las manos al cielo, y algunos se reian, sin que acertara á explicarme la causa de tanta algazara y confusion. Mas cuando me disponia á averiguarlo, la fuerza impulsora que se habia apoderado de mí, arrebatóme de nuevo, alejándome del sitio en que mi cuerpo estaba expuesto á la curiosidad pública, con tanta rapidez como si volara empujado por el huracan.

¿Qué les habrá pasado á mis pobres restos mortales,—pensaba yo al separarme de ellos,—que así llaman la atencion?

Antes de haber terminado mi monólogo, me encontré, sin que supiera cómo ni por dónde habia penetrado, en un gabinete sencillo, pero amueblado con gusto y elegancia, donde una dama, que reconocí con placer mezclado de amargura, sostenia en sus convulsas manos un periódico, humedeciéndole con su llanto. Era Elena. ¡Elena hermosa siempre y siempre amada!

¡Qué incomprensible es el corazon femenino! Lloraba por mí, cuyo triste fin acababa de leer en el diario á que estaba suscrita; por mí á quien pocas horas antes habia maltratado sin compasion.

La desgracia me perseguia; yo que habia vegetado oscuro en la tierra, sin que nadie se fijase en mí, veia despues de muerto elogiado mi mérito, oia entonar una elegía al pié de mi tumba y tocaba en los linderos de la celebridad. Todavía, como si esto no fuera bastante, la mujer que habia envenenado los dias de mi juventud, mojaba con su llanto mi nombre, adoraba mi recuerdo, se lamentaba de mi suerte y comprendia, cuando ya era tarde, la grandeza de mi amor.

El periódico que daba cuenta de mi muerte se expresaba en estos términos:

«Ayer se suicidó, impulsado, segun se asegura, por violenta y mal correspondida pasion, el jóven poeta don Julian de Mendoza. Las letras han perdido en él un genio, y sus amigos un compañero leal y generoso....»

No quise leer más, y caí en honda melancolía. Es decir, pensaba yo, que el amor y la gloria me buscan cuando ya no pueden encontrarme; que esa mujer y esa sociedad, á quienes veo ahí compadeciéndome, se interesan por los cadáveres y dejan sucumbir á los desgraciados, y juzgan más cómodo enternecerse por un muerto que tender una mano al desvalido!...—No lloreis por mí, no lloreis, porque vosotros me habeis asesinado,—habria yo gritado, si hubiese podido.—¿Qué os pedia para vivir? Un poco de amor y de aprecio, que me negasteis sin escrúpulo, para venir despues á arrojar sobre mi sepultura, como un sarcasmo, tú, mujer, el corazon, tú, sociedad, la gloria!

—Seria oportuno que suprimieses tus lamentaciones.

—Sois intolerantes;pero os complaceré. Prosigo pues mi historia. Otra vez, cuando más sumergido estaba en mis desconsoladoras meditaciones, me sentí arrastrado, á pesar mio, y crucé precipitada y vertiginosamente montes, valles, ciudades y aldeas. Todo desaparecia debajo de mí con celeridad increible, y si hubiese tenido cuerpo, me habria creido trasportado por el caballo, hijo del viento y de la llama, que en el poema de Ariosto, dan á Astolfo los encantadores. Pero no obstante la velocidad con que surcaba los aires, distinguia los campos sembrados de trigo, que agitados por el aura é iluminados por el sol parecian rios de doradas ondas; los bosques frondosos, las húmedas alamedas, las tranquilas lagunas, los fugitivos arroyos, las casas de los pueblos por encima de los cuales pasaba, y hasta los hombres que á mis piés aparecian como un hormiguero. ¡Ay! bien pronto principié á conocer sitios para mí queridos, que traian á mi memoria suaves recuerdos de la infancia. Entraba en mi país natal; en la tierra donde se habia mecido mi cuna y donde no hay caserío, senda, piedra ni árbol que no despierte en mí inefables sentimientos y dulcísimas reminiscencias.

Allí estaba la iglesia donde por vez primera mis ojos apasionados se fijaron en una mujer; allí el bosque de naranjos y limoneros donde la declaré tímido y confuso mi amor de adolescente; allí el jardin solitario, donde en las ardientes noches del estío, mi madre, teniéndome en su cariñoso regazo, me contaba historias de brujas y duendes, miéntras yo seguia con absorta mirada el curso sosegado de la luna y aspiraba el ambiente impregnado de aromas de las veladas de Andalucía.

¡Con qué emocion tan viva atravesé las calles, plazas y paseos de la ciudad, y con qué enternecimiento me ví de pronto en una de las más retiradas habitaciones de mi casa paterna! ¡Ay! el cuadro que entónces presencié, nunca se borrará de mi mente.

Mi madre, pálida y desencajada, con la mirada atónita y la voz balbuciente y enronquecida, leia, ó más bien sollozaba las frases de una carta que apretaba con trémula mano. Apoyadas en el respaldo de su silla, hallábanse, no ménos afligidas, mis dos hermanas, y detrás de ellas, el novio de la menor, que habia sido mi amigo de infancia.

«La noticia que tengo que comunicar á Vds., — decia la carta,—es triste; pero confio en que Vds. tendrán valor y resignacion para saberla. Dios jamás abandona á sus criaturas. Julian en un momento de ciego arrebato ha atentado contra su vida...»

Mi madre no pudo continuar leyendo, y cayó desmayada. Mis hermanas dieron libre rienda á su dolor con en trecortados gemidos.

¡Infeliz de mí! Al notar la intensísima pena de la que me habia dado el sér, tuve vergüenza de mí mismo y me arrepentí de mi crímen. Si hubiera podido volver á la vida, lo habria hecho para precipitarme á sus piés y pedirla perdon de mi extravío.

No sé si sereis capaces, tanto os ha embrutecido la orgía, de apreciar el sentimiento que me inspiró la afliccion de mi madre...

—Sí, sí: prosigue. Las apologías del cariño maternal son ya viejas...

—Aunque siempre verdaderas y conmovedoras.

—Es verdad, pero suprímelas.

—Por fin, mi madre recobró el uso de sus sentidos, y yo, sin poder contenerme, me arrojé en sus brazos. ¡Oh santo influjo del amor que María ha depositado en el seno de todas las mujeres! Espíritu, ó sueño, ó nada como yo era, mi madre me sintió, vióme con los ojos de su alma, y cruzando los brazos sobre el pecho exclamó, dando un suspiro:

—¡Ay! no sé, Dios mio; pero creo que le estrecho contra mi corazon!

¿Os acordais del Dante, cuando al entrar en el Paraíso, encuentra á Beatriz, su mística prometida, y tiende tres veces hácia ella las manos, y tres veces vuelven estas á su pecho sin haber podido tocar la púdica sombra? Mi madre fué más afortunada, y es porque el amor, por grande y puro que sea, no puede llegar á donde llega el cariño maternal, ese manantial de inefables goces, cuyas ondas cristalinas, bajando del cielo, si se enturbian alguna vez, nunca se estancan ni corrompen.

(Continuará)

ENRIQUETA

Era una muchacha muy bonita. Morena, arrogante, de ojos negros cuyo brillo enloquecia, de labios que al moverse besaban, de seno abultado, de formas esculturales: lo repito, era muy bonita.

Yo no he tenido el gusto de conocer á la Vénus Afrodita, ni á la Vénus de Médicis, ni siquiera á la Vénus de Milo; pero estoy seguro de que mi Enriqueta valia más que todas esas Vénus juntas.

No sé si he dicho bien al decir *mi Enriqueta*, aunque ella en más de una ocasion me llamó su tesoro, y razones tenia para ello; pero, bien ó mal dicho, dicho está y no retiro la palabra.

¡Oh, Enriqueta, Enriqueta! no te olvidaré nunca: fuiste durante mucho tiempo el encanto único de mi vida: á tu recuerdo va unido el de las horas más dichosas de mi existencia, y aunque á esas horas de inefable dicha, de infinita dulzura, se mezclasen á menudo otras de amargos sinsabores y de padecimientos horribles, tu memoria nunca será ingrata para mi espíritu.

Jamás, jamás, jamás podré poner en olvido uno solo de los incidentes de la primera noche en que nos conocimos; noche llena para mí de encanto, noche en la cual, más de una vez me pareció sueño cuanto me sucedia, porque no podia comprender que un hombre resistiese sin morir tanta felicidad.

La aventura,—porque aventura fué, y de las más novelescas,—comenzó, como casi todas las aventuras, en un baile de máscaras. Era un mártes de carnaval: habia yo empleado casi todo el dia,—me ruborizo al confesarlo,—en escribir versos; estaba, por aquel entónces, perpetrando un drama; drama que afortunadamente para el público y para mí, no pasó nunca de la categoría de delito frustrado; pero que, á la sazon, absorbia todas mis potencias, y más que yo hubiese tenido.

Imaginando situaciones dramáticas, discurriendo frases, limando el diálogo, acortando escenas, pasé, pues, sin sentirlo, la mayor parte del dia y un buen rato de noche.

—Pero, señorito,—gritó á la puerta de mi cuarto la patrona, excelente mujer, de muchos años y de mucha paciencia, que más que patrona era madre para los dos únicos pupilos que admitia en su casa,—pero señorito, mire V. que se está echando á perder la sopa.

Estas palabras me hicieron descender á la realidad: hacia ya un rato que la inspiracion se manifestaba rebelde; los pensamientos acudian con lentitud y hasta los consonantes me ofrecian inusitada resistencia: yo no podia explicarme lo que sentia; pero las palabras de la patrona me hicieron comprender que.. no sé cómo lo diga... vamos, que tenia hambre.

Recogí pues las cuartillas, esparcidas sin órden ni concierto por la mesa, coloqué sobre todas ellas, á falta de otro pisa-papeles, la tapa de un tintero, y me dirigí al comedor. Mi compañero de pupilaje no se hallaba allí, de suerte que estuve completamente solo, dado que la patrona ántes mencionada, y que con toda solicitud me servia por sí misma, era—¡caso raro!—la discrecion personificada: no decia una sola palabra como no se le preguntase y en este caso se limitaba á contestar, con agrado, pero siempre con las ménos palabras posibles.

—¿Y Fernando?—pregunté, cuando advertí que faltaba mi compañero.

—No come hoy en casa.

—Vamos, estará de broma con los amigos.

—Eso creo. Me dijo que no volveria hasta mañana.

—¡Ah! picaron: ¿qué apostamos á que piensa ir al baile? Pues mire V., no es mala idea: eso me hace pensar en que yo puedo hacer lo mismo; pero tenga V. en cuenta que yo sí volveré.

—Ya me lo figuro,—contestó la patrona sonriendo; - tambien volverá el señorito Fernando.

—Bien; pero es que yo pienso volver temprano.

—Eso se piensa siempre, y luégo....

—Nada; yo no puedo pasar en vela toda la noche. Tengo que concluir ese trabajo mañana mismo; y... además, créamelo V., á mí esos bailes me aburren soberanamente. Voy al de esta noche porque en realidad necesito distraer un poco el ánimo.

—Bien, pues, vuelva V. cuando quiera. Ya sabe V. dónde queda el llavin. El sereno abrirá la puerta de abajo y V. tome el llavin que dejaremos como siempre: encontrará V. arreglado su cuarto.

En estas cosas ya habia concluido de comer; encendí un cigarro, hice que me sirviera el café en mi cuarto y comencé reposadamente mi tocado.

Muy puesto de frac, con chaleco de tres botones, en una palabra, en traje de etiqueta, salí de casa algunas horas despues y me dirigí al Teatro de la Opera, muy convencido de que iba á pasar allí un buen rato de soberano aburrimiento si no tenia la suerte de encontrar á Fernando.

Y efectivamente, no encontré á Fernando; pero tampoco me aburrí. ¡Oh, muy al contrario!

Dos vueltas habia dado por el salon, cuando advertí que un grupo de muchachos alegres y elegantes, rodeaba á dos damas, al parecer elegantes tambien, que vestian verdes capuchones de magnífico raso: una de las damas guardaba profundo silencio; pero la otra no daba descanso á su lengua: de aquellos labios brotaban dichos agudos, ingeniosos chistes, broma delicada siempre, pero siempre de intencion maliciosa que mantenia continua hilaridad y excitaba la admiracion en el auditorio. Atraido por la curiosidad me aproximé al grupo, y calcúlese cuál seria mi asombro al advertir que la máscara del capuchon fijaba en mí unos ojos rasgados hermosísimos, como no he visto otros, y dirigiéndome la palabra me decia:

—Hombre, gracias á Dios que has llegado. Te esperaba con impaciencia.

—¿A mí?—dije con no fingida sorpresa, miéntras todos los jóvenes me miraban con cierta envidia.

—A tí, á tí. No te hagas el desentendido. Toma el brazo al marqués,—dijo en seguida volviéndose á su compañera; hasta luégo, señores, tengo que hablar con mi marido,—añadió dirigiéndose á los demás, colgándose de mi brazo y arrastrándome á través del gentío que ocupaba la sala.

—Confiésame, querido poeta,—me dijo cuando estuvimos á bastante distancia de los otros,—confiesa que te ha sorprendido que yo te conozca. Lo de llamarte mi marido ha sido broma pesada, pero tranquilízate, no hay peligro. ¿Confiesas ó no confiesas?

—Confieso; pero confieso además que la sorpresa nada ha tenido de desagradable.

—¿Te aburrias verdad?

—¡Oh, sí, hermosa máscara!

—Me lo figuraba: por eso he venido; queria oponerme á tu aburrimiento.

—Pero ¿sabias que yo pensaba venir?

—Lo sabia.

—Es muy extraño. Yo no lo he dicho á nadie.

—¿A nadie?

—A nadie.

—Bien; pues yo lo habia adivinado. El amor adivina lo que no le dicen. ¿No lo has escrito así en tu comedia?

Calcúlese el efecto que en un autor inédito podria producir esta alusion.

—¿Has hablado de amor?—le pregunté.

—Justamente.

—Eso puede significar que me amas.

—Sí, eso significa.

Por extraño que parezca, aquella declaracion tan inesperada, tan anómala, tan fuera de lo usual, produjo en mí un efecto mágico: miré con fijeza á mi compañera y solamente ví sus ojos que me miraban amorosos, apasionados, ardientes, y sus labios que sonreian con esa sonrisa excitante de la mujer enamorada.

De pronto un pensamiento desagradable pasó por mi imaginacion. Yo habia dicho á mi patrona que pensaba ir al baile: ¿seria ella, por ventura, ó alguna zafia doméstica la que se hubiese permitido conmigo aquella broma de mal género? ¡La careta desfigura tanto!

Volví á mirar á mi pareja: parecia jóven, parecia hermosa; pero ¿quién sabe? Hay tales chascos en los bailes de máscaras.

La máscara continuaba mirándome, como si adivinase lo que dentro de mí pasaba y continuaba sonriendo.

Por último, yo que advertía lo que podria hallar de ridículo en tan prolongado silencio, pude á duras penas articular estas palabras:

—Es una declaracion que me llena de orgullo y de alegría, hermosa niña; pero ¿es verdad eso?

—Es verdad.

—Tú sabes, querida enamorada, que lo que se dice con antifaz puesto, siempre es broma.

—Bien; pero es que yo, aunque lo haya dicho con la careta puesta, porque es muy difícil decir ciertas cosas á un hombre por primera vez, dicho ya, no tengo inconveniente en repetirlo sin careta.

Y diciendo y haciendo, se quitó efectivamente la careta. Quedé sorprendido, deslumbrado: no recordaba haber visto nunca hermosura igual.

—Es verdad que te amo,—dijo poniéndose encendida como una amapola, pero con resolucion, y en seguida volvió á cubrir con la careta su bellísimo y hechicero semblante. Hecho esto, estrechó con efusion y ternura mi mano y me dijo:

—Ahora, adios.

—¿Cómo adios?—exclamé trémulo de ansiedad.

—Sí; adios. Debemos separarnos. Era preciso que nos conociéramos. Ya nos conocemos: volveremos á vernos.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

—Pero...

—Acaso esta misma noche.

—¿Aquí?

—No: porque yo salgo del baile inmediatamente.

—Pues te seguiré.

—Te ruego que no lo hagas: si es preciso te lo mando.

—No quiero separarme de tí.

—Haz lo que quieras. Ya comprendes que quien ha sido capaz de declararte su amor, te ama de veras y no vacilaré en probarlo. Te aseguro, y créeme, yo lo deseo acaso más que tú, te aseguro que nos veremos muy pronto; pero no intentes seguirme, no procures averiguar quién soy, ni dónde vivo, porque entónces, todo habrá concluido y no volverás á verme. Te lo juro.

—¡Ah! pero no debes burlarte así de un pobre enamorado: yo estoy loco...

—No me burlo: te prometo que me verás.

—¿Pronto?

—Muy pronto.

—Adios entónces.

—¿Me crees?

—Sí.

—Pues hasta luégo,—dijo y desapareció perdiéndose entre la multitud.

Pocos minutos permanecí en el baile. Despues de aquella conversacion todo me parecia desanimado y triste. Volví á casa, no puedo explicar si meciéndose mi espíritu en dulce ensueño y en risueñas esperanzas ó con la memoria llena de melancólicos recuerdos. Cumplióse *c* por *b* el programa de la patrona. El sereno abrió la puerta de la calle; el llavin colocado en el sitio de costumbre me facilitó la entrada en la casa: yo conocia bien el terreno: á oscuras llegué hasta mi habitacion; una vez dentro cerré, segun costumbre, con llave la puerta que comunicaba con el resto de la casa; encendí la bujía.

Cuando mi estancia quedó iluminada, estuve á punto de dar un grito de sorpresa y de alegría; sentada en el sofá de mi habitacion estaba, más hermosa que en el baile, sonriéndose amorosamente, la máscara del Teatro Real, que me tendió la mano.

No supe si soñaba; no fuí dueño de mí: loco, frenético de amor y de deseos, me arrojé á sus piés y pronunciando frases entrecortadas, que nada decian y que lo expresaban todo, cubrí de besos sus manos divinas, y su frente, y sus mejillas y sus labios: ella correspondia á mis caricias con el mismo entusiasmo y con igual pasion.

Al despertarme al dia siguiente, era bien entrada la mañana: me encontré solo en mi habitacion de estudiante.

¿Habia sido un sueño? No podia creerlo. La diosa no estaba allí, pero el perfume de su paso aún llenaba aquel templo.

A nadie hablé de mi aventura, temeroso de haber soñado; pero mi incertidumbre solamente duró veinticuatro horas. A la noche siguiente, y cuando pensaba yo en aquella mujer celestial á quien amaba ya con frenesí, como no se ama sino una vez en la vida, volví á verla sentada en el mismo sitio. El sueño se reproducia pues idéntico al de la noche anterior. No supe cómo habia entrado, ni podia explicarme su aparicion.

Correspondió con igual cariño y la pasion misma á mis apasionadas caricias; pero dando tregua por un momento á mis amorosos extremos, hízome sentar á su lado y me dijo:



LA TORRE VICTORIA EN LÓNDRES

—Hablemos.

—Hablemos;—dije yo, que ya obedecia como un esclavo á aquella mujer.

—Como ves,—me dijo,—es verdad que te amo: y es verdad tambien que cumplo lo que ofrezco. Pues bien; yo te prometo venir á verte siempre que me sea posible, y miéntras existan mi amor y el tuyo. Cuando ceses de amarme, dímelo y no volverás á verme; cuando yo cese de amarte, dejaré de venir.

Quise protestar, pero ella me interrumpió diciendo:

—Tengamos juicio una vez por todas: fijemos bien nuestras condiciones y no hablaremos más de cosas desagradables. Tú eres, te conozco muy bien, un caballero: prométeme que nada harás por averiguar quién soy, ni cómo entro aquí, ni nada de lo que á mí se refiere: es necesario que me lo prometas; si no, no volveré á verte Júrame que si la casualidad me pone alguna vez en tu camino, no me conocerás.

—Te lo prometo.

—Entónces, volveré cuantas veces pueda.

—¿Y no me avisarás?

—Nunca. Yo jamás escribo. Espérame siempre.

—Esperaré.

Y esperé... ¡Oh! ¿quién, sabiendo lo qué es esperar, no ha de compadecerme; á mí que esperaba siempre, de dia, de noche, á todas horas; y que solamente de vez en cuando recibia la visita de mi encantadora Enriqueta? Ese era su nombre.

Esta situacion duró un año. De pronto las visitas de Enriqueta cesaron. Creí volverme loco. Esperé un dia, una semana, dos... Enriqueta no volvia á presentarse, ¿habria dejado de amarme?

Era muy posible, porque yo la adoraba cada dia más.

Triste, macilento, acaso acariciando la idea del suicidio, porque la vida me era insoportable sin que Enriqueta la alegrase con sus besos y su alegre conversacion, paseábame una tarde por el Retiro cuando me sentí cogido violentamente por el brazo á tiempo que una voz muy conocida me gritaba:

—¡Hola camarada! pero ¿dónde te metes? ¿No te se ve por ninguna parte?

Volví la vista y me encontré con mi amigote Ricardo; el hombre más calavera de Madrid; el Tenorio de nuestra época; terror de los padres, pesadilla de los maridos, tirano de doncellas, que contaba por centenares sus víctimas.

—Pareces triste,—me dijo,—ya sé lo que es: la vida de soltero. Créeme; ya ves si yo soy voto; al cabo eso hastía. Nada, es necesario casarse.

—¿Te has casado tú?

—Vaya; hace dos años. Y con una mujer encantadora; hermosísima, honesta, recatada, muy mujer de su casa; cuanto hay que pedir. Un verdadero tesoro escondido que yo descubrí por mi dicha. Por supuesto, yo de casado quise continuar mi vida de soltero y cometí la locura de marcharme á Italia con una corista que no valia tres pesetas; pero hace quince dias he vuelto á casa como el hijo pródigo y mi mujer, generosa y buena, me ha perdonado y me ha recibido con los brazos abiertos. Es de lo que no hay; créeme. Para un calaveron, un perdido como yo, es la única Mírala, justamente viene por aquí con mi hermana. Voy á presentarte á ellas. En efecto, mi amigo Ricardo me presentó á su mujer á quien yo no habia visto aún; cuando alcé los ojos para saludar, estuve á punto de desmayarme: la mujer de mi amigo era... Enriqueta.

En este momento, Fernando, mi compañero de hospedaje, pasó cerca de nosotros y saludó á la familia: yo aproveché aquel saludo para despedirme, y lanzándome al encuentro de Fernando, le pregunté:

—¿Quién es esa mujer hermosa que te ha saludado.

—¿Cuál?

—La que hablaba conmigo.

—Toma: pues yo creia que la conocias. Es Enriqueta, la hija de nuestra patrona.

—¿Y es casada?

—Y muy bien: el marido es riquísimo... Algo atolondrado. Algunas veces se ausenta de su casa por muchos meses. Entónces Enriqueta se va á vivir con su madre, aunque no se deja ver de los huéspedes ni enteran á nadie de su llegada; eso seria peligroso.

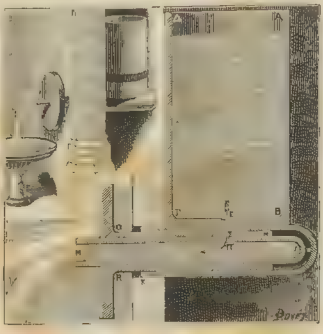
—¡Ya!—pensé yo.

Desde aquella tarde no he vuelto á verla, pero todavía no he dejado de esperarla.

A. SANCHEZ PEREZ.



VASO DE ABLUCIONES Á MODO DE ALCANCI



VASO DE ABLUCIONES DE TORNIQUETE

LA CIENCIA ANTIGUA

LOS VASOS DE ABLUCIONES MARAVILLOSOS

En algunas exposiciones primero y popularizados despues en los bazares y tiendas de quincalla, se han visto últimamente unos juguetes á modo de alcancías de los que salian automáticamente fotografías, cromos ú otros objetos siempre que se echaba una ó varias monedas por el orificio practicado en su parte superior.

Esta es una invencion renovada de los antiguos sacerdotes egipcios, que vendian hace dos mil años agua bendita á los fieles valiéndose de un procedimiento análogo.

Hé aquí cómo describe Heron de Alejandría la alcancía sacerdotal en su TRATADO DE LAS NEUMÁTICAS:

«Hay unos vasos de abluciones de los que sale agua siempre que se eche en ellos una moneda de cinco dracmas.

»Sea un vaso de abluciones ΑΒΓΔ (fig. 1) con un orificio Α en la parte superior. Dentro de este vaso hay otro más pequeño ΖΗΘΚ que contiene agua y un cilindrito Λ, cerrado por abajo, y del que parte un tubo ΛΜ que sale al exterior. Junto á este vaso pequeño se pone una regla vertical ΝΞ alrededor de cuyo extremo superior oscila otra regla ΟΠ que termina en Ο en un platillo R paralelo al fondo del vaso grande. Del extremo Π hay suspendida una tapadera Σ que se ajusta al cilindro Λ de modo que impide que el agua salga por la canal ΛΜ. Es menester que esta tapadera sea más pesada que el platillo R, pero más ligera que este mismo platillo cuando cae en él una moneda.

»Cuando se echa alguna por el orificio Α, cae en el platillo y su peso hace inclinar la regla ΟΠ, con lo cual se levanta la tapadera y sale el agua; mas como la moneda va á parar en seguida al fondo, la tapadera cierra de nuevo el cilindro é impide la salida de aquélla.»

Habia además otros vasos de abluciones que eran de torniquete. Véase lo que acerca de ellos dice el ingeniero alejandrino.

«En los santuarios egipcios se ponen cerca del pórtico unas ruedas de bronce movibles á las que los fieles dan vueltas porque es creencia vulgar que dicho metal purifica. Es conveniente ponerlas de tal suerte que la rotacion de la rueda haga salir agua para la ablucion.

»Sea ΑΒΓΔ (fig. 2) un depósito de agua oculto detrás de la puerta de entrada. Este depósito tiene en el fondo un agujero Ε, y debajo de este fondo hay un tubo ΖΗΘΚ que tiene tambien un agujero enfrente del otro y en el cual se coloca un nuevo tubo ΛΜ fijo en Λ al tubo anterior: este segundo tubo tiene un agujero Π enfrente del agujero Ε. Entre estos dos tubos se adapta un tercero ΝΞΟR movible á frotamiento en cada uno de ellos y con otro agujero Σ enfrente de Ε.

»Si estos tres agujeros se encuentran en línea recta, cuando se eche agua en el depósito ΑΒΓΔ, saldrá por el tubo ΛΜ; pero si se hace dar vuelta al tubo ΝΞΟR de modo que varíe de lugar el agujero Σ, la salida cesará. Basta pues fijar la rueda ΝΞΟR para que salga el agua cuando se la haga girar.»

Este ingenioso sistema de llave de varios conductos reprodujo en el siglo XVI Santiago Besson en su *Theatrum instrumentorum et machinarum*. Besson lo aplicaba á un tonel provisto de divisiones que daban á beneplácito diferentes líquidos por un mismo orificio. Algunos años despues, Dionisio Papin lo proponia para las máquinas de vapor de alta presion: al perfeccionarse ha llegado hoy á ser el *distribuidor de Watt*.

A. DE R.



LA ESTAMPA DE SU PADRE, cuadro por Mantegazza

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromo-litografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 16 DE FEBRERO DE 1885 — NÚM. 164

UNA HERMOSURA VIENESA, dibujo por J. Raffel

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UNA HERMOSURA VIENESA, dibujo por J. Raffel

Nuestros lectores habrán observado la especial predileccion que nos merece lo bello: al obrar de esta suerte, no sólo obedecemos á la involuntaria atraccion que la belleza ejerce en nosotros, sino que entendemos cumplir nuestra mision artística segun los preceptos de la estética. Entiéndese por tal la ciencia de lo bello, y áun cuando acerca de lo bello andan muchas opiniones, ello es que, en definitiva, lo bello es aquello que nos complace por su expresion, por su regularidad, por su armonía; aquello que nos ayuda á remontar espacios superiores, que nos inspira ideas más sublimes, que nos hace sentir cierto no sé qué, vago, misterioso, simpático y como no perteneciente al vulgo del mundo puramente material.

Una vez bajo la influencia de lo verdaderamente bello, nos sentimos sin duda muy inclinados á lo verdaderamente bueno, que ha de ser el objetivo de todo procedimiento humano; y hé aquí por qué, en nuestro juicio, á las artes bellas se las llama indistintamente artes nobles; con lo cual se reconoce la influencia y relacion entre lo bello físico y lo bello moral.

Ahora bien, fijémonos en ese tipo, que su autor llama hermosura *vienesa*, sin duda porque en Viena habrá tenido la buena suerte de encontrar al original de ese retrato. Su expresion, su regularidad, su armonía, son tan favorables, completas y bien entendidas, que la impresion de la obra surge instantáneamente y se traduce en la más comun y más superior de las admiraciones.—¡Quién fuera amado de ese tipo!...—Esta frase viene á los labios á la simple vista del dibujo de Raffel. ¿Cabe hacer de él mayor elogio?

ANTES y AHORA, cuadros por E. Grutzner

El autor de estos dos cuadros se ha propuesto no tanto establecer las diferencias entre el arte antiguo y moderno en el género místico, como las diferencias entre los religiosos llamados á apreciar las obras de ese arte. En el cuadro *Antes* vemos al pintor ascético que, dominado por un espiritualismo hasta exagerado, pinta en los muros del convento imágenes de santos sin carne, sin huesos y hasta sin sangre; santos imposibles que revelaban un estado de ánimo en que la inspiracion procedía de alucinaciones y éxtasis completamente fuera de este mundo, producidas por el ayuno, la penitencia y la lectura de libros en que lo sobrenatural del cielo se queria imprimir á lo muy natural y material de la tierra. En el cuadro *Ahora*, el religioso no tiene traza alguna de hombre ascético, ántes bien sus apariencias son las de un santo varon que se da una vida regalona y procura alargarla cuanto es dable á la humanidad bien atendida. Por esto no encuentra explicacion plausible para continuar exponiendo á la vista de los fieles las encanijadas imágenes que decoran las paredes de su iglesia y se arma, no de un pincel como su antecesor, sino de una escoba ó poco ménos, con ánimo deliberado de encalar el lienzo en que la fe, y muchas veces el genio, trazó verdaderos prodigios, que han sido bárbaramente sacrificados por la ignorancia.

Afortunadamente cunde entre la multitud, no tan sólo el buen gusto, sino la inteligencia necesaria para apreciar las obras de arte bajo una porcion de conceptos ajenos á la simple forma ó color de aquellos. Hé aquí por qué, considerados los dos cuadros de Grutzner bajo su punto de vista intencional, encontramos al *Ahora* ménos fundado en lo cierto que el *Antes*.

JUNTO AL POZO, cuadro por R. Madrazo

Este precioso dibujo puede calificarse de modelo en su género: la decoracion ó lugar de la escena respira frescura; es una plazuela que tiene luz y ambiente; la actitud de los personajes, áun los de segundo y tercer término, es naturalísima; las cabecitas están llenas de expresion; el conjunto es *bijou* estimable para todo inteligente, y simpático áun para los profanos. Como grabado es tambien recomendable en grado sumo.

PESCADOR VENECIANO, cuadro por R. Falkenberg

La inmensidad del mar contrastando con la pequeñez del hombre, será en todos tiempos, como lo ha sido hasta ahora, un asunto interesante para el artista. Mas algo tendrán el cielo, el mar y los pescadores venecianos cuando tanta predileccion sienten los pintores por estos objetos. Hay en el mundo mucha agua sin la del Adriático, y muchos marineros que nunca han atracado en el muelle de los esclavones; á pesar de lo cual, el hombre de genio que ha visto una vez á Venecia, experimenta, sin explicárselo, cierta respetuosa admiracion hácia todo lo perteneciente á la antigua república de San Márcos, á la cual defiere voluntariamente el cetro de los mares.

Es que Venecia, con su arquitectura, ni del todo árabe ni del todo cristiana; con sus mujeres, de belleza ni del todo oriental ni del todo europea; con sus marineros, que conservan algo de aquellos antepasados que lanzaron al mar el Bucentauro; con un mar que parece hecho para reflejar su cielo y un color de cielo que parece á propósito para su sol; Venecia, decimos, es toda ella un inmenso museo en el cual lo que vive y se agita es tan digno de ser admirado y reproducido como los mármoles y los bronces, los frescos y los lienzos de sus plazas, de sus iglesias y de sus palacios.

ONDINA, cuadro por Pablo Mayerheim

La mitología del Norte es más poética, más espiritual que la del Mediodía. No hay duda que entre las deidades de la Escandinavia y las de Grecia existe mucha analogía y hasta semejanza en la forma material con que unas y otras se hallan representadas; así, por ejemplo, la ondina de los escandínavos es sumamente parecida á la náyade de los griegos; pero si bien se examina, en el mito del Norte el sensualismo, que entra por mucho en ese politeismo absurdo, no da lugar á consecuencias tan groseras como en el del Mediodía. El paganismo se afana por embellecer sus ninfas y sus náyades; pero junto al mito de las primeras coloca el de los sátiros, junto al de las segundas el de los tritones, y todo se vuelve un concierto asqueroso de amores carnales, que únicamente puede resistir el estómago curtido de la sociedad griega ó romana.

El hijo del Norte es más inocente en su misma rudeza; su ondina surge de la espuma del mar como la Vénus pagana; pero áun cuando surge para amar y sus besos son mortales para sus amantes de un momento, no es un tipo repugnante y degradado como el de la fácil esposa de Vulcano, en la cual todo es sensualismo y relajamiento, desde sus amores adúlteros hasta la forma que frecuentemente toma una parte de su culto.

En el cuadro que hoy publicamos el autor ha dado prueba de que comprende la índole del mito escandínavo: su ondina es una verdadera criatura del mar, un engendro poético, fantástico, condenado á nacer, amar y morir abrazado al objeto de su amor.

A LA ULTIMA MORADA, cuadro por L. Knaus

Hé aquí una obra de arte cuyo valor supera á su tamaño.

Es, como si dijéramos, la esencia, el extracto de un asunto de sentimiento, ejecutado con delicadeza suma. Nada de relumbron, ningun efecto rebuscado: un entierro de sobra humilde, y que, sin embargo, produce todo el efecto que su autor ha podido esperar. Es un cuadro que debiera pintarse todo él de color gris.

REUNION DE CAZADORES, dibujo por E. Ceccom

Se recomienda por lo acertado de las combinaciones que forman los distintos grupos, produciendo de por junto una escena verdaderamente animada. El paisaje está bien entendido y sus diversos términos son sensibles y fácilmente apreciables.

Aquellos de nuestros favorecedores que hayan tomado parte en alguna de esas grandes fiestas cinegéticas, podrán dar aún mayor importancia á este cuadro y buscarse á sí propios en alguno de los diversos círculos que lo componen.

SIN CARETA

ARTÍCULO DE CARNAVAL

Yo he sido siempre un chico bien educado, aunque me esté mal el estamparlo en letras de molde.

El buen decir, el tacto social, lo que llamamos *las conveniencias*, han sido para mí leyes á las que me he sometido sin chistar, y barreras que han contenido mis ímpetus juveniles y el torrente, más ó ménos abundoso, de mis pasiones.

He visto rendirse *las torres que desprecio al aire fueron*, como dijo Rioja ó Rodrigo Caro,—que con este ó aquel á poeta salimos,—y no me he atrevido á golpear la campana de alarma, he sentido estremecerse las casas solariegas y los hogares aristocráticos y no he dicho esta boca es mia en la plazuela de la maledicencia.

La ola mundana, sin embargo, llevándome de acá para allá como alga perdida, quiso incitarme al pecado de proclamar la verdad, varias veces, poniéndome de manifiesto las flaquezas que se tapan con la gasa social y que se ven claras á la luz de la crítica, los vicios que se acurrucan tras las doradas alcobas y que alumbran lámparas de rosa haciendo el oficio de candiles lupanarios; las deformidades del mentido trato, que desfigura á los hombres y los hace aparecer distintos de como son, pueden ser ó han sido.

Os revelaré en confianza que una de estas veces caí en la tentacion, pequé; dije la verdad á todo bicho viviente. Esto aconteció cierto mártes de Carnaval en que, para disfrazarme mejor, me levanté del lecho sin careta.

A la hora del almuerzo bajé al comedor del hotel en que me hospedaba y me senté á la mesa con aire resuelto: no hay que decir que comenzó mi campaña quijotesca incontinenti. Hice que retiraran dos platos mal servidos y peor condimentados, deseché dos botellas de Burdeos por cristianísimo y falto de marca, dije á un señor gordo que se sentaba á mi derecha que no me incomodase con sus insoportables codos y á una señora flaca que tenia á mi izquierda que no era mi rodilla la esquina de Tócame-Roque.

No pararon aquí mis atrevimientos; desmentí por tres veces consecutivas á un finchado portugués que me aseguraba formalmente que en Lisboa no habia necios como en la corte de las Españas, quité las ilusiones de una francesa que me juraba que tenia la boca más fresca que las andaluzas, porque tomaba sorbitos de *champagne frappée* despues de la comida, y puse como ropa de Pascua á un Tenorio de pega que como Byron no habia encontrado más virtud en Cádiz que una corsetera de la calle Juan de Andes.

Sentíase aún el rumor del aire cortado por las saetas que se me dirigian, cuando salí á la calle á visitar mis conocidos de costumbre. Los camareros del hotel cuchichearon entre sí, al verme salir, de un modo expresivo y me señalaron con sus dedos finos y relucientes. Se habian sorprendido de verme convertido en Quijote y rebotando como pelota de goma sobre la tersa superficie de las conversaciones.

Confieso que aquel dia me retozaba el gozo en el cuerpo; cansado de mi cuotidiano antifaz, como aquel personaje histórico á quien se conoce por el expresivo apodo de: *El Máscara de Hierro*, me sentia con ánimos de emprender cualquier noble empresa.

Miéntras taconeaba por la acera traia á la memoria citas y sentencias apropiadas al estado de mi ánimo; entre ellas me recité á mí mismo esta del príncipe de nuestros satíricos:

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Encontré en la calle á varios amigos y no me conocieron, ¡es claro, yo no era yo! al ménos mi levita y mi sombrero de copa se habian quedado en el hotel y no llevaba la consabida careta.

Llegué á casa de doña Angustias: mi adorado tormento, la bella y cándida Julieta, de quien era yo el Romeo más complaciente, cándido y enamorado,—que ha escuchado, al fresco, el prematuro canto de la alondra,—esperábame alborozada tras el portier del corredor para darme el apreton de manos de ordenanza.

Yo me dirigí á ella, no pian pianito y dejando deslizar suavemente por el pavimento las suelas de mis botas, como otras veces, sino haciendo el mismo ruido que debió de hacer el Cid Campeador entrando armado de todas armas á doblar la rodilla ante su Jimena.

—¡Chico, no seas bárbaro!—me dijo, con aquel piquito de oro que Dios habia colocado bajo su nariz griega en un rato de buen humor.—¡No comprendes que mamá puede oirnos y promover una cuestion más trascendental que la del Tonkin ó la de Egipto?

Insensible como un buque acorazado, ó lo que es lo mismo, atrevido como un hombre sin máscara social, que apretaba la mia asaz dulcemente, dije en alta voz á Julieta:—¡Pero, hija! ¿no ves que estoy divisando la cofia azul de tu mamá, que se refleja en aquel espejo, y ella sabe como tú que me aguardas tras de la cortina todas las tardes?...

Julieta se puso colorada como una guinda y doña Angustias asomó su cara de medusa perfumada, por la puerta del gabinete de confianza.—¡Caballero,—me dijo haciendo una mueca de tarasca en Corpus,—si habeis almorzado fuerte, tened la bondad de volver otro dia!

Yo quise dar la espalda al enemigo, pero el brazo torneado y casi desnudo de Julieta no me lo permitió y pasé á la sala, sin cumplimientos.

—¿Vienes de confianza?—continuó mi niña mirándome de alto abajo, con aquellos ojos que no se atreverá á comer la tierra.

—Sí, alma de mi alma, tu casa es una casa pobre, tú no eres ninguna princesa, y puedo tomarme la libertad de venir sin bombo ni faldones algun dia.

Julieta me volvió á mirar asombrada: aquel no era mi lenguaje usual; su mamá tenia colgado, casi en las narices de los visitantes, un gran cuadro con las armas y blason de los Caballeros Lanuza y temia que se erizara con tales frases algun descendiente de tan peliaguda familia.

—Mira que el marqués, mi primo, pudiera oirte y desarreglarse nuestro matrimonio,—añadió la chica temblando.

—Poco se pierde, querida mia,—contesté yo prontamente; —ya hace dias que me va cargando tu primo, y no me pesaria romper la mínima parte de nariz que en la seleccion familiar le ha tocado en suerte.

Julieta tembló como un junco, como una violeta, como una sensitiva, como una cuerda de arpa herida por mano profana, y el mico de su primo, que habia oido mi peroracion de cabo á rabo, miróme con el rabillo de su ojo izquierdo, dispuesto á arrojarme uno de los dos guantes color de lila sucio que afeaban sus manos.

Yo contemplé á mis futuros primo, suegra y esposa, poniéndome en jarras, y girando sobre mis talones rápidamente, volví á salir por donde habia entrado, sin recoger una preciosa y trasparente perla que se deslizó por la mejilla de mi novia y fué á perderse en el seno de un mar de delicias cubiertas de terciopelo azul turquí.

Al salir escapado como corcel de carrera, topéme con el aristocrático director del Veloz-Club que me invitó á jugar una partida de Faraon entre personas distinguidas. En este juego no suelen amarrarse las cartas, pero hay tercios de baraja calados por el mismo diablo. Diéronme seis pases seguidos teniendo siete y media entre las manos, cuando ví asomar una sota bajo la manga del que tiraba á la sazon de la oreja de Jorge.

—¡Sois unos fulleros, señores mios!...—dije sin más preámbulos, retirando la última moneda.—¿Si esto ocurre en una sociedad de personas *decentes*, qué dejais para los gariteros?

Lo que allí sucedió no es para escrito. Se hallaban sentados en torno del gran ataud, cubierto de paño verde, cuatro diputados á Córtes, un príncipe ruso, tres nababs famosos y cuatro directores de empresas de crédito. Todos se levantaron como movidos por un resorte y áun estoy por decir que se levantó tambien algun muerto. Dado el caso de que le hubiera visto los piés á la sota, las *conveniencias* me obligaban en aquel lugar á guardar silencio.

Gritaron, yo grité más alto. El aludido, pálido como un espectro, alargóme su tarjeta y señaló á dos bigotudos militares para que se entendieran conmigo; el salon trasformóse en campo de Agramante y como dos de aquellos *caballeros* se me ofrecieran cortésmente á servirme de padrinos, les contesté, dejándolos estupefactos:

—¡Siento mucho decir á Vds. que no me entran ganas de leer el Kempis ni de imitar á Cristo muriendo entre dos ladrones!...

Conversábamos ya en la puerta del local, y como pasara un coche de plaza, subí á él miéntras mis interlocutores se daban cuenta de mi respuesta. Mis propósitos eran asistir á la sesion diurna de cierta tertulia literaria, donde se leian con aplauso *versos perversos*. Dí las señas al auriga, despues de llamarle *¡bruto!* tres veces para que viera que se las habia, no con un César moribundo, sino con un ciudadano dispuesto á decir las tres verdades del barquero al lucero del alba, y rueda que rueda, nos hallamos en el local á que me refiero, que era espacioso y ancho, para que cupiese el necio orgullo de los que le ocupaban.

Habia, en efecto, *matinée* ó velada literaria, y leia un poema en sonetos, género novísimo, cierta eminencia de mirada difusa, como la nebulosa de Orion, de cabeza calva como el Gólgota y de estatura semejante al lanzon de Garcí Perez de Vargas.

El soneto que oí estaba dedicado al Océano, como sus cuarenta y ocho compañeros, y segun nota leida con antelacion se habia compuesto con patas ó piés forzados.

Hélo aquí, si mal no recuerdo:

Salud, ¡oh mar! inmenso é iracundo,
tus olas y tus monstruos me confunden
y cuando en tí los náufragos se hunden
por lo pronto se van á lo profundo.
No cabe en mí, que quepas en el mundo,
tus senos ni se vuelcan ni se funden,
y aunque los sabios á millares cunden
no encuentran otro, que eres sin segundo.
¡Mar! ¡mar azul! mar verde é irisado,
yo te canto, te canto, y oye el orbe
este inspirado cántico encantado.
¡No hará la envidia nada que me estorbe,
porque, desde Sagunto hasta Segorbe
va el barco de mi fama empavesado!

Concluido el soneto, cuatro docenas de manos tísicas, diez voces de tiple y varios bajos profundos, hicieron tal salva que hubo de parecerme que asistia á la lectura de algun trabajo de Nuñez de Arce ó de mi amigo Pepe Velarde, sino es ya que creia oir el concurso alguno de esos geniales poemas pequeños que Campoamor tiene en conserva para usos profanos

Al cabo callaron aquellos voceadores y cuando mi poeta, inflado como los odres de Ulíses ántes de escaparse los traviesos vientos, iba á recetar al auditorio otra nueva racion de berzas mal condimentadas, exclamé yo con voz estentórea:—¡Fuera, intrusos! ¡largo de ahí!... ¡pitos á ese y á toda la ralea mal nacida para la cual se puso guardia civil en el Parnaso!

Mis voces hicieron efecto hasta en los más indiferentes, las cañas se volvieron lanzas,—como dice nuestro romancero,—y la pita más horrible, jacarandosa y desaforada sucedió á aquellos aplausos cursis y reglamentados como los vivas á Robinson Primero.

Tras la tribuna se veian agitarse los puños crispados de aquel sacamuelas de Apolo, respetado hasta entónces por las conveniencias y caido á lo profundo al soplo de la verdad, como los náufragos de sus sonetos.

No hay que decir que la matinée acabó á farolazos, como el rosario de la Aurora, con gran contentamiento mio y del auditorio; sin embargo, algo extraño habia circulado por los grupos, porque los que me miraban, parecian murmurar algo de mí. Sin duda se daban cuenta de que me habia permitido entrar allí sin careta y sin la placa de académico, falta más imperdonable todavía.

Despues de haber tenido la fortuna de comer en *Los Cisnes* á costa de las buenas palabras de cierto amigo mio que acostumbraba á cenar diariamente en *Los Pavos Reales* con el dinero de los demás, volví á mi hotel, que hallé radiante de luz por haberse improvisado un magnífico baile para festejar á cierta comision científica que acababa de llegar de nuestras posesiones africanas.

El patio estaba como un ascua de oro y una multitud de elegantes damas lucian sus hombros y sus diamantes con esa graciosa desenvoltura propia de las hijas del siglo de las luces.

Los papás y mamás departian tranquilamente en los divanes, viendo á sus hijas en brazos de las parejas, con los rostros encendidos, los senos palpitantes, los alientos mezclados en un mismo remolino de aire; dando vueltas, como marionettes á quienes Lucifer se entretuviera en tirar de los hilos metálicos.

Los esposos, siguiendo la moda establecida, abandonaban á sus esposas y daban el brazo á las ajenas, como cautivos que han logrado romper la cadena cuotidiana. El sándalo, el nardo, y esos otros perfumes, habitual atmósfera de la belleza; los grandes espejos, que reproducian de un lado la rosa y el jazmin de los escotes, y de otro los tonos blancos y limpios de las pecheras; el sensual arrullo de la música y el gracioso cuchicheo de la multitud, dábanme á entender que allí, más que en ninguna parte, andaban *las conveniencias* á dos manos, sembrando deseos y apagando hogueras, velando proyectos y desfigurando intenciones.

—¿Qué os parece de este reflejo del gran mundo?—preguntóme un caballerete que sabia mis aficiones poéticas y que solia recitar á todo el mundo cantos enteros de *La Araucana* para dar una muestra de sus gustos épicos.

—¿Me hablais del gran mundo?—repuse,—pues os contestaré con estos versos, que no son malos ni mios.

Hélos aquí:

Muchachas muy recatadas
con espalda y pecho al aire
que, en cambio, con gran donaire
lucen colas prolongadas,
las cuales, no es diatriba,
pudieran sin gran trabajo
la tela que sobra abajo
haberla empleado arriba;
Pobres que con lujo viven,
ricos que ocultan su oro,
pillos que hablan de decoro
y poetas que no escriben;
por lo cual, creo, y no es,
señor vizconde, manía,
que, ese *gran mundo*, debia
llamarse *el mundo al revés*.

Huyó mi interlocutor, al escuchar esta cita del género dramático-social, y acercóse á mí una señora fina y delgada como una hoja de Toledo, á la que dije que no me atrevia á bailar con ella porque no habia aprendido á manejar el florete.

Una bellísima rubia que ostentaba en su espalda un hermoso lunar, oyó de mis labios que para evitar las tentaciones debia de haber comprado cuatro centímetros ménos de tela; por último, á una tercera, cuyo marido solia pasear demasiado por el jardin, miéntras ella jugaba al ajedrez con un apuesto capitan de lanceros, le dije sin más preámbulos:—¡Amiga mia, sois tan mala jugadora que siempre dejais los alfiles á salto de caballo!

Mi mala fortuna quiso que el de caballería oyera mis palabras, y levantándose del asiento que ocupaba, quiso responderme en regla. Lanzóme una pulla, se la devolví; le insulté, me desafió; dividiéronse nuestros individuos las damas allí reunidas, como ocurre en la escena más culminante de *Las Hijas de Eva*, y cuando ya se iba calmando el oleaje, aparecieron, en el patio, mis enemigos del Veloz Club.

Yo hubiera debido cortar aquella situacion anómala de una cuchillada y un pistoletazo, como D. Juan Tenorio; pero, á mí debió *de oirme el cielo*, porque sonaron las doce y me encontré en pleno miércoles de Ceniza. Púseme, pues, la más fina y cortés de mis usuales caretas y dí cuantas satisfacciones se me pidieron á todo el mundo

Hacíame ya la ilusion de poder subir sano y salvo á mi habitacion, para descansar de las aventuras del dia, cuando se presentaron en el hotel dos mozos de mala traza á quienes guiaba un inspector seco y ceremonioso.

—¿Sois el Sr. Borgia?—me dijo aquel Fierabrás con baston, despues de mirarme con fijeza.

—Yo soy,—contesté un poco cargado de tan insidiosa pregunta.

—Siento mucho deciros,—añadió el polizonte,—que por informes de vuestra futura suegra, de vuestros compañeros de hotel y de vuestros amigos del Veloz-Club, debeis quedar recluso hasta que se os proporcione cómodo aposentamiento en San Baudilio.

—¿Yo al manicomio?—exclamé estupefacto, viendo que se me echaban encima aquellas dos siluetas negras á quienes el polizonte acompañaba.

—¡Amigo mio,—dijo el implacable verdugo,—el Carnaval social no permite más que ciertas libertades, y sólo los locos rematados se presentan ante los cuerdos sin careta!

BENITO MAS Y PRAT

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

POR DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(Continuacion)

De pronto, arrebatado contra mi voluntad por el espíritu misterioso que me conducia en sus alas invisibles, me sentí arrancado de aquel seno querido. Al alejarme de allí, observé que el novio de mi hermana, aprovechándose de la confusion que la noticia de mi muerte habia producido, se apoderaba de la mano de su futura, para imprimir en ella apasionado beso.

La ocasion no era la más oportuna para estos arranques; pero ¡qué dolor no se profana en el mundo!

Tan inesperadamente como de costumbre, vime de improviso en la casa de un antiguo amigo mio, donde se hallaban alegremente entretenidos, él y otros compañeros de mi infancia, quizás aquellos que más habia querido. Sentados al rededor de una mesa, literalmente cubierta de botellas y copas, en cuyo centro aparecia ancha ponchera inflamada, asemejábanse, vistos á la lívida luz del ron, muertos que acababan de abandonar sus sepulturas. Reinaba ya entre ellos el loco entusiasmo de la embriaguez, y reian, y gritaban, y cantaban á un tiempo, sin cuidarse de Dios ni del diablo: ¡ni de mí que presenciaba sus placeres, imposibilitado de tomar parte en la báquica fiesta!

Poco despues la puerta de la sala se abrió dando entrada al novio de mi hermana Petra. Su afliccion habia desaparecido, y habria sido imposible descubrir en su rostro coloradote y risueño, el menor vestigio del pesar que mi suicidio parecia haberle ocasionado

—Buenas noches, chicos,—dijo sentándose al lado de uno que, como vosotros, estaba á punto de dar con su cuerpo en tierra:—¿nada hay ya para los amigos?

—Todavía queda bastante ponche para embriagar á la vecindad. ¡Bebe! —le respondió el interpelado.

El novio de Petra llenó un vaso hasta los bordes y lo llevó á sus labios.

—Brindo,—dijo,—por el alma de Julian de Mendoza que estará ahora ardiendo en los infiernos.

—¿Qué dices? —le preguntaron asombrados los demás.

Mi futuro cuñado, á quien el deseo de aparecer gracioso y no su mal corazon, le hacia burlarse de mi muerte, dió cuenta en breves frases al bullicioso concurso de mi crímen y del dolor de mi familia.

—¿Con que se ha suicidado Julian? —exclamó uno de los oyentes, que hasta entónces no habia intervenido en la conversacion.—¡Pobrecillo!

—Siempre he creido que ese muchacho era tonto,—añadió otro con voz balbuciente y vinosa.

—¡Y por una mujer!—refunfuñó un tercero haciendo una mueca despreciativa y desdeñosa.

—¿Qué quereis? —repuso sentenciosamente el novio de mi hermana,—cuando se carece de sentido comun....

Yo estaba indignado; varias veces pretendí precipitarme sobre los desnaturalizados amigos de mi niñez; pero mis esfuerzos fueron inútiles. En aquella circunstancia, mal aconsejado por la ira, eché de ménos mis piés y mis manos, porque habria emprendido de muy buena gana á golpes con los que no tenian para mí más oracion fúnebre que el sarcasmo y la indiferencia.

Afortunadamente el inquieto espíritu, á cuyo poder estaba sometido, hízome de nuevo cruzar el espacio; pasé, como antes, por cima de los campanarios de mil aldeas, de campos incultos, de ciudades, selvas y montañas, hasta que al cabo de breves instantes caí, como al principio de mi peregrinacion, en las más hondas tinieblas. El tránsito fué tan rápido que apénas pude darme cuenta de su duracion; despues me detuve, abrí los ojos, y con no poca sorpresa me encontré.....

—¿Dónde?

—Dentro de mi cuerpo.

—¡Ja, ja, ja!....

—No os riais que aún no he concluido. Grande fué mi asombro cuando me ví acostado en la cama de un hospital. Varios amigos mios habian conseguido, por gracia especial, que me asistiesen dos hermanas de la Caridad, conociendo, sin duda, que el cuidado de estas santas mujeres es más afectuoso y solícito que el de los hombres. Difícilmente podré explicaros el efecto que me produjo su presencia; abundantes lágrimas corrieron por mis mejillas; al observar su cariñoso esmero para conmigo me acordé instintivamente de mi madre; y cruzó por mi mente como un relámpago, vaga y confusa idea de mi fantástico y espiritual viaje

No soy muy creyente, aunque no me faltan, á la verdad, razones poderosas para serlo; pero os confieso que no conozco nada tan heróico, nada tan santo como el instituto de las hermanas de la Caridad. Entregarse al dolor como una mujer apasionada se entrega al deleite; curar las heridas del cuerpo y las del alma; dulcificar la agonía del moribundo; devolver su fe en el lecho de muerte al incrédulo; hacer que el impío mezcle en su postrera hora el nombre de Dios con el de su madre, bendiciéndole; consagrar la vida, las ilusiones, las esperanzas, ¡hasta los deseos! al consuelo del desgraciado; ser en fin la última familia del que no tiene ninguna..... ¡Oh bienaventuradas mujeres! ¿qué mision más sublime que la vuestra?

¡Bien, bien! Pero basta de digresiones sentimentales.

—Teneis razon; debia saber que teneis el corazon demasiado corrompido para comprenderlas; sigo, pues

A pesar de mi postracion física y moral, pude apreciar, sin engañarme, la gravedad de mi estado. No se me ocultó que era peligroso, y me convencí más de ello, cuando siguiendo con el pensamiento, porque mis manos, así como todo mi cuerpo, estaban paralizadas, la direccion del intrincado vendaje que cubria mi rostro, pude calcular aproximadamente la extension y profundidad de mis heridas. Ya veis las cicatrices; la bala del revólver, rompiendo mi mandíbula inferior y parte de la superior, habia penetrado en el pómulo de mi mejilla izquierda, á pocas líneas del ojo: la herida fué, pues, desde un principio considerada como mortal. Una de las hermanas de la Caridad se acercó apresuradamente á mi lecho, colmándome de afectuosas atenciones, en cuanto me vió dar señales de vida, miéntras que su compañera subia en busca del médico del hospital.

No se hizo esperar el doctor, que era un hombre como de cincuenta años, austero y frio como todos los que se acostumbran á presenciar los dolores físicos y á no ver en el sér racional más que un conjunto de sangre, arterias, nervios y vísceras. Entró sin hablar palabra, y aproximán-

dose á la cama, se apoderó de mi mano inmóvil y helada.

—Bien,—dijo contestando á su propio pensamiento,—hemos vencido el tétanos; escribiré este caso, que puede darme reputacion y aumentar mi clientela.

Me recetó, ántes de marcharse, una pocion antiespasmódica y salió de la sala, grave, indiferente y silencioso como habia entrado.

¿Qué era lo que habia pasado por mí? ¿Era un sueño mi peregrinacion por un mundo inmaterial? ¿Seria acaso el delirio de la fiebre, el que, trasportándome á los espacios desconocidos me habia hecho ver aéreos fantasmas, aspirar agradables perfumes y oir regaladas y dulcísimas armonías? ¿Habia estado vivo ó muerto? ¡Ay! yo recordaba con éxtasis el océano de luz en que habia navegado; la alegría de los bienaventurados y la desesperacion de los réprobos; conservaba memoria del llanto que habia visto derramar á Elena, del ardientísimo dolor de mi madre, de la burla de mis amigos de infancia, hasta de mi entierro... Pero, ¿cómo me veia, despues de esto, vivo, solo y abandonado en el lecho de un hospital?

Procuré hablar á fin de disipar mis dudas; mas las hermanas de la Caridad, cumpliendo las prescripciones facultativas, me impusieron silencio. Callé, pues, esperando mejor ocasion, y no tuve por qué arrepentirme de mi obediencia á los preceptos científicos.

Lentamente mis ojos fueron cerrándose y caí en largo y sosegado sueño, que reanimó mis abatidas fuerzas. Cuando desperté podia mover mis miembros, hasta entónces entumecidos; respiraba con ménos dificultad y mi cerebro estaba más sereno. El médico volvió á visitarme y se maravilló de mi mejoría. Estuvo conmigo algo más complaciente y hasta se permitió reprenderme por haber atentado contra mi vida.

—De cualquier modo,—añadió,—la locura de V. me ha proporcionado el gusto de estudiar un caso completamente nuevo en los anales de la medicina; casi una resurreccion.



ANTES, cuadro por E. Grutzner

—Me alegro,—respondí sonriendo,—de haber sido para la ciencia y principalmente para V. un caso curioso de patología.

Preocupado con la idea de mi viaje por la region de los espíritus, sorprendióme la noche sin haber podido resolver si aquel extraordinario misterio habia sido sueño ó realidad. A mis oidos llegaba el rumor de la anhelante respiracion de mis desgraciados compañeros de sala, y varias veces interrumpia mi meditacion el hondo gemido de algun desventurado, que luchaba en el lecho con el dolor y quizás con sus recuerdos.

Una lámpara colgada en el extremo de la sala, ante la imágen de la Reina de los Cielos, esparcia por el lúgubre recinto ténue y vacilante luz, que en los últimos términos apénas podia quebrantar la intensidad de la sombra. Era aquella penumbra una especie de crepúsculo prolongado entre la luz artificial y las tinieblas; pero un crepúsculo melancólico y desolador que comprimia el ánimo y hacia pensar en la muerte.

Yo seguia con vista distraida, en tanto que mi imaginacion se perdia en un dédalo de caprichosas conjeturas, el leve movimiento de la sombra que, agitada por las oscilaciones de la luz, se proyectaba en la pared, trémula y casi amortiguada. Estaba ya á punto de dormirme, cuando me pareció oir ruido cerca de mí; al principio no reparé en él, pero bien pronto un golpe dado cuidadosamente sobre mi almohada, me hizo salir del estado de soñolencia en que habia caido; miré con más atencion y ví sentado á la cabecera de mi cama, ¿á quién direis?

—¿A quién?

—¡Al diablo! El diablo era, sí; el mismo que en el café hizo escarnio de mi escepticismo y puso en mis manos el arma homicida. Iba vestido con el traje con que le ví la primera vez; sus ojos esparcian el mismo brillo amenazador que tan poderosamente influyó sobre mí en aquel trance sangriento, y en su boca irónica vagaba la misma sonrisa que más aún que la desesperacion, habia contribuido á mi suicidio. ¿Por dónde habia entrado? No lo sé. Sólo sé que tuve miedo, que quise gritar y la voz no me obedeció; sólo sé que quedé inerte y sobrecogido de espanto como un criminal delante de sus remordimientos.

—¿Cómo estás, jóven? —me preguntó con acento grave y solemne.

Yo permanecí callado.

—Larga ha sido tu peregrinacion,—añadió en el mismo tono,—y confio en que te habrá sido provechosa. Has recorrido, niño incrédulo, el mundo y el cielo, viendo por tí mismo que el descanso no existe en la vida ni en la muerte, sino en la tranquilidad de la conciencia.

—¡Ja, ja! Ese buen diablo es una sátira contra Dios....

—Calla, blasfemo, y déjame concluir.

—Si te parece, descansaremos un rato, y beberemos.

—Dices bien, ya es tiempo de que remojes tus fauces. Pues choca tu vaso...

Brindo...

—¿Por quién?

—A la salud de tu demonio tutelar.



JUNTO AL POZO, cuadro por R. Madrazo

III

Como comprendereis bien, no me ha llaba dispuesto á entablar ninguna polémica con mi compañero de café, ni era una discusion filosófica lo que más me convenia entónces. Callé, pues, hasta reponerme del susto que me habia producido su súbita aparicion, y despues, cobrando ánimo, le interrogué sobre mi viaje por el infinito imperio de las almas.

¿Es verdad ó no que he estado muerto? —le pregunté con ansiosa curiosidad.

Miróme sonriendo mi improvisado amigo y contestó sin vacilar:

—Verdad es.

—¿Y ahora?...

—Ahora vives,—añadió sonriendo.

Aun cuando hasta aquel momento no tenia yo certidumbre alguna acerca de la infernal procedencia de mi interlocutor, me habia acostumbrado instintivamente á mirarle como un sér sobrenatural y poderoso. No creia en diablos, ni duendes: mi razon rechazaba su existencia; pero á pesar de todo, mi débil corazon se rendia al miedo. Mi cabeza era incrédula, mi sentimiento supersticioso.

Pero, ¿acaso no es natural que ofrezcamos esta extraña mezcla de fe y de duda los que, habiendo nacido bajo el hermoso cielo de España, hemos recibido nuestras primeras impresiones en una sociedad saturada de fanatismo? Han pasado por nuestra patria muy pocos años desde la revolucion, para que nuestro espíritu no se resienta todavía del pesado yugo á que ha estado sujeto. Nuestros maestros, ó por lo ménos, los de nuestros padres, han vivido en el claustro; el claustro no es ya lo que ha sido; pero las instituciones no mueren cuando pasan; su influencia flota aún por mucho tiempo en la atmósfera social; vive en las costumbres, sentimientos y creencias, áun despues de estar enterrada en los entendimientos.

Pero continúo.

Gracias, por un lado, á mi supersticion exaltada entónces por la dolencia, y por otro, al mal borrado recuerdo que conservaba de mis aventuras ultraterrenales, dí completo crédito á las palabras de mi interlocutor misterioso, y quise conocer el arcano de mi muerte y de mi resurreccion.


AHORA, cuadro por E. Grutzner

—Tú querrás saber,—me dijo el diablo adivinando mis deseos, —cómo has podido estar muerto estando ahora vivo, y voy á satisfacer tu curiosidad impaciente. Cuando impulsado por la vanidad aún más que por la pena, pusiste fin á tu existencia, tuve intenciones de dejarte entregado á tu eterna desesperacion de suicida; pero despues, un sentimiento que en vano habia pretendido ahogar, me hizo variar de resolucion. No trataré de describirte el efecto que tu criminal atentado produjo en el café; atraidos por la detonacion del arma de fuego que yo habia puesto en tus manos, acudieron en tropel al lugar de la catástrofe muchos parroquianos y el dueño del establecimiento, y puedes pensar cuál seria su estupor cuando te encontraron solo,—porque yo habia desaparecido entre el humo de la pólvora,—bañado en sangre y completamente desfigurado. Algunos fueron en busca del juez y otros en la de un cirujano; pero cuando ambos llegaron, ya era tarde; tú no eras más que un cadáver, una nueva víctima de la locura humana.

No faltaron chuscos que se chancearan, ni mujeres que hicieran como que se enternecian, ni rateros que se aprovechasen del tumulto en beneficio propio; se habló de tu desgracia por espacio de una hora y se te olvidó en otra.

Gracias al influjo de algunas almas caritativas, se dispuso inmediatamente tu entierro. Dificultades casi insuperables hubo que vencer para que la Iglesia te concediese sepultura sagrada; negábase á ello y sólo despues de innumerables esfuerzos, se consiguió debilitar su resistencia.

Ya viste la pompa fúnebre con que te conducian al Campo Santo; pero lo que no pudiste ver fué el asombro que se retrató en el rostro de cuantos te acompañaban cuando observaron que tu cuerpo se movia, levantando primero un pié, luégo una mano y por último la lívida y ensangrentada cabeza.

—¡No está muerto, no está muerto!—gritaron algunos.—¡Por poco lo enterramos vivo!

Hubo voces, corridas, sustos, desmayos, ayes y congojas, hasta que, por fin, se desvaneció el cortejo fúnebre y se condujo tu cuerpo á esta sala del hospital. Los cirujanos, y singularmente el que primero te habia reconocido, afirmaban y juraban que te habian visto muerto; pero ante la inflexible y testaruda tenacidad de los hechos, la ciencia tuvo que callar dudando de sus anteriores afirmaciones.



PESCADOR VENECIANO, cuadro por F. Falkenberg

Sólo un viejo obregon farfulló mirándote de reojo y rascándose la oreja:—¿Si tendrá los malos en el cuerpo?

Y no se habia equivocado; un espíritu potente que se tomaba interés por tí, habia penetrado en el tabernáculo de tu alma; él sostenia vida ficticia en la materia próxima á descomponerse; él revivia el aniquilado fuego de tus sentidos; él, en fin, despertaba el movimiento de tus miembros paralizados.

El espíritu te esperaba.

No quiero recordarte tu peregrinacion; presente está todavía en tu memoria y lo estará por siempre el grandioso espectáculo que has presenciado; dichas eternas y eternas aflicciones, todo lo has visto y todo lo has sentido al recorrer las esferas del cielo y del mundo; los muertos y los vivos han pasado delante de tí como los fantasmas de un sueño, como las creaciones de la calentura....

Has conocido el hipócrita sentimiento de los hombres que te trataban; las mentidas lágrimas de la mujer que te desdeña; el pesar, incomprensible por lo intenso, de tu pobre madre; el de tus hermanas, y la perversa intencion de tus amigos. Has podido persuadirte, por tanto, de que la vida no acaba en la fosa, ni el dolor tampoco.

Esto bastaba á mis designios. Por eso, en cuanto dí por terminado tu prodigioso viaje, has vuelto á tu cárcel de arcilla, al seno de esa materia que tan injustamente despreciais, á pesar de que os ofrece lágrimas para sentir vuestras desdichas, sangre para vengar vuestras injurias, y nervios para engrandecer vuestros placeres.

Vive, pues, y nunca pretendas torcer el rumbo en la mitad del camino que la Providencia te ha señalado, porque tus fuerzas son escasas para contrarestar la voluntad divina, y toda lucha en este sentido seria, aún más que temeraria, absurda.

—Pero ¿quién es ese espíritu que ha velado por mí? —pregunté con respeto.

—Ese espíritu,—contestó mi interlocutor con irónica gravedad,—soy yo.

—¿Y quién eres tú?

—El diablo,—exclamó con un aire maligno y burlon.

¡El diablo! Hasta entónces habia estado hablando con el desconocido sin saber quién era, sufriendo pacientemente la fascinacion de su mirada y dejándome, en fin, conducir por él como barquilla sin timon ni remos, que arrastra la corriente desbordada de un rio. Pero una sola palabra despertó en mí las preocupaciones de la infancia; ví el infierno abierto á mis piés con todos los horrores que la imaginacion española, sobreexcitada con tres siglos de Inquisicion, nos presenta, sentí los agudos tormentos de los condenados, presencié sus horrendos suplicios, y temblé, mis cabellos se erizaron, y quise gritar, intenté pedir socorro, y la voz se ahogó en mi garganta.

Poco á poco fuí serenándome, y la duda penetró en mi alma. Dudé porque no veia.

Santo Tomás es la personificacion de la razon humana: esta, como aquel, no cree miéntras no se le impone la evidencia, y niega lo que no comprende hasta que la verdad austera sale á su encuentro y anonada su orgullo.

Ya algun tanto recobrado de mi susto, me aventuré á preguntar á mi fantástico interlocutor, con cierto dejo de incredulidad, la causa del interés que yo le inspiraba, á lo cual contestó, al parecer, sumamente afectado y casi enternecido:

—Porque .. ¡porque soy tu padre!

Al oir esta inesperada declaracion, me agité, á pesar mio, convulsivamente en la cama, si bien el diablo hizo como que no advertia mi sorpresa.

A no estar borracho no os diria lo que voy á deciros; mas no quiero tener para vosotros ningun secreto. El alcohol es comunicativo, y además, no es justo que un hombre como yo se avergüence de su ascendencia.

—Tú desearás conocer,—me dijo,—el misterio de tu orígen, y voy á descubrírtelo para disipar tus escrúpulos.

Ya sabrás que el marido de tu madre, D. Diego de Mendoza, tenia la pasion de la caza; ante un conejo ó un gamo, se oscurecian en su alma todas las afecciones del mundo: un monte era para él casi el cielo. .

Una fresca mañana de noviembre salió D. Diego de su casa, seguido de sus perros, con direccion á un soto escondido en las entrañas de Sierra Nevada, que era propiedad de un amigo suyo. Aquel dia fué fatal para él; toda la mañana y una gran parte de la tarde estuvo recorriendo la posesion sin cobrar una sola pieza; sus ojos parecian haber perdido la puntería y sus perros el olfato.

Asendereado y molido D. Diego abandonó el soto, ya cerca del anochecer, encaminándose hácia su casa; pero ántes de llegar, el cielo empezó á nublarse y poco tiempo despues estalló una tempestad furiosa. El agua caia á torrentes; profunda oscuridad le envolvia, tanto más siniestra cuanto que por intervalos la rasgaba la lívida luz de los relámpagos. D. Diego, apresurando el paso, se refugió en un cortijo situado á media legua escasa de Granada, donde halló franca y cordial hospitalidad.

Al cabo de tres cuartos de hora se disipó la nube; mas el señor de Mendoza ya no pensó en emprender de nuevo su interrumpida marcha. Habíase aficionado á una jóven que parecia ama del caserío y que no recibia con indiferencia las frases enamoradas del galante cazador. Esta mujer era, sin saberlo, mi amada, y una amada digna de mí; sus ojos negros y rasgados despedian rayos de deleite, que apénas podian amortiguar sus largas y sedosas pestañas. Su árabe y atezado rostro era el reflejo del amor, pero del amor vivo, frenético, nervioso, que, sin herir el corazon, le enciende y arrebata.

La noche cerró por completo, y D. Diego se resolvió á pasarla en el cortijo con el consentimiento de la apasionada Juanilla. Era aquel el dia en que yo acostumbraba, desde cinco años ántes, á bajar á sus brazos. A las altas horas de la noche penetraba invisible en su lecho, y amante vigoroso, aunque impalpable, rendia con mis caricias su naturaleza de fuego. Terrible era la lucha que, sin conocerme ni verme siquiera, sostenia la pobre jóven conmigo, porque yo solo me hacia sensible para ella como el desbordamiento de un deseo, como una fiebre, como una pesadilla, como un delirio...

(Continuará.)

AL VADO Ó Á LA PUENTE

Todos envidian en el pueblo á don Atilano. Esta envidia se justifica del siguiente modo. Don Atilano tiene una esposa que se desvive por hacerlo feliz, y que en treinta años que llevan de matrimonio ha sido siempre y en todo y para todo de la opinion de su marido. Tiene un hijo que está cerca de ser licenciado en medicina, y que desde las primeras letras viene asombrando con su entendimiento y su aplicacion á todos sus profesores. Tiene una hija más humilde que una malva y más retrechera y más retebonita que todas las muchachas retebonitas y retrecheras del pueblo juntas. Tiene una suegra, señora mayor, muy mayor, que vive con él desde que él contrajo matrimonio y que, aunque nadie lo crea, ni una sola vez ha metido cizaña entre su hija y su yerno. Y para colmo de bienes tiene un billete de la lotería que en la última extraccion ha salido premiado con la friolera de doscientas cincuenta mil pesetas.

***

—¿Qué me falta?—decia don Atilano á un jóven telegrafista con quien paseaba muchas tardes por los vericuetos que rodean el pueblo y á quien muchas noches daba codillo en casa del señor cura, donde, á céntimo de peseta el tanto, tenian establecida una partida de tresillo. Vamos á ver ¿me falta á mí algo?

—No puedo yo decir lo mismo, mi señor don Atilano, —exclamó el interpelado poniendo una cara más triste que un miserere.

—Yo estoy pronto á hacer por usted cualquiera cosa.

—Gracias, mi bondadoso señor don Atilano; pero....

—Dejémonos de circunloquios y pídame usted lo que quiera. Es usted un jóven que me ha entrado por el ojo derecho. Le concedo á usted por anticipado lo que me pida.

—¡Dice usted eso de veras, excelente señor don Atilano?

—Sí, hombre, sí. Y advierto á usted que soy como los rios; nunca me vuelvo atrás.

—¡Ay, señor don Atilano de mi alma! si yo me atreviera....

—Pida usted por esa boca.

—Pues bien, deme usted la mano de su hija. La quiero, me quiere, nos queremos....

Don Atilano creyó que se le habia venido encima el campanario de la iglesia. Repuesto del inesperado trabucazo, dijo con entonacion afable y solemne:

—Lo dicho está dicho. Hoy mismo hablaré á mi familia del asunto, y esta noche diré á usted el resultado.

Para cumplir su palabra, don Atilano comenzó por averiguar la opinion de su suegra.

—Es un buen muchacho, dijo la señora mayor,—y está ciego por tu hija. Ella tambien anda enamoradilla: debemos casarlos.

Don Atilano abrazó á su suegra, y puso el caso en conocimiento de su mujer, seguro de otro voto en pró de la boda.

—Los telegrafistas tienen poco sueldo y muchas probabilidades de morir tísicos. No nos conviene ese muchacho.

Así dijo la mamá del pimpollo, sumergiendo al feliz don Atilano en un mar de confusiones. ¡Era la primera vez que la esposa negaba su *visto bueno* á los proyectos del marido!

La abuela siguió diciendo que sí, la madre que no; el padre sin atreverse á resolver en ningun sentido, y....¡oh incorrectos arranques juveniles! el novio y la novia se fugaron juntitos y en el pueblo se armó un escándalo de primerísimo órden.

***

La esposa de don Atilano cayó enferma. ¡Pobre señora! ¡Estaba ella tan ajena de que una jóven humilde como una malva fuera capaz de hacer una barrabasada! La enfermedad tomó vuelo, y el único médico, ó cosa así, que habia en el pueblo, indicó á don Atilano que los hombres suelen enviudar cuando ménos lo piensan. El atribulado esposo llamó por telégrafo á su hijo: esperaba que su presencia seria un gran consuelo para él y acaso la mejor medicina para la enferma. El estudiante acudió al llamamiento de su padre. Al siguiente dia el médico dijo:

—Amigo don Atilano; esto va por la posta. Pero no se alarme usted: sobra sangre; la sacaremos, y la señora se salva...

El estudiante le interrumpió, diciendo:

—Al contrario: hay pobreza de sangre, y es preciso combatirla.

Don Atilano hizo un gesto, y suspiró. El médico hizo otro gesto y repuso:

—Siga usted la opinion de su hijo y matará á la enferma.

El estudiante replicó sin pestañear:

—Siga usted la opinion del médico y matará á mi madre.

Don Atilano quedó sujeto á la más espantosa perplejidad. Si se inclinaba hácia el parecer del galeno, se detenia haciéndose mentalmente esta pregunta:

—¿Y si tiene razon mi hijo?

Si sus ideas tomaban rumbo opuesto, la pregunta surgia en esta forma:—¿Y si tiene razon el médico?

¡Pobre hombre! Miéntras él continuaba perplejo, su cara mitad entregó el alma á Dios y el cuerpo á la tierra.

Con objeto de no entristecernos demasiado, pasaremos por alto los primeros dias que siguieron á esta catástrofe doméstica. Volvamos á nuestro cuento cuando ya resignada la familia de la difunta forma planes para pasarlo lo ménos mal posible.

***

Don Atilano cobró el millon que le habia regalado la lotería. No sabiendo qué hacer con tanto dinero, escribió á su hijo, que estaba de nuevo en Madrid, indicándole su deseo de emplear en algun negocio seguro y lucrativo los cincuenta mil duros que le habian llovido del cielo. Igual indicacion hizo á su suegra. El hijo contestó lo siguiente:

—Aquí puede V. sacar un crecido tanto por ciento, prestando dinero con garantía de buenas hipotecas. Si prefiere usted especulaciones de otra índole, un agente de bolsa, íntimo amigo mio, me ofrece que con los fondos públicos realizará usted rápidas y grandísimas ganancias. Véngase usted á Madrid.

La suegra dijo:

—Aquí está enterrada mi pobre hija, y aquí debemos continuar nosotros hasta que nos lleven con ella. Compra algunos cortijos; compra algunos pares de mulas; hazte el primer labrador del pueblo, y la agricultura, que es lo único que conoces á fondo, te producirá honra y provecho.

Nueva perplejidad de don Atilano. El se daba cuenta de su situacion diciendo que un ojo le hacia *¡mis!* y el otro *¡zape!* Buscó solícito la manera de convertir el *mis* en *zape* ó el *zape* en *mis*, y, ántes de que lo consiguiera, un pícaro, ó varios pícaros, de los que no cumplen el sétimo mandamiento de la ley de Dios, cargó ó cargaron con las doscientas cincuenta mil pesetas, y aquí dió fin la riqueza de don Atilano.

—Bueno,—dijo nuestro héroe.—Por ser irresoluto se fugó mi hija; por ser irresoluto se murió mi mujer; por ser irresoluto me han robado un millon de reales. Pues á la tercera va la vencida.

Y se levantó la tapa de los sesos.

PEDRO MARIA BARRERA

EL CARNAVAL

Asegúrase que con la cara tapada se descubre más fácilmente el corazon, y que á favor de la careta es lícito en estos dias decir todo género de claridades.

Si como es verdad lo primero, lo fuera tambien lo segundo, con qué gusto nos envolveríamos en un *portier*, nos pondríamos aunque no fuese más que la mano por delante de los ojos, y fingiendo la voz para que el Gobierno no nos conociese, le daríamos una broma á alguno de los hombres que ocupan el poder.

Pero la condicion de los escritores es peor que la de los esclavos.

A ellos, en la antigua Roma, les era permitido en esta época desquitarse del silencio y las humillaciones de un año en un dia de libertad sin límites.

Durante ese dia arrojaban impunemente al rostro de sus dueños toda clase de acusaciones; se mofaban de sus ridiculeces, y reprochándoles sus vicios y haciéndoles oir, una vez al ménos, el áspero lenguaje de la verdad, acaso les enseñaban la única senda que debieron seguir y de la que, ciegos con el humo de las lisonjas, se habian extraviado.

A nosotros ni áun este sueño de libertad se nos permite; y es lástima, porque un dia, un solo dia de máscaras para la prensa, y el Gobierno oiria muchas verdades que acaso le fuesen útiles, y el país muchas cosas que sin duda le sirvieran de leccion.

Ya que no es así, ya que nosotros no podemos disfrazarnos, vamos á la calle para ver á los que se disfrazan; tal vez el espectáculo de tanta alegre locura nos sugiera el pensamiento para un artículo sobre el Carnaval.

Estamos en Madrid y en el Prado, y en verdad que la decoracion que se descubre es bien poco adecuada al espectáculo que se va á representar á nuestros ojos.

Si como son el acaso, la naturaleza y la estacion los maquinistas que disponen la escena, fuese el último tramoyista de un teatro de mala muerte, aún no le perdonaríamos la impropiedad.

Un cielo gris, tristísimo y opaco, sobre el que flotan algunos jirones de nubes oscuras. Un tapiz de lodo, interrumpido á cortas distancias por sucias charcas, en cuyas cenagosas aguas caen las anchas gotas que preludian un aguacero terrible, produciendo al caer un ruido monótono, igual y extraño, que crispa los nervios; algunos árboles descarnados, cuyas desnudas ramas se agitan al soplo glacial del aire y parece que tiritan de frio; y en el fondo, rodeado de altos cipreses negros y melancólicos, como todo el panorama que descubre la vista, una tumba: el Dos de Mayo.

Hé aquí el aparato escénico de la gran comedia que va á representarse.

¿Y es posible que en este punto se hayan dado cita la locura y el Carnaval para renovar su eterno pacto de alianza?

Las descompuestas voces de embriaguez, las estridentes carcajadas de la locura, los breves monosílabos de las promesas, las cortesanas frases de los galanes, las rápidas palabras de las citas, los discordantes ecos de las músicas, el incesante són de las chanzonetas, el hervidero confuso de la multitud oscura y apretada, entre la cual surcan, por aquí una figura grotesca, por allí un mamarracho imposible, por acullá una comparsa que culebreando entre el gentío parece una serpiente monstruosa de abigarrados colores, ¿van á resonar en esta atmósfera nebulosa y fria? ¿Van á confundirse con esos tristes gemidos del viento que azota los cristales de los balcones, y parece como que se queja y llora alrededor de aquella tumba, agitando sus oscuros y altos cipreses? No. Hemos debido equivocarnos: este es el Prado en efecto, pero no el mismo Prado de siempre.

Aún nos acordamos de otros carnavales cuando lo cruzábamos sobre una yegua más ligera que el viento. El sol heria la nube de polvo que levantaban las ruedas de los carruajes y el casco de los caballos, fingiendo á nuestros ojos como una gasa de oro, á través de la cual veíamos agitarse, rico de colores y de luz, un océano de cabezas alegres, de trajes brillantes y de máscaras bulliciosas é inquietas. Todo saltaba y reia á nuestro alrededor. Las carretelas llenas de hermosas, y rebosando seda y encajes, parecian ambulantes *bouquets* de mujeres, que como las flores llaman á las mariposas, provocándolas á posarse en sus corolas de fuego impregnadas de perfumes, nos llamaban á sí con sus miradas y sus sonrisas.

Mil veces cruzamos entónces el anchuroso paseo, y nunca reparamos en ese sombrío monumento, ó si nuestros extraviados ojos se fijaron un instante en él, nos pareció un jardin, un *parterre*, cualquier cosa ménos un sepulcro. ¿Por qué lo hemos visto hoy?

Inútilmente buscamos la multitud que á estas horas debia llenar el ámbito del salon. Todo está desierto. ¡Pobre Carnaval! Hasta el cielo se conjura contra tí. En vano corres de un punto á otro, agitando tu cetro de cascabeles. Al oir tu voz aguda y chillona, el hombre de negocios levanta la cabeza, te ve pasar y sigue haciendo números en su cartera. La juventud, grave ya y filosófica ántes de sazon, se encoge de hombros al verte dar saltos y hacer piruetas inútiles y se sonrie y te compadece. ¡Pobre Carnaval!

Pero la noche avanza: la lluvia no azota ya los cristales de los balcones; allá, á lo léjos, se ven moverse entre la azulada niebla algunos bultos negros que van y vienen en direcciones distintas: son carruajes, una larga hilera de carruajes que semejan al fúnebre acompañamiento de un duelo. Algunos jinetes cruzan y vuelven á cruzar, al parecer envueltos en blancos sudarios, que flotan con el viento en su rápida carrera. Unos y otros, diríase que buscan algo que no hallan; diríase que parodian el movimiento, la animacion y la alegría, queriendo engañarse y hacerse la ilusion de que se divierten, sin conseguirlo. En balde suben y bajan, vienen y van; en balde dan el espectáculo, no hay espectadores. El salon está vacío. El curioso vulgo que asiste á pié y forma una muralla humana al rededor de los actores de la gran farsa, ni áun teniéndolas gratis ha querido ocupar sus localidades.

¿Y este es el Carnaval? No: el Carnaval ha muerto. ¿No conoceis la tradicion de las *Wills*, esas jóvenes, amantes locas de la danza, que muertas en el dia de sus bodas, se levantan aún en el silencio de la noche para seguir bailando al rededor de sus sepulcros á la luz de la luna?

El Carnaval ha muerto; pero, como ellas, se levanta aún de su tumba para bailar en un baile mudo, de una mímica grotesca y horrible á un tiempo, en el que sólo se oye el crujido de sus choquezuelas descarnadas....

. . . .

El cielo está azul, el sol derrama un mar de lumbre sobre la coronada villa, cien murgas rasgan el aire puro y diáfano, llegando con sus ruidosos acordes á despertarnos en nuestro lecho.

Un zumbido semejante al de un enjambre de abejas percibe nuestro oído. Es el Carnaval que pasa por delante de nuestra puerta agitando su cetro de cascabeles, y llamándonos con su voz de clarinete destemplado. El Carnaval no ha muerto. ¡Era sólo una pesadilla!... ¡Viva el Carnaval!

Está visto que cuando se oscurece el cielo se oscurece nuestra alma, y cuando se entristece nuestro corazon, hasta los que se rien se nos figura que se quejan.

En este momento penetra en mi cuarto Pedro, mi criado. Viene sin duda á despertarme.

—Hola, Pedro, le digo. Llégate á la tienda de la esquina, donde se alquilan trajes de máscaras, y tráeme uno de capricho.

—¿Se va V. á disfrazar?

—Sí, hombre, sí. Voy á vestirme de mamarracho y al diablo las filosofías

Máscara, ¿me conoces?

E. DE LUSTONÓ



ONDINA, cuadro por Pablo Mayerheim

COLON

Artículo necrológico

Yo tuve un amigo. Si al considerar que no soy millonario, ni sobrino de ministro ó de canónigo, ni tengo esposa casquivana, ni hermana casadera, pareciere extraño y asombroso á algun lector que yo haya tenido un amigo, *rara avis* en estos y en todos los tiempos, con leer detenidamente esta página caerá de su asombro y volverá de su extrañeza. No fué nuestra amistad de esas que en un minuto se hacen y en un segundo se deshacen: que empiezan por una presentacion para terminar quizá por un desafío: de esas amistades que sin ser gratas al corazon toleramos, sin embargo, por la fuerza de la costumbre, por la ley de la necesidad ó por los estímulos del amor propio.

No crea el lector que se trata de un hombre célebre: el buen amigo cuya ausencia lloro, no oyó nunca sonar su nombre en los corrillos del Suizo, ni lo vió jamás escrito con letras de molde en *La Correspondencia*. No fué nada en Europa, ni siquiera en España: ni académico de la lengua, ni ministro, ni matador de toros: verdad es que tampoco maltrató el idioma, ni fué un charlatan de oficio, ni nació en esta tierra de batuecos. Hubiese tenido la fortuna de ver la primera luz en la noble España, en esta tierra clásica de los valientes y de las hembras de rumbo, y con un centon de malos versos ó un par de artículos trascendentales sobre filosofía krausista, su nombre, que fué humilde, resonara hoy á mayor altura que los de Pepe Hillo y el Tato, mis héroes favoritos. Pero la ventura ó desventura del hombre en este suelo depende en gran parte del país en que nace, y por eso, sin duda, una celebridad contemporánea no ha vacilado en afirmar que nuestra buena ó mala suerte suele reducirse las mas de las veces á una simple cuestion de geografía.

¡Pobre amigo! ¡Cómo no recordarle! Al verme en mis trasportes insensatos, en mis horas de entusiasmo por todo lo que he juzgado grande y bello acá abajo, por la gloria, por la libertad, por la justicia, jamás me llamó «mala cabeza;» en mis dias de fiebre, de desaliento y de lucha, nunca me importunó con inútiles consuelos. En cambio, tuvo piedad de mis tristes alegrías, y ora al verme reir en mi interior, herido el pecho de una esperanza, quizás de un recuerdo, ora al contemplarme neciamente alborozado por una conquista amorosa ó por un efímero triunfo social, él, impasible y grave, permanecia en silencio, sin mover cual otras veces la cola, en demostracion de júbilo. Tal vez sabia que la risa es á las veces más amarga que el llanto y que las pasiones del corazon y de la



Á LA ÚLTIMA MORADA, cuadro por L. Knaus

mente son casi siempre prendas de desgracia para el que las abriga, ú objeto de irrision para el que las contempla.

He dicho algo de *cola*, y para no dar pábulo á la malicia, me apresuro á declarar que mi amigo era un perro.

Cuando le adquirí, víme en gran apuro para darle un nombre. Tuve al principio la fantasía de llamarle «Juan Perez,» «José Sanchez» ó «Manuel Lopez» como tantos bípedos que vagan por el mundo haciéndose la ilusion de que tienen nombre y apellido; pero hubiera sido herejía imperdonable dar á un cuadrúpedo nombre de calendario. Llamarle «Clavel» ó «Jazmin» como á esos perros afeminados que á falta de mejor objeto reciben las caricias de las feas, hubiera sido desconocer la filosófica gravedad de mi amigo. Llamarle «Turco,» como á esos canes de enorme cuerpo que á todas horas alborotan el vecindario con sus ladridos, era asaz peligroso en unos tiempos en que la guerra turco-rusa hacia andar á puñadas á todos los políticos sin sueldo. Por fin, y á vuelta de grandes cavilosidades, concebí una cosa que no suele concebirse mucho en esta tierra clásica de lo inconcebible, ¡una idea! Y yendo y viniendo en esta idea, resolvíme á bautizar á mi perro con un nombre histórico que honrándole á él, honrase de consuno al héroe que lo llevó en la historia. Y le llamé Colon. Tributo de amor y de agradecimiento consagrado á aquel que no pudiendo libertarnos de la cárcel de la vida, hizo bastante con alargar la cadena.

Colon era cómo el genio: noble en el fondo, vulgar en la apariencia; en una de esas exposiciones de perros á que son tan aficionados los ingleses, hubiese pasado completamente desapercibido. No poseia ninguna habilidad rara: hubiérasele exigido en vano nadar en busca de un palo arrojado al agua, ó erguirse sobre las patas traseras con una caña, á guisa de fusil, en actitud de hacer el ejercicio. Por eso sus compañeros de la raza canina, al verle cruzar la calle, solian decir para sus collares y cómo en són de befa: *¡qué perro tan cursi!* Mas él, curándose poco del *qué dirán*, seguia con cara de perro, camino de la plaza, para husmear algun hueso, con la misma solicitud con que pudiera hacerlo un cesante, sin cuidarse poco ni mucho en merecer el aprecio de los suyos; y si alguna beldad perruna, atraida por la femenil curiosidad, se acercaba á olfatearle, *á otro perro con ese hueso* gruñia él sordamente y proseguia su marcha. ¡Ah! Era un perro viejo, enemigo del matrimonio, que tenia mucho que enseñar á los bípedos sin cola.

Colon fué enemigo, perseguidor incansable de los gatos. Cuando recuerdo su encarnizamiento con aquel de Angola, que tanto acariciaba la esbelta y vaporosa Elvira, mi vecina de enfrente, admiro una vez más sus bellos sentimientos, (los del perro), que la bondad del alma no se revela sólo con lo que se ama, sino tambien con lo que se odia. Si se me dice que en algun período de la historia antigua ó moderna, ha existido un perro bien hallado con la compañía del gato, no vacilo en calificarle desde luégo de *perro judío*. El perro ha sido siempre la antítesis del gato. Y ¿cómo no serlo? Entre el perro del Mahabarata y el gato Moar, de que nos habla Hoffmann, media un abismo. El gato es traicionero, desleal, rencoroso, indiferente á cuanto le rodea; su caricia es el arañazo. El perro, por el contrario, es franco, leal, afectuoso, agradecido; olvida el mal que se le hace, mas no el beneficio que se le dispensa: yo le he visto salvar á un náufrago en medio de las revueltas olas; yo le he visto, silencioso y mohino, acompañar un féretro, y velar más tarde sobre la fosa solitaria y escarbar la tierra con desgarradora angustia..... Y así como el perro es el amigo del hombre, el gato lo es de las mujeres. Ved cómo le acarician. Ved cómo introducen con sus rosados dedos en el hocico del animalucho los *bombones* que el dia anterior compró en la Mahonesa el caballero cadete. Ellas sólo sienten un amor en la vida: el amor propio; por eso al amar al gato que es su imágen y semejanza, ámanse á sí mismas y son una vez consecuentes.

Yo, aunque no esté bien el divulgarlo, tuve una novia, que era dueña de un gato. Y tanto como éste y mi perro se aborrecian, adorábanse ella y el que suscribe. ¡Qué tiempos aquellos! Nunca olvidaré á su respetable tio don Manuel, viejo carlista, que hacia con ella las veces de padre y conmigo las de suegra. Aún me parece verle con sus blancas patillas, cuando sentado en un banco de la Casa de Campo, en una de esas mañanas de estío, en que sólo se escucha, como decia el poeta, «ruido de besos y batir de alas,» recordaba con algun su amigo y contemporáneo los buenos tiempos de la primera guerra, miéntras yo, aprovechando su entusiasmo cívico, me internaba con la gentil muchacha en el tupido bosque, sentándonos sobre el césped y las flores, bajo las copas de los árboles, ó jugábamos al escondite, celebrando con las más francas expansiones el encuentro mutuamente deseado, y haciendo apuestas que siempre perdia ella y que yo renovaba y volvia á renovar, ufano con mi triunfo, entre inocentes disputas y calurosas riñas, hasta que una sombra lúgubre, sombra de muerte, cayó sobre las copas de los árboles y las flores se marchitaron y el césped se erizó de espinas que hirieron nuestra planta, y ella, mi compañera en el juego, jugando siempre al escondite, se ocultó tan cautelosamente á mi vista, que ya no volveremos, ¡ay! á encontrarnos nunca en el tupido bosque. ¡Cuán discretamente se condujo en aquellos dias, los últimos de su vida, mi fiel compañero, colocándose como centinela avanzado, oculto entre los árboles, para avisarme la llegada del enemigo!

Suele decirse por ahí al narrar la muerte de alguno de nuestros semejantes: *¡murió como un perro!* Este modismo, tan injurioso para la raza canina, podria yo, en justo desagravio, volverlo contra los que lo emplean, y decir, verbigracia, al hablar de la muerte de mi perro: *¡murió como un hombre!* Mas seria inexacta tal aseveracion por lo que respecta á mi único amigo: en su egoista existencia perruna, no se unió á ningun otro sér con lazo indisoluble, teniendo al morir la ventaja de que nadie fingiese llorarle el viernes para olvidarle el domingo. Como sólo soñó dormido, jamás despierto, no se llevó á la tumba ningun sueño: como no amó á nadie, ni aspiró á nada, ni buscó la verdad, ni la virtud, ni el amor, tampoco vió morir ántes que él todos sus pensamientos. Convencido de que la muerte es la cosa más natural de la vida, en ningun modo la temia, y por lo tanto no pudieron explotar su miedo galgos curanderos ni podencos especuladores. Cuando se apercibió de que su hora era llegada quiso y obtuvo lamer mis manos con ternura y afecto: mudo, tranquilo, resignado, echóse cuan largo era sobre su lecho de pajas y hojas secas; luégo exhaló un gruñido, no ménos armónico que nuestro estertor, con el cual parecia decir: *¡ahí te quedas, mundo amargo!* Despues, alzando lentamente una de sus patas traseras, como si quisiera despedirse de este valle de lágrimas, para él inmunda perrera, entregó su cuerpo á la tierra, amorosísima madre que con igual cariño recibe siempre en su seno á todos sus hijos.

ANTONIO CORTON



REUNION DE CAZADORES, dibujo por E. Cecconi

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromo-litografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 23 DE FEBRERO DE 1885 — NÚM. 165

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL AUTOR PREDILECTO, cuadro por E. Grutzner

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El problema del hambre.—Crísis de las artes de la edificacion.—Un hombre sin pan es un peligro social.—El que hace las casas.—La orgía del domingo.—La elocuencia y la usura.—Dónde van á parar las alegrías del pobre. —Caridad á la fuerza.—El pan de las fieras.—Rugidos de leon.—Fieras á los cristianos.—La ópera española.—Fantasía de Carnes-toltas.—La careta y el vino.—El amor de los quince años y el de los treinta, ó ambrosía y carne.

Al mismo tiempo que la empresa arrendadora de las sillas de hierro estaba colocando en el Prado múltiples filas de ellas para que sirviesen de escaparate á la vanidad y de mirador á los curiosos durante ese paseo de tres dias que se llama el Carnaval, reuníanse en el Salon centenares de obreros: iban silenciosos, con el rostro triste y á pesar de la crudeza de la estacion desprovistos de abrigo que no consiente su mísero peculio. Cuando dieron las diez de la mañana, eran más de 1,000 los obreros que allí se habian congregado. Formaban pequeños corrillos, hablaban con animacion, sin que de sus frases saliera ni una sola que diera pretexto á intervenir á los agentes de policía secreta y guardias de órden público que con ellos estaban mezclados. Aquello revestia los caracteres de una manifestacion, la manifestacion del hambre. Todos esos obreros y otros muchos que no habian acudido á aquel sitio, porque empleaban su tiempo en buscar trabajo, carecen de él en absoluto.

La crísis obrera de Madrid, de que ya hemos hablado otra vez, hace tiempo que se cierne sobre el horizonte de esta capital; no alcanza, como en Paris y en Lóndres, á todos los ramos de las manufacturas, sino que únicamente aqueja á los que viven de las artes de la construccion; nacida esta parálisis de que en Madrid, durante los últimos veinte años, se ha empleado en edificar casas más dinero del que la vida de Madrid necesitaba. De ahí vienen esos miles de cuartos desalquilados, que son la ruina de la propiedad urbana, y esas obras sin concluir, que se hacen viejas ántes de estar acabadas. Carpinteros, herreros, albañiles, pintores, todos los que contribuyen á elaborar esa obra de yeso, tejas, maderas y hierro en que se forma y se guarece la familia, han quedado cesantes por la fuerza misma de las cosas. Durante la época de la guerra civil, Madrid fué el refugio de muchas familias que no estaban seguras en sus lugares ni en sus haciendas, pero restablecida la calma han vuelto á ellas, y queda Madrid reducido á su antiguo carácter de hospedaje de empleados, paseo de curiosos y posada de extranjeros que viven unos dias entre las Ventas del Espíritu Santo y el Manzanares, considerando esta parte de su peregrinacion como necesario trámite para visitar Toledo, Granada y Sevilla.

Un obrero sin trabajo es un peligro social; si no se le atiende no solamente acudirán en su defensa los socialistas y los comunistas, sino que todas las almas caritativas, todos los nobles corazones protestarán con indignacion del abandono en que la sociedad le deja; si se le atiende parece crearse un derecho al trabajo contra el que se eleva la voz iracunda del economista, esa voz que nos está siempre amenazando con dolores y que jamás nos expresa un consuelo.

Más de la mitad de ese vecindario jornalero de Madrid vive de la albañilería. A la hora en que las campanas de las obras, con sus cinco tañidos clásicos, indican que el trabajo ha terminado, empieza por todas las calles de la capital el desfile de obreros vestidos con la blusa blanca. En sus rostros y en sus trajes hay gotas de cal que dan á entender bien claramente, con la claridad de las cosas blancas, cuál es el oficio de los que desfilan. Trátase de una multitud de albañiles que se distribuyen por la capital y que van á parar desde el lúnes al viérnes á las buhardillas de los barrios bajos, á las casas de vecindad de las calles de Toledo y Segovia; los sábados á las tabernas de esos mismos barrios, y los domingos tal vez á las propias tabernas, tal vez á un teatro.

Para los excesos de esa orgía del sábado y del domingo hay un remedio en el trabajo mismo, cuando, al rayar la aurora, el lúnes el albañil coge el taleguillo en que va su merienda, sube de nuevo á su andamio y con la llana en una mano y la pella de yeso en la otra, continúa la labor interrumpida dos dias ántes. Pero ¡ay de aquella semana que no tiene para el albañil lúnes! ¡ay de aquella semana que pone por consecucion de la orgía del domingo un dia de holganza y sin jornal!

El pobre jornalero vive en España en una situacion triste; que no la hay más triste que la de no poder contar, para las enfermedades y las forzadas holganzas de la paralizacion en el trabajo, con un amparo que auxilie sin humillar.

En socorro de esta situacion excepcional del obrero privado de su jornal está funcionando á alta presion la máquina de la elocuencia, con que espíritus filántropos, pero ántes que filántropos oradores, proponen programas y manifiestan teorías tan salvadoras y bonitas como irrealizables. Con un espíritu más práctico, como es práctico todo aquello que piensa y ejecuta Harpagon en los barrios bajos, llamados así en Madrid por su posicion respecto de la Puerta del Sol, centro y ombligo de la corte, se han fundado desde luengos años y continúan fundándose y aumentando en número algunos establecimientos de modesta apariencia, donde se presta sobre alhajas y efectos que convengan. Estas últimas palabras constituyen la razon social y el emblema de aquellas casas de beneficencia á tanto por ciento.

Allí va el jornalero llevando primero los muebles que compró al casarse, luégo las ropas del lecho, más tarde la chaqueta que lucia los domingos ó algunos pendientes que constituian parte de los regalos de boda; y por fin, las prendas más necesarias para salir á la calle abrigado y decente. En esas casas va quedándose el sudor de los pobres; y viendo, en los dias de liquidacion y venta, cómo aquellos mercaderes que saben encontrar riquezas cuantiosas entre montones de trabajo y entre rimeros de trastos viejos van haciendo el inventario de ellos, acuden tristes pensamientos á la mente, al mismo tiempo que desfilan por la fantasía lúgubres escenas de muerte y miserias.

***

Obligado por las circunstancias el Ayuntamiento de Madrid ha dado trabajo á cuantos lo necesitaban. Esta manera de resolver el conflicto es sencillamente ceder ante una amenaza mansa, no la amenaza de las armas esgrimidas por puños varoniles é iracundos, sino la amenaza de la indignacion pública que no quiere presenciar cuadros de miseria. No faltará quien diga: «si los obreros para tener trabajo necesitan reunirse en número de 2,000, ya saben qué es lo que tienen que hacer aquellos desventurados que constantemente se ven privados de auxilios contra el hambre: congregarse; miéntras no sean 2,000 la caridad no estallará; miéntras no sean 2,000 el Ayuntamiento no se ocupará de su triste suerte; pero cuando hayan llegado á este número reuniráse la corporacion municipal, se declarará en sesion permanente, acordará rápidas órdenes para que desde luégo á todo el que se presente en las oficinas municipales se le entregue una azada ó un zapa-pico y se le envie á recomponer las carreteras ó á limpiar de barro las calles.

El presupuesto de Madrid es pobre; la mala administracion hace aún más pequeños sus recursos; así que, en el trance que ahora le han colocado las circunstancias, el Alcalde no sabe de qué fondos echar mano; y todo se le vuelve barajar allá en su mente datos y guarismos, columnas de cifras, capítulos y conceptos, buscando entre aquel cáos aritmético y algebraico algo que suprimir para dar pan á los obreros con lo que de la supresion resulte. Y la primera medida que parecia próxima á acordarse ó al ménos se ha aventurado como proyecto, es la de suprimir la comida de las fieras del Retiro. Es lógico, para dar pan á los hombres, quitarles el pan á las fieras, por miedo de que el hombre se convierta en fiera. Mejor es que los leones y los tigres del Parque zoológico de Madrid rujan hambrientos detrás de sus jaulas, que no que leones con cara humana y tigres de dos piés recorran las calles lanzando el sordo rugido del hambre y estremeciendo á los burgueses que detrás de las vidrieras de sus gabinetes y arrimados á la lumbre, tiemblan de todas estas conmociones populares, como tiembla la víctima, aprestada al sacrificio, de los estremecimientos del hacha, cercana ya al tajo.

No tiene en verdad nada de notable el Parque zoológico de Madrid. Allí está un leon que debia alimentarse régiamente, como que al fin y al cabo es el emblema vivo de las armas de España, y la entequez le ha dejado en los puros huesos y el frio le ha consumido poco á poco. En la jaula inmediata está su noble compañera, una leona del Atlas, que despues de largos años de cautiverio parece una perra domesticada y gotosa, y no la señora de las selvas, de cuyas entrañas han salido los reyes del bosque y del desierto. Lo que no se sabe todavía es qué se va á hacer de estas hermosas fieras, convertidas por el hambre en asquerosas alimañas; si van á ser vendidas á un exhibidor de fieras que las lleve por las ferias españolas ó si van á ser sacrificadas por la estrignina municipal.

***

Un nuevo ensayo de ópera española ha hecho el Teatro de la Opera. El maestro Fernandez Grajal ha escrito la partitura de una ópera titulada: *El príncipe de Viana*, cuyo libreto es del Sr. Capdepon. El ensayo ha sido triste para los que tienen el noble empeño de dotar nuestra escena lírica de obras nacionales, capaces de competir con las de Meyerbeer, Donizetti y Rossini. Los partidarios de la ópera española y sus enemigos han discutido en la prensa acerca de si es ó no es posible que esa ópera exista algun dia; y en mi entender, la discusion es de todo punto innecesaria. Cuando se escriba una buena ópera, entónces la ópera empezará á existir. No consiste esta génesis del arte lírico nacional en que un gobierno conceda subvenciones á éste ó al otro teatro; ni en que se aumenten plazas de profesores de música en el Conservatorio nacional; ni que el público se decida á imponerse el sacrificio de asistir á la representacion de obras endebles; basta con que de esas aulas del Conservatorio, de los coros de nuestras catedrales donde hay excelentes maestros músicos ó de una buhardilla donde tambien á veces se hospeda el genio, salga un compositor, llena el alma de melodías, y las escriba en el papel pautado, despues de unas cuantas noches de fiebre ó de unos cuantos años de trabajo. Cuando la obra esté terminada, en aquel momento empezará á existir la ópera nacional. Y si es necesario que el libreto se traduzca al italiano ó al francés, para que le canten los artistas extranjeros ó aquellos que de España salen para los teatros de las demás cortes de Europa, se traducirá, que no es gran empresa despues de todo ésta, ni áun la de acomodar la música escrita para el verso español al verso italiano ó francés. ¿Qué proteccion necesita un artista para tener genio? Se dirá que no sin grandes elementos se puede dedicar un hombre al estudio. Esto es cierto, y bien podria poner remedio á ello cualquier ministro de Fomento empleando algunas de las sumas que tienen sus capítulos de subvenciones, á enviar al extranjero y á sostener durante muchos años á los jóvenes que más disposicion han mostrado para el arte divino.

De todas maneras, son dignos de alabanza y merecen aplauso los empeños nobilísimos del Sr. Fernandez Grajal, que ha empleado sus extraordinarias condiciones de compositor, en dar á la escena la interesante vida del *príncipe de Viana*, sobre cuya cabeza tejen coronas de gloria y martirio la historia y la leyenda.

***

Han empezado los bailes de máscaras. Dos teatros, cuando acaba la funcion de la noche, trasforman rápidamente su sala de butacas en un tablado de madera enlazándola con el escenario; desaparecen los bastidores y se levanta el telon; enciéndense todas las luces de gas, en el anfiteatro se coloca la orquesta; por las puertas entra peloton de máscaras; el maestro agita su batuta y sobre aquel oleaje de cabezas humanas flotan torrentes de armonía y sonoridad. Hay varios símbolos de la alegría carnavalesca... La careta: unas veces es monstruoso artificio de carton donde las facciones humanas han sido torturadas para expresar la fealdad; otras veces es el antifaz, un pedacillo de raso ó terciopelo que deja al descubierto los labios y parte de las mejillas para hermosearlas más y más con el encanto del misterio... La cena que precede al baile; una mesa espléndidamente servida; sobre ella la luz de las bujías centellea en el magnífico servicio de cristal y plata; los humeantes manjares son servidos por mozos discretos que, cuando llega la ocasion del champagne y de los besos, cierran la puerta del cuarto, alejándose con prudencia y oportunidad. Entónces la bacanal empieza. En estas noches, el dios Baco, que está por admirable modo pintado en el cuadro de Velazquez *Los borrachos*, salta del marco sobre el *parquet* de reluciente madera del museo del Prado y se va allá á la sala de enfrente á decir chicoleos á una Vénus del Ticiano.... La botella de champagne: este es otro símbolo de la alegría carnavalesca; es el acicate de las locuras, la disculpa de los errores, el sol de estas noches de orgía, un paréntesis de alegres notas que llenan con carcajadas el calderon de la desgracia y de las amarguras sociales.

***

Hablar de los bailes de máscaras es hablar del wals. Los dos maestros que más se han distinguido escribiendo walses, son Wantelfeld y Metra, pero aunque hayan sido contemporáneos estos dos autores, que yo lo ignoro, y no tengo á mano ningun diccionario biográfico que me saque de mi duda, cada uno de ellos representa un modo distinto de la alegría. En Wantelfeld palpita el amor casto; escúchanse carcajadas inocentes entre el ritmo de aquel acompañamiento de los contrabajos que hacen mecerse gallardamente á la melodía en ritmo melancólico y suave. En los valses de Metra, por el contrario, estallan carcajadas de burla y cinismo.

El amor, que danza entre las ondas de armonía de un wals de Wantelfeld es el de la juventud primera: descúbrense á lo léjos paisajes campestres y sobre el fino tapiz de yerba de un color esmeralda encendido, vénse grupos de bailarines vestidos con trajes en que se mezclan lo señoril y lo rústico; y siendo centro de ellos, está un tañedor de violin de cuyo arco salen las dulces inspiraciones musicales. El wals de Metra recuerda y hace flotar ante las pupilas el espectáculo orgiástico y brillante de un baile de la Opera de Paris; millares de personas que bailan enlazadas en un comun abrazo; rostros que se quitan las caretas, como si ya no tuvieran nada que ocultar; el fondo brutal que hay en la alegría humana, que estalla en la superficie como el lodo estalla en las burbujas del agua, cuando se agita el légamo de los arroyos; la *cocotte* con sus ademanes lúbricos y desgarrados; el gomoso con su elegancia afectada y antipática.

J. ORTEGA MUNILLA



ALEGORÍA DEL CARNA



VAL (CUADRO POR G. L. GATTERI)

NUESTROS GRABADOS

EL AUTOR PREDILECTO, cuadro por E. Grutzner

Este lienzo es un modelo de expresion. En la biblioteca de un convento se han reunido tres reverendos padres á fin de dar pasto al espíritu, sin olvidarse por esto de dárselo á la materia. El más jóven lee en voz alta, sus dos compañeros prestan atencion al texto, que es visiblemente de su agrado. Así lo revelan sus semblantes, tan distintos como tipo, tan idénticos por la fruicion que en comun experimentan.

El mayor talento del artista se revela en la diversa manera de sonreir que tienen los tres personajes de esa escena, especie de gradacion de sonrisa que basta para avalorar su genio. El lector se entera por primera vez de los conceptos contenidos en la obra: por lo mismo que su inteligencia se halla ocupada en hacerse cargo de ella, la sonrisa con que expresa su satisfaccion es ménos marcada que la de sus compañeros. Para uno de estos, algo duro de oído, no es nuevo el libro; pero tiene necesidad de comprobar sus recuerdos, y al manifestar la satisfaccion que experimenta, por medio de una significativa sonrisa, comprime esta en parte como si temiera perder la menor de las palabras. El más anciano de los tres reverendos se sabe el libro de memoria: su sonrisa, perfectamente acentuada, es la del *amateur* que vuelve á oir la música que le recreó un dia, es la sonrisa del gastrónomo que conoce el mérito del plato que come.

Las actitudes no pueden ser más naturales, ni cabe que el grupo se combine de manera más espontánea. Es un estudio hecho á conciencia y que avalora un grabado ejecutado con la delicadeza necesaria para que se destaque perfectamente la intencion del pintor.

DESPUES DE LA NEVADA, cuadro por H. Werner

Bien dijo aquel en quien la fe competía con la ciencia, que *Dios aprieta pero no ahoga.* Apretada era, con efecto, la situacion de esas palomas, cuando otra paloma vino en su auxilio. A la vista del jardin nevado, contemplando á esas pobres avecillas que acudian con sus hijuelos, ni más ni ménos que los mendigos ostentan los suyos (ó los ajenos) para más enternecer al público, una hermosa jóven se ha sentido movida á compasion, y abandonando la abrigada estancia, háse convertido en Providencia de los necesitados. Acuden estos al inesperado festin, y sin cuidar gran cosa de darle las gracias á su bienhechora, se portan como unos verdaderos egoistas que son, es decir, se atracan á quien más puede, despues de lo cual dirán para su capote (ó para sus plumas): si te he visto no me acuerdo.

Una sola de esas aves se posa confiadamente en la espalda de la jóven y parece empeñada en darla un beso. ¿Será el instinto de la gratitud el que mueve á la paloma? ¿O será que los labios de la bella jóven aprisionan el grano que el ave apetece?... ¡Hay cada decepcion en eso que se llama agradecimiento!...

Aparte estas consideraciones, el cuadro produce buen efecto: la impresion que causa es verdaderamente *fria.* Casi nos arrepentimos de no haberlo guardado en cartera para su publicacion en agosto.

PRO PATRIA, dibujo por L. Roca

La idea de la patria y la idea del honor han sido en todo tiempo estímulo de las más sorprendentes hazañas. Otros sentimientos podrán, en lo humano, determinar hechos verdaderamente extraordinarios; podrán trasformar el carácter del esposo dulce en vengativo esposo, de la madre tímida en leona esforzada que defiende la vida de sus cachorros, del amante apocado en Romeo valiente que arrostra sereno la espada ó el puñal de sus rivales... Pero las empresas que inspirará el patriotismo verdadero completado por el estímulo del honor, serán las únicas que produzcan verdaderos héroes; héroes ignorados muchas veces, de cuya grandeza no queda á menudo ni una cruz de palo sobre una improvisada sepultura, y por lo mismo más nobles, más generosos que aquellos de quienes la fama trompetea las hazañas.

El recuerdo de uno de esos mártires de la patria y del honor, ha inspirado el buen dibujo de nuestro paisano Roca, que cultiva en Roma la pintura, y que representa un porta-estandarte ó abanderado, herido en el asalto de una plaza. Hay en esta figura lo que pudiéramos llamar verdad científica: la bala ha penetrado en sitio noble y el valiente oficial siente desfallecerse y busca el apoyo del próximo muro. El brazo derecho tendido á lo largo del cuerpo, soltará en breve la inútil espada; pero no así se desprenderá el honrado oficial de la bandera que simboliza la honra del ejército y que no arrebatará el enemigo sino despues que haya sido mortaja de su cadáver. La actitud del personaje es propia, como tambien la expresion del semblante que, con revelar el dolor que el cuerpo experimenta, parece templado por el sublime: *dulcis est pro patria morior.*

TATUAJE ó pintura del cuerpo de los indígenas de la Oceanía

Cuantas personas hayan leido relatos de viajes á algunas de las islas del vasto archipiélago oceánico, tendrán sin duda noticia de la costumbre de pintarse el cuerpo de un modo indeleble, seguida por los habitantes de aquellos remotos países.

Esta costumbre arraigadísima en ellos, no reconoce solamente por causa el deseo de embellecerse y adornarse el desnudo cuerpo con dibujos más ó ménos caprichosos, sino que en los hombres es prueba de virilidad y de energía, y en las mujeres indicio de su elevada posicion con respecto al resto de las demás.

Y en efecto, se necesita una resistencia á toda prueba, que sólo puede comunicar una preocupacion inveterada, para soportar la operacion del tatuaje. Esta se practica por medio de una especie de cincel agudo y dentado, de hueso ó de espina, en el cual se golpea con un pequeño mazo sobre la piel. Las penetrantes puntas del instrumento se humedecen en un líquido azulado, cuya base es el hollin procedente de la combustion de la nuez del *aleurites triloba*, y lo introducen en el dermis: tres ó cuatro personas sujetan al paciente, cuyas facciones manifiestan un penoso sufrimiento, siendo el dolor tan intolerable á veces que al cabo de algun tiempo se ha de suspender la operacion.

Los misioneros no han conseguido desterrar esta costumbre en la mayor parte de las islas, y los niños que consiguen conservar á su lado les abandonan cuando llega el momento de obtener estas pruebas de virilidad.

Hay indígenas que se dedican exclusivamente á pintar á los demás, sobresaliendo tanto en su profesion, como puede verse por los artísticos dibujos que representan nuestros grabados, copiados fielmente del natural.

FIRMANDO UNA SENTENCIA

Es realmente supremo para un hombre honrado el instante aquel en que penden de su firma la honra, la fortuna, la libertad, tal vez la vida de otro hombre. No es de extrañar, por lo tanto, que el magistrado de nuestro cuadro, pluma en ristre, como si fuera una espada mortífera en alto, lea y relea lo escrito, medite lo que lee y muestre una perplejidad que hace honor á su rectitud.

Junto al guardador de la ley, una jóven de hermoso semblante é inocente mirada, parece estar pendiente de la sentencia que va á firmarse: cualquiera diria que es la conciencia del magistrado que vela por la integridad de la justicia.

Este cuadro es una verdadera obra de estudio, pintada con firmeza y con el estilo especial que recuerda á los buenos maestros del arte.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

ALEGORÍA DEL CARNAVAL, cuadro por G. L. Gatteri

El Carnaval es una cosa inexplicable para la razon, porque no es razonable que la humanidad enloquezca anualmente unos cuantos dias. Tradicion de una festival pagana, ni el ascetismo de los primeros siglos de la nueva era, ni la férrea sociedad de la Edad media, ni el sentido práctico de los tiempos modernos han podido disputar á la locura el reinado de tres dias cada año.

Tenemos, pues, que durante setenta y dos horas el valle de lágrimas se convierte en manicomio, donde cada manía ó ramo de locura toma una forma distinta; y de la misma suerte que cuantos pintores han formado el triste propósito de pintar una casa de orates, han debido renunciar á un argumento de conjunto y acudir á la reproduccion de distintos y en nada homogéneos grupos y personajes; así el autor de la alegoría del Carnaval se ha visto obligado á seguir igual procedimiento en la ejecucion de su propósito.

Tiene, pues, nuestro cuadro tantos asuntos como grupos; mas todos convergen á la misma idea y el todo no carece de la animacion característica de la época á que se refiere. Si la composicion resulta abigarrada, es porque el Carnaval es un verdadero abigarramiento; variedad grotesca dentro de la unidad del desenfado.

Tiene el lienzo animacion y áun cierta grandiosidad de conjunto, siendo de aplaudir en él que ese desenfado no haya revestido la forma de la desenvoltura.

LA MUÑECA

(CUENTO)

A Jacinto Octavio Picon

I

Hacia mucho frio, sentíase por él una impresion viva en la piel semejante á la que produjeran multitud de puntas de aguja pinchándonos á la vez por todas partes.

Serian las ocho de la noche.

Hallábanse ya los escaparates de las tiendas como ascuas de oro; cual filas de estrellas lucian á uno y otro lado, temblorosas, las llamas de gas de los faroles; cruzaban de aquí para allá, pareadas, las lucecillas de los carruajes y á modo de chispas de bengala los focos rojos ó verdes de los coches del tranvía.

Como bandada dispersa las vivaces obreras de los grandes talleres caminaban á paso apresurado por las calles, haciendo flotar sobre sus lindas cabezas el ligero velo de la mantilla y mostrando el bello contorno de sus hombros y la esbeltez del talle al ceñir fuertemente á sus cuerpos el pesado manton, dirigiéndose ya á sus casas, en tanto que mujeres elegantes, cubiertas por ricos abrigos amplios y blancos á modo de jaiques, con los piececillos aún caldeados al calor de la chimenea, medio adormecidas, en los coches del tranvía bajaban á los teatros, coqueteando con el gracioso desgaire de las gentes distinguidas.

Era la hora en que llega al mayor grado de bullicio el corro de voces chillonas y monótonas de los vendedores de periódicos.

Juan salia de su casa, escondiendo sus orejas y parte de su barba en el peludo cuello del gaban ruso, las manos enguantadas metidas en los bolsillos y en una apretaba el puño del baston, que contera en alto caíale al brazo, pegado á él como el sable de capitan de una caja de soldados de madera.

De esta suerte, y con el sombrero de copa bien encajado, dió algunos pasos frente á su casa, se paró, chupeteó el puro, golpeó levemente con los dedos el gaban para limpiarse la ceniza del cigarro y aguardó mirando al extremo de la calle.

A pesar de lo resueltamente que de su casa habia salido, quedóse un momento como á merced de la indecision, tal como si no tuviera punto determinado al que dirigirse.

Dejaba á Julia aburrida leyendo en su gabinete cerca de una mesa redonda con tapete color grana con dibujos oscuros y á la claridad de una lámpara de pantalla gris.

A la media hora la mujer de Juan quedaria probablemente dormida; el ama mecia la cuna del niño en la alcoba inmediata, y la hija mayor, Luisilla, niña de seis años, hacia papelitos con unas tijeritas de bordar, llenando con ellos un cenicero de bronce.

Le habian dado á Juan tentaciones de quedarse jugando con la niña; y el caso era que hasta al dia siguiente, á las seis de la tarde, no volveria á verla, porque á ella la llevaban muy de mañana al colegio y él no volvia sino ya noche de su oficina. La verdad era que casi, casi, se detiene y se queda á disfrutar del parloteo gracioso de la niña, dejándola que jugasen sus deditos con su larga barba rubia y sintiendo los besos de su pura y fresca boquita ó cubriendo con la suya sus tersas sienes.

Hasta le acometió, por un momento, el dolor de dejar sola por tantas horas á la pobre Julia y más disponiéndose á hacerla... una traicion.

Debió de haberse quedado en casa.

Julia se lo habia rogado dulcemente, tan dulcemente que, á pesar del sentido de las palabras, más que un reproche parecia formular con su voz una tierna súplica.

—¿Sales?—le habia dicho con tristeza,—¡qué fastidio! ¿A qué hora vendrás?

—¡Oh, tarde, muy tarde!—contestó el hipócrita mostrándose como gravemente apesadumbrado por el rigor de sérios compromisos.—Un pícaro negocio me jaqueará toda la noche.

—Mira, papá,—habíale dicho Luisita, continuando con su vocecilla delicada una relacion emprendida á los postres y ántes de que alzaran los manteles,—es una muñeca tan bonita... ¡Si vieras, la venden con su baul mundo y *todo*, como si viniera de un largo viaje! Carolina tiene otra igual. Por supuesto, que trae mucha capota y mucho traje de lujo... pero poca ropa blanca, pocas camisas.. ¡No, como yo tuviera una muñeca, ya la cuidaria... y la querria mucho!

¡Cuidarla, quererla mucho, ensayo primero de maternidad!

Al oir esto fué cuando Juan quedó como arrepentido de intentar la escapatoria: aquella suave luz, aquel calorcillo confortable de una chimenea en que se agitaban las llamas y chisporroteaban los leños de encina, aquella dulce velada, cerca de la bondadosa mujer y oyendo hablar de sus ilusiones á la niña, que de un rinconcillo hacia un hogar y de una muñeca un sér amado, dejáronle perplejo un momento, pero la tentacion punzó con vivo deseo. Sintió la espina venenosa recrudeciendo la herida... y se dispuso para salir... y salió.

El reloj de la estancia á golpes acompasados y fuertes quedóse diciendo al ver que aquel hombre despreciaba las horas de dicha que se le ofrecian:

—Ton-to, Ton to, Ton-to!

II

Juan asaltó el tranvía, entró y sentóse junto á un grueso señoron y á una recompuesta señora.

Habia cedido á la tentacion y se dirigia á casa de Estrella, una amiga antigua á la que no habia vuelto á ver desde dos ó tres meses ántes de su matrimonio; ya casado, no debia permitirse aquella locura, pero la moral en tan extremado rigor era una ridiculez; además, la moral, estrecha segun la edad y segun el sexo, no le habia de ceñir á él como á una mujer ó á un niño: Juan era un hombre de mundo.

Estrella estaba muy guapa; cierto que tal mujer no podia inspirarle sentimiento alguno, pero resucitaba los turbulentos dias de su época de soltero.

Tenia un cutis blanco, tentador, una mirada atrevida, buen cuerpo, y hacíale gracia á Juan hasta el osado gesto y el ostentoso continente de la alegre muchacha.

Estrella le habia sonreido y le habia citado; seria ridículo hacerse pasar por marido gazmoño, además...además... Echóse á reir y se encogió de hombros, como gozando en verse á sí mismo un poco malvado.

Reparó en las caras de los compañeros del viaje de calle á calle; eran los de siempre; miró por entre los cristales é hizo por ver por dónde llegaba ya el coche. Un señor grueso, colocado cerca de él, se revolvia en su asiento, y una señora de veinticinco alfileres, remiraba por todas partes en demanda de admiradores; dos negociantes al



DESPUES DE LA NEVADA, cuadro por H. Werner



PRO PATRIA, dibujo por L. Roca

extremo opuesto, hablaban en alta voz de sus asuntos, y enfrente un caballero iba muy embobado oyendo la charla de una niña, su hija sin duda.

Juan pensó que debia llevar un regalillo á Estrella, una cosa de diez ó doce pesetas, una friolera.

De pronto sus ojos, que habian repasado los anuncios pegados á los cristales y bajo los ventiladores, se fijaron en un anuncio de cromo que representaba una niña con una preciosa muñeca al brazo.

Esto le impresionó, pues le trajo á la memoria el deseo de Luisilla.

¡Pobre Julia! ella era muy buena, y él un grandísimo pillastre.

Vuelta á fijar la atencion en la niña y la muñeca del cromo.

Costaban mucho las tales muñecas, lo ménos cuatro duros, y despues, esto era alimentar caprichos supérfluos.

Entónces le pareció oir la voz de la niña que le repetia:

—¡Si yo tuviera una muñeca, la querria tanto!..

Una muñeca para cuidarla y quererla...

De pronto saltó como á resorte, Juan, y del estribo bajó con rapidez á la calle, en tanto el tranvía se alejaba á perderse hácia la Puerta del Sol.

III

¡Ay, qué remona y emperejilada, qué talle tan reducido, qué pié tan chiquitin, qué carita tan redonda, qué mejillas tan sonrosadas, ojos rasgados como los de una andaluza, pestañas largas como las de una escocesa, que se las arrancan cuando son chiquitas para tenerlas, segun dicen, más hermosas despues! Vaya, que la tal dejábase admirar de las gentes, tenia porte de señora, lujo de cortesana; era una pícara coqueta que no pensaba más que en sí misma y mirándose en un espejuelo pequeñito aguardaba, sin duda, algun caballero caprichoso y espléndido... estaba de conquista.

Era casi una duquesa, tenia expresion de remilgada y de presumida, pero lucia un traje primoroso, un abrigo-visita de gran lujo y una capota de gusto. ¿De dónde habria venido aquella pícara, ladrona de voluntades? ¿de Paris, de Viena? ¡Quién sabe! tal vez de Pinto, que hay quien por darse tono asegura que acaba de llegar de Lóndres y es un recien llegado de Carabanchel.

Lo cierto es que bien pronto halló un galan que la conquistó y se la llevó en un coche; el conquistador era Juan, que la envolvió en un papel y la guardó en el bolsillo.

IV

—¿Ya estás aquí?

—¿No me ves?

—¡Papá!

—¡Hijo, no te esperaba y nos íbamos á acostar!.. ¡Qué gusto, qué sorpresa, mi querido Juan!

—No me agradezcas que haya vuelto tan pronto, pero me he hallado en la calle una señorita abandonada... y me la he traido conmigo.

—¿Una señorita?—exclamó Julia adivinando algo.

Luisilla miró á su padre, llena del más vivo asombro.

Pero llegó á su colmo éste y al mayor extremo su regocijo cuando vió ante sí la magnífica muñeca... ¡Una hijita, una hijita á quien limpiar, coser, asear, aleccionar... amar, en una palabra!

—¡Ah, picaron, nos has engañado agradablemente!—dijo Julia, y asintió á esto un poco avergonzado Juan, sólo que manifestó que habia hecho un despilfarro... ¡le habia costado cuatro duros!

—¡Bah, son nuestros más vivos goces!—exclamó Julia,—justo es que se paguen una vez en la vida. Despues de todo, los únicos vicios que pueden tener los padres se han de cifrar en los placeres de los hijos.

¡Mamá, se llamará Juanita, y papá será su padrino!..

Esbozo oscuro, señal que indica borrosamente algo en el porvenir, juguete que muestra la cadena indefinida por la cual una familia se continúa en otra que la sucede... El que escapa de esta ley puede volver á ella ante el profundo sentido que una niña presta... á la muñeca de sus ilusiones.

Y es cierto; los únicos vicios de los padres se han de cifrar en los placeres de los hijos.

JOSÉ ZAHONERO

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

(Conclusion)

Desde las doce de la noche del dia anterior al de mi llegada, Juanilla presentia mi proximidad como el ave amedrentada presiente la proximidad de la borrasca. La materia, dormida todo el año, despertaba entónces ardiente y frenética, ahogábanla incomprensibles ánsias, y su alma, atormentada por el vértigo, aspiraba al placer como el alma del poeta aspira en sus sueños á la inmortalidad.

Los primeros serán los últimos; los últimos serán los primeros. Juanilla, encendida en el fuego de una pasion desbordada, no pudo resistir las seducciones de D. Diego de Mendoza, y cuando yo, al sonar la última campanada de las doce en el reloj del pueblo inmediato, llegué envuelto en las sombras al cuarto de mi amada, ví que otros brazos estrechaban su seno, que otro corazon, que no era el mio, palpitaba con los paroxismos del placer junto al suyo.....

Tú sabes lo que son los celos del hombre; pero ignoras lo que son los celos de los espíritus infernales. El pesar que entónces sentí sólo puede compararse con el que me produjo la espada flamígera de Gabriel al precipitarme herido y condenado en el abismo de los dolores eternos. Temblé, temblé de ira, y todas las pasiones diabólicas se alborotaron en mí, como se alborotan las olas del mar cuando el huracan las sacude. Hubiera querido vengarme allí mismo de mi amada, inocente y culpada á la vez, y del mortal que se interponia en el camino de mi dicha; pero, ¡eran cristianos y no podia luchar con ellos frente á frente!

Deseoso, sin embargo, de satisfacer mi encono, salí, rápido como el pensamiento, de la habitacion de Juanilla, y me dirigí de un vuelo á la de D. Diego de Mendoza. Penetré en ella, silencioso é invisible; despues adopté la forma y el traje del hombre que habia lastimado mi orgullo y ¡quedé vengado!

Cuando al amanecer del nuevo dia, tu madre se encontró sola, y supo que su marido no habia llegado aún, se creyó víctima de una alucinacion.

Pasados nueve meses de esta singular aventura viniste al mundo. D. Diego acogió tu nacimiento como un don del cielo y una esperanza para su familia; yo, como el fruto de una venganza....

Lleno de estupor escuché la tremenda relacion del diablo sin atreverme á ponerla en duda, porque un secreto presentimiento me lo impedia. Era tan extraño cuanto me habia sucedido desde mi encuentro con el demonio que, mi razon confundida, en vano habria pretendido discernir lo verdadero de lo falso. Combatido por los más opuestos pensamientos, callé; pero mi silencio reflejaba bien claramente la incertidumbre de mi espíritu, mi turbacion y mi vergüenza.

¡Ay! despues, cuando supe con todos sus pormenores las peripecias por que habia pasado mi carne mortal, me convencí de la verdad que encerraba la triste historia de mi nacimiento.

—Ya no deberá maravillarte,—me dijo el diablo al cabo de una breve pausa,—el interés que por tí me tomo: al fin eres mi hijo y debo velar por tu educacion. Quiero que seas bueno, porque no deseo verte abrumado con el infortunio que pesa sobre mí, ni me disgustaria, mira si soy franco, tenerte en el cielo de corresponsal.

Al decir esto se sonrió casi imperceptiblemente, y en seguida añadió variando de tono:

—Hijo mio, hoy por hoy no puedo darte más que consejos. Desde que los gobiernos se han dedicado al tráfico de hombres, mi poder ha disminuido en la tierra y ya no compro, porque en el mercado social nada tengo que ofrecer, ¡ni siquiera una condecoracion! Mas obedéceme y serás relativamente dichoso áun en medio de tus mismos pesares; en vez de mirar á los mortales con odio los mirarás con lástima y te persuadirás de lo dignos que son de compasion. ¿Habrá alguno entre ellos que ignore el precio del llanto?

Grandes son los desengaños y decepciones que todavía te esperan; pero no te desanimes. ¡El desaliento es sólo propio de las almas débiles! Vive y confia. El dolor es la escala de Jacob; los ángeles al descender por ella se convierten en hombres; los hombres al subir se trasforman en ángeles. ¡Desgraciado de aquel que desconfiado ó tímido se detiene en la mitad de su carrera!

Si la muerte sirviera para algo, te aconsejaria que pusieses término á tu existencia; si fueras el único sér infortunado, mi mano jamás te alejaria del borde de la tumba; pero la muerte es estéril, y son muchos los que lloran en el mundo. Cuatro dias has permanecido sin poder apreciarlo, porque en la eternidad el tiempo no tiene medida, separado de tu cuerpo, y no has sido más venturoso en la region de las almas, que en la region de los hombres.

Cuantos os sintais heridos por los golpes de la fortuna, debeis, ántes de pedir al suicidio un refugio contra el rigor de la suerte, emplear vuestras fuerzas en combatirla y vencerla. El triunfo del mal no puede ser eterno, porque entónces yo seria Dios; alguna vez reinará sin contradiccion el bien sobre la tierra, áun cuando sea preciso para apresurar su advenimiento que trabajeis sin tregua ni descanso, y sin la esperanza de premio. No arrastreis una vida inútil ó culpada, porque ántes ó despues os abrumará la desesperacion y llevareis eternamente el torcedor del remordimiento, que es implacable, pues si la misericordia de Dios otorga muchas veces el perdon al alma contrita, la conciencia inflexible nunca perdona.

La humanidad no es desventurada, ni perversa por naturaleza, no: casi todos sus dolores ó crímenes provienen del medio social en que se desenvuelve. Tratad, pues, de modificarlo, contribuyendo en cuanto esté de vuestra parte á la santa obra de la regeneracion, y habreis cumplido con un deber sagrado.

Los dolores que os proporcione el cumplimiento de este deber, sólo serán el sello de vuestra grandeza. La roca que se asienta en medio del Océano, revela su fortaleza cuando las tempestades la combaten, y el gemido de las olas que se estrellan á sus piés, es el himno con que el mar celebra su propio vencimiento.

Si en alguna ocasion os cansais; si vuestro vigor se debilita ántes de haber terminado la áspera faena que debeis realizar, volved la vista atrás y mirad lo que habeis andado. Interrogad á los siglos pasados, y ellos os dirán con elocuencia consoladora cuántas heridas se ha curado ya la humanidad, cuántas lágrimas vertia en otro tiempo que ahora no vierte...

¡Animo pues, hijo mio, ánimo! No vaciles en tus creencias, y los tormentos que sufras serán ménos vivos, pues yo mismo, si pudiera tener fe, seria dichoso. ¡Pero no la tengo!

—Entónces,—le pregunté indignado,—¿para qué me aconsejas?

—¡Para que no me creas!—me contestó riendo sarcásticamente.

Quise replicarle; pero pensad cuál seria mi sorpresa cuando observé que ya no estaba á mi lado: habia desaparecido sin dejar más huella tras sí, que el eco prolongado de su fria y sardónica carcajada.

Agitado por tan opuestas sensaciones, mi cerebro debilitado se turbó, lancé un grito y perdí el conocimiento.

—¿Y no volviste á ver á tu buen padre el diablo?

—¡No!

—¿Y qué te sucedió despues?

Iba á decíroslo, cuando me has interrumpido.

La ciencia del médico, los cuidados de las hermanas de la caridad y el vigor de mi naturaleza, me devolvieron prontamente á la vida, y logré verme, al cabo de cuarenta dias, á pesar de mis hondas preocupaciones, en estado de salir á la calle. Disponiame á hacerlo, cuando me dieron á entender que estaba preso, acusado de tentativa de suicidio, y como las pruebas de mi culpa eran innegables, fuí sentenciado á tres meses de prision menor. Con mortal desasosiego pasé en la cárcel el tiempo de mi condena. Pensando sin cesar en Elena á quien habia visto llorar por mi muerte, forjábame mil sueños de amor y felicidad, y creia, ¡loco de mí! que sólo las paredes de la prision me separaban de las concepciones de mi deseo.

Cuando recobré la libertad, corrí desalado á casa de Elena. Hallábase ésta en compañía de un mozalbete con quien, segun supe andando el tiempo, mantenia ilícitas relaciones, y me recibió con esa política fria y ceremoniosa que parece estar diciendo:—V. me estorba, desearia que V. se marchase cuanto ántes, y no volviera más.

Al principio me desconoció, lo cual se explica fácilmente. Las heridas me habian desfigurado por completo, y el color violáceo que mis cicatrices presentaban entónces, me daban un aspecto, no sólo desapacible, sino repugnante. La poesía de mi suicidio desapareció para aquella mujer ante la fealdad de mi rostro, y varias veces sorprendí una sonrisa de soberano desden en sus labios sonrosados, donde sólo debia albergar el beso. No queriendo prolongar por más tiempo situacion para mí tan penosa, adopté el prudente partido de marcharme, y ahogándome el llanto me despedí de mi primero y último amor. ¡Ay! apénas habia traspuesto los umbrales de la sala, cuando oí una carcajada que me aterró y la voz dulce é insinuante de Elena que decia:

—Este muchacho desde que hizo la calaverada ó la farsa de querer matarse, no sólo se ha vuelto feo, sino estúpido.

Tan inesperado golpe me desconcertó, y tuve que apoyarme en la pared para no caer al suelo. Pronto la ira y la vergüenza reanimaron mis fuerzas y huí de aquella casa fatal, forjando en mi acalorada fantasía mil planes de pueril é inútil venganza, que despues he olvidado.

No habia aún convalecido de este desengaño, cuando me fué preciso pensar en los medios de proporcionarme la subsistencia. Estaba exhausto de recursos, el poco dinero que me habia mandado mi madre, alcanzó sólo para pagar algunas deudas y cubrir los gastos de mi manutencion en la cárcel; de suerte que mi situacion iba siendo desesperada. Acudí á mis amigos y me recibieron indiferentes ó desdeñosos; llamé á la puerta de cuantos parecian haberse interesado por mí en el breve período de mi muerte y nadie me hizo caso; importuné á los editores, que quizás habrian publicado mis obras con gran encomio si me hubiera quedado en el otro mundo, y no encontré en ellos más que egoismo y desamparo.

Para merecer los favores de la sociedad luchaba yo con un inconveniente. ¡Vivia!

Entónces maldije á mi padre, desprecié sus consejos, y falto de paciencia, resolví gastar la vida en el bullicio de la crápula: me reuní con vosotros, dignos representantes de la juventud dorada, fruto podrido ántes de haber madurado, arrastré mi ingenio por el lodo, comercié con mis opiniones, me abracé al escándalo como á una querida, y manché, en fin, mi corazon con el contacto del vicio...

Cambié mi porvenir de gloria, por un presente de productiva infamia, y no teniendo valor suficiente para ser mártir de la honra, busqué otro nuevo martirio: ¡el martirio de la prostitucion moral!

Yo sí que puedo decir desde el abismo de mi corrupcion: ¡Oh padre mio! ¿por qué me has abandonado?...

Pero ¿qué es esto? ¿Os habeis dormido? ¡Borrachos, la orgía os ha vencido! ¡Triste de mí, que ni en la vida, ni en la muerte, ni en el dolor, ni en el placer, puedo encontrar descanso!

G. NUÑEZ DE ARCE

ESTUDIOS PRÁCTICOS

SOBRE LA MARCHA DEL HOMBRE

Los andarines, los buenos corredores, los saltadores ágiles no son tan sólo hombres dotados de aptitudes especiales ó que, á causa de ejercicios frecuentes, han adquirido mucha fuerza muscular y mayor resistencia para el cansancio; son tambien *prácticos*, es decir, que en virtud del trabajo inconsciente que acompaña á todo acto repetido con frecuencia, han encontrado poco á poco el medio de economizar sus fuerzas produciendo la mayor suma de efecto





TATUAJE, ó pintura del cuerpo de los indígenas de la Oceanía (copiado de una fotografía)

posible. Y aunque todo el mundo tenga la pretension de saber correr y andar, hay algunos andarines y corredores que no hacen ningun esfuerzo inútil, y arreglan el compás y la longitud de su paso, segun que la etapa sea larga ó la marcha rápida.

Estos prácticos son incapaces de comunicar el secreto de su habilidad, pues ni ellos mismos lo conocen, por no haber reflexionado acerca de unos actos que en cierto modo ejecutan maquinalmente. Pero se puede sorprender este secreto, y con este objeto se preparan algunos experimentos y análisis en la estacion fisiológica establecida en el Parque de los Príncipes, en Paris, bajo la direccion de M. Marey, siendo posible esperar que desde el momento en que se conozcan bien los caracteres del ejercicio en cuestion, será posible enseñar de una manera metódica los principios de la marcha, de la carrera, del salto y, en general, de todos los ejercicios del cuerpo.

Considerada la cuestion de la marcha del hombre desde el punto de vista militar, tiene especial importancia, pero tambien ofrece dificultades especiales. Como los ejercicios del soldado no son exclusivamente peculiares de hombres escogidos, sino que han de practicarlos toda clase de individuos, deben estar regulados para jóvenes de fuerza y vigor medianos. La experiencia es la única que debe decidir en semejante asunto, y por esto se ha fijado despues de laboriosos ensayos la longitud del paso del soldado, el compás de su marcha, y la carga que debe llevar, para utilizar sus fuerzas del mejor modo posible.

Pero si se considera que las diferentes naciones militares no tienen costumbres semejantes por tal concepto, y que en una misma nacion se introducen de vez en cuando modificaciones en los reglamentos militares, fuerza será deducir de esto que todavía no se conocen bastante las leyes fisiológicas del trabajo del hombre.

Por este motivo se han emprendido en la estacion fisiológica ántes citada experimentos destinados á completar las nociones que se tienen sobre las condiciones más favorables de la marcha y la carrera. Como la dificultad de estos estudios estriba en el gran número de observaciones que requieren, en la atencion incesante y en la paciencia casi sobrehumana que necesitan, se ha apelado á ciertos aparatos para que asuman la fastidiosa tarea de inscribir las particularidades de cada observacion individual, dejando únicamente para el experimentador el trabajo de deducir de ellas las conclusiones generales.

Uno de dichos aparatos es el *odógrafo*, merced al cual se puede inscribir la marcha del hombre, anotando con exacta fidelidad la velocidad del paso, su mayor ó menor regularidad, su número y longitud, y por último las modificaciones que los caracteres de la marcha experimentan por efecto de ciertas influencias

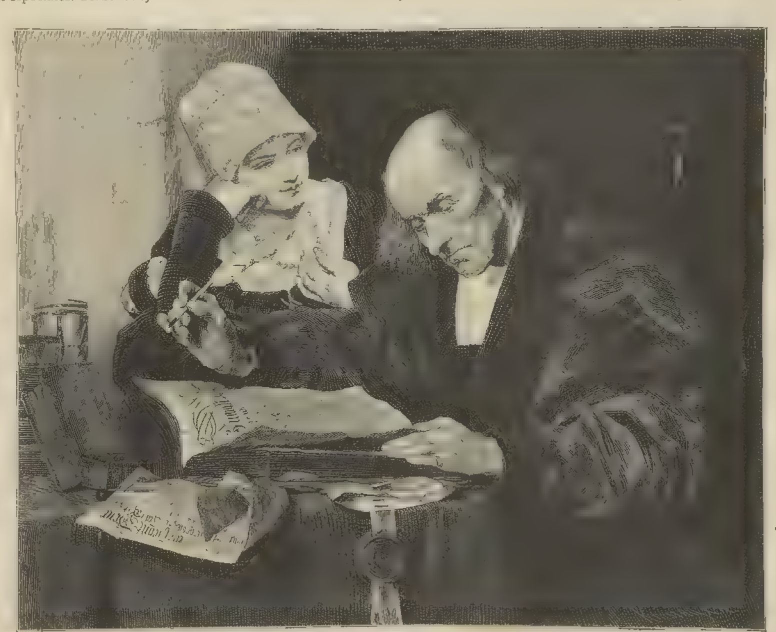
La figura 1 representa un hombre corriendo por una pista de pruebas y los aparatos que inscriben los caracteres de su marcha. La comunicacion entre el hombre que se mueve libremente en una pista circular de medio kilómetro de circunferencia y el aparato anotador instalado en una mesa de laboratorio se establece por medio de una serie de señales eléctricas muy inmediatas entre sí.

Con este objeto, hay al rededor de la pista una línea telegráfica cuyos postes distan 50 metros unos de otros; y en cada poste está colocado un aparato interruptor que trasmite una señal en el momento preciso en que el hombre pasa por delante de él.

En efecto, el corredor encuentra en todos ellos su camino interceptado por una varilla horizontal (fig. 2) que cede á la menor presion, pero que no se puede desviar sin que produzca una interrupcion en el circuito de la línea telegráfica, interrupcion que da lugar al movimiento de un lápiz que traza una raya en un cilindro giratorio forrado de papel, denotando cada una de estas rayas que el andarin acaba de recorrer 50 metros.

El mecanismo del interruptor eléctrico es muy sencillo; la varilla está situada perpendicularmente sobre un tubo de cobre que gira alrededor de un eje vertical: este tubo está cortado oblícuamente en su parte superior, sobre la cual descansa una pieza movible en sentido vertical, que por abajo presenta una superficie oblicua en sentido inverso al de la precedente. Todo movimiento lateral impreso á la varilla hará que corran uno sobre otro los dos planos inclinados y que se levante la pieza movible superior, levantamiento que produce la rotura del circuito. A este fin, un muelle horizontal que descansa en un boton metálico establece delante de los postes un contacto que se interrumpirá siempre que la pieza movible levante el muelle, interrupcion que ocurrirá cuantas veces se desvíe la varilla, cualquiera que sea la direccion que el hombre siga al correr por la pista. Tan luégo como haya pasado éste, la varilla recobra por sí misma su posicion primitiva por efecto de los planos inclinados comprimidos uno contra otro, y al mismo tiempo se restablece la corriente momentáneamente interrumpida. Cuantas veces pase el corredor por delante de un poste tropezando con una varilla, otras tantas ocurrirá una nueva interrupcion.

La corriente de un solo elemento de pila recorre toda la línea telegráfica, y si observamos el trayecto de la figura 1 vemos que, partiendo de la pila, pasa á la cogolla del



FIRMANDO UNA SENTENCIA



EL ANDARIN AL PASAR POR DELANTE DE UN POSTE DE LA LÍNEA TELEGRÁFICA, OCASIONA UNA INTERRUPCION DE LA CORRIENTE Y HACE FUNCIONAR EL ODÓGRAFO.

primer poste telegráfico, baja por este poste, atraviesa el contacto que forma en el aparato interruptor el resorte ó muelle que descansa en un boton metálico, vuelve á subir á la cogolla del primer poste, desde la cual sale para pasar á la del poste núm. 2, atravesando en este del mismo modo el aparato interruptor. Cuando sale la corriente del último poste, entra en el laboratorio, atraviesa el electro-iman del odógrafo y vuelve á la pila. Miéntras el circuito está cerrado, el electro-iman, fuertemente atraido, sujeta un aparato de relojería que lleva el lápiz trazador; pero á cada rotura de aquel, el referido electro-iman se separa, deja un momento en libertad las ruedas, y poniéndose estas en marcha, hacen que avance el lápiz sobre el papel.

Bastarán algunas indicaciones para explicar cómo funciona el odógrafo. El cilindro forrado de papel gira con uniformidad, impelido por un aparato de relojería metido en una caja cerrada que está colocada en el extremo de su eje. La velocidad de esta rotacion es tal, que pasa por delante del lápiz medio centímetro de papel por minuto.

Además, el lápiz cuya punta sostenida por una palanquita de metal descansa en la parte superior del cilindro, se pone en movimiento siempre que la corriente de la línea sufre una interrupcion. A este fin, la pieza que hace mover el lápiz paralelamente á la generatriz del cilindro está atravesada por un tornillo que, en conexion con una rueda del aparato de relojería metido en la caja, está siempre en disposicion de girar. Compréndese que la rotacion de este tornillo da lugar al movimiento de la pieza que lleva el lápiz, y por consecuencia al de éste sobre el papel. Pero el tornillo tiene dos orejitas que se enganchan en la armadura del electro-iman é impiden el movimiento del mismo tornillo. Cuando ocurre una interrupcion de la corriente, quedando en libertad este tornillo, empieza á girar, pero como el paso del andarin por delante del interruptor dura poco y el circuito se cierra casi al punto, el hierro dulce del electro-iman es atraido de nuevo, y cuando el tornillo haya dado media vuelta, su segunda orejita se enganchará á la armadura de aquel. Por consiguiente, el lápiz avanza á cada rotura de la corriente una cantidad igual, que corresponde á la mitad de la longitud del paso del tornillo, ó sea á un milímetro.

Despues de una marcha ó de una carrera queda trazada en la hoja de papel una línea sinuosa, en la cual el tiempo se cuenta en el sentido horizontal en que los minutos equivalen á medio centímetro. Los trechos recorridos se cuentan en el sentido vertical, y cada nueva ascension de la línea corresponde á una desviacion del lápiz, es decir, á la rotura de la corriente de la línea por el andarin que pasa por delante de un poste.

Mediante el estudio de estas curvas, se han podido reunir datos exactos sobre los caracteres de la marcha y conocer, ya los efectos de la excitacion que en ciertos hombres es causa de que aceleren la marcha durante los primeros cuartos de hora, ó ya los del cansancio que, más ó ménos tarde y de un modo más ó ménos marcado, la acortan. La marcha de algunos individuos es de regularidad sorprendente, lo cual se conoce en la rectitud perfecta del trazado odográfico.

Por el contrario, cualquiera irregularidad en esta rapidez se echa de ver en las inflexiones de la línea, la cual sube cuando la marcha se acelera, y baja cuando se acorta.

Tal es la disposicion experimental empleada en la Estacion fisiológica para estudiar las distintas influencias que modifican la velocidad de la marcha; influencias que consisten principalmente en la carga que se ha de llevar, en la forma del calzado, en la rapidez del compás de la corneta que regula el paso de los soldados, etc. Estos experimentos están en vías de ejecucion, y aún habrá de trascurrir mucho tiempo ántes de que terminen; pero han dado ya resultados bastante interesantes.

Como acabamos de decir, la forma del calzado influye en la velocidad de la marcha. Para averiguar cuál sea la más conveniente, M. Marey ha mandado construir botinas cuyo tacon se compone de tapas de medio centímetro, y que se pueden sobreponer en número variable para tener un tacon que varíe entre $^1/_2$ y 6 centímetros. En una serie de marchas sucesivas hechas con tacones de alturas decrecientes, se ha observado que la velocidad aumentaba conforme disminuia la altura del tacon, resultado que dependia de un aumento en la longitud del paso.

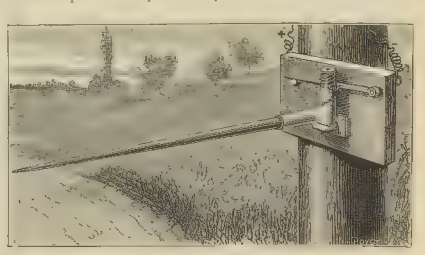
Haciendo pruebas con varias suelas, cortas, medianas ó largas, se ha visto que el paso se alarga y que se acelera la marcha cuando la longitud de la suela es mayor que la del pié. Pasando de cierto límite, que no se podrá precisar sino despues de muchas pruebas, la prolongacion de la suela ocasiona una fatiga notable y molesta la marcha.

El compás del tambor y de la trompeta regula el paso del soldado en marcha, y cuando se quiere que la tropa la acelere, se acelera el compás, y el número de pasos efectuados en un tiempo dado es mayor. Pero ¿se sigue de aquí que la rapidez de la marcha aumenta en la misma proporcion? Vamos á ver que el problema es muy complejo y que la aceleracion del compás de la marcha aumenta la rapidez de esta hasta cierto compás próximo á 80 pasos por minuto; pasado este límite, el aumento en la frecuencia del paso ocasiona una disminucion en dicha rapidez.

Para conocer esta influencia del compás, hay que añadir á los aparatos ántes descritos otro que regule con precision absoluta el número de pasos que se den por minuto. Un péndulo representado en la parte superior y á la izquierda de la figura 1 interrumpe á cada oscilacion la corriente de una fuerte pila que hace funcionar un timbre situado en el centro de la pista y en una armazon elevada para que se oiga bien desde todos los puntos de aquella. El andarin no puede ménos de regular su paso á los sonidos del timbre, de suerte que al cabo de cierto tiempo el número de pasos dados será exactamente igual al de las oscilaciones del péndulo. Un cursor que corre á lo largo de la varilla del péndulo da á este un número de oscilaciones determinado exactamente de antemano para cada una de sus posiciones.

Asignando á la marcha un compás lento, como de 40 pasos por minuto, y aumentando en seguida progresivamente la rapidez de este compás, se ve que se recorre un mismo número de kilómetros en espacios de tiempo desiguales, segun el compás del paso.

Los hermanos Weber, célebres fisiologistas alemanes, suponian que los pasos eran más largos á medida que el compás se aceleraba. Pero esta fórmula es demasiado general, y si es cierto que en una marcha algo rápida la aceleracion del compás aumenta la longitud del paso, cuando aquella es mayor acaba por acortarla.

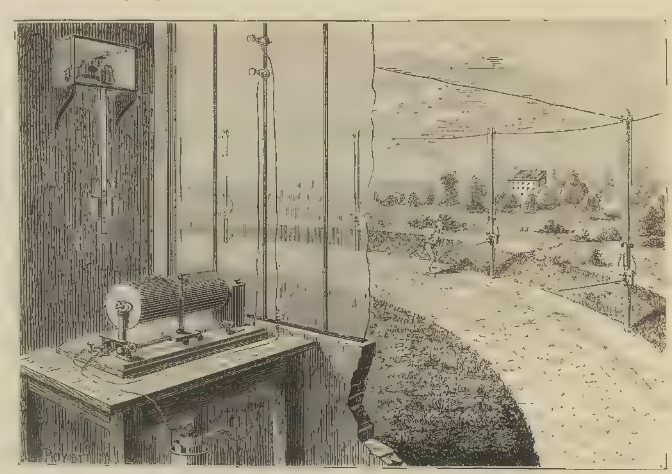


DETALLES DE CONSTRUCCION DEL INTERRUPTOR

Pero se dirá: ¿cómo se puede apreciar la longitud del paso en estos experimentos? Esta longitud se deduce simplemente del número de oscilaciones del péndulo durante una vuelta entera á la pista que representa una distancia perfectamente conocida. Pues bien, la experiencia ha demostrado que la aceleracion progresiva del compás ocasionaba en la longitud de los pasos notables modificaciones, y que si el de 60 hasta 80 pasos por minuto aumenta en efecto la longitud susodicha, á partir de esta última cifra la aceleracion produce un resultado contrario.

Se ha podido determinar la razon física de esta disminucion en los compases muy rápidos, mas para exponerla seria menester descender á detalles que prolongarian con exceso este artículo, cuyo único objeto ha sido demostrar que los métodos rigorosos de la fisiología pueden servir para el perfeccionamiento de los actos más usuales de la vida.

M. A.



DISPOSICION GENERAL DE LOS EXPERIMENTOS SOBRE LA MARCHA EN LA ESTACION FISIOLÓGICA DEL PARQUE DE LOS PRÍNCIPES EN PARIS

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromo-litografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 2 DE MARZO DE 188[illegible] — NÚM. 166

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

TIPO DE BELLEZA (reproduccion fotográfica por el método Meisenbach)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

TIPO DE BELLEZA

(reproduccion fotográfica por el método Meisenbach)

¡Bien haya el progresivo desarrollo del arte fotográfico (podremos exclamar al contemplar esta linda cabeza), que de tan acabado modo sorprende y deja estampada en la madera ó en el papel la expresion del rostro! Y la verdad es que dada la perfeccion de los procedimientos actuales, y en especial el de Meisenbach, no es de extrañar que se obtengan tan notables resultados.

A fin de que nuestros suscritores puedan apreciarlos debidamente, nos proponemos continuar en los números sucesivos la serie de *Tipos de belleza* de que forma parte el que hoy insertamos, todos ellos reproducidos fotográficamente y grabados por el procedimiento indicado, que con tanta fidelidad permite trasladar al papel hasta los menores detalles del objeto copiado.

UNA SOPITA, cuadro por L. Alvarez

Bellísima composicion, que respira carácter local y de época. No hay para qué decir que este cuadro está inspirado en una de las costumbres genuinamente españolas del pasado siglo. La visita de un padre guardian á una noble dama traia indefectiblemente consigo el ofrecimiento del exquisito chocolate, y si por acaso se presentaba en la sala algun gallardo oficial, era de rigor brindarle con otro pocillo ó cuando ménos con una sopita ofrecida por los delicados dedos de la señora de la casa.

Las figuras de este cuadro, que están trazadas de mano maestra, nos retrotraen á aquellos felices tiempos en que las damas, los religiosos y los soldados eran las clases casi exclusivamente predominantes en España. En cuanto al mueblaje del salon y demás accesorios, bien se echa de ver que el artista ha hecho un estudio detenido de ellos para no incurrir en ningun anacronismo.

EN LAS CARRERAS, dibujo por J. Llovera

Otra bonita composicion de nuestro distinguido colaborador artístico el Sr. Llovera, podemos ofrecer hoy á nuestros lectores. En esta, como en todas sus obras, campean esa facilidad en el dibujo, esa delicadeza en los detalles y ese acierto en la eleccion de los tipos que tan apreciables hacen los trabajos de este artista. No creemos necesario proceder á la descripcion del asunto que este nuevo dibujo representa, por cuanto su título y el exámen del grabado lo dan suficientemente á comprender.

EL NÉCTAR GERMÁNICO, cuadro por G. Geiger

Que la cerveza es el licor nacional de las razas germánicas, harto lo demuestra el enorme consumo que de ella hacen, la aficion que por ella tienen jóvenes, viejos, hombres y mujeres, y el prurito de los artistas alemanes por trazar en sus cuadros tipos de bebedores de cerveza, siquiera pueda perdonárseles este afan cuando están pintados con el donaire y maestría con que Geiger ha tratado las figuras de su cuadro. Nosotros, sin embargo, creemos que el líquido en cuestion no puede inspirar bellísimas Hebes, sino á lo sumo coperas terrestres como la vieja de nuestro grabado.

MESTIZAS DE FILIPINAS, dibujo por J. Montano

Cuantas personas hayan visitado nuestro archipiélago filipino, convendrán en que los tipos femeniles presentados en este grabado son la fiel expresion de la verdad. Verdad es que estos tipos están copiados directamente del natural, pudiendo por ellos formarse exacta idea de los caprichosos y pintorescos trajes y tocados de las mestizas filipinas de desahogada posicion, trajes y tocados que tan perfectamente se amoldan á su especial belleza y que tan en armonía están con las exigencias locales y climatológicas del país.

EL MAUSOLEO DE AUGUSTO

La vida en Roma tiene una solemnidad que inútilmente intentareis sentir en ninguna otra parte. Las ruinas yertas os provocan á resucitar los personajes y los acontecimientos históricos que han llenado aquel mudo y tristísimo escenario. Sobre cada monton de piedras lisas y frias, rodadas muchas veces de un lado á otro por las tempestades sociales, no ménos procelosas que las tormentas aéreas y los terremotos profundos, el airecillo deposita varios átomos de tierra vegetal, agarrados á los intersticios, y penetrantes hasta los senos de las esenciales moléculas, que, humedecidos luégo por la lluvia, brotan una corona de cicutas y zarzas, sobre las cuales corren luégo vuestras ideas en tropel, á guisa de las luciérnagas con alas, semejantes por las noches á voladizas chispas y á misteriosos aerolitos. Nada tan melancólico para el alma, pero nada tan revelador de la historia, como uno de estos paseos arqueológicos, en que los tristes y lacrimosos espectáculos de la muerte os provocan á la evocacion de personajes muertos y de ideas extintas. Nunca olvidaré la tarde aquella en que fuí á visitar el mausoleo de Augusto. Despues de haberme detenido unos minutos en la plaza del Popolo, y contemplado las columnas rostradas y las estatuas marmóreas surgiendo por las artísticas laderas del Pincio, tomé la calle Ripetta, una de las grandes arterias romanas, hácia el interior de la ciudad. Y andando por ella, como suelen los viajeros, al acaso, encontré á mi izquierda la calle dei Pontifici, cuyo número cincuenta y siete se denomina Palacio Corea, y en cuyo Palacio Corea se halla un monumento por mil razones famoso, el mausoleo de Augusto.

Apénas lo ví, cuando saltaron á una en mi memoria las páginas consagradas por Suetonio á los funerales del sucesor de César. Los cónsules alzaron el cadáver y los senadores lo recibieron sobre sus espaldas; una estatua de oro, efigie de la victoria, iniciaba el cortejo, y en pos de ella una imágen de Augusto, perfectamente erguida sobre su carro triunfal; á un lado y otro, formando hileras paralelas, en bustos y estatuas, todos los principales ascendientes de la familia imperial, y todos los principales héroes de la historia romana; despues, grandes simulacros y estandartes con los títulos de las leyes dadas y los nombres de las naciones vencidas por Augusto; luégo coros de mancebos y doncellas, pertenecientes á la órden patricia, entonando elegías fúnebres; por último, pretorianos, caballeros, senadores y pueblo en traje de duelo, encaminándose por la cuesta Capitolina, á comenzar la procesion; deteniéndose en el Foro á oir los discursos apologéticos; pasando bajo el arco triunfal y reuniéndose en la Vía Flaminia, por último, sobre la explanada del Busto, ceñida toda ella y ornada de álamos, donde se alzaba una hoguera de leños resinosos y perfumados, realzada por varios ornamentos, entre los cuales se veia un templo circular, y en su centro el lecho, depósito aparejado para el augusto cuerpo, á cuyo alrededor dieron tres vueltas los pontífices, tres los caballeros sobre sus caballos y con sus banderas en las manos, tres los pretorianos que arrojaban sus joyas y preseas, tres la multitud que vertia esencias y aromas; hasta que acercándose Tiberio, su heredero y sucesor, antorcha en mano, pegó á todo fuego, y nubes de aromático humo se esparcieron por los aires, y lluvias de cenizas se precipitaron sobre la tierra, saliendo entre las llamas un águila imperial, en cuyas garras iba el alma del muerto á posarse allá en el Olimpo junto al trono del padre de los dioses.

Hé aquí la tierra, donde reposara el astuto fundador de la horrible autoridad imperial, presentida tan sólo por el genio de César, á quien segara y destruyera el puñal de Bruto. ¿Dónde se halla el basamento de mármol, sobre cuyas piedras cuasi trasparentes alzábase, como sobre un zócalo de cristal bruñido, la colina funeraria? ¿Qué se hizo de aquel Augusto forjado en bronce, y cubierto de láminas áureas, el cual parecia mandar aún en estatua y efigie á la Roma, que habia oprimido en vida bajo su incontrastable voluntad? Los mismos obeliscos, donde brillaban las inscripciones geroglíficas, gigantes testimonios de las victorias romanas en las orillas del Nilo, han desaparecido ambos de allí para erguirse hoy á la puerta de los templos y coronarse con el símbolo cristiano de la cruz bajo el cual resaltan aún más los íbis sagrados, las grullas de largo cuello, los signos de aquel paganismo, término medio entre las ideas panteísticas del mundo asiático y las ideas antropomórficas del mundo helénico, enlazando como anillo misterioso todo un continente con Grecia y ofreciendo un segundo término en el viviente silogismo de los antiguos tiempos y de sus tres edades históricas. Del mausoleo sólo queda en la indestructible puzzolana de Roma las cámaras vacías donde se depositaban los vasos cinerarios. Un moderno historiador de Augusto ha notado con exactitud y profundidad que el mausoleo del Dios se ha convertido en un teatro de vaudevilles, bufos, cancanes y otras farsas. En efecto, miéntras el sepulcro de Adriano se levanta sobre la ciudad, coronado por los blasones de la guerra; y el sepulcro de Cecilia Metela, bruñido por el sol y los siglos, parece crecer y perfeccionarse al cincel de la Historia, ó al paso de la vida; y la pirámide de Sextio aún provoca las miradas de los viandantes, su religioso respeto, en el camino hácia la Basílica de San Pablo; y aquella sublime Vía Apia, circuida por el desierto, que exhala vapores de muerte, entre fragmentos y ruinas de otras edades os arroba en grandes pensamientos; y los túmulos de Horacios y Curiacios, simples montones de argamasa elevados sobre zócalos de piedra, obtienen de la memoria humana los holocaustos debidos al sacrificio y al heroísmo; la tumba del divino Augusto sirve como lugar de reunion á todos los titiriteros, á todos los payasos, á todos los bufones que divierten con sus gestos y con sus dicharachos los más bajos instintos de la romana plebe. Dominad la tierra, daos por un Dios en el Olimpo, vivid recibiendo los homenajes de todos los hombres y la obediencia de todos los pueblos; mandad, relampagueando como las nubes y luciendo como los astros del cielo, para que luégo, en el refugio postrero de la vida, en el asilo de la muerte, allí donde os habiais levantado templos y altares de vuestro culto, vayan á profanaros y á maldeciros turbas de ridículos farsantes que manchen vuestros despojos y turben vuestro sueño. Hay Providencia. Ese hombre descollaba en el arte de engañar; la mentira se prendia á sus labios y el sofisma á su inteligencia; era su política una farsa y su vida una comedia; á la hora de espirar, cuando más necesitado estaba de presentarse desnudo ante la Historia, puesto que desnudo tambien debia presentarse ante la eternidad, arreglaba su tocado al espejo y pedia á sus amigos y á sus cortesanos que reconocieran en él á uno de los más consumados y de los más perfectos comediantes. La posteridad ha oido estos votos. En su sepulcro se representa una farsa eterna. Donde debia reinar el silencio, reina la algazara; donde debian correr lágrimas, corre vino; donde debian subir á lo alto religiosas plegarias, suben ridículas jácaras; donde debian estar de hinojos colegios de sacerdotes, saltan y rien compañías de payasos; por aquellas bóvedas, en vez de fúnebres elegías, resuenan histéricas carcajadas. Comparad las tumbas de los perseguidos, de los humillados, de los pobres, de los mártires; comparad las catacumbas, todas cubiertas de frescos, regadas de lágrimas, henchidas de oraciones, con ese mausoleo profanado por un cancan eterno, y decidme luégo si debe ser terrible para los tiranos la justicia de Dios, cuando es así, tan grave y tan implacable, la justicia del tiempo.

EMILIO CASTELAR

DE VENTANA Á VENTANA

I

El escenario.

Allá, allá arriba; en lo alto de ese patio; en aquellas dos ventanas próximas al cielo y que en los tristes dias del otoño se pierden entre las nubes; allí, en esas dos ventanas, las cuales, una enfrente de la otra, parecen estarse mirando siempre, pues sus vidrieras, heridas por los rayos del sol ó de la luna, semejan dos brillantes ojos cuyos párpados, quiero decir las maderas, unas veces se cierran como si quisieran dormir y otras se abren como si quisieran mirar; en esas dos ventanas, hace ya mucho tiempo, mediaron cosas que merecen ser escritas.

Pertenecia cada una de ellas á dos cuartos distintos que eran, y son aún, los sotabancos de la casa.

En el de la izquierda habitaba una anciana que tenia huéspedes; el de la derecha lo ocupaba una linda muchacha rubia que vivia de sus labores.

La ventana de la derecha, limpia como un espejo, se abria en el muro bajo un marco de verdura compuesta de varias macetas de geranios, claveles y azucenas, sobre las que cantaban, suspendidos de sus jaulas de dorados alambres, dos alegres jilgueros.

Unos blancos y bien almidonados visillos de muselina cubrian los cristales ocultando discretamente el interior del cuarto.

La ventana de la izquierda era más bien un hueco hecho en el muro; los pedazos de yeso colgaban de las jambas ennegrecidos por el polvo y la lluvia; la pintura del marco descascarillada y sin color, dejaba ver las grietas del pino en las cuales la araña habia tendido su flexible tela á manera de embudo; algunos vidrios se hallaban rajados y rotos, y las lacias cortinillas que se extendian sobre ellos eran digno telon de tan ruin y mezquino decorado.

II

Los personajes.

La escalera de la casa, poco despues de haber amanecido, parecia un jubileo.

¡Qué bajar y subir, qué golpear las puertas, qué sonar las campanillas, descorrer los cerrojos y chasquear los pestillos!

Las criadas salian á la compra con sus cestas al brazo, volviendo más tarde rendidas bajo el peso de las viandas; avanzaba el aguador, cuba al hombro, golpeando fuertemente con la madera de sus zapatos la ménos dura de los escalones; abríase paso el mozo de la tahona con el enorme cesto á la cabeza; contrastando con esta blanca mercancía, dorada al fuego del horno, se arrastraba escalera arriba el tiznado carbonero conduciendo al hombro su espuerta de esparto llena hasta los bordes; seguia el hombre del petróleo con la medida de laton en una mano y la lata del mineral en la otra; de puerta en puerta la mujer que recoge la basura y cuyas sucias manos se hermanan y fraternizan con tan ruin oficio; y, por último, entre estas y otras muchas personas que bajaban y subian, saliendo y entrando, la portera que, de piso en piso, armada de todas armas, esto es del trapo del polvo, la escoba, y los zorros, andaba de un lado á otro barre que te barre, sacude que sacude, y limpia que limpia.

De pronto se abrió la ventana de la derecha, y, al ruido que la falleba hizo al girar sobre sí misma, prorrumpieron los jilgueros en mil acordados trinos.

Sonriendo dulcemente asomó entre las vidrieras una cabecita rubia, mostrando en unos sonrosados dedos los miajitas de escarola á cuya vista los pájaros aletearon de gozo.

—Chiquitiin.... moniiin.... pss... pss... tch... tch... Buenos dias tengan ustedes, caballeros, buenos dias. Pobrecitos, probrecitos; no tienen cañamones, ni agua; están muertecitos de hambre, muertecitos. La amita es una pícara, no piensa más que en dormir. Chiquitiin .. moniiin.... pss... pss... .

—¿Qué alegría la de los animalitos! ¡parecen personas!

—¡Ah! ¿es usted, doña Celestina?

—¡Cómo conocen á quien los quiere!

—Chiquitiiin..... moniiin....

—Los animales son muy agradecidos.

—Pss.... pss.

—En vida de mi primer marido, que en paz descanse, tuve yo un gato de Angora; el pobrecito, siempre que me veia triste, no probaba bocado. Los animales son muy agradecidos, muy agradecidos... ¡más agradecidos que algunas personas!

—Y, ¿qué tal, doña Celestina, se trabaja mucho?

—Así, así, hija mia, así, así, y gracias á Dios que no falta. La semana pasada se me marcharon dos huéspedes; ya sólo me queda uno. ¡Ya ve V.! ¡un huésped nada más y con lo caras que están las cosas! Vamos, la digo á V. que vive una de milagro. En fin, quiera Dios que no se vaya tambien D. Toribio, porque ¡ménos es nada!

—¿Quién es D. Toribio?

—El que ocupa este cuarto.

—Quién, ¿ese jóven feo que siempre está triste?

—El mismo, el mismo.

—Es muy antipático ese D. Toribio.

—Pues, mire V., dicen que tiene mucho talento; escribe en los papeles y echa sermones. Vea V. cómo tiene el cuarto, todo lleno de libros en latin; y está siempre estudia que te estudia hasta las tantas de la madrugada.

—Sí, sí; tendrá mucho talento, pero no se lava la cara. Debe ser muy sucio ese señor D. Toribio.

—Pues mire V. lo que son las cosas; en vida de mi segundo marido, que santa gloria haya, conocí yo á un señor de muchas campanillas y posibles, que iba á Palacio á comer con el Rey, y fué su ministro, y tuvo cuanto podia desear; pues mire V. lo que son las cosas, era tan descuidado, tan dejadote, que los pobres más pobres iban más limpios que él.

—Lo creo, lo creo, doña Celestina; hay muchos hombres como esos en el mundo. Chiquitiiin... moniiin... ¿Os habeis comido la escarola, eh?.... ¡pss!... ¡pss!..... Cómo quieren á su amita, cómo la quieren....

De la ventana del tercero salió diciendo una voz de sochantre.

—¡Ay! vecina; ¡quién fuera pájaro!

—¡Vaya un capricho!... y, ¿para qué?

—Para tener alas y volar al lado de V. y vivir en esas jaulas picando esos deditos.

—Já... já .. já...

—¿Se rie V. de mí, vecina?

—¡Tiene V. unas cosas!

—¡Si V. supiera!....

—Já.... já... já...

—¡Y qué boca tan rebonita pone V. cuando se rie!

—Já... já... já... es V. muy chistoso.

—Y V. muy retegraciosa y muy...

—¡Don Anselmo!

—¿Quién anda por el tejado?

La ventana de Anselmo estaba precisamente debajo de la que ocupaba doña Celestina.

—Soy yo—dijo la vieja echándose de bruces en el antepecho.

—¡Ah, es V.! Creí que maullaba un gato.

—Já... já... já. .

—¡Qué buen humor tiene V., vecina!

—Yo soy así.

—Como á mí me gustan las personillas.

—Prefiero vivir alegre.

—Somos del mismo parecer.

—No siempre se ha de estar triste.

—Si necesita V. de mis consuelos...

—¡Quién sabe!

—Sepa V. que soy suyo desde los piés á la cabeza.

—Es V. muy galante.

—Usted todo se lo merece, vecina.

—Tantas gracias.

—Don Anselmo.

—¡Zape!...

—Já... já... já...

—Diga V , vecinita, ¿le gusta á V. el teatro?

—¡Ya lo creo!

—Doña Celestina.

—¿Qué manda V., D. Anselmo?

—¿Tendria V. inconveniente?..... ¿Cómo se llama V., vecina?

—Angela.

—Ya me presumia yo que era V. un ángel del cielo. Doña Celestina.

—¿Qué se ofrece?

—¿Tendria V. inconveniente en acompañar á Angela esta noche al teatro?

—Con mucho gusto, D. Anselmo, con mucho gusto. ¡Ah! me muero por el teatro. En vida de mi tercer marido....

—Abuela, déjelo V. para luégo; son las once y tengo que ir al ensayo. Vecina, ¿me da V. permiso para subir esta tarde á su habitacion á entregarla los billetes?

—Es V. muy dueño.

—Hasta la tarde.

—Que sean de anfiteatro.

—Siendo para V. serán de gloria. Hasta luégo, vecina.

—Y yo no soy nadie.

—Adios.... mi Celestina.

—Adios, buena pieza.

A los pocos instantes Anselmo bajaba las escaleras cantando á media voz,

No enseñes en la playa
Las pantorrillas.....

—¿Quién es ese caballero del tercero?

—Un cómico que canta en la Zarzuela.

—¡Es muy simpático!

—Pues vea V. lo que son las cosas...

—¿Qué?

—En vida de mi tercer marido ....

—Ahí sube su D. Toribio de V.; hasta la noche;—dijo Angela cerrando de golpe las vidrieras.

III

La oruga.

Caida la cabeza sobre el pecho, una mano escondida en la abertura del gaban y la otra entre las páginas de un libro, subia Toribio lenta y pausadamente los escalones.

Era Toribio hombre de 30 años de edad, mediana estatura, cráneo abultado, grandes orejas y barba y ojos negros. Desaseado, sucio y mal pergeñado, vestia un gaban lleno de manchas y de polvo, arrugado y raido, el cual caia sobre unos pantalones sin color, rotos en los bajos y de salientes rodilleras; su sombrero hongo de castor mugriento era acabado y digno remate de aquella figura á quien sustentaban un par de botas de becerro sin betun ni brillo, pero en cambio descosidas y agrietadas. La camisa, que, á pesar de la legía, habia perdido su primitiva blancura, asomaba deshilachada y negra por el cuello y las muñecas formando caprichosos flecos.

Al entrar en su cuarto, y no bien hubo cerrado la puerta, Toribio arrojó el libro sobre la mesa y se sentó en una de las dos únicas sillas que tenia, las que, con un catre de tijera, un baul, un palanganero de tres piés, y una percha de dos horquillas, eran todos los muebles que ocupaban aquella habitacion.

Sobre la mesa se veian amontonados hasta dos docenas de libros, varios cuadernos de papel rayado y un tintero de muelles sin tapa.

Así que Toribio se hubo sentado se quitó el sombrero y, con la manga del gaban, limpióse el sudor que le corria por la frente; despues, la oruga se arrastró hasta la mesa y comenzó á hojear volúmenes.

Espinosa, Descartes, Kant, Hegel, Krause...

A la caida de la tarde, cuando más abstraido se encontraba en el estudio de la *Crítica de la razon pura*, dieron unos golpecitos en la puerta á los que acompañaron estas palabras:

—¿Se puede?

—Adelante.

—¿Se estudia, eh?—dijo Angela apareciendo en la habitacion.

—Sí, señora;—murmuró Toribio sin moverse de su asiento.

—¡Ah! ¿no me conoce V.?

—No recuerdo....

—Soy la vecina del sotabanco de enfrente.

—No sabia....

—Con el permiso de V.—interrumpió Angela adelantándose hácia donde estaba Toribio, quien, inmóvil y clavado en la silla que ocupaba, no sabia qué hacer y ménos qué decir.

Cuando Angela hubo llegado á la mesa, encorvó su hermoso busto y, poniendo los codos en el tablero, apoyó la cara entre las manos.

—¿Qué lee V.?—dijo con una dulce y amable sonrisa.

—Metafísica—respondió Toribio torpemente.

—Y, ¿qué novela es esa?

—No es novela.

—Pues, ¿qué es?

—Es... es .. es... metafísica

—Á ver, á ver; lea V. un poquito, que yo lo oiga.

Toribio deletreando sordamente:

—Las categorías esenciales del sér, son, por tanto, egoidad, seidad y toteidad; en cuanto el sér es uno, el mismo y todo el que es.

—Y, ¿qué quiere decir todo eso?

—Pues, quiere decir....

—Me gustan más las novelas y el teatro. Allí hay amores, intrigas, muertes y desafíos. ¿V. no ha tenido novia nunca?

—No, señora,—dijo Toribio poniéndose más rojo que una amapola.

—¿Tampoco le gustan á V. las novelas?

—Tampoco.

—¿Ni el teatro?

—Ni el teatro.

—Usted perdone, pero es tener muy mal gusto. Y á propósito; esta noche me llevo á doña Celestina al teatro; volveremos á la una, porque despues de la funcion iremos á tomar chocolate, es decir, si V. no tiene inconveniente en ello.

—Yo....

—Y tambien iremos mañana y pasado, y todos los dias hasta que se acabe la temporada, es decir, si á V. le parece bien. ¿Qué tiene V. que decirme?

—Nada.

—¿Quedamos en que me llevo á doña Celestina?

—Bien.

—El sereno abrirá á V. la puerta de la calle ¿no es eso?

—Como V. quiera.

—Y V. se llevará la llave de aquí arriba, ¿no es verdad?

—Bueno.

—Pues tantas gracias, y V. dispense que haya venido á distraerlo.

Angela se fué, y Toribio quedó como embobado y doña Celestina entró de allí á poco á decir á su huésped que la sopa estaba en la mesa.

Con la cuchara en la diestra, un trozo de pan en la izquierda y el plato bajo la barba, Toribio levantó la cabeza y dijo á su patrona:

—¿Quién es esa señorita?

—La vecina del sotabanco de enfrente.

—¿Cómo se llama?

—Angela.

—¿Qué familia tiene?

—Es sola.

—¿De qué vive?

—De sus labores.

Toribio bajó la cabeza y maquinalmente siguió comiendo la sopa.

IV

Crisálida.

En poco más de dos meses se trasformó Toribio en otro hombre.

Habia estucado la habitacion por su cuenta, las vidrieras tenian cristales de una pieza con sus cortinillas blancas; las maderas estaban recien pintadas y barnizadas; en las paredes del cuarto colgaban grabados de paisaje y figura muy bonitos y todo en él respiraba órden, limpieza, y aseo.

La persona misma de Toribio estaba completamente desconocida: vestia un traje de lanilla nuevo, sombrero de copa alta, botas de charol, blanca camisa y corbata de moda en la cual lucia un alfiler de metal dorado.

Su cara habia blanqueado un tantico, se cuidaba la barba, y, de la frente á la nuca, se dividia el pelo en dos partes iguales sujetándolo con agua y perfumándolo á su vez con aceite de almendras dulces.

Kant, Hegel y Krause fueron sustituidos por Espronceda, Becquer y Zorrilla.

Doña Celestina estaba admirada; no quiso ser ménos que Toribio y le aumentó dos reales de pupilaje.

Tambien habian sufrido alguna alteracion las costumbres del filósofo; apénas salia de su cuarto, y se pasaba las horas muertas asomado á la ventana, no obstante el sol de julio que caia como hierro fundido.

Unas veces miraba al cielo, otras al fondo oscuro del patio, las más á la ventana de enfrente y bastantes al espejo en donde rectificaba el menor desperfecto de su tocado.

La ventana del sotabanco de la derecha se abria raras veces; de dia con motivo del calor, de noche con motivo del fresco.

Angela apénas se cuidaba ya de las macetas y de los pájaros.

Anselmo subia todos los dias á visitar á la vecina; nadie sabia á punto fijo á qué hora se retiraba.

En varias ocasiones Toribio intentó dirigir la palabra á Angela, pero no sabia cómo empezar.

Una tarde, sin embargo, se atrevió á decirla:

—¿Esta V. enferma?

—No señor,—dijo ella secamente, mirando hácia la ventana del tercero como si buscara algo.

—No se la ve á V.

—Tengo que coser.

—No se la oye reir ni cantar....

—No tengo ganas para nada.

—Pues ...

—Buenas tardes; y desapareció dejando á Toribio con la palabra en la boca.

Estas breves y frias escenas se repitieron en varias ocasiones; pero el filósofo no desmayaba por eso.

Clavado á la ventana de su cuarto seguia, dias y noches, mirando unas veces al cielo, otras al fondo del patio, las más á la ventana de enfrente y algunas al espejo.

V

Mariposa

Á fines de setiembre la ventana del sotabanco de la derecha volvió á abrirse de par en par. El dia ántes Anselmo habia abandonado la casa. Toribio, haciendo fuerzas de flaqueza, se atrevió á repetir su eterno estribillo.

—¿Está V. enferma?

—No, mil gracias.

—Pues lo que es triste. ...

—Sí, lo estoy.

—Si no fuera indiscrecion....

Hubo una larga pausa.

—¿La ha ocurrido á V. alguna desgracia?

—Sí señor;—dijo suspirando Angela.

—Y, si se puede saber, ¿qué es ello?

Angela se puso encendida como la grana, y, señalando una de las jaulas, añadió entre dientes:

—El pájaro ha volado.

Con efecto, la jaula estaba vacía.

—Si quiere V. distraerse. ..

—¡Cómo!

—Tengo unas novelas muy bonitas.

—Las novelas me aburren.

—Si V. quisiera ir al teatro....

—Lo aborrezco.

—Tengo tambien las poesías de Espronceda.

—¡De Espronceda!

—Sí, señora; de Espronceda.

—¡Ah! ese autor me gusta mucho.

—La prestaré á V. el tomo.

—Yo no sé leer versos; eso hay que entenderlo.

—Sí, hay que darles expresion, armonía y....,

—Usted debe leerlos muy bien,



UNA SOPITA, cuadro por L. Alvarez



EN LAS CARRERAS, dibujo por J. Llovera

—Tantas gracias.
—Dicen que tiene V. mucho talento.
—Es favor.
—Tendria mucho gusto en oírselos leer á V.
—Si no temiera molestarla....
—De ningun modo.

Toribio desde aquel dia hizo la tertulia á Angela; la timidez de aquel, la belleza de ésta y el trato de ambos fueron los cómplices de un amor puro, inocente y desinteresado.

Espronceda fué el *Galeoto* de estos amores que en breve bendijo la Iglesia.

El dia ántes de la boda Angela puso en el correo la siguiente carta:

«Anselmo: Has huido despues de haberme engañado.

»La infinita misericordia de Dios se ha compadecido de mí y me ha dado un esposo bueno y honrado.

»Todo ha concluido entre los dos; la ausencia y el silencio pueden todavía devolver á mi ánimo la tranquilidad y la calma; nada más te pido. Adios para siempre.»

Así sucedió con efecto: Toribio y Angela vivieron dichosos, que la felicidad de la vida, cuando no es el perdon de nuestras culpas y pecados, está basada, las más de las veces, en el error y en la mentira.

FÉLIX REY

SOLITA

Novela de costumbres

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

I

La protagonista

Dice Plinio que Marco Tulio Ciceron *hacia cosas dignas de escribirse* y *escribia cosas dignas de leerse*. Como yo estoy persuadido (sin necesidad de que nadie me lo advierta) de que á mí no me sucede lo mismo que al célebre orador romano, siempre que comienzo un libro ó una obra dramática es tal la desconfianza que de mí se apodera que temo decir lo contrario de lo que me he propuesto.

Los años traen consigo la reflexion, la madurez, el recelo, y disipan esa espuma del cerebro que lo poetiza todo en la primavera de la vida y que no se detiene ni áun ante lo absurdo.

Hoy el análisis, ese procedimiento que sirve para descomponer un todo separando ó subdividiendo las partes que lo constituyen y examinándolas una á una para llegar á conocer sus principios ó elementos, está al alcance hasta de los niños de 12 años, nueva generacion hambrienta de ciencia y de saber que sucederá á la presente con gran ventaja, si es que Dios no dispone otra cosa.

Los Aristarcos y los Zoilos abundan por todas partes, y no es extraño que á los escritores nos tiemblen las carnes cuando despues de largas vigilias y no pocos trabajos terminamos una obra literaria y la damos á luz para recreo y solaz de los ménos y motivo de crueles censuras de los más.

El libro ó la obra dramática cae en las potentes garras del dominio público que á su antojo lo despedaza sin que pueda el padre intelectual defender á su hijo de las desolladuras que recibe, porque el escritor no es otra cosa que un pobre viajero que pasa su vida bordeando un lago sin fin en donde abundan multitud de mal intencionados mosquitos que se complacen en asaetearle la delicada epidermis.

No hay hombre pequeño, si tiene buen sentido, que no se lamente de su poca talla, por lo ménos cuando se encuentra solo consigo mismo. ¿A quién no le gustaria elevarse tres codos por encima de las cabezas de sus contemporáneos? Sólo los hipócritas niegan este deseo siempre vivo en el corazon lleno de debilidades de la criatura.

Pero ¡qué diantre! es preciso resignarse con la talla que á cada uno le ha tocado en suerte, porque la naturaleza sábia y previsora así lo ha dispuesto al crear una escala gradual que comienza en el atomo y acaba en el sol.

El mismo soplo divino que fecundiza el hisopo, diminuta planta que crece en las grietas de los muros, da vida y fragancia al gigantesco cedro que perfuma las cumbres del Líbano; pero todos no podemos ser potentes cedros literarios de lozana y majestuosa vegetacion y por tanto nos resignamos á ser pobres y raquíticas plantas como el hisopo que no da sombra alguna en el jardin de la inteligencia.

Bien sabe Dios que, como ha dicho nuestro maestro el inmortal y nunca bien ponderado Miguel de Cervantes Saavedra, yo quisiera que este libro fuese *como hijo del entendimiento el más hermoso, el más gallardo y el más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la órden de naturaleza que en ella cada cosa engendra su semejante.*

¡Ah! desgraciadamente al que estas líneas escribe no le sucederá como al autor de *Galatea*, cuyos deseos se realizaron con creces, y que pasmó al mundo con *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.*

Pero comencemos pidiéndole á Dios que nos preste su ayuda, que buena falta nos hace, para referir con algun acierto la historia que nos ocupa, que precisamente por lo sencilla presenta más dificultad y necesita de toques más delicados

Lloraba una niña amargamente llevándose con frecuencia sus pequeñas manecitas á los ojos para limpiarse las lágrimas que oscurecian la luz de sus pupilas, y al mismo tiempo que lloraba hacia heróicos esfuerzos para no perder de vista una camilla, que dos hombres de blusa y gorra con chapa de metal, conducian á paso largo por la calle del Salitre en direccion á la de Santa Isabel.

Como la niña apénas contaba cinco años de edad y sus piernecitas no eran tan largas como las de los mozos hospitaleros que llevaban la camilla, miéntras ellos daban un paso se veia obligada la infeliz rapaza á dar tres y por eso segun iba perdiendo camino se iba redoblando su amargo llanto, pues la amargura es propia de todas las edades.

Como una niña que llora no es cosa *del otro juéves* para llamar la atencion de los transeuntes, nadie se fijaba en el desconsuelo de aquella pobre criaturilla; porque las lágrimas son una cosa tan comun, tan corriente en este pícaro globo terráqueo, que lo extraño, lo inverosímil es vivir y no llorar, sobre todo siendo mujer, esa débil mitad del género humano á la que le cupo la peor parte en el *reparto vecinal.*

La pobrecita heroína de nuestra fábula subia ya fatigada por la calle del Salitre cuando los hospitaleros, cargados con la camilla, torcieron á la derecha por la de Santa Isabel, y temiendo perderlos de vista, redobló su marcha con tan mala fortuna, que fué á tropezar de lleno con el vientre de un caballero de cara de vinagre, de cejas salientes, de nariz hundida y de boca con todas las líneas y predisposiciones propias de un perro *bulldog.*

El caballero, que salia de un portal, y en el cual el mal humor debia ser una perpetuidad de sus condiciones morales, cogió bruscamente á la niña por un brazo, y sacudiéndola de un modo nada suave y sin respetos á la debilidad, le dijo, con malhumorado acento:

—¿Qué manera de andar por las calles es esta, bribona?

—Suélteme V., señor, que se llevan á mi padre,—exclamó la niña, haciendo un esfuerzo para desprenderse de aquellas manos de hierro que la sujetaban.

—A la Prevencion sí que te voy yo á llevar para que te impongan el correctivo que mereces,—añadió el hombre agitando sus mandíbulas como el perro de presa que se dispone á morder y sacudiendo por segunda vez á la niña como si fuera un sonajero.

—Por Dios, suélteme V., ya no veo los hombres que se llevan á mi padre.

Y efectivamente, los hospitaleros se habian perdido de vista: las lágrimas se redoblaron en los ojos de la pobre niña y fijando sus enrojecidos ojos en aquel hombre de adusto semblante que la fatalidad colocaba ante su paso, dijo con acento doloroso:

—Me hace V. daño... Ya no veo á mi padre...

El señor de las cejas y el hocico saliente empujó con brutalidad á la pobre niña ántes de soltarla y murmuró:

—Vete al diablo; Madrid está lleno de gente perdida; todas estas chicuelas vagamundas no son otra cosa que alumnas de la Cárcel Modelo.

Y clavando con ferocidad sus pequeños y verdosos ojos en la aterrada niña, continuó su camino.

Este señor se llamaba D. Restituto Molinero y era un pólipo humano que vivia chupando la sangre de sus coetáneos, especie de guarismo con pantalones y gaban, que desde antaño tenia encendidas dos velas ante su santo favorito, la usura.

Pero dejémosle caminar calle abajo por la del Salitre y volvamos á encontrar á la protagonista de nuestra historia.

La pobre niña, repuesta un tanto del miedo que el malhumorado señor le habia causado, echó á correr de nuevo, pero al llegar á la calle de Santa Isabel buscó en vano la camilla; no vió nada: los mozos hospitaleros habian desaparecido, la infeliz muchacha quedó aterrada, sus ojos de serafin, llenos de lágrimas, giraron en todas direcciones, y como su infantil y perturbada imaginacion no podia darse cuenta de ciertas cosas, se arrimó á la pared y continuó llorando, porque cuanto más pura y virginal es el alma, más cantidad de lágrimas atesora.

Así pasó el tiempo: quizá la niña abrigaba la esperanza de que su padre pasaria por allí, pero la esperanza, esa fuerza secreta que nos reanima, ese perfume purísimo que fortalece el corazon, para algunas criaturas que nacen selladas por el infortunio suele desvanecerse áun en esa edad de las ilusiones y los sueños de color de rosa.

Vivir es sufrir, como ha dicho el filósofo, y para muchos el sufrimiento comienza en la cuna y con una tenacidad cruel les acompaña hasta el sepulcro.

Para esta familia de desgraciados la existencia es una vía dolorosa, y sólo en la hora de la muerte les ilumina un rayo de sol, porque para ellos morir es descansar

Gran conocedor de las perturbaciones y penalidades de la vida debió ser aquel á quien se le ocurrió decir por la primera vez, *bien vengas mal si vienes solo*, porque recibir con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios un mal ó una desgracia, sólo puede hacerlo el que esté calafateado por el dolor y sepa, por experiencia propia, que la vida de la criatura no es otra cosa que un *más* perpetuo, interminable, eterno, que redobla las fatigas de nuestro anhelo y que todos esperamos sin advertirlo.

Pero volviendo á la pobrecita niña, diremos que sucedia el *caso* en una tarde del mes de diciembre, y que, como en esta época del año las tardes son cortas, se hizo de noche, por lo cual entónces, llenos de sombras y de lágrimas los ojos, la niña dirigia una triste mirada en derredor sin poder explicarse lo que buscaba.

Los pájaros y los niños pierden su proverbial alegría durante las horas de la noche, porque para ellos la oscuridad no solamente es el período del sueño, sino del sobresalto y de los temores.

Los niños temen á esa fantasma imaginaria que no han visto nunca, que les hace temblar y enmudecer y que ellos llaman, con su encantadora media lengua, *el coco;* y los pájaros temen, con más fundamento, á esas alevosas aves nocturnas de vuelo silencioso y perspicaz mirada que les dan caza traidoramente y que luégo celebran sus festines entre las tinieblas.

La pobre niña, aunque no era su edad la más á propósito para entregarse á esa meditacion serena que hace brotar la luz en el cerebro en los momentos de conflicto, pensó que, arrimadita á la pared donde estaba, no podia pasar la noche, y que además sentia hambre y frio, dos impresiones que ella no podia definir con la belleza de estilo de Víctor Hugo, pero que no por eso dejaba de sentir á la una agitarse malhumorada en el estómago y al otro extenderse por todo el cuerpo como un flúido desconsolador, porque saben todos los que desgraciadamente han tenido hambre y frio, que el hambre se reconcentra y el frio se extiende.

La inaccion es un poderoso auxiliar para que el frio sea más insoportable, y la niña, sin explicarse el porqué, se puso en movimiento y comenzó á bajar la calle del Salitre á buen paso en direccion á San Lorenzo.

¿Dónde iba? la pobrecita lo ignoraba; caminaba á la ventura abrigando sus manos, amoratadas por la falta de calor, debajo de los brazos y llorando siempre sin encontrar un alma caritativa que le preguntara el motivo de aquellas lágrimas.

Así anduvo más de dos horas, atravesando calles y calles. Sin duda la pobrecita buscaba su casa sin encontrarla; su pasado era corto, puro como el crepúsculo matinal; su débil imaginacion buscaba por todos los rinconcitos de su memoria algo, y buscando este algo, que ella no podia encontrar, dieron las once de la noche y la fatiga y el hambre la obligaron á caer desfallecida junto al batiente de piedra de un portal.

Allí se redujo todo lo que pudo, replegándose en el quicio de la puerta; encogió las piernecitas para abrigar un poco los helados piés con el vestido, pero la falda era demasiado corta para conseguir su objeto. Cerró los ojos y pensando, sin duda, en su madre, se quedó, más bien que dormida, aletargada por el hambre y el frio.

¡Pobre niña!... Si al ménos hubiera tenido un compañero de infortunio, una amiga en la desgracia á quien poderse arrimar, se hubieran prestado mutuamente el calor de sus cuerpos, como hacen muchas veces esas infelices criaturas que viven en medio del arroyo y pasan las noches en los quicios de las puertas, hacinadas las unas sobre las otras para preservarse de la intemperie.

Este triste cuadro se contempla muchas veces en las crudas noches de invierno, y se forma mal concepto del país donde semejantes cosas suceden, porque los niños, que por su debilidad debian inspirar una predileccion á los gobiernos, son desgraciadamente los que se ven más abandonados.

Un niño lo aprende todo con facilidad, y de seguro que nada bueno puede enseñarle el abandono y la miseria.

Pero volviendo á la pobrecita niña que nos ocupa y cuya historia nos hemos propuesto narrar, es indudable que aquella noche se hubiera muerto de frio y de hambre, pues el termómetro marcaba tres grados bajo cero á las cinco de la tarde, á no velar por ella la Providencia, esa eterna remediadora que se encarga de ser madre amorosa de los desgraciados, como verá el curioso lector si tiene paciencia para leer el capítulo que sigue.

II

El protagonista

Se llamaba Aurelio Valflorido, tenia 36 años de edad, ojos grandes, azules, cabellos rubios y el rostro hermoso como el de un arcángel.

Su figura era esbelta, sus modales distinguidos y en su semblante se hallaban reunidos todas esas líneas, todos esos tonos suaves que emplea un pintor de genio para trasladar al lienzo la perfecta expresion de la bondad y el sufrimiento.

Aurelio era músico, y músico de talento; pero como el carácter constituye la fortuna del hombre, Aurelio no tenia carácter para hacerse rico, y así es que, á pesar de haber recorrido toda Europa como maestro de canto, gran profesor de violin y compositor de una docena de sinfonías que se ejecutaban con gran aplauso en el mundo musical, nuestro héroe vivia en una modesta posicion si bien se hallaba relacionado con lo más escogido de la sociedad madrileña.

Aurelio era un perfecto soñador, y sabido es que en este mundo material y positivo los soñadores medran poco y la fortuna les vuelve la espalda, haciéndoles una mueca de desprecio.

Se decia en voz baja que Aurelio habia amado con todo su corazon á una mujer y que esta mujer se habia complacido con un refinamiento y una crueldad increibles en arrancar una por una todas las delicadas fibras del corazon del maestro compositor.

A pesar de esto, el alma de Aurelio era tan hermosa, tan bella, que se conmovia ante el menor gemido.

Debemos decir que nuestro héroe miraba á las mujeres con cierta prevencion, como el hombre que tiene fundados motivos para no esperar nada bueno de ellas; sin embargo, esta prevencion, esta desconfianza, las reservaba en el fondo de su pecho y nunca sus labios pronunciaban palabras ofensivas para el bello sexo, tratando siempre á las mujeres con la galantería y la buena educacion á que está obligado todo hombre bien nacido.

Como Aurelio era un hombre hermoso y de talento,



EL NÉCTAR GERMÁNICO, cuadro por G. Geiger

con grandes condiciones para brillar en sociedad, algunas mujeres le demostraban sus simpatías de un modo harto significativo y entónces el maestro procuraba de un modo fino y delicado convencer á las *interesadas* de que él se habia propuesto no amar más que á la música y á los pobres niños desvalidos que la casualidad colocaba ante su paso.

Y efectivamente, Aurelio tenia verdadera adoracion por todos esos pequeñuelos que viven en el paraíso de la inocencia, perfumando la tierra con la virginidad de sus sonrisas; y muchas veces el maestro compositor se quedaba contemplando sus inocentes juegos y solia decirse en el fondo de su alma:

—Parece imposible que esos ángeles con el tiempo se conviertan en demonios.

La caridad, esa primera y hermosa virtud del alma, se hallaba encarnada en el corazon del buen músico y la practicaba siempre que tenia ocasion.

(Continuará.)

LOS GRANDES INVIERNOS

I

El invierno.—Periodicidad de los grandes inviernos.—El período de los 40 años de Renou.—La lista de inviernos de Renou.—El gran período de 130 años.—La lista de Köppen.—Grandes inviernos ántes de J. C.—Cuarenta dias de nieve en el Foro de Roma.—El invierno de 210 ántes de J. C.—Los frios de la Armenia.—Carga de caballería en el mar.—Los hielos del mar Negro y del Bósforo.—Los inviernos del siglo IX.—El Nilo helado.—Cinco meses de nieve.

Emplea la Tierra un año en dar su vuelta alrededor del Sol, y durante este tiempo sucédense en cada comarca unas tras otras las cuatro estaciones, segun la oblicuidad con que llegan los rayos del gran astro y no por lo que varíen las distancias que de la Tierra le separen.

Pero es claro, que reproduciéndose todos los años con exacta uniformidad las posiciones relativas del Sol y de la Tierra, y dependiendo de estas posiciones el calor del verano y el frio del invierno, estos debian ser constantemente iguales para cada comarca, es á saber, todos los inviernos con la misma intensidad de frio, con los mismos hielos, con las mismas nieves, etc., y todos los veranos con el mismo calor y los mismos ardores.

Mas no sucede así, pues el correr de los años suele traer de cuando en cuando inviernos tan rigurosos por lo crudos que quedan como memorables en la tradicion y en la historia. Otro tanto acontece con los veranos.

¿Cuáles pueden ser las causas que influyen en las diferencias que de un año á otro se observan en la misma estacion y en una misma comarca? Muchas de seguro; que la accion de los rayos solares se modifica muy notablemente, con el distinto avance hácia el Ecuador, de los hielos polares flotantes en el mar, con el estado de diafanidad, ú opacidad de la atmósfera, con la movilidad de esta, con los trabajos del hombre en los bosques, pantanos, lagos, ciudades, páramos, etc.

Pero de todos modos, se observa cierta repeticion extraña en la presentacion de los inviernos rigurosos, por lo cual, además de las circunstancias indicadas que explican indudablemente las diferencias que de unos inviernos á otros se observan, hay seguramente alguna general, de la que resulta el que de tiempo en tiempo se presente un *gran invierno*.

Ahora bien, los meteorólogos han estudiado con empeño la cuestion de si existe ó no periodicidad en la presentacion de inviernos crudos, pero la verdad es que hasta el presente no hay más que conjeturas y aproximaciones, á causa principalmente de carecer de datos científicos positivos, para fijar la verdadera intensidad del frio en los inviernos de los siglos pasados.

* * *

Segun Renou, los inviernos rigurosos no están distribuidos en el trascurso de los tiempos de un modo irregular, sino que forman grupos separados por períodos de 20 años sin inviernos crudos. Los inviernos que componen cada uno de estos grupos se distribuyen, pues, alrededor de un invierno excesivamente riguroso, al cual denomina el meteorólogo mencionado, *invierno central*. Estos inviernos centrales están separados unos de otros por intervalos de 41 años precisamente, pero además de estos inviernos extremadamente crudos se han presentado en los períodos intermedios algunos otros tambien de bastante notoriedad.

Hé aquí, segun estos conceptos, la lista de los inviernos rigurosos desde el siglo XV hasta el presente; los grandes inviernos centrales van designados por cifras más gruesas.

AÑOS

1400	1508	1595	**1665**	**1748**	1802
1416	1511	1603	1670	1754	1820
1420	1512	1608	4672	1755	1823
1422	1524	1616	1677	1757	1829
1432	1538	1621	1695	1758	**1830**
1458	**1542**	**1624**	1696	1763	1838
1460	1544	1625	**1707**	1766	1841
1464	1548	1633	1709	1767	1845
1469	1565	1636	1716	1768	1870
1490	1571	1638	1729	1776	**1871**
1494	1572	1656	1740	1784	1877
1499	**1582**	1658	1742	**1789**	1879
1500	1584	1660	1745	1795	1880
1503	1591	1663	1747	1799	

Y efectivamente, los años que quedan indicados se han hecho memorables por sus crudísimos inviernos.

Otro meteorólogo, H. Köppen, de Hamburgo, ha publicado otra lista de inviernos rigurosos, comprendiendo por tales aquellos en que se ha hecho muy notable la duracion del frio; en que se han helado los lagos de Suiza, los rios principales de la Europa central, ciertas partes del mar del Norte y del Báltico, y algunos puertos del Mediterráneo; inviernos durante los cuales el historiador ó comentador que de ellos haya tratado, lo haya hecho siempre comparándolos á otros ya memorables por su crudeza y duracion.

Con este criterio y atendiendo á numerosísimos datos suministrados principalmente por los trabajos de Pilgram, Pfaff, Arago, Sonklar, Botte y Kopp, ha formado el referido Köppen una lista aún más completa que la de Renou, y en la cual designa generalmente los inviernos rigurosos, por el año en que terminan.

AÑOS

462	**1216**	**1514**	1680
605	1225	1518	**1684**
717	**1234**	1534	**1695**
764	**1236**	**1544**	1697
822	1257	1548	**1709**
860	1269	**1565**	**1716**
864	1272	1568	1726
874	1276	1570	1729
880	1282	**1571**	**1740**
881	**1305**	**1573**	1744
893	**1316**	1587	**1755**
913	1318	1594	1760
928	**1323**	1595	1763
975	**1363**	1599	1766
991	**1392**	1600	**1767**
994	1407	1601	**1768**
1020	**1408**	1603	1771
1044	1420	**1608**	**1776**
1047	1422	1612	**1784**
1060	**1423**	1621	1785
1074	1432	1622	1789
1076	**1434**	**1624**	1795
1077	**1435**	1635	1799
1124	1442	1638	1814
1125	**1443**	1655	1830
1126	1458	**1658**	1843
1133	1460	1660	1852
1145	1490	**1665**	1855
1157	**1491**	**1667**	1870
1179	1492	**1670**	1875
1210	1503	1674	1879

Segun Köppen, los grandes inviernos están separados por períodos de 130 años, pero durante estos grandes períodos hay otros períodos intermedios de presentacion de inviernos crudos, si bien no tanto como los grandes inviernos de cada 130 años.

Estudiando Koppen cuál pueda ser la causa de esta periodicidad en la presentacion de los inviernos crudos, ha hecho notar que estos coinciden generalmente con los años en que se presentan el maximum de manchas en la superficie del Sol, y con los años en que se presenta el minimum.

* * *

Pero haya regularidad ó no en la presentacion de los grandes inviernos, y sea cualquiera la causa ó combinacion de circunstancias que hagan que de tiempo en tiempo los inviernos sean más rigurosos, es lo cierto que la historia menciona años en los que por el rigor y duracion del frio, por sus desastrosos efectos sobre los animales y las plantas, por la abundancia extraordinaria de hielo y nieve se ha advertido notoriedad bastante para que la humanidad guarde memoria de ellos.

De los inviernos rigurosos presentados en tiempos muy antiguos sólo se tienen noticias por alguna circunstancia muy notable, mencionada por los autores coetáneos. Así del invierno del año 271 ántes de Jesucristo se sabe que fué tan riguroso que la nieve duró *cuarenta dias* hasta *una altura prodigiosa* en el Foro de Roma; 61 años más tarde, cuando con motivo de la segunda guerra púnica pasó Aníbal con su ejército desde España á Italia, por las Galias, le cogió, segun la relacion de Tito Livio, uno de los inviernos más abundantes en nieves que se habian conocido hasta entónces en España, en las Galias y en Italia, siendo atroces los sufrimientos de los soldados de



MESTIZAS DE FILIPINAS, dibujo por J. Montano

Aníbal, y sólo comparables á los que tuvieron que soportar los *diez mil griegos* en su famosa retirada desde Cunaxa hasta el Ponto-Euxino, cuando les sorprendió el frio en las montañas de la Armenia, ó los que destruyeron el gran ejército de Napoleon en la célebre y trágica retirada de Rusia el año 1813. Al mismo tiempo que Aníbal su fria los rigores del frio en Francia y en Italia, los ejércitos de España no lo pasaban mejor; Scipion sitiaba la ciudad de los Ausetanos junto al Ebro; los pobladores no tuvieron más defensa que oponer á los soldados romanos que la que el extremo rigor del frio les proporcionó. Treinta dias duró el sitio, durante los cuales, los cuatro piés de nieve que cubrian las montañas y el mismo campo de los sitiadores imposibilitaban todas las maniobras y protegian la plaza contra los ataques y fuegos lanzados por los de fuera.

El invierno del año 177 ántes de J. C. fué tambien de los más rudos, segun el testimonio de Tácito. El ejército romano, que hacia la campaña en el Asia menor, país templado y hasta cálido, tuvo que soportar frios tan terribles, que los soldados quedaban muertos en las guardias, ó perdian sus miembros completamente helados al trabajar al aire libre. Algo más tarde, 66 años ántes de J. C. se presentó otro invierno tan crudo, que llegaron á helarse los rios y los mares hasta en los puntos más meridionales de Europa; Strabon cita el caso curiosísimo, referente á aquel invierno, de que allá en el Oriente uno de los generales de Mitrídates desafió y batió á la caballería enemiga, sobre la superficie helada de la *Palus Meótides*, es decir, del mar de Mármara, precisamente en el mismo sitio en donde fueron en otra ocasion vencidos en un combate naval.

* * *

Ya en la era cristiana los primeros inviernos rigurosos de que se hace memoria son los de los años 401, 544, 559, 670, 717, 762 y 763. En 401 la superficie del mar Negro se heló por completo; las pintorescas y animadas costas de la Macedonia y del Asia menor presentaban el mismo aspecto que las frígidas y solitarias regiones polares; las de ordinario cálidas regiones donde se asientan Salónica y Constantinopla sufrieron los rigores del clima propio de la Laponia y la Siberia; y al sobrevenir el deshielo, durante más de un mes, los grandes témpanos de hielo procedente del mar Negro, bajaban flotando al mar de Mármara ni más ni ménos que sucede en el mar del Norte cuando los enormes *icebergs* procedentes de los mares polares, descienden flotando hacia las costas de Escocia y de Noruega.

El invierno del año 544 fué tan riguroso, que se helaron casi todos los rios de las Galias y de la alta Italia, áun los de más pendiente; una espesa capa de hielo y nieve cubrió largo tiempo toda la Europa, y los pájaros y la mayor parte de los animales libres se dejaban coger á mano sin la menor resistencia. En 559 los búlgaros, pasando sobre el Danubio, completamente helado, invadieron la Tracia y llegaron hasta los arrabales de Constantinopla. En 566 y 670 la nieve fué tan abundante y tan duradera en la mitad meridional de Europa, que innumerables animales quedaron muertos de frio y de hambre por todas partes; en Constantinopla y comarcas vecinas, el tiempo fué verdaderamente polar por lo crudo. Lo mismo ocurrió en el invierno del año 717; la mayor parte de los caballos y camellos del ejército de los sarracenos que sitiaban á Constantinopla, perecieron de frio. En 762 volvióse á helar por completo el mar Negro, montañas flotantes de hielo cruzaban el mar de Mármara; una espesa capa de nieve, de veinte codos de altura, segun los cronistas de la época, cubrió despues los témpanos contribuyendo á retardar el deshielo y á hacer más largo y continuado el invierno. En 763 el mar de Mármara se llegó á helar tambien por completo, además del mar Negro, de modo que á un lado y á otro del Bósforo se extendió enorme capa blanca y rígida de hielo y nieve; heláronse los rios de la alta Italia y de la Galia, cayendo en alguno de los parajes de estas regiones hasta una capa de nieve de diez metros de altura.

* * *

Los inviernos del siglo IX de que hacen mencion las relaciones de aquel tiempo, son los de los años 822, 823, 829, 843, 860, 874, 887 y 893. Casi todos ellos se hallan en la lista de Köppen, en la cual se indican el 822, el 860 y el 874 como de los más rigurosos.

Efectivamente, en el invierno del 821 al 822 todos los rios de las Galias y de Germania estuvieron completamente helados más de treinta dias, hasta el punto de poderlos atravesar y áun seguir su curso, utilizándolos á modo de carreteras, á caballo y con carros, trineos y otros vehículos. Sobrevino despues el deshielo de repente ocasionando grandes inundaciones en todos los campos y ciudades de las riberas. Al año siguiente, en 823, las víctimas ocasionadas por el frio fueron tambien innumerables.

El invierno del 829 debió ser de los más rigurosos; en toda la region mediterránea se sintió un frio verdaderamente polar; entónces fué cuando el patriarca de Antioquía, Dionisio de Talmhra, en su expedicion á Egipto con el califa Al-Mamun, encontró el Nilo helado.

En 843 hubo gran mortandad en toda Europa por causa del frio, pero mayor fué aún en el gran invierno del 860; entónces se heló el vino en las bodegas, congelóse la superficie del Adriático y las lagunas de Venecia se convirtieron en mercados y en hipódromos, por donde circulaban mercancías y cabalgatas.

En 874 tres cuartas partes de Europa quedaron durante cinco meses cubiertas por la nieve; la gente se encontró aprisionada todo este tiempo en los poblados, sin caminos, sin comunicaciones y sin nada; los animales perecian por todas partes en los campos; los bosques envueltos en la nieve estuvieron medio año inabordables, y ni leña ni caza pudieron proporcionar; sólo en las Galias, segun Fulde, pereció la tercera parte de la poblacion.

Del siglo X el invierno más memorable fué el del año 975, que figura en la lista de Köppen como uno de los más crudos, y en efecto las nevadas duraron en las regiones templadas de Europa hasta el mes de mayo.

Los grandes inviernos desde el año 1000 en adelante merecen artículo aparte.

DOCTOR HISPANUS

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromo-litografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 9 DE MARZO DE 1885 — NÚM. 167

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

TIPO DE BELLEZA (reproduccion fotográfica por el método Meisenbach)

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La magia antigua y la magia moderna.—Cuando se huyó la fe se marchó el diablo.—Hermann.—La leyenda del diablo prestidigitador.—La última novela de Pereda.—Anuncios literarios.—*Andalucía.*

Las viejas artes de la magia han desaparecido del mundo, y ya no constituyen el terror de los crédulos, motivo de consejas en la plebe, ni el pasto de las fantasías exaltadas; sino que congregando al público en la sala de un teatro, sirven no más que para entretener tres horas de una noche, con las sorprendentes pero explicables combinaciones del escamoteo y la prestidigitacion. Macallister y Hermann I se dirigieron á un público más confiado y más propenso á lo fantástico que este público ante el cual se presenta en el teatro de la Zarzuela de Madrid Hermann II, hermano del que hizo ilustre el apellido y paseó por todas las cortes de Europa su ciencia diabólica y asombró á los rusos y á los napolitanos, á los vecinos de Varsovia y á los del Cairo con la suerte de las peceras escamoteadas en la estrecha manga del frac y con las adivinaciones de cartomancía y cabalística.

Eran, sí, otros tiempos aquellos los en que Macallister y Hermann I andaban por la tierra: habia mucha fe en los corazones y un *parti pris* de credulidad que se anteponia al deseo de buscar la maravilla de que nos hacian testigo aquellos genios del escamoteo. Una suprema habilidad, una ligereza superior de los dedos y un golpe de vista perspicaz y penetrante se atribuia á la intervencion del diablo. Este poderoso señor era aún un monarca; despues ha sido destronado, porque, como ha dicho álguien, el dia en que los hombres empezaron á dudar del cielo es porque estaban ya convencidos de que no habia infierno. A pesar de eso, Hermann II obtiene en el teatro de la Zarzuela un éxito muy grande; aunque si bien se examina el fondo del agrado con que el público contempla sus ejercicios, no hay en ello aquella grandiosa impresion fantástica que hacia ver en los antiguos prestidigitadores, detrás de su silueta de hombre elegante embutido en el negro frac, el perfil sardónico de Cagliostro, perdido ya en perspectivas lejanas de la historia en algun lujoso gabinete de Versalles, cuando en los giros concéntricos del agua contenida en un vaso, deletreaba el horóscopo de María Antonieta; no es ya otra cosa que el agrado físico, el contento que produce la limpieza del escamoteo. No se teme en el prestidigitador á un primo del diablo; se admira á un hombre habilidoso y esto es todo. Una de las suertes de escamoteo que más han llamado la atencion ha sido la de hacer desaparecer entre sus manos á una enanita muy conocida en Madrid, llamada Lola, que vende décimos de lotería y periódicos á la puerta del Café Suizo. Hermann hizo girar sus manos arqueando los brazos en torno de aquella niña, y la niña se volatilizó, se evaporó, desapareció de los ojos de los espectadores. El asombro del público fué grande, pero ese espíritu de burla, que va unido en el siglo presente á los mayores momentos de entusiasmo y de admiracion, hizo que habiéndole preguntado á uno de los espectadores si encontraba aquello digno de elogio y que si le habia causado efecto, contestó: «Sí, ha causado mucho efecto; pero más hubiera causado el escamoteo de Parreño.» Conviene advertir, para los que no sepan quién es Parreño, que hablo del más grande de nuestros actores, no precisamente por el talento, aunque le tiene, sino por la figura.

De estas sesiones de cartomancía, cabalística, escamoteo, prestidigitacion, magia blanca, etc., etc., voy, sin que me detenga término alguno de transicion, á las impresiones que en mi memoria han dejado algunos viejos libros de diabología que enseñan el arte seguro y eficaz para llamar al diablo y hacerle partícipe de nuestras acciones, pedirle consejos en los casos de duda y obtener su benévolo apoyo y su decidida proteccion. Son estos libros ménos conocidos de lo que debieran, porque al fin y al cabo la vida presenta apreturas y tan angostos pasos, que el auxilio del diablo recibiríamosle con júbilo si se dignara concedérnosle.

El negro monarca que á los niños se les aparece todavía con cuernos y rabo en sus sueños miedosos de invierno; á las muchachas púberes en la figura de un elegante trovador, que escala los muros y hiende las rejas y penetra en los más secretos camarines, donde padres y tutores, dueños ó monjas esconden los tesoros de la doncellez y la virtud; á los pobres en la forma de un enorme talego lleno de onzas de oro, que bien puede contener de ellas una tonelada, y del cual el propio peso del oro hacia reventar la tela saliendo por la herida un chorro reluciente y sonoro de monedas; y en fin, al desesperado en la forma de la muerte, de una inmensa tranquilidad en el fondo de una huesa, teniendo encima una vara de tierra y al lado la quieta y silenciosa compañía de otros, que tambien han arrojado poco ántes el fardo de sus dolores;... el diablo, en fin, ha pasado de moda y apénas si ya es una palabra en las discusiones teológicas, un personaje en los autos sacramentales de la vida y un agente del amor.

Un cuento me dicta mi mente que expresa esta manera de comprender el diablo de las modernas sociedades. Parece ser que el diablo, viendo que el infierno habia sido abolido y careciendo de medios de subsistencia, perdido el crédito con sus hermanos los ángeles, decidióse á buscarse la vida haciendo juegos de manos. ¿Quién como él asombraria á las multitudes con prodigiosos escamoteos; cogeria una moneda entre sus nerviosos dedos pulgar é índice de la mano derecha, adornados de uñas sonrosadas y largas, y arrojándola en el aire la convertiria en una estrella que iria á unirse á las armónicas combinaciones de notas de fuego que flotan en el espacio; presentaria enorme cesto lleno de flores, donde todos los colores de la primavera y todos sus perfumes se mezclaran en una sinfonía de matices y de olores, y describiendo sobre él con sus manos unos cuantos signos misteriosos, cada una de aquellas rosas se convertiria en un reptil? Fué cosa no tan pronto concebida como decidida y resuelta y áun puesta por obra; y á los pocos dias, un teatro de Lóndres anunciaba con letras gruesas de abigarrado color el nombre de un prestidigitador ruso que presentaria ejercicios completamente nuevos y desconocidos. Empezó la representacion, y el diablo impresionó desde luégo al público con su extraño aspecto. Llevaba largo frac de elegante corte, medias de seda y charolado zapato, adornando el empeine del pié con lazos de raso negro y desmayados como las alas de una mariposa moribunda. Sobre la blancura de su camisa fulguraban cuatro enormes brillantes que por su tamaño causaban asombro y con sus luces cegaban; el rostro sardónico y burlon; el bigote fino, sedoso y rizado; los labios contraidos en una línea de desden; la fina y aguda dentadura tan blanca, tan lechosa y tan apretada como la de un cachorro de tigre; los ojos relampagueantes, negros y hondos; las espesas y elegantes cejas; y en fin, sobre la ancha frente, la cabellera hermosísima, aleonada, con mechones grises que se mezclaban entre los mechones negros, á la manera que la nieve se mezcla con el ramaje del cedro cuando empieza el deshielo; la voz áspera y gutural en que á veces sobresalia algun timbre agudo, dominando por lo comun cavernosas vibraciones, servia de vehículo á un idioma que no se parecia á ningun otro, mezcla de todos los que los hombres de los distintos países hablan; comprensible pero vago, misterioso áun con su claridad; y un verbo inagotable, una gracia infinita, una táctica deliciosa, una ironía de buen gusto salpicaba aquí y allá sus frases. Era realmente el rey de los prestidigitadores. Los aplausos, el delirio, llegaron al último límite; y cuando al primer juego sucedió el segundo, y á este el tercero y el cuarto luégo, todos brillantes, nuevos, originalísimos y sorprendentes, el delirio rayó en frenesí. Por entónces, el ruido de los aplausos llegó al cielo y Dios dijo al oirlos: «Eso no puede ser más tiempo;» y envió á un ángel al teatro para que desenmascarase á Lucifer. Iba vestido con ancho gaban de pieles que disimulaba sus alas, un sombrero de copa ocultaba las crenchas doradas de sus cabellos, y con este disfraz vino el ángel luégo á ocupar una de las pocas butacas vacantes que habia en la sala, en ocasion en que el diablo ejecutaba el mas sorprendente de sus juegos de escamoteo, que consistia en coger un alfanje, admirablemente templado, enseñárselo á todos, y despues que los espectadores se hubiesen convencido de que se trataba de un arma homicida y temible, darse un soberano tajo en el cuello, cortarse la cabeza y cogiéndola por los mechones ponérsela en la mano y pasearse por la sala goteando sangre; y cuando lo hubieran todos visto en tan dramática guisa, volver á colocársela encima de los hombros y contestar al terror del público con una sonora carcajada. Empezó su juego, y al llegar aquella parte en que ofrece al público el alfanje por si entre los espectadores habia alguno capaz de darle la cuchillada, entónces, el ángel, que iba disfrazado con su gaban de pieles, se levantó y dijo: «Yo quiero dar ese golpe de gracia.» Inmutóse el diablo, pero en el inmenso descrédito y en la triste perturbacion de sus facultades á que el cambio de ideas y la pérdida de su poderío le habia llevado, no supo con quién se las habia é invitó al espectador á que pasase al escenario y el ángel tomó el alfanje y cuando le tenia en la mano, con un rápido movimiento echó hácia atrás la hopalanda de pieles, abrió sus alas, voló sobre el diablo, y este, al reconocer á un enviado del Todopoderoso, cayó al suelo retorciéndose en maldiciones y denuestos.

***

El movimiento novelesco es constante en España, y en esta semana de tres distintas obras he de dar cuenta; una ya publicada, otras dos próximas á publicarse. La que ya se ha publicado ha obtenido aplausos considerables de la crítica; es la que con el nombre de *Sotileza* ha escrito don José María de Pereda, el inimitable pintor de las costumbres montañesas.

Sotileza es una historia de marinos y pescadores; el principal personaje de ella es el mar con sus terribles caprichos y con sus dulzuras idílicas; el segundo personaje de ella es la miseria de los pescadores santanderinos. Entre la grandeza del mar, entre el espectáculo siempre vario de sus olas y de sus costas, y entre el cuadro horrendo y espantoso de la miseria de aquellos infelices, deslízanse las deliciosas páginas de este libro. Y el autor ya busca la pluma de Cervantes para describir escenas de costumbres con una propiedad y un gracejo extraordinario, como apela al pincel de los artistas y de los pintores de marinas para trazar en sus cuartillas la silueta de una enorme ola cárdena é hinchada que avanza sobre una pobre barquilla para hundirla, ó el alegre grupo de unas cuantas barquías perdidas en la inmensa y tranquila planicie del mar en calma.

Sotileza es una muchacha, hija de pescadores, recogida por dos de ellos cuando la miseria la rodeaba por todas partes; su carácter esquivo y noble, áspero y salvaje pero preponderante á la virtud, constituirá sin duda alguna, en opinion de la crítica, una de las más hermosas creaciones de Pereda. Y en torno de ella agrúpanse otras siluetas delicadísimas, en que el aficionado á la pintura de costumbres hallará motivos de gozo y alegría: ora es el comerciante Liencres, armador de barcos, harinero poderoso, que acude tarde y noche al Casino y al Círculo de recreo buscando con quién disertar sobre los problemas económicos, financieros y políticos; ya es Muergo, el bárbaro pescador, monstruoso por la figura y por el carácter, que espanta por su barbaza inculta y por sus facciones de bestia montaraz; ó bien es el honrado dueño de media barquía con la que se gana la vida... Todo el libro chorrea agua de mar y de sus páginas se exhala olor de algas que se secan al sol.

La otra novela que se anuncia es de Perez Galdós y se titula: *Nosotros, los buenos.*

***

Prepárase la publicacion de una obra, buena en todos sentidos: buena por lo que al corazon atañe, buena por lo que al arte se refiere. Hablo de *Andalucía*, el periódico monumental que los ingenios españoles escriben, en estos momentos, en beneficio de las víctimas de los terremotos.

Grabados y poesías, acuarelas y artículos harán de este periódico una hermosa produccion del espíritu humano, atento á dar de sí, por esas dos fuentes inagotables que se llaman sentimiento y genio, torrentes de amor y de arte.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

TIPO DE BELLEZA

(reproduccion fotográfica por el método Meisenbach)

Decia Mad. de Krudner á propósito de la belleza: «La belleza no es verdaderamente irresistible, sino cuando nos hace comprender algo ménos pasajero que ella; cuando nos hace soñar en lo que constituye el encanto de la vida más allá del fugitivo instante en que nos seduce; cuando el alma se deleita en su contemplacion áun despues que los sentidos se cansan de ella.»

Es decir que, en el cuerpo humano, aquella belleza física es realmente bella, que más nos hace presentir la belleza moral de quien la posee.

Aplicando esta teoría al busto de mujer que hoy publicamos, bien podemos asegurar que contiene las dos bellezas, lo cual hace doblemente atractiva esa hermosura. El hombre que se siente inclinado á lo bello, se siente inclinado por igual hácia lo bueno. Si fuese verdad que Neron amaba y conocia el arte, esta verdad no haria más que confirmar que el gran tirano de Roma era una verdadera aberracion de la naturaleza. Por nuestra parte aceptamos sin vacilar la opinion de Mad. de Krudner y sostendríamos, á su tenor, que cuando los jueces del Areópago absolvieron á Phriné sin más prueba que la perfeccion de su cuerpo, es porque la belleza de la célebre griega debia decir al alma de las gentes honradas algo superior á los sentidos de la juventud libertina.

La mejor prueba á que podria someterse la belleza de una mujer, seria mostrarla á un hombre digno y preguntarle luégo:

—¿Le gustaria á V. para esposa?

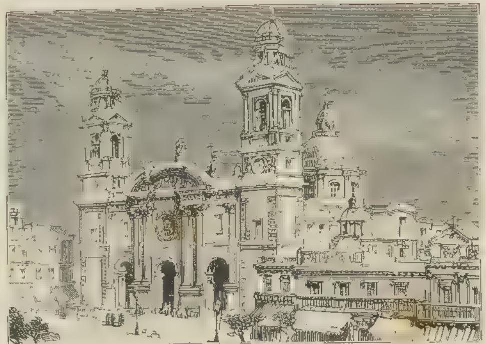
DOS HERMANAS, cuadro por E. Blaas

Una dama jóven y hermosa visita en su convento á otra dama, tambien hermosa, tambien jóven: en el semblante de aquella irradia la aureola de la maternidad; en el de esta irradia la aureola de la pureza. Nacidas ambas bajo un mismo techo, destinadas á un mundo igual, la una brilla en los salones como una estrella, la otra perfuma el claustro como la violeta perfuma el bosque, como el incienso perfuma el templo.

La hermana que vive en el mundo considera tristemente á la que abandonó los placeres de la tierra; la mirada tranquila, dulce, impregnada de inefable bondad, de la religiosa, dice que cabe aproximar bastante la tierra al cielo. Al contemplar este interesante grupo, se halla uno perplejo entre cuál de esas dos mujeres es más feliz en su estado. ¡Quién sabe!... Quizás en alguna ocasion el pensamiento de la jóven religiosa ha ido más allá de la reja de su locutorio; pero en este caso ha huido á refugiarse precipitadamente en el templo, como la avecilla que mira por primera vez más allá de su nido, se acoge, medrosa, bajo las alas protectoras de su madre. Hay flores tan delicadas y exóticas que únicamente prosperan al suave calor del invernadero.



TEATRO SOLÍS



LA CATEDRAL



BRIGADIER GENERAL

Presidente de la Repúbli



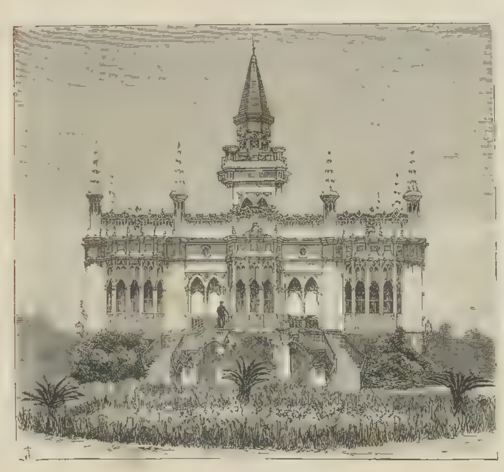
PLAZA DE LA INDEPENDENCIA





VISTA GENERAL DE MONTE

CUARTELES DEL GENERAL RIVERA



QUINTA DEL SEÑOR BERRO



INTERIOR DEL MERCADO CENTRAL



CAPIL

VISTAS DE MONTEVIDE



L DON MÁXIMO SANTOS,
ica Oriental del Uruguay



LA BOLSA



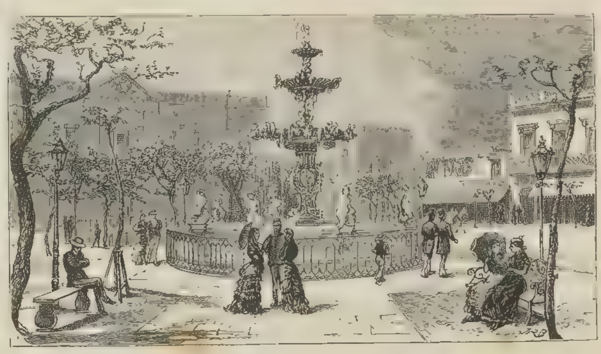
PALACIO DEL GOBIERNO



VIDEO TOMADA DESDE UNA AZOTEA



VISTA GENERAL DE MONTEVIDEO, TOMADA DESDE LA BAHÍA



PLAZA DE LA CONSTITUCION



LA DE ATAHUALPA



CUARTEL DE LOS «TREINTA Y TRES»



IGLESIA INGLESA

EO, URUGUAY (AMÉRICA DEL SUR)

LA CABRERA, dibujo por J. M Marqués

¡Triste condicion la de esa pobre criatura!.. Para ella el tiempo, la civilizacion, han permanecido estacionarios: lo mismo se guardan hoy los rebaños que se guardaban cuando Hércules limpió los establos de Augias. Cambiando el traje de esa mujer, podríamos representar á la cabrera de todas las épocas; la persona y la condicion son siempre las mismas. Belleza marchita por el sol y por el viento, por la lluvia y por la nieve, cuerpo mal resguardado por unos despojos de vestidura sin forma y sin color, inteligencia atrofiada y sin cultivo, alma sin comunicacion, sensibilidad sin causa, afecto sin objeto; hila la cabrera maquinalmente porque su madre la enseña á hilar, y crece, vive y muere, como crecen, viven y mueren los árboles en los bosques, las reses en las montañas y los pájaros en el espacio. La pobre cabrera es un sér en la creacion; no es una mujer en la sociedad.

El distinguido artista autor de ese dibujo lo ha comprendido de esta suerte, y hé aquí el tipo de la cabrera, tipo verdad, conocido y ejecutado con verdadera inteligencia. La actitud no puede ser más natural, el hilo pasa por las manos de esa mujer con una delicadeza admirable: todo en ella es cierto, preciso, y si de algo peca es quizás de exceso de naturalismo, digámoslo de una vez, de realismo.

No podemos ocultarlo: donde el artista, es decir, el genio, pone la mano, es indispensable que la imaginacion halle algo más que materia pura: para hallar el sentimiento en casos tales no es preciso resucitar la Arcadia de Florian.

SOLACES MUSICALES, cuadro por Rosenthal

Discípulo de la escuela de Munich, el pintor Rosenthal ha logrado adquirir envidiable renombre por sus obras, sobresaliendo en las que podríamos calificar de Historia de los conventos, por cuanto ha consagrado más especialmente sus talentos artísticos á reproducir escenas y episodios de los monasterios de la Edad media. En el cuadro que representa nuestro grabado, ha tratado de demostrar que los benedictinos no tan sólo sabian ser escritores y pintores, sino tambien excelentes músicos.

EL PINTOR CARTUJO, cuadro por H. Kaulbach

El distinguido pintor Hermann Kaulbach, siguiendo las huellas de su ilustre padre, ha conseguido si no el renombre de éste, por lo ménos ocupar un envidiable puesto entre los artistas contemporáneos. El grabado que hoy insertamos, esmerada reproduccion de uno de sus últimos lienzos, demuestra que esta distincion no es inmerecida y que en cuanto á facilidad, soltura y conocimientos pictóricos puede competir con sus más celebrados condiscípulos de la escuela de Munich.

VICTOR MAUREL, distinguido barítono francés

Los *dilettanti* barceloneses están de enhorabuena en la presente temporada. Despues de haber admirado la melodiosa y potente voz de nuestro célebre Gayarre, han tenido ocasion de aplaudir á un barítono de merecedísima fama, que si bien ha cantado dos noches solamente en nuestro Gran Liceo, le han bastado estas dos representaciones para conquistarse las simpatías del público, obteniendo una ovacion tan unánime y espontánea como justa. Víctor Maurel no es sólo un cantante de escuela perfecta, sino tambien consumado actor, tan inteligente como modesto, y tan dotado de caballerosidad como de noble desprendimiento: es todo un artista, en la verdadera acepcion de la palabra. Por eso el público barcelonés le ha manifestado con entusiasmo su afecto, y por eso espera impaciente la ocasion de aplaudirle y festejarle de nuevo en la próxima temporada de primavera.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

VISTAS DE MONTEVIDEO

La antigua América española, á través de sus convulsiones políticas, ha adelantado notoriamente en la senda del progreso. Estos adelantos interesan, sin duda alguna, á España: la América del Sur ha dejado de ser nuestra conquista, pero no puede negarse que fué nuestra hija y que hoy debe ser nuestra hermana.

Por esto publicamos gustosos la vista de algunos de sus edificios y monumentos, aprovechando esta ocasion para enviar un saludo amistoso á cuantos, allende los mares, adoran á nuestro Dios, llevan nuestros apellidos y hablan nuestro idioma.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII

EL CHOCOLATE

Cada siglo tiene su espíritu, sus ideas dominantes, sus costumbres particulares y por ellas se distinguen los tiempos entre sí, como las razas humanas se diferencian por el color, y así como no puede confundirse un europeo con un abisinio, es tambien imposible equivocar unos siglos con otros.

A todos llegan esos rasgos, que constituyen el semblante de las diversas edades, desde el bello ideal del espíritu, hasta los gustos más prosaicos del individuo.

En este siglo, que ya se nos escapa, el paladar ha rendido culto entusiasta al café, y este fruto, apénas conocido ántes en nuestra patria, se ha naturalizado en ella, haciéndose vecino hasta de las menores aldeas, despues de haber sido mirado con prevencion y hasta con menosprecio.

De orígen tambien ultramarino, vínose á España, entremetido en las indianas flotas, allá por el siglo XVI, el *chocolate*, y aquel aromático producto de los vencidos habitantes del Nuevo Mundo, presto señoreóse de la voluntad de los soberbios hijos del Tajo y del Ebro, dominándoles por completo en la centuria siguiente.

Venganza que las Indias tomaron de España creyeron algunos que fué el haber metido en esta el chocolate y juntamente el tabaco.

Así decia Quevedo que «habian hecho más mal con meter acá los polvos y el humo, y jícaras y molinillos, que el rey católico á Colon y á Cortés, á Almagro y á Pizarro (1).»

Uno y otro se extendieron pronto por villas y ciudades y era el chocolate el obsequio más usado para los cumplimientos de las visitas.

No era caso raro tomarlo más de una vez; así vemos en la comedia de Moreto *No puede ser...* que, instado D. Félix para tomarle, dice:

> .... Señor,
> Eso por mí es excusado,
> Que le he tomado *dos veces*.
> TARUGO No se os dé nada, tomadlo,
> Que el chocolate, en Madrid,
> Se usa ya como el tabaco.
> (ACT. III. ESC. VI.)

Por entónces habia introducido en España el extranjero Paulo Xarquías ó *Charquías* la invencion de los pozos de nieve (2), siguiendo á esto los helados y garapiñas de leche, almendras, mosela, bebida imperial, agua de guindas, canela, fresas y otras, que se agregaban al chocolate, todo lo que se usaba tanto y era tan comun, que los arbitristas calculaban que con el importe de aquellas golosinas podia el rey atender á gastos útiles al Estado.

Así decia uno de tales escritores: «El gasto supérfluo del chocolate y bebidas de sorbetes y garapiñas en muchas casas ordinarias, consume lo con que se pudieran armar compañías de caballos en las fronteras (3).»

Hízose costumbre que no hubiese visita sin el correspondiente chocolate, amén de las aguas heladas susodichas, á lo que se dió el nombre de *agasajo* (4).

En la comedia de Moreto, ántes citada, dice tambien el gracioso Tarugo:

> A buen tiempo en esto os hallo,
> Porque tengo una visita,
> Y venia á suplicaros
> Que me hiciesen chocolate,
> Que es el preciso *agasajo*
> Que á una visita se debe.

Zabaleta decia en su *Dia de fiesta por la tarde*, que «á esta manera de merienda, porque le viene largo el nombre, le llaman *agasajo*.»

Hoy lo hemos arreglado de otro modo y olvidando lo castizo, hemos dado en llamar á obsequios por el estilo *lunch*, mendigando frases exóticas para olvidar las de casa, porque, como no se entienden, suenan mejor aquellas.

Tan comun se hizo el indiano licor que servia su uso de comparaciones, respecto de otras cosas, que tambien se ponian demasiado en boga. Pruébalo Francisco Santos en su *Dia y noche de Madrid*, cuando hace decir á su personaje Juanillo, «amigo, el pedir las fregatrices dulces, es ya tan comun como *el chocolate* (5).»

Hízose platillo de gusto de las beatas, aún apegadas á tan grata costumbre; así el diablo Cojuelo decia, que él y su compañero D. Cleofás iban á Ecija, con una comision para quitar á aquellas el tomar tabaco y *sorber chocolate* (6).

(1) En *El entremetido, la dueña y el soplon*

(2) Aludiendo á Charquías y su invencion, dijo Quevedo, elogiando la blancura de una dama:

> A la rubia de aventuras,
> A la que peina bochornos,
> De cuyas manos, Charquías
> Llena de nieve sus pozos.

Cárlos V le dió ejecutoria de nobleza por su invencion, prueba de lo mucho en que fué estimada.

(3) Bib. Nac. *Discurso hispano-político*. M S. por el Abad D. José Arnolfini.

(4) Calderon, en *¡Fuego de Dios en el querer bien!* hace decir á doña Angela:

> Al chocolate le llaman
> *Agasajo* en las visitas.
> (JOR. I. ESC. I.)

En otra comedia del mismo poeta *¿Cuál es mayor perfeccion?* se trata de agasajar á unas damas en una visita, y dice:

> DOÑA LEONOR Yo á Beatriz regalaré;
> Trata tú de regalar
> A Angela.
> DON FÉLIX Sí haré. A enviar
> Dulces voy.
> DOÑA LEONOR No hay para qué:
> Lo que son dulces, y son
> *Chocolates y bebidas*,
> Ya las tengo prevenidas.
> (JOR. I. ESC. I.)

(5) Discurso XI.

(6) Velez de Guevara, *El Diablo Cojuelo*, Tranco VI.

El que alcanzó presto la palma de ser el mejor entre cuantos se elaboraban en el mundo por Colon descubierto, fué el de Guajaca, ciudad que más adelante se hizo famosa por los ruidos subterráneos que en tal peligro la pusieron y se conocen vulgarmente por *los bramidos de Guajaca*.

Muchos textos podria aducir para probar la fama que adquirió este chocolate, que se servia en jícaras fabricadas en Mechoacan, pero me limitaré á los siguientes:

Calderon, en su entremés titulado *La Rabia*, pone estos versos en boca de un negro, que, en su algarabía, se dirige á doña Aldonza:

> Siola, aquellas dos cajas
> De chocolate, me mande
> Pagar, pues que las dí hasta
> A siete reales, tiniendo
> Tanta parte de *Guajaca*.

En otro entremés del mismo escritor, el conocido por *Los Flatos*, dice don Gil al botillero francés maese Coqueron:

> ¿Tendrá usted á aquestas horas
> Una garapiña helada
> De chocolate?
> COQUERON ¡E qué bona!
> De chocolat de *Joan-Jaca*.

El mismo Calderon en su comedia *El escondido y la tapada*, menciona tan delicado chocolate en ocasion en que unos criados están preparando el agasajo para una visita. Dice así el diálogo:

> CASTAÑO Estos son de Portugal
> Dulces.
> BEATRIZ Dí dulces dos veces,
> Pues dos veces lo serán
> Por dulces y portugueses.
> CASTAÑO Chocolate de *Guajaca*, etc.
> (JOR. II. ESC. X.)

En tales agasajos las aguas heladas se servian primero que el chocolate.

Véase otro pasaje de la citada comedia *¿Cuál es mayor perfeccion?*

> ROQUE ¿Podrás echarme hácia acá
> Cualquier cosa?
> INÉS Sí, por cierto.
> ¿Querrás *agua de limon*,
> *Guindas*, ó *canela*?
> ROQUE Luégo,
> Inés, ¿todo el dia es agua?
> INÉS No, que tambien darte puedo...
> ROQUE ¿Qué?
> INÉS Sorbete ó garapiña
> De *aloja*, que es lo que tengo
> *Para ántes del chocolate*.
> (JOR. I. ESC. VI.)

Acerca del modo de tomarle, véase este pasaje de *Cuantas veo tantas quiero*, comedia de Villaviciosa y Avellaneda:

> DOÑA ELENA Sillas, Celia, y dí á Lucrecia
> Que *chocolate* les traigan
> A aquestos dos caballeros.
> COLETO Señora, si es de *Guajaca*,
> Con una *yema de huevo*
> Le traigan, por santa Clara,
> Y, si hay bizcochos, mejor
> Será que venga en sus cajas,
> Que yo en tomar chocolate
> Soy hombre de linda pasta.
> (JOR. III.)

Por cierto que los cervantistas, que tantas cosas han notado en las *Novelas ejemplares*, el *Quijote* y demás escritos del de Lepanto, no han tenido cuidado de advertir que ni una vez sola habla del chocolate en sus obras. Ni en las andanzas del héroe manchego por ventas y majadas, y esto no es de extrañar, ni en las bodas de Camacho, ni en casa de caballeros como don Diego de Miranda, ó don Antonio Moreno en Barcelona, ni en el mismísimo palacio del Duque, donde habia dueñas quintañonas, y golosas por ende, se hace mencion del chocolate ni una sola vez, ni siquiera lo nombra el doctor Pedro Récio, para dar tormento al hambre de Sancho en su ínsula Barataria.

En fin, terminaré diciendo que, como objeto tan apreciado, constituia uno de los mejores regalos que los presidentes y vireyes del Nuevo Mundo remitian á España á sus valedores.

Véase á este propósito lo que escribia Barrionuevo en sus *Avisos* de 7 de noviembre de 1654 (7):

«He visto el *presente de chocolate* que envia el de Alburquerque para consejeros y señores: son *diez y seis mil libras*, de dos reales de á ocho cada libra, fuera del presente del Rey, Reina y D. Luis de Haro, que dicen será otras ocho mil libras, bien pagado el porte, que monta cuatro mil ducados, que los derechos se han perdonado. Brava locura arrojar un señor diez mil reales de á ocho como si fueran un puñado de arena. Viene todo en cajas de á libra muy dorado, que es seguro que sólo el adorno importa dos mil ducados. Olvídaseme decir que envia entre éste algunos talegos, como de cuartos, doblado mayores, de *chocolate en polvo*, mezclado con ámbar y otros

(7) Bib. Nac. M. S.—H. 100.



DOS HERMANAS, cuadro por E. Blaas



LA CABRERA, dibujo por J. M. Marqués

olores preciosísimos de grande valor y estima, y estará por otra parte desollando á los ricos y acabando por acá con los pobres vasallos. No están todos los locos en Zaragoza, ni de los cuerdos se hace todo el caso que fuera razon, con que todo anda al revés y al que hurta más, por eminente en su oficio, le excusa la ley y está reservado de ella (1).»

No se mordia la lengua el buen D. Jerónimo.

Pero basta por hoy de chocolate.

JULIO MONREAL



SOLACES MUSICALES, cuadro por T. E. Rosenthal

SOLITA

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuacion)

Una noche, despues de un concierto en que Aurelio habia sido muy aplaudido, se le acercó un duque, cargado de millones y de vicios, y abrazándole, le dijo:

—Ilustre maestro, nada envidio tanto como los triunfos del talento; ha escrito V. una sinfonía de primer órden, una obra imperecedera, una obra de mucho mérito.

—Querido duque,—le contestó el compositor sonriéndose,—entre V. y yo podríamos hacer obras imperecederas de gran mérito, de esas que no se olvidan, que se reciben con aplauso general y que arrancan lágrimas de ternura á los ojos y latidos de agradecimiento al corazon.

—Pero, hombre, si yo no sé de música, si yo no conozco una sola nota del pentágrama, si no he podido distinguir nunca la llave de *sol* de la llave de *fa*,—contestó el duque.

—No importa, querido amigo, no importa; usted posee una varita mágica que es la mejor *batuta* para conmover las fibras del corazon y con ella se pueden hacer obras imperecederas.

—Pero, ¿qué *batuta* es esa, querido maestro?

—Los millones de usted.

—¡Ah!...

—Yo buscando desgraciados y V. remediando sus desgracias, le aseguro que haríamos obras más meritorias á los ojos de la humanidad que el *Faust*, el *Guillermo Tell* y los *Hugonotes*.

El duque, que no comprendia la caridad, cambió de conversacion.

Otro dia Aurelio le dijo á un millonario, lleno de achaques, de fastidio y de inquietudes, que se lamentaba de los pocos encantos de la vida y del mal estado de su salud:

—Querido amigo, mañana le mandaré á V. un plan curativo y si lo sigue estoy seguro que verá realizados todos sus deseos.

Y en efecto, á la mañana siguiente le mandó la carta que á continuacion copiamos:

«Ilustre millonario: En tiempo de D. Pedro II, rey de Aragon, se creó en la ciudad de Valencia un cargo el más envidiable, el más hermoso, el más respetable que puede apetecer un hombre honrado. Esta dignidad, á la que llegaban muy pocos, se le puso el nombre de *Padre de huérfanos*.

»Para desempeñar semejante cargo se elegia con prudencia, con escrupulosidad y con gran detenimiento á la persona más digna y más venerable entre los vecinos de Valencia.

»Todas las cabezas se descubrian al verle pasar, todas las frentes se inclinaban para saludarle con respeto, todos los labios se sonreian bendiciéndole, porque aquel anciano venerable era el *Padre de los pobres*.

»Su mision era recoger en el santo Asilo, que él dirigia, á todos los huérfanos, y les dedicaba á un oficio, velaba por ellos, cuidaba de sus almas y de sus cuerpos, librándoles de la miseria; hacia un hombre honrado y útil á la sociedad del que, indudablemente, sin la proteccion del *Padre de huérfanos*, hubiera sido un criminal.

»¡Ah, qué hermoso, qué consolador espectáculo era ver por las calles de Valencia al venerable anciano *Padre de huérfanos* rodeado de niños y de mujeres, que besaban sus manos, sus piés y que tocaban con respeto, como una cosa santa, el negro paño de su capa, y con la fe de verdaderos creyentes pedian á Dios que prolongara la vida de aquel remediador universal de todas sus penas!

»Ni en la historia antigua ni en la sociedad moderna, del rey abajo, encuentro un cargo que pueda compararse con el de *Padre de huérfanos* consignado en el hermoso Código de *Los fueros valencianos*.

»Usted, amigo mio, con sus millones, podria ser el *Padre de huérfanos* de Madrid, resucitando entre los modernos algo de aquellos Fueros que concedió á los valencianos un rey aragonés y les quitó en mala hora un rey de orígen francés.

»Yo podria ser el maestro del piadoso Asilo, y tengo la seguridad de que su alma de V. se refrescaria y su cuerpo se fortaleceria oyendo por todas partes las bendiciones y viendo las lágrimas de gratitud caer en las manos del hombre que salvaba á sus hermanos de la miseria; porque, créame V., no hay nada tan hermoso á los ojos de la humanidad ni á los de Dios como socorrer al prójimo.»

Excusamos decir que el millonario no aceptó el plan curativo que el maestro le indicaba; y creyéndose inmortal porque era rico, vivió algunos años más, viendo aumentarse dia por dia las inquietudes de su alma y los achaques de su cuerpo.

Este era Aurelio Valflorido, cuando una noche, al salir de casa de un título en donde habia comido y pasado la velada ejecutando prodigios al piano, fijó su atencion en el quicio de una puerta y vió un objeto que le hizo detener el paso.

En aquel sitio reinaba la más profunda oscuridad; la luz del farol de gas, situado á alguna distancia, no llegaba con la suficiente claridad para distinguir bien los objetos.

Aurelio se inclinó, doblando el cuerpo hácia la tierra y extendiendo las manos, como si buscara por el tacto lo que la oscuridad le impedia ver con los ojos.

Entónces creyó percibir un lamento débil y no tardó mucho en persuadirse de que lo que habia llamado su atencion era una niña: la cogió entre sus brazos; estaba fria y con los ojos cerrados.

—¿Estará muerta?—pensó Aurelio, y luégo corrió hácia el farol, que se hallaba á algunos pasos de distancia.

La niña continuaba inmóvil; en sus amoratadas mejillas se habian quedado dos lágrimas heladas como dos gotas de rocío en el cáliz de una flor.

—¡Ah! vive, sí, vive!—se dijo con alegría el músico.—Bajo mi mano late, se estremece su corazoncito... ¡Pobre criatura!... Si la dejo aquí, esta noche será la última de su vida... No, no, la llevaré á mi casa, de otro modo tendria remordimientos: á esta edad los niños son ángeles y los hombres debemos servirles.

Aurelio cubrió perfectamente el cuerpo inanimado de la niña con su capa y se alejó á buen paso de aquel sitio.

Poco despues llegaba á una parada de coches de *plaza* y subiendo en uno, dijo:

—Calle de Isabel la Católica, n.º..... De prisa.

El cochero quitó la manta al caballo y le recordó su deber sacudiéndole un inhumano trallazo.

Aurelio abrigaba contra su pecho aquel cuerpecito exánime como si quisiera trasmitirle una parte del calor de su sangre.

La niña miéntras tanto parecia una muerta y su inmovilidad inquietaba al honrado maestro, que ya deseaba tornar á la vida aquella pobre criatura abandonada.

El coche se detuvo; Aurelio bajó precipitadamente, puso en la mano del cochero un duro y llamó al sereno para que le abriera la puerta.

El músico vivia en el cuarto entresuelo: tiró del cordon de la campanilla y salió á recibirle una mujer, entrada en años, de rostro bondadoso.

—Jacoba, ¿hay fuego en alguna chimenea?

—Sí, señor, la del gabinete está encendida, porque como V. suele trabajar cuando vuelve por las noches...

—¿Tienes caldo?

—Siempre guardo un par de tazas, por lo que pueda ocurrir.

—Pues bien, trae una taza de caldo y calienta un poco de vino de Burdeos.

—¡Pero, Dios mio, qué ocurre, señorito!—preguntó Jacoba con marcadas muestras de inquietud.—¿Viene V. malo?...

—No, pero he encontrado á esta niña, muerta de frio, en el quicio de una puerta.

—¿Una niña?... A ver, á ver. ¡Dios mio, está helada, no respira!...

—Tranquilízate, su corazon late. Trae el caldo y el vino, miéntras yo la coloco cerca de la chimenea, porque lo que necesita es calor. ¡Ah, esta noche se hubiera muerto indudablemente de frio si á mí no se me ocurre mirar hácia el sitio donde el infortunio le habia preparado su lecho de muerte!

Jacoba corrió hácia la cocina y Aurelio entró en el gabinete.

Allí reinaba una temperatura de diez y ocho grados de calor. El músico colocó, con la tierna solicitud de una madre, á la pobre niña en una butaca y la acercó á la chimenea.

Aquel pobre angelito permanecia inmóvil y aletargado.

Aurelio se quitó la capa y el sombrero. Iba vestido de rigurosa etiqueta y sustituyó el frac negro por un batin de terciopelo.

Luégo colocó una silla junto á la butaca de la niña y se quedó contemplándola con esa dulce y triste expresion que un alma caritativa trasmite al rostro de la criatura cuando practica la más bella, la más hermosa de las virtudes del alma.

Sobre el mármol de la chimenea habia dos candelabros y un reloj de bronce de Corinto.

Tres bujías encendidas inundaban de claridad el inmóvil rostro de la niña.

—¡Qué hermosa criatura!—murmuró Aurelio, hablando consigo mismo y sin apartar los ojos de la niña.

De pronto, las francas y nobles facciones del maestro comenzaron á oscurecerse, extendiéndose por ellas sombrías tintas, y llevándose una mano al pecho, se dijo:

—Es particular... Contemplando á este ángel abandonado parece que he sentido algo en el corazon... Creo notar cierta inquietud, porque en el rostro de ese serafin, que tan dolorosamente comienza el calvario de la vida, creo notar ciertas líneas, ciertos detalles, cierto parecido...

Y Aurelio, llevándose una mano á la frente, volvió á decir:

—No, no; ¡esto sólo son figuraciones que me presenta este tenaz pensamiento que no acaba nunca de olvidar el pasado!

La niña se agitó débilmente en la butaca.

—¡Ah, vuelve á la vida!—exclamó regocijado Aurelio.

La niña exhaló un suspiro y abrió los ojos. Su primera mirada se fijó en su salvador, que arrodillado delante de ella tenia sus manos cogidas.

La niña, como no era posible que se explicara su situacion, comenzó á dirigir miradas en derredor suyo, creyendo sin duda que todo aquello era un sueño.

Aurelio nada le dijo, pero en sus labios apareció una sonrisa llena de bondad.

En aquel momento, el maestro-compositor Valflorido tenia algo en su hermosa cabeza que recordaba el arcángel Gabriel, protector de los desvalidos.

III

Donde Solita cuenta su historia

La niña, despues de mirar con infantil curiosidad todo cuanto la rodeaba, detuvo sus grandes y negros ojos en aquel hombre, que no cesaba de mirarla á su vez y le tenia cariñosamente cogidas las manos.

Aquí hubo una pausa. La niña miraba al hombre con los ojos inmensamente abiertos y el hombre miraba á la niña sin dejar de sonreirse.

Por fin, la pobre criaturilla abandonada, exhaló un profundo suspiro, y dijo:

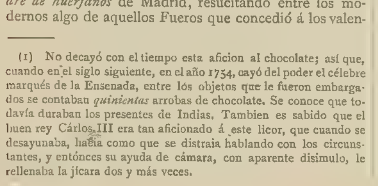
—¿Y mi abuelito?... ¿Dónde está mi abuelito?... ¿Es él el que me ha traido aquí?...

—No, hija mia; el que te ha traido aquí soy yo, que he tenido la fortuna de encontrarte dormidita en el quicio de una puerta, y como hace mucho frio, no he querido que pasaras el resto de la noche en la calle.

—¡Ah, es verdad... en la calle!.. Aquí se está mejor que en la calle... yo seguia y seguia á aquellos hombres que se llevaban á mi pobre abuelito... Corrian mucho .. yo corria tambien, pero nunca les alcanzaba... luégo, aquel caballero de tan mal genio, que me cogió del brazo, me hizo mucho daño... Tuve frio, mucho frio y estaba la calle oscura y...

La niña se detuvo como si se desvanecieran sus ideas.

Jacoba entró con la taza de caldo y se arrodilló junto á la niña sonriéndose.



(1) No decayó con el tiempo esta aficion al chocolate; así que, cuando en el siglo siguiente, en el año 1754, cayó del poder el célebre marqués de la Ensenada, entre los objetos que le fueron embargados se contaban *quinientas* arrobas de chocolate. Se conoce que todavía duraban los presentes de Indias. Tambien es sabido que el buen rey Cárlos III era tan aficionado á este licor, que cuando se desayunaba, hacia como que se distraia hablando con los circunstantes, y entónces su ayuda de cámara, con aparente disimulo, le rellenaba la jícara dos y más veces.

—Hija mia,—la dijo,—vas á tomar esta tacita de caldo y ya verás cómo te reanima.

Jacoba acercó la taza á los labios de la niña, que bebió el caldo sin dejar ni una gota.

—¡Hija de mi alma! -añadió el ama de gobierno,—yo creo que tiene hambre. Si al señor le parece, la daré alguna friolerilla más.

—Dala todo lo que quieras, pues ahora ya la hemos salvado,—añadió Aurelio, encendiendo un cigarrillo de papel.

Y luégo dijo:

—Pero ¿has visto, Jacoba, has visto qué criatura tan bonita?

—Es un ángel, nunca he visto ojos más grandes ni más negros. ¡Ah! esta niña bien vestida de seguro llamará la atencion de todo el que la vea, porque ya ve V., ya ve V., la pobrecita qué pingajitos lleva; ¡qué fea es la miseria!

—Mañana la comprarás todo lo que le haga falta y esta noche que duerma contigo; ya le dispondremos una habitacion.

—¿Pues qué, va el señor á quedarse con esta niña para siempre?

—Pues es claro, yo no hago las cosas á medias.

—¿Pero y sus padres, y su familia?

—Buenos padres y buena familia te dé Dios; yo me la he encontrado en el quicio de una puerta, es una hija que me envia la Providencia; á pesar de eso, mañana procuraré averiguar de dónde procede esta infeliz criatura.

Y Aurelio, fijando los ojos en la niña, añadió:

—¿Te has fijado bien en la cara de esta niña?... ¿No encuentras un parecido con?.....

Jacoba hizo un brusco movimiento.

—¡Bah, el señor no debe acordarse de semejante cosa!

—Dices bien; tráela, tráela algo para que coma, tal vez tiene hambre.

Jacoba salió del gabinete.

Aurelio se puso á pasear por la habitacion.

La niña sentia tan grato bienestar junto á la lumbre, que poco á poco se fueron cerrando sus ojos y se quedó dormida.

De vez en cuando el maestro compositor detenia un instante su paseo para fijarse en la niña.

—Los ángeles de la tierra se reconcilian pronto con el sueño,—se dijo, viendo que se habia dormido.

Jacoba entró de nuevo en el gabinete; colocó un velador delante de la niña y dejó sobre él una bandeja donde traia algunos fiambres.

—¡Calla!... se ha dormido. ¿Y qué hacemos ahora?

—Despiértala,—contestó Aurelio;—que coma ahora, luégo tiene tiempo para dormir.

Jacoba despertó á la niña, que al ver los apetitosos manjares delante comenzó á comer con buen apetito.

Miéntras tanto, Aurelio continuaba sus paseos y como abismado en sus reflexiones

—¿Parece que hay apetito, hija mia?—la preguntó Jacoba.

La niña se sonrió y continuó comiendo.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Solita, para servir á usted.

—¿Y qué más?

—¿Qué más?... Pues Solita.

—¿Y cómo es que el señor te ha encontrado en el quicio de una puerta? ¿No teneis casa donde dormir?

—Yo estaba con mi abuelito,—repuso la niña, á la que el alimento y el calor de la chimenea reanimaban como por encanto,—pero se llevaron unos hombres á mi abuelito y me quedé sola.

—¿Y adónde se lo llevaron?—volvió á preguntar Jacoba.

—No lo sé... Mi abuelito me dijo: «Solita, estoy muy malo... ¡Qué va á ser de tí si yo me muero!» y lloraba y me miraba de un modo muy triste tendido en su jergon; yo lloraba tambien, y pasaron muchas horas, muchas, y mi abuelito siempre tendido en su jergon y mirándome con unos ojos muy abiertos. Vino un señor y habló con mi abuelito... Yo oí que le decia: «¡Al hospital, al hospital!» ¿Qué es el hospital?

—Es una casa muy grande,—contestó Jacoba,—donde se llevan á los pobres enfermos que carecen de recursos.

—Ah, vamos; pues ahí se llevaron á mi pobre abuelito los hombres de la blusa, los que llevaban una cosa dorada en la gorra.

Aurelio se habia parado junto á la butaca de la niña y la escuchaba con gran atencion.

—Le cogieron entre los dos,—prosiguió Solita,—uno de los piés, otro de la cabeza, y desde el jergon le pusieron en una cama cubierta con una tela, y se lo llevaron. Yo salí de casa, detrás de ellos, pero ellos corrian más que yo y los perdí; desde entónces no he vuelto á ver á mi pobre abuelito que tanto me queria.

A los ojos de la niña asomaron dos lágrimas.

—¿Pero tú no tienes madre? —le preguntó Aurelio.

—No lo sé, creo que no; en casa sólo veia al abuelito.

—¿Y recuerdas tú cómo se llamaba tu abuelito?

—Vaya, pues ya lo creo; los vecinos le llamaban don Antonio, pero yo le llamaba papá *Tono*.

Aurelio se estremeció y maquinalmente dijo:

—¡Don Antonio!... ¿Y el apellido?

—¿El apellido?... ¿y qué es apellido?—preguntó la niña, mirando con fijeza á su interlocutor.

—El apellido es otro nombre, por ejemplo, tu abuelito podrá llamarse don Antonio Escudero.



EL PINTOR CARTUJO, cuadro por H. Kaulbach

—Ah, yo he oido ese nombre, pero no sé en dónde,—añadió la niña.

Aurelio sintió un segundo estremecimiento y dijo, hablando consigo mismo:

—¡Qué combinaciones tan imprevistas tiene la casualidad!... Es preciso que yo sepa quién es el abuelo de esta pobre niña... Ah, si fuera... pero no, no es posible.

Y luégo añadió, dirigiendo la palabra á la niña:

—¿Iba á tu casa una señora á ver á tu abuelito?

—Una vez vino una, pero el abuelito se enfadó mucho, mucho, y recuerdo que le decia, cerrando los puños: —Vete, vete! -y ella se fué.

—¿Y á tí no te dijo nada esa señora?

—Nada, nada, nada; yo la miraba desde un rinconcito y tenia mucho miedo porque ella gritaba y amenazaba á mi abuelito como una mujer mala.

Aurelio se llevó una mano á la frente y exhaló un suspiro, murmurando:

—¿Será la Providencia la que ha puesto á esta niña delante de mi paso?... Mañana saldré de dudas... Sí, mañana recorreré si es preciso todos los hospitales de Madrid, hasta encontrar al abuelo de esta niña. Si ella recordara el nombre de la calle, el número de su casa...

Y levantando la voz, preguntó:

—Dime, hija mia, ¿sabes tú el nombre de la calle donde vivia tu abuelito?

(Continuará)

LOS GRANDES INVIERNOS

II

Los grandes inviernos del siglo XI.—Los europeos antropófagos.—La emigracion de las anguilas.—La solidificacion del mar.—Desde el castillo de Kronborg.—La resistencia del hielo.—Los bailes bajo la nieve en Bolonia.—Los grandes inviernos del siglo XV.—Un ejército sobre el Danubio.—Los hielos del Ródano y del Pó.—El vino helado en el cáliz.—Ferias sobre los hielos del Escalda.—La escuadra veneciana aprisionada por los hielos.—El Támesis helado.

De los siete inviernos rigurosos señalados en la lista de Köppen para el siglo XI, hay referencias de los de los años 1044 y 1068, en los que despues de seis meses de riguroso frio en cada uno, el hambre que sobrevino fué tal, que muchas gentes tuvieron que alimentarse de animales inmundos y áun de carne humana; cítanse tambien el invierno de 1074, señalado como uno de los grandes inviernos centrales y durante el cual el frio fué tan riguroso y tan seco, que al decir de los cronistas de la época, los rios no sólo se helaron en su superficie sino en toda su masa, hasta el fondo, lo cual, aunque es una evidente exageracion, prueba la crudeza de aquel invierno; el de 1076, en el que las grandes heladas duraron en gran extension de Europa desde primeros de noviembre hasta mayo, pereciendo la mayor parte de los árboles y viñedos, helándose las semillas bajo tierra, con lo que la escasez fué tal, que el hambre duró algunos años; y por último, el de 1082 en el que el emperador Enrique IV, seguido de sus soldados, atravesó el Pó, á la sazon completamente helado.

Otros siete inviernos rigurosos se cuentan en el siglo XI, pero los más memorables fueron los de 1124 y 1133. En el de 1124, la vida se hizo extraordinariamente difícil á causa del amontonamiento de la nieve que no cesó de caer durante cuatro meses en casi toda Europa. Los niños y mujeres perecian de frio; en los rios los peces murieron aprisionados por el hielo que se hizo tan grueso y sólido que soportaba enormes carros cargados; las caballerías circulaban por el Rhin como por una carretera; en el Brabante se vió un hecho singular; expulsadas las anguilas en prodigioso número de sus charcas por el hielo, se refugiaban y ocultaban en las granjas, donde quedaban tambien muertas de frio; el ganado pereció tambien en muchas comarcas y los árboles no echaron las hojas de primavera hasta fines de mayo, en Francia, en Suiza y alta Italia. Esta sucinta descripcion de los frios de aquel año, hecha por Guillermo de Nangis, caracteriza perfectamente un invierno crudísimo.

El de 1133 tambien fué un gran invierno; se heló el vino en las bodegas y el frio y el hambre fueron espantosos; pueblos enteros se vieron obligados á escarbar la nieve y la tierra para alimentarse de raíces, y si se ha de creer á los cronistas de la época, gentes hubo que desenterraban los cadáveres para alimentarse de su carne!

El invierno de 1149 debió ser tambien muy rudo. En las costas de Flandes las aguas del mar se helaron de tal modo que podian recorrerse á pié hasta tres millas de la orilla; las olas solidificadas semejaban desde léjos ruinas y torres de fantásticas ciudades. Y hay que advertir que la solidificacion del mar en grandes extensiones junto á las costas es un hecho que se presenta pocas veces en las latitudes medias, acaeciendo sólo en los inviernos más extremadamente rigurosos, porque se necesita la temperatura extraordinariamente baja de los mares polares para que pueda verificarse. El mismo mar Báltico á los 58° de latitud Norte no se hiela en totalidad, sino en mayor ó menor extension, segun los rigores del frio; desde el siglo XIV parece que la solidificacion de la superficie de dicho mar es más frecuente y más extensa que ántes, alcanzando el hielo gran espesor. En 1323 la parte meridional se heló por completo y durante seis semanas pudieron hacerse viajes á caballo desde Copenhague á los puertos de Lubeck y Dantzig, habiéndose colocado hitos y postes indicadores sobre el hielo en los sitios en que los caminos provisionales formados sobre el mar, se cruzaban en varias direcciones. Otro tanto ha sucedido en otros muchos inviernos, tales como en 1339, 1349, 1399, 1402 y 1407.

Un dia contemplaba yo el célebre paso del Sund, allá en el Báltico, desde las altas plataformas del antiguo castillo de Kronborg, que Shakespeare hizo famoso en su Hamlet; era en verano; al Sur se divisaba gran extension de la isla de Zelandia cubierta entónces de verdura; al Norte, las costas suecas de la Scania; el paso del Sund aparece por aquella parte tan estrecho, que los rojos tejados de Helsingfors, poblacion sueca que está en frente, parecian estar á los piés del castillo, y el brazo de mar como un rio de regular caudal, en lo tranquilo y en la poca distancia que entre ambas orillas media. Buques de todas clases y portes y nacionalidades lo frecuentaban á la sazon comunicando gran animacion y movimiento.

—Pues hay muchos inviernos,—me dijeron los dinamarqueses que me acompañaban,—en que el hielo ofrece barra infranqueable á la navegacion: entónces la escena muda por completo, los barcos se cambian por camiones, las barcas por trineos, y en unos y otros vehículos y á pié y á caballo, se comunican, van y vienen suecos y dinamarqueses sobre el hielo.

Hay que advertir que la resistencia que el hielo presenta en cuanto llega á tener algun espesor es enorme, á lo cual contribuye tambien la del agua que por debajo le sostiene. De curiosas experiencias hechas por los físicos Hamberger, Temanza y Toaldo de la Real Sociedad de Lóndres, se deduce que basta un espesor de 5 centímetros para que el hielo pueda soportar el peso de un hombre; con 9 centímetros resiste la carga y marcha de un caballo con su jinete; á los 13 centímetros resiste el paso de trineos cargados con una pieza de á ocho; y cuando la capa llega á los 20, la artillería de campaña con todos sus atalajes puede caminar perfectamente. Los carros más pesados, las más numerosas multitudes están con seguridad completa sobre el hielo de los rios y mares cuando el espesor pasa de los 27 centímetros.

***

Los inviernos más notables de los siglos XIII y XIV, fueron: el del año 1216, en que se helaba el vino haciendo estallar los toneles en las bodegas; el de 1276 en que los rebaños llegaron á perecer de frio en la misma Italia; el de 1316, que fué uno de los más rigurosos, y en el que el hambre á consecuencia del frio fué tan espantosa que las madres tenian que esconder á sus hijos para que no se los robasen turbas famélicas; y los de 1333, 1349 y 1399, en que se heló toda la parte meridional del Báltico. El de 1341 fué tambien sumamente rudo en la Livonia, pues la mayor parte de los soldados del ejército de los cruzados perdieron las narices, los dedos, las orejas completamente helados.

En el de 1359 cayó tan prodigiosa cantidad de nieve,

que, segun los de la época, en Bolonia el espesor de la nevada alcanzó á 17 metros; los jóvenes de la ciudad hicieron bajo tal masa de nieve, galerías y áun salones de baile en los que celebraron fiestas en memoria de suceso tan extraordinario.

Nada ménos que quince inviernos rigurosos se cuentan en el siglo XV y de ellos siete extremadamente crudos. El del año 1408 fué tal que segun los contemporáneos no se habia conocido en 500 años otro semejante. Selibien dice que desde San Martin el frio se hizo insoportable; se helaron las raíces de las viñas y de los árboles frutales, se helaron por todas partes los rios; los carruajes estuvieron atravesando mucho tiempo sobre el Sena, en Paris; en los registros del Parlamento francés se lee que al apuntador de dicho Parlamento se le helaba la tinta en el tintero.

El año 1422 tambien fué muy riguroso produciendo efectos semejantes, y del de 1434 se cuenta que poco ó mucho no dejó de nevar en Paris durante cuarenta dias consecutivos. En 1442 duraron tres meses las nieves en las calles de Carcasona, segun se lee en los registros de dicha ciudad. En 1457 el frio fué tan general y tan rudo que la mayor parte de los rios de Europa se helaron; sobre la superficie del Danubio congelado acampó un ejército de 40,000 hombres. En 1493 se heló tambien parte del Adriático, con las lagunas de Venecia.

En el siglo XVI se citan diez y ocho inviernos rigurosos; de ellos son notables: el de 1503 en que el Pó helado sostuvo el peso de todo el ejército del papa Julio II; el de 1524 en que perecieron de frío muchas personas en Inglaterra; el de 1544 en el que el vino se heló y fué necesario partirlo con hachas, vendiéndose los pedazos al peso; el de 1552 en el que el frio diezmó el ejército de Cárlos V, en el sitio de Metz; el de 1564, que tuvo todos los caracteres de un invierno rigurosísimo, los rios se helaron por completo, las vides y los árboles frutales perecieron por todas partes; el de 1565 en que se heló el Ródano y muchas gentes morian yertas en los caminos; el de 1571, célebre por sus nevadas extraordinarias, pues en el mediodía de Francia duró la nieve sobre el suelo sesenta dias y su peso arruinó muchas casas, pereciendo sus moradores entre las ruinas y la nieve; el de 1589 en el que el mariscal Montmorency con artillería y todo atravesó el Ródano completamente helado, y el de 1595, en que llegó á helarse el Mediterráneo junto á las costas de Marsella.



Victor Maurel, notable artista que acaba de cantar con gran éxito en el teatro del Liceo de esta ciudad

Del siglo XVII, cuatro inviernos merecen especial mencion: los de los años 1608, 1620, 1655 y 1683. En el de 1608 la helada duró más de ocho meses sin interrupcion en toda la Europa central, heláronse los rios, los árboles y las vides, perecieron por todas partes viajeros en los caminos y más de la cuarta parte de los ganados; cuentan que el dia 10 de enero, el vino se heló en el cáliz en la iglesia de San Andrés de los Arcos, en Paris; el pan que se sirvió á Enrique IV el dia 23 de enero estaba helado. Los habitantes de Amberes celebraron alegres ferias sobre la superficie helada del Escalda, levantando tiendas y garitas sobre el hielo, por el que marchaba, bailaba y corria la multitud. En el invierno de 1620 el Zuiderzée, la parte meridional del Báltico y las lagunas de Venecia se helaron por completo; en estas últimas quedó aprisionada por los hielos la flota veneciana. En 1655, el frio fué tan vivo que se vieron llegar á las costas alemanas del Báltico, carros bien cargados y tirados por cuatro caballos, que, procedentes de puntos distantes más de 40 kilómetros habian hecho su travesía caminando sobre el hielo del mar. En 1683 el mar del Norte se heló en las costas de Inglaterra, Francia, Bélgica y Holanda, en una extension de algunas millas mar adentro, de tal modo que ningun buque pudo salir ni entrar en los puertos por espacio de dos semanas; el Támesis se heló en Lóndres, de tal modo, que vehículos de toda clase lo cruzaban en todas direcciones; sobre el rio helado se celebró una feria que duró quince dias, con una corrida de toros y otras diversiones análogas.

De los inviernos famosos de los siglos XVIII y XIX se tratará en artículo aparte, que entónces ya se conocia el termómetro y se pudo graduar mejor la intensidad de los frios.— DOCTOR HISPANUS



LUISA DUDLEY

LUISA DUDLEY.—ENRIQUE BURTON

Los dos personajes, cuyos retratos insertamos en esta página, han adquirido en estos dias esa notariedad poco envidiable que se obtiene apelando á medios violentos y reprobados.

El primer retrato es el de la viuda de un oficial inglés, muerto á consecuencia de una explosion de dinamita, y que deseando vengar la muerte de su marido, ha disparado un revolver en Nueva York contra O'Donovan Rosa, famoso agitador irlandés, suponiéndole uno de los jefes de los dinamitistas ingleses. Al caer en poder de los agentes de la autoridad, no ha manifestado emocion ni pesar alguno por el atentado que acababa de cometer, ántes al contrario, se ha mostrado satisfecha de su vengativo acto. La dinamita es tambien la que acaba de dar á conocer á Enrique Burton. Nuestros lectores no ignorarán sin duda los recientes estragos causados en la Torre de Lóndres, en el ferrocarril subterráneo y en otros edificios londinenses por diferentes explosiones de dinamita, explosiones que por desgracia han causado algunas víctimas. Pues bien, Enrique Burton aparece como presunto co-reo de estos atentados, y sin que por nuestra parte nos permitamos afirmar ó negar esta presuncion, opinamos que la fisonomía del individuo en cuestion no desdice en verdad del tipo que nos formamos del dinamitista.



ENRIQUE BURTON

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran fólio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estaráconsiderablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentacion*, 2 tomos.—*Escultura y Díptica*, 1 tomo.—*Fintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 16 DE MARZO DE 1885 — NÚM. 168

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

AGAR, cuadro por N. Sichel, (grabado por C. Stadelmann)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

AGAR, cuadro por N. Sichel

En nuestro número 162 hemos reproducido un cuadro referente á uno de los episodios de la vida de Agar, que describimos á grandes rasgos. Sichel se ha propuesto pintar el tipo de la madre de Ismael, y lo ha hecho con perfecto conocimiento del personaje, realzando su obra una ejecucion verdaderamente feliz.

Basta recordar la historia de la segunda mujer de Abrahan para figurársela un dechado de modestia, de dulzura y de resignacion. Pues bien, fíjense nuestros lectores en el cuadro que hoy publicamos y convendrán en que esas tres virtudes resplandecen en el semblante, en la actitud, en la expresion toda de esa concepcion de Agar.

Quizás podria objetarse que el tipo no tiene completo sabor oriental; que ese contorno delicado, que esa tez sobradamente fina, no se avienen del todo á las condiciones de una esclava, elevada al rango de compañera del gran patriarca por razones de pura conveniencia, entre ellas el vehemente deseo de sucesion. Pero quizás, tambien, el autor del cuadro podria decirnos que en cuanto á tipos orientales de los tiempos bíblicos quedan pocos ejemplares auténticos; que cada uno es muy dueño de figurárselos segun la imaginacion los entienda probables; y que en esa duda que nada puede aclarar, la cuestion estriba, no en encontrar el carácter de la raza, sino en expresar los afectos del personaje.

Y si esto dijera el autor, la verdad del hecho seria que muy difícilmente podria demostrársele que no está en lo cierto, dentro del arte y del principio que dice que el rostro es el espejo del alma.

EL REGALO DE BODA, cuadro por Sanesi

El carácter más saliente de la corte de Luis XV, ó séase de su época, es seguramente la ligereza y frivolidad de las costumbres. Ya no se daban batallas ni se obtenian victorias, como en tiempo de Luis *el grande;* ya los mosqueteros de Luis XIII habian arrinconado las incomprensibles botas de Artañan para calzar chapines á la Dubarry; ya las damas de la corte se preocupaban más de los regalos cambiados por los novios que de las estocadas cambiadas por los pretendientes.

No diremos que las señoras mujeres hayan dejado de ser curiosas en tiempo alguno, porque esto seria renegar de su madre Eva; pero las manifestaciones externas de esa curiosidad han tenido sus más y sus ménos, y en tiempo de Luis XV ese más llegó á constituir la verdadera idiosincrasia femenina.

Nada tiene, pues, de extraño, que las seis damas de nuestro cuadro asedien al portador de ese espléndido regalo de boda, devoren con los ojos el presente, fisgoneen la tarjeta del donador, abrumen á preguntas al lacayo; en una palabra, pongan á ese Otelo de librea en el caso de sospechar si le han asaltado algunos alumnos de Mandrin vestidos de cortesanas.

En esta bonita composicion es recomendable la diversa manera de dar cuenta de una misma curiosidad bajo la forma de seis distintas mujeres.

LA ORACION MATINAL, cuadro por P. Wagner

Obra es esta de verdadero estudio y por cierto que su autor puede estar satisfecho de ella. Llena de verdad y ejecutada con vigor nada comun, resalta ante todo de una manera admirable el contraste entre la ancianidad y la niñez, contraste de todas y cada una de las partes de los dos personajes del cuadro y que, para colmo de efecto, es de apreciar hasta en la luz que á uno y otro estudiadamente envuelve. De aquí resulta una primera impresion excelente

Aparte este efecto, el cuadro es admirable de expresion: el rostro de la anciana, si como estudio del natural es obra maestra, como tipo de cariño y de piedad es una maravilla. En cambio, el del niño es un prodigio de candor, y recuerda en algun modo á esos ángeles que Murillo hace revolotear en torno de sus portentosas Inmaculadas.

La actitud de las figuras es sumamente natural: no se concibe que de otro modo la amante abuela, dos veces madre, acostumbre al tierno vástago á las prácticas piadosas, que no ha de olvidar ya en toda la vida. El niño será hombre; el hombre sentirá más ó ménos debilitadas las creencias que en sus primeros años le inculcaron; pero áun en medio de sus dudas, de sus vacilaciones, hasta de su fatal descreimiento, recordará con ternura aquella escena de su tranquila infancia, la escena de todas las mañanas, durante la cual una mujer, tan rica de amor como de fe, ponia, con la oracion en sus labios, las primeras nociones de la virtud en su alma.

ALDEANA DE SUABIA

La Suabia, país generalmente montañoso, se halla situado entre Francia, Suiza, Austria, Baviera, Franconia y el Rhin. Tantas vecindades dan á esta region un carácter cosmopolita, que se revela en su idioma, en sus costumbres y en sus trajes. El de nuestra aldeana no deja de ser elegante, aunque no peca de airoso. El tocado, verdaderamente original, tiene algo que recuerda el de Nuestra Señora de la Saleta.

APUNTE, por B. Galofre

En una frase se conoce á un escritor.

En un apunte se avalora un artista.

Galofre es el enemigo del arte que perfila, que depura, que *acaba*.

Galofre, pinte ó dibuje, apunta siempre.

Apunta... y da en el blanco.

Como Velazquez decia á los que le echaban en cara que su factura era abocetada:—El que lo entienda de otro modo, ponga la mano en mis cuadros...

Galofre puede decir de sus apuntes.

—Si hay quien sepa hacer más con mayor número de líneas, venga y corrija mis dibujos.

EN TIEMPO DEL DIRECTORIO, dibujo por A. Zick

Tallien habia guillotinado al Terror, y la hermosa Teresa Cabarrús imperaba en Francia. Consiguientemente habian de modificarse las costumbres, y á las borrascosas escenas de los clubs, habian de sustituir las apacibles citas en los bosquecillos de Saint Cloud y de Versalles. La partida habia sido ganada por una mujer, y á las mujeres pertenecia el nuevo régimen. Las hijas de Eva se trasforman con facilidad. ¿Quién sabe si la desdeñosa dama de Zick se habia hecho notable, algunos meses ántes, entre las llamadas *furias de la guillotina?*... El hombre del cuadro es quien conserva algo todavía de la antigua rusticidad: hay algo en él del antiguo convencional; pero no importa; el astro de Napoleon se levanta y no ha de faltarle ocasion para despojarse de las gruesas botas y lucir la torneada pantorrilla en los dorados salones de las Tullerías.

EUGENIO PELLETAN

Al cerrarse el año último, acabó, murió Eugenio Pelletan, asaltado por una fulminante apoplejía.

Pensador espiritualista, republicano templadísimo, pertenecia, por la índole de su talento y por la historia de sus ideas, á los que intentan emancipar el alma, pero huyendo con horror de los errores materialistas, é impulsar á la sociedad hácia adelante con fortísimo impulso, pero preservándola de toda utopia y de toda propension demagógica. Parece que lo estoy viendo, hace ahora diez y ocho años, por el Cuerpo Legislativo á donde le llevaran los electores parisienses en premio á sus elocuentes libros, combatir con dardos certeros al Imperio y preparar, con acentos parecidos á los trenos antiguos, el espíritu nacional para recibir el Verbo de la libertad, que tarde ó temprano debia de nuevo encarnarse por su propia virtud en el seno de las instituciones democráticas.

Su tupida melena; su luenga barba, entónces ya casi blanca; la profundidad insondable de su mirar, muy reconcentrado, como de buen observador; el tono extraño de su voz, un tanto ronca, pero siempre solemne; las imágenes fulgurantes de su prosa poética, tan propia del panteismo alejandrino en que su espíritu se anegaba y sumergia, dábanle todos los caracteres de un revelador ó de un profeta, como los engendrados por el Oriente, y puestos por la supersticion popular en los templos y en los altares teogónicos. Esta excesiva idealidad propia le dió las facultades necesarias para brillar entre los primeros escritores; pero le negó el tacto necesario para subir hasta los primeros estadistas. Por eso Gambetta, Ferry, otros más jóvenes y ménos autorizados le aventajaron todos en el combate y recibieron el gobierno. Mas Pelletan ha contribuido mucho á fundar la República francesa, y como quiera que la fundacion de tal forma de gobierno sea el hecho capitalísimo de la edad contemporánea, debemos detenernos en su presencia para seguirlo con atencion y explicarlo con claridad, á fin de ver tras las realidades diarias, amargas y tristes de suyo, el ideal vivificante de una sociedad más progresiva, y el motor primero de otros tiempos mejores y más fecundos.

A no dudarlo, no, la calidad sobresaliente de Pelletan resulta, despues de bien estudiada su historia, el haber esperado en la libertad siempre y haber sabido comunicar estas esperanzas á sus desmayados y abatidos contemporáneos. Necesitábase ver con vision muy anticipada lo porvenir y los gérmenes de bien que habia de llevar en sí para que la pluma pudiese trazar con tanta seguridad aquellos poemas del humano progreso conocidos con el nombre de «La Profesion de fe del siglo XIX» y viera con tanta claridad cómo la materia indecisa de la primera nebulosa de aquel semillero de mundos, condensándose poco á poco por la creadora virtud y eficacia del tiempo, habia de dar un planeta como el nuestro, donde, á la doble luz del sol y del espíritu, debíamos ir desde las cavernas lacustres al Parthenon de Aténas y á la catedral de Toledo; desde los fetiches caníbales, al Dios espíritu y verdad; desde las castas arriba y la esclavitud abajo, á la libertad, á la igualdad, á la fraternidad; principios sublimes, los cuales acabarán por vivificar cada una de las sociedades humanas con arreglo al derecho natural, capaz de dar á toda la humanidad futura en federacion armónica un solo cuerpo y un alma sola, realizándose así con toda su verdad y en toda su plenitud la justicia. Permitidme, delante de quien ha luchado, como yo, por la democracia, y me ha distinguido con su amistad en vida, pararme y detenerme á contemplar esta obra comun, de la cual resultó ayer la libertad en Francia y resultarán tarde ó temprano progresos nuevos en toda Europa. No hay para los pueblos libres y para los gobiernos democráticos estudio tan provechoso cual es el estudio de las grandes transformaciones progresivas y radicales.

Por su espíritu militar, por su administracion centralizada, por las históricas oposiciones á los grandes señores que mil veces quisieron desmembrarla, era Francia una nacion esencialmente monárquica, y podia llamársela con verdad la nacion por excelencia de la monarquía. En el tiempo que aquí en España declinaba y se suspendia institucion tan poderosa en Inglaterra, llegaba por su propia virtud al apogeo en Francia bajo el nombre ilustre de Luis XIV. Y esta nacion, sin salir de la forma monárquica, desenvainaba su espada, al siglo siguiente de Luis XIV, en compañía de la España absolutista, á favor de la democracia universal, á favor de la democracia americana. Y llamo á la democracia americana democracia universal, porque todos los movimientos democráticos anteriores al movimiento de los Estados Unidos tuvieron objeto nacional. Lo tuvo el movimiento de Suiza contra Austria; lo tuvo el movimiento de Holanda contra España; lo tuvo el movimiento de Inglaterra contra el vergonzoso protectorado de Francia; pero el movimiento de América no fué sólo contra Inglaterra, fué un movimiento más íntimo y más humano: proclamó los principios democráticos, los derechos fundamentales como independientes de toda circunstancia histórica, como desligados de todo influjo geográfico y declaró su universalidad. Y al empaparse Francia, la nacion más monárquica de Europa, en este sentido profundamente democrático, no sólo puso á servicio de la democracia sus inmensas fuerzas militares, su vasto y autoritario organismo, sino que nacion medio germánica, medio latina, árbitra durante mucho tiempo de la larga lucha entre los pueblos católicos y los pueblos protestantes; centro geográfico de Europa; su Verbo, porque ya, en aquella sazon, habíase difundido la lengua francesa entre las clases ilustradas, tenia, como ningun otro pueblo, aptitudes providenciales para la difusion de las ideas nuevas por el mundo, abierto á los rayos luminosos de su espíritu.

Podrá echársele en cara á Francia, como algunos escritores germanos, vacilaciones entre el espíritu aleman y el espíritu latino; incredulidad religiosa al punto de pasar desde la mojigatería á la duda, desde la duda al deismo y desde el deismo al concordato; podrán echársele en cara cambios bruscos del absolutismo á la anarquía y de la anarquía al absolutismo; excesos de libertades reprimidos por excesos de dictaduras; tendencias á la igualdad que se resuelven siempre en romano cesarismo y en oligarquías burocráticas; proclamacion de principios humanitarios y procedimientos de terror, de guerra, de matanza; podrán echársele en cara estos y otros defectos, mucho más hoy que está en boga insultar á Francia, humillada y vencida, mas el género humano será de negra ingratitud miserable reo, si olvida que todas las ideas modernas se difundieron por el tribunado, por el apostolado de Francia, por su genio propagador y cosmopolita; que ella democratizó y difundió la libertad con el genio de Calvino; que ella democratizó y difundió la filosofía con la pluma de los enciclopedistas; que ella democratizó y difundió la revolucion moderna con la lengua de Mirabeau; que ella, esa Francia tan calumniada, tiene aún el privilegio de agolpar en momentos supremos y críticos á su cerebro la idea y á su corazon la sangre de toda la humanidad.

¡Cuántas veces, sin embargo, la reaccion se ha levantado en su seno! ¡Cuántas veces la reaccion ha querido enlazarse, unirse con sus ideas generosas, caber, digámoslo así, dentro de su gran corazon! La monarquía antigua, despues de haberse largo tiempo resistido á tanta humillacion, aceptó la obra de la Constituyente como un pacto entre el trono histórico y el pueblo emancipado. Pero Francia rompió este pacto. La monarquía militar, levantada sobre las bayonetas de Marengo y de Arcole, quiso ser el cetro y la espada de la democracia. Pero la derrota rompió ese encanto, y Francia, áun bajo la planta de los aliados, recordó que sus sentimientos eran sentimientos democráticos. Inútilmente la Restauracion intentó seducirla con las apariencias de la antigua tradicion y de la antigua gloria; inútilmente las ideas y los intereses orleanistas, que eran ideas é intereses de la clases medias, ciñéronse una corona y llamáronse la mejor de las Repúblicas; inútilmente el tercero y último Napoleon se dijo el representante de los principios revolucionarios, el jefe de la plebe, el magistrado del sufragio popular, el tutor del trabajo, el César del socialismo, inútil todo: el genio francés, á pesar de sus largos eclipses, ha permanecido incontrastablemente fiel á la democracia liberal.

Y no podemos desconocerlo ni negarlo; tiene la idea nueva en Francia muchos matices y pertenecen sus partidarios á muchas sectas. Pero esta verdad, que á los ánimos apocados aflige, debe fortalecer á los ánimos conocedores de que solamente en las democracias estalla la rica variedad de la vida humana.

¿Echaríamos en cara á los espacios el que en su inmensidad quepan todos los mundos? ¿Tendremos por un defecto de la libertad el que en sus instituciones puedan todas las ideas desarrollarse? No hay idea alguna que no aspire á la mayor suma de derecho posible para difundirse en virtud de la propaganda y realizarse en poderosas organizaciones por medio de la asociacion. Y si no hay ideas que no aspiren á la mayor suma de derecho no hay sustancia de gobierno que pueda resistir sin quebrarse el

calor de la libertad, como la democracia. Por eso todo el movimiento de las ideas modernas se ha encauzado en Francia necesariamente dentro de la democracia, resultado natural del espíritu moderno.

Mucho se ha criticado á los hombres denominados del cuatro de setiembre; porque, recibida la noticia de irreparables desastres, prisionero Napoleon; reciente la rota de Sedan, el nuevo Waterlóo, proclamaron la República en medio de una revolucion. Quien así discurre, desconoce lo mismo el movimiento de las ideas que el movimiento de los hechos. Para nadie era un misterio que no podia perder Napoleon una sola batalla sin perder al mismo tiempo su corona. Para nadie era un misterio que no podia derrumbarse el trono de Napoleon sin ser inmediatamente sustituido por la República.

Estaban de tal manera impresas en el sentimiento universal estas creencias, que á un dia fijo, á una hora por nadie señalada, como si el viento que venia del Este trajese disuelta la idea y se la comunicase á las ciudades de Francia, levantáronse todas, Marsella, Burdeos, Lyon, Nantes, á destituir el Imperio y proclamar la República. Desde aquel momento se podrá intrigar en los conciliábulos, conspirar en todas partes para rehacer lo antiguo: las clases verdaderamente productoras y mercantiles, que gustan de la estabilidad social y del órden que la estabilidad social engendra, sostienen como un hecho, pero como un hecho ya difinitivo, el régimen democrático.

Es verdad que este hecho no fuera, ni tan necesario, ni tan universal, si no lo produjese la idea, que es la vida y el alma de los hechos. El pensar parece una operacion abstracta propia del espíritu recluido en su impalpable y etérea esencia. Un pensamiento pasa á los ojos vulgares ó inadvertido ó fugaz, como esos aerolitos que cruzan por el cielo de nuestras noches serenas. Y sin embargo, la idea es en la sociedad como la savia en la vegetacion, como el oxígeno en el aire, como la luz en el universo, como el calor en la luz, como la vida que compenetra y alimenta y sostiene á todos los séres. La sucesion de las ideas no ha sido mera sucesion de abstracciones, de fantasmas, sin realidad y sin forma. La sucesion de las ideas ha sido como la trama de la vida humana en la historia. Sobre la corriente de los hechos ha fluido la corriente de las ideas, como sobre todos los fenómenos terrestres se extiende la atmósfera. Cuando estudiais la filosofía estudiais lo esencial á cada época. El hecho es un accidente. La idea nos da lo universal en la conciencia y en la vida. Las leyes, independientes de toda condicion y circunstancia, las leyes así de la naturaleza como del espíritu, no pueden ser conocidas sino por la idea, ni formuladas sino por series de ideas. En cada sér brilla esta alma que es su invisible resplandor. Las cosas mismas no llegan á nuestro entendimiento sino por medio de las ideas. ¿Qué seria de la vida, de sus relaciones con el universo, de sus relaciones con la historia, si no tuviéramos lo ideal? Así los movimientos sociales, ántes que todo y sobre todo, se rigen por ideas, como el movimiento cosmológico se rige por fuerzas. Y nunca, nunca hubiera brotado la nueva democracia en Francia con tanta espontaneidad, si no hubiera sido preparada por una gran literatura. Las almas artísticas elevadas en las cimas de la sociedad anunciaron la revolucion como las aves agoreras anuncian desde los escollos la tempestad.

Entre estas almas artísticas descollaban tres, el alma de Lamartine, el alma de Víctor Hugo, el alma de Lamennais. Pues las tres grandes almas, que bastarian por sí solas á honrar todo un siglo, tuvieron su nido en los altares, en los panteones de lo antiguo, en la ojiva gótica, en el sepulcro del caballero cruzado, en la cúpula arrebolada de la catedral católica, por donde las piadosas oraciones aún suben á lo infinito. Lamartine, el poeta de la espiritual melodía, tan perfecto en las formas como un griego de Pericles; tan melancólico en el fondo como un místico de la Edad media; estaba llamado á cantar la elegía sobre la tumba de las sociedades antiguas, entre el rumor que forman las ideas muertas en la conciencia, rumor tan poético y tan triste como el de las hojas secas en el bosque.

Víctor Hugo, el poeta de lo gigantesco, de lo ciclópeo, de lo sublime; el poeta que lleva todavía en su frente la volcánica aureola de los antiguos titanes; despues de sacar con su maza á las piedras de las ruinas dispersas en el espacio y enmohecidas por la humedad de las plantas funerarias todas las chispas de poesía guardadas en sus moléculas, íbase ¡él! que ante todo y sobre todo es una energía, una voluntad, á cantar los loores de aquel César, que tuviera un momento en las garras de sus audaces victorias el mundo como en peso y tiñera en sangre los blasones de todos los reyes, y deslumbrara con su genio relampagueando los ojos de todos los pueblos.

Lamennais estaba más comprometido todavía que Lamartine y Víctor Hugo, porque Lamennais era sacerdote. Sus rodillas habian mellado las gradas de los altares; sus manos, cruzadas siempre, se habian cogido al velo del santuario como el niño lloroso y asustado al traje de su madre. Él no queria ver otra luz que la luz de las lámparas ardiendo bajo las bóvedas sagradas, ni oir otra armonía que el órgano y el cántico litúrgico, llenando de fe y esperanza los corazones místicos. Breton, criado en aquellas regiones de costas agrias y de mares tempestuosos, el mugido de las selvas druídicas, mezclado al mugido de las olas hirvientes, le daban acentos rudos para cantar al implacable Dios del castigo y de la justicia, reclamado por el siglo de la glacial indiferencia en religion y en moral, por el siglo de la empedernida protervia. Todo le cautivaba en el catolicismo: arriba la autoridad absoluta, y abajo la sumision completa, la jerarquía aristocrática, el genio tradicional é histórico, la materia sometida al espíritu, los reyes á los profetas, el mundo al Papa, que en magistratura moral y religiosa convirtió la antigua magistratura de los Césares, sobre la tierra sumisa y obediente. De suerte que los tres grandes artistas de Francia: Víctor Hugo, Lamartine, Lamennais, eran napoleónico el primero, legitimista el segundo y el último ultramontano. Podia decirse; que vegetacion tan exuberante, flora tan rica, aparecia como vegetacion y flora de los sepulcros, sólo propia á dar frutos llenos de cenizas sobre los osarios y para los muertos.

Mas el viento del siglo penetró en aquella selva petrificada, llevándole su vida y su calor. A su vez Lamartine fué á Oriente y tuvo como los profetas revelaciones misteriosas en el desierto. Las monótonas y uniformes soledades revelaron á su genio la unidad del espíritu humano como á Moisés y á Mahoma la unidad de Dios. Y desde el momento en que aprende el hombre la unidad del espíritu humano, aprende tambien la unidad fundamental del derecho. Así, cuando Lamartine ve dibujarse en los horizontes caldeados de Tierra Santa la Jerusalen que él habia querido buscar con la fe de los antiguos cruzados, llevaba ya el mordisco de la duda en el corazon; y sólo vió en la ciudad, no el templo vivo de un Dios adorado, sino el gigantesco fósil, organismo de una vida legada en herencia á otras regiones, á otros mundos, á otros organismos, ya más progresivos, y perfectos.

Sus labios no besaron al sepulcro del Cristo muerto de la leyenda, mecido por los cantos litúrgicos de los sacerdotes gerárquicos, sino el sepulcro del Cristo resucitado por el espíritu moderno, vivo en las instituciones libres, que daba ideas sociales en comunion universal á las democracias emancipadas. Y á la luz de esta transfiguracion de su genio, como si él mismo se resistiese á creerla, cogió la pluma para maldecir la revolucion francesa, que persiguiera y dispersara su familia, buscando en los crímenes de aquella época fraguas para forjar de nuevo su antigua fe, y miéntras la voluntad tiraba á escribir la elegía sobre los cadalsos de los sacerdotes y de los reyes, la conciencia le dictaba un cántico á los principios regeneradores, á los pueblos emancipados, á los filósofos que presentian el nuevo Verbo, á los oradores que lo hablaban, á los legionarios que morian como los griegos de las Termópilas, á los cánticos del pueblo en que renacia la virtud creadora de la antigua oda pindárica, á los mártires de la libertad humana; encubriéndose á sus ojos los crímenes de la revolucion universal entre los rosados vapores de las ideas, como en la tragedia antigua se pierden, se desvanecen los horrores entre las estrofas del coro que eleva un cántico eterno de amor y de esperanza. Por estas transformaciones el poeta legitimista contribuyó á derribar un trono y á fundar una república; pero sobre todo á poner como de relieve la democracia en la conciencia de un siglo.

Discípulo suyo, y discípulo eminentísimo, Eugenio Pelletan, pero con la ventaja manifiesta sobre su gran maestro de no haber nunca dudado y haber siempre pertenecido por sus ideas y por su fe á la Iglesia del humano progreso. No posee aquella vena poética inagotable, que pintaba con líneas de Rafael y esculpia en mármoles de Paros, los grandes pensamientos convertidos en revelaciones inspiraciones; pero sí un sentimiento más vivo de la libertad y un ardor más intenso para los grandes combates en pro de la justicia y del derecho. Durante la monarquía de julio trabajó por el advenimiento de la República de febrero; despues de muerta la República de febrero, trabajó contra el Imperio de Napoleon; despues de roto el Imperio de Napoleon, trabajó para fundar y robustecer la tercera liberal República, en cuyo seno ha muerto, sin desvanecerse por las embriagueces del triunfo ni desesperarse por las tristezas del cautiverio y del vencimiento.

La fe más viva en el progreso humano y en las ideas, progresivas, sirvióle para soenerse en la brecha durante medio siglo, predicando con la perseverancia de un apóstol nuestra buena nueva y previendo las victorias del derecho con la evidencia del profeta. Cuando una dictadura cesarista sorprendió á Francia, y dispuso de sus destinos y de su gobierno, sin consultarla, sino despues de haberla despojado de su libertad, y ceñídola con fuertes cadenas al potro del tormento, Pelletan, asemejándose á los antiguos estoicos en el Imperio romano, buscó por los senos de las conciencias extintas el rescoldo no bien apagado de los grandes ideales y presentó á los ojos de las jóvenes generaciones la imágen esplendorosa de una nueva República, salvada del puñal de los asesinos en aquella noche nefasta que vió caer la tribuna y los tribunos en el polvo y apagarse la libertad en el cielo. Tan combatiente y tan heroico, cual fuera en el Imperio, ha sido Pelletan de prudente y mesurado en la República. Esta prudencia y esta mesura debe mostrar á los jóvenes republicanos, muy propensos al desaliento, porqué la República no marcha hoy al paso de sus impetuosos deseos, cómo los veteranos aprecian solamente con apreciacion justa todo el valor de las victorias alcanzadas, y miden con exacta medida toda la trascendencia del cambio conseguido; porque saben comparar la distancia inmensa existente, por necesidad, entre la servidumbre y el derecho: que si no es tan abundosa en bienes y tan risueña de suyo como la imaginacion se la prometiera en sus esperanzas y en sus ensueños, al fin y al cabo, esa República, de la cual abominan y maldicen muchos, por creerla la triste y árida Palestina, es con sus arideces y sus tristezas, sombras inseparables de toda realidad, la tierra prometida por los profetas, y el templo levantado al Dios de la libertad, quien derrocará en el polvo las Nínives y las Babilonias con todos sus tiranos, y redimirá, por la virtud santa de su ejemplo, á todos los opresos.

EMILIO CASTELAR

SOLITA

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuacion)

—Sí, señor; porque mi abuelito me decia: si algun dia te pierdes, dí á uno de Orden Público: yo vivo en la calle del Salitre, n.º... y él te traerá á casa.

—Ah, perfectamente; veo que tienes memoria y una precocidad que va á servirnos de mucho para encontrar á tu abuelito.

Y Aurelio, como si le molestara prolongar aquella escena, añadió:

—Jacoba, llévate á esta niña; esta noche que duerma contigo y mañana temprano la compras alguna ropa propia de la estacion. A mí me despiertas á las ocho si no me he levantado. Es muy tarde, á dormir todo el mundo; buenas noches, hija mia.

—Vamos á la cama,—repuso Jacoba, - pero ántes da las *buenas noches* y un beso á tu bienhechor.

La niña se levantó de la butaca y dió un beso á Aurelio, diciendo:

—¿Cuándo iremos á ver á mi pobre abuelito?

—Mañana, hija mia, mañana; te doy mi palabra.

Jacoba y la niña salieron del gabinete.

Aurelio, cuando se quedó solo, en medio de la satisfaccion que experimentaba su alma generosa por haber salvado de una muerte cierta á la pobre niña, sentia tambien una inquietud inexplicable en el corazon.

Aquella niña habia despertado dolorosos recuerdos que Valflorido hacia tiempo procuraba borrar de su memoria.

Aurelio prolongó sus paseos durante media hora; por fin se acostó.

A las ocho de la mañana Jacoba dió unos golpecitos en la puerta de escape de la alcoba de su amo.

—Entra, Jacoba, entra, le dijo Aurelio, que se habia levantado y estaba acabando de vestirse.

—Buenos dias, señorito.

—¿Y la niña?

—En el comedor, alegre como un pájaro, inspeccionándolo todo y preguntándome sin cesar por su abuelito; parece que le quiere mucho; es una niña encantadora, no he visto nunca una criatura más risueña; la he peinado y tiene el pelo como la tinta y lleno de preciosos rizos; bien vestida, parecerá un ángel.

Aurelio escuchaba á Jacoba en silencio.

—¡Si viera V. qué parlanchina es y qué gestos tan graciosos hace cuando habla! y luégo, tiene unos ojos tan grandes y una mirada tan dulce, vamos, le digo á V., señorito, que esa niña me ha cautivado, que estoy enamorada de ella y si ahora nos la quitaran me darian un gran disgusto.

—¿No te ha dicho nada de su familia?

—Sí, algo he podido averiguar,—añadió Jacoba, suspirando.—Me ha dicho que su pobre abuelito por las noches salia de casa con ella; que se colocaban en una esquina por donde pasaba mucha gente y que él tocaba el violin y á ella le daban cuartos.

—¡El violin!... ¿Luego es músico?—exclamó Aurelio, palideciendo.

—Sí, señor, músico,—repuso Jacoba, exhalando un segundo suspiro.

—¿Y qué más?... ¿qué más?—preguntó el maestro con creciente inquietud.

—Dice que su pobre abuelito tosia mucho y la estaba siempre repitiendo: «Solita, ¡qué pronto te quedarás sola en el mundo!» y que esto se lo decia con los ojos muy abiertos y llorando.

La palidez de Aurelio aumentaba.

—Una tarde,—añadió Jacoba, enjugándose las lágrimas,—el abuelito la dió un susto muy grande; el anciano estaba tocando el violin cuando de pronto se cayó al suelo desmayado y tuvieron que llevarle á casa unos hombres; le acostaron en el jergon donde dormian los dos. Todo esto me dice esa niña, que me ha robado la voluntad de una manera encantadora y expresando en su carita de serafin las impresiones de su alma.

Jacoba se detuvo, las lágrimas se agolpaban á sus ojos y su voz estaba conmovida.

Aquí hubo una pausa.

Diríase que Aurelio desistia de continuar averiguando la verdad, porque ya habia reunido bastantes datos para que aumentara el sobresalto de su corazon.

De pronto se llevó la mano á la frente y procurando serenarse, preguntó:

—¿Ha tomado chocolate la niña?

—Está en el comedor esperando al señorito.

—Pues vamos al comedor.

Solita estaba sentada junto á la mesa, mirando con cierta complacencia una bandeja llena de bizcochos y unos vasos de leche.

Aquella pobre niña no habia disfrutado nunca de un desayuno tan apetitoso; acostumbrada á la miseria, su vida no era otra cosa que un prolongado lamento con estremecimientos de hambre y de frio.

Aquel comedor, en cuya chimenea ardia el fuego y por cuya ventana entraba el sol, tenia para Solita todos los poéticos encantos del Paraíso.



EL REGALO DE BODA, copia del celebrado cuadro de Sanesi



LA ORACION MATINAL, cuadro por P. Wagner

Pero aún no ha llegado el momento en que el narrador describa la corta y dolorosa vida de la pobre niña abandonada.

Aurelio se acercó á Solita, la dió un beso en la frente y se sentó á su lado.

—¿Qué tal has dormido?—la preguntó mirándola con fijeza.

—Muy bien, señor; esta noche no he tenido frio... Pero, ¿cuándo veré á mi abuelito?... ¿sabe V. dónde está?

—Hoy lo sabremos y te llevaré á que le veas.

—¡Ah! el pícaro violin... sí, señor, el pícaro tiene la culpa de todo,—añadió la niña, con una viveza encantadora.

—¿Pues qué hizo el violin?—le preguntó Aurelio.

—Toma, que se perdió ó nos lo robaron, y como el abuelito le queria tanto...

—¿Y cómo fué eso?

—Pues, verá V.; la noche que mi pobre abuelito se cayó desmayado en la calle, ni él ni yo nos acordamos del violin, y luégo me decia:—¿Dónde está mi violin, Solita?... ¿Has visto tú mi violin?... ¿nuestro quita-pesares?... ¿nuestro filoncito?...—Yo buscaba el violin por toda la casa, pero el violin no parecia. El abuelito se echó á llorar, diciendo: ¡Qué será de nosotros sin el violin!—y cogiéndose la cabeza con las manos, sentado en el jergon, lloraba, y lloraba sin que pareciera el pícaro instrumento. Yo lloraba tambien. El abuelito decia:—Alguno me ha robado el violin, ¡qué gente tan mala hay en el mundo! ahora no podré pedir limosna, no podré ganarme un pedazo de pan para mi pobre Solita.—Toda la noche estuvo suspirando, y á la mañana siguiente me dijo, con una voz muy débil, muy débil, que apénas la oía: —Solita, ¿tienes hambre, hija mia?—Un poco,—le contesté yo.—¡Ah, Dios mio, Dios mio!—decia el abuelito,—y yo no tengo fuerzas para levantarme; mira, ponte á la puerta, y al primer vecino que pase le suplicas que éntre, pues quiero decirle una cosa.—Yo me puse en la puerta, ví á un hombre y le dije que entrara... Habló con mi abuelito, pero muy bajo, muy bajo, como que yo no oí nada; despues se marchó y vino otro señor; este señor habló tambien con mi abuelito, le cogió de la mano y oí que le decia:—¡Al hospital, al hospital!—Despues vinieron unos hombres y se llevaron á mi pobre abuelito; yo me quedé sola en la calle, era de noche, tenia frio y hambre; me senté en el banquillo de una puerta, sentí mucho sueño y luégo...

Solita fijó sus hermosos ojos en Aurelio, y sonriéndose, añadió:

—Luégo, cuando me desperté, me hallaba junto al fuego; V. á mi lado, no tenia ni hambre ni frio, me encontraba tan ricamente; creí que soñaba, pero no soñaba. ¿No es verdad que no soñaba?

—No, hija mia, no soñabas; yo tuve la fortuna de encontrarte en medio de tu abandono, de lo que me felicito con toda mi alma; aquí no volverás á tener ni hambre ni frio, y como supongo que tu pobre abuelito estará inquieto ignorando tu paradero, ahora mismo voy á buscarle para decirle que á tí no te falta nada.

—¡Ah, sí, sí, estoy segura de que mi abuelito se habrá acordado mucho de mí! ¿Quiere V. que vaya yo tambien?

—No, hija mia: tú vas á quedarte aquí con Jacoba, hasta que yo vuelva, y Jacoba te comprará ropa y unas botitas.

—¿De veras? ¿Y todo lo que me compre será para mí?

—¿Quién lo duda?

—¡Ah! ¡qué contento se va á poner mi abuelito cuando me vea con un vestido nuevo! Siempre me estaba diciendo: -Solita, cuando tenga dinero, te compraré un traje nuevo de terciopelo y un sombrerito con flores y plumas, pero como no tenia dinero, no me lo compraba nunca.

Solita tenia una verbosidad encantadora; era una de esas niñas de inteligencia precoz, cuya conversacion aturde y fascina á la vez.

Aurelio tuvo que violentarse para dejarla, la dió un beso, se despidió de ella y salió de casa.

Una vez en la calle, tomó un coche de *punto* y se hizo conducir al Hospital General, que segun la relacion de la niña debia ser el piadoso asilo en donde se hallaba su abuelito.

IV

El enfermo núm. 10

Efectivamente, la cama núm. 10 de la sala de San Sebastian la ocupaba un pobre viejo que padecia una de esas afecciones del corazon debidas en parte á los disgustos morales y á las privaciones que proporciona la miseria, esa incansable perseguidora, ese terrible azote de los desheredados.

Este pobre viejo, consumido por los sufrimientos, se llamaba, segun él mismo habia dicho, Antonio Escudero; era músico de profesion y vivia en la calle del Salitre, en una de esas casas de vecindad donde se desconocen las comodidades y que sirven de refugio á la pobreza.

Antonio Escudero habitaba un cuarto del piso bajo que rentaba á su dueño la modesta suma de 18 reales al mes, y el pobre músico, viejo y achacoso, pues habia cumplido 60 años de edad, se hallaba reducido á la última miseria.

El mobiliario del profesor de violin se reducia á un jergon, una mala manta y una palmatoria de barro.

Los vecinos decian:

—El dia ménos pensado, D. Antonio y Solita amanecen muertos de hambre y de frio.

Acontece siempre entre los honrados inquilinos de esas pobres casas de vecindad que hay siempre alguno á quien nunca le apean el tratamiento y se le antepone el *don* á su nombre de pila.

El infeliz músico era indudablemente el vecino más pobre, más desheredado de la casa, y sin embargo, todo el mundo le llamaba D. Antonio, y D. Antonio, para no morirse de hambre, tocaba todas las noches, arrimado á una esquina, la *Casta Diva*, el duo de los *Puritanos* y otra multitud de reminiscencias célebres recibiendo á veces limosna de los mismos que le daban tratamiento.

Esta respetabilidad, que no le habia hecho perder la miseria, se debia sin duda á los apolillados faldones de su gaban, á su mugriento sombrero de copa alta, á la inefable y bondadosa expresion de su rostro y á los cabellos blancos que coronaban su cabeza.

En voz baja los vecinos de D. Antonio aseguraban que no siempre habia pedido limosna, y que era tan honrado y tan hombre de bien como pícara y desnaturalizada era su hija, madre de aquella rapaza que compartia la miseria con su abuelo.

Todo esto supo Aurelio por boca de uno de los médicos del Hospital General, que era amigo suyo y á quien pidió autorizacion para visitar al enfermo.

Aurelio entró en la sala de *San Sebastian* acompañado del mismo médico y profundamente conmovido, pues como verá el curioso lector, Valflorido conocia muy mucho al viejo enfermo abuelo de Solita.

En la sala reinaba el más profundo silencio, sólo interrumpido de vez en cuando por alguna tos asmática ó algun lánguido suspiro escapado del pecho de los enfermos.

Contenia unas 40 camas, pero sólo 12 se hallaban ocupadas.

Junto á una ventana, por donde penetraba un hermoso rayo de sol, se veian dos Hermanas de la Caridad sentadas: una de ellas leia en su devocionario; la otra se hallaba ocupada en hacer hilas.

Estas piadosas mujeres, que dedican todas las horas de su vida á curar á los pobres enfermos, y cuya exactitud en servirles las medicinas y los alimentos es proverbial, dirigian con frecuencia miradas al reloj para no retardar ni un segundo las órdenes de los médicos.

El enfermo núm. 10, es decir, el profesor de música don Antonio Escudero, se hallaba incorporado en su cama, con la cabeza levantada por tres almohadas. Sin duda aquella posicion le permitia respirar más fácilmente.

Nuestro músico era un viejecillo de fisonomía tímida, color pálido y muy demacrado.

Llevaba toda la barba, y esta y los mechones de pelo que rodeaban su gran calva eran de un blanco amarillento.

La expresion de sus ojos era dulce y melancólica como la del hombre que está acostumbrado á los grandes golpes del infortunio y se resigna á soportarlos sin protestar.

Mirando con detenimiento aquella cabeza se notaba alguna distincion, algun resto de otros tiempos que siempre acompaña á los hombres hasta el sepulcro, y que no pueden borrar del todo los mayores infortunios.

El pobre viejecillo enfermo núm. 10 habia inspirado desde el primer momento ciertas simpatías á los médicos, á las Hermanas de la Caridad y á los practicantes, porque su voz dulce y tímida y sus miradas llenas de mansedumbre pedian las cosas de un modo que interesaban.

Además, á todo el mundo le habia hablado de su nieta con tanta ternura, les habia suplicado de tal modo que la buscaran, que el médico habia dado órdenes para complacer al pobre anciano; pero desgraciadamente el practicante que se encargó de buscar á Solita no tuvo la suerte de encontrarla, y las Hermanas de la Caridad, encargadas de participarle esta mala noticia, se vieron precisadas á decir una piadosa mentira por no afligir al pobre enfermo.

Cuando Aurelio y el médico entraron en la sala de *San Sebastian*, el infeliz anciano tenia su tímida mirada fija en las Hermanas de la Caridad, á las que llenaba de luz un claro rayo de sol que penetraba por la ventana.

Para un enfermo viejo, para una de estas naturalezas que se encorvan hácia la tierra, agobiadas bajo el peso de los años y de las desgracias, nada es tan hermoso como ese sol que lo ilumina todo, que lo embellece todo, que lo fecunda todo.

Don Antonio contemplaba con inefable gozo esa esplendorosa luz de los cielos, pensando tal vez en el triste ocaso de su vida.

¿Qué podia esperar sobre la tierra aquel mártir del infortunio? morir en la modesta cama de un hospital, solo, abandonado de aquellos séres queridos que habian sido el encanto de su existencia

Estas ideas entristecen el espíritu, y el pobre anciano sentia allá en el fondo de su alma ese desconsuelo que produce la soledad de la vejez.

Al ruido de los pasos volvió un poco la cabeza hácia la puerta, y sus ojos se fijaron en dos personas que, hablando en voz baja, se acercaban hácia su cama.

De pronto el viejo se estremeció, y como sino quisiera dar crédito á lo que veia, sacó su mano descarnada, y frotándose con ella los ojos, murmuró estas palabras:

—Estoy soñando... No puede ser... Es imposible...

Y cerró sus párpados, pero los volvió á abrir al instante, y agrandando los ojos, muestra inequívoca de su sorpresa, fijó de nuevo su mirada en Aurelio, que avanzaba hablando en voz baja con el médico.

Cuando llegaron junto á la cama núm. 10, el médico y el maestro compositor se detuvieron.

El viejo continuaba mirando á los dos visitantes con asombro superlativo. Tenia la boca entreabierta y su mano derecha colocada sobre el pecho, como si le faltara aire para respirar.

Aurelio le miraba tambien con fijeza; estaba muy pálido, pero su boca se sonreia con bondad.

El médico saludó á Valflorido y continuó su marcha en direccion á la última cama de la sala, donde se hallaba un pobre enfermo agonizando.

Aurelio y D. Antonio continuaron mirándose con fijeza; en la mirada del enfermo se pintaba el asombro, en la de Valflorido la compasion.

Hubo una pausa.

Por fin, D. Antonio, despues de reunir todas sus fuerzas, dijo de un modo indescriptible:

—¡Tú!... ¡Tú aquí!...

—Sí, yo aquí, querido maestro,—contestó Aurelio, sin dejar de sonreirse.—Preciso es confesar que la casualidad combina las cosas de un modo verdaderamente inverosímil... ¿No es verdad que V. no me esperaba?

—Pero, ¿cómo has sabido tú que yo me hallaba en un hospital?—preguntó el viejo con desfallecido acento.

—Me lo ha dicho un ángel de la tierra.

—¿Hay ángeles en la tierra?—preguntó el anciano dando á sus labios una expresion amarga.—Yo no he tenido nunca la fortuna de encontrarlos.

—Pues existen, querido maestro; pero ciertos ángeles, cuando llegan á la edad en que les dominan las pasiones, se convierten en demonios para tormento de los hombres que abrigan en su pecho un corazon leal y una alma generosa.

El enfermo cerró los ojos, y exhalando un profundo suspiro murmuró en voz baja unas palabras que no pudo oir Aurelio.

—No es posible, querido maestro, que V. adivine—añadió Valflorido,—quién me ha indicado dónde podria hallarle, y como yo no guardo á V. ningun rencor...

Aurelio se detuvo, se llevó una mano á la frente cual si quisiera disipar ciertos pensamientos, y como el viejecillo enfermo callaba y permanecia con los ojos cerrados, pronunciando en voz baja palabras ininteligibles, volvió á decir:

—Pues sí, la que me ha indicado el paradero de V. ha sido una preciosa niña de cinco años, un verdadero angelillo de la tierra, como he dicho á V. ántes.

—¡Ah, sí, sí, efectivamente; Solita, Solita es un ángel!...—exclamó el enfermo, abriendo los ojos y juntando las manos en actitud suplicante.—¿Dónde está? por mas que pregunto, por más que suplico, nadie me da razon de ella!... ¡Oh, dime, por caridad, Aurelio, dime si es mi pobre, mi querida Solita la que te ha dicho donde yo me hallaba.

—Sí, maestro, ella ha sido.

Y Aurelio contó en pocas palabras cómo habia encontrado á la niña.

—¡Ah, bendito, bendito seas tú!... el hombre más bueno, más noble, más generoso de la tierra; tú que abrigas en el alma la más grande de las virtudes, el perdon de las ofensas. No encuentro palabras con que demostrarte mi gratitud, porque yo amo á Solita sobre todas las cosas del mundo, y tú la has librado de una muerte cierta.

Y el anciano, extendiendo sus brazos, cogió una de las manos de Aurelio y la cubrió de besos y lágrimas.

Valflorido estaba conmovido: su generoso corazon se interesaba por aquel anciano á quien en otro tiempo habia dado los respetuosos nombres de maestro y de padre.

Aurelio se sentó en una silla junto á la cabecera del enfermo, y procuró tranquilizar su agitacion.

—¡Oh Providencia, Providencia!—exclamó D. Antonio levantando la mirada hácia el cielo;—¡qué grandes son tus actos y qué pequeño es el hombre sobre el polvo de la tierra!... Tú has salvado á mi pobrecita Solita; tú, al inclinarte, impulsado por la caridad, sobre su cuerpo frio y exánime, estabas bien léjos de creer que la que habia dado la existencia á aquella infeliz criatura, era la misma que tanto te habia hecho sufrir.

—En aquel momento no era fácil que sospechara semejante cosa,—dijo Aurelio, con acento triste; luégo, cuando la niña se repuso, cuando yo le dirigí preguntas para descubrir quién era su familia, cuando pronunció el nombre de V., entónces, con gran asombro mio, comencé á sospechar que la madre de Solita era una mujer cuyo nombre he jurado no pronunciar nunca.

—Sí, Aurelio, sí; tu sospecha es cierta, repuso el enfermo, moviendo la cabeza con triste expresion.—Haces bien en no querer recordar su nombre, porque te ha hecho muy desgraciado, porque es indigna de tí, porque no merece llevar tu apellido; pero yo soy su padre, Aurelio, y los padres no sabemos hacer otra cosa que perdonar.

—Yo tambien he perdonado, pero al mismo tiempo he borrado su nombre del libro de los vivos y quién sabe si con los años lo borraré tambien de la memoria.

—Desgraciadamente, pobre Aurelio, eso no lo conseguirás nunca,—murmuró el viejo en voz baja.

—Dejemos el pasado, querido maestro, y hablemos del presente; por algo ha hecho la casualidad, ó por mejor decir, la Providencia, que yo encontrara á la pobre Solita muerta de hambre y de frio dormida en el umbral de una puerta.

—Pero ahora que sabes de quién es hija Solita, ¿seguirás protegiéndola?

—Esa duda me ofende, maestro: Solita es una hija que Dios me envia y yo la recibo con los brazos abiertos.

—¡Oh, gracias, gracias, hijo mio! permíteme que te dé este cariñoso nombre que te daba en otros tiempos más felices,—murmuró el anciano; —y ahora, escucha, escucha, Aurelio de mi alma, la dolorosa historia de este pobre viejo.

Don Antonio respiró con fuerza como para renovar el

aire de sus fatigados pulmones, y luégo empezó su relato, no sin enjugarse ántes las lágrimas que se agolpaban á sus ojos:

—Hace dos años, hijo mio, que vivo pidiendo limosna y tocando el violin de noche por las calles, para poder darle un pedazo de pan y un albergue á mi pobre nietecilla. ¡Ah! he sufrido mucho, mucho, Aurelio; Dios ha querido ponerme á prueba, pero mis fuerzas se agotan y esta calle de la Amargura, que cruzo, terminará pronto. Deseaba vivir, lo confieso, pero era por mi pobre Solita, pero hoy que se halla en tu casa, hoy que tiene en tí un generoso protector, que venga en buena hora la muerte, cuanto más pronto mejor; ¿de qué sirvo yo en el mundo? de nada.

Miéntras el viejo hablaba, entre sollozos y lágrimas, Aurelio tenia en él la mirada fija; indudablemente aquel sér tan débil y abatido debia inspirarle una compasion muy grande.

—No maestro,—le dijo; usted no morirá, al ménos por ahora; el médico me ha dicho que no padece V. ninguna enfermedad mortal, que dentro de pocos dias se hallará V. restablecido. Además tengo un proyecto, y le necesito á V. para realizarlo.

El enfermo miraba con asombro á Aurelio, como si le extrañaran las dulces palabras que le dirigia.

—Pero, ¿no me guardas rencor por el pasado?—le preguntó.

—¿Rencor á V.? pues ¿qué daño me ha hecho V.?

—¡Ah! eres muy bueno, Aurelio.

Valflorido hizo un movimiento con los hombros.

—Repito, maestro, que tengo un proyecto y le necesito á V.

—Si tú me necesitas,—contestó el viejecillo,—eso ya es distinto; procuraré vivir, pero soy un sér tan inútil...

—Nadie es inútil en el mundo si sabe emplear bien sus fuerzas por débil que sea.

(Continuará)

LOS GRANDES INVIERNOS

(III Y ÚLTIMO)

El gran invierno de 1709.—Los inviernos de 1740 y 1776.—El frio en Dinamarca y Rusia.—Viajes sobre el hielo.—Asalto de la escuadra holandesa por la caballería de Pichegrú.—Los grandes inviernos del siglo XIX.—La retirada de Rusia.—El invierno de 1829.—Grandes nevadas en Europa.—28°,1 bajo cero.—Los frios en Crimea.—El gran invierno de 1879.—Heladas formidables.—Bosques vitrificados.—Una imprenta sobre el hielo.

En el siglo XVIII, ya empezaron á usarse los termómetros, y pudo seguirse y apreciarse mejor desde entónces el frio de un invierno, y la distribucion del mismo frio por las diferentes comarcas.

Fué el siglo XVIII muy abundante en grandes inviernos, contándose diez y ocho de ellos, siete de los cuales fueron extremados sobre toda ponderacion. El de 1709 fué uno de los más crudos en toda Europa; se tienen de él datos termométricos positivos. En pocos dias se helaron casi todos los rios, hasta el mismo Ebro en España; helóse el Báltico casi por completo; el mar del Norte, el Mediterráneo, en las costas de Francia y de Italia, y el Adriático. La mayor parte de las gentes quedaron incomunicadas en las poblaciones, prisioneras de la nieve y el hielo; en Paris el comercio y los trabajos quedaron interrumpidos; se cerraron los teatros y el Parlamento. Los animales perecieron en número grandísimo, muchas especies de pájaros pequeños y de insectos casi quedaron extinguidas en Inglaterra; viéronse en la zona del norte de Europa, más de veinte especies de aves de las regiones polares, que perecieron tambien de frio á pesar de haber bajado á zonas mucho más templadas de ordinario que las suyas. El ganado perecia en masa; los vegetales de todas clases quedaban helados, con lo cual vinieron la miseria y el hambre más espantosas. Los hielos al formarse, desgajaban los árboles y las más grandes rocas, por la gran expansion que experimenta el agua al congelarse. El hambre y la miseria produjeron en todas partes escenas horribles; miles de pobres morian en las calles, en los caminos ó en sus chozas, medio comidos por los perros, y áun mordiéndose unos á otros. La temperatura bajó en Paris hasta 23°,1 bajo cero; en Lóndres á 17°,3 bajo cero; en Berlin, *la mínima* fué de —16°,6. Cárlos XII, despues de la famosa batalla de Pultava, dada en aquel año, perdió la mayor parte de su ejército á consecuencia de los frios en los bosques de la Ukrania.

En los inviernos de 1726, 1754, 1762, 1765 y 1766, el Báltico se heló en tan gran extension que se pudo ir en trineo desde Copenhague hasta Suecia. En los de 1755, 1757 y 1762 abundantísimas nieves cayeron sobre toda Europa; en el invierno de 1767 á 1768 se heló el agua de los pozos.

Los inviernos más crudos, sin embargo, despues del de 1709, fueron los de 1740 y 1776. En ambos los efectos fueron muy semejantes. Las golondrinas llegadas en el mes de abril á Europa perecieron casi todas de hambre y de frio. La mortalidad fué excesiva, habiendo poblaciones que perdieron la mitad de sus habitantes. Los conductores de los correos se encontraron helados en sus carruajes; los mendigos perecian en los caminos á centenares; la mayor parte de las plantas de las zonas templadas y cálidas perecieron. Las observaciones de Celsius, el inventor del termómetro centígrado, prueban que en Dinamarca y Suecia el frio fué en extremo riguroso en el invierno del 1740. La mayor parte de los animales que habitan en los bosques perecieron; los hombres mal abrigados morian de frio en cuanto se exponian á la accion del aire; toda el agua de los lagos de poca profundidad se heló, formando el hielo una sola pieza; á fines de febrero la capa de hielo del lago Ekoln tenia un espesor de 28 pulgadas en la parte media del lago y de 34 junto á las orillas; el Báltico, entre las costas de Suecia y de Finlandia, se heló completamente y los viajeros pasaban directamente sobre el hielo desde Suecia á Rusia. En 1776 los hielos llegaron á adquirir en las costas de Francia é Inglaterra un espesor de 3m,40. A fines de enero todo el mar comprendido entre la bahía de Caen y el cabo de la Hève se hallaba formando un masa contínua de hielo. En Paris el consumo de leña y de carbon fué tan considerable cual nunca se ha conocido: los relojes se pararon en las habitaciones en que se encendia fuego; las campanas saltaban al tocarlas.

Los inviernos de 1783 á 1784 y de 1788 á 1789 fueron tambien muy rudos. Del primero de estos dos inviernos se cuenta que la temperatura descendió varios dias á 19° bajo cero en las comarcas más templadas de Francia, Bélgica y Holanda; la circulacion se vió interrumpida por las nieves; muchas gentes fueron devoradas por los lobos que hambrientos penetraban hasta en las mismas poblaciones; la miseria fué por todas partes extremada, «no habia ni pan, ni leña, ni dinero.»

En el invierno de 1788 hubo tres meses de helada continua, se helaron los puertos europeos del Mediterráneo; el canal de la Mancha entre Calais y Douvres se heló por completo obstruyendo los puertos y aprisionando los buques.

El año 1794 llegó el termómetro en Paris á 23°,5 bajo cero. En este año el ejército francés mandado por Pichegrú conquistó la Holanda marchando sobre rios, lagos y canales helados; la escuadra holandesa, aprisionada por los hielos del Texel, fué atacada por la caballería, dándose el caso curiosísimo de asaltar y rendir los buques húsares á caballo.

* *

Los inviernos más memorables de este siglo han sido los de los años 1812, 1819, 1829, 1837, 1844, 1870 y 1879.

El primero de estos inviernos es célebre por la desastrosa retirada de Rusia hecha por el ejército francés, bajo una nevada continua. A fines de noviembre el termómetro marcaba 25° bajo cero, y el 6 de diciembre descendió hasta 38° bajo cero. La mayor parte del ejército de Napoleon pereció, dejando señalado el camino desde el centro de Rusia hasta las fronteras alemanas por millares de cadáveres. Marchaban los soldados apretados unos contra otros en silencio profundo, sin mirarse ni hablarse, con aire estúpido y sin fuerza para nada. El que caia no volvia á levantarse más; en seguida la nieve cubria su cuerpo y una ligera ondulacion del suelo indicaba por algun tiempo su sepultura.

El invierno del año 29 ha sido sin disputa el más riguroso del siglo XIX. En toda Europa se sintieron sus desastrosos efectos. En España, en Portugal, en Italia, cayeron enormes cantidades de nieve interrumpiendo las comunicaciones por todas partes. En algunos valles españoles la capa de nieve alcanzó más de tres metros; los lobos descendian en rebaños numerosos y penetrando en las granjas y en las poblaciones hicieron numerosos estragos en las personas y en los rebaños. En muchos puntos de Francia la nieve duró dos meses sobre el suelo. Las calles de Berlin estuvieron mucho tiempo cubiertas de medio metro de nieve y las de Génova por más de treinta



ALDEANA DE SUABIA

centímetros. Los estragos en el ganado fueron extraordinarios; sólo en Andalucía se perdieron más de catorce mil cabezas. Todas las cosechas de invierno se inutilizaron. En Suecia y Dinamarca el frio fué tan intenso que todos los pasos del mar Báltico estuvieron completamente helados; lo mismo sucedió con todos los rios del Norte y centro de Europa, helándose tambien el mar Mediterráneo, el Adriático y el mar Negro junto á las costas francesas, italianas, austriacas y rusas respectivamente. La temperatura más baja observada en Francia fue la de 28°1 bajo cero en Mulhouse.

El invierno de 1837 tuvo más de dos meses de helada, presentando todos los caracteres de los grandes inviernos, helándose los rios, perdiéndose las cosechas, etc. El del 1844 fué aún más característico por la enorme cantidad de nieve que cayó en casi toda Europa. La altura de la nieve en Francia fué triple que la de los inviernos ordinarios; en Marsella, con estar tan al Mediodía, cayó medio metro de nieve en 36 horas. En Alemania las vías férreas quedaron sepultadas en la Silesia, en Magdeburgo y otras regiones bajo siete metros de nieve.



APUNTE, por B. Galofre

Los inviernos de los años 1855 y 1856 se señalaron por sus terribles efectos en los ejércitos que combatian en Crimea, expuestos á temperaturas que llegaron á 27° bajo cero.

El invierno de 1870 fué muy sentido en Francia á causa de la desastrosa guerra con Prusia, siendo muchas las víctimas ocasionadas por el frio entre los combatientes obligados á pasar las noches en campo raso á 18 y 19 grados bajo cero.

Despues de los inviernos del 1874 y 1878, que han sido bastante fuertes, llegó el de 1879 que debe colocarse tambien entre los más rigurosos. La temperatura se mantuvo constantemente baja desde noviembre á mayo, dando los promedios más bajos que se han conocido, habiendo llegado el termómetro en Paris á las mínimas —24°,2 y —25°,6 que nunca se habian observado. Asimismo llegaron á presentarse 31° bajo cero en Autun, y 33° bajo cero en Langres. En España, en Bélgica, en Holanda, en Rusia, en Italia, en Grecia, el frio fué tambien muy rudo.

Los efectos y desastres de las heladas en dicho invierno, del que la mayor parte de los lectores de estas líneas guardarán memoria, fueron terribles. En una banda de tierras que cruzó la Europa central de NE. á SO. los estragos de la helada fueron extraordinarios; todos los objetos, el suelo, los árboles, las casas, quedaron cubiertos por una capa de hielo de dos centímetros de espesor. Sobre los hilos telegráficos el diámetro de la envoltura helada llegó á cuatro centímetros, quedando destruidos en grandes extensiones. Los bosques con los árboles revestidos de hielo, parecian inmensas exposiciones de cristalería. Se encontraron muchos animales aprisionados por las extremidades en el hielo.

En la Europa central los grandes lagos se helaron casi todos; el lago Trasimeno, en Italia, el de Zurich, en Suiza, el de Zirknitz, en Carniola y todos los grandes lagos de la alta Austria pudieron atravesarse á pié y á caballo; sobre el hielo del lago de Constanza se estableció en el mes de febrero una imprenta, en la que se tiró un número único de la *Gaceta del lago de Constanza*, con una crónica sobre el frio y la historia de las congelaciones del lago; diéronse además grandes fiestas sobre el hielo y celebráronse brillantes carreras de trineos.

Los rios y canales de la Europa central se helaron completamente. El Arno se heló en Florencia; el Pó pudo atravesarse en todos sentidos, y lo mismo aconteció con las lagunas de Venecia. En cuanto á las nevadas, fueron tan grandes que en las inmediaciones del mismo Nápoles, los trenes se vieron detenidos por las nieves.

Tal fué el invierno de 1879 á 1880. Con él queda cerrada actualmente la crónica de los grandes inviernos. Cuando ésta se haga en años venideros, tambien se incluirá este de 1884 á 1885 que no ha ido á la zaga de ninguno de los más rigurosos.

DOCTOR HISPANUS



EN TIEMPO DEL DIRECTORIO, dibujo por A. Zick

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentacion*, 2 tomos.—*Escultura y Glíptica*, 1 tomo.—*Pintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 23 DE MARZO DE 1885 — NÚM. 169

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UN ECLIPSE, cuadro por J. G. Brown

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Semana fecunda.—Cuaresma y Primavera.—Flores y huesos.—La dueña austera y la doncella maleante.—Vico en el drama de Echegaray.—*La vida pública* y Sellés.—Su empeño y su arte.—Libros.—Un drama en las minas de carbon de piedra.—Un aria que se convierte en *duo*.—La *diva* y el *divo*.—Las cigarreras insurrectas.—Una definicion de la cigarrera.

La semana que muere hoy ha sido muy fecunda en frutos literarios. Hemos llegado á la mitad de la Cuaresma, y en los cuerpos castigados por las privaciones surge fuerte y gloriosa la obra del espíritu. La librería y el teatro han recibido el donativo de las musas y no han andado escasas sus mercedes.

Cuaresma es una buena vieja, tan maltrecha y disgustada, que los dientes escasean en sus encías, las sonrisas en sus labios y los cabellos en su calavera. ¡Pobre dueña! Sí: el cristianismo dióle el cargo de dueña vigilante de la Primavera y puso su austera regla y su gruñona condicion, al lado de las alegrías é incontinencias de aquella gentil y loca doncella, y á medida que la Primavera despliega galas, la Cuaresma apercibe martirios. Si el pomposo lujo de la carne estalla en la curva graciosa de las formas femeninas, ella trae su esqueleto y enseña sus tibias sin carne y hace soñar el rosario de tabas de su espina dorsal. La Primavera invita á la humanidad á ir al campo y la Cuaresma la obliga á ir al templo. La Primavera idea colores nuevos, deducidos de la ciencia de las flores y combinados en la gama de las nubes rosadas, y la Cuaresma ciñe el luto y se sume en la tenebrosidad de los ámbitos de una catedral.

Eterno contraste de la vida, titánica lucha de la carne y el espíritu, gigantesco drama, en cuyo anagnoresis entona el monje sus preces y canta la oda báquica el orgiasta.

***

El teatro ha tenido una batalla y una victoria. Por desgracia no ha coincidido esta con aquella. La batalla ha sido en el teatro de la Comedia y la victoria en el teatro Español.

Vida alegre y muerte triste, el celebrado drama de Echegaray, ha sido ocasion para un triunfo de Vico, que ha creado en aquella enérgica obra una figura saliente é inolvidable, personificando la existencia del protagonista, primero todo amores y descuido, luégo, todo dolencias y soledad.

La vida pública es una comedia y es un drama. Mézclanse las burlas y las veras, el epigrama y la valiente apóstrofe del hombre que estudia la vida social y observa sus errores y sus aberraciones. Eugenio Sellés ha presentado en su comedia un cuadro hermoso de la política. Esta pasion de los españoles, corroe el sér moral de España, como el ácido nítrico corroe los metales más preciosos. Aquel hombre, que es primero oscuro abogado de un pueblo, diputado más tarde, luégo subsecretario de un ministerio y por fin ministro, va dejando, al subir cada escalon, un jiron de su integridad moral. Como en el bellísimo cuento danés, para penetrar en el palacio de las Hadas del oro, hay que atravesar un pórtico hecho de espesos matorrales y puntiagudas zarzas, donde el que pasa se deja pedazos de su túnica, y cuando llega al brillante peristilo va en jirones, lo mismo, en el pórtico de la Política hay un letrero con sangre escrito y que dice:

No pasarás con tu capa entera.

Hablamos de la capa moral; no de la capa de paño. Que es cosa sabida que á medida que se pierde la primera le sale brillo á la segunda.

***

Eugenio Sellés no ha querido pintar en *La vida pública*, al patriota, al político sincero, ni al que es gala de las artes de gobierno. Su obra es una sátira, y las sátiras, claro está, no se escriben contra los buenos.

Por eso me parece absurdo el cargo que se hace á Sellés cuando se le dice:

—No todos los hombres políticos son como los que salen en la *Vida pública*.

Y yo contesto:

—Casi todos; pero queda, sí, una salvedad honrosa, bien que rara, para el hombre eminente y probo.

La forma de la obra de Sellés, es de lo mejor que se escribe en estos tiempos. ¡Qué laconismo tan elocuente! ¡Qué delicado gusto! ¡Qué admirable estilo!

La batalla se ha perdido, y Sellés, que tiene el culto del arte, se siente animado para dar otra.

La verdad y el teatro están reñidos. Quimérico empeño es el de los que se obstinan en aliarlos. No me atrevo á aconsejar á Sellés que persista en su campaña, porque siempre ha sido doloroso y caro el remar contra la corriente.

***

En los escaparates de las librerías han aparecido al mismo tiempo tres libros dignos de consideracion.

Es el primero una traduccion del maestro, del batallador Zola. *Germinal*, que así se llama esta novela, es un estudio admirable de la vida del minero. Negras profundidades, allá abajo, en las cavernas carboníferas, sirven de escena al libro, y entre el polvo grasiento de la hulla, el rodar de las máquinas y las explosiones del fuego *Grissou*, se desenlaza un drama de miseria, de horrible lucha, pesando siempre sobre los personajes las negras capas de carbon y la fatalidad, no ménos negra, ni más ligera.

Distinguidos discípulos de esta escuela que lleva en su pabellon, por lema, las palabras «arte y verdad,» son los Sres. Picon y Palacio Valdés.

Jacinto Octavio Picon ha escrito su *Juan Vulgar*, historia que empieza con el primer amor de un muchacho, y acaba con el último desengaño de un hombre que ha cumplido la treintena. *Juan Vulgar* es el héroe de lo adocenado: sus vuelos son como los de las aves de corral; sus aspiraciones se desvanecen como bombas de jabon, en cuanto chocan contra un obstáculo cualquiera.

Esta historia, contada con mucho ingenio y con gran maestría, revela un gran progreso en Picon, que posee ya ese arte difícil á pocos reservado de *hacer* grande dentro de lo pequeño, convirtiendo la miniatura en profundo estudio del calor y la luz.

José se llama la novela que acaba de publicar Armando Palacio Valdés. Los personajes son pescadores, el escenario el mar Cantábrico; descripciones animadas de suave color, embellecen el libro y hay en todo él una distincion y una gracia superiosísimas.

***

Entre la empresa del teatro Real y la *prima donna* Signora Sembrich, ha estallado un conflicto. El caso es este. La *prima donna* ha sentido que dentro de su seno latia un nuevo sér. Los cuidados de la madre, que teme ver comprometida la vida del hijo aún no nacido, son incompatibles con las emociones de la escena, y la Signora Sembrich ha manifestado á la empresa de la Opera que no cantaria más. La empresa se ha conformado, pero ha pedido á la *diva* 27,000 duros de indemnizacion. Parece que median en estos momentos gestiones que arreglarán el conflicto.

Verdaderamente la *diva* no se pertenece, ni pertenece á su marido. Entre ella y este se levanta un fantasma: el empresario, que dice al enamorado matrimonio con rugiente voz:

—Amaos mucho, pero no me deis un disgusto.

El empresario cuida á la *diva* como se cuida una finca y tiene derecho á su salud.

Aplaudamos á las tiples y compadezcamos á los *primo donnos*.

***

El motin de las cigarreras ha sido el principal suceso de la semana.

Temian aquellas *funcionarias* de la Hacienda que iba á establecerse en la Fábrica una máquina que hacia ella solita los cigarros y esto produjo entre las cigarreras la mayor indignacion.

—Esa máquina,—decian ellas,—pica el tabaco, lia el papelillo.

—Hasta dicen que ella misma se fuma el cigarrillo recien liado.

—¡Venganza!

Como en España la resistencia al poder oficial se organiza fácilmente, la Fábrica fué ocupada por las cigarreras y quedó en su poder. Hubo pedradas, tiros, heridos, contusos, una escaramuza en que operó la infantería, operó la caballería y faltó poco para que tambien operase la artillería.

Lo cual hace el elogio del valor de las cigarreras.

¡La cigarrera!

¡Tipo seductor de nuestro viejo tiempo legendario!

Alguien ha definido á la cigarrera diciendo que es la hija de los amores de una musa y un chulo.

Respetemos la frase... y compadezcamos al delincuente.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

UN ECLIPSE, cuadro por J. G. Brown

No hemos de describir qué cosa sea un eclipse: *este fenómeno que no es fenómeno*, como decia cierto alcalde á sus administrados en víspera de tener lugar uno de aquellos, ha llegado á anunciarse de antemano con una precision tal, que el público se previene convenientemente para contemplarlo á su sabor el dia, la hora, el momento preciso en que ha de efectuarse. Los sabios que se pasan la vida en los tejados y al cabo de cincuenta años de observacion participan al mundo atónito la existencia de de una estrella desconocida que sin duda hacia gran falta para que la miseria y el vicio desaparecieran de la tierra, los sabios de campanario, como si dijéramos, se proveen de instrumentos poderosos para darnos cuenta más tarde de si cuando Vénus fué á interponerse entre el astro sol y el planeta tierra, iba vestida al natural ó llevaba miriñaque. El vulgo, y entre el vulgo los muchachos callejeros, emplean un sistema ménos perfeccionado, pero al alcance de todos, ó sea un pedazo de vidrio ahumado que, en casos tales, causa la envidia de cuantos compinches aguardaron el acontecimiento poco más ó ménos como la cigarra aguarda el invierno.

Tal es la escena que Brown ha pintado con una verdad digna del mayor elogio: examínense las expresiones fisionómicas de esos rapaces, y áun tendiendo todas ellas á la manifestacion de una misma idea, se echará de ver la distinta situacion en que se encuentra la curiosidad de cada uno, desde la del grandullon que se halla en posesion del cristal, hasta la del bebé que, sin entender de eclipses, se abalanza para coger el sencillísimo instrumento. El grupo está perfectamente compuesto; el dibujo es correcto y la factura general revela hasta qué punto el autor domina el arte.

LAS CUATRO FACULTADES

Cuadros decorativos de la universidad de Kœnigsberg

Es Kœnigsberg la antigua capital de la Prusia oriental ó vieja Prusia, la ciudad más importante del reino despues de Berlin, célebre por sus monumentos y aún más tal vez por el número y calidad de sus instituciones académicas. Descuella entre estas su preciosa universidad, si grandiosa como edificio, rica por sus elementos de enseñanza y por su notable y propio decorado. Forman parte de éste cuatro preciosos cuadros representativos de otras tantas facultades que en la universidad se enseñan, cuadros tan bien escogidos por sus asuntos, como ejecutados con severidad y sabor clásico.

La teología, ciencia que encadena lo humano á lo divino y en la cual la voz del profesor adquiere á menudo las proporciones é importancia de la voz de un apóstol, se halla representada con mucha oportunidad por una escena de la vida de San Pablo, predicando la nueva doctrina á los atenienses. San Pablo es, sin duda, el más antiguo teólogo de la religion de Cristo y tan profundo que se le llama con toda propiedad el *Apóstol de las gentes*. El asunto está tan bien escogido como bien tratado.

No es ménos acertada la eleccion de asunto y ejecucion del cuadro que representa la facultad de jurisprudencia, llamada hasta hace poco, facultad de leyes. Entre las grandes figuras de la antigua Grecia, cuya civilizacion fué madre de la cultura latina y, por consecuencia, de nuestra cultura, pocos personajes se destacan con más incontrovertida aureola que Solon. Ménos absoluto que Dracon y ménos utópico que Platon, dictó leyes en armonía con el espíritu de su época, y gracias á su talento como legislador, hizo de su patria, por durante algun tiempo, el emporio y modelo de la tierra helénica. Cuando creyó al pueblo bastante educado para poder prescindir de su accion directa, se desterró voluntariamente de Aténas, no sin ántes recibir juramento á los atenienses de respetar y cumplir las nuevas leyes. Esta es la escena del cuadro *Jurisprudencia*; el triunfo del sabio y prudente legislador.

Para representar á la filosofía, se ocurre, se impone mejor diríamos, la figura de Sócrates. Antes que él, no hubo, propiamente, filósofos en Grecia; despues de él, toda la filosofía participó de su doctrina. Él fué quien estableció primero la regla de la conciencia y sostuvo y enseñó que no hay ciencia, propiamente dicha, si no se basa en la moral más pura. A esa teoría ajustó los actos todos de su vida, que tendió siempre á lo bello y á lo bueno. Sus creencias tocantes á la inmortalidad del alma y al premio ó castigo de los actos propios en otro mundo, le han valido la opinion de que presintió hasta cierto punto la moral de Jesucristo. La pureza de Sócrates y la energía con que combatió á los sofistas, merecióronle tan cruda guerra de los poderosos, que fué condenado á muerte y obligáronle á dársela bebiendo una copa de cicuta. La idea de la muerte no hace mella en el varon justo; Sócrates es el mártir de la filosofía. Por derecho propio merecia representarla en una coleccion de cuadros referentes á la época griega.

No es ménos digno Hipócrates de figurar, representando la medicina, en esta apoteósis de los grandes sabios de la antigüedad, por más que no falte quien sospeche que ese personaje no ha existido materialmente y que no pasa de ser una expresion rústica de la antigua ciencia médica. Hombre real ó mito, siempre resultará que es la síntesis de esa noble profesion que disputa sus víctimas al dolor y á la muerte y que su nombre va unido al de importantes obras que han sido y son apreciadas como una forma permanente de la doctrina médica de todos los tiempos.

Tales son los asuntos de los cuadros decorativos de la universidad de Kœnigsberg, en los cuales es de admirar, aparte sus altas cualidades artísticas, la circunstancia de que siendo tres distintos los autores, parecen por su factura salidos de una misma paleta.

LA DAMA DEL HALCON, cuadro por Luis Sorio

Admirable contorno, actitud natural, semblante expresivo, sobriedad manifiesta; tales son las condiciones que avaloran este lienzo. El brazo y mano izquierda son muy recomendables: el halcon se posa sobre esa mano de una manera acabada: mejor que posarse en ella, cualquiera diria que en ella se mece.

LA DICHA PERDIDA, cuadro por Canuto Ekwall

A la vista de esta suntuosa morada, cualquiera envidiaria la dicha de sus moradores. Es natural... ¡Son tantos



UNA VISITA AL TIO CAR



RDENAL, CUADRO POR R. ARMENISE

los que hacen depender la felicidad del mayor ó menor lujo que rodea á los mortales!

Y sin embargo, apénas se examina esta composicion, échase de ver que en ese palacio falta soberano, que en esa familia existe un vacío, que de ese cuerpo se ha desprendido un alma. Es una escena reproducida multitud de veces; la escena de la jóven viuda y madre, que vierte todo el caudal de sus lágrimas en el seno de la amistad más inocente.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

UNA VISITA AL TIO CARDENAL, cuadro por E. Armenise

A quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos, —dice el refran.

Esto pasa á la mayoría de los cardenales: todos ellos tienen sobrinos, por dos razones; en primer lugar, porque los tienen; y en segundo lugar, porque es muy agradable el ser sobrino de un cardenal. Si Su Eminencia fuese humilde vicario de alguna parroquia rústica, es muy posible que el número de parientes disminuyera de un modo considerable.

En fin, nuestro cardenal tiene sobrinos, y sobrinos que se apresuran á visitar al tio cardenal, quien les recibe amorosamente y les dará, por de pronto, buenos consejos y provechosas bendiciones, amén de algun regalillo á cuenta de una herencia que nunca acaba de llegar, cuando tanto la apetecen los *desinteresados* sobrinos del príncipe de la Iglesia.

El cuadro de Armenise está bien estudiado: ese cielo, esa terraza, son de Roma; esos parientes, miembros de diversas clases, que acuden en la fiesta del tio á mentirle unos afectos que no sienten, son los hijos genuinos de los deudos de un cardenal.

EN UN CALABOZO

(Cuento inverosímil)

Pasó sus primeros diez años de prision en la inercia más absoluta, y, como aún le faltaran veinte justos y cabales para recobrar su independencia, se propuso hacer algo digno, ya que no de un hombre libre, pues no lo era, algo digno de un sér racional por lo ménos.

¿Qué habia hecho hasta entónces?

Unas veces mirar al techo del calabozo, otras á los lados y rincones, algunas veces al suelo, bastantes á lo pasado y ninguna á sí mismo.

¿Habia hecho más?

Sí: se habia puesto de pié para andar, se habia detenido para sentarse apoyando los codos sobre las rodillas ó poniendo una pierna sobre la otra, se habia cruzado de brazos y tendido á lo largo: tambien habia dormido poco, velado mucho, comido algo y... en fin, habia hecho una porcion de cosas que el discreto lector adivina y que yo me callo.

Y ¿qué más habia hecho en los diez años de encierro que llevaba?

Nada más.

¿Nada más?

Nada más, y esto era lo que le traia á mal traer, cariacontecido, disgustado de sí mismo y avergonzado de la inútil vida que arrastraba.

Así es que se decidió por hacer algo; pero no cualquier cosa, sino algo grande, colosal, inmenso.

¿Qué poseia?

Nada.

¿Qué pretendia hacer?

Todo.

¿De qué manera?

¡Ecco il problema!

Dedicó un año á reflexionar, pesando y repesando detenidamente cuantas ideas le cruzaban por el cerebro, midiendo sus probabilidades de éxito, calculando sus efectos y analizando las relaciones de unas y otras.

¿Cuál seria el objeto definitivo que vendria á llenar su existencia?

¿Educaria á una araña?

Esto hubiera sido un ridículo plagio.

¿Se dedicaria á la propagacion de las chinches?

¡Imposible! Aunque hubiera conseguido llenar de ellas el calabozo de bote en bote nunca hubiera logrado reunir tantas como hay en Madrid en cualquier casa de vecindad.

¿Contaria con los dedos las rugosidades más imperceptibles del muro?

Entretenimiento inocente y sin resultado positivo.

¿Cuidaria una planta?

Tal vez no se lo hubieran permitido y, además, eso lo hace cualquiera.

—Es preciso,—murmuraba nuestro prisionero,—hallar una cosa que sea á la vez objeto de curiosidad y de provecho y que al mismo tiempo sirva de venganza y de protesta. Necesito dar con una ocupacion que haga correr dulcemente el tiempo, que me produzca cierto bienestar y que caiga como una amenaza en medio de esa aborrecida sociedad que aquí me tiene encerrado.

Nuestro héroe pasó otro año entregado á estas cavilaciones.

Nada; no encontró nada digno de lo que allá en las nebulosidades de su imaginacion habia soñado.

Por fin su perseverancia vino á ser recompensada.

El prisionero habitaba un verdadero calabozo, uno de esos calabozos clásicos tan maravillosamente descritos por los novelistas románticos de allende los Pirineos.

El sol penetraba apénas en aquel tugurio media hora al dia, pero tan débil y tan pobremente que aquel rayo de sol parecia un hilo de luz.

La cama donde el infeliz tendia sus entumecidos miembros se componia de un jergon de paja húmeda.

—Y bien,—gritó con energía el protagonista de esta historia que parece cuento,—voy á fastidiar á mis carceleros, á burlarme de la justicia, á vengarme de la sociedad, á asombrar á las cinco partes del mundo... ¡voy á secar la paja de mi cama!

Lo primero que hizo fué contar las pajas que contenia el jergon.

Habia ¡mil trescientas siete!

Una cama bien miserable, por cierto

Despues, partidario del método de observacion y experiencia, ni más ni ménos que nuestros novísimos positivistas, hizo la prueba y ensayo del tiempo que necesitaba una paja para secarse, dado el sol que penetraba en el calabozo.

Cada paja, segun el resultado de la experimentacion verificada, necesitaba... ¡tres cuartos de hora!

Mil trescientas siete briznas de paja á tres cuartos de hora cada brizna requerian novecientas ochenta horas y quince minutos.

Disponiendo al dia de media hora de sol, resultaba necesitarse mil novecientos sesenta y un dias para secar todas las mil trescientas siete briznas de paja.

Y suponiendo que el sol se ocultase tras las nubes dos dias por cada tres, se conseguiria secar la paja en el espacio de diez y seis años, un mes, una semana y seis dias.

Le restaban, pues, á nuestro protagonista seis meses de prision para gozarse en su obra despues de terminada.

Dicho y hecho.

Cada vez que el sol brillaba en aquella cámara oscura, el prisionero ponia una brizna de paja bajo el rayo bienhechor: luégo ocultaba cuidadosamente la brizna ya seca entre sus vestidos.

Y así sucesivamente todos los dias en que el sol era utilizable.

Pasaron diez años.

El encarcelado no dormia ya más que sobre una tercera parte de su jergon: las otras dos terceras partes las guardaba almacenadas debajo de los harapos que cubrian su cuerpo.

Pasaron quince años.

¡Oh gozo! ¡oh dicha! ¡oh ventura!

No faltaban más que ciento treinta y seis briznas de paja húmeda por secar.

De allí á cuatrocientos ocho dias el prisionero podria al fin levantar la cabeza con orgullo, satisfecho de su obra, vencedor de la sociedad y gritar con voz estentórea acompañada de la risa satánica peculiar á los rebeldes triunfantes:

—¡Ah! me habiais condenado á dormir sobre la paja húmeda de un jergon en el más inmundo de los calabozos! Pues bien; ¡llorad, gritad, patead de rabia... ¡Duermo sobre paja seca!

Pero ¡ay! el diablo no se duerme, lo cual quiere decir que el infortunio acechaba á su víctima.

Una noche en que el pobre encarcelado soñaba con su próxima ventura, loco, delirante, comenzó á agitarse sobre su miserable camastro del cual saltó para recorrer el calobozo con febril agitacion: en uno de sus vertiginosos movimientos tropezó, cayó y fué á estrellarse contra el cántaro cuyo no muy claro chorro de agua le inundó de los piés á la cabeza.

¡Toda la paja se habia mojado!!

¿Qué hacer en caso semejante?

¿Volver á empezar, como Sísifo, su trabajo?

¿Pasar quince años más secando en rayos de sol briznas de paja?

¿Y el desaliento?

Vosotros, los dichosos de la tierra que renunciais á un placer si para conseguirle es preciso dar veinte pasos, extender una mano, ó quizá tan solamente pronunciar una palabra, vosotros hombres desventuradamente felices ¿os atreveriais á arrojarle la primera piedra?

Pero me direis:

—¿Y por qué no esperaba, puesto que sólo le faltaba año y medio para ser libre?

¡Ah! vosotros no contais con el orgullo herido, la esperanza abortada, las ilusiones perdidas!

Un hombre que ha trabajado quince años para dormir sobre un jergon de paja seca ¿puede abandonar gustoso y contento su calabozo llevando en sus cabellos briznas de paja húmeda?

Nunca.

Ocho dias con sus ocho noches se llevó debatiendo el prisionero consigo mismo tan arduos problemas.

Ocho dias con sus ocho noches vió trascurrir nuestro protagonista entre crueles angustias, luchando con la desesperacion, y procurando en vano descubrir un punto luminoso en medio de las espesas tinieblas que envolvian su atribulado espíritu.

Rendido por aquella lucha titánica, acabó por confesarse vencido.

Habia perdido la batalla.

Una noche cayó de rodillas cansado y sin aliento.

—¡Dios mio!—exclamó sollozando,—perdonadme si falto de valor he desesperado: ¡llevo treinta años de padecer! Mis miembros han enflaquecido, se ha curtido mi piel, mis ojos se han empañado y en todo mi cuerpo siento señales de próxima ruina. He resistido el hambre, el frio, la soledad... Abrigaba un deseo que sostenia mis esfuerzos, una esperanza que llenaba mi existencia, y todo, todo lo he visto desaparecer en un instante... ¡No puedo más, Dios mio, no puedo más!

Despues tuvo un acceso de trágica indignacion.

—¡No!—gritó;—¡no y mil veces no!... No se dirá que perdí la vida por nada! ¡No estoy vencido!... No me entrego, no me rindo!... ¡Ah! yo os probaré á todos, á todos que no soy un cobarde á quien humilla y abate la desgracia!... No, no dormiré ni un minuto más sobre la paja húmeda de ese inmundo jergon!!

. . . .

Aquella misma noche nuestro prisionero dejaba de serlo.

Sucumbió vencido como Bruto y grande como Caton.

Murió de una indigestion heroica.

¡¡Se habia comido toda la paja!!

FABRICIO

SOLITA

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuacion)

—En fin, yo haré lo que tú me mandes.

—Ante todo, le necesito á V. para que durante mis ausencias de Madrid se encargue V. de la educacion de Solita: quiero hacer de esa pobre niña abandonada una mujer perfecta si es posible.

Y Aurelio, sonriéndose de un modo triste, añadió:

—Esa será mi venganza, pero es preciso que esa preciosa niña no sepa nunca quién fué su madre, porque se avergonzaria de deberle el sér.

—Dices bien,— murmuró el viejo, enjugándose las lágrimas.

—Y ahora, ruego á V. me diga cómo ha podido llegar hasta el punto de pobreza en que le encuentro, y quién es el padre de esa infeliz criatura que va á ser desde hoy el objeto de nuestros cariñosos desvelos y afanes. Necesito saber la historia de esos ocho años que han trascurrido desde la última vez que ví á la mujer que tan desgraciado me hizo.

—Puesto que lo quieres, te complaceré, aunque es bien poco lo que yo puedo decirte.

—Sí, lo quiero, maestro,—añadió Aurelio, con acento sombrío.

Ahora el lector nos permitirá que nosotros le contemos á nuestro modo la historia de la madre de Solita.

V

Nieves

Don Antonio Escudero, primer violin de la orquesta del teatro Real, quedó viudo á los cuarenta y seis años con una niña que contaba entónces catorce primaveras de edad.

Esta niña se llamaba Nieves y la naturaleza se habia complacido en adornar su cuerpo de gracias y de atractivos.

Nieves era una verdadera preciosidad femenina; la gente se detenia por las calles para admirar aquella cabecita de querubin, cuyos negros y grandes ojos se reian tanto como su pequeña boca de coral.

Pero desgraciadamente Nieves era tan perfecta de cuerpo como imperfecta de alma, y esto habia causado no pocos disgustos á su madre que en vano procuró desde pequeña corregir los caprichos, las extravagancias y las veleidades de su hija.

Nieves no se enmendaba, porque, para defenderse de las reprensiones y de los castigos de su madre, contaba con la culpable tolerancia y el apoyo de su padre.

Esto sucede con mucha frecuencia en el seno de las familias; cuando la madre es severa el padre es débil y entónces la educacion de los hijos carece de esta solidez tan útil como indispensable.

En la época que nos ocupa, es decir, cuando Nieves contaba quince años de edad, el profesor Escudero tenia en su casa una cátedra de solfeo y violin, á la que acudian algunos discípulos.

Escudero se habia propuesto hacer de su hija una profesora de piano, porque, sin otras rentas que su trabajo, comprendia que con el tiempo podia serle útil la educacion musical.

Entre los discípulos del profesor, descollaba en primer término, por su talento, su aplicacion y sus bellas cualidades morales, Aurelio Valflorido, que aquel año habia ganado el primer premio de violin y de composicion en el Real Conservatorio de Madrid.

Aurelio era el discípulo favorito, y su maestro se vanagloriaba con decir á todo el mundo estas palabras:

—Aurelio es discípulo que puede dar lecciones á su maestro.

Valflorido tenia entónces diez y nueve años, Nieves quince, y el profesor habia notado más de una vez con cierta satisfaccion que los dos muchachos se miraban con muy buenos ojos.

Es indudable que don Antonio encontraba muy á su gusto las simpatías que su hija Nieves demostraba hácia Aurelio y las que Aurelio sentia hácia Nieves, y tal vez en el fondo de su bondadoso corazon abrigaba la esperanza de formar con aquellos dos séres queridos una pareja encantadora.



[illegible]



JURISPRUDENCIA (Solon haciendo jurar á los Arcontes y al senado de Aténas que observarán sus nuevas leyes) *cuadro por Gustavo Graf*



FILOSOFÍA (Muerte de Sócrates en la prision), *cuadro por el profesor Piotrowski*



MEDICINA (Hipócrates asistiendo á un enfermo en Aténas), *cuadro por el profesor Rosenfelder*

Así las cosas, el ministro de Fomento pensionó á Aurelio Valflorido para ir á Roma y seguir estudiando en su arte.

La aparicion del decreto en la *Gaceta* llenó de noble orgullo al jóven pensionado que se propuso no defraudar las esperanzas del Gobierno que así recompensaba su aplicacion: sólo una pena afligia á Valflorido; separarse de Nieves, vivir cuatro años sin verla, porque, aunque no la habia dicho que la amaba, abrigaba la esperanza de ser correspondido, pues los ojos, con ese lenguaje mudo del alma, son muy poco reservados y lo dicen todo durante el encantador período de la primavera de la vida.

Aurelio era un muchacho honrado, lleno de esa noble ambicion que constituye la fuerza creadora de los genios que honran á su patria, sentia inflamarse su alma con ese santo fuego del entusiasmo y se dispuso á partir para Italia ansioso de gloria y de renombre.

Al despedirse de su buen maestro le dijo, abrazándole:

—Yo no olvidaré nunca que V. fué el primero que me enseñó á deletrear la música, y parto llevando la seguridad en el corazon de que V. y Nieves no se olvidarán de Aurelio Valflorido.

Nieves derramó algunas lágrimas, que como no eran hijas del alma, carecian de ese perfume que el alma las trasmite.

Quince dias despues de la partida de Aurelio, los negros y grandes ojos de la hija del profesor se fijaron en otro discípulo, olvidando el juramento que le habia hecho á Valflorido de no borrarle de su memoria ni un solo instante.

Aurelio pasó cuatro años en Italia, escribió varias sinfonías y una ópera que tuvo gran éxito en el teatro de la Scala de Milan.

Los aplausos del público, las alabanzas de la prensa, que le señalaban como una estrella del arte, no lograron hacerle olvidar á su primer amor, á su querida Nieves, aquella encantadora niña á quien tanto amaba, y durante sus cuatro años de ausencia escribia infaliblemente todos los meses una carta dándole cuenta de sus adelantos artísticos á su querido profesor don Antonio Escudero.

En estas cartas iba siempre una larga posdata dedicada á Nieves.

Pero ¡ay! Nieves era una de estas mujeres que tienen la volubilidad encarnada en el cerebro, y durante la ausencia de Aurelio se ocupó más de los discípulos que veia diariamente en su casa que del discípulo que se hallaba viajando por el extranjero: así es que la opinion de coqueta que Nieves gozaba entre todos los que la conocian causaba no pocos disgustos á su buen padre, sin que esto le diera valor para reprender sus veleidades.

Sin embargo, algunas veces, Escudero, revistiéndose de valor, se atrevia á dar algunos consejos á su hija, pero Nieves, soltando una intempestiva carcajada, contestaba:

—¡Bah! yo no he nacido para monja; si no me divierto ahora ¿cuándo quiere V. que me divierta?

A los diez y nueve años Nieves tenia carácter dominante y muy á propósito para hacer desgraciado al hombre que se casara con ella, porque, como decia su padre muchas veces hablando consigo mismo, era preciso dejarla ó matarla.

En las frecuentes disputas, en los altercados domésticos que su carácter ligero proporcionaba al autor de sus dias, Nieves no cedia nunca, y no pocas veces, dejándose llevar por su intemperancia, le amenazaba con romper las cadenas que la tenian sujeta al hogar doméstico.

El pobre don Antonio era débil y amaba con toda su alma á Nieves, y llegó á tener miedo de que cometiera alguna locura.

Nieves comprendió que dominaba á su padre, y en vez de enmendarse fué avanzando por la suave pendiente que conduce al abismo.

Reina absoluta de su casa, careciendo de esa educacion del alma que proporcionan las buenas madres, cometia multitud de imprudencias á las cuales desgraciadamente ella no daba importancia.

Así las cosas, el profesor Escudero recibió de Aurelio una carta fechada en Paris.

En ella le decia que, dentro de ocho dias, tendria el gusto de abrazarle, porque muchas razones le obligaban á volver á España; primera el haber terminado la pension de los cuatro años que le habia concedido el Gobierno, segunda la muerte de su querida madre y tercero el estar resuelto á establecerse en Madrid, y casarse con Nieves si ella le aceptaba por esposo.

Esta carta causó una gran alegría á la hija del profesor Escudero, y se dió prisa en reñir con uno ó dos novios que tenia sin otro objeto que el de matar el tiempo, como hacen las coquetas de pura sangre.

Llegó Aurelio á Madrid: el viaje habia vigorizado y embellecido sus hermosas facciones, pero ni los vicios ni los placeres de Roma, Florencia, Nápoles, Milan y Paris, habian logrado pervertir su corazon.

Amaba á Nieves con toda su alma y ella era su único y primer amor, y creyéndola digna de darle su apellido, pidió su mano, diciendo:

—Querido maestro: creo que tengo un porvenir, además he heredado de mi difunta madre una modesta fortuna que me produce una renta anual de treinta mil reales; por lo tanto, me hallo en condiciones de poder mantener á Nieves con cierto decoro y ruego á V. me conceda su mano.

Excusamos decir que el honrado maestro y su encantadora hija aceptaron llenos de gozo las proposiciones de Aurelio: dos meses despues un sacerdote bendecia la union de Nieves y Valflorido.

Aurelio habia amueblado un cuarto bajo en la calle de Isabel la Católica, que es en donde le hemos visto dar albergue á la niña Solita.

Jacoba, antigua criada de la casa paterna de Aurelio, era su ama de gobierno, buena y honrada mujer que amaba á su señorito como si fuera su hijo.

El profesor don Antonio Escudero dejó su casa y sus discípulos y fué á instalarse en la de su hija, porque al honrado músico le aterraba la idea de vivir separado de Nieves.

El primer año reinó la felicidad más completa en casa de Aurelio.

Nieves parecia enamorada de su marido, y éste, dócil, afectuoso y condescendiente, no tenia más voluntad que la de su esposa.

En cuanto á don Antonio es inútil decir que se conceptuaba un hombre verdaderamente feliz, creia á su hija completamente trasformada y sólo le pedia á Dios que le concediera media docena de hijos para ser abuelo.

El pobre Escudero se habia dejado su cátedra de solfeo, pero continuaba siendo violin del teatro Real.

Durante este primer año, en que el sol de la felicidad cayó de lleno sobre Aurelio y su familia, el maestro compositor escribió dos sinfonías y una opereta cómica, obras que elevaron la reputacion de Valflorido á una altura envidiable.

Un dia Aurelio le dijo á Nieves:

—Mañana vendrá á almorzar con nosotros un amigo mio, un tenor que conocí en el teatro de la Scala, y que está contratado para dar 30 funciones en el Real; estoy seguro de que alcanzará un gran éxito; canta admirablemente, tiene una voz de gran extension y es un artista perfecto. Los madrileños se volverán locos oyéndole la *Favorita*, los *Hugonotes* y *Rigoleto*; así pues, querida Nieves, deseo obsequiarle mañana; dispensa esta pequeña molestia que te proporciono, pero es preciso quedar bien con los amigos que nos han obsequiado en el extranjero.

¡Ah! Estos elogios despertaron en el corazon de Nieves cierto deseo de conocer al célebre tenor que tanto celebraba su marido, pero el pobre Aurelio estaba bien léjos de sospechar que con sus palabras colocaba la primera piedra en el edificio de su infortunio, de su desgracia.

A las once y media de la mañana del dia siguiente la mesa estaba dispuesta con un lujo inusitado en la casa, pues era preciso obsequiar al tenor italiano.

Nieves, obedeciendo á esos impulsos de la coquetería que por espacio de quince meses se habian adormecido en su alma, se vistió y se peinó con más esmero que nunca, deseando producir un buen efecto al convidado.

Y en verdad que aquella mujer estaba encantadora, irresistible; poseia una de esas hermosuras que hieren vivamente más á la materia que al espíritu.

A las doce en punto el tenor Pórteci se presentó en casa de Aurelio.

Pórteci era un Apolo un tanto afeminado; la frescura de su cútis, la languidez de sus grandes ojos azules, el vivo carmin de sus labios, sus largos y brillantes cabellos castaños formaban un conjunto de belleza maravillosa.

Aquel hombre, vestido de mujer, hubiera podido representar á la perfeccion el papel de *Doña Juanita*, en la opereta del mismo nombre.

Nieves, al verle, tuvo que hacer un esfuerzo para dominar el efecto que le causaba; este efecto debia crecer viendo en la escena aquel hombre abrumado por los aplausos del público.

(Continuará)

ECLIPSES Y OCULTACIONES DE LOS ASTROS

I

Eclipses de Sol

Uno de los espectáculos más grandiosos que el hombre puede contemplar, es sin duda alguna el de un eclipse total de Sol, observado desde una empinada montaña, ó en la majestuosa soledad del Océano. Difícilmente pueden las palabras servir para que los que no han tenido la dicha de observar por sí mismos el fenómeno, comprendan toda la grandeza y magnificencia de esta indescriptible escena de la naturaleza. Todo indica á nuestro alrededor, á medida que el eclipse avanza, que algo desusado ocurre; las aves buscan sus nidos, cambian de color las plantas y los ganados dejan de pacer; desciende con rapidez la temperatura, vénse correr por la superficie de la Tierra ráfagas luminosas y sombras voladoras, y en el momento de la totalidad, llegan á ser tan intensas las tinieblas, que se distinguen fácilmente las estrellas de 1.ª y 2.ª magnitud á la simple vista, y los planetas más lucientes como Vénus y Júpiter; la naturaleza entera parece como desmayada y cadavérica, al faltarle por breves instantes la luz del gran luminar.

Durante los primeros períodos de la historia humana, un eclipse total de Sol era causa de grandes terrores y de angustias indescriptibles, pues en él se veia la cólera de la divinidad ofendida ó el presagio de alguna calamidad inminente. En un mayor estado de progreso, y cuando la ciencia hubo extendido su benéfico influjo en el espíritu de los hombres, dieron lugar estas vanas quimeras á concepciones más nobles y grandiosas de las leyes de la naturaleza, llegándose á considerar los eclipses como las consecuencias necesarias de un proceso uniforme y regular, que sólo diferia de los fenómenos ordinarios, en su menor frecuencia. Para los astrónomos, han sido en todo tiempo valiosos en alto grado, como pruebas de gran delicadeza que les permiten comprobar la exactitud de sus cálculos respecto de la situacion de la Luna, deduciendo de aquí nuevos datos para perfeccionar las tablas y la teoría de los intrincados movimientos de nuestro satélite.

En los tiempos modernos, en que tanto interés despierta el conocimiento de la constitucion física de los cuerpos celestes, han servido los eclipses para resolver muchos problemas relativos á la composicion y estructura del Sol y de la Luna.

Es sabido que los eclipses en general resultan de la interposicion de algun cuerpo celeste, entre la Tierra y otro astro. A causa del movimiento de que se encuentran animados todos los cuerpos del cielo, la direccion de las líneas que pueden imaginarse trazadas de unos á otros varia de tiempo en tiempo, y á veces ha de ocurrir que tres de ellos se encuentren en línea recta.

Cuando uno de los cuerpos extremos de esta serie, es el Sol, el cuerpo intermedio priva al que se encuentra en el otro extremo, ya total, ora parcialmente, de la luz que de ordinario recibe. Cuando uno de los cuerpos extremos es la Tierra, el cuerpo intermedio intercepta, total ó parcialmente, al otro cuerpo extremo, de la vista de los observadores situados en diversos puntos de nuestro globo, que se encuentren en la línea comun de direccion, y el cuerpo intermedio se ve pasar sobre el otro extremo, cuando entra ó se separa de la línea comun de direccion. Los fenómenos producidos por estas contingencias de posicion y direccion se llaman *Eclipses*, *Pasos* y *Ocultaciones*, segun las magnitudes relativas y aparentes de los cuerpos interpuestos y oscurecidos, y segun las circunstancias en que se verifican.

Vamos ahora á describir brevemente los principales fenómenos que por lo comun se observan durante los eclipses totales de Sol.

Uno de los más notables y constantes, es el cambio de color que sufre el cielo. Dice Halley en su relacion del eclipse de 1715: «Cuando la fase era próximamente de diez dígitos (1), comenzó el cielo á perder su color, pasando de un hermoso y trasparente azul, á un tono lívido y pulverulento, con algun ligero velo púrpura, oscureciéndose cada vez más hasta la completa inmersion del Sol.»

Tambien se ha notado que al mismo tiempo que cambia de color el cielo, sufren una modificacion análoga los objetos terrestres segun los progresos del eclipse; esta observacion se remonta al año 840 ántes de J. C. Keplero refiere que durante el eclipse solar que ocurrió en el otoño de 1590, se vieron los cuerpos teñidos de amarillo. Estos fenómenos se han observado en épocas recientes.

La oscuridad que se produce durante un eclipse total de Sol no es tan considerable como muchos pudieran llegar á creer. Sin embargo, se encuentra sujeta á grandes variaciones. Dice Ferrer al hablar del eclipse de 1806, que en el momento de la totalidad, era indudable que habia más luz que la que nos envia la Luna llena. Por lo general se ha notado que la oscuridad es bastante intensa para que no puedan leerse caracteres de imprenta, si bien esta regla presenta muchas excepciones. La débil iluminacion que subsiste durante la totalidad, se debe á la luz reflejada por las regiones de la atmósfera que se encuentran aún expuestas á los rayos directos del Sol, y á la corona, de que pronto hablaremos.

Segun un observador inglés, el mayor descenso de la temperatura tiene lugar media hora despues del instante de la conjuncion del Sol y la Luna.

Durante el eclipse de 1842, notaron Piola y Struve, que si bien la oscuridad fué tanta que hubieran debido columbrarse las estrellas de 2.ª y 3.ª magnitud, sólo se distinguieron las de 1.ª; este hecho lo explica Belli acudiendo á causas fisiológicas. Llama la atencion sobre el hecho de que durante el corto intervalo de la oscuridad total, no tiene tiempo la vista para reponerse del efecto deslumbrador de los rayos solares, y por lo tanto, se encuentra su sensibilidad como embotada.

Es tambien notable la rapidez con que reaparece la luz del sol, en cuanto pasa el momento de la totalidad; de este fenómeno dió Halley dos explicaciones, pero como quiera que una de ellas supone la existencia de una atmósfera lunar, que sabemos no tiene nuestro satélite, no nos ocuparemos de ella. Segun la otra, ántes de la oscuridad total, se encuentra la pupila muy contraida á causa del resplandor de los rayos solares, sin que pueda, por tanto, el órgano de la vision percibir inmediatamente la diminucion de la luz, pero descansando la vista durante la oscuridad, se dilata de nuevo la pupila y percibe instantáneamente la luz del Sol al concluir la fase de la totalidad.

Cuando el disco lunar al avanzar sobre el del Sol reduce este último á una estrecha falce, se suele notar que, inmediatamente ántes del principio, y despues del fin de la totalidad, aparece el borde de nuestro satélite como una hilera de puntos brillantes, separados por los espacios oscuros que se llaman las *sierras de Baily*. No se ha dado hasta ahora ninguna explicacion satisfactoria de este fenómeno, aunque la hipótesis más probable parece ser la que atribuye su orígen á un efecto de irradiacion. Tambien se ha dicho que pudieran deberse las sierras á la proyeccion de algunas de las montañas de la Luna sobre el disco solar; pero esta explicacion no ha sido admitida por los sabios.

Aunque se llaman las sierras de Baily, no fué este el

(1) Un dígito es la dozava parte del Sol ó de la Luna, de modo que un eclipse de 6 dígitos quiere decir que se ocultó la mitad del disco solar.

primer astrónomo que las observó, pues Halley, en una Memoria sobre el referido eclipse de 1715 dice: «Como unos dos minutos ántes de la inmersion total, la parte restante del Sol se habia reducido á un cuerno muy fino, cuyos extremos parecian perder su aguzamiento y se presentaban *redondos como estrellas;* en un espacio de un cuarto de minuto próximamente, una parte pequeña del cuerno meridional del eclipse *parecia separada del resto*, por un buen intervalo y se asemejaba á una estrella oblonga redondeada por ambos extremos.» El primer eclipse anular observado en el que se vieran las sierras, es el que describió Maclaurin, del 18 de febrero de 1736-37.

Uno de los fenómenos más interesantes que se perciben durante los eclipses, es el de la *corona*, ó halo luminoso que rodea á la Luna. Por lo comun aparece 3 ó 4 segundos ántes de la completa extincion de la luz solar y permanece visible casi el mismo intervalo despues de su reaparicion; puede compararse, por lo general, al disco brillante que pintan los artistas al rededor de la cabeza de los santos.

Son varias las explicaciones que se dieron, segun los tiempos, de este fenomeno; ninguna de ellas tiene hoy más valor que el histórico, pues los modernos métodos de análisis nos han revelado, en parte al ménos, la verdadera constitucion y naturaleza de la corona.

Segun Keplero se debia á la presencia de una atmósfera al rededor de la Luna; para La Hire la causa productora era la reflexion de la luz solar en las desigualdades de la superficie de la Luna, contiguas al canto del disco, combinada con su paso posterior en la atmósfera de la Tierra.

Dice Grant, que su forma circular y su estructura nebulosa, cuya densidad disminuye gradualmente hácia la parte interna, hacen suponer que se debe á un flúido elástico que rodea al globo solar, y que por todas partes gravita hácia su centro; es verdad que los mismos resultados se obtendrian de la existencia de una atmósfera en torno de la Luna, pero por otra parte no hay razon que nos haga suponer que nuestro satélite esté dotado de una envoltura semejante, capaz de producir un efecto apreciable. De otro lado, la hipótesis de una atmósfera solar se encuentra confirmada por la analogía que presentan otros cuerpos del sistema planetario, y por pruebas de naturaleza positiva que se deducen de la constitucion física del Sol. Los cambios que presenta este cuerpo cuando se observa con el telescopio sólo se pueden explicar suponiéndolo dotado de dos envolturas distintas de materia, suspendidas en una atmósfera trasparente, á diversas alturas de su superficie.



LA DAMA DEL HALCON, cuadro por Luis Sorio

Delisle opinaba que el anillo luminoso podia deberse á la difraccion de los rayos solares que pasaban tangentes al borde de la Luna; Brewster demostró que esta teoría, aunque ingeniosa, era insostenible; sin embargo, Marquez la defendió calurosamente en su Memoria del eclipse de Sol de 1860 observado en España. Segun Baxendell, la corona es un anillo nebuloso que rodea al Sol y que refleja su luz.

Las fotografías demuestran que la luz de la corona es mucho más débil que la de la Luna, puesto que sus partes externas han necesitado un tiempo de exposicion de 5 segundos para impresionar el cristal, miéntras que nuestro satélite se retrata perfectamente en 1 ó 2 décimos de segundo.

La existencia de la corona se conoce de muy antiguo y Filostrato menciona que la muerte del emperador Domiciano se anunció por un eclipse total de Sol. «Entónces apareció en el cielo un prodigio de esta naturaleza. Una especie de corona, parecida al Iris, rodeaba el orbe del Sol y oscurecia su luz.»

Plutarco es aún más explícito en su alusion, pues al hablar de un eclipse solar que acababa de efectuarse, trata de probar por qué la oscuridad producida por este fenómeno, no es tan profunda como la de la noche. Empieza por sentar, como base de su raciocinio, que la Tierra es mucho mayor que la Luna, y despues de citar varios autores, agrega: «Lo que ocurre es que la Tierra á causa de su magnitud oculta por completo al Sol... pero aunque la Luna puede algunas veces tapar todo el Sol, es, sin embargo, el eclipse de duracion insuficiente y tambien de corta amplitud, porque se ve *un reflejo particular al rededor de la circunferencia* que no permite que la oscuridad sea muy intensa ó completa.»

Tambien parece que el anillo fué observado por Clávio durante el eclipse del 9 de abril de 1567, quien lo atribuyó á la parte del márgen solar que quedó descubierta, mas Keplero demostró que esto era imposible. Algunos observadores han visto la corona en los eclipses parciales, apareciendo el anillo en el punto del disco solar que primero ocultó la Luna.

Otros de los accidentes ó fenómenos más admirables de los eclipses solares son las *llamas ó protuberancias rojas*, cuyo orígen y naturaleza ha revelado por fin el análisis espectral.

La observacion más antigua que se conserva acerca de este fenómeno, es la de Julio Firmico del 17 de julio de 334, en cuya descripcion, no obstante, hay algunas oscuridades; sigue luégo el relato del capitan Stannyan, que observó en Berna el eclipse total de 1706, dirigido á Flamsteed; en él se lee «que el Sol estuvo totalmente oscurecido durante cuatro minutos y medio; que una estrella fija y un planeta aparecieron muy brillantes; y que ántes de terminar el eclipse *se mostraron unas radiaciones de color de sangre* por el limbo izquierdo, que sólo duraron seis ó siete segundos de tiempo.»

Posteriormente observaron las protuberancias rojas Halley, Louvelle, Hayes, Vassenio y otros muchos, hasta llegar á los contemporáneos. Tambien se han visto las protuberancias en los eclipses anulares y parciales.

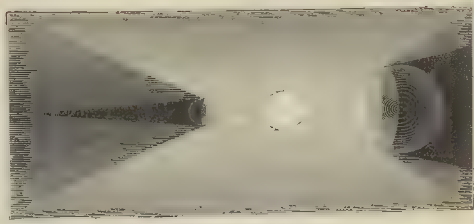
El aspecto que presenta la Luna durante los eclipses de Sol, es muy variable y singular. Keplero dice que la superficie lunar se distingue á veces de un color rojizo. Baily en su relacion del eclipse anular de 1836, refiere que ántes de la formacion del anillo, era la faz de la Luna perfectamente negra, pero que especulándola con un anteojo, miéntras duraba el anillo, se teñia la circunferencia de un color rojizo de púrpura, que se extendia por todo el disco, y que crecia en intensidad á medida que se aproximaba al centro, de tal modo, que en este punto su color era negro ó poco ménos.

Vassenio en 1733 y Ferrer en 1806, son los únicos astrónomos que hablen de sus observaciones respecto de las irregularidades de la superficie lunar durante un eclipse central. Arago y otros trataron de verificar esta observacion en 1842, pero sin resultado. En la misma fecha vió este ilustre astrónomo el contorno oscuro de la Luna proyectado sobre el cielo brillante, 40 minutos despues del principio del eclipse; atribuyó el fenómeno á la proyeccion del satélite sobre la atmósfera solar, cuyo brillo, por un efecto de contraste, hizo visible el borde lunar; este fenómeno es muy raro, si bien se ha ob

servado posteriormente por otros tres individuos.

En varias ocasiones se ha tratado de percibir la sombra de la Luna en su paso por la superficie de la Tierra; Airy lo consiguió en 1851 y Forbes y Plana en 1842; la dificultad consiste en la inmensa velocidad de la sombra que es de más de 12 leguas por minuto: la observacion más antigua que se registra de este fenómeno es la efectuada por Duillier, en el año 1706.

Tambien se ven durante los eclipses totales de Sol, unos penachos y radiaciones luminosas, de color blanco plateado que la generalidad de los astrónomos atribuyen á un fenómeno de difraccion.



TEORIA GENERAL DE LOS ECLIPSES

Veamos ahora qué dicen las crónicas é historias, de algunos eclipses notables.

El más remoto de que se tenga noticia, y que refieren los anales chinos, es el ocurrido el 13 de octubre de 2128 años ántes de J. C.

Uno de los más famosos que registra la historia es el que tuvo lugar en el año 585 ántes de nuestra era; es notable, no sólo porque Táles lo predijo, siendo el primer astrónomo de la antigüedad que dió la verdadera teoría de estos fenómenos, sí que tambien porque ha servido para fijar la fecha exacta de un suceso importante de la historia antigua. Herodoto habla de una guerra entre lidios y medos, que permanecia indecisa sin que la victoria se declarase ni por unos ni por otros. El año sexto de la guerra tuvo lugar otro combate, durante el cual, en lo más recio de la pelea, súbitamente sucedieron al dia las tinieblas. Este suceso lo habia anunciado Táles de Mileto á los jonios, avisando el año preciso en que habia de ocurrir. Cuando los lidios y medos notaron el cambio, cesaron de batallar y con gran empeño concertaron la paz, que para hacerla duradera se afirmó con matrimonios.

La fecha exacta de este interesante acontecimiento se ha discutido por largo tiempo, pero gracias á los trabajos de Airy, se sabe hoy dia con toda certeza, que tuvo lugar el 28 de mayo de 585 ántes de J. C.

Otro eclipse importante es el que menciona Jenofonte en el *Anabasis*, que fué causa de la toma de Larisa, ciudad de la Media, por los persas. En la retirada de los griegos á la márgen oriental del Tigris, poco despues de la prision de sus jefes, cruzaron el rio Zabato, luégo un barranco y por fin llegaron al Tigris, en donde, segun Jenofonte, se detuvieron. «Y con esta pérdida se partieron los enemigos. Y así los griegos, caminando seguramente lo que quedaba del dia, llegaron al rio Tigre, donde habia una ciudad grande y despoblada que se llama Larisa, que otro tiempo fué habitada de los medos... Esta ciudad tuvo cercada el rey de Persia, cuando los persas ganaron el reino á los medos; y nunca la pudo tomar hasta que la oscureció el Sol cubierto de nieblas, y los ciudadanos desmayados de miedo se la dieron, y así fué tomada...»

La detallada descripcion de Jenofonte ha permitido á Layard, Jones y otros, identificar la ciudad de Larisa, que es la moderna Nimrod, y á Mespila que es Mossul. Claro está que el fenómeno á que se refiere el autor griego, y que permitió la captura de la ciudad indicada, no fué sino un eclipse total de Sol. Airy ha calculado que tuvo lugar el 19 de mayo de 557 ántes de J. C.

Cuando la expedicion contra los lacedemonios ocurrió un eclipse solar, total, cuya fecha se supone en 3 de agosto de 431 ántes de J. C. que por poco malogra la empresa, á no habérsele ocurrido un ingenioso artificio á Pericles, jefe del ejército. «Dispuesta la flota y á bordo Pericles de su galera, ocurrió un eclipse de Sol; se consideró como mal presagio la repentina oscuridad, desmayando el ánimo de los marineros. Observando Pericles el asombro y la confusion del piloto, quitóse la clámide y cubriéndole con ella los ojos, le preguntó si veia en esto algo terrible y de pavoroso agüero. A su respuesta negativa, agregó Pericles:—¿Y qué diferencia hay entre *esto* y *lo otro*, si no es que algo más grande que mi clámide produce el eclipse?»

Un antiguo eclipse, conocido por el de Agatocles, ha sido objeto tambien de las investigaciones de Baily y de Airy; tuvo lugar el 14 de agosto de 310 ántes de J. C.; y segun los historiadores, marca la irrupcion de Agatocles en Africa, donde taló los territorios cartagineses.

En el siguiente artículo nos ocuparemos de los fenómenos que acompañan á los eclipses de Luna y de otros astros.

A. A.



LA DICHA PERDIDA, cuadro por Canuto Ekwall

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentacion*, 2 tomos.—*Escultura y Glíptica*, 1 tomo.—*Pintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 30 DE MARZO DE 1885 — NÚM. 170

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA ORACION ANTE EL CALVARIO, cuadro por G. Haquette

SUMARIO

JUEVES SANTO

Conmemora hoy la cristiandad entera en sus recuerdos el sacrificio de amor, á cuyo fuego espiritual se derritieran las cadenas en los piés de todos los esclavos y las coronas en las sienes de todos los déspotas. Al Júpiter Capitolino, que remataba las cimas del tiempo antiguo, con su aureola de luminoso éter, su manto cerúleo, su trono de nubes, su águila rapaz á un lado, y sus fulminantes centellas en el puño, sucedió la cruz destinada por el orgullo patricio á castigo, tormento, patíbulo de los siervos, apénas tenidos por hombres en su soberbio concepto, exaltándose así á las alturas de lo infinito, como una constelacion de astros espirituales y de ideas divinas, lo más humilde que habia sobre la tierra, lo más humillado que habia en la humanidad, como para demostrar que comenzaba y no se acabaria nunca jamás, en los altares, el culto al dogma de la libertad y de la igualdad, destinado á dar nuevos y más vivos resplandores á las almas con nuevos y más incontrastables fundamentos á las humanas sociedades.

Harto se olvida, en la ingratitud universal, todo el esfuerzo empleado por tantas generaciones redentoras y mártires para sacar al hombre de la triste animalidad, que lo confundia con la materia, y elevarlo hasta la vida cuasi celeste de la espiritualidad, que lo confunde con los ángeles; y debemos contribuir cuantos sentimos los dolores humanos, como si por nosotros hubieran todos pasado, al recuerdo religioso y sacro, en este dia de luto y en esta colina del Calvario, instante aquel, creador en el tiempo, ara divina esta en el espacio; señalando uno y otra, con el término y acabamiento de las viejas castas, el principio y albor de nuestros santos y ya perdurables derechos. En concepto del místico, la campana silenciosa hoy en las altas torres de nuestras iglesias, el capuz puesto á las cruces y el velo á los altares, la desnudez del ara sin sacrificios y la soledad del santuario sin Dios, los trenos de Jeremías exhalando nubes formadas por vapores de lágrimas y los acentos del *Miserere* pidiendo á la divina misericordia piedad desde las cenizas y el cilicio, todas estas elegías vivas, cuyas estrofas pasan, como en relieve, luctuosamente por los divinos oficios de nuestras iglesias, conmemoran la muerte del Justo y la redencion del Hombre tan sólo; miéntras en concepto del filósofo y del historiador, conmemoran el ocaso de las religiones naturalistas, el aniquilamiento de las tiranías históricas, el fin de los oráculos engañosos, el término de los sortilegios y de la magia, el minuto postrero de la odiosa y vieja servidumbre.

Por eso podemos llamar al Cristianismo la religion definitiva de la humanidad, como podemos llamar, por ejemplo, á los postulados y axiomas del divino Euclides, las bases eternas sobre que descansaran todas las ciencias matemáticas en todos sus futuros desarrollos. ¡Ah! Yo he visto crecer la yerba en los sacros sitios, donde hablaban los oráculos en otros tiempos; yo he visto presos en los museos aquellos dioses cantados por Homero y esculpidos por Fidias, más llorosos y más tristes que el Edipo de Sófocles en los risueños valles de Colonna; yo he visto el templo de Neptuno en Poesthun sin techumbre y sin altar, cubiertas las sacras losas de zarzas y helechos, habitado el rosáceo intercolumnio, que parece una estrofa de Píndaro, por nubes de cuervos, lanzando los graznidos de la muerte; yo he visto la caverna de Cumas sin encontrar su inspirada Sibila y el archipiélago de las sirenas sin encontrar su inmortal Sirce; yo he contemplado los cabos, en cuyas ondas se retrataban las divinidades helénicas llenas de hermosura, sin templos y sin estatuas; yo he visto los cementerios horribles de las ideas muertas, las cuales dejan ménos ruinas que los cadáveres de las especies extintas; miéntras en los caminos de Palestina, áun despues que las cruzadas han concluido y que la fe antigua se ha disipado, veo peregrinos de innumerables religiones, representantes de diversas razas, devotos de contrapuestos cultos, yendo á libar el espíritu divino en aquella proterva Jerusalen, que, tendida en los pedregales calcinados del desierto asiático y coronada de abrojos, álzase resplandeciente sobre todas las ciudades, ungida con recuerdos inmortales en la historia, por haber dado á los siglos el Dios sublime y eterno del espíritu, que todo lo esclarece y todo lo vivifica y todo lo sostiene como sol que es de nuestras almas.

No hay tierra tan fecunda en ideas como la Tierra Santa. Estos desiertos de Arabia, Judea y Egipto, han dado las tres religiones fundamentales á los pueblos cultos de la moderna historia. Como Grecia es la patria de la libertad y del arte, Judea es la patria de la moral y del dogma. Espectáculo maravilloso para un alma que sepa levantarse á las alturas de la historia y evocar el pensamiento de los siglos; aquella Jerusalen, asentada en el desierto adonde han bajado tantas veces los ángeles del cielo y han subido las oraciones del hombre; circuida por sus vastos mares de arenas, en que los rayos del sol rebotan; bajo las reverberaciones de un horizonte asiático abrasado por los ardores de aquellos dias calurosos; entre sus guirnaldas de nopales, semejantes á coronas de espinas; junto al seco lecho de aquellos torrentes, por donde parecen haber corrido las lágrimas de los profetas; aquella Jerusalen es todavía, en su viudez y en su servidumbre, sobre su estercolero como Job, con sus huesos fuera de su piel y profanada por las hienas de Tartaria, la ciudad del mundo que más holocaustos ha merecido al género humano y más confidencias á la divina verdad. Todos hemos llorado en las amargas aguas del mar Muerto; y todos hemos bebido algunas gotas del torrente Cedron; y todos hemos prestado en alguna ocasion de la vida nuestra voz al coro de sus sacerdotes; y todos alguna vez hemos repetido, con las manos plegadas y las rodillas en tierra, el eco de sus salmos. Todavía los acentos de su *Miserere* arrasan de tristeza nuestros ojos y los trenos de sus lamentaciones arrancan gemidos de dolor á nuestra garganta; los trances amargos de la vida llamámoslos Calles de Amargura; el dolor eterno, á que nuestra contingencia y nuestra debilidad nos condenan, llamámosle crucifixion ó Calvario; y cuando queremos pensar en la inmortalidad, recordamos que sólo en su valle de Josafat podremos revestir nuestra carne regenerada; y cuando soñamos con lo invisible y con lo eterno ¡ah! nos fingimos una Jerusalen celeste, poblada de ángeles, y bendecida por profetas en los celajes y en los arreboles de lo infinito.

Tal condensacion del espíritu humano allí, débese, indudablemente, á que jamás, en ninguna otra parte, se condensó, como allí, el humano dolor. Celebrábase la Pascua de los judíos, en la que los hijos de Israel, acostumbraban á visitar la Ciudad Santa para leerse unos á otros los cánticos de sus profetas, en cuyas cadencias encontraban la seguridad consoladora de romper el cautiverio romano, cual sus padres habian roto el cautiverio de Nínive, Babilonia y Egipto. Entre los judíos más combatientes y más esperanzados, contábanse los judíos galileos, de quienes Cristo reclutara sus discípulos y sus apóstoles. Así, no fué mucho que tales exaltados le prepararan ingreso triunfal en Jerusalen, para que las gentes, idas de tan diversas regiones á celebrar la Pascua, pudiesen ver su hermosísima figura coronada con el nimbo de las ideas celestiales y oir su dulce palabra enardecida en el fuego de las más consoladoras esperanzas. Subíanse los publicanos á los sicomoros para saludarle; vertian las mujeres piadosas bálsamos bien olientes en sus piés y los enjugaban solícitas con su propia cabellera; seguíanle, á una, las muchedumbres encontradas al paso, y dispuestas á creer y adorar, como todas las razas orientales; miéntras los galileos, sus amigos predilectos, hacíanle subir á blanca pollina, que llevaba detrás la inquieta cria, y cubriendo el camino por donde pasaba con sus mantos, y llenando el aire que debia respirar con sus vítores, y agitando palmas y ramos de olivo en los puños, de tal modo avivaban el entusiasmo y esparcian por doquier el propio calor, que hasta las piedras inertes palpitaban cual si fueran corazones vivos. Los sacerdotes judíos, que temblaban á una delante del Imperio romano, en cuya tolerancia no podian confiar, asustábanse al ver aquella grande agitacion de los ánimos y temian que si despertaban recelos en el pecho de los gobernadores extranjeros, cerrasen el templo, y con el templo cegaran los manantiales de riquezas, á los que debian un bienestar material, desde cuyas medras y comodidades habian de ver con recelo toda exaltada protesta. El interés transitorio de una clase levantábase contra la conciencia y sus aspiraciones divinas á los eternos ideales. El esfuerzo de un alma redentora contra este materialismo fundó aquella religion, que ha logrado hendir los aires con sus cúpulas parecidas á cristalizaciones de la oracion y de la esperanza; poner el arpa de la poesía moderna en manos como las ciclópeas del Dante, y llenar los cielos de angélicas figuras como la figura de Beatrice; abrir á la idea humana los horizontes de lo infinito y acercarla, con las raudas alas que ha sabido ceñirle, á los eternos arquetipos, en cuya norma se han dibujado y á cuyo modelo se han sometido todas las creaciones: que Cristo preside á la moderna civilizacion, así por haber emancipado las almas del terrible destino á que las sujetaba el fatalismo antiguo, como por haber dado á todos los hombres por orígen un mismo Padre, que está en los cielos, y por fin el cumplimiento de un ideal divino, que ha de traer en espíritu y verdad el reinado de Dios sobre la tierra.

Este dia conmemora uno de los dogmas indudablemente más consoladores de nuestra religion, aquel por cuya virtud Dios baja en la comunion hasta el hombre y el hombre sube hasta Dios. Celebraban los judíos en esta semana su éxodo del Egipto, y su viaje á la tierra prometida, significando la hora solemne de un adios postrero, la comida presurosa de quien se apercibe á una larga peregrinacion, el pan sin levadura, símbolo verdadero de la prisa, las yerbas amargas indicadoras del camino desierto, los coros acompañados por los címbalos y por los salterios entonando la monótona melodía semita, que tanto se asemeja de suyo al resonar de los vientos en el desierto y de las ondas en la playa, siquier expresen dolores profundos y quejidos amargos del alma obligada por su contingencia y por su condicion terrestre á hollar con tristeza los tortuosos senderos de nuestra pobre vida. Cristo hizo de esta Cena material, en que los pueblos antiguos recordaban la terminacion de su cautiverio, una Cena espiritual, en que las almas, desligadas de la servidumbre corpórea, comulgan en las mismas ideas, para unirse amorosas entre sí, é identificarse luégo, por la difusion del espíritu divino en sus senos, con el Criador, tomando esta deleznable y contingente complexion humana el grandor sublime de la divinidad. Recojamos, pues, las ideas que tantos símbolos contienen; unámonos en la comunion de una igualdad fundamental como cumple á hermanos de una misma familia, nacidos de un mismo Padre, y destinados á un mismo fin; y en esta identificacion de todos los humanos con la humanidad y de la humanidad con Dios, cumpliránse las promesas del Evangelio, cuyas páginas han sido reveladas para traer, además del divino ideal á nuestras almas, el reinado de la justicia y del derecho á nuestro planeta.

EMILIO CASTELAR

NUESTROS GRABADOS

LA ORACION ANTE EL CALVARIO, cuadro por G. Aquette

Llámase Calvario, en las poblaciones que lo tienen, á una eminencia, en cuyo sitio más elevado es de ver la imágen del Señor en la cruz, que parece velar por el pueblo que tiene á sus piés, por las embarcaciones que cruzan á su vista, por todos cuantos alcanzan á descubrir al Redentor de la humanidad y poner en Él su confianza.

Esta confianza siente el hombre de mar, porque si el navegante no creyese en Dios ¿á quién imploraria en el momento de la borrasca? La fe constituye el carácter del marinero; por esto los de nuestra embarcacion, al cruzar junto á los viejos muros de la poblacion, no bien se aperciben del Cristo del Calvario, descúbrense con respeto y de lo más íntimo de su corazon dirigen una plegaria al Señor que suscita y enfrena las tempestades.

Respira este cuadro cierta tranquilidad simpática, cierta poesía agradable, porque en él hay combinadas con talento tres inmensidades, la inmensidad de Dios, la inmensidad del mar y la inmensidad del corazon de aquellos que en el mar viven y en Dios creen.

LA HIJA DE JAIRO, cuadro por Gustavo Richter

«Y vino uno de los príncipes de la Synagoga nombrado Jairo: y luégo que lo vió (á Jesus) se postró á sus piés.

»Y le rogaba mucho, diciendo: Mi hija está en los últimos. Ven á poner sobre ella la mano, para que sea salva, y viva...

»Cuando estaba aún él hablando, llegaron de casa del príncipe de la Synagoga, y le dijeron: Tu hija es muerta: ¿para qué fatigas más al Maestro?

»Mas Jesus, cuando oyó lo que decian, dijo al príncipe de la Synagoga: No temas: cree solamente.

»Y no dejó ir consigo á ninguno, sino á Pedro, y á Santiago, y á Juan hermano de Santiago.

»Y llegan á casa del príncipe de la Synagoga, y ve el ruido, y á los que lloraban, y daban grandes alaridos.

»Y habiendo entrado, les dijo: ¿Por qué haceis este ruido y estais llorando? la muchacha no es muerta, sino que duerme.

»Y se mofaban. Pero él, echándolos á todos fuera, toma consigo al padre y á la madre de la muchacha, y á los que con él estaban, y entra donde la muchacha yacia.

»Y tomando la mano de la muchacha, dijo: *Talitha cumi*, que quiere decir: Muchacha, á tí te digo, levántate.

»Y se levantó luégo la muchacha, y echó á andar, y tenia doce años: y quedaron atónitos de un grande espanto.»

Así refiere San Márcos el asunto del cuadro de Richter, ejecutado con verdadero acierto, y en el cual la actitud y expresion de los personajes están de perfecto acuerdo con la escena que tiene lugar, sin incurrir en exageraciones impropias de un artista de verdadero talento.

LA PUERTA DEL CONVENTO DE BETHLEHEM, cuadro por A. Bida

Visible desde léjos, asentada en el fondo de un accidentado valle, levántase la inmensa mole de un convento, cuya silueta se destaca de una manera sombría, contrastando con el brillante cielo de Palestina. En su interior, cerrado por un alto muro, existen tres templos, uno latino, otro griego y otro armenio. Este recinto contiene uno de los grandes sitios, de los santos sitios, mejor diremos, de la cristiandad. Si el principal de ellos es el sitio donde Jesus fué sacrificado y sepultado, indudablemente el otro no puede ser sino el sitio donde tuvo lugar el nacimiento de Jesus.

Una estrecha puerta, que da paso á un antepatio, conduce al interior del convento: esta puerta, cabe la cual se suceden sin interrupcion los peregrinos, es la representada en el cuadro que publicamos. Su autor ha hecho en él algo más que copiar un muro y una puerta. Puerta y muro son el fondo de un cuadro, mejor dicho, el simple lugar de la escena: la accion, el verdadero cuadro lo constituyen los peregrinos, todos bien agrupados, en tan felices actitudes, tan típicos y expresivos, que desde luégo se echa de ver cuánto Bida se ha identificado con ellos. Esos orientales no son copias de pruebas fotográficas ó simples apuntes del album de un artista; sino obra de un profundo observador que comprende, que participa del sentimiento, del impulso que ha conducido á esos hombres junto á la cuna del Salvador del mundo. La fe les ha guiado, como á los Reyes Magos, hasta el portal de Bethlehem; esa misma fe les conducirá, apénas repuestos de sus fatigas, hasta el Gólgota; desde cuya cumbre les parecerá que se encuentran más cerca del cielo.

EN EL TEMPLO, dibujo por W. Lowith

Más que un dibujo, es un verdadero estudio del natural.

La buena mujer se encuentra en el templo como en su casa. ¡Ha permanecido en él tantas horas, durante su larga existencia!... A puro leer en esa vieja Biblia, su vista se ha cansado; pero no se ha cansado ciertamente el fervor de la anciana.

A medida que su existencia se extingue, su fe se acrisola; su espíritu necesita intimar los coloquios entre la criatura y el Creador... ¡Dichoso aquel que en semejante caso, cree oir la voz del Señor, respondiendo á las imprecaciones del salmo de la penitencia!...

ALUMBRADO ELÉCTRICO de los carruajes

La construccion de acumuladores eléctricos sigue desarrollándose y su empleo puede prestar grandes servicios en los usos domésticos.

Nuestros grabados representan una aplicacion de los mismos hecha últimamente por M. Aboilard en París para el alumbrado de los coches de plaza. Vese en ellos una berlina, cuyos faroles contienen dos lámparas eléctricas de incandescencia, que funcionan de un modo continuo. Este carruaje lleva otras dos lámparas que se pueden utilizar con intermitencia: una de ellas está colocada en el interior del coche y la otra en la cabeza del caballo. Los hilos conductores están ocultos entre los arneses.

Los aparatos necesarios para el alumbrado eléctrico de los carruajes se componen, para cada lámpara de incandescencia, de una serie de cuatro pequeños acumuladores metidos en una caja de 20 centímetros de altura, 25 de longitud y 10 de anchura colocada debajo del pescante. Estos acumuladores pueden poner en accion una lamparita de cinco bujías por espacio de seis horas consecutivas, duracion que puede aumentar si sólo se hacen funcionar á ratos los acumuladores.

La lámpara del interior del coche, así como la de la cabeza del caballo, están enlazadas con unas cajas de acumuladores puestas en las bolsas del carruaje.

Para facilitar la instalacion interior de los faroles de éste, M. Aboilard ha reemplazado la bujía de esperma con otra de madera que lleva en la parte superior un soporte de lámpara de incandescencia y en la inferior dos tornillos á los cuales se empalman los hilos procedentes de los acumuladores.

El muelle de hélice sirve como de costumbre para mantener la bujía entre la abertura dejada en el interior para la salida de la llama. Gracias á esta disposicion, se puede sustituir inmediatamente, en caso de algun percance, la bujía de madera por otra comun sin necesidad de modificar la instalacion.

Los furgones de trasporte del periódico *La France* están ya alumbrados con lámparas de incandescencia alimentadas por acumuladores, siendo probable que estas tentativas interesantes se multipliquen rápidamente.

¡HORROR!... cuadro por A. Zimmermann

Tiene este cuadro tal verdad, que ni el asunto necesita explicacion, ni el talento del autor más encomio que el exámen de su obra. Un clarinete, confiado á un neófito, ha producido una nota estridente, discordante, una de estas notas que suenan en el oido de un *maestro* como si fuera de la trompeta apocalíptica.

Como cabezas de estudio, seria casi imposible producir una realidad más evidente; como grupo que ha de *moverse* en reducido espacio, no cabe mayor naturalidad ni holgura.

Recomendamos este grabado á los verdaderos amantes del arte.

LAS SAETAS

Así como se conservaban en los cantos rapsódicos de la Grecia las aventuras de los dioses, las *saetas*, rapsodias populares de los Evangelios, conservan en la imaginacion del pueblo andaluz, vivos y con sus tristes colores, todos los detalles de la gran epopeya del Gólgota, observándose en sus ligeras, y muchas veces imperfectas estrofas, los toques magistrales de esa musa sencilla y apasionada á la vez que vive en medio del arroyo y suele pisar el légamo sin mancharse.

La saeta es pura y simplemente una cuartetilla de arte menor, casi siempre aconsonantada, que el pueblo andaluz canta á las imágenes en las cofradías con un tono melancólico y apasionado, difícil de señalar con notas y claves.

No sabemos á quién se debe tan propia y original denominacion, pero sí puede asegurarse que hubiera sido difícil hallar otra más adecuada. La saeta es rápida, corta el aire silbando y, si llega á penetrar en la carne viva, hace que brote á torrentes la sangre: el cantar popular así llamado es ligero y agudo, sube al espacio como la saeta y penetra en el corazon de los que poseen la viva fe cristiana, haciéndoles recordar el sangriento episodio de la Pasion y Muerte de una manera desgarradora y casi palpable.

Generalmente, la saeta cantada, se oye teniendo ante los ojos esas imágenes que el cincel de Roldan, de Cornejo ó de Montañés dejaron á los templos de la Bética y cuyo asombroso realismo hace estremecer observado á la brillante luz de lámparas y candelas. Una Dolorosa de bellísimo rostro, con el corazon atravesado por siete espadas de plata y mostrando en sus ojos las lágrimas de la angustia suprema; un Cristo desnudo y enclavado en el leño, con las lacias guedejas cayendo sobre la frente y el costado abierto y destilando sangre; una escena del Calvario, en fin, en la que no falta, para que la ilusion sea completa, ni los movibles lienzos que sirven á José de Arimathea para hacer más fácil el descendimiento, ni los útiles que permiten á sus compañeros dominar el árbol del suplicio, son incentivos suficientes para que esos melancólicos y agudos cantares tomen vida y color y penetren en el corazon y en la cabeza.

La tradicion justifica estos desahogos populares, que se han manifestado siempre, con más frecuencia en el campo de las creencias religiosas. En los célebres Rosarios del siglo XVIII, los campanilleros, y áun los mismos devotos que alguna que otra vez andaban á farolazo limpio, solian cantar los llamados *trovos*, composiciones piadosas y ligeras de las cuales he dado muestra en otro lugar. Estos trovos se adaptaban perfectamente á la cristiana tarea de acudir al rosario del alba con los colosales faroles de asta que tan bien trasladó al lienzo mi amigo el pintor andaluz García Ramos en el magnífico cuadro vendido en Paris, hace pocos años, por algunos miles de francos y titulado *El Rosario de la Aurora*. De tan piadosas coplas es la siguiente, que estereotipa de gracioso modo la época de Pan y Toros:

El demonio, como es tan travieso
me tiró una piedra y rompió un farol
y salieron los padres franciscos
y lo apedrearon por el callejon

Casi á la misma época pertenecen las saetas del *pecado mortal*. Antonio Flores, que en sus preciosos cuadros del siglo pasado nos ha conservado las más conocidas y usuales, las llama así, citando el reglamento de la Hermandad de María Santísima de la Esperanza, establecida en la corte; reglamento que prevenia *á los señores hermanos:* «echasen algunas saetas que en verso breve encerraran un aviso moral capaz de despertar á los pecadores del sueño del vicio.»

En realidad, las saetas del *pecado mortal*, no son las que en Andalucía se tienen por tales, y más bien pueden llamarse sentencias ó avisos cantados que coplas rapsódicas propias de la tradicion popular cristiana. Acaso fueron posteriores á las verdaderas saetas de Semana Santa y se llamaron así porque los que las cantaban eran legos tambien y lo efectuaban á cielo abierto; pero es más verosímil que estos avisos ó sentencias se derivasen de las coplas de las novenas de ánimas, supuesto que hermanos de ánimas eran los llamados *pecados mortales* en muchos pueblos de Andalucía.

Hé aquí algunas de las saetas citadas por Flores:

De parte de Dios, te aviso
que trates de confesarte,
si no quieres condenarte.

Hombre que estás en pecado,
si en esta noche murieras
mira bien á dónde fueras.

Restituye y paga luégo,
que una mortaja no más
de este mundo sacarás.

La gula engruesa los cuerpos
con sus regalos profanos,
para cebo de gusanos.—etc., etc.

Estas saetas, avisos ó sentencias eran cantados por las noches despues del toque de queda por los hermanos *pecados mortales*, que salian á recorrer las calles, entónces oscuras como boca de lobo, provistos de una linterna ó farolillo en cuyos cristales se veian pintadas las benditas ánimas del purgatorio.

Su voz triste y sepulcral, el silencio de la noche, las fantásticas pinturas de sus farolillos y la coincidencia más ó ménos frecuente de morir uno ó más de los vecinos á quienes su terrible aviso habia profetizado la catástrofe, dieron á estos hermanos tan medrosa nombradía que al oir sus *saetas* temblaba hasta el más barbado. Flores, pinta con mucha gracia los miedos populares causados por el *pecado mortal*. Oigámosle:

«La boticaria, por de contado, la noche que pasaba el *pecado mortal* por la puerta de su casa dormia mal ó no dormia y estaba deseando que amaneciera. De lo cual, y por eso dice el refran que no hay mal que por bien no venga, no se alegraban gran cosa los practicantes—entónces mancebos de botica—porque, á buen seguro que si ella habia oido *la saeta de la gula* les hacia ayunar por fuerza.»

El reglamento á que se refiere Flores, da la definicion exacta de la saeta al preceptuar que ésta debe de ser *en verso breve:* tal condicion y la de brotar de entre la multitud como la vira que escapa de la ballesta cuando se halla presente el objetivo, nos induce á creer que la copla rapsódica de la Pasion y Muerte, que aún hoy se canta en todos los pueblos andaluces, es la verdadera saeta.

Las más sentidas y melancólicas suelen oirse siempre en las cárceles. Esto no es extraño: no hay más que hojear el cancionero de Lafuente Alcántara para comprender cómo el sentimiento de la libertad del espíritu hiere las cuerdas de la lira en esos asilos del crímen y de la desgracia.

¡De qué le sirve al cautivo,
tener los grillos de plata
y las cadenas de oro,
si la libertad le falta!

Esto canta el pobre preso que, en los dias de Semana Santa, restaña sus propias heridas con el recuerdo de los terribles sufrimientos del mártir del Gólgota, muerto en cruz por redimir al cautivo y consolar al triste. Cuando las cofradías pasan severas y silenciosas ante las rejas de la cárcel se entabla una especie de pugilato entre los penados que desean desahogar sus pechos cantando. Las Dolorosas predilectas, los Cristos cuya advocacion les es más simpática, levantan de aquel monton de cieno humano esas blancas mariposas de la oracion que suben al cielo sacudiendo sus alas y dejando la larva en el estercolero del calabozo.

Siempre me han conmovido las saetas cantadas desde la cárcel y seguidas de ese ruido estridente que producen los grillos al chocar de los movibles hierros enroscados como sierpes al talon de los condenados. *Odia al delito y compadece al delincuente*, se lee sobre la portada de muchas cárceles de Andalucía: esta leyenda tiene verdadera expresion el dia de las tristezas, el Viérnes Santo, cuando la conciencia del penado, asomándose al abismo de sus propias debilidades, lanza profundos ayes y se abraza, como á tabla salvadora, á las creencias y dulzuras de los primeros años.

A las puertas de la cárcel de Écija, y en tanto que una de las imágenes más veneradas en dicho pueblo, pasaba ante las rejas, donde se agolpaban los presos como aves que picotean furiosas el alambre frio é insensible, oí por primera vez esta saeta:

En las rejas de la cárcel
al pasar el Nazareno
le dije: ¡Jesus del alma!
¡y al instante quedé absuelto!

Durante el tránsito de las cofradías, que tanto renombre tienen en el mediodía de España, el pueblo, cree que es la ocasion propicia de contar sus cuitas uniéndolas á las de los discípulos de Jesus ó á las del Dios Hombre, y exclama, con cariñosa ingenuidad:

¡Mare mia é la Mercé,
tapadme con vuestro manto,
que me llevan *para el Norte*
por ser quinto de este año!

En general, las primitivas saetas de Semana Santa son trozos más ó ménos vivos del cuadro de la Pasion y vienen á satisfacer ese deseo latente en todos los pueblos, de exteriorizar y hacer palpables sus creencias religiosas. Ha llegado á dudarse de la existencia de Homero, asegurando que en los cantos rapsódicos se contenian todos los pasajes de la Iliada. Poetas anónimos, que á veces dan muestra de uncion cristiana y peregrino ingenio, han conservado de tal modo las tradiciones del Calvario que áun cuando desaparecieran los textos bíblicos siempre vivirian en la memoria del pueblo.

Klopstok, el Homero cristiano, hubiera sabido hallar en ellas los necesarios elementos para la máquina de su *Mesiada* sin necesidad de hojear los Evangelios, ni los escritos de los Santos Padres.

El romancero de la Pasion y Muerte existe en España aunque no suele correr en colecciones y libros vulgares, como el morisco y el histórico: acaso son derivaciones de él las saetas de Semana Santa. Comprueban esta opinion, los lugares comunes que suelen encontrarse en las poesías cultas, y los trozos de romances callejeros hoy existentes, que á vueltas de variantes é imperfecciones palpables revelan su antiguo orígen. Hé aquí un ejemplo:

Jesus, que triunfante entró
Domingo en Jerusalen,
por Mesías se aclamó,
y el pueblo todo, en tropel,
á recibirle salió.
Con muchos ramos y palmas
jazmines y violetas
se lo echaban por la tierra,
por donde el Señor pasaba
se abrian todas las puertas.
Las calles entapizadas
con muchos rasos y telas,
las capas se las quitaban,
tirándolas por la tierra
por donde el Señor pisaba.
Y todos en procesion
le siguieron muy contentos;
no te cause admiracion,
que, ¡hasta los niños de pecho,
adoraban al Señor!

Como vemos por este trozo de quintillas bárbaramente asonantadas y con pronunciado sabor de romance con trahecho, este género de composicion no pudo tener nunca la brillantez de la saeta inspirada por un solo afecto ó una sola representacion, en un momento determinado.

Voy á citar algunas de estas últimas composiciones para que pueda apreciarse la diferencia:

De las alas de un mosquito
hizo la Vírgen su manto,
y le salió tan bonito,
que lo estrenó el Viérnes Santo
en el entierro de Cristo.

En la calle é la Amargura
hallé á una mujer de luto;
le pregunté:—¿Quién se ha muerto?
y me dijo:—¡El que hizo el mundo!

La corona del Señor
no es de rosas ni claveles,
que es, de espinas de zarza
que le traspasan las sienes.



LA HIJA DE JAIRO, cuadro por Gustavo Richter



LA PUERTA DEL CONVENTO DE BETHLEHEM, cuadro por A. Bida

Alguna que otra vez, el romance de Pasion y la saeta, se confunden de tal modo que es difícil separarlos. El trozo siguiente, que cantan mucho los nazarenos sevillanos, es una prueba de ello. Dice así:

Viendo Cristo, que su muerte
la tenia tan cercana,
llamó á su madre, prudente,
y con discretas palabras
le dijo, etc., etc.

En general, las saetas se distinguen, siempre, porque expresan lo que presencia ó siente el que las canta y no tienen más trascendencia didáctica que la del momento. El devoto, ve que se mueven los *pasos ó misterios*, y se hace la ilusion de que se entablan entre las figuras que los decoran secretas relaciones ó correspondencias.

Por eso se dirige á las imágenes y canta:

Vuelve la cara María
y mira á tu hijo Jesus
qué *acelerailo* viene
con el peso de la cruz.

—

Ya le llevan ya le traen
por la calle é la Amargura,
atado de piés y manos
amarrado á la columna.

—

La Vírgen de los Dolores
lleva el corazon partío,
de ver á su hijo amado
en el sepulcro metío

Fácilmente se comprende que el rápsoda se fija aquí en el efecto que le producen las andas llevadas á hombros, porque de otro modo seria un dislate el texto de la segunda de estas saetas; pero atendiendo á tal circunstancia la copla copia la verdad sencillamente. Tambien tiene la última fácil explicacion recordando que al paso ó misterio del Santo Sepulcro, siguen siempre las Dolorosas.

Aludiendo á tres jóvenes que en el Santo Entierro suelen hacer la estacion, alhajadas y tocadas de modo propio para el caso, canta el pueblo esta saeta:

Ya vienen las tres Marías
con los cálices de plata,
arrecogiendo la sangre
que Jesucristo derrama.

Tampoco, sin tener presentes las imágenes, tendria color el cantar siguiente:

¿Quién me presta una escalera
para subir al madero
y desclavarle los clavos
á Jesus de Nazareno?

Algunas veces desaparece en las saetas el objetivo y queda sólo la reminiscencia, pero de un modo gracioso y brillante:

Por aquí pasó Jesus
ántes que el gallo cantara,
con una cruz en los hombros
de madera muy pesada.

Cuando vayas á salir
avisámelo un dia ántes,
para empedrarte el camino
de rubíes y diamantes.

Ha influido mucho en esta manera particular de ver, la costumbre que existe aún en muchos pueblos andaluces, de hacer las cofradías *á lo vivo*, ó lo que es lo mismo, figurar que las imágenes se busquen, se saluden ó se despidan, moviéndose en todas direcciones y como si obraran por voluntad propia.

El abuso de estas maniobras ó evoluciones en aldeas y pequeñas localidades ha sido tal, que muchas veces se han sustituido las imágenes por séres vivos, no siendo extraño ver á San Juan Evangelista con capa de paño pardo, fumando un cigarro en la sacristía ántes de comenzar la carrera y á la Magdalena cortando sayos á las tres Marías con las vecinas de enfrente.

La una, sin embargo, no levantará los ojos del suelo durante el tránsito, y el otro, con toda la gravedad de un apóstol, justificará la letra de la popular saeta:

—¿Dónde va señor San Juan,
con el dedo señalando?
—¡Va en busca de su maestro
que lo están crucificando!

BENITO MAS Y PRAT

SOLITA

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuacion)

Pero no adelantemos los acontecimientos.

El tenor Pórteci, durante el almuerzo, estuvo muy obsequioso con Nieves y más de una vez sus ojos se fijaron con excesiva tenacidad en los ojos de la esposa de su amigo.

Aurelio era, como todos los hombres de alma noble y generosa, muy confiado, y no advirtió aquellas miradas harto imprudentes para una primera entrevista.

Despues del almuerzo pasaron desde el comedor al gabinete de estudio; allí se habló mucho de música, Nieves tocó al piano unas variaciones de gran ejecucion, escritas por su marido y Pórteci cantó el aria de la *Favorita* y dos ó tres piezas más.

Nieves le acompañó al piano y los tres músicos pasaron una tarde encantadora recordando las sublimes bellezas del arte.

Al despedirse, Nieves notó con cierta satisfaccion, que el tenor Pórteci le apretó la mano más de lo que permiten la buena y honrada amistad que un hombre siente hácia la mujer de su amigo.

Aquel apreton de mano, acompañado de una mirada expresiva, fué, por decirlo así, la primera declaracion de amor que hizo Pórteci á Nieves.

Aurelio no vió nada, no sospechó nada, pero, ¿cómo era posible que él creyera á su esposa capaz de una liviandad?

En la vida real se encuentran con frecuencia esos maridos excesivamente confiados, pero que no por eso dejan de ser ménos temibles el dia que se arrancan la venda y ven la espantosa verdad que les ha tocado en suerte.

Pórteci tuvo un verdadero triunfo la noche de su estreno.

Nieves se hallaba en el teatro Real y le aplaudia con frenesí, arrojándole á la escena un ramo de violetas que poco ántes le habia regalado su marido.

Aurelio encontró muy natural este arranque, porque para todo el que tiene sangre de músico en las venas, oir á un tenor que canta maravillosamente y que es al mismo tiempo artista de pura raza, es trasportarse á las regiones vertiginosas del entusiasmo.

Desde esta noche el carácter de Nieves sufrió un cambio notable.

Aurelio no se explicaba la razon de aquel cambio.

Nieves estaba enamorada de Pórteci, ó por mejor decir, queria á aquel hombre con esa impetuosidad de la mujer que no sabe dominar sus pasiones, que desconoce la delicada hermosura del rubor y las imperiosas leyes del deber.

Aurelio, sin embargo, no sospechaba nada, y eso que Pórteci iba con mucha frecuencia á almorzar con él.

El viejo profesor, que conocia las veleidades de su hija que tantos disgustos le habia dado de soltera, estaba inquieto, porque no pasaban inadvertidas para él las coqueterías de Nieves con el tenor.

Comprendiendo que su hija caminaba por una pendiente resbaladiza y peligrosa, quiso darle un consejo, pero Nieves se encogió de hombros despreciando las prudentes advertencias de su padre.

Todos los amigos de Aurelio criticaban en voz baja la conducta de su mujer, arrastrando por el lodo la honra de aquel hombre de bien que vivia confiado y sin el menor recelo.

Así las cosas, llegó un dia fatal, un dia en que Aurelio vió muerta la paz de su espíritu, muerta la felicidad de su hogar doméstico y comenzaron para él las inquietudes y los recelos.

Este principio de su *via-crucis* lo causó una carta, una carta anónima que llenó de amargura y de desconsuelo su corazon.

VI

Entre la vida y la muerte

La carta decia así:

«Pobre ciego, que miras y no ves, pobre confiado, que no adviertes que te ponen en ridículo.

»¿De qué te sirve el talento, Aurelio? Tu mujer y el tenor Pórteci se aman, todos tus amigos lo saben y lo deploran, todos tus amigos critican en voz baja la incalificable conducta de Nieves y repiten aquella célebre redondilla de *El hombre de mundo*, que dice:

¡Qué ridículo papel
entre nosotros hacia!
todo Madrid lo sabia,
todo Madrid, ménos él.

»Yo, que me compadezco de tí, te doy este aviso para que evites de una vez y pronto el ridículo que arrojan sobre tu nombre ilustre.

»Antes de coger la pluma para escribirte esta carta, he vacilado mucho, pero por fin me decido á arrancarte la venda que ciega tus ojos, no sin deplorar el disgusto que te causo.

»Nada de precipitaciones, nada de escándalo; cumple como hombre digno, defiende tu honra, salva tu decoro amenazado.

»Yo comprendo que, despues de leer estas líneas, se necesita mucho valor para contenerse; pero confio en que tú lo tendrás y sabrás cumplir con tu deber.»

Aurelio se quedó aterrado. Su primer impulso fué buscar á Pórteci y abofetearle, pero afortunadamente se contuvo y meditó sobre su situacion.

(Continuará)

ECLIPSES Y OCULTACIONES DE LOS ASTROS

II

Eclipses de Luna

Aunque los eclipses de Luna tengan ménos importancia que los de Sol, no quiere decir esto que carezcan de interés; pueden ser totales ó parciales, pero nunca anulares porque el diámetro de la sombra de la Tierra á su mayor distancia posible de la Luna, es siempre superior al diámetro de nuestro satélite. La duracion máxima de un eclipse total de Luna es de $1^h\ 50^m$ y si se cuenta desde el primero hasta el último contacto con la penumbra, puede durar el fenómeno $5^h\ 30^m$.

La observacion demuestra que la oscuridad de la Luna dura más tiempo de lo que el cálculo indica; esto se debe á que en la teórica no se lleva en cuenta el espesor y densidad de los estratos inferiores de la atmósfera terrestre, que absorben la luz del Sol y producen casi el mismo efecto que la parte sólida de nuestro globo. Segun resulta de las numerosas observaciones efectuadas por Beer y Maedler durante el eclipse del 26 de diciembre de 1833, el ancho aparente de la sombra terrestre se encontraba aumentado en $^1/_{60}$ á causa de la atmósfera de la Tierra.

El eclipse puede ser tambien total, y no central, cuando la órbita de la Luna atraviesa el cono de sombra en cantidad suficiente, sin pasar por el centro.

El eclipse parcial se verifica cuando el nodo de la Luna dista mucho del cono, pues en este caso no penetra todo su disco en la sombra y la oscuridad es incompleta.

Los eclipses de Sol principian siempre por el borde occidental del astro radiante, lo cual se entenderá fácilmente, recordando que el movimiento real de la Luna se efectúa de occidente á oriente y que al interponerse entre el Sol y nosotros, el primer borde mordido tiene que ser precisamente el del oeste. En los eclipses de Luna ocurre lo contrario y el primer borde oscurecido es del este, y el último que abandona la sombra el del oeste.

Son muy raros los casos en que durante un eclipse total y central de Luna llega á desaparecer por completo de la vista el disco de nuestro fiel satélite, y por lo general se columbra á la simple vista, y casi siempre con el telescopio, de un profundo color cobrizo, de tono variable y que unos comparan al del hierro derretido, otros al de la sangre, etc. Dice el astrónomo Wargentin que observó el eclipse total de Luna del 18 de mayo de 1761, «que el cuerpo lunar desapareció tan por completo, que no se percibia el menor vestigio del disco del satélite, ni á la simple vista, ni con el telescopio, por más que el cielo estaba despejado y las estrellas próximas á la Luna se distinguian con toda claridad.»

Este color rojo de cobre fué por largo tiempo un fenómeno inexplicable; creian algunos que era debido á la luz natural inherente á la superficie de nuestro satélite, mas al fin Keplero presentó su verdadera teoría, demostrando que lo causaba la refraccion que sufrian los rayos solares al atravesar la atmósfera de la Tierra, y que separados de su direccion rectilínea, caian sobre el suelo lunar no obstante la interposicion de nuestro globo; depende el tono rojizo de la Luna eclipsada, de la absorcion que experimentan los rayos azules de la luz solar cuando pasan á través de la envoltura gaseosa de nuestro planeta, del propio modo que el cielo se enrojece, con gran frecuencia, en los momentos que anteceden y siguen á la salida ó á la postura del Sol. Debido á variabilidad de las condiciones meteorológicas de la atmósfera, la cantidad de luz que hiere la superficie de la Luna se halla sujeta á grandes fluctuaciones, segun que el aire esté más seco ó húmedo, y dotado de mayor ó menor diafanidad; si la parte de atmósfera que atraviesan los rayos solares se encuentra relativamente libre de vapor de agua, absorberá los rayos rojos de la luz casi en totalidad, dejando pasar los azules que serán los únicos que herirán la superficie lunar, siendo esta escasamente visible. Si, de otro lado, la region de la atmósfera que atraviesan los rayos del Sol, está saturada de vapor, tan sólo pasarán los rayos rojos y el disco de la Luna aparecerá de este mismo color.

Mas como tambien es posible que la atmósfera se encuentre en parte saturada y en parte seca, la superficie lunar presentará unas zonas rojizas y lucientes y otras azuladas ó blanquizcas, pero en extremo opacas y casi invisibles.

A los caldeos debemos, segun refiere Ptolemeo, las observaciones más antiguas que registra la Historia sobre los eclipses de Luna.

El primero de todos se verificó el año 27 de la era de Nabonasar, primero del reinado de Mardokempadio, el dia 29 del mes egipcio Thoth, fecha que corresponde al 19 de marzo de 720 ántes de J. C.; fué total en Babilonia y la fase máxima tuvo lugar á las $9^h\ 30^m$ de la noche. El segundo fué parcial, y el tercero se verificó el 1.° de setiembre de 719 ántes de J. C.; su magnitud, segun Ptolemeo, fué de 6 dígitos y duró tres horas, principiando poco despues de la salida de la Luna en Babilonia.

Dice Plutarco en su vida de Nicias, que en el año cuarto de la nonagésima primera olimpiada y décimonono de la guerra del Peloponeso, ocurrió un eclipse de Luna que fué causa de grandes desastres para el ejército ateniense, debido á la obstinacion de su general Nicias; los cálculos modernos han demostrado que el eclipse fué total en Siracusa.

El eclipse de Luna acaecido el 13 de marzo del año 3 ántes de la era cristiana, sirve para determinar la fecha del nacimiento de Jesucristo; Herodes murió tres meses despues, y segun Josefo, coincidió este suceso con un eclipse lunar comprobado por los cálculos modernos.

El 1.° de marzo de 1504 tuvo lugar un eclipse de Luna que fué de grande utilidad para Cristóbal Colon; hallábase el ilustre navegante en la isla de Jamaica, y los naturales se negaban á facilitarle víveres, de los que habia en sus buques gran escasez; anuncióles Colon que si no aportaban las provisiones que habia pedido los castigaria privando á la Luna de su luz; al principio no hicieron los salvajes caso de su amenaza, pero cuando comenzó el eclipse y vieron que la Luna iba apagándose poco á poco, muertos de terror se arrojaron á los piés del almirante, prometiéndole abastecer las naves españolas de cuanto pudieran necesitar de su isla; desde entónces quedaron

sumisos y obedientes teniendo á Colon por un brujo que á su antojo disponia de los astros.

III

Ocultaciones

Cuando un cuerpo celeste se interpone entre la Tierra y otro astro, y lo tapa, se dice que está ocultado ó hay ocultacion. Rigorosamente hablando, un eclipse de Sol es una ocultacion de este luminar por la Luna, pero el uso ha hecho que se llame eclipse.

Los fenómenos más importantes de este género son las ocultaciones de los planetas y de las estrellas brillantes por la Luna; pero mayor interés causa todavía, por su misma rareza, la ocultacion de un planeta por otro planeta

Como el diámetro aparente de la Luna viene á ser de medio grado próximamente, se deduce que todas las estrellas y planetas situados en una zona que se extienda unos 15′ á ambos lados de su curso, se ocultarán necesariamente durante su revolucion mensual por la eclíptica. El brillo excesivo de la Luna sobrepuja por completo al de las estrellas débiles, pero con un mediano anteojo pueden observarse las ocultaciones de las estrellas más notables. En el Almanaque Náutico del observatorio de San Fernando y en el Anuario del observatorio de Madrid, se publican unas tablas con los anuncios de las horas á que deben ocurrir las ocultaciones de las principales estrellas y planetas.

Hay que tener presente, que la inmersion ó desaparicion de la estrella tiene lugar siempre por el limbo de la Luna que precede á su movimiento, ó sea por su borde oriental; desde el novilunio hasta el plenilunio se mueve la Luna con su borde oscuro hácia adelante, y desde el plenilunio á la neomenia, precede á su marcha el limbo iluminado; durante el primer intervalo, por lo tanto, la inmersion se verifica por el borde oscuro y la emersion por el iluminado; lo contrario ocurre en la segunda época y las estrellas desaparecen por la parte brillante para reaparecer por la parte oscura. Si nos ponemos á observar con un anteojo una estrella que se oculte por el limbo iluminado, da idea con su aproximacion gradual al márgen visible, del momento en que debe esperarse su desaparicion; en tanto que si se oculta por el borde oscuro, y la Luna cuenta algunos dias de fecha, parece extinguirse en medio del aire sin el menor antecedente, ó causa visible de desaparicion. Lo cual, como sucede instantáneamente, y sin la más leve disminucion prévia de luz, siempre causa cierta sorpresa, y áun si la estrella es de regular brillo y magnitud, sobrecoge é impone tan repentino anonadamiento. Del mismo modo, la reaparicion de la estrella, cuando la Luna ha pasado por delante de ella, y la parte iluminada mira hácia oriente, se verifica no por la concavidad que termina dicha parte, sino por el contorno invisible del círculo completo, y es por lo repentina poco ménos sorprendente, que su desaparicion en el caso contrario.

Cuenta Wargentin, que el 18 de mayo de 1761, observó una ocultacion de estrella por la Luna, durante un eclipse total de nuestro satélite, y que la estrella desapareció *en un abrir y cerrar de ojos.*

Se ha advertido frecuentemente en las ocultaciones, una ilusion óptica, de naturaleza muy singular é inexplicable, y es; que la estrella se deja ver proyectada sobre el disco de la Luna, y dentro de su márgen hasta cierta profundidad, ántes de desaparecer. Herschel, que es quien califica el fenómeno de ilusion óptica, dice que no es imposible, aunque sí muy improbable, que la estrella brille en semejantes ocasiones al través de profundas hendiduras del mismo globo lunar. Debiera atenderse con esmero á las ocultaciones de las estrellas dobles inmediatas, para ver si entrambas se proyectan de esta manera, así como para otros fines relacionados con la teoría de estos astros. Uno solo apuntaremos aquí, á saber: que una estrella doble demasiado contigua para que telescopio alguno la presente separada, puede, sin embargo, descubrir esta cualidad por el modo en que desaparezca. Así, por ejemplo, si una estrella considerable, en lugar de experimentar una extincion instantánea y completa, desapareciese en dos tiempos distintos, que se siguiesen inmediatamente uno á otro, perdiendo primero una parte de su luz, y luégo la restante, podemos estar seguros de que es una estrella doble, áun cuando no podamos ver separadas las dos estrellas que la forman.

Los fenómenos de proyeccion de la estrella sobre el disco lunar han sido observados por astrónomos tan distinguidos como Smyth, Maclear y otros; dice Smyth que debe atribuirse el fenómeno á la mayor refrangibilidad de la luz blanca de la Luna, respecto de la luz roja de la estrella (se refiere á Aldebaran) cuyo efecto es elevar el disco aparente en el momento y en el punto de contacto.

En 1699 intentó La Hire explicar la aparicion de las estrellas en el disco de la Luna, suponiendo que el disco verdadero estaba acompañado por una luz *parásita*, ó por un círculo de disipacion, como ántes se llamó, que agrandaba el diámetro aparente de la estrella y á cuyo través se muestra, ántes de pasar detrás de la parte opaca del globo lunar. Arago acepta esta teoría agregando que el foco del ocular del anteojo puede ser imperfecto, de lo que resultaria una imágen falsa del disco. El que este fenómeno no haya sido jamás observado por algunos astrónomos tan hábiles como Herschel, por ejemplo, le parece una confirmacion de su teoría. La verdad es que todavía no se sabe la causa que produce este fenómeno singular.

El 2 de enero de 1857 se observó una ocultacion del planeta Júpiter por la Luna. Varios astrónomos percibieron como un penacho oscuro y sombreado que arrancando del borde de la Luna se proyectaba sobre el planeta. Simms notó que durante la emersion se marcaba el verdadero limbo de la Luna sobre el disco del planeta, como un trozo negro de lápiz que se desvanecia á medida que aumentaba la distancia.

El 8 de mayo de 1859 observó Dawes una ocultacion de Saturno, la que describe en los términos siguientes: «En el instante de la inmersion se veia el borde oscuro de la Luna perfectamente definido sobre los anillos y el globo del planeta, sin que presentase la menor deformacion; al rededor de la Luna no se percibió luz de ninguna especie. Los satélites tambien desaparecieron precisamente en el borde, que apénas era visible. El tono pálido y verdoso de Saturno contrastaba de un modo marcadísimo con la luz amarillenta de la Luna.»

La observacion más antigua que se conoce de una ocultacion, es la de Marte por la Luna, que menciona Aristóteles en su obra *De Cœlo*, lib. II, cap. 12. Keplero calculó que este suceso hubo de ocurrir el 4 de abril de 357 ántes de Jesucristo. En los anales astronómicos de los árabes se registran muchas ocultaciones de planetas por la Luna.

Como dijimos ántes, las ocultaciones de un planeta por otro son en extremo raras, mas, sin embargo, se conocen algunos casos. Keplero dice que en la noche del 9 de enero de 1591, observó una ocultacion de Júpiter por Marte. Tambien afirma que Moestlin presenció una ocultacion de Marte por Vénus, el 3 de octubre de 1590. Vénus fué ocultada por Mercurio el 17 de mayo de 1737. Como todas estas observaciones, ménos la última, fueron hechas á la simple vista, puesto que son anteriores al invento del anteojo, es muy posible que los planetas no se confundieran en realidad, sino que por hallarse muy próximos, presentaran el aspecto de un solo objeto; una cosa análoga ocurrió con Vénus y Júpiter el 21 de julio de 1859.

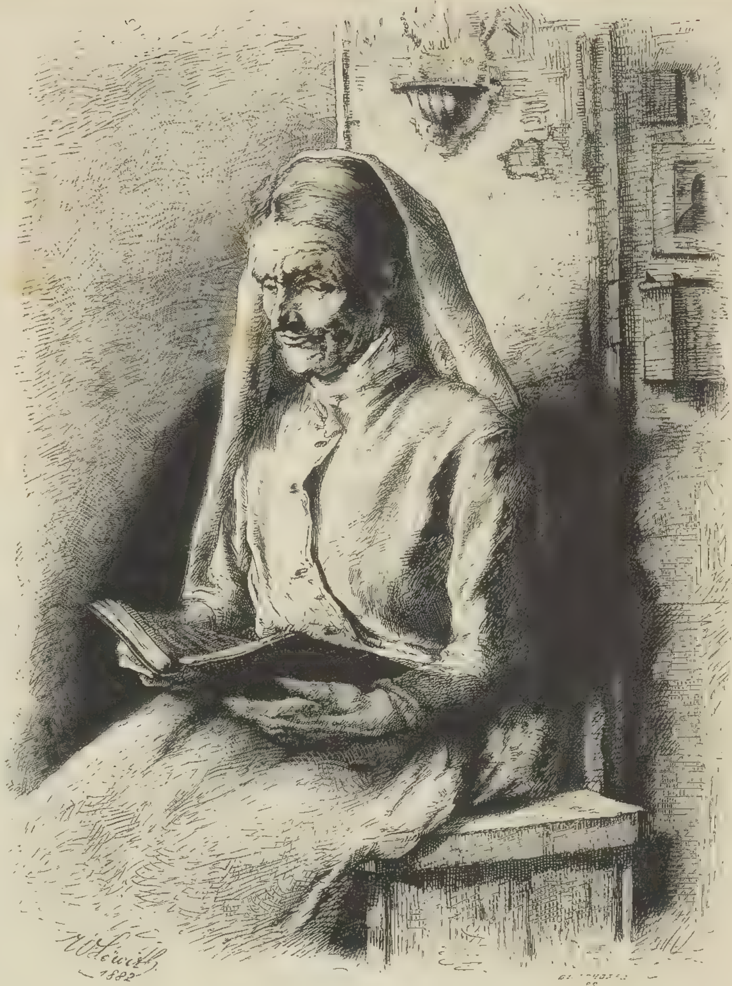
Algunas veces tambien hay ocultaciones de estrellas por los planetas, y Cassini observó la de una estrella de Acuario por Marte, el 1.° de octubre de 1672.

IV

Eclipses de los satélites de Júpiter

Los satélites de Júpiter, como es sabido, caminan en sus órbitas de occidente á oriente, siguiendo la analogía de los planetas y de la Luna, en planos que casi coinciden con el del ecuador del planeta, ó son paralelos á sus bandas. Este último plano forma con el de la órbita del planeta un ángulo de 3° 5′, y por lo mismo está poco inclinado respecto del plano de la eclíptica. En consecuencia, se nos presentan sus órbitas casi de canto ó como líneas rectas, en las cuales parece que oscilan hácia uno y otro lado, pasando unas veces por delante de Júpiter, sobre cuyo disco ya se dejan ver claramente con buenos anteojos, ó bien proyectan sus sombras en forma de pequeñas manchas redondas y oscuras, y otras veces, ocultándose detrás del disco, ó desapareciendo eclipsados por la sombra, y á cierta distancia de él. En estos eclipses es donde hallamos datos exactos para la construccion de las tablas de los movimientos de los satélites, como tambien señales para determinar las diferencias de longitud.

En lo esencial, los eclipses de los satélites son perfectamente análogos á los de Luna, y sólo difieren en varios puntos accesorios. Por razon de la distancia mucho mayor de Júpiter al Sol y de su mayor tamaño, el cono de su sombra es tambien mucho más prolongado y de mayores dimensiones, que el de la Tierra. A lo que se agrega, que los satélites son mucho menores en proporcion del planeta primario, sus órbitas ménos inclinadas sobre la eclíptica, y de dimensiones más reducidas comparativamente, que en la Luna. En virtud de estas causas, atraviesan los tres satélites interiores de Júpiter la sombra, y se eclipsan totalmente á cada revolucion; y aunque el cuarto, por la mayor inclinacion de su órbita, deja algunas veces de eclipsarse, y puede otras pasar rasante al límite

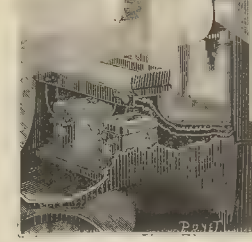


EN EL TEMPLO, dibujo por W. Lowith

del cono y experimentar un eclipse parcial, con todo son estas las ménos, y comunmente hablando, acaecen sus eclipses á cada revolucion, como en los anteriores.

Además, estos eclipses no se ven, como los de la Luna, desde el centro del movimiento, sino desde un punto distante de él, y de situacion variable respecto de la línea de la sombra Y aunque esto no produzca alteracion en el momento y duracion de los eclipses, la produce muy grande en su visibilidad, y en las situaciones aparentes de los satélites respecto del planeta, en los momentos de su entrada en la sombra, y su salida de ella.

UNA BERLINA ALUMBRADA CON LUZ ELÉCTRICA



COLOCACION DE LAS CAJAS DE ACUMULADORES DEBAJO DEL PESCANTE

A A Cajas que contienen cuatro acumuladores cada una.

B B Tornillos de empalme de los hilos conductores.

Cuando los satélites entran en el cono de sombra, se dice que tiene lugar la inmersion, y cuando salen, la emersion, términos que por sí mismos se explican. En íntima relacion con los eclipses se encuentran las ocultaciones, fenómenos que ocurren cuando el cuerpo del planeta tapa á los satélites por su interposicion directa, independientemente de la sombra.

Despues que Júpiter ha pasado de su conjuncion con el Sol, se proyecta la sombra hácia el oeste y en esta época las inmersiones y emersiones del III y IV satélites pueden observarse, pero no siempre las del II; y tan sólo las emersiones del I, á causa de su proximidad al planeta y despues de ser ocultado, son visibles, pues en este caso la inmersion se verifica detrás del disco jovial.

Cuando Júpiter se encuentra cerca de su oposicion, se verifican las inmersiones y emersiones en la proximidad de los limbos del planeta; y á medida que de nuevo se acerca á su conjuncion, se proyecta la sombra hácia la region oriental dando orígen á una serie de fenómenos, en parte complementarios de los que ántes indicamos. De otro modo, así como las inmersiones y emersiones del III y IV satélites son siempre visibles y con frecuencia las del II, tan sólo pueden columbrarse las inmersiones del I, porque las emersiones tienen lugar detrás del disco de Júpiter.

Estos fenómenos interesantes pueden observarse con un anteojo mediano, pero mucho más poderoso necesita ser el que se emplee para especular las ocultaciones de un modo satisfactorio; con un buen instrumento, puede seguirse la desaparicion gradual del satélite desde el primer contacto con el limbo del planeta, hasta su desaparicion final detrás del disco. Las ocultaciones del IV satélite se ven completas, esto es, la desaparicion y la reaparicion, y tambien las del III suelen serlo. Pero es mucho más raro que pueda observarse el fenómeno completo cuando se trata del II satélite; las inmersiones y emersiones del I satélite tan sólo pueden ser visibles un dia ó dos ántes y despues de la oposicion de Júpiter, pues en todo otro caso ora la inmersion, ya la emersion, ocurren cuando el satélite se halla oscurecido por la sombra del planeta. Así sucede generalmente que de la conjuncion á la oposicion tan sólo son visibles las reapariciones del I y II satélites y de la oposicion á la conjuncion, únicamente las desapariciones.

A. A.

¡HORROR!.. cuadro por A. Zimmermann

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras mas selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentacion*, 2 tomos.—*Escultura y Glíptica*, 1 tomo.—*Pintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 6 DE ABRIL DE 1885 — NÚM. 171

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

TIPO DE ANDALUCÍA, estudio por J. M. Marqués

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Sayones y palmas.—Tinieblas y luces.—Viérnes Santo y Domingo de Pascua.—Cómo se representa la Pasion de Jesucristo.—En el templo.—En el teatro.—Cuadro valenciano.—Profanacion en Madrid.—Una página elocuente.—El cordero pascual.—Ayer y hoy.

De igual modo que se mezclan en esta semana los huracanes del invierno y las brisas de la primavera, y al lado de la rama del olivo, cuyas vetas se llenan de savia, muere la rama que se congela al soplo del cierzo helado, de igual modo las prácticas religiosas y las tradiciones de la Iglesia confunden en esta semana los sollozos del martirio y las alegrías del triunfo del espíritu, la cruz, y la gloria, el Calvario luctuoso y el cielo esplendente de luz.

Un dia no más separa el holocausto de la glorificacion. Imágen y símbolo de que en esta vida andan las alegrías tan mezcladas con los dolores como las hebras de seda de finísimo tejido.

Los que en el mundo representan el papel de tiranos y los que representan el papel de víctimas deben tener en cuenta esta enseñanza: los primeros para ceder en sus atentados, los otros para confiar en que no durarán mucho.

Con breves horas de intervalo ¡cuán distinto aspecto presenta el templo!

Primero sobre la muchedumbre que exhala vítores de alegría destácanse centenares de palmas, rubias y flexibles, que ondulan y se estremecen describiendo curvas y arcos. Cada una de sus hojas se eriza cuando vibra la palma como las plumas de oro de una cacatúa irritada. Pero al recobrar su aplomo la línea recta, todas las hojas de la palma se unen formando el báculo de la inocencia.

Dejad pasar unas cuantas horas. Vereis cómo las luces se apagan, cómo se ocultan las palmas á la manera que la sonrisa en casa entristecida por el duelo. De las sombrías naves de la iglesia surge como condensacion de las tinieblas el sayon, enfundado en lúgubres estameñas, tapado el rostro con cuaresmal antifaz que encubre las facciones humanas.

No es un hombre determinado, cuyo apellido pueda escribirse. Es la humanidad toda que va á purificarse en una piscina de lágrimas.

***

La conmemoracion del hermoso y patético drama del Calvario da lugar á las funciones religiosas más conmovedoras de todo el año.

Tres sacerdotes entonan la pasion y muerte de Jesucristo. La voz rotunda y varonil expresa los conceptos que salieron de los labios del Salvador del mundo. La voz aguda y de falsete representa los dicterios de la muchedumbre, la traicion del discípulo pérfido, las dudas de Pedro. La voz intermedia es la del juez.

¿Qué hay de maravilloso en este conjunto para que resulte admirable y sublime lo mismo cuando se ejecuta en la capilla Sixtina de Roma que en la semi derruida ermita de una aldea?

***

En cambio, todos los autos y representaciones teatrales que tratan de llevar al escenario el drama bíblico parecen sainetes indignos, parodias indecorosas, profanaciones de la religion y del arte.

Por admirable modo satiriza esta clase de representaciones el novelista Perez Galdós en su novela *El Amigo Manso*.

Realmente debian aliarse no sólo los escritores católicos sino cuantos estimen en algo los fueros del espíritu y los del arte para pedir la supresion de tales fiestas teatrales que son ludibrio del sentido comun y escándalo de la fe.

***

Tambien se representa en algunos pueblos de Valencia la fiesta dramática religiosa del Calvario y todo el vecindario asiste á la representacion. Recuerdos personales me permiten esbozar este cuadro.

Una tarde, era dia de Viérnes Santo, la más ostentosa fiesta de aquel rico pueblo, la iglesia estaba todo lo más brillante que era posible. Millares de luces ardian delante del tabernáculo, cubierto de negro crespon. La ceremonia consistia en uno de esos misterios simbólicos en que tomaban parte los jóvenes más hermosos del pueblo; era representar al vivo el juicio de Jesus, no ateniéndose á la verdadera version bíblica, sino usando de términos y rodeos consagrados por la tradicion, inventados no se sabe por quién, y que de memoria se conservaban de padres á hijos, y en unos viejos manuscritos en el archivo de la iglesia.

Notables por más de un concepto para la poesía eran estos documentos literarios.

En ellos se suponia la pasion y muerte ocurrida en un lugar de Valencia. Los personajes eran valencianos.

Jesus y la Vírgen, al tomar á la Naturaleza sus comparaciones, sus hipérboles, sus sentencias y sus adagios, parecian haberse inspirado en la fauna y la flora del rico reino del Cid, haciéndose alusiones á las costumbres de aquella comarca. Mil graciosos anacronismos poblaban el relato, y miéntras uno de los apóstoles ponia á Júpiter por testigo de sus palabras delante de Dios verdadero, otro hablaba de los reyes católicos, señal evidentísima de que quien compuso aquel misterio, más fuerte estaba en el sentir del drama bíblico que en el conocimiento exacto de sus detalles históricos.

Jesus estaba representado por gallardo mozo que desde un año ántes habíase dejado crecer la barba, peinándosela y acomodándosela al uso judaico; su rostro, pálido y moreno, adornado de dos ojos pensadores y grandes, de esos que tanto abundan hácia Levante, parecian expresar á maravilla el gran carácter de Jesucristo, y siquiera no se viese á través de sus ademanes, algo rústicos y torpes, ni un resplandor de la divinidad que representaba, habia, sí, cierta conformidad entre la idea que el vulgo tiene del Hijo de María y respecto del mancebo.

En cambio, la que representaba el bello papel de Vírgen María era una muchacha demasiado hermosa; tenia todos los encantos de la belleza sensual; era un despliegue del lujo de que es capaz en España esa correccion de las líneas que se llama poesía de la carne. No se veia en ella esa sencilla y modesta apariencia de la mujer bella que ignora sus gracias y áun las mira con algo de desprecio, sino, por el contrario, un afan de ser el centro de todas las miradas y de todas las admiraciones. Vestia como una huertana del país, con sus ricos pendientes de plata filigranada en las orejas, que, siendo, como eran, sonrosadas y menudas, parecian no poder resistir el peso de las graves arracadas. Los demás personajes expresaban lo mejor que podian sus diferentes caracteres. San Pedro era realmente un viejo pescador en cuyos brazos, desnudos y cubiertos de cierta piel escamosa, parecia advertirse la sal del agua del mar evaporada.

***

Mucho ha perdido la fe y es innegable, con tristeza lo consignamos, que la generacion anterior á la nuestra prestaba á estas fiestas una atencion mucho mayor que la generacion nuestra.

Los ideales van muriendo, y el materialismo avanzando: no el materialismo de la ciencia que nos hace dueños de la tierra, sino el materialismo de la ignorancia que nos ciega y nos deja sin palabras en la voz y sin pensamiento en las palabras.

Acerca de cómo conmemoraban nuestros padres las fiestas de Semana Santa, Alarcon, en uno de sus mejores libros, describe con elocuencia deliciosa, un tipo, que ya no existe.

«En Mairena, lugar de 987 almas, y nuestra *Quinta Estacion* (describe Alarcon una Semana Santa en Sierra Nevada) nos aguardaban algunos amigos procedentes de Laroles, que se habian adelantado hasta allí con galante solicitud, á fin de acompañarnos luégo á su pueblo,—donde debíamos pernoctar.—Por señas que, entre estos amigos, habia uno de que tengo que hacer especial mencion; pues trajo á mi memoria otra fisonomía de la Semana Santa; su fisonomía urbana y moderna por decirlo así...

»Era el tal un antiguo camarada mio de lecturas, polémicas y paseos melancólicos que habia residido en Guadix largos años, y que luégo se habia vuelto á la Alpujarra, donde nació, á esperar la vejez entre los suyos; el cual, al presentárseme en aquel extremo de la Sierra, parecia encargado de advertirme cuán cerca me encontraba ya de mi horizonte nativo... de aquella amada tierra en que juré hacer el viaje que ya estaba terminando... de aquella vieja Acci en que habíamos pasado juntos tantísimos Juéves y Viérnes Santos, cuando él era todavía jóven y yo adolescente...

»Y, en efecto: no bien le habia abrazado en las fragosidades alpujarreñas, donde tan selvática figura nos daban nuestros equipos montaraces, acudieron á mi imaginacion los tiempos en que conmemorábamos anualmente, con una regularidad casi litúrgica, la Pasion y Muerte del Redentor; ambos vestidos de ceremonia como todo el señorío de Guadix; de frac y en cuerpo desde por la mañana hasta la noche; sin quitarnos los guantes blancos los juéves, ni los negros el viérnes, sino para hacer aquella única comida diaria en que eran de rigor las natillas, el huevo-mol, el arroz con leche y otras dulces compensaciones del ayuno y de la vigilia; recorriendo á todas horas las once iglesias abiertas allí al culto ó sea andando las Estaciones incesantemente...., la primera vez por amor á Dios, y las restantes por amor á las jóvenes... de aquel tiempo; formando parte de todas las procesiones, como hermanos que éramos de las principales Cofradías, y muy satisfechos y orgullosos, si por ventura resultábamos elegidos en ellas Mayordomos para el año siguiente...— ¡Oh! ¡Aquello sí que era estar en Semana Santa! ¡Aquello sí que era vivir! ¡Aquello sí que era ser hombres! ..»

***

El cordero pascual, segun rezan las antiguas tradiciones, ha de ser devorado en familia, cerca del hogar patronímico y despues de oir misa mayor.

Hoy se devora en la fonda, tal vez en una mesa redonda entre gentes desconocidas.

Ayer la Pascua era una fiesta de la familia. Hoy es un hartazgo, una fiesta de la gula.

J. ORTEGA MUNILLA

JOSÉ MARÍA MARQUES

Recuerdos de su viaje artístico

Poeta nascitur... Nada más cierto; el estudio proporciona erudicion, no genio. Hay que nacer poeta, como hay que nacer artista; el arte es ni más ni ménos que otra de las formas de la poesía, la poesía pintada; bien así como los versos de Zorrilla ó de Lamartine son la poesía escrita. Mozart componia música á los cuatro años; á la misma edad Murillo esbozaba cuadros en las paredes de los conventos... Lo cual no quiere decir en modo alguno que el genio *à natura* pueda ni deba prescindir del estudio, como el que posee un diamante en bruto no puede prescindir del lapidario que lo pule, ni del joyero que lo engasta; ántes bien estos dos auxiliares de la naturaleza son indispensables, si la preciosa piedra no ha de parecer un pedazo de carbon primero y más tarde una partícula de cristal más ó ménos limpia de escoria.

Esta regla constante la ha confirmado una vez más nuestro estimable colaborador, el jóven y ya laureado pintor D. José María Marqués, cuyo retrato publicamos en este número, juntamente con diversos trabajos á su talento debidos y que son producto de su último viaje al país de la luz y del arte, á Italia, allí donde, entre aromas de flores, se aspiran efluvios de amor y de poesía.

Marqués tuvo la suerte de ver la luz en el taller de un pintor, en el taller de su padre: la cuna y la vocacion al par hicieron de él un artista: apénas hablaba claro cuando ya dibujaba correctamente. La manifestacion espontánea de su genio hizo del niño Marqués el mejor discípulo á la edad en que otros toman por verdaderos modelos de pájaros y de embarcaciones los prehistóricos trabajos de papel con que se entretiene y pervierte la curiosidad infantil. Marqués quizás no llegue aún á ser mayor de edad y, sin embargo, tiene en su hoja veinte años de servicio, sin abono alguno de campaña, que pudiera tenerlos y muy merecidos.

Porque el artista hace tambien sus campañas; únicamente que siendo su mision el cumplimiento de un voto que inspira la fe y no el odio, que trae frutos de bendicion y no irreparables desdichas, que facilita el amor de los pueblos entre sí, en vez de vomitar terribles enemistades de nacion á nacion ó de raza á raza; lo que en el soldado se llama campaña, en el pintor debiera llamarse peregrinacion.

A la vuelta de esas excursiones que el artista moderno hace á Italia, en busca de grandes modelos y grandes profesores, como allá en la antigüedad los buscó el artista italiano en los templos y monumentos de Grecia; es curioso hojear el *álbum* del peregrino, que ha *pintado* sus impresiones del suelo italiano, como Víctor Hugo escribió las que le causaron las ciudades y castillos del *Rhin*, como Chateaubriand consignó las que le produjeron sus visitas al lugar que fué cuna del Redentor y al templo que guarda su sepulcro. Nosotros hemos hojeado en el *álbum* de Marqués y de él hemos entresacado los dibujos del presente número: ellos avaloran el talento y fina percepcion de su autor, al par que una facilidad característica para reproducir los objetos de su predileccion, no como la fotografía reproduce, sino dándoles el calor, la vida, la luz propias de los países recorridos por el artista.

Véanse, sino, esas dos marinas firmadas en las playas napolitanas, y échase de ver en ellas la tranquilidad, el sol, el ambiente caliginoso de esa bahía en cuyo fondo el Vesubio parece vomitar las nubes que se confunden con el humo que exhalan sus entrañas. Unicamente sobre esas aguas cabe que los pescadores entonen sus características barcarolas; únicamente bajo ese cielo puede haber vegetado un pueblo que ha vivido siglos enteros sin más libertad que la de bailar la tarantela á todas horas del dia y de la noche; únicamente respirando esa atmósfera enervante y ocasionada al sensualismo de la pereza, se concibe que el cataclismo de Pompeya hubiera sorprendido á muchos de sus habitantes con los labios pegados á la copa ó á otros labios hambrientos de impúdicos besos. Marqués ha comprendido lo que constituye la parte característica de Nápoles, el agua y el cielo.

De Nápoles vamos á parar con nuestro artista á Venecia, la ciudad de los canales y de los puentes, de los palacios y de los templos, en que la arquitectura árabe y la arquitectura ojival se confunden para dar lugar á una tercera combinacion arquitectónica que armoniza la gravedad cristiana con la elegancia muslímica. Venecia es quizás la poblacion más querida de los artistas: solamente Granada y quizás Toledo pueden sostener con ella la competencia. Mas para apreciar debidamente á la ciudad de San Marcos hay que verla, hay que *sentirla*, como hemos dicho varias veces, con ojos y corazon de poeta. Para aquel á quien nada dicen las piedras ennegrecidas por el tiempo, los vetustos alcázares, los jardines incultos, los frescos de los salones desiertos y los lienzos de las solitarias iglesias; Venecia es una ciudad muerta, una especie de Pompeya en la cual el yugo del extranjero se en-





ISCHIA Y ANDALUCÍA

EL GENIO DE LA DESTRUCCION, FANTASIA POR A. FABRÉS

cargó de desempeñar lentamente el papel del Vesubio. Por esto hay muchos y muchos *touristes* que llegan á la patria de los Dux en el tren de la mañana y parten de ella en el tren de la tarde: esta clase de viajeros no debieran cambiar sus billetes de banco sino en los *comptoirs* de París.

Marqués, que ve las poblaciones como las ven los artistas, nos da de Venecia una idea *verdad* en sus dibujos: como él la comprende la comprendíamos ántes de conocerla; como él suspira por volverla á ver, suspiramos nosotros por asistir á esas puestas del sol, bañando con sus últimos rayos los caballos de bronce y las cúpulas de la Dogana y de San Giorgio.

Por un capricho de artista, se traslada Marqués de la tierra del sol á la tierra de las nieves, de Italia á Suiza; y esto nos facilita tomar de su *álbum* una vista de Zurich, en cuyo tranquilo lago se reflejan las típicas construcciones de la Aténas helvética. Hay en ese dibujo un sabor de tranquilidad, una dulce melancolía, algo de ese atractivo especial que Suiza tiene para cuantos admiran á Dios en los espectáculos de la naturaleza y á los hombres en la pureza de sus costumbres. ¡Cuán hermosa es Suiza para esas almas privilegiadas, almas jóvenes é inmaculadas, para las cuales, como para la de Marqués, el bullicio del mundo es una interposicion grosera entre la voz del genio y el oído del artista!

Marqués no se limita, empero, á ser un hábil paisajista: su *álbum* contiene apuntes ó tipos tomados del natural con la seguridad y franqueza propias de un verdadero maestro. Véanse, en prueba de ello, los que publicamos en este número. Italia y Andalucía le han proporcionado los originales: la firmeza de su factura dice harto claramente lo que puede esperarse de Marqués retratista, género en que acaba de dar evidentes prendas de su talento.

El mundo es bien agradable cuando el artista entra en él, como Marqués, por la puerta de los artistas aplaudidos: en Roma los buenos maestros le han estimulado; en Milan un ilustre artista, el eminente tenor Angel Masini, le ha dispensado una de esas brillantes hospitalidades con que los antiguos príncipes (Masini es tambien un príncipe del arte) acogian á los hijos predilectos de las musas.

Con juventud, talento y aplauso público, ¿qué puede temer nuestro querido colaborador?... Una cosa, una sola, dejarse seducir por el éxito. Marqués vale mucho; pero puede y debe valer más, mucho más: el templo de la Gloria está situado en sitio accesible á muy pocos mortales. Unicamente la observacion continua, el estudio incesante de los buenos maestros y ¿por qué no decirlo?.., la desconfianza de las propias fuerzas, pueden evitar los vértigos terribles que frecuentemente causa el mismo aplauso público. Hay que exigir mucho á quien mucho puede dar de sí: nosotros seremos de hoy más doblemente rigoristas con Marqués para demostrarle hasta qué punto le profesamos verdadero cariño.

VIAJE POR ITALIA



Un canal en Venecia

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

ISCHIA Y ANDALUCIA

EL GENIO DE LA DESTRUCCION
Alegoría por A. Fabrés

Este dibujo está inspirado indudablemente por terribles sucesos análogos á los de Ischia ó Andalucía. La desgarrada tierra arroja de su seno el genio de la destruccion: una vez el genio libre, se suceden sin interrupcion cataclismos.

No es fácil dar forma á lo que no la tiene real y efectiva; sin embargo, considerando la obra de Fabrés casi se siente uno inclinado á decir que tiene todas las condiciones de la *verdad*. Y es que la fantasía ha producido algo que nos hace comprender la idea del trastorno, del cataclismo, algo del cáos, único que puede crear en sus entrañas á los genios de la destruccion.

SOLITA

POR DON E. PEREZ ESCRICH

(Continuacion)

—¿Será verdad esto? —se dijo, leyendo por segunda vez la carta.— No hay anónimo que no sea infame; un amigo leal, un amigo verdadero debe presentarse frente á frente y decirnos con ese lenguaje de la franqueza honrada: «Yo he observado esto, y el deber me obliga á decírtelo.» Pero ¡ah! no todos los amigos tienen bastante valor para clavarle á uno un puñal en el corazon.

Aurelio leyó por tercera vez la carta; como no sabia fingir, estuvo triste y preocupado durante el almuerzo.

Nieves le dirigió dos ó tres veces la palabra preguntándole la causa de su tristeza, porque nada preocupa tanto á una mujer culpable, á una esposa que falta á sus deberes, como notar en su marido un cambio de carácter.

Aurelio, queriendo desorientar la curiosidad de Nieves y con el objeto de que no sospechara nada, le dijo, dominándose:

—Querida Nieves, este malestar que en mí notas tiene por causa una pequeña pérdida que ha sufrido nuestra fortuna, porque bien sabe Dios que yo quisiera ser inmensamente rico sólo por rodearte á tí de comodidades, de lujo, de esplendor.

Nieves quedó tranquila.

Aurelio se propuso espiar á su esposa y comprendió que para descubrir la verdad era preciso acostumbrarse al fingimiento.

Esto le violentaba mucho, pero era preciso y se resignó.

Dos veces á la semana almorzaba el tenor Pórteci con ellos. Aurelio hacia heróicos esfuerzos para aparecer sereno y confiado, pero no tardó mucho en persuadirse de que efectivamente entre Pórteci y Nieves habia algo más que una buena y decorosa amistad.

Miéntras tanto llegó el dia en que los periódicos y los carteles del Teatro Real anunciaron las dos últimas funciones del tenor Pórteci.

Aurelio habia observado que algunas mañanas, á eso de las nueve, Nieves, con su libro de oraciones en la mano, salia de casa.

Aurelio se propuso saber adónde iba su esposa, y una mañana la siguió embozándose bien en su capa.

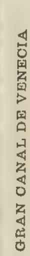
Nieves estaba tan confiada del bondadoso carácter de Aurelio, que ni una sola vez volvió la cabeza para saber si álguien la seguia.

Caminaba con paso ligero y con el velo de la mantilla echado sobre el rostro.

Diríase que tenia impaciencia por llegar, y así era efectivamente, pues el tenor Pórteci, á cuya casa se dirigia, salia aquella misma noche de Madrid para San Petersburgo.



RECUERDO DE ZURICH



GRAN CANAL DE VENECIA

Cuando Aurelio vió entrar á su mujer en casa del tenor, sintió un brusco estremecimiento en el pecho, se oscureció la luz de sus ojos y zumbaron sus oídos.

Como si le faltaran las fuerzas, tuvo necesidad de apoyarse en la pared.

Le parecia un sueño, porque aunque el anónimo le habia hecho vivir alerta, no se resignaba á darle crédito.

Cuando Aurelio entró en el portal de la casa, oyó que se cerraba la puerta del piso principal donde vivia Pórteci.

Comenzó á subir las escaleras muy despacio, porque se ahogaba y le latia el corazon de un modo violento.

En aquel instante la idea de matar á los dos cruzó por su cerebro, pero Aurelio no llevaba armas, no las habia tenido nunca, y pensó que ir á comprar un revólver era perder la ocasion de sorprender á los culpables.

Una circunstancia fatal para los amantes favoreció al marido burlado, pues cuando iba á tirar del llamador de la campanilla se abrió la puerta y un hombre al salir tropezó con Aurelio.

Aquel hombre era un *avisador* del Teatro Real; Aurelio le cogió precipitadamente por un brazo, le hizo salir violentamente y entró él en la casa, cerrando detrás de sí la puerta.

Se encontró solo en el recibimiento.

Aurelio conocia la casa de Pórteci como la suya.

El tenor vivia solo con un ayuda de cámara francés que le acompañaba por todas partes.

Valflorido tomó por un pasillo procurando hacer el menor ruido posible.

A manera que avanzaba iban redoblando los latidos de su corazon; llegó á una puerta de escape que daba paso á la alcoba y gabinete del cantante.

Aurelio empujó suavemente aquella puerta, y entró en la alcoba.

Reinaba una semi oscuridad, las puertas vidrieras estaban cerradas y corridos los visillos.

Aurelio, conteniendo su angustiosa respiracion, avanzó poco á poco y vió á través de los visillos á Nieves, á su culpable esposa, sentada sobre las rodillas del tenor Pórteci.

Aquella infame rodeaba con uno de sus brazos el cuello de su amante.

Aurelio vió un resplandor de sangre ante sus ojos; hubiera querido contenerse, oir lo que hablaba aquella adúltera, pero no pudo; un terrible rugido se escapó de su pecho, y abriendo bruscamente las puertas de la alcoba, se presentó en el gabinete.

Nieves, al ver á su marido, lanzó un grito de espanto, se puso en pié y corrió con vertiginosa rapidez hácia la puerta.

Pórteci, pálido como un cadáver, se quedó inmóvil junto al sofá, mirando á su amigo.

Comprendió que su situacion era grave: no podia negarle á Valflorido lo que él mismo habia visto, se encontraba delante de un enemigo irreconciliable, y aquella aventura que habia comenzado con un beso de amor, era muy fácil que concluyera sobre un charco de sangre.

Entónces sucedió un accidente imprevisto. Aurelio, con la mirada fija en el tenor, el rostro arrebatado, como si toda la sangre de su cuerpo afluyera á su cabeza, avanzó hácia el sofá, sin pronunciar una palabra; pero ántes de llegar extendió los brazos como para coger del cuello á Pórteci, cuando de pronto cayó al suelo como si le hubiera herido un rayo en mitad del cráneo.

El tenor retrocedió aterrado hácia la puerta del gabinete.

Allí se detuvo. Aurelio, tendido al pié del sofá, permanecia inmóvil como un cadáver, con los puños cerrados y los brazos extendidos á lo largo por encima de la cabeza.

Pórteci le creyó muerto y comenzó á llamar á voces á su ayuda de cámara.

Aterrado ante aquel acontecimiento, sin explicarse cómo habia podido Aurelio entrar hasta su gabinete, llegó á la puerta de la escalera, pidiendo socorro sin que su ayuda de cámara se presentara.

A sus voces subió el portero y acudieron algunos vecinos.

Todos conocian al célebre tenor tan aplaudido del público madrileño.

Con acento conmovido refirió lo que le sucedia, se buscó precipitadamente un médico, se colocó el exánime cuerpo del músico sobre el sofá, se le sangró del brazo y se le prestaron todos los auxilios propios del caso.

Entónces, algo más tranquilo el tenor, recordó que sus compromisos artísticos le obligaban á salir aquella misma noche de Madrid, pues debia debutar en el Teatro Imperial de San Petersburgo doce dias despues.

Se dispuso trasladar á Aurelio á su casa en una camilla, puesto que el enfermo se hallaba en un estado de incompleta insensibilidad, y así se hizo.

Cuando el tenor se quedó solo, al dirigirse á su gabinete se encontró á Nieves, pálida y con el cabello descompuesto, pero más hermosa que nunca.

—Ya supondrás,—le dijo Nieves, con nervioso acento,—que despues de lo que ha pasado, yo no puedo volver á mi casa: llévame contigo.

—Piensa que lo que me propones es una locura,—le dijo Pórteci.

—¿Serias capaz de abandonarme?

—No, y puesto que lo quieres partiremos juntos,—con-



JÓVEN ROMANA

VIAJE POR ITALIA



NÁPOLES.—Vista de Posilipo

testó el tenor, – pero tu marido está muy grave, el médico desconfía salvarle.

—Y ¿qué me importa á mí mi marido? para mí ha muerto desde el instante en que te conocí.

Y aquella mujer adúltera, aquella infame, se arrojó en los brazos de su amante.

. . . .

Durante un mes Aurelio luchó con la muerte: de esta ruda batalla venció por fin la juventud y por fin llegó un dia en que los médicos aseguraron á Jacoba y á Don Antonio que el peligro habia cesado y que el enfermo iba á entrar en la convalecencia.

Aquella misma tarde D. Antonio le dijo al ama de gobierno:

—Señora Jacoba: segun la opinion de los médicos el pobre Aurelio se halla fuera de peligro, y como es natural cuando comience á despejarse su cabeza, querrá saber ciertas cosas que á todos nos afligen. Yo confieso que no me siento con fuerzas para contárselas; así pues, comprendiendo que ya no hago mucha falta en esta casa, donde pensaba terminar mis dias, mañana muy temprano cogeré mi cofre, mis cuatro trastos y mi violin y me marcharé de esta casa para no volver más. Cuando Aurelio pregunte por mí, me hará V. el favor de darle una carta que yo dejaré sobre el mármol de la chimenea

Jacoba trató en vano de disuadirle suplicándole que no se marchara.

—No, Jacoba, no,—le dijo el honrado músico.—Despues de lo que ha hecho mi pícara hija, esa infame á quien Dios confunda, yo no puedo vivir bajo el mismo techo que Aurelio á quien amo con toda mi alma; me avergonzaria siempre que me mirara á la cara.

(Continuará)



ESTUDIO DE UN TIPO GRANADINO

UN CASO DE VIVISECCION

El porqué me encontraba en Paris durante los sucesos de la Commune, es cosa que nada le importa al lector ni hace falta á mi cuento; pero en cambio es conveniente que haga constar que en aquella época me veia reducido á hacer mis dos frugales comidas diarias en un restaurant económico que habia á la sazon en una de las más sombrías callejas del barrio Latino.

Con decir que los pocos parroquianos que nos permitíamos el lujo de satisfacer la no muy crecida suma de un franco cincuenta éramos mirados con cierta envidiosa admiracion, me creo relevado de describir las bellezas de ornato, tanto exteriores como interiores, del local.

En cuanto á la parroquia con que contaba el propietario sólo diré que, aparte de tres ó cuatro personas que la casualidad llevaba allí todos los dias, los constantes abonados á la parca mesa del restaurant éramos cinco: dos viejos obreros, de los cuales uno era cojo, un comerciante al pormenor del barrio, un estudiante y yo.

Los dos obreros se sentaban á la misma mesa y parecian mirar con el más profundo desden al comerciante que se sentaba completamente solo á la entrada de la sala y leia *El Bien público* miéntras comia. Cuando los negocios de los comunistas iban bien, se permitian el lujo de pagarse una copa de cognac de sobre mesa.

Estos tres personajes y yo entrábamos, como es natural, por la puerta de la calle; sólo el quinto, el estudiante, entraba siempre por la de la cocina.

Su comida era todos los dias la misma: una sopa de lentejas muy espesa; una tortilla completamente á la francesa; un plato de guisantes y un pedazo de queso.

A las siete en punto ocupaba su sitio, comia con lentitud, y cuando el reloj que habia sobre el mostrador marcaba las ocho se levantaba y se iba por donde habia venido, sin ocuparse de nadie.

Su cabeza tenia algo de singular. Un verdadero bosque vírgen de cabellos negros, duros y ensortijados, servia de marco á una frente alta, pálida como el resto del rostro y de una limpidez maravillosa; su barba crecia fina y regular, y sus ojos grandes y de color claro eran vagos á fuerza de ser dulces.

En cuanto al cuerpo que sustentaba aquella cabeza, no desprovista de hermosura, era el de un niño débil, enjuto y enfermizo.

Lo original de su porte, lo descuidado de su traje, la regularidad de sus costumbres y su impenetrable silencio no tardaron en llamar mi atencion, y curioso, como buen español, no pude ménos de dirigirme al dueño del restaurant.

Éste, por extremo satisfecho de tener ocasion de lucir su poderosa facundia, me informó minuciosamente de cuanto concernia al extraño personaje.

Descartando todo lo inútil de sus referencias, no tardé en saber que el jóven en cuestion era un estudiante de medicina, con sus puntas de poeta y más aficionado á la filosofía que lo que á la regularidad de sus funciones cerebrales hubiera convenido.

La circunstancia de vivir en uno de los cuartos del

VIAJE POR ITALIA



PUERTO DE NÁPOLES

restaurant le habia permitido examinarle con escrupuloso detenimiento y creia conocerle á fondo. Segun él, el estudiante no debia tener la cabeza muy segura con tantas filosofías como habia metido dentro, lo cual no quitaba para que le reconociera un poderoso talento. Lo que más le hacia perseverar en el primer aserto era la eleccion de los manjares que desde un principio habia hecho su huésped y en los que, á lo que parece, sólo atendia á las propiedades que pudieran ejercer sobre su organismo.

Con todos estos antecedentes excusado es decir que yo no deseaba otra cosa que trabar relaciones con mi compañero de mesa; pero como su impenetrabilidad lo hacia difícil, iba ya desesperando de lograr mi intento, cuando un dia el dueño del restaurant, viniendo en mi ayuda, realizó por completo mis aspiraciones.

Facilitándome la lectura de unos versos que un descuido de su huésped habia llevado á sus manos, tuvo la indiscrecion de hacerle mi presentacion como un admirador de sus talentos. Yo creí que me acogia con frialdad, pero léjos de ello desde las primeras palabras se entabló entre nosotros una verdadera cordialidad de artistas.

Al cabo de algunos dias parecíamos los mejores amigos del mundo y en nuestra conversacion se advertia claramente que nuestras ideas en arte y en filosofía coincidian en muchos puntos. Esto no obstante, no dejaba de observar que si el estudiante se mostraba espontáneo y hasta locuaz hablando de versos, no le sucedia lo mismo en punto á los temas filosóficos que yo intencionadamente iniciaba.

Por fin, no pudiendo contener más tiempo mi impaciencia, una noche me aventuré á hacerle algunas preguntas con la mayor claridad.

—No os hablo de medicina,—respondió,—porque no sois médico y siempre el tecnicismo de una ciencia tiene algo de charlatanería para los que no la poseen. Sin embargo, como no os tengo por uno de esos talentos superficiales que se rien de todo aquello que no se han tomado el trabajo de profundizar, me complazco satisfaciendo á vuestras preguntas.



JOSÉ MARÍA MARQUÉS

Y despues de un momento de silencio, poniendo los codos sobre la mesa y escondiendo casi el rostro entre las palmas de las manos, continuó:

—Como habeis sospechado muy bien, soy materialista, es decir, que no reconozco en el mundo más que una sustancia, la materia. Para mí todos los fenómenos obedecen á las inmutables leyes de esta y su observacion ha llevado la ciencia á grandes descubrimientos, que desgraciadamente se han detenido en un solo obstáculo. Todos han buscado en ella el secreto de los fenómenos físicos y nadie se ha ocupado en buscar el de los intelectuales. ¿Qué diriais si mi idea fija fuera á sorprender á la materia en flagrante delito de pensamiento?

—Que vuestra tarea no puede ser más grande; pero ¿cómo llegar á un medio práctico de realizacion?

—¿Cómo? —replicó exaltándose por momentos.—¿Cómo hemos llegado á saber que la arteria late? Muy fácilmente; sorprendiéndola en el momento de producir el latido. Pues bien, si consiguiéramos tener en la mano un cerebro en el momento en que la evolucion de sus células produce ese fenómeno que llamamos pensamiento, le habríamos tocado como se toca un fenómeno eléctrico, por ejemplo.

—Pero ¿cómo podeis llegar á tal resultado?

—Eso es lo difícil. Sin embargo, para ello pienso emprender un camino que tal vez me lleve al fin apetecido. Si la fisiología se ha contentado con hacer la diseccion sobre el cadáver, la psicología no puede contentarse con tan poco. Mi sueño es la viviseccion.

—¡Eso es espantoso! ¿Os atreveriais á clavar el escalpelo en un hombre vivo por daros esa cruel satisfaccion?

—Por mi satisfaccion, no. Por bien de la humanidad, sí.

Al decir esto su fisonomía habia cambiado por completo. Sus ojos despedian verdaderas chispas; su tez pálida habia tomado el tinte rosáceo que imprime la fiebre y su cabeza, caida sobre el pecho, parecia obedecer á una enorme presion. Desde el primer momento comprendí que allí habia otra cosa que una simple tension de la inteligencia; su pensamiento era una verdadera idea fija y sentí haberle llevado á un terreno de que él mismo se asustaba.

Yo no sabia cómo volverle á la realidad; pero de repente sacudió su cabeza como si tratara de librarse de la picadura de un insecto y volviendo á recobrar su calma habitual no quedó en su rostro más que una intensa palidez.

—¿Qué teneis? -le pregunté.—¿Os sentís malo?

—¡No, no!—respondió levantándose para irse.

Cuando estuvo cerca de la puerta se volvió como si hubiera olvidado algo y dudó algunos momentos.

—¡Ah! ya me acuerdo,—dijo al fin.—Os suplico no volvamos á hablar de esto.

Aquella recomendacion era inútil. Desde aquel dia no volví á hablarle más que de arte. Sin embargo, cada vez se mostraba ménos familiar conmigo, mi presencia parecia importunarle y nuestras conversaciones eran ménos frecuentes. De allí á poco volvimos á ser tan extraños como ántes de nuestra primera plática.

***

Ocho dias despues de nuestra separacion, el drama de la Commune tocó á su desenlace.

El mártes 24 de mayo entré en el restaurant poco despues del medio dia. La batalla empeñada en las calles me obligó á abandonar mi casa, y como desde el dia anterior no habia podido procurarme alimento alguno, entré en el restaurant á almorzar.

El comerciante al por menor llegó algunos momentos despues, con aire entre azorado y gozoso, desatándose, al sentarse á su mesa, en improperios contra los comunistas.

Sus frases me parecieron tan importunas, tratándose de quienes en aquellos momentos sufrian el peso de la derrota, que no pude contenerme y le supliqué que callara, haciéndole comprender que era fácil le escuchara en la calle alguno de aquellos á quienes insultaba.

Ante esta última consideracion se volvió lleno de espanto hácia la puerta, pálido como un muerto. El miedo selló sus labios por algunos momentos.

—Teneis razon,—replicó;—despues de todo, esos dos borrachos que vienen aquí todas las noches no tardarán quizá en llegar. ¿Quereis creer que hace poco he visto al cojo con un fusil en la mano? ¡Canalla!

Por tal camino iba á continuar desbarrando cuando un espantoso ruido que sentimos en la cocina nos hizo saltar precipitadamente de nuestros asientos. Se diria que el gran tragaluz que cubria aquella pieza se habia hecho pedazos al contacto de un cuerpo pesado caido de una gran altura.

—Es una bomba que va á estallar,—gritó el comerciante escondiéndose debajo de la mesa.

Pero el dueño del restaurant y yo, sin hacerle caso, nos dirigimos á la cocina.

El espectáculo que allí se ofreció á nuestros ojos era espantoso. El estudiante, tendido en el suelo y completamente desnudo, mostraba en ambos costados profundas heridas, causadas, al parecer, por el vidrio roto.

Nuestro primer cuidado fué cogerle por debajo de los brazos para levantarle; pero apénas le hubimos vuelto, un grito de horror salió de nuestras gargantas. El infeliz tenia el pecho completamente destrozado. Los nervios blancos, las arterias azules, los músculos rojos y las aponeurosis grises estaban completamente al descubierto, y la piel, formando una especie de mandil, le caia sobre el vientre como un pedazo de tela rosada. Aquello no era efecto de un accidente; era una operacion en toda regla. El desgraciado habia practicado en sí mismo una viviseccion.

Por fin tuve valor para bajarme y cubrir con aquel harapo de piel semejante carnicería, y entre el dueño del restaurant y yo trasportamos el cuerpo al comedor y le depositamos sobre una mesa.

El comerciante, siempre inmóvil, ni se atrevia á mirarnos, ni nos ayudó en nada. El frio del mármol hizo abrir los ojos al herido.

—Esto es horrible, ¿no es cierto?—me dijo con voz apénas inteligible.—¡Esta era mi idea!

Quise hacerle callar, pero él continuó:

—No, escuchadme. En un acceso de locura he querido sorprender en mí los secretos de la vida. No he sentido nada miéntras trabajaba, pero despues, de repente, he recobrado la posesion de los sentidos y mis sufrimientos me han hecho arrojarme por la ventana. ¡Mi desgracia es no poder apreciar mis descubrimientos! Y sin embargo, la operacion estaba bien hecha.

Al decir esto trataba de incorporarse para ver su obra, pero una congoja se lo impidió. Entre tanto se oia á lo léjos el ruido de la fusilería.

Al abrir los ojos de nuevo, murmuró:

—Se baten todavía. Yo he aprovechado los momentos en que los otros se mataban para trabajar. ¿Por qué se matan? Por nada. ¡Yo los hubiera matado por algo!...

En aquel momento la puerta se abrió violentamente y el obrero cojo entró sostenido por otros dos hombres. Su blusa estaba salpicada de sangre.

—¡Calle!—dijo viendo al estudiante.—¿Tambien aquí hay un herido?

—No,—respondió el dueño del restaurant con sequedad.—Es este desdichado que ha tratado de suicidarse.

—¡Matarse!—murmuró el obrero.—¡Morir por nada, cuando puede darse la vida por algo!

El estudiante se incorporó. Indudablemente queria responder; pero su cabeza cayó pesadamente sobre el mármol. Acababa de espirar.

El obrero se disponia á continuar, pero yo le impuse silencio diciendo:

—Respetad á los muertos.

—¿Y por qué? Dentro de poco yo habré muerto tambien, pero yo al ménos muero por...

Yo le interrumpí descubriendo el pecho del cadáver:

—¡Y él ha muerto por la ciencia!

El obrero y sus dos compañeros quedaron inmóviles ante tan horrible espectáculo. No sé si comprendieron todo el valor de mis palabras, pero lo cierto es que se quitaron los kepis con respeto.

Durante este tiempo, el comerciante al por menor aprovechó un momento de tregua en la lucha de las calles y se escurrió por la puerta del establecimiento. Al pasar por delante de mí le oí que murmuraba entre dientes:

—¡Tan bestias son los unos como los otros!

PLÁCIDO

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentacion*, 2 tomos.—*Escultura y Glíptica*, 1 tomo.—*Pintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 13 DE ABRIL DE 1885 — NÚM. 172

TIPO DE BELLEZA (reproduccion fotográfica por el método Meisenbach)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

TIPO DE BELLEZA

(reproduccion fotográfica por el método Meisenbach)

Para que una flor sea bella no es ciertamente indispensable que pertenezca á la clase de las camelias y haya sido cultivada á la alta temperatura de un invernadero. El campo tiene sus flores, hermosas como puedan serlo las de un jardin y quizás más hermosas *á natura*, puesto que el arte no ha mejorado, no ha hecho resaltar ventajosamente la combinacion de sus hojas ni la vivacidad de sus colores.

Pues con las mujeres pasa ni más ni ménos que con las flores: el campo, la aldea, las produce tan bellas como la ciudad, el taller las tiene tan admirables como el salon: la *contadina* de nuestro grabado no es ménos estética que la *principesa* que recorre las régias cámaras del Quirinal. Indudablemente no es esta belleza la belleza espiritual de la dama inglesa, ni la belleza carnal de la alemana, ni la belleza provocativa de la francesa: el tipo que hoy publicamos tiene algo rudo, varonilmente acentuado; algo en que rebosa la vida, algo que se sale por unos ojazos capaces de inspirar envidia á una gitana granadina ó á una cigarrera valenciana.

La naturaleza es inagotable en las manifestaciones de su poder: los más célebres pintores, Rafael y Murillo, apénas supieron producir otra belleza que la casi siempre igual de sus *Madonas* é *Inmaculadas:* la naturaleza, artista divino puesto que por la voluntad de Dios produce, en mujeres y en flores lo mismo pinta el clavel que la amapola, lo mismo perfuma la rosa que la violeta: su condicion más inimitable es la variedad en la belleza de sus obras.

MÚSICA EN EL CASTILLO,
cuadro por H. Bongert, grabado por Brend'amour

Este asunto ha sido tratado por diversos autores, y se comprende esta especie de predileccion atendiendo á que entre el artista músico y el artista pintor existe el lazo de la simpatía que engendra el genio comun. Además, cuando siente la belleza, cualquiera que sea la manifestacion de ella, el artista procura inspirarse en algo que haga posible la reproducion de ese mismo sentimiento; en cual caso es indudable que una escena de *amateurs* ha de facilitar poderosamente la resolucion del problema pictórico.

Bongert lo ha abordado con talento y con fortuna: el asunto está tratado con desahogo y hasta con grandiosidad; es en su género el lienzo más importante de cuantos conocemos, sobre todo considerado en conjunto. El grupo de los artistas está felizmente combinado: muévese cada uno con desembarazo, y juntos forman una combinacion que se abarca plenamente, sin que los primeros términos perjudiquen en lo más mínimo á los restantes. Las actitudes son naturales, naturalísimas; el profesor de violoncello y la ejecutante en el clavicordio, son obras de primera fuerza. La expresion de los semblantes se halla animada del sacro fuego artístico; el traje está ejecutado con habilidad suma; y en mucho debe ser tenido este cuadro cuando ha sido grabado por Brend'amour, á cuyo buril únicamente se confian obras de primer órden.

LA ÚLTIMA MANO,
dibujo de Llovera, grabado por Artigas

Toda persona prudente, ántes de entrar en combate, se asegura de la buena calidad de sus armas. Las mujeres, y sobre todo las mujeres jóvenes y bonitas, tienen empeñado un combate permanente con los pollos, y áun con los gallos, que de continuo las acosan, las asaltan, las provocan. Es un duelo á todo trance, un duelo más que mortal, porque, al fin y al cabo, es mucho más tolerable morirse de una vez, víctima de una estocada ó de un balazo, que morirse lentamente de envidia ó de desamor, sucumbiendo á los golpes de la más hermosa, de la más elegante ó de la más coqueta.

No es, pues, de extrañar que las mujeres repasen sus armas de continuo y que en el instante supremo de entrar en liza den la última mano á su armamento, que con ser de carácter defensivo, se convierte en ofensivo harto á menudo. Ninguna precaucion huelga en tales lances: un lazo mal prendido, un rizo desgreñado, la más ligera imperfeccion ó descuido en la armadura, es un punto flaco por donde entra la estocada de una rival burlona y se escapa un novio de conveniencia.

Esta operacion trascendental, este *momento histórico* de la vida de la mujer es el que ha dibujado Llovera con su habitual buen gusto, penetrando osado en el santuario de las flaquezas y metamorfósis femeninas. Una vez más, ¡bien por nuestro Llovera!..

DON FRANCISCO GOYA Y LUCIENTES
estatua en bronce esculpida por D. Rosendo Nobas

Esta estatua, fundida en el taller de D. Pascual Nobas, hábilmente cincelada por D. Narciso Fité y construida por encargo de su actual poseedor D. Eusebio Güell y Bacigalupi, es una nueva prueba de los talentos artísticos del conocido escultor.

Nosotros, que hemos tenido ocasion de admirar esta imágen del célebre cuanto popular pintor aragonés, sólo podemos repetir hoy la frase que nos inspiró su contemplacion: «Si en España ha habido un Goya, á quien el arte de Apeles hizo famoso, no ha faltado en España un Nobas que trasladara dignamente al bronce la imágen fiel del insigne pintor.»

BRUNO PIGLHEIN Y SU TALLER

Piglhein es un artista aleman, jóven aún, pues cuenta apénas treinta y siete años. Hijo de un notable artista decorador, dispuso de cuantos medios naturales pueden contribuir á formar un pintor de primer órden si el favorecido por la suerte tiene el talento de que Bruno no carecia. A pesar de ello, á duras penas consiguió llamar la atencion pública, hasta que en 1879 obtuvo un gran triunfo con su *Salvador moribundo*, que resolvia un problema de perspectiva, imperceptible, á pesar de todo, para los profanos.

Independiente por carácter, no afiliado á escuela alguna, algo realista en su manera de hacer y ganoso de ser número uno en cualquier género de pintura, ocurriósele un dia resucitar la casi olvidada pintura al pastel; y desde este momento datan sus grandes éxitos. Hoy por hoy es el primer *pastelista* de Europa: le es tan fácil este sistema que cada uno de sus diez dedos le sirve como de un lápiz distinto manejado por una mano experta.

La fortuna le sonrie, lo cual le permite trabajar en un taller que tiene los honores de un museo. Este taller tiene mucha analogía con el del malogrado Hans Mackart de quien fué Piglhein, al principio de su carrera, privilegiado discípulo, cariñoso amigo y peligroso émulo.

SOLITA

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuacion)

Al dia siguiente, el honrado músico D. Antonio Escudero abandonó la casa de su querido discípulo, sin decir á dónde iba. Todas las lágrimas, todas las súplicas de Jacoba fueron inútiles para detenerle.

Dos practicantes del hospital cuidaban del enfermo y además Jacoba y D. Antonio.

Aurelio habia pasado un mes sin conocer á nadie; los dos temas eternos de sus frecuentes delirios eran la música y Nieves.

Cuando la fiebre cedió, cuando se fortaleció el cerebro y Aurelio recobró el conocimiento, llamó con desfallecida voz á su ama de gobierno.

Esta entró corriendo en la alcoba.

—Jacoba,—le dijo el enfermo,—tú no me has engañado nunca; dime por caridad, qué es lo que me ha pasado, porque yo quiero recordarlo y me parece espantoso.

Y bajando la voz, como si tuviera miedo de oir él mismo lo que iba á preguntar añadió:

—¿Y Nieves?... ¿Dónde está Nieves?

Jacoba se echó á llorar.

Aurelio guardó silencio, porque aquellas lágrimas eran una afirmacion de la desgracia que poco á poco iba recordándole su débil memoria.

VII

Duelo á muerte.

Tres dias despues Aurelio se hallaba notablemente mejorado; se veia en él deseo de vivir, de abandonar el lecho, pero con gran asombro de Jacoba, no le preguntaba ni por Nieves ni por D. Antonio.

El ama de gobierno creyó que habia llegado el momento de entregarle la carta, y una mañana le dijo:

—Señorito: el pobre D. Antonio ha cuidado á V. durante un mes con todo el cariño de un padre, pero así que los médicos nos dieron la buena noticia de que habia pasado el peligro, se empeñó en marcharse de casa y no pude hacerle desistir de su empeño por más que le supliqué. Al irse me entregó una carta para V. encargándome que dejara pasar unos dias y que se la entregara á V. en cuanto le viera restablecido del todo.

Aurelio cogió la carta y la dejó sobre la mesa de noche.

—Ya sabes—dijo—que los médicos me han dado de alta; voy pues á levantarme un poco. Dame la bata y ayúdame, porque no estoy fuerte del todo.

Poco despues Aurelio se hallaba sentado en una butaca junto á la chimenea y entónces leyó la carta de su padre político.

Decia así:

«Hijo mio: Dios ha querido salvarte de la muerte; bendito sea Dios. Me despido de tí para siempre; al separarme, al abandonar tu casa en donde he pasado los dias más felices de mi vida, me llevo el corazon hecho pedazos.

»Yo siento en el fondo de mi conciencia una voz que me acusa y me falta el valor para vivir á tu lado porque cada beneficio que de tí reciba será un remordimiento para mi alma.

»Cuando hace dos años me pediste la mano de mi hija, yo debí decirte: Aurelio, olvida á Nieves; no pienses en unirte con ella porque su carácter caprichoso y exigente no se detiene por nada ni por nadie y una mujer así no puede hacer la felicidad de su marido.

»Esto debí decirte y no te lo dije; era padre y mi hija me habia jurado que te amaba con todo su corazon.

»Lo que ha sucedido es una gran desgracia para todos: yo ignoro dónde se halla Nieves; no he vuelto á verla ni á saber de ella desde el dia funesto en que te trajeron á casa en una camilla casi muerto; supongo que huyó con su amante; olvídala y perdónala; bastante castigo lleva con su misma culpa.

»Nieves ha muerto para tí y para mí: si algun dia vuelves á encontrarla ante tu paso, escúpela al rostro; despréciala y sigue tu camino; esa debe ser tu venganza como hombre honrado, bueno y generoso.

»Afortunadamente no habeis tenido hijos; ningun lazo os une por lo tanto. Ella es indigna de tí; hazte superior á tan gran desgracia y procura borrar su nombre de tu memoria.

»Me separo de tí porque no tengo valor para verte sufrir. Mi vida será triste y solitaria; miéntras mi mano pueda sostener el arco del violin y mis ojos descifrar las notas del pentágrama, me ganaré la vida como pueda y siempre con honradez: luégo Dios dispondrá lo que tenga por conveniente.

»Sé feliz, hijo mio, si es que puedes á pesar de la profunda herida que ha abierto en tu corazon una mujer infame y desnaturalizada. Sé feliz y no guardes ningun rencor á este pobre viejo que se enorgullece de haber sido tu maestro y que llevará siempre en el alma el remordimiento de haberte concedido la mano de su hija que era indigna de tí. *Antonio Escudero.*»

Aurelio leyó la carta, derramando lágrimas; luégo la guardó en el bolsillo de su bata, diciendo:

Hace bien; todos nuestros lazos se han roto; ni yo mismo sé lo que será de mí, y sin embargo, ese pobre viejo me inspira lástima.

Quince dias despues Aurelio se hallaba completamente restablecido y consultó á sus médicos si podria hacer un viaje á Paris y á Italia.

Los médicos le contestaron:

—Tenemos la primavera llamando á la puerta; es el tiempo más á propósito para viajar y una excursion por Francia é Italia será muy conveniente para la salud de V.

Aurelio salió de Madrid en el exprés de Francia treinta horas despues de la consulta con sus médicos.

Sabia por los periódicos que el tenor Pórteci, concluido su compromiso en el teatro Imperial de San Petersburgo, debia cantar durante el mes de abril en el teatro de la Gran Opera de Paris.

Aurelio llegó á la capital de Francia y se instaló en el hotel del Louvre, que era donde estaba tambien hospedado el célebre tenor.

Preguntó al camarero qué cuarto ocupaba Pórteci, y le dijo que el núm. 12 del piso segundo.

Aurelio Valflorido, con una calma inalterable, como el que ha meditado de antemano lo que va á hacer, se dirigió al cuarto del tenor.

Pórteci se hallaba almorzando con cuatro amigos; reinaba gran algazara, cuando se abrió la puerta y vió aparecer como un fantasma á Aurelio.

El maestro compositor, con el sombrero en la mano, vestido de negro como si se tratara de una visita de gran etiqueta, pálido pero sereno, saludó con una ligera inclinacion de cabeza.

Pórteci se puso en pié como impulsado por una fuerza superior á su voluntad y su rostro adquirió la lívida palidez de la muerte.

Sus amigos comprendieron que allí sucedia ó iba á suceder algo grave: dejaron de reirse.

Aurelio, ántes de hablar, dirigió una mirada en derredor suyo como buscando algo, tal vez á una mujer, pero en el cuarto no habia más que cinco hombres.

La situacion del tenor era violenta; hacia esfuerzos por serenarse; imposible.

Aurelio dijo con gran calma:

—Señor Pórteci, vengo exprofeso, desde España, en busca de V. para que me conceda la honra de batirse conmigo á muerte. Como soy el agraviado elijo la pistola á veinte pasos de distancia: creo que V. será bastante caballero para concederme lo que le pido.

Aurelio parecia un muerto que hablaba; su voz era imponente, su mirada, fija en el tenor, serena y melancólica; en sus labios vagaba una sonrisa que estaba en contraposicion con sus palabras.

—Estoy á las órdenes de V., caballero,—contestó Pórteci, dominando apénas el temblor convulsivo que agitaba su cuerpo.

Aurelio volvió á saludar y dijo:

—Doy á V. las gracias por su condescendencia y suplico á estos caballeros me concedan el honor de apadrinarme. Acabo de llegar á Paris y no conozco á nadie

—Con mucho gusto, caballero,—dijo uno de los amigos del tenor,—pero para apadrinar un duelo es preciso saber la causa que lo motiva.

—¿No les bastará á Vds —añadió Aurelio—que el señor Pórteci declare que hay motivo sobrado entre nosotros dos para llevar á cabo un duelo á muerte?

—Sí, nos basta,—añadió el amigo.

—Este caballero tiene razon; yo le he ofendido de un modo grave,—repuso Pórteci—me batiré con él, puesto

que así lo quiere: acepto todas las condiciones que imponga y las armas que elija, pero ántes quisiera decirle cuatro palabras en voz baja.

Los padrinos se levantaron como para salir del cuarto. El tenor añadió:

—No hay necesidad de que Vds. salgan; bastará con que el señor Valflorido me conceda el favor de acercarse á esta ventana.

Aurelio se acercó adonde estaba Pórteci y este le dijo, en voz muy baja:

—Señor Valflorido, vamos á batirnos por una mujer que no lo merece.

Aurelio hizo un movimiento de disgusto.

—Ruego á V. que me escuche, —añadió el tenor;—lo que voy á decirle no es un pretexto para evitar el duelo, es un descargo de mi conciencia. Nieves no amó á V., no me amó á mí y no amará á nadie; es una voluble mariposa con alas de oro que ni se detiene ni se fija en nada; apénas llegamos á San Petersburgo me dejó á mí por irse con un noble ruso que iba á emprender un viaje por Asia, y tengo la seguridad de que á estas horas se habrá cansado del moscovita cambiándole por otro amante. Así pues, me atrevo á aconsejarle á V. que no se tome el trabajo de buscar á esa mujer; no vale la pena.

—Nieves ha muerto para mí, caballero, —contestó Valflorido.—Me importa poco que cambie de amante cada quince dias; la desprecio y no me ocupo de ella, pero V. señor Pórteci, abusó de mi amistad y fué el primero que obligó á faltar á su deber á esa desdichada; así pues, V. ó yo estamos de más en el mundo.

El tenor, que era un hombre valiente, saludó á Aurelio, y le dijo:

—He descargado mi conciencia y he cumplido con mi deber; ahora, caballero, me tiene V. á sus órdenes.

. . . .

Los periódicos y los carteles habian anunciado para el dia siguiente *La Favorita* que iba á cantar por la primera vez en Paris el tenor Pórteci; pero á las doce de la mañana comenzó á correr la noticia de que al célebre cantante le habia sucedido una gran desgracia y que estaba gravemente herido.

Se decia entre los aficionados á la buena música, entre los amantes de la ópera italiana, que Pórteci examinando unas pistolas que ignoraba que estuviesen cargadas, se le habia disparado una, introduciéndosele la bala en el pecho.

La noticia cundió por el mundo filarmónico de Paris, todo el mundo lamentaba la desgracia y los *dilettanti* corrieron á inscribir su nombre en la lista que en el lujoso portal del hotel del Louvre se habia puesto encabezada con el dictámen facultativo, que por cierto era alarmante.

Y efectivamente, aquella misma noche se divulgó por Paris la infausta noticia de que el célebre tenor Jacobo Pórteci habia muerto.

Sus admiradores, despues de lamentar el desgraciado suceso en todos los tonos, hicieron lo último que se puede hacer por un hombre de mérito á quien se distingue y se aprecia, es decir, acompañarle al campo-santo y depositar una corona sobre su tumba.

En verdad que el entierro de Jacobo Pórteci dejó un gran recuerdo en Paris; toda la aristocracia le envió sus coches como una prueba del último tributo que rendian á la prodigiosa garganta del tenor.

La muerte de Pórteci se comentó de mil modos durante quince dias y no faltó algun amigo íntimo del difunto que asegurara que el célebre tenor, que todos lloraban, se habia batido con un español, recibiendo un balazo, á veinte pasos de distancia, en el pecho, y que aunque los dos combatientes habian ocultado la causa de aquel duelo á muerte, se sospechaba que la culpa de todo la tenia una *ella* que nadie conocia.

Despues de este lance, que creemos inútil detallar á nuestros lectores, Aurelio se dirigió desde Paris á Roma, permaneciendo dos años en Italia, escribiendo algunas obras musicales notables.

Aurelio, á pesar de sus triunfos, no podia desechar la tristeza de su espíritu, porque el que mata á un hombre siempre lleva una espina clavada en el alma.

Así pasaba el tiempo; Aurelio puede decirse que tenia algo del judío errante. Como si el movimiento le distrajera de su eterna melancolía, pasaba tres meses en Madrid y el resto del año en el extranjero.

Todo el desprecio, todo el aborrecimiento que le inspiraban las mujeres iba aumentando el cariño, las simpatías que siempre habia sentido hácia los niños, porque el alma del maestro-compositor habia nacido para amar y el amor le hacia falta para vivir.

Trascurrieron ocho años. De la mente de Aurelio comenzaba á borrarse el recuerdo de aquella mujer infame á quien tanto habia amado y que tan desgraciado le habia hecho.

No habia vuelto á saber nada de Nieves y por su parte nada habia puesto tampoco para descubrir su paradero.

Recordando las palabras que le habia dicho Pórteci la víspera de su duelo, suponia que Nieves se hallaria en Rusia, y algunas veces solia decirse:—Tal vez ha muerto, pero ¿qué me importa esa mujer? aunque viva en el mundo, me es igual; para mí no existe.

Como hemos dicho, Aurelio frecuentaba las más brillantes reuniones de Madrid, y una noche, saliendo de casa de un duque, con quien habia comido, fué cuando, como recordarán nuestros lectores, encontró á la pobre Solita adormecida en el quicio de una puerta por el frio y el hambre.

VIII

El abuelito

Miéntras tanto, el profesor de violin, D. Antonio Escudero, vivia solo en un viejo sotabanco de la triste calle del conde de Paredes y allí el pobre músico él mismo se guisaba, se barria y se fregaba.

Aquel infeliz viejo tenia todo el aspecto de una alma triste que va por el mundo buscando un cuerpo donde refugiarse.

Ni un solo momento se borraba de su memoria el recuerdo de Nieves y Aurelio, y muchas veces se pasaba largas horas sentado junto á la pequeña ventana de su sotabanco, con las manos sobre las rodillas, la mirada fija en el cielo y los ojos llenos de lágrimas.

Este dolor inagotable, esta soledad desconsoladora, esta eterna melancolía fueron poco á poco debilitando el cerebro de D. Antonio, con lamentable perjuicio de su bien sentada reputacion de profesor de violin, pues sus distracciones le hacian no pocas veces cometer ciertas salidas de tono, ciertas discordancias inarmónicas que ponian nervioso al director de orquesta y hacian reir á sus compañeros.

El director, desde el dia que comenzó á notar estas distracciones, le reprendió con dulzura y respeto, pero como continuaban con frecuencia subió de punto el disgusto del director y por fin una noche, que una intemperancia del violin de D. Antonio produjo una silba acompañada de carcajadas, el maestro, al terminar el acto, le dijo con gravedad:

—Señor Escudero; en vista de que V. no se enmienda y cada noche vamos de mal en peor, yo no puedo tenerle á V. más tiempo como primer violin de mi orquesta, pues me compromete con sus desafinaciones.

Don Antonio exhaló un suspiro, enfundó su violin, y conociendo que tenia razon de sobra el maestro para despedirle, dirigió una mirada triste á sus compañeros, les saludó con varios movimientos de cabeza, y salió del teatro, con los ojos llenos de lágrimas.

Desde el Real, D. Antonio descendia á un teatrillo de mala muerte, donde ganaba diez reales diarios, y algunas copias que le proporcionaban los encargados del archivo de la Zarzuela.

Por esta época un dia que se hallaba copiando junto á la ventana de su sotabanco, oyó que llamaban á la puerta.

Nadie visitaba á D. Antonio si se exceptúa el avisador del teatro; fué á abrir y vió con gran sorpresa que era una señora modestamente vestida que llevaba una niña de dos á tres años en los brazos.

Aquella mujer se arrojó al cuello del músico, y éste lanzó un grito, pues acababa de reconocer á su hija, Nieves.

El primer impulso de Escudero fué rechazar á su hija, pero Nieves, cerrando la puerta, dijo:

—Padre mio; soy muy culpable, lo sé, y conociendo su honradez no vengo á pedirle hospitalidad para mí sino para mi pobre hija, para su nietecita de V.

Y al mismo tiempo Nieves le presentó á la niña, que era hermosa como un serafin y extendía los bracitos sonriéndose como si la hubieran enseñado el modo de conquistarse el corazon de su abuelo.

El músico no tuvo valor para rechazar aquel pequeño ángel que le miraba sonriéndose y le cogió en sus brazos y le besó llorando.

Don Antonio era un alma cándida, sencilla, exenta de rencor.

—Siéntate,—le dijo á su hija, sin soltar á la niña que tenia entre sus brazos,—descansa, porque estás fatigada y luégo dí lo que quieres.

Don Antonio y su hija entraron en la modesta sala del sotabanco. Desde este momento Nieves comprendió que habia ganado la batalla.

—Padre, le dijo,—vivo con un hombre grosero que me maltrata y, lo que es peor, comienza á maltratar á esta pobre niña que no es su hija; muchas veces he querido romper los lazos que me unen con ese hombre; no puedo; cuanto más me pega más le amo; es sin duda un castigo que Dios me impone. Pasado mañana salimos de Madrid en direccion á Lóndres y vengo á suplicarle á V. que se quede con esta niña, que cuide de ella, porque temo que la mate el dia ménos pensado de un golpe.

Y Nieves, cayendo de rodillas á los piés de su padre, exclamó:

—Por el santo recuerdo de aquella mujer que me llevó en sus entrañas, no rechace V. el depósito que vengo á hacerle; yo procuraré siempre que pueda mandarle á V. algun dinero; salve V. á su nieta, salve V. á la hija de mi alma, ya que su madre se ha perdido.

Don Antonio continuaba con la niña en brazos y mirando á Nieves con fijeza.

—¡Pero esta niña de quién es hija!...

—De un noble ruso llamado el conde Tomkol á quien abandoné en mal hora por seguir al hombre que hoy me llama su esposa, de quien acabo de hablarle á V. Nada pido para mí, sé que debe V. despreciarme, pero compadézcase V. de este pobre ángel, porque si permanece á mi lado temo por su vida; dislocará sus huesos, hará de esta pobre niña un objeto de especulacion. Yo sigo á ese hombre sin explicármelo á mí misma; tiene algo que me fascina, que me subyuga, que me atrae; aunque me maltrate le seguiré al fin del mundo que vaya. No me compadezca V.; soy una miserable, una mujer perdida; cuando el hombre con quien vivo se emborracha con aguardiente me emborracho yo tambien porque así siento ménos los golpes que su brutalidad me prodiga. Conozco, padre mio, que esto que estoy diciéndole á V. es horrible, es espantoso, pero es la verdad. Salve V. á mi hija, salve V. á esta pobre niña, evíteme el que el dia ménos pensado la abandone en medio del arroyo por mandato del hombre que me domina.

Don Antonio se quedó aterrado ante la degradacion de su hija. Le parecia imposible que Nieves hubiera descendido tanto en el abismo de la ignominia, en el lodo del vicio.

La niña se habia dormido con su cabecita de querubin apoyada en el hombro de su abuelo.

Don Antonio, sin moverse para no despertar á la infeliz criaturilla, repuso.

—Dices bien... Este ángel no debe mancharse con tu contacto... vete... vete... Yo me quedo con la niña: será mi consuelo, Dios velará por nosotros, porque en El pondremos nuestra confianza.

Nieves, impresionada por su relato y por las palabras de su padre, llevó á cabo un acto de humildad reñido con su vergonzosa conducta: besó los piés de aquel anciano, y luégo, levantándose, dijo:

—Gracias, padre; procuraré no olvidarme de mi hija.

Nieves iba á dar un beso á la niña, y don Antonio le dijo, con sequedad:

—No la toques... Vete... Tus besos manchan, deshonran

Aquella infeliz exhaló un suspiro y salió de la habitacion.

Don Antonio se quedó solo con la niña en brazos.

Estaba aturdido, no sabia lo que le pasaba. El mismo se asombraba de la crueldad, impropia de su carácter, empleada con Nieves.

Colocó á la niña, que continuaba dormida, en su pobre cama: luégo cayó de rodillas, juntó las manos, elevó los ojos al cielo, y lloró.

Poco á poco se fué serenando; se levantó y se puso á pensar en su situacion.

Una niña de dos años de edad era un engorro para el pobre músico que pasaba fuera de su casa desde las siete hasta las doce de la noche.

Era preciso buscar álguien que cuidara de la niña durante esas horas.

Se acordó de una vecina del sotabanco inmediato, esposa de un modesto empleado que tenia tres hijas pequeñas.

Miéntras la niña dormia pasó á ver á la vecina y le contó con los ojos llenos de lágrimas lo que le acontecia.

Los pobres se protegen siempre que pueden, porque comprenden por experiencia propia las penalidades de la vida y se dejan llevar por los impulsos de su corazon.

La nietecita de D. Antonio halló una madre en la vecina de su abuelo.

Nieves se habia marchado sin decir el nombre que tenia la niña y D. Antonio la bautizó, desde aquel dia, con el de Soledad.

—Tenga el nombre que tenga, se dijo el músico—yo seguiré llamándola Solita porque siendo, como ha dicho Nieves, hija de un conde ruso, de seguro que tendrá un nombre difícil de pronunciarse en español.

Al dia siguiente D. Antonio recibió una carta y una poca ropa que le enviaba su hija.

La carta decia así:

«Padre mio: Parto esta noche; le envio á V. la ropa de mi hija, y una cartera en donde encontrará unos papeles que pertenecen al padre de mi desgraciada Olga (este es el nombre de la niña).

»Como esas cartas están escritas en ruso, no las entenderá V. pero tal vez algun dia puedan serle útiles.

»Ame V. mucho á su nieta; no me guarde rencor, pues bastante castigada estoy por mis liviandades

»Adios, padre mio; tal vez ya no volverá V. á ver más á su infortunada hija.—*Nieves.*»

De dia en dia iba creciendo el cariño que el pobre don Antonio profesaba á su nietecilla, pero desgraciadamente tambien de dia en dia iban aminorando los recursos, porque el honrado músico se hallaba en esa escala descendente, herencia perpetua de los profesores de su clase que, despues de cincuenta años de trabajos y de rascar un violin ó soplar un clarinete, suelen concluir en un hospital.

Cuando Solita cumplió los cuatro años, cuando era una niña parlanchina y encantadora, cuando su abuelo no la hubiera trocado por el celeste imperio de la China, los pocos recursos de D. Antonio le obligaron á trasladarse á un cuarto de la calle del Salitre, en el patio de una casa de vecindad.

Pero esta pobreza que amenazaba llegar á los antros de la miseria, no aminoraba el amor que la nietecilla tenia á su abuelo y era poetizado muchas veces por las zalamerías de aquella niña encantadora.

Pero ¿á qué detenernos en detalles dolorosos y en describir la *via-crucis* de un pobre de levita que corre siempre hácia abajo por la penosa senda de la vida?

Sólo diremos que D. Antonio llegó hasta el extremo de pedir limosna por las noches, arrimado á una esquina, tocando el violin, muerto de frio y con su querida nietecilla al lado, que inspiraba compasion á los transeuntes

Una de estas noches D. Antonio, que estaba algo atrasado en la alimentacion de su cuerpo, sintió de pronto un desvanecimiento, una vaguedad desconsoladora en la cabeza, giraron los objetos en derredor suyo, le zumbaron los oidos, se apagó la luz de sus ojos y cayó al suelo desvanecido.

Como era natural, el violin se escapó de sus manos; Solita comenzó á dar gritos al ver á su abuelito en el suelo;



MUSICA EN EL CASTILLO, cuadro por H. Bongert, grabado por Brendamour



LA ÚLTIMA MANO, dibujo de Llovera, grabado por Artigas

y un pillete, que oportunamente pasaba por allí, se apoderó del violin del pobre músico, único auxiliar en su infortunio para pedir limosna.

Nuestros lectores ya saben que, por consejo del médico que llamó un vecino, fué trasladado D. Antonio al hospital general, pues no habia elemento ninguno en la casa para combatir la debilidad extrema del infeliz músico.

Explicados todos estos antecedentes, diremos que Aurelio, al ver á su pobre maestro en tan aflictiva situacion, y pasmado de que la Providencia le hubiera puesto en el caso de recoger y salvar de la muerte á la hija de Nieves, resolvió llevarse tambien al abuelito á su casa.

Don Antonio, al oir las generosas proposiciones de su bondadoso discípulo, lloró mucho y aceptó porque Aurelio podia ser muy útil á su querida nietecita.

¿Qué podia él hacer por aquella niña que amaba sobre todas las cosas del mundo? nada, absolutamente nada, porque su porvenir estaba visto, morir en un hospital, y entónces Solita quedaba abandonada en medio de la calle.

Aceptó, pues, agradecido todo lo que le proponia Aurelio cuyo hermoso corazon habia olvidado antiguos resentimientos y una prueba plena de ello era prohijar á la hija de la mujer que tanto daño le habia hecho.

Aquella misma tarde en un coche el profesor Don Antonio Escudero fué trasladado á la calle de Isabel la Católica.

Grande alegría demostraron Solita y Jacoba viendo entrar al bueno de D. Antonio apoyado en el brazo de Aurelio; hubo muchos besos y muchas lágrimas y el viejo profesor de violin bendijo á Dios, que nunca desampara á los que en Él ponen su confianza.

Jacoba dispuso inmediatamente la habitacion que en otro tiempo habia ocupado el padre de Nieves, y tres dias despues D. Antonio estaba completamente restablecido, pues como habia dicho el médico del hospital, lo que padecia el pobre viejo era una gran debilidad producida por la miseria y la falta de alimentacion.

IX

Exito completo

Trascurrieron catorce años.

Durante este tiempo Solita habia recibido una gran educacion musical. Era una muchacha de diez y nueve abriles, extremadamente hermosa y angelicalmente buena.

El pobre D. Antonio Escudero era en esta época un viejecillo amojamado y risueño, de setenta y seis años de edad, que decia siempre mirando á su nieta embobado:

—Yo me moriria de buena gana, pero confieso que siento separarme de mi nieta, porque estoy seguro que en el cielo no hay ningun ángel más hermoso que ella.

(Continuará)



DON FRANCISCO GOYA Y LUCIENTES
estatua en bronce esculpida por D. Rosendo Nobas

LA GUIRNALDA DE LA MUERTE

I

El médico Neira era muy conocido en Madrid, pues á su reputacion como facultativo unia cualidades de hombre de mundo y elegante. Entre su numerosa clientela contaba á la señora viuda de Liñan, jóven de veintisiete años de edad, de carácter algo excéntrico, pero de costumbres irreprochables. Luisa, que así se llamaba la viudita, á principios del pasado Otoño volvió algo delicada de su expedicion veraniega á las provincias del Norte, y Neira creyó oportuno someterla á un tratamiento, porque en las enfermedades del pecho lo más importante es acudir á tiempo y combatirlas ántes de que tomen incremento.

Pero el facultativo luchaba con la inercia de su enferma y no podia explicarse la indiferencia con que se sustraia á las prescripciones de la ciencia médica. Era en balde que la advirtiese los peligros del relente nocturno; así es que el digno discípulo de Esculapio se desesperaba al encontrar á Luisa paseando por el Retiro en las últimas horas de la tarde ó bien saliendo de algun teatro en las desapacibles noches de la entrada del invierno.

En tales ocasiones reñíala, como era natural, usando de sus atribuciones de facultativo; pero ella, casi sin disculparse, le miraba con sus grandes ojos negros, profundos y expresivos, turbándole con una fascinacion inexplicable cuya impresion le duraba mucho tiempo.

Habia en aquella mujer algo de extraño que la rodeaba como una atmósfera misteriosa, y á su lado las cosas de la vida variaban de aspecto, y las ideas de significacion, hasta tal punto que el pobre médico olvidaba las nociones naturales de lo conveniente y de lo inconveniente, sufriendo el influjo de una fuerza poderosa sin duda inconsciente mas no por esto ménos irresistible.

Veia que de semana en semana la dolencia de Luisa tomaba incremento con lentitud traidora y titubeó algun tiempo en descubrirla la verdadera índole de la enfermedad; érale doloroso turbar la tranquilidad de aquella existencia relativamente dichosa. Por fin se decidió, aunque con mil circunloquios.

—Lo presentia, amigo mio,—dijo ella con una expresion natural y resignada á la vez;—pero, ¿qué importa? No tengo hijos que educar ni deberes que cumplir. ¿Qué importa un poco más pronto ó más tarde?

II

Trascurrió el invierno.

Neira, ocupado en los negocios de la testamentaría de un tio suyo á quien habia heredado, y encontrándose por tanto inesperadamente rico, descuidó algo su clientela, y no precisamente por esta causa, sino más bien por evitar se emociones dolorosas, vió contadas veces á Luisa.

Esta le mandó llamar á fines de mayo. La afeccion parecia como que se habia impuesto una tregua, cosa no muy extraña en las que radican en el pecho. La linda viuda tenia buen aspecto; los ojos únicamente habian perdido en parte su intensidad luminosa.

—Amigo mio,—dijo al médico,—tanto Norte me aburre; estoy fastidiada de Biarritz, Lequeitio, San Sebastian y demás sitios de moda. ¿Adónde iré, ó mejor dicho, adónde debo ir este verano?

—¿Ha estado V. en Valencia?

—Nunca.

—Pues le aconsejo á V. que vaya al Cabañal.

—¿Por qué?

—Por varias razones. No conoce V. el país, y estoy seguro de que le ha de gustar. La playa es risueña y se ve animada por un sinnúmero de bañistas que allí acuden de todos los puntos de España. Las brisas del Mediterráneo no son, por otra parte, tan traidoras y nocivas como las del Océano. Además, tendria V. médico, no de cabecera, pero sí de cámara.

—¿Usted quizás, querido doctor?

—Sí, señora; he determinado pasar la fuerza del calor en la playa valenciana.

—¡Oh, entónces eso me decide; no hay más que hablar! ¿Cómo he de dejar perder tan buena ocasion y tan valioso auxilio?

—Gracias, señora.

—Pero es el caso que en Valencia no conozco á nadie y no estoy al corriente de los medios de instalacion.

—Déjelo V. de mi cuenta: una feliz casualidad me permite poder ofrecerla un alojamiento aceptable. Hace dos ó tres años, un primo mio hizo construir un *chalet* á poca distancia del Cabañal. Yo pensaba instalarme en él puesto que su dueño está viajando por el extranjero, pero se lo cedo á V.; á mí me será fácil meterme en cualquier sitio.

—Sin embargo, doctor...

—Nada, nada, lo dicho.

—Pero...

—No admito réplicas, querida enferma. Vaya V. haciendo sus preparativos de viaje para fines de junio. Tiene V. todo lo que la hace falta, una hermosa playa, una habitacion solitaria y confortable y un amigo á su disposicion.

III

A mediados de julio estaban instalados Luisa en el *chalet* y el médico en el Cabañal, lo más cerca posible de ella. Neira hubiera deseado habitar bajo el mismo techo, pero conocia el meticuloso carácter de la jóven viuda y no se atrevió á indicárselo siquiera.

El *chalet* estaba admirablemente situado. La fachada principal miraba al mar, del cual sólo distaba un corto espacio. En su parte posterior tenia un conato de jardin, y digo conato porque los efluvios marinos no son favorables á la vegetacion. A la izquierda, y no á gran distancia, se extendia la estacion balnearia, y á la derecha, á media legua de la playa, verdeaba un bosquecillo de tilos, alisos, limoneros y palmeras.

Luisa halló encantador aquel retiro que la permitia vivir aislada. Las giras, las expediciones campestres, se dirigian siempre hácia el lado opuesto, esto es, por la parte que más directa comunicacion tenia con la ciudad.

El médico visitaba á su enferma asiduamente, ó mejor dicho, la acompañaba casi todo el dia, amando y estudiando al mismo tiempo á aquella mujer extraña é incomprensible que sabiendo quizás que estaba herida de muerte presentaba siempre un aspecto plácido y tranquilo como si viviese envuelta en la atmósfera del limbo.

El facultativo habia prohibido á la enferma exponerse á la influencia de la noche; y cuando, dejándola en el *chalet* regresaba él al Cabañal, el médico y el amante se compenetraban formando un solo corazon que se embebia en hondas meditaciones.

—¿Qué mujer es esta?—se decia el sabio doctor. —Su calma no proviene de indiferencia ni de frivolidad, sino más bien de fuerza sobrexcitada. Coge flores, como Ofelia, al borde del precipicio de la muerte, pero en sana razon y no estando amargada ni por recuerdos de ayer ni por contrariedades de hoy.

En uno de los primeros dias de su instalacion, el médico se encaminó hácia el *chalet* á una hora inusitada y al aproximarse se detuvo admirado.

Luisa cantaba, y cantaba la romanza del *Sauce* del Otelo, con voz poco extensa pero admirable de claridad, modulacion y sentimiento.

Neira no conocia esta habilidad de su enferma; así es que escuchó el canto con éxtasis enamorado. Aquellas notas vibraban melodiosas y vivientes en el fondo de su corazon.

Sin embargo, cuando se vió en presencia de Luisa no pronunció una palabra; limitóse á examinarla, y por último le auscultó el pecho, porque el animado semblante de la artista despertó en el hombre de ciencia una esperanza ó un recelo.

—Luisa,—dijo por fin,—su afeccion de V. se halla en un punto de crísis, ¿quiere V. curarse?

—¿Por qué no?—contestó ella con indiferencia.—Pero ¿es posible?

—Yo tal lo creo. Si es V. dócil me atrevo á asegurarlo: pero le advierto que estamos en el límite, ó ahora ó nunca

—Como V. quiera, doctor. El deber del enfermo es someterse ciegamente á las prescripciones del médico.

—Pues bien, ante todo, le impongo tres prohibiciones esenciales.

—¿Y son?

—No cantará V. nunca...

—¿Me ha oido usted?

—No cantará V. nunca, esto es lo más esencial; despues evitará V. el relente de la noche, no tendrá flores en su cuarto y hará poco ejercicio. ¿Lo promete usted?

—Prometido, doctor tirano, por más que haya en ello un grande sacrificio.

—Pero este sacrificio es forzoso, ¿me da V. palabra de llevarlo á cabo?

—Sí,—dijo Luisa, fijando sus ojos en los de Neira que la miraban con reprimida ansiedad.

IV

El médico vislumbró un rayo de esperanza.

Sentia por aquella mujer una pasion exclusiva, produ-

cida por un flúido misterioso que, no obstante sus ínfulas de psicólogo, no acertaba á explicarse. Habia creido sólo posible el amor correspondido y sensual, y sondeando su corazon hallaba en él una cosa vaga que rechazaba lo material, un movimiento de adoracion mística y abstracta de que como médico y naturalista no podia darse cuenta.

No anhelaba á la mujer llena de salud y de fuerza, capaz de devolver las más enérgicas caricias; hubiérale bastado la enferma sin padecimiento pero viviendo eternamente.

Sus ilusiones se desvanecieron pronto. Persuadióse de que era inútil luchar contra la inercia de Luisa, que no cumplia sus prescripciones.

—¡Verla morir pudiendo salvarla! —solia exclamar el doctor.

Y se convenció de que toda curacion era imposible.



ESTADOS UNIDOS.—EL SALTO DEL NIÁGARA (véase el artículo: *La catarata del Niágara*).

Un amante ajeno á la ciencia hubiera podido abrigar esperanzas, ver dudoso el porvenir, tener intervalos más ó ménos lúcidos en su amorosa locura, ya que las enfermedades del pecho presentan raros y contradictorios aspectos; pero para el facultativo que las analiza no hay duda ni misterio posibles.

Neira asistia á la autopsia del cadáver de su amor.

Primeramente experimentó sacudidas de ira nerviosas, exhaladas en gritos de desesperacion. Vagaba por la playa, al volver al Cabañal, con paso violento, retorciéndose convulsivamente las manos y quizás maldiciendo á aquella naturaleza tan tranquila, al mar tan apacible, al cielo tan estrellado.

Despues se calmó la tension de sus nervios y el pobre doctor se encerró en una resignacion sombría, especie de atonía que produce lo inevitable.

Luisa le dijo un dia:

—Ya no me prohibe V. que cante ni que pasee de noche por la playa.

—¿Para qué?—contestó él; mas luégo, comprendiendo que habia cometido una indiscrecion, repuso: —¡Usted no ha de seguir mis consejos!

—¿Es decir, que estoy desahuciada?

—De ninguna manera, Luisa; V. padece de un aneurisma y lo mismo puede morir de repente que vivir años y años.

El pobre médico la engañaba.

Luisa adivinó la profunda pasion que inspiraba y tuvo compasion de él.

—Amigo mio,—le dijo al otro dia, —yo quiero curarme porque deseo vivir: estoy dispuesta á todos los sacrificios, practicaré cuanto V. me mande y si es necesario no saldré de la cama.

—No, no, Luisa, no hay necesidad,—contestó Neira reprimiendo una exclamacion de despecho.—El estado de V. no exige tantas precauciones.

Y cuando se vió solo en la playa prorumpió en sollozos mezclados de imprecaciones.

Aquella fué su última crísis.

Y desde aquel dia se entregó por completo y casi tranquilo á su místico amor, á la contemplacion absorbente de aquella mujer.

Luisa estaba serena; parecia que la enfermedad retrocedia ante su energía pasiva y victoriosa.

Como dice Víctor Hugo, «aquel cuerpo era un pretexto para contener un alma.»

V

Una tarde, poco ántes del crepúsculo vespertino, Luisa y el médico se hallaban departiendo amigablemente en el salon del *chalet*. La enferma presentaba un aspecto animado y al parecer exuberante de vitalidad como toda luz próxima á extinguirse.

El ambiente estaba templado por la brisa de los últimos dias de agosto, y Luisa, sin embargo, tenia calor. Sentada al lado de la ventana abierta que daba al mar, se agitaba inquieta en su butaca.

Grandes sombras azuladas comenzaban á cubrir el agua, y los postreros rayos del sol doraban trasparentándolas las hojas de los raros grupos de yerbas y arbustos que, diseminados cerca de la playa, parecian manojos de topacios.

De pronto el sol, que iba á trasponer la línea del horizonte, se ocultó tras un nublado que venia de occidente y una repentina ráfaga comenzó á soplar por la parte de tierra.

La pieza en donde Luisa y el médico se hallaban tenia tambien una ventana que daba al jardin y por ella penetró un torbellino de hojas, prematuramente secas por la pobreza de aquella vegetacion.

Las hojas revolotearon un momento en el aire impulsadas por la ráfaga y cayeron sobre la enferma, que se las sacudió con la mano, pero tres de ellas se quedaron como adheridas á sus negros cabellos.

El médico se estremeció dolorosamente al verla coronada con aquella diadema fúnebre.

En aquel momento entró un criado trayendo un candelabro con dos bujías encendidas, veladas por una pantalla verde, y lo dejó sobre una rinconera.

El sol habia desaparecido.

Una cinta luminosa flotaba en el horizonte dando al agua reflejos de oro líquido y marcando sobre ella movibles estelas de pálido rojo.

Luisa alzó los ojos al cielo, en donde se diseñaban las primeras estrellas. Su mirada vagaba en un flúido intenso.

Quiso cantar tal vez el himno de lo infinito, pero su voz estaba quebrantada; sin embargo, moduló una especie de recitado casi sin ritmo y notas conocidas.

Era el delirio del canto.

El murmullo de su acento se asemejaba al monótono sonido de las campanas, al zumbido de las colmenas, al ruido de la hojarasca arrastrada por el agua corriente, que cada pensamiento humano interpreta á su antojo.

Su voz se elevó un poco: el médico no entendia, pero adivinaba *los motivos* de aquel canto singular. Luisa daba el adios á la vida, al mundo, á los esplendores de la naturaleza, á las flores que habia preferido, al divino Bellini á quien adoraba.

Calló; su mirada que se habia abatido sobre el mar, se elevó otra vez al cielo, que ya ostentaba todas sus estrellas.

Luégo con una voz

que el oido no la percibia
sino que tan sólo la oyó el corazon,

dijo al médico, que estaba abrumado de angustiosa emocion:

—¿Cree V. que muchos de esos astros que vemos, son mundos habitados como el nuestro?

—La ciencia con razon lo supone.

—¿Con qué razon?

—Con la de la similitud. Tienen la misma forma del globo en que vivimos, obedecen á idénticas ó parecidas leyes, presentan el mismo aspecto, y hay en ellos materias semejantes á las de la tierra; es pues de suponer que la vida infinita y la inmensurable creacion no se limitan á nuestra miserable vivienda.

Hubo una pausa. Luisa preguntó:

¿Es posible que la muerte nos lleve á esos mundos desconocidos?

—Es posible, pero eso es ya más dudoso.

Luisa volvió á enmudecer é inclinó la cabeza como para entregarse á sus pensamientos.

Neira, trémulo de emocion, tampoco acertaba á proferir una palabra

VI

Pasado un momento, el médico vió agitarse el pañuelo de lino que cubria el seno de la enferma y la oyó respirar trabajosamente.

Corrió á la rinconera, tomó el candelabro, quitóle la pantalla y lo aproximó al rostro de Luisa. Los ojos de ésta parpadeaban, contraia los labios y por todo su semblante serpeaba esa cosa imponente é inexplicable del que está próximo á descubrir el *eterno enigma*.

Comprendió que comenzaba la agonía de su amada, que iba á ser larga y dolorosa, y quiso evitársela.

Tomóla en brazos, salió al recibimiento del *chalet*, abrió la puerta de cristales, bajó seis escalones y se halló en el exterior.

Echó á andar en línea recta hácia el mar.

Luisa habia inclinado su cabeza sobre su hombro como un niño dormido. Él sentia en su mejilla el soplo del aliento de ella, y como un suave calor de calofrio.

Llegó al límite de la playa y se entró en el agua.

La playa del Cabañal, especialmente por aquel lado, forma un declive; el terreno es arcilloso y tiene muchos guijarros que resisten á la presion de las pisadas; así es que el médico, aunque avanzando mar adentro, se fué hundiendo gradualmente en aquella agua medio dormida.

Esta le llegaba ya cerca de la rodilla y aún pisaba en terreno firme.

Luisa levantó dos veces la cabeza y volvió á inclinarla; sus brazos se agitaban convulsivamente y sus manos se abrian y se cerraban como si quisieran asirse al vacío para mitigar las angustias de aquel momento supremo.

De pronto Neira perdió piés y el grupo desapareció: fué el eclipse de dos existencias Quizás la conmocion que el médico debió sentir al no encontrar punto de apoyo se trasmitió á la moribunda que alzó los brazos por postrera vez, pues lo último que se vió sobre aquel mar risueño y apacible, fué una mano fina y casi trasparente.

. . . .

Al siguiente dia, muy de mañana, un grupo de bañistas del Cabañal, de pescadores y de habitantes de las masías cercanas, vieron dos cuerpos muertos: uno de mujer, que estaba más próximo á la playa y que yacia sobre la arena en el límite en que comienza el agua; otro de hombre, que flotaba más distante, pero que la brisa matutina iba impeliendo blandamente hácia la ribera.

Parecia que el mar, que no ha tenido principio ni probablemente tendrá fin, queria unir aquellos dos cuerpos, separados por la muerte, en la vida de la eternidad.

GREGORIO DE SOTOMAYOR

LA CATARATA DEL NIÁGARA

La celebridad de que goza en ambos continentes este maravilloso salto de agua que pone en comunicacion dos lagos considerables, y sobre todo los estudios, puramente teóricos hasta el presente, que los físicos é ingenieros de la gran República norte-americana vienen haciendo de algun tiempo á esta parte para utilizar de varios modos, y hasta valiéndose de la electricidad, la inmensa fuerza que representa dicha poderosa cascada y que hoy se desperdicia lastimosamente, nos han inducido á insertar los siguientes ligeros detalles acerca de ella, persuadidos de que no desagradarán á nuestros lectores:

El Niágara es una inmensa catarata que conduce las aguas del lago Erie al lago Ontario; hácia la mitad de su longitud, está atravesada por una barrera natural de rocas de cincuenta metros de elevacion, donde las aguas se precipitan, formando la inmensa cascada á que se ha dado el nombre de *Salto del Niágara* (véase el grabado).

«Desde el lago Erie, dice Chateaubriand, hasta el salto, el rio llega siempre inclinándose por una pendiente suave, y en el momento de la caida de las aguas, aquello parece un mar, pues los torrentes se arremolinan al borde del abismo. Entre estos avanza una isla que está pendiente con todos sus árboles sobre el cáos de las ondas, y la masa del rio que se precipita hácia el mediodía, se redondea primero como un cilindro gigantesco, desarrollándose despues cual un inmenso manto de nieve; la catarata que cae por el lado de Levante, es imponente y sombría; diríase que es una columna de agua del diluvio. Numerosos arcos íris se cruzan en el abismo; al estrellarse las ondas contra las rocas, levántanse torbellinos de espuma, como las llamaradas de un vasto incendio, y acaban de embellecer el paisaje numerosos pinos y nogales silvestres, que se elevan entre rocas cortadas á pico, de fantásticas formas. Las águilas dejándose llevar por la corriente de aire, bajan arrastradas como un torbellino hasta el fondo del abismo, y los *carcajús* se suspenden por la cola de las ramas más bajas de los árboles para coger los cadáveres destrozados de los cervatillos y de los osos.»

De las dos secciones de la catarata, la una pertenece á los Estados Unidos y la otra al Canadá, y tienen, respectivamente, trescientos treinta y quinientos cincuenta metros de extension, calculándose en doscientos mil hectólitros la cantidad de agua que vierten por segundo. La isla que se encuentra en medio, ha recibido el nombre de *Isla de las Cabras*, y se han formado en ella andenes que se asemejan á los de un paseo, construyéndose además un puente que une dicha isla con una de las orillas,

y una escalera que conduce al pié de la catarata, de modo que es fácil penetrar bajo la inmensa bóveda líquida, la cual tiene de seis á ocho metros de espesor y parece una masa de cristal verdoso. Esa peligrosa escalera conduce á una pequeña gruta, abierta en la roca, donde se puede descansar un poco, y se ha llamado *Gruta de los Vientos*, porque el aire está allí contínuamente agitado. El bajar á la bóveda es peligroso á causa de los frecuentes desprendimientos, y por eso el guía expide siempre una certificacion al aficionado que tiene valor suficiente para visitar aquellas tenebrosas profundidades. Los bordes de la isla y las orillas del Niágara deben inspirar un justo temor, pues apénas pasa dia sin que masas de rocas, minadas por las aguas, se desprendan y arrastren á su paso á los imprudentes viajeros.

El retroceso lento, pero contínuo, de la catarata del Niágara, producido por la accion de las aguas que desgastan y rebajan contínuamente su álveo, es un hecho reconocido, pero las apreciaciones de los diversos geólogos varian mucho, pues miéntras unos admiten que el borde de la catarata se retira un metro por año, otros, como M. Desor, calculan que no es sino un metro por siglo.

Como quiera que sea, el fenómeno de la retirada de la catarata del Niágara es más general de lo que parece, y esa excavacion de su álveo por las aguas mismas que le ocupan, es la llave que explica muchos fenómenos en la historia de un gran número de rios.

La meseta en la que se extiende el lago Erie se eleva sobre una llanura de aluvion que encierra rocas diluvianas y masas de enormes dimensiones; esa meseta se corre hasta el lago Ontario, cuyo nivel es mil metros más bajo que el de Erie, pero la llanura no ha existido siempre, y la meseta del último de estos lagos ha debido por el contrario extenderse hasta el Ontario, en el cual se vertian en otro tiempo las aguas del otro sin caida alguna.





Esta conclusion resulta de lo que se observa todavía hoy; hace varios siglos hallábase la catarata situada frente á los terrenos de Lewistown, pero la accion erosiva de las aguas la habia hecho retroceder ya doce mil metros en 1818, y desde entónces ha ido retirándose insensiblemente, sobre todo á consecuencia del hundimiento que ocurrió en 1828. Por lo demás, el hecho se explica naturalmente, pues componiéndose el terreno de capas de caliza y de pizarras y rocas muy deleznables, se desgastan fácilmente por el roce contínuo de aquella inmensa masa de agua, y las rocas se hunden al fin bajo la presion de un peso tan enorme. Todo induce á creer que al cabo de un plazo más ó ménos lejano, la catarata del Niágara desaparecerá completamente, no quedando entre el Erie y el Ontario sino una serie de *rápidos*.

Segun Karl Ritter, así es como se han formado los *rápidos* ó raudales del Rhin y de otros rios europeos, y los geólogos han demostrado que muchos de los valles que bañan esos rios han sido en otro tiempo inmensos lagos, que aparecen secos hoy. Tales son los valles del Rhin, entre Basilea y Estrasburgo, y entre Ladenburgo y Bingen, y los del Danubio, entre Ulm y Passau. La misma observacion se puede hacer respecto al curso medio del Volga, del Ganges, del Éufrates, etc. En otro tiempo, esos diversos rios se ensanchaban, tomando la forma de lagos, ó se estrechaban en ciertos puntos, como sucede con el San Lorenzo, del cual no es el Niágara sino una parte, y que enlaza entre sí los cinco grandes lagos del Canadá; tal ha sido sin duda el estado primitivo de nuestros rios, sobre todo de los que han llegado á un grado superior de desarrollo, gracias á la nivelacion general, á la cual se debe que los *saltos* y las cataratas hayan sido reemplazados por simples *rápidos*. Con el San Lorenzo sucederá probablemente lo mismo, pero al cabo de mucho tiempo.

A. A.



TALLER DE BRUNO PIGLHEIN

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentacion*, 2 tomos.—*Escultura y Glíptica*, 1 tomo.—*Pintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 20 DE ABRIL DE 1885 — NÚM. 173

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

DON EUGENIO SELLÉS, aplaudido autor dramático

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La primavera no quiere toros.—Los dioses mayores.—El Circo de Price.—*Lo Prohibido.*—El rey de los novelistas españoles.—Prólogo de combate.—Los dramas de Sardou.—El nuevo ayuntamiento.—Madrid en el siglo XX.

Nublado y bochornoso el cielo, por el que se paseaba el Dios de las tormentas, servia de dosel ceniciento al círculo de la Plaza de Toros, donde hormigueaba la muchedumbre.

Desde la barrera ó la alta grada, dando vueltas en inquieta espiral, subia aquel cordon de cabezas y sombreros, agitado, ruidoso, lleno de bocas que blasfemaban, decian chistes, soltaban chorro procaz de dicterios, en que la autoridad presidencial, la destreza de los lidiadores, los acontecimientos de la política y el honor de las mujeres asomadas á los palcos, igualmente se deshacian y desmenuzaban. Era una de esas tardes en que la Plaza de Toros sirve de teatro á un doble drama, pues miéntras abajo, en la arena, luchan la res y el diestro, arriba, en las nubes, luchan la tormenta y la serenidad; y así como el cuerno hiere la capa y saca de ella flameantes jirones, el viento hiere la nube y la desgarra, y la disemina y la trueca en plumazon de pájaros negros que flota en el aire y se aleja. Tarde en que llegan los cocheros á las puertas del circo con el impermeable colgado en los recios hombros, y las damas esconden la flor de seda y encaje de sus vestidos bajo el cáliz del abrigo y del pañuelo.

La presentacion de *Lagartijo* y *Frascuelo* juntos en la plaza de Madrid, da doble interés á las corridas. Son los dos dioses del olimpo tauromáquico, donde viven las sombras de Romero y Costillares. El que no comprenda estas cosas que se retire. Vivimos en España.

***

La apertura del Circo de Price hace de actualidad las piernas de las *ecuyeres*, la faz enharinada del *clown*, la sabiduría de los caballos que dan vueltas como los del Tio Vivo, y los uniformes galonados de los lacayos del Coliseo neo-pagano.

En el Circo de Price la *ecuyere* es lo que la tiple en la ópera. Representa el papel de la beldad perseguida por el amor importuno del payaso.

El Hércules que levanta diez arrobas á pulso, es lo que el *barba* en el drama. Carácter serio y fiero.

El que galopa sobre un potro bravo, luciendo sus formas de correctísimo Apolo, es el galan de la comedia.

Y tal vez hay allí la raíz de un melodrama, en aquellos niños, que en la edad en que más necesitan caricias, reciben la educacion acrobática entre golpes por la mañana y aplausos por la noche.

***

Galdós ha publicado otra novela, *Lo Prohibido.*

Todas las obras de Galdós tienen el sello especialísimo de su manera de hacer, y se destaca de sus páginas hermosas su personalidad literaria con relieve que asombra.

Dentro de la novela contemporánea, que no está ya en sus comienzos de renacimiento, sino en camino de ser lo que debe, hay que dar á Galdós lugar preeminentísimo. Él rompió valientemente lo que ha dado en llamarse *molde antiguo*, y ciertamente este molde era ya sobrado frágil de paredes para contener la moderna materia fundible.

El último jiron de la novela romántica acabó de deshilacharse ante *Marianela* y *Doña Perfecta*, y el camino emprendido tiene ya estaciones tan hermosas cuantas son las obras de Galdós.

Lo Prohibido es el amor adúltero; cómo sale de la pluma de Galdós este desborde del amor, es lo que no puede decirse á ménos de robar á la pluma del maestro los giros inimitables y á su paleta el color firme y deslumbrante con que hace sus libros.

Lo Prohibido de Galdós debia ser lo único *permitido* en la region del arte.

***

Pasemos á otro libro que, aunque en diverso ambiente, ha producido gran sensacion.

Sellés llevó *La vida pública* al teatro, y el público, juez inapelable, la juzgó una equivocacion del autor. Pero para Sellés aquel juicio, si respetable, no es de los que no admiten recurso de casacion, y al hacer la primera edicion de *La vida pública*, la ha hecho preceder de un prólogo hermosísimo, que es á la vez justificacion de su obra y condenacion de ciertas meticulosidades.

Sellés se asombra, y con razon, de que su obra no haya logrado infiltrar en el público el convencimiento de que los grandes males sociales necesitan cauterios enérgicos. Se extiende en consideraciones históricas que presenta con incontrastable lógica. Padres que desconocen á sus hijos... hermanos que son Caínes degenerados... ¿no está todo esto en la historia? Sí, seguramente. Pues si el hecho se repite como una lepra hereditaria en la raza humana, precisamente á causa de esa manía autoritaria que lleva á los ménos detrás del dominio de los más, lo que constituye la *vida pública*, ¿por qué asustarse de que un hijo prescinda de la compañía de su padre para aceptar una cartera?

Esto deplora Sellés en el *Prólogo*, y en puridad hay que darle la razon, porque ¿cuántas representaciones á lo vivo de *La vida pública* se dan en toda España á cada eleccion general de diputados?

Considerado el *Prólogo* como obra literaria, es una maravilla de estilo, algo como una escultura de acero de líneas enérgicas, que se recortase artística y valiente sobre el azulado fondo del cielo.

***

En la Comedia ha inaugurado la compañía italiana la temporada de primavera.

Hasta ahora ha ocupado el escenario de la calle del Príncipe, Victoriano Sardou con *Fédora* y *Odette*, dos de sus mejores dramas.

Fédora es el drama de la presente generacion. Hay en él escenas de sorprendente realismo, fuera del convencionalismo de talco de la antigua escuela. Es el corazon humano que Sardou toma en sus manos habilísimas, y que abre delante del espectador diciéndole: *¡mira!*

Y el espectador le ve latir, y encogerse, y vibrar bajo la influencia del motor primordial de las humanas acciones: del amor.

El empuje de las situaciones no permite fijarse en alguna inverosimilitud, que Sardou no corrige á pesar de su probada experiencia en estos achaques, pero que la crítica no puede pasar en silencio.

Esto no obstante, el drama *resulta*, y como todo lo que se pinta con la verdad es humano, Sardou se apodera del espectador como acaso ningun otro autor dramático, inclusο Dumas, lo han hecho.

Mucho contribuye el *amore* con que la compañía, con ser inferior á otras anteriores, estudia las obras, con lo que resulta un conjunto á que no nos tienen acostumbrados nuestros actores, salvo contadas excepciones.

***

El nuevo ayuntamiento de real órden ha tomado el asunto de la urbanizacion en serio.

Este es un fenómeno natural y corriente; todo el que llega al Capitolio concejil lleva plétora de deseos inmejorables, que luégo se van templando hasta convertirse en aspiraciones platónicas que no hacen daño, ni lo que es peor, provecho á nadie.

Entre aquellos proyectos está el de la urbanizacion del barrio novísimo de San Jerónimo el Real y calle de Alfonso XII, pero seguramente el nuevo alcalde trazará sus líneas como si el tiempo, en vez de avanzar, retrocediese, y camináramos hácia los tiempos de Esquilache y no á los de la luz eléctrica y el progreso.

Así es que en todos estos proyectos no se tiene en cuenta que Madrid contará dentro de veinte años quizá con un millon de habitantes, y se trazan las nuevas vías estrechas. Madrid necesita calles anchas, porque más tarde han de llenarse con carruajes que trasporten una poblacion doble en número y acaso en actividad que la actual.

Es preciso que empecemos á pensar los madrileños en hacer el Madrid del siglo XX. Porque nos exponemos á que dentro de poco nuestros nietos tengan que andar por los tejados y fundar sus domicilios en los árboles.

J. ORTEGA MUNILLA

DON EUGENIO SELLÉS,

APLAUDIDO AUTOR DRAMÁTICO

Entre los ingenios llamados hoy á reemplazar al brillante grupo de aquellos que hará cosa de medio siglo despertaron en nuestro país á las patrias musas y devolvieron su antiguo ser al glorioso Teatro español (abatido y desnaturalizado en tal época, por haberse olvidado de sí propio reduciéndose á imitar ó reproducir las amaneradas creaciones del seudo clasicismo transpirenáico), don Eugenio Sellés ocupa muy preferente lugar.

Hijo de D. Pedro Sellés, magistrado de la Audiencia de Granada, y de la señora doña Francisca Ángel, nuestro poeta vino á luz el dia 4 de abril de 1844 en la morisca ciudad que riega el *manso río de las arenas doradas.* En aquel abreviado paraíso cuna de tantos egregios varones, desde el *eximio doctor* Francisco Suárez, luz de la filosofía, hasta hombres de prendas y méritos tan excelentes como los hermanos D. Aureliano y D. Luís Fernández-Guerra, corrió la pacífica niñez del que da margen á estas líneas. Allí recibió de sus amorosos padres los primeros rudimentos de una esmerada educación; y cuando ya estuvo en edad de emprender *estudios menores*, según entonces se nombraban, le matricularon en el Colegio Real de San Bartolomé y Santiago, donde habían hecho también parte de su carrera escritores y repúblicos tan famosos como el autor del *Edipo.*

La constante movilidad en que han vivido en España desde los albores del régimen parlamentario los empleados de todas clases y categorías llevó á los padres de Sellés de Granada á Zaragoza, y desde allí á otras varias capitales, obligando al joven Eugenio á seguir el curso de sus estudios en diversas poblaciones. Al cabo recibió en nuestra Universidad Central, á la edad de veinte años, el grado de licenciado en Jurisprudencia. Poco después se matriculaba en el Colegio de abogados de Burgos, donde se consagró asiduamente á la práctica de tan honrosa profesión.

Nombrado más adelante Promotor fiscal, ejerció este cargo en un juzgado de Extremadura; pero no aviniéndose bien las tareas de esa índole con su natural vocación ni con sus juveniles aspiraciones, se trasladó á Madrid en 1869 para dedicarse al periodismo. Aquel mismo año entró á formar parte de la redacción de *La Iberia*; dirigió en 1870 el periódico democrático titulado *La Revolución*, y posteriormente ocupó la plaza de redactor jefe de *El Universal*, diario cuya dirección desempeñaba D. Eduardo Asquerino. Sus escritos en la prensa, particularmente los que dió á luz en el último de los citados periódicos, le adquirieron gran predicamento entre los políticos de sus mismas opiniones, y le valieron el ser nombrado gobernador de provincia cuando sólo contaba veintiseis años de edad. Esto, que en cierto modo abona la virilidad de su talento, es al par testimonio elocuentísimo de su buena estrella, y de que no anduvo despacio al subir, ni tropezó con la mala fortuna que destruye en flor tanta ilusoria esperanza de la juventud.

Adherido al bando radical, su permanencia en el cargo de gobernador fué tan efímera como las situaciones creadas ó sostenidas por ese partido, ya desde el año 70 al 72, ya durante el 74. Cuando la revolución de 1868, que al comenzar habia deslumbrado á muchas gentes con galanas promesas, cayó al terminar ese mismo año 74 abrumada bajo el peso de sus errores y desvaríos; cuando España entera saludó con transportes de júbilo la restauración de la Monarquía lejítima, realizada sin que fuera necesario para conseguirlo disparar un tiro ni derramar una lágrima, Sellés se retiró de la vida pública ú oficial y se entregó de nuevo á las tareas periodísticas. En los dos primeros años del reinado de D. Alfonso XII, el afamado ingenio de que se trata escribió y publicó multitud de artículos en *La Nueva Prensa*, en *El Pueblo* y en *La Tribuna*, diarios todos consagrados á defender los principios democráticos, y entró á colaborar en *El Imparcial* y *El Globo.* En este último dió á luz, entre varios escritos de diversa índole, y con el título de *La política de capa y espada*, una larga serie de artículos que reunió al fin en un volúmen de cerca de quinientas páginas. No puedo hablar aquí de esa obra, de la que algunos hacen grandes elogios, porque según parece está agotada la edición y no me ha sido posible encontrarla.

Á juzgar por lo que hemos visto, ni el ejercicio de la abogacía, ni la carrera judicial, ni la administrativa, ni la fatigosa del periodismo, llena de zozobras é inquietudes y en la cual, no obstante, es dado al que escribe para el público proporcionar mayor expansión y desahogo á sus propios sentimientos é ideas y realizar con más eficacia lo que exigen los estímulos de la ambición (que entre nosotros subyuga é inferna hoy el alma de muchos hasta en el abril de la existencia), consiguieron realizar las geniales aspiraciones de Sellés. Nacido bajo el sol ardiente de Andalucía, en la encantadora ciudad reclinada sobre las risueñas márgenes del Genil y el Dauro en quien la Sierra Nevada se mira como en un espejo; arrullado desde la niñez por el atractivo seductor de las leyendas y tradiciones fantásticas que brotan donde quiera en aquel último baluarte de la morisma; exaltado el ánimo desde un principio, merced á la inmediata y frecuente contemplación de prodigiosos monumentos arábigos ó cristianos henchidos de memorables recuerdos; dotado, en fin, de facultades poéticas, harto vivaces en los hijos de aquella privilegiada región, Sellés volvió los ojos al campo de la gloria genuinamente literaria y empezó á esforzarse por conseguirla en el teatro, terreno donde los ingenios españoles han cosechado más laureles.

Dando, pues, rienda libre á la inspiración, en 1877 logró el deseo que acariciaba de ver una obra suya en escena, gracias á la eficaz influencia de otro autor famoso, de D. José de Echegaray, de quien se confiesa ostensiblemente discípulo, y al que rinde en la dedicatoria de su primera producción dramática público tributo de admiración y gratitud. En efecto, la noche del 21 de abril del dicho año 77 se estrenó en el Teatro Español *La Torre de Talavera*, drama histórico en un acto y en verso original del poeta granadino. El público asistente á la representación acogió el poema con muy fervorosas demostraciones de aprecio. ¿Era digno el drama histórico de Sellés de acogida tan lisonjera? Téngolo por indudable. Prescindiendo de que la primera obra de un autor joven reclama siempre cierta benévola consideración de parte del auditorio llamado á juzgarla, fuera injusto desconocer que *La Torre de Talavera* tiene bellezas merecedoras de aplauso, y que lo habrían conseguido aunque no se hubiese tenido en cuenta semejante circunstancia. Cuadro de reducidas dimensiones, esa interesante producción desenvuelve, no obstante, con la necesaria amplitud una acción trágica, dibuja caracteres que en lo esencial se hallan de acuerdo con lo que dice la historia, bien que alguno, como el de la *Reina* viuda de Alfonso undécimo, resulte muy recargado de negros colores. En cambio el de *doña Leonor de Guzman* despierta viva simpatía y abunda en rasgos delicados propios del corazón maternal. La obra, escrita en armonía con el espíritu de la tradición romántica, está dialogada con naturalidad y soltura, en versos por lo común correctos y bien construidos, sin que todavía se manifieste inclinado el autor á usar ó abusar del estilo enfático y exageradamente sentencioso. Si á esto se añade que el difícil papel de *doña Leonor* estuvo á cargo de Elisa Bol-

dún, que lo interpretó á maravilla, se comprenderá que fuese tan brillante el éxito de *La Torre de Talavera*.

Gracias al innegable talento y feliz inspiración que se descubren en esa obra, nuestro ingenioso granadino entró con buen pié en el ocasionado terreno de la literatura dramática. Los aplausos que obtuvo en las numerosas representaciones de su primer ensayo le animaron á seguir la marcha emprendida por sendero tan escabroso, menos dispuesto á dejarse guiar del espontáneo impulso de su fantasía, que propicio á seguir las huellas de su favorecedor, amigo y maestro Echegaray, el cual era entonces como ídolo del público, y todavía sigue avasallando el teatro y deslumbrando á la juventud con el fulgor de repetidos triunfos escénicos. Ese prurito imitador, y aquel otro, más nocivo aún, llamado á someter la libertad creadora del ingenio (que tratándose de piezas representables debiera únicamente nutrirse en atenta observación, en profundo estudio del hombre y de la sociedad) á las despóticas exigencias de un espíritu revolucionario empeñado en modelarlo todo á imagen y semejanza de sus fanáticas aspiraciones (como si el arte fuera sólo medio servil de propaganda subordinado al egoismo de determinadas sectas ó banderías), contribuyeron mucho desde luego á separar de su propio y genuino cauce la inspiración dramática de Sellés.

Testigo es de ello la segunda obra que dió al teatro, titulada *Maldades que son justicias*.

Este drama histórico, en tres actos y en verso, se representó por primera vez en el antiguo coliseo de la calle del Príncipe la noche del 18 de marzo de 1878, hallándose encargados de interpretar sus mejores papeles dos artistas de tanto mérito como Valero y Vico. El éxito no correspondió al anhelo del autor ni á las esperanzas de sus amigos y allegados, los cuales no habían escatimado elogios previos á las perfecciones del drama. ¿Por qué? Porque Sellés hubo de tener presente al concebirlo y aderezarlo, más que la verdad histórica del asunto, y la realidad humana de los caracteres, y el interés de la acción, el deseo de patentizar que ni en sus creaciones escénicas se olvidaba de hacer aborrecibles á reyes y cortesanos, fiel á las ideas ó tendencias políticas á que había rendido y seguía rindiendo culto. Semejante modo de proceder, comprensible y hasta disculpable en el hombre de partido, como fruto de sus convicciones, habla menos favorablemente del cultivador de la dramática, de su amor á la pura belleza artística, de su manera de comprender ó apreciar la índole y carácter propios del poema escénico.

Falta en *Maldades que son justicias* lo más esencial en esta clase de obras: claridad en el desarrollo de la fábula, y algún elemento eficaz para conmovernos é interesarnos. La nulidad de un Rey devoto que no aparece en la escena, pero que interviene indirectamente en la mayor parte de las situaciones; las artimañas de un Cardenal, Ministro de ese Rey, que se esfuerza por tenerle supeditado para ejercer en su nombre la soberanía, las intrigas de un Duque, hijo del Cardenal, para sustituir á su padre en la privanza del Monarca y apoderarse del puesto que él ocupa; las de un fraile Confesor del Rey y un Conde favorito del Duque, á quien no obstante procura engañar, abriendo camino para suplantarlo el día que llegue al mando por que se afana, son materia poco á propósito para engendrar en el espectador el interés que nace de la verdadera emoción estética, y menos á propósito aún cuando todos esos intrigantes de mala estofa están vaciados en el propio molde, y los demás personajes del drama carecen del vigor é importancia necesarios para formar contraste con ellos y producir la belleza del claroscuro.

Los recursos á que apela Sellés para entretejer el argumento, que por lo común parecen tan temerosos y decisivos á los principales personajes del drama, no abonan mucho la penetración de los áulicos del Rey Felipe III; los cuales, queriendo proceder como perspicaces y astutos, obran en *Maldades que son justicias* con tal candidez ó torpeza, que siempre dicen lo que les importa ocultar, de modo y en sazón que pueda oirlo quien más les conviniera que no se enterase. Y cuenta que se trata de hombres tan conocedores del mundo, tan redomados, tan diestros en fraguar intrigas como los Duques de Lerma y de Uceda, el confesor Aliaga, y el que fué después Conde Duque de Olivares. El hecho que sirve de fundamento á la acción es indudablemente histórico; sin embargo, la manera de presentarlo y el modo de pintar los referidos personajes no concuerdan con lo que estos fueron, ni con el genio y carácter de aquella época. Por lo demás, hay en la obra situaciones bien imaginadas, y una versificación fácil, gallarda, numerosa y nutrida, pero en la cual se dejan ya ver conatos de buscar *efectos* recargando el estilo de imágenes y sentencias.

Del semi-fracaso de esta producción, briosamente defendida por los amigos del poeta y por los periódicos de sus opiniones, tomó Sellés brillante desquite aquel propio año con el triunfo que *El nudo gordiano* le alcanzó el 28 de noviembre en el Teatro de Apolo.

Al dejarse llevar de sus ideas políticas y de sus propensiones democráticas, sacrificándoles en *Maldades que son justicias* parte de la consideración que el autor dramático debe ante todo, por no decir exclusivamente, á los privativos fueros del arte, Sellés derrochó sin fruto el caudal de poesía contenido en aquel poema, é incurrió en equivocación muy deplorable, con menoscabo de la propia fama. Así debió comprenderlo él mismo, pues en sus obras posteriores le vemos separarse de sendero tan escabroso, buscar savia inspiradora en los campos de la que pudiera llamarse *filosofía social*. En ellos engendró *El nudo gordiano*, drama dividido también en tres actos y escrito en verso como el anterior. El éxito extraordinario de ese drama puede admitirse en este caso por valedera manifestación de que el engendro salió bien y de que tuvo buena fortuna.

No hay que detenerse á examinar aquí una obra que todo el mundo conoce, y en la cual estriba principalmente la celebridad del autor. Aun descartando de los encarecimientos que se hicieron á raíz de la primera representación las naturales exageraciones de la amistad y las menos generosas del espíritu de partido; áun no estimándola tan perfecta ó excepcional como la juzgan sus encomiadores; áun fijándose en los defectos que la deslustran, que son graves, sobre todo en lo que toca al pensamiento fundamental y á la combinación de la fábula, la crítica más severa no podrá menos de convenir en que hay en ella grandes aciertos, en que á veces logra conmover é interesar con rasgos de sentimiento y de pasión verdaderamente dignos de aplauso. El que logró en casi todos los teatros de España, si por una parte sublimaba el nombre del poeta, dándole asiento entre los mejores dramaturgos del día, por otra le obligaba á mucho en lo sucesivo y le imponía muy arduos deberes.

Desde el triunfo que le proporcionó *El nudo gordiano*, con el cual vino á realizar las esperanzas que hizo concebir *La Torre de Talavera*, Sellés no ha vuelto á obtener ningún otro de la misma índole, aunque posee las facultades y los medios necesarios para conseguirlos. Eso es hasta cierto punto claro indicio de que al componer sus posteriores obras se ha extraviado en sendas erizadas de malezas y abrojos, por las que nunca ó rarísima vez se logra llegar al florido huerto donde reside la inmaculada belleza artística. Desentendiéndose casi por completo de los dejos ó resabios políticos que tanto perjudicaron á la concepción y desarrollo (y por consiguiente el éxito) de *Maldades que son justicias*, Sellés volvió los ojos, según ya he dicho, al campo de la filosofía social y buscó en él la simiente de sus nuevos dramas. Esta circunstancia bastaría por sí sola para evidenciar su buen instinto de autor dramático. En ese dilatado campo, más tal vez que en otro ninguno, puede hoy el poeta encontrar elementos verdaderos, humanos, y al par eminentemente artísticos, de inmediata y fructuosa aplicación á las virtudes ó vicios, á los errores ó excelencias del tiempo en que vive. Con ellos puede trazar cuadros poéticos cuya viva realidad interese y conmueva á los espectadores, suministrándoles sin pedantesco dogmatismo, extraño á la peculiar naturaleza del poema representable, sana y provechosa enseñanza. ¿Lo ha hecho así Sellés en los cuatro dramas que ha escrito después de *El nudo gordiano*? Siento mucho no poder dar á esta pregunta contestación tan satisfactoria como fuera de apetecer.

Esos cuatro dramas en los cuales aparece el autor, acaso sin percibirlo ni hacer alto en ello, preocupado con la idea de emular á Echegaray ó de seguir ahincadamente el impulso de una escuela extraña y desvariada, que algunos de sus amigos y cofrades procuran entronizar en nuestro país, se estrenaron por el orden y en las fechas siguientes:

El cielo ó el suelo, en el Teatro Español hacia enero de 1880;

Las esculturas de carne, en el Teatro de Apolo el 1.º de febrero de 1883;

Las vengadoras, en el Teatro de la Comedia el 10 de enero de 1884;

La vida pública, en el mismo Teatro de la Comedia el 6 del pasado marzo.

Divididos en tres actos, escritos en verso los dos primeros y en prosa los dos últimos, adolecen, cuál por una causa, cuál por otra, de vicios esenciales que difícilmente hubieran podido salvarlos del naufragio (más ó menos contrarrestado en los estrenos) que todos ellos han padecido.

Del drama que siguió inmediatamente á *El nudo gordiano* decía el malogrado Revilla, crítico de mucho talento y gran admirador de Sellés: «La representación de *El cielo ó el suelo* ha demostrado nuevamente los graves peligros que entraña lo que llamamos drama docente, trascendental ó de tesis...—La empresa de concertar en armónica síntesis la idea del pensador y la creación del poeta, el drama palpitante de la realidad y la filosófica abstracción, lo real y lo ideal, la idea y el hecho, la acción y el problema, ofrece extraordinarias dificultades; y no es caso extraño, sino frecuente, que alguno de los elementos que componen la concepción prepondere sobre el otro, y el drama mate la tesis ó la tesis el drama, trocándose éste de vivo cuadro de la realidad, en juego artificioso de ajedrez en que los personajes son figuras movidas por la mano del poeta y no por los impulsos de sus pasiones ó la fuerza de los hechos...—En el caso presente la tesis ha preponderado sobre el drama, y éste ha quedado suprimido desde el principio. Figuras sin realidad ni vida, personificaciones abstractas, entidades sin alma han sustituido á los personajes reales y verdaderos que deben moverse en la escena.» A juicio de Revilla el problema que Sellés plantea en esa obra había sido planteado ya con notable ingenio por Echegaray en su célebre drama *Ó locura ó santidad*. Esta es una de las razones porqué echa de ménos en el del poeta granadino *originalidad* y *oportunidad*, encontrándolo también (lo cual prueba con argumentos incontestables) en completa discordancia con las condiciones propias de la vida *real*.

Conforme de todo punto con observaciones tan exactas y tan discretas, réstame añadir lo que opino acerca de *Las esculturas de carne*, *Las vengadoras* y *La vida pública*.

¡Cosa singular! Cuando procede Sellés de un modo más directo según su natural impulso, deja siempre ver que piensa con cierta elevación, que conoce bien lo que debe al arte y el fin á que ha de dirigirse en estos tiempos el poema dramático. Pero cuando llega la hora de dar cuerpo y vida á los excelentes pensamientos que concibe, los cuales pudieran desarrollarse de un modo tan eficaz y loable, acrecentando y perpetuando la fama del poeta, se atraviesa alguna consideración extraña para torcer el rumbo de su genial inspiración, desvirtuándola, empequeñeciéndola, separándola del camino del acierto. Eso es precisamente lo que ha debido sucederle al componer sus tres últimos dramas.

El pensamiento fundamental de cada cual de ellos se prestaba sin duda á trazar cuadros, no sólo llenos de animación y de verdad, sino fecundos en provechosa enseñanza.

Pintar con vivos colores los desastres que puede causar en el seno de las familias el refinado egoismo de aquellos hombres que sacrifican á su bienestar ó á sus caprichos hasta las más altas consideraciones y los más santos deberes, y eso en época en que el egoismo ha llegado á convertirse en una especie de plaga, claro está que hubiera podido dar margen á una fábula de sumo interés. Sin embargo, el drama titulado *Las esculturas de carne* está muy lejos de producirlo, antes bien repugna ó hastía, porque se aparta de la verdadera realidad humana por ciego espíritu de mal entendido *realismo*, porque sofoca en pormenores impropios de tan noble idea el atractivo y encanto de su hermosura.

Poner ante los ojos de esta sociedad (donde la corrupcion se difunde más cada día y toma á veces gigantescas proporciones) que la manceba del hombre casado es comunmente *vengadora* de la mujer propia olvidada, maltratada ó abandonada por su marido, es á todas luces pensamiento dramático muy feliz, tanto por el contraste de pasiones y caracteres que entraña, como por lo saludable y ejemplar. Sellés, que ha demostrado en concebirlo la virilidad de su ingenio, lo ha desarrollado en *Las vengadoras* de modo tan repulsivo, tan contrario al sano fin á que lo encamina, que apenas se comprende tan lamentable ofuscación.

Ni resulta menos palmaria la que le ha embargado al desenvolver en *La vida pública*, por medios igualmente aborrecibles, otra idea también saludable en el fondo, como todo lo que propende á mejorar las costumbres ó á corregir vicios sociales arraigados en el alma de la multitud.

Sellés (cuyo retrato ilustra el presente número) conoce que ese es uno de los más augustos deberes del poeta escénico, por lo mismo que su principal objeto consiste en *realizar belleza* y que ésta ejerce en el sér humano y sensible soberano poderío. Sellés, no obstante, se ha equivocado de medio á medio en los resortes puestos en juego últimamente para conseguir fin tan glorioso, arrastrado por el fanatismo de escuela y por la desvariada crítica cuya ignorancia ó locura le induce á engolfarse más cada vez en las cenagosas corrientes de una moda extraña que no podrá ménos de ser efímera y transitoria. Ojalá se convenza pronto nuestro afamado dramaturgo del lastimoso error en que vive, y apartándose del extraviado sendero donde malogra sus dotes literarias, sus facultades poéticas y su buen instinto dramático, los consagre en adelante á producir obras que glorifiquen su nombre y que sean al par ornamento de la patria.

MANUEL CAÑETE

NUESTROS GRABADOS

LAS JOYAS DE LA NOVIA, cuadro por G. Schachinger

Educóse la niña en el interior de un castillo sombrío; no conoció del mundo sino los odios que los hombres se profesaban entre sí, ni tuvo más idea de la familia sino que su padre era un señor muy dado á coger jabalíes y hombres indistintamente, cuyas largas ausencias costaban muchas lágrimas á cierta dama, entre esposa y viuda, á quien llamaba madre. Esta, por su parte, la habia enseñado á bordar toscamente la banda que se conquistaba al precio de la sangre ajena; á seguir los rezos del capellan del castillo, que deletreaba un latin que no entendia, y á suspirar por un mundo forjado en la mente del trovador errante, que mezclaba de una manera informe las consejas del fatalismo pagano, del idealismo germánico y de las violencias feudales.

De pronto se conduce gravemente á esa jóven á una estancia tan suntuosa como fria: encima de un arcon, modelo de la paciencia de su autor, hay algo que oculta un velo blanco, un velo de un uso desconocido para la jóven. La austera madre procura hacer asomar á sus labios algo que parezca una sonrisa, levanta la punta del velo, y deja al descubierto una corona de piedras preciosas y un ramo de azahares y margaritas. La niña sabe lo que aquello significa; pero ni lo comprende ni lo siente.

Algun tiempo despues la lleva al altar un hombre á quien apénas conoce: de él sabe apénas que se casa para poner término á rivalidades añejas, ó para armar fuerzas que, juntas, se impongan á un vecino poderoso, quizás al monarca mismo...

¿Querrán Vds. decirme qué clase de fruto ha de producir un enlace de esta naturaleza?

ALDEANA DEL VALLE DE MUHLBACH, cuadro por W. Hosemann

El viajero que tiene el buen gusto de recorrer los



LAS JOYAS DE LA NOVIA, cuadro por G. Schachinger



[illegible]ANA D[illegible] VALLE DE [illegible]

Vorgos meridionales, en donde el cuadro de una naturaleza imponente y la idílica sencillez de la mayoría de los habitantes, compensan la ausencia de espectáculos fastuosos y de espléndidas fiestas, á que se entregan los que dicen aprovechar el verano para *descansar* de las fatigas del invierno; al salir de Munster por el valle de Fecht, despues de pasar por Luttenbach y Breitenbach llega á Muhlbach, deliciosa aldea, situada en el no ménos delicioso valle de su nombre. Una vez en este sitio, no es difícil llame su atencion una jóven de perfil delicado, de mirada dulce, de continente modesto, tan modesto que hasta infunde respeto al libertino; vestida con un traje típico, anticuado, tradicional; inclinada sobre el producto de los campos, que cosecha resignadamente y entonando, al par, uno de esos cánticos, monótonos y melancólicos, que popularizó la reforma de Lutero.

Esa jóven es la hija del valle de Muhlbach, la sencilla aldeana para quien la Selva Negra cierra el horizonte del mundo como el mar lo cerraba á los ojos de los hombres de otros tiempos; la inocente criatura que vive exclusivamente de las obras de Dios y admira y bendice á Dios en sus obras. Ese es el tipo que con fidelidad y buen talento ha reproducido Hosemann, imprimiendo al semblante de la jóven cierto tinte característico, cierta beatífica expresion, que viene á constituir como la esencia de un pueblo, de una sociedad pura de contagio con razas extrañas, bien así como las amapolas de los campos son flores que se nos figura permanecen cual salieron de la mano de Dios.

Añádase á esto que el famoso Brend'amour ha tomado por su cuenta grabar ese tipo con esa maestría especial que hace del grabado un arte bello y no un mecanismo industrial, y se comprenderá la importancia que damos al dibujo y al grabado que publicamos en el presente número.

AL SALIR DE LA IGLESIA

Tiene esta composicion cierta tranquilidad embelesadora: diríase que esas viejas encinas infunden respeto y que, cruzando por debajo de esa arcada de ramas, puede uno entrar en el presbiterio perfectamente dispuesto para la elevacion del alma á Dios, como si el mundo estuviera léjos, muy léjos, del que, en aquel bendito interior, eleva su pensamiento al cielo en las místicas alas de la oracion.

UN RECUERDO DE ROMA, dibujo por Marqués

Supongamos que ese bello dibujo se publica sin título ó epígrafe, es decir, que nuestros queridos favorecedores ignoran que esa vista es un apunte de la *Ciudad Eterna*.

Cualquiera ha de creer que ese callejon inmundo y vetusto forma parte de una aldea de mala muerte. Tan triste y miserable es su aspecto.

Pues eso es Roma, la ciudad de los Césares, la metrópoli de la vía Appia que tenia panteones como palacios y palacios como ciudades; la Roma del Foro á donde acudia Ciceron con sus clientes; la Roma del Capitolio que remontaban los triunfadores, á cuyo carro iban sujetos reyes encadenados, cual si fueran comparsas de un espectáculo teatral; la Roma del Circo, que hoy se convertia en bosque para cazar en él miles de leones y panteras, y mañana se convertia en mar para dar en sus aguas representaciones vivas de combates navales; la Roma de las Carreras, cuyo premio se disputaban carros de marfil y oro, arrastrados por cuadrigas de cuyos arneses se desprendian corales y esmeraldas...

¡Pobre Roma de Augusto y de Tito!... ¿Qué ha pasado por tí que tal te encuentras?

Pues es muy sencillo: han pasado años.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

CONSULTANDO EL ORÁCULO, cuadro por J. W. Waterhouse

Entre las sacrílegas farsas de una religion fundada en las más absurdas supersticiones, la del oráculo se generalizó de tal suerte, que diez y nueve siglos de cristianismo no han bastado para destruirla del todo.

Hoy, empero, esa farsa se ha simplificado considerablemente.

Compárense las modernas profesoras de cartomancia con la pitonisa de nuestro cuadro, y la diferencia resalta á la simple vista.

Hay algo, empero, que resalta más, y es la imperdonable necedad del público que acude á las sesiones del oráculo moderno.

Siquiera las sacerdotizas antiguas cuidaban de herir, de impresionar la imaginacion de sus devotos: las pitonisas de nuestros dias lo fian todo de la incomprensible credulidad de sus clientes.

El caballo de oros ó la sota de bastos hablan á esa credulidad ni más ni ménos que habló hace tres mil años la dorada cabeza del oráculo de Delfos.

Todo ha progresado en el mundo, todo... ménos las tragaderas de los tontos.

SOLITA

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuacion)

Esta blasfemia sólo era tolerable á un abuelo que estaba enamorado de su nieta, y para él, aunque buen cristiano, no existia otra ortodoxia que adorar á Solita.

Aurelio, por su parte, se sentia orgulloso de aquella discípula que le llamaba padre.

En las grandes reuniones de la aristocracia, donde llevaba con frecuencia á Soledad, siempre era recibida con un grito de entusiasmo.

Sus admiradores decíanse que Solita cantaba tan bien ó mejor que la Patti, y que si se dedicaba al teatro obtendria un éxito brillante y un gran porvenir.

Así las cosas, se dispuso un concierto en el teatro Real á beneficio de una de esas muchas calamidades que de algun tiempo á esta parte afligen á la pobre España.

Aurelio se comprometió á que su discípula, á quien habia dado su apellido y llamaba hija, cantara dos piezas, un aria de *La Africana* y un duo de tenor y tiple de *Los Hugonotes*.

Llegó la noche del concierto; el teatro Real se hallaba resplandeciente como acontece siempre que se dan cita en él la aristocracia de la sangre, de la banca y del talento.

Aurelio dirigia la orquesta; el pobre D. Antonio, á pesar de sus muchos años, quiso oir á su nieta, porque estaba seguro de su éxito; por complacerle se le permitió ocupar una silla en la orquesta.

Soledad salió á la escena con la desenvoltura, las elegantes maneras y la serenidad de una artista consumada.

Al verla tan hermosa, el público formuló una de esas exclamaciones que envian á la escena una oleada de felicidad y de gloria, tan grata siempre al corazon de los artistas que la reciben.

Cantó primero el duo de tiple y tenor de *Los Hugenotes;* su admirable escuela, su voz simpática, sus modales se apoderaron del público que la tributó una ovacion estrepitosa.

Tuvo que repetir el duo y la llamaron á escena diez veces.

Don Antonio, desde su silla de la orquesta, aplaudia, lloraba y reia, empleando todos los tonos propios del entusiasmo, del cariño, del amor y de la ternura.

—¡Sublime!... ¡divina!... ¡inimitable!... ¡Oh! es un ángel!... Nunca se ha oido nada mejor en este teatro.

Esto decia el pobre viejo, verdaderamente conmovido, á los profesores que se hallaban á su lado.

En cuanto á Aurelio, sentado en el sillon de director, pálido por la emocion y con la batuta en la mano, sentia circular por todo su sér una de esas satisfacciones que sólo experimentan los artistas á quienes aplaude el público con frenesí

Un millonario, por muchos millones que tenga, no comprende estas emociones, pero un cantante, un músico, un poeta, un actor, las aprecian en lo que valen, aunque su destino sea vivir sobre la tierra careciendo de lo que le sobra al millonario.

Solita, en el aria, tuvo tanto ó más éxito que en el duo. El público, de pié, no se contentaba con aplaudir; la victoreaba tambien.

Soledad, desde la escena, con los ojos llenos de lágrimas y la boca llena de sonrisas, manifestaba su agradecimiento de un modo distinguido y elegante y sin ninguna de esas exageraciones rutinarias que desgraciadamente suelen verse en el teatro con frecuencia.

La escena se cubrió de flores, de coronas, y entónces Solita, cogiendo dos coronas, las que la parecieron mejores, y acercándose á la orquesta, le entregó una al maestro Valflorido y otra al viejecillo profesor de violin, don Antonio Escudero.

Este rasgo de cariño filial, dedicado á sus maestros, electrizó al público que pidió á grandes voces que se presentaran en escena.

Aurelio se levantó trémulo de felicidad y saludó á los espectadores desde su sillon; el pobre viejecillo se levantó tambien, pero tan conmovido estaba, que tuvieron que sostenerle de los brazos dos de sus compañeros.

—Ahora, ahora deberia morirme,—murmuró el viejecillo apretando la corona, que le habia dado Soledad, sobre su pecho.

Al dia siguiente todos los periódicos de Madrid colocaron á Soledad Valflorido al lado de las primeras tiples de Europa, augurándola un brillante porvenir si se dedicaba al teatro.

En el comedor de la casa de la calle de Isabel la Católica se hallaban almorzando Aurelio, D. Antonio y Solita.

Habian leido muchos periódicos y hablaban, como era natural, del triunfo alcanzado la noche pasada.

—Hija mia;—dijo el maestro Valflorido—los aplausos, los bravos, las coronas y las flores de anoche y los periódicos de hoy acreditan que eres una esperanza artística. Si te gusta la gloria, el teatro es tu templo.

—Ah, padre mio, á V. y á mi abuelito lo debo todo, porque Vds. con tanta paciencia, con tanta perseverancia como amor, me han enseñado lo poco que sé. Si he de decir lo que siento, si he de confesar la verdad, confesaré que anoche fuí verdaderamente feliz sobre la escena y no me disgustaria seguir la carrera.

—Pues bien, serás cantante, pero para eso es preciso que vayamos á Italia y que hagas tu *debut* como tiple en teatro de la Scala y que te perfecciones en la hermosa lengua del Dante.

—¡Oh! gracias, padre mio, gracias; es V. el mejor de los hombres,—exclamó Solita dando expansion á su entusiasmo.

Pero en aquel instante observó que su abuelo habia dejado de sonreirse y se ponia triste.

—Tengo una exigencia,—añadió.

—¿Cuál, hija mia?

(Continuará)

LOS MARES

El Océano, esa enorme masa de agua que se extiende sobre las tres cuartas partes del globo, poco más ó ménos, y cuyo nombre despierta tantos recuerdos y pensamientos, tiene una importancia muy notable en la economía de la naturaleza. Barrida por los vientos, su vasta supeficie absorbe sin cesar los gases nocivos que flotan en la atmósfera y sepulta en su seno los restos que llevan las corrientes, devolviendo luégo las aguas purificadas, bajo la forma de vapores que caen sobre la tierra resolviéndose en lluvia, en nieve ó en rocío. Estas aguas vuelven al Océano por los canales de los rios, y así se establece ese círculo eterno, perpetuo, ese viaje sin fin merced al cual siempre sirven aquellas para mantener y renovar la vida orgánica en el globo, proporcionando al mismo tiempo el comercio de los pueblos que no están separados sino en apariencia, pues los caminos marítimos son hoy más importantes que los de tierra.

Uno de los rasgos más característicos del mar, es su continuidad, y exceptuando algunos depósitos interiores, abandonados en medio de los continentes, tales como el mar Caspio, el mar Muerto, etc., puede decirse que el mar es uno é indivisible.

La profundidad media no se conoce con exactitud: seria difícil explicar ciertos fenómenos que se observan en el movimiento de las mareas sin admitir que aquella es cuando ménos de siete kilómetros, pues si bien es verdad que muchos sondeos ejecutados en alta mar dieron resultados inferiores á ese límite, otros le dieron en cambio mucho mayor, y en ciertos casos, doce ó quince kilómetros de la cuerda de sonda han desaparecido en el agua sin que se tocara el fondo. Admitiendo que seis y medio kilómetros representan por término medio la profundidad del Océano, Sir Juan Herschel ha calculado que el volúmen de sus aguas excede de tres millones de miriámetros cúbicos, y que su peso total es de tres millones de trillones de toneladas (1); de modo que este peso total representa la 2000ª parte de la masa de la tierra.

El color del mar varía mucho, al ménos en apariencia: segun el testimonio de un gran número de observaciones, el Océano, visto por reflexion, presenta un tinte azul de ultramar, ó azul muy vivo; cuando el aire es puro, la superficie tranquila de las aguas tiene un color más brillante que el del cielo, pero cuando este se encapota, las olas adquieren un color verde oscuro, sobre todo si el mar está agitado. Al ponerse el sol, la superficie líquida parece iluminarse con visos de púrpura y esmeralda.

Es tambien de notar el magnífico fenómeno de la *fosforescencia del mar*, que se manifiesta con frecuencia en el Océano Indico, en el golfo de Suecia, en el de Arabia, etc.

Este fenómeno es debido á la presencia de una multitud de moluscos y zoófitos que brillan con su luz propia; esos séres emiten un flúido tan susceptible de expansion, que cuando nadan dejan sobre el agua rastros brillantes que se extienden con suma rapidez. Uno de las más notables de esos animalillos es una especie de *Pyrosoma* que tiene la forma de una bolsa mucosa, de una pulgada de longitud, y la cual, arrojada sobre el puente de un buque, despide tanta luz como un hierro enrojecido.

El agua del mar es esencialmente *salada*, es decir, que contiene un gran número de sales minerales y algunos otros compuestos, los cuales la comunican un gusto desagradable, impidiendo que pueda utilizarse para los usos económicos. En ella se encuentran todas las materias solubles que se hallan en el globo, pero principalmente el cloruro de sodio, ó sal marina, y los sulfatos de magnesio, de potasa y de cal. El agua del mar contiene más de 3 por 100 de su peso de materias disueltas, y á continuacion podrán verse los análisis exactos de ella. El que se hizo con cierta cantidad recogida en el Havre en 1847, dió el siguiente resultado por un litro de agua:

Cloruro de sodio.	25,704	gramos
Id. de magnesio.	2,905	»
Sulfato de magnesio.	2,462	»
Id. de cal.	1,210	»
Id de potasa.	0,094	»
Carbonato de cal.	0,132	»
Silicato de sosa.	0,017	»
Bromuro de sodio.	0,103	»
Id. de magnesio.	0,030	»
Oxido de hierro, carbonato y fosfato de magnesio y óxido. . . .	*Vestigios.*	
TOTAL.	32,657	gramos

El agua del Mediterráneo está más cargada de sales que la del Océano: hé aquí cuál es, segun el químico M. Usiglio, la composicion de un litro de agua del primero de estos mares:

Cloruro de sodio.	29,524	gramos
Id. de potasio.	0,405	»
Id. de magnesio.	3,219	»
Sulfato de magnesio.	2,477	»
Cloruro de calcio.	6,080	»
Sulfato de cal.	1,557	»
Carbonato de cal.	0,114	»
Bromuro de sodio.	0,356	»
Peróxido de hierro.	0,003	»
TOTAL.	43,735	gramos

Segun la cantidad de sal marina contenida en un litro de agua del Océano, se deduce que si se extendiese en el globo la que hay en todos los mares, formaria una capa de más de diez metros de altura.

El agua del mar es más densa que la dulce, y se ha observado que es ménos salobre hácia los polos que bajo el Ecuador, y mucho más, por lo general cuanto más lejana está la

(1) Una tonelada pesa mil kilógramos.



CONSULTANDO EL ORÁ



CULO, CUADRO POR J. W. WATERHOUSE

tierra y mayor es la profundidad; notándose asimismo que los mares interiores, tales como el Báltico, el mar Negro, el mar Blanco, el de Mármara y el Amarillo, tienen las aguas ménos saladas que las del Océano, debiéndose exceptuar de la regla el Mediterráneo, segun lo dicho ántes, pues este último tiene más sales que el Océano. Semejante diferencia se explica, admitiendo que la cantidad de agua dulce que le llevan los rios, es inferior á la que pierde por la evaporacion, y es probable que el Mediterráneo vaya siendo cada vez más salobre á no ser que desagüe en el Océano por una contra-corriente dirigida de Este á Oeste, debajo de la que viene del Atlántico por el estrecho de Gibraltar.

El mar Negro, cuyas aguas no tienen sino una densidad de 1'013, recibe por el contrario de los rios más agua dulce de la que abandona en forma de vapores; las aguas del Océano son doblemente saladas que las de este mar.



Al salir de la iglesia

El mar de Azoff y el mar Caspio lo son mucho ménos que el mar Negro.

En los lagos cerrados que no tienen salida alguna, como el mar Muerto, el de Aral, etc., las aguas son mucho más saladas, y numerosos experimentos han demostrado que las del primero tienen seis veces más sales que las del Océano, siendo su composicion la siguiente:

Cloruro de sodio.	110,03	gramos
Id. de potasio.	1,06	»
Id. de magnesio.	16,96	»
Id. de calcio.	6,80	»
Sulfatos de sosa, de magnesio y de cal.	2,38	»
Carbonatos terrosos.	9,53	»
Sílice y materia orgánica.. . .	2,00	»
Bromuro azoado y óxido de hierro.	*Vestigios*	
TOTAL.	148,71	gramos

MM. Boutron y O. Henry han verificado este análisis despues de la estacion de las lluvias, en el mes de abril de 1850, haciendo el experimento á unas dos leguas de la embocadura del Jordan; su densidad era entónces de 1'10.

Nuevos análisis del agua del mar Muerto, hechos en el mes de abril de 1862, cerca de la embocadura del Jordan, por M. Roux, han dado doscientos gramos de sales por litro, resultando que ningun agua mineral, si se exceptúa la del lago salado de Utah, se halla tan cargada de sustancias salinas. La cantidad de bromuro de magnesio es de 0,35 por litro, y segun esto, el agua del mar Muerto podria considerarse como el más rico yacimiento natural de bromuros, que suministraria estas sales con abundancia á la medicina.

Las aguas del gran lago de Utah y las del lago Ourmiah, en Persia, son extraordinariamente salobres, y en este último, así como en el mar Muerto, la proporcion de sales es seis veces mayor que en la del Océano, de tal modo, que puede sobrenadar un hombre sin hacer el menor movimiento.

Muchos de nuestros lagos de agua dulce eran probablemente salados en un principio, pero han ido perdiendo poco á poco esta cualidad por la mezcla de sus aguas con las de los rios que los atraviesan.

El Océano Pacífico y el mar de las Indias están sembrados de islas en vía de formacion, que deben su orígen á los políperos y á los corales. Todos estos zoófitos retiran de las aguas del mar la cal y la sílice que se encuentran en el estado de sales solubles; para crecer y desarrollarse necesitan estar constantemente bañados por las olas, y producen sin cesar depósitos calcáreos, los cuales se acumulan rápidamente, acabando por elevarse hasta flor de agua. Entónces es cuando los restos de toda especie, arrastrados por las aguas y detenidos por aquellas masas emergidas ó islotes nacientes, se depositan en ellos y los cubren de una capa de tierra fértil donde no tarda en desarrollarse la vegetacion, gracias á las simientes que el mar y las aves transportan más tarde. Así es como se forman en el Océano Pacífico las islas de coral.

Sucede casi siempre que las partes más elevadas de los islotes de coral que van surgiendo simultáneamente, se reunen y forman un círculo anular cuyo centro es un pequeño lago, en el cual se encuentra un gran número de conchas que producen las perlas y el nácar.

Con el tiempo se va ensanchando esa faja lateralmente; las aberturas por donde entraban las aguas de las lagunas interiores se cierran, y cuando el pequeño lago se ha cegado ó secado, la isla toma poco á poco el aspecto de las ordinarias.

M. Darwin ha hecho una descripcion muy interesante de los islotes de la Sonda, y tomaremos de ella algunos detalles acerca de sus formaciones extraordinarias.

Creíase en otro tiempo que la estructura circular de los arrecifes de coral era debida á los antiguos cráteres volcánicos, bajo los cuales elevan sus edificios los políperos. pero esta teoría no está de acuerdo con los hechos, y por lo general es difícil creer en la existencia de un levantamiento volcánico del terreno, considerándolo como base de las formaciones madrepóricas, pues los políperos no pueden vivir á poca profundidad del agua, y no es admisible que el fondo del mar se haya elevado hasta llegar á semejante nivel, uniforme en todas partes. Es por lo tanto más probable que los cimientos de las islas de coral no sean sino levantamientos naturales del fondo del mar, montañas sumergidas y poco distantes del nivel del agua, de las que toman posesion los políperos para construir sus edificios.

Lo que hay de singular en esto, es que las barreras de coral que bordean las costas se halla siempre separadas por un gran canal, análogo á las lagunas de los islotes, y de uno á veinte kilómetros de anchura. En la isla de Borabora, la barrera se transforma en tierra, pero la línea blanca de las enormes rompientes, donde se hallan diseminados aquí y allá pequeños islotes bajos, coronados de cocoteros, separa el sombrío Océano de la plácida superficie del canal interior, cuyas límpidas aguas bañan las tierras de aluvion, cubiertas de una rica vegetacion tropical. Esa faja matizada se extiende al pié de las agrestes y escarpadas montañas del centro.

El vulgo, y tambien muchos sabios, se han preguntado con frecuencia, sin encontrar una contestacion satisfactoria, de dónde proviene la sal disuelta en tan grandes cantidades en el Océano, ó en otros términos, en qué consiste que sean salobres las aguas del mar.

En los primeros tiempos de nuestro planeta, ántes que los vapores de agua contenidos en la atmósfera primitiva se hubieran condensado y comenzaran á caer en lluvias hirvientes sobre el globo, la costa terrestre encerraba una variedad infinita de materias minerales heterogéneas, solubles las unas en el agua é insolubles las otras, y cuando esas lluvias cayeron por la primera vez sobre la abrasadora superficie de nuestro planeta, las aguas se apoderaron de todas las sustancias solubles, acumulándose despues en las grandes depresiones del terreno. Hé aquí cómo empezaron á formarse los mares del globo primitivo, que no eran otra cosa sino las aguas pluviales reunidas en una vasta cuenca, que tenian en disolucion todo lo que la tierra, lavada por las lluvias, les habia cedido. La sal marina, los sulfatos de sosa, de magnesia, de potasa, de cal, la sílice en estado de silicato, y en una palabra, todas las materias solubles que nuestro globo puede producir, formaban el contingente mineral de las aguas. Si se reflexiona ahora que desde los tiempos geológicos hasta nuestros dias no ha cambiado nada en las leyes generales de la naturaleza; si se considera que las sustancias solubles contenidas en el agua de los mares primitivos han permanecido en ellos porque no son volátiles, y que el agua dulce de los rios reemplaza constantemente á la que desaparece en vapores del seno de los Océanos, se explicará fácilmente la causa de ser salobres las aguas del mar. Sencilla es por demás esta teoría, pero no la hemos encontrado formulada en ninguna parte. El cloruro de sodio no es, en efecto, la única sustancia disuelta en el agua del mar, pues en esta se encuentra á la vez una infinidad de sustancias minerales, ó mejor dicho, todas las *sales solubles* del globo, así como tambien los metales, aunque en dósis infinitamente pequeñas, segun hemos dicho ya, lo cual debia ser necesariamente así si se consideran las sustancias salinas del mar como el producto de la lixiviacion general del globo, operada en los tiempos geológicos. Si el pedagogo Jacotot ha podido decir: *Todo está en el todo*, nosotros tambien diremos, pero más concretamente: Todo lo que es soluble se encuentra en el mar.

La configuracion del fondo del mar es aún muy poco conocida, pero se puede suponer con bastante motivo que no difiere en mucho de la de los continentes, pues el mar puede considerarse como uno de estos sumergido, y por lo tanto, su cuenca debe tener valles, mesetas y altas montañas cuyas cimas forman islas.

Todo induce á creer que el mar tiene una profundidad prodigiosa en los parajes cercanos al polo Sur, y algunos sondeos aislados confirmarian esta opinion si se pudiesen considerar como exactos. El capitan Ross ha dejado bajar el plomo á los 68° de latitud Sur, hasta la profundidad de cuatro mil brazas (siete mil trescientos metros), sin alcanzar el fondo; el capitan Denham, del buque inglés el *Heraldo*, lo encontró á catorce mil metros en el Océano Atlántico meridional, y por último, el teniente Parker, de la fragata americana el *Congreso*, echó la sonda en los mismos parajes, y dejó bajar el plomo á la profundidad de cincuenta mil piés ingleses (quince mil doscientos cuarenta metros) sin hallar fondo alguno.

Se pregunta con frecuencia que para qué sirve sondear las grandes profundidades, pero á esto se podria contestar como Franklin al hablar del descubrimiento de los globos aerostáticos: *¿De qué puede servir el niño que acaba de nacer?* Cada hecho físico es interesante por sí mismo; forma un eslabon destinado á reunirse más pronto ó más tarde con otros para conducirnos al descubrimiento de alguna verdad útil, y por lo que hace á la importancia de los trabajos hechos con la sonda, se han tocado ya los beneficios respecto á la colocacion de cables submarinos, y sobre todo, á la inmersion de los diferentes cables trasatlánticos.

En el fondo del Atlántico hay una meseta notable, que se extiende desde el cabo Raz, en Terranova, hasta el cabo Clear, en Irlanda, en una distancia de tres mil kilómetros de longitud por setecientos de anchura, y la profundidad se calcula por término medio en tres ó cuatro kilómetros. En esa *meseta telegráfica*, como se la ha llamado, fué donde se depositó en 1858 el gran cable trasatlántico, y habiéndose explorado la superficie repetidas veces con la *sonda de Brooke*, reconocióse que el fondo del mar se compone principalmente de conchas microscópicas calcáreas *(Foraminíferos)*, y de un escaso número de conchas silíceas *(Diatomacea)*. Unas y otras, muy delicadas y frágiles, forman espesas capas en el fondo del mar, y el haberse recogido con la sonda una infinidad de ellas en estado de perfecta conservacion, prueba que el

agua está tranquila en aquellas profundidades.

El percance que se experimentó en 1858 al poner el cable telegráfico submarino trasatlántico, no se debe achacar por lo tanto á la agitacion de las olas, sino á las corrientes de induccion producidas por el contacto de la armadura metálica del cable, compuesta de alambres de hierro y de cobre, destinados á dar paso á la corriente.

La primera exploracion de la meseta telegráfica fué emprendida por el brik americano el *Delfin*, que echó las sondas de cien en cien millas hasta la costa de Escocia, dirigiéndose despues hácia las Azores, al norte de las cuales se encontró el fondo á dos mil metros, miéntras que al sur de Terranova se hallaron más de cinco kilómetros de profundidad.

Se ha creido durante mucho tiempo que el nivel del mar Rojo era más elevado que el del Mediterráneo, y que el del Océano Pacífico en Panamá, tiene un metro más de altura que el nivel medio del Atlántico en Chagres, asegurándose asimismo que en pleamar, la diferencia es de cuatro metros y de dos en la marea baja, pero se ha provado evidentemente que es un error, por lo que hace á la diferencia de niveles del mar Rojo y del Mediterráneo, y las mediciones efectuadas para la apertura del istmo de Panamá prueban que se habia incurrido tambien en una equivocacion respecto al Océano Pacífico y al Atlántico.

La temperatura media en la superficie del mar difiere muy poco de la del aire miéntras las corrientes no ejercen su influencia perturbadora, mas parece que en los trópicos, la superficie del agua tiene más calor que el ambiente.

Las corrientes que surcan el mar ofrecen un contraste notable con la inmovilidad de las aguas cercanas; son una especie de rios caudalosos, de una anchura determinada, cuyas orillas están formadas por las aguas en reposo, y cuyo curso es á veces muy visible, gracias á los restos de las algas y de otras plantas acuáticas que arrastra la corriente.

La corriente equinoccial del Pacífico atraviesa el Gran Océano en toda su longitud, y despues se bifurca delante de la costa de Asia; su brazo más pequeño se dirige hácia el Norte, donde encuentra la corriente polar que desciende por el estrecho de Behring, y luégo vuelve por la costa de Méjico. El brazo más considerable sé desvia en direccion al Sur y da la vuelta á la Australia, pero aquí se encuentran una ó más contra-corrientes que vienen del mar de las Indias, las cuales son muy peligrosas, segun aseguraron Cook y La Peyrouse.

UN RECUERDO DE ROMA, dibujo por Marqués

Las aguas frias del polo Antártico son llevadas hácia el Ecuador por tres grandes rios oceánicos: el primero se divide á los 45°, y un brazo va á doblar el Cabo de Hornos, miéntras que otro *(la corriente de Humboldt)* remonta la costa de Chile hasta el Ecuador, y templa el cálido clima de aquella república y del Perú; una segunda corriente, muy considerable, se dirige por el Cabo de Buena Esperanza, del cual se separa para subir á lo largo de las costas orientales y occidentales de Africa.

La corriente polar del Océano Indico sigue la costa de Australia, inclinándose primero por el Oeste y luégo por el Sur, en la direccion de Madagascar, pero luégo es rechazada por la corriente polar que viene por la parte del Cabo de Hornos. Así es como las aguas calientes del golfo de Bengala, impelidas por la corriente India, circulan entre el Africa y la Nueva Holanda.

Los *manzones*, que reinan en el mar de las Indias, complican aún más ese régimen de corrientes con las que se llaman periódicas, y de las cuales no trataremos aquí.

Hemos hablado ántes de una corriente submarina que debe llevar las aguas del Mediterráneo al Océano, y añadiremos ahora que se deduce su existencia de un cálculo por el cual se ha reconocido que la cantidad de agua salobre que proviene de la corriente superior del estrecho de Gibraltar, es de doce miriámetros cúbicos al año, miéntras el agua dulce que llevan los rios no figura sino por uno, y la que se pierde en evaporacion es de dos, de modo que habria un exceso anual de once miriámetros cúbicos si no se restableciese el equilibrio con una corriente submarina.

Los tenientes Walsh y Lee, de la marina americana, han hecho interesantes experimentos en las corrientes inferiores: en uno de ellos prepararon un trozo de madera de tal modo que pudiera hundirse á varios centenares de brazas, y al extremo de la cuerda que lo sujetaba se ató un barril vacío, bastante fuerte para sostener el peso, el cual se dejó flotar sobre las olas. Entónces, ofrecióse á la vista de los tripulantes un espectáculo extraordinario, pues se vió cómo marchaba el pequeño barril contra el viento y las olas con una notable velocidad; los marineros lanzaban exclamaciones de sorpresa al observar cómo se alejaba el aparato, cual si lo arrastrara algun monstruo marino, y áun hubo algunos que estaban atemorizados. La celeridad del barril era evidentemente igual á la diferencia que existe entre la de la corriente superior y la inferior.

En el mar de las Antillas se puede á veces amarrar un buque por el mismo medio en el centro de una corriente.

En el Sund se ha reconocido desde hace mucho tiempo una doble corriente superior é inferior.

En otro artículo trataremos de desarrollar la teoría de las mareas.

A. A.

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentacion*, 2 tomos.—*Escultura y Glíptica*, 1 tomo.—*Pintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



Año IV — BARCELONA [illegible] DE ABRIL DE [illegible] — Núm. 17[illegible]

[illegible]

TIPO DE BELLEZA (reproduccion fotográfica por el método Meisenbach)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

TIPO DE BELLEZA

(reproduccion fotográfica por el método Meisenbach)

Tocóle el turno á una rubia. No sabemos por qué las rubias están algo preteridas cuando se trata de mujeres hermosas.

O mejor dicho, demasiado sabemos el por qué de esa desproporcion entre rubias y morenas. La hija del mediodía llama la atencion desde el momento en que la llaman sus ojos. Unos ojos negros, rasgados, brillantes, nadando en ese flúido peculiar á las mujeres de sangre ardiente, disimulan muchas imperfecciones. Las morenas subyugan, se imponen.

Con las rubias sucede todo lo contrario; es preciso que la perfeccion de cada una de las partes dé por resultado un conjunto perfecto, absolutamente armónico, en que no desentone una sola de las notas. Su expresion general es dulce, modesta, cual de víctima predestinada. La rubia es la violeta que se oculta; la morena es el clavel que se yergue como orgulloso de sí mismo.

En una palabra; para ser rubia y hermosa hay que ser rigurosamente hermosa; intachablemente hermosa, tan hermosa como el tipo que hoy publicamos.

EN EL GABINETE DE SU EXCELENCIA, cuadro por Max Volkhardt

Esta composicion es notable no sólo por el carácter y buena disposicion de los personajes, sino por la riqueza de sus detalles y accesorios. Sin grande esfuerzo se echa de ver que S. E., ó sea el ministro, es el mariscal que permanece sentado: él es quien, al parecer, habla más fuerte, él quien se acompaña con movimientos más enérgicos é imperativos, él quien afirma con la mano diestra y amenaza con el puño izquierdo. En su arrogante porte, en su mirada altiva, en su actitud de hombre verdaderamente superior, se descubre al ministro omnipotente, al favorito de la fortuna, al conde que paga que es el verdadero conde.

Sin embargo, sus interlocutores no son ranas, como suele decirse. De seguro que no pertenecen á la humilde clase de los pretendientes. Y pues sus trajes y fisonomías son enteramente civiles y no parecen amilanados ante la imposicion del sable, cuyo poderoso elemento representa S. E.; hemos de afirmar que los interlocutores del ministro deben ser dos grandes capitalistas, dos grandes banqueros, cuyo concurso es indispensable para llevar á cabo alguna empresa que dé ocasion de hablar á las cancillerías.

En términos vulgares, S. E., prudente hombre de estado y entendido general, negocia un prosaico empréstito y trata de excitar la fibra del patriotismo en el corazon de los acaparadores del dinero. ¡Inútil empeño, Excmo. Señor! La banca no se entusiasma fácilmente ante la idea de unas cuantas banderas enemigas colgadas en el altar de la patria; los pesos duros pertenecen á una familia tan bien unida que únicamente se encariñan entre hermanos y parientes inmediatos.

Tal es la impresion que nos causa este lienzo: su autor ha ejecutado el asunto sin esfuerzo y sin exageracion: es un enigma de buen género que se descifra con cierta facilidad, gracias á la precision de su forma.

EL CAMPO, dibujo por J. R. Wehle

Hé aquí una preciosa composicion en la cual, cosa nada comun, ni las figuras hacen desaparecer el efecto del paisaje, ni éste resalta á expensas de los personajes, que generalmente no pasan, en tales cuadros, de ser unos simples adornos, unos complementos para animar á una naturaleza, cuyo movimiento no es apreciable para nuestros sentidos. Hay en esas tiernas criaturas dósis suficiente de candor, de juventud, de placer, y el autor ha demostrado al dibujarlas que simpatiza con su bello idilio. A su vez en el campo donde este tiene lugar, hay sol, aire, luz, perfecto conocimiento de los términos, hasta perderse en un horizonte tranquilo, bañado por los postreros rayos del sol de junio.

A la vista de tan apacible escena se siente uno inclinado á acusarse á sí mismo y calificarse de necio por no correr á ese sitio, al cual no llegan ni los aires mefíticos de la ciudad, ni las tunantadas del mundo, más mefíticas que esos aires. La niñez que es más espontánea en sus inclinaciones y no sujeta sus actos á esas ambiciones de toda suerte que matan lentamente á los vecinos del gran mundo; los niños, decimos, aman el campo: los de nuestro cuadro respiran salud y bienestar. ¡Bien merecen solazarse al aire libre aquellos que parecen destinados á respirar el nauseabundo ambiente de esas grandes cárceles que se llaman ciudades de primer órden!..

Así lo entienden los extranjeros que, á medio poder, salen al campo siquiera los dias de asueto. En España está ménos generalizada esta costumbre; pero esto seria un argumento cuando nuestros hijos no fueran, por regla general, los más débiles y entecos de los pueblos cultos.

UN DIA DE GALA EN HAMPTON COURT

Hampton Court es, ó mejor dicho, era un lugar de esparcimiento y recreo para los habitantes de Lóndres, muchos de los cuales, recordando las costumbres de otros tiempos, no dejan de hacer aún sus excursiones á aquel sitio ameno y pintoresco en que respiran un aire muy diferente del que pesa sobre la capital y se ven momentáneamente libres del bullicio que en ella reina. En épocas no muy lejanas las autoridades de la gran metrópoli acudian tambien á Hampton Court á celebrar los dias de gala y públicos regocijos, representando nuestro grabado un episodio de estas fiestas, en el que el Lord Mayor baja de Lóndres en un elegante esquife, lleno de adornos dorados y prolijas labores, que se reflejan en las mansas aguas del renombrado Támesis.

AQUILES HERIDO, estatua en mármol por Ernesto Herter

En la mitología griega es Aquiles la deificacion del valor. Y sin embargo, el valor de Aquiles, rectamente juzgando, no pasó de ser otra de tantas monedas que circulan sin que nadie se tome la molestia de contrastarlas. Veamos lo que se llama su historia.

El héroe nació de Peleo y Thetis: apénas venido al mundo, su madre le sumergió por completo en la Estigia lo cual, mediante el empleo de cierta fórmula sacramental, hacia su cuerpo invulnerable en cuantas partes fueran bañadas por el agua de la famosa laguna. Siendo así, nada más fácil que ser valiente, toser fuerte y dar que hablar á las gacetillas de los periódicos, si los habia cuando la guerra de Troya. Ello, empero, no todo fueron laureles para Aquiles; Agamemnon le despojó de su querida y Páris le dió la muerte de un saetazo que le hirió en un tendon del tobillo, precisamente en el punto por donde le tenia cogido su madre cuando le bañó en las aguas de la inmortalidad.

La hermosísima estatua de Herter representa al héroe griego en el momento de clavársele la saeta fatal. La expresion del semblante, la actitud del personaje, toda la parte anatómica de la figura, están ejecutadas con un vigor y talento de primer órden. Lo único que no encontramos conforme con la tradicion es la vestidura y sobre todo el casco de Aquiles. Este recibió la muerte en el acto de ir á desposarse con la hija del rey Priamo para cuya ceremonia tenian los griegos un traje especial.

Segun Diderot, la ficcion de Aquiles, ó sea del héroe vulnerable solamente en un punto de su cuerpo, es el símbolo de lo que ocurre con todos los hombres extraordinarios. Por perfectos que sean, por grandes que hayan sido sus esfuerzos para sobresalir entre los demás hombres, siempre han tenido un punto flaco, y siempre, tambien, es un chisgaravis, un miserable como Páris, quien descubre ese punto mortal.

ACUARELA

La picó: saco miel, fuése volando

Madrigal.

I

Los frescos pámpanos frondosos y las hojas, de un verde oscuro, de las enredaderas, salpicadas de campanillas azules, blancas y violáceas, se abrazaban apretadamente á la escueta armadura de hierro que dibujaba, con matemática exactitud, el contorno de una galería embovedada alrededor del jardin. En una tarde del hermoso mayo, como esta de que vamos á hablar, era una delicia estar allí. Veíanse como estrellitas azules, oscilando temblorosas, por entre los resquicios de trasparente esmeralda del follaje: el cielo no podia traslucirse de otro modo, en aquel sitio, cobijándose bajo la fresca bóveda de aquella frondosa enramada.

Las industriosas abejitas lucian sus dorados anillos, con una indiferencia que hacia el elogio de su natural elegancia, volando de acá para allá, sin miedo á tratados de comercio ni á carabineros de aduanas, en busca de la primera materia con que fabrican su exquisita miel; los jilgueros practicaban el más inocente y deleitoso de los sistemas parlamentarios, sin reglamentos ni presidentes, ocultos en la copa de los árboles y charlando más que vecinas curiosas en casa de corredor; ensayaban imprevistas melodías los ruiseñores; andaban murmurando, Dios sabe de quién, los arroyuelos en cuyos cristales se miraban las rosas y las amapolas con una insolencia y vanidad sin ejemplo; el vientecillo suave no dejaba en paz á las flores, rizaba los tallos verdes de las espigas, jugueteaba con las hojas de los lirios, revoloteaba en las ramas de los árboles, columpiaba los pámpanos del emparrado, sacudia las corolas de las campanillas azules, trenzaba los cristales de las aguas, pulverizaba los hilos finísimos de agua de los surtidores de las fuentes y hacia bailar á las margaritas silvestres y á las amapolas, discurriendo traviesamente de acá para allá, por aquel encantado recinto, sin tino y sin sosiego, de suerte, que el vaiven de las azucenas se confundia con el vuelo caprichoso de las blancas mariposas.

¡Figúrense ustedes qué picardías haria el calaverilla vientecillo al tropezar, bajo la bóveda de pámpanos y enredaderas, con la figura interesante de la señorita doña Aurora de Pardamonte! ¡No es para contado! Tenia atrevimientos tan reprensibles como los de dejar al descubierto los lindos piececitos de la jóven, primorosamente encerrados en unas chinelas no tan discretas como fuera de apetecer, puesto que permitian que se viera el color ceniciento de las medias de raso. Se permitia rectificar el exquisito perfil de aquel cuerpo que ceñia una bata de color de nieve salpicada de lazos rojos. El muy irreverente posaba sus dedos invisibles sobre la frente purísima y tersa de Aurora y trazaba caprichosas curvas con los hermosos rizos de aquel cabello, negro y sedoso, y hasta se tomaba la licencia de mover las pestañas de aquellos párpados de rosa nacarada, ni más ni ménos que si fueran cuerdas microscópicas de un arpa liliputiense. Y la llevaba á los oídos todos los ruidos, cantos y rumores del jardin; se permitia besar aquellos labios semejantes á un clavel cuajado de rocío...

En tanto que Aurora soñaba despierta, víctima de una pesadilla, dejando vagar su espíritu por el espacio inmenso de los sueños juveniles...

II

¿Quién era Aurora? Una jóven, niña aùn por el candor inocente y sencillo de sus pensamientos. Educada en las prácticas devotas de un colegio que dirigian las hermanas de la Caridad, sus goces de aquel tiempo estaban contenidos en las ceremonias religiosas. No llegó á apurar la copa de los arrobamientos místicos; pero sin emular á Santa Teresa, no se quedó tampoco rezagada en el camino ideal de los entusiasmos celestiales. Las voces del órgano, graves y solemnes; las nubes de incienso que se perdian en la alta cúpula, dejando ver las luces de los cirios y las velas como estrellas de fulgor moribundo, veladas por los cendales blancos de un cielo primaveral; el centelleo de los cristales de las arañas; el rumor pausado de los rezos; el deslumbrador reflejo de la custodia que brillaba, en lo alto del ara, como un sol de fuego entre constelaciones de diamantes; todas estas hermosas exterioridades del culto, unidas á ciertos pensamientos del Evangelio que enamoraban su alma delicada, vaso de ternura y templo delicioso de aspiraciones dignas de un artista, habian recreado y afiligranado, por decirlo así, su vírgen espíritu.

De aquella mansion acababa de salir, dispuesta su alma para las difíciles prácticas de una humildad ejemplar, sin haber conocido, hasta el único dia de su historia de que tratamos aquí, otra cosa del mundo que sus pompas y alardes, algunas amistades de compañeras suyas que arraigaron poco, como sucede con frecuencia, en su corazon, y aquel trato discreto y aquella elegancia de modales sin los que ciertas gentes no pueden ni deben acostumbrarse á la vida social.

III

Por causas de *positiva* conveniencia, de que no debo hacer mencion aquí, Aurora estaba destinada á ser la esposa de su primo Laureano García y Pardamonte, hijo único de uno de los más opulentos cosecheros de aceituna que conocieron los olivares andaluces. Ella habia consentido, ante las razones de utilidad mercantil que le explicó su padre, en contraer este enlace, no sólo porque su corazon estaba entónces como un encerado en el que no se habia escrito el nombre de ningun pretendiente, sino porque Aurora era incapaz de oponerse á la voluntad del autor de sus dias. Ya he dicho que la humildad sin condiciones era el rasgo caraterístico de su alma. Habria muerto, ahogada por el dolor, sin murmurar una queja, ántes que permitirse ni las más justificadas rebeldías.

No conocia á su primo, ignoraba sus condiciones, sabia únicamente que era honrado y que á su padre le parecia el mejor y el más digno de compartir su suerte. Estaba decidida á aceptarle como esposo. ¿Por qué? Las razones, fuera de las dichas, que tuviera para proceder así, ella misma las ignoraba. Acaso su inexperiencia y la falta total de pasiones que habia en su alma, explicarian este frecuente misterio, cuyo olvido ha ocasionado más catástrofes y originado más desdichas que la ambicion de los conquistadores.

IV

Si en aquella alma candorosa arraigaba algun dia una ilusion, una pasion ideal cualquiera, y tomaba cuerpo y crecia... Aurora hubiera muerto lentamente, devorada por una nostalgia infinita. Y su padre no habria sentido remordimiento alguno. ¡Y la ciencia hubiera escudriñado vanamente la causa de aquella muerte!

Ello fué,—reanudando el hilo de esta verídica historia,—que aquella tarde la jóven soñaba despierta. El encendido calor de tanto aroma, lo apacible del ambiente, la calma y el encanto de aquel lugar, el violento curso de la sangre juvenil que toma como nuevos y más vigorosos alientos de la primavera, el sosiego muelle de su tranquilo reposo, velaron á medias el límpido cristal de sus ojos y la sumieron en ese sopor lánguido en que la vida del pensamiento se confunde, en la excitada fantasía, con la vida real, cuando los deseos encuentran imágenes que los simbolizan y las ideas cuerpo y color.

Pensando en su primo, inquiriendo con temeraria inquietud los misterios del porvenir, por causa voluntaria ó por razon ajena á su voluntad, ello es que pensó que se acercaba á hablarla, con timidez encantadora, un jóven muy simpático, muy fino, muy discreto, algo turbado por su presencia y que, difícilmente, podia resistir el influjo de

las miradas suyas. ¡Ignorante y todo, como ella era, no desconocia el efecto de la luz de sus ojos!

Pero ¿aquel jóven en que pensaba era su primo? Aurora creia que sí. Como en tales estados de ánimo, de pensar á ver con los ojos de la imaginacion, no hay más que un paso, Aurora le veia. Le veia, con el color y el relieve que en la naturaleza tienen todas las cosas, allá en esa cámara oscura de la fantasía en la que reproducimos tantas veces, y por tan distinto modo, los objetos.

Le veia, sí: tenia barba negra y lustrosa; ojos negros, muy grandes, muy expresivos y muy cobardes delante de los ojos de Aurora; su frente pensadora daba respeto mirarla; su continente y donaire eran graciosos; la franqueza, el valor y la honradez estaban declarándose en aquel semblante, lleno de signos apasionados y vehementes.

Lo que Aurora no podia tolerar ¡eso no! era que al poco tiempo de presentarse ante ella, quisiera permitirse ciertas familiaridades, disculpables por el desbordamiento del cariño, pero, aunque inocentes, irrespetuosas.

¿Quién le autorizaba á él para estrechar su mano?

Y no fué lo peor esto: lo peor fué que, cuando ménos lo esperaba Aurora, se abalanzó á ella y, sin más ni más, la besó... en la boca.

Al llegar aquí Aurora no pudo reprimir un grito inexplicable, digno de su pudor que llamaba á voces á todas las garantías de su recato.

¿Qué fué ello? Una pesadilla, juntamente con un capricho de una mariposa desvariada que (así como la abeja del madrigal famoso tomó los labios de una ninfa por una flor encendida), erró la cuenta y tomó por clavel el fresco y rojo color de su pequeña y linda boca.

Eso acaso no lo sabia la jóven cuando irguiéndose de su mecedora, con los ojos medrosos y el continente altivo digno de una reina ultrajada, gritó:

—¡Padre! ¡padre!

V

—¡No te asustes, hija mia!—exclamó éste.—Somos nosotros. El señor es tu primo, el jóven Laureano, de quien hemos hablado tantas veces.

—¡Tu servidor!—contestó éste friamente.

—¡Gracias!—respondió Aurora, un tanto avergonzada, reparando de paso en el aspecto grosero, modales bruscos y vulgar continente de su prometido.

Aquel no era, ciertamente, el primo que ella acababa de soñar!

J. MIRALLES Y GONZALEZ

EL REGIDOR

(Cuento sucedido)

POR DON CÁRLOS COELLO

A mi querido amigo y compañero D. Emilio Alvarez.

I

—Desengáñese V.,—me decia noches pasadas, dando vueltas conmigo por el andén de la estacion de Atocha, mi antiguo camarada Mariano Belart, actual juez de Solsona, quien, evacuado el asunto que le trajo á Madrid, se disponia á regresar al punto de su residencia;—desengáñese V., amigo mio, los escritores se calientan Vds. la cabeza durante meses enteros, haciendo una novela ó un drama para uso del público sin reparar en que el público hace veinte mil todos los dias para uso de Vds. ¿Por qué no dejan Vds. sus propias invenciones, generalmente tan falsas como costosas, y se limitan á mirar con atencion los sucesos ajenos, copiarlos y servírselos á sus autores, en la plena seguridad de que miéntras más exacta sea la copia ménos conocerán ellos la estafa y la superchería de que son víctimas? En mi juzgado, entre mis compañeros del casino, entre aquella pobre gente trabajadora, hay tanto tipo digno de ser trasladado por la pluma... Hace años ocurrió allí una escena saladísima... Verá V... Hay en Solsona un sujeto verdaderamente original: se llama D. Gervasio Cortadellas y Fogarolas...

En este momento se oye la campana y las voces de los empleados:

«¡Viajeros al tren!»

Belart corre al vagon donde habia marcado su asiento con el saco de noche, entra y sacando la cabeza por la ventanilla, me dice:

—¡Oiga V... oiga V!... Tenemos aún tiempo de sobra... El tren tardará un rato en salir... Es cuestion de cinco minutos...Don Gervasio es una de las personas mejor acomodadas del pueblo...

Y al llegar aquí, suena el pito y el tren echa á andar.

—Acérquese V.—continúa Belart,—el tren va despacio, puede V. seguirle... Voy á explicar el hecho en cuatro palabras... Don Gervasio tenia un criado que se llamaba Gasparet, y este Gasparet...

Aumentó la velocidad de la marcha del tren; yo me quedé riendo y el juez se alejó gritando:

—Ya se lo escribiré á V. cuando llegue á mi casa, con sus pelos y sus señales, para que haga V. un cuento de un sucedido.

Y el tren continuaba andando, andando, silbando estridentemente y esparciendo por el aire su rizada cabellera de humo. Iba muy léjos y Belart agitaba el pañuelo todavía. Al fin el imponente monstruo cambió con la distancia de forma y de tamaño y desapareció culebreando entre las sinuosidades del terreno, como una negra y anillada serpiente que se desliza en su misteriosa madriguera, segun la pintoresca frase de Campoamor.

II

Confieso mi pecado: no estimé en un ardite el ofrecimiento de mi amigo, bastante perezoso para escribir, y llegué hasta á olvidarlo por completo. Así es que la otra mañana me sorprendió agradablemente una extensa epístola suya refiriéndome las prometidas aventuras de don Gervasio y autorizándome para que aderece un cuento á mis lectores con los curiosos datos que me envia. Conque, ya lo sabeis: si el cuento es de vuestro agrado yo renuncio desde ahora á una gloria que no me pertenece; pero si se os hace largo, ó insulso, ó tonto, no me lo echeis en cara; el picaron del juez de Solsona tiene la culpa...

Y va de cuento.

III

A unas quince leguas de Lérida y á diez y seis de la capital del Principado, en una llanura formada por una peña que no sale de la superficie del terreno, á la orilla de una ribera llamada *Riu Negre* por los naturales, se alza la antigua *Setélis*, mencionada por Ptolomeo entre los pueblos *lacetanos*, tan famosos en la historia hispano romana, y en los siglos medios conocida por *Setelsona*, nombre del cual se formó despues el de Solsona que lleva al presente. Fué Solsona en la antigüedad gran poblacion y gran fortaleza; en la guerra de Sucesion padeció enormes quebrantos; jugó un importantísimo papel en la de la Independencia, y la Civil acabó de inmortalizar su nombre...

Pero basta de erudicion histórica, que el lector curioso podrá proporcionarse á tan poca costa como yo buscando ese pueblo en el diccionario geográfico de don Pascual Madoz, y vamos á lo que verdaderamente nos interesa.

En Solsona, que hoy se parece á Setélis ni más ni ménos que un huevo á una castaña, y en la mejor casa de la plaza de San Juan, habitaba el señor D. Gervasio Cortadellas y Fogarolas, en compañía de su criado Gasparet.

Don Gervasio ha quedado á la muerte de su padre en posesion de todos los bienes del difunto; multitud de viñas y olivares, grandes bosques de pinos, encinas y robles, molinos harineros y de aceite, y hasta cuatro telares de algodon y lana basta. Rico como el primero del pueblo, jóven, sano y robusto como ninguno, tonto hasta el extremo de que, segun afirma el alguacil, está ya en turno para reventar de bruto, ¿qué hombre debia haber en Solsona más feliz que nuestro D. Gervasio?

Ninguno, ciertamente; y él mismo, con su franqueza habitual y aquel ingenioso inimitable modo de dar forma á sus ideas, confiesa á menudo que él seria el hombre más dichoso de la tierra si no fuera porque es el más desgraciado.

Y, seamos justos, no le falta á D. Gervasio motivo para quejarse de su estrella. Si se reune á jugar con ocho ó diez, él es siempre el que pierde; si monta á caballo, ya se sabe, casi ántes de haberse acomodado en la silla, ya se ha apeado por las orejas; si hace el amor á una mujer y se porta bien con ella y se gasta un dineral en obsequiarla, ella comienza por tenerle en continuo sobresalto con su conducta y concluye por engañarle con el primero que pretende sus favores. ¿Tiene un amigo y, en un momento de expansion, se toma la libertad de hacerle algunas confianzas? Pues al dia siguiente ya se dice por todo el pueblo que D. Gervasio es un perdido, que siempre está á medios pelos, que ha tenido que malbaratar el mejor de sus molinos para pagar una deuda de juego, que la mujer del relojero suizo y él se entienden admirablemente á pesar de no saber él hablar una palabra de francés ni ella una sílaba de castellano... Y lo gracioso es que casi todo ello es calumnia, cuya mayor parte apénas tiene ni asomo de fundamento, pero que le origina malísimos ratos. ¿Hace un favor D. Gervasio? Pues puede abrigar la conviccion profunda de que el favorecido ha de proporcionarle una desazon. ¿Sale á visitar alguna de sus posesiones, poco acompañado ó sin armas? Pues rara es la vez que no le roban ó le dan un susto de padre y muy señor mio.

Esta desgracia constante, nunca desmentida, habia agriado por completo el humor de D. Gervasio, quien á fuerza de disgustos y cavilaciones cada dia estaba ménos gordo y ménos colorado, á pesar de que cada dia comia siempre doble que el anterior.

Procuraba el infeliz averiguar la causa de sus desdichas, y cuando pensaba en esto siempre concluia por achacarlas todas á algun enemigo que le habian proporcionado su juventud, su riqueza, su buena figura y su talento deshecho. ¿Y quién era ese enemigo? Muchos podian ser, pero D. Gervasio se fijaba en un viejo regidor, hombre de mala índole á quien habia ganado un pleito y que habia jurado desde entónces no dejarle sosegar en toda su vida.

Indudablemente era el regidor. El tallaba generalmente en el Casino y cuando hacia una apuesta su afortunado litigante hacia trampas para que perdiera y dejase en sus manos, al fin y á la postre, las onzas de que le habia desposeido; su sonrisita burlona cuando le veia retirarse á su casa con los bolsillos vacíos, no dejaba lugar á duda.

No se daba D. Gervasio una explicacion ménos satisfactoria de sus frecuentes caidas del caballo. El regidor, en connivencia con su cuñado el boticario, habia echado en el pienso al pobre animal algunos maléficos polvos que le tenian alborotada la sangre; porque sino, ¿cómo se explica que apénas su amo se subia en él, ya estaba el jaco dando relinchos y tirando coces y sin parar hasta librarse del peso del jinete? Esta suposicion se apoyaba, además, en una circunstancia muy rara para coincidencia. El regidor daba siempre sus paseos á pié por el mismo paraje en que D. Gervasio solia dar sus intentonas á caballo, como para gozarse en los revolcones del malaventurado jinete, que siempre acogia con estrepitosas carcajadas el maldito viejo. El cual tambien tenia la culpa del mal desenlace constante de sus amoríos, azuzando y dando dinero y prometiendo dejarle á su muerte por heredero de su fortuna á cierto sobrino suyo, estudiante que era quien por lo comun soplaba la dama al buen D. Gervasio. El regidor era tambien el que recogia y apoyaba y propalaba cuanto malo se decia de él en Solsona, y quien daba alas á todo el que queria hacerle daño, aprovechando la influencia que le proporcionaba su posicion para que quedase impune cualquier atentado sobre la persona ó los bienes de aquel verdadero rigor de las desdichas.

Fuerza es confesar que los motivos en que nuestro héroe fundaba sus sospechas eran verosímiles y que en esta ocasion desmentia la fama de zopenco que unánimemente le habian otorgado sus conciudadanos.

Pero si su cacúmen era capaz de concebir y dar á luz semejante idea, relajado por tan inmenso esfuerzo, no habia podido encontrar una prueba clara y evidente, tangible, que, confirmando completamente sus sospechas, le pusiera en el caso de vengarse de su enemigo, ó bien por sí mismo ó bien con ayuda de la justicia.

El hallazgo de esta prueba era el sueño eterno de D. Gervasio, quien hasta tenerle en sus manos, no podia decir en razon y ley de Dios: «Ya sé quién es mi enemigo. Ahora va á pagármelas todas juntas el grandísimo tunante.»

IV

Gasparet, el criado del protagonista de nuestro cuento, era un mozo de veintiun años, de color entre aceitunado y cobrizo, y tan flaco, tan flaco, que habia en Solsona quien aseguraba que el filo de un cuchillo podria servirle de espejo para afeitarse. Rara vez alzaba los ojos del suelo miéntras se le hablaba, y dirigiéransele elogios ó reprensiones, siempre aparecian sus labios entreabiertos por una sonrisa afable, inocente, angelical.

A pesar de su aire mogigato y sencillo, Gasparet era un muchacho de ánimo resuelto, de imaginacion sutil y espontánea, algo práctico en las cosas del mundo y que comprendia á las mil maravillas la manera mejor de tratar á cada persona para sacar de ella todo el partido posible.

Adulaba las pasiones de su amo, admiraba como un rasgo de talento cada barbaridad que salia de sus labios, lo cual equivale á afirmar que el astuto fámulo andaba hecho una constante admiracion; se ponia de su parte en cuanto pensaba ó hacia, le adivinaba los pensamientos y le queria tanto que muchas veces, cuando le ocurria una desgracia, se pasaba en la cama los dias enteros llorando á lágrima viva y sin poder levantarse de puro afectado y melancólico.

Don Gervasio estaba encantado con su Gasparet; le daba propinas, á veces hasta de dos reales, amén de pagarle puntualmente su salario de tres duros al mes y de vestirle de piés á cabeza con la ropa que ya ni él ni nadie podia llevar, repitiendo de continuo que aquel era el único hombre que le queria en el mundo, el único que hacia justicia á sus relevantes cualidades.

Cuando á D. Gervasio le acontecia algun mal suceso, es decir, un dia sí y otro tambien, amo y criado se encerraban en secreto con llave en la última habitacion de la casa, para ver de averiguar en presencia de los datos que cada cual habia reunido, si el culpable del suceso era el regidor ú otro enemigo de D. Gervasio que se ocultaba en las sombras del misterio, temeroso de la terrible venganza que aquel pudiera tomar de sus fechorías.

Gasparet oia pacientemente los discursos de su señor y cuando este le pedia su parecer en el asunto, buscaba un modo hábil de pasarse sin darlo, no queriendo sin duda el muy marrullero comprometer sus costillas en las barbaridades que su amo seria capaz de llevar á cabo, y hasta procurando desorientarle y repartir entre dos ó tres individuos sus sospechas, para alejar de sí la menor sombra de peligro. Y D. Gervasio salia siempre de tales conferencias mesándose los cabellos, bufando como un toro y gritando:

—Pero ¡Dios mio! ¿no he de descubrir nunca quién es ese hombre cuya única ocupacion consiste en matarme á disgustos?

Y el buen Gasparet replicaba siempre:

—Pues, señor, si V. que es tan discreto y sabe tanto no lo descubre, ¿quién será capaz de descubrirlo en el mundo?

—Dices bien, Gasparet, dices bien,—añadia entónces don Gervasio, calmándose poco á poco, bajando la cabeza y quedando sumido en el confuso mar de sus pensamientos.

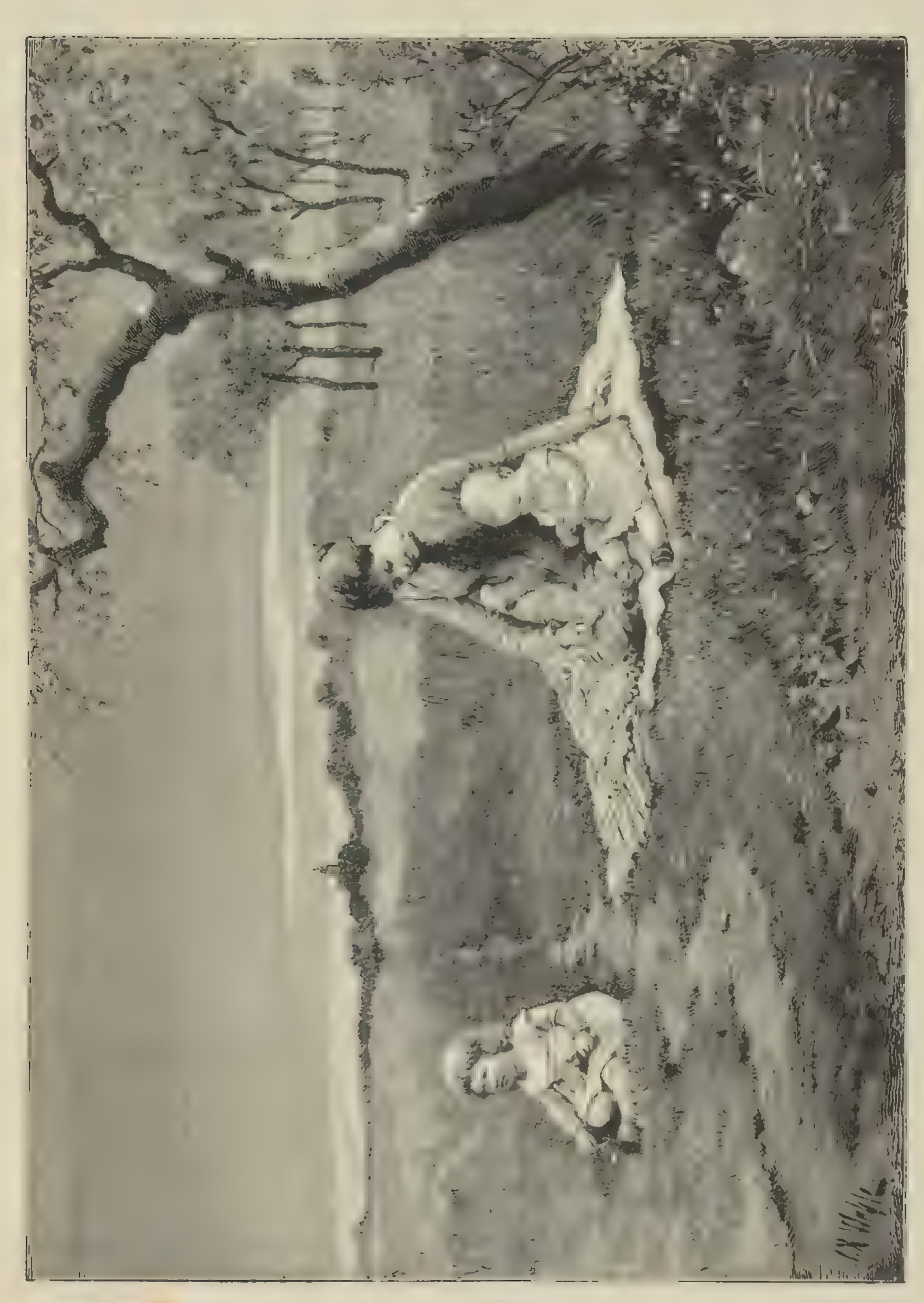
V

Toda persona, cualesquiera que sean su posicion y sus cualidades, tiene sus aspiraciones, y Gasparet, á quien sus padres habian querido dedicar á la carrera eclesiástica y que ahorcó los libros y perdió la vocacion el mismo dia que su prima Eulalia vino á establecerse en Solsona, no tenia otro pensamiento que casarse con su Dulcinea, la catalana más guapa, más airosa y más lista del mundo... en opinion de Gasparet.

Pero este matrimonio, de llevarse á término con algunas condiciones favorables á la dicha material de ambos



EN EL GABINETE DE SU EXCELENCIA, cuadro por Max Volkhardt



EL CAMPO, dibujo por J. R. Wenle

cónyuges, exigia la desaparicion de algunos obstáculos, puramente de detalle, eso sí.

Los novios se querian hasta la pared de enfrente, áun cuando estuvieran ponderándose su cariño en el mismo Montserrat; sus caracteres convenian y se encajaban de tal modo que parecian forjados de intento el uno para el otro; sus padres miraban con gusto sus relaciones; ¿qué faltaba, pues, á la sensible Eulalia y al amelonado Gasparet? Poca cosa, nada, casi nada, dinero, ese vil metal, ese comprador de conciencias, ese propagador de vicios, ese constante orígen de desventuras, á quien los novios, que le odiaban con todos sus diez sentidos, á cinco por barba, hubieran dado, yo no sé lo que hubieran dado por cogerle y meterle bajo llave para que en la tierra se hubieren restablecido la paz y el sosiego perdidos por él tanto tiempo há.

Eulalia no podia llevar un cuarto en dote; sus padres eran más pobres que las ratas; y no era esto lo que sentia Gasparet, que á las veces tenia sus rasgos caballerescos, sino no poder remediar el daño por su parte, con lo cual estoy por creer que hasta se hubiera regocijado de la pobreza de su ídolo.

Tenia sus esperanzas, claro está; si no las tuviera ¿cómo habian de pasar una hora tranquila aquellos dos desventurados amantes? Esperaba Gasparet que su amo, agradecido de sus buenos servicios, le regalase el dinero suficiente para poner una tienda de comestibles, bello ideal del marido en embrion, que se hacia la justicia de considerarse bastante apto para llegar á la riqueza por el camino del comercio.

A este fin se encaminaban todos sus conatos; los primeros reconocimientos de la voluntad de D. Gervasio no habian tenido éxito desfavorable en verdad, y el tema favorito de la conversacion de Eulalia y Gasparet era el hallazgo ó la preparacion de una ocasion á propósito para el logro de sus proyectos.

Estos eran los sueños: las realidades consistian en cuatro mil doscientos cuarenta y tres reales y diez y seis cuartos que Gasparet tenia encerrados en una alcancía á fuerza de privaciones y milagros económicos de todo género, supresion radical de cigarro y vino, perniciosos hábitos que ensucian los dientes y el estómago y limpian la bolsa, sisa prudente en todos los gastos de la casa y aprovechamiento de cualquier intervalo entre las desdichas de don Gervasio para sacarle, *ainda mais* de las forzosas, alguna que otra contribucion involuntaria. Gasparet era hombre delicado, y cuando podia hacer su negocio por buenos medios no se obstinaba en circunscribirse á los malos. Era un caballero.

VI

En tal situacion los personajes de esta interesante y verídica relacion, decidió el Gobierno de la entónces República española echar una quinta extraordinaria, y Gasparet recibió la satisfactoria noticia de que iba á entrar en ella. Tenia el pobre mozo reunidos, como ya hemos dicho, algunos dineros, fruto de sus economías y habilidades; pero le hacia falta aún otro tanto para comprar sustituto si sacaba un número bajo en el sorteo.

Eulalia, apénas supo el riesgo que corrian sus esperanzas de próxima boda, concibió un pensamiento atrevido, por no decir temerario: el de que D. Gervasio, que tanto parecia querer á su novio, les regalase ó prestase la cantidad necesaria para esquivar la suerte de soldado ó les diese al ménos mil reales para entrar en una Sociedad de las que se formaban entónces y en las cuales, pagando una cuota cada uno de los que podian ser *agraciados* en el sorteo, todos tenian la seguridad de salir libres por un sacrificio relativamente soportable.

A D. Gervasio, que era muy sensible y que nunca le habia parecido la muchacha costal de paja, le produjo Eulalia más efecto. Ya alguna vez, ántes de entónces, le habia echado algun piropo y hasta pasado la mano por la cara, detalles pequeños todos en que ella habia visto más proteccion y cariño que otra cosa, absteniéndose por tanto de contárselas á Gasparet; pero aquel dia D. Gervasio se propasó en términos que la muchacha tuvo que defenderse como otra Lucrecia si bien con mejor éxito final.

El rostro del moderno Tarquino quedó despues de la batalla tan lleno de cardenales y arañazos, tan hinchado, ensangrentado y amoratado que so pena de que toda Solsona se enterase de su mal suceso no tuvo más recurso que marcharse de caza unos cuantos dias para dar lugar á la curacion de las mataduras y no dar que reir al pícaro del regidor de quien, desde aquel punto y hora, empezó á sospechar D. Gervasio si seria el autor de la mala idea que llevó á su casa á aquella buena moza que le hizo caer en tentacion y Dios sabe cuántos disgustos podria traerle en lo sucesivo si Eulalia tenia la lengua tan larga y ágil como las manos, y Gasparet era hombre celoso y poco sufrido.

(Continuará)

SOLITA

(Conclusion)

—Que mi abuelito nos acompañe á Italia, porque yo sé que para que su corazon esté alegre necesita verme á su lado.

—Pues bien, vendrá con nosotros.

—No, hijos mios, no, tengo setenta y seis años; mi vida se acaba; dejadme que espere en esta casa hospitalaria la muerte y prometedme escribirme todos los meses dándome cuenta de los triunfos, de los adelantos de mi querida Solita, porque yo sé que serán rápidos y frecuentes.

Don Antonio sentia con toda el alma separarse de su nieta, pero el egoismo de abuelo no le cegaba hasta el punto para convertirse en estorbo de la carrera artística de Soledad.

Les vió partir con los ojos llenos de lágrimas y el corazon repleto de penas, y al darle á su nieta el abrazo y el beso de despedida se dijo, hablando consigo mismo:

—Este es el último, yo no volveré á verla más.

El pobre músico se engañaba; Dios habia dispuesto otra cosa.

Cada quince dias el anciano profesor de violin recibia una carta de Aurelio con una larga posdata de Soledad.

Le iban dando cuenta de todo con tal cariño que el pobre anciano se pasaba leyendo las cartas de sus hijos y hablando de ellos con Jacoba.

Un dia recibió una carta y dentro de ella un talon del ferrocarril, fechado en Milan, para recoger un cajon que desde Italia le mandaba Soledad.

Inmensa, indescriptible fué la alegría del viejo al abrir el cajon y encontrarlo lleno de coronas y de flores y sobre ellas una gran tarjeta, que decia: «Para que mi querido abuelito adorne su habitacion con parte de las coronas y de las flores que el público milanés le ha arrojado á su nieta Soledad.»

La cantante española, desde el teatro de la Scala, se contrató para Florencia, luégo fué á Roma, á Lóndres, á Berlin y á Paris.

Don Antonio recibia con frecuencia cajas llenas de coronas y con ellas iba cubriendo las paredes de su habitacion.

Sentado en una butaca, con las cartas de Soledad y Aurelio en la mano, pasaba muchas horas hablando con aquellas coronas que él no hubiera cambiado por nada del mundo.

Así trascurrieron tres años; D. Antonio habia cumplido setenta y nueve, pero continuaba siendo un viejecillo sano y sin achaques, que se permitia dar largos paseos por el Retiro, en los dias serenos y apacibles.

Así las cosas recibió una carta de Paris, en que Aurelio le anunciaba que iban á regresar á Madrid, pues Soledad se habia contratado para la temporada de invierno en el teatro Real.

Al leer la carta D Antonio llamó á Jacoba para darle cuenta de tan agradable noticia y su alegría fué tan grande que sólo pudo decir:

—Ahora, ahora es cuando me alegro de que se hayan marchado, porque el dolor, la profunda pena que me causaron al separarse de mí están recompensados con la alegría que me causa su vuelta.

CAPÍTULO ÚLTIMO

Fin trágico

Solita Valflorido tuvo en el teatro Real de Madrid el mismo éxito que habia tenido en todas partes: su pobre abuelo y Aurelio gozaron lo que no es decible, la noche de su *debut*.

Pero ¿á qué prolongar esta historia dia por dia? es preciso ponerle fin como á todas las cosas de este pícaro mundo; y diremos en pocas palabras que el viejo músico don Antonio Escudero murió á los ochenta y dos años de edad, rodeado de sus hijos y recibiendo sus besos y sus caricias.

La muerte del honrado profesor de violin fué dulce como un sueño, porque no tenia otra enfermedad que vejez; era una máquina gastada, una luz que se apagaba, un reloj humano á quien se le habia acabado la cuerda.

Murió, pues, hablando con sus hijos, sin sufrir las ansias de la agonía, y sus últimas palabras fueron las siguientes:

—Se abre el techo de mi alcoba... Baja del cielo un ángel... ¡Ah! así, viene por mi alma...

Cerró los ojos, se sonrió y dejó de existir.

—Esa es la muerte del justo dijo Aurelio, derramando dos lágrimas.

Soledad cayó de rodillas á los piés de la cama, y lloró tambien.

Luégo besó á su abuelito en los ojos, diciendo:

—Ha concluido como un hombre á quien no le remuerde la conciencia: Dios le reciba en su seno.

Los triunfos teatrales de Soledad continuaron; su fama se extendió por todo el mundo civilizado.

Algunas veces su padre adoptivo solia preguntarla:

—¿Pero tú no piensas casarte nunca? pues veo que rechazas los brillantes partidos que te se presentan.

—Padre mio;—contestaba Soledad, sonriéndose como un ángel,—hace tiempo que me casé con el arte y no quiero otro esposo, porque yo sólo amo á la música y á usted.

Y ahora, lector querido, nos permitirás que demos fin á la presente narracion con un cuadro dramático que puede servir de ejemplo moral á aquel que lo tenga por conveniente.

Era una tarde del mes de mayo; en la populosa ciudad de Barcelona se habia anunciado, con gran regocijo de los amantes de las emociones fuertes, que en la plaza de toros habia por la tarde una funcion de mojiganga con carreras romanas, fuegos de pólvora y la ascension de un globo montgolfier en el cual se elevarian el célebre gimnasta y aeronauta Kenebel y su esposa.

El globo no llevaba cesta y Kenebel habia ofrecido subir cogido al trapecio, llevando á su mujer sujeta con un cinturon y cogido este con los dientes.

El espectáculo no dejaba de ser una barbaridad, pero á nadie le gustan más las barbaridades que á los hombres y á las mujeres, y tanto es así que las cometen siempre que pueden olvidándose que tarde ó temprano se pagan.

Llegó la hora del espectáculo; la plaza estaba llena de gente; en la playa de la Barceloneta y en la muralla de mar se apiñaba la muchedumbre ansiosa de ver de balde el espectáculo.

Se habia dispuesto que media docena de lanchas, con cuatro remeros cada una, estuvieran á punto, por si el aire soplaba de tierra empujando el globo hácia el mar.

Pero entremos nosotros en el cuarto que en la plaza de toros servia de tocador á los esposos Kenebel.

El marido estaba vestido de Mefistófeles y la mujer de Ninfa, con las robustas y bien formadas piernas al aire, los hombros al descubierto como asimismo sus redondos y hermosos brazos.

Aquella mujer llevaba cubierto lo ménos posible su cuerpo.

El gimnasta era un moceton fornido, con una cabeza enorme, facciones brutales y un tanto adormecidas por el abuso del alcohol.

Sus maneras eran las de un hombre ordinario; su voz, bronca y cascada, hacia daño á los tímpanos.

Se comprendia, viendo las enormes manos y los fornidos brazos de aquel hombre, que un puñetazo suyo era un pasaporte para la eternidad.

Madame Kenebel tendria unos cuarenta años de edad, pero se conservaba aún muy hermosa, y sus formas, aunque un poco abultadas, eran verdaderamente esculturales.

En el cuarto de vestir de los gimnastas, formado con unas cortinas de percal, no habia otros muebles que un tocador desvencijado, un espejo roto y dos sillas.

En una de estas sillas se hallaba madame Kenebel sentada y llorando.

Su esposo, el aeronauta, estaba de pié, mirándola con ojos sombríos.

Sobre la mesa del tocador se veia una botella de aguardiente.

De vez en cuando el gimnasta bebia un trago en la misma botella, sin servirse del vaso que estaba al lado.

—Tengo mucho miedo,—dijo madame Kenebel, despues de una pausa.

—Bah;—contestó su esposo, produciendo un chasquido con la lengua y el paladar.

—Estás borracho,—repuso la mujer temblando,—y me vas á soltar; permíteme al ménos que me ate una cuerda á la cintura y me enganche al trapecio.

—Eso seria faltar al programa; además, tú sabes por experiencia que nunca trabajo mejor que cuando tengo una botella de aguardiente en el estómago.

—Pues á pesar de eso no subo esta tarde; ya lo he dicho, tengo miedo.

Kenebel dejó caer una de sus anchas y callosas manos sobre las desnudas espaldas de su hembra, y le dijo:

—Tú sabes que me bastaria un puñetazo para aplastarte los sesos; pues bien, si cuando me llamen para subir en el globo te niegas á seguirme, te ofrezco suministrarte un puñetazo para poder decir al respetable público que si no subes es porque has muerto.

Y soltando una ruidosa carcajada, añadió:

—A no ser que el público me permita subir tu cadáver colgado de los dientes, que para el golpe de vista es igual, pues el mismo efecto hace subir á un vivo que á un muerto.

Madame Kenebel se puso á temblar; conocia á su marido, le daba miedo.

—Subiré,—dijo estremeciéndose.—Dame la botella del aguardiente.

—Así me gusta: toma, bebe un buen trago, y confía en mis puños y en mis dientes, porque en este oficio todo lo que uno vive se lo encuentra.

Un hombre entró bruscamente en el cuarto de los aeronautas á darles la noticia de que el globo estaba dispuesto.

Kenebel bebió un gran trago de aguardiente é hizo que su mujer bebiera tambien. Luégo salieron á la plaza cogidos de la mano.

El públicó les aplaudió al verles.

Kenebel lo dispuso todo con la serenidad propia del hombre avezado á aquellos peligros. Su esposa le ayudaba sonriéndose, pero de vez en cuando su cuerpo se estremecia.

Cuando todo estuvo dispuesto, el aeronauta se agarró con la mano izquierda al trapecio, cogió con los dientes la argolla de goma que sujetaba el cinturon de su esposa é hizo con la mano derecha la señal para que soltaran el montgolfier los hombres que le tenian sujeto al hornillo.

El globo se elevó con vertiginosa rapidez

El aeronauta hizo alarde de sus colosales fuerzas; el público daba gritos de entusiasmo, aplaudia con frenesí.

La infeliz víctima cerró los ojos por no ver el inmenso abismo que se extendia debajo de ella.

El viento soplaba de tierra con alguna fuerza, y pronto el globo se dirigió con rapidez hácia el mar.

Las lanchas bogaron en la misma direccion, pero el viento empujaba con bastante fuerza al globo y pronto los marineros comprendieron que les seria difícil llegar á tiempo para recoger á los aeronautas.

El descenso de un montgolfier es rápido y peligroso; se cae al azar sin que el aeronauta pueda darle otra direccion que la que le marca la casualidad. El viento empuja al globo que sigue elevándose miéntras el humo, de que va henchido conserva calor; cuando se enfría desciende y siempre con gran velocidad.

Kenebel, así que observó que el globo descendia, cogió á su mujer por el cinturon y quedándose los dos suspendidos del trapecio, le dijo:

—Antes de cinco minutos estaremos en el mar; las lanchas no estarán á tiempo para recogernos. El aire nos ha llevado muy léjos.

La esposa del gimnasta miraba con espanto las encrespadas olas y á lo léjos las playas de Barcelona y la muchedumbre que les contemplaba.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! —dijo aquella infeliz.—Kenebel, no me abandones; yo no sé nadar.

—Haré todo lo posible por salvarte—repuso el gimnasta.—Cuando lleguemos allá abajo, cuando toques con los piés las aguas procura agarrarte con fuerza al trapecio. El globo es posible que flote algunos minutos sobre las olas; no te sueltes, tal vez lleguen á tiempo para prestarnos auxilio.

—Pero ¿piensas abandonarme?—preguntó aterrada.

—Si hubiera querido abandonarte, cuando estábamos por allá arriba, con sólo abrir la boca y dejarte caer, lo hubiera conseguido,—contestó Kenebel, con calma.

Miéntras tanto el globo descendia con rapidez.

—Agárrate al trapecio, agárrate gritó Kenebel.

La mujer obedeció precipitadamente y al mismo tiempo sintió el frio del agua en las piernas.

En este momento Kenebel dió un salto desde el trapecio y fué á caer al mar, algunas brazas distantes del sitio donde se hallaba su mujer.

Esta rápida evolucion le evitó el caer debajo del globo que se inclinó de parte del viento, arrollando con su mole á la infeliz esposa del aeronauta.

Entónces se oyó un grito desgarrador y una voz que dijo:

—Aquí, aquí, socorro... Kenebel... me ahogo.

El gimnasta nadaba admirablemente, dirigió una mirada en derredor, buscó á su mujer y no la vió; allí sólo estaba el globo sacudido por las olas, aquel globo que le habia costado algunos miles de francos y con el que se ganaba la vida; lanzó una maldicion olvidando en aquel momento á la infeliz que se ahogaba.

Miéntras tanto las lanchas hacian heroicos esfuerzos para llegar á tiempo, y Kenebel, reconociendo con una mirada el sitio de la catástrofe y no viendo á su esposa, sintió desarrollarse en él el egoismo natural del hombre á quien amenaza un peligro de muerte, y comenzó á nadar con vigor en direccion á las lanchas.

Durante media hora el gimnasta demostró que era un gran nadador; de vez en cuando se erguia sobre las olas, como si se sentara sobre ellas, lanzando un grito de ¡socorro! y agitando un brazo en el aire para que le vieran.

Los de las lanchas no le habian perdido de vista y continuaron remando en direccion del aeronauta y á los pedazos del globo que flotaban sobre la superficie del mar.

Por fin llegaron, y Kenebel, agarrándose á la mura de la lancha, subió con rapidez.

Estaba en salvo; lo primero que hizo fué sonreirse, despues respirar con fuerza y por último decir:

—Gracias, señores, pero esta ascension me ha dejado viudo y arruinado.

Al dia siguiente las olas arrojaron sobre la playa de la Barceloneta el cadáver de la infeliz madama Kenebel, con las manos agarradas al trapecio del que colgaban algunos pedazos de cuerda.

Cuando el juez fué á preguntarle al gimnasta el nombre y la naturaleza de su esposa, para consignar su defuncion en el Registro Civil, Kenebel le contestó:

—Señor juez; esa desgraciada no era mi esposa, se unió conmigo en Moscou y desde entónces le dí mi nombre; ejecutaba conmigo algunos ejercicios en los circos ecuestres.

—Pero ¿entónces que nombre es el de esa desgraciada?

—Segun me dijo—añadió Kenebel—se llamaba Nieves Escudero y era natural de Madrid.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH



UN DIA DE GALA EN HAMPTON COURT

LOS TERREMOTOS

En la Gaceta del 30 de marzo próximo pasado ha visto la luz pública un extenso é importantísimo informe redactado por la Comision encargada de estudiar los terremotos de Andalucía. Este documento, que demuestra la ciencia profunda y el infatigable celo de sus autores y que sólo es el resúmen de un trabajo más completo, que se proponen formular cuando hayan terminado sus estudios sobre tan difícil é interesante materia, comprende varios capítulos, sobre las teorías seísmicas; la orografía de las provincias de Granada y Málaga; la hidrografía de las mismas; la geología de sus terrenos; la hora del terremoto; la superficie á que se extendió; la direccion y foco aparente del fenómeno; su profundidad ó foco verdadero; la velocidad de trasmision; su duracion y otros accidentes como ruidos, olores, perturbaciones atmosféricas, etc.; los efectos dinámicos producidos; los daños causados; los defectos de fabricacion en los edificios de aquella comarca, y en suma todo cuanto se relaciona con el terrible y grandioso problema que nos ocupa.

Es imposible que en estas breves líneas demos cuenta circunstanciada á nuestros lectores de todos los puntos que comprende tan interesante y concienzuda memoria, cuyo exámen recomendamos á los que á causa de su profesion ó de sus aficiones se interesan por estas difíciles y casi nos atreveríamos á decir misteriosas cuestiones; y únicamente por satisfacer la natural curiosidad del público, emborronaremos unas cuantas cuartillas á propósito del primero de los capítulos ó párrafos hace un momento señalados y cuyo título, segun queda dicho, es el siguiente: *teorías seísmicas*.

Y ante todo expliquemos esta palabra *seísmicas*, que probablemente sonará á muchos de nuestros lectores á cosa extraña y singularísima.

El adjetivo *seísmico* viene de la palabra griega *seismos* que significa *sacudimiento* y en esta misma forma conserva el radical griego el novísimo diccionario de la Academia Española en las palabras *seismógrafo*, *seismología*, *seismómetro* y otras análogas; si bien los franceses y los italianos fundiendo los sonidos *e*, *i*, en uno solo, dicen y escriben *sismique* y *sismologia*.

Conste, pues, que fenómeno *sísmico* ó *seísmico*, quiere decir, *sacudimiento*; ó más particularmente, sacudimiento vibratorio de la masa terráquea, ó de una parte de la misma, por la accion de las fuerzas internas de nuestro globo.

Y echa esta aclaracion, continuemos, ó por mejor decir empecemos nuestra tarea.

Lo qué es un terremoto, todo el mundo lo sabe: un sacudimiento más ó ménos pronunciado del suelo. Pero cuál sea la causa de la convulsion terráquea, es lo que saben muy pocos, si es que alguno lo sabe á ciencia cierta; y es, por lo tanto, lo que todo el mundo pregunta á geólogos, físicos y sabios de profesion, con insistente curiosidad y con verdadero interés.

Y decimos que no hay todavía una explicacion satisfactoria y definitiva de los temblores de tierra, porque siendo muchas las teorías propuestas, ninguna ha conseguido imponerse por completo á las demás, marcarlas con el denigrante sello de herejías científicas y conservar para sí el carácter de pura y ortodoxa.

Así lo reconoce en el fondo la luminosa memoria que examinamos, al enumerar todas las teorías propuestas por sabios franceses, ingleses, italianos y alemanes desde la clásica doctrina del fuego central, hoy en gravísima crísis, hasta las modernas escuelas italianas que aspiran á renovar por completo el estudio de la dinámica *endógena*, es decir, el estudio de las fuerzas que se desarrollan en el interior del globo terrestre.

En rigor los trabajos, en este sentido realizados, son dignos de todo estímulo y obedecen al espíritu á la vez práctico y sintético de la ciencia moderna, que pugna por abarcar el mayor número de hechos dentro del menor número de leyes, por medio de las hipótesis más sencillas y naturales.

Así vemos manifestaciones tan opuestas como el brillo deslumbrador del *relámpago* y el fragor del *rayo* por una parte, y por otra la insignificante *atraccion* del ámbar frotado, sobre los cuerpecillos ligeros, es decir, lo más imponente y lo más despreciable, dos hechos que son como notas extremas en la extensísima serie de un órden de fenómenos, quedar comprendidos en una sola rúbrica y ser explicados por una sola teoría: la teoría de la *electricidad*.

Así vemos aún al naturalista biólogo, recorriendo toda la escala de la vida, bajar desde los séres enormes como el elefante y el baobab hasta los séres microscópicos, como vibriones, bacterios y microbios, falange inmensa, pero invisible, que linda con las nebulosas infinitamente pequeñas del protoplasma.

Así por último, para no acumular más ejemplos, y viniendo al objeto del presente artículo, vemos todavía á geólogos y físicos esforzándose por abarcar en una misma teoría las gigantescas convulsiones volcánicas, y los imperceptibles estremecimientos seísmicos, como manifestaciones idénticas por su orígen, aunque distintas por su



AQUILES HERIDO, estatua en mármol por Ernesto Herter

magnitud, de unas mismas fuerzas: á saber, las que trabajan de continuo bajo la corteza sólida de nuestro globo.

Sin embargo, los autores de la memoria á que nos referimos, aunque indudablemente se inclinan á este nuevo modo de ver las cuestiones de dinámica interna de la masa terrestre, no prejuzgan tan delicados problemas, ántes bien con laudable prudencia y severísimo criterio, dividen los terremotos, á imitacion de otros muchos geólogos, en tres grandes grupos.

1.° *Terremotos volcánicos*, que son aquellos temblores de tierra que acompañan siempre á las erupciones volcánicas.

2.° *Terremotos perimétricos*, ó sean los que íntimamente relacionados con dichas erupciones se dejan sentir en los países comarcanos; ó de otro modo, los que aparecen en el interior de un perímetro próximo al cráter por donde suelen brotar materias inflamadas, lavas, gases y vapor de agua.

Y 3.° *Terremotos telúricos*, ó aquellos que conmueven el suelo en regiones distantes de volcanes en actividad, con grandes intervalos de tiempo y comprendiendo dilatadas superficies.

La comision prescinde de los dos primeros grupos y sólo se atiene al tercero, pues á él pertenecen los fenómenos seísmicos que se han presentado en las provincias de Granada y Málaga.

Aún pudiera agregarse á los tres grupos anteriores, que son los de las grandes convulsiones, otro cuarto grupo, ó sea el de los sacudimientos mínimos, y con esto el cuadro seria completo y el problema quedaria planteado en toda su generalidad.

Porque en rigor el problema es este, y comprende los siguientes términos:

¿Cuál es la causa de los grandes sacudimientos del globo terráqueo?

¿Es una misma, que se presenta en distinta forma en los volcanes que en los terremotos telúricos; ó son causas diversas, las que coronan de llamas los cráteres y las que en regiones apartadas de aquellos por centenares y miles de kilómetros sacuden el suelo poderosamente, desquician las rocas y desnivelan los al parecer firmes cimientos de colinas y montañas?

Más aún ¿estas fuerzas que producen los sacudimientos volcánicos y telúricos en gran escala desarrollados, son las mismas en su esencia, aunque reducidas á menor grado, que aquellas otras silenciosas y continuas que producen las oscilaciones micro-seísmicas, que casi de continuo, ó con extraordinaria frecuencia, agitan toda la masa terráquea?

Y para terminar esta serie de preguntas ó problemas secundarios, que son como miembros del problema principal, ¿será cierto que existan esos fenómenos seísmicos del órden mínimo que suponemos, esos estremecimientos imperceptibles, esas sacudidas pequeñísimas, que se esfuerzan por estudiar los físicos italianos y otros muchos de diversos países; ó son por el contrario ilusiones de los sentidos ó cuando más meros accidentes sin fundamento sólido ni generalidad alguna?

Como existe la electricidad en grado reducidísimo en el ámbar frotado; y la diferencial de la vida en un giron microscópico de protoplasma, ¿existirá el *terremoto infinitamente pequeño* en la ruda y trastornada masa de nuestro planeta?

Para contestar de algun modo á todas estas preguntas seria preciso exponer las varias teorías que la memoria de que tratamos indica en su primer capítulo, ó por lo ménos las dos teorías opuestas que con más defensores cuentan hoy en el terreno de la ciencia: á saber, la teoría francesa de Laplace, Fourier y Elie de Bomont, ó sea la del *fuego central*, y la teoría que podríamos llamar, si no se opusieran á ello las leyes etimológicas, de la *meteorología interna* del globo, doctrina sostenida principalmente por los físicos y geólogos italianos.

¿Es la tierra no más que una costra sólida alrededor de un inmenso núcleo fundido, ó es una masa sólida toda ella, llena de oquedades, conductos y grietas por donde circulan agua, aire, gases, vapor acuoso, líquidos explosivos quizás, la electricidad y el calor, como circulan por la atmósfera, aunque en otras condiciones físicas y químicas? Todo esto pudiera ser materia para otros artículos, pero no tiene cabida por hoy en este, que probablemente ya habrá fatigado la bondadosa paciencia de nuestros lectores.

JOSÉ ECHEGARAY

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentacion*, 2 tomos.—*Escultura y Glíptica*, 1 tomo.—*Pintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 4 DE MAYO DE 1885 — NÚM. 175

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NEMESIS, cuadro por K. Kronberger

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

A mal tiempo, buena cara.—Donde pasea Madrid.—Distintos modos de entender el paseo.—Pereda en Madrid.—Renacimiento de la novela.—Premios á granel.—El cansancio de la vida.—Crece el suicidio.—Cosas que no son de actualidad.—Miremos al porvenir.

Como la primavera no es primavera, ni el sol luce sin interrupciones en el cielo de abril, ni la lluvia ha suspendido su faena agrícola, ni el viento deja de volar, los madrileños llevaban muchos dias, meses tal vez sin gozar del paseo. ¿Irian al Retiro? Imposible: el piso húmedo lo impedia. ¿Irian al Prado? En aquella amplia área el viento sopla demasiado fuerte. ¿Y la Castellana y Recoletos? No: tampoco. Todo lo que fuera alejarse mucho de la villa, era exponerse á volver á casa convertido en una sopa ó en un triton. Por eso se ha descubierto un paseo nuevo en el corazon de Madrid. Los madrileños pasean por las tardes desde la iglesia de San José á la de las Calatravas. Aquellas varas de acera de la calle de Alcalá se llenan de gente que va y viene como por un salon. Más que pasearse es aquello moverse en un mosaico humano, en el que incrustamos nuestra persona, adaptándola al hueco que nos ofrece la masa de gente.

Para otros pueblos pasearse es ir en busca de horizontes, deleitarse en la contemplacion de perspectivas campestres, en copas de árboles, en arroyos, en casitas esparcidas por la llanura, en el recodo de un rio ó en un pedazo de mar que agita sus olas entre un marco irregular de rocas de la costa.

Para Madrid, pasear es ir á ver gente; á contemplar perspectivas de sombreros de copa y perspectivas de toaletas femeninas. En vez de un grupo de árboles sobre cuyas ramas se detienen los pájaros y bajo cuya sombra se paran los amantes, gusta de ver una fachada de lujosa casa, agujereada por mil ventanas y balcones, coloreada por miles de muestras de tiendas y en cuyas puertas se ostenta suspendida una lámpara eléctrica, redonda y esplendente, de un color que hace soñar con riquezas fabulosas, con perlas gigantescas, que podrian ir suspendidas á las orejas de la reina del país de Brandabarah, visitado por Gulliver.

Agua corriente, panorama floreal, grupos de ovejas y vacas que se destacan en la verdura, deliciosos contrastes de luz y sombra en una enramada... el dulce y sosegado goce de la contemplacion.. el éxtasis de un espíritu amante de la naturaleza que halla motivo de alegría en la vibracion de una hierba acariciada por el viento ó en el chirrido de un insecto que canta en la sombra... nada de esto es comprendido en esta ciudad de los tranvías, en esta prosaica corte de los empleados, en esta orgullosa metrópoli del Manzanares.

Al vulgar paseo establecido en la calle de Alcalá, le llaman satíricamente los *Mártes de las de Gomez*. Es seguro que costumbre tan ridícula se aclimatará. Es la suerte reservada á lo ridículo: perpetuarse bajo la lluvia de flechas de la sátira.

***

Pereda, el insigne autor de *Pedro Sanchez*, se encuentra en Madrid, de paso para Portugal. Muy de tarde en tarde nos visita el escritor santanderino, apegado en demasía á los riscos de sus montañas vestidas de helecho. Prefiere al trato de la corte los sabrosísimos discursos de los *Nelos* y los *Tremontorios;* y mejor que ver el desfile de damas de la vida elegante en un salon, asiste á un baile de zafias montañesas allá sobre el césped de los pátrios campos.

Los paisanos de Pereda que residen en Madrid le preparan un regalo artístico. La estatua de *Sotileza*.

Crece de dia en dia el gusto del público por la moderna novela. Hace pocos años no existia el género, porque desde Cervantes y sus coetáneos hasta Alarcon, Galdós y Pereda hay que dar un salto de siglos sin tropezar en una sola obra notable. Los ensayos de Fernan-Caballero no constituian escuela ni podian constituirla: más que novelas eran tésis católicas, pensadas por un teólogo mogigato y expuestas por una mujer que sentia muy bien y escribia con poca literatura. Fernandez y Gonzalez ha dado de sí un centenar de libros que carecen de estilo y esmero en el lenguaje. De ellos puede decirse que los escribió un vulgar y adocenado inventor de melodramas, en colaboracion con un genio. El genio era poco puntual en la colaboracion y como el editor no podia esperar á que acudiera, el que discurria los absurdos y enmarañados melodramas seguia enviando cuartillas á la imprenta. Ese Himalaya de cuartillas que llevan la firma de Fernandez y Gonzalez, no son otra cosa que una triste enseñanza que hace ver cuán distinta cosa es escribir para el arte, de escribir para el editor.

La novela no ha existido, pues, hasta nuestros más recientes dias y en verdad que ha progresado rápidamente, siendo la mejor señal de su progreso el que cada uno de los cultivadores del género en España tiene su fisonomía propia. No es posible confundir una página de Alarcon con una página de Pereda, ni un capítulo de *La Regenta* con un capítulo de *El Señorito Octavio*. Esta diversidad de fisonomías acredita la riqueza de la savia del árbol genealógico en que van apareciendo todos los dias lozanas flores.

***

La Sociedad de escritores y artistas celebró una Exposicion que aplaudimos como una señal de actividad necesaria en ese núcleo de la vida intelectual de España. Pero en la distribucion de los premios que acaba de publicarse en los periódicos hay motivo de enérgica censura. Verdaderamente han sido distinguidos con diplomas y medallas algunos expositores dignos de serlo, pero ¡qué nombres oscuros, sacados, no al aplauso, sino á la pública censura por una injustificada merced! Hay un poeta premiado por la Sociedad de escritores y artistas cuyo apellido suena en el Olimpo como el de O'donovan Rossa en una tertulia de aristócratas. Hablo de Carulla. Le han conferido un diploma de primera clase por la traduccion de la Biblia. ¡Y para mayor ignominia le pusieron *Inri!*

***

En los últimos diez dias han ocurrido en Madrid siete suicidios. La pistola y el veneno han hecho ventajosa competencia al viaducto.

La vida cansa por lo visto más en unas temporadas que en otras. Si ese cansancio, productor del suicidio, fuera constante, se matarian las personas todos los dias del año, como sucede con las enfermedades endémicas que hacen víctimas sin cesar. Pero el suicidio es una epidemia. Aparece un caso, se propaga el contagio y en pocos dias se inficiona una poblacion. Virtud, trabajo y fe son los tres lazaretos en que se puede impedir á la epidemia avanzar.

***

Cuando venga la primavera podremos hablar de las siguientes cosas que aún no son de actualidad:

El paseo por las mañanas en el Retiro.
Los proyectos de los viajes veraniegos.
Los teatros del estío.
Las flores.
El amor.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

NEMESIS, cuadro por K. Kronberger

Tambien es conocido este cuadro con el título de *El castigo de la murmuracion*, que sienta perfectamente á su asunto. Una de esas viejas criadas que pasan la vida husmeando en la casa del prójimo con el piadoso objeto de propalar chismes entre la vecindad, tiene la mala idea de ejercer su tarea favorita al pié del tejado de la casa que habita una de sus ménos tolerantes víctimas. Allí la acerada lengua de la comadre se despacha á su gusto con una maritornes, que no parece enojarse porque la enteren de lo que no la importa; y de esta suerte pasarian el tiempo indefinidamente, si su amo, cansado de aguardar el desayuno y más cansado aún de representar el papel de San Bartolomé, no resolviera poner término brusco al impertinente diálogo. Dicho y hecho: súbese á la buhardilla, barre sin piedad la nieve del tejado y da con ella en plena persona de su vieja fámula, para escarmiento de lenguas viperinas.

Y á todo esto ¿por qué este cuadro se titula *Nemesis?*.. Porque Nemesis, segun la mitología, es la diosa de la venganza, y á la venganza, que segun horrible expresion del poeta pagano es el placer de los dioses, se entrega la víctima de nuestro cuadro. Confesemos que el tal título es bastante rebuscado y que puede aumentar, al interés del lienzo, el interés del enigma.

LA HUÉRFANA, cuadro por F. Compte-Calix

—*¡Qué espantosa soledad!...*—escribe el inolvidable Ayala al final de un precioso drama. Y esta breve frase define de una manera admirable la situacion de *Consuelo*. La protagonista de nuestro cuadro repite mentalmente las mismas palabras, y si no las oimos de sus labios, las leemos perfectamente en su pensamiento.

¡Infeliz criatura!.. Privada de sus padres, sola en este mundo, al recorrer el camino de la vida parécela que la tierra tiembla bajo sus piés; al fijarse en el porvenir que la está deparado, descubre en el horizonte la tempestad próxima á desencadenarse. La modesta casita en que vivió con los cariñosos autores de su vida, constituia todo su mundo: hoy que han desaparecido sucesivamente los que con su amor la llenaban, ¿qué tiene de particular que á la pobre huérfana se la figure habitar en un desierto?.. Apénas sus manos laboran maquinalmente la calceta y no ménos maquinalmente su mirada se fija en la puerta que otras veces daba paso á las personas de ella tan queridas. Su pensamiento vuela léjos, muy léjos; aprisa, muy aprisa... como que trata de alcanzar el alma de sus padres en el espacio que separa la tierra del cielo...

El autor del lienzo ha estado completamente feliz en su ejecucion. Hay tanta pena en la mirada de esa jóven, hay en su cuerpo tanto abatimiento, hay en su abandono tanta naturalidad que el objetivo del artista resalta sin esfuerzo alguno y no hay alma sensible que no acompañe en su soledad á la pobre huérfana.

JALEO, dibujo por A. Fabrés

¡Bendita sea la tierra de Andalucía y bendito el que inspiró requebrarse en música por medio de la guitarra, que es el instrumento más demócrata de los conocidos, desde el salterio de David hasta los pianos de Erard!..

En cierto telon de boca del más clásico teatro de Madrid leíanse en la primera mitad de este siglo unos versos muy malos que empezaban:

La música á las fieras domestica..

Y ello es indudable que el hombre al parecer más rudo endílgale á su amada en *do, re, mi, fa, sol*, una porcion de galanterías de que se sentiria incapaz hablando en prosa lisa y llana. Lo cual, empero, no justifica que el poeta de marras, para ponderar las excelencias de la melodía, tuviera que apelar al testimonio de las fieras.

Fiera es, á pesar de todo, la condicion de esos dos tipos dibujados por Fabrés, y más de una vez, probablemente, cuando sus manos no pulsan la guitarra, el galan del rasgueo habrá demostrado su amor á la gitana del cuadro mediante alguna *guantáa* salida de lo más íntimo del corazon... Pero no hay tempestad que no se calme, ni ceño que no se desarrugue, ni arrebato de celos que no disipe una malagueña, entonada á quema ropa, de la mujer de nuestros pensamientos...

Tal es el tema del dibujo de Fabrés, feliz estudio de unos tipos muy típicos, modelo de naturalidad y tan saturado del sabor de la tierra que aún más que figuras de estudio parezcan dos fotografías bien escogidas.

LA LEY DE LYNCH, cuadro por R. Zoqbaum

La explicacion de este cuadro encuéntrase en su último término, donde, iluminado por una bien pensada claridad, se bambolea el cadáver de un ahorcado. Sus fiscales, jueces y verdugos han sido esos jinetes que regresan muy tranquilamente á sus hogares, despues de haber hecho justicia á su manera.

Sabido es que los norte-americanos llaman ley de Lynch al derecho *ó cosa así*, que se atribuyen ciertos ciudadanos de aplicar cualquier pena, la de muerte inclusive, sin forma de proceso, ni intervencion de la artificiosa curia. Esta horrible teoría se encuentra tan arraigada en algunos ciudadanos que en gran número de casos las autoridades custodias de ciertos presos han sido impotentes para impedir que la multitud, compuesta de todas las clases sociales, se los haya arrebatado para seguidamente *lincharlos*, vulgo pasarles una cuerda al cuello y colgarles del árbol que les ha parecido más á propósito.

No hay para qué decir cuán repugnante y condenable es semejante costumbre que despoja á la ley de sus naturales sacerdotes, y al hombre, siquiera bajo el peso de una acusacion, de sus más naturales é imprescriptibles derechos.

APLICACION, dibujo por F. Delfregger

La simpatía que inspiran esos niños trasciende hasta al autor de esa pequeña composicion. Es imposible que quien siente de tal suerte la aplicacion de la infancia, no sea aplicado por temperamento, niño por la bondad de su corazon.

Como no hay que juzgar á los hombres por su estatura, no hay que estimar las obras de arte por su tamaño. A tenerse esto en cuenta, las Pirámides de Egipto serian la obra más portentosa del genio. Sin embargo, en artes, como en todo, tiene más valor que una tonelada de carbon un diamante como una lenteja.

LOS TAMBORES DE LA REPÚBLICA

Cuando, en 1791, la Francia hubo de hacer frente á la liga de Europa para destruir la República, hizo un llamamiento á sus hijos, excitándoles á alistarse voluntariamente en el ejército para defender el suelo patrio contra la invasion del extranjero.

Lo que sucedió entónces en esa nacion, al parecer desgarrada por sus gobernantes, es portentoso: en un año se organizaron un millon y doscientos mil soldados, se fabricó un millon de fusiles, se fundieron siete mil cañones y se extrajeron del seno de la tierra doce millones de libras de salitre para confeccionar pólvora.

Estos datos pueden dar una idea del entusiasmo que reinaba en Francia: los niños, ante el ejemplo de los adultos, contribuyeron á la campaña y pagaron con su sangre la deuda que el ciudadano tiene contraida con su patria: el que no tuvo fuerzas para empuñar el fusil, empuñó las baquetas del tambor, y los tambores niños de la República tuvieron sus héroes, entre ellos el tambor de Arcola, que hoy dia tiene su apoteósis en Paris entre los grandes hombres esculpidos en la fachada del Panteon.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

AMOR PRIMAVERAL, cuadro por P. Thusmann

Poético asunto tratado con habilísimo arte; figuras simpáticas y llenas de vida como la primavera; amor candoroso, amor que se satisface con aspirar los aromas de una flor que apénas han besado los labios de la mujer





AMOR PRIMAVERAL, cuadro por P. Thumann

amada. El amor que ha pintado Thusmann es el amor casto de la mariposa á las flores ó de las flores al sol: pasion en que la carne no empequeñece el sentimiento, pasion de cuyas manifestaciones pueden ser testigos los ángeles sin tener necesidad de ocultar el rostro tras las níveas alas.

Quien no ha amado alguna vez de esta suerte, quien, en la primavera de la vida, no ha elevado el pensamiento, de conjunto con la mujer amada, á un espacio más puro y más bañado de luz que el espacio comprendido en el mundo vulgar de las pasiones brutales, ese no puede sentir como siente el autor de nuestro cuadro, ese no puede apreciar en todo lo que vale el idilio de Thusmann.

EL REGIDOR

POR DON CÁRLOS COELLO

(Continuacion)

VII

Coincidió en Solsona la celebracion de la quinta con la llegada del Carnaval. D. Gervasio habia regresado de su cacería gravemente enfermo, con terrible y tenaz calentura, vahidos espantosos que á veces llegaban á convertirse en accidentes epileptiformes y una tal decadencia de fuerzas que parecia otro hombre. Tan mal estaba que el celoso Gasparet, que habia jurado vengarse del lance de marras, no tuvo ánimo para meterse con él y le cuidó con verdadero cariño diciéndose: «¡Quién sabe si de esta reventará y arrepentido de sus malos propósitos me nombrará su heredero! No debo hacer nada contra esta favorable solucion. Yo estoy mal con mi amo, pero siempre me he llevado bien con su dinero.»

Al compás de las músicas callejeras y de los gritos de las máscaras, D. Gervasio se retorcia en el lecho, no ya del dolor, sino de los dolores más crueles, jurando y perjurando que estaba envenenado, que uno de los dias de caza habia tomado butifarra en la masía de unos protegidos del regidor y que aquella inocentada le costaba la vida.

De allí á creer que toda Cataluña se habia conjurado para matarle como á un perro no habia más que un paso, á la verdad; pero el hecho era que D. Gervasio se moria por la posta, que el médico del pueblo y otro llegado de Barcelona, temeroso D. Gervasio de que el primero estuviese vendido al regidor, declaraban unánimemente que aquello presentaba todas las trazas de envenenamiento, y como el doliente aseguraba no haber comido en aquellos dias más que las provisiones sacadas de casa, algunas frutas del campo y la maldita butifarra, sobre álguien habian de recaer las sospechas, y aunque D. Gervasio no era muy querido en Solsona ni mucho ménos, la gente se cansa de odiar como de querer, nadie está sobrado de amigos ni falto de enemigos, y muchos descansaban de reirse del ricacho dando por hecho, creyéndolo ó no, que el regidor era un criminal.

Los médicos habian dado á entender bien claramente que si D. Gervasio no vomitaba se moria sin remedio; pero él se negaba á tomar las medicinas preparadas por el boticario de Solsona porque este andaba mucho con el regidor y «dime con quién andas, y te diré quién eres.»

En vano se le decia que la cosa no daba lugar á espera: D. Gervasio juró y perjuró que hasta que no llegasen las medicinas que un propio habia ido á buscar á Barcelona, nadie le separaria los dientes con cuchara ni con pistero.

Entre tanto D. Gervasio iba de mal en peor, y Gasparet acudia, el dia precisamente de la mayor gravedad, á las casas consistoriales, donde se habia de verificar el solemne acto de la eleccion de quintos.

Para caer soldado no era precisamente necesario que Gasparet sacase el número uno, sacó el dos, y como el cupo era de seis hombres y Gasparet no tenia en su cuerpo motivo en qué fundar exencion, claro está que podia considerarse como soldado.

Al saber la fatal nueva le dió á Eulalia un terrible soponcio y hubo que llevarla á su casa á puñados. Gasparet se enterneció en términos que rompió á llorar, y unos muchachos vestidos de máscara, al verle tan feo le llenaron de yeso, y le colgaron una cola en la cual y artísticamente colocada en un saquillo habia buena porcion de cierta repugnante sustancia que en aquel país se emplea con éxito para el abono de las tierras y que despide una fetidez insoportable.

Gasparet iba tan abismado en sus lúgubres pensamientos que en nada reparaba, encaminándose melancólicamente á casa de su amo, á quien desde por la mañana no habia visto. Ya se ha dejado entender que Gasparet era mozo listo, y en medio de su preocupacion harto comprendia el infeliz que nadie en Solsona, fuera de su amo, podria ni querria facilitarle la cantidad necesaria para librarse de servir á la República. Su abnegacion llegó hasta el punto de determinarle, si habia ocasion propicia para ello, á pedírsela á su amo dando al olvido generosamente la aventura que entre él y la valerosa Eulalia habia mediado dias atrás.

VIII

Cuando entró Gasparet en el cuarto de su amo éste estaba peor: se acercaba ya el anochecer, iniciábase en él la recaida y la calentura le hacia delirar.

Al presentársele el criado en la forma que se ha descrito su amo se abrazó á él y mirándole de piés á cabeza:

—¿Qué te ha hecho el regidor?—preguntó compungido.

Gasparet contó lo que le ocurria; D. Gervasio aseguró que el regidor habria hecho trampa para librar de la quinta á su sobrino... y de pronto comenzó el enfermo á sentir unas bascas tremendas y Gasparet le vió abrir y cerrar los ojos con rapidez extraña haciendo mil rarísimos gestos y contorsiones, y creyó que se le iba por la posta y sin tiempo para hacer testamento; y fué tanto lo que se conmovió el pobre muchacho que se abrazó sollozando á D. Gervasio y este abrió la boca, arrojó por ella un caño de una cosa de indefinible color pero que á Gasparet le pareció un terrible vómito de sangre y le hizo gritar pidiendo socorro.

Acudió toda la gente de la casa y poco despues el médico, quien con gran asombro de todos los circunstantes declaró que D. Gervasio estaba fuera de peligro. Se acercó Gasparet á dar un nuevo abrazo á su amo, lleno de felicidad y prefiriendo siempre su amo vivo á su amo sin tiempo para testar. Aquel alma generosa era incapaz de rencor.

—¿A qué demonio huele aquí?—preguntó el médico.

—El olor lo trae consigo ese puerco,—advirtió doña Rosa, la vieja ama de gobierno de D. Gervasio. Y bien examinadas las cosas se cayó en la cuenta de que la fetidez que Gasparet traia consigo, gracias á las diabluras de los muchachos, habia hecho en su amo el efecto del mejor de los vomitivos y curádole por el sistema del famoso bálsamo de Fierabrás inmortalizado por Don Quijote.

IX

A los pocos dias de los sucesos relatados los quintos recorrian las calles de Solsona tocando la guitarra, cantando y procurando pasar á tragos la vida miserable que comenzaban á tener; la pobre Eulalia languidecia por momentos sintiéndose sin ánimos para esperar ocho años el suspirado y necesitado casorio y Gasparet se encaminaba á casa de su amo más que á despedirse de él á ver si le cogia en un momento favorable y le conmovia hasta el punto de sacarle el dinero consabido, empresa no muy sencilla, porque el buen fijodalgo no era espléndido más que en las cosas que á él particularmente le divertian.

Cuando llegó el mancebo á la casa encontró á su amo en grave conferencia con el escribano D. Magin Banquells, á quien habia convidado á tomar chocolate y á quien entre sopa y sopa procuraba convencer de que le ayudase á armar al regidor una causa criminal de la cual no pudiese desenvolverse en todos los dias de su vida.

—Pero amigo D. Gervasio,—decia D. Magin, ninguno de los indicios que V. presenta tienen fuerza bastante ante un tribunal, y V. y yo seremos los primeros perjudicados si intentamos semejante cosa.

—De manera,—contestaba D. Gervasio,—que V. cree natural que un hombre pierda siempre al juego, y se caiga al suelo siempre que monte á caballo, y sea engañado por todas las mujeres, y se le calumnie de un modo atroz y se le sobe y se le asuste y se le envenene y de milagro no se le mate!..

—Yo no digo que sea natural,—replicaba el pobre don Magin, poniendo en prensa el suyo para convencer á aquel alma de cántaro,—lo único que digo es que no veo razon bastante para atribuir al regidor la culpa de todas las desventuras de V. y que si nos metemos en semejante cosa usted y yo seremos los primeros perjudicados.

—Pues V. se lo pierde,—replicaba D. Gervasio.—Si usted me ayudara en esta empresa le pondria á V. en la mano mil duritos limpios de polvo y paja y en moneda contante y sonante.

Don Magin que, aunque escribano, era hombre de bien, juzgó insulto feroz la propuesta de su amigo y le preguntó conteniéndose lo mejor que pudo si habia comido fuerte ántes de tomar el chocolate, sintiendo impulsos de tirar le una de las jícaras á la cabeza dándole así definitivamente el frustrado jicarazo recientemente atribuido al regidor.

Buena parte de esta escena habia sido escuchada por Gasparet, y como el mozo no tenia pelo de tonto y como de una idea nace otra y como no hay nada que aguce tanto el ingenio como la necesidad, se quedó en la puerta y escuchó el referido diálogo hasta el momento en que don Gervasio, sonriendo burlonamente, decia al escribano:

—Vaya, D. Magin, y ¿cuánto le da á V. el regidor por defenderle tan brillantemente?

Don Magin pegó un respingo, sintió impulsos de lanzarse al cuello de D. Gervasio, se contuvo despues pensando que el mayorazgo era tan fuerte como bruto y echó mano al sombrero.

Gasparet que vió llegada la ocasion oportuna de intervenir se adelantó y fingiéndose sofocado empezó á gritar:

—¡Señor amo! ¡señor amo! ¡Estamos de enhorabuena!

—¿Se ha muerto el regidor?—interrumpió D. Gervasio.

Gasparet prosiguió, no oyéndole ó fingiendo no oirle:

—Ya he descubierto quién es su enemigo de V.! Ya tengo en mi poder pruebas fehacientes de todas sus marrullerias! Ya puede V. vivir tranquilo!

—¿Hablas de veras?—interrogó D. Gervasio entre asombrado, satisfecho y receloso, en tanto que D. Magin indeciso y atraido por invencible curiosidad se estaba de pié, baston y sombrero en mano.

—No se marche V., señor D. Magin,—le dijo Gasparet,—la presencia de V. puede sernos utilísima.

—Es verdad,—afirmó D. Gervasio, y poniéndole ambas manos sobre los hombros le hizo sentar por la fuerza.—Hijo mio,—prosiguió dirigiéndose á Gasparet,—¿mis sospechas se han confirmado? ¿tienes por fin la prueba de las maldades de ese infame?

—No puedo revelar su nombre,—dijo Gasparet.

—¿Qué dices?—bramó el mayorazgo.—¿Quién te lo impide?

—He dado mi palabra de honor,—repuso con seriedad el fámulo.

—¿Y desde cuándo tienes tú honor?—preguntó D. Gervasio.

—Desde que entré á servicio de V., señor,—replicó el muy indino.

Mordióse D. Magin los labios para no reirse de dientes á fuera, y D. Gervasio, despues de haberse pavoneado un poco, prosiguió diciendo:

—Y, si no me puedo vengar, ¿qué adelanto yo con saber quién tiene la culpa de todo lo que á mí me pasa?

—Señor,—respondió Gasparet,—yo me comprometo ante el señor escribano aquí presente á que á las veinticuatro horas del pacto que los dos hemos de celebrar, la única persona culpable de todo lo que á V. le ha sucedido habrá pasado por todas las desdichas que V. lamenta.

—¿Y quién me asegura eso?—preguntó D. Gervasio que nunca daba del todo su brazo á torcer.

—Yo lo aseguro bajo mi palabra de honor,—replicó Gasparet.

No parecia á D. Gervasio muy tranquilizadora la seguridad; pero se acordó del honor de su casa y calló. Gasparet prosiguió diciendo:

—Respondo además con mi pellejo de dar pruebas de haber cumplido lo que prometo una vez que el señor don Gervasio Cortadellas y Fogarolas se comprometa por escritura ó papel autorizado por D. Magin á entregarme, apénas adquiera la conviccion de que yo he cumplido mi ofrecimiento, la cantidad que necesito para quedar libre, para casarme y para establecer una industria que pueda darme un dia lo necesario para sostener mis obligaciones.

Ya se ha dicho que D. Gervasio era ruin; pero en él el instinto y el afan de la venganza se hacian superiores á todos los demás. Así es que dijo al criado:

—Acepto á ojos cerrados tu proposicion. El señor don Magin sabe que yo estaba dispuesto hace un instante á dar mil duros al hombre capaz de meter en presidio á mi enemigo... que á mí no hay quien me quite de la cabeza que es el regidor.—Y acercándose al oido de D. Magin le dijo:

—Veinte mil realitos se ha perdido V.: ahora tendrá usted que perseguir de balde ó de oficio á ese pillo.

Miéntras D. Gervasio entraba en una habitacion próxima á buscar el correspondiente recado de escribir para extender el contrato privado entre él y Gasparet, este hizo á D. Magin algunas advertencias que la historia pasa por alto, pero que acaso se refiriesen á lo convenientísima que tal escritura iba á ser para los intereses del fámulo, á quien siempre quiso bien D. Magin no sólo porque el chico era simpático de suyo sino porque su madre le habia criado sano y robusto el solo hijo que se le habia logrado en su matrimonio, de seis paridos por la señora escribana.

—No me conformo,—dijo D. Gervasio, entrando bien provisto de papel, plumas y tintero,—con el castigo que ofreces para esa persona cuyo nombre no me dices ni es necesario que me digas.

—Pero, señor,—dijo Gasparet—¿le parece á V. poco de veras que sufra su enemigo de V. todo lo que V. ha sufrido?

—No puede ni debe pedirse más ni yo estoy dispuesto á autorizar otra cosa,—interpuso el escribano.—Esa es la pena del talion y pedir más fuera gollería.

D. Gervasio prosiguió refunfuñando:

—Pues yo no suelto un real si Gasparet no añade á todo lo convenido un buen pié de paliza propinado por él en debida forma. Cierto que yo he sufrido bastante y he pasado por lances bien molestos; pero á pesar de ellos estoy vivo y no me divierte que mi contrario pueda quedarse riendo de mí; yo necesito que me lleve de ventaja unos cuantos garrotazos, que moliéndole bien los huesos le obliguen á acordarse de mí siquiera en todos los cambios de estacion.

Gasparet titubeó un instante y dijo:

—Una paliza como la que V. pide y valga mil duros como la que V. desea, tiene que ser cosa de mérito y no me conviene el trato, porque entre ir ocho años á servir ó ir á presidio y quizá á la horca, si tengo la desventura de matar á su contrario de V., francamente, prefiero lo primero.

—Pues sin paliza no hay mil duros,—repuso el rencoroso solsonés.

—Vaya, hijo mio,—observó D. Magin interviniendo en la cuestion,—lo que tu amo te pide es muy razonable y debes obedecerle sin vacilar.

Don Gervasio dió al escribano un cariñoso abrazo y dijo á Gasparet:

—Hijo mio, está tranquilo. Si te ocurre alguna desgracia, si vas á presidio, si mueres en esta noble empresa, cuenta con que yo me encargo del porvenir de la pobre Eulalia.

Nubes empapadas en vapores de sangre pasaron por aquel corazon no ménos celoso que el del moro veneciano, ó el del Tetrarca de Jerusalen; pero pronto se repuso y exclamó:

—Por mil duros me comprometo á todo lo ofrecido anteriormente, y á dar á ese hombre no ya una paliza sino una puñalada que le eche las tripas fuera.

—Con la paliza basta,—dijo el escribano.

Gasparet y su amo convinieron en hacer las cosas en debida forma y para asegurarse mútuamente hicieron *un*



LA HUÉRFANA, cuadro por F. Compte-Calix



JALEO, dibujo por A. Fabrés

papel, papel que el escribano no autorizó con su firma por la índole del asunto, pero cuya existencia y formalidad se obligó particularmente y bajo palabra de caballero á certificar y defender en caso necesario.

El papel, cuya importancia en esta verdadera historia no puede realmente ser mayor, estaba concebido en los siguientes términos:

«Gasparet Coll y Fontova se compromete á conseguir que en el plazo improrogable de veinticuatro horas cierto enemigo oculto que en la villa de Solsona tiene el señor D. Gervasio Cortadellas y Fogarolas haya pasado por todas las molestias y digustos que al dicho D. Gervasio ha hecho pasar el referido misterioso personaje. Convencido que sea D. Gervasio de que él y su enemigo se encuentran á la misma altura en punto á sufrimientos, entregará á Gasparet Coll la cantidad de veinte mil reales.

»Y para que conste y deseando ambos contratantes que este documento tenga fuerza de escritura pública, lo firman en Solsona á 4 de Febrero de 1872.»

Quiso D. Gervasio que constara tambien en el curioso documento que acabamos de trascribir el compromiso de la paliza; pero D. Magin se opuso á ello, asegurando que condicion de tal especie desbarataria y echaria por tierra toda la importancia del contrato, añadiendo que la garantía del que se acababa de extender y de cuya validez sólo privadamente podia él salir garante, bastaba y sobraba para el caso. D. Gervasio, á quien la menor contrariedad ponia como un toro picado del tábano, alborotóse y aseguró «que no soltaria un ochavo sin que Gasparet le asegurase y le demostrase que habia dado cincuenta palos al enemigo oculto.»

Gasparet tomó una brava resolucion y dijo á su amo:

—Señor, ya que V. se empeña, voy á complacerle haciendo que V. presencie la paliza.

Brillaron de alegría los ojos de D. Gervasio y á instancia suya discutióse sobre la calidad del instrumento con que habian de darse los palos. Gasparet creia que una buena vara de fresno ó de *redondo* bastaba y sobraba para aquel negocio; á D. Gervasio le parecia blando con exceso para dar los tales palos el canto de un sable de caballería y sólo se conformó con que se adoptase para el sacrificio un soberbio *manatí*, regalo de un indiano tio suyo y en cuyas condiciones vapuleadoras tenia plena confianza. Empuñó Gasparet el arma terrible, que sus costillas conocian más de cerca que sus ojos, y díjole su amo:

—Tráeme el sombrero, que aunque todavía me encuentro algo débil, quiero presenciar el cumplimiento del contrato. El señor D. Magin vendrá con nosotros y podrá dar fe de tu conducta.

Gasparet dirigió una mirada á D. Magin y haciendo un no pequeño esfuerzo sobre sí mismo, dijo á D. Gervasio:

—Señor, para apalear al enemigo de vuestra merced no es menester que salgamos de esta casa, ni de esta sala.

Don Gervasio pegó un brinco, abrió los ojos desmesuradamente y exclamó bufando más que hablando:

—¿Con que D. Magin es el culpable? ¡yo, necio de mí, que ni siquiera lo sospechaba! Bien lo debí comprender cuando hace un instante le busqué inútilmente por aliado.

Don Magin temblaba de piés á cabeza y queria hablar ya á D. Gervasio, ya á Gasparet, pero la cólera locuaz del primero no le dejaba meter baza.

—¡Dame acá ese baston, —berreaba D. Gervasio,—y desnúdame de cintura arriba á ese Iscariote para que los palos abran herida, que hecha por el manatí decia mi tio que era incurable!

El pobre escribano dirigia á Gasparet miradas más elocuentes que cien discursos de Castelar.

Gasparet se cuadró al fin.

—Yo no suelto el baston; yo he de castigar por mi mano al enemigo de V.; el contrato es contrato y no renuncio á los mil duros.

Don Gervasio asió fuertemente por un brazo y dijo á Gasparet:

—Apalea sin compasion al infame autor de todas mis desventuras hasta que yo te diga «basta.»

Gasparet hizo un movimiento afirmativo; miró nuevamente á D. Magin como diciéndole: «Ya ve V. que la cosa no tiene remedio,» levantó el manatí y empezó á descargarlo vigorosamente en las espaldas de su amo.

Éste, á las primeras de cambio, soltó el brazo de don Magin y se apartó buen trecho de él, y con la sorpresa, el dolor de los palos y la debilidad que aún tenia no pudo hablar ni defenderse. Gasparet, animoso y temeroso á la par, dió una segunda tanda de palos, y D. Gervasio, cayendo en un sillon y empezando á recibir la tercera, tuvo bríos al fin, ya que no para defenderse, para gritar y para quejarse.

—¿Qué es esto, Gasparet?—decia el magullado hidalgo.

(Continuará)

EL MAESTRO TRISTE

I

Cuando la gente del pueblo bajo de Madrid habla con una persona cuyo nombre ignora y á quien juzga superior en clase y educacion, le llama *maestro*, y como de tal califican al tipo de que voy á ocuparme, añadiendo el adjetivo *triste*, con el que es conocido entre los gateras de la heróica villa, de los cuales es el *hazme reir* y el espantajo.

El maestro triste es uno de esos séres que vegetan en medio del cáos que aún oscurece la creacion, que viven en la sombra, que cruzan por la vida con la vaguedad del espectro, de quienes nadie se ocupa más que un momento y á quienes nadie pregunta á dónde van ni de dónde vienen.

Se piensa en el átomo, se analiza el elemento, se clasifica á las plantas en familias y al animal en razas; las piedras tienen sus historiadores, y en el salon del Prado, durante el estío, se paga un real por ver los astros á través de un telescopio.

Entre tanto, nadie se cuida de ciertos séres humanos sino para hacer en su cadáver estudios anatómicos en el hospital.

Vivos, causan asco, tal vez horror; muertos, ya es otra cosa: el corazon latente vale ménos que el corazon frio é inanimado: la psicología es inferior al escalpelo.

II

El maestro triste es un hombre de cincuenta años, que representa algunos ménos, porque en el sopor de la inteligencia la vida se estanca y el tiempo resbala sin dejar huellas. De frente, no tiene fisonomía, porque su delgadez es tan extremada que sólo presenta una línea vertical, que comienza en el punto céntrico de la cabeza, deprimida por ambos lados de las sienes, y acaba en un punto indefinido, que es la barba.

Visto de perfil, el contorno se marca, como es natural: aparece un escorzo hendido, que es la frente: una nariz, cuyos cartílagos muy prolongados ocultan la membrana central; y algo más abajo, una como incision horizontal que constituye la boca.

Tiene la cabeza lisa y amarillenta como una calabaza muy madura, con eclipse parcial de cabellos, y digo parcial porque los nervios capilares existen desarrollados, pero hácia adentro, asomándose en cuatro largos mechones por los oidos y por las fosas nasales.

Sus ojos son pequeños, redondos y saltones como los de algunos insectos, y las niñas despiden un fulgor apagado como las de las aves nocturnas.

La expresion de su rostro ofrece puntos de semejanza con la del estornino deslumbrado por el sol, y el movimiento casi incesante y lleno de lentitud de su cabeza es enteramente parecido al del buho.

La lleva siempre cubierta con una cosa semejante á un sombrero de copa alta, que, Proteo de los sombreros, toma todas las formas imaginables: agranda y disminuye como el mago de *La Pata de Cabra*, se encorva hácia adelante, como un dolorido del estómago, ó se inclina hácia atrás, como una mujer en cinta. Usa nuestro héroe una levita de una tela fantástica, sin cuello y con un solo boton en la cintura; tiene poca camisa, ningun chaleco y un pantalon, especie de embudo doble, colocado del revés, que no le llega á los tobillos; gasta zapatos de los llamados de *la valentía*; y ¡cosa inexplicable! una sola media negra en la pierna derecha.

El maestro triste cobra una pension, cuyo orígen ignoro, en la casa de un grande de España, pension de tres reales diarios, con la cual vive hace cuarenta años.

Durante algunos, su posicion no fué muy desahogada, hasta que una casualidad providencial vino en su ayuda. Supo que en la Escuela Pia de la calle de Hortaleza se repartia diariamente una especie de rancho conventual, y se hizo abonado perpetuo.

III

El maestro triste, aunque bueno y dulce en el fondo, tiene un exterior uraño y receloso, con arranques de altiva superioridad.

Cada semana muda de casa, porque en ninguna encuentra el silencio que desea.

En una ocasion vivia al fin de la calle del Lavapiés y se mudó porque su patrona se negó á mandar enarenar la calle á fin de evitar el ruido de los carros de la Aduana. Al dia siguiente de haberse hospedado en una buhardilla de la calle de Jardines, dejóla tambien, por causa de no haber querido pasar recado á la parroquia de San Luis para que no tocasen las campanas.

Fuera de esto, el maestro triste es benévolo y cortés: habla poco ó nada, pasea de noche, duerme ó medita de dia. Anda despacio y sin hacer ruido, como las sombras: carece de vicios y de virtudes y tropieza, sin notarlo, en las dos esquinas de la vejez: la miseria y la tristeza.

Se cree un gran filósofo, un gran sabio, un gran naturalista y un gran poeta.

Filósofo, porque en sus excursiones por la miseria siente el frio de la tumba, y mira alguna vez las estrellas, y nunca á sus hermanos en el presidio de la desventura: sabio, porque ha estudiado y olvidado el latin: naturalista, porque un dia, así como Cárlos Nadier descubrió el *Tarantantaleo* en una gota de agua, él encontró en la Pradera del Canal un animal desconocido y quizá antidiluviano, y que era simplemente una hormiga con alas; y poeta, porque su abuelo fué el grotescamente célebre don Diego Rabadan, autor del famoso soneto *A los Reyes Magos*.

IV

El maestro triste no ha tenido más que un amor y dos afecciones.

El primero sintióle, como es natural, por una mujer: las dos últimas hácia un hombre y un perro.

El hombre era un muchacho llamado Alegría, memorialista ambulante de las aguadoras del Prado, y acomodador de criadas.

En uno de sus paseos crepusculares, el maestro triste y Alegría se encontraron como dos larvas nocturnas y simpatizaron, porque...

¿Por qué la alegre raza andaluza tiene los cantos más melancólicos?

¿Por qué los rudos y pesados hijos de Galicia se solazan con los bailes más vivos y animados?

¿Por qué el frívolo y ligero pueblo francés ha adoptado como metro clásico el alejandrino?

Pues por eso simpatizaron Alegría y el maestro triste.

V

Hablemos ahora de misstris Kanaris.

Misstris Kanaris era una inglesa de mucho talento, muy versada en idiomas, que daba lecciones á domicilio.

Estoy seguro de que alguno de mis lectores la ha conocido, porque su profesion hacíala tratarse con muchas personas decentes.

Tenia cuarenta y ocho años de edad y era el ideal de lo feo, de lo sucio y de lo inverosímil.

Sus encrespados cabellos eran del color del cromato de plomo y sus ojos del del ácido fórmico. Su nariz se parecia á una vela latina hinchada por el viento, excepto en la blancura. Sus mejillas juanetudas formaban dos ángulos agudos, y Blondin, el atrevido funámbulo, no hubiera podido atravesar su boca de extremo á extremo.

Inmóvil, parecia la Esfinge: si gesticulaba, la Cariátide, é irritada, la Euménide.

Usaba un sombrero inmenso, parecido á un monitor de guerra, blindado de tela de araña, con tripulacion de cucarachas; ceñia su talle un *plaid*, limpio de manchas donde tenia agujeros, y vestia una falda negra con volantes de barro.

Como mujer superior, no sentia más que dos pasiones internacionales: la de la carne medio cruda y la del aguardiente de Chinchon.

El maestro triste conoció á misstris Kanaris en una tienda de comestibles, y este encuentro fué para él un choque en que descarriló su corazon, que lleno de niebla hasta entónces, se socavaba por falta de dilatacion. Oyó hablar á la inglesa en español, con la admiracion del que descubre un magnífico cuadro en una prendería, y el amor penetró en su alma como la luz en un sótano; su pasion fué la del sabio: se enamoró de la inteligencia.

Aquel hombre formado de bruma necesitaba de aquella mujer abrasada de alcohol.

VI

Trascurrieron algunos dias en que el maestro triste se sintió incómodo como un topo cogido en una ratonera, experimentando una incesante vacilacion en las encrucijadas de su pensamiento.

Misstris Kanaris iba siempre á la misma tienda; el maestro triste no faltaba ninguna noche, y desde allí la acompañaba hasta su casa, mas nunca se atrevió á declarla su atrevido pensamiento

Con su amigo Alegría fué más expansivo: le habló de su amor y le presentó á misstris Kanaris.

Una mañana concibió una decision suprema y escribió á la inglesa una carta rebosando en pasion.

Enviósela por conducto de Alegría y esperó el regreso de éste, acurrucado en la cama, como el perro culpable que presiente una paliza. El memorialista ambulante volvió pasado un rato y entregó á su amigo un billete arrugado y cerrado con miga de pan.

Era la contestacion de misstris Kanaris.

El inquieto amante abrióla tembloroso; atropelló las letras con la vista y luégo reclinóse en la cama en actitud de dolorosa resignacion.

—¿Se puede saber lo que dice?—preguntó Alegría.

El maestro triste le alargó la carta en silencio y el memorialista leyó:

«Caballero: Mis afecciones pasadas y mis ocupaciones presentes no me permiten ocuparme de ningun *ombre*.»

—¡Qué falta tan garrafal de ortografía!—exclamó Alegría.

—¡Necio!—dijo el maestro triste con acento de compasiva superioridad.—Misstris Kanaris sabe más ortografía castellana que tú, como lo sabe todo. Eso que tú llamas falta es un gran pensamiento filosófico. Ella conoce el latin como lo conoce todo, comprende la gran analogía que hay entre la palabra *umbra*, que quiere decir sombra, y la palabra *hombre*, suprimida la *h*, porque, en verdad, ¿qué es el hombre más que una sombra que atraviesa por la vida y desaparece?

Alegría no quedó enteramente convencido, pero sí admirado del profundo talento de su amigo.

El maestro triste devoró su dolor en silencio. Un dia le sopló la musa de su abuelo, y así como Petrarca hizo un soneto á la camisa de Laura, él compuso la siguiente quintilla endecasílaba al sombrero de misstris Kanaris:

Quitado, cual del sol la crencha de oro
La nube evaporada deja ver,
Me muestra su cabello que yo adoro;
Puesto, sobre su frente, con decoro
Es bóveda del templo del saber.

VII

Dos pruebas terribles acechaban al maestro triste.

Alegría, comprendiendo que habia ya llegado á la edad de pensar en hacer fortuna, abandonó la corte para establecer su bufete de memorialista en Valdelaguna, pueblo de veinticinco vecinos, á siete leguas de Madrid.

¡Primer porrazo!

Poco despues desapareció misstris Kanaris, sin que nadie haya vuelto á saber de ella. Quizá, como á todos los séres abandonados, la tragó de repente un escotillon abierto en el tablado de la muerte.

¡Porrazo segundo!

El maestro triste lloró por primera vez en su vida y desgarró su levita arrancando el único boton.

Volvió á ocultarse en su zona de sombra y volvió á leer en la soledad el soneto de su abuelo y á contemplar la hormiga antidiluviana, que conservaba debajo de un vaso roto.

Pero su corazon, abierto ya á las emociones, no pudo encerrarse en este aislamiento, y adoptó á un perro vagabundo que le siguió en uno de sus nocturnos paseos.

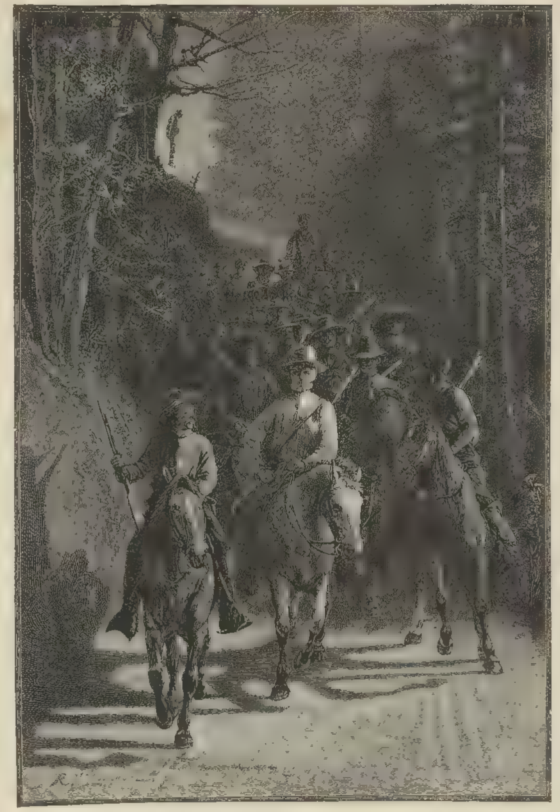
Mas ¡ay! cuando la fatalidad designa á un sér como víctima, es inexorable. Semejante al progreso humano, camina á veces con lentitud, pero al fin llega: es un monstruo que se detiene para afilar las garras.

El maestro triste sintió aun otro zarpazo.

VIII

Una noche del último estío, atormentado por el calor y por una picazon extraña, confiado en la proverbial somnolencia de los serenos y en la longanimidad de las parejas de órden público, no pudo resistir al deseo de darse un baño en una de las fuentes del Prado que están frente á la calle de las Huertas. Hízolo así, despues de atisbar hácia todas partes; mas en su éxtasis de triton, no vió una sombra que se iba aproximando encorvada como un tigre.

Súbito, la luz de un farol, hasta entónces oculto, reverberó en el agua del pilon, y el maestro triste se sintió agarrado de una oreja: el triton se convirtió en Adan desnudo, el cual despues, Adan medio vestido, tuvo que seguir á un déspota de la noche á la prevencion de la calle de San José.


LA LEY DE LYNCH, cuadro por R. Zoqbaum

Como el maestro triste no pudo presentar *un fiador de casa abierta* ni cerrada, fué trasladado á la cárcel del Saladero; como era *pobre*, le alojaron en el patio, que es como si dijéramos, el *pandemonium;* y como era *pobre* y débil, los demonios sin pan, habitantes de aquel departamento, entre otros excesos, hiciéronle *verter el zambullo*.

Salió al fin de la cárcel, como se sale de todas partes, hasta de la vida, y voló á su chiribitil, ansioso de soledad y descanso. Aquí le esperaba el último porrazo, es decir, *la puntilla*. Su perro adoptivo, encerrado durante muchos dias, habia muerto de hambre, destrozándolo todo en su agonía.

El maestro triste halló el soneto autógrafo de su abuelo hecho pedazos, y derribado el vaso bajo el que conservaba la hormiga alada, que no pudo encontrar en parte alguna.

IX

¡Adios, caricias caninas, gloriosos recuerdos de familia, descubrimientos científicos!

¡El maestro triste lo ha perdido todo!

Desde entónces, y quizá para siempre, el dolor, estancado en su corazon, hace subir á su cerebro los miasmas del idiotismo. Su existencia ha vuelto á sumergirse en un limbo oscuro en que sólo vislumbra vagamente el pote de la Escuela Pía de la calle de Hortaleza.

F. MORENO GODINO

LAS MAREAS

Las *mareas* son movimientos periódicos del mar producidos por la atraccion de la luna y del sol, accion que se ejerce en toda la masa de la tierra y se manifiesta por el movimiento de intumescencia de las aguas, y añadiremos que la fuerza de la luna viene á ser tres veces mayor que la del sol, porque la primera está mucho más cerca de la tierra que el astro del dia.

Para desarrollar la teoría de las mareas, consideraremos primeramente las llamadas lunares, dejando á un lado la accion del sol.

La atraccion que la luna ejerce en un punto cualquiera de la tierra, está en razon inversa del cuadrado de su distancia; si se tira desde aquella una línea recta que pase por el centro de la tierra (véase la figura 1), esta línea encontrará la superficie de las aguas en dos puntos diametralmente opuestos, Z y N, y uno de estos tendrá la luna al *zénit* y el otro al *nadir*. Los puntos del mar que tienen la luna al zénit, es decir, los que aquella ilumina perpendicularmente, estarán más próximos á dicho astro, y por lo tanto se hallarán más sometidos á la atraccion que al centro del globo, miéntras los puntos diametralmente opuestos, los que tienen la luna al nadir, se encontrarán más léjos y la atraccion será menor sobre ellos. En su consecuencia, las aguas situadas directamente bajo la luna deberán elevarse hácia ella, dilatándose en la superficie del Océano, y las aguas de los antípodas, ménos sujetas á la atraccion lunar que el centro del globo, se quedarán atrás para formar un segundo promontorio en la superficie del mar. De aquí resulta una doble *marea alta* bajo la luna y en el punto opuesto del globo, y allí donde las aguas no están sometidas á la atraccion directa de aquella, habrá *marea baja*, segun se representa en la figura primera.

La tierra presenta á la luna en su movimiento de rotacion, y en el espacio de veinticuatro horas, todos sus meridianos, que se van encontrando sucesivamente bajo dicho astro, ó bien á los 90° de él, resultando de aquí, que en el espacio de un dia lunar, es decir, en el tiempo que trascurre entre dos pasajes consecutivos de la luna por un mismo meridiano, las aguas del mar subirán dos veces y bajarán otras tantas en todos los puntos de la tierra. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que el efecto de la atraccion no se ejerce instantáneamente, pues la luna se aleja del meridiano antes que se complete la elevacion de las aguas, y hé aquí por qué el flujo no llega á su *máximum* sino unas tres horas despues de la culminacion del astro de la noche. La cima de la montaña de agua levantada por la ola, sigue á la luna alrededor del globo, de Oriente á Occidente.

Claro es, no obstante, que las grandes desigualdades del fondo del mar, los continentes, la pendiente más ó ménos rápida de las costas que están bajo el agua, la diferente anchura de los canales y estrechos, y por último, los vientos, las corrientes pelágicas y una infinidad de otras circunstancias locales, deben modificar sensiblemente la regularidad de la marcha de las mareas. Además de esto, la luna no es el único cuerpo celeste que ejerce su influencia sobre las aguas del mar; hemos dicho ya que el sol toma tambien su parte en este fenómeno, aunque muy indirectamente, á causa de la gran distancia que le separa de la tierra. La desigualdad que existe entre los dias solares y lunares (estos últimos son cincuenta y cuatro minutos más largos) da lugar á que las influencias de los dos astros obren de consuno ó se contraríen alternativamente; cuando el sol y la luna están en *conjuncion* (fig. 2), ó en oposicion, es decir, situados en la misma línea recta, sus atracciones sobre el mar se combinan y producen una marea muy fuerte, y esto es lo que sucede cuando hay luna nueva ó luna llena. En la época de las *cuadraturas*, la accion solar tiende á producir una marea baja allí donde la luna puede elevar las aguas, y recíprocamente, siendo el resultado de esto una marea lunar muy debilitada.

Todos estos efectos no se producen instantáneamente, sino uno ó dos dias despues. La mayor y la más pequeña marea están entre sí en la relacion de 138 á 62 ó de 7 á 3; las más fuertes mareas llegan á los equinoccios cuando la luna está en su perigeo, y las más débiles á los solsticios cuando se halla en su apogeo, y cuanto más se elevan las aguas durante la *pleamar*, más descienden en la *bajamar*. En nuestros puertos avanzan dos veces diarias y otras tantas vuelven á retirarse, á cuyo movimiento se da el nombre de *flujo* y *reflujo*.

La marea se retarda todos los dias unos cincuenta minutos segun los relojes de las ciudades, porque el dia lunar es de veinticuatro horas y cincuenta minutos (tiempo medio), y así, por ejemplo, si una marea llega hoy á las dos de la madrugada, la de mañana no vendrá hasta las dos y cincuenta minutos. Se ha observado tambien que las aguas no emplean el mismo tiempo en subir que en bajar; en el Havre y en Bolonia tardan dos horas y ocho minutos más en la bajada, pero en Brest la diferencia es sólo de diez y seis minutos.

La altura de las mareas varía en las diferentes regiones del globo segun las circunstancias de la localidad: en las costas orientales de Asia y en las occidentales de Europa, son aquellas muy fuertes, miéntras que en las islas del mar del Sur, donde son siempre muy regulares, no excede de la altura de cincuenta centímetros; en la costa occidental de la América del Sur rara vez alcanzan las mareas á tres metros, y en la occidental de la India se elevan á seis ó siete. Esta gran diferencia se observa tambien en países muy cercanos, pues una marea que en Cherburgo llega á seis ó siete metros, sube á trece en el puerto de San Malo; cuando se eleva á nueve en la embocadura del canal de Bristol, en Swansea, asciende á doble altura en Chepstow, un poco más léjos, y en general sube más en el fondo de un golfo que en la entrada.

La más alta marea es la que se observa en la bahía de Fundy, abierta al Sur del istmo que une á

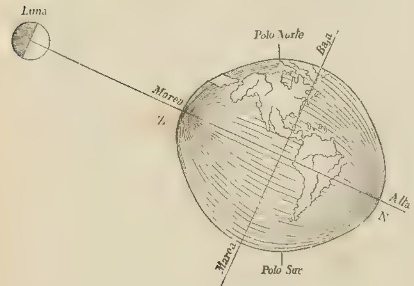


Fig. 1.—MAREA LUNAR

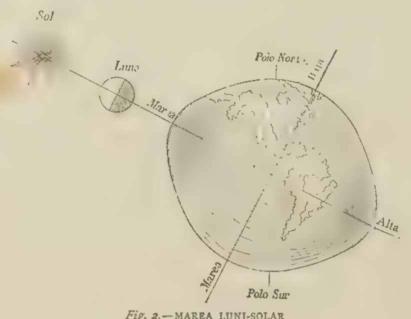


Fig. 2.—MAREA LUNI-SOLAR

Nueva-Escocia con Nueva-Brunswick; la pleamar sube veinte y hasta treinta metros, al paso que no asciende sino á dos y medio en la bahía Verde, al norte del mismo istmo. Cuéntase que en la bahía de Fundy las olas depositaron un buque sobre una roca bastante elevada, durante la noche, de tal modo que al amanecer se vió la tripulacion suspendida en el aire sobre el agua.

En los Mediterráneos, que no se comunican con el Océano sino por un estrecho canal, se percibe muy poco el fenómeno de las mareas, y hé aquí por qué causa. La luna ejerce su influencia al mismo tiempo sobre todas las partes de estos mares, y como sus aguas no son suficientemente abundantes para engrosar el promontorio formado por la atraccion de nuestro satélite, la intumescencia es muy poco pronunciada. Por esta razon no se ven mareas en el mar Blanco ni en el mar Negro y son insignificantes en el Mediterráneo. Sin embargo, en Alejandría se han visto mareas de medio metro y en Venecia alcanzan á veces á dos metros.

Los vientos ejercen una gran influencia en la altura de las mareas: cuando se unen al impulso comunicado por el astro que atrae, pueden aumentar considerablemente la elevacion normal de la pleamar, y si son contrarios, es muy fácil que destruyan el flujo, como sucede en el golfo de Veracruz, donde no se ve algunas veces sino una marea en tres dias cuando el viento sopla con violencia. En la costa de Van-Diemen se observa un fenómeno análogo.

La marea creciente bate á veces la ribera de una manera continuada, con increible fuerza, y ese choque violento se llama la *resaca*, la marejada forma entónces en el mar, olas que tienen á veces un kilómetro de extension, y se ha observado que la resaca aumenta á medida que se va acercando á la costa, pero cuando alcanza una altura de seis ó siete metros, forma una montaña de agua que cae por su propio peso y rueda sobre sí misma. Este movimiento no es, sin embargo, progresivo en realidad, ni trasporta los cuerpos flotantes: la resaca es muy fuerte en la isla de Fogo (una de las islas de Cabo Verde), en la India y en Sumatra, donde se llama *surf*. Cuando se produce es muy peligroso acercarse á las costas y algunas veces imposible.

Cuando al efecto de la resaca se une el de los golpes de viento, se forman en la superficie del mar inmensas olas que aumentan rápidamente de volúmen, se elevan como espumosas montañas, ruedan, saltan y se estrellan una contra otra.



LA APLICACION, dibujo por F. Delfregger

«En un momento, dice Malte-Brun, parece que las olas traen las diosas del mar que vienen á juguetear entre las aguas; un instante despues, si estalla la tempestad, parece animarlas con sus fuerzas; diríase que una multitud de mónstruos marinos luchan encarnizadamente; un fuerte viento, constante é igual, produce en el mar *oleadas* que se elevan y avanzan con un movimiento uniforme, una despues de otra, para precipitarse luégo contra la orilla. Algunas veces quedan las olas suspendidas por un golpe de viento ó detenidas por una corriente, y entónces forman como una muralla líquida. ¡Desgraciado del temerario navegante que osara acercarse á ella!»

Las más altas olas conocidas son las que se producen en la época de las grandes mareas á lo largo del Cabo de Buena Esperanza, bajo la influencia de un fuerte viento Noroeste que atraviesa el Atlántico meridional é impele el agua hácia el Cabo. Esas olas alcanzan con mucha frecuencia doce metros de altura, y si semejante montaña de agua se eleva entre dos buques, no es posible que se vean el uno al otro.

A lo largo del Cabo de Hornos se forman olas de diez metros, pero en nuestros mares, rara vez llegan á tres, segun ciertos autores, y á seis segun otros.

Si una ola se produce bajo la influencia de un viento muy fuerte, ejerce una presion de treinta mil kilógramos por metro cuadrado: cuando las aguas están muy agitadas, se ha visto que las olas se lanzaban por encima del faro de Eddystone á cuarenta y seis metros de altura, volviendo á caer en forma de catarata. Despues del huracan de la Barbada, en 1680, se hallaron en la playa cañones viejos trasportados desde el fondo del mar á la ribera por la fuerza del oleaje. Si las olas impelidas por el reflujo encuentran obstáculos, fórmanse *remolinos* y *abismos*, terror de los navegantes. Tales son los que se observan en el estrecho de Mesina, en los escollos de Scyla y Caribdis, célebres en la antigüedad, y que han sido cantados por Homero, Ovidio y Virgilio. En Caribdis, ó Kalofaro, hay un abismo donde parece que las aguas hierven, y en Scyla se lanzan estas contra la pared de la roca que forma el escollo.

La costa de Noruega está cortada por pequeños golfos y erizada de escollos, en derredor de los cuales se forman con frecuencia remolinos; el más célebre de aquellos es el *Mahlstrom*, pues en aquel punto tienen las aguas un movimiento giratorio que cambia de seis en seis horas. Los buques, arrastrados por este remolino, desaparecen en él sin remedio.

Al efecto combinado de las mareas y de los remolinos se debe atribuir el terrible fenómeno del *raz de marea*, tan temido de los navegantes: cuando el tiempo está sereno, y sin que sople el aire, se ve avanzar algunas veces hácia la costa una série de olas que se precipitan con violencia sobre los buques, los desarbolan y acaban á veces por echarlos á pique.—A. A.



LOS TAMBORES DE LA REPÚBLICA

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentacion*, 2 tomos.—*Escultura y Glíptica*, 1 tomo.—*Pintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 11 DE MAYO DE 1885 — NÚM. 176

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

PREPARATIVOS TEMIBLES, cuadro por W. de la Guardia

¡Dichosa edad, y dichosos tiempos aquellos, cabe decir con el príncipe de los ingenios, en que la perspectiva de un baile preocupa á las niñas, ni más ni ménos que la expectativa de una guerra inminente preocupa á las potencias de primer órden!

Y el caso no es para ménos, que, despues de todo, no siempre se resuelven á cañonazos las cuestiones *de estado*, y no hay más razon para que un general experimentado pase revista del armamento de sus soldados, que para que unas señoritas que han de librar una batalla á presuntos novios dejen de pasar revista á sus naturales armas de combate.

Las futuras *mantenedoras* del campo son, en nuestro cuadro, tres agraciadas jóvenes, ciertamente favorecidas por la naturaleza. Pero el adalid más confiado en sus propias fuerzas, no desdeña la proteccion de una coraza milanesa ni el auxilio de una hoja toledana. A tenor de cuyo principio nuestras damiselas buscan en el arsenal de las gasas, los encajes y las flores, una armadura que, ¡raro ejemplo! más que de defensiva, de ofensiva tendrá las condiciones.

Si hay quien se atreva á romper... una gavota con semejantes enemigos, habrá de experimentar, mal de su grado, las funestas consecuencias de una herida siempre grave, pues se contrae al corazon. Para tales catástrofes un solo bálsamo se conoce, y no siempre eficaz. Se expende en la vicaría y algunas veces surte efecto contrario.

UNA PARTIDA DE CARTAS cuadro por M. Lovatti

Este cuadro parece ser una crítica de las costumbres de ciertas clases, allá por el siglo XVII. En una taberna italiana, mejor diríamos en una bodega, cuyo único adorno es la gentil doncella, maritornes de aquel lugar, se ha empeñado una partida de juego entre un mendicante más entendido en barajas que en teología y moral, un hombre de armas tan desaliñado de cuerpo como de alma, y uno de esos entes ridículos y repugnantes, desdoro de la humanidad, á quienes llamábase locos ó bufones y cuyo oficio indecoroso consistia en hacer reir á sus dueños, merced á un cúmulo de bromas pesadas ó de groseras alusiones personales.

Recomiéndase este cuadro por el oportuno agrupa-

PREPARATIVOS TEMIBLES, cuadro por W. de la Guardia

miento de las figuras y por la expresion de los semblantes, entre los cuales son notables el del *loco*, la moza y el viejo capitan que presencia el empeño, sin tomar parte en él, como socarron muy curtido.

EL ÚLTIMO ÓMNIBUS, cuadro por J. L. Pellicer

Este cuadro es un verdadero artículo de costumbres: Larra no lo escribiria con mayor naturalidad que su autor lo ha pintado. La escena tiene lugar en París: un honrado matrimonio, con el apéndice de un hijo menor, se han permitido ir de visita á casa de unos amigos, sin contar con la huéspeda. Esta huéspeda de París en invierno es la nieve, la lluvia, el viento, el frio, que se desencadenan frecuentemente en la capital de Francia, sobre todo cuando sus vecinos se dan el tono de pasar la noche en casa ajena. No sabemos en qué consiste, pero no es ménos cierto que las explosiones del mal humor del tiempo nos pillan casi siempre en la calle y á buena distancia de nuestro domicilio. ¡El tiempo suele tener bromas muy pesadas!..

Bien es verdad que cuando nuestro matrimonio y su apéndice se decidieron á dejar lo cierto por lo dudoso, contaron con el servicio de los *ómnibus*, que son el gran recurso de los parisienses obligados á tomar en cuenta los céntimos de su presupuesto extraordinario de gastos. Pero con los *ómnibus* ocurre lo que con el crédito, que se puede disponer de él miéntras no hace falta. Sucédales á Vds. alguna vez hallarse en el arroyo de una calle con agua al tobillo, y no ha de circular vehículo alguno que no ostente á popa y proa, el terrible *completo;* que es como si dijéramos: paciencia y hasta otro, en que ocurrirá lo mismo. ¡Bonito planton para un matrimonio y su apéndice!

Tal es el asunto del cuadro; á bien que no necesita explicaciones: su autor ha estado tan en lo verdadero que huelgan comentarios.

MARIETTA, cuadro por E. Hubner

El autor ha reproducido el tipo de una de esas muchachas del campo, pobre, desvalida, por quien nadie se interesa y que, por colocar sus afectos en algo, acaba siendo la amiga de las aves del corral.

Hemos conocido á muchas Mariettas tan míseras, tan desgreñadas, tan solitarias como la de nuestro cuadro. Como objeto de inspiracion no nos han parecido muy á propósito: forzosamente su realismo ha de ser poco simpático.

IGLESIA DE SANTA MARÍA EN STUTTGART

Es el Wurtemberg un pequeño reino que, cual otro de tantos rios tributarios, forma parte del mar grande conocido por imperio de Alemania. Stuttgart es la pequeña corte de ese pequeño reino, mas se engañaria, ciertamente, quien se formara de esa ciudad la idea que la calidad de corte parece llevar consigo.

La capital del Wurtemberg es poblacion bastante antigua, habitada por más de cien mil almas y que, con ser residencia de un monarca, carece de grandiosidad, así en conjunto como en detalle. Tiene, á pesar de todo, bellos arrabales que constituyen su parte nueva, y algunos edificios más vastos que imponentes. Una de las pocas excepciones de esa regla es la iglesia de Santa María, de estilo gótico bastante puro, como son la gran mayoría de las construcciones religiosas de Alemania. Hay que confesar, en honor á la verdad, que el arte católico se sostiene á considerable altura en ese imperio, cuyo dueño, propiamente hablando, no comulga en la religion de Roma. Díganlo las catedrales de Colonia y de Estrasburgo, dos joyas de la arquitectura gótica, la primera de las cuales es, sin disputa, el más completo, colosal y bello monumento del género ojival.

Santa María de Stuttgart no puede compararse, verdaderamente, á ninguno de esos templos, pero es un bello ejemplar del arte cristiano, ante el cual así el artista como el devoto se elevan á la contemplacion de esas alturas, de donde surgen el sentimiento de Dios y el sentimiento del arte.

EVANGELISTA Y APOSTÓLICA

I

El baile de boda habia llegado á su mayor punto de animacion.

Facunda, la jóven desposada, estaba tan preciosa con el traje propio de su nuevo estado que mal año para todas las muchachas de veinte leguas á la redonda.

Sin embargo, á veces nublaba sus ojos un velo de tristeza y miraba con inquietud hácia el hueco de un balcon, en donde hacia largo tiempo se hallaba sentado y casi inmóvil, Mateo, su compañero de la niñez.

Durante el bullicio de un rigodon, se aproximó á él y le dijo:

—¿No bailas, Mateo?

—¡Sí, para bailar estoy yo!

—¿Qué tienes?

—¿Y me lo preguntas, ingrata? Lo has olvidado todo y me has abandonado por un hombre viejo y achacoso y que te hará desgraciada.

—¿Y qué habia de hacer? tengo ya diez y nueve años; mi familia me apremiaba; cuando te indiqué mi matrimonio, tú te callaste y...

—¿Qué habia de hacer? te digo yo á mi vez, ¿cómo competir con ese estúpido de D. Lúcas, que tiene tres cortijos y dos ganaderías? Tu familia me hubiera mandado á paseo.

—Pero yo no.

—¿Luego me amas todavía?

Facunda por toda respuesta se echó á llorar.

—Afortunadamente,—repuso Mateo,—mi madre ha obtenido para mí una plaza de guardia marina. Dentro de ocho dias estaré embarcado.

—¿Te vas?

—Sí, me voy al Pacífico y Dios quiera que no vuelva.

Facunda prorumpió en sollozos que no podia reprimir; algunas parejas suspendieron el rigodon y se acercaron á ella; el pianista que tocaba se detuvo en la tercera nota de una escala cromática.

La novia se habia desmayado en brazos de su madre.

El novio estaba atortolado.

Y con motivo de aquel incidente, el baile de boda terminó desfilando los concurrentes como en un funeral cuyo duelo se despide en la iglesia.

II

Tres años despues, una tarde, Facunda estaba sentada á la puerta de su hermosa casa de la alameda de Hércules.

Un elegante alférez de navío dobló la esquina que formaba el edificio y se acercó apresuradamente á Facunda.

Esta al verle se puso en pié, reprimiendo una exclamacion.

—¡Facunda!

—¡Mateo! ¿Tú en Sevilla?

—Sí, Facunda. No he podido resistir al deseo de volverte á ver. Mi buque está anclado en Cádiz, he pedido permiso, y aquí me tienes para decirte que ni los años, ni los viajes, ni las vicisitudes, ni nada en el mundo, pueden conseguir que me olvide de tí. Cada dia te amo más, cada vez...

—¡Calla!—interrumpió Facunda, mirando con inquietud hácia el interior de la casa.—¡Si te oyese mi marido!

—¿Cómo ha de oirme, á ménos que Dios haya hecho un milagro? Don Lúcas es sordo como una tapia.

—Era sordo, es verdad, pero... no se trata de él.

—¿Qué quieres decir?

—Lúcas ha muerto,—dijo Facunda bajando los ojos.

—Luego, ¿se trata de otro marido?

—¿Qué querias que hiciera, Mateo? Quedé viuda jóven y con familia... un sobrino de mi difunto me pretendió.

—¡Ah!

—¡Si yo hubiera sabido dónde escribirte!

—Tienes razon, Facunda, la culpa es mia; la ausencia será mi castigo; dentro de dos dias me hago á la vela para Filipinas.

—Pues bien, Mateo, puesto que te vas, puedo decirte...

—¿El qué? prosigue, ¿por qué te interrumpes?

—Puedo decirte... que á nadie he querido más que á tí.

—¡Facunda!

—¡Mateo!

—Mira, Facunda, si es cierto que me amas...

—Habla bajo.

—Si es cierto que me amas, vas á hacerme una promesa.

—¿Cuál?

—El mundo da muchas vueltas; tal vez vuelvas á enviudar...

—¡Ah!

—Escríbeme á Madrid, al ministerio de Marina; desde allí me enviarán la carta á donde me halle, ¿me lo prometes?

—Te lo juro.

—¡Facunda!..

—Vete, oigo toser á mi marido y mis niños vienen del colegio; que no te vean.

III

Han trascurrido nueve años.

Con motivo de la sublevacion de Filipinas y de las guerras de Joló y Cuba, Mateo, en un solo viaje, habia tocado de pasada en las costas de España, permaneciendo una larga temporada en el apostadero de la Habana y la mayor parte del tiempo restante costeando las Filipinas ó de estacion naval en la bahía de Twi-Tawi, en donde sufrió una penosa enfermedad que le duró siete meses.

No obstante la promesa hecha por Facunda, el enamorado marino no habia recibido carta de ella, lo cual se explicaba de dos modos diferentes: ó la carta ó cartas no llegaron á su destino por causa de la lejanía y de la dificultad de comunicaciones en aquellos remotos países, ó Facunda le habia olvidado, ó tal vez, siempre casada y feliz, creyó excusado escribirle, no teniendo nada satisfactorio que comunicarle.

Mateo se inclinaba á esta última hipótesis.

Mateo era ya un hombre maduro, puesto que tenia la edad de Cristo, treinta y tres años, y sin embargo, no habia podido arrancar de su corazon el enamorado recuerdo de Facunda y las memorias de su infancia y de su juventud.

Habiendo pasado la flor de esta en países en los que las mujeres tienen tan buenos ojos y son tan atractivas, no es posible asegurar que no hubiese tenido algunos amores volanderos, pero como episodios del poema de la pasion que por la linda sevillana sentia.

Ascendido á capitan de fragata y viéndose sin familia, por la muerte de su madre, el pundonoroso marino se dedicó exclusivamente á cumplir sus deberes, resignándose á aquella vida sin goces y sin afecciones.

A principios del año de 1879, hallándose en Manila con su buque, recibió órden de trasladarse á la península, y se hizo á la vela para Barcelona, á donde llegó sin novedad y en donde le esperaba una tan feliz y tan inesperada que hizo latir todas las fibras de su corazon.

En la direccion de Marina le entregaron una carta.

Aquella carta era de Facunda.

IV

Antes de leerla miró la firma y un desvanecimiento nubló sus ojos.

Ya más repuesto leyó la fecha y no pudo pasar más adelante: la carta estaba fechada en la Habana.

Su sorpresa se sobrepuso á su impaciencia. Facunda, á quien habia dejado en Sevilla, casada con un propietario de la localidad, le escribia desde Cuba; ¿qué habia sucedido?

Despues de este involuntario paréntesis leyó la carta con avidez.

«Querido é inolvidable Mateo: Hace cinco años, despues de prévios informes en el ministerio de Marina, te dirigí una carta á la cual no he tenido contestacion.

»Sé que vives y que has ascendido en tu carrera, por lo cual supongo ó que ya no me quieres ó que por las cosas de España mi carta se ha perdido. Por si esto es así, hago un resúmen de su contenido. En ella te decia que Juan, mi segundo marido (Q. E. P. D.), habia muerto de una apoplejía fulminante.»

—¡Oh!—exclamó Mateo,—¡viuda hace cinco años y no haberlo yo sabido!—y prosiguió la lectura.

«Quedé otra vez viuda, y pasadas las primeras impresiones, siempre pensaba en tí y sólo distraida y alentada en mi soledad por el cuidado de mis hijos y por la esperanza de recibir noticias tuyas y de que, supuesto que ya no existian obstáculos, se lograse nuestra mútua aspiracion; pero el tiempo trascurria, pasaban meses y meses, y tú sin dar cuenta de tu persona

»Era la feria de 1871, que sea dicho de paso, fué una de las más animadas y concurridas de Sevilla, hice conocimiento con un alto empleado del ministerio de Ultramar, que habia venido á los festejos de dicha ciudad. Don Márcos Rodriguez, que así se llamaba, se prendó locamente de mí y me asedió con sus pretensiones. Yo resistí á ellas, porque siempre conservaba tu indeleble recuerdo, pero en vista de tu silencio, considerando mi abandono é impulsada por el amor y conveniencia de mis hijos... ¿Qué habia de hacer? accedí á los ruegos de aquel pretendiente cada dia más enamorado y... me casé por tercera vez.»

—¡Ah! —exclamó de nuevo Mateo.—¡Esta mujer no se olvida de mí, pero se casa con el primero que se presenta!

V

Mateo continuó su lectura:

«He residido seis años en Madrid, no teniendo que quejarme de mi marido, pero sí de las vicisitudes de la suerte, porque los altos empleados, cuando dejan de serlo, se quedan tan pobres como cualquier hijo de vecino, salvo honrosas excepciones. El último cambio ministerial nos encontró cesantes y muy atrasados por causa de la numerosa familia; tanto, que al subir los suyos al poder, Márcos vióse obligado á solicitar un puesto en Ultramar como único medio de precaverse contra las eventualidades del porvenir.

»Nos trasladamos aquí con grandes esperanzas, pero ¡ay! la catástrofe no se hizo esperar. Dicen que el vómito sólo ataca á la gente ordinaria, y sin embargo, en ménos de quince dias se llevó á mi pobre marido.

»Hace siete meses que estoy viuda por tercera vez y sólo alentada por la esperanza de volverte á ver, esperanza que, aunque en otra ocasion frustrada, espero que ahora se realice, en primer lugar porque *me lo da el corazon*, y además porque veo que se va cumpliendo punto por punto el vaticinio de una gitana que hace muchos años me echó la buenaventura.

»Inolvidable Mateo, no bien recibas esta carta contéstame y en cuanto tengas ocasion vuela á mi lado. Los años trascurridos han servido para probarme que el primer amor no se olvida nunca, y el que yo te profeso ha sobrevivido á la ausencia y á las contingencias de la vida.

»Por fin vamos á ser felices, colmando nuestra mútua aspiracion.

»Ya no soy niña y he sufrido muchos disgustos; pero apénas he cambiado; sólo sí estoy un poco más gruesa.

»Aunque te escribo desde la Habana, no vivo en la ciudad sino en sus cercanías. Por razon de economía y para que la familia tenga más aire y más campo donde *esparcirse*, me he establecido en el pueblo llamado El Carmelo, vulgo Chorrera, que está á dos pasos de la capital, con la que le une un tranvía. En la plaza de Orgaz, núm. 3, tienes una casa y una mujer que te espera con los brazos abiertos.

»No quiero pensar en que esta carta no llegue á tus manos; seria un golpe terrible. Te espero contando los minutos y con una fe que sin duda dimana del exceso de mi amor.

»Adios, Mateo de mi alma, hasta muy pronto, ¿verdad?»

Facunda Infantes.

VI

La lectura de esta carta aturdió á Mateo. Mil ideas opuestas chocaban en su pensamiento, ideas de duda y de reproche; pero á todas se sobrepuso la de la alegría de lograr el único y constante deseo de su vida.

Facunda estaba libre; le amaba, le llamaba con ahinco; iba á unirse con ella para siempre, iba á cesar la soledad de su existencia, á tener una familia, una compañera, ¡y qué compañera tan amada y tan deseada por él durante tantos años!

Pasados los primeros trasportes, pensó en lo que debia hacer. La cuestion de dinero no le preocupaba; tenia un capitalito, producto de sus ahorros y de una herencia de un tio suyo, que colocado hacia seis años y acumulados capital é intereses, constituian una cantidad de treinta mil duros próximamente.

¿Abandonaria su carrera ó solicitaria solamente una licencia temporal? Hé aquí el problema. Las exigencias de su profesion no se amoldaban al descanso del hogar doméstico y él necesitaba descansar; pero, por otra parte, ¡cortar su carrera, en la que ya debia esperar un porvenir rápido y brillante! Además, Facunda, segun indicaba, tenia familia, y donde la hay, ya sabemos que todo es poco.

¿Qué hacer?

En estas perplejidades, y por supuesto, despues de haber escrito inmediatamente á su amada, le sorprendió una noticia grata y que parecia providencial; la escuadrilla de que su buque formaba parte, recibió órden de trasladarse al apostadero de la Habana.

Decididamente, el destino le unia á su adorada Facunda.

Esta órden tan oportuna le daba tiempo para tomar una determinacion; veria á aquella, y ambos decidirian.

Colon al salir del puerto de Palos no sintió más alegría que Mateo al perder de vista las costas de Cataluña. Cada singladura le aproximaba al objeto de su amor, y durante la travesía se embelesaba horas enteras con los recuerdos de su juventud y con los tranquilos goces que esperaba en la edad madura.

Leia la única carta que habia recibido de Facunda, y no podia ménos de sonreirse de la candidez de esta, que basaba su esperanza en el vaticinio de una gitana. ¿Qué seria aquel vaticinio?

El buque de Mateo ancló en el puerto de la Habana á la caida de la tarde. Las atenciones del servicio no le dejaron libre hasta las nueve de la mañana siguiente, y entónces sólo pensó en ver á Facunda lo más pronto posible.

No quiso servirse del tranvía y sí entrar en la Chorrera como triunfador dichoso, para lo cual alquiló un coche de dos caballos, ofreciendo una buena propina, si era llevado con rapidez.

VII

Vió las primeras casas del pueblo, y no sé si por causa de la emocion ó del gran calor que hacia sintió un desvanecimiento.

El vehículo se detuvo en la plaza de Orgaz, sólo formada por la tapia de una huerta y tres casas. A la puerta de una de estas y bajo un toldo de lona estaban una mujer, sentada en una silla, abanicándose, y tres chicos jugando, medio tendidos en el suelo. Al verla, Mateo se apeó del carruaje precipitadamente y poco despues el enamorado marino abrazaba á su idolatrada Facunda.

Pero, ¡oh sorpresa! quiso *cogerla el talle*, como dicen los franceses, ¡imposible! un hombre solo no podia abarcar aquella carnosa circunferencia; ya no existia aquel talle de junco que era un dia el embeleso de Mateo.

Facunda indicaba en su carta que estaba algo más gruesa, y ese *algo* habia resultado un promontorio de carne, un conjunto de arrobas á las que ninguna romana hubiera podido resistir.

En aquel cuerpo enorme no se diseñaban ya líneas ni formas.

Mateo miraba á su amada con estupefaccion; los ojos andaluces no habian perdido su brillo, pero parecian hundidos por lo saliente de los pómulos.

Facunda sollozaba de emocion, apoyada en el hombro de su amante, el cual no pudo ménos de notar las brechas que habia abierto el tiempo en aquella *mata de pelo* que era la envidia de las muchachas sevillanas.

Los chiquillos suspendieron sus juegos y miraban con asombro á aquel señor de galones dorados que abrazaba á su madre.

—¡Ah! por fin nos hallamos juntos,—exclamó Facunda. —Ya sabia yo que vendrias; acertó la gitana: pero vamos adentro.

—No; hace mucho calor, estamos mejor aquí,—dijo Mateo, dejándose caer en un banco que habia á la puerta de la casa, —¿qué es eso de la gitana?

—Una buenaventura que va á cumplirse en todas sus partes.

—¿Pues cómo?

—Hace muchos años, de soltera, una gitana, despues de echarme las cartas y examinar mi mano, me dijo, en un lenguaje misterioso y figurado, que yo seria evangelista y apostólica.

—¿Y qué es eso?

—Pues ya verás...

Facunda se interrumpió para decir á los muchachos, que habian vuelto á reanudar sus juegos:

—Estáte quieto, Pablo; no te montes en Santiago y Andrés, ¿no ves que son más pequeños y vas á hacerles daño?

Y despues de este paréntesis prosiguió:

—Segun la gitana, debo ser evangelista y apostólica, pues con efecto me he casado con Lúcas, Juan, Márcos y espero hacerlo con Mateo, ¿verdad?

—¿Pero y lo de apostólica?—preguntó éste, eludiendo la contestacion.

En aquel momento sonó un gran estrépito en el portal de la casa y salieron de ella cinco muchachos como de doce á seis años de edad, que se aproximaron á Facunda, gritando casi en coro:

—¡Mamá, mamá! ¿no almorzamos?

Mateo dió un salto sobre el banco en que estaba sentado.

VIII

—¿Es tu familia?—preguntó á Facunda.

—Sí, Mateo; todos tienen un nombre de apóstol; un capricho de mis tres difuntos, ¿comprendes?

—Cinco y tres ocho,—observó el marino,—¡buena prole y...

La sorpresa embargó su voz, porque en el dintel de la puerta se presentaron otros tres chiquillos cantando en un diapason infernal una parodia del brindis de la zarzuela *Marina*, que por entónces estaba muy en boga en la Habana y sus alrededores, y que decia:

A almorzar, á almorzar, á almorzar
basta ser
la hora de comer.

—¡Callaos!—gritó Facunda.—Todo el mundo adentro. Ahora almorzaremos.

Mateo se habia puesto en pié.

—Ocho y tres once,—¿once hijos, Facunda?

—¿No te dije? sólo falta uno para el apostolado completo!..

—Vista tu fecundidad, todo puedes esperarlo,—interrumpió el marino,—pero, querida, yo no quiero cargar con la responsabilidad de introducir un Judas en la familia.

Y acercándose precipitadamente al coche, que le esperaba á corta distancia, subió á él dando al lacayo órden de volver á *mata caballos* á la Habana.

FABRICIO

ENTRE LAS OLAS

POR DON RAFAEL TRILLO DE MERELO

I

A mediados del mes de agosto del año 186... *La Correspondencia de España*, en su seccion de noticias de provincias, publicó el siguiente suelto:

«Un deplorable accidente acaecido ántes de ayer, ha llenado de consternacion á los habitualmente alegres vecinos de Cádiz y á la colonia veraniega que este año, con motivo de la guerra carlista y del estado de las provincias vascongadas, es muy numerosa.

»Poco ántes de anochecer, segun costumbre, la señorita doña Rosalía de Sandoval, sobrina y pupila del conocido banquero y marqués de este título, fué á tomar su baño cuotidiano á la playa de la Caleta. Habiendo pasado sus primeros años en Comillas, la señorita de Sandoval adquirió desde su infancia la aficion y la costumbre de la natacion, en cuyo ejercicio sobresalia; así es que sus compañeras de baño no se extrañaban de verla internarse en el mar perdiéndola de vista durante largos ratos.

»La noche á que nos referimos, la atrevida jóven se alejó de la playa nadando como una sirena; las demás bañistas siguiéronla un instante con la vista y despues no se ocuparon de ella, esperando, como tantas veces, volver á verla presentarse de nuevo.

»Trascurrida media hora, ya se comenzó á notar su ausencia. Algun tiempo despues la inquietud era general; las bañistas la trasmitieron á las numerosas personas que estaban en el muelle y como entre tanto algunos bañeros, alarmados, habíanse internado en el mar, buscando, no obstante la oscuridad de la noche, á la imprudente nadadora, la noticia de una catástrofe probable cundió por toda la ciudad y el aya de la señorita de Sandoval, que la habia acompañado al baño, corrió á avisar al marqués, que se alojaba en el Hotel Blanco. Desde entónces comenzaron á practicarse las más vivas diligencias á fin de encontrar á la jóven desaparecida.

»Desgraciadamente era sábado, y las pocas barcas pescadoras que bogan por el lado de la Caleta habian ya regresado, y los empleados del muelle, segun su costumbre en víspera de dia festivo, abandonaron su puesto con alguna anticipacion. Todas estas circunstancias reunidas á una fatalidad inexplicable, fueron causa de que las pesquisas no diesen resultado. Se exploró el mar á largas distancias; pero miéntras salieron numerosas barcas con este objeto, habia trascurrido mucho tiempo, y el abismo de las aguas no devolvió su virginal presa.

»A la mañana siguiente continuaron las exploraciones, mas todo fué en vano: el cuerpo de la señorita de Sandoval no ha vuelto á la costa traido por el flujo, como de ordinario sucede cuando un cadáver ha sido llevado por las corrientes de la Caleta.

»No hallamos palabras para expresar el inmenso dolor del señor marqués de Sandoval.

»Herido en sus afecciones como pariente y como tutor cariñoso, ha visto asimismo desvanecerse otras más grandes y más íntimas esperanzas, pues se asegura que, prévias las necesarias dispensas, el marqués debia unirse próximamente á su sobrina; y ahora en vez de con una bella y feliz desposada, sólo podrá volver á su palacio de Madrid con un féretro, y esto en el caso, ya improbable, de que en los dias sucesivos el mar devuelva su víctima.»

Una semana despues, la misma *Correspondencia de España*, ampliaba la noticia de esta catástrofe en los siguientes términos:

«Nuestros lectores no habrán, seguramente, olvidado la terrible desgracia que ha llevado la desolacion á la distinguida familia y á los amigos del marqués de Sandoval. Un nuevo incidente, del que no teníamos noticia, ha venido á aumentar la preocupada consternacion de la ciudad de Cádiz; no sólo ha desaparecido el cuerpo de la señorita de Sandoval, sino que tambien, desde la misma noche del fatal suceso que ya conocen nuestros lectores, se nota la ausencia de un viejo y pobre marinero retirado que habia conseguido una plaza de bañero y que por su habilidad, honradez y servicial carácter era muy apreciado en la estacion balnearia. Se hacen mil comentarios, y la opinion general se inclina á creer que el infeliz bañero, llevado de su celo en el cumplimiento de su deber y queriendo acudir al socorro de la jóven ahogada, ha sido tambien víctima de su buena accion.

»Este doble incidente ha venido, como ya hemos dicho, á aumentar la sombra misteriosa de este extraño suceso; pues la desaparicion simultánea de dos cadáveres, tan cerca de la costa, es un hecho casi inconcebible. Supúsose en un principio que uno ó los dos cuerpos hubiesen podido chocar y enredarse entre las malezas del pequeño grupo de rocas que hay casi á flor de agua á media legua de la Caleta, pero el reconocimiento minucioso que se ha practicado ha resultado enteramente inútil.»

Hasta aquí *La Correspondencia de España;* ahora comienza nuestra narracion.

II

Don Enrique Sandoval, hermano mayor del banquero y marqués de este título, despues de haber llevado una vida alegre y disipada, trató de aprovechar los restos de su juventud y sus buenas relaciones para contraer un matrimonio ventajoso. Halló, en efecto, una jóven y opulenta cubana y no tardó en verificarse el enlace, que durante los primeros años no se distinguió por ninguna particularidad. Pero Sandoval, con el tiempo, volvió á las andadas, es decir, continuó su antiguo género de vida, relajando un tanto los lazos del himeneo; de suerte que de dia en dia ambos esposos se veian ménos y, digámoslo así, sólo *oficialmente*. El marido no se ocupaba de su mujer y ésta dejaba á su cónyuge esa libertad de *buen tono* que es la distincion del mundo elegante, en el que los celos son ridículos.

Sandoval murió en un duelo provocado por un motivo fútil en la apariencia, á manos de un íntimo amigo suyo, habitual compañero de sus empresas galantes. Esta desgracia impresionó más de lo que era de esperar á la jóven y distraida viuda. Al principio se supuso que habiendo sido despojada de su dote por la faustosa esplendidez de su marido y habiéndose éste creado una segunda fortuna propia, jugando á la bolsa, debia heredarle un hermano menor, que andando el tiempo se tituló marqués de Sandoval, y al cual se refiere el suelto de *La Correspondencia de España* que hemos copiado, y que, con efecto, creyóse dueño y heredero de la fortuna de su hermano; cuando hé aquí que la viuda se declara en estado interesante y á los seis meses despues de la muerte de su esposo, da á luz una niña.

No obstante este feliz incidente, que la aseguraba una existencia opulenta, la viuda de Sandoval, que siempre se habia distinguido por su carácter frívolo y alegre, hízose cada dia más incomunicativa, se retiró de la sociedad, y... *cayó en la devocion*, como dicen los incrédulos. Triste y preocupada siempre, parecia que las caricias de su hija, en vez de calmarla, aumentaban su desconocida pena, hasta el punto de que, consumida lentamente por una enfermedad del pecho, murió dejando á su hija Rosalía de siete años de edad.

La víspera de su fallecimiento, despues de una larga conferencia con su confesor, la moribunda hizo llamar á su cabecera á su cuñado, pidiendo que les dejasen solos. No obstante, algunos oidos indiscretos, á través de las cerradas puertas, percibieron sollozos y súplicas, aunque sin comprender las palabras.

Oyóse tambien un «sí» pronunciado por Sandoval con acento agrio y desapacible, y á poco rato vióse salir á este de la alcoba de la que iba á morir, llevando un rollo de papeles en la mano. Se supuso que el banquero, ocupado en crearse una fortuna, sólo á repetidas instancias de su cuñada moribunda habia consentido en aceptar la tutela de su sobrina; tutela que por otra parte, le daba muy poco que hacer, pues desde los primeros dias encargó el cuidado de la niña á una parienta suya lejana, propietaria y directora de un colegio de Comillas.

III

Rosalía, pues, pasó su infancia y su primera juventud en aquella retirada playa. Su tio y tutor, que apénas se ocupaba de ella, más que por cariño, por salvar las conveniencias sociales, hacíala venir á Madrid, á su lado, durante un par de meses, que generalmente eran los de



UNA PARTIDA DE CARTAS, cuadro por M. Lovatti

ESCENAS PARISIENSES



EL ÚLTIMO ÓMNIBUS, cuadro por D. J. Luis Pellicer

abril y mayo. Esta indiferencia respecto á su sobrina no sorprendia á nadie, porque además de ser ella una niña, el banquero andaba harto ocupado en sus negocios; y aunque esta falta de cariño por parte de su único pariente sorprendió y entristeció á Rosalía, cuando pudo darse cuenta de ello, no alcanzó á agriar su carácter amable, delicado y sensible: su *corazon de oro* resistia á todas las defecciones, como el precioso metal á todos los ácidos disolventes.

Casi sola en Comillas, tratada por la directora del colegio al igual de sus pocas compañeras, pasó su infancia amando sólo á las flores del jardin, sintiendo una atraccion irresistible hácia el mar, en donde desde niña, hábil nadadora, solia bañarse. Reconcentrada en sí misma, no hallando calor de cariño en la casa de su tio, siempre veia con satisfaccion el momento de regresar á sus queridas playas.

En esta disposicion de espíritu, y cuando habia cumplido los diez y seis años de edad, un acontecimiento muy natural vino á abrir nuevos horizontes á su juvenil imaginacion. Una mañana de julio, en la que paseaba por el jardin del colegio, se encontró, de manos á boca, con un jóven desconocido. Era este Eduardo de Lara, sobrino de la directora, alférez de navío, que habia venido con licencia á pasar una temporada en la casa de su tia. Eduardo disfrutaba de una renta de mil duros, tenia un carácter osado é impetuoso, gran corazon y no escasa inteligencia.

Al encontrarse en el jardin con Rosalía, sintió una viva impresion. El jóven se hallaba en ese momento psicológico, en que el corazon adolescente necesita una nueva vida, en que la imaginacion juvenil tiende á realizar los sueños de amor correspondido; y como Rosalía era el ideal de la belleza poética y delicada, sucedió lo que era natural que sucediera; el novel marino se enamoró rendidamente de la tierna colegiala

Respecto á Rosalía, ¿qué habia de suceder? Los dos jóvenes solos durante muchos ratos en sus largos paseos, ambos predispuestos á la pasion; él, enérgico de sentimiento, ella, tierna y ansiosa de cariño, se comunicaron mutuamente los efluvios del amor, pero de ese amor serio y profundo que dura toda la vida.

Inocentes como eran ambos, se dejaron influir por el dulce sentimiento que les atraia, sin preocuparse de las dificultades ni de los obstáculos sociales que pudieran interponerse entre ellos.

Al volver Eduardo á su buque la tarde en que tuvo lugar su última entrevista con Rosalía, complaciéronse ambos jóvenes en hacer castillos en el aire para el porvenir. El marino no podia ménos de ascender y hacerse notable en su carrera, y cuando llegase á teniente de fragata, cosa que no tenia por muy lejana, se presentaria al marqués de Sandoval, pidiéndole la mano de su sobrina. Este indudablemente accederia á su ruego, pero si la gran fortuna de Rosalía era un obstáculo para su union, renunciarian á ella á favor del avaro banquero, comprando ella así su libertad y su dicha; pues segun la enamorada pareja, al marqués sólo le interesaba el goce de las riquezas de su pupila y no el porvenir de esta, que le era totalmente indiferente.

Despues de estos bellos proyectos, juráronse, como era natural, un amor eterno, evocando como testigos las sombras maternales, porque ambos eran huérfanos y no habian conocido más verdadero cariño que el de aquellas á quienes debian el sér.

El viaje naval de Eduardo duró cerca de once meses. Destinado al archipiélago filipino, tomó parte en una expedicion contra los moros de Joló y en aquella breve campaña se portó bizarramente, mereciendo una mencion honorífica de sus jefes.

Entre tanto nada habia variado en la monótona existencia de Rosalía. La penúltima primavera el banquero la pasó en Paris, en un viaje de recreo ó de negocios, y la colegiala permaneció todo el año en Comillas. Cuando en la primavera siguiente su tio, segun costumbre, hízola trasladarse á Madrid, la pobre niña, desde los primeros dias, notó en él un cambio radical. Antes, el banquero, apénas la miraba ni se ocupaba de ella. Cuando sus amigos le preguntaban respecto á sus proyectos para con su sobrina, siempre eludia la cuestion, dando á entender que la muchacha tenia vocacion por la vida monástica y que probablemente acabaria por encerrarse en un convento.

Cuando Rosalía se trasladó por última vez á Madrid, cada dia, como queda dicho, se admiraba más y más de la mudanza de carácter de su tio. Durante el tiempo que se reunian para almorzar ó comer, el banquero se ocupaba de ella con cariñosa solicitud; la servia los manjares más delicados, contra su anterior costumbre la dirigia frecuentemente la palabra y por vez primera, á lo que parece, notó que su pupila no estaba equipada como convenia á su edad y á su fortuna.

Hizo llamar á las primeras modistas y llenó los guardaropas de la jóven huérfana de trajes elegantes y variados. En vez de dejarla sola y retraida en su casa, la llevaba á los paseos y espectáculos y su resolucion varió tanto respecto á la jóven que todo el mundo observó tan súbito é inesperado cambio.

Vamos á explicar este misterio.

Hasta los diez y seis años de edad, Rosalía habia sido una niña débil, poco desarrollada y casi enfermiza. Sus facciones, es verdad, tuvieron siempre una pureza de líneas admirables, pero su pobre seno, sus delgados brazos y su talle aún no formado, hacian que se la considerase nada más que como una niña agraciada.

Cuando, trascurrido un año, el banquero volvió á ver á su sobrina, quedóse admirado de la trasformacion que observó en ella. La flor se habia abierto; la crisálida, hecha mariposa, se presentaba con los más espléndidos colores; la transicion de la niñez á la pubertad habia obrado este prodigio. El banquero admiró, con ávidos ojos, el contorneado seno, los brazos que ofrecian un desarrollo casi de matrona y la flexible elegancia del cuerpo vigoroso al par que juvenil de su sobrina y concibió por ella, casi instantáneamente, una de esas pasiones seniles, profundas é irresistibles que tienen el brillante incendio de la llama próxima á extinguirse. El banquero, casto de pensamiento y de costumbres, que nunca habia recorrido las galantes sendas de su hermano mayor, y que, avaro por naturaleza, sólo se habia ocupado en amasar una fortuna, conservaba ricas y enérgicas, no obstante su edad, las aspiraciones de su juventud. Quizá tambien habia llegado á ese momento crítico en el que casi todos los hombres sienten el vacío de la vida y necesitan una compañera; ello es que desde el primer momento, contemplando la incomparable belleza de Rosalía, se propuso en su pensamiento hacerla suya.

En este estado las cosas y una mañana en la que el marqués trabajaba en su despacho, un criado le anunció la visita de un teniente de fragata, pasándole una tarjeta en la que habia un nombre que él recordaba.

El marino era Eduardo. De regreso de su expedicion marítima, habiendo obtenido el grado que deseaba y creyéndose digno de su prometida, el jóven enamorado indudablemente venia á pedir al tutor la mano de su pupila, realizando así los hermosos sueños de amor que á ambos amantes habian halagado en el jardin del colegio de Comillas.

Nadie supo lo que pasó en la entrevista del marino y del banquero, y sólo, sí, algun criado indiscreto notó que el jóven teniente de fragata salió del despacho del marqués de Sandoval descompuestas las facciones y en un estado de violenta agitacion. Antes de dejar la casa del banquero, Eduardo encontró en la antesala á Rosalía, no sabemos si casual ó intencionadamente. Ambos jóvenes, observados por el portero del hotel, apénas pudieron cambiar algunas palabras. El salir de la casa densamente pálido y ella, sollozando, se refugió en su aposento.

Entre tanto el marqués en su despacho, presa tambien de una gran agitacion, daba vueltas violentamente como un leon en celo, murmurando palabras que quizá sólo su ayuda de cámara pudo oir.

IV

Dos dias despues Eduardo recibió la siguiente carta:

«Todo se ha perdido, Eduardo de mi alma, esperanza, dicha, porvenir. Ya no hay felicidad para nosotros en el mundo. Todo nos abandona, todo apoyo nos falta, todo nos precipita en un abismo de dolor y de desesperacion. De nuestros hermosos sueños, de nuestra juventud que nos prometia largos años de ventura, sólo sobrevive en nosotros nuestro amor y nuestra constancia; nuestro amor que, quiero creerlo, si no logrado en vida, unirá nuestras almas en la eternidad.

»El mismo dia de tu entrevista con mi tio, hubo entre él y yo una escena violenta, por la cual he tenido ocasion de sondear su corazon, comprendiendo la horrible suerte que me está reservada. Mi tio estaba lívido, agitado, con la mirada extraviada y, aunque evidentemente hacia esfuerzos para contenerse, sus manos se retorcian convulsas.

»Paróse delante de mí, mirándome con airados ojos, y me dijo:

»Un marino, un hombre oscuro, un *quidam* que pretende ser pariente mio, ha venido á pedirme tu mano. Segun parece vuestros amores datan de antiguo; es decir, desde la edad en que á una niña no le es permitido ocuparse ni pensar en devaneos. Parece tambien—prosiguió cruzando los brazos y mirándome fijamente que ese amor, oculto siempre para mí, ha sido desde un principio por tí correspondido. ¿Qué dices? ¿por qué bajas los ojos? ¿Amas, pues, á ese sér despreciable y oscuro, que sólo puede ofrecerte un cariño á intervalos, que te dejaria con frecuencia para exponerse á los peligros del mar y que pasados los primeros dias sólo puede darte un porvenir incierto?

»Tio—contesté yo con una firmeza de que no me creia capaz creo que mi fortuna evita las contingencias que usted me indica.

»Es que ese... *quidam*—repuso mi tio—haciéndome una ofensa, me ha dado á entender que ambos estais dispuestos á cederme esa fortuna. ¿Es esto verdad?

»Si es preciso...—murmuré yo.

»Entónces mi tutor prorumpió en exclamaciones de ira.

»¡Tu marido! ¡Él pretende serlo! ¡nunca, miéntras yo exista! ¿sabes quién será tu marido? yo, solamente yo... ¿lo entiendes?

»Y al decir estas palabras daba vueltas como un loco.

»Yo me hallaba confundida. Aquella pasion súbitamente revelada, porque mi tio me ama violentamente, me sobrecogia de terror, haciéndome enmudecer.

»De pronto, mi tio volvió á detenerse delante de mí.

»Oye—me dijo—yo no amaba más que al dinero, al orgullo de ser envidiado por mi fausto. De repente te has mostrado á mí de un modo que nunca en tí habia imaginado... No sé qué llama desconocida circula por mis venas, tengo hambre de tí y por tanto, no obstante tu juventud, á pesar de mis canas, serás mi esposa, sí, serás mia áun cuando se opusiera el mundo entero.

»¡Oh tio!—exclamé yo...

»Es inútil cuanto digas. Mi resolucion es irrevocable; no quiero morir de sed teniendo la fuente al lado. Las estúpidas leyes te protegen, es verdad; pero yo tengo un talisman poderoso para hacerte ceder á mi deseo á ménos que no tengas conciencia ni corazon.

»¿Un talisman, tio?

»Vaciló un momento y luégo, encarándose á mí, me dijo brutalmente:

»Mi hermano no era tu padre...

»¡Ah Eduardo! ¡cuánto necesito amarte para hacerte esta revelacion; el dolor y la vergüenza paralizan mi pluma entre mis crispados dedos... confio en tu amor, en tu generosidad! Mi madre... faltó á sus deberes... yo he visto su confesion escrita *in extremis*, en la que reconoce la falta á la que debo la vida. Es más, su desliz ha sido causa de la muerte violenta de su seductor y de la de aquel cuyo nombre llevo.

»Como expiacion suprema, su confesor exigió á la moribunda que todo lo revelase al hombre á quien mi ilegítimo nacimiento privaba de la herencia de su hermano. El rígido sacerdote exigió tambien que esta revelacion fuese escrita, para que el perjudicado pudiese, si queria, reclamar la fortuna de que habia sido despojado.

»Pero las súplicas de la agonizante tuvieron tal elocuencia, que arrancaron á mi tutor la promesa de guardar el secreto de mi ilegitimidad. Un último mandato de mi madre me ordenaba entrar en un convento legando todos mis bienes á mi tio ó á sus herederos; pero ¡ay de mí! ni áun tengo el refugio del claustro; debo unirme á mi tutor ó sufrir que la memoria de mi madre sea deshonrada.

(Continuará)

EL REGIDOR

(Conclusion)

—Esto son palos, señor;—contestaba Gasperet sin interrumpir su tarea.

—Pero ¿por qué me los das á mí?—preguntaba jadeante, bañado en sudor de fatiga y en espuma de rabia el infeliz contratante.

Y Gasparet contestaba:

—Porque V. es su enemigo, el único culpable de cuanto malo le pasa. y si he de apalear á quien tiene la culpa de sus desventuras, sólo puedo apalear á V.

Y Gasparet seguia apaleando.

—¡Tú me quieres matar! -gritó su amo al fin, y comenzó á pedir socorro.

—No lo dejaré hasta que V. diga «basta,» segun lo convenido.

—¡Pues basta y sobra!—gimió D. Gervasio.

—Pues vengan los mil duros,—replicó Gasparet;—el señor escribano aquí presente podrá decir si los merezco.

—Los merece,—dijo D. Magin,—poniéndose cerca de la puerta, precaucion inútil, porque D. Gervasio no se podia rebullir; pero aún podia hablar aunque en tono muy dolorido, y poco ménos que sollozando, preguntó:

—¿Cómo que los merece?

—Los merece, —añadió D. Magin,—porque si V. es su propio enemigo, como afirma Gasparet, claro está que usted y su enemigo han sufrido tanto el uno como el otro, á no ser que V. sea un sér insensible hasta el punto de no sentir ni siquiera lo que V. mismo siente.

—Pero ¿quién ha dicho á Gasparet,—sollozó D. Gervasio,—que yo soy mi enemigo? ¿Quién podrá demostrarme que nadie sino yo tiene la culpa en todo lo malo que me pasa?

Gasparet, mirando alternativamente á su amo y al baston que conservaba aún bien apretado en su mano derecha, contestó con estas palabras, cuya verdad y buen sentido no tenian verdaderamente vuelta de hoja:

—Usted es su enemigo, porque no sabiendo bien ningun juego y perdiendo siempre á todos, estando rico por su casa y costándole cada real de pérdida un disgusto tremendo, se obstina en jugar; que es como obstinarse en perder. Usted es su enemigo, porque teniendo las piernas cortas y el cuerpo muy gordo y pesado y no habiendo aprendido equitacion, se empeña en que por fuerza ha de montar los caballos más indómitos y resabiados que encuentra. Usted es su enemigo, porque si las mujeres le engañan es porque su merced, llevado de sus malas ideas y sin pensar nunca en casarse como Dios manda, se dirige siempre á las peorcitas de Solsona. Su merced suele quejarse de que los amigos publican las confianzas que les hace, de que todo el mundo le paga con ingratitudes sus favores y de que á cada paso le asustan ó le roban, y, ¿qué culpa tiene nadie sino su merced, de que su merced haga confianzas á quien ménos las merece, y sea descuidado en todos sus negocios y no le guste hacer favores más que á los pillos?

—¡A los pillos como tú!—refunfuñó D. Gervasio, poniéndose de pié, no sin esfuerzo, y luégo añadió:—Quiero pasar por todo lo que me dices, pero de esta enfermedad que me ha tenido postrado en cama, de esta enfermedad que me ha aniquilado y gracias á la cual tienes tú aún cuatro ó seis dias de vida por delante, ¿te atreverás á decir que tengo yo la culpa tambien?

—Me atreveré y lo demostraré,—replicó Gasparet con esa humildad decorosa que da la conviccion de poder alzar el gallo.

—¿Te atreverás á sostener—preguntó el aturdido don Gervasio—que yo me he envenenado á mí mismo?

—Y aquí está la prueba—dijo triunfalmente Gasparet, desapareciendo un momento de la habitacion y entrando con el morral de caza de su amo, del cual sacó hasta media docena de unas que parecian setas. Gasparet dijo:

—Su merced tiene gran aficion á una cosa que se parece mucho á ésta y que yo le sé aderezar muy á su gusto; pero su merced tiene la manía de que nadie como él distingue las setas de los hongos, y siempre que sale de caza coge todas las que se encuentran en su camino y se atraca de un alimento tan peligroso. Yo he dicho á su merced mil veces que un dia iba á comer hongos por setas; su merced nunca quiso creerme, pero al fin sucedió lo que era de esperar. Y gracias á que por lo visto la mayor parte de los hongos se quedó en el morral y sólo uno ó la sustancia de uno confundido entre las setas fué lo que le hizo daño, que á comer su merced todo este veneno ya habria reventado como un triquitraque.

La fuerza de esta argumentacion era tal que D. Gervasio bajó la cabeza y calló, prueba la mayor que puede dar un tonto de convencido ó á lo ménos de resignado. Gasparet aprovechó aquella ocasion oportuna, para reconciliarse con su amo. Le pidió que le perdonase un atrevimiento nacido del cariño y del deseo de abrirle los ojos, le besó humildemente la mano y le rogó que para tener él la seguridad de que su amo no le guardaba rencor, para eso, y sólo para eso, necesitaba que le diese los mil duros. Tornó á resistirse D. Gervasio y hasta á amenazar con quejarse á la justicia, pero D. Magin le dijo:

—Pague V. y calle, porque si esto se sabe en el pueblo hasta los perros van á reirse de usted... y más que nadie el regidor.

Esta última reflexion hizo más fuerza en el ánimo de don Gervasio que todas las anteriores; ofreció cumplir lo pactado y al dia siguiente hizo entrega de la cantidad.

Gasparet buscó un sustituto, se casó con la hermosa Eulalia y puso una soberbia tienda de comestibles en el sitio más céntrico de la ilustre villa de Solsona, sin que don Gervasio, abofeteado por la mujer y apaleado por el marido á raíz de la primera intentona, los visitase más que de tarde en tarde y muy de cumplido.

Parecerá el caso estupendo y extraordinario (observaba mi amigo D. Mariano Belart en la epístola de que he sacado la presente relacion), pero créame V., amigo mio, es harto comun y vulgar; la mayoría de los hombres, si no todos, tienen en sí mismos su peor enemigo.

CÁRLOS COELLO



MARIETA, de un cuadro de E. Hubner

EL TIEMPO

Cuando Molière definió ingeniosamente el opio *virtus dormitiva* se burlaba de una manera cruel de cierto procedimiento lógico y á la vez indicaba una enseñanza fecunda para corregir sus errores.

Pone en la picota del ridículo aquellos esfuerzos de la inteligencia que, cual anuncio seguro de nuestra flaca condicion, se revisten de aparatosa exterioridad para terminar en la nada, dando como explicacion de una idea su nombre con palabras distintas. Y de esta *vis* cómica surge como enseñanza la necesidad para la inteligencia y para la práctica de explicar, concebir y más tarde realizar cosas é ideas segun su naturaleza propia y no por vías y procedimientos extraños.

Cuando se sigue este último extremo, en el cual parece que vamos tras el empeño pueril de coger la cáscara y arrojar la nuez, sólo se obtiene en la indagacion de lo que sea un objeto repeticiones de términos á veces contradictorios (como cuando se afirma que el todo es la nada y viceversa) ó expresion de lo mismo con palabras diferentes (al definir el opio *virtus dormitiva* ó el tiempo sucesion de uno á otro instante).

Aquello que deja más honda huella en nuestro sér, el tiempo que va depositando sellos indelebles en el organismo temporal y caracteres inextinguibles en el tesoro de ciencia y experiencia de nuestra vida íntima ¿cómo puede y debe ser concebido?

Ateniéndonos al procedimiento de que hemos hecho mérito, tendremos que definir el tiempo como Molière el opio, si preferimos, como vulgarmente se dice, dar vueltas alrededor del asunto, sin penetrar en su fondo. Aplicando pues este procedimiento al tiempo, cuya definicion formularia Molière, diciendo de él que es *virtus sucesiva* ó que el tiempo es el tiempo, fácil será el hacer patente el *impasse* ó callejon sin salida, dentro del cual se encierra la inteligencia, sin alcanzar á concebir el tiempo quizá por que no le observa tal cual es y seguramente por que prescinde, en abstracciones violentas, de factores y elementos que integran la vacuidad formal y externa, con que aparece.

El tiempo, como forma abstracta de las cosas temporales, será siempre producto de la mente, una entidad escolástica, jamás una realidad viva. De igual modo que el matemático no ve en la realidad el punto que contempla abstractamente en su imaginacion, no percibe el pensador el tiempo, aislado de las cosas temporales, en la vida que se agita á su alrededor.

No es posible no concebir, explicar ó definir el tiempo como tal molde abstracto, vacío, hueco, sin consistencia. Semeja entónces el pensamiento, que persigue neciamente aprehender lo cualitativo y específico del tiempo, el niño que con su cándida ingenuidad corre tras su sombra y la ve eternamente desvanecerse con tanta mayor rapidez cuanto más cerca se cree de ella y más fácil retenerla entre sus manos. En ambos casos, es el fenómeno igual y obedece á la misma causa. En el primero es el pensador un niño cándido, que prescinde de lo cualitativo y lo busca en la cáscara exterior y en el segundo es el niño un pensador fantástico que se olvida de lo que proyecta la sombra, es decir, de su cuerpo, para correr tras ella que como ya dijo el poeta, «cuanto más se aleja, más cuerpo toma.»

Ambos parecen hombre que fuera acumulando materiales para elevar un muro ya de bastante altura y que mirara y volviera á mirar con ansia insaciable para descubrir lo que pasa detrás del muro ó sea para ver lo que él mismo contribuye á poner en la region de lo invisible.

Un gran escritor, Renan, ha declarado que el tiempo, considerado abstractamente, sólo posee *indiferencia dinámica*, ó que el tiempo es el tiempo, y si en él se prescinde préviamente de lo que dentro de su forma se sucede, nunca se explicará su contextura. Al modo de la cámara oscura, de la linterna mágica ó de la plancha fotográfica reflejará el tiempo con indiferencia completa lo que llene é integre su vacuidad. Los presentimientos del arte confirman por completo esta verdad. Los hermosísimos contrastes, descritos por Gœthe en su *Werther*, entre los sombríos sentimientos que se apoderan del alma de su héroe y la espléndida exuberancia de una naturaleza primaveral; las antítesis que pone de relieve Byron entre el negro y tormentoso horizonte, que arrastra su genio al abismo de la muerte, y el cielo sonriente de Grecia; las reverberaciones geniales de nuestro Becquer, declarando que llega al fondo de su alma el sol, que cree en Dios y que la luz es más radiante y hermosa para él en el dia en que ha visto á su amada, son otras tantas pruebas de la manera cómo presiente el arte que el tiempo se aprecia por los acontecimientos y sucesos, que llenan su molde vacío. La sabiduría popular sabe tambien que usa como frases metafóricas las de «tiempo bueno y malo,» entendiendo que la cualidad buena ó mala se refiere á lo que acontece dentro de la indiferencia inalterable de la sucesion.

Pasan, en efecto, gradual y sucesivamente las hojas del libro de nuestro destino, pero ni se altera ni cambia éste en lo más mínimo por la indiferencia de la sucesion. El dios Saturno, devorando sus propios hijos, es el símbolo del tiempo, que vuelve las hojas del libro de nuestro destino, sin que cambie una de sus letras.

El tiempo es en sí indiferente, como dice Fouillée y segun afirma Leibnizt no es una realidad, una fuerza ó una causa, ni por consecuencia un principio de cambio ó movimiento que obre por sí, sino una relacion y un órden entre las realidades, que dentro de él viven, palpitan y se suceden.

La idea del tiempo abstracto, vacío de contenido, considerado como factor que produce por sí gérmenes y elementos, es un error que engendra todos los inherentes al fatalismo (sea optimista ó pesimista), enervador de nuestras energías. Fiarlo todo á la accion del tiempo es caer en un quietismo estéril, contrario á nuestra condicion. Así como proclaman hoy las ciencias naturales que el principio informador del cosmos consiste en el dinamismo general de las fuerzas, que en él han de desarrollarse, debemos para la ciencia, para la vida y para el arte aceptar este mismo principio y regla de conducta individual y social, es decir, el dinamismo general de todas nuestras energías como los elementos cualitativos, que integran el molde vacío del tiempo.

De esta suerte se concibe que el tiempo se aprecie y valga, no por su duracion, sino por lo intrínseco de los hechos en él cumplidos y por la cantidad y cualidad de energía que en ellos ha empleado el agente temporal.

Los numerosos desquites que nuestra energía, merced á su condicion perfectible y progresiva, toma contra la inflexibilidad mecánica del tiempo abstracto abundan en individuos y pueblos y constituyen otros tantos argumentos contradictorios del escepticismo cómodo, á que se entregan la individualidad satisfecha en sus concupiscencias egoistas ó los pueblos en el vértigo de las alturas, cuando disfrutan hegemonías políticas ó militares.

Contra el *statu quo* ó el equilibrio, que las diplomacias egoistas de individuos y pueblos defienden cual arca santa que guarda lo irritante de sus privilegios, al par que contra lo estático y tradicional va el impulso inicial é innovador de las energías, que fermentan hoy en la llamarada semi genial de un visionario, despues en la inteligencia de un pensador, más tarde en la necesidad sentida urgentemente y por último en la idea que se hace carne, ó en la utopia que se convierte en realidad. Y en estas luchas fecundas, el tiempo es el tiempo, su virtus sucesiva queda indiferente, el molde vacío que el ritmo le impone continúa inalterable; pero interiormente, en lo intrínseco de sus momentos, en los profundos limbos de la eternidad, en el reverberar de los instantes de la duracion se agita y se mueve algo cualitativo, específico y propio, que toma carta de naturaleza en la vida, que pide plaza en la existencia, que solicita vivir, y que, ante las negativas persistentes de los intereses encontrados, termina por implantarse en la realidad, cuando no puede por virtud del decurso del tiempo, por esfuerzos gigantescos en un momento dado; que así se llaman tiempos genesiacos, minutos que valen siglos, siglos que son como minutos á diferentes instantes del tiempo, apreciando su valor, no por la duracion, sino por la intensidad de los esfuerzos en ellos cumplidos.

Ofrecen muchos de estos ejemplos (comprendidos por Hœckel bajo la denominacion genérica de *heteronomia*) todas aquellas sociedades que, estando fuera de la corriente histórica llegan á ella por medio de la colonizacion, asimilándose rápidamente los resultados de la cultura humana.

Pueblos como el norte-americano, que han huido cuidadosamente de la intoxicacion de la *virtus dormitiva* del tiempo, aunque han recogido y condensado con igual diligencia todos los adelantos en el tiempo ya realizados, han alcanzado un grado de desarrollo y progreso que maravilla, dada la corta existencia de su constitucion é independencia. No han pasado, no, por esta ruda labor de la vieja Europa, al constituir las nacionalidades; han recogido y aprovechado en enseñanzas fecundas los americanos toda la cultura ya obtenida por el continente y á partir de ese punto siguen su marcha majestuosa más que como aprendices como maestros y directores de los pueblos civilizados.

No necesita, pues, un pueblo, como tampoco necesita un individuo, cruzar las etapas ya recorridas por otros, sino que nuestra condicion perfectible rompe la inflexibilidad del tiempo y hace que sirva la historia hecha por un pueblo para todos los demás que se asimilan sus progresos; que no de otro modo se concibe la historia, en cuanto se la denomina *magistra vitæ*.

Lo mismo para el individuo que para la sociedad el tiempo pasado jamás vuelve. Y si á veces ante una consideracion superficial se repite con frecuencia que «al cabo de los años mil vuelven las aguas por do solian ir,» jamás se cumple semejante fenómeno con exactitud rítmica, ántes bien, las que notamos como repeticiones de los mismos problemas ó sucesos se refieren á puntos sueltos, que se dejaron sin ligar y que se desea que engarcen en la complejísima urdimbre de la racionalidad de la vida. Así, por ejemplo, subsiste en los pueblos modernos el impulso revolucionario; pero con muy distinto sentido y alcance de aquel que tuvieron el 89 y el 93 Girondinos y Jacobinos en Francia. Hoy tocaria en los linderos de lo ridículo todo el que, haciendo profesion de revolucionario, tomara como símbolos consustanciales con su creencia el gorro frigio y la palabra sacramental de ciudadano ó aquel otro que, gustando sonar la destemplada caja de los truenos con una hueca y aparatosa demagogia, pidiera guillotinas, tribunales populares y otros excesos y zarandajas que fuera largo enumerar.



IGLESIA DE SANTA MARIA EN STUTTGART

Porque hora es ya de decirlo; ante el sentido de estos copistas de una tradicion externa y oropelesca, proceda de la demagogia blanca ó dimane de la demagogia roja (que siempre coinciden en sus absurdos los extremos) es verdad la sentencia antigua: *Nihil novum sub sole*; pero sin negar lo indudable, tambien es cierto que individuos y pueblos, cuando se dan cuenta de la diferenciacion creciente que implican la realidad y la historia, hallan que todo es nuevo bajo el sol, pues áun aquellos gérmenes y factores que, animados por el rescoldo y las cenizas de lo pasado, piden por segunda y áun tercera vez plaza en la existencia, vienen acompañados de elementos positivos, que se le han agregado en el decurso del tiempo, y que ántes les faltaran. Así fueron en su comienzo gérmenes prematuros y malogrados que se convierten despues en frutos maduros y en sazon.

Lo que no es nuevo, lo que se repite es la inflexibilidad mecánica del tiempo y dentro de él las formas indiferentes de la sucesion; lo que goza de una eterna primavera y es siempre nuevo, fecundo, fértil é inagotable es la energía cualitativa y específica del sér temporal.

Puede por lo tanto, segun la diversidad de aspectos bajo la cual se considere, ser concebido el tiempo, en cuanto molde vacío con formas indiferentes de sucesion en ritmo inalterable, cual *virtus dormitiva ó sucesiva* sin cualidad intrínseca, ó bien ser concebido como molde lleno todo él por lo intrínseco y cualitativo de las energías individuales y colectivas, que dentro de él se agitan, en cuyo caso hay que reconocerle el carácter positivo de la *virtus activa*, el símbolo de toda entelequia y accion y la *sal regeneradora*, que conserva el movimiento y la vida del mundo.

U. GONZALEZ SERRANO

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros suscritores que en la próxima semana recibirán el anunciado y valioso regalo que tenemos ofrecido, ó sea una lámina de grandes dimensiones, copia del renombrado *Cristo* de Velazquez, cuyo original se conserva en el Museo Nacional de Pinturas de Madrid. Esta lámina, en cuya ejecucion se ha venido ocupando hace tiempo uno de los primeros establecimientos litográficos de Europa, es la reproduccion fiel y exactísima del célebre cuadro mencionado, llevada á cabo por un método nuevo y especial de fototipia, mediante el cual se han conservado escrupulosamente todas las líneas y tintas del original hasta en sus menores detalles. Nos lisonjeamos pues con la creencia de que nuestros abonados verán en esta lámina un obsequio digno de ellos y otra prueba de nuestros desinteresados esfuerzos por continuar mereciendo su benevolencia.

Asimismo acompañarémos al próximo reparto una copia reducida del elegante marco mandado construir exprofeso para dicha lámina, y que nuestro encargado especial en este ramo, D. Hermenegildo Miralles, Bailen, 70, podrá facilitar á los que lo soliciten.

Los suscritores á alguna de las demás obras que publica esta casa, que desearen adquirir un ejemplar del susodicho *Cristo* de Velazquez, podrán obtenerla, satisfaciendo por él la cantidad de 10 pesetas. A las personas no suscritas á ninguna de nuestras obras se les cederá asimismo al precio de 15 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 18 DE MAYO DE 1885 — NÚM. 177

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La primavera viene.—Vuelos de golondrina.—Los apóstoles.—Frutos de ignorancia.—¿Cuándo acabará el reinado del fanatismo?—Carreras de caballos.—El doctor Ferran.—Clausura de teatros.

Por fin, despues de largos meses de lluvias y temporales, la primavera ha consegnido rasgar el velo del invierno, y desde hace algunos dias se nos presenta con su cara sonrosada y alegre. Ya está el Retiro cubierto de hojas, y por la mañana y por la tarde enjambre de niños y procesion de amantes discurren por los senderos de aquel jardin de Madrid. Las corridas de toros toman aquel calor y aquel carácter propios de esta fiesta, incompatible con el frio, que necesita un sol fundente en el cielo que encienda los rostros de los espectadores haciéndoles sentir á los trece mil ciudadanos congregados en el circo los efectos de una fiebre con sus fases de delirio furioso. Es la época más hermosa de Madrid, la que eligen para visitarnos los provincianos y los extranjeros, y cuando es frecuente encontrar en la Puerta del Sol y en las calles céntricas grupos de ingleses y alemanes, de rostro rubio y contemplativo, de marcha lenta, y que bajo los extraños atavíos del traje de viajero muestran una curiosidad vehemente y extraordinaria por conocer al país de las leyendas y de las guerras. La suave coloracion de las flores de lila marca sobre el tono verde de los bosquecillos del Retiro una delicada línea de ese matiz juvenil é inocente propio de la primera quincena de mayo. Ha aparecido la primera golondrina, y su vuelo rápido é irregular nos convida á un viaje como el de sus alas, por los distintos asuntos que la vida de los últimos dias ha dejado en mi cartera.

***

Recordarán los lectores que hace algunos meses se produjo en los barrios populares de Madrid una extraordinaria animacion, porque habian aparecido unos cuantos hombres que se suponian investidos por Dios de la facultad de curar las enfermedades rebeldes al tratamiento de la ciencia, y que mezclando las oraciones y la terapéutica, la devocion y la farmacia, daban salud al enfermo, repitiendo en sus discursos las promesas de la oracion de San Antonio, cuando dice aquello de:

Miembros y bienes cautivos
Recobran viejos y ancianos, etc.

El pueblo de Madrid, que tiene singular talento para poner nombre á las cosas, llamó á estos curanderos *los apóstoles*, y con este nombre se han quedado, con este nombre fueron á la cárcel de Madrid, y con este nombre salieron, gracias á la intervencion del pueblo, que acudió á las puertas de la cárcel-modelo á pedir que dieran libertad á sus salvadores.

De qué manera el charlatanismo halla eco en la ignorancia de la plebe, es cosa que mereceria las observaciones de un hombre perspicaz en la psicología social. Á la manera de Hebert Spencer, necesitamos los españoles que en la nueva generacion de escritores sabios que está formándose en estos momentos surja un espíritu analítico por el estilo de aquel admirable escritor inglés. Para él está reservado el estudio de esta contradiccion aparente, pero que en su fondo contiene y prueba el paralelismo de las cosas semejantes. Aparece un apóstol de estos de la moderna escuela, prometiendo la salud á un baldado, sin necesidad de acudir á la accion de la hidroterapia, ni á la de la cirugía, y en vez de encontrar en el círculo de oyentes el desprecio y la burla, halla credulidad y entusiasmo. En torno de aquellos ignorantes se forman círculos concéntricos cada vez mayores, y así va trascendiendo la fama del charlatan, convirtiéndose la notoriedad de un dia en popularidad creciente é invasora.

Ultimamente ha publicado uno de los apóstoles un libro en que expone el secreto de las curaciones llevadas á cabo, segun ellos, con sus artes médico-religiosas. Segun el apóstol en cuestion las enfermedades son espíritus adversos que se apoderan del hombre. La calentura es un espíritu delirante, la gota serena es un espíritu ciego, y por este órden cada una de las enfermedades que afligen á la humanidad es clasificada dándole la representacion de un espíritu determinado. Para curar no es preciso, pues, medicamento, sino oraciones; amedrentar aquel espíritu que se ha apoderado de nuestros huesos y de nuestros nervios, echarle á cajas destem-



EN GRATA CONTEMPLACION, dibujo por E. Niczky

pladas de nuestro organismo, desalojarle victoriosamente como á un enemigo á quien se puede vencer.

Es necesario mirar las fechas de los periódicos que tenemos sobre la mesa, la hoja última del almanaque de pared que se ostenta ante mi vista sobre el papel pintado de mi despacho; es preciso contar con los dedos los años de vida que llevamos, y hacer acudir á nuestra memoria los recuerdos de los acontecimientos más memorables del progreso humano, para convencernos de que estamos en el año 1885, á fines del siglo XIX, despues de haber sido testigos en el tiempo y en el espacio de revoluciones y trastornos, y áun así no nos convencemos de que sea posible, al cabo de tantos siglos de trabajo por el progreso, que haya quien dé crédito á trapacerías tan infames y tan miserables.

***

Las carreras de caballos de la *season* de primavera han empezado y concluido brillantemente.

Como espectáculo tiene poco que ver.

Como fiesta resulta indigna de la cultura contemporánea: al fin y al cabo representa la glorificacion del caballo.

Como juego de azar está dentro del Código, porque es cosa sabida que en las luchas de volacidad lo casual se impone á las previsiones mejor sentadas.

Como ejemplo social no es, en verdad, edificante, porque en un país donde á Ferran, inventor de un principio científico tal como el de la vacunacion del cólera, se le deja en abandono, resulta espantoso el caso de ver al propietario de una buena cuadra ganando al año cuarenta mil duros de premios en metálico.

***

He citado el nombre del Sr. Ferran y quiero acabar estos apuntes estampando su nombre entre coronas de laurel.

España sigue con entusiasmo y ansiedad sus estudios.

¡Gloria al modesto médico! ¡Gloria al insigne experimentador!

***

La temporada teatral ha terminado. Cerrada la Opera, cerrado el Español, próximo á cerrarse la Comedia y la Alhambra no hay movimiento artístico de que dar cuenta.

Hoy por hoy los *clowns* de Price son el entretenimiento de Madrid y el único asunto de las revistas de espectáculos.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EN GRATA CONTEMPLACION, dibujo por E. Niczky

Por su sencillo asunto, por el semblante y por la actitud del único personaje de esta agradable composicion, bien pudiera titularse el candor ó la inocencia.

Tiene este cuadro una circunstancia especial, y es la equilibrada importancia de la escena y de la figura que la anima. Si esta, por sí sola, recomienda al autor como dibujante correcto y artista que siente lo que ejecuta, no tiene menor mérito el jardin en que tiene lugar la grata contemplacion de la simpática criatura. Hay en él gradaciones y matices preciosos, desde las flores que alegran el *parterre* hasta los cipreses del sombrío fondo, que contrastan magistralmente con el primer término.

Es un dibujo cuyo mérito resalta á medida que se examina más detenidamente.

DESCANSO EN EL DESIERTO, cuadro por Rodolfo Huber

Se necesita toda la calma estúpida del africano y toda la paciencia algo petulante de un camello para deshacer el camino recorrido por una caravana del desierto. Miéntras el viajero, indígena ó extraño, ha interrumpido con la animacion del *touriste* la monótona igualdad del Sahara, el conductor ha formado parte de una familia improvisada, ha tenido á quien repetir lo poco que sabe, ha podido comunicar impresiones, ha participado de las generales privaciones ó bienandanzas; en una palabra, ha vivido en sociedad, siquiera esa sociedad haya sido trashumante.

Pero llega el viajero á su destino, retribuye á su guía, le despide más ó ménos satisfecho, y héte al africano de retorno, conduciendo á la recua de camellos imbéciles á través del desierto, es decir, á través de ese mar de arena sin olas, de ese espacio caldeado sin aves, de ese mundo sin habitantes y hasta sin rumores; avanzando hácia un horizonte igual ayer que hoy y hoy que mañana, inmensidad sin grandeza, naturaleza sin vida, soledad sin poesía, dentro de la cual el árabe mira sin ver, alienta sin pensar, camina como el autómata y descansa tan automáticamente como camina.

Tales impresiones refleja el cuadro de Huber, notable porque deja formar una idea bastante aproximada de la aridez, de la calma, estamos por decir del silencio del desierto.

ARTÍCULO DE FONDO, copia de un celebrado cuadro de Enrique Serra, grabado por Kaeseberg y Oertel

Tiene lugar la escena en la biblioteca de un convento romano. Dos reverendos regulares y otro reverendo no regular (sin que esto á irregular equivalga) se ocupan de asuntos de España, cuyas noticias les llegan por conducto de un periódico tradicionalista. Su lectura excita poderosamente la atencion de los dos padres, y el tercero de estos no puede contener un gesto muy significativo de complacencia. Puede apostarse sin compromiso á que el *Artículo de fondo* contiene una tremenda catilinaria, de esas que levantan ampolla á la gente pidalina.

Este cuadro es un gran paso dado por su autor en el camino del arte. Véanse de él *La odalisca muerta* y el *Botin de guerra*, compárense con el *Artículo de fondo*, y tendremos tres etapas de la carrera artística de Serra, siempre en progreso creciente. El primero tiene sentimiento poético; es de un autor que *promete*... El segundo es un modelo de dibujo y de vigor; es de un artista que *cumple*... En el tercero hay un estudio profundo de los tipos, una factura que resalta sin auxiliares de relumbron, un dominio del arte que solamente poseen los verdaderos iniciados; es de un artista que *se excede*...

Serra es jóven aún y en Roma se habia conquistado una reputacion ilustre ántes de pintar su *Artículo de fondo:* despues que se le conoce ese lienzo, ha dejado de ser el gran discípulo y empezado á ser un buen maestro.

FRAY FANFULLA, escultura por Lodi reproduccion fotográfica por el método Meisenbach

La popular figura, ó mejor dicho, la ideal figura del lego italiano que esgrime indistintamente la pluma y la espada, ha sido reproducida una vez más por un artista que se ha aproximado á la verdad cuanto la ejecucion material puede aproximarse á los tipos que la fantasía crea á su gusto.

En la estatua de Lodi hay firmeza de ejecucion, habiendo su autor descartado de su Fanfulla esa parte *imposible* que viene á ser el pecado de muchos intérpretes de creaciones místicas.

APARATO AÉREO DE GOUPIL

Los dos grabados que presentamos á nuestros lectores representan el modelo de un nuevo é ingenioso aparato para volar, construido con arreglo al sistema ya conocido de hacer funcionar una maquinita locomóvil movida por vapor ó por la fuerza muscular del hombre, y unido á un globo aerostático provisto de alas, cola ó hélice movibles; cuando esta maquinita ha adquirido por el efecto de su funcionamiento cierta velocidad, extiende y bate las alas y se levanta, imitando así á ciertas aves que para elevarse al aire han de correr primeramente un trecho más ó ménos largo. El hombre que se sirve del aparato y que ha de estar colocado exactamente en el centro de gravedad, mueve la rueda que hace las veces de velocípedo corriendo por el suelo, por medio de los pedales *a*, *a* y las varitas *b*, *b*, miéntras con los brazos hace girar por medio de palancas *c*, *c* la hélice *e*, y dirige por una cuerda y otra palanca el timon *f* colocado á manera de cola en la parte posterior del globo. Una vez elevado al aire se mantiene suspendido únicamente por el movimiento de las alas y dirige su curso por medio del timon.

El aparato pesa en junto 220 kilógramos, el mecanismo está construido en su mayor parte de madera delgada; el globo puede ser hecho de seda ú otro tejido á propósito y con tela de seda están cubiertas tambien las alas y el timon.

Ignoramos si este aparato ha sido ensayado ya prácticamente.

ÚLTIMAS HORAS, cuadro por Grocholski

La miseria y la muerte, la deshonra tal vez, se han dado cita en el interior de esa desnuda estancia. En ella agoniza dulcemente una débil criatura, en mal hora venida al mundo. Su amante madre carece de todo, hasta de lágrimas para desahogar su pena. Inmóvil, muda, fria, parece una estatua de la resignacion; no de esa virtud cristiana que hace poner en Dios la esperanza de los desesperados, sino de esa indiferencia glacial, musulmana, del fatalista que renuncia á luchar contra lo irresistible; esa indiferencia del náufrago que quiere tenderse, cual en un lecho, sobre la ola homicida é incontrastable que le arrebata.

Murió la luz escasa de la vela ántes que penetrara en la estancia el primer rayo del sol matutino: la pobre enferma se ha dormido... ¡Quién sabe si la que se durmió en duro lecho despertará en la esplendidez de los cielos!... ¡Cuán dichosa seria esa madre triste si un mismo sueño, el último, la llevara á despertar allí donde las madres presencian la llegada de las almas de sus tiernos hijos!...

El cuadro de Grocholski produce una dolorosa impresion. Por lo mismo que está sentido perfectamente, el que lo examina no puede ménos de sentirse conmovido ante una realidad desgarradora. Analizándole atentamente, se lee todo un drama en el semblante, en la mirada, en el abandono de esa mujer, que fué hermosa, fuerte, feliz, hasta... ¡misterios de Dios!... ¡precisamente hasta que fué madre!...

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

DISTRIBUCION DE DOTES á las doncellas pobres en premio de la virtud, en el palacio Borghese, en Roma, cuadro por L. Alvarez

No es difícil explicarse este cuadro. El asunto, empero, es de tal índole, que más parece pretexto para que su autor haya hecho gala de verdadera prodigalidad de recursos secundarios.

Por la grandiosidad del local, perfectamente reproducido, por el lujo y propiedad de la decoracion, por la verdadera magnificencia de los detalles, incluyendo en estos á los asistentes á la fiesta; resulta que en el cuadro de Alvarez lo accesorio, léjos de seguir á lo principal, viene á ser lo principal en estimacion.

El conjunto, empero, tiene condiciones de obra de primera fuerza.

FUNCION POR HORAS

I

Salió de la casa de huéspedes, donde habia comido muy mal.

No tenia ganas de coger los libros; faltaban todavía tres semanas para las oposiciones y podia darse una noche de vagar.

Desde su llegada á Madrid,—y hacia ya de esto ocho dias,—no habia salido por la noche solo.

Al llegar á la calle el aire frio de marzo azotó su rostro: aceleró el paso. ¿A dónde ir?

Subió la empinada cuesta de la calle Ancha; los tranvías pasaban repletos, miéntras por las aceras las gentes andaban muy de prisa en direccion á la Puerta del Sol.

Hallóse al poco rato en la plaza Mayor; algunos pocos paseantes se detenian ante los escaparates de las tiendas donde brillaban, heridos por la cruda luz del gas, los relojes de metal y las cadenas falsas: á lo léjos, dominando el sordo rumor de los coches, vió unos chiquillos que jugaban.

Recordó entónces la tranquila plazuela de su pueblo cuando la atravesaba en aquellas frias noches de invierno dirigiéndose á casa de su tio el boticario; todas las puertas cerradas, reflejando los vidrios de las ventanas el rojizo fuego del hogar, oyéndose á lo léjos el rumor del rio y el que produce el viento al agitar los árboles de la vecina huerta. Recordó aquellas pacíficas tertulias alrededor del brasero, y tuvo frio.

¿A dónde ir?

II

Pensó en ir al teatro: habia oido hablar de los teatros por horas y preguntó en la primera tienda que encontró, cuál habia por allí.

Los mancebos, con esa sorna del que vive encerrado y esclavo, le indicaron el Real, y al decirles que buscaba un teatro por horas, le dijeron que el más próximo era el de Martin. Una mujer compasiva le dijo que, no léjos de allí, con sólo seguir la calle de Atocha, hallaria el de Variedades.

Tomó el camino, pero ántes paróse en una esquina y se enteró de la funcion que daban. Eran ya las nueve y media de la noche; decidió tomar billete para la funcion de las diez.

Habíale tocado el primer acto de una comedia en dos: esto le contrariaba un poco. Sin necesidad de meter la mano en el bolsillo, sabia que no llevaba más que una peseta, y sabia además que el poco dinero que tenia en casa debia ahorrarlo mucho para que durara, lo ménos, hasta saber qué resultado tendrian las oposiciones que le habian traido á Madrid. Otro dia veria el segundo acto de la comedia.

En último caso, así se recogeria más temprano. Sí; definitivamente, volveria otra noche á Variedades.

Llegó al teatro, compró una butaca y esperó en el vestíbulo. Estaba lleno de gente. Abundaban las mujeres de los barrios vecinos, envueltas en gruesos mantones y ocultando la mitad de la cara tras del pañuelo de colores chillones; los estudiantes bulliciosos hablando en voz alta de todo, del frio, de la funcion y de política, y algunas familias, por su aspecto provincianas, que esperaban resignadas que se abriera la puerta, sentadas en los bancos.

III

Entró en la sala, brillantemente iluminada, dirigióse á su butaca, sentóse y aguardó. Miéntras la gente iba colocándose trabajosamente en su sitio y la orquesta tocaba una polka popular, paseó su vista por la sala.

No habia más que un palco ocupado. Estaban en él un hombre y una mujer. Aquel, jóven, elegante, sacando fuera del antepecho, muy afectadamente, la mano para enseñar un grueso brillante; ella, hermosísima, con la cara cándida, los ojos inocentes y el cuerpo provocativo é incitante.

Quedó deslumbrado: á los cinco minutos odiaba mortalmente á aquel hombre y amaba locamente á aquella mujer.

Alzóse el telon. La comedia era insulsa; unos padres ambiciosos, una niña tonta, un amante atrevido, exponian sucesivamente al público sus propósitos.

Prestaba escasa atencion á lo que pasaba en la escena. No podia separar sus ojos de los de aquella mujer: tan pertinaz era su mirada, que ella dirigió así como descuidadamente sus gemelos hácia él; algo veria en aquellos ojos ardientes que le gustaria, porque no dejó durante largo rato de mirarle como á un sér extraño.

Pero prestó de nuevo su atencion á lo que se representaba y no volvió á acordarse de aquel á quien acababa de hacer su esclavo.

De pronto bajó el telon y un sudor frio bañó su frente. Le echaban á la calle; ya no tenia derecho á aquella butaca, á aquella sala caliente y confortable, á mirar á aquella mujer.

Salió á la calle y esperó.



DISTRIBUCION DE DOTES Á LAS DONCELLAS POBRES EN PREMIO DE



E LA VIRTUD, EN EL PALACIO BORGHESE, EN ROMA, CUADRO POR L. ALVAREZ

IV

El frio habia recrudecido; el delgado gaban no le abrigaba. A la puerta del teatro no habia nadie. Afuera, algunos vendedores de periódicos esperando como él la salida del público.

Pensó con ira que no tenia dinero para volver á entrar; que quizás uno de aquellos dos coches que esperaban á la puerta era de ella y que ni el consuelo tendria de saber su casa. Queria olvidar la media hora de dicha que acababa de pasar y no se movia. En medio de todo le causaba cierta curiosidad el pensar qué fin tendria la comedia.

Aquello duró mucho rato. Al fin empezó á salir la gente.

Arrimóse á la puerta; ¡con qué lentitud salian todos! ¿Tendria otra puerta el teatro? No dejó, sin embargo, de observar que los dos coches, que eran su pesadilla, habian desaparecido.

Decididamente no faltaba ya nadie; salian ya los porteros, cambiada la gorra galoneada por el aplastado hongo y envolviéndose en la capa. Algunos iban acompañados de sus mujeres.

¡Es ella! Sí, sale del brazo de aquel infame, que aprecia en más sus brillantes, que á aquella mujer.

Una toquilla oculta casi su rostro; sólo sus ojos siguen despidiendo desdeñosas pero luminosas miradas.

Sale tras ellos como un perro. ¿Qué pensarán de él? ¿Le habrá visto?

En aquel momento pasa un coche de alquiler. Se detienen, suben á él y desaparecen.

. . . .

Corrió detrás del coche como un desesperado, pero lo perdió de vista al poco rato. Para mayor desesperacion perdió tambien su camino.

Llegó á su casa con dificultad. Subió apresuradamente la escalera, entró en su cuarto, tendióse en la cama y se echó á llorar.

CÁRLOS MALAGARRIGA

EL AMOR QUE ASESINA

TRADICION MADRILEÑA

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

Era don Pedro Nuñez de Gurrea un caballero rico que, por su grande hacienda, no tenia para qué pensar en las necesidades de la vida, ántes bien estaba tan harto de los goces que el dinero facilita, que no habia cosa que le contentase.

Aunque ya pasaba de los treinta y cinco años, se mantenia soltero.

No habia habido mujer que le aprisionara en sus redes ni por hermosa ni por astuta.

Solia decir que escarmentaba en la cabeza de nuestro padre Adan á quien, no pudiendo engañar Eva con otro hombre, por no haberlo en el Paraíso, le engañó con el diablo.

Pero de este horror que tenia al matrimonio no debe deducirse que tuviese tambien horror á las mujeres.

Por el contrario, no habia una de quien no se aficionase, aunque fuese pobre, fea y vieja; porque él pensaba que no habia hembra que no tuviese alguna cosa de grande estima, y que estas cosas no se debian desaprovechar.

Además de esto, añadia que en la variedad estaba el gusto, y que no se podia variar mejor que yéndose de una niña á una vieja y de una hermosa á una fea.

Gustábale, por otra parte, consentir á una pobre mujer á quien, por su poco ó ningun valer, nadie habia solicitado, encariñarla y abandonarla luégo, gozándose en su desesperacion.

Y áun hasta de hacer daño se aburria, porque se habia hartado de ver llorar y de oir maldecir á mujeres por él enamoradas y luégo dejadas, y de que por él se ahorcasen ó se tirasen á un pozo ó se volviesen locas.

Como se ve, don Pedro Nuñez de Gurrea era un hombre malo que, ni áun comiendo las entrañas palpitantes de sus víctimas, ni bebiendo las amargas y ardientes lágrimas de su corazon, podia satisfacer la voracidad de fiera de su alma.

II

Habíale favorecido Dios con una grande hermosura.

Era alto, robusto, gallardo, bien plantado, blanco y rubio, con los ojos negros, grandes, ardientes y dulces, que parecian los de un ángel; y como era fastuoso y galan, y vestia terciopelos y brocados, y se prendia con cadenas y alhajas de mucho precio, y lazos y plumas, y mudaba tres ó cuatro trajes al dia y á cual más rico, y no salia al Prado sino en gran carroza ó en algun soberbio caballo y siempre con gran compañía de escuderos y pajes tan engalanados como él, que las galas que el señor costea á sus criados son como si él las usara, tras él se iban las miradas codiciosas de las mujeres, y las envidiosas de los hombres, y crecia el número de las seducidas y burladas, y el de los que, por su honra comprometida ó perdida por su mujer, su hija ó su hermana, tenian lances con el don Pedro, de los que escapaban, sino muertos, mal heridos, estropeados y escarmentados para no volverse á poner en su vida delante de aquel tirano, que de la misma manera que con el amor perdia y estropeaba ó acaso mataba á sus sencillas y candorosas víctimas, con la espada vencia á los hombres que por mujeres lo buscaban ofendidos.

III

A tanto llegó el aburrimiento de don Pedro por ver que para él no habia cosa que no fuese fácil, que agonizó de mil muertes, haciéndosele un tormento insoportable la vida.

En vez de huir de él las mujeres espantadas por su perversa fama, más y más le estimaban y más y más le buscaban, y en cuanto á su hacienda, tanto más él la despilfarraba tanto más y más crecia; que en las casas de juego el oro y las joyas ricas se le venian al bolsillo, y llovian sobre él cuantiosas herencias de parientes á quienes no habia conocido ni sabia existiesen, y sus administradores en vez de disminuirle con sus robos las rentas, trabajando celosos por él se las aumentaban; y de tal manera para él se habia emborrachado la fortuna, que en una ocasion en que por satisfacer un capricho de una dama compró un casuquillo en las eras de Fuencarral con un huertecillo, al hacer obra en la casa para ponerla habitable y convertirla en ameno lugar de recreo, los albañiles, estando él delante, se encontraron en un hueco un innumerable tesoro en moneda arábiga antigua de oro cendrado, que por sus fechas databan de la época en que Alfonso VI con el Cid ganó el reino de Toledo, y un número grandísimo de alhajas tambien moriscas, cada una de las cuales valia por sí sola una fortuna.

Las riquezas llovian como un castigo sobre don Pedro, y le abrumaban.

Se vió, en fin, tan apretado por sus tristezas, que para buscar remedio á ellas se fué á pedir consejo á su confesor (que aunque él era tan malo, confesor tenia y todos los sábados se confesaba y todos los domingos comulgaba); y este santo varon, que se llamaba don Juan Jimenez de Góngora, vió el cielo abierto cuando conoció cuán cansado de la vida, cuán atribulado y cuán desesperado é inapetente de todo se le mostraba su hijo de confesion.

Oyóle con suma gravedad, se quedó en silencio y reflexionando por un largo espacio, cuando don Pedro acabó el cuento de sus fatigas, al fin le dijo:

—Sabida cosa es que las riquezas causan ociosidad y que de ésta nacen los vicios que hartan el alma de laceria causando al mismo tiempo la irritacion y el estragamiento del cuerpo que no se contenta de otra cosa que de la satisfaccion de los sentidos.

Y de aquí tomando pié el clérigo, predicó á su penitente un largo sermon con muchos textos en latin, todo encaminado á demostrarle que el mayor enemigo del hombre, por los desórdenes á que le llevaba, era el dinero.

Oyóle atentamente don Pedro, y como lo único que no habia probado era la pobreza, tentaciones le entraron de saber lo que era vivir sin más rentas que el dia y la noche, sin casa ni hogar, obligado á buscar el sustento de cada dia y el refugio de cada noche.

Empujóle el clérigo, viendo su buen propósito, diciéndole que él fundaba por entónces, que eran los años de 1663, un convento de monjas Mercenarias, en la plazuela del duque de Frias, manzana 321, número 1; y que aunque el rey don Felipe IV habia dado para ello algunos miles de maravedises á los que se habian agregado muchas limosnas de fieles, lo que se habia tomado con mucho ardor en el principio al poco tiempo se habia enfriado, de tal manera, que hacia dos años que aquella obra pía estaba parada, sin haberse podido hacer en ella más que á medias los cimientos, con gran quebranto de las religiosas que estaban metidas en un cuchitril, sirviéndolas de iglesia un aposentillo mezquino, y sin esperanza de ir á mejor vivienda hasta que se muriesen y por premio de la paciencia que habian tenido las diese Dios habitacion en el reino de los cielos.

IV

Estaba don Pedro entónces en uno de sus mayores aburrimientos.

Así es que apénas acabó su sermon don Juan Jimenez, le dijo:

—Bien me parece á mí que con lo que yo tengo se puede hacer en seis meses y de ricos mármoles, no ya convento para humildes religiosas, sino soberbio palacio que no se desdeñara de habitar el mismísimo gran Tamorlan de Persia: así, pues, á casa de un escribano nos vamos ahora mismo, padre Góngora, y allí otorgaremos escritura de cómo yo hago donacion *intervivos* de todo lo que tengo, ménos de dos trajes y de alguna ropa blanca con que mudarme, y de una espada, un broquel y una daga para defenderme, para la fundacion de ese convento, y para renta de que holgadamente vivan las buenas madres: que si de esta manera me curo del hastío y de la inapetencia de todo que me atormentan, noramala vayan mis riquezas y nunca más vuelvan.

V

No lo dejó para más tarde el padre Góngora, y de tal manera se hizo, que aquel mismo dia tomó posesion por las monjas de todo lo que por su donacion habia dejado de ser de don Pedro Nuñez de Gurrea, y éste no tardó mucho tiempo en arrepentirse de haber tomado el consejo de su confesor, porque habiendo de recogerse aquella noche, que era fria y lluviosa, se encontró sin casa; y si la tuviera y todas sus riquezas, no hubiera sentido apetito de cenar; pero ya mondado y pobre como el más pelon, le entró un apetito tal de casa, cena y cama, como no lo habia tenido por nada en todos los dias de su vida.

Fuése, pues, casa de un grande amigo suyo, donde esperaba cenar y dormir, y el amigo, que placenteramente le habia recibido, cuando supo que por su donacion no tenia sobre qué caerse muerto, demudó el semblante, le respondió frio, se disculpó de mala manera diciendo que en su casa, por temor á murmuraciones y por ser su mujer jóven y agraciada, nunca habia habido huéspedes, y dió, en fin, con muy pocas ó ningunas excusas, con la puerta en las narices al mismo á quien, no sabiendo su pobreza, habia recibido poco ménos que con palio.

En resolucion, desde que se quedó pobre no encontró don Pedro más que ingratitudes, desprecio é injurias, áun del mismo padre Góngora, al que habiendo recurrido para que de su donacion se le restituyese alguna parte con que poder vivir modestamente, le dijo que su conciencia no le consentia tocar á un solo maravedí de la hacienda de las religiosas, y que diese gracias á Dios porque le ponia en la necesidad de trabajar para sustentarse, y con la pobreza le libertaba de vicios en que perdiese á un tiempo su cuerpo y su alma.

VI

Revolviósele toda la ira, que tenia en el cuerpo, á don Pedro, improperó al padre Góngora, salió á la defensa un maton, que era sobrino del ama del cura, y viniendo á las pocas palabras á las espadas, don Pedro le partió la cabeza en dos de un tremebundo tajo á su contrario, y tomando la fuga, porque acudian alguaciles, se fué al cuartel de la Guardia española, y en él tomó lo que se llamaba *inmunidad de banderas;* se hicieron informaciones, se probó que la muerte habia sido hecha en riña leal, de solo á solo sin traicion ni ventaja, y don Pedro fué quito de toda pena con tal de que sirviera un número de años como soldado en la Guardia española ó allí donde el rey le mandase.

Hé aquí cómo llegó á vivir, á la manera de otro pobre cualquiera, el que por exceso de riquezas habia llegado á aborrecerlas, y sólo despues de perdidas las habia estimado.

VII

Ocurriósele el pensamiento más criminal y más horrendo á los ojos de Dios en que podia dar un católico.

Y fué que viendo que dos docenas de monjas vivian á cuerpo de rey, y con lo que habia sido suyo, en un palacio, pensó en cobrarse como pudiera no teniendo de allí en adelante amores más que con monjas ó lo que es lo mismo y más fácil, con doncellas que estuviesen destinadas á ser esposas de Dios.

Como si le hubiera atraido su perdido caudal, íbase á la plazuela del duque de Frias, donde dos años despues de su donacion y á causa de ella se habia alzado el convento de Mercenarias de Góngora, y exclamando de tiempo en tiempo entre un hondo suspiro: «¡Ay de mi dinero!» se entretenia en la iglesia mirando al coro; pero no veia más que fantasmas negras que allá en las lobregueces del otro lado de la verja aparecian como hundidas en tumbas entreabiertas en las ricas sillas de nogal tallado, que con su donacion se habian hecho, y si no veia nada que amable fuese, nada oia tampoco que deleitase, sino un canto gangoso y cansado, que salmodiaba vísperas y parecia poco ménos desapacible que la *campana de espantaperros.*

Y sin embargo, don Pedro acudia allí tenazmente á vísperas, como si le hubiese llamado su sino.

VIII

Si triste vida habia llevado siendo rico don Pedro, en la pobreza la llevaba más triste todavía

Y era que tenia la tristeza en el alma y nada podia contentarle, tal vez porque lo que él necesitaba para que su vida no fuese un tormento, no existia en el mundo, ó, por lo ménos, era tan raro que venia á ser lo mismo que si no existiese.

(Continuará)

ENTRE LAS OLAS

(Continuacion)

»¿Comprendes tan horrible disyuntiva?

»No me importaria la miseria en que me sumiria la declaracion de mi ilegitimidad, ni mi deshonra; tú me protegerias y me consolarias; pero, la que me ha llevado en sus entrañas, la que me ha mecido en la cuna con tan tierna solicitud, esa pobre Magdalena arrepentida, que ha purgado su falta con tantas lágrimas y con tanto arrepentimiento, seria evocada de su féretro y marcada de infamia en un proceso escandaloso.

»¿No es verdad, Eduardo, que si tal consintiera cometeria una accion abominable? Tú mismo me despreciarias ¡No, yo debo sacrificarme ántes que hollar la tumba de mi madre!

»He consentido, ¿qué habia de hacer? Seré esposa de mi tutor; sólo abrigo la esperanza de que ántes de que vengan las dispensas necesarias, habré dejado de existir. Despues de muerta él no tendrá interés en deshonrar la memoria de dos pobres mujeres.

»Mañana salimos para Andalucía. Pasaremos la primavera en Sevilla y el verano en Cádiz. Mi tutor, sin duda, me aleja de Madrid para evitar los comentarios que el matrimonio con su sobrina y pupila pueden originar. Los preparativos del viaje me han permitido eludir su vigilancia para escribirte.

»¡Adios, Eduardo de mi alma, adios! Esta palabra terrible me parte el corazon; empapo el papel con mis lágri-



DESCANSO EN EL DESIERTO, cuadro por Rodolfo Huber



ARTÍCULO DE FONDO, copia de un celebrado cuadro de Enrique Serra, grabado por Kaeseberg y Oertel

mas... mi mano tiembla, y no obstante, aún me resta que decirte: ¡te amo, siempre te amaré!.—*Rosalía.*»

Renunciamos á expresar la desesperacion de Eduardo al leer la carta; pero el jóven era enérgico y pronto se repuso. Alzó la cabeza como en señal de desafío contra la muerte y se sentó á escribir.

Pero no escribió á su amada, ni al marqués de Sandoval; hizo la solicitud pidiendo ser dado de baja en la es cala de su cuerpo. No tenia ya ambicion, ni estímulo, ni nada; sólo deseaba libertad.

V

Segun lo proyectado, á principios de julio, el banquero y su pupila se trasladaron desde Sevilla á Cádiz.

Aún no habian llegado de Roma las complicadas dispensas que exigia su íntimo parentesco.

La familia de Sandoval era oriunda de Cádiz, y por este motivo, y porque la guerra carlista habia alejado del Norte á los bañistas, el marqués determinó pasar en aquella ciudad el estío.

Pocos dias despues de su instalacion en ella, un marinero inválido, que habia servido en el apostadero de la Habana, solicitó del director de los baños de la Caleta una plaza de bañero. Segun decia, sus achaques le impedian volver á Cuba. No pudo dársele colocacion inmediatamente porque el personal era muy numeroso y estaba completo, pero se le indicó que aguardase á una vacante, permitiéndole entre tanto ganarse la vida prestando servicios *extraoficiales* á los bañistas.

Con permiso de la autoridad local, compuso y rehizo una lancha desmantelada que habia en la estacion balnearia, con la cual paseaba durante las horas en que acudia ménos gente á bañarse; pero por la tarde, que era cuando más especialmente se bañaban las señoras, se situaba á la entrada del balneario solicitando una limosna á cambio de conchas, mariscos petrificados y otras rarezas del mar. Hablaba contadas palabras, lo cual fué causa de que le pusiesen el mote de *Tio Cazurro.*

A primera vista, el pobre mendigo, miserablemente vestido con una blusa remendada, cubierta la cabeza con un pañuelo por bajo del cual asomaban algunos mechones grises, tapado el ojo izquierdo con una venda (porque era tuerto y segun él la cuenca de su ojo vacío ofrecia un aspecto repugnante), representaba un viejo estropeado; pero cuando, muy raras veces, hallándose solo, alzaba la vista, brillaba en sus pupilas un fuego enteramente juvenil.

Una tarde en que Rosalía fué al baño, sólo acompañada de una camarera, especie de aya y señora de compañía, de toda la confianza de su tio, se encontró por vez primera al *Tio Cazurro*, que la ofreció una concha, horadada por el centro, diciéndola:

—Tome V., señorita, esta es una sortija de una sirena:

Al oir aquella voz Rosalía se estremeció.

Tomó la concha, y cuando se habia alejado algunos pasos del mendigo, recordó que no le habia dado nada é hizo volver á la camarera á llevarle una moneda de plata. Entre tanto miró la concha con detencion, notando que dentro habia un papel.

Aquella noche, en el baño, estuvo distraida y meditabunda.

Cuando en la soledad de su aposento pudo leer el papel, encerrado en la concha, á duras penas consiguió reprimir sus sollozos.

El papel decia así:

«No, Rosalía, no: si me amas tanto como dices, no se llevará á cabo esa odiosa union. ¡Acuérdate de tus juramentos! No debes pertenecer á nadie mas que á mí ó... á la muerte. Si es preciso, muere; y si Dios reprueba esta especie de suicidio, caiga su castigo sobre mí. Tú me has dado hasta el derecho de exigirte que muramos juntos. He sabido que tu impío matrimonio no tardaria en verificarse; cuando definitivamente se señale el dia, la víspera vé al baño, llevando un cordon de seda liado á la cintura, y á favor de la oscuridad de la noche, pues la luna está en su último cuarto, aléjate de la playa cuanto puedas. Allí estaré yo.

»De todos modos tú eres mi desposada, y si es preciso, el mar será nuestro lecho nupcial.

»No dudo de tí; te espero; eres mia, y no nos separaremos en la vida ó en la eternidad.—*Eduardo.*»

Rosalía no tenia á nadie con quien desahogar su corazon para disminuir su pena, bien así como la evaporacion atenúa la actividad de los venenos; pues era demasiado altanera para confiar sus secretos á oidos, aunque fieles, mercenarios.

Estaba sola con sus luchas, con sus penas, con sus dudas, porque rígidamente educada, fervorosamente cristiana, la causaba horror la idea del suicidio, y lo era casi lo que Eduardo la proponia.

Sostuvo, pues, un violento combate entre dos espantosos terrores. Por un lado el castigo eterno despues de la muerte, por otro una cosa más horrenda que la muerte; su matrimonio que la obligaba á ser como una presa viva y palpitante de un vampiro.

Por último, el horror de su profanacion inminente, pues ella consideraba su enlace como una profanacion, se unió á la ciega pasion sentida por Eduardo, para pervertir su pensamiento en lo concerniente á sus creencias religiosas, y se aventuró por completo á la vertiginosa tentacion de terminar sus penas ó sacrificándose por y con su amante ó salvándose milagrosamente con él.

Las dispensas habian ya llegado de Roma y se acordó el dia del enlace del marqués y su sobrina.

La antevíspera, esta fué al baño, y al pasar junto al viejo marinero, que estaba en su sitio de costumbre, se detuvo á darle una limosna y le dijo en voz casi imperceptible:

¡Mañana!

VI

Rosalía fué tarde al baño al dia siguiente.

Las bañistas rezagadas, que eran pocas, viéndola persignarse, como tenia de costumbre, ántes de lanzarse al agua, advirtiéronla que habia mar gruesa; pero la jóven no las oyó ó no quiso oirlas.

Dejó la playa, se internó en el mar y pronto fué envuelta por la sombra de la noche y por los pliegues del oleaje.

Nadó algunas brazas con más dificultad que otras veces, no por el estado del mar, sino porque parecia que la accion del pensamiento entorpecia en ella la accion material. La incertidumbre, la esperanza, sus escrúpulos religiosos, las visiones de la ola en la sombra, los espejismos que produce el agua, tomando, no se sabe de dónde, una luz desconocida, producíanla mareos extraños. Cada vez se sentia más pesada, como si una fuerza oculta la atrajese hácia el abismo; apénas podia alzar la cabeza para tratar de distinguir al salvador probable en la oscuridad.

En vez del eterno frio del agua, sentia calor febril; sus manos y sus piés se crispaban en calambres convulsivos.

Nadaba cada vez más lentamente; el vértigo se apoderó de ella; en el átomo de pensamiento que aún le quedaba, surgió la idea de un castigo providencial; parecióla que el mar ya no la sostenia, creyó no ver ni sentir ya el agua, y sí un espacio vacío é inmenso en donde debia caer precipitada.

Inclinó la cabeza, cerró los ojos y esperó la caida.

Súbito sintió una presion en su cintura, como de una mano vigorosa que la asía por el cordon de seda que llevaba arrollado al cuerpo; en su delirio acogió, inversamente de la verdad, la idea de que el demonio del suicidio se apoderaba de ella para llevarla, á través de las olas, á á la sima infernal; pero en seguida la esperanza vino á devolverla la razon casi extinguida.

Eduardo estaba allí.

—Une tus esfuerzos á los mios,—la dijo;—es preciso atravesar la corriente...

Debemos hacer una aclaracion para explicar la terrible escena siguiente; el prodigio inaudito que eternamente guardarán esas dos esfinges de la sombra y del mar.

Eduardo, bajo el disfraz de *Tio Cazurro*, habia pesado todos los inconvenientes y calculado todos los medios de salvacion en la extraña empresa que se proponia llevar á cabo. El buen éxito se basaba en la barca de que disponia, pues en ella debian refugiarse ambos amantes al dejar la playa; la dificultad consistia en encontrar un sitio cercano en donde amarrar aquella. Cerca de los muelles era imposible, porque pronto hubiera sido descubierta y alcanzada; hácia el lado de la estacion balnearia, ménos, pues á la misma contingencia se unian la del poco fondo, que podia hacerla embarrancar, y la de que no habia medio de agarrar un ancla á la arena casi líquida de la playa.

El jóven marino no encontró más que un sitio. Por el suelto de *La Correspondencia de España* sabemos que á media legua de la costa hay un pequeño grupo de rocas, lleno de malezas y filamentos, que ofrecia un abrigo seguro, y allí, por no encontrar otro lugar á propósito, amarró Eduardo su frágil embarcacion, sujetándola con un cable y un ancla que no llegaba al fondo del mar. Pero mediaba un obstáculo, casi insuperable, que vencer.

Entre la playa de los baños y el grupo de rocas, hay una corriente impetuosa de mar, que algunos llaman *Canal de la Caleta.* Tiene una milla de ancho y cerca de cuatro á lo largo, hasta desembocar en aquel, casi con la fuerza de un rio caudaloso al llegar á la barra.

Era preciso pues que los dos amantes atravesasen el canal para llegar á la barca, empresa siempre difícil, pero más aquella noche, en que la mar, muy picada, aumentaba la violencia de la corriente. Esperando hasta el último momento un obstáculo providencial que impidiese el odioso enlace del banquero y su sobrina, no pudieron los dos amantes elegir noche á propósito; resueltos como estaban á unirse en vida ó en muerte, hubieran intentado su empresa, áun en medio de la más violenta borrasca. Además, Rosalía fué tarde al baño, esperando á que cayera la sombra nocturna y este retardo tuvo el inconveniente de que el reflujo aumentara la agitacion del mar.

Por fin se hallaban juntos.

—Une tus esfuerzos á los mios—habia dicho Eduardo, pero esta excitacion fué casi inútil, porque la infeliz estaba á punto de desfallecer de emocion y de cansancio. Vióse obligado á sostenerla, nadando sólo con los miembros inferiores y con un solo brazo.

Habia contado con su destreza en la natacion y con la de su adorada; creyó posible atravesar el canal á lo ancho y ganar la barca, pero no pudo prever el desmayo de Rosalía.

Entraron en la corriente del canal; era preciso; pero como la pobre desmayada no nadaba, flotaba merced al brazo que la sostenia; como él habia perdido muchas fuerzas atravesando ántes el canal, á pesar de sus alientos hercúleos, derivaba hácia la derecha en vez de dirigirse al lado contrario.

Nadaba convulsivamente. Su mano izquierda asida al cinturon de Rosalía, se aflojaba entumecida; la sombra del Erebo que le rodeaba tomaba tintas sanguinolentas; su bien amada iba á perecer.

En este instante, el cuerpo inerte que sostenia, se estremeció débilmente: Rosalía volvia en sí.

—¡Animo, amada mia!—la dijo—si no dominas tu debilidad, estamos perdidos.

Estas palabras obraron en la pobre jóven una reaccion maravillosa. No pensó en su salvacion, sino en la de su amado, que en parte dependia de ella; el resorte imprevisto de que están dotadas las organizaciones nerviosas, vigorizó todo su sér. Desde entónces ella fué casi la que sostuvo á Eduardo, estenuado de fatiga.

Este cambio prodigioso sobrexcitó la energía de ambos; á fuerza de brazadas gigantescas traspusieron la mitad del canal; pero por una especie de fatalidad inteligente y adversa, el mar crecia cada vez más. El reflujo impelia el agua hácia afuera, el sureste que se levantó casi instantáneamente la rozaba en sentido contrario, de modo que las olas, ó mejor dicho, una ola colosal, se desarrollaba desde la barra, llamémosla así, á los muros ciclópeos del muelle.

Para colmo de desgracia, un nublado espeso habia velado hasta la tenue luz de las estrellas. Desorientado por aquel vaiven incesante, en medio de aquella oscuridad absoluta ¿cómo podria Eduardo encontrar su barca?

No habia salvacion posible.

Aquellos dos cuerpos desfallecidos vagaban al impulso de las aguas. Rosalía, cediendo á un cansancio invencible, cesó de nadar; sus piés, entumecidos, se enredaron en los mojados pliegues de su vestido.

—Sube á mi espalda,—dijo Eduardo.

—Es inútil—le contestó.—Dios no quiere que sea feliz contigo. Tú solo puedes salvarte. Déjame, pero... no me olvides.

Él prorumpió en una delirante carcajada; asióla en sus brazos, nadando sólo con los piés.

—Tu suerte es la mia,—exclamó,—nuestra union se cumple. ¿Qué más magnífico tálamo nupcial?—y juntó su boca á la de su amante.

La ola gigantesca, cogiéndolos en el vértice de su lomo, elevólos hácia el cielo invisible, para hundirlos en la abertura del abismo de las aguas. En este descenso, el hombro izquierdo de Eduardo chocó con un cuerpo duro, produciéndole un sobresalto de cadáver galvanizado. En aquel mareo un rayo de luz iluminó su razon. Separando una de sus manos del cuerpo de Rosalía, palpó tembloroso, y halló una cosa dura y áspera que oscilaba.

Lanzó un grito, más bien rugido de alegría; estaba asido al cable de que pendia el ancla que sujetaba su barca. Recobrando con la esperanza toda su inteligencia, fuerza y destreza, dió un vigoroso empuje elevándose sobre el agua y tocó la borda de la frágil embarcacion. Con aquel punto de apoyo, vió á su amada y ambos cayeron sobre la dura tabla, rendidos de fatiga. Desde entónces, parecia que el mar, habiéndosele escapado su presa, calmaba el tumulto de sus aguas. La barca, que estaba fuera de la corriente del canal y sólidamente amarrada á la roca, resistió al oleaje.

A poco cesó el viento casi por completo.

Un momento de reposo bastó para reponer las fuerzas de Eduardo y devolverle la lucidez de su juicio.

Rosalía habia vuelto en sí, pero tendida en la cubierta tiritaba de frio; su amante la arropó con unas zaleas guardadas en el fondo del barco.

VII

Eduardo, pensando en su extraña situacion, fluctuaba entre dos ideas opuestas.

Era peligroso aventurarse en el mar, picado todavía, de noche; pero lo era aún más esperar al dia, pues indudablemente habrian salido exploradores en su busca.

¿Qué hacer?

Su mirada erraba en todas direcciones, como interrogando á la noche y al abismo. Súbito, un pálido reflejo atravesó la densa oscuridad.

La luz se hizo más fuerte; tenia el foco pequeño, pero vivo, de un diamante.

Eduardo se fijó en él con ansiedad. A poco, su vista, acostumbrada á las perspectivas del mar, se orientó completamente; aquella luz provenia del farol de proa de un buque de gran porte. Su negra silueta se confundia con el oleaje, y la luz que parecia estar sola en el vacío, se asemejaba al ojo del gigante cíclope de las aguas que recorria sus líquidos dominios.

Segun la direccion el buque salia del puerto de Cádiz; pero su gran porte hacia suponer que no venia en busca de la jóven ahogada. Debia pasar por frente y no muy léjos del grupo de rocas. El marino entónces tomó una decision. Cargó la vela de la barca que estaba recogida, desató el cable del ancla, que se hundió en el mar, y desamarrando los cabos atados á las gruesas malezas, apoyó un remo en las peñas, con un vigoroso impulso separó de estas la embarcacion, y se puso al largo.

Ganó el barlovento al buque que se acercaba. No pudiendo hacer señales, que no serian percibidas, gritó incesantemente con toda la fuerza de sus pulmones.

Rosalía se incorporó sobresaltada.

—¿Qué es esto?—preguntó, despejando su frente de los húmedos mechones de cabello que la cubrian.

—Esto—dijo él, estrechándola amorosamente á su pecho—es el amor en la libertad.

Las voces fueron oidas; la fragata mercante norte americana, *Washington*, dió asilo á los amantes.

Eduardo habia conocido en Filadelfia al capitan del buque y le declaró la verdad.

Dos meses despues, los dos jóvenes se casaron, con nombres supuestos, en la blanca y marmórea catedral que

es una de las maravillas de Nueva York.

Eduardo renunció al mar, y haciendo valer sus nada vulgares conocimientos astronómicos, ingresó, como primer auxiliar, en el observatorio.

Cuando en las serenas noches, ambos esposos, sentados en el terrado de su linda casita, hablaban de amor y á veces contemplaban el cielo, Eduardo solia decir:

—Mi digno jefe y director, el sabio mister Cokley, pretende conocer todas las estrellas hasta ahora descubiertas; pero aún no ha visto la estrella *Rosalía*.

VIII

¿Y el marqués de Sandoval?

Aún vive, pero está paralítico del cuerpo y atónico del entendimiento. No sale de su hotel. Alguna vez, en los dias buenos, su ayuda de cámara, que es el único que le quiere, le pasea por el jardin en un carro de mano.

R. TRILLO DE MERELO



FRAY FANFULLA, escultura por Lodi, reproduccion fotográfica por el método Meisenbach

LA SENSIBILIDAD

Y LOS SENTIDOS

I

Consideraciones generales

Se dice con frecuencia que es la naturaleza humana un abismo insondable. Parece hecha la frase para ser aplicada á la sensibilidad.

La variedad de sus matices, sus múltiples aspectos, las paradojas á que da vida, el movible horizonte de sus concupiscencias, lo sublime de sus grandezas, lo vil de sus miserias, todo, todo hace de la sensibilidad algo gráfico, plástico, real y vivo, que termina, si no se refrena, en el vendabal que arrolla cuanto se le pone delante ó en la fugitiva cruz en el agua, que no bien se hace desaparece.

Allá en los profundos é inescrutables limbos de la sensibilidad inconsciente está la region de las sombras y de la penumbra. En ella confunde el hombre su naturaleza con la de los animales, obedeciendo únicamente al estímulo del instinto.

Ascendiendo un poco en esta escala, la sensibilidad se emancipa de los acicates de la concupiscencia y empieza á sustituir los apetitos del egoismo con los sentimientos llamados por los ingleses *altroistas*. Son los venturosos mensajeros, que anuncian el inefable afecto de la caridad, con cuya virtud redentora la racionalidad que se inicia disipa la animalidad que se oscurece.

Subiendo aún más en la consideracion de las manifestaciones del sér sensible, se observa su esplendorosa accion en las sublimes é inspiradas bellezas del arte, en las rítmicas armonías del mundo moral y en el semi-divino deliquio del místico, que anhela, cual Prometeo encadenado, romper las ligaduras de la carne para identificarse con su ideal, más hermoso cuanto ménos realizable.

¡Qué escala tan prolongada la de la sensibilidad humana! Desde el vagido del feto en la vida intra-uterina hasta la oda religiosa del poeta místico existe una cadena indefinida, cuyos misteriosos eslabones engarza la ruda labor que exige la lucha por la existencia.

Representa la sensibilidad humana el símbolo plástico, real y vivo de aquella escala soñada por Jacob y formada por ángeles, que ponian en comunicacion el cielo con la tierra. Con un horizonte tan inconmensurable, con manifestaciones de índole tan opuesta, con una realidad tan nutrida de lo más íntimo del sér sensible ¿cómo no ha de formar relieve la paradoja viva y la contradiccion perenne de las concupiscencias de la animalidad con los afectos humanos, con las pasiones viriles, con los nobles arrebatos del héroe y las sublimes resignaciones del santo? Proteo incansable, la sensibilidad humana, como la escala musical, tiene sus notas agudas y sus tonos graves; hija de la tierra sueña con un ideal celeste y en los sublimes arrobamientos de que se ve poseida, encuentra horas de hastío y cansancio, cayendo del cielo de la racionalidad á lo terrenal é instintivo. Ya lo presentia la antigüedad clásica, cuando á la personificacion del valor heróico en Aquiles, le asignaba un *talon* ó punto flaco, en el cual podia ser herido. Más gráficamente aún expresa esta flaca é inestable condicion el Evangelio cuando dice que el más justo peca siete veces al dia.

No es, no, la sensibilidad una entre otras de las muchas cualidades que integran la naturaleza del hombre. Por su amplia generalidad, por su incesante accion é influjo, la sensibilidad, fisiológica y espiritualmente considerada, es el alfa y la omega del alfabeto de la realidad, la base y el vértice de esta gran pirámide que llamamos la existencia humana.

Los presentimientos de los pensadores, las inspiraciones del genio y la inagotable expansion del místico han coincidido con las deducciones de la observacion científica. Si los místicos, enamorados de su ideal, llegan con nuestra Santa Teresa á declarar que «todo está en el corazon,» poetas del alto vuelo de Gœthe elevan, como él dice, la pirámide de su existencia, gustando la diversidad de matices de los afectos humanos y tomando de ellos el material de su inspiracion, á la vez que pensadores del fuste de Schleiermacher y Jacobi hacen del sentimiento el principio fundamental de sus concepciones filosóficas. Desde campo más humilde, pero con resultados más positivos, el eminente fisiólogo C. Bernard proclama (sin excepcion ninguna) como la propiedad más general de los séres vivos la sensibilidad, diciendo que «todo lo que vive siente y puede ser anestesiado.» Antes que él, Haller afirmaba, refiriendo la sensibilidad al corazon, que es éste el órgano *primum vivens*, porque es el primero que se mueve en la vida intra-uterina y *ultimum moriens* por haber observado en los decapitados, que es el último entre todos los órganos en perder su movimiento y áun el que más fácilmente se consigue que vuelva á contraerse mediante una ligera corriente eléctrica.

La sensibilidad es funcion que acompaña indefectiblemente al sér vivo. Cuando no halla órgano adecuado para sus manifestaciones, inquiere con su energía funcional nuevas vías y procedimientos por donde salir al exterior, pidiendo plaza en la existencia. Es que la sensibilidad nutre la vida toda y sirve de nexo y articulacion al comercio constante de lo interno con lo externo ó de lo espiritual con lo corporal.

Así se observa que obstruido un órgano, el impulso funcional del sér sensible se ejercita con rozaduras y dificultades merced á nuevas conexiones que establece dentro del organismo. De este modo, cuando falta el órgano del oido, como subsiste la funcion auditiva, suplen su ejercicio, aunque imperfectamente, los sordos con una sagaz percepcion visual del movimiento de los labios del que habla. A las dificultades para interpretar la palabra por medio de la vista, se refieren las reconocidas desconfianzas de los sordos, á todos los cuales acusa la sabiduría popular de maliciosos.

De igual índole son los casos de excesivo desarrollo que del tacto adquieren los ciegos, y del olfato los que tienen interrumpido el ejercicio de los demás sentidos.

Son muy frecuentes los ejemplos de ciegos cuya delicadeza táctil llega á la percepcion del lugar en que se hallan por las corrientes más tenues del aire, orientándose en los sitios más intrincados. Al antiguo café del Iris asistia un ciego, que tomaba parte en todas las tertulias y andaba por aquellas encrucijadas de mesas y sillas sin dar tropiezo alguno y acertando con el sitio en que se hallaba dentro del local; ¡tan nimia y exacta era su orientacion!

Aún vive el célebre mudo Perea, cuyas vivas é intensas gesticulaciones hacen que se le entienda cuanto pretende expresar.

Estas y otras muchas observaciones sirven de base al nuevo método que se emplea en Paris y en otras partes para la educacion de los sordo-mudos, es decir, el *método oral*, del cual exponia detalles curiosísimos *Le Journal des Debats* en el último mes de setiembre.

Combinado el oral con el antiguo método ó sea el del desarrollo de la vista, siguiendo el movimiento de los labios, son grandes los resultados que promete ó deja por lo ménos presumir como esperanzas fundadas la combinacion del funcionalismo sensible.

Consistiendo la base sintética de la educacion de los sordo-mudos en suplir la falta del órgano del oido por el desarrollo de los demás, parece superfluo insistir en la necesidad de cultivar la vista y su aplicacion; pero si el sonido, como resultado de vibraciones, puede ser percibido, dentro de ciertos límites, por órganos distintos del conducto auditivo, el *epigastrio* por ejemplo, resulta (y así se ha comprobado en sordo mudos del Instituto nacional de Paris) que *oyen* los sordo mudos, merced á las vibraciones, el tambor que anuncia las horas de clase y de recreo y la trepidacion de un coche que rueda por la calle.

Conviene asociar á esta enseñanza rudimentaria ejercicios para perfeccionar los sentidos de los sordo-mudos, empleando su aptitud en observar los movimientos delicados, que reqüiere la produccion del sonido, por ejemplo, soplar globos ó burbujas de jabon, que enseñan á medir prácticamente la intensidad del aire.

No ha usado nunca el sordo mudo sus pulmones (que en él como en todos desempeñan una doble funcion, sirviendo á la vez para respirar y para producir el sonido) más que para respirar, y es necesario que aprenda su empleo en la fonacion.

Con esta nueva asociacion del funcionalismo sensible se puede obtener una regularizacion de la emision del aire segun la fuerza del sonido, para lo cual debe el profesor excitar al discípulo á repetir y dar relieve, de un modo gradual, á las contracciones del tórax y de la laringe, que han de prestar más tarde flexibilidad á las cuerdas vocales. De este modo puede confiarse en que á la vocalizacion ó emision de sílabas ha de seguir la articulacion de algunas palabras.

Este fenómeno complejísimo, que acusa más que nada que la naturaleza como gran artista se plega á las condiciones en que vive, puede observarse en el ya citado mudo Perea. Causa cierto encanto, mezclado de una melancólica nostalgia, contemplar aquella penetrante movilidad

de la vista, unida á un esfuerzo titánico en las contracciones de la garganta y los labios, con que el mudo Perea llega á articular algunas palabras, sobre todo aquellas en que abundan las labiales y dentales. Parece en efecto que se ve sensiblemente el combate que libra la intensa energía de su funcionalismo sensible con la indómita rigidez de sus cuerdas vocales.

Prueban estas consideraciones que los sentidos se asocian y auxilian mutuamente como base para educar nuestra sensibilidad.



APARATO AÉREO GOUPIL (visto de perfil)

APARATO AÉREO GOUPIL (visto de frente)

Repercuten en efecto unos en otros sentidos mediante su ejercicio recíproco y cooperan todos ellos y principalmente los mejor desenvueltos á una simetría concéntrica, que sirve de signo característico á la racionalidad de nuestras emociones.

De este módo resultan equilibrados nuestros sentidos, sin que exista por ejemplo en el hombre la vista del lince ó del águila, el olfato del perro, etc., predominios que se desenvuelven en el animal á costa de los demás sentidos.

En la sensibilidad humana, todos los sentidos se prestan un auxilio recíproco. Así es que en el hombre semeja, por ejemplo, el oido espejo en el cual nos vemos hablando, sintiendo nosotros ántes y mejor que aquel que nos escucha las equivocaciones que cometemos y que corregimos con la rapidez que el organismo consiente. El tartamudo repite indefinidamente su esfuerzo hasta que llega á pronunciar la palabra, advertido de su imperfeccion por el oido. La vista se convierte en el sordo en un oido más sutil y á veces en un tacto anticipado. Así lo prueba la sensacion compleja que percibimos cuando vemos dar á alguno rápida puñalada, que le priva de la vida, en cuyo acto parece que sentimos el escalofrío que produce el contacto del arma blanca. Igual funcion desempeña el olfato, que parece órgano del gusto ejercido á gran distancia, de lo cual procede la frase usual de que «se nos hace la boca agua» ante el olor ó la vista de manjares apetitosos. Más perceptible es aún esta cooperacion en el tacto, sentido genérico é indefinido, cuya fina delicadeza de matices, que llega por ejemplo en los chinos á la perspicua habilidad de que engarzan, mediante la punta de la lengua, perlas microscópicas, suple el ejercicio de los demás órganos, cuando estos se hallan obstruidos. Numerosos son los casos que se citan de ciegos de larga fecha (no de nacimiento) que han adquirido tan nimia precision para orientarse en una ciudad que, saliendo á plaza de gran amplitud, les bastaba adelantar la mejilla, percibir en ella la mayor ó menor violencia de aire y calcular su direccion, concluyendo por fijar el sitio en que se encontraban, cual si tuvieran poder para oir lo que Mansdley llama la sorda y armoniosa música de las esferas.

Los prodigios de habilidad que ejecutan algunos lisiados, la paciencia épica de muchos presidiarios, que con millones de piezas microscópicas componen objetos muy complejos, y otros muchos casos por demás frecuentes demuestran la virtualidad sintética del impulso sensible.

No ve el ojo, ni oye el oido, ni palpa la mano, sino que el funcionalismo de estos aparatos se concentra en la propiedad general del sér sensible. El alma siente y los sentidos son órganos ó aparatos destinados á comunicar al interior las impresiones que han de afectarla.

U. GONZALEZ SERRANO



ÚLTIMAS HORAS, cuadro por Grocholski

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV ↔ BARCELONA 25 DE MAYO DE 1885 ↔ NÚM. 178

LA PARTIDA DEL MARINERO, cuadro por M. Brun *(Salon de 1885.—París)*

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



FLAMENCA, escultura por J. Carcassó



GRUPO ESCULTÓRICO, por R. Nobas, inspirado en el poema L'ATLÁNTIDA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA PARTIDA DEL MARINERO, cuadro por M. Brun.—(Salon de 1885.—Paris)

Siempre las despedidas entre personas que bien se quieren van acompañadas de tristes manifestaciones. La ausencia viene á ser para las almas enamoradas una especie de noche durante la cual surgen toda suerte de fantasmas, ninguno de ellos anunciador de dichas.

Pero cuando la despedida tiene lugar entre el marinero y su esposa, la manifestacion del dolor es más acentuada por lo mismo que es más notorio el peligro que amenaza al ausente. El mar es un monstruo insaciable que frecuentemente reclama á sus víctimas, y la esposa del marino, cuando en el silencio de la noche oye el rumor de las olas que se estrellan en las vecinas rocas, cree percibir distintamente los gritos desesperados del náufrago al hundirse en el abismo. ¡Hay en el pueblo tantas viudas de marineros!

El cuadro de Brun expresa de una manera gráfica el asunto que el artista ha tratado. Su composicion es sobria y por ello resulta más conmovedora. Ninguna figura extraña distrae al espectador del único grupo que contiene la tela: el dolor mudo, profundo, resignado de los protagonistas resalta sin estorbos y se comunica fácilmente al público. El lugar de la escena está bien estudiado: ese hogar ha de ser muy triste en cuanto el marinero haya partido de él...

Brun es un pintor que se ha hecho notable como intérprete de tipos de mar; pero hasta la reciente exposicion del cuadro que hoy publicamos, no habian sido apreciadas debidamente las grandes condiciones de ese artista.

LA LECTURA DEL POETA, cuadro por E. Rasch

Ese cielo es el cielo de Italia; ese jardin pertenece sin duda á una de las *villas* características florentinas ó napolitanas; esa agua tranquila que discurre por el fondo del cuadro, sin producir rumores, puede ser la corriente del Arno al bañar la artística ciudad inmortalizada por el autor de la *Divina Comedia*.

Un jóven, el autor probablemente del libro que recita, tiene por auditorio á tres damas, interesadas de diversa manera en la lectura y tal vez en el lector. En una de ellas la impresion es profunda; la poesía ó el poeta han hecho una conquista; la imaginacion de la dama vaga ya por esos espacios misteriosos á donde nos arrebata el genio y desde los cuales es bien triste descender á este prosaico mundo.

Este cuadro pudiera ser histórico. Sé nos figura que su autor ha querido representar al gran poeta Alfieri, leyendo sus preciosas tragedias á la condesa de Albany, que habia de sentir por el poeta una pasion tan intensa como culpable. Si este es, realmente, el asunto, el autor lo ha tratado con delicadeza y la obra tiene color local y verdad de expresion.

EXPOSICION del CENTRO de ACUARELISTAS en el Museo Martorell

De algunos años á esta parte, reivindica noblemente la nacion española los fueros artísticos de la patria de Velazquez y de Murillo, de Ribera y de Zurbarán. Buen número de inspirados pintores han conquistado en buena lid la fama de que gozan en el mundo artístico, y en certámenes nacionales y extranjeros han obtenido valiosos premios, victorias ménos caras, aunque no ménos honrosas, que aquellas en que la suerte de las armas decide de los pueblos, á expensas de las madres y de las viudas y de las huérfanas de vencedores y vencidos. En el mundo sideral del arte moderno hay estrellas españolas de gran magnitud, verdaderos soles que se llaman Fortuny y Pradilla, Villegas y Madrazo... ¡Bien hayan los artistas que de tal suerte honran á su patria!

Y como el arte no puede encerrarse en los estrechos límites del taller donde produce sus obras, y su ejercicio tiene algo de sacerdocio y ha de trascender é influir en el progreso general de la humanidad por medio del ejemplo; de aquí la organizacion de exposiciones, más ó ménos importantes, pero siempre lo suficiente para dar una prueba del valor propio y contribuir á la formacion del buen gusto público. Cataluña, que no siempre es bien juzgada, ha demostrado en distintas ocasiones cuán paralelamente marchaba á los países más adelantados en la carrera del arte; la semilla de Fortuny ha germinado; la herencia de su gloria no ha sido abandonada ciertamente. Galofre y Pellicer, Serra, Ribera, Tusquets, Más, Llovera, Marqués, Vaireda, y otros pintores de recomendable mérito, forman el núcleo artístico de la patria catalana y una vez más escriben sus obras principalmente en el difícil género de la acuarela.

Al llamamiento de los artistas catalanes han acudido insignes compañeros de otras provincias, y merced al general concurso, la exposicion del Museo Martorell es muy digna de ser visitada, pues encierra ejemplares de primera fuerza. Los organizadores han tenido la feliz idea de publicar un catálogo ilustrado y nuestro periódico les ha merecido las primicias de esas bellas ilustraciones que ayudan á retener perfectamente la idea de la obra expuesta. Figura entre ellas un *Rey de Armas* por Pradilla, acuarela de un valor tan poco comun, que hubimos de confiar su grabado á un artista como Weber. El resultado pueden apreciarlo nuestros favorecedores en el presente número: es una de las páginas más brillantes de la ILUSTRACION ARTISTICA.

EL AMOR QUE ASESINA

TRADICION MADRILEÑA

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuacion)

Una tarde, ya al oscurecer, cuando estaban á punto de concluirse las vísperas, despues de lo cual se cerraba la iglesia, don Pedro sintió de improviso como un súbito consuelo, como un placer, como una felicidad nunca por él gozada.

En medio del canto gangoso de las monjas habia sonado una voz de ángel, que deleitó á don Pedro y le glorificó.

Pero aquella voz sonaba más cercana que la de las monjas.

Parecia que aquel ángel estaba fuera del coro.

Sin duda era una jóven devota que cantaba las vísperas como si fuese monja.

Acaso era una prometida del Señor.

IX

Don Pedro se volvió hácia el lugar en que aquella dulcísima voz sonaba.

Oscurecia ya; la última luz de la tarde apénas si esclarecia las altas vidrieras; en la parte baja del templo todo era sombra; las capillas aparecian tenebrosas y sólo en el altar mayor la lámpara del Santísimo, y otra lámpara que ardia perpetuamente en el coro, delante de una imágen de la Purísima, difundian en un reducido espacio turbios y apagados resplandores.

Sobre la escasa claridad que se veia en lo interior del coro, se recortaban las sombras de dos mujeres, que estaban sentadas en una banqueta delante de la reja.

La una, por lo esbelta y gentil, parecia dama.

Esta era la que cantaba.

Este era el ángel.

La otra, por su pesadez, por su corte, por un no sé qué característico, indudable, era una dueña.

Este era el demonio.

X

Don Pedro, encantado por aquella voz hechicera, vuelto hácia la dama que la producia, admirando el bello contorno de su sombra, se hizo en su imaginacion un tal conjunto de perfecciones, que con ellas bastaba y áun sobraba para representarse una hermosura sobrenatural, y de tal manera que, el no poder averiguar si esto era cierto, causaba al ya enamorado don Pedro un tormento insufrible.

Se acabaron las vísperas, sonaron las llaves del sacristan como avisando á los fieles, que en la iglesia habia, que ya era hora de que se fuesen, y don Pedro, por ver si algo de la belleza de la dama podia sacar de entre la sombra, cuando á él ella se acercase, junto á la pila del agua bendita fué á ponerse, á la cual sin duda alguna habia de llegar la dama.

Llegó en efecto, ofrecióla él agua bendita, la tomó ella, le dió modestamente las gracias con una voz dulce y armoniosa, aunque por respeto al lugar contenida, y pasó sin que la menor parte de su semblante pudiera ser vista

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



¡ALLÁ VA! acuarela por A. Fabrés



CAMPESINA NAPOLITANA, pintura al óleo por L. Reca

por don Pedro; tal iba de rebozada en un manto; pero la mano con que tomó el agua bendita parecióle, á pesar de lo oscuro, á don Pedro, de luciente alabastro y preciosa por lo delicada y pequeña.

XI

Salieron de la iglesia ambas, y tras ellas, aunque á una cortés distancia y discretamente disimulando, se fué don Pedro.

No habia cerrado la noche, y á la vaga luz del crepúsculo pudo cerciorarse el galan de que la dama era alta, gallarda y gentil, aunque robusta, y por la majestad de su paso conoció harto claro que no sólo era dama y muy dama, sino principalísima, lo que parecia confirmarse con que la dueña no osaba ir al paso suyo, sino un tanto retrasada.

Atravesó la tapada la plazuela del duque de Frias, torció por la calle de San Francisco, se metió por otra que, cruzando la de Santa María del Arco, iba á encontrar más allá la de San Márcos y finalizaba en un callejon sin salida.

Esta calle perdió el nombre que entónces tenia para tomar el de la del Soldado á consecuencia de la tristísima historia que estamos relatando.

XII

Antes de que la dama y su dueña cruzasen la calle de San Márcos para continuar por el callejon sin salida, revolviendo por una esquina salieron algunos hombres trabados en riña y con tal fragor de cuchilladas y escándalo de voces irritadas y blasfemias que espantadas el ama y su dueña, sin miramiento á nada, alzándose las faldas dieron á correr, desandando el camino que llevaban hácia la calle de Santa María del Arco, llegadas á la cual, sin reparar en que se separaban, la dama tomó por la izquierda hácia la calle de San Anton y la dueña por la derecha hácia la calle de Santa Bárbara la vieja

En estos mismos instantes ya los de la riña habian matado á uno, los compañeros del homicida se habian dado á correr, los del muerto los seguian gritando: «¡Aquí de la justicia de Dios y del rey, que estos malhechores han matado un hombre!» y los unos tras los otros, espada en mano, pasaron como torbellinos junto á la dama fugitiva á punto que ésta llegaba á la calle de San Anton, y como ella viese tan cerca de sí á aquella gente desalmada y feroz, sobrecogióse, le acometió un desmayo y cayó redonda al suelo.

Pasaron los de la riña, allá se fueron la calle de San Anton adelante, y don Pedro, que al ver huir á la dama que junto á él pasó corriendo, tras ella se habia ido, á ella llegó á tiempo que caia por tierra desmayada.

Cogióla en sus brazos don Pedro, echándosela sobre el hombro, que aunque la dama pesaba él era recio y forzudo, y apretando el paso por temor de que á las voces acudiese gente y le hallasen con una mujer cargado, y cerca del lugar donde habia quedado un muerto y los prendiesen y ella perdiese su opinion y él su libertad hasta que se averiguase la verdad del caso, como á la sazon no pasase nadie por la calle, que en aquellos tiempos y en llegando la noche la de San Anton era poco concurrida, á la mezquina puerta de una casucha de las que se llamaban á *la malicia*, porque para excusar la carga de aposento ó alojamiento eran de un solo piso, llamó, y abriéndole una pobre mujer que allí vivia, le pidió le diese entrada para socorrer á aquella dama que en los brazos tenia desmayada, y ofreciéndola una buena recompensa, por lo que la vieja los acogió y se cerró la puerta, evitándose los encontrasen algunos alguaciles que al tumulto de la riña habian acudido.

XIII

A la escasa luz de un candil que alumbraba la miserable habitacion de aquella mujer, que por un torno que á un lado estaba debia ser hilandera, don Pedro, descompuesto el manto de la dama, pudo verla el semblante.

Entónces conoció que por grande que él se hubiese figurado la hermosura de la dama la hermosura de la realidad que en ella se manifestaba iba más allá de toda figuracion posible.

Parecia contar apénas quince años la desmayada, y ya en ella las gracias de la adolescencia se habian convertido en encantos de mujer, y tales, que todo encarecimiento seria poco para realzarlos, porque más que mujer era un viviente y animado paraíso de delicias, que con la palidez y el espanto y el dolor del desmayo aparecia más hermoso.

Tenia los cabellos negrísimos y ensortijados; la tez suave, trasparente y pura como el nácar; serena la frente y dulce, manifestando la bondad del alma; anchas, sedosas y dulcemente arqueadas las cejas; largas, curvas y espesas las negrísimas pestañas que, entreabiertas, dejaban ver como fuego en los ojos á los que aunque en el desmayo se asomaba un alma ardiente y á la par casta; pequeña la nariz y preciosa, y la boca de amores, fresca, purpúrea, entreabierta y suspirante.

Y la mórbida garganta, y el relevado seno, y los hombros redondos, y las manos ebúrneas y delicadas.

Don Pedro agonizaba.

Conocia que hasta entónces no habia sabido lo que era la vida, porque el que no ha amado no ha vivido, ni ha podido comprender que no hay vida que muerte no sea, ó por lo ménos infierno, sin el amor.

XIV

Aumentáronsele las congojas cuando oyó que aquella mujer, que procuraba volviese de su desmayo la hermosa doncella, exclamó, apénas la vió el semblante:

—¡Dios me valga! ¿pues no es esta la hija de la señora doña María de Castilla y del señor maestre de Campo don Juan de Gontili?

—¿Hija de don Juan de Gontili, el que ha dos años murió en la batalla por el rey en el Milanesado, es esta señora?—exclamó don Pedro.

—¿Pues qué, vos que aquí la habeis traido, no la conoceis? —observó la mujer mirando con un receloso cuidado á don Pedro.

—Cerca de vuestra casa encontrémela desmayada,—repuso éste—y á fuer de hidalgo recogíla y llamé á la puerta que encontré más cerca para que la socorriesen.

—Pues vos no sabeis—dijo la vieja— en qué ocasion, por vuestra buena voluntad socorriéndola, os habeis puesto; pues que segun la mirais asombrado, hasta ahora no la habeis visto, y bien se conoce en vuestro afan que de ella os habeis prendado hasta las entrañas, que es lo mismo que si hubierais dado en un imposible de dichas y un infierno de penas.

—Y ¿por qué ha de ser para mí un imposible esta señora?—preguntó, con la voz altiva aunque trémula por su ansiedad, don Pedro, miéntras la vieja, procurando hacerla volver en sí, ponia un trapo empapado en vinagre en las narices á doña María de la Almudena, que así se llamaba la desmayada.

—Porque para Dios está destinada,—respondió la vieja, -y no pasando mucho tiempo ha de tomar el velo de novicia en las Mercenarias de Góngora.

—Si me dierais un arcabuzazo en el corazon, ménos mal me hicierais que el que con esa noticia me habeis causado.

—El hombre propone y Dios dispone,—dijo aquella bruja, sonriendo como un demonio tentador y mirando maliciosamente á don Pedro,—y pues que Dios os la ha entregado desmayada, bien pudiera suponerse que esposa suya y encerrada en un convento no la quiere, sino en el mundo y esposa vuestra.

Y miéntras esto decia aquella mala mujer encarnizaba su mirada en una larga cadena de alquimia, que don Pedro no podia usarlas ya de oro, pero que por nueva de finísimo oro parecia, y como iba muy galan con sus preseas de soldado por rico le tenia, y por enamorado capaz de cualquiera recompensa que pudiera consolarla de su miseria.

—¡Mala landre me coja, y en un muladar me arrojen, y en él comido de cuervos muera,—dijo don Pedro,—si yo tengo, para esta que ya puedo llamar alma mia, pensamiento que honesto no sea, ni más voluntad que morir sirviéndola: y porque parece que ya vuelve en sí, no hablemos de lo que pudiera sobresaltar su virtud; y á la calle salios, y ved lo que pasa, y si encontrais á su dueña, y si con seguridad á su casa puede tornar cuando salga de su letargo.

Miró rehacia la vieja á don Pedro, pero con dos escudos que éste le dió (y eran ellos más de la mitad de su hacienda) contentóse y persignándose con las monedas salió á la calle y cerró la puerta, no como quiera, sino con llave.

XV

Solo estaba con aquella maravilla de hermosura y de pureza don Pedro, apénas si de su congoja iba ella volviendo, nada habia en fin que impidiese que en los brazos del amor acabase ella de despertar de su desmayo, y sin embargo, nada sentia don Pedro más que una adoracion castísima y un éxtasis delicioso sobre todas las delicias, como si de ella hubiese emanado un tal efluvio de castidad que todo lo que en derredor suyo estuviese lo purificase.

La sostenia una mala silla, y don Pedro, arrodillado á sus piés y teniéndola asidas las manos, la contemplaba ansioso por ver cómo, abiertos, en fin, sus ojos le mirarian; si se mostraria airada ó agradecida, viéndose aunque en aquel lugar á solas y encerrada con él, en salvo y libre del terror de perder la vida.

Lanzó un dulce y profundo suspiro doña María, abrió lánguidamente los ojos, que eran negros y lucientes, miró con asombro á don Pedro, retiró de las suyas sus manos y exclamó con cansancio, y como quien no está aún bien despierto de un sueño:

—¡Oh Dios mio! ¿qué lugar es este? ¿por qué estoy aquí? ¿quién sois vos?

Y no habia cólera en la mirada de doña María, fija en don Pedro, sino un plácido asombro.



LA LECTURA DEL POETA, cuadro por E. Rasch



REY DE ARMAS, copia de una acuarela por F. Pradilla grabada por M. Weber

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



UN COUP D' ŒIL, pintura al óleo por R. Ribera



UN CAMINO ABANDONADO, pintura al óleo por A. Ribas

Veia el alma de don Pedro, que, en encendidas llamas de amor, se le salia por los ojos y en la suya se entraba por los suyos, como quien hallando las puertas abiertas en una casa se entra y toma posesion de ella.

Estremecióse doña María y sintiendo el dolor de la quemadura imprevista y hasta entónces por ella no sentida del amor, de pié se puso, ya tan segura como si no acabase de volver de un desmayo y se quedó atónita mirando á don Pedro que, habiéndose alzado tambien, frente á ella estaba y como ella tan absorto y turbado.

—En la calle os encontré desmayada y sola, señora,—dijo don Pedro temblándole la voz y con los avarientos ojos cada vez más abrasados en la hermosura de doña María que por pudor bajaba los suyos y por ansia volvia á alzarlos lucientes para otra vez bajarlos—y aquí os traje para que os socorriesen; y nada temais, que caballero soy y de los buenos, aunque pobre, y todo vuestro y capaz de morir á vuestros piés ántes que causaros ni una sombra de sentimiento.

—De gente airada y sanguinaria me espanté y desmayéme,—repuso doña María,—y en mucho os agradezco el que me hayais socorrido, y la buena voluntad con que os ofreceis á mi servicio, pero decidme, que de angustia muero hasta que libre en mi casa y al amparo de mi madre me vea: ¿qué ha sido de mi dueña?

—De vos separóse espantada por la riña y tomó por otra parte,—dijo don Pedro.

—De los de la riña no erais vos,—observó ella con una ansiedad modesta y acariciando sin pensarlo con su dulce y encendida mirada á don Pedro,—que yo me acuerdo de que en la iglesia me disteis agua bendita.

—Avariento por veros el hermoso semblante tras vos iba, señora, y más avaricia tuviera, si hubiera podido adivinar vuestra imposible hermosura, que es tal que, contemplándola, en asombros agonizo, en ansias muero, y en la esperanza me aliento de que tal sea para mí vuestra misericordia que á la ventura de vuestro amor me lleve y en ella me glorifique.

(Continuará)

EL PERRO DE LANAS

I

—¡Pero, hija!...

—¡Pero demonio! ¡No se la puede á V. sufrir! ¡En todo ha de meterse! ¡Todo lo ha de juzgar! ¿Quién le pide á usted su opinion en nada?

—Pero yo, ¿qué he hecho para que te pongas así conmigo?

—Esta noche, con su maldita tos, no me ha dejado V. pegar los ojos. Me levanto, me visto, y lo primero que me encuentro es á V. en la cocina cociendo la flor de malva. ¡Las cinco de la mañana y ya lumbre encendida! ¡Como usted no lo ha de pagar, tira de largo que es un gusto!

—Pero, hija, si estoy enferma, ¿qué voy á hacerle?

—Morirse; á su edad de V. ¿para qué se sirve en el mundo? ¡De estorbo!

Doña Sagrario, la pobre viejecita, lloraba. No sentia ella los insultos, sino que fuera su hija quien tal dijese.

—¡Quite V. de en medio! ¡Cuándo la perderé de vista! ¡No tendré yo esa fortuna, no! ¡Hasta que no nos entierre usted á todos no se morirá!

—Dios te perdone, mujer, como yo te perdono.

—Y á mí ¿de qué tiene V. que perdonarme? Vamos á ver ¿de qué tiene V. que perdonarme?

—Nada, hija, nada; dispensa si te he ofendido.

—¡Quien tiene que perdonar soy yo, yo, y yo solamente! ¿Estamos? Y quien tiene mucho que agradecerme, pero mucho, remuchísimo, es V., ¿estamos?

—Sí, mujer, sí; todo lo que tú quieras.

—Con lo que me lleva V. comido y bebido, sin servirme para nada, tenia para comprar un palacio.

—Es muy posible, hija, es muy posible.

—Y lo que va V. á hacer ahora mismo, pero ahora mismo, es marcharse de mi casa, ¿estamos?

—Pero, hija...

—No hay hija que valga; ya está V. cogiendo la mantilla y jopo, jopo; ¡no quiero ver á V. más en mi vida! ¡Ea! á la calle, á la calle; á buscar otra tonta que la mantenga.

II

Doña Sagrario se puso la mantilla vertiendo lágrimas como nueces; y arrastrando los piés, atravesó el largo pasillo que conduce á la escalera en donde se sentó gimiendo y llorando.

A sus ahogados sollozos acudió un perrillo faldero que la portera tenia, el que, apoyando sus patas delanteras en el hombro de doña Sagrario, comenzó á gruñir sordamente como si quisiera consolarla.

Era el amigo de sus infortunios; siempre que bajaba ó subia á la habitacion de su hija, acostumbraba la pobre anciana á detenerse unos instantes en la portería, en donde pasaba las horas muertas acariciando á aquel perro.

Este, por su parte, agradecido á tantos halagos, no bien veia á la infeliz señora, íbase tras ella, saltando y corriendo alegremente.

Cuando doña Sagrario sintió al perro, lo atrajo hácia su falda y, estrechándolo contra su pecho, desahogó toda la ternura contenida en su alma besando sus largas y blancas lanas.

Despues salieron juntos de la casa y echaron por la calle arriba.

III

—¿Qué se la ha perdido á V. aquí?—la dijo, su otra hija, entreabriendo la puerta de la habitacion.

—Venia...—tartamudeó la vieja, haciendo pucheros.

—A lo de siempre,—repuso Cármen con malos modos y peor gesto todavía;—á vivir á costa del prójimo. Mi hermana y yo estamos ya cansadas de aguantarla á V. Si quiere V. comer, trabaje.

—¡Dios mio!

—Nosotras no pedimos nada á nadie, y lo que tenemos nos hace falta. ¿Usted cree que nos llueve el maná?

—Pero, hija...

—Luisa me dijo ayer que la iba á V. á poner de patitas en la calle; que cada dia es V. más impertinente y ocasiona más gastos en la casa, y, como V. comprende, no es cosa de que vayamos nosotras á carecer de todo para que se regale y dé buena vida.

El perro se habia adelantado y olfateaba los piés de Cármen.

—¡Cómo! ¿Tambien me trae V. el perrito? ¡Esto es ya demasiado! ¿Usted ha pensado que mi casa es un arca de Noé? Pues eso sólo me faltaba.

—Pero, hija...

—Vaya, vaya, largo de aquí.

—¿Y dónde quieres que me marche?

—Y á mí ¿qué me importa? Márchese V. al hospital, al Pardo, á cualquiera parte y déjenos V. vivir en paz y en gracia de Dios.

Y pegando un puntapié al perro que fué á dar con su cuerpo en mitad del descansillo de la escalera, Cármen dió á su madre con la puerta en las narices.

Doña Sagrario y el perro bajaron la escalera, y una vez en la calle echaron á andar y anduvieron hasta bien entrada la noche.

IV

Un año más tarde, doña Sagrario se vió de la noche á la mañana poseedora de una gran fortuna que la legaba un hermano de su marido, muerto por aquel entónces en la América del Sur.

Establecióse cómoda y lujosamente en casa propia, adquirió el perro de lanas mediante una crecida limosna que dió á la portera, y sin olvidar á sus hijas, á quienes de vez en cuando ayudaba con algun piquillo no despreciable, hizo grandes obras de caridad, particularmente á los viejos y niños pobres.

Quien más ganó en este cambio fué el perrito de lanas, al cual atendia como á un príncipe, dándole de comer los más exquisitos manjares; cuya conducta criticaban sus hijas y censuraron tambien todos los amigos y conocidos de doña Sagrario, pues, como decian estos y aquellas, «era un cargo de conciencia gastar tanto dinero con un animal, teniendo dos hijas que se habian quitado el pan de la boca para dárselo á su madre, cuando ésta no tenia más que achaques y miseria.»

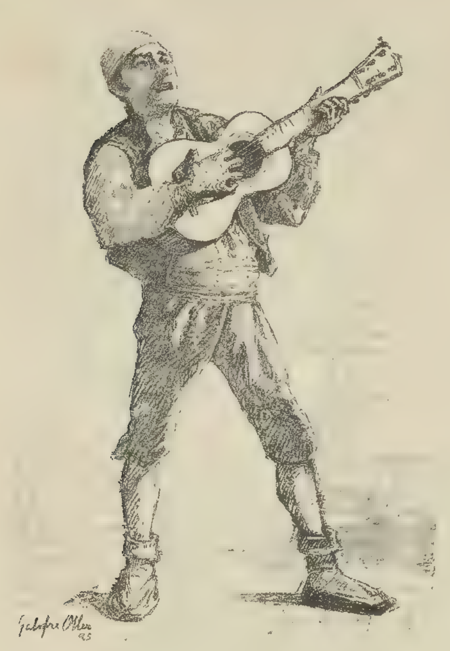
La anciana oia estas y otras versiones semejantes como quien oye llover, y abrazándose á su perrito exclamaba alegremente:

—No hagas caso, monin, no hagas caso de lo que digan. Esas gentes han perdido la memoria; ¡si ellas supieran lo que tú y yo sabemos! ¡si hubieran sufrido lo que tú y yo nos callamos!...

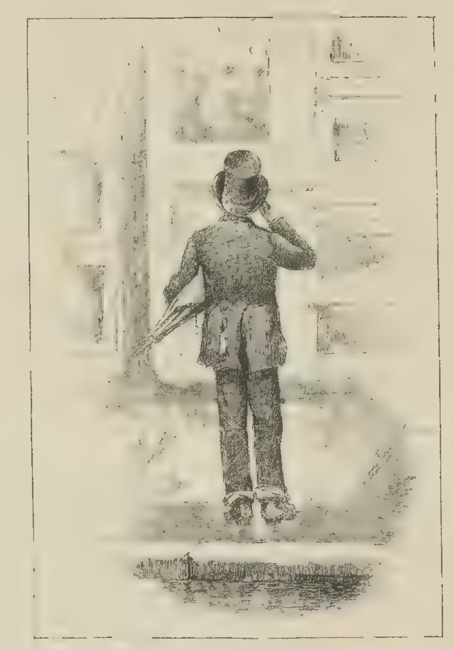
V

Una noche del verano de 1865, cuando el cólera hacia más estragos en la ciudad, doña Sagrario pasó aviso á sus

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



¿SALDRÁ? pintura al óleo por F. Galofre Oller



AMATEUR, pintura al óleo por J. Ferrer Miró

hijas diciéndolas que fueran á verla á todo escape, porque se sentia morir.

Luisa y Cármen llegaron en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Mamá!

—¡Madre mia!

—¿Qué sientes?

—¿Qué te pasa?

—No os asusteis, hijas, no os asusteis; me siento enferma, muy enferma. ¡Yo creo que tengo el cólera!

Las dos hermanas retrocedieron asustadas.. del contagio; despues se miraron una á otra y sus ojos brillaron llenos de esperanza y de codicia.

—Ya soy vieja; he vivido bastante; si Dios dispone de mí, cúmplase su santa voluntad; estoy dispuesta á todo.

Presa de intensísimos dolores, doña Sagrario añadió despues de largo silencio:

—Pero ¿qué haceis? Avisad á un médico. Me voy á morir; sufro mucho. Andad, hijas mias, andad; que venga un médico. Si está de Dios que he de morirme, que sea con los ménos dolores posibles. Un médico, un médico; pronto, que me muero.

Cármen y Luisa salieron precipitadas, y de allá á una hora, despues de acostar á doña Sagrario, llegó un caballero á quien las dos hermanas llevaron al lado de la enferma

—Y bien señora...

—Estoy muy mala.

—Lo supongo.

—El dolor se me ha fijado en este sitio.

—Pero...

—He tenido unas angustias que me ahogaban.

—Pero el tiempo corre...

—Es verdad, es verdad; reconózcame V.; el dolor me coge todo este costado. ¿Cree V. que será grave?

El desconocido extendió sobre la mesa unos papeles, pidió tintero y pluma, y cuando se lo hubieron dado, exclamó, volviendo la cabeza á la enferma:

—Usted dirá.

—Pues, ya le he dicho á V. que el dolor...

—No es eso lo que pregunto.

—Entónces ..

—¿A cuánto sube su fortuna de V., y quiénes son los herederos?

—Pero ¿qué está V. hablando? Yo le he llamado á V. para...

—Hacer el testamento.

—¡Caballero! Yo le he llamado á V. para que me cure.

—Yo no soy médico, señora.

—¡Cómo!

—Soy el escribano á quien sus hijas de V. han ido á avisar con objeto de que me dicte sus últimas disposiciones.

—Luisa, Cármen.

—¡Mamá!

—¡Madre mia!

—¿No habeis avisado al médico?

—Sí, hemos hablado con él y nos ha dicho que hicieras testamento.

Doña Sagrario volvió á quedarse sola con el escribano, y exigiendo á éste la más absoluta reserva cumplió los deseos de sus dos hijas, y al dia siguiente murió estrechando entre sus brazos al pobre perro de lanas, único compañero en sus desgracias que no la abandonó ni un momento durante su corta y terrible enfermedad.

VI

El dia que murió doña Sagrario, Luisa y Cármen dieron contra el pobre perro de lanas, en quien vengaron á su sabor todo el odio que le tenian por las preferencias que habia merecido.

Cuando al dia siguiente por la tarde llegó el escribano preguntó á las dos hermanas:

—¿Y el perro?

—Lo hemos arrojado á la calle.

—Si Vds. quieren, podemos ahora mismo dar lectura del testamento de su señora madre.

—Al momento.

La alegría inundó con vivísimos resplandores los rostros de Cármen y de Luisa; se sentaron, el escribano desdobló sus papeles y comenzó á leer.

. . . .

¡El caso no podia ser más chistoso!

Doña Sagrario habia nombrado albacea y depositario de toda su fortuna al escribano mismo, quien era el encargado de entregar las rentas de sus bienes á Cármen y Luisa hasta la muerte ó desaparicion del perro de lanas, pasando despues dichas rentas y bienes, segun la voluntad del hermano de su marido y la suya propia, á poder de la Inclusa y el Hospital de la poblacion, entre los cuales se dividirian en partes iguales.

¡Aquí fué Troya!

El escribano tomó la palabra.

—Acompañan las señas del perro, el cual, segun declaracion hecha por Vds. mismas, ha sido arrojado de la casa; y cumpliendo en un todo la voluntad de la difunta, haré entrega de sus rentas y bienes al Hospital y la Inclusa, á quienes por derecho les corresponde.

—Permítame V., señor escribano...

—Usted me manda.

—Dijimos á V. que habíamos arrojado á la calle al pobre animalito y no es verdad. Desconsoladas por la muerte de nuestra querida madre, que en gloria esté, no hemos puesto cuidado á cosa alguna de la casa, y en este desbarajuste, muy propio en tales desgracias, el perro ha desaparecido. Nosotras lo buscaremos, y, una vez que se halle en nuestro poder, avisaremos al señor escribano con objeto de que se cumpla en un todo la última voluntad de la testadora.

—Señoras, pueden Vds. señalarse el plazo que estimen más conveniente.

Ocho dias.

. . . .

No fué menester tantos: al siguiente, sobre el sepulcro de doña Sagrario, hallaron Luisa y Cármen al pobre perro de lanas.

¡Estaba muerto!

JUAN MARTINEZ

LA SENSIBILIDAD Y LOS SENTIDOS

II

Leyes de la sensibilidad

Semeja la sensibilidad humana con su perenne persistencia y su movilidad continua el oleaje del mar.

Ya lo presentia el gran Shakespeare, al personificarla en la mujer, diciendo de ella que es «pérfida como la ola.»

Como la ola lleva la sensibilidad su impulso funcional cual hábito inextinguible más allá del límite que le señala su propia naturaleza.

Ni la tranquilidad aparente del mar es más que un movimiento interno é inacabable, ni el simulado hastío del sér sensible es más que un compas de espera para tomar aliento y adquirir mayores bríos.

El peligro que ofrece la vecindad del mar, cuyas olas se estrellan contra la playa y más allá arrojan arenas, guijos y toda clase de objetos cual si indicaran ser «fuerza sujeta, pero no vencida» es algo parecido al riesgo que se corre con el despertar de los afectos, sobre todo en la pubertad, de donde procede la conocida frase de que no es prudente «jugar con el fuego de las pasiones.»

¿No será empeño loco poner límites al mar y señalar leyes á la sensibilidad, cuando se observa que la fuerza expansiva de ambos se dilata más y más, á medida que se los comprime?

No pone límites, pero los salva el hábil piloto, estudiando los movimientos del mar que, en medio de su aparente irregularidad, guardan el ritmo que expresa todo el mundo, cuando se afirma «que despues de la tempestad viene la calma» *Post nubila phœbus.*

Algo semejante conviene hacer respecto á la sensibilidad, vigilando el despertar de las emociones, la fuerza expansiva de su desarrollo y la dilatacion, en que se diluye.

De esta dilatacion de la sensibilidad ofrece el corazon humano ejemplos constantes y continuos, empleando todo género de recursos y ampliando indefinidamente los límites del organismo sensible. Ni le basta al sér sensible avaro de sí y de lo que le rodea, el telescopio, el microscopio, el teléfono y el micrófono; ni satisface su insaciable ambicion esparcir y dilatar su fuerza nerviosa, sino que anhela llegar á un *estado tetánico* de la sensibilidad, rindiéndose y agotando su energía para emplearla en nueva direccion.

Los instrumentos musicales son (ya lo reconoce y prueba ingeniosamente Spencer) prolongacion indefinida de la sensibilidad humana.

De las relaciones misteriosas que se establecen entre el músico y su instrumento por medio de una inspiracion continuada han tomado asunto E. Poe, Balzac y otros para escribir algunos de sus más preciosos cuentos. Sin llegar al mundo de la ficcion, se sabe de algunos actores que se identifican con su papel hasta el extremo de que les causa la representacion fiebre, y de algunos violinistas, que ejecutan trozos de música á costa de una exacerbacion, que concluye merced á una sangría.

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



D'ORDRE DEL SENYOR ARCALDE, pintura al óleo por J. L. Pellicer



PAISAJE, pintura al óleo por T. Sans

Agota el hombre las fuerzas de su organismo en la sensibilidad y ahito y fatigado, sin darse por rendido, aún grita con la bellísima dolora de Campoamor «más, más...»

Sin limitar la observacion á la sensibilidad diferenciada en aparatos especiales (los sentidos del cuerpo), pueden todavía citarse ejemplos bien significativos de esta persistencia funcional en fenómenos, cuya aparicion, supliendo la falta del órgano, no es susceptible de ser referida á recuerdo ó repeticion de actos anteriores.

Bien explícito es el célebre caso de Laura Brigdman, sordo-muda y ciega, á quien sorprendian siempre los que cuidaban de su imperfecta educacion en especie de coloquio íntimo, que seguia á solas, poniendo respectiva y recíprocamente sus manos derecha é izquierda sobre sus rodillas cual si la impresion producida por la primera fuera contestada por la que causaba la segunda. Excede y sale de sí el impulso de la energía funcional en L. Brigdman, y aunque carece de órganos diferenciados para manifestar su sensibilidad, subsiste ésta, se sobrepone á las imperfecciones del organismo y suple la ausencia de los aparatos.

Asentando su raíz en la más honda aún de la vida, la sensibilidad es como ella; se agota, pero no se extingue. De igual modo que la vida se nutre de los elementos que le ofrece la muerte mediante su doble funcion de integrar y desintegrar, la sensibilidad, cual el fénix renace de sus propias cenizas, y agotada en una direccion, se anima y revive en otra, sin que deje de manifestarse nunca miéntras persiste la vida. De aquí resulta ley fundamental de la sensibilidad la que es característica propia del sér vivo, es decir, el cambio y el movimiento.

Ha de seguir por lo mismo el sér sensible la ley constante del cambio sucesivo ó evolutivo, contraria á la rutinaria uniformidad de lo inorgánico é inerte.

«Diversidad y cambio es mi divisa» decia Lafontaine, pues tal es tambien la enseña de nuestra sensibilidad. A tal punto es cierta semejante ley que como ya hacen notar Hobbes y Bain «sentir siempre una misma cosa equivale á no sentir,» y Spencer declara que «una conciencia uniforme equivale á la falta total de conciencia.»

El relojero que trabaja en su taller sin notar el tic-tac acompasado de los relojes que tiene en marcha, notando sólo el *cambio* que ocurre ante la detencion repentina, efecto de una trepidacion ó de otra causa, de varios ó todos los relojes, el hombre que, concentrado en sí, *mira y no ve*, á no ser que acontezca algun cambio rápido dentro del horizonte sensible, y el molinero que duerme á pierna suelta en medio del ruido infernal que produce el movimiento de la piedra del molino y que despierta sobresaltado, cuando se produce (por la detencion del molino) un silencio por él percibido cual denotacion que le interrumpiera el sueño, ofrecen otras tantas pruebas, entre muchas más que pudieran citarse, de la impresion que afecta al sér sensible ante excitantes nuevos, quedando por el contrario apaciguada y hasta dormida su emocionabilidad, cuando persisten los antiguos estímulos y no se presentan otros distintos.

Ante la uniformidad monótona y constante de lo que nos rodea, sin ningun excitante nuevo, la sensibilidad se concentra en sí misma, dominada por una especie de *autofagismo*, se entrega á emociones íntimas, que halla almacenadas en su interior, tal vez como residuo de impresiones anteriores.

La concentracion, la *reverie*, algo con apariencias de paradójico y contradictorio, sentir todo y nada, el deliquio, el éxtasis del genio, el arrobamiento del místico, el aislamiento de la Pitonisa inspirada, el misterio de la diosa Isis, la penumbra al exterior, el reverberar de la luz interna constituyen otros tantos estados, en los cuales el sér sensible, absorto ante una realidad íntima que concibe y no se explica, que le emociona y no palpa, se encuentra solo *en medio de la multitud*.



EN EL DESCANSO, acuarela por L. Obon

La tristeza que nos domina en una fiesta ruidosa, el *Spleen* que nos avasalla en medio de la alegría general, la nostalgia que nos posee cuando menospreciamos los goces del mundo, la aparente indiferencia ante lo que nos rodea, señales son bien claras de que nuestra energía emocional se concentra en sí, porque no halla estímulos exteriores que la exciten, y sin sentir nada, siente todo con una inmensa pesadumbre.

Cuando invade al sér sensible la uniformidad invariable de lo exterior, cuando le asfixia la ausencia del cambio en el estímulo que ha de excitar la emocion, se concentra en sí; porque no puede la sensibilidad faltar á otra de sus leyes, que es la del *equilibrio* con el estado del organismo sensible y con las influencias del medio natural y social.

Puede en tal acepcion compararse nuestra energía sensible con la elasticidad de una cuerda.

Cuando se extiende en términos regulares, suena y vibra y sentimos placer; pero si se agita la cuerda de una manera brusca, disuena, desentona y áun salta hecha pedazos, sintiendo en tal caso dolor y marchando precipitadamente á la interrupcion ó destruccion de nuestra sensibilidad (anestesia).

Ley es esta presentida por la sagacidad penetrante de Aristóteles con su pensamiento del *aurea mediocritas*. Tomada esta idea de la enseñanza socrática acerca de la igualdad de ánimo (ó ecuanimidad) sirvió despues de gérmen para la exaltacion de la persona humana y de su libertad, llevada á cabo por el Estoicismo clásico en la esfera de la Moral.

Importante por demás es la eficacia de esta ley en la esfera de la *sensibilidad moral*, que gravita, lo mismo en el mal que en el bien, hácia el equilibrio como los cuerpos al centro de la tierra.

Así se observa que el remordimiento ante una mala accion es vivo é intenso en los primeros momentos y si continúa la perversion, engendra la fuerza del hábito cierto amortiguamiento de la sensibilidad y especie de sordera temporal de la conciencia (el corazon que cria callos, el criminal empedernido, etc).

Se funda por lo mismo la educacion moral en la adquisicion de los hábitos, cuya dificultad principal reside en los comienzos. *Principiis obsta*, «atiende á los comienzos» enseña la Moral, puesto que vencidas las dificultades de los primeros impulsos, la reincidencia adquiere probalidades á su favor.

Tan arraigada se halla esta ley del equilibrio en nuestra sensibilidad que lo mismo se realiza en su cantidad ó extension, afirmando ser «los extremos viciosos» que se traduce en su cualidad, ya que se observa que el exceso del placer produce dolor y vice-versa.

Profunda es y de una aplicacion exactísima á lo que indicamos la advertencia de Proudhon, cuando insiste en que al placer más intenso y más vivo entre los corporales sucede una honda tristeza. Recuerda para ello máxima ya muy antigua, diciendo: *animalia post coitum tristia*.

Ni cuantativa, ni cualitativamente debe exceder la sensibilidad esta ley de su equilibrio. De modo que del ritmo que late en el fondo de la vida afectiva, surge la comprobacion de aquella sana enseñanza moral, expresada en la fórmula: *substine et abstine*.

U. GONZALEZ SERRANO

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 1 DE JUNIO DE 1885 — NÚM. 179

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885

EL DOGE EN EL CONSEJO DE LOS DIEZ, acuarela por J. Villegas

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Víctor Hugo ha muerto.—Su genio, su amor á España y sus desgracias —Desterrado y glorificado.—Guernesey y la Academia.—Sus enemigos y sus nietos —Riqueza y trabajo. —Apoteósis.—Pasemos á otro asunto.—Pérdida de cosechas.—El siervo de la gleba.

La muerte de Víctor Hugo es un acontecimiento universal. Ningun hombre de entre cuantos hay vivos en el año 85 ha podido obtener tales sufragios de dolor público.

Ochenta y tres años de vida y de vida laboriosa le daban derecho al reposo.

Ha cumplido todos sus deberes de ciudadano y de artista. Ha fundado una familia, la ha enriquecido, la ha cubierto de gloria. Se ha dedicado á sus nietos y á las musas y no se sabe si era el abuelo de las musas ó si las musas eran sus nietas, porque poseia el genio y la inspiracion como cosa heredada y patronímica. Nació y tomó posesion de ese cielo de gloria y aplausos.

***

«Cuando yo nací, el siglo tenia dos años,» exclama Víctor Hugo en una de sus *odas*. Por esta manera ingeniosa ha hecho constar en sus versos el poeta el dia de su venida al mundo. Tal hacian los emperadores romanos que mandaban grabar con letras de plata la fecha de su natalicio y las particularidades que coincidieron con él, en una columnilla de oro, en cuyo remate posaba el águila imperial con el pico abierto y las alas extendidas. Víctor Hugo ha hecho constar su nacimiento en una columna de oro.

En una oda suya.

***

Desde que publicó Víctor Hugo sus *odas* y *baladas*, hasta que ha cerrado sus ojos de soñador, por donde ha ido ha dejado rastro de flores y de luz. Su campaña constante en defensa del desvalido, su tenaz empeño en bien del débil ha sido coronada por el más grande éxito. Aún no hace ocho meses que el anciano escribia al Czar de Rusia pidiéndole el perdon de dos reos condenados á muerte. Aún no hace un mes que dedicaba el producto de venta de uno de sus libros á costear la fundacion de una modesta escuela en un pueblecito de Normandía. En sus estrofas ha circulado siempre un soplo de justicia y de amor humano. En sus acerbidades contra el enemigo de la libertad y la concordia, ha sonado siempre el eco que se escucha aplicando el oído á los *Anales* de Tácito. Son dos jueces que condenan y hacen subir á los tiranos, á los crueles, á los egoistas, á los perseguidores de la humanidad á la picota, y una vez en ella los fustigan con un manojo de cuerdas de oro.

***

El padre de Víctor Hugo, el conde Sigisberto Hugo, vino á España con el rey intruso José Bonaparte y fué el mayordomo mayor de su palacio. El niño Víctor vivió durante un año en Madrid y estuvo en el Colegio de Nobles, viajó por Segovia, Burgos, Avila, descansó de su expedicion palatina militar en Hernani y regresó á los 10 años á Paris, llevándose impresiones inolvidables en su alma. Conservó siempre de España el recuerdo de los primeros amores, las alegres y pintorescas memorias de la infancia, el poético encanto de los paisajes vistos en sueño.

Víctor Hugo vió á España durante el sueño sonrosado de la infancia, y nuestros poetas, nuestros pintores, nuestras catedrales, nuestra historia, las *huríes* de la Alhambra y los combatientes del *Romancero* flotaron siempre entre nubes de polvo de oro ante las pupilas del autor de los *Orientales* y *Hernani*.

***

Tremendas desgracias de familia han hecho de la vida de Víctor Hugo un *via crucis*. Su hija Adela, objeto preferente de su amor paternal, se casó con un marino inglés, á disgusto del poeta. La pobre niña se volvió loca y loca sigue. Cárlos, el hijo mayor de Víctor Hugo, murió jóven. Hé aquí cómo el poeta pudo experimentar por sí mismo los dolores de la paternidad destrozada, que canta con patéticas inspiraciones en sus poesías.

Poco despues Víctor Hugo perdió á su mujer, á la que habia sido compañera de sus esperanzas y de sus triunfos, á la que le habia inspirado tanta fe en la vida, tanto ánimo para el trabajo, tanto aliento en sus emigraciones y adversidades.

Víctor Hugo se refugió en el amor de sus nietos y desde que los tuvo fueron sus compañeros de paseo y gabinete, sus consejeros y sus inspiradores.

***

Cuando mayor era su popularidad literaria el Imperio le desterró de Francia, el poeta huyó á Guernesey. Allí, frente á las tempestades del peligroso Canal, envuelto en olas de aire marino, escribió sus *Trabajadores del mar*.

El eterno contraste que ha presidido en todas las acciones y en todos los pensamientos del poeta hizo que, cuando el renombre suyo alcanzaba en Francia un respeto y una admiracion más extraordinarios, el Imperio le desterrase. Miéntras sus enemigos políticos le apercibian la proscripcion y el confiscamiento de los bienes, sus apasionados literarios le apercibian un sillon en la Academia francesa. Salia de las vehementes contiendas de la crítica, de las luchas terribles de la política, de la conspiracion y de la barricada para entrar en aquel tranquilo retiro, en aquel hogar ilustre y honrado, á jugar con sus nietos.

***

Francia le llora hoy perdido. España, país de las predilecciones del poeta, no puede ménos de pedir una cinta de las que arrancan del féretro glorioso y asistir, desnuda la cabeza y llorosa la faz, á la inhumacion del creador de la moderna poesía

***

Forzoso nos es abandonar el duelo del poeta, y cubierto de crespones el corazon, seguir espigando en el campo de la crónica. ¡Ingrato oficio, que impide al alma seguir los impulsos de sus sentimientos, y la manda seguir adelante, siempre adelante, sin detenerse ni descansar!

No hay transicion posible para pasar del duelo de la poesía al hambre, que se anuncia para el próximo invierno.

Parece que las cosechas van mal y que en el Asia menor y en Hungría se han perdido los cereales, lo cual daria al pan, en el año 86, un precio subidísimo.

Comer un panecillo representaria un derroche. La canasta del tahonero seria la fortuna de un potentado.

Esto nos hace pensar en las eternas desgracias del labrador castellano. Esto nos recuerda que, en las expediciones venatorias por los campos de Castilla, en las brumas heladas de un amanecer de invierno, hemos visto á lo léjos, destacándose sobre el fondo gris de una tierra pobre y estéril, la figura de un labriego malamente vestido de paño burdo, calzados los piés con polainas de cuero, anudado á su cabeza el pañuelo de yerbas y que guiando la esteva del arado subia detrás de dos entecas mulas la loma áspera y desabrida; y cuántas veces, viéndole, hemos pensado en las fatigas y los afanes de esta vida oscura de que jamás ha de hablar el historiador y que jamás ha de conmover con sus dolores á las muchedumbres; cuántas veces hemos compadecido las miserias y las privaciones de ese desventurado ciudadano, que sólo sabe que hay nacion porque le exigen contribuciones cuantiosas y le embargan su casa y su campo si no las paga puntualmente; cuántas veces hemos visto en él el símbolo de los dolores del pueblo, tanto mayores cuanto más callados, y ajeno á las luchas políticas que conturban á la nacion, desinteresado de las batallas campales que ensangrientan nuestra historia, elemento constante é incansable de trabajo, fiel tributario de las arcas del Estado que las sostiene en peso y las enriquece con su sudor y con su sangre, legionario constante de las armas españolas que ha producido tantos hijos para la guerra como la guerra le ha reclamado con su crueldad impía; incansable en el dar á la patria que le ha engendrado y que no merece de la patria otra cosa que desdenes y burlas; cuántas veces, repito, este grupo que forman en los campos de Castilla el fatigado labrador y la mísera pareja de bestias que le ayudan en su faena, se ha aparecido en mi imaginacion y en mi memoria como un símbolo vivo y real de nuestro presente triste y afanoso. Ahora, á las desdichas que persiguen constantemente al labrador, hay que añadir las de las heladas del pasado invierno, las tormentas de la presente primavera y las zozobras no interrumpidas del que tiene que fundar su fortuna en el aire y en los caprichos de las nubes.

***

Entre los libros que hoy aparecen al público veo algunos dignos de consideracion.

El cisne de Vilasanta, novela naturalista de Emilia Pardo Bazan.

El monigote, novela cómica y tierna á un tiempo mismo de Constantino Gil.

Ninay, novela de costumbres tágalas, de Alejandro Poterno.

El género novelesco ensancha sus dominios. ¡Bien por sus cultivadores!

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EXPOSICION del CENTRO de ACUARELISTAS en el Museo Martorell

Continuamos en el presente número la reproduccion de varios cuadros expuestos en el edificio que Barcelona debe al amor de uno de sus buenos hijos.

Hay en esta manifestacion ejemplares que revelan cualidades en sus autores, y si en nuestro número anterior llamamos la atencion hácia una acuarela de Pradilla, hoy la llamamos hácia una acuarela de Villegas, de cuyo valor, á pesar de todo, no puede el grabador dar idea perfecta. Tal es la fuerza de color y la seguridad con que está ejecutada.

La exposicion del Parque merece, no sólo ser visitada, sino estimulados sus autores, para que prosigan con empeño creciente la obra iniciada. Ella demuestra que la industria y el arte, léjos de rechazarse, se hermanan, se completan, puesto que arte é industria tienen templo y sacerdotes que viven en la santa paz de la inspiracion.

LA BUENA HERMANITA, cuadro por R. Sonderland

Indudablemente ha de ser padre el artista que ha trazado esta sencilla composicion, y sin duda tambien ha debido presenciar con éxtasis paternal esas muestras de cariñosa proteccion que los hermanos y sobre todo las hermanitas mayores prodigan á los de más tierna edad. Esta simpática escena, que para ser un idilio sólo necesita árboles y arroyuelos en vez de la revuelta estancia en que ocurre, está tratada con el acierto que únicamente es dado á un artista que contempla con halagüeño arrobamiento las puras caricias que el amor fraternal engendra en los hijos de su corazon.

LA POESÍA Y LA CIENCIA, LAS ARTES Y EL COMERCIO, grupos escultóricos por Juan Benk

En distintas ocasiones hemos manifestado nuestra opinion respecto al significado de los grandes monumentos públicos. Un pueblo que tiene la conciencia de su valer y un gobierno digno de ese pueblo, están obligados, hasta por decoro, á dar testimonio de su importancia por medio de construcciones que, ni por su destino ni por su corte, se hallan al alcance de la individualidad. En poseer un buen palacio de justicia, museo, biblioteca, congreso, universidad ó templo, se halla interesado el orgullo de todos los ciudadanos; porque al fin y al cabo lo que á la colectividad pertenece, lo que á la colectividad interesa, ha de sintetizar materialmente la fuerza, el genio, la cultura, de esa entidad suprema, superior á todos los hombres y á todas sus instituciones, que se llama *el país*.

Una de las ciudades que mejor corresponde en este punto, á lo que exige el orgullo nacional, es la ciudad de Viena. Muchos y muy monumentales edificios contiene su recinto, entre ellos el destinado á Consejo del Imperio, cuya fachada decoran los dos grupos que publicamos en este número, obras, una y otra, de primera fuerza. Su autor ha seguido las tradiciones de los grandes clásicos griegos y ha producido un trabajo que por la seguridad de sus líneas, por la elegancia de su contorno, por su verdad anatómica y por su ejecucion holgada y en todo feliz, pudiera suponerse concebido en los buenos tiempos de la artística Aténas.

RECELOS MATERNALES, cuadro por Rosa Schweninger

Con razon debe experimentarlos la pobre madre de la canina progenie al ver á su cria en poder de dos rapazuelos cuyo amor á los animalitos corre parejas con su atolondramiento. Hay cariños que matan, debe decir para sí la sobresaltada madre, y si no lo dice, su instinto se lo hace temer, á juzgar por la atencion con que observa los halagos que á sus hijuelos prodigan los dos muchachos, pronta á impedirlos ántes que degeneren en mortales.

Inspirada la aventajada artista en tan comun como sencillo asunto, ha sabido representarlo con tanta naturalidad como destreza, con tal conocimiento del dibujo como de los efectos del claro oscuro, siendo su obra, á pesar de la insignificancia del asunto, de esas que cautivan agradablemente la vista por las artísticas condiciones que reune.

VÍCTOR HUGO

Despues de lo dicho por nuestro ilustrado colaborador el Sr. Ortega Munilla en su anterior revista acerca del escritor insigne cuya reciente pérdida lamenta hoy, no tan sólo Francia, sino Europa entera, únicamente nos resta añadir que la ILUSTRACION ARTÍSTICA se honra una vez más insertando en sus columnas el retrato del esclarecido poeta, como se honrará tambien secundando el deseo expresado en sus últimas disposiciones testamentarias.

Je demande une prière à toutes les âmes. Je crois en Dieu.

Tales han sido su súplica postrera y su profesion de fe. Estamos seguros de que todas las almas responderán á tan sublime llamamiento, y nosotros, creyentes tambien en Dios, elevamos hasta su excelso trono nuestra humilde plegaria por el descanso eterno del que en vida y en sus obras supo inspirarse tan bien en el amor á Dios y á la humanidad.



UN VICIO FATAL



L, cuadro por A. Echtler

PROYECTO DE DEFENSA DE UN PUERTO por medio de torpederos

No somos competentes en estrategia y con dificultad podemos apreciar en su justo valor el mérito de ese proyecto. A pesar de ello nos parece, cuando ménos, ingenioso y á nuestro corto entender muy digno de ser tomado en consideracion. La idea de construir una especie de baterías torpederas, de trasmitir la accion destructora de esas baterías fijas por medio de la electricidad, y de centralizar la produccion del flúido eléctrico en una especie de castillo fuera de la línea de combate, se nos figura aprovechable. Así, en nuestra lámina, el castillo señalado de letra A es lo que podríamos llamar foco productor: desde una altura descienden los conductores eléctricos que comunican con las torres torpederas B, de las cuales parten los torpedos, letras T. Puestas en combinacion las torres y el castillo, y secundada su accion por medio de buques ligeros lanza torpedos, letras C, su campo de destruccion no tan sólo es muy extenso, sino casi infranqueable, puesto que la escuadra de desembarque tiene que atravesar por entre múltiples líneas de *fuegos cruzados*, tanto más temibles en cuanto el torpedo deja de ser un aparato fijo, para revestir el carácter de un verdadero y terrible proyectil. ¡Dios sabe las desgracias, las catástrofes que ocasionará este proyecto!

¡Y pensar que hay tantas madres que se pasan las noches rogando á Dios junto á la cuna de sus hijitos enfermos, para que la ambicion de un hombre y el malhadado genio de otro hombre se los arrebatan traidoramente en la flor de su vida!...

SUPLEMENTO ARTISTICO

UN VICIO FATAL, cuadro por A. Echtler

Este lienzo es un ejemplo de que el naturalismo, sin descender hasta el realismo grosero, puede producir y produce escenas impregnadas de poesía y hasta de sublimidad. Ese grupo de jugadores empedernidos, contrastando con el otro de una familia completa sumida en el dolor, produce un efecto real, profundo, que dirige sin remedio todas las simpatías del espectador hácia la esposa desolada, llamando en vano al corazon del padre de sus hijos.

Hay en el cuadro naturalismo, nadie podrá negarlo, y si no hubiera naturalismo no habria verdad, y no habiendo verdad faltaria el interés que de la verdad surge. Pero ese naturalismo no retiene el pensamiento pegado á la vil materia, no enfrena el vuelo de la imaginacion que se lanza á las consideraciones más elevadas y abstractas; en una palabra, es un naturalismo que no rompe el encanto, no destruye la fascinacion producida por el arte. El cuadro de Echtler es de una verdad que agolpa el llanto á los ojos.

EL AMOR QUE ASESINA

TRADICION MADRILEÑA

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuacion)

—Pues yo os digo,—contestó ella mirándole serena, grave y como dolorida,—que de nadie palabras como las que de vos acabo de oir he oido, ni á nadie se las oyera sin enojarme: y no sé por qué con vos no me enojo, ántes bien me apesadumbro y me lastimo; que veo claro que me dais vuestra alma y buscais la mia, y ni la vuestra puedo recibir ni la mia daros; que habeis de saber que por un voto de mi madre, que venida yo á la razon he confirmado, destinada estoy á Dios, y no hay que pensar en que teniendo ya tan buen esposo, pueda tomar otro.

—¡Decíslo eso con tristeza y asomándoseos las lágrimas á los hermosos ojos!—dijo don Pedro con afan.

—Yo no sé cómo lo digo,—respondió ella,—que lo que siento nunca lo sentí hasta ahora, y tan trastrocada me encuentro, que á mí misma no me conozco: y os digo esto porque no sé ni disimular ni mentir y ni puedo ni quiero ocultaros que me dais sobresalto y miedo, porque no parece sino que una mano invisible hácia vos me empuja, como si una cosa mia fuerais y parte de mi sér mismo: y aunque os lo manifiesto y añado que desde hace algunos dias que en las mercenarias os veo en vísperas, en vos sin poderme defender pienso, y aunque nueva en amores conozco que os amo, tambien os afirmo que capaz seria de morir, ántes de perder mi alma, faltando á la promesa que á Dios tengo hecha: y si mi alma sola fuera, puede ser que por vos mi condenacion no me espantara; pero me espanta la vuestra, que sabiendo vos á quien estoy prometida no podeis hacerme vuestra esposa sino ofendiendo á Dios y condenándoos.

XVI

Vió claramente don Pedro que si él por ella estaba loco de amores, no ménos loca por él estaba ella, y que enamorada, su amor ni queria ni podia ocultarle, sino que ántes bien con toda su alma se lo manifestaba: y que si con tal encarecimiento y fe hablaba de su voto (que bien podia ser redimido) por enamorarle y empeñarle más con dificultades era, ó porque tal vez desesperarle queria para que, en su desesperacion, cegase y á punto viniese en que el cumplimiento del voto fuese imposible.

Y no era mucho que así pensase don Pedro, porque si encendidamente la miraba él, más encendidamente ella mirándole se arrobaba; si él temblaba ella se estremecia, si él estaba pálido ella parecia una desenterrada, y en fin, que claramente se mostraba que desde que le vió se le aficionó, que con los recuerdos la aficion se hizo amor y con el imposible del voto el amor llegó á locura que resplandecia en sus ojos, que suspiraba en su boca, que latia en su seno y se confesaba en su palabra.

De tal manera, con esto que veia y sentia, se le acrecia la ansiosa locura del amor á don Pedro, que ella le dijo:

—Si no quereis que yo maldiga desesperada la infausta hora en que os ví, y la más infausta en que os he confesado que os amo; si no quereis que aquí en un punto tristísimo acabe con mi sangre la dolorosa tragedia de este amor desventurado, juradme apartaros de mí, y que yo no os vuelva á ver en todos los dias de mi vida, que no serán muchos: y ofreced como yo á Dios el martirio de este malhadado cariño, porque así vuestra condenacion es imposible.

—Pues que más condenado me he de ver sin vos que con vos y más perdido, temores cesen, dudas se acaben, miramientos no haya ni cobardías impidan glorias que nuestras almas enamoradas se brindan,—dijo don Pedro, yéndose con los brazos abiertos á doña María.

Arrodillóse ésta, extendió los brazos trémulos y exclamó mirándole desesperada:

—¡Mátame, que muriendo por tu mano impedirás que yo desesperada me mate! pero mira que no me deshonres, que entónces conoceré que no me amas, y te aborreceré, y te mataré en mi venganza.

Espantóse él, que no eran los ojos de doña María en aquel instante de mujer enamorada y medrosa que mal se defiende del amante codicioso, sino de leona brava que defiende sus cachorros, despreciando por ellos el peligro: vió que más que á la leona perder sus hijos, embravecia á doña María la vergüenza de su honor, y más que el temor de su fe, y se sintió cobarde, y retrocedió vencido.

Ella se levantó y dijo:

—¡Nunca más yo te vea, si he de verte tan olvidado de tu honra y de tu alma!

—¡Perdóname, pero yo muero!—exclamó desesperado don Pedro.

—Muramos los dos, pero sin mancha, y que Dios en la otra vida tenga misericordia de nosotros,—dijo doña María,—y de aquí sácame, y á encontrar á mi dueña vamos que debe andarme buscando desesperada.

—Cerrada está la puerta,—observó don Pedro, -que la mujer que aquí vive echó la llave cuando se fué.

—¡Ah traidor y mal nacido, que tú no me amas!—exclamó doña María yéndose á la puerta como si se hubie se sentido con aliento para forzarla.

En aquel mismo punto sonó en la puerta la llave.

Doña María retrocedió y se cubrió con el manto.

La puerta se abrió y entró la bruja, dueña de la habitacion, á quien acompañaba otra mujer.

Aquella mujer era la dueña de doña María.

Lanzóse ésta á la puerta en cuanto la vió franca, asió á la dueña de una mano y la arrastró consigo, escapando como el pájaro que ve abierta la jaula.

—¡Maldita seais vos,—exclamó don Pedro á la vieja, y en qué mala hora os ha hecho volver el demonio!

Y salió disparado tras doña María.

Pero ya no la halló.

Todas las callejas de los alrededores estaban desiertas y oscuras.

XVII

Don Pedro no sabia en qué casa habitaba doña María.

Volvió á casa de la vieja.

Esta, por otro escudo, le llevó allí donde la calle que despues se llamó del Soldado acababa en un callejon sin salida.

La casa de doña María hacia esquina á la calle de San Márcos.

En aquella esquina habia un mirador volado, cubierto por un tejadillo y con una columnilla de alabastro en su ángulo.

-Ese es el camarin de la señora de vuestra alma,—dijo á don Pedro la vieja señalándole el mirador.—Ved qué bien puesta está allí una columna para que se agarre á ella una escala: cuando os hiciere falta, yo tengo un compadre que es para estos empeños que ni de oro.

—¡Que el diablo os lleve! —exclamó don Pedro.

La vieja se fué y don Pedro se quedó contemplando el mirador que estaba cerrado y oscuro.

XVIII

Desesperado estaba don Pedro y un temor se le iba y una esperanza se le venia, y tras ella volvia el miedo, para dar lugar de nuevo á la esperanza: que no sabia si por espantada de su amor para siempre habia perdido á doña María ó si tan enamorada estaba que, á pesar de su espanto, á su amor se rendiria: y todo en él eran confusiones, zozobras y arrepentimiento por no haber sabido contener la avaricia de su deseo, queriendo llegar en un breve espacio á donde, segun veia, estaba muy léjos y con difícil y escabroso camino, y miedo le daba aquella pasion que apénas por él vista doña María le habia hecho su esclavo, y tan desventurado que en las penas de su desesperacion moria, y muriendo comprendia que hasta entónces no habia ni sabido lo que fuese una mujer, ó un alma que á su alma se juntase y de tal manera que no parecia sino que eran una misma alma y tan conjunta que nada la podia separar y volver á dividirlas en dos, ni áun la muerte; y esto le daba aliento, porque él conocia que un amor tal no podia sentirle él si ella del mismo modo no le sintiese.

XIX

Pero por más que la calle paseaba, y tosia y hacia de manera que ella sintiese que en la calle estaba, ni el mirador se abrió, ni la casa dejó de estar silenciosa como si hubiese sido una sepultura.

Así pasó la noche, y amaneció sin que en su ronda cesase don Pedro, el cual como tenazmente habia esperado la noche esperó junto á la puerta de la casa á que alguien saliese.

Al fin, allá á las ocho de la mañana, uno de los postigos de la puerta se abrió, y muy arrebujada en su manto salió una mujer en la que por el aire conoció á la dueña de doña María.

Abalanzóse á ella, pero la dueña le hizo una señal como indicándole que allí no la hablase y que la siguiese, y él la siguió, y cuando hubieron rodeado el barrio se detuvo la dueña y mostrándole una carta, le dijo:

—Esto para vos me han dado, y con mandato de no hablar con vos, ni con vos detenerme, que conocida soy y podria ir en ello la honra de mi señora.

Y le dió la carta y se detuvo un tanto como esperando un regalo

Pero sin dinero se habia quedado don Pedro, que tal era su pobreza, que con haber gastado tres escudos se habia quedado sin blanca, y hubo de decirla:

—En ocasion me encontrais en que por no estar prevenido, regalo digno de vos no puedo haceros, que no os he de agraviar dándoos dinero: pero en otra ocasion y no tarde joya rica os regalaré que os contente.

A punto estuvo la dueña para decirle que ella por dineros que la diesen no se agraviaria, pero dándola olor de bolsa vacía no quiso perder palabras, y abreviando saludó á don Pedro diciéndole que ella, para servirlo, no necesitaba regalos y se fué mohina diciendo para sus tocas:

—Buena la hemos echado con el primer amor de mi señora: si así habia de ser él, bien hace ella en meterse monja.

XX

Abrió impaciente la carta don Pedro y vió que decia:

«Si vos habeis velado en la calle, tras las oscuras vidrieras de mi mirador he pasado la noche en vela, y de allí no me he quitado hasta que con la luz del alba hubierais podido ver que allí estaba. No me atormenteis poniendo con vuestras rondaduras en peligro mi opinion, que aunque eternamente delante de mi casa os esteis, yo al mirador no he de salir para hablaros, ni á la calle para que á mí os acerqueis: así os ruego que más por mi calle no paseis; ni á la iglesia á buscarme vayais, si no quereis perder la estimacion que en el alma os tengo, y que tanto más grande será cuanto más viese que por no enojarme no me perseguís.»

No supo qué pensar de esta carta, si era un favor ó un disfavor, don Pedro, y á su cuartel, que estaba en la calle de San Nicolás, se volvió imaginando qué haria para llevar á buen término y glorioso suceso aquellos amores que eran ya más para él que su vida; y conociendo que sin dineros no se puede ir á la guerra, á un su grande amigo pidió un pequeño préstamo y con él aquel mismo dia se fué á una casa de juego á probar fortuna, y tal fué ésta que en dos horas levantó más de mil doblones de á ocho, con lo cual se encontró tan fuerte, que ya por seguro tuvo que no habian de faltarle medios para introducirse secretamente en la casa de doña María y en su mismo camarin, lo cual era la seguridad de la victoria á todo trance ganada, despues de lo cual el casamiento seria irremediable y su felicidad segura.

Pero conociendo que si por algun tiempo cumplia lo que en su carta le habia mandado, ella lo tomaria á rendimiento, y más se apasionaria, y ménos fuerza tendria para resistirle, por su calle no volvió á pasar, aunque sí envió quien de su parte hablara con la dueña y la citara.

Acudió la vieja, empezó don Pedro por regalarla un rosario de oro y perlas, por lo que ablandándose la dueña le dijo, que doña María estaba descontenta y pálida y desganada, que no salia á la calle ni para ir á la iglesia, y que se pasaba las horas muertas detrás de las vidrieras de su mirador contemplando la esquina de enfrente, donde don Pedro se habia pasado toda una noche rondándola, y que con las lágrimas en los ojos no parecia sino que allí en la esquina le veia.

Alegróse con estas noticias don Pedro y despidió á la dueña pidiéndola que le diese noticias de lo que sucediese y que no la faltarian regalos.

De allí á algunos dias le buscó en el cuartel la dueña y le dijo que tan al cabo habia llegado doña María que la habian acometido unas calenturas nocivas por las cuales se habia visto obligada á guardar el lecho.

XXI

Buscó don Pedro un pintor, y pagándole lo que quiso él le retrató en la misma esquina que doña María contemplaba desolada; como si á él lo hubiese visto allí; y aunque el pintor hizo el retrato de memoria, salió tan al vivo, que visto á alguna distancia no parecia sino que el mismo don Pedro estaba allí parado.

Esta obra se hizo aprovechando el tiempo en que doña María guardó el lecho, y cuando, ya convaleciente, á las vidrieras del mirador se arrimó y miró á la esquina, dió

un grito de alegre sorpresa, porque á primera vista creyó que era el mismo don Pedro, pero reparando luégo que era pintura exclamó con lágrimas:

—¿Quién te ha dicho, tirano y cruel, que era menester para que yo te recordase ver tu imágen? ¿Pues no conoces que por desventura mia la tengo indeleble en mi alma? Mal me conoces, pero quiero que sepas cuánto soy capaz de hacer para que se acaben mis desventuras.

Espanto daban el descompuesto semblante y los tristes ojos de doña María cuando pronunció estas palabras, que no parecia sino que un siniestro propósito se le revolvia en el alma y le salia á los ojos.

XXII

Se acercaba en tanto el dia en que doña María, para cumplir su voto, debia tomar en las mercenarias de Góngora el velo de novicia.

La víspera de aquel dia, llamó á su dueña y la dijo:

—¿Os acordais del soldado de aquella noche en que estuve algun tiempo perdida de vos, doña Inés, y con él me encontrasteis?

—¿Que si me acuerdo?—contestó la dueña relamiéndose con la esperanza de un buen regalo, porque creia que al fin su señora se rendia á sus amores:—aunque no me acordase ahí le tenemos retratado en la esquina y tan bien que no parece sino el mismo en persona.

—¿Y podriais encontrarle?

—Pues ya lo creo: ya veis por sus preseas que es soldado en la guardia española y no hay más que ir á su cuartel á buscarle.

—Pues id y decidle con secreto que esta tarde iré yo sola á vísperas á las mercenarias y que á la vuelta me espere en esa misma esquina.

Don Pedro, que sabia por la dueña que al dia siguiente debia doña María entrar en el convento de las mercenarias y estaba desesperado y habia convenido con doña Inés en que aquella noche le introduciria en el aposento de su señora para impedir con un escándalo entrase en el claustro, ántes bien á casarle con ella se viesen obligados, se creyó el hombre más feliz del mundo, porque no podia creerse sino que doña María le buscaba ya resuelta á todo y que ella misma procuraba motivos para que se viesen obligados al casamiento.

Se le hizo el dia una eternidad, y al oscurecer, acudiendo á la cita, fué á ponerse en la misma esquina en que su retrato estaba.



LA BUENA HERMANITA, cuadro por R. Sonderland

XXIII

Ya se ha dicho que por aquellos tiempos la calle de San Anton y sus vecinas eran estrechas, apartadas y solitarias áun de dia; al oscurecer ya no pasaba más que algun vecino que volvia tardamente á su casa.

Era un barrio pobre, de gente artesana que se recogia temprano.

Aquellos lugares eran medrosos y parecian de mal agüero.

Cerraba la noche.

Doña María no parecia.

Don Pedro temió si habria ido tarde.

Empezaba á desesperarse y con su desesperacion estaba distraido, cuando de improviso vió ante sí una mujer envuelta en un manto, pero con el semblante descubierto que se veia á la última y escasa luz del crepúsculo.

Era ella.

Le miraba ansiosa.

Parecia el espectro de una mujer que hubiese muerto de amor y se aparecia al hombre á quien áun en la muerte amaba.

Don Pedro sintió al verla un frio que le corria por el cuerpo y le penetraba hasta los huesos.

—¡Yo soy tuya, tuya por toda una eternidad!—exclamó ella con una voz tristísima;—pero para que sea tuya, necesario será que me mates, y que por haberme matado mueras, porque sólo en la tumba podemos lograr nuestro amor.

—¡Que te mate!—exclamó con horror don Pedro.

—Sí, tú me matarás, porque tu amor es un amor del infierno, y el infierno nos arrebatará á los dos.

Un vértigo extraño iba poco á poco apoderándose de don Pedro.

Empezaba á sentir un odio de amor hácia aquella mujer que le disputaba su hermosura.

—¡Ah! — dijo don Pedro:—¡esas malditas monjas que están gozando mis riquezas se han apoderado de tí, te han enloquecido amenazándote con las iras de Dios, y tú me matas! ¡sígueme!

—¡No! ¡yo te amo á despecho mio, y porque este amor me desespera, he llegado á aborrecerte! ¡tú eres un tirano! ¡tu recuerdo no se aparta de mí, te veo en mis sue-



LA POESÍA Y LA CIENCIA, grupo escultórico por Juan Benk

ños, te adoro, y adorándote me condeno! ¡aborrezco mi vida, que tú has hecho desesperada y te maldigo!

—¡Ah! ¡tu amor es un amor que asesina!—exclamó don Pedro:—¡tú eres para mí un castigo de Dios por mis infames culpas! ¡yo he burlado al amor, yo le he escarnecido, yo he bebido las lágrimas de desventuradas que han muerto de desesperacion! ¡tú eres mi demonio, y yo te adoro, yo ansío anegarme en tu fuego, abrasarme eternamente en tu infierno! ¿Y no tendrás compasion de mí?

—¡Tú has perdido mi alma! ¡como tú me adoras yo te adoro, y como tú me aborreces te aborrezco!

—¡Oh! ¡ten compasion de mí! ¡sígueme! ¡olvídate de ese terrible Dios que te espanta! ¿acaso hay otro Dios que el amor?

—¡Mi voto hace imposible nuestro casamiento, y yo no seré jamás en vida la manceba de un hombre! ¡mátame para que nuestro amor se logre! ¡no quiero que te quedes en la vida! ¡sígueme!

—¡Las monjas! ¡siempre las malditas monjas!—pensó en el colmo de su desesperacion don Pedro.

Y la locura se iba apoderando más y más de él.

—¡Tu voto puede anularse!—exclamó.

—¡Yo no pediré la anulacion del voto! ¡no la pedirá mi madre! ¡no nos la darian tampoco! ¡sólo la muerte nos puede unir!

—¿Y si no mueres?

—Mañana entraré en el convento: ¡y tú te quedarás en el mundo! ¡tú te desengañarás de un imposible! ¡tú te consolarás con el amor de otra! ¡tú me olvidarás! ¡ah! ¡no! ¡no! ¡eso seria horrible! ¡mátame y muere tú! ¡yo no tengo valor para matarte primero y luégo matarme yo!

—¡Las monjas! ¡las monjas!—repitió ya delirante don Pedro.

—¡Ellas me esperan y yo no quiero poner entre los dos el claustro!

—¿Y no me seguirás?

—¡No! ¡no te seguiré más que muerta!

Y devoraba con una mirada de fuego á don Pedro, le embriagaba, y resplandecia con una hermosura infernal.

—¡Y prefieres mi muerte y la tuya á seguirme, á huir conmigo de esta tierra maldita! ¡á ser venturosos en el delirio de nuestro amor!

—¡Todo, todo! ¡la muerte, la condenacion ántes que la deshonra!

—¡Ah, no! ¡tú no eres una mujer, tú eres un espíritu maldito que Dios ha enviado para castigarme!

(Continuará)



RECELOS MATERNALES, cuadro por Rosa Schweninger

UN MATRIMONIO

Servia José en Madrid á un conde, en calidad de ayuda de cámara, y servia Benita en la misma casa, como doncella de la condesa. Era José un guapísimo mozo en opinion de Benita, y era Benita la mujer más seductora en opinion de José. Aprovechaban, por lo tanto, todo el tiempo que podian para decirse ternezas, y como no era cosa de ocuparse siempre de ellos mismos, algunas veces se ocupaban de sus amos.

—¡Roñosos!—exclamaba el ayuda de cámara.—*Él* me ha negado un insignificante aumento de salario que le he pedido.

—Son el orgullo andando,—añadia la doncella.—A mí no me dirige *ella* la palabra más que para darme sus órdenes.

—¡Claro! los ricos creen que los pobres tenemos obligacion de servirles de balde.

—Y que no somos todos iguales.

—¡Vaya si lo somos!

—¡Valiente gentuza!

José y Benita se casaron más adelante y pusieron con sus ahorrillos un modesto establecimiento de cuellos y puños de camisa en un quinto piso de una calle céntrica, cuyo nombre no hace al caso. Pudieron tronar como arpa vieja y pasar el resto de su vida comiéndose los codos de hambre; pero sucedió todo lo contrario y al poco tiempo trasladaron su vivienda al piso cuarto de la misma casa y ampliaron su industria hasta el punto de hacer camisas enteras. No paró aquí el cuento: un año despues se bajaron al piso tercero y advirtieron á sus favorecedores que allí podrian surtirse en lo sucesivo de calzoncillos, enaguas, calcetines y todo género de ropa blanca. Bajando, bajando de pisos, y subiendo, subiendo en intereses, acabaron por ser propietarios de una magnífica tienda de planta baja, con vistosos escaparates, en que los más artísticos y caprichosos objetos alternaban con guantes, corbatas, abanicos y botes de esencias, todo de última moda, y por ende, todo valorado en unos precios que era cosa de hacerle la cruz como al diablo.

Asegurada una sólida fortuna, José buscó nuevos veneros de riqueza y se metió en la Bolsa. Tambien allí pudo pegar un soberano barquinazo y verse en el caso de volver al punto de partida, es decir, á hacer cuellos y puños en un piso quinto. Pues no señor: nada de eso. Hoy ju-



LAS ARTES Y EL COMERCIO, grupo escultórico por Juan Benk

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



CHARITAS, pintura al óleo por J. Bosch y Culilla



CALLE MAYOR DE SITGES, pintura al óleo por Roig Soler

gando al alza, mañana á la baja, tomando y soltando papel con un desparpajo que aturdia á los más veteranos y entendidos en achaques del oficio, nuestro hombre se redondeó de tal modo que decidió traspasar la tienda y darse buena vida, frecuentando la mejor sociedad, aprovechando las ocasiones de intimar con los más encumbrados personajes y esquivando las de tener que rozarse con los que pudieran recordarle su humildísimo orígen. Benita estaba como chico con zapatos nuevos y pasaba la mitad de los dias ideando la manera de llenar el abismo sin fondo de su vanidad femenil y la otra mitad poniendo en práctica un ingenioso tira y afloja de mimos y desabrimientos para que Pepe, que no sabiendo ya qué hacerse se habia hecho la quinta esencia de la avaricia, autorizara con su *Visto Bueno* algunas partidas de *cargo* que no tenian correspondencia en las partidas de *data*.

—Estoy recordando, -dijo una vez la ex-camisera, miéntras hacia al ex camisero el lazo de la corbata,—que siempre que la condesa pedia el coche, entraba yo á decirle: «Señora condesa, puede bajar vuecencia: ya han enganchado.»

-¡Qué tiempos aquellos, chica!.. éramos dos peleles.

—Pues mira, si tú quisieras, aquellos dos peleles podrian hoy muy bien hacer que cuando una de mis doncellas me avisara que el coche estaba pronto, tuviera obligacion de decirme: Señora condesa, puede bajar vuecencia: ya han enganchado.

—¡Ji! ¡ji!.. como me gustaria á mí eso!

—¿De veras, Pepito? Pues mira, con que pidas una gran cruz y un título de conde, nos quitaremos el amargor de la boca. Hazlo, hijo, hazlo: otros, con ménos razon, lo pretenden y lo consiguen.

Pepe sintió tal arrechucho de regocijo que prorumpió en la siguiente tontería:—Sí, hija, sí: tú condesa, y yo... ¡claro! conde: tú vuecencia hembra, y yo... ¡claro! vuecencia macho.

Salió nuestro hombre de su casa encantado del talento de su mujer y decidido á poner por obra el siguiente plan:—Primero: ver si era fácil convertir á Benita en excelentísima señora. Segundo: intentar que la excelentísima señora Benita tuviera derecho á usar una corona en todos los muebles, ropas y efectos de su pertenencia.

Comenzó por ir al ministerio de Estado, donde conocia á un oficial, segun su cuenta. Esta cuenta estaba equivocada, porque además conocia en aquel centro á un portero que apénas le echó la vista encima se fué hácia él con los brazos abiertos, gritando:—¡Pepe!... ¡cuánto me alegro de verte! ¡Quién te habia de decir, cuando eras ayuda de cámara, que llegarias á donde has llegado!

A Pepe le hizo malditísima gracia este recuerdo y se puso del color de la cresta del gallo: era muy natural tan súbito arrebolamiento, porque nuestro hombre tenia la estúpida debilidad de avergonzarse de su pasado, y la más estúpida aún de creer que los que le habian conocido ochavo estaban obligados á pensar que siempre habia sido moneda de cinco duros.

—Usted se equivoca,—dijo:—yo no he visto á V. en mi vida... ¿Está don Fulano?

Introducido en el despacho de la persona á quien buscaba, se enteró de qué modo podria conseguir que le concedieran una gran cruz y del dinero que le costaria. Poco era por cierto para un hombre ahito de millones; pero se quedó, cuando lo supo, como si le hubieran dado un palo, porque á su avaricia le pareció enorme el gasto que tendria que hacer.

Desde el ministerio de Estado se dirigió al de Gracia y Justicia, donde en el negociado de concesion de títulos de Castilla le dieron otro palo, diciéndole:—Un título de conde, con grandeza, cuesta ciento seis mil cuatrocientos reales; con grandeza honoraria setenta y cuatro mil cuatrocientos ochenta; y sin grandeza cuarenta y dos mil quinientos sesenta. Además, para poder usar el título, si lleva grandeza, hay que pagar una contribucion anual de dos mil reales, y si no la lleva, de mil (1). Además, el pintor miniaturista que extienda en pergamino la cédula de concesion no cobrará ménos de otros diez ó doce mil reales por su trabajo. Además...

—No continúe V.,—exclamó Pepe, interrumpiendo al empleado.—Con lo dicho me basta para contestar á quien me ha pedido antecedentes.

Dió las gracias y salió haciendo ¡fú! como el gato.



UNA CALLE DE MI PUEBLO, pintura al óleo por Ruiz de Leon

La avaricia pudo en él más que la vanidad. La idea de Benita le habia parecido deliciosa, porque el muy ignorante pensaba que podria ser conde y excelentísimo señor sin gastar ni un solo maravedí: cuando, en contacto con la realidad, supo que la broma le costaria buenos pesos duros, cambió de bisiesto y se dió por convencido de que las mujeres sólo imaginan disparates.

Al regresar á su casa, Benita le recibió con una caricia expresiva y estas palabras: ¿Cuánto apostamos á que no has perdido el dia?

—Ni el dia ni el dinero. He aprendido que no puedo tener título ni gran cruz sin hacer grandes desembolsos, y como es una sandez cambiar oro por oropeles, hemos de resignarnos á oirnos llamar don José y doña Benita.

—Yo me encargo de que mudes de opinion,—dijo para sí la aspirante á condesa; y comenzó desde aquel punto á emplear el ingenioso tira y afloja de mimos y desabrimientos con que solia domesticar la avaricia de su señor marido. Pasaron dias y dias: pasaron meses y meses: pasaron años y años: ¡todo inútil! José continuaba firme que firme, repitiendo, siempre que venia á pelo y cuando no venia, que es una sandez cambiar oro por oropeles. No contento con esto, rebajó el salario á toda su servidumbre. Poco despues dijo que era preciso pensar en hacer economías, y Benita llegó á desesperar de salirse con la suya. Entónces, sin embargo, una casualidad, hija de la misma avaricia de Pepe, engendró probabilidades de que el asunto cambiara de rumbo. Fué el caso que él no cesaba de repetir que los criados les sisaban escandalosamente. Ella sostenia lo contrario, y, para ver quién tenia razon, convinieron en que lo mejor seria espiar desde el portero al mayordomo. El primer resultado del espionaje fué sorprender un diálogo de la cocinera y un lacayo, de que pueden servir de muestra las siguientes frases:

—Cuando *él* me rebajó el salario, conocí que estos son unos señores de pega.

—¡Y tan de pega! *Ella* no abre la boca más que para dar órdenes y ni siquiera nos mira cuando manda algo. Tiene un orgullo que ya! ya!.. huele á estropajo que corrompe.

Como se han hecho ricos, piensan que no somos todos iguales.

—¡Y vaya si lo somos!

—¡Valiente gentuza!

—Esos criados son una canalla,—dijo Pepe á su mujer, sin sospechar que les caia encima el piropo, porque algo muy parecido á lo que acababan de oir habian dicho ellos de sus antiguos amos, cuando no soñaban en tener quien les sirviera.—¡Hasta en mi misma casa se habla de si somos ó si no somos!.. Es preciso cerrar los ojos,—añadió para sí,—y hacer condesa á Benita. De este modo nadie nos llamará por nuestros nombres y se olvidará nuestro orígen. Sacrificaré cuarenta y dos mil quinientos sesenta reales por un lado; aguantaré la gotera de los mil anuales de contribucion; economizaré lo que se pueda encomendando á un escribiente lo que habia de hacer un pintor miniaturista. A la sombra del título exigiré á todo el que me sirva que nos dé tratamiento de excelencia... y negocio arreglado.

Comenzó á moverse para lograr el objeto apetecido y, con gran asombro suyo, la cosa no se presentó tan hacedera como suponia. Afortunadamente para él adquirió unos créditos contra el tesoro público, que no pudieron ser pagados á su vencimiento. Invitado á que otorgase una próroga, se apresuró á otorgarla poniendo como primera condicion que le concedieran el consabido título de conde. Inútil es decir que fueron aceptadas sus proposiciones; pero cuando todo mohino, porque se acercaba el

(1) Esta contribucion establecida por la Ley de 26 de diciembre de 1872, no se ha cobrado nunca.

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885




TRISTS RECORTS, pintura al óleo por A. Fusté



MUELLE DE BARCELONA, pintura al óleo por J. Llavería

momento de cambiar oro por oropeles, y muy regocijado al par, porque iba á cubrir con una careta su nombre de pila, Pepe corrió á poner en conocimiento de Benita que en adelante ni ella seria Benita ni él seria Pepe, la encontró agonizando, á consecuencia de haber cometido una hora despues de comer, la triple atrocidad de engullirse un sorbete y dos vasos de agua helada.

Las últimas palabras que la ex-doncella ex camisera pronunció en el mundo, dirigiéndose al ex ayuda de cámara ex camisero, fueron las siguientes:—Me muero sin haber tenido el gusto de que me digan: Señora condesa, puede bajar vuecencia; ya han enganchado.

PEDRO MARIA BARRERA.

LA SENSIBILIDAD Y LOS SENTIDOS

III

El placer y el dolor

Con la sencillez que le era habitual y con su perspicuidad característica, decia Sócrates en el *Fedon:* «¡qué cosa tan singular, amigos, es esto que llaman los hombres placer! ¡Qué estrechamente enlazado con lo que se cree ser su contrario, el dolor! Ambos repugnan hallarse juntos á la vez en el hombre; pero si cualquiera persigue al uno y le alcanza, casi es de necesidad que reciba al otro como si fuesen dos cosas pegadas á un mismo tronco.»

No existe línea divisoria entre ambos, sino que en la complejidad de la vida son la mayor parte de los sentimientos *mixtos* de placer y dolor y áun se suceden dichos estados en una escala gradual que otra vez se siente mejor que se explica.

Algo semejante ocurre tambien con la definicion del placer y dolor, que se sienten mejor que se explican, sin que puedan concretarse en palabras; que por esto afirma el sentido comun que «obras son amores y no buenas razones.»

Así es que todas las definiciones pueden reducirse á aquel círculo vicioso de que el placer place ó agrada y el dolor duele ó desagrada.

Y la conexion entre ambos cual eco de la ley del contraste hace que placer y dolor sean, como dice Sócrates, «dos cosas pegadas á un mismo tronco.»

Símbolo en esto como en todo de la vida nuestra sensibilidad, ella nos advierte cuán mezclados se hallan, dentro de la complejidad de la existencia, la risa y el llanto.

El vaiven de la cuna, en cuya movible base se apoya el niño, riendo ó llorando y á veces con risa y llanto juntos, es fiel expresion de la ley que rige nuestra sensibilidad que, buscando su equilibrio, pasa con excesiva frecuencia del placer al dolor y recíprocamente.

¡Qué sucesion más rítmica y cuán exacta es su aplicacion lo mismo á nuestra sensibilidad fisiológica que á los sentimientos espirituales! Así la risa nos provoca molestia y causa llanto.

Lloramos de risa y sentimos en el diafragma dolores tan vivos, que pueden convertir la risa violenta en sarcástica, terminando en un síncope, ataque de histerismo ú otra perturbacion orgánica.

Gozamos con el dolor, cuando una pena intensa, sin desaparecer, pierde su carácter agudo y nos produce cierta complacencia, sintiendo lo que se llama el *placer del dolor.*

¡Antinomias y paradojas, cuya síntesis y explicacion sólo pueden hallarse en la complejidad de nuestra existencia y en la ley propia de la vida emocional!

La melancolía, la indiferencia aparente, los engaños é



CABEZA DE ESTUDIO, dibujo por R. Call

hipocresías del corazon son otros tantos recursos, segun la ingeniosa observacion de los novelistas y de los hombres de mundo, á que apela la excitable sensibilidad del sexo bello para esgrimir el arma terrible de su coquetería.

El placer del dolor ó la luz de las sombras implica cierta apariencia de error; pero envuelve una realidad viva, que palpita allá en los profundos senos de nuestras emociones. A él se debe el aspecto poético y agradable del pesimismo, refinamiento excesivo, y con sus ribetes de culto, de las almas *d'elite*. En la aristocracia de la sensibilidad y en el olimpo de las emociones se coloca Hartmann, cuando invita, despues de explicar su pesimismo, á los cándidos optimistas á que le contemplen como *paradoja viva* en la felicidad de que goza, alimentando su inteligencia en una rica biblioteca, dando culto á lo inconsciente con el amor á su mujer y pagando su contribucion á la especie con el fruto de su amor, un hermoso niño que juguetea á su alrededor.

Paradoja emocional es ésta, que va tras síntesis superior en las sensaciones corporales, en los sentimientos de la vida moral y en la sensibilidad artística. Miéntras la sabiduría popular afirma que «las cañas se vuelven lanzas,» la crítica literaria entiende que entre lo sublime y lo ridículo media una línea casi imperceptible.

Insistamos, sí, en esta singular y misteriosa armonía que buscan con igual diligencia la espontaneidad de nuestros apetitos, la reflexion de nuestros afectos morales y la libre inspiracion del arte, y desde luégo anticipemos que este anhelado concierto ó sea la aspiracion á la dicha es una tierra de promision, un ideal inasequible, una sombra que se acerca, sin que la alcancemos, y que se aleja, sin abandonarnos. ¿Cómo y por qué?

Porque el equilibrio de la sensibilidad, á que referimos nuestra dicha, se halla representado por *una línea media (aurea mediocritas* de Aristóteles, *ecuanimidad* de los estoicos, *beatitud* de los cristianos), cuya indefinicion se diluye en el enjambre de concupiscencias, afectos y pasiones, que tejen esta intrincada urdimbre de la vida humana.

El equilibrio de la sensibilidad depende en cada individuo fisiológicamente del estado de su organismo, de su idiosincrasia, moralmente del estado específico de su conciencia y del sedimento que una educacion cuidada ó viciosa haya depositado en ella, socialmente de las influencias del medio y del lastre que la herencia y otra multitud de concausas hayan producido y siempre en todos los aspectos, del carácter eminentemente *subjetivo* de nuestra sensibilidad individual.

La sabiduría popular, cuando afirma «que sobre gustos no hay nada escrito,» la más antigua filosofía declarando con Platon «que el vino sabe bien al que está sano y mal al enfermo,» las ciencias biológicas, reconociendo en todo organismo sensible una idiosincrasia típica y específica, las observaciones más superficiales, advirtiendo que cuanto más se agita el corazon, más y más se siente dominado por antojos y caprichos; todo, absolutamente todo, colabora á confirmar y dar relieve á este carácter subjetivo de nuestra sensibilidad. Sí, tal es la verdad indudable; el hombre es el autor principal de su fortuna ó de su desgracia, dentro de sí lleva el ángel y la bestia de que habla Pascal; en él anidan las energías redentoras de sus caidas, en su seno lleva el Mefistófeles que le fustiga y le hace caer en tentacion, y finalmente dentro de sí mismo tiene, como decia Milton, «su cielo y su infierno.»

Abundan las pruebas del carácter subjetivo de nuestra sensibilidad. La fisiológica, base orgánica de la sensibilidad espiritual, depende del estado de nuestro organismo, de suerte que las impresiones aparecen diferentes en los hombres segun las condiciones que los rodean, sin dejar de diferir tambien de hombre á hombre.

Entramos sofocados en una habitacion y nos parece fria su atmósfera, á reserva de que se nos antoje despues, cuando hayamos descansado, su temperatura muy alta. Efecto de un fuerte resfriado, perdemos por tiempo el sentido del olfato.

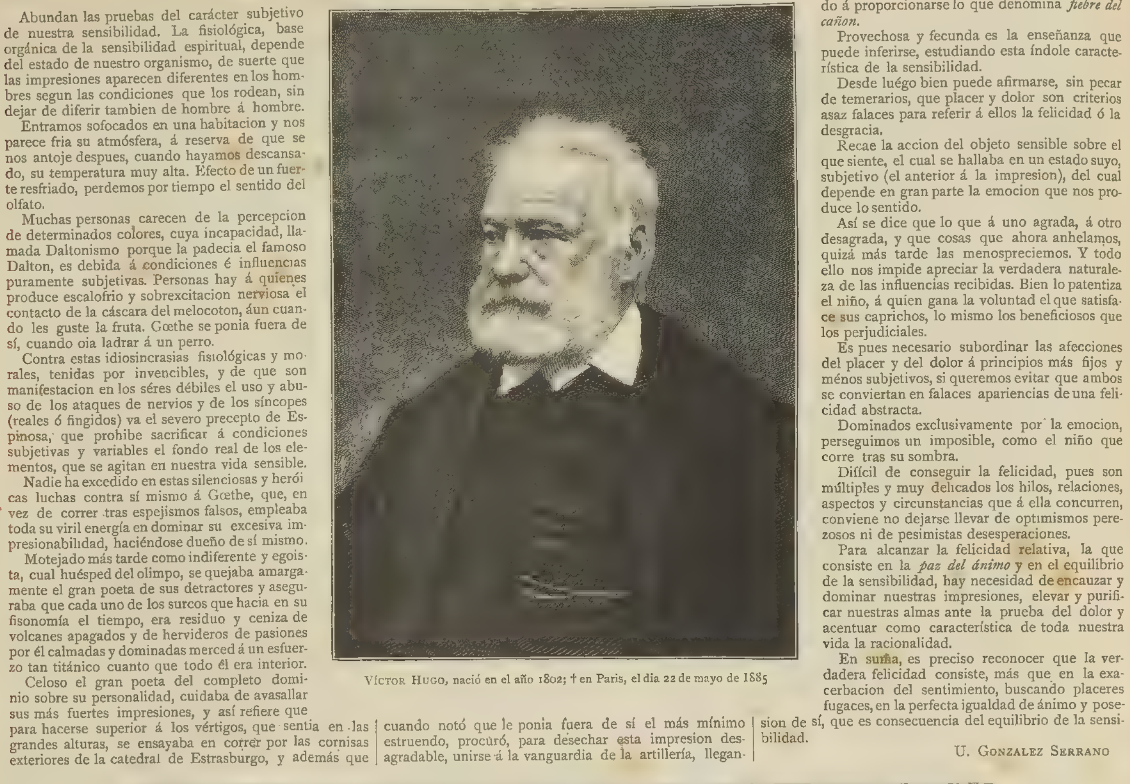
Muchas personas carecen de la percepcion de determinados colores, cuya incapacidad, llamada Daltonismo porque la padecia el famoso Dalton, es debida á condiciones é influencias puramente subjetivas. Personas hay á quienes produce escalofrío y sobrexcitacion nerviosa el contacto de la cáscara del melocoton, áun cuando les guste la fruta. Gœthe se ponia fuera de sí, cuando oia ladrar á un perro.

Contra estas idiosincrasias fisiológicas y morales, tenidas por invencibles, y de que son manifestacion en los séres débiles el uso y abuso de los ataques de nervios y de los síncopes (reales ó fingidos) va el severo precepto de Espinosa, que prohibe sacrificar á condiciones subjetivas y variables el fondo real de los elementos, que se agitan en nuestra vida sensible.

Nadie ha excedido en estas silenciosas y heróicas luchas contra sí mismo á Gœthe, que, en vez de correr tras espejismos falsos, empleaba toda su viril energía en dominar su excesiva impresionabilidad, haciéndose dueño de sí mismo.

Motejado más tarde como indiferente y egoista, cual huésped del olimpo, se quejaba amargamente el gran poeta de sus detractores y aseguraba que cada uno de los surcos que hacia en su fisonomía el tiempo, era residuo y ceniza de volcanes apagados y de hervideros de pasiones por él calmadas y dominadas merced á un esfuerzo tan titánico cuanto que todo él era interior.

Celoso el gran poeta del completo dominio sobre su personalidad, cuidaba de avasallar sus más fuertes impresiones, y así refiere que para hacerse superior á los vértigos, que sentia en las grandes alturas, se ensayaba en correr por las cornisas exteriores de la catedral de Estrasburgo, y además que cuando notó que le ponia fuera de sí el más mínimo estruendo, procuró, para desechar esta impresion desagradable, unirse á la vanguardia de la artillería, llegando á proporcionarse lo que denomina *fiebre del cañon.*



VÍCTOR HUGO, nació en el año 1802; † en Paris, el dia 22 de mayo de 1885

Provechosa y fecunda es la enseñanza que puede inferirse, estudiando esta índole característica de la sensibilidad.

Desde luégo bien puede afirmarse, sin pecar de temerarios, que placer y dolor son criterios asaz falaces para referir á ellos la felicidad ó la desgracia.

Recae la accion del objeto sensible sobre el que siente, el cual se hallaba en un estado suyo, subjetivo (el anterior á la impresion), del cual depende en gran parte la emocion que nos produce lo sentido.

Así se dice que lo que á uno agrada, á otro desagrada, y que cosas que ahora anhelamos, quizá más tarde las menospreciemos. Y todo ello nos impide apreciar la verdadera naturaleza de las influencias recibidas. Bien lo patentiza el niño, á quien gana la voluntad el que satisface sus caprichos, lo mismo los beneficiosos que los perjudiciales.

Es pues necesario subordinar las afecciones del placer y del dolor á principios más fijos y ménos subjetivos, si queremos evitar que ambos se conviertan en falaces apariencias de una felicidad abstracta.

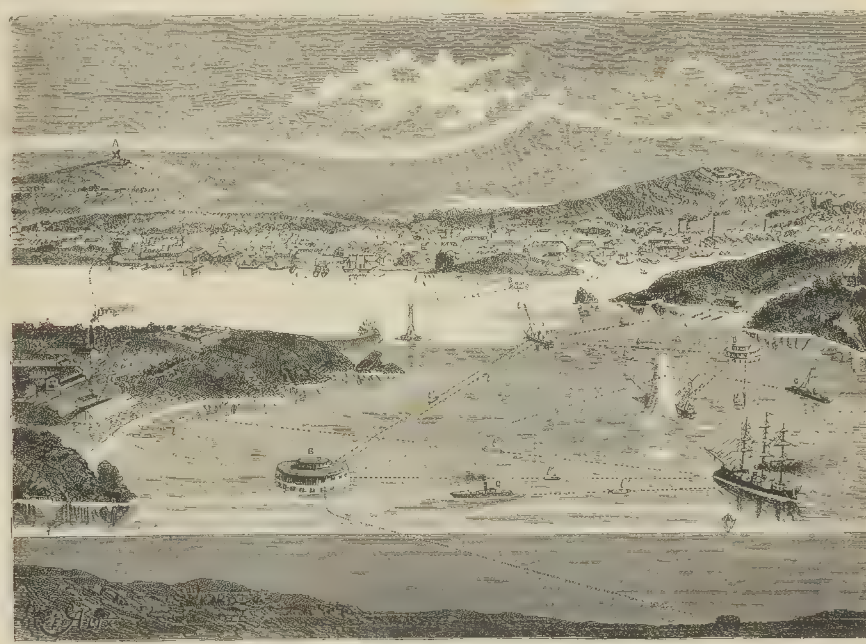
Dominados exclusivamente por la emocion, perseguimos un imposible, como el niño que corre tras su sombra.

Difícil de conseguir la felicidad, pues son múltiples y muy delicados los hilos, relaciones, aspectos y circunstancias que á ella concurren, conviene no dejarse llevar de optimismos perezosos ni de pesimistas desesperaciones.

Para alcanzar la felicidad relativa, la que consiste en la *paz del ánimo* y en el equilibrio de la sensibilidad, hay necesidad de encauzar y dominar nuestras impresiones, elevar y purificar nuestras almas ante la prueba del dolor y acentuar como característica de toda nuestra vida la racionalidad.

En suma, es preciso reconocer que la verdadera felicidad consiste, más que en la exacerbacion del sentimiento, buscando placeres fugaces, en la perfecta igualdad de ánimo y posesion de sí, que es consecuencia del equilibrio de la sensibilidad.

U. GONZALEZ SERRANO



PROYECTO DE DEFENSA DE UN PUERTO POR MEDIO DE TORPEDEROS

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura,* 1 tomo. – *Ornamentacion,* 2 tomos. – *Escultura y Glíptica,* 1 tomo. – *Pintura y Grabado,* 1 tomo. – *Cerámica,* 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 8 DE JUNIO DE 1885 — NÚM. 180

GITANA, cuadro por G. Vartagh grabado por M. Weber

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

GITANA, cuadro por G. Vartagh, grabado por M. Weber

¿Qué tienen las gitanas para los pintores, puesto que los pintores tienen tanta prediteccion por las gitanas?... Muy sencillo, á nuestro modo de ver.

El genio tiende á la excepcion con preferencia á lo comun. Ama lo bello en todos los órdenes de la naturaleza pero lo esencial le atrae singularmente. Es indudable que una mujer es hermosa cuando las líneas de su rostro tienen aquella regularidad y armonía que corresponden á la idea que de la belleza tenemos formada. Pero el hombre, y el artista es hombre, acaba por familiarizarse hasta con lo más perfecto cuando lo perfecto es lo que más abunda, y se siente inclinado hácia lo bello ménos abundante, aunque sea ménos bello tal vez.

Ahora bien, el tipo de la gitana hermosa tiene la gran condicion de la mayor novedad para los efectos de hacerla doblemente apetitosa; lo cual explica, sin duda, el por qué los ingleses, que tienen las mujeres más hermosas del mundo en el género rubio, encuentran muy superiores á las andaluzas, sencillamente porque son morenas.

Hé aquí aclarado el problema de la prediteccion por las gitanas pintadas; la de nuestro grabado prueba que realmente las condiciones de su belleza pertenecen á un tipo nada comun, distinto del de la raza europea, lo cual, á puro estar familiarizados con ella, ya no llama nuestra atencion.

En flores como en aves, en frutos como en mujeres, el mérito convencional está en razon directa de lo exótico de la cosa.

LA COSECHA DE FRAMBUESAS cuadro por Julio Adam

Este risueño cuadro es una escena de estío, llena de animacion, simpática, en la cual todo es jóven, todo es fresco, hasta los personajes que la animan.

Aquellos árboles que en otoño fueron perdiendo lentamente la vida, como infelices tísicos que languidecen dia por dia hasta el último de su existencia; esos campos que en invierno parecen malditos ó abandonados despues de acampar en ellos nuevas hordas conducidas por otro azote de Dios, han recobrado sus hojas, sus frutos, aquel verde tan grato á la vista y al cual tan propiamente se ha llamado el color de la esperanza.

La naturaleza no es ingrata ni puede serlo, puesto que es la obra del Creador para dotar al hombre de su necesario alimento, y como si comprendiese su destino, lo mismo se deja despojar de sus frutos por la nervuda mano del hombre provecto que por la mano delicada del niño. Ahí están, sino, esas deliciosas niñas arrancando la cosecha de aromáticas frambuesas, una de las que se dan más espontáneamente y que tiene mayor número de aplicaciones.

Cierto que no toda la frambuesa cogida llegará á casa de su dueño; pero eso es precisamente la paga de las noveles trabajadoras del campo, y aún llevarán su parte cuando de esa sabrosa fruta se habrá fabricado jalea, ó jarabe, ó licor, ú otra de tantas aplicaciones como tiene: las pequeñas labradoras reciben una recompensa de presente y tienen otra en perspectiva; sin duda por esto se entregan á la faena con una buena voluntad no comun en gente menuda y juguetona como la de nuestro bello cuadro.

EL ÚLTIMO CANTO, cuadro por J. Achin de Arnim

Representa esta triste escena las postreras horas del artista. En más ó en ménos, ha sido reconocida en todos tiempos la influencia de las bellas artes. La Edad media con sus guerras permanentes de nacion á nacion y áun de señor á señor, parecia haber debido atrofiar el sentimiento de lo bello y de lo bueno; y sin embargo, esa Edad es la de los poéticos trovadores, en ella tuvo lugar el comienzo de las *Cortes de Amor* y de los *Juegos florales*, porque Dios ha puesto en el corazon de los hombres la chispa del genio, y esa chispa podria, en un momento dado, no producir incendios, pero no se extinguirá completamente. Como el fuego de las vestales, podrá ser conservado hasta raquíticamente en una exigua pira, pero la extincion completa de la llama importa la muerte de la sacerdotisa, y la humanidad, sacerdotisa inconsciente del genio, no puede ser condenada á morir de hambre y de sed en una estrecha tumba, como la vírgen consagrada á Vesta.

Por esto el autor del cuadro que hoy publicamos, en su propósito de demostrar la influencia de la música en el momento supremo de la muerte, ha escogido como lugar de la escena el interior de un castillo y como personajes los señores de esa misma mansion feudal, *domesticados* (como decia el antiguo telon de boca) por las sublimes influencias de la melodía. Tanto mejor para el artista, en este caso. El errante peregrino del arte muere en brazos del opulento y belicoso señor, y en el instante supremo en que va á fallecer un hombre, suben al cielo en armonioso conjunto, las esperanzas del agonizante, los consuelos del amigo y las inspiradas notas del último canto.

EL GLOBO DIRIGIBLE DE WOLFF

Este globo, de que es reproduccion la figura 1, ha sido construido por el aeronauta Wolff con la cooperacion de Wels, y viene á ser un perfeccionamiento del de Renard y Krebs, del cual se diferencia por no tener el hélice en la parte inferior y por ser impulsadas las palas del mismo directamente por la máquina de vapor. Este globo, cuyas dimensiones son 30 metros de longitud por 8 de diámetro máximo y 4 de mínimo, desaloja un volúmen de aire de 750 metros cúbicos y pesa en conjunto, incluso el peso de los aparatos, 500 kilógramos. Su tension está compensada por un pequeño globo colocado en la parte posterior junto á la sutura y provisto de una válvula de seguridad que se abre cuando penetra en él, por virtud de un exceso de presion, el gas del globo mayor; este, á su vez, tiene dos válvulas que se abren automáticamente á la presion de $^1/_5$ de atmósfera. La caldera de vapor, calentada por medio del alcohol, puede resistir una presion de doce atmósferas y contener tres *moyos* (medida de 320 botellas) de agua. La figura 2 representa la barquilla con la caldera, la figura 3 muestra las partes del motor: *z z* son las dos máquinas de vapor gemelas colocadas en el timon, *g*: la fuerza motriz pasa al hélice *w* por medio del molinete *o* y de las ruedas cónicas *v*. Los dos cilindros del vapor tienen 65 milímetros de luz. El sistema empleado por el inventor en el timon (que la falta de espacio no nos permite describir) le permitirá, á su juicio, ir contra viento, con tal que la velocidad de este no pase de 6 metros por segundo.

El coste total del aparato es de 50,000 reales.

LORD DUFFERIN, virey del imperio anglo-índico ABD-UR-RHAMAN, emir del Afghanistan

Allá donde los límites del imperio ruso se confunden con las mal trazadas fronteras del imperio indio, se encuentra planteado un problema de cuya buena ó mala solucion penden tal vez los destinos del mundo.

Inglaterra, la nacion más inmediatamente interesada en la solucion del problema, se halla representada en esa lejana tierra por lord Dufferin, cuyo retrato publicamos. El tipo de ese eminente diplomático no es inglés de pura sangre; algo hay en él que recuerda al florentino, al compatriota de Maquiavelo. El actual virey de la India nació efectivamente, en Florencia, en 1826. A los 24 años era Par de Inglaterra, á los 29 agregado á la embajada de Viena, á los 34 comisario en Siria, á los 38 subsecretario de Estado, á los 46 gobernador general del Canadá, á los 52 embajador en San Petersburgo, á los 55 embajador en Constantinopla y á los 58 virey de la India. Su firmeza de carácter es notoria: bastará decir que ha anunciado la dimision de su cargo, el primer cargo en la Gran Bretaña, si esta cede á las exigencias de la invasora Rusia.

Contraste del tipo enérgico y acentuado de lord Dufferin es el tipo vulgar, dulce, del emir del Afghanistan. Y sin embargo, no hay que fiar de las apariencias: bajo ese aspecto algo frailuno se esconde una voluntad firme, inquebrantable y tan dada á las prácticas rigurosas que se haya hecho terrible para todos sus levantiscos súbditos. Tiene 55 años y su vida ha sufrido toda suerte de accidentes: desde las gradas del trono hubo de desterrarse de su patria, y desde el ostracismo pasó á la soberanía del Afghanistan bajo los auspicios de los ingleses. Algo rezagado en el camino de la civilizacion, contesta á los argumentos de cuantos intentan corregirle, una frase sola:

—Solamente un afghan es capaz de gobernar á los afghanes.

LA ACOMETIDA

Llegaron los bárbaros sigilosamente á las cercanías del Capitolio; los perros demostraron ser una filfa eso de su exquisita vigilancia, y Roma lo hubiera pasado muy malamente si los gansos no se hubieran encargado de dar la voz de alarma.

Cuyo hecho, históricamente comprobado, confirma que en este mundo hay sobra de reputaciones usurpadas, y que entre el ganso y el perro puede alguna vez llevar el primero la mejor parte. Será por esto que, tratándose de un hombre listo que se hace el tonto, suele decirse:—¡Va liente ganso!...

Los gansos de nuestro bonito cuadro han echado patas arriba á su moderno galo, porque desde el hecho del Capitolio los gansos se han vuelto muy gritones y reñidores de oficio. Todo, empero, se andará, y no ha de pasarse mucho tiempo, como no se pasó en la ocasion de marras, en que otro bárbaro, quizás el mismo del lienzo, se vengue de la legion gansa comiéndose á su jefe aderezado con nabos ó frito con tomate. Hay repetidos ejemplos de glorias que acaban no ménos tristemente.

LOS ANTEPASADOS DE DON IÑIGO

I

Como fué un suceso del que se ocupó todo el mundo, que hizo gemir á las prensas y discutir acaloradamente á los sabios de todos los Ateneos existentes, no hay para qué recordar la fecha, y basta únicamente decir que hace muy pocos dias que este hecho se desenlazó. Cumplido de esta suerte el precepto retórico que nos impone la necesidad de decir el tiempo del relato, cumpliremos el segundo precepto que nos manda decir dónde y cómo aconteció.

En dónde no es tampoco cosa difícil, pues si la memoria no nos es infiel, los periódicos y revistas científicas trajeron con todas sus letras el nombre del pueblo donde don Iñigo vivia; y era este pueblo una antigua villa de Castilla la Vieja colocada á la derecha de Castejon, que siete leguas adentro y léjos de ferrocarriles y telégrafos, se quedaba en los últimos límites de Logroño, ya lindando con Navarra: villa y nada ménos que villa llena de lauros históricos y cuna de esclarecidos hombres del siglo de oro de nuestras armas, de aquellos conquistadores de Flandes, de aquellos señores de Italia, de aquellos soldados de los Felipes que llevaban nuestra bandera triunfante por donde quiera que el sol salia.

Estaba la tal villa asentada en un llano, protegida del rigoroso ábrego por una cadena de montañas que iban subiendo, subiendo, hasta remontarse á alturas jamás vistas de los hombres porque siempre las nubes las cubrian áun en los dias más claros. Por la parte sur tenia su media legua de huerta nutrida con un riachuelo, si pacífico y humilde, productivo y útil; jamás seco en verano y jamás crecido en invierno: símil de los caudales bien distribuidos que ni producen la plétora de la avaricia ni la anemia de la escasez. Aparte de un antiguo convento de los Templarios, de las ruinas greco romanas de otro edificio convertido por obra y gracia de las revoluciones en depósito de efectos municipales, nada habia notable por lo que á la arquitectura se refiere, si no es la casa de don Iñigo Aldelanza, que ella sola con sus trescientas ventanas, sus veinte puertas, sus siete corrales y su extensísima huerta ocupaba justamente la mitad del pueblo; de tal manera, que cuando el forastero llegaba, no sabia si la villa estaba dentro de aquella casa ó fuera de ella. Este edificio era verdaderamente notable, y pertenecia á aquella arquitectura ciclópea, maciza, robusta y duradera que los alarifes cristianos, intentando alardear de genio y ciencia geométrica con los moros, levantaron despues de la reconquista de Granada, muy semejante al palacio de Cárlos V erigido dentro de los mismos muros de la Alhambra, aunque sin tanta depuracion en los adornos. Grandes líneas rectas, hermosas columnatas florentinas, gallardos botareles para terminar los tejados, espacios infinitos, cuadras, escaleras, y todo aquello que hacia necesario el poder de las grandes ostentaciones militares y de los grandes banquetes del tiempo. Pero como los tiempos han cambiado, y lo que se hace de piedra subsiste y lo que es de carne se modifica, aquella enorme casa resistió al embate de los siglos y á la mudanza de las costumbres hasta que vino á suceder lo que cualquier observador podria notar, y es que el traje quedó harto ancho para el cuerpo; no de otro modo que si la naturaleza por torpeza, error ó intento epigramático hiciese que la cáscara de una nuez fuese la cáscara de un alpiste. Tanto salon, tanta escalinata majestuosa, aquellos *belvederes* y aquellas cuadras necesitaban una familia dilatada, una fortuna cuantiosa, una servidumbre inmensa; centenares de caballos que poblasen los establos é hiciesen resonar las piedras de los patios; miles de pinches que cocinaran, llenasen de ruido la enorme cocina é hiciesen danzar en las salsas de la gula centenares de aves que debian tambien corresponder á un enorme averío de los corrales.

Pero nada de esto habia, ni averío en los corrales, ni caballos en las cuadras, ni servidumbre en las galerías, ni señores en los salones, ni damas en los dorados camarines. Todo estaba silencioso y todo vacío; y únicamente en el piso segundo, en una habitacion que daba al Norte y que hacia esquina, la más pequeña de todas las habitaciones del palacio, allí era donde estaba el Sr. D. Iñigo Aldelanza, heredero de tantas majestades que le abrumaban y le tenian preso.

Algo aficionado á las letras, aunque sin espíritu de inventiva ó de vanidad suficiente para cultivarlas por sí mismo, habia revuelto de arriba abajo la biblioteca y el archivo de sus mayores; y aquellos pergaminos con letras rojas que parecian heridas sangrientas abiertas en la historia, por las cuales corre aún la sangre de los que conquistaron tanta nobleza, le inspiraron mil ideas del orgullo de su familia. Pensó sériamente en restaurar aquel mundo pasado, y no pudiendo hacerlo, una negra melancolía y una infinita desesperacion se apoderó de su sér.

Aún no tenia diez y ocho años, y ya estaba solo en el mundo, sin padres, ni tios, ni primas. La condicion de su carácter le alejó de todas las amistades; y no solamente no buscó las que hubieran podido proporcionársele sino que las rehuyó con gran empeño, manteniendo todo el suyo en vivir aislado, servido por un viejo criado, algo cocinero, algo cazador y algo jardinero, y que distribuia su existencia de ochenta y dos años en todos estos menesteres, muy á gusto de su señor. Su aislamiento era tan grande que no salia jamás de casa: se levantaba con el alba y se dedicaba horas enteras á revolver aquel océano de papeles, pergaminos y libracos. A las doce tomaba una

comida, bien frugal por cierto, consistente en su sopa de pan hervida y un magro cocido con algo más vaca que carnero, como diria nuestro insigne novelista, y sin cosa alguna de verdadera sustancia; por postre comia algunas castañas ó algo de fruta, y sin que el mosto manchase sus labios ni encendiese su cerebro, acababa la comida con unas preces al Altísimo que tantos bienes le deparaba.

Aún era más modesta la cena, que se celebraba de ocho á nueve de la noche, pues consistia en una escasa racion de carne ó bacalao y tal cual ensalada cocida. Si se le ocurria al buen señor don Iñigo pasear, daba cuatro zancadas por los inmensos pasillos, y vuelta á su sillon y á sus papeles.

Este es el cróquis de la vida de don Iñigo, con tanta exactitud por él seguido que no hay para qué decir que cupiese variacion alguna; y así como la locomotora marcha constantemente sobre sus rails, de igual modo los pasos de don Iñigo se deslizaban sobre aquellas vías tendidas por la costumbre, afianzadas por los años, y ya constituidas en segunda naturaleza de su persona.

II

El espíritu de resistencia á las cosas nuevas, si encontraba firme baluarte en aquellas murallas que medían de espesor sus 15 piés, no le encontraba menor en el espíritu de don Iñigo. Para él no habia pasado nada desde que se desvaneció la pompa y la majestad de su familia. Habia oido hablar de ferro-carriles sin que le produjese asombro y sin que le despertase curiosidad; el telégrafo, esas vías que han formado el hierro y el rayo á través del mundo y que constituyen la corriente nerviosa de él, permanecia para aquel noble hidalgo en el caos de lo no descubierto; las nuevas palabras producidas por las nuevas costumbres no habian sonado nunca en sus oidos. Jamás un libro moderno habia llegado á sus manos, ni tampoco un periódico, ni una entrega de cualquier obra de esas que la propaganda mete por debajo de las puertas, porque aquella casa era tenida en el pueblo en tal concepto de impenetrable y su misterio era tan profundo que se consideraba como deshabitada y nadie hacia cuenta de ella, y el pueblo tambien no era de los más afectos á la civilizacion y al desarrollo de las ideas del siglo. Ultimamente, nuestros informes nos permiten creer que el bueno de don Iñigo habia empezado á perder la cabeza, y no se sabia á ciencia cierta por qué, aunque tanto aislamiento y esta continua lucha contra la realidad de las cosas, capaces son de romper el nudo mejor echado á la razon más sólida. Así, en su afan de restaurar lo viejo, cometió no pocas ridiculeces, y una temporada le dió por hablar en el culto hipérbaton de doña María de Zayas; gastaba gregüescos, chupa, sombrero de garzota y joyel, espadin á la cintura, artificiosa y empolvada peluca... y para que no le conociera la gente y su ilustre cabeza no sirviera de blanco á las peladillas de arroyo por la hueste infantil lanzadas, hacia todos estos alardes de arcaismo á solas, en aquel mundo de polvo, polilla y carcoma que se habia construido á su gusto, sin jamás dar á conocer á los demás su monomanía. No era grandemente aficionado á los placeres burdos de sus ascendientes: le asustaba un tiro, le mareaba la equitacion, fatigábale el paseo. Comia poco. Un jilguero picando su alpiste pareciera un Lúculo junto á aquel prodigio de la frugalidad. Tenia la virtud de las abstinencias, porque su sér físico no daba más de sí. Era un pretexto para que hubiera una nueva cifra en el cociente de la existencia. Célibe y sin amistades, entre rezar su rosario, curar sus dolencias, enderezar sus achaques y leer algun libro, pasábase la vida el ilustre heredero de los Fendovil, esperando que llegase la hora de apagar el pábilo inmortal de su espíritu, ménos luminoso que el de un velon seco.

Cuando las exigencias de la sociedad lo pedian, vestia á la moderna; pero, de no, su gusto era reproducir en la vida solitaria aquellas costumbres ya caidas en olvido, envejeciendo las vestimentas que sus bisabuelos dejaron en los armarios de la casa, tan grandes que cabria dentro de ellos una escuadra de guerra con todo su trapo hinchado.

III

Un dia el bueno de don Iñigo encontró encima de su mesa un pequeño envoltorio que allí le habia dejado el criado: eran cuatro cuartos de yesca, con la que él solia encender algun cigarro que de higos á brevas fumaba, cuya yesca estaba envuelta en un pliego de impresion. Deshizo don Iñigo el envoltorio, apartó á un lado la yesca y quedándose por curiosidad no bien explicada contemplando el pliego de impresion, vió que decia en una de sus páginas: *La descendencia del hombre*, y en otra: *Cárlos Darwin*. Era sin duda un pliego inutilizado por la imprenta de los que en éstas se venden por papel viejo y sirven en el comercio para envolver desde los cominos hasta los cartuchos de onzas. Don Iñigo empezó á leer sin gran atencion, pero á medida que iba leyendo, su espíritu iba aumentando el grado de curiosidad que le inspiraba la lectura, y de asombro en asombro, de maravilla en maravilla, llegó á parecer don Iñigo, con su boca abierta, sus párpados dilatados hasta no poder más, sus ojos saliéndosele llenos de fuego fuera del rostro, la más exacta imágen de la estupefaccion. No era para ménos, porque el maravillado hidalgo habia llegado á aquel punto de la conclusion final del libro de Darwin en que éste dice: «Todos los datos que en este libro van expuestos prueban que el hombre desciende de un tipo inferior, de un mamífero peludo provisto de cola y orejas puntiagudas, que probablemente vivia sobre los árboles y habitaba en el antiguo mundo. Todos los cuadrumanos descienden de un marsupial antiguo, el cual á su vez procede, á través de una larga serie de modificaciones, de algun sér, reptil ó anfibio, hijo, por virtud de otra larga serie de modificaciones, de un pez. En la oscuridad del pasado entrevemos que el antepasado de todos los vertebrados es un animal acuático con los dos sexos reunidos y el cerebro y el corazon poco desarrollados, animal que indudablemente se parecia á las larvas de nuestras ascidias marinas.»

IV

Durante mucho rato estuvo caviloso y preocupado don Iñigo, sin que pudiese conseguir que la razon metiera su escoba, que limpia y da esplendor, en aquel mare magnum de absurdos, fantasías y dislates. Volvió á ver el pliego impreso, advirtió que empezaba con la página 850, y se hizo este razonamiento:

—Si este hombre empecatado y diabólico lleva escritas 850 páginas para probarnos estas maravillas, no hay duda que será un gran hereje; pero será digno de leerse ese cuerpo de libro anterior á esta conclusion final. ¡Ah! ¿con que nosotros no venimos de un hombre hecho de barro por las manos divinas del Sumo Hacedor? ¿Con que hemos ido saltando de especie en especie, adquiriendo aquí una cualidad, allí otra; nadando primero en las aguas amargas de los mares antediluvianos y despues adhiriéndonos á las rocas de las costas, más tarde arrastrándonos por la arena de la playa, despues columpiándonos en las ramas de los árboles, y así por este camino, poco á poco ha ido nuestro sér desenvolviéndose, nuestro cerebro engrosando, nuestro corazon convirtiéndose en este eje de pasiones y violencias, enriqueciéndonos á cambio de un brusco trueque de naturaleza con un par de brazos y la propiedad de andar en dos piés, y desarrollándose dentro de nuestro sér el espíritu generador de la idea; y así por esta lenta operacion, por este maravilloso trabajo hemos venido á convertirnos desde esa *ascidia* que flota en el cuarto estado de los mares, en este sér que domina el mundo? Vaya, vaya, esto es un absurdo, esto es un disparate; este libro sin duda será una locura.

Arrojó al suelo el papelote y encendió un cigarro con la yesca y el pedernal, pero al sentir cómo del choque del eslabon y el silex salia un pequeño raudal de chispas, volvió otra vez á acordarse de Darwin y de su libro; y así estuvo un dia y una noche sin poder conciliar el sueño, volviendo por momentos á aquellos períodos de locura ó de manía que ya en él se habian declarado á veces; haciendo, otras, obrar con empuje extraordinario el freno de la razon para detenerse por aquellas vías por las que se deslizaba sin saberlo, hasta que por fin, en un momento de lucidez extraordinaria y tan grande que en años ántes no habia tenido igual, dijo:

—Consultaré á un hombre de mundo para que me saque de esta duda; porque si el tal libro es una locura, no merece la pena de que yo me vuelva loco tambien, encontrándole la razon á lo que no la tiene.

Llamó al criado y dijo que avisase al médico.

V

Precisamente por aquellos dias acababa de llegar al pueblo el nuevo médico titular, que era un mozalbete recien salido de las aulas, muy impuesto en las nuevas ideas y animado de un deseo de reformas en la ciencia y de un desprecio por la habilidad práctica de los viejos que Dios é Hipócrates le destinaban á ser un verdugo de sus enfermos por este afan científico revolucionario. El doctor Alborada—este era su nombre—tenia treinta años, y era por todo extremo delgado, con abundantes mechones de un cabello rojo y sin brillo que parecia lana por detrás del sombrero, y con su barba del mismo color, que encima del labio se acentuaba más, oscureciéndose por efecto del continuo mascar tabaco y arrojar humo, porque Alborada era un fumador tremendo. Venia encerrado en grueso y largo leviton cuya abertura por la parte de atrás encajaba muy mal y se movia con ridículas ondulaciones á cada paso. Llevaba un alto sombrero de copa no del todo limpia y en que habia grasa y polvo que elevaba su persona á las alturas ideales, y un baston bastante grueso que terminaba en una cabeza de culebra le servia para apoyar su paso no muy seguro. Completaban su persona y eran característico detalle de ella unos anteojos con cerco de oro que se armonizaban á maravilla con el tono semi-dorado de la cabellera y la barba; de tal manera que un condiscípulo de Alborada solia decirle que era un cerebro montado en oro, pero montado al aire.

Aunque llevaba el doctor Alborada muy pocos dias en el pueblo, no habian dejado de llegar á sus noticias las maravillas que la opinion contaba de aquella casa desierta, así que, lleno de interés, como quien va á penetrar un misterio que hasta entónces nadie ha sido poderoso á descubrir, dirigióse á casa de don Iñigo, y precedido del octogenario criado atravesó portales y patios, subió escaleras y más escaleras, hizo resonar sus talones en todos los salones de aquel magnífico palacio, y por fin llegó á la estancia que ocupaba don Iñigo. Saludáronse cordialmente, y miéntras le tenia la mano derecha sujeta con la suya, el doctor por un movimiento rápido pasó sus dedos de la palma al pulso y allí los detuvo miéntras fijaba los ojos en una esquina para abstraerse y poner su atencion en el pulpejo de los dedos.

—No está V. malo; no hay fiebre.

—No señor,—afirmó don Iñigo,—no le llamo á usted porque esté enfermo: le llamo á V. para hacerle una consulta que importa algo más que la salud. V. sabe que yo soy para esos endiablados villanos una especie de esqueleto viviente, y aunque puedo asegurar á V. que mi existencia es completa y nada deja que desear, vivo bastante retirado de las locuras del mundo; pero...—y aquí hizo una parada don Iñigo para suplicar al doctor Alborada que se sentase,—pero mi estrella ha hecho que caiga en mis manos un pliego de una obra descabalada, y que por curiosidad he leido, y confieso á V. que me ha dejado tan lleno de asombro y tan estupefacto que llevo ya dos dias en continua agitacion y dos noches sin dormir, sin saber á qué carta quedarme, y he pensado: Yo por mí no puedo resolver esta duda; vamos á buscar un hombre de ciencia y que este hombre de ciencia me allane la dificultad y me deje tranquila el alma ó por lo ménos me evite esta incertidumbre.

El doctor Alborada miró con fijeza los ojos de don Iñigo como buscando algun indicio de demencia en el fuego extraordinario que en ellos palpitaba.

—Ya sé lo que V. me mira,—dijo don Iñigo,—pero le aseguro que nunca he estado más en mi juicio que hoy. Se trata,—continuó despues de breve pausa,—de esta hoja que aquí tiene V.,—y le mostró la página 850 de la *Descendencia del hombre* por Darwin.

—¡Ah! vamos, dijo el doctor Alborada soltando una risita,—ya sé de qué se trata.

—Yo me imagino,—dijo don Iñigo,—que esto no es sino una locura.

—No señor, es algo más que locura, es una teoría científica completa: es la verdad, es la última palabra de la verdad.

—¡Cómo!—dijo don Iñigo.—¿Y quién es este Darwin, este hombre Dios que no ha tenido sino dar un soplo al polvo de la historia para descubrir el divino misterio de la creacion?

—¡Ta, ta!... ¡Divino!... El Dios de la ciencia es la molécula. Se une á otra molécula y resulta la vida. La creacion no es un misterio, sino cosa aclarada y conocida. La vida es el matrimonio de dos principios... un dulce himeneo en que hace de suegra la enfermedad...

—Oigame usted,—dijo á esto don Iñigo,—en mis tiempos hubiérase quemado á quien esto pensase.

—Y hoy tambien,—afirmó entre dos risitas el doctor Alborada.—Hoy el que ha tenido sindéresis moral bastante para penetrar esos misterios, se ha tenido que quemar... las cejas. Es una inquisicion moral que en vez de abrasar las carnes de los herejes abrasa las ideas impuras, convierte en humo lo falso y en luz lo verdadero.

—De modo que Darwin..

—Ha descubierto el nudo vital. Somos primos del lagarto y biznietos de un gusanillo de los mares... Ya que usted, respetable señor don Iñigo, me honra con su consulta, he de decirle que el mejor medio de que se resuelva su cuestion es que yo le envie un par de libros de este mismo Darwin, que aunque mal traducidos al castellano, dejan entrever la idea á través del sucio cristal de los solecismos. Estos libros son *La descendencia del hombre* y *Las plantas carnívoras*... Usted verá, V. verá brotar la luz de aquellas páginas. Los misterios que envuelven á V. se disiparán. El mundo tomará un aspecto nuevo. Convencido de que el caballo es su primo, el pájaro su allegado y el gallo su alnado, sentiráse poseido de una inmensa piedad universal y asistirá á la gran fiesta de la naturaleza como á una fiesta de familia.

Hubo despedida afectuosa y cortesana, y don Iñigo se quedó esperando los libros, como un muchacho espera la llave con que ha de entrar en un almacen de juguetes.

VI

Muchas veces sonó el reloj para contar la vida de los hombres. Pasaron tantos dias que un mes entero corrió y el almanaque hizo girar una de sus hojas de plomo, pesadas como losas sepulcrales, ¡enterrando tanta alegría, tanto dolor, tantas existencias!

Ya don Iñigo habia terminado la lectura de *La Descendencia del hombre* y llevaba casi terminada la de *Las plantas carnívoras*. Era de noche. El criado octogenario habia ido en vano á recordarle que la cena estaba presta.

—Bien; no tengo gana.

Encendió su velon de cuatro mecheros y prosiguió la lectura. Dieron las diez y ya le faltaban pocas páginas para acabar su libro. Andaba la noche revuelta y la tempestad se cernia sobre el palacio de Fendovil. El viento, sintiéndose sin fuerza para destruirle, aveníase á estrellar sus inútiles ímpetus en sus fornidos murallones y gruñia en las puertas, golpeaba en las ventanas mal encajadas; silbaba imprecaciones de desafío en los agujeros de las cerraduras, asaltaba los patios y allí corria dando vueltas como loco buscando salida. Y el palacio, inconmovible en su asiento, gallardo en su ciclópea fortaleza, permanecia sereno frente á los ataques del vendaval.

Don Iñigo tuvo un momento de duda y miedo. Algo extraño sucedia á su alrededor. Confundido con el rumor del viento oyó ruido de pasos pesados, sonar de hierros, como si graves masas cayeran con su pesadumbre sobre el piso conmoviéndolo. Volvióse y vió don Iñigo un espectáculo horrible. Vió que los marcos de aquella galería de retratos de sus mayores se movian, que los lienzos, cubiertos de polvo, se rasgaban y los venerables sujetos que allí estaban pintados saltaban á tierra convertidos en carne y hueso. Oyóse un coro de risas fúnebres y sarcásti-



LA COSECHA DE FRAMBUESAS, cuadro por Julio Adam



EL ÚLTIMO CANTO, copia del celebrado cuadro de F. Achin de Arnim

cas: «¡Ja, ja, ja!» El eco se apoderó de esta carcajada, jugó con ella á la pelota en los rincones de la sala, en los cóncavos senos de la escalera, en los salones inmediatos, y todo el palacio rió desmesurada y pavorosamente, y la risa corrió en todas direcciones. Don Iñigo sintió que la raíz de sus cabellos se convertia en la punta de una lezna que penetraba en el cuero y en el hueso. Quedóse espantado, con las manos clavadas en los brazos de la butaca.

Una voz aguda dijo:

—Yo soy el marsupial de que habla Darwin.

Era el conde de Fendovil, tio tatarabuelo de don Iñigo, que murió sin sucesion de peste bubónica y avaricia. Continuó diciendo:

—El marsupial es un bolsillo vivo, dentro del cual se mete á sus hijos, su pasto y todo. Yo he sido el marsupial de la avaricia

Un negro golilla que salió de otro cuadro agitando los vuelos de sus mangas y los pliegues de su talma, dijo:

—Yo soy el murciélago.

—Yo soy el leon, — dijo con voz estentórea el señor de Fendovil IV, haciendo una evolucion con su mandoble que triunfó en Granada y Loja.

—Yo soy la ostra siempre cerrada, siempre metida en sí misma, siempre adherida á la roca,—refunfuñó un fraile mínimo, de la cuarta generacion de don Iñigo, y diciendo se caló la capucha.

Riéndose, riéndose, mostrando una limpia dentadura, un ridículo bigotillo y una espalda algo encorvada, apareció de entre la turba de gritadores caballeros, pajes, damas, soldados, frailes, abates y cardenales, que en la larga sucesion de los tiempos formaron la familia de los Aldelanza de Fendovil, apareció, digo, un viejo verde.

—Yo fuí Cupido, Tenorio, don Juan de Mañara. El amor me coronó de rosas. Yo fuí...

—Tú fuiste el mico,—dijo una voz.

Entónces el ruido creció. Unos decian:—¡Yo fuí el oso, yo el lobo, yo el lagarto!—y una voz femenina de cierta dama cargada de glorias, gritó:—*Ego vulpecula*.

VII

¿Qué es eso? ¿os extrañais de que don Iñigo enloqueciese? Se volvió loco, loco por una eternidad de eternidades. Su demencia consistia en suponerse á ratos leon, á ratos sapo, á veces águila y en tal cual ocasion culebra.

VIII

La primera noticia que de todo esto tuvo el mundo fué por una memoria que escribió sobre tal género de locura el doctor Alborada, el cual sentaba esta tésis en su obra:

«El hombre tiene hasta en su conciencia y en su historia, la certidumbre de que ha sido animal ántes de ser dios.»

J. ORTEGA MUNILLA

MI TIA EDUVIGIS

POR DON A. SANCHEZ RAMON

I

La imágen de aquella excelente viejecita, con su rostro amarillento, apergaminado, con sus ojillos vivarachos que desde el fondo de la profunda órbita dejaban escapar un ardiente destello, con su montaña de cabellos blancos como una cima de los Alpes, va siempre unida al recuerdo de mis primeros años.

Su voz temblona y cascada resuena todavía á mi oido, y aquellas voluminosas cuentas de su rosario, que una á una pasaban en constante desfile por entre sus dedos de transparente blancura... ¡ay!.. aquellas cuentas se deslizan aún en fantástica procesion ante mi vista, en mis crueles é interminables noches de insomnio.

Todo cuanto la pertenecia, todo cuanto la rodeaba, existe perenne para mí... El pesado sillon de alto espaldar claveteado, en donde horas, dias, meses enteros permanecia sepultada por sus dolencias y entregada á sus lecturas ó sus oraciones; las enormes gafas de sólida armadura de hierro, descansando sobre la finísima nariz, que amenazaban aplastar; el grasiento y tantas veces hojeado libro, cuyas místicas lucubraciones proporcionaban abundante pasto á su espíritu; el nudoso báculo en que se apoyaba cuando los tenaces padecimientos daban tregua á su forzado reposo; aquel manojo de llaves siempre fijo á su cintura, eunucos guardianes de cien golosinas cuyo incentivo me atenaceaba... todos estos objetos se muestran á mis sentidos, me recuerdan mi tia, me hablan de ella con una riqueza de detalles, con un colorido tal que la misma realidad no alcanzaria á superarlos.

Huérfano á poco de nacer, abandonado de los demás parientes, tuve la suerte de que mi tia Eduvigis me recogiera, sirviéndome de madre, y compartiendo conmigo la inmensa ternura que le inspiraba un hermosísimo gato negro, para el cual guardaba, no obstante, sus más delicadas atenciones, sus más dulces caricias, y,—¡lo que para mí era mucho más sensible y doloroso!—sus bocados más exquisitos.

El gato y yo nos profesamos una profunda antipatía desde el primer momento en que nos vimos... Digo mal, yo no recuerdo cuando ví por primera vez al interesante felino; me crié á su lado, crecí á su lado, y á medida que uno y otro crecíamos ensanchábase el abismo que el odio iba cavando entre nosotros.

El, con su admirable instinto, habia adivinado en mí un intruso en aquel hogar, cuyas dulzuras le pertenecian por derecho de prioridad; yo, con mi precoz inteligencia y con esa *doble vista* del niño, que raramente suele conservar el hombre, habia comprendido desde luégo que aquel tigre doméstico seria para mí un rival difícil sino imposible de vencer, y cuyas uñas tal vez me perseguirian con encarnizamiento. Puede decirse que mútuamente nos juramos una guerra sin cuartel, y que uno y otro cumplimos con toda fidelidad nuestro juramento.

II

Metido entre aquellas cuatro paredes, sin ver más rostro que el seco y arrugado de mi tia Eduvigis y el no ménos escuálido de una vieja criada que nos servia, sin oir más voces que las ágrias y chillonas que diariamente daba á mi oido un obeso exclaustrado, visita de casa y preceptor mio por añadidura, sin más diversion que la de perseguir constantemente al gato negro, armándole contínuas celadas, en las que agotaba todos los recursos de un ingenio feracísimo para el mal, llegué á cumplir los veinte años. A esta edad, y no obstante el espeso bozo que ya sombreaba mi labio y los desmadejados mechones que, como los de un chivo, ornaban mi semblante, á esta edad, repito, permanecia yo para mi tia tan niño, y por ende tan expuesto á las asechanzas del mundo como en la época en que me recogió. Su vigilancia sobre mí, léjos de hallar tregua, era cada dia mayor, y la disciplina á que me sujetaba, más inflexible y más severa. Teníame prohibido, bajo pena de incurrir en su enojo, que no sé hasta qué extremo hubiera podido llegar, salir á la calle, excepto en dias é instantes extraordinarios que el fraile ó ella marcaban segun su capricho, en lo cual, ciertamente, no eran muy pródigos. Inútil me parece decir que las amistades (que por otra parte me era imposible buscar) me estaban igualmente vedadas; que las lecturas se reducian á la *Vida de los Santos*, que ya me sabia de memoria, y por último, que la palabra *teatro* hacia en aquella casa el efecto de una blasfemia, por lo cual, si acaso la habia oido en alguno de mis extraordinarios paseos, me guardaba muy bien de pronunciarla.

Régimen tan estrecho, en perfecta consonancia con la educacion y el carácter de mi tia, léjos de domeñar mi espíritu y apagar sus fuegos, como pudiera creerse, no hizo más que exacerbarlos. Bajo la apariencia humilde de un novicio, adquirida por el contacto de aquella exigua sociedad tan aferrada á sus principios, ardia en mi pecho toda la lumbre de un infierno, y de vez en cuando relampagueaba en mis ojos la misma chispa que encendió los de Lucifer al ser precipitado en el abismo... ¡La chispa infernal de la protesta!

Yo protestaba sin saber de qué, yo anhelaba *algo*, pero no sabia qué... El mundo se concretaba para mí á aquellas dos viejas, siempre rezando y siempre gruñendo; á aquel fraile displicente, cuya palabra me habian acostumbrado a escuchar como la de un oráculo, y en cuyos gruesos labios no se dibujaba nunca una sonrisa, y por último, á aquel odiado carnicero, maulon y perezoso, causa primordial de mis inquietudes y de los castigos que sobre mí llovian. Amistades, placeres, espectáculos, amores, ¿qué era todo esto?.. Muchos años trascurrieron ántes de que estas palabras sonaran á mi oido, y muchos más hasta que llegué á formar completa idea de su significado.

No obstante, una fuerza de intuicion que en vano trataria de explicar, obraba dentro de mí, impulsándome incesantemente á desprenderme de aquel yugo y volar á otras esferas más amplias, más llenas de colores, más en armonía con mi temperamento é inclinaciones. Mi corazon era presa de una lucha horrible; mi alma se sometia á un martirio insoportable... Mis pensamientos, negros como el mal que de mí se habia enseñoreado, no forjaban sino planes terribles de inconcebible perversidad, que á mí mismo me espantaban. Traté de rechazarlos, y no pude; ántes bien me aguijoneaban con tan fiera constancia que al fin, rendido, dominado por ellos, acabé por someterme á su fatal influjo... Una fiebre continua me devoraba, fiebre que, abrillantando mis pupilas, hacia asomar á ellas todo el fuego en que lentamente se consumia mi corazon.

¿Debo decirlo?.. ¿Cómo expresar, sin que la vergüenza me queme el rostro, sin que el desprecio de mí mismo me envilezca, cómo expresar el sentimiento que se apoderó de mi alma y que desde aquel instante fué el único guia á que se abandonaron mis pasiones por tanto tiempo comprimidas?..

Confesarlo será, para mí, tormento y expiacion de mi delito. Aun cuando la ingratitud no tenga más testigo que el miserable que la abriga, la ingratitud será siempre el hierro infamante, marcado sobre la conciencia... El propio pensamiento la rechaza; el propio corazon, humillado, se revuelve contra ella... ¡Yo fuí ingrato!.. Yo odiaba á mi tia.

III

Habia en la casa un buhardillon lleno de trastos y de cachivaches, al cual me retiraba siempre que podia, huyendo de las continuas impertinencias de la anciana y de la mirada inquisitorial del fraile, que pesaba sobre mí como una losa de plomo.

Allí, recostado en el alféizar de una ventana que daba salida á un tejadillo, pasaba horas enteras, con el Kempis ó con el Perrone abierto al azar y caido sobre las rodillas, escuchando en éxtasis delicioso los lejanos rumores de la multitud que circulaba por las vecinas calles, contemplando con arrobamiento los extensos campos de aquel cielo que se perdia en un horizonte luminoso y que cruzaban con infatigable actividad miríadas de seres que, más dichosos que yo, tenian alas para huir y para cernerse léjos del alcance de los hombres. Era aquella una delectacion dulcísima, llena de encanto; un sueño delicioso, durante el cual mi espíritu sucumbia á ese desfallecimiento, á la vez penoso y agradable, que ocasiona la nostalgia del prisionero. Momentos hubo en que, olvidado completamente de mi situacion y de mis dolores, llegué á creerme libre, en absoluta posesion de aquel espacio que me brindaba con sus tibias ráfagas y con su extension infinita.

Estos son los más hermosos recuerdos que guardo de mi juventud, recuerdos que constituyen otros tantos *oasis* perdidos en el árido desierto de mi existencia.

Un dia, soñaba yo como de costumbre, y, como de costumbre tambien, rodaba el libro por el suelo. Mi imaginacion, sobreexcitada por aquellos indefinibles ensueños de los veinte años, cabalgando en alas de mis deseos, más indefinibles aun, tan vaga era su forma, me alejaba en aquel instante millones de millones de leguas de mi tia, del exclaustrado y de la vieja doméstica que compartia con nosotros el fastidio de aquella automática existencia.

Para completar aquella especie de lúcido sonambulismo que de mí se habia apoderado, multitud de celestes imágenes, dotadas de un atractivo irresistible, surgieron rápidamente ante mi vista, y entre ellas una más dulce, más seductora que las demás... Era una jóven esbelta, cuyo talle ondulaba en elegantes giros como una columna de vapor; sus labios sonreian; sus ojos, de color de cielo, despedian brillantes fulgores, y los últimos rayos del sol poniente, enredándose en sus cabellos de oro, le formaban una diadema centellante.

Temiendo que la vision desapareciera, permanecí inmóvil y como extasiado, contemplándola...

La sorpresa, el encanto, la seduccion de tanta belleza me tenian como enclavado en aquel sitio, víctima de un anhelo, de una emocion que anonadaban mis sentidos. De pronto, un pesado bulto chocó contra mi espalda, haciéndome vacilar, y el gato negro pasó como una flecha, perdiéndose en el tejadillo... Antes de que me repusiera de semejante acometida, apareció mi tia Eduvigis, que apoderándose de una de mis piernas, de la cual tiraba sin compasion, gritaba con estridente y colérica vocecilla:

—¡Cómo, insolente!.. ¿Es así como se estudia?

Una argentina y sonora carcajada estalló al mismo tiempo en una azotea frente por frente de la buhardilla, y yo caí rodando al suelo desde mi ventana y desde la alta cima de mis doradas ilusiones.

IV

Aquella ridícula aventura produjo en mí tal efecto y tan hondas raíces habia dejado en mi alma la dulce aparicion que tan súbito me sedujera, que desde aquel dia, fingiendo para los que me rodeaban un cariño, un respeto, una sumision que no sentia, comencé á fraguar planes á cual más atrevidos para llevar á cabo mi emancipacion y mi venganza.

Oprimido por una angustia mortal, avergonzado por aquella dependencia humillante, impaciente, sediento por contemplar aquella mujer, aquel ángel que de léjos me habia sonreido y que habia presenciado mi derrota, mis dias se deslizaban con inconcebible lentitud, y cada hora, cada instante, arrastrábase para mí con la pesadez de siglos...

Habian redoblado la vigilancia en torno mio, y tanto mi tia Eduvigis como el exclaustrado competian en dureza y severidad para tratarme. En cuanto al acceso á la buhardilla, me estaba absolutamente prohibido.

No obstante, una tarde en que mi tia dormitaba en su sillon y la vieja criada habia salido, no sé adónde, me ocurrió la idea de forzar, valiéndome de un grueso clavo, la cerradura que me impedia llegar hasta la ventana donde tantos ensueños habia forjado. Animado por una fuerza desconocida que hasta entónces no habia sentido obrar sobre mí tan violentamente, puse por obra mi propósito, y el éxito no pudo ser más satisfactorio. ¡Con qué curiosidad, con qué avidez, con qué hambre, puede decirse, se clavaron mis ojos en la azotea de enfrente!.. La misma cabeza rubia, los mismos brillantes ojos de la otra vez, surgieron resplandecientes de hermosura ante mi vista deslumbrada. La emocion, la sorpresa, arrancaron un grito ahogado á mi pecho y extendí los brazos hácia aquella figura celestial, cuyos contornos se dibujaban delante de mí; pero al mismo tiempo, un estrépito horroroso, indescriptible, sonó en la buhardilla, paralizando mi sangre en las venas, y el gato negro, derribando los polvorientos muebles allí hacinados, saltó á la ventana, emprendiendo por aquellas alturas sus correrías.

(Continuará)

EL AMOR QUE ASESINA

TRADICION MADRILEÑA

(Conclusion)

—¡Mírame, mírame!—exclamó doña María, relampagueándole de una pasion sobrenatural los ojos;—¿no es verdad que yo soy muy hermosa?

Y le miraba trasportada, y se descubria la tentadora y hermosísima garganta.

Y don Pedro, á pesar de la oscuridad de la noche, la veia como iluminada por un resplandor lívido.

—¡Ah! ¡mia en la vida ó en la muerte!—exclamó ya de todo punto enloquecido.

Doña María le sonreia, le insultaba, le abrasaba.

—¡Mátame!—le decia, —yo no quiero ir á desesperarme á ese convento maldito, yo no puedo, no quiero ser tuya mas que en la eternidad; ¡tú no me amas! ¡tú eres un cobarde! ¡yo te pido como un favor la muerte y tú no me la das! ¿no oyes que yo no tengo valor para matarte y matarme? ¿por qué dudas? ¡ah! ¡tú eres despreciable! ¡yo me he engañado! ¡tú no me amas! ¡yo te olvidaré! ¡volveré mi corazon á Dios y en el convento seré feliz!

—¡Oyeme!

—¡No! ¡yo te desprecio! me vuelvo á mi casa y mañana al convento.

Y se dirigió á la puerta.

—¡No!—dijo don Pedro, —¡pues que no quieres ser mia, no serás de las monjas! ¡no! ¡espera! ¡ven!

—¡Aparta!

—¡Ah, no!—gritó don Pedro en el punto en que su enloquecida doña María tocaba al llamador.

Un vértigo horrible se habia apoderado de aquel hombre.

Doña María le provocaba, le irritaba.

Fuera de sí, echó mano á su daga y la hirió.

—¡Ah! —exclamó ella con un horrible acento de alegría.—¡Tú me amas! ¡yo soy tuya!

Y cayó en sus brazos.

Le asió con las dos manos la cabeza y le besó en la boca.

Y entre tanto la sangre salia á borbotones de su seno.

—¡Ah! ¡maldita sea la hora en que nací! —murmuró don Pedro, tardiamente arrepentido.

—¡Ah, no! ¡no te maldigas cuando conseguimos toda la felicidad que teníamos sobre la tierra! ¡mira, yo te amo! ¡muero amándote! ¡mi sombra estará siempre contigo! ¡yo aborrecia la vida! ¡yo queria que me la quitases tú! ¡pero huye! ¡sálvate! ¡tú no me olvidarás nunca! ¡yo te esperaré en la eternidad!

La sangre la ahogó y no pudo decir una palabra más. Se desplomó entre los brazos de don Pedro.

Habia muerto.

—¡Ah monjas terribles! —rugió don Pedro:—¡vosotras la queriais! ¡vosotras la tendreis!

Y volviendo á acometerle un vértigo de sangre cortó con su daga la cabeza á doña María, la cogió por los luengos cabellos y dió á correr y no paró hasta que llegó al convento de Góngora.

Habia en él un torno que daba á la calle y que servia para los niños expósitos que madres desventuradas confiaban á la caridad de las monjas.

Don Pedro llamó al torno.

Contestó la tornera.

—¡Ahí teneis la criatura que tanto habeis deseado para vuestro convento, fundado con mi oro! —dijo.

Y dió la vuelta al torno.

Poco despues se oyó dentro un grito de espanto, al que siguió una horrible carcajada de don Pedro.

Luégo dió á correr desalentado lanzando de tiempo en tiempo carcajadas espantosas.

Le encontró una ronda, y al verle sin sombrero, sin capa y todo ensangrentado, le prendieron.

Interrogado por el alcalde confesó su crímen.

Algun tiempo despues fué ahorcado en la plaza Mayor.

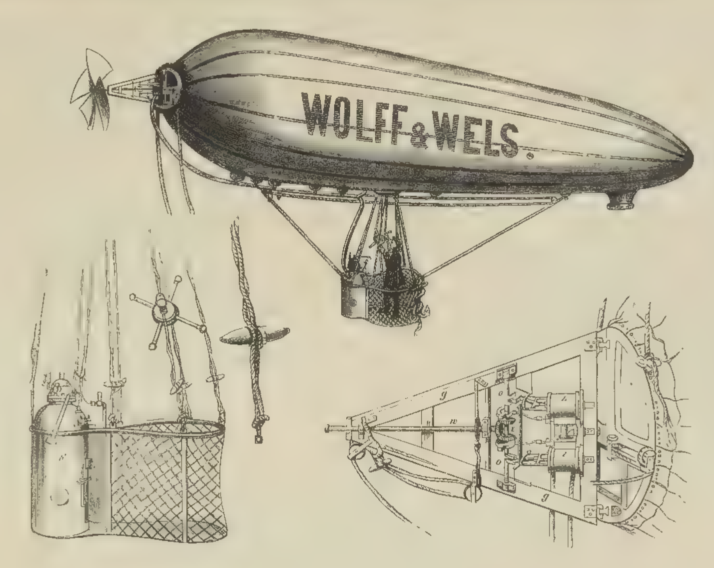
Le cortaron la mano derecha, la frieron en aceite, para que se conservase, y la clavaron en la esquina donde aparecia su retrato y junto á él.

Mucho tiempo permanecieron allí el retrato y la mano.

Al fin desaparecieron.

Pero por aquella horrible tragedia le quedó á la calle el nombre de calle del Soldado.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.



EL GLOBO DIRIGIBLE DE WOLFF

LA SENSIBILIDAD Y LOS SENTIDOS

IV

Idea general de los sentidos

Sometido el cuerpo humano en su estado normal á la influencia de una causa externa (los rayos del sol, la explosion de la pólvora, etc.) ó interna (la acumulacion de la sangre en el cerebro ó en el corazon), se produce en él una modificacion llamada *impresion*, seguida de un estado de conciencia, que denominamos *sensacion*.

¿Cómo se produce primero la impresion y despues la sensacion?

Mediante los sentidos, llamados por la sabiduría popular «ventanas por donde el alma comunica con el mundo exterior.»

Es necesario, ante todo, ampliar la significacion restringida que habitualmente se da á los sentidos, entendiendo que sólo nos impresionan las influencias exteriores ó interiores, cuando son recibidas en aparatos especialísimos como sensaciones diferenciadas y localizadas.

Fuera en tal caso nuestro organismo corporal asiento mecánico, base estadiza de aparatos funcionales, cuya cualidad intrínseca permaneceria extraña para las demás partes del cuerpo.

Acontece precisamente lo contrario; así es que bajo la denominacion general de sentidos debemos comprender en primer lugar todo el organismo sensible, que tiene cualidad general para afectarse de los objetos que le rodean é impresionan.

Es el cuerpo nuestro primero y más total sentido, ya que se halla formado por un sistema de instrumentos destinados á concentrar en el alma las influencias de las impresiones exteriores y recíprocamente á distribuir sobre los objetos externos la accion del alma. Representa pues el cuerpo, con esta su impresionabilidad general, realidad intermedia entre el alma y el mundo exterior. Apénas si carecen de dicha cualidad más que aquellas secreciones ó residuos que como los cabellos y los extremos de las uñas sólo son impresionables en sus raíces y adherencias al organismo.

La dérmis y la epidérmis exterior é interior de nuestro cuerpo es más ó ménos impresionable segun el grado de comunicacion en que se halla con el medio ambiente. Cuanto más constante es la comunicacion de nuestra epidermis con la atmósfera circundante, menor es su impresionabilidad y vice versa. Así, por ejemplo, son ménos impresionables la cara y las manos, por hallarse constantemente á la intemperie, que las plantas de los piés y la parte inferior de la articulacion del brazo con el tronco del cuerpo. En estas dos últimas partes se siente el cosquilleo, que es una impresionabilidad en trepidacion, capaz,[1] como dice Gratiolet, de producir la muerte. De modo que, efecto de aquella ley á que tiende la sensibilidad, la del equilibrio, cuando el cuerpo se pone en comunicacion constante con el exterior, amengua la excitabilidad del sistema nervioso sensitivo, aumentando el desarrollo del muscular. Y se nota que aquellos que andan descalzos crian callos en las plantas de los piés y no sienten el cosquilleo.

Significativas por demás son las contestaciones anecdóticas de aquel que declaraba, cuando le preguntaban si no tenia frio, que de lo que carecia era de capa, y del otro harapiento que aseguraba, ante la horrible miseria que le obligaba á ir desnudo, que «su cuerpo todo era cara,» habiendo adquirido por consecuencia en la parte exterior de su organismo la relativa insensibilidad que todos los hombres tenemos en nuestra fisonomía.

Considerando todo el organismo como sensible, referimos á él en primer término lo que se llama el *sentido comun vital*, asiento de aquellas sensaciones generales, que no se localizan, ni adquieren carácter específico, el hambre, la sed, el cansancio, etc. Cuando la sensacion se fija determinadamente en una parte del cuerpo, se constituye lo que denomina Delbœuf *órgano adventicio* de la sensibilidad, patente sobre todo en algunas afecciones locales del organismo, bien sean fisiológicas, bien patológicas. De las primeras son ejemplo las sobreexcitaciones nerviosas de algunos individuos ante ciertos espectáculos y de las segundas los granos, tumores, etc. Cuando persiste la localizacion y se diferencian específicamente las impresiones recibidas, llega á ser *órgano permanente* y por último *específico* ó aparato especial.

Resultan pues los llamados sentidos corporales aparatos especialísimos, que diferencian las impresiones exteriores mediante una estructura individualizada por efecto de un *estímulo especificado*. Dice Bernstein que las terminaciones del nervio óptico no pueden ser excitadas sino por ondas luminosas y así de los demás sentidos. Y de ello es ejemplo el golpe recibido en un ojo, percibido primeramente como una ráfaga de luz (ver las estrellas que se dice ante una contusion fortísima). En suma, que ni vemos con los oidos, ni oimos con los ojos, salvo siempre el auxilio que, merced al fondo comun de la sensibilidad general, se prestan los sentidos, sustituyéndose en parte unos por otros. De esta sustitucion hemos citado ya ejemplos en los ciegos que suplen la vista por el tacto y se pueden observar más acentuados entre los dos sentidos del gusto y del olfato tan íntimamente unidos que se ha podido decir que el «olfato es un gusto que se ejercita á distancia.» Se ha notado en efecto que casi todas las sustancias de olor desagradable (con raras excepciones) son al mismo tiempo nocivas á nuestro organismo, sirviendo el primero de celoso guardian al gusto.

Conocido es el número de nuestros sentidos corporales por el de aquellas sensaciones que se localizan, diferenciándose de una manera específica. El tacto es el sentido más generalmente extendido por toda la superficie exterior é interior de nuestro organismo, sin que se conciba su ausencia total, aunque sí referida á determinadas partes del cuerpo, segun se observa en el paralítico. El gusto y el olfato son órganos adheridos al servicio casi exclusivo de la vida vegetativa ó de nutricion. Consagrados singularmente al sostenimiento del organismo, sólo faltan temporal ó parcialmente en el sér sensible, acusando siempre algun estado patológico. La vista y el oido, órganos más libres y ménos adheridos á la conservacion del cuerpo, como que sirven para la vida de relacion en la ciencia y en el arte, pueden faltar á algunos individuos desde su orígen (sordo-mudos y ciegos de nacimiento) ó por efecto de algun accidente, aunque nunca faltan, como ninguno de los demás sentidos, á todos los hombres, pues en tal caso, segun dice Aristóteles, careceria la humanidad de todo un órden de conocimientos.

Hablaban Lammenais y Voltaire con aire zumbon de un sexto sentido, que faltaba á los hombres, quizá refiriéndose á la ausencia del sentido comun, que, segun frase ingeniosa, es el ménos comun y el más raro entre los individuos.

Nadie podia presumir en aquel tiempo que la frase burlona de Voltaire se habia de convertir más que en una opinion probable en una verdad positiva.

Y sin embargo, así ha sucedido, pues la Fisiología moderna admite y patentiza la existencia de un *sexto sentido*, llamado muscular, de motilidad, esfuerzo ó resistencia.

Presentido y casi adivinado por Maine de Biran, que lo referia á condicion primaria para la percepcion del yo prueba hoy la Fisiología, con experimento bien sencillo, la existencia real del sentido muscular.

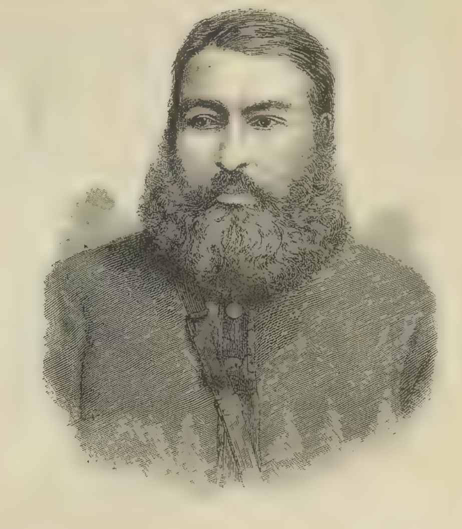
Si cerramos los ojos y recibimos un peso en cada mano (colocados en platillos ó envueltos en una sustancia que los aisle y nos impida percibir, mediante el tacto, su índole y volúmen), apreciaremos con muy ligeros tanteos ó ensayos cuál es el de mayor peso. Prueba irrefragable de que nuestros músculos son aptos para sentir y mediante ellos nuestro espíritu percibir el esfuerzo ó resistencia.

Algunos suponen, sin decidirse á admitir este sexto sentido, que su pretendida existencia procede del concepto dinámico (que sustituye al mecánico), segun el cual se estudia hoy la naturaleza, pero es indudable que las sensaciones musculares pueden llegar á ser *específicas* y *localizadas*, que son los caracteres que distinguen las afecciones de los sentidos corporales de las propias del sentido comun vital.

Con esta sensibilidad general del organismo y específica de los sentidos corporales se halla en íntima conexion el *sentido interno*, fantasía ó imaginacion, que recibe todas las sensaciones, copiándolas más ó ménos fielmente en la *representacion*. Se efectúa la representacion (copia, imágen, tipo, fantasma de los escolásticos, etc.) en virtud de la inmediata continuidad de la fantasía con el sistema nervioso neuro psíquico (asiento de la sensibilidad general y específica del organismo) y con las formas en que los objetos sensibles nos afectan, ó sea, el espacio, el tiempo y el movimiento.



LORD DUFFERIN, virey del imperio anglo-índico



ABD-UR-RHAMAN, emir del Afghanistan

No son estas formas sensibles exclusivamente propias del organismo y del medio exterior, sino que existen tambien, aunque con el carácter propio de ser más libres, en el mundo interior de la fantasía.

El cálculo imaginario, el punto matemático, el esquema de las paralelas son conceptos abstractos, que se concretan en el *espacio interior* de la fantasía, sin correspondencia con lo exterior. Las horas que nos parecen siglos, los minutos que se nos antojan años, los rápidos instantes de placer son apreciaciones cualitativas del *tiempo interior*, que no tienen nada que ver con el ritmo inalterable del natural ó cósmico.

Sucedido ó inventado no excede los límites de la verosimilitud el caso que se refiere de un individuo que fué puesto en capilla porque le condenaban todas las apariencias é indicios como autor de un asesinato, y despues de unas horas en tan duro trance salió absuelto, cuando se habian obtenido pruebas inconcusas de su inocencia. Pero salió de aquel lugar del suplicio con el cabello cano, con arrugas en la cara y con un aspecto de vejez, de que carecia ántes. En aquellas pocas horas habia vivido en su tiempo interior toda una edad.

Merced á estas formas interiores es la fantasía la que recibe el eco y la resonancia de la modificacion sensible. Ejemplos de ello son las representaciones que formamos en el mundo interior de cuantos objetos nos afectan exteriormente (personas que hemos visto, lugares que hemos visitado y paisajes que hemos recorrido).

Podemos pues señalar este hecho innegable: todas las modificaciones que nos ofrece la sensibilidad exterior llegan á nuestra conciencia mediante las imágenes ó copias que de ellas forma la fantasía. Pero además la actividad del alma y sus fenómenos son interiores y terminan en la fantasía (ejemplo el paralítico) y si ésta no se hallara en inmediata union con el sistema nervioso, no podria expresar al exterior, como lo hace, los fenómenos internos, de lo cual se infiere este otro hecho tambien innegable: nuestros estados ó fenómenos anímicos llegan á manifestarse exteriormente mediante la fantasía y su union con el sistema nervioso.

Se explican ambos hechos mediante la relacion recíproca de la fantasía con la sensibilidad general y específica del organismo, pareciendo de este modo que la fantasía, mundo intermediario entre lo psíquico y lo fisiológico, espiritualiza lo corporal y corporaliza lo espiritual. Este mundo intermediario constituye la vida del arte.

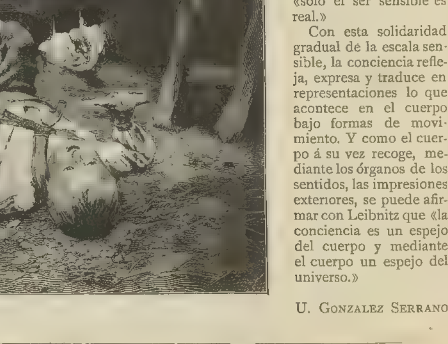
Las representaciones, informadas por la imaginacion con cierta virtualidad, sobre todo por la creadora, pueden declinar á veces (cuando la imaginacion obra por sí misma y sin atender á la racionalidad y contrapeso de las demás facultades), rompiendo la regularidad de la vida, bajo cuyo aspecto fué llamada la imaginacion *la loca de la casa*.

Pero rectamente dirigida la imaginacion puede tener una aplicacion fecundísima, en la ciencia popularizando y dando relieve escultural á sus verdades, en el arte prestando universalidad á la contemplacion de la belleza, y en moral y religion, poniendo la realidad supra-sensible al alcance de todas las inteligencias y de todos los corazones.

Así concebida la sensibilidad, comprendiendo en ella desde el acto rudimentario de la irritabilidad inconsciente hasta las más sublimes emociones de la religion y del arte, se justifica la afirmacion de Feuerbach «sólo el sér sensible es real.»

Con esta solidaridad gradual de la escala sensible, la conciencia refleja, expresa y traduce en representaciones lo que acontece en el cuerpo bajo formas de movimiento. Y como el cuerpo á su vez recoge, mediante los órganos de los sentidos, las impresiones exteriores, se puede afirmar con Leibnitz que «la conciencia es un espejo del cuerpo y mediante el cuerpo un espejo del universo.»

U. GONZALEZ SERRANO



LA ACOMETIDA

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRATICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. *Cerámica*, 1 tomo. *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

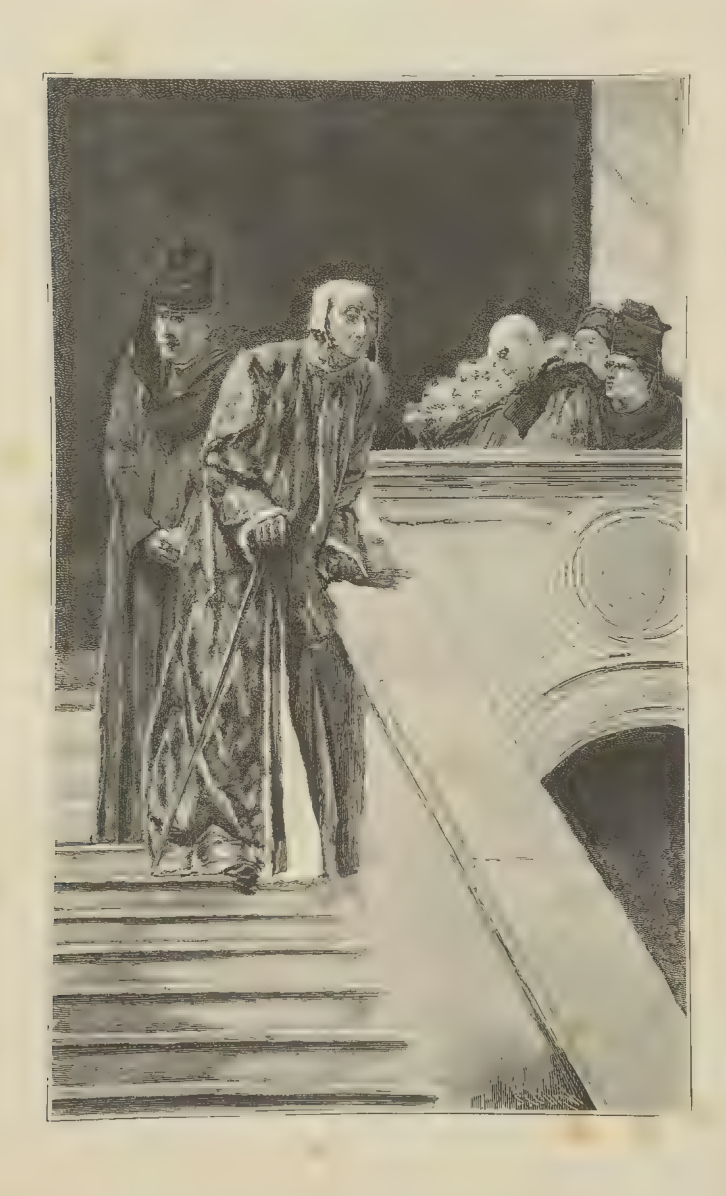
IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV ↞ BARCELONA 15 DE JUNIO DE 1885 ↠ NÚM. 181

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



FÓSCARI ABANDONANDO EL PALACIO DUCAL, acuarela por J. Villegas

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Por cesion.—Zorrilla en la Academia.—El Corpus de hoy y el de ayer.—El padre de Víctor Hugo.—El cólera.—El doctor Ferran.

Costumbre es entre la gente del pelo trenzado que, cuando por cualquier accidente de la lidia se inutiliza uno de los primeros espadas, el último toro le mata, por cesion del que por turno le corresponde, el sobresaliente que los carteles antiguos llamaban medio espada y los aficionados conocian por medio-cuchara.

Con este, como matador que es sin alternativa, suele ser siempre indulgente el público, contentándose á falta de arte con buena voluntad y tolerándole una lidia que á un diestro de reputacion no consentiria. Algo de esto me ha sucedido á mí hoy. Un repentino viaje de mi queridísimo amigo Ortega Munilla, pone en mis manos indoctas los *trastos* de escribir esta *Revista de Madrid*, y como sé que con otra salvaguardia no cuento que con la benevolencia de los lectores de la ILUSTRACION, ante todo me dirijo á ellos con la *montera* en la mano, para *brindarles* un trabajo en que sólo mi buena intencion han de ver.

***

Por fin, el señuelo estaba tan bien puesto, de tantas flores se adornó la alambrada portezuela que el ave canora, que desde el año de 1848 venia huyendo de las prisiones de la jaula, ha caido en ella. Al audaz cantor de *Don Juan Tenorio* y de *Don Pedro el Cruel*, debia por fuerza parecerle estrecho calabozo una casa que como la *Academia Española*, rindiendo culto á tradiciones de orígen y á necesidades de su mision, ántes prefiere la fria preceptiva de Boileau á los arranques de genio de Shakespeare y de Víctor Hugo, y se ha pasado cerca de cuarenta años sin abdicar de sus ideas de fiera independencia. Sólo cuando la nieve de los años ha enfriado un tanto los ardores de su fogosa juventud, se ha resignado á trocar las verdes palmas que le dieron un dia sombra en los pensiles de Granada por las bordadas en oro que engalanan la casaca de las vueltas verdes.

Don José Zorrilla, el poeta más genuinamente español de nuestra edad, acaba de ingresar en esa especie de cuartel de inválidos que tienen las letras patrias en un rincon de la calle de Valverde. El insurrecto de siempre, se ha acogido á indulto, al fin ha tenido que rendirse; pero su vencimiento ha tenido todos los honores concedidos á los valientes. Como aquellos soldados de nuestros tercios de Flandes é Italia, al abandonar la plaza sitiada ha salido á tambor batiente, con mecha encendida y bala en boca.

Para demostrar que cede, pero que no se da por derrotado, su primer acto en la Academia ha sido una transgresion del uso establecido. El discurso de recepcion del domingo 31 de mayo está escrito en verso. Esto no es completamente nuevo, pero se aparta de la costumbre En 10 de marzo de 1744 habia hecho lo mismo en su *Oracion panegírica y jaculatoria* el carmelita descalzo Fray Juan de la Concepcion, y más recientemente le habia imitado D. Ramon Campoamor en su *Necrología de don Luis Gonzalez Brabo*

Pero no es esto todo; el discurso del nuevo académico no sólo en la forma sino en el fondo se sale de los moldes. En vez del desarrollo de un tema filológico ó literario es una modesta biografía y una humildísima confesion de lo que él llama sus errores. Desde este último punto, con todo el respeto que el ilustre poeta nos merece, no podemos ménos de decirle que se ha equivocado.

El poco aprecio con que mira sus propias obras hace en él el mismo efecto que hace la vanidad en los que estiman en más de lo que valen las suyas: le ciega. Decir á una generacion que ha tenido idolatría por sus versos, que *Margarita la Tornera*, que *A buen juez mejor testigo* y *El capitan Montoya* es una *poesía inodora,*
rítmica y musical, mas sin ideas,
sacrilegio es que sólo á él puede tolerársele.

La idea más alta, la principal idea que tiene el arte es la realizacion de la belleza y no la resolucion de ecuaciones de segundo grado. Discuta en buen hora si la Real Academia Española cumple con su mision al conceder un sillon vacante, no al que pueda prestarle mayores servicios sino al que con más relevantes méritos literarios cuente, y entónces quizá estemos en parte conformes con sus apreciaciones Pero miéntras la medalla que acaba de ceñirse á su cuello represente, ántes que todo, una recompensa al talento, sólo le diremos que para estar por fuero propio allí, habrá álguien que con tantos méritos como él cuente, con más ninguno.

***

Ni nuestra manera de ser, ni nuestros trajes mismos se prestan á dar á las procesiones aquel carácter de ostentacion y de magnificencia que debieron tener en otros dias. La del *Corpus* ha salido este año como todos, no ya de aquel templo de la Almudena, que con el dolor que la nostalgia del pasado produce vimos derribar hace unos cuantos años, sino de la vecina iglesia del Sacramento, y ha paseado la larga fila de sobrepellices y uniformes que preceden, subsiguen y rodean á la cincelada custodia bajo los tradicionales toldos de anjeo con que el Ayuntamiento defiende la carrera de los ardientes rayos del sol de junio.

Todavía las damas acuden á la calle Mayor y á la de Carretas á lucir sus galas y á buscar las miradas de los galanes; pero ya la procesion no es otra cosa que un incidente de la vida ordinaria al que se le da ménos importancia que á la corrida de Beneficencia ó á la inauguracion de los Jardines del Buen Retiro.

La poética gala de los tiempos de la Casa de Austria pasó para siempre. Entónces el del Corpus era un dia en que se venia pensando desde un mes ántes en las modas nuevas que pondria la *Tarasca*, maniquí de madera que recorria las calles ostentando el figurin que ahora nos da *El Salon de la Moda,* en tal balcon que se habria de alquilar para ver la corrida de toros en la Plaza Mayor, ó en el puesto que nos corresponderia para asistir á la representacion de un auto de Lope ó de Calderon, que al aire libre ejecutaban las más renombradas compañías de farandaleros de los corrales de la Pacheca ó de la Cruz.

Hoy la cosa ha variado de aspecto. La procesion del Corpus no es más que un acto oficial para unos y una de tantas maneras de exhibirse para otros. Hasta el paseo que por bajo de los toldos era costumbre hacer, se va haciendo cada dia mas breve. El concierto de la tarde, los preparativos para oir á la Judic ó el asistir á prodigar nuestros aplausos á Lagartijo y á Frascuelo absorbe nuestra atencion. La asistencia á la solemnidad religiosa no queda en nosotros mas que como un tributo rendido á la tradicion. A otros tiempos, otras costumbres. Así como Felipe IV mostraba á los ojos del protestante príncipe de Gales la aparatosa ostentacion de nuestro fanatismo religioso, haciendo desfilar por ante sus ojos millares y millares de frailes, nosotros hacemos gala de nuestra indiferencia. Para ciertos moralistas trasnochados aquella era la verdad; para ciertos filósofos modernos la verdad es esta; para nosotros lo son las dos y no lo es ninguna. Como cada siglo tiene sus trajes, el pensamiento tiene sus atavíos.

***

A Madrid han llegado tambien los ecos del duelo que ha embargado á Paris. Los funerales de Víctor Hugo han preocupado á Europa entera, y la corte de España, el país en que tal vez recibió los primeros gérmenes de cultura el genio de la Francia moderna, no podia ménos de asociarse al dolor general.

Los periódicos todos han llenado sus columnas de biografías, juicios críticos y fragmentos de las obras del campeon del romanticismo. En uno de ellos hemos visto un retrato del general Hugo, padre del poeta y gobernador de esta M. H. villa en los tiempos del rey José.

Aquel rostro apacible y bondadoso que nuestros abuelos debieron mirar con el odio con que se mira siempre al invasor, se contempla ahora con veneracion y con respeto por nosotros. Todo esfuerzo generoso tiene su recompensa. La serenidad de alma que los versos del poeta nos ha infiltrado, ha convertido nuestro rencor en lágrimas que han ido á refrescar la tumba del que le dió el sér.

Las fronteras que un conquistador por talento y audacia que tenga no puede franquear, las borra un rimador cualquiera con tal de que su frente esté iluminada por la llama de la inspiracion.

Napoleon no pudo hacer suya á España. Víctor Hugo la ha hecho hermana de la Francia.

***

Sobre todas las preocupaciones, sobre la misma política, que es la más arraigada hoy, existe una en estos momentos que nos lo hace olvidar todo. El espíritu de conservacion con su innato egoismo nos preocupa de tal manera que nadie está exento del temor que embarga todos los ánimos.

La palabra fatídica ha resonado en el espacio. El cólera, ese temible viajero que desde las orillas del Gánges se obstina en hacer su visita anual á Europa, se dice que se ha puesto en camino. El mal recibimiento que se le hace siempre, no le desanima

Hoy existe á la par que el miedo una esperanza. La inoculacion del doctor Ferran puede llegar á ser el cañon que defienda las fronteras del terrible invasor.

El sabio médico como todos los innovadores, encuentra obstáculos. ¿Vencerá? Colon sin encontrar un nuevo mundo, hubiera sido un loco. Una vez encontrado, es la admiracion de la humanidad

ANGEL R. CHAVES

NUESTROS GRABADOS

FÓSCARI abandonando el palacio ducal,

ACUARELA POR J. VILLEGAS

Como composicion encontramos algo fria esta obra; como ejecucion pocas en su género la igualan, ninguna la aventaja. No cabe mayor firmeza, mayor seguridad, mejor manera de dar color á unas figuras y luz á un cuadro.

Sin que nadie haya puesto debajo de él: «hé aquí una obra maestra», el público que visita el Museo Martorell se detiene ante la acuarela de Villegas, dominado por el atractivo especial, comun, irresistible del verdadero mérito.

EL ÚLTIMO REMEDIO, cuadro por Bodenhausen

Cuando la medicina se declara en derrota en su lucha con ciertas enfermedades incurables, cuando el mal está en el alma y no en el cuerpo, cuando el doctor comprende que los remedios de la botica mortifican al paciente sin aliviarle, cuando á la vista de la nueva pócima, cada dia variada, el enfermo sonrie tristemente y eleva la mirada al cielo como apelando ante Dios de la petulante ignorancia de los hombres; el galeno más curtido se encuentra en el caso de ordenar una de estas dos cosas.

O bien que preparen espiritualmente al enfermo, ó bien que éste cambie de aires por mucho tiempo. Lo primero hace el médico que quiere salvar un alma; lo segundo hace el médico que quiere echarse el muerto fuera. El médico de la enferma que reproduce nuestro grabado, pertenece á los de esta última clase.

Hé ahí, pues, á nuestra jóven desterrada facultativamente de su hogar, errando solitaria por el campo, este campo que es tan bello siempre cuando el que disfruta de él tiene delante de sí un horizonte lleno de luz, de vida, de esperanza; pero que, á causa de la breve existencia de sus galas, recuerda lo efímero de la juventud y el fácil tránsito de la primavera florida al otoño agonizante...

No se necesita ser muy lince para comprender que la enferma del cuadro padece de ese mal horrible, misterioso, mortal, que aniquila el cuerpo y ántes que al cuerpo aniquila la alegría, la expansion, el calor de la juventud entre la cual escoge sus víctimas. Hé aquí la causa de ese paseo solitario, de ese emponzoñado bienestar que experimenta la jóven de nuestro cuadro, que languidece y muere, entre las sombras de la noche, como Zelika á la sombra del funesto manzanillo.

¡Pobre niña!... Tan jóven y ama la noche, el silencio, la soledad; cuanto tiene conexion con el sepulcro... El campo está en su primavera; tambien en la edad primaveral está la niña: sin duda alguna ambas primaveras tendrán igual invierno!...

RECUERDO DE VENECIA, dibujo por J. M. Marqués

¡Otro recuerdo de Venecia!...

Es mucha tenacidad la de esos artistas que han establecido su cuartel general en la *piacetta!*... No parece sino que la fuente Castalia del pintor queda circunscrita al pozo de bronce del palacio ducal!... ¿Por qué no buscar en la naturaleza algo nuevo, algo distinto, algo no ménos plácido, no ménos bello?...

El artista, segun Marqués, y segun muchos que como él piensan y sienten, es un poeta como cualquier otro. Quien dice poeta, dice enamorado, pero enamorado por sus cuatro cabos, cual si dijéramos enamorado tonto. Ahora bien, de la misma manera que nadie dirige un cargo á Dante porque viniera siempre á su mente la idea de Beatriz, ni á Rafael porque reprodujera en todas sus *Madonas* la imágen de la Fornarina, ni á Zorrilla porque, de mozo y de viejo, suspira constantemente por la oriental Granada; tampoco puede culparse al pintor si en sus cuadros rinde preferente culto á la sin par Venecia, que es la ciudad del amor artístico.

—Dadnos—dicen los artistas que sienten como Marqués—otro cielo como el cielo veneciano, otro sol, otros canales, otros palacios, otras mujeres como las de Venecia, y vuestras observaciones serán justas. Pero miéntras haya una sola Venecia para el artista, figuraos que ella es la amada de su corazon y no le dirijais un cargo por su constancia.

FLORES DE INVIERNO, dibujo por Jorge Hirt

Para apreciar debidamente un florero no basta un un dibujo; es indispensable el color. Hé aquí por qué nuestro grabado no da exacta idea del mérito de ese ramo, por más que pueda apreciarse la fidelidad de los objetos copiados y la elegancia artística de su combinacion.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

¡SALVADA!... cuadro por Matías Schmid

Este cuadro, de conmovedor asunto, causa, á su simple vista, toda la impresion que su autor se ha propuesto. Dos jóvenes amantes trepaban por las abruptas montañas tirolesas: él narraba á su prometida arriesgadas empresas cinegéticas y ella cogia, al paso, sencillas flores que pensaba colgar del cuadro de la Vírgen colocado á la cabecera de su humilde lecho. A menudo detenian el paso, y miéntras el mancebo fijaba en la doncella su mirada radiante de amor y de felicidad, la doncella bajaba los ojos modestamente y suspiraba con un candor digno de su inocente pasion.

De repente, resuena un grito de horror, y cual haciendo eco á ese grito, óyese un rugido, un verdadero rugido de leon á cuyo lado matan á su hembra.

La doncella ha desaparecido cual tragada por el abismo, en cuyo fondo debe haberse estrellado... Su prometido, petrificado al borde de la peña, trata en vano de sondear los misterios de la impensada tumba.





¡SALVADA! cuadro por Matías Schmid

No obstante, vuelve en sí de pronto: el abismo guarda un cadáver mutilado; pero este cadáver le pertenece y está resuelto á disputárselo á todas las aves carnívoras del mundo. Sus amigos ciñen su cuerpo con una cuerda, y el atlético cazador desciende al fondo de la montaña, dejando en cada peña un jiron de su traje y de su carne... No importa; las águilas no se cebarán en el cuerpo de la gentil doncella.

Desciende mucho, desciende más... Busca, escudriña, llama á voces á su amada, cual si los muertos oyeran á los desesperados; y al sentar los ensangrentados piés en una roca saliente ¡oh prodigio! aparece á su vista la bella prometida, no muerta, no destrozada por el choque contra la dura peña; sino desmayada simplemente, tendida como pudiera en un lecho de flores... Su grosero vestido, enredándose en el tronco de un árbol carcomido, la ha dejado suspendida al borde del abismo. No en vano la sorprendió la catástrofe cogiendo flores para la Vírgen de sus oraciones!...

Tiene esta composicion verdadera grandiosidad y poesía. Quizás el cuerpo de la hermosa doncella se resiente poco de la rudeza del golpe, que rudo ha debido ser á pesar de todo; quizás su semblante aparece demasiado tranquilo, mal reflejando el horror instantáneo de su última impresion; quizás *duerme* demasiado y hay en toda ella excesiva impunidad... Enhorabuena; no por esto el lienzo es ménos admirable y la impresion que causa ménos merecida.

EL DR. D. JAIME FERRAN Y CLUA

eminente microbiólogo

É INVENTOR DE LA INOCULACION PREVENTIVA CONTRA EL CÓLERA

España, Europa, la América culta, todo el mundo civilizado conoce ya el nombre de Ferran como uno de los personajes que más atraen hácia sí las miradas y la atencion de los sabios contemporáneos en los momentos actuales.

¡Privilegio exclusivo del genio! decir una palabra, pronunciar una frase, emitir un concepto, exponer una teoría, publicar un invento, y como si fuese la inteligencia un inmenso foco de atraccion universal, convergen instantáneamente hácia él, como astros de secundaria magnitud, todos los talentos y todas las ilustraciones; pero si la palabra ó la idea, la teoría ó el invento es de aquel órden que puede producir inmediatamente un bien supremo á la humanidad, la humanidad tambien hace la causa del genio y agitándose en torno de él y movida como por un resorte mágico, le ensalza y le sublima y toma nota de este hecho gigante para trasmitirlo como una página de oro que sus anales entregan á la posteridad.

A esta clase de genios, y á este órden de inventos ó descubrimientos pertenecen el genio y el descubrimiento del doctor Ferran.

Cerebro fundido para las grandes meditaciones científicas, espíritu templado para el calor que ha de gastarse en las grandes empresas, apénas ha revelado al mundo científico un destello de sus raras aptitudes y de sus incansables actividades intelectuales y el mundo científico se ha conmovido y sigue sus pasos y observa sus estudios con religiosa expectacion. Los pueblos, en tanto, más directamente beneficiados por su invento, con aquella espontaneidad y con aquella febril agitacion con que se mueven las masas cuando las impulsa una idea generosa ó un ideal sublime, le proclaman ya como vencedor.

¡Vencedor de la muerte! ¡Vencedor del cólera! Así le invocan las gentes. ¡Inventor de la vacuna anti colérica! Así le consideran las ilustraciones científicas y las corporaciones sábias. ¡Qué hermosos dictados para trasmitir á la historia! ¡Un nombre circundado por los resplandores de la inmortalidad!

Ferran nació en Corbera, provincia de Tarragona, por febrero del año 1848 y su dichoso padre, reputado facultativo de Tortosa, inclinó su ánimo hácia el estudio severo de las ciencias médicas. Con extraordinaria brillantez cursó su carrera en la Universidad de Barcelona, que terminó en 1873 instalándose un año más tarde en Tortosa.

Atraido por su vocacion científica á la investigacion de las causas ocultas de la enfermedad en el nuevo órden de ideas no hace mucho tiempo tan brillantemente inaugurado por Pasteur, aficionado por temperamento y por carácter á los estudios de medicina experimental de Claudio Bernard, Ferran, que tenia en Tortosa una vasta y distinguida clientela, quitaba un poco del ejercicio de su profesion, y robaba á sus enfermos el tiempo posible para dedicarse á estudios de gabinete y trabajos de laboratorio. Así trascurrieron algunos años, gastando el Dr. Ferran vida, intereses y algo del inmenso caudal de fuerza de voluntad que atesora. La primera revelacion de sus conocimientos panspermistas, es muy reciente; data del año último en que la Real Academia de Medicina Española le premió muy merecidamente una obra sobre la accion patógena de las bacterias en las enfermedades infecciosas.

Al caer de la tarde de uno de esos dias calurosos de estío en que está abrumada la imaginacion por la lasitud en que sumergen á la fibra nerviosa las altas temperaturas, discurrian Ferran y Paulí junto á las riberas del Ebro, como si reconociéndose con aptitud para una gran empresa, soñaran en algo sobrenatural que pudiera facilitarles los medios de realizarla. Parecidos al apóstol de la leyenda, no les faltaba más que el aliento de algo extraordinario que les impulsara en el camino de su revolucion científica. Pero esta vez no fué necesaria la vision divina; ésta tomó precisamente por aquellos dias la forma de un acuerdo del Exmo. Ayuntamiento de Barcelona nombrando á Ferran, mediante riguroso concurso prévio, miembro naturalista de la comision científica pensionada por aquella corporacion para estudiar la epidemia reinante á la sazon en Marsella.

El resultado de los trabajos de aquella comision por parte de nuestro biografiado, son precisamente el descubrimiento de la morfología del *bacilo vírgula* de Koch y la atenuacion del microbio colerígeno para producir el cólera experimental; y á imitacion de lo que sucede con otras vacunas de afecciones parasitarias con tanto valor y éxito llevadas á cabo por el gran Pasteur, preservar por medio de una ligera infeccion artificial, de los estragos que la misma enfermedad produce cuando se desarrolla espontaneamente.

¿Habrá conseguido su propósito el Dr. Ferran?

Hasta ahora están de su parte, en el terreno de la especulacion, la mayoría de los más eminentes microbiólogos de Europa que conocen sus trabajos y siguen con verdadera ansiedad la comprobacion probable de los mismos.

Si una extemporánea ingestion oficial no hubiera cortado el vuelo á los ensayos iniciados por el Dr. Ferran, el problema sin duda estaria ya resuelto. A pesar de ello, las experiencias hasta el dia llevadas á cabo en la provincia de Valencia hablan con el lenguaje más elocuente de las ciencias experimentales, con el dato irrecusable de brillantes estadísticas, testimonio de mayor excepcion porque se funda en los números que no pueden engañar.

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA al rendir hoy este homenaje de admiracion y de respeto al sabio, al eminente microbiólogo Dr. Ferran, cumple sencillamente un deber que su mision científica, á la par que artística, le impone.

Quieran las pasiones de los hombres no retardar el dia del triunfo definitivo del Dr. Ferran; porque aquel dia nacerán á nueva vida y brillarán con decoro inaudito la ciencia patria y la tan ultrajada medicina española.

DR. INOCENTE PAULÍ Y GARCERÁ

COLABORADOR DEL DR. FERRAN

Cuando el Dr. Ferran pensó en optar al concurso abierto por el Ayuntamiento de Barcelona para pensionar una comision que estudiara la última epidemia de Marsella, sintió cierta vacilacion en su espíritu y un tanto de contrariedad en su alma, para lanzarse á semejante empresa con toda la decision y valor que ella reclamaba; le faltaba el brazo inteligente que secundara su esfuerzo, el aliento que le animara en los momentos de prueba y de desmayo; el corazon que con las palpitaciones de su entusiasmo juvenil le pudiera sostener en las tremendas luchas que el porvenir pudiera depararle.

Ese brazo, ese aliento y ese corazon soñados por el Dr. Ferran, encontraron, al mismo tiempo que aquella vacilacion y aquella contrariedad, una forma sensible y una personalidad irreemplazable en la del modesto cuanto ilustradísimo jóven Dr. D. Inocente Paulí.

Puede estar satisfecho el sabio astrónomo de Tortosa Dr. Landerer, cuyo nombre saludan con respeto las ilustraciones nacionales y extranjeras; su discípulo predilecto el Dr. Paulí, que aprendió de sus labios las primeras nociones de las ciencias físicas, y en cuyos vastísimos conocimientos saturó su espíritu de las verdades que encierra el misterioso libro de la naturaleza, es en realidad un discípulo por el que pueden aquilatarse las superiores condiciones del maestro. Reciba nuestro buen amigo Landerer y como de paso este débil testimonio de nuestra admiracion y afectuoso respeto, que tambien los hijos de la inteligencia son gloria y encanto de sus progenitores en las distintas manifestaciones del saber humano.

Nacido en Tortosa, provincia de Tarragona, apénas cuenta 30 años, y es aún más jóven por su carácter que por su edad, hasta el punto que algunos hayan llegado á creer que sea llamado Inocente por antonomasia; tal es la dulzura de su trato y la frescura de su candor varonil. Ello no obstante, hacen contraste notable con estas nobles cualidades, su infatigable constancia para el trabajo de la inteligencia y su amor decidido por el estudio de las ciencias físico-naturales y exactas.

Con Landerer estudió la física, la química, la historia natural, la astronomía, la geología, y la paleontología, llegando á cautivarle tanto su vocacion y sus aptitudes para esta clase de conocimientos, que no se oculta su maestro en llamarle su discípulo más querido; habiéndole dado buen testimonio de ello con el hecho de haberle dedicado un fósil (Janira Paulí) con objeto de perpetuar su nombre. Esta especie nueva fué recogida con otras por el mismo Paulí cuando para sus prácticas de geología estudiaba con el Sr. Landerer.

Recibido de doctor en ciencias físico químicas en la Universidad de Barcelona, se dedicó al cultivo de las mismas, y queriendo demostrar que no sólo se gozaba en el estudio contemplativo de las bellezas de la naturaleza, á pesar de su corta edad, ha dado ya á la ciencia valiosas pruebas de lo mucho que de él puede esperarse.

Figura, y no sin razon, entre los primeros electricistas de España; en colaboracion con el Dr. Ferran es autor de la teoría del micrófono que por abandono de nuestra patria ciencia lleva el nombre de Munrro que la publicó año y medio más tarde que nuestros célebres compatriotas. Asimismo y en colaboracion tambien con el Dr. Ferran, es autor de otra teoría del *telectroscopio* para trasmitir á distancia las imágenes coloreadas que por falta de recursos materiales no han podido poner en práctica sus autores.

Durante el tiempo que figuró al frente de la Sociedad Española de electricidad, inventó un procedimiento para la determinacion de la resistencia de las pilas eléctricas, y una lámpara de incandescencia, utilizando como materia combustible la pita.

Con estos antecedentes bien podia haber pensado el doctor Ferran, en que el jóven Paulí fuese su compañero en sus trabajos de Marsella y de Tolon, en sus investigaciones del modesto laboratorio de Tortosa y últimamente en su gloriosa campaña anti-colérica en la provincia de Valencia.

Por eso Paulí no se separa un momento de Ferran; se completan de tal modo por sus aptitudes, por su distinto carácter, por el entrañable cariño que mutuamente se profesan, que apénas se conciben el uno sin el otro, y los que olvidados del mundo, allá en los hospitales de Marsella y Tolon y en su improvisado laboratorio de la cocina del hotel en que habitaban, no daban paz á su inteligencia ni á su mano para arrancar á la muerte del colérico el secreto de su misteriosa fuerza; hoy que han triunfado á la faz del mundo de tan tremenda incógnita, juntos recogen tambien los laureles de tan gloriosa victoria.

No es médico Paulí, pero merecia serlo; es un bacteriólogo consumado, y sabe de microbiología lo que desgraciadamente aún ignoran muchos médicos.

Si en dia no lejano la civilizacion actual ó la posteridad, levanta algun monumento á la indisputable gloria del doctor Ferran, será á todas luces injusta, si junto á la majestuosa figura del inventor de la inoculacion anti colérica, no coloca la no ménos digna y simpática de su infatigable colaborador el doctor Paulí.

DR. M. CANDELA

AMOR DE VIEJO

I

En los dias que precedieron á la muerte de don Benito nuestras relaciones de vecindad se estrecharon y llegaron á serlo de cariño en fuerza de la conmiseracion que me inspiraba aquel pobre anciano.

Don Benito se moria, solo y en la más triste de las soledades, aquella soledad de *dos en compañía*, más espantosa que la del ermitaño, de que habla Campoamor.

Doña Romualda, su esposa, me habia parecido, en las pocas semanas que llegué á tratarla, una mujer insustancial y egoista, como muchas de su edad, los cincuenta, cuando no se han perdido todavía las ilusiones ni se han vuelto los ojos al cielo; cuidábase muy poco de su esposo, como habia cuidado poquísimo de sus ancianos padres.

Por lo demás, en la casa donde vivíamos se la tenia por mujer casera y hacendosa.

Los dos, gracias á esto, vivian algo desahogadamente con los diez mil reales que ganaba don Benito en el Tribunal de Cuentas; justo premio á treinta años de oficina, siendo querido de sus jefes por asiduo y por insignificante.

No habian tenido hijos, y esto quizás es la clave de la verídica historia que voy á contar.

II

La conoció en los jardines del Buen Retiro el último verano.

Aquel domingo habia sido el calor muy sofocante y salieron mis dos vecinos muy tarde de su cuarto: doña Romualda misma fué la que propuso entrar en los jardines.

A las ocho y media todavía no hay nadie en el Retiro y cuando llegaron pudieron escoger un buen sitio.

Al poco rato, cerca, muy cerca de ellos, se sentaron cuatro personas, dos hombres y dos mujeres: la silla de una de estas, la madre, tocaba á la de don Benito: más allá el padre; delante de ellos, los dos novios que se hablaban al oido.

Fué llegando gente y empezó para doña Romualda la para ella entretenida ocupacion de analizar y describir los trajes de las señoras que entraban en los jardines.

Pero don Benito no la oia, estaba distraido. Un momento ántes acababa de oir una voz de timbre raro, así como de niña que pasa á ser mujer, una voz algo ronca. Era la novia que, suspendiendo el cuchicheo amoroso, decia:

—¿A qué hora empieza la funcion, papá?

Don Benito volvió la cabeza y *la* vió.

¡Pobre viejo! Más le valiera no haberla visto nunca.

III

Era muy jóven, la tez blanca, los ojos azules, el pelo rubio con reflejos rojos, el talle delicado, el pecho levantado y espléndido. Su sencillo traje delataba minuciosamente sus encantos, y medio ocultaba su frente un inmenso sombrero que envolvia en una penumbra encantadora su animado semblante. La falda corta dejaba ver el pié chiquito y juguetón.

Todo esto no lo vió don Benito entónces: más tarde fué viendo y adorando tantas perfecciones; pero aquella noche no sintió más que un deslumbramiento al principio, y luégo una sensacion dulcísima parecida á aquel atontamiento de que nos damos cuenta ántes de dormirnos...

Para mirarla debia hacer un pequeño esfuerzo que quizás habria llamado la atencion del padre y seguramente la de doña Romualda. Por esto no la miró más que una vez durante el primer acto, y otra en el segundo interme-



EL ULTIMO REMEDIO, cuadro por Bodenhausen



RECUERDO DE VENECIA, dibujo por J. M. Marqués

dio. En aquel momento ella volvió la cabeza y sus ojos tropezaron con la mirada de don Benito.

Este no vió nada, no sintió más que una ligera incomodidad en las sienes: la mirada de ella resbaló y fué á perderse entre los árboles.

Ella tenia quince años.

Don Benito sesenta y dos.

IV

«Aquella noche,—me contaba pocos dias ántes de morir—aquella noche no la seguí. Pude ver, sin embargo, desde la puerta de los jardines que *ella* y su familia se paraban junto á la Cibeles, sin duda en espera del tranvía.

»Al dia siguiente, en cuanto salí de la oficina, bajé á Recoletos y siguiendo los rails del tranvía unas veces y por la acera otras, llegué hasta el fin de la calle de Serrano: volví despues lentamente por el mismo camino, llegué á casa, comí y dije á mi mujer que aquella noche no bajaría á hacer la acostumbrada tertulia á doña Jesusa,—la vecina del otro segundo al lado de su cuarto de V.—porque habíamos empezado en la oficina un trabajo que me ocuparia durante muchas noches, lo ménos hasta las doce.

»Y corrí desalado al Retiro.

»El telon estaba levantado; esperé impaciente con una opresion horrible en el pecho: en cuanto acabó el acto empecé á buscarla; tropezando con unos, dando excusas á otros, derribando sillas atravesé febrilmente por entre aquella multitud. ¡No estaba!

»¡Qué noche pasé, Dios mio! Volví las siguientes y tampoco la ví: sólo que entónces iba temprano y la aguardaba á la puerta, sentado junto á un puesto de agua, tres y cuatro horas, creyendo verla en cada grupo que se acercaba.

»No entraba porque me convenia ahorrar por si iba á los Jardines ocho ó diez noches seguidas: mi mujer me ha tenido siempre á raya en cuestiones de dinero.

»A los cuatro dias ¡bien lo recuerdo! era noche de concierto, la ví entrar: iba con su padre; ni su novio ni su madre la acompañaban. Entré apresurado en su seguimiento.

»Se sentaron junto al kiosko de la orquesta: yo me situé á corta distancia... Tres horas viéndola; tres horas de felicidad sin límites, la mayor que he gozado en mi vida.

»¡Qué deliciosa música la del concierto de aquella noche! ¡Qué fresco y perfumado estaba el ambiente!

»Creo que al fin llegó á fijarse en mí, pero ¿cómo su inocencia podia adivinar la pasion que me ha inspirado? Además, yo, un viejo, con todo el aspecto de raquitismo y pobreza que me han dado las largas horas que he pasado en la oficina... ¡Imposible!

»Sin embargo, fuí feliz.

V

»Durante el resto de aquel mes de agosto seguí yendo á los jardines los viérnes y domingos, que eran los dias que ella iba.

»Una noche me llené de resolucion y quise seguirla: subí al tranvía, pero me pareció ver en su padre cierto recelo... Tuvo un modo especial de mirarme, primero á mí y despues á ella... Bajé en cuanto paró el tranvía y me marché...

»Acabó el verano: las primeras ráfagas de viento frio cerraron los jardines y mataron mi última esperanza. No la volví á ver más.

»Una tarde me pareció distinguirla en un coche; pero fué tan rápida la vision que no la pude seguir. Además, la enfermedad me habia robado ya las fuerzas.

»Y aquí me tiene V. pobre viejo que muere del mal de amores.»

VI

¡Pobre don Benito!

Ayer murió y su último pensamiento fué para ella.

Murió de la pasion trágica, irremediable, de Fausto y de Claudio Frollo: el amor de viejo.

Murió, alentando, quizás en el fondo de su alma, la esperanza de que un dia un átomo perdido de su cuerpo tocará aquellos divinos labios.

CÁRLOS MALAGARRIGA

MI TIA EDUVIGIS

(Conclusion)

El ruido me sobrecogió de tal modo que estuve á punto de caer en tierra desfallecido, pero la misma inminencia del peligro obró en mi sér una reaccion tan rápida, tan completa, que sacudí mi desvanecimiento, no sin que mis sentidos me repitieran el eco de otra burlona carcajada que acabó de aturdirme... Creyendo escuchar la voz irritada de mi perseguidora ó de mi preceptor, reprochándome mi desobediencia; pensando, más que en los castigos que sobrevendrian, en las nuevas dificultades que aquel contratiempo habia de crear á mis propósitos de emancipacion, lancéme como un loco á la escalera y la bajé precipitadamente hasta llegar á la estancia en que habia dejado á mi tia... La buena vieja dormitaba aún en su sillon, dando cabezadas, pero al aproximarme, despertóse, y me preguntó de la manera más natural del mundo:

—¿Qué es eso, Felipe, por qué corrias?... ¿Por qué corrias?...

Iba á contestar, inventando cualquier excusa, cuando el gato negro, que un momento ántes retozaba no muy léjos de aquel sitio, surgió instantáneamente entre nosotros, y saltando sobre las rodillas de mi tia, se puso á restregarse y á roncar de un modo extraño, en tanto que sus profundos ojos amarillos se fijaban en mí con una expresion de inteligencia y de maldad que me hizo estremecer.

Pero mi terror no tuvo límites cuando escuché que la vieja añadia con acento de profundísima conviccion:

—Has subido á la buhardilla... ¡Bien lo sé!

Quise negar, pero mis labios se resistieron á articular una sola palabra... ¡El gato negro me miraba siempre!

V

Sometido á otro régimen ménos severo, con más expansion, con más libertad de la que gozaba, con algunas distracciones acaso, y sobre todo, con el comercio exterior del mundo que facilita ese cambio de ideas y de impresiones tan necesario á la vida moral del individuo como la renovacion del aire lo es á la material, mi espíritu se hubiera curado indudablemente de aquella cruel *dolencia* que lo combatia, de aquella constante preocupacion que ya comenzaba á perturbarlo; pero léjos de esto, todo, hasta lo que en otras circunstancias hubiera parecido insignificante, contribuyó poderosamente á exacerbar el daño, dándole cada dia un incremento que amenazaba con funestísimo desenlace. La reclusion, la soledad, habian hecho mi carácter prematuramente sombrío y reconcentrado; el rigor de que sistemáticamente era víctima por parte de los que me rodeaban, habia puesto una gota de hiel en mi alma, gota que poco á poco habia ido creciendo hasta inundar todo mi sér en una inmensa oleada; la incesante contemplacion de unos mismos objetos, los cuales me eran repulsivos por las angustias, por los martirios que me recordaban, producíame una exasperacion y un disgusto de la vida cuya intensidad trataria en vano de describir; y por último, aquel interminable cúmulo de contradicciones, de *pequeñeces* acaso, aquel espionaje, aquella persecucion tenaz á que una necia suspicacia me sometia, habíanme hecho hipócrita, disimulado, vengativo, cruel, en una edad, cabalmente, cuyo más rico patrimonio es la abnegacion, la franqueza y la generosidad.

Tan horribles estragos habia producido en mí la perniciosa influencia del medio en que vivia, que mi espíritu, extraviado por terrores inconcebibles, se habia hecho obstinadamente supersticioso. ¿Lo creereis?.. Ya no era antipatía ó disgusto lo que aquel gato negro me inspiraba, era... ¡miedo!.. un miedo espantoso, de naturaleza tanto más extraña cuanto que yo, en mi delirio, atribuia al pobre animal una inteligencia, una conciencia de todos sus actos, una premeditacion tan acabada que mil veces hubiera jurado que él era el agente puesto por Satanás en aquella casa para acecharme de continuo, estorbar todos mis propósitos y delatarlos al fraile ó á mi tia.

Alucinado, pues, con esta idea, en extremo extravagante, mi suprema, mi única felicidad estribaba, desde el dia en que verifiqué mi última ascension á la buhardilla, en deshacerme del gato, cuya existencia en lo futuro era incompatible con mi tranquilidad, y huir de aquella casa.

Yo no ignoraba que la muerte del gato seria tal vez el golpe de gracia para mi *bienhechora*... ¡A tal exceso llevaba su delirio por aquel afortunado cuadrúpedo!... Pero, ¿qué me importaba? Antes al contrario, de este modo mi venganza era completa, sin tener que reprocharme ni afrontar la comision directa de un crímen, cuya perspectiva me repugnaba.

Con una calma imperturbable, con una prevision que á mí mismo me sorprende, tomé todas mis medidas para que el proyecto no fracasara. Una noche, á la hora en que, acompañado de la vieja doméstica, sorda como una tapia y casi ciega, registraba segun costumbre todo el edificio ántes de acostarnos, puse en práctica, con resultado maravilloso, mi habilidad para forzar cerraduras y abrir puertas con el auxilio de un clavo. Bajo pretexto de que sentia ruido en el jardin contiguo, y perteneciente á la misma casa, pasé á él, arrancando los espinos que defendian el lomo de la cerca y amontonando contra la misma algunos haces de sarmientos que favorecian mi fuga. Todo esto se realizó con una prontitud y facilidad de excelente agüero para mí en aquel instante.

Llegado el momento de recogerme, me retiré á mi habitacion; deshice el lecho y apagué la luz, permaneciendo en vela hasta que todo ruido hubo cesado en la casa y en el exterior, yo no sé cuántas horas... ¡horas de angustioso sobresalto, en que mi mismo aliento me asustaba!... Dieron las doce; más cerca, más léjos, todos los relojes de la vecindad señalaron uno á uno la hora fatídica... Descalzo, conteniendo con dificultad la agitada respiracion, sin más arma que un pesado candelabro de bronce que mi puño oprimia febrilmente, á tientas, moviéndome apénas, andando de puntillas y haciendo una parada á cada paso, me lancé á aquellos corredores... Mis ojos se escapaban de sus órbitas á fuerza de querer penetrar en las tinieblas, de cuyo profundo seno mi imaginacion sobreexcitada y calenturienta hacia brotar monstruos informes que me perseguian y me amenazaban... Un grito murió en mis labios, apénas nacido; golpearon mis sienes con violencia y el terror me dejó inmóvil un instante... Delante de mí, dos puntos de oro relampagueaban con siniestros fulgores, y un cuerpo, más negro que las mismas sombras, se deslizaba, arrastrándose como una serpiente, por el suelo. ¡Allí estaba mi enemigo, espiándome, amenazándome como siempre!... Avancé furioso; mi mano golpeaba al acaso en todas direcciones, pero inútilmente; aquellos dos ojos, aquellas dos hogueras, llameaban delante de mí y á la misma distancia...

Arrastrado por el delirio de esta lucha horrible, llegué hasta la misma puerta del dormitorio de mi tia.

¿Qué haria mi tia Eduvigis á aquellas horas?... Por entre las hendiduras de las tablas se escapaban algunos destellos de luz.. Apliqué un ojo á la cerradura, y lo que ví me acabó de alucinar hasta enloquecerme. Una veladora, puesta sobre la mesilla de noche, alumbraba á mi tia, que, sentada en el lecho, contemplaba con éxtasis un brillante monton amarillento que con vivísimos resplandores se destacaba sobre la blanca colcha... ¿Qué demonio murmuró á mi oido en aquel instante, que aquello era oro,—¡oro, que yo nunca habia visto!—y que con él conquistaria las alas que cruzaban el cielo?... No fuí yo, fué la embriaguez, el vértigo, Satanás sin duda, el que empujó mi cuerpo é hizo saltar la débil tabla, precipitándome dentro de la alcoba... Fué el misterioso, el fatal ascendiente de aquel gato negro, que poco ántes perseguia entre las tinieblas de los pasillos y que entónces contemplaba asombrado, á través de la cerradura, al pié del lecho de mi tia, colérico, irritado, clavando en la puerta el agudo dardo de su mirada y pronto á lanzarse sobre el nocturno merodeador que en aquel recinto penetrara... No sé cómo fué, pero herí... Herí una y otra vez, con saña, con encarnizamiento, con deleite, como si saboreara todo el horror de mi maldad... ¡Era aquello la glotonería del crímen!... Mi tia, con el cráneo destrozado, se estremeció en su lecho, haciéndolo rechinar, y quedó yerta... Rodó el oro, trazando surcos de sangre, en que se habia empapado, por el suelo... Me abalancé como una fiera al odioso gato, cuya actitud provocativa parecia desafiarme, pero él huyó, y al huir, enredándose en mis piernas, me derribó. Choqué contra un mueble y perdí el conocimiento.

VI

Mi primera sensacion al despertar fué un dolor agudo en la cabeza, que más tarde noté estaba vendada, y una vaguedad, una confusion tal en mis ideas que me costó un inmenso trabajo coordinarlas para deducir poco á poco la serie de acontecimientos que me habian reducido á semejante estado.

Comprendí al punto que la casa estaba llena de gente, segun el rumor y los cuchicheos que se percibian, y que cerca de mi lecho habia tambien varias personas, algunas de las cuales hablaban misteriosamente, aunque no tan quedo que no llegase á mi oído el siguiente diálogo:

—El hecho es indudable. Los criminales han entrado por el jardin, escalando la tapia, y han ido descerrajando puertas hasta llegar á la habitacion de esa pobre señora.

—Y bien claro aparece tambien,—añadia otro,—que el móvil ha sido el robo.

—Y que este infeliz jóven, que adoraba á su tia, oyó sin duda los lamentos y acudió á socorrerla.

—¿Parece que son buenos los antecedentes de este muchacho?

—¡Inmejorables!

—¡Excelentes!

—¡Es un santo!

—¡Silencio! .. Ya parece que recobra el sentido.

Efectivamente, yo habia hecho un movimiento, impulsado por la satisfaccion que me ocasionaba aquel diálogo, garantía de mi impunidad.

—¿Cómo se siente V.?—me preguntaron.

—Perfectamente,—contesté.

—¿Se halla V. en disposicion de declarar todo lo que ha sucedido?...

—Sí, señor.—Y acto continuo, con una sangre fria sin igual, declaré que unos ladrones habian penetrado en la casa, asesinando á mi tia, y dándome un golpe, porque habia corrido á defenderla.

No recuerdo haber experimentado en mi vida instante de placer como el que tuve cuando una vez firmada la declaracion me puse á reflexionar lo fácilmente que habia engañado á aquellos hombres.

Lancé un profundo suspiro y me rebujé en las sábanas tratando de cubrirme con el embozo para que no sorprendieran la risa que á toda costa pugnaba por retozar en mis labios.

Pero aún no habia apoyado mi cabeza en la almohada cuando el diabólico felino saltó al lecho, desplomándose sobre mí con un peso insoportable... Su piel, negra y brillante, despedia chispones deslumbradores; sus ojos amarillentos, fijos en los mios, hacíanme sentir torturas infinitas... Incorporéme sobre los colchones, lívido, desencajado, mi mano crispada aprisionó con cólera el cuello del infame animal y estrellándolo fuertemente contra el muro, grité con voz enronquecida:

—¡Huye, maldito!... ¡Vienes á delatarme!...

Cien manos cayeron sobre mí, y con horribles ligaduras agarrotaron mis miembros, condenándome á absoluta inmovilidad.

A. SANCHEZ RAMON

LA SENSIBILIDAD Y LOS SENTIDOS

V y último

La emocion y la inteligencia

«Vivir es sentir» repite constantemente la fisiología. Para ello debe el sér sensib'e unirse con todo lo que le



FLORES DE INVIERNO, dibujo por Jorge Hirt

rodea, asimilándose interiormente las impresiones exteriores.

La asimilacion se efectúa mediante la continuidad de la fantasía ó imaginacion con todo nuestro organismo sensible y señaladamente con el sistema nervioso.

El término fantasía ó imaginacion está tomado del sentido de la vista, quizá porque son las sensaciones visuales las que se reproducen más fácilmente.

Pero la imaginacion se aplica á todos los sentidos. Cuando se recuerdan aires musicales ya oidos, cuando compone el músico sin necesidad de instrumento ni de voz humana, cuando reconocemos una persona por el timbre de su voz, en todas estas ocasiones formamos imágenes, tomadas de impresiones auditivas.

Las representaciones que forman los ciegos de nacimiento (sin el auxilio de la vista), la lectura de relieve, con la cual llegan á constituir una geometría tangible en sustitucion de la nuestra que es visible, son aplicaciones de la imaginacion á impresiones tomadas del sentido del acto.

Aunque ofrece mayores dificultades, tambien existe representacion imaginativa de los sabores, del olor y del sufrimiento, cuando, por ejemplo, goza el gloton con la imágen anticipada de una comida suculenta, el voluptuoso con la de los aromas de su jardin ó perfumes de su salon y sufre el herido préviamente al representarse la amputacion que ha de sufrir.



EL DOCTOR DON JAIME FERRAN Y CLUA Y DON INOCENTE PAULÍ Y GALCERÁ (*Véase el artículo*)

Obliga esta consideracion á distinguir la debilidad de los sentidos de la inherente á la imaginacion. Existen, por ejemplo, muchos hombres capaces de distinguir, cuando los ven, dos colores, siéndoles despues difícil atribuir á cada uno el nombre que le es propio, porque no los *conciben distintamente.*

La habilidad, gracia y exactitud para describir ó contar en conversacion lo que nos ha afectado depende tambien de esta mayor ó menor viveza de la imaginacion.

Resulta por consecuencia, que todo cambio de estado, producido por la sensacion, es á la vez *afectivo* (que causa placer ó dolor) y *representativo* (que nos enseña algo del objeto exterior).

En el primer aspecto como fenómeno de la sensibilidad, la sensacion se llama *emocion* y en el segundo *representacion.*

Ambos aspectos, comunes á todas las sensaciones, se hallan en proporcion inversa, pues á medida que es más intensa la impresion, es ménos clara y precisa la representacion del objeto que nos afecta y vice-versa. Así decimos «estar ciegos de ira», «privarnos de todo conocimiento el fuego de la pasion,» etc., y recíprocamente afirmamos «quedar serenos», «tener claridad de juicio» ante el dominio de nuestras emociones.

Pero la sensibilidad, áun exaltada por la exacerbacion de las pasiones, tiende, por ley propia, á aminorar, buscando su ley de equilibrio y ponderando su aspecto afectivo ó emocional por el representativo ó propiamente intelectual.

De este modo es la sensibilidad causa ocasional ó *antecedente cronológico* del ejercicio de la inteligencia. Se anticipa la manifestacion sensible, sentimos el placer ó el dolor, y despues percibimos lo que sentimos. Imágen viva de ello es el niño que llora y rie, ántes de saber por qué hace lo uno ó lo otro, necesitando la ternura previsora de la madre adivinarlo, pues él es incapaz de decirlo.

En virtud de este proceso gradual ó sucesivo, la sensibilidad, antecedente cronológico de toda nuestra vida, incluso la intelectual, gravita indefectiblemente en busca de su antecedente lógico ó explicativo, que ha de hallar la inteligencia. Es decir, que la ley de la vida condiciona favorablemente para que en el fuego de la pasion se filtre gradualmente la luz reflexiva de nuestra inteligencia.

En tal acepcion pues, todos los sentidos nos afectan y á la vez nos advierten ó instruyen respecto á la existencia de algo sensible y cuando algunos psicólogos han dividido los sentidos en *afectivos* (los más adheridos á la vida vegetativa) é *instructivos*, han olvidado el carácter unitario y orgánico de nuestro cuerpo y la naturaleza simple é inseparable (aunque racionalmente distinta) del alma sensible é inteligente.

¿Quién será tan miope que desconozca que los sentidos estimados como afectivos (el gusto y el olfato) nos instruyen, á la vez que nos afectan, acerca de multitud de datos, que sirven de base á la ciencia química?

¿Quién será tan falto de perspicacia que ignore que los tenidos por instructivos son sentidos que tambien nos afectan y emocionan?

Todos nuestros sentidos (incluso el organismo) son órganos de nuestra sensibilidad emocional (placer ó dolor) y medios para el ejercicio de nuestra inteligencia sensible, que es en lo que consiste su *funcion noológica.*

Como consecuencia de la proporcion inversa, en que se hallan dentro de la sensibilidad sus aspectos emocional y representativo, hay que tener en cuenta esta misma proporcion para fijar el mayor ó menor alcance de la funcion noológica de nuestros sentidos.

Cuanto más nos afecta y emociona un sentido, ménos nos instruye y vice-versa.

El tacto y el sentido muscular, cuyas sensaciones llegan á revestir un carácter de generalidad, que afecta á todo el organismo, y el olfato y el gusto, adheridos principalmente á la funcion nutritiva, son principal, aunque no exclusivamente, afectivos y en grado inferior instructivos, miéntras que los más libres y diferenciados, el oido y la vista, son principalmente instructivos y subordinadamente afectivos.

En los primeros se sobrepone la emocion á la funcion noológica. En los segundos queda supeditada la emocion al fin instructivo. Acontece esto último, señaladamente en la vista, que es el sentido de la perspectiva, el mejor juez del órden en la extension, el más activo é impresionable, el que ofrece más elementos de conocimiento á la actividad del espíritu y por último el que ha merecido ser comparado, segun lo atestigua el lenguaje, con la inteligencia, denominada vista espiritual.

El nombre de la vista ha llegado á ser el mismo de las ideas. La palabra idea, del verbo griego *eido* ver, significa imágen ó vista. El término fenómeno (cuya significacion literal es apariencia visible del verbo griego *fainomai* aparecer) indica que los cambios de las cosas son usualmente percibidos por la vista.

Los vocablos ver, (en el sentido de comprender) mostrar, demostrar, especular, etc., se refieren igualmente al sentido intelectual por excelencia. Finalmente, las palabras evidencia (del latin *e-videre*) é intuicion (de *in* y *tueri* confirman la importancia general de las impresiones visuales para la vida inteligible.

Importa, sin embargo, advertir y áun patentizar, con pruebas fehacientes, que los sentidos, aislados ó reunidos, no son los que perciben la sensacion; ó en otros términos, que la inteligencia, si halla su antecedente cronológico y su causa ocasional en las sensaciones, es distinta de la sensibilidad.

Para evitar este error, inherente al sensualismo, basta observar que nadie dice de un hombre que es inteligente porque posea una vista perspicaz, un olfato y un gusto delicados ó una sensibilidad muy excitable. Puede por el contrario ser un hombre muy inteligente y á la vez miope; con el oido tardo ó torpe se posee á veces una comprension rápida y con una relativa insensibilidad se obtiene cierta claridad de juicio.

La vista más penetrante y de mayor alcance no hace pintor al que no lo es; el olfato delicado no da la ciencia al químico.

Newton no ha necesitado una vista más perspicaz que los demás hombres para descubrir la descomposicion de la luz. Se observa pensando, no sintiendo, con la inteligencia y no con la sensibilidad.

Leverrier prescindia de su vista para asegurar la existencia del planeta por él anunciado. El célebre Hüber, el más diligente observador de la vida y costumbres de las hormigas, era ciego; recogia las observaciones auxiliado por su hija, ordenándolas y dirigiéndolas por medio de su pensamiento.

Bien significativas son además las siguientes consideraciones: 1.ª que las sensaciones son comparables entre sí (áun las más opuestas), lo cual supone en el centro sensitivo un sujeto comun á todas ellas; 2.ª que las percepciones se conservan y áun es posible recordarlas, á pesar de lo fugaz de la sensacion; 3.ª que se puede aislar experimentalmente lo físico de la sensacion y lo psíquico de la percepcion, segun se observa en los dolores referidos á un miembro amputado; y 4.ª que ante una distraccion persistente del espíritu pasa inadvertida la solicitud y llamada de la sensacion.

Por si aún fuera posible abrigar alguna duda acerca de lo que estimamos innegable, á saber, «que quien conoce é interpreta las impresiones afectivas es el alma auxiliada por los sentidos, pero no los sentidos mismos,» se disiparia todo género de incertidumbre, reparando en el orígen de los mal llamados *errores* de nuestros sentidos.

Los sentidos ofrecen á la atencion del espíritu lo que reciben en la impresion, ni más ni ménos, y no se engañan, son infalibles.

Quien se engaña es la inteligencia, cuando interpreta los datos sensibles, sin distinguir la apariencia de la realidad, la impresion del estado subjetivo, etc.

No se puede, por ejemplo, considerar falacia de nuestros sentidos las conclusiones erróneas que deducimos de sus datos.

Si un hombre recibe una moneda falsa como de ley, no ha sido engañado por sus sentidos, que no tienen la mision de distinguir la moneda buena de la que no lo es, sino la de dar signos que hemos de interpretar.

Con esta distincion, que impone la complejidad de nuestra vida, se concibe fácilmente cómo y por qué nuestra inteligencia, adherida á la sensibilidad orgánica y al sentimiento espiritual, no se confunde con ello.

Toma la inteligencia causa ocasional para su ejercicio de la sensibilidad, pero su funcion propia excede los límites de lo sensible. Y á su vez de la sensibilidad y de la inteligencia toma la voluntad sus motivos, pero su accion dinámica trasciende de las dos primeras.

Así confirma el análisis la evolucion ó desarrollo de la vida humana. Comienza en la edad de la infancia por un predominio excesivo de la sensibilidad; gravita ésta hácia su equilibrio, ayudada por la inteligencia, que filtra en el fuego de la pasion la luz reflexiva del pensamiento en el período que señala el tránsito de la juventud á la madurez para determinar despues sus actos merced al desarrollo gradual de la voluntad, con el dominio que va adquiriendo sobre los ciegos impulsos de la sensibilidad, guiada racionalmente por la inteligencia.

Vida instintiva primero, reflexiva despues, racional más tarde, consciente y personal, tal es la marcha y proceso de la sensibilidad, de la inteligencia y de la voluntad en el alma humana.

Se concibe pues que las leyes de la sensibilidad son tambien leyes de la inteligencia y de toda nuestra vida.

Podemos por lo mismo repetir la frase de Feurbach «solo el sér sensible es real,» pero debemos añadir «el hombre es un sér sensible, que llega á conocer racionalmente los móviles y excitantes de la sensibilidad, á dirigirlos racionalmente y á obrar como persona conscia de sí y del fin que persigue.»

U. GONZALEZ SERRANO

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 22 DE JUNIO DE 1885 — NÚM. 182

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EN EL MERCADO DE FEZ, cuadro por Ricardo de Madrazo

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EN EL MERCADO DE FEZ, cuadro por Ricardo de Madrazo

El autor de este cuadro es de familia de artistas. Su padre ha sido uno de los primeros pintores contemporáneos españoles; su hermana es la viuda del inmortal Fortuny. Se debe pues, á su nombre y al nombre del autor de *la Vicaría*.

Madrazo, como su hermano político, ha ido en busca de aire y de luz allí donde el aire mece las palmas en los bosques y la luz baña el desierto como si entre el cielo y la tierra no existieran las capas de la atmósfera. En el África está el porvenir de Europa; y los artistas con ese genio profético que les distingue, parece como que llaman la atencion de los grandes estadistas hácia esa esperanza de una civilizacion repleta y caduca.

Nuestro cuadro representa uno de los mercados de Fez, la ciudad eminentemente comercial del imperio marroquí; pero ¡cuán distinto movimiento, cuán distinto efecto el del mercado africano y el de nuestro más insignificante lugar de contratacion!... La vida del europeo, cuya síntesis es la actividad y la iniciativa, contrasta con la vida del musulman, indolente, fatalista, pegado, digámoslo así, al terruño sobre que suda ó á la pared del edificio contra el cual descansa.

Fez, como la mayor parte de sus ciudades, es una antítesis permanente: junto á los paredones que un terremoto parece haber estremecido, puertas, arcos y torres, en cuyas labores diríase que la piedra no ha ofrecido más resistencia que la cera; el más completo abandono en los servicios públicos, en permanente comparacion con las más refinadas pulcritudes de un arte que aún no ha sabido imitarse...

Eso son las ciudades africanas que participan algo de su proximidad á Europa, la parte del mundo que un dia fué su esclava, que despues ha querido ser su señora y que en dia no lejano será su maestra.

Ricardo Madrazo ha visitado Fez y lo ha reproducido en sus cuadros: á nosotros, con ver los cuadros, se nos figura que conocemos algo de Fez. Es lo más que podemos decir en su merecido elogio.

LA DESPEDIDA POSTRERA, cuadro por A. Hirschl

El autor de este lienzo ha empezado por donde los demás concluyen. Es una de las primeras obras del ya célebre discípulo de E. Muller y ha ganado el primer premio en la exposicion de Viena. Bien lo merece quien, á sus grandes conocimientos técnicos del arte, reune la verdadera condicion del pintor de historia, conocimiento de la época y simplificacion del asunto, con lo cual la imaginacion del espectador se espacia sin trabas por los campos de la fantasía. En cuanto al asunto, su misma importancia revela los alientos del laureado artista.

Decia Napoleon I que de todas las empresas militares que registran los anales de la guerra, ninguna le asombraba tanto como el paso de los Alpes por Aníbal. Quince dias empleó en escalar y descender de aquellas montañas cubiertas de nieve, quince dias durante los cuales hubo de abrir palmo á palmo el sendero por donde habia de pasar el numeroso ejército y la más numerosa impedimenta de caballos y elefantes, quince dias luchando contra los hombres y, peor aún, contra los elementos, quince dias viendo hundirse á cada paso en los abismos algunas bestias y soldados, reservas de armas y de alimentos, quince dias en que la muerte pidió auxilio contra Cartago á los guerreros de la montaña, al frio y al hambre, sin que el terrible enemigo de Roma cejara un punto en su propósito de herir á su enemigo en el corazon mismo de su imperio.

Una epopeya de esta naturaleza ofrece al artista ancho campo en qué inspirarse; son tantas las escenas que han de ocurrírsele para trasladarlas al lienzo, que uno de sus mayores méritos ha de consistir casi en la eleccion. Hirschl ha acertado: la despedida de esos guerreros, moribundos de hambre y de frio, es realmente patética, y aumenta el interés del asunto la sobriedad en su ejecucion. No es ménos recomendable el estudio de tipos, trajes y armas, en el cual ha demostrado el artista aleman los grandes preparativos que ha hecho para sentar plaza entre los más ilustres pintores de historia contemporáneos.

ENTRE BASTIDORES, dibujo por J. Llovera

Si todas las hijas de Terpsícore afiliadas en los cuerpos de baile teatral se pareciesen á las de nuestro grabado, seria cosa de defender las puertas de los escenarios colocando baterías en ellas. Si con ser esas sílfides de algodon y cascarilla, por regla general, ménos apetitosas que una noche al raso, atraen al *foyer* (donde lo hay) ó á los bastidores, un enjambre de gomosos impertinentes y entecos, ¡qué fuera, Dios mio, qué fuera si esos anzuelos que el demonio utiliza tuvieran la forma ideada por Llovera!... Afortunadamente nuestro distinguido colaborador las dibuja como las siente y no como las ve, ó las ve como las quisiera y no como son; porque de otro modo, la historia de Elena y el incendio de Troya se reproducirian frecuentemente en pleno siglo XIX. En honor á la verdad, en esos dramas de bastidores las víctimas del rapto no son las Elenas, sino los Páris.

RECREOS CIENTÍFICOS, dibujos de doble aspecto

Los que publicamos en este número son debidos á Gaillot, artista más ingenioso que inspirado. Publicáronse á principios de este siglo en Berlin, y son parte de una coleccion de litografías tituladas *Artes y Oficios*, cuyo mérito consiste en formar el tipo de un personaje empleando solamente útiles de su profesion, combinados de tal suerte que, á primera vista, puedan confundirse la persona y las cosas.

Es un ejercicio entretenido que durante algun tiempo estuvo en boga, aunque no sabemos de ningun artista célebre que emplease su talento en rebuscar medios de producir tan ficticio y anti-inspirado efecto. Modernamente se han publicado trabajos de combinacion parecida, aunque algo más perfeccionados. Así, por ejemplo, pocos habrán dejado de ver aquellas dos hermosas criaturas apoyadas en el antepecho de un gran ventanal, que á regular distancia producen el efecto de un cráneo.

De todos modos, lo repetimos, esa especie de acertijos revelan más paciencia que inspiracion.

ACABÓ EL CARNAVAL, dibujo por C. Randanini

Es una composicion que se recomienda por la correccion del dibujo y la naturalidad con que están representados los tres personajes que principalmente la constituyen. A juzgar por la expresion de sus semblantes conócese que los dos del bello sexo no están aún cansados de las bromas y locuras del Carnaval; en cambio el del sexo fuerte se apresura á desembarazarse de las arlequinescas prendas que por complacencia se endosó, demostrando así que en ciertos casos las mujeres son más infatigables que los hombres.

LA ESCALA DE LA MUERTE

I

¡Qué hermosas son las praderas que se extienden entre Ashborn y Tedesvell, en el condado inglés de Derly! Fatigado de los brillantes tonos de luz del sol de Andalucía y de la abrasada vegetacion de mi país natal, admiraba con fruicion el tranquilo panorama que se ofrecia ante mis ojos.

Era una tarde de los últimos dias de mayo; el sol comenzaba á declinar y doraba aquellas extensas planicies en donde pastaban centenares de esas gigantescas vacas que constituyen la riqueza y el orgullo de la Gran Bretaña. El sol, que en Sevilla hubiérame *sofocado*, me acariciaba con su dulce calor, y envuelto en la tibia atmósfera que formaba en torno mio, me separé de la apacible orilla del Derwent y dime á caminar *á campo traviesa*. Mis piés se deslizaban sobre el césped oscuro y aterciopelado de una pradera interminable, y cansado de la monotonía de aquel salon campestre, me dirigí hácia un bosque que á lo léjos divisaba

A poco de haber penetrado en él detúveme admirado. En el centro del bosque habia un claro, que parecia el rompimiento de una decoracion teatral, y en medio el lago más risueño y poético de cuantos he visto, y he visto algunos. Un vientecillo suave rizaba las aguas azules y unos cuantos sauces *se inclinaban á la orilla*, haciéndome recordar la *Fábula del Genil*, y no me hubiera sorprendido de ver salir de entre las linfas á la náyade Cínaris ó á alguna otra beldad acuática.

De repente noté que no me hallaba solo en aquel sitio; un hombre y una mujer estaban sentados en la orilla del lago y separados de mí únicamente por un grupo de árboles. Ambos eran viejos, pero parecian bien conservados, estaban limpia y sencillamente vestidos y no tenian aspecto de campesinos.

El hombre leia el *Times*, la mujer hacia calceta.

Tan absortos se hallaban, que no repararon en mí.

II

Nublóse el sol; el hombre suspendió su lectura y dijo:

—Misstris Lupus, vamos á tener tempestad.

—Tal creo, mister Lupus,—contestó la mujer.

Yo á mi vez miré al cielo. Una inmensa masa de nubes avanzaba con rapidez por la zona de poniente, la brisa se trasformó en viento caluroso y los árboles comenzaron á agitar su follaje.

—Misstris Lupus,—dijo el hombre, —la tempestad nos viene á pedir de boca y me sugiere una idea para nuestro proyecto.

—¿Qué idea, mister Lupus?

—Este lago crece mucho con la lluvia.

—No comprendo, mister Lupus.

—Ya comprenderás, ¿estás decidida?

—La mujer debe seguir al marido.

Un gran trueno interrumpió este diálogo y casi de repente comenzó á caer una lluvia copiosa.

Yo me arrimé más al tronco del árbol junto al que me hallaba, y excitada mi curiosidad por la conversacion de la vetusta pareja, los observé, procurando no ser visto ni sentido.

El hombre dobló el *Times* y lo guardó en un bolsillo. Sin moverse del sitio donde estaba alcanzó un gran paraguas encarnado y le abrió sobre él y sobre la mujer.

Luégo dijo:

—Misstris Lupus, la felicidad abruma: nuestras arcas van á reventar de plétora de dinero y nosotros por exceso de bienestar.

—Es cierto, mister Lupus.

—Misstris Lupus, somos dos viejos sanos y robustos; por más que lo descuido, nuestro comercio prospera. Si fuera más jóven, iria á Lóndres á ver si me arruinaba en la Bolsa; ya es tarde. Ahora bien, cumplamos nuestro propósito.

—Cumplámosle.

—Sígueme.

—Te sigo.

El viejo se puso en pié; su compañera recogió la calceta é hizo lo mismo.

—Apóyate en mi brazo, misstris Lupus; seamos tiernos esposos hasta el fin.

—Seámoslo,—repitió la mujer.

Yo me hallaba cada vez más sorprendido, ¡pero cuál fué mi asombro cuando ví á los dos cónyuges meterse en el lago, vestidos y calzados!

Llovia cada vez más, el viento soplaba con violencia y yo me encontraba cada vez más atónito.

Sé que los ingleses son los séres más excéntricos de la tierra, y sin embargo, no comprendia aquel extraño capricho.

Marido y mujer, dándose el brazo y con el paraguas abierto, llegaron al comedio del lago, que tenia poco fondo, y se sentaron tranquilamente; el agua les cubria hasta la mitad del pecho.

Yo no acababa de comprender.

Pero el lago iba creciendo con la lluvia y poco á poco desaparecieron los bustos de los dos viejos.

El hombre tenia siempre el paraguas abierto.

El agua iba subiendo; á la mujer, que era de corta estatura, ya le llegaba á los hombros.

—Misstris Lupus,—dijo el hombre,—va á ser una muerte muy dulce.

—Así parece,—dijo tranquilamente su compañera.

Estas palabras fueron para mí un rayo de luz; comprendí que aquello era un doble suicidio, quise moverme, intenté gritar, pero el asombro me tenia mudo y paralizado; mirando aquellas dos fisonomías tranquilas y casi risueñas, que iban á desaparecer, experimentaba la influencia magnética y fascinadora de la muerte y del agua.

No obstante, hice un esfuerzo, salí de mi escondite y me adelanté hacia el lago gritando.

Pero al oirme, los dos viejos se dejaron caer hácia atrás y desaparecieron á mi vista.

El paraguas, desprendido de la mano de su dueño, flotó algunos momentos y desapareció tambien.

III

Eran las diez de la noche de una tan calurosa que hacíame recordar las de Madrid y Sevilla. Paris se divertia en grande. Los trenes venian atestados de gente que habia pasado aquel dia festivo en el campo. Las calles, las avenidas, los boulevares y las plazas hormigueaban en transeuntes. Los circos ecuestres estaban llenos. Se bailaba en *Chateau des fleurs*, en la *Regen Blanche*, en *Bontlier*, en todas partes.

Aquello era una bacanal de alegría.

Pero el Sena estaba casi solitario. Por eso yo, que deseaba el silencio y el reposo de espíritu, me embarqué en un *bateau-omnibus* para dar un paseo por el rio.

En los camarotes habia algunas personas, á pesar del calor. Yo me quedé sobre cubierta. Halléme casi solo y me senté en un rincon oscuro, entre la escalera de un camarote y la borda.

Momentos despues, una señora y un caballero se sentaron cerca de mí, pero sin verme; porque un ángulo exterior del camarote me ocultaba á sus miradas. Ambos eran jóvenes, guapos y muy elegantes. Él pertenecia, sin duda, á la juventud dorada; ella, parisiense en todos sus detalles y en todas sus filigranas, lo mismo podia ser una Montmorency que una aventurera.

La dama se arregló los pliegues del vestido, desplegó su abanico, se hizo aire, mirando distraidamente al cielo encapotado de nubes, y luégo dijo:

—¡Renato!

—¿Qué, vida mia?—preguntó su compañero.

—Esta mañana he sorprendido en mi cabeza tres canas.

—Serán tres rayos de luna en una cascada de oro.

—Además, se me menea un diente.

—Te pones otro postizo para humillarle con la comparacion de los naturales.

—Renato, estoy harta de diamantes, de encajes, de cachemiras, de la Patti, de la Sarah, de trenes, de boulevares, de todo.

—Lo siento, ángel mio, ¡si yo pudiera darte las estrellas!

—Renato, tú eres el hombre más amable; despues de conocerte es imposible amar á otro alguno.

—¡Mil gracias!

—Pero... me voy cansando de tí.

—¡Ah, sí! pues casi me alegro, porque ya estoy completamente arruinado.

—Yo ya no espero nada en la vida.

—Yo la muerte de mi tia, de quien seré heredero, pero Dios sabe cuándo.

—¡Renato, adios! Toma el beso de despedida, y si me amas, sígueme.

Y la dama, con un movimiento rápido, se puso en pié sobre el banco é inclinándose á la borda se arrojó al rio.

El jóven lanzó una exclamacion, miró al agua y siguió el ejemplo de su compañera.

¡Oh fatalidad! en todas partes me persigue el suicidio.

IV

Yo no pertenezco á esa familia de inteligencias, grandes y pequeñas á un mismo tiempo, que toman la vida tal cual es y que hallando hermosa *la jaula* no se fijan en los dolores ni en las imperfecciones de los *pájaros*. La belleza cósmica no me basta y las luchas humanas me martirizan.

No puedo creer que el mundo y la humanidad sean obra de los *acarreos* de la materia, pues esto seria igual á suponer que algunos millares de letras de imprenta arrojadas al aire han podido *componer la Divina Comedia*. Tampoco creo en la sublimidad del alma, que á nuestro antojo y con tan poco trabajo podemos separar de nuestro cuerpo.

No creo en nada; mas que en el hastío que me roe lentamente, y ántes de que acabe de devorarme, quiero, por no imitar á Ovidio, morir en mi país natal.

Salgo de Madrid en un coche de segunda, quiero alentarme con las mortificaciones. En el techo del carruaje aparece una cosa de cristal, parecida á una redoma de botica antigua, y dentro una luz que, aunque opaca, alumbra el antro. Veo que mis únicos compañeros de viaje son una señora y una nodriza, y que cada una de ellas tiene un niño de pecho en los brazos.

Me recuesto en un rincon y cierro los ojos, no para dormir, sino para meditar.

Los abro, pasada la estacion de Pinto; veo que la señora y el ama de cria están dormidas, y que los niños, apoyados en el seno respectivo, se miran frente á frente.

La luz del coche alumbraba apénas; súbito oigo dos voces casi imperceptibles.

—Hermano, ¿qué edad tenemos?

—¿Estamos en abril?

—Sí.

—Nacimos en febrero.

—Justamente.

—Pues entónces contamos de existencia dos meses, dia más ó ménos.

—¡Ah!

—No obstante, yo soy más viejo que tú.

—¿No somos gemelos?

—Sí, pero yo nací un minuto despues que tú.

—¡Ya! y dí, hermano, ¿qué te parece la vida?

—Larga.

—¿Y el mundo?

—Monótono.

—¿Y nuestra suerte?

—Monótona; siempre mamando.

—¡Ya! ya! ¿y cómo hallas á los hombres?

—Monótonos; siempre dicen lo mismo.

—¿Cómo?

—¿Te acuerdas el dia en que pagó papá al comadron que asistió á nuestro nacimiento?

—Sí.

—Pues bueno, al darle yo no sé qué monedas, le dijo: —Tenga V., amigo don Lúcas, siento no poder corresponder con V. como es debido, ¡pero las cosas están tan malas! *¡No hay un cuarto!*

—¡Lo recuerdo!

—¿Te acuerdas de aquella noche en que estuvimos en el café de Madrid?

—Perfectamente.

—No oiste la conversacion de unos que estaban en la mesa próxima á la nuestra?

—No fijé mi atencion *mayormente*.

—Uno decia á otro:—Quisiera ir al Real, pero no tengo dinero.—¿Y quién le tiene?—preguntó el otro.—Mucha gente,—replicó el primero;—por ejemplo los abonados al Real.—¡Vaya un abono! —volvió á decir el otro,—turnos de cinco y sostenidos por empeños hechos en el Monte de Piedad; desengáñate, *¡no hay un cuarto!*

—¡Ah!

—Y finalmente, ¿no recuerdas la disputa de papá y mamá por causa de nuestro viaje?

—¡Ah, sí! mamá queria venir en primera.

—Pero papá la convenció con la frase eterna de: *¡No hay un cuarto!*

—¿Sabes que tienes razon, que esto es monótono?

—¡Monotonísimo!

Hubo una pausa; luégo oí de nuevo las vocecitas infantiles.

—¡Hermano!

—¿Qué?

—El *spleen* me devora.

—Tambien á mí.

—Hace tiempo que acaricio una idea.

—¿Cuál?

—La del suicidio.

—Suicidémonos, pues.

—Media un inconveniente.

—No caigo...

—No sabemos escribir.

—¿Y eso qué?

—Que seria preciso dejar escrita una carta en que dijéramos que nos refugiábamos en la muerte, porque estábamos cansados de vivir...

Un vaiven terrible hizo enmudecer á los dos interlocutores: habíamos descarrilado. ¡Un sueño! ¿pero por qué el sueño del suicidio?

V

En el puente de Triana.

Últimas líneas, escritas con lápiz. «Esto es hecho; no sufro más. Va á romper el dia; ántes de que el sol aparezca, todo habrá acabado para mí. Las primeras tintas del alba se confunden con el reflejo postrero de la luna.

»La luna teme eclipsarse, como si no supiera que es inmortal; en cambio, los ancianos del lago de Inglaterra, los amantes de Paris, los niños del tren... yo mismo, no abrigamos ese temor... Pronto sabré ó no sabré lo qué es la mentira y lo qué es el alma... pronto lo sabré todo ó no sabré siquiera lo que *he sido*.

»Ya se ve el lejano horizonte; á mi izquierda la Torre del Oro, los jardines de San Telmo, el muelle en construccion, esto es, lo pasado, lo presente y lo porvenir. A la derecha Triana, hormiguero humano que ya comienza á bullir, debajo de mí el rio, lleno de buques anclados... El hombre puebla la tierra, invade las aguas, pronto, tal vez, atravesará el espacio inmenso. ¡Qué insaciable es el hombre! ¡pero qué mezquino! le basta el planeta... Yo aspiro á la eternidad.

»Jacob vió la escala del cielo, yo he visto la de la muerte; él debia subir, yo bajo... estoy en el último escalon... ¡llegué por fin!...»

Hubo una convulsion en las aguas del rio, luégo un remolino, despues... nada.

Un mendigo de ochenta años, que padecia reuma crónico, encontró en el puente estas *memorias*; leyólas, porque por casualidad sabia leer, y... se sentó tranquilamente á pedir limosna.

¡Oh! la vida es como la mujer; nos ama, nos acaricia, y huimos de ella; nos huye y nos atormenta, y no queremos abandonarla.

FÉLIX REY

LA SERENATA

I

En aquella tarde de invierno la llevaron al cementerio.

Iban detrás formando su séquito despues de muerta, como lo formaron cuando vivia, dos ó tres ministros de la corona, los grandes de España que eran sus parientes, los poetas que recitaban en sus salones, los periodistas, la juventud dorada y en resúmen todos *sus numerosos amigos*.

No parecia un entierro; dijérase más bien que el coche fúnebre era un carro triunfal, y que en este carro triunfal llevaban á la reina de la moda, metida en una de esas cajas elegantes en que ella misma habia recibido, segun aviso de la aduana de Irun, los vestidos confeccionados por Worth. Aquello, más que la muerte de una mujer, parecia la apoteósis de la muñeca social.

No habia en los carruajes otra seriedad que la del traje negro. Los hombres reian en los *landos* contándose las aventuras galantes que se sabian, los episodios de actualidad, la quiebra del agente de bolsa, el último desafío, la pérdida en el tapete verde del casino, la fuga de dos amantes, y la desaparicion del cajero de una sociedad de crédito.

De vez en cuando uno de ellos miraba por los cristales, y al ver en un recodo del camino los caballos empenachados y las molduras doradas del último *tren de lujo*, debido al alquiler en *La funeraria*, decia, interrumpiendo el diálogo y lanzando una bocanada de humo de su magnífico veguero:

—¡Pero esa pobre condesa!... ¡quién lo habia de decir! ..

Y todos callaban un momento para dejar pasar aquella ráfaga de tristeza que se habia deslizado, sin saber cómo, en medio de sus alegres comentarios.

En una berlina de alquiler iba un hombre consagrado á especialísima tarea. A cada instante asomaba la cabeza por la portezuela para contar el número de coches que formaban la fila, número que apuntaba en seguida en su cartera, despues dividió esta suma total en dos sumas parciales, contando en una el número de coches propios y en otra los simones; luégo con el grupo de coches de lujo hizo la última clasificacion correspondiente, mirando los escudos para poner el nombre de sus dueños, y respecto al carruaje que no ostentaba escudo bastábale con mirar la cara, para él conocida, de los cocheros.

A cada momento exclamaba:

—¡Magnífico!... ¡Brillante!... ¡Muy *chic!*

Era el escritor de las damas, el hombre mimado de la buena sociedad, el revistero de salones, tan conocido por sus *espirituales* crónicas, que firmaba con el pseudónimo de *Caricato*.

¡Ah! ¡cuánto sentia él la muerte de la condesa! Perdia con esta desgracia una noche de reunion cada semana, que era tanto como perder una cena y el importe de un artículo *literario;* perdia tambien todos los lúnes la comida que la condesa le daba. ¡Pérdidas irreparables!

Por lo demás, la condesa habia muerto del más aristocrático modo. Al terminar un wals, de resultas de un quesito helado, ofrecido galantemente por su pareja y tomado de pié, entre las risas y cuchicheos de sus envidiosas rivales.

El cortejo llegó ante la verja del cementerio.

La caja fué conducida á hombros de cuatro sepultureros hasta la capilla, á cuya entrada recibió el cadáver un anciano sacerdote de aspecto venerable.

Rezó las oraciones con que la religion católica encomienda á Dios las almas al dar sepultura á los cuerpos, y á una señal suya destaparon el féretro de la condesa.

Todos se acercaron para ver por última vez aquellas facciones.

El cadáver vestia el hábito del Cármen y sus manos cruzadas sobre el pecho sostenian el signo de redencion.

—¡El último abanico!—dijo el revistero mirando á su rededor para estudiar el efecto, que producia su frase.—Un abanico que tiene el mejor de todos los aires. El aire de santidad.

El sacerdote cogió de manos del acólito un hisopo y roció con él los restos mortales.

—¡Muy chic!—continuó el revistero,—aquí se recibe á los convidados perfumándolos con un perfumador de agua bendita

Entónces el anciano le dirigió una mirada severa y *Caricato* comprendió que si se empeñaba en inventar su tercera frase, iba á ser amonestado severamente.

Además, las dos anteriores no habian causado el éxito acostumbrado. Los rostros estaban serios; imponíales la presencia del cadáver. Cuando se volvió á cerrar la caja todos lanzaron un suspiro de satisfaccion.

Entónces se reanudaron las conversaciones.

—¡Oh! general, ¡cuánto tiempo sin verle!...

—Adios, Gustavo, ¿y la marquesa?...

—Masini cantó como nunca. ¡Qué *Rigoletto!*...

—El baile se aplaza hasta el lúnes...

—¿Y han vuelto ya de Italia?

—Sí. Los dos siguen tan recien casados como ántes de marcharse. Es muy *cursi* quererse de ese modo...

—Se ha portado como un héroe. El desafío era á primera sangre.

—Y ¿qué se hicieron?

—Nada, un rasguño y una contusion.

—Pues la bailarina parece que presenció el combate desde un coche de alquiler.

—Eso dicen; es encantadora... infernal!...

—¿Irás luégo á Fornos?...

—Sí, como allí.

—Iremos juntos...

—Hasta luégo...

—Adios, duque...

—Mi general, hasta la noche...

Y con estos diálogos fuése despidiendo el duelo miéntras que los sepultureros colocaban el ataud de la condesa en el nicho de la crujía.

Despues se alejaron los coches de regreso á Madrid, se ocultó el sol en el límite del horizonte, y quedaron solos, la muerta en el ataud, y el guarda en su casita del cementerio.

II

Caricato se perdió la descripcion de una fiesta que nosotros, más afortunados, vamos á relatar.

Eran las doce y hacia luna. Los mármoles parecian con aquella claridad más blancos, más altos los cipreses y las cruces más imponentes destacándose sobre la yerba.

El silencio del cementerio vióse turbado aquella noche y en aquella hora de una manera extraña.

Al sonar la última campanada en el reloj de la capilla, oyéronse varios golpes sordos como los que producen los cuerpos pesados al caer sobre la arena, despues circuló por las crujías un aire húmedo como el que sale de las cuevas abiertas, y por fin sintiéronse pasos y á par de ellos ese ruido particular que al revolverse unas con otras hacen las fichas de dominó sobre el mármol de las mesas en que se juega. Viéronse correr como esclavos asustados y perseguidos los fuegos fatuos que aterran á las viejas y á los chiquillos, y por las sombras de la galería, rozando la bóveda con sus alas, huyeron tambien los murciélagos y las lechuzas.

Un siseo especial, que helaba de terror al escucharlo, se iba acercando al sitio donde se despidió el duelo de la condesa. Era como esas quejas que parece formular el viento por entre las junturas de las puertas cerradas y al mismo tiempo el desgarrado silbido con que pasa por entre las hojas de los árboles.

Aparecieron por fin á la luz de la luna los esqueletos.

Andaban con trabajo como quien da los primeros pasos despues de un largo reposo, con el vacilante andar de los niños y de los viejos, como anda el que viene á la vida y el que la deja. Sus enormes cráneos pesados y relucientes se sostenian á duras penas sobre las primeras vértebras, y por esta razon de su peso las frentes se inclinaban sobre el pecho, y las cuencas de los ojos parecian mirar con espanto como buscando en la tierra la humedad de las lágrimas vertidas por los vivos que habian ido allí para llorar su muerte.

Terminó aquel fatigoso andar, deteniéndose todos delante del nicho en que reposaba la muerta enterrada aquella tarde.

Un esqueleto se colocó en medio del círculo que formaron sus compañeros y á una señal suya cayeron al suelo los sudarios, viéndose entónces que cada uno de ellos iba provisto de un instrumento musical.

El que podemos llamar director de orquesta colocóse el violin bajo la mandíbula, miéntras que los demás preparaban tambien este la guitarra, estotro el cornetin de llaves, aquel la flauta, el de más allá el violoncello, y un esqueleto muy blanco y muy pequeño, el de un niño sin duda, empezó á repartir las particellas, en cuya primera página se leia:

DANZA MACABRA

Claváronse en la arena, para que sirvieran de atriles, unas cuantas cruces de hierro; para antorchas prestáronse gus-



LA DESPEDIDA POSTRERA, cuadro por A. Hirchl



ENTRE BASTIDORES, dibujo por J. Llovera

tosos los fuegos fatuos que huyeron cuando los huesos se movian, pero que volvian á rodearlos en cuanto los vieron quietos.

A los primeros acordes, los ladrillos del nicho cayeron empujados por la diminuta mano de la condesa, y en el hueco de aquella fúnebre ventana apareció la muerta en cuyo honor se verificaba el concierto.

Sus hermosos ojos continuaban cerrados, como los dejó la piadosa mano amiga, pero en sus labios se dibujaba como el recuerdo, como la sombra de aquella sonrisa con que supo recibir siempre los obsequios de sus adoradores. La muerte no habia podido desfigurar su belleza. Dió á su frente marmórea dureza, á sus mejillas la sublime palidez de la agonía, y todo ello realzábase con sus cabellos negros, que nadie se atrevió á cortar.

La serenata, que empezó á las doce, fué tan escogida como brillante. Todos los *números* merecieron los honores de la repeticion, sobre todo en la *segunda parte* agradó en extremo á la condesa la música compuesta por el maestro director, cuyo nombre no sabemos, porque el tiempo lo habia borrado de la losa de su sepulcro, cuya música se adaptaba perfectamente á la composicion de Nuñez de Arce titulada *El Miserere* y cuya letra no se cantó porque los muertos no tenian voz.

Fuimos las ondas de un rio
Caudaloso y desbordado,
Hoy la fuente se ha secado;
Hoy el cauce está vacío;
Ya ¡oh Dios! nuestro poderío
Se extingue, se apaga y muere.
Miserere

A la primera claridad del dia se terminó la velada, quedando la condesa en extremo complacida del recibimiento que la hacian *al presentarse por primera vez* no al mundo, sino *al otro mundo*.

Advertencia al lector. El asunto de este articulejo no es absolutamente mio. Tiene su inspiracion en un dibujo hecho por el malogrado Becquer, en el márgen de una cuartilla que contiene el original de su cuento titulado *La venta de los gatos*.

EDUARDO LOPEZ BAGO

LA CRUZ MAS SANTA

(LEYENDA DEL SIGLO XV)

POR DON ANTONIO DE TRUEBA

I

Alboreaba el siglo décimoquinto de la era cristiana á cuyas efemérides pertenecen las gloriosas de la invencion de la imprenta, del descubrimiento de América, de la conquista de Granada y de la terminacion de los bandos de Oñez y Gamboa que por espacio de más de dos centurias habian desolado la region vasco-cántabra.

Estos funestos bandos estaban más enconados que nunca al alborear aquel dichoso siglo, y particularmente lo estaban en los valles occidentales de Vizcaya conocidos desde tiempo inmemorial con el nombre de Encartaciones, conmemorativo de la carta ó pacto que mediaba entre ellos y el resto de Vizcaya.

Aunque por regla general los linajes estaban afiliados en uno ú otro bando, algunos habia que no lo estaban en ninguno, por cuya circunstancia se llamaba *hombres comunes* á los no abanderizados. Los hombres comunes eran respetados por los banderizos, pero ésto no obstaba para que el vulgo los considerase como poco celosos de su honra y pobremente dotados de lo que en aquel tiempo se consideraba como la mayor virtud, que era el valor para combatir con una espada, una lanza ó una ballesta en la mano.

Entre los pocos hombres comunes de las Encartaciones se contaban los del linaje de Arangúren de Baracaldo, rama desprendida hacia siglos del glorioso árbol de Susúnaga que florecia desde tiempo inmemorial en la misma república, y trasplantada al apacible vallecito de Mendi-erreca vegetaba allí con extraordinaria lozanía y opimo fruto (1).

Señor de aquella casa era entónces Martin Sanchez de Arangúren, que siguiendo la tradicion de sus antepasados, buscaba la gloria por caminos muy distintos de aquellos por donde la buscaban los caballeros principales de su tiempo: aquellos caminos eran los de la paz y el trabajo bendecidos de Dios, aunque odiados de la generalidad de los hombres.

En esto seguia la costumbre iniciada por uno de sus predecesores que, queriendo reedificar y ampliar la casa primitiva del linaje, edificada, como casi todas las casas fuertes del país, en una colina desde donde sus moradores podian ofender y defenderse, dijo:

—La paz sea siempre en mi casa y en la de los que de mí vengan, y un ramo de oliva sea la única ballesta y el único muro que veden á los malos entrar á dañar en ella.

Y en efecto, en una hermosa aunque estrecha pradera, que se extendia entre la colina y el rio, levantó nueva morada y á su puerta plantó un olivo que le sobrevivió muchos siglos.

Las únicas memorias que quedan de la casa y del olivo son las que voy á enumerar.

En Arangúren hay, escondida entre los nogales y los castaños, una modesta casa de moderna construccion en cuya fachada se lee:

Sobre el antiguo solar
de la torre de Arangúren

Año 1848

Y en Memerea hay un olivo que la tradicion dice proceder de otro muy viejo que habia hace dos siglos á la puerta de la torre de Arangúren.

II

La torre de Arangúren era un edificio de piedra sillar, cuadrado y alto, que carecia de las saeteras y el muro exterior que tenian casi todas las torres solariegas, en cuya construccion las miras de defensa militar habian predominado sobre las de comodidad doméstica.

Esta comodidad era la que principalmente se habia buscado en la construccion de la torre de Arangúren. Edificada entre el rio y la base de la colina de Olarte que la dominaba, no ofrecia capacidad correspondiente á la riqueza y la industria de sus señores, pero este defecto se habia subsanado con diferentes edificios secundarios que arrancando de su espalda, se escalonaban en las estribaciones de la colina, hasta el primer término de la planicie de esta, puestos todos ellos en comunicacion interior con la torre.

Estos edificios estaban destinados á habitacion de criados, establos de ganado, lagar y cubera, lonja para el fierro y almacenes de granos y otros frutos de la industria agrícola y pecuaria cuyo ejercicio habia valido á los señores de Arangúren el nombre de *ganadores* con que se designaba á los que curaban más de especulaciones industriales que de guerras de bandería.

La torre tenia dos pisos altos destinados á habitaciones espaciosas y alegres y no reducidas y tristes como las de las torres fuertes donde todo se daba á la guerra y poco más que nada á la paz, como que en sus muros, en vez de estrechas y sesgadas saeteras y ventanillas gemelas, daban paso al aire y la luz y los perfumes campestres anchas ventanas y áun puertas que comunicaban en el piso principal con un corredor ó voladizo exterior que circuia á la torre, entoldado de parras que trepaban á él desde los cuatro ángulos del edificio.

Y por último, frontero á éste habia un oratorio ó ermita consagrada á la Madre de Dios y cuyo altar se veia desde la torre, porque constituia la fachada principal de aquel pequeño, pero lindo templo, un enverjado de fierro procedente de las ferrerías de los señores del solar de Arangúren.

De la torre no queda más que el recuerdo consignado en la fachada de la casa levantada en su solar y sin duda con sus materiales en 1848, pero del oratorio queda un lienzo de pared lateral que sirve de cerradura á un huertecillo lleno de frutales.

De los pacíficos señores que habitaron la torre quedan, desde Amézaga á Tellitu, puntos extremos de aquel lindo, estrecho y ameníѕimo valle, cuyo caserío está interpolado de huertos fértiles de regalados frutos, memorias singulares que ha conservado de generacion en generacion el honrado, gallardo é inteligente pueblo que allí habita.

A estas memorias pertenece la narracion que allí se designa con el nombre de *La Cruz más santa*.

III

Era una hermosa mañana del mes de agosto y *oñacinos* y *gamboinos* estaban á punto de venir á las manos en la llanura que precede á Mendi-erreca, llanura que entónces estaba poblada de arboledas y no, como ahora, convertida en fértiles tierras labrantías.

Los oñacinos cubrian las estribaciones del Argalario, adonde habian trepado por Aguirre y Susúnaga, y los gamboinos las lomas opuestas desde Oquéluri hasta Basuchu.

Entre los oñacinos que capitaneaba Ochoa de Salazar, el de Muñatones, se contaban los de Achúriaga, los de Martiartu, los de Zaldibar, los de Butron, los de Leguizamon, los de Mújica, los de Susúnaga y otros banderizos no ménos sañudos y esforzados, y entre los gamboinos, á cuya cabeza estaba Fortun Sanchez de Salcedo, se distinguian los de Ibargüen de Elorrio, los de Muncharaz, los de Echeburu, los de Atucha, los de Tosubando, los de Bildósola, los de Largacha y muchos más solariegos principales.

Los mancebos de Achúriaga, que siempre eran los más sañudos y audaces del bando oñacino, descendieron los primeros hácia Bengolea y empezaron á insultar y retar á los contrarios de la banda opuesta del rio.

Pronto uno y otro bando se fué corriendo hácia la llanura y descendiendo á esta, donde poco despues se trabó la pelea, cuyo horrible rumor atronaba el bosque desde Amézaga á Landáburu.

La lucha duraba aún una hora despues velada por la sombra de los robledales y los castañares de la extensa llanura. De repente se vió á los oñacinos abandonar el campo en completo desórden, unos yendo á refugiarse en las torres de Landáburu, otros en las de Zuazu y otros procurando ascender á Susúnaga y Aguirre.

No pocos de ellos caian en la huida, rendidos por el calor, el cansancio y las heridas que habian recibido en el combate ó alcanzados por sus perseguidores que les daban muerte sin misericordia, y no pocos tambien perecieron al vadear el rio que limitaba por el Oeste la llanura y á la sazon hacia invadeable la marea que alcanzaba aún más arriba de allí.

La huida de los oñacinos hácia la embocadura del valle de Mendi-erreca era punto ménos que imposible, porque para impedirla se habian corrido hácia aquella parte fuerzas gamboinas. Sin embargo de esto, un gallardo mancebo oñacino, inerme y cubierto de sangre propia y extraña, apareció en la calzada que atravesando el puente de Erri-ederto, nombre equivalente á *lugar hermoso* que despues, pasando por modificaciones eufónicas, vino á convertirse en Retuerto, se dirigia al oriente trepando al collado de Oquéluri, para descender al Cadagua en Burceña.

El fugitivo tomó la márgen derecha del rio, á la sazon sombreada de seculares robles, y no como hoy, dedicada á feraces tierras labrantías, sin duda con la esperanza de hallar su salvacion Mendi-erreca arriba.

Al emparejar con la singular fuente de Amézaga, cuyo raudal, entónces más caudaloso que en ninguna otra estacion del año (1), serpenteaba á través de la arboleda, en un repechillo sombreado de los carrascos que le daban nombre (2), sintió ansia de apagar en ella la ardiente sed que le devoraba; pero temeroso de que los enemigos le persiguiesen y le alcanzasen si se dirigia á ella, continuó rio arriba esperando calmar su sed en la saludable y fresca fuentecilla de Igúliz que pronto encontraria á su paso, ya que no la calmase en el agua del rio que debia estar tibia por efecto del mucho calor de aquel dia y los anteriores y á cuyo profundo cauce era peligroso descender en su estado.

Pasó el rio por un alto puente de piedra que se alzaba frente á la casa solar y la ferrería y el molino de Bengolea y al volver allí la vista hácia la llanura, vió con temor que algunos peones gamboinos, ballesta en mano, dejaban en Erri-ederto la calzada para tomar rio arriba, sin duda en su persecucion.

Hizo un esfuerzo supremo para aligerar el paso, siquiera para llegar á Gorostiza y ocultarse en alguna de las casas de aquel barrio, cuyos habitantes pasaban por afectos al bando oñecino, pero una gran humareda que de hácia Gorostiza se alzaba, le hizo temer un nuevo contratiempo.

En efecto, el molino y las casas de Gorostiza eran monton de escombros y de fuego y hasta habia sido talado el bosque de frutales que ya entónces ocupaba parte de la llanura que hoy es en su totalidad fructífera vega (3).

Miéntras gamboinos y oñacinos se corrian hácia la llanura de Landáburu para emprender allí la lucha á que se habian retado, algunos peones de los primeros, por órden de sus caudillos, se habian encaminado á Goroztiza y habian entregado al fuego los edificios y árboles frutales, para vengar los auxilios de mantenimientos que los gamboinos suponian haber sacado de allí los oñacinos, miéntras estos permanecian en las estribaciones del Argalario.

El mancebo siguió adelante cada vez con más dificultad. Esta se aumentaba al pasar por Gorostiza con el calor de los edificios incendiados y el espectáculo de desolacion que ofrecia aquel barrio.

Ansiaba llegar á Igúliz para calmar la sed que le abrasaba, pero al llegar se encontró con que la fuentecilla habia dejado de manar, experimentando una de las intermitencias que la singularizaban (4).

Faltábanle sólo algunos centenares de pasos para llegar á Arangúren. Al subir una cuestecilla en cuyo término el camino daba una revuelta y desaparecia cerca de la torre de Martin Sanchez, volvió la faz y vió á los peones gamboinos que continuaban sin duda en su persecucion.

La mayor de sus dichas hubiera sido entónces poseer una lanza ó una espada para esperarles allí y terminar su vida peleando con ellos, pero careciendo de esta dicha, siguió aquella vía dolorosa algunos pasos más y al fin cayó al suelo falto de toda fuerza y de toda esperanza.

IV

Aquel mancebo era Fernando de Achúriaga, que habia esperado encontrar su salvacion tomando la vía de Mendi-erreca para ascender por allí á las cumbres de Urállaga y

---

(1) Hoy se conoce esta frondosa y pintoresca cañada, cuya extension es de una legua y cuya poblacion no baja de cien casas, diseminadas en diferentes barriecillos con el nombre de El Regato. El cronista Lope García de Salazar, que escribió en el siglo XV, le llama *Monte-regato* traduciendo su nombre en castellano sin variar la sintáxis euskara, como se tradujeron otros nombres geográficos encartados cuando la lengua castellana fué sustituyendo allí á la vascongada. El nombre de mendi-erreca debió traducirse por rio ó más bien riachuelo del monte á que corresponden *mendi* (monte) y *erreca* (riachuelo) con que se diferenciaba la parte de aquel rio correspondiente al monte de la que correspondia á la llanura. En cuanto á la rama del linaje de Susúnaga que arraigó en Mendi-erreca y tomó el apellido de Arangúren, nombre particular del sitio donde se estableció, el mismo Lope dice que de allí salieron muchos grandes y esforzados caballeros y que su casa era grandiosa.

(1) No en vano llamo singular á la fuente de Amézaga, pues se observa en ella el fenómeno de que su caudal aumenta ó disminuye segun aumentan ó disminuyen los dias del año.

(2) Amézaga equivale á *carrascal* ó sitio de carrascos, que son una variedad del roble que abundaba antiguamente en Vizcaya acaso más que la albar que hoy predomina, á juzgar por la nomenclatura geográfica.

(3) En esta vega se producen exquisitos frutos. En la Exposicion industrial y artística celebrada en Bilbao en 1882, presentó un vecino de Gorostiza doce melocotonesque pesaban diez y nueve libras y media.

(4) La fuentecilla de Igúliz que brota orilla del camino en una roca, en el llano de Uraga, ofrece en efecto la singularidad de la intermitencia. El 8 de diciembre de 1882 empezó de repente á manar despues de haber estado seca durante algunos meses.

descender á su solar de Galdames, atajo de que aún hoy dia se valen los galdameses que tornan de Bilbao para ahorrar gran trecho de camino.

Fernando de Achúriaga era el mayor de los tres mancebos de aquella fuerte y noble casa, cuyos señores se singularizaron por más de un siglo entre los más valerosos y encarnizados banderizos de Oñaz, y precisamente era uno de los primeros que aquella mañana habian descendido de las estribaciones del Argalario á retar á los gamboinos.

En el instante en que exhalando un débil grito de dolor y desesperacion caia al suelo, una hermosa doncella salia del oratorio donde habia pasado gran parte de la mañana orando por los que peleando como Caínes, sucumbian en la llanura de donde el siniestro rumor de la pelea llegaba hasta Arangúren.

Apresuróse la doncella á pedir auxilio á los servidores de su casa, que era la torre inmediata, y con ayuda de ellos condujo al mancebo á la torre.

En aquellos tiempos en Vizcaya era empírico el arte de curar, que sólo se adquiria con la observacion y la práctica y ejercian por aficion ó caridad algunos y por logrería otros.

Entre los criados de Martin Sanchez de Arangúren se contaba un buen anciano que pertenecia al número de los primeros y en toda la Encartacion gozaba fama de habilísimo en aquel arte. Así Martin como su hija Marina tenian la mayor complacencia en que Peruchon de Carranza, con cuyo nombre era conocido aquel su servidor, se ocupase sólo en la cura de los dolientes que requiriesen su auxilio, ora fuesen estos criados ó parientes de la casa, ora fuesen extraños á ella.

Por ventura del caballero de Achúriaga, al ser conducido á la torre por Marina, que no era otra la compasiva y hermosa doncella que tan á tiempo para reparar en el mancebo y acudir en su auxilio habia salido del oratorio, se hallaba á la sazon el anciano servidor en la colina de Olarte acopiando salutíferas yerbas vulnerarias que él solo conocia.

Buscósele apresuradamente, y asistido de su señora y una buena dueña á quien ésta amaba como á madre, pues con ella habia hecho veces de tal desde que le faltó la suya, prestó tan celoso y eficaz auxilio al herido, que muy pronto recobró éste el conocimiento y pudo ser conducido á un excelente lecho, restañadas y vendadas sus heridas y con todas las probabilidades humanamente posibles de que habia de sanar de ellas.

Apénas era terminada aquella operacion, la voz de «¡Ah de la torre!» se oyó bajo los nogales fronteros á esta.

Asomóse el mismo Peruchon de Carranza al corredor exterior y vió que los que demandaban eran peones gamboinos, no dudando que fuesen los mismos que el caballero de Achúriaga, no bien recobró conocimiento y habla, habia dicho ir en su seguimiento.

Grande fué el terror que se apoderó de Marina y sus servidores cuando, saliendo tambien al corredor, vieron á los peones, pero no tardaron en tranquilizarse, pues interrogados por el anciano, le respondieron:

—El señor Fortun Sanchez de Salcedo nos envia á saludar á su deudo el señor Martin Sanchez de Arangúren y á rogarle con mucho afincamiento que le plazca enviaros sin demora á prestar caritativa ayuda á muchos de su bando que yacen mal heridos en el campo de la lucha.

—Así haré al punto sin esperar licencia de mi amo y señor, que está ausente y tiénemela dada para tales casos, y curaré de gamboinos como de oñacinos, porque para mis señores y para mí no hay bando que deba ser preferido, y ménos cuando se trata de hombres dolientes y desafortunados.

—Bien haceis vos y vuestros señores en pensar así, pero hoy gamboinos sólo curareis, que de curar oñacinos heridos se han encargado las lanzas y las ballestas de los dueños del campo.

El anciano hizo un signo de dolor y compasion al oir esto último, y al notarlo, añadieron los gamboinos:

—Cierto que es de lamentar tamaño ensañamiento, pero culpa no pequeña de ello tienen los caballeros de Achúriaga á quienes Dios maldiga, porque ellos provocaron esta mañana la lid bajando del Argalario á retar sañudos y provocadores á los gamboinos.

Peruchon de Carranza, despues de instruir á su señora de los cuidados que convenia prestar al herido durante su ausencia, cabalgó inmediatamente en una mula de gran andar, provisto de cuanto necesitaba para ejercer su bienhechor arte, y partió valle abajo adelantándose pronto largo trecho á los peones gamboinos que tornaron por la misma vía despues de refrigerarse con un jarro de sidra que la hermosa y amada doncella de Arangúren hizo bajarles al nocedal.

Pocas horas despues regresaba á su casa Martin Sanchez de Arangúren que habia pasado el resto del dia en las laderas del Cuadro ó Laurea, como entónces se llamaba aquella montaña, dirigiendo el trabajo de gran número de braceros que ocupaba allí roturando y cercando gran extension de terreno destinado á la siembra de trigo en el otoño inmediato (1).

Entónces apénas era conocido en Vizcaya el cultivo del más precioso de los cereales que se traia de Castilla y tenia aquí poco consumo. La cebada, el centeno, la avena y el mijo que se designaba con el nombre de borona, eran casi los únicos cereales que aquí se consumian, y áun estos se suplian en gran parte con la castaña que se cosechaba en gran abundancia y hasta se exportaba á reinos extraños.

El ganador de Arangúren era casi el primero que en Vizcaya habia cultivado el trigo, haciendo grandes roturas en los montes. Como entónces éstos estaban vírgenes de todo cultivo y de todo despojo de sus sustancias vegetales, las cosechas que obtenia eran copiosísimas y con ellas habia conseguido aumentar en gran manera la riqueza de su casa y estimular la imitacion de otros como él aficionados á las pacíficas fatigas agrarias y no á las sangrientas y ruinosas lides de bandería.

Marina le esperaba con inquietud. Sabia que el corazon de su padre era magnánimo para con todos, pero sabia tambien que acaso eran los solariegos de Achúriaga los únicos hombres á quienes no alcanzaba esta magnanimidad por los instintos belicosos de aquellos mancebos que contribuian no poco á las guerras de bando que desolaban á la noble y hermosa Encartacion, y temia que reprobase el hospedaje y los piadosos auxilios que en su casa habia encontrado el más belicoso é implacable de los tres hermanos.

Cuando Marina vió asomar á su padre por la arboleda que mediaba entre la torre y la ferrería y el molino de su propiedad, que subsisten aún algunos centenares de pasos más arriba de donde existió la torre, se apresuró á salir á su encuentro.

Abrazó Martin con la dulce emocion de siempre á la hermosa, á la buena, á la santa doncella en quien cifraba en lo humano el mayor de sus amores, y Marina, con inquietud y timidez que le sobresaltaron algun tanto, le dió cuenta circunstanciada de la novedad que ocurria en la torre.

Por única contestacion Martin volvió á estrecharla en sus brazos diciéndole:

—Hija mia, lo que has hecho es digno de tí y de mí.

Y ambos penetraron en la torre adonde poco ántes habia regresado el buen Peruchon, quedando muy satisfecho del estado en que encontró al herido.

V

Terminaba el otoño y aún permanecia en la torre de Arangúren el caballero de Achúriaga á pesar de hallarse ya completamente restablecido de sus heridas. Nadie sino su familia y los moradores de la torre tenia noticia de su permanencia allí, que Martin Sanchez cuidó no se divulgase para evitar que se dudara de la neutralidad de su casa en las guerras de bandería.

En la Encartacion nadie dudaba que Fernando de Achúriaga habia muerto en la sangrienta lid de Baracaldo y áun no faltaba quien asegurase haberle reconocido entre los centenares de muertos que fueron sepultados al siguiente dia de la lid en una gran fosa que para ello se abrió cabe la iglesia de San Vicente. De esta misma conviccion aparentábase participar en el solar de Achúriaga, pues el escudo de armas de aquella noble casa estaba velado con paños negros.

Trato con cualquiera otro de los banderizos no hubiera hecho sospechoso de parcialidad al ganador de Arangúren, pero el trato con los de Achúriaga era muy ocasionado á esta sospecha por la implacable saña que á aquellos mancebos singularizaba entre todos los de la parcialidad oñacina.

Si hubiera sido conocida del malicioso vulgo la larga y en parte voluntaria permanencia del mancebo en Arangúren, no hubiese faltado quien sospechase y áun murmurase, no de la virtud de Marina á quien todos tenian por impecable, sino del sentimiento que retenia allí tan largo tiempo al de Achúriaga, tanto más cuanto este tenia en la Encartacion fama de enamoradizo.

Si el de Achúriaga hubiese sido tan codicioso de hacienda como de triunfos bélicos y amorosos, ocasion hubiera tenido en la torre de Arangúren de envidiar á los señores de aquella casa, que en lo abastada de positiva riqueza contrastaba con la suya, no obstante ser esta una de las más ricas de la Encartacion hasta que sus señores dieron en curar más de banderías que de su hacienda.

(Continuará)

LA INOCULACION DEL CÓLERA

España entera, en la prensa, en la tribuna, en la cátedra, se ocupa hoy de un hecho llamado á producir una gran revolucion en la ciencia, de un hecho destinado, si los resultados corresponden á las esperanzas, á destruir uno de los enemigos más temibles de la humanidad: el cólera morbo asiático. Un médico catalan, cuyo nombre resuena ya en toda Europa, el Doctor Jaime Ferran, ha planteado, despues de laboriosas investigaciones y de múltiples ensayos, la inoculacion del principio atenuado del cólera como medio preventivo de esta enfermedad, contra la que casi en balde han luchado los recursos de la Medicina y los procedimientos más ó ménos acertados de la Higiene.

El hecho es sorprendente; sus consecuencias de una trascendencia incalculable; pero, ¿el resultado es cierto?.. ¿es una nueva conquista alcanzada ó una nueva ilusion perdida? Veamos el asunto bajo su verdadero aspecto, y perdónesenos de antemano que hagamos abstraccion en lo posible de todo concepto técnico, que holgaria por demás en una publicacion de este género, destinada á lectores ilustrados, pero ajenos á cierta clase de conocimientos científicos.

La inoculacion de los virus atenuados para oponerse á la accion de las enfermedades, consideradas de orígen parasitario, no es una vana teoría; y desde Jenner, que con la vacuna borró de la Patología la terrible viruela, hasta Pasteur que con sus experimentos admirables ha conseguido esterilizar el carbunco y quizás la rabia y Freire que en Rio Janeiro inocula con éxito la fiebre amarilla, la ciencia registra multitud de invenciones, que prueban que en medio de los disturbios políticos, en medio de las funestas luchas por la existencia, al lado del cañon y de la dinamita destructora, el espíritu humano, con la antorcha del progreso por faro, busca incansable el modo de defender á la humanidad de las múltiples causas que la asedian y la combaten.

La inoculacion tiene por objeto determinar un estado tal en la economía que haga inofensiva en un plazo más ó ménos largo la accion del agente ó gérmen productor de la enfermedad. Dentro de nosotros mismos viven y pululan un sin número de organismos microscópicos que no producen alteracion alguna en nuestras funciones y á los que sólo una perturbacion en la normalidad de los actos fisiológicos ó la cesacion de la vida permite su evolucion. En ciertas enfermedades, tales como el cólera, la fiebre amarilla, la viruela, etc., se admite como principio comprobado por la observacion, que un ataque preserva para siempre de otra nueva invasion. Pues bien, la inoculacion tiene por objeto producir artificialmente esa acomodacion al principio infeccioso, esa inmunidad contra el agente morboso por medio de la accion debilitada de la causa misma de la enfermedad. El hecho teórico es científicamente cierto; la dificultad estriba en determinar cuál sea el agente productor. ¿Lo ha conseguido Ferran respecto al cólera? Los resultados en el laboratorio son concluyentes; á la experimentacion toca ahora comprobarlos.

No hace todavía un año el cólera asolaba á Tolon y á Marsella, y miéntras el gobierno de España, recordando las tradiciones de la Edad media, acordonaba la frontera y establecia irrisorios lazaretos para contener al enemigo invasor, Barcelona, dando una prueba más de su ilustracion, enviaba una comision á estudiar el azote en su foco primitivo de infeccion, el hospital Pharo. Esta comision estaba presidida por Ferran. Aunque poco conocido fuera del terreno científico, Ferran ya se habia hecho notar por sus estudios bacteriológicos, contribuyendo muy principalmente esta circunstancia, entre otros méritos, á que fuese elegido por el Municipio de Barcelona. En Tolon contrajo relaciones de amistad con los delegados del gobierno francés, Nicatti y Rietsch, de los cuales aprendió á descubrir el microbio colérico en los excrementos, ensayando ante ellos la trasmisibilidad del cólera al conejo y al perro. Casi terminada la epidemia en Marsella y de regreso á Barcelona, continuó el infatigable Ferran sus trabajos, proponiéndose resolver la incógnita que dejó Koch pendiente buscando con afan la naturaleza y forma del célebre *bacilo*. Sus investigaciones no fueron estériles, y despues de una larga observacion, despues de detenido estudio en el campo del microscopio, logró Ferran seguir todas las evoluciones del microbio, su florecencia y su manera de reproducirse, probando que el *virgula* de Koch es sólo un estado transitorio, clasificando el agente productor del cólera en el órden de las *peronosporas*, y dándole el nombre de *peronospora Barcinonis* en honor á la poblacion por quien habia sido delegado. El mundo científico, apreciando su modestia, le ha hecho justicia y ha designado el descubrimiento del sabio médico catalan con el nonbre de *peronospora Ferrani*.

Despues de esto Ferran y Pauli, inteligente colaborador y asiduo compañero suyo, se inoculan recíprocamente con virus colérico, y esta inoculacion resulta inofensiva. Cinco dias despues, repiten el experimento con líquido de cultivo sin ningun resultado enfadoso. En tanto, más de doscientos conejillos inoculados con dos centímetros cúbicos de este mismo cultivo habian muerto, y otros tantos, en quienes se habia practicado la inoculacion á dosis refractas, experimentaron los síntomas de un cólera benigno. Animado de la fe que en otro tiempo impulsara á Jenner á inocular el *cow-pox* á sus propios hijos, Ferran hace en su familia la prueba y la contraprueba: la inoculacion preventiva y la reinoculacion, y siempre el éxito corona sus ensayos. Y parientes y amigos y multitud de comprofesores, llenos de entusiasmo, se prestan con el más brillante resultado á servir de campo á sus experimentos.

La ciencia médica acoge el descubrimiento de Ferran, lo estudia, lo examina y afirma sus conclusiones. Nicatti y Rietsch le escriben mostrándole su conformidad absoluta; Van Ermengem, discípulo de Koch, repite con igual resultado sus experimentos; el mismo Koch, á fuer de verdadero sabio, cuya gloria jamás puede empañarse con la ajena gloria, se propone comprobar sus observaciones. La Facultad de Medicina de Paris le escribe felicitándole y le pide tubos de cultivo; las cámaras inglesas se ocupan con interés del asunto y solicitan de su em-

(1) Por *roturar* no se entiende en Vizcaya precisamente lo que el Diccionario de la lengua castellana llama «romper las tierras eriales para aplicarlas al cultivo:» sólo se da este nombre á la labor que consiste en levantar el césped del terreno inculto, quemarle en montones, cavar profundamente y despojar de raíces el suelo, esparcir la tierra quemada y sembrar trigo en el terreno así preparado. Con arreglo á fuero, es lícito beneficiar así el terreno comun, si bien con la condicion de abrir el cercado una vez hecha la recoleccion para que los ganados puedan entrar y pastar en la rotura.

bajador en Madrid datos relativos á este descubrimiento, á fin de tomar las medidas que sean su consecuencia. De todas las provincias de España acuden comisiones á Ferran para examinar sus ensayos; el mismo Gobierno, no ménos digno de elogio por más que sea el último, nombra una delegacion con la representacion de tres de sus centros más respetables, la Academia de Medicina, la Facultad de San Cárlos y el Real Consejo de Sanidad. En Valencia, en Barcelona, la prensa profesional y la clase médica obsequian con suntuosos banquetes á Ferran. Un profesor eminente, el Dr. Giné, pronuncia un brindis é invita á la iniciativa particular á contribuir con una cantidad para el sostenimiento de un laboratorio histo-químico con objeto de que pueda continuar en sus trabajos el ya célebre bacteriólogo, y pocos momentos despues se reune una cuota anual de unas cinco mil pesetas por suscricion privada entre un puñado de entusiastas admiradores del genio, amantes apasionados del progreso y adelanto de la ciencia.

Como se ve por lo expuesto, el descubrimiento de Ferran no ha quedado encerrado en el laboratorio, ha pasado al terreno de los hechos y los hombres más eminentes acuden en tropel á estudiar sus experimentos. Poblaciones enteras se inoculan y hasta aquí el éxito parece coronar tan halagadoras esperanzas. A la fecha en que escribimos pasan de tres mil los individuos vacunados; de estos sólo ha habido siete invadidos y todos ellos leves. Si existe ó no el cólera en Alcira, no nos toca á nosotros el decirlo; ni el periódico para el que dedicamos este artículo ni la ocasion son oportunas. Nos bastará hacer constar los siguientes datos: Alcira es una poblacion de diez y seis mil almas; desde el 1.° de mayo hasta hoy han ocurrido setenta y un casos de una enfermedad *sospechosa* que se caracteriza por síntomas análogos á los del cólera; han fallecido ¡treinta! han curado quince y quedan en asistencia veintiseis. En las operaciones practicadas por Ferran en Alcira ha habido un hecho digno de atencion; dos asiladas del *Centro protector de la mujer* se resistieron á ser inoculadas; ambas fueron atacadas de la enfermedad sospechosa. Játiva, Algemesí, Benifayó, Almusafes y otras poblaciones, donde parece que reina un temor más ó ménos fundado, llaman con insistencia al propagador de la colerizacion profiláctica. El invento ha traspasado las fronteras, y Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra, Italia y otros países se disponen á enviar comisiones que vengan á estudiar los resultados obtenidos por nuestro compatriota, que ha sabido levantar el nombre patrio envuelto en el noble sentimiento de una idea que tiene resonancia en todos los corazones: el bien público, ¡la caridad!

¿Se obtendrá el objeto anhelado? ¿habrá llegado la hora de que sometamos el cólera al poderoso yugo de la Ciencia?... Todo hace esperarlo. Hasta dónde alcanza el poder de la inteligencia, díganlo las conquistas que el genio del hombre ha realizado á su paso á través de los siglos. La química burla la accion de los venenos; la higiene encadena las más terribles enfermedades; la vacuna previene la viruela; el cloroformo se rie del dolor; la antisepsia hace inocentes las operaciones más arriesgadas: todo cede ante el hombre, que domina á la naturaleza y subyuga sus obstáculos. ¡Adelante, pues! y si algun dia, quizás por desgracia no lejano, las circunstancias permiten comprobar la exactitud de los experimentos de Ferran, España, el mundo entero, pronunciarán con veneracion su nombre, que será repetido con recuerdo imperecedero por la gratitud de mil generaciones.

DR. A. FERNANDEZ-CARO

19 de mayo de 1885

RECREOS CIENTÍFICOS

LA FRUTERA — EL CAZADOR — EL PINTOR

EL ZAPATERO — EL QUÍMICO — EL TONELERO

ARTES Y OFICIOS.—Dibujos de doble aspecto



ACABÓ EL CARNAVAL, dibujo por C. Randanini

IMP. DE MONTANER Y SIMON.



AÑO IV —— BARCELONA 29 DE JUNIO DE 1885 —— NÚM. 183

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LOS GEMELOS, cuadro por Luis Deschamps

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

¡Muchas gracias!—El cólera.—Bactericídico.—El leon que muere.—Diálogos.—Flamenquismo rojo.—Sin tiendas.

Dichosa ausencia la mia, esta que me ha tenido léjos de Madrid durante quince dias, porque á más del agrado del viaje, he tenido el de que en las páginas de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA me sustituyó una pluma tan ingeniosa como la del Sr. Rodriguez Chaves, que escribió la revista madrileña de la quincena anterior. Aunque en verdad, en verdad, no sé si arrepentirme del viaje y dolerme de la sustitucion, que no ha sido todo lo leal que me conviniera, por cuanto las gracias de su estilo han de oscurecer el mio, y el brillo de su prosa ha de hacer pálida la mia. Gracias, querido Chaves, por tu sustitucion. Gracias por haber llenado el hueco que ocupo en esta página. Al ocuparle yo de nuevo vengo como asustado y temeroso de que el público no pida que me marche á un veraneo definitivo, á ver si tú sigues tejiendo guirnaldas de flores donde yo cuelgo mis cardos sin olor.

***

El aumento de mortalidad producido por el cólera y el crecimiento de la invasion epidémica es el primer asunto que se impone al cronista. Negros crespones flotan en los aires, nubes sombrías oscilan ante las pupilas, tristes tañidos de campana fúnebre palpitan en el aire como titilaciones de dolor. Murcia es hoy azotada espantosamente por el contagio. Las rientes huertas se han cubierto de nieblas funerarias. En las aguas del rio Segura va disuelta la muerte. ¡Ah, maldito rio, padrastro de Murcia! Te conduces con la gentil Sultana como un tutor infame con su inocente pupila. Un dia la das pródigas riquezas y otro dia, cuando la has adormecido en un sueño de esplendores y gloria, la llevas á la ruina... Ayer dejabas escapar tus ondas de las márgenes y te precipitabas sobre el descuidado vecindario. Hoy nutres tus átomos de envenenadora materia y haces á tus ondas verdes y deleitables vehículo del microbio.

***

La ciencia bactericídica ha dado un nuevo aspecto al problema de la epidemia. El cólera no es ya aquel pálido viajero que venia del Ganges, mal ceñido el oriental túnico de lino, la guadaña al hombro, el odio en el corazon. Ahora es un sér infinitamente pequeño, que vive á cien mil leguas del hombre, protegido de su ira y de su venganza por su misma insignificancia. Apénas si en el campo cristalino del microscopio se le ve hormiguear como un puntito negro, que puede confundirse con un lineamiento de la sombra que hacen en la cóncava lente las pestañas del observador.

Hoy ve la humanidad su enemigo más tremendo en esas familias menudas que deshojan los viñedos, cercenan sus plantíos, roen sus trojes, agujerean las maderas de sus edificios y construyen túneles en el cuerpo del ciudadano hasta dejarle huero é inútil para la existencia.

No es el elefante—ese monstruo con colmillos de marfil;—ni la ballena—ese depósito de grasa ambulante;—ni el condor—ese alado hermano del rayo... Todos estos séres potentísimos han sido vencidos por el hombre que ha convertido al elefante en su bestia de carga, al condor en un tropo poético y al cetáceo en un motivo de sociedades por acciones.

Miéntras el hombre discurre, el microbio destroza; miéntras la mente vuela, la bacteria mata... Tal vez el mundo, que ha sido hasta hoy el trono del hombre, esté destinado á ser fétido pantano, donde los séres infinitamente pequeños vivan y se disputen con vertiginosa lucha las últimas migajas de la vida.

***

Miéntras asistimos aterrados al nacer del microbio, presenciamos indiferentes el duelo del rey de las selvas. El leon del Retiro ha muerto. Era legendaria aquella huesuda fiera, que se moria de tísis y aburrimiento detrás de los hierros de su jaula. Su demacracion ha llegado al último límite. Ya no podia vivir más. Despues de todo, no hacia falta en el escudo de España.

Ha pasado el tiempo de los leones.

***

—¿Vas de viaje este verano?
—No me decido.
—Sin embargo, Madrid durante el verano es horrible.
—Sí; pero yo tengo comodidades. Vivo en una buhardilla.
—¡Pobre amigo! Anímate á ir á San Sebastian... en el tren de recreo cuesta poco.
—¡Si no puedo subir al tranvía por no tener 10 céntimos!
—Este año va á salir de Madrid mucha gente huyendo del cólera.
—Yo me quedo por eso mismo.
—No lo entiendo.
—Sí, hombre, sí: soy una víctima del cólera *nostras*... es decir del cólera de los pobres.

***

—¿Ha notado V. que en el mes de junio ha hecho demasiado fresco? En mi tiempo el verano era verano y el invierno invierno.

—Aprensiones. A V. le pasa una cosa natural: cuando era jóven vivia en estío perpétuo. Ahora tiene V. canas en la cabeza. Está V. en la region de las nieves perpétuas.

***

Dolorosos accidentes ocurridos esta semana, han producido indignacion en Madrid.

Así como Jovellanos satirizó furiosamente «aquel majo envuelto en siete varas de pardo manto,» que acecha en la esquina nuestro paso, la opinion ha condenado al *señorito flamenco*. Las costumbres están plagadas de *flamenquismo*.

Si se me permite la palabra, la explicaré.

Lo *flamenco* no es lo *chulo*. Revela una superior jerarquía social. Es el género *chulesco* enriquecido, abrillantado, colocado entre luces de gas, flores, cañas de manzanilla, mujeres cuyo peinado es el rodete y que cantan unas canciones árabe-andaluzas, llenas de *gípios* y suspirillos, de melancolía y sensualidad.

Lo *flamenco* invade á España.

El idioma se plaga de idiotismos *flamencos*.

Una egregia dama, para decir que estaba bien, dijo en ocasion solemne que estaba *al pelo*. En un discurso académico se dice que sobre el punto de que se trata, hay «*la mar* de opiniones.» El orador parlamentario, el periodista, el autor dramático, reciben el sello de esta forma de un idioma que se *flamenquiza* rápidamente.

Debajo de esta sancion nacional que recibe el género flamenco, bullen los flamencos. La guitarra, la navaja, la capa de torear, una espuela vaquera, un vergajo, puestos con arte en una panoplia, constituyen el escudo flamenco.

No es el pueblo el responsable de esas bromas pesadas que empiezan en un *colmado* y acaban en el hospital: los protagonistas son muchachos ricos que no tienen ingenio bastante para hacer calaveradas que estén fuera del Código penal.

¡Señores agentes de órden público! procuren Vds. que esa *Odisea* se convierta en causa criminal.

***

Hoy ha amanecido Madrid con las tiendas cerradas. Es la protesta del comercio contra la declaracion oficial del cólera.

Mejor dicho: Madrid no ha amanecido sino á medias. Una ciudad que no abre sus tiendas ni sus cafés es un hombre que no abre los ojos.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

LOS GEMELOS, cuadro por Luis Deschamps

Dos pobres huérfanos tienen por único amparo á su triste abuela. ¿Podrá la anciana mujer suportar tan ruda carga? Hé aquí la pregunta que cualquiera se hace y que, sin embargo, no se ha hecho la abuela de los huérfanos. Ha consultado simplemente su corazon y ha descubierto en él un inesperado tesoro, un tesoro inagotable de amor y de resignacion. Ella velará el sueño de esos niños sin madre, ella hará prodigios de trabajo para suplir al padre de que carecen sus nietecitos, ella sucumbirá probablemente al pié de esas cunas, pero no abandonará el puesto de honor en que valientemente se ha colocado. ¡Para algo se ha dicho que las abuelas son madres dos veces!

Deschamps ha interpretado esta situacion de una manera conmovedora. A la vista de esa anciana demacrada por el dolor y las vigilias, de esos niños inocentes que duermen ó sonrien en la cuna, completamente ajenos á su desdicha, las lágrimas asoman á los ojos del espectador y la heroína del deber adquiere las proporciones de un ángel.

Este cuadro es una de las joyas de la última Exposicion de Paris: su autor ha demostrado que el dibujo y el color pueden ser grandes conductores del sentimiento.

LA EMBOSCADA, cuadro por C. Kiesel

¡Oh!... Esa mujer tiene celos... Indudablemente tiene celos... Hace lo posible para contener la explosion de sus sentimientos; pero no hay cuidado, ellos estallarán.

Se ha retirado del baile porque halló á faltar la única pareja que concentraba su atencion; se ha despojado del antifaz porque el antifaz la ahogaba... Y sin embargo, no quiere ser vista, no quiere ser conocida... Cual si las sombras de la noche no fueran bastantes para protegerla, interpone el abanico japonés entre su rostro y las miradas de los imprudentes. Quiere ver y no ser vista... Emboscada segura.

¿Qué sucederá cuando se cerciore del agravio?... Probablemente algo grave, algo sonado; porque la mujer abandonada á sus instintos, maldito si calcula que todo trueno supone un rayo. A pesar de lo cual, el tipo de nuestra heroína no nos parece demasiado temible: hay en él cierta frialdad impropia de la situacion tirante en que la presenta el autor del cuadro. Más que una amante celosa que se oculta para sorprender á la amiga infiel y al amante ingrato; parece la madre que intenta cerciorarse de la primera calaverada de su hijo. En nuestro concepto, el asunto se prestaba á una forma más vigorosa, á una manifestacion más terrible, á una actitud más dramática. En cambio ¡cuánta elegancia en el dibujo! ¡Qué maestría en el grabado!... No en vano Brend'amour firma esa maravilla de ejecucion.

REPARTO DEL BOTIN, cuadro por J. Weiser

Consumóse el delito. Envueltos en la sombra de la noche, los bandidos asaltaron á los nobles viajeros y condujéronles, atados, á una de esas destartaladas ventas, gazaperas establecidas junto á todos los caminos en que semejantes desafueros comunmente se cometen.

Despues del robo viene el reparto del botin; es lo natural: primero apropiarse las cosas ajenas; despues se discutirá el destino que haya de darse á las personas.

No se crea, empero, que repartirse un botin media docena de caballeros de encrucijada, sea cosa trivial y que se lleve á cabo sin complicaciones muy sérias. Frecuentemente las cuestiones á que da lugar esa especie de reparto de dividendos activos, ahorra no poco trabajo al ejecutor de la justicia. Los bandidos de nuestro cuadro se hallan en disposicion de armar la gorda, y como el que parece su capitan no ponga órden entre ellos á cuchillada limpia, es de temer que la cuadrilla experimente alguna baja.

El asunto tratado por Weiser dista mucho de ser nuevo: su ejecucion, empero, corresponde á la importancia del autor. Llama algo la atencion en ese cuadro lo lujoso y hasta bien tratado del traje de los bandoleros, impropio de gentes vagabundas y de profesion tan accidentada. Esto nos induce á creer que los bandidos de Weiser pueden pertenecer á la raza de aquellos antiguos barones feudales que, despues de haber disipado sus rentas en la crápula, se dedicaban á la lucrativa operacion de despojar á sus vecinos, por cuantos medios inspira la fuerza al servicio de la necesidad.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA CAZA EN EL MAR, cuadro por M. Guillon

No diremos nosotros, ni mucho ménos, que la caza no sea, profesion ó recreo, ejercicio sano y noble y antiguo, sobre todo. Los antiguos la divinizaron, entre otros en la persona de Diana, que es una especie de Nemrod con faldas, ó más propiamente dicho, sin ellas. Los cristianos dicen que San Huberto fué diestro cazador, lo cual podrá ser verdad, como podrá serlo más probablemente que no fuese su habilidad cinegética la que le abriese las puertas del cielo. Hoy es de gentes *comme il faut* correr llanos y montes tras unas perdices que no se dejan ver sino guisadas, en la mesa de sus perseguidores.

Todo es muy cierto, como tambien que la aficion á la caza ha trascendido á las damas, que toman en ella no la parte pasiva de las antiguas castellanas, sino la muy activa de apuntar, hacer fuego y dar en tierra ó en agua con la pobre ave que se pone al alcance del cañon de su escopeta. Nada hay que oponer á ello; las damas de nuestro cuadro son irreprochables, y hasta hemos de confesar que la actitud de un cazador, sin distincion de sexo, bien con el dedo en el gatillo acechando su víctima, bien tendiéndola el arcabuz con faz serena, no está exenta de elegancia...

Comprendemos, pues, el cuadro de Guillon, perfectamente dibujado, que respira plácida calma y cuyo color debe auxiliar no poco el efecto que ha producido entre los artistas. Pero...

Con franqueza; no estamos por las mujeres cazadoras: á las damas se las debiera tratar siempre como damas. ¿Qué significa una escopeta en sus manos?... ¿Para qué han de hacer fuego con otras armas que las de sus ojos, que brotan llamas y abrasan corazones?...

EL PASTOR BLANCO

I

El raro suceso que voy á referir á nuestros lectores acaeció no hace muchos años en Abaixo, pueblo situado en la circunscripcion de la Coruña. Pero he dicho pueblo y me he equivocado, porque ahora está despoblado y sólo se ven en él las casas, la mayor parte ruinosas, que ántes ocupaban sus moradores.

En pleno siglo XIX, parece que ha sufrido una de aquellas maldiciones de la Edad media que llenaban de terror á toda una comarca, y aunque no está *sembrado de sal*, su territorio nada produce.

No hace mucho, en el año de 1876, estaba habitado y



CAZA EN EL M



MAR, CUADRO POR M. G[illegible]

se componia de ciento y tantos vecinos que valian por muchos más, puesto que la mayor parte de ellos llevaban los ilustres apellidos de *Feito* ó *Garrido* que han dado orígen á la sabida copla:

Antes que Dios fuese Dios
Y fuera el mundo nacido,
Ya los Feitos eran feitos (1)
Y los Garridos garridos (2).

En la época á que me refiero, don Celedonio Molañas, médico titular del pueblo y hombre sabio á todas luces, estaba recien casado con una jóven de la localidad, y el matrimonio se llevaba bien, no obstante la notoria diferencia que mediaba entre ambos cónyuges.

Don Celedonio era manchego, natural de Valdepeñas, tenia cincuenta y dos años de edad, una fealdad supina, y una nariz grande y aguileña llena de costuras herpéticas que hacíanla parecerse á la concha de un caracol. Su esposa Angelina era una galleguita que rayaba en la vigésima primavera; blanca, rubia, con unos ojos parleros que daban el opio.

¿Por qué se efectuó ese enlace desigual?

Porque Angelina era más pobre que una rata y ella y su madre, la tia Petrona, lavandera á domicilio, vivian en la mayor estrechez. ¿Cómo resistir á las pretensiones amorosas de don Celedonio, médico titular del pueblo, con una retribucion de 1,200 pesetas anuales, lo cual equivale en Abaixo á vivir con más holgura que muchos grandes de España en Madrid?

Angelina, pues, se resignó á sufrir la nariz acaracolada de su pretendiente, y ya casada tuvo gratas compensaciones. Ascendió á *Señora física*, pues en Galicia, así como en algunos pueblos de Castilla, llaman *físicos* á los médicos y cirujanos. Además ¿no vale nada ser esposa de un sabio? Porque ya he dicho que don Celedonio lo era, y hacia cinco años que se ocupaba en escribir un tratado *de la Elephantiasis*, ó séase lepra de los árabes; punto oscuro en la ciencia que aquel estaba llamado á esclarecer.

En esta conformidad vivian tranquilos los dos esposos y su hogar era, así como tambien el pueblo de Abaixo, una balsa de aceite; hasta que el diablo, que todo lo enreda, vino á turbar primero la paz octaviana de la poblacion, y despues á destruir el bienestar conyugal de aquel matrimonio.

Hé aquí de qué manera.

Comenzó á susurrarse por el pueblo que se habia aparecido la sombra, espectro, alma en pena, ó llámese como se quiera, del Pastor blanco.

Es preciso decir algo acerca de este pastor para mayor inteligencia de los hechos subsiguientes.

II

Dos años ántes existia en el pueblo un pastor comunal, por decirlo así, puesto que era el encargado de llevar á pacer las cabras y ovejas del vecindario, mediante la módica retribucion de dos cuartos por cabeza, cada tres dias. Se ignora su verdadero nombre y sólo era conocido por el tio Landre, porque repetia con frecuencia la exclamacion de: *Mala landre*, que tampoco he sabido nunca lo que significa. Pero si llamaban tio Landre al pastor cuando hablaban con él, en referencia siempre le apodaban el Pastor blanco en atencion á una excentricidad del aludido, porque el tio Landre siempre iba vestido de blanco ó por lo ménos con cosas que primitivamente habian sido blancas.

Usaba una montera de pellejo blanco, una zamarra y calzones de blanca zalea, unas abarcas de idem, y para colmo de blancura, además de los mechones blancos de su melena gallega, hasta el cayado, que era de fresno, ostentaba el albo color del descortezamiento.

El Pastor blanco no sólo era pastor, sino que tambien agorero, saludador y curandero; ejerciendo con éxito todos estos oficios, con la particularidad de que lo mismo curaba á una bestia que á un cristiano.

Imitaba á todos los animales excepto el besugo; dibujaba figuras cabalísticas en la arena; daba á las estrellas nombres extraños y era ventrílocuo de voz lejana.

Era gallego, pero no se sabia de qué localidad, ni se le conocia familia. Inspiraba una atraccion simpática y supersticiosa y se habia hecho popular. Era mirado con ojeriza por el clero, que en Abaixo estaba constituido por el cura párroco, un sacristan y un acólito; ojeriza que tenia razon de ser, puesto que el Pastor blanco nunca cumplia con la Iglesia ni jamás puso los piés en ella; así es que á no existir ya los derechos individuales, pasáralo mal el descreido pastor.

Murió en el campo, casi de repente. Junto al sitio donde le hallaron muerto encontraron dibujada en la arena la figura de un demonio con una cola descomunal. El clero se opuso á que fuera enterrado en lugar sagrado, y un albañil á quien habia extirpado la solitaria y un leñador que le debia la existencia de un burro de su propiedad, cavaron una fosa en un campo baldío y abandonado de los alrededores del pueblo y depositaron en ella el cuerpo del tio Landre.

Su recuerdo no se borró de la memoria de los habitantes de Abaixo por la siguiente circunstancia.

El hijo del fiel de fechos estaba de pasante en una escribanía de la Coruña en donde adquirió algunas nociones de dibujo y pintura, y en una temporada que pasó al lado de su familia tuvo la humorada de retratar al Pastor blanco en una acuarela de la cual sacó muchas copias que repartió entre los vecinos del pueblo; así es que en una casa sí y otra no veíase la imágen del susodicho, pendiente de la pared, ora encerrada en un marco ó bien sencillamente sujeta con clavos. Aseguraban todos que el retrato se parecia mucho al original y que la montera, sobre todo, era un prodigio de exactitud.

Pues, como iba diciendo, tres meses despues de la boda de D. Celedonio se susurró en el pueblo la aparicion del Pastor blanco. Un leñador habíale visto atravesando un castañar; unas mujeres que lavaban en el único arroyo que hay en el pueblo percibieron en la lejanía una sombra blanca que seguia la corriente con los piés metidos en el agua; y, en fin, el monaguillo de la iglesia dijo que, habiendo abandonado la cama en las altas horas de la madrugada, por causa de un dolor de muelas, vió desde el presbiterio el espectro del tio Landre sentado sobre la veleta de la torre. Esta última version, empero, no fué creida, porque sombra y todo, como la veleta era puntiaguda, no se comprendia aquella especie de empalamiento.

En este estado las cosas llegó la noche del 23 de agosto del año de gracia de 1871, noche horrenda, noche señalada con sangre en los fastos de Abaixo.

III

Hacia mucho calor. Grandes nubes surcadas de relámpagos encapotaban el cielo. La atmósfera estaba cargada de electricidad.

Poco ántes de la hora de los aquelarres, don Celedonio roncaba en su lecho nupcial, y su jóven esposa, entre despierta y dormida, se agitaba inquieta y nerviosa.

La ventana de la habitacion estaba medio entornada.

De repente se oyó una descarga de truenos, los relámpagos se hicieron más frecuentes y gruesas gotas de lluvia azotaron los cristales.

Una bocanada de viento abrió de par en par la ventana, y Angelina, que habia entreabierto los ojos asustada, vió saltar por aquella una sombra indefinible que se acercó á la cama con rapidez

Era el Pastor blanco.

Durante un momento la luz de un relámpago formó un halo luminoso en rededor del pico de su montera.

La pobre jóven, asombrada y muda de terror, se tapó la cabeza con la sábana.

A todo esto don Celedonio seguia roncando.

Un momento despues oyóse un grito de dolor que se confundió con el estampido de un trueno.

Angelina, inmóvil, con la cabeza tapada, estaba medio desvanecida; pero una humedad fria y pegajosa que sintió en el brazo izquierdo hízola volver en sí. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué estaba mojado el lecho nupcial? ¿Seria la lluvia que habia penetrado en la habitacion? ¿Seria acaso que don Celedonio.. ¡Imposible! Don Celedonio, aunque viejo, era limpio como los chorros del oro.

No oyendo ningun ruido, la consternada jóven se aventuró á destaparse y á abrir los ojos. Brilló un relámpago, se miró el brazo... ¡Horror! su brazo y su camisa estaban empapados en sangre.

Loca de espanto, Angelina saltó de la cama, buscó á tientas el corredor, gritó llamando á su madre, que dormia en el piso alto de la casa; acudió aquella, así como tambien una criadita de catorce años, encendieron luz, penetraron en el dormitorio y encontraron al sabio médico, pálido, inmóvil, bañado en sangre que manaba de una profunda herida que tenía en el cuello.

La catástrofe cundió por el pueblo, puso en movimiento todo el vecindario, dióse parte al juzgado de la Coruña y algunas horas despues se presentó un juez que comenzó á practicar las primeras diligencias.

Estas y las segundas y todas fueron inútiles. Don Celedonio tenia abierta la yugular: era lo único que se sabia. El robo no habia sido el móvil del crímen puesto que en la casa nada faltaba; al médico no se le conocian enemigos; y la declaracion de Angelina era inadmisible, pues si bien la mayoría de los habitantes del pueblo pudo creer al Pastor blanco autor del delito, el juez, como es natural, rechazaba esta suposicion.

Era un crímen inexplicable, misterioso, de esos que desesperan á la vindicta pública. El representante de la justicia, con la sagacidad que da la práctica, hubo de convencerse bien pronto de la inocencia de Angelina y cansado de inútiles investigaciones se volvió á la Coruña.

La jóven viuda, vestida de luto, lloró á su marido con doble motivo, porque este no habia dejado más que setenta y dos duros, algunos libros é instrumentos de cirujía y el famoso tratado de la Elephantiasis sin concluir. Pasados algunos meses la miseria volvió á llamar á su puerta y tuvo que vender á bajo precio al nuevo médico del pueblo, que era casado, los libros é instrumentos: en cuanto al tratado no lo quiso, por ser, segun decia, un atajo de disparates.

¡Envidia profesional!

IV

Al terminar el año de viudez, la salió á Angelina un pretendiente.

Era el hijo del gaitero del pueblo. Jóven, guapo, con la nariz correcta, se llamaba Anselmo como el héroe de las bodas de Camacho. Se decia que su padre tenia ahorrados muchos cuartos, y por todas estas circunstancias nadie extrañó el que la viudita, viéndose desamparada, le hiciese cara y que, trascurridos algunos meses más, se casase con él. Ya no era la señora del físico, pero su segundo marido le tenia mejor que el primero. No obstante, debo decir, en honor de la verdad, que Angelina se acordaba con sentimiento de su malogrado cónyuge especialmente en los dias de tempestad.

Desde la noche del crímen todo el pueblo de Abaixo estaba escamado, en particular los hombres casados, y se cerraban todas las puertas y ventanas á piedra y lodo, á pesar de saberse que los espectros, en caso necesario, pueden filtrarse por las paredes.

Pero el Pastor blanco no volvió á aparecer. Angelina se fué tranquilizando poco á poco y el crímen siguió velado en las sombras del misterio.

El jóven matrimonio vivia tranquilo y al parecer feliz. Ella, sin embargo, experimentaba algunas contrariedades de amor propio y domésticas.

Cuando iba á la iglesia á la misa mayor no se sentaba ya en el banco reservado para el físico. Además, en algunas ocasiones se quedaba sola en su casa, porque su marido, gaitero como su padre, solia acompañar á este á las fiestas de los pueblos de los alrededores, ya que eran dos músicos que inflaban sus instrumentos á la perfeccion. Una de estas ausencias de Anselmo fué providencial. La justicia divina, en sus inescrutables designios, se valió de un pobre é insignificante instrumento para castigar la maldad impune. Al dar de comer Angelina á los conejos, que moraban en el corral de la casa, uno de ellos se escapó, ocultándose no se sabe dónde. Buscóle aquella por todas partes, primero en las piezas bajas, luégo en el primer piso y últimamente en el sobrado ó granero, en donde no habia ninguna clase de cereales y sí sólo algunas gaitas inválidas y un arcon, en el que Angelina nunca se habia fijado suponiéndole vacío. Pero aquel dia la curiosidad, hija á veces de la soledad, y tal vez la suposicion de que el fugitivo conejo pudiera haberse introducido en él por algun agujero, hizo que la jóven abriera el arcon, que no tenia cerradura, no sin trabajo, porque la tapa era muy pesada.

Abrióle pues; el mueble estaba casi vacío, pero Angelina vió en uno de sus rincones un lio grande, y es inútil decir que quiso enterarse de lo que era, como cualquiera hija de Eva hubiera hecho en su caso. ¡Fatal curiosidad!

Desdobló el lio y... ¡cuál fué su asombro al ver una montera, una zamarra ó pellico, unos calzones y unas abarcas, todo de un color blanco sucio! No cabia duda; aquella vestimenta se parecia á la que usaba el Pastor blanco, ó tal vez era la misma. La impresion que sintió Angelina fué tanto más profunda por cuanto era más inesperada.

Un rayo de luz penetró en su entendimiento. Contempló con extraviados ojos aquellas prendas acusadoras y notó en el pellico manchas de sangre.

Sus facciones se contrajeron, los ojos se le saltaban de las órbitas, sus dientes castañeteaban, sus manos se abrian y cerraban convulsivamente.

De repente prorumpió en una carcajada.

Estaba loca.

Comenzó á dar vueltas por el granero.

Súbito se detuvo, hizo una mueca indescriptible y riendo de un modo convulsivo y estridente se fué desnudando hasta quedarse en camisa.

Despues .. ¡Altos juicios de Dios! se vistió con el traje de Pastor blanco y hasta se puso la montera ladeada á la izquierda como éste la llevaba.

Hecho esto, asomóse á la ventana del sobrado, que da á la calle y empezó á gritar y á reir.

Viéronla algunos que pasaban y se detuvieron sorprendidos. Se fué formando un grupo en el cual se hallaba el médico del pueblo: por fin todos entraron en la casa, y no hallando á nadie en las piezas bajas, subieron al granero.

En la escalera les alcanzaron la tia Petrona, madre de Angelina, que venia de fuera, y el escribano del pueblo, atraido por la novedad.

Al verse en presencia de tanta gente, Angelina comenzó á hacer grotescas reverencias, á cantar y á bailar.

De vez en cuando se pasaba la mano por el cuello como haciendo ademan de degollarse, repitiendo esta frase con una canturia extraña:

—Yo soy pastor, gaitero, y mato.

El escribano estaba pensativo y no hacia más que escudriñar la pieza con su sagaz mirada fijándose en el arcon.

La tia Petrona, estupefacta, quiso sacar de allí á su hija, pero ésta se resistia prosiguiendo en sus muecas y en sus cantos.

Así las cosas, oyóse ruido de pasos en la escalera y poco despues se presentó Anselmo.

El gaitero acababa de llegar al pueblo y á su casa cuya puerta encontró abierta, y atraido por el ruido, subió á donde se hallaban todos Al ver á su mujer vestida de Pastor blanco experimentó una conmocion terrible: miró involuntariamente hácia el arcon, se puso lívido, quiso hablar y no pudo.

Entónces el escribano, que le habia observado con fijeza, se acercó á él, y poniéndole una mano en el hombro, dijo:

—Tú eres el asesino de don Celedonio; date preso en nombre de la Ley.

V

Angelina fué llevada á la sala de dementes del hospital de la Coruña y su marido á la cárcel. En la segunda de-

(1) Hechos, en gallego.
(2) Guapos, buenos mozos.



LA EMBOSCADA, cuadro por C. Kiesel



REPARTO DEL BOTIN, cuadro por J. Weiser

claracion éste confesó de plano; dijo que impulsado por su loca pasion hácia Angelina y por los celos, habia concebido y puesto en práctica la idea de fingirse la sombra del Pastor blanco para deshacerse de don Celedonio. La causa se tramitó con rapidez, pero cuando se habia señalado ya dia para la vista, el médico de la cárcel dió parte de que el procesado se hallaba en gran peligro de muerte á causa de una tísis galopante. Con este motivo se suspendieron los procedimientos, pues Anselmo murió á las pocas semanas.

Angelina aún vive, pero siempre loca y repitiendo su eterno estribillo:

—Yo soy pastor, gaitero, y mato.

FELIPE BURGOS Y CAMPILLO

LA CRUZ MAS SANTA

(LEYENDA DEL SIGLO XV)

POR DON ANTONIO DE TRUEBA

(Continuacion)

Frutos de toda especie henchian la torre de Arangúren y los edificios adyacentes á ella. La miel y la cera de centenares de colmenas colocadas en múltiples y dilatadas hileras resguardadas de los frios vientos del Norte y del Noroeste en los soleados declives que dominaban á la planicie de Olarte; espacioso granero lleno hasta el techo de rico trigo; copia abundantísima de castaña, nuez, manzana y otros frutos; bodega enriquecida con un centenar de cubas de vino y sidra; lonja atestada de fierro labrado en las cuatro ferrerías que los señores de la torre poseian en Mendi-erreca y alimentaban con la vena del Cuadro y el carbon de sus robledales y bortales de las vertientes del hondo y estrecho valle; corral y cobertizos donde se albergaban centenares de aves domésticas y una docena de cerdos engordados con la bellota de los llanos de Uraga y la manzana de Sagastieta; gortes (1) donde toda clase de ganado mayor y menor enriquecia á sus dueños en diversos conceptos, entre ellos el de la produccion de abundante leche que en gran parte se convertia en quesos inteligentemente elaborados en oficina dedicada exprofeso á ello; tal era, incompletamente mencionado, el fruto que los señores de Arangúren obtenian de su amor á la industria pacífica y fecunda y su aversion á las banderías turbulentas, esterilizadoras y crueles.

Hacia tiempo que el caballero de Achúriaga habia manifestado su propósito de poner término inmediato á la hospitalidad que habia encontrado en Arangúren, trasladándose á su solar de Galdames; pero este término se iba aplazando de un dia á otro, dando ocasion á ello, más que la falta de firmeza de su decision, el pesar que así Martin Sanchez como su hija mostraban de que dejase de sentarse á su hogar y su mesa.

No era el señor de Arangúren muy diestro en leer en el fondo de los corazones, porque como él llevaba siempre, como suele decirse, el suyo en la mano, creia que á todos cuantos le rodeaban les sucedia lo mismo, y nunca se habia ejercitado en adiestrarse en lecturas tan hondas. Sin embargo de esto, habia creido observar en el mancebo y más que en este en su hija, pesar más grande que el que él sentia cuantas veces venia á su mente la ausencia del caballero de Achúriaga.

Al fin una mañana, en ocasion de haber bajado Marina á orar en el oratorio y de prepararse Martin á ausentarse de la torre para atender al granjeo de sus ferrerías que se preparaban á la labranza con la proximidad del invierno, única estacion en que el caudal de agua de Mendi-erreca les permitia labrar, el de Achúriaga le indicó con emocion inusitada en él, que deseaba decirle algo que interesaba grandemente á uno y otro.

Ambos caballeros se encerraron en una estancia propia para platicar reservadamente.

—Señor Martin Sanchez,—dijo el de Achúriaga con humilde y balbuciente tono que denunciaba su inquietud interior,—desde que me cobija vuestro honrado techo han ido naciendo en mí sentimientos y ambiciones que eran para mí desconocidos, y á veces, como en esta ocasion, sacan lágrimas á mis ojos como si mis ojos fueran los de débil mujer ó mancebo afeminado y no, como yo, viril y avezado á no conmoverse ni áun ante el estrago y la sangre de que llegué cubierto á vuestra noble casa.

Y al hablar así el de Achúriaga, ciertamente se arrasaban en lágrimas sus ojos.

El de Arangúren, tambien conmovido, le estrechó la mano diciéndole:

—Huélgome mucho de oir y ver eso en uno de los solariegos de Achúriaga que pasan y han pasado siempre por extraños á tales sentimientos. Mostradme vuestro corazon con la confianza que deben inspiraros mis años y el amor en que he ido trocando, desde que llegasteis á mi casa, si no el odio, porque yo nunca he llegado á odiar á nadie, la repulsion que me inspiraban las aficiones guerreras que parecian vinculadas en los de vuestro linaje.

—Pues, señor, os juro por mi honra que tales aficiones han muerto en mí.

—Plegue á Dios, amigo mio, que no resuciten, y estad cierto de que para mí y los mios fuera gran dicha contribuir en todo, ya que hemos contribuido en parte, á trocar la vida que vos y los vuestros traeis por la que traemos nosotros.

—Señor, contribuir podeis en todo.

—Decidme cómo.

—Trocando el nombre de amigo que hoy me dais por el nombre de hijo.

—Eso es imposible,—respondió Martin con tono decisivo, despues de meditar y vacilar un momento.

—Señor!...—murmuró el mancebo con tanta dificultad y tanto dolor como si un puñal clavándose en su pecho hubiese detenido su voz en la garganta.

—No me pregunteis,—continuó Martin,—porqué razon me niego á daros el nombre de hijo, aunque esta negativa acaso sea para mí más dolorosa que para vos, que yo me apresuro á explicároslo. Los solariegos de Achúriaga, por más nobles que sean, son la personificacion de la guerra y la desolacion, y los solariegos de Arangúren son la personificacion de la paz y el trabajo fecundo. Paréceme que hasta los huesos de mis antepasados que duermen bajo las santas bóvedas de San Vicente se levantarian revestidos de carne mortal para maldecirme si yo rompiese la bendecida tradicion de nuestra honrada casa, dando por sucesores en ella á los del linaje de Achúriaga que tarde ó temprano asestarian el hacha al símbolo de paz que sombrea nuestro escudo.

El mancebo que habia escuchado estas palabras con terror parecido al de quien escucha su sentencia de muerte, quiso replicar ó más bien hacer humildes observaciones al de Arangúren, pero éste le interrumpió continuando:

—Tan firme es esta decision mia, que quisiera os aborreciese mi hija cuanto yo os amo para que me ayudara á perseverar en ella.

—Señor, léjos de aborrecerme vuestra hermosa y santamente buena y pura hija, hame dado los testimonios que puede dar un ángel de que su corazon corresponde á los sentimientos del mio.

Al oir esto, Martin se estremeció de espanto, inclinó la frente, quedó silencioso por algunos instantes como entregado á dolorosísima reflexion, y levantándola al fin con los ojos arrasados en lágrimas,—exclamó con tono enérgico y supremamente decisivo:

—Mancebo, mi honrado techo no puede cobijaros ni un dia más!

Poco despues el caballero de Achúriaga abandonaba la torre de Arangúren, no saliendo de ella por la puerta principal para seguir calzada arriba, sino saliendo por la zaguera para tomar la colina de Olarte y buscar desde allí el camino de Galdames á fin de disimular su procedencia de casa de Martin Sanchez.

Cuando Marina dejó el oratorio y subió á la torre, su padre le manifestó lo que habia pasado entre él y el caballero de Achúriaga, lo que era tanto como manifestarle las razones que este habia tenido para ausentarse sin despedirse de ella.

—Padre y señor,—dijo la doncella por única observacion besando la mano de su padre,—lo que habeis hecho es digno de vos y de mí.

Pero no bien su padre se alejó de la torre, Marina se encerró en su cámara y allí rompió á llorar silenciosamente, mas con hondo desconsuelo.

VI

Para comprender la resignacion con que la hija de Martin Sanchez de Arangúren oyó de boca de su padre lo que podia considerarse como sentencia de muerte de la infeliz y hermosa doncella, es necesario saber lo que era la familia en el siglo XV de nuestra era: en la familia no habia entónces más que una voluntad, que era la del esposo ó el padre, que ajustaba la suya á la tradicion de la familia.

Tanto respetaba Marina esta tradicion, que de ser libre su voluntad, hubiera vacilado mucho en unirse con uno de los belicosos solariegos de Achúriaga, temerosa como su padre de que sus predecesores se alzasen de las fosas de San Vicente para maldecir la union que hubiese llevado al tálamo de Arangúren á uno de aquellos á quienes vedaba aspirar á él el santo símbolo de paz que sombreaba el escudo de armas del solar más honrado de Mendi-erreca.

Pero ¡ay! áun en aquellos tiempos en que las mujeres y sobre todo las hijas tenian á toda hora hasta en el hogar doméstico el nombre de *señor* en los labios, la razon y la voluntad solian ser esclavos del corazon.

Sólo habian pasado algunos meses desde que el mancebo de Achúriaga habia regresado á su solar de Galdames, y si aquel mancebo hubiese tornado por el de Arangúren, con dificultad hubiera conocido á la hermosa doncella de quien allí tan solícitos cuidados habia recibido: tal era el desmejoramiento que Marina habia experimentado en tan corto tiempo!

El buen Peruchon de Carranza se acercó un dia á su amo y le dijo con discrecion suficiente para que nadie pudiese oir sus palabras:

—Señor, el estudio de las dolencias humanas me ha enseñado una cosa muy triste.

—¿Cuál, buen Peruchon?

—La de que cuando ménos la mitad de las dolencias que aquejan á las mujeres tienen su orígen y causa en el alma.

—¿Qué quieres decirme con eso, Peruchon?—preguntó Martin al honrado anciano cuyos ojos rebosaban lágrimas á pesar de que solia vanagloriarse de que nunca las habia derramado en el ejercicio del arte á que se dedicaba.

—Quiero deciros, señor,—respondió el viejo con voz entrecortada por los sollozos,—que reniego de toda mi experiencia y de todo mi saber puesto que no alcanzan á dar salud á quien quisiera ver con ella, aunque se llevara el diablo á la humanidad entera empezando por mí.

Martin quiso ensayar una sonrisa al ver la desesperacion un tanto grotesca del viejo, pero no tuvo valor para ello y ántes bien se sintió hondamente conmovido, sin duda adivinando quién ocupaba el fondo del pensamiento del empírico.

—Explícate, buen Peruchon, explícate,—dijo Martin echando amorosamente su brazo al hombro del anciano.

—¿Quién es el doliente que tanto te apena y desespera?

—¡Quién ha de ser sino vuestra hija y mi señora Marina que se nos muere, señor, si vos no inquirís y remediais la enfermedad que padece!

—¿No has acertado tú cual sea?

—En vano lo he intentado, porque sólo he conseguido sospechar que procede del alma.

—Pues bien, tranquilízate, Peru, que yo procuraré averiguar si tu sospecha es fundada y entónces de consuno nos esforzaremos en devolver la salud á la enferma.

Aquel mismo dia, Martin, á solas con su hija, interrogó á ésta amorosamente instándola á que le confiara la causa de su mal que, no obstante ser secreta para todos, para él como para Peruchon de Carranza lo era incompletamente. Marina le confesó, en resúmen, que se moria de amor por el mancebo de Achúriaga, por más que su voluntad y su razon luchasen contra aquel amor.

Martin agotó su elocuencia, que hasta tuvo por auxiliares algunas lágrimas que asomaron á sus ojos sin atreverse á descender á sus mejillas, para convencer á su hija de que amaba un imposible; y como la doncella le escuchase sin contradecirle y áun le prometiese hacer el esfuerzo supremo para vencer la pasion que la dominaba, el bondadoso padre y buen caballero se separó de la doncella confiado en que para curar el mal de ésta habia de bastar el remedio que acababa de aplicarle.

VII

Las ferrerías de Mendi-erreca, cerradas, tristes y silenciosas durante ocho meses del año, en que les faltaba agua para *labrar* y sólo reinaba alguna animacion en torno de ellas durante los de agosto y setiembre, en que se proveian de carbon sus carboneras y de vena su *ragua* (1), comenzaban á hacer resonar su enorme mazo que se oia hasta desde la llanura de Baracaldo, á hacer rechinar sus barquines ó fuelles y á despedir por su chimenea, en la oscuridad de la noche, alta columna de fuego dividida en millares de menudas y resplandecientes chispas.

(Continuará)

LA DANZA MORISCA

Uno de los sitios más pintorescos del Munich de la Edad media es el Marienplatz, situado en el barrio más activo de esa artística y no muy bulliciosa capital de Baviera. En su centro elévase la columna dedicada á la Vírgen, patrona de la ciudad, sólido pilar de mármol rojo, erigido en el siglo XVII por Maximiliano I, enemigo de Wallenstein, en recuerdo de la victoria obtenida en la Montaña Blanca sobre sus enemigos, los protestantes. En un ángulo del Platz hay un característico edificio gótico, de tejado cónico, delgados pináculos, y con una sólida torre cuadrada: esta es la antigua Casa Ayuntamiento, en cuya vasta cámara de sesiones, conocida con el nombre de sala de baile, se hallan las figuras esculpidas en madera que sirven de asunto á nuestro artículo. En esa magnífica cámara, construida y decorada con todo el lujo de la Edad media, celebrábanse los festivales organizados por la ciudad, y no hay recuerdo de ninguna otra que se le pudiera comparar, en su género, por su elegante y majestuoso conjunto. Su techo cónico, admirablemente decorado, es ya de por sí una preciosidad; sus paredes ostentaban riquísimos frescos; y en su parte superior corríase un friso esculpido que representaba escudos, en los cuales se habian pintado los puntos más culminantes de algunas ciudades del imperio. Entre cada doce escudos veíase un nicho, y en estos nichos estaban las figuras de que vamos á tratar, á las cuales se representa bailando una especie de rigodon, segun se supone. En la época en que se esculpieron, púsose por título á toda la serie *Maurscha tanntz* (probablemente aleman antiguo, que quiere decir danza morisca), siendo el nombre del escultor Erasmo Schnitzer. Ahora bien, como este apellido significa escultor, podemos suponer que, segun costumbre de la Edad media, se quiso expresar con él la profesion; de modo que de lo único que estamos seguros es del nombre de pila. Lo que tambien sabemos de cierto es que las figuras se hicieron en 1480, y que el hábil artista las esculpió por la mísera suma, á nuestro modo de ver, representada por ciento cincuenta libras de peniques (unas trescientas pesetas). Estos son los únicos hechos que han puesto en claro las más detenidas investigaciones.

Cuando Luis I de Baviera ocupó el trono, ese Mecenas entre los modernos príncipes, la sala de baile del antiguo *Rathaus* se hallaba en estado ruinoso; su precioso techo se habia cuarteado, y hasta la misma existencia de las figuras esculpidas habíase echado en olvido. El escultor Schwanthaler fué quien las desenterró por una

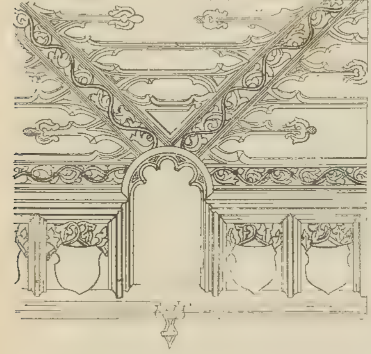
(1) Establos.

(1) La *ragua* ó *arragua* era una tejavana donde se purificaba ó refinaba con el fuego la vena de hierro destinada á cada *labranza* ó temporada del año en que la ferrería estaba en actividad.

feliz casualidad, hizo que las limpiasen, y obtuvo el real permiso para modelarlas, pidiendo en cambio de sus servicios que se le cedieran dos, las cuales obtuvo sin dificultad. No se sabe ahora dónde han ido á parar las figuras que Schwanthaler tomó; y es difícil comprender cómo un verdadero artista fué capaz de truncar así una preciosa coleccion completa, sólo por su gusto, porque esto es casi un acto de vandalismo. Si las esculturas están en poder de los herederos de Schwanthaler, estos deberian, cuando ménos, depositar una reproduccion en la Casa Ayuntamiento. Tampoco se sabe en qué órden estaban colocadas las figuras en un principio, y por lo tanto hablaré de ellas indistintamente.

Ante todo se ha de tener en cuenta que las figuras están esculpidas en madera, ese material inerte y algo tenaz que no se presta naturalmente á la escultura, pero con el que los antiguos maestros alemanes alcanzaron, no obstante, muchos triunfos, como lo prueban, por ejemplo, los tableros del coro de Ulm. Despues de esculpidas las figuras en madera, se cubrieron con una capa de blanco á fin de trabajarlas de nuevo con el cincel, método que á menudo se empleó para las piezas de adorno de los altares en los siglos XIV y XV. Sin embargo, con la superficie más tersa obtenida de este modo, perdian algo de su vigor las primeras marcas del cincel.

Estas son las primeras impresiones que nos produjo un ligero exámen; y es posible que despues de una rápida ojeada el observador se incline á pronunciar la palabra *grotesco*, pero muy pronto espirará en sus labios si fija cuidadosamente la atencion, pues lo que á primera vista puede parecer grotesco es tan sólo un resultado del excesivo deleite del artista al observar lo perfecto de su obra, el cual le condujo á extravagancias de fantasía y movimiento que, por otra parte, se adaptan tan admirablemente al asunto representado, que parecen del todo propias del conjunto. Es poco ménos que maravilloso como en aquellos tiempos de la fotografía pre-instantánea se hacia corresponder la accion del ropaje á la del cuerpo con la más absoluta fidelidad, cosa rara hasta en los más célebres maestros. El escultor de esas figuras debia tener un golpe de vista tan certero como rápido; seguramente estudió bien el ropaje en accion, y no sólo consiguió imprimirlo en su mente, sino tambien reproducirle á su voluntad; y adviértase que esta adaptacion del ropaje al movimiento es una de las principales bellezas de la obra, que como conjunto contribuyó maravillosamente á representar el movimiento en el arte, tarea siempre tan difícil y enojosa. Todos cuantos hayan estado en Roma habrán podido observar con sentimiento á qué extravagancias condujeron á Bernini sus tentativas para imitar con perfeccion el movimiento: en su estatua parece haber querido representar el personaje agitado por el viento, y sin embargo, los ojos no tienen la satisfaccion de ver la ondulacion correcta del ropaje. Nuestro escultor, al representar en sus figuras el movimiento mesurado ó juguetón de su extraña danza, encontró un término medio admirable. Aquí se ve la accion y la pausa; y todo es natural en las imágenes. ¡Qué perfectamente indica un movimiento el que le ha de seguir! Admira tambien la particularidad de que la ondulacion del ropaje se armoniza en toda la figura, y especialmente la circunstancia de que así detrás como delante, la posicion de aquel corresponde con fiel exactitud al *momentum* de la accion del miembro. De aquí la naturalidad impresa en esas figuras, merced á la cual, como sucede con todas las obras del genio, no son de ningun tiempo ni período determinado, sino que pueden pertenecer lo mismo á nuestros dias que á las demás épocas. Vístanse con tales trajes algunos individuos de nuestro siglo; que ejecuten los mismos movimientos, y se



PARTE DEL TECHO DE LA CASA CONSISTORIAL DE MUNICH

observará una completa semejanza Pedro Visscher y Adam Krufft, con toda su excelencia, no hicieron nunca otro tanto, ni llegaron á esa altura; fueron siempre de su época, y sus producciones no pasaron de ser las que de ella se podian esperar. Debe advertirse tambien que esas figuras están honesta y artísticamente acabadas en todo su contorno, aunque sólo se ven de frente cuando se hallan en su sitio. Cuanto más se estudian, mejor se observa la perfeccion y propiedad de las líneas, y cómo ocupan todas con la mayor exactitud el lugar que deben. Y sin embargo, aunque se hayan buscado así el naturalismo y la verdad, el conjunto no es ménos agradable á la vista; el ropaje presenta curvas y líneas sólo donde son necesarias, y únicamente se han introducido en él algunos accesorios para contribuir al mejor efecto.

Comencemos nuestra descripcion por el muchacho negro (fig. 4) que debió agregarse á la compañía europea. Como ya sabemos, el negro era la figura favorita de los artistas de la Edad media. Su nariz achatada, sus labios gruesos, su tipo africano, en fin, se indica perfectamente en todo: véase cómo una sonrisa entreabre su carnosa boca; baila con viveza, y parece deleitarse en la cadencia rítmica; pero á la vez que se mueve, siguiendo el compás, su mirada está fija en alguno, probablemente el director, que hace las señales. En todas las figuras se nota la misma atencion en la mirada. Las campanillas que ostenta en la pierna son un adorno que todos sus compañeros llevan en alguna parte del traje, y sus sonidos debian contribuir á realzar más la danza. En alto grado cómico es ese negro con su traje de la Edad media, que tan mal se aviene con su rostro y su cabello. ¡Qué cuidadosamente está esculpido; con qué fidelidad se indica cada detalle; qué perfectamente modeladas están las manos! Estas últimas son muy dignas de estudio, y por lo exquisito del trabajo corren parejas con el ropaje; no sólo son hermosas, sino tambien características, pues indican la condicion del individuo. ¡Qué maravillosamente se representa en este muchacho el espíritu del salvaje, y qué naturalidad se observa en sus movimientos y actitud! No ménos fielmente entregado á la excitacion del momento, se nos representa el jóven de la fig. 8, en el que el artista ha puesto, con feliz audacia, una compacta trenza de cabello; su ropaje ondula en el loco ímpetu de sus movimientos, sin que en estos se note la menor violencia, como en las figuras de algunos de los demás personajes. Obsérvese la perfeccion de sus ropas; su capilla flotante parece algo más abultada de lo que resultaria con el verdadero material, y reconócese que está ahuecada por dentro, pues sobresale visiblemente, lo cual comunica más ligereza al efecto del conjunto; nótese tambien lo atrevido de la actitud de la figura, adelantando la pierna; en su brazo y en el cuerpo ostenta las campanillas, y al rededor de la pierna se ve atada como una cinta, tal vez algun recuerdo de su dama. ¡Qué diferencia hay en la actitud y expresion del hombre de edad más avanzada (fig. 9), que se esfuerza para seguir el compás! En su afan de hacerlo bien obsérvase como oprime los labios; y esto es otra prueba de que toda la danza no se reduce á un baile desordenado, sino que tiene un objeto verdaderamente artístico. El rostro de este hombre es familiar en los frescos del gran Florentino; sus facciones son propias de un individuo de la época, como lo es tambien su traje; lleva el calzado puntiagudo de aquel tiempo y hombreras, efecto que el artista ha buscado con rara habilidad, pues se ve muy bien el sitio en que aquellas terminan, permitiendo que vuelvan á flotar las mangas.

Una compañía de baile de la Edad media que llevaba un negro no hubiera sido completa sin tener tambien un jorobado ó un enano, pues nuestros antecesores de aquella época combinaban con el amor á la belleza física un gusto singular por las deformidades naturales. Aquí tenemos, pues, á nuestro jorobado (fig. 2); su giba no se marca mucho, pero existe, aunque se disimula en parte por la posicion que el paso de la danza requiere. Su chaqueta puntiaguda, adornada con borlas, y su sombrero cónico de payaso, indican el lugar que ocupa en la compañía; este sombrero está sujeto debajo de la barba con un pañuelo que se anuda por detrás, evidentemente para que no caiga por el rápido movimiento del baile. La expresion del rostro es inteligente, é indica que el bufon conoce bien el papel que desempeña, al paso que su mirada penetrante, como suele serlo la de los jorobados, revela cierto cinismo. Donde todo es excelente se nos resiste especializar; pero en cuanto á expresion, esta figura es tal vez la más notable de todas. Aquí tenemos otro hombre de edad (fig 6), el cual se distingue desde luégo por el extraño adorno de su cabeza, que remata imitando la de una serpiente, y que tambien está atado para mantenerle sujeto durante la agitacion de la danza. Obsérvese este toque maestro. Curiosas son sus prolongadas mangas flotantes, que se arrollan ó anudan por el impulso de los movimientos; tiene las mejillas hundidas; los labios sumidos por la edad, y sin embargo, trata de sonreir y parecer alegre, cual conviene á su actitud, pero si se examina más de cerca, nótase que esa sonrisa es forzada, como la que se observa demasiado á menudo en el semblante de los comparsas del teatro y otros: tambien lleva campanillas en la pierna. Gallardo es el aspecto del hombre de la fig. 5, que baila con más gravedad, marcando los pasos; su sencillo bonete está anudado tambien con una cinta debajo de la barba; lleva el traje ceñido, sólo con una pequeña parte suelta para recoger el aire, y esta es la que se ha arrollado, como lo indica la pieza que desde el hombro va á enroscarse en la muñeca, y el faldon de la túnica que pasa entre las piernas. Como se verá desde luégo, estas figuras serian sólo por el traje un interesante estudio, si no tuviesen otra cosa que admirar. Traje ceñido lleva tambien el hombre de la figura 10, cuya cabeza cubre una especie de turbante, y que calza botas completamente gastadas por el uso, pues la del pié izquierdo deja ver los dedos. La mirada de este hombre es atrevida é impertinente, y aunque marca sus pasos como los demás, no parece hacerlo con la agilidad salvaje de sus compañeros; sus labios se entreabren por una sonrisa burlona, á la cual comunica más expresion la nariz aplanada y ancha en la punta. En la figura 3, que tiene la cabeza cubierta con una especie de chacó, obsérvase una actitud muy distinta de la de las otras figuras: este hombre baila con timidez y prudencia, como lo indica bien su mirada; y seguramente no necesita sujetar su sombrero, porque sus movimientos no son demasiado enérgicos; sus manos extendidas parecen animadas, y sus dedos levantados marcan sin duda el compás. La expresion de esta figura es á la vez digna é inteligente, y la mirada de sus ojos grave; pero con su faja arrollada y el singular adorno de su cabeza, representa un verdadero clown; su edad no le permite hacer con el cuerpo tantas contorsiones como sus compañeros más jóvenes, pero compensa esto con la accion de sus manos y brazos, tan burlesca como enérgica. ¿Qué podria haber en esta figura más cómico por su efecto, ni mejor ejecutado que su mano extendida, mostrando la palma? En cuanto al hombre que nos representa la figura 1, es un verdadero payaso, y admírare el vigor y espíritu con que baila, deleitándose al parecer en sus saltos y cabriolas; su semblante está animado por una sonrisa; y diríase que sus manos baten el aire que llena sus anchas mangas, inflándolas como si fueran globos: indudablemente era el bufon de aquella singular compañía. ¿Qué hubiéramos visto en las figuras 11 y 12 si no hubiesen faltado? Casi podemos inferir que eran las mejores de todas.

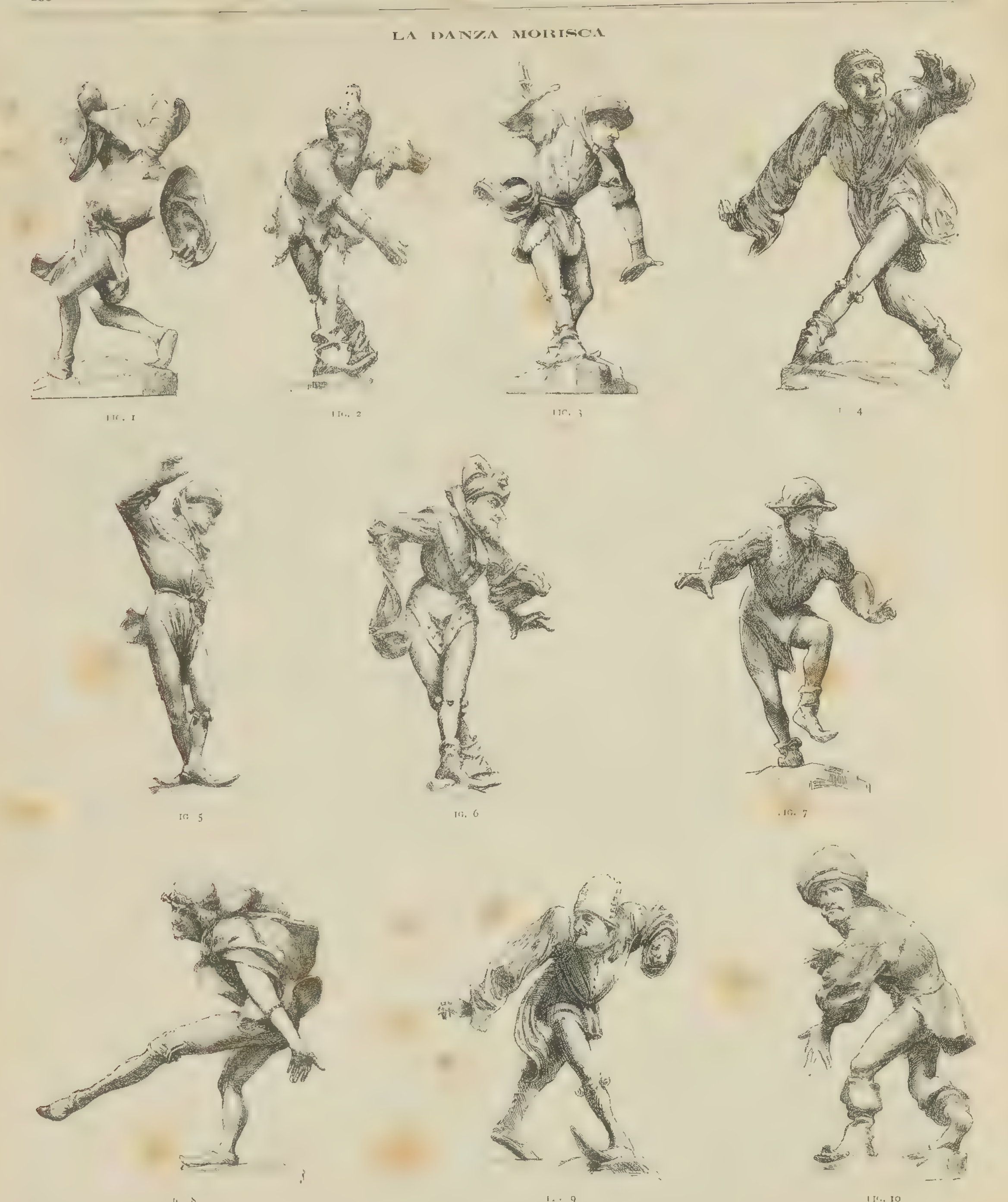


LA CASA CONSISTORIAL DE MUNICH

El antiguo palacio del Ayuntamiento de Munich es objeto ahora de una cuidadosa restauracion; el techo cónico se ha vuelto á descubrir, y con él los nichos y escudos; de modo que las figuras volverán á ocupar su antiguo sitio; y hasta es posible que se vuelvan á pintar como ántes, porque el restaurador cree haber obtenido el primitivo color. De esperar es igualmente que cuando todo se haya completado, se saquen de su escondite las dos figuras que faltan, para reunirlas con sus compañeras. De todos modos, Munich puede enorgullecerse de poseer un tesoro artístico legado por el siglo XV, y que se deberia conocer mejor. Para los amantes del arte, para los escultores y grabadores no puede haber estudio más instructivo é interesante que el que ofrecen esas figuras representando la danza morisca.

No omitiremos advertir que nuestro dibujo es una copia fiel y exacta, hecha por alumnos de la escuela de Mr. Herkomer, quien tuvo la suerte de que se le permitiera modelar las figuras cuando estuvo en Munich el pasado otoño.

LA DANZA MORISCA



Figuras que adornaban el Salon de sesiones de la Casa Consistorial de Munich

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 6 DE JULIO DE 1885 — NÚM. 184

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SAN FRANCISCO DE ASIS EN SUS ÚLTIMAS HORAS, cuadro por J. F. Weerts

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

SAN FRANCISCO DE ASIS EN SUS ÚLTIMAS HORAS, cuadro por J. F. Weerts.

Este admirable cuadro, obra de primer órden y de tal calificada en la Exposicion de Paris (1884), representa los últimos momentos de aquel varon, lleno del espíritu de humildad cristiana, que fundó la órden de *Hermanos menores* en honra y propagacion de esa virtud ejemplarísima.

Corria el año 1226: el ilustre hijo de Asís, el evangelizador de Oriente y de Occidente, el que en sus místicos coloquios ó éxtasis habia entrevisto la nueva unidad de Italia; el que á los cuarenta y cuatro años de edad habia envejecido á puro sacrificarse por la causa de la humanidad, hasta el punto de que su cuerpo se rindiera á las fatigas ocasionadas por su ardiente amor al prójimo, se sintió próximo á sus últimas horas. Entónces, como el viajero, herido de muerte en su camino, suspira ardientemente por el hogar de su familia, se sintió atraido, por irresistible impulso, hácia el convento de la Porciúncula, que es la casa solariega de los hermanos de San Francisco. A ella fué conducido por sus discípulos, y rendido en más que humilde lecho, vuelta la faz al esplendente sol de su amada Italia, exhaló el último aliento, no como el débil mortal atajado por la muerte en su glorioso camino sino como el inspirado peregrino que se duerme cabe los muros de la Sion bendita.

Weerts ha dado en este cuadro una muestra irrefutable de su poderoso talento, tanto más notable en cuanto no son por cierto los asuntos místicos los que preocupan á las eminencias pictóricas de nuestros dias.

¿PENSARÁ EN MÍ?.. cuadro por E. Niezky

En el número 43 de nuestra ILUSTRACION ARTÍSTICA, publicamos un cuadro de Anders sobre este mismo asunto. El pensamiento es simpático como cuanto se refiere al amor puro de la doncella, áun cuando ese amor la lleve al ridículo de consultar, más ó ménos crédula, al oráculo. Verdad es que en el caso de nuestro cuadro, el oráculo está en armonía con el sentimiento que inspira la consulta.

De fijo que nuestra linda enamorada no hubiera penetrado en el oscuro recinto del templo, donde, por boca de metal, hablaba el dios mitológico, ni tampoco se hubiera internado en la cueva de la grosera pitonisa, en demanda de luz y de esperanzas. Pero, ¡es tan grato preguntar á las flores, cuando es otra flor la preguntona!... ¡Hay tanta analogía entre la víctima y el sacrificador!.. Pregunta un anuncio repetido en los diarios: «¿Tienen alma las flores?» De fijo que este desatino da en el blanco, ó la parte sensible, de las personas á quienes principalmente se dirige. La hermosa jóven de nuestro cuadro no contestaria seguramente la pregunta en sentido negativo; pero tampoco se atreveria á negar que la flor que deshoja penetra su pensamiento y contesta razonablemente á su interrogatorio íntimo.

Respetemos la candidez de las almas enamoradas que apelan al oráculo de las flores; no porque su supersticion sea excusable sino porque supone, cuando ménos, una exquisitividad de sentimientos de que están muy distantes los que no reparan en consultar á la asquerosa Celestina que, baraja en mano, hace fullerías á ciertas inocentes que tienen mucho adelantado para dejar de serlo.

JOSÉ II VISITANDO EL CUARTEL DE INVÁLIDOS EN SU NIÑEZ, cuadro por G. Hackl

Los más famosos guerreros han sentido siempre gran predileccion por los soldados veteranos y los inválidos. Julio César llamaba sus camaradas á cuantos le habian acompañado en sus célebres expediciones; Luis XIV construyó el gran Hotel de los Inválidos en Paris; Napoleon I descansa entre los oscuros héroes de las glorias patrias. El príncipe que honra á los que se han sacrificado por su país, crea un gran plantel de intrépidos soldados; al paso que da lugar al más peligroso egoismo la idea de que la patria puede dejar morir de hambre indignamente á aquellos que la han sacrificado su juventud, sus afectos y su sangre generosa.

María Teresa de Austria, de quien pudiera decirse que era *todo un grande hombre*, quiso que su hijo, más tarde el emperador José II, se educara en esas ideas; y nuestro cuadro representa una de las visitas hechas por el jóven príncipe á los veteranos del imperio. El niño José entra con paso firme y actitud respetuosa en el asilo de los viejos defensores del imperio, que le saludan con toda la reverencia que á los soldados merece el príncipe heredero. El autor ha estado felicísimo en el dibujo de las figuras: la de José II tiene todas las condiciones de un niño y los aires de un emperador; la de los veteranos es expresiva, y en la fisonomía de cada uno de ellos puede leerse la impresion que les causa la visita de tan encopetado como diminuto personaje.

¿ACABARÁ DE SALIR?...

Deliciosa figura de estudio, trazada con una facilidad y elegancia que hacen el encomio de su autor. Esa mirada fija en un punto invisible y esa sonrisa entre satisfecha y burlona, están de acuerdo con el lugar de la escena, que parece el claustro de un convento. Sin que el dibujo lo represente, se trasluce una aventura: nuestro personaje, ¿es autor ó cómplice?

Allá se las avenga el autor: para nosotros es muy bastante una figura que por su esmerada ejecucion vale todo un cuadro.

REY Y REINA DE ANGRA PEQUEÑA.—INDÍGENA DEL ALTO DAMARA

Si alguno puede dudar de la mision que la Europa está llamada á desempeñar en África, vea los tipos que publicamos. No somos partidarios de atentar á la autonomía de los pueblos; pero cuando Alemania ha tomado posesion de Angra, se habrá preguntado, sin duda, como lo preguntamos nosotros: ¿Qué se puede entender por pueblo ó por nacionalidad en el último cuarto del siglo XIX?

POR LA MADRE PATRIA, cuadro por A. B. Gil

El bonito lienzo que ha servido de modelo para el grabado que lleva este título, es una obra en verdad notable por la naturalidad de la escena, la riqueza de los detalles y la verdad del conjunto. El artista representa el interior de una cabaña de labradores aragoneses, habitada por un matrimonio anciano. Su hijo ha muerto en el campo de batalla, y su compañero de armas, un sargento, ha llegado á la humilde vivienda para anunciar á los padres la triste noticia, llevando como recuerdo del difunto un escapulario humedecido en su sangre, que la madre besa con afan en medio de sus trasportes de dolor. En el vasar de la chimenea se ven esas vasijas de barro tan familiares en las obras de Murillo y otros pintores de la escuela sevillana, que ejercitaban su naciente habilidad en representar esos símbolos de la «vida tranquila.»

EL NIDO DEL CUCLILLO

(Cuento)

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

I

LA OBRA DE LA CARIDAD

No fué un momento de inspiracion de la piedad humana, sino obra de la hipocresía social la institucion mal llamada benéfica de la Inclusas, si hemos de atenernos al cuadro que ante nuestra vista se presenta. La Casa de Maternidad del Santo Niño, fundada por un piadoso cristiano y convertida por el desbarajuste oficial en una institucion herodiaca, presenta en aquella hora en que el sol se pone un aspecto de aturdidor movimiento, de ruidosa vida.

En las estrechas escaleras y en las amplias salas acaban de encender los mecheros de gas que lucen opacamente en una atmósfera hedionda. Las paredes sucias, las baldosas rojizas, polvorientas y despegadas del cemento, las puertas viejas y mal ajustadas, las vidrieras rotas, las chimeneas que hacen humo y ante cuyos hogares de hierro encendido al rojo hay cañas sostenidas entre sillas y banquetas para que en ellas se sequen pañales y mantillas, los cánticos filarmónicos de las nodrizas que arrullan ásperamente algun niño, el llanto de otros que hambrientos y helados se agitan en las inmundas cunas... forman un conjunto desagradable, que produce frio en el cuerpo y en el alma; el ahogo se apodera de los pulmones y un sentimiento de pena del corazon. A esta hora es cuando cenan las nodrizas allá abajo en mal oliente cuadra, donde sobre una cocina de hierro cuece en enormes cacerolas un guisado piltrajoso de clara salsa, una comida capaz de imponer la dieta al más voraz. Cuando la campana avisa á las nodrizas, así como sedienta cuadrilla de mulas salen relinchantes y coceando del pesebre en busca del pozo, aquellas madres mercenarias abandonan á sus hijos pegadizos y van á saciar el instinto fiero del hambre. Los niños se quedan solos, unos pateando en sus cunas, otros tiesos é inmóviles entre sus negras mantillas, los más crecidos jugando ó riñendo revolcándose por el suelo en la desnudez que precede á la hora de cubre fuego. Miéntras en estas alcobas se ven en tal ocasion infantiles miserias, escuálidos miembros, amarillentas caritas, bien pocas de ellas sanas, la mayor parte afeadas por la escrófula y erizadas de pústulas y granos, en el comedor se oye el diálogo brutal y cínico de las indignas mujeres que ponen remate á la obra de la generacion por acaso con una lactancia insuficiente y regateada. Sucias manazas van y vienen del plato á la boca: todas las formas asquerosas del comer tienen allí su manifestacion. En aquellos labios que chupan el zoquete de pan chorreando grasa, en aquellos dientes caninos que roen un hueso, en aquella supresion de tenedores, servilletas y vasos, se ve á la humanidad retrocediendo desde los centros de civilizacion á los bosques vírgenes, se dibuja bajo la figura de la mujer cristiana la silueta angulosa de la hembra de las especies primitivas, se adivina un modo de ser incipiente de la raza humana, aquel en que se acortan las distancias que separan al rey de la creacion de sus más viles súbditos.

Cuando llega este caso y suena la aguda campanilla puesta en el torno de la calle anunciando que ha llegado á la Casa de Maternidad otro niño sin padres, hay refunfuños de mal humor en aquel conjunto de hembras que tienen tanto de rebaño como de aquelarre. Es que entra en la inocente y desvalida colectividad de mamones un nuevo socio de hambre con el estómago vacío y los labios ansiosos: ¿á quien le tocará el turco? de dos á cuatro es la Ramoncha, de cuatro á seis la Repolida, de seis á ocho están encargadas de velar por los expósitos que lleguen la Robustiana y la Gerinelda, porque en estas horas es cuando llegan más niños: es la hora del crepúsculo, cuando las sombras encubren y disimulan la accion infame de abandonar el fruto de las propias entrañas.

II

APARICION DEL HÉROE

Esta vez fué la Gerinelda, una asturiana de fisonomía becerril, boca que más bien era hocico, ojos insignificantes, pequeños y sin brillo, como si su mision apénas fuera otra que ver las cosas de más bulto; fué la Gerinelda la que recibió de manos de una hermana de la Caridad un envoltorio palpitante entre cuyas holandas apareció una carilla amoratada y al mismo tiempo se dejó oir un llanto agudo, brioso y gangosuelo. Cinco minutos ántes la propia doña Leticia habia puesto en el torno aquel niño. El oficial encargado del registro dejando este encima de la mesa y despues de remangarle las mantillas para reconocerle el seno, escribió en su libro algunas cifras, hora de llegada y ama á quien correspondia.

Nos faltan el tiempo y el espacio para narrar hora por hora la vida de este niño que fué bautizado con el nombre de Valentin del Hijo-de-Dios. La Gerinelda lactaba siete niños y les daba cuatro tetas en el dia. Cogíalos de dos en dos con el desamor y rudeza con que lo haria el rústico que criase unos lobeznos robados de la guarida; sacaba de debajo de su sucio pañuelo dos zurrones negros que nada tenian que ver con los primores que los poetas madrigaleros cantan del seno de Tisbe. Cuando llegaba la noche la Gerinelda dormia como una bestia fatigada y su ruidoso ronquido cubria el gañir de los pequeñuelos á quienes el ayuno tenia despiertos..... Páginas como estas habríamos de escribir tantas como dias pasaron desde que Valentin del Hijo-de-Dios entró en el torno hasta que seis meses más tarde fué sacado de la Inclusa para entregarle á una nodriza externa: páginas sólo interrumpidas en su odiosa monotonía cuando se le moria algun chico á la Gerinelda. El garrotillo y la disentería eran ministros y secutores de estas ejecuciones. El niño iba á la eternamente jóven matriz de la tierra, más pia y amorosa que la que le habia engendrado y otro niño iba á completar el cupo de los que la Gerinelda criaba.

III

EL HÉROE MUDA DE AIRES, PERO NO DE DESGRACIA

Un dia la sábia administracion de la Casa de Maternidad del Santo Niño determinó que Valentin del Hijo de-Dios fuese puesto en los brazos de una nodriza externa. Muchas mujeres de las provincias castellanas, especialmente de las que están cercanas á Madrid, acuden á las inclusas y tornos para buscar en la lactancia de aquellos hijos del pecado un salario mísero que nunca pasa de quince pesetas mensuales.

El hambre de las campiñas, tan horrible ó más aún que la de las grandes ciudades, pero ménos estudiadas porque aún no ha sabido organizarse en comités socialistas, lleva á estos centenares de mujeres al triste oficio de la maternidad mercenaria. Isabel Recuero, mujer de un guarda de viñas de la provincia de Guadalajara, era la madre que el azar daba á Valentin del Hijo-de-Dios. En un principio el cambio de aires, el salir de aquella atmósfera envenenada de la Casa de Maternidad, favoreció la salud del niño y hasta parece que hubo en sus mejillas conatos de acarminarse; pero bien pronto la humedad de aquella choza, erigida con adobes, el aire infecto que en ella se respiraba, como que en la única habitacion, inhabitable, estaba el pesebre de la burra, la corte del cerdo, el gallinero y montones de yerba puesta á secar cerca del hogar, donde se guisaba con los productos de la cuadra,—empezaron á obrar en la criatura. Además Isabel Recuero no tenia por arrobas la salud, padecia de reumas, y su constante humor negro parecia indicar que á esta dolencia era preciso añadir algo de atrabilis. En continua reyerta con su marido, en quien no se explicaba el oficio de guarda de viñas, como no se explicaria un lobo pastor, lo cual significa que era muy dado al trago, la casa era un infierno.

El matrimonio Recuero tenia un hijo de siete años, feo y mal intencionado como un huron, y á él encomendaba Isabel el cuidado de Valentin cuando las necesidades de su pobreza la llevaban al inmediato pueblo de Nidonegro donde habia mercado todos los lúnes.

La madre en el mercado donde llevaba sus hortalizas, el padre en la viña, quedaba Recuerillo amo y señor de la choza y ejercia sus funciones de dominio sobre Valentin y *Pistolo*. ¿Quién era *Pistolo*? Un gato de pelo ceniciento, tuerto de un ojo, cuya pérdida habia sido producida en cierto asalto á un palomar vecino y en contienda con un perro de caza. El guarda de viñas habia servido al rey y habia formado parte del batallon de cazadores de

Arapiles. Sabido es que el pueblo llama á estos heróicos legionarios con el burlesco nombre de pistolos: lo que no se sabe y queremos decirlo es que Isabel, comparando las hazañas del gato con las de su esposo, habia dado á la doméstica alimañeja el nombre de *Pistolo*.

Recuerillo paseó un rato á Valentinin y como este no se callaba, lo dejó en la mísera cama donde toda la familia dormia junta.

—¡Arre allá!—dijo Recuerillo,—este incluserin nos va á volver locos... ven acá tú *Pistolo*, vamos á hacer los títeres.

Asió Recuerillo de un trozo de sarmiento y lo blandió como Alejandro su espada, no con ménos orgullo y gentileza. Bien sabia *Pistolo* de qué se trataba, porque apénas vió á su amo en tal talle, encaramóse de un brinco en el agujero que habia en la pared para salir el humo y allí se estuvo con la cola echada encima del lomo y haciendo guiños con su ojo tuerto.

—¡Ah, tuno! ¡ah, pillo!.. venga V. aquí, *Sr. Pistolo*. Dió un tremendo latigazo en el suelo y amenazó al gato. Despues tirando á un lado el castigo, empezó á llamarle cariñosamente, siseando con los labios, miéntras hacia con los dedos pulgar é índice de la mano derecha un gesto, como de migar pan, y el gato acudió. Entónces Recuerillo le agarró de la piel del cuello, y llevándole en esta postura, con la boca abierta, los cobrizos ojos entornados, estiradas las extremidades y las garras fuera, hasta la cama donde Valentin lloraba, dijo:

—Vamos á ver... saluda al público.

El público era Valentinin y al ver el gato callóse súbito y echó las manos para cogerle. Recuerillo, despues que hubo obligado á *Pistolo* á saludar al público, le sujetó entre las piernas, cogió un puchero, pasó una soga por su asa, y atando el otro cabo de ella al rabo del gato, dejó en el suelo animal y cacharro. Estábase aquel quieto, de antemano amedrentado sin duda de lo que allí iba á pasar; pero no era esto lo que queria Recuerillo, y asiendo de nuevo el sarmiento le arrimó sobre el lomo al pobre *Pistolo* dos latigazos con los que partió el animalejo como un rayo arrastrando el puchero. Cerró Recuerillo la puerta y quedaron los tres personajes en semi-oscuridad. *Pistolo* subia por las paredes, brincaba sobre las ollas, saltaba á la cama, se encaramaba en los palos del gallinero, y cuanto mayor el ruido que hacia el puchero al reventarse en pedazos, más vertiginosas eran sus carreras, más rápidos sus saltos y más desesperados sus maullidos. Valentinin estaba absorto con un rostro serio cual el de un abad, distraido con aquel espectáculo como un César romano con el de la lucha de un tigre y un gladiador. Llegó en esto Isabel Recuero, y enterándose de la picardía que Recuerin le habia hecho á *Pistolo*, empezó á dar voces amenazando al chico con no sé qué terribles castigos. Cuando iba á ponerlos por obra llegó el guarda de viñas, á quien llamaban de mote el *Tio miedo*, porque éste, y no él, era quien guardaba la viña, de la que faltaba muchas veces por acudir á la taberna.

Venia borracho el cazador de Arapiles, tomóla con Isabel sobre si debia ó no castigar á Recuerin, y armóse tal danza, que en mucho rato las lenguas no dejaron de escupir denuestos y palabras, y las manos de accionar furiosamente. *Pistolo* con el asa del puchero atada aún al rabo, pero tranquilo ya y relamiéndose en un rincon, Recuerillo con las orejas calientes é hilando lágrimas en silencio, Isabel dándole teta á Valentinin y disuelta en su jugo su ira, Recuero fumándose una tagarnina é insultando al gato... hé aquí cómo terminaba muchas noches la vida de estas míseras gentes.

IV

AVANZA EL TIEMPO, CORRAMOS CON ÉL

Pasó más de medio año, y una madrugada un anciano de alta estatura, de luenga barba detúvose ante la puerta de la choza. Era un caballero de Nidonegro. Isabel le conocia perfectamente de haber vendido muchas veces verduras á doña Ernesta, la hermana de este señor. Se le llamaba el *Ingeniero* y decian de él que estaba algo guillado y que habia perdido la cabeza queriendo descubrir el movimiento continuo.

—Buenos dias, —dijo con afable tono el anciano.

Dejó descansar en el suelo la escopeta que traia al hombro, sentóse en una peña y pidió un poco de agua.

Otras varias veces volvió á casa de los Recuero, hacia fiestas á los dos chiquillos y se marchaba continuando sus paseos. Nunca traia en ellos otra caza que alguna urraca que se le habia parado delante de la escopeta y solia dejar estos pajarracos á Recuerillo ó se los ponia en las manos á Valentinin que con ansia los agarraba como si quisiera desplumarlos.

Al volver de uno de estos paseos, el caballero dijo á su hermana:

—Ernesta, ahí abajo, en el barranco, vive una pobre gente en la miseria; tienen dos chicos y en las caras de todos ellos se pinta el hambre: no estará de más que te acuerdes de ellos algun domingo.

Doña Ernesta estaba haciendo cierta obra de abalorios y tenia entre sus manos una hebra de seda llena de ellos.

—Ya sé quién son... él es un borracho y ella tiene un genio como una hiena.

—¿Qué quieres pedirle, mujer, á la bestialidad y á la desgracia?... ¿virtudes y buena educacion?

—Iré á verlos.

V

LOS HERMANOS RUBIN

Modestamente, pero sin que les faltara nada de lo necesario, vivian estos dos hermanos. Don Eleuterio Rubin habia sido ingeniero mecánico, y en inútiles empresas, porque Dios no le habia otorgado ningun talento práctico, habia visto desmembrarse la fortuna heredada de sus padres. Espíritu puramente especulativo, allá se cernia en lo alto, y cuando creyendo haber resuelto un problema venia á la tierra con él en las manos, la más pequeña dificultad le destruia el fruto de sus cavilaciones. Con las formas pintorescas que caracterizaban su lenguaje, solia decir él mismo de sí mismo:

—Soy el Don Quijote de la mecánica y me empeño en conseguir quimeras imposibles. Si yo hubiese descubierto la ley de gravedad, no hubiera sido como Newton viendo caer una manzana de un árbol, sino cayéndome desde una torre.

En cambio doña Ernesta era un carácter práctico de virtuosísima condicion pero de áspera superficie, porque las desgracias propias, que como tales tomaba las de su hermano, la habian acibarado el corazon. Doña Ernesta permanecia soltera y ya habia cumplido cuarenta y seis años. El ingeniero mecánico casó en sus mocedades muy enamorado de una hermosa señorita valenciana que á los tres meses de la boda falleció de pulmonía. Esta horrenda catástrofe que dejó á Rubin loco de amor y de desesperacion, habia arrojado un crespon sobre el resto de sus dias y en lo más secreto de su alma habia un melancólico amor de ultra tumba por la beldad del Turia y algo de romanticismo en sus sentimientos. Cuando aconteció esta desgracia dedicóse á la ciencia el viudo ingeniero, y entónces fué cuando concibió su primera idea del polispastro eléctrico, un sistema de poleas ascensionales que se movian por sí mismas. El polipastro Rubin obtuvo el privilegio de invencion, las Academias informaron acerca de él favorablemente, pero llevado á la práctica resultó imposible. Cuyo desengaño fué otro disgusto para don Eleuterio, como el que habia tenido al quedarse viudo; aunque en distintos grados del mismo género, la desilusion del que cuando piensa abrazar algo en que ha puesto sus esperanzas de ventura, halla el vacío. Creyó que habia concluido su mision en el mundo, reunió los restos de su fortuna que le aseguraban una vida modesta y se fué á vivir con su hermana á Nidonegro, un histórico lugarejo de Castilla la Nueva, con mucho escudo en las fachadas de sus pobres y ruines casas y mucho espíritu altivo de hijodalgo amalgamado con la ignorancia y la miseria. Doña Ernesta no sólo conservaba la fortuna heredada de sus padres, sino que una gestion de ella prudente y juiciosa se la habia aumentado. No habia en aquella casa distincion entre lo tuyo y lo mio; pero el ingeniero, hombre escrupulosísimo y delicado hasta el extremo, no consentia que las rentas de su hermana que montarian á cuatro mil duros anuales, se invirtiesen en sostener las cargas domésticas: bien es verdad que desahogadamente podia sustentarlas con los propios ingresos. Tratábanse los dos hermanos con mucho amor, pero con mucho respeto. De la antigua etiqueta de las familias nobles habia quedado en su arcaica educacion un delicado y sutil perfume de cortesanía, el cual, sin quitar á las fraternales relaciones cosa alguna de cuantas atañen al cariño, las hacia más agradables.

Doña Ernesta ejercia la caridad no como una manirota sino como una persona cuerda y razonable. Su dar no era la dilapidacion disfrazada de virtud, sino el resultado de un cálculo aritmético con arreglo al cual la solterona distribuia entre los pobres la décimaquinta parte de sus rentas; á cuyo arreglo llamaba Rubin *el presupuesto del cielo*.

Fué doña Ernesta y fué pronto al zaquizamí de los Recuero. La notable señora llevaba su traje de merino negro luto de que jamás se despojaba; y de él decia Rubin que era el luto de su mujer y de su polipastro. Negros tambien eran los guantes de doña Ernesta; «¿cómo prescindir de ellos sin atravesar la línea que separa las gentes de principios de cualquier tenderillo enriquecido?» este era uno de sus apotegmas sociales. Otro era el que practicaba cuando al salir de su casa acompañada de su vieja doncella Celedonia esta no iba al lado de su señora, sino un par de varas detrás, en testimonio público de la diferencia de clase. Y bien sabe Dios que no habia en todas estas ideas intencion alguna de humillar al prójimo, sino la perfectamente lícita y defendible de conservar prerogativas que Dios habia otorgado.

Cuando llegó doña Ernesta á la cabaña de los Recuero eran las cuatro de la tarde: Isabel estaba peinándose al sol y tenia á Valentinin tumbado en el propio suelo.

—Pero buena mujer,—dijo severamente doña Ernesta á la señora de Recuero,—¿es esta hora de peinarse?... ¡Cómo tiene V. al niño tirado en la tierra!... pero aquí hay un olor insoportable.

—¿Qué quiere V., señora?—repuso Isabel sin dejar de peinarse, ántes bien metiendo con más furia el grosero peine de cuerno entre las crines.—Los pobres no podemos valernos de otra manera.

—No señora, no,—replicó con energía doña Ernesta,—se puede ser pobre y ser limpia. Esto es ofender á Dios... y este niño tan flaquito y tan encanijado está diciendo con sus ojazos que hace mucho que no come.

—¡Sí, sí, comer!... ¿Usted cree que se les puede dar de comer á estos incluserillos? Los trae una á su casa para que le ayuden á una... pues... vamos, y son la ruina de una. No le doy nada de comer... la teta y basta, que eso es lo que me pagan y mal.

—Pero bendita de Dios,—exclamó doña Ernesta haciendo un gran aspaviento de cólera,—ni eso es ser cristiana ni eso es tener caridad... Trae, Celedonia... trae el biberon.

Celedonia era una buena moza, aunque ya algo agostada por el celibato y por sus cuarenta abriles. Tenia una larga cara, de facciones rectas y proporcionadas pero sin expresion. Era uno de esos retratos que hay en todos los archivos provinciales y en todas las salas capitulares de los cabildos y en cuyo marco lo mismo se ha podido escribir: *Syvila cumana* que *La Agricultura*. Salió del amplio bolsillo de su delantal un biberon de teta de vaca lleno de rica leche que azulaba tras del cristal. Doña Ernesta tomó al niño en su regazo sentándose en una peña y le arrimó el biveron á los labios. ¿Veis así como las acerbas bocas del mar tragan el caudal de los rios?.. pues así trasvasó Valentinin el contenido de la botella. Ponia sus lindos ojos negros en la noble dama y parecia querer comérsela tambien con ellos. La tarde estaba hermosa. Aquel grupito de olmos que por allá abajo indican el curso del Mozarambroz verdegueaba con sus alegres matices y de entre sus copas entraban y salian catervas de pájaros. Las lomas, labradas en surcos paralelos, subian y bajaban en suaves ondulaciones y en una de estas se destacaba la silueta de un labriego, inclinado sobre el arado, y las del tronco de mulas, los jarretes en tension, las manos incadas en la blanda tierra. Una nube amarillenta de forma circular centelleaba á la derecha, pareciendo envolver este conjunto en un acorde armónico en que palpitaban no sé qué dulces melodías.

(Continuará)

LA FRASE FINAL

Confieso que siempre he mirado con cierto desden á esos séres que tienen por exclusiva mision en la vida guiar un carruaje, hacer el amor á las bailarinas y perder su tiempo y su dinero sentados ante una mesa del Veloz-Club; pero esta orgullosa superioridad con que los considero no es obstáculo para que profese una verdadera amistad hácia el vizconde de ***, el más acabado tipo de lo que el tecnicismo moderno designa con el nombre de un *gomoso*.

Como prueba de que tales séres pudieran ser útiles si se dedicaran á algo debo hacer constar que la historia que voy á referir no es mia, sino de mi amigo el vizconde.

Una tarde me la contó reclinado muellemente en los almohadones de su *landeau;* yo le animé á que la escribiera y á los ocho dias recibí una invitacion para almorzar en su casa.

Miéntras tomábamos café sacó de un secreter unas perfumadas cuartillas y leyó lo que sigue.

***

El dia en que llegó mi prima Rosario de Sevilla, su patria, adquirí tan profunda conviccion de que los elogios que de su belleza me habia hecho su padre y mi tio el general eran todavía pálidos ante la realidad, que confieso que ha sido la única vez que he visto sériamente amenazada mi libertad de soltero.

Por fortuna un teniente de húsares, algo pariente mio, se me habia adelantado durante unos meses que habia estado de guarnicion en Sevilla y cuando conocí á Rosario ya estaba prometida en matrimonio á Ramiro de Lizana, que así se llamaba el mencionado teniente.

Esto, que me hizo desistir de toda pretension, no fué obstáculo para que contrajera una cariñosa confianza con mi prima, en quien no sabia qué admirar más si la acabada belleza de su tipo puramente meridional ó la amenidad de un trato á que daban un sin igual atractivo su poca comun instruccion y su talento.

Sobre todo desde que su novio se vió precisado á abandonarla merced á una órden que recibió su escuadron de marchar al norte á combatir á los carlistas, yo la acompañaba á todas partes.

Mi prima, que era por extremo aficionada á los paseos á caballo, me propuso una tarde una excursion á la Casa de Campo. Su padre, que á pesar de sus años era un excelente jinete, quiso montar por vez primera un potro que habia mandado á pedir á una de sus dehesas de Andalucía; Rosario regia una hermosa yegua cordobesa y yo el caballo que ganó el premio en las últimas carreras.

El paseo no habia podido ser más encantador. Rosario nos habia distraido con su inagotable y amena conversacion; el general se encontraba satisfecho en las dos cosas que más halagaban su amor propio, puesto que su pericia en el arte de la equitacion y el talento y la hermosura de su hija habian tenido un constante admirador y habia pasado la tarde admirablemente.

Y sin embargo, cuando estábamos próximos á dar la vuelta hácia Madrid, un doloroso acontecimiento debia amargar tanta ventura. El general, no satisfecho aún de sus habilidades hípicas, quiso sacar el potro al galope por un ancho sendero que se extendia á nuestra vista, pero el animal, poco acostumbrado á la silla y espantado por un tronco que el aire habia derribado, se negó á obedecer al jinete. El general no era hombre propenso á ceder y quiso



¿PENSARÁ EN MÍ?... cuadro por E. Niezky



JOSÉ II VISITANDO EL CUARTEL DE INVÁLIDOS EN SU NIÑEZ, cuadro por G. Hackl

llevar el convencimiento al ánimo del potro aplicándole rigurosamente las espuelas. Este se encabritó un momento, su boca se cubrió de blanca espuma, sus ojos lanzaron un relámpago y veloz como el pensamiento se lanzó por el sendero que se negaba á seguir.

Unos cuantos años ántes nada hubiera sido más fácil al viejo militar que refrenar al indómito bruto; pero entónces su brazo no tenia el vigor de otros dias. Al final del camino se veia una zanja cuya profundidad no podíamos apreciar con la distancia, y la caida en ella era inevitable.

Rosario lo comprendió así y ántes de que yo hubiera podido salir de mi estupor fustigó su yegua, cortó el terreno á su padre y en el momento en que el caballo llegaba al sitio del peligro su látigo hirió vigorosamente la cabeza del animal haciéndole retroceder. Mas ¡ay! el choque no habia podido evitarse; Rosario perdió la silla y su cuerpo rodó por la zanja.

Por fortuna la profundidad de esta no era grande y lo único que la caida produjo á mi prima fué una fuerte contusion en una rodilla.

—¡No es nada, no es nada!—murmuró la niña animándose con su sonrisa.

Sin embargo, al ponerse de pié las fuerzas la abandonaron y fué preciso buscar un carruaje que la llevara á casa.

—No es nada, no es nada,—seguia repitiendo.—Lo que no quiero—decia á su padre—es que escribas á Ramiro.

Ramiro en aquel momento conquistaba la anhelada efectividad de capitan y contaba con una licencia para la próxima primavera, durante la cual se efectuaria su matrimonio.

Sin embargo, por más que la valerosa niña no se cansase de decir en todos los tonos que aquello no era nada, el mal no hacia otra cosa que empeorar. Pasada la inflamacion quedó sobre la parte lesionada una especie de tumor. No habia fractura alguna, pero los ligamentos habian sufrido una dilaceracion y los médicos no encontraron otro medio que recurrir á las punciones.

El general no podia resignarse, pero Rosario le consolaba diciéndole:

—Eso no puede ser más sencillo. Me haré cuenta de que bordando me he clavado la aguja en una pierna.

Las punciones fueron ineficaces; el tumor no decrecia y al cabo de dos meses Rosario permanecia en el lecho. Su impaciencia la comenzaba á poner nerviosa, pero la sonrisa no la abandonaba.

Una consulta, á que asistieron los más reputados médicos, se hizo inevitable. En ella, por unanimidad, se convino en que era preciso buscar el mal en las profundidades de los músculos y desgarrar no ya la piel sino la carne misma.

El general no queria ceder.

—Debe haber ungüentos, aguas que atajen el mal. ¿Qué médicos son estos que no saben curar una dislocacion?

Rosario fué más razonable y entregó su pierna al bisturí de los operadores, rogando sólo que nada se dijese á Ramiro.

Sin embargo, algun tiempo despues fué preciso participarle la triste noticia. La última operacion no habia dado mejor resultado que las punciones.

Una nueva consulta convino en que era necesaria la amputacion.

El general entónces se puso furioso.

—¡Jamás, jamás!—gritaba.—Esos médicos son unos ignorantes. No se corta una pierna á una niña. Si fuera á mí, á un soldado, se comprende; pero á ella no, ¡no y mil veces no!

El anciano desbarraba y Ramiro, que no tardó en llegar, le hizo coro.

—No alborotarse,—decia la niña queriendo permanecer alegre.—Yo quiero vivir porque os amo, y por eso...

Al decir esto bajó la voz añadiendo con lágrimas en los ojos:

—Ramiro, me amarás todavía cuando esté...

—No sigas,—respondió el jóven capitan, á quien la idea de la amputacion causaba horror.

—Valor, amigo mio. No tengas miedo de la palabra, como yo no lo tengo de la operacion. Sólo me asusta una cosa. ¿Dejarás de amarme cuando sea coja?

Las protestas de su novio la tranquilizaron por completo y la operacion se llevó á término.

—Y bien, doctor, ¿qué opinais?—le preguntábamos algunos dias despues.

—Que hay algo que se opone á una cicatrizacion completa. El estado nervioso de la enferma contribuye quizás á este retraso. Tal vez la parte moral padece. ¿Por qué no se la pregunta lo que tiene?

A las primeras palabras de su padre, Rosario respondió sin ambajes:

—Pues bien, padre mio, sí; un deseo vehementísimo me roba la calma. Quiero casarme.

—¡Oh! en seguida que te restablezcas se celebrará tu boda. ¿Cómo has podido dudarlo?

—No, no; es que quiero casarme en seguida—respondió Rosario con entereza.

Al decir esto un fuego extraño iluminaba sus pupilas. Se comprendia que sentia miedo de morir y queria dejar á Ramiro un recuerdo imperecedero.

La boda se verificó en aquella misma semana. Aquel dia pareció cobrar la enferma todas sus perdidas fuerzas; sin embargo, á la noche siguiente un ataque de tétano se presentó con una rapidez asombrosa y á las pocas horas Rosario espiraba en nuestros brazos.

El general y Ramiro son hombres y han sobrevivido al terrible golpe. Sólo que el general se ha convertido en un viejo caduco y Ramiro ha perdido su humor alegre.

Yo, alma frívola, que me dejo arrastrar por las corrientes del gran mundo, he vuelto á mi vida ordinaria; pero confieso que siempre que veo pasar al lado de mi carruaje una mujer á caballo, la sombra de mi prima Rosario pasa por delante de mis ojos y la risa se apaga en mis labios.

* * *

—Esta es la historia, sin adorno alguno,—dijo el vizconde despues de terminada su lectura.—El cuento está mal hecho, pero así y todo creo que podria pasar si no le faltara un requisito.

—¿Cuál?—le pregunté.

—Una frase que lo termine.

—No siempre es necesaria,—le repliqué;—pero veamos si una copa de champagne nos hace encontrarla.

—De buen grado,—repuso el vizconde,—y apuró su copa de un trago, pero al ponerla sobre la mesa tuvo que sacar el pañuelo para enjugarse una lágrima.

—Es raro,—murmuró.—El champagne me hace hoy llorar.

¡Eureka! Esa es la frase final.

FÉLIX REY

LA CRUZ MAS SANTA

(LEYENDA DEL SIGLO XV)

(Conclusion)

La ferrería de Arangúren sólo distaba, como he dicho, algunos centenares de pasos de la torre del mismo nombre, y en las largas veladas de invierno era muy frecuente que sus señores, inclusas las mujeres, fuesen á pasarlas en la ferrería donde la estancia era grata con lo elevado de la temperatua y el animado espectáculo del trabajo de los alegres y viriles *ola guizones* ú operarios.

Para comodidad de los *ola-nagusias* ó señores de la ferrería que iban á disfrutar de este solaz, habia en muchos de aquellos establecimientos fabriles una especie de tribuna alta que dominaba la fundicion y el mazo y estaba provista de bancos. La mayor parte de las ferrerías del litoral cantábrico y particularmente las de las provincias vascongadas eran como dependencia inmediata y obligada de la casa solariega de sus dueños que tenian su principal elemento de subsistencia en su explotacion y la del molino que acompañaba siempre á la ferrería con su tejado blanco que contrastaba con el negro de su compañera. Orilla de un rio ó riachuelo un campo poblado de nogales y castaños entreverados de algunos cerezos y otros árboles frutales; á un extremo del campo la ferrería y el molino; cerca de estos edificios una casa con tímidas pretensiones de palacio; á más ó ménos distancia, rio arriba, una presa de donde se derrumbaba ruidosamente el agua en forma de cascada, particularmente cuando no labraba la ferrería; y entre el rio y el cauce que partia de la presa, señalando su comienzo la compuerta de madera coronada con dos maderos en forma de cruz que servian de asidero para levantarla y bajarla, un pedazo longitudinal de tierra negra y fértil dedicado á huerta y en parte, aunque mínima, tambien á jardin, pues no faltaban allí algunos rosales y algunas matas de claveles, de espliego y de tomillo. Esto era lo que veia el que al descender de las montañas dirigia la vista al fondo del valle ó la cañada oyendo ruido de mazo de ferrería ó cuando ménos de *tolba* de molino que unido al ruido del agua de presa le traia más ó ménos distinto y con más ó ménos intermitencias el viento que de hácia aquel lado soplaba.

Aunque hasta el siglo XVI no se generalizó el mecanismo con que llegaron hasta el presente las ferrerías, ya á principios del siglo anterior se habia adoptado en algunas, como la de Arangúren, cuyo señor se adelantaba en todo á la rutina de su tiempo; y lo que digo del mecanismo debe entenderse de los operarios que eran un *arotza* ó carpintero que al mismo tiempo que entendia en la maquinaria hidráulica, entendia en la direccion general del establecimiento fabril, de dos *corzallac* ó fundidores que alternaban en el cuidado de la fundicion, de un *ijelia* ó tirador de barras y de un *gatzamalla* ó mozo martillador que tenia por principal obligacion la de desmenuzar y aprestar en cestos la vena que el fundidor iba echando á la fundicion.

El mismo dia que Martin Sanchez tuvo con su hija la entrevista secreta en que creyó haber convencido á Marina de que debia dar á completo olvido al solariego de Achúriaga, se le presentó el arotza de su ferrería de Arangúren diciéndole que tenia completa la cuadrilla de *ola-guizones* y en la madrugada del dia siguiente comenzaria la labranza, anticipándola á la de todas las muchas ferrerías que existian desde Bengalea á Urcullu que eran los límites extremos del valle.

En efecto, á la mañana siguiente despertó á los moradores de Mendi erreca el ruido del mazo que siempre, al resonar por primera vez de temporada, llenaba de alborozo á todos los de aquella profunda, extensa y amena cañada.

Aquella noche Martin invitó á su hija y á sus servidores predilectos, que eran la anciana que á Marina habia servido de madre y Peruchon de Carranza, á ir con él á pasar la velada en la ferrería. Marina, que continuaba sumida en su profunda y habitual tristeza, rogó á su padre que la permitiera abstenerse de aquel solaz, pero al fin accedió á los deseos de Martin, que eran tambien los de los dos ancianos servidores.

Cuando llegaron á la ferrería alumbrados con un *súsi* ó manojo de paja con que los acompañó un criado jóven y se instalaron en el *zabaya* ó tablado, los operarios acababan de sacar la *zamarra* ó masa de hierro fundido que, dividida en cuatro trozos bajo el mazo de siete quintales, iba á ser por el *ijelia* reducida á largas y delgadas barras bajo el mismo mazo.

Los *ola-guizones* tenian por único vestido una camisa de lienzo crudo que les cubria por completo desde el cuello á los piés calzados con toscas sandalias, y el negro tizne del carbon diluido con el constante y copioso sudor desfiguraba por entero su fisonomía.

Los operarios cantaban alegremente al compás de su faena y cuando vieron llegar á los señores, guardaron silencio por respeto á los mismos, pero no tardaron en proseguir su canto.

De repente Marina se estremeció como si una corriente eléctrica hubiera chocado en ella. Era que el *ijelia* al empezar su faena, cantaba en lengua euskara, que entónces aún era la vulgar no sólo allí sino tambien dos leguas más al Oeste ó sea hasta el valle que comprende á Galdámes y Sopuerta:

Por mucho que en el yunque
bata el mazo mayor,
mucho más en mi pecho
bate mi corazon.
¡Ay corazon que bates
con incesante afan
y ni aún al batir tienes
la dicha de esperar!

Aquel estremecimiento alarmó á Martin y sus servidores, pero pronto se tranquilizaron uno y otros oyendo decir á Marina que el canto del *ijelia* la habia estremecido, no de dolor sino de placer, cuya causa no acertaba á explicarse, y viéndola pasar las veladas en que repetidas veces se repitieron los cantos, incluso el del *ijelia* con bienestar y alegría que hacia tiempo habian desaparecido de la doncella.

VIII

El ola-nagusia, su hija y sus servidores predilectos continuaban pasando las veladas en la *zabaya* y Marina iba recobrando maravillosamente la salud y la alegría, merced indudablemente, segun la autorizada opinion de Peruchon de Carranza, á aquella diaria distraccion y á la influencia, segun el mismo, muy poderosa en las doncellas, de los efluvios férricos que allí recibia.

Una mañana se presentó el arotza á Martin dándole cuenta de que el *ijelia* habia desaparecido de la ferrería la noche anterior, apénas sacada la zamarra, y añadiendo que se veia en la necesidad de buscar quién le sustituyera, cosa que sentia mucho, pues el *ijelia* era buen oficial y en lenguaje y trato más parecia nacido para caballero que para *ola guizon*.

—Si sabeis de dónde es ó á dónde ha ido,—le replicó Martin,—dadle espera y avisadle la que le deis.

—Eso, señor, es imposible,—contestó el arotza;—llegóse por la ferrería un anochecer, cuando se preparaba la labranza, ofrecióse á desempeñar la plaza de ijelia, única que quedaba vacante, dísela, porque me pareció honrado y vigoroso mancebo, y ni él ha dicho de dónde era ni yo ni nadie se lo ha preguntado, porque á decir verdad, señor, nos inspiraba á todos respeto más de amo que de compañero, y viéndole naturalmente poco comunicativo, no osamos importunarle con preguntas que si por acaso alguno le hacia, contestaba á medias y con disgusto si bien con cortesía impropia de nuestra condicion.

Martin despidió al arotza autorizándole para que reemplazase al *ijelia* si este no tornaba en todo aquel dia, y en seguida, asaltado por súbita sospecha, encerróse á solas con su hija y se la comunicó. Su sospecha era la de que el *ijelia* no fuese otro que el mancebo de Achúriaga. Marina, de cuya sinceridad no dudaba ni habia dudado nunca, le confesó que desde la primera noche que asistió á la *zabaya* y oyó el canto del *ijelia* concibió la misma sospecha que pronto se habia convertido en ella en íntima certidumbre por más que su razon rechazase la idea de que mancebo como el de Achúriaga pudiera amarla hasta el extremo de aceptar aquel sacrificio sin más esperanza de recompensa que la de verla sin hablarla.

A este punto llegaba la confidencia de Martin y su hija cuando oyeron, calzada abajo, pasos de cabalgadura que cesaran al llegar á la torre, y un instante despues Perruchon de Carranza se acercó á la puerta de la estancia anunciando á su señor que un caballero deseaba verle.

Martin se apresuró á bajar al encuentro del recien llegado, que esperaba en una cámara ó recibimiento del piso bajo y con gran sorpresa suya, se encontró con el mancebo de Achúriaga, que vestia el traje de caballero y ceñia espada.

Martin le abrazó con gran benevolencia que al mancebo arrasó los ojos en lágrimas, y cerrando la puerta de la cámara le invitó á sentarse y se sentó á su lado.

La tradicion vulgar de Mendi-erreca que siglo tras siglo viene conservando y puntualizando esta sencilla pero ejemplar historia hasta el punto de decir que á pesar de que las cristalinas y delgadas aguas del torrente de Urállaga que corrian al pié de la torre de Achúriaga, y

de las que el mancebo habia hecho porfiado uso, son maravillosas para quitar manchas de carbon y vena, Martin adquirió completa certidumbre de que el *ijelia* y el mancebo eran uno mismo al reparar en manos y faz del mancebo; la tradicion de Mendi-erreca no puntualiza las primeras explicaciones que mediaron entre Fernando de Achúriaga y Martin Sanchez de Arangúren.

Sólo dice la tradicion que Martin Sanchez se estremeció de alegría al pensar cuán profundamente amada era su hija, y de espanto al pensar cuán profundo dolor seria el de su hija al ver aquel amor sin recompensa.

—Señor,—exclamó el mancebo,—si el único obstáculo que encontrais para darme el nombre de hijo, es la tradicion belicosa de mi linaje, yo puedo hacer desaparecer ese obstáculo, y os aseguro que no me costará trabajo alguno el hacerle desaparecer, porque el espectáculo de paz, de abundancia y de amor que me ha ofrecido vuestra noble casa me ha hecho mirar con horror la tradicion belicosa de la mia. Dispuesto estoy á romper para siempre esa tradicion.

—¿Cómo la rompereis?

—Jurándooslo solemnemente sobre la cruz de mi espada de caballero.

—No acepto tal juramento sobre tal cruz que está manchada de sangre fratricida,—contestó Martin Sanchez. Sobre otra cruz más santa que la de la espada le habeis de prestar si quereis que mi hija y yo le aceptemos y yo os dé el nombre de hijo, y seais digno sucesor mio en el honrado solar de Arangúren cuyo escudo sombrea el santo símbolo de la paz.

—Señaladme la cruz que más os plazca.

—Pues venid conmigo y jurad sobre ella.

Así diciendo, Martin Sanchez salió de la torre con el mancebo y ambos se encaminaron ribera arriba

Al llegar á la ferrería, entraron en la huerta y siguiendo la direccion del cauce llegaron á la presa y se detuvieron ante la compuerta donde Martin se descubrió la cabeza imitándole en esto el mancebo.

—Sobre esa cruz,—dijo Martin señalando la tosca formada con dos maderos para servir de asidero á la compuerta,—sobre esa cruz que es doblemente santa porque si es símbolo de la religion de Nuestro Señor Jesucristo tambien lo es del trabajo pacífico, fecundo y santo, sobre esa cruz me habeis de jurar que renunciais para siempre la tradicion belicosa é impía de vuestra casa y linaje y aceptais la pacífica y gloriosa de la casa y linaje de Arangúren.

El mancebo se arrodilló al pié de la compuerta y poniendo su diestra mano sobre la tosca cruz, pronunció con solemne y enérgica voz el juramento que Martin Sanchez de Arangúren le exigia.

Y hecho esto, arrancó de su cinto la espada, hízola dos pedazos apoyándola en su rodilla, arrojólos á la presa y ambos caballeros tornaron ribera abajo hácia la torre.

Las tradiciones de Mendi-erreca han conservado por largo tiempo el recuerdo de las bodas de la doncella de Arangúren y del mancebo de Achúriaga, pues un viejo llamado Juan de Sasía, que hace cosa de veinte años murió de más de noventa en Euscauriza, que es como si dijéramos la capital de Mendi-erreca, me contó que cuando él era muchacho todavía se decia allí, para ponderar la esplendidez de las bodas: «Han sido las bodas de Arangúren.»

ANTONIO DE TRUEBA

Bilbao 1884.



¿ACABARÁ DE SALIR?...

EL ESTILO ROMÁNICO Y EL GÓTICO

Todas las cosas son sin duda una misma en el fondo; y todas, sin duda tambien, diferentes. Y así, tanto peca contra la realidad y la razon quien, atento sólo á aquella unidad fundamental, olvida el elemento característico por donde indeleblemente se distinguen, como el que desdeña cuanto excede de este elemento y—segun el dicho de Bacon,—por reparar en los árboles, deja de ver el bosque.

En la historia del arte monumental ha habido, y hay todavía, representantes de una y otra tendencia. Estos, en todo ven lo mismo; otros se niegan á encontrar doquiera relaciones y semejanzas. Alternativamente prevalecen en la crítica, ya aquel, ya este espíritu, y tan pronto se multiplican las divisiones y subdivisiones de los estilos, épocas y escuelas, como se quisiera borrar entre ellas todo parentesco.

Ejemplo claro, de la tendencia particularista, que podria llamarse, es lo que ha acontecido y acontece con la arquitectura y la escultura cristianas de Occidente durante la Edad media. Suelen dividirse con efecto en dos grandes períodos: el románico y el gótico ú ojival. Ya el primero de estos grupos se ha venido por mucho tiempo tratando como una segmentacion del bizantino é incluyéndolo en él arbitrariamente, hasta que los arqueólogos modernos, considerando como la nota fundamental de este último tipo la cúpula central, separaron de él con justicia al románico, formando un grupo aparte, que se inicia gradualmente casi desde los tiempos de Carlo Magno, sea en la Lombardía, sea en las iglesias rinianas, sea quizá en ambas y otras varias comarcas á un tiempo, llegando á su apogeo hácia el siglo XII, á fines del cual va cediendo á su vez á otras formas, que responden á necesidades de una sociedad más compleja.

No hay para qué entrar aquí en la exposicion de los caracteres diferenciales que, con más ó ménos fundamento, se atribuyen usualmente á estos dos grupos. El arco redondo y el apuntado; los muros macizos y los de contrafuertes; las bóvedas cilíndricas y de arista y las de osatura; la nave central dividida en tramos cuadrados ó en rectangulares; los ábsides curvos y los poliédricos; la planta de los pilares, los capiteles, la ornamentacion, las torres, el monacalismo ó el laicismo de los arquitectos, con tantos otros signos, constituirán sin duda—de ser ciertos—una diferencia entre ambos períodos; pero esta diferencia, tan marcada cuando se comparan entre sí los términos extremos de la serie ¿no parece que se va desvaneciendo gradualmente si se considera la serie completa por todos sus grados intermedios? La catedral de Santiago y de Toledo son en verdad muy distintas; pero la (vieja) de Salamanca y la de Leon ya lo son algo ménos; y las iglesias, por ejemplo, de Sandoval y Gradefes, Poblet, Valdedios y tantas otras ¿son románicas ú ojivales?

En vano se ha inventado para salir del apuro el llamado estilo de transicion. Primero, las transiciones existen en todos los géneros, señalando el momento en que un estilo, despues de oscilar cierto tiempo dentro de su forma culminante, va descomponiéndose por el desarrollo de un elemento nuevo, cuya evolucion, suspendida y como comprimida en el momento anterior, se consuma entónces hasta dar de sí toda la sustancia de que era capaz por entónces. Tal acontece, verbigracia, con el arco y la bóveda que determinan la arquitectura romana; ó los contrafuertes, característicos de la gótica; ó la herradura, que sólo en la musulmana de España y África parece haberse desenvuelto con la magnificencia que muestra en la mezquita de Córdoba. Así, con la misma exactitud con que se llama estilo de transicion al de las catedrales de Noyon y Poitiers, Bonn y Zamora, se puede llamar al de las iglesias latinas que en Occidente y Oriente preparan el desarrollo bizantino; ó al de las que van verificando aquella evolucion que se condensa luégo en el propio románico. Despues de todo, ¿no ha llamado Schnaase (1) á este mismo estilo una transicion durante la cual y partiendo del tipo clásico se van ensayando y tanteando nuevas formas, sin principio definido y reflexivo de construccion á diferencia de la arquitectura gótica?

Además, todas las formas artísticas recorren un ciclo completo; todas tienen su período ascendente, á partir de los primeros tanteos con que se inician; su punto de culminacion, donde florecen en su esplendor máximo los diversos elementos que la constituyen; su curso descendente, en que se van estos agostando, unos tras otros, hasta extinguirse; no sin dejar herencia y preparar, áun con sus propias ruinas, la germinacion de un nuevo ideal. Ahora bien, si estudiamos el estilo románico, es fácil advertir en él los primeros ensayos, rudos, incorrectos, mal seguros, ora en las iglesias italianas como San Agustin de Spoleto; ora en las sajonas del tiempo de Oton, como Gernrode; ora en las rinianas del período carlovingio, como Aquisgran; ora en las francesas, como Germigny; ora en España mismo quizá, con las últimas iglesias latino-bizantinas de Tarrasa, Peñalva, Lebeña... No ménos visible es su apogeo, de que tan espléndidas muestras da Francia en Tolosa y Poitiers; Italia, en Parma y Pisa; Inglaterra, en Durham y Peterborough; Alemania, en Spira y Laach; España, en San Isidoro de Leon y Santiago. Pero, ¿dónde hallar el período decadente de esta arquitectura, con las notas características de siempre, el divorcio de la construccion y la decoracion, el descuido en el manejo de las grandes masas, la desgraciada traza de las plantas, las líneas atormentadas, la exuberancia del adorno, el prurito efectista, la pérdida en suma de la cla-

(1) *Historia de las artes figurativas* (en al.), t. IV, p. 110.



REINA DEL INTERIOR DE LA COLONIA DE ANGRA PEQUEÑA



INDÍGENA DEL ALTO DAMARA
en el interior del territorio ocupado por los alemanes al sudeste de Cabo Frio *(de fotografía sacada del natural)*



REY DEL INTERIOR DE LA COLONIA DE ANGRA PEQUEÑA

ridad en la concepcion, del sentimiento y de la idea? Léjos de esto, el estilo románico, al llegar á su punto máximo, en vez de decaer, se ensancha y trasforma en el ojival, hasta el punto de que casi todas sus obras maestras en la Península (por ejemplo, el pórtico de la Gloria en Santiago, la cúpula de Salamanca, el ábside de Ávila, la sala de Carracedo, el crucero de las Huelgas, los claustros de Tarragona y Alcobaca) son verdaderos monumentos de transicion, donde las formas ojivales se comienzan á ensayar y á desenvolver, precisamente en medio de las más perfectas del estilo románico y en el momento en que deberia esperarse ver á este declinar y perderse, como vemos perderse al gótico falto ya de toda pureza, gracia y proporcion, en los siglos XV y XVI.

Si ahora volvemos la vista á este mismo estilo gótico, no puede ménos de sorprendernos el fenómeno enteramente correlativo al anterior, á saber: que sus vacilaciones y primeros ensayos no se presentan humildemente bosquejados en construcciones de escasa importancia, al revés de lo que en el románico y en los comienzos de todo nuevo estilo acontece. El arco apuntado, los contrafuertes y arbotantes, la bóveda gótica, etc., no aparecen á fines del siglo XII en oscuros edificios, sino en las más importantes manifestaciones del estilo románico, en esos supuestos monumentos de transicion, en los cuales sorprende ya su vitalidad, que dista ya muy poco del completo éxito que inmediatamente alcanza en las admirables catedrales del XIII.

Ciertamente, es muy extraño, dentro de las teorías aún reinantes, ver cómo en este siglo nace la arquitectura ojival de Nuestra Señora, de Chartres, de Amiens, de Reims, de Toledo, de Leon, de Burgos, perfecta, cumplida ó, para usar la consabida metáfora académica, «armada de todas armas.» Semejante nacimiento es tan imposible tratándose de una arquitectura cualquiera, como de Minerva. Así es que, separando una de otra manifestacion, considerándolas como dos estilos diferentes, ambas permanecen ininteligibles. El románico interrumpe su evolucion bruscamente para dejar que aparezca otro arte; el gótico surge no ménos de repente, sin filiacion directa.

Pero si, por el contrario, se considera á uno y otro como dos momentos de una serie perfectamente unitaria, todo se explica. El primero representa el período ascendente de la evolucion; el segundo, el descendente; los monumentos del XIII, el apogeo: pues la arquitectura del XIV, florida, radiante, ó como quiera apellidársela (Gerona, Barcelona, Zaragoza, Oviedo, casi toda la catedral de Ávila, etc.), mirada en otro tiempo (1) como el *summum* del arte ojival y que realmente ofrece muy bellas cosas, representa sin embargo ya el principio de la decadencia, precipitada luégo en las ostentosas filigranas del XV. El XIII, por el contrario, señala el momento—tan fugaz como lo es siempre el punto de culminacion en todas las esferas de la vida—en que la arquitectura, balanceándose entre las formas románicas y las ojivales, acaba por romper decididamente un molde estrecho y se lanza á resolver nuevos y grandiosos problemas.

La escultura traeria sin duda nuevos argumentos en apoyo de las ideas precedentes. Basta notar que en las obras superiores de este arte durante la Edad media no cabe distinguir dos tipos distintos de concepcion, ambos igualmente perfectos, sino dos grados tan sólo en el desarrollo de un mismo ideal: el de la lenta y laboriosa gestacion de las formas y el de su plenitud definitiva. La estatua del período románico es el boceto, más ó ménos deforme, de la estatua admirable del primer tiempo gótico, momento, tambien en este órden, el más alto quizá á que ha llegado la escultura cristiana. La ornamentacion del XI y el XII, con sus hojas, puntas, ajedreces, trenzas, perlas, rollos y bichas, es en verdad muy hermosa; pero sólo la supersticion arqueológica puede hablar de las estatuas de este tiempo de otro modo que como de un poderoso esfuerzo para domar la forma rebelde y encarnar en ella la idea y el sentimiento que se adivina, pero que no logra revelarse hasta el siglo XIII. Recuérdense la hermosa imaginería del Pórtico de la Gloria de Santiago, y áun la de San Vicente de Ávila. A pesar del carácter del monumento y de la ornamentacion que las rodea, pertenecen por completo al tipo gótico. La crisálida ha roto ya el capullo. Un poco más de flexibilidad y morbidez, á lo sumo, y nos encontramos en nuestro Leon ó en Chartres, suprema expresion de la estatuaria ojival, progenitora tal vez del genio de los Pisanos: relacion esta por cierto, entre la escultura gótica francesa y los precursores del Renacimiento italiano, que pediria capítulo aparte y en que no parecen haber reparado suficientemente los críticos y arqueólogos del país vecino, no obstante su natural admiracion por su arte de la Edad media (2).

Limitando ahora estas consideraciones al objeto del presente artículo, podrian resumirse así: la arquitectura cristiana de Occidente constituye una evolucion unitaria; con su principio, su medio y su fin; tiene sus orígenes en los tanteos locales que llegan hasta el siglo X; su forma ascendente, en el estilo románico: su apogeo, entre el final del siglo XII y el comienzo del XIII (en sus dos grados, el llamado de transicion y el severo); su decadencia en el XIV; su ruina en el XV y el XVI, en el Continente y mucho despues en Inglaterra; sin que le falte su galvanizacion arqueológica en las restauraciones y construcciones de Lassus y Viollet-le-Duc, Gärtner y Ferstel, Barry y Street.

Es de suponer que nadie comparará esta solucion con la de la cuadratura del círculo; por si acaso, conviene advertir que hácia ella convergen más ó ménos las tendencias actuales de los arqueólogos. De todos modos, á estos y demás personas competentes es á quienes incumbe tratar en serio estos problemas á que los meros aficionados no podemos sino apuntar de léjos.

F. GINER DE LOS RIOS



POR LA MADRE PATRIA, cuadro por A. B Gil

(1) Todavía es de esta opinion Sacken, *Estilos de arquit.*, trad. y notas italianas de Brayda, 1879, p. 165.

(2) Lecciones sobre la Historia de las Bellas Artes dadas en la Escuela de Diplomática por el Sr. Riaño.

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP DE MONTANER Y SIMON

ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO IV BARCELONA 13 DE JULIO DE 1885 NÚM. 185

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Las mañanas de junio y el Retiro.—Moralidad del madrugar.—El porvenir del Retiro.—El dios de hierro.—La ira armada.—Crímenes horribles.—*Guignol-Theater*.—La leyenda de Guignol.—El don Pablos francés.—Los niños han dejado de ser niños.—Emulos de Mr. Untham.

Si el madrugar moraliza, son los domingos del estío los dias más morales del año, porque una muchedumbre, ansiosa de respirar aire puro y fresco, abandona las blandas ó duras plumas de su lecho, para ir al Retiro apénas el sol se trasparenta en el horizonte castellano.

El Retiro, que fué jardin de reyes, se ha convertido en jardin del pueblo. Si no hubiera habido monarcas aficionados á plagiar la naturaleza, no existiria el Retiro, como no existiria Aranjuez. Esas grandes obras de arquitectura forestal (pasadme la frase) no se hacen sin el caudal acumulado de los antiguos reyes, en cuyo erario iba á parar, por mil conductos, el oro del venturoso y el cobre del desventurado. Se fué el antiguo régimen, y el pueblo tuvo su paseo.

Madrid, sin el Retiro, perderia la mitad de sus encantos. Esas calles de árboles, esas plazoletas en que las desnudas estatuillas parecen dispuestas á un rigodon cuyo primer compás no suena nunca; esos chorros de agua que relucen bajo el sol como surcos de fuego, llaman á Madrid, le atraen. Es el Retiro, como viejo hechicero, muy ducho en cosas de amor, que sabe rodearse de las gentes, encadenándolas con sus prestigios. El nuevo Madrid construye sus casas alrededor del Retiro. Rotas las antiguas murallas que encerraban á la corte en su casco de villorrio castellano, se ha desparramado por las aberturas de la poblacion.

¿Y quién sabe si en lo porvenir el Retiro será la inmensa plazuela central de Madrid, quedando el bosque encerrado en la ciudad como una planta acuática queda presa en el agua de la fuente que se hiela?

***

La navaja constituye una separacion de clases que divide á España en dos familias: la del hombre honrado que va por el mundo sin otra arma que su razon y sin otra defensa que su amor á la justicia; la del desventurado—¡bien puede llamársele así!—que no vive sin la compañía de esa arma, símbolo de la desconfianza y el odio, llave que viene bien á todas las puertas del presidio. Ese pedazo de hierro es una tentacion armada. Inerte y frio



JUNTO AL ARROYO, cuadro por H. Gude

como es, lleva en sí la fuerza instintiva de la acometividad. «El asesino, ha dicho un escritor de claro juicio, es algo que empieza en un loco y acaba en un cuchillo.»

¡Cuántos hombres de bien deben la pérdida de su paz á la navaja! Aún niños, el primer duro que ganan lo invierten en ese instrumento de crímen Hay industrias que aparejan vistosa y ricamente el hierro. Le pulen, le acicalan, le bordan, pintan en él con ácidos quimeras volantes, escudos asombrosos, corazones, animales fantásticos: le ajustan á un mango labrado con primor... ¡Ya tiene el odio fabricado su juguete!

Es motivo de orgullo aquel juguete, que se enseña en el taller, y en las horas de descanso pasadas bajo el andamio, sirve de motivo á discusiones.

Desde entónces, la navaja no se separa de aquel hombre. Es el peligro de toda su vida. Es el áspid que lleva dormido sobre sí... Un dia el rencor le despierta; la pasion arrebata al hombre; la chispa del odio le quema el alma. El áspid salta de su nido al primer estremecimiento del hombre. El crímen resulta como consecuencia inevitable. Allí está primero la dureza de las costumbres, despues el odio personal, luégo la ignorancia, que involucra las ideas de valentía, honor y crueldad... y al fin de toda esta concatenacion de causas, el instrumento.. medio palmo de hierro. ¿Quién sabe de qué inocente y pueril disputa puede resultar la muerte en un país donde siempre se encuentra la ira armada?

El quíntuple asesinato de Ocon (Burgos), el de Tortosa, ocupan estos dias un lugar importante en las columnas de los periódicos.

¡Horrible maldad ó furiosa locura revelan esos crímenes!

¿Llegará algun dia en que la humanidad pueda decir que la tierra es paraje de amor y cariño y no una jaula habitada por fieras y dementes?

***

No siempre se ha de hablar de aquellos espectáculos en que gozan las gentes serias; hoy vamos á ocuparnos de aquellos otros que hacen las delicias de los niños. Vedlos agrupados junto á un teatrillo pobremente aderezado con tablas y telones, esperando á que se abra la puerta, que tiene para ellos todo el atractivo del anteojo de un panorama. ¡Qué gozo! Ya está en escena Guignol. Guignol es un payaso que, segun nos cuenta Roqueplan, su biógrafo, nació en Borgoña, donde con su joroba en la espalda y sus cincuenta años cumplidos, era un conquistador tremendo. No habia mujer segura de sus manos, ni hombre libre de su florete negro y torcido como un tirabuzon. Disputó á un duque de Borgoña, como quien dice á un rey, la posesion de una linda *mademoiselle* de quien estaba enamorado, y le venció en la lucha; robó de su castillo á la hechicera niña, dejando á sus parientes con un palmo de narices; le salieron al paso cincuenta lacayos armados de gruesas trancas, y él con su floretillo herrumbroso, los puso á todos mohinos y maltrechos, á pesar de que es cierto como dijo Cervantes, que mucho pueden las estacas en rústicas y enojadas manos. El rey de Francia, un príncipe que usaba la mayor peluca de rizos que se puede imaginar, llega á ver con miedo las aventuras de Guignol, y manda contra él un ejército de héroes al mando de un mariscal, pero Guignol se burla de todos, apalea á dos coroneles cuyos bigotazos daban miedo, y roba al mariscal toda la *Champaña* que tenia de repuesto en su bodega.

Guignol es invencible, cual Aquiles, pero tiene tambien, como aquel, un punto vulnerable: el estómago. Se deja dominar por un *rostbeaf* ó por un *plum puding* bien hecho; dos botellas de Jerez obran en él el milagro que no son poderosas á obrar dos baterías de morteros. Este es su flaco, y por ahí le atacan sus enemigos. Unos le regalan doscientos frascos de *Champaña* metidos en su magnífico estuche de plata; otro le manda una cuba de cerveza tan grande como la de Diógenes; quien le envia para su mesa medio venado; quien una espuma de pavos y perdices, que ni á la que á Sancho dieron las cocineras de Camacho el Rico podia compararse.. La abundancia entró en casa de Guignol y le prodigó sus dones, y á la par que él engullia, iba haciéndose pesado y achacoso Le acometia la gota y un reuma, le impedia de la pierna derecha.

¡Ah, pobre Guignol! Entónces llegaron sus enemigos y le encerraron en una jaula, donde le obligaron á cantar como un grillo.

Este es Guignol: un Cid truhanesco, un Sancho Panza con brio y valor, un Tenorio de baja estofa.

Sus aventuras forman la base de toda una escuela dramática, cuyos protagonistas son de madera y trapo.

Los teatros de Guignol, con ser los más frecuentados por los niños, pueden influir mucho en el porvenir de la nacion. Permitidme decirlo sin que os riais. ¿Qué podríamos esperar de un pueblo á quien sirviese de Mentor el viejo Sileno?

Las comedias que se representan en los teatros Guignol corresponden al más bajo género bufo. Cuando veo ese público de niños riéndose de chistes de color verde botella, me parece que son viejos que no han crecido. Y álguien ha dicho que los niños son hombres pequeños y que pierden la fe con los primeros dientes.

El espectáculo de Guignol ha enseñado á los niños á burlarse del coco. Decid á una criatura de seis años que se la va á llevar el coco. Vereis cómo se echa á reir.

Nuestra época se compone de jóvenes que no tienen novia y de niños que no temen el coco. El amor ideal de las aulas y el santo miedo de la cuna no existen.

***

—He ido al Circo Hipódromo y he visto allí á un émulo tuyo, ¡oh incomparable Epaminondas, autor de odas inéditas!

—¿Y quién es mi émulo en el Hipódromo?

—El excéntrico Untham.

—¿Cómo?

—Sí, hombre, sí; Untham escribe con los piés.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

JUNTO AL ARROYO, cuadro por H. Gude

Pudiéramos decir de este grabado que es un grabado de circunstancias, una verdadera tentacion durante los dias caniculares. ¿Quién, ciertamente, no envidia, en julio y agosto, esa tranquilidad reparadora del campo, esa sombra apacible, ese silencio interrumpido solamente por el murmullo del arroyo, ese aroma especial de la naturaleza entregada á sí misma, sin el calor artificial del invernáculo, sin el desarrollo intempestivo del abono, sin esas combinaciones de la jardinería moderna, que producen flores raras, flores caras sobre todo, ninguna de las cuales, sin embargo, puede parangonarse con el jazmin silvestre ó con la tímida violeta del bosque?...

Tal impresion causa el paisaje de Gude que involuntariamente nos trasladamos á él con el pensamiento, soñamos que nuestra existencia discurre, monótona y tranquila, á la sombra de esos árboles soberbios, y maldecimos el timbre de la puerta, que convierte el soñado idilio en la prosaica visita del muchacho de la imprenta que viene por el original de NUESTROS GRABADOS.

ANTES DE LA LIDIA, dibujo por J. Llovera

La mujer más generosa de este mundo, la que da mayores pruebas de abnegacion (despues de la incomparable hermana de la Caridad), debe ser la mujer del torero Despedirse cincuenta veces al año del padre de sus hijos y despedirse quizás para siempre; saber que para recrear un público cruel y grosero, el amado de su corazon ha de exponer la vida con la sonrisa en los labios; comprender el peligro que corre el marido y no tener el derecho de exhibir unos presuntos huérfanos á la turba cruel que apostrofa con los epítetos de cobarde y fachenda al hombre que no tiene el mal gusto de dejarse ensartar conscientemente por el cuerno de un toro; ha de ser un martirio para la que se ha consagrado, cuerpo y alma, al compañero de Frascuelo ó Lagartijo.

Y sin embargo, esa mujer tiene el valor suficiente para repasar la que pudiéramos llamar *toilette* de su marido, dándola la última mano, á fin de que aparezca irreprochable ante los espectadores. En esta ocupacion ó actitud nos la representa Llovera, con su manera de hacer delicada, demasiado delicada tal vez.

Curro no comprende á aquella mujer ó hace que no la comprende. Si la comprendiera, perderia seguramente la sangre fria, que es el talisman de su oficio. Sonríela y monta en el vehículo que le aguarda en la calle. Su esposa le ve partir con ojos al parecer serenos, le envia un beso en la punta de sus dedos y, rompiendo á llorar, corre á prosternarse ante una imágen de la Vírgen de las Angustias...

DESPUES DE LA LIDIA, dibujo por J. Llovera

Han trascurrido cuatro ó cinco horas: terminó la corrida, cesó el peligro inminente... Curro vuelve á su alegre casita sano y salvo: sus hijos le asaltan, su mujer le abraza, tienta su cuerpo cual para cerciorarse de que viene intacto, y fijando sus hermosos ojos en los ojos de su amado, trata de leer en ellos las peripecias de la corrida.

Por supuesto que Curro ha trasteado como Cúchares y ha matado como el Chiclanero... ¡Pues no faltaba más! Y le han regalado la oreja de un bicho... Y eso que el tal bicho era boyante y de libras y tenia un sentido... Pero ¡quiá!... ¿Qué cornúpeto puede con Curro?... Bien pueden echarle una ganadería entera: en tomando muleta y estoque, no hay res que de hito en hito le contemple... ¡Viva España! y ¡vivan los toros! y ¡vivan los hombres valientes!

Esto dice la esposa del torero para sus adentros, y áun para sus afueras, despues de la lidia. Por supuesto, las velas arderán ante la Vírgen de las Angustias miéntras quede un cabo de ellas, porque donde hay mucho amor y mucho corazon, no se concibe el frio descreimiento. ¿Podrian vivir la mujer del torero ni la mujer del marino si, en dia de lidia ó de tempestad, no estuviesen convencidas de que su esposo lleva encima el santo escapulario del Carmelo?

En fin, que terminó la bulliciosa fiesta y empieza la fiesta íntima, aquella en que el amor, recibiendo distintas formas, confunde los sentimientos de todos en un mismo júbilo. Esta escena de expansion familiar es el asunto de nuestro dibujo: el grupo está bien formado, el conjunto no carece de gracia ni de sentimiento; quizás ese lidiador merece ser tachado de un poco afeminado como tipo... No es un defecto: Mazzantini puede sentar plaza de petimetre, lo cual no impide que sea un bravo matador de toros.

EL MARQUÉS DE SALISBURY
presidente del nuevo ministerio inglés

Una votacion contraria á un proyecto de ley presentado á las Cámaras de la parlamentaria Inglaterra por el gabinete presidido por Mr. Gladstone, ha sido causa de que este presentara hace pocos dias su dimision, que aceptó la reina Victoria, entregando el poder renunciado al partido conservador

Apartados nosotros de la candente arena de la política, prescindiremos de ocuparnos de las causas de este cambio de gobierno, pero consecuentes en nuestro sistema de incluir en la ILUSTRACION ARTÍSTICA los retratos de los más notables hombres contemporáneos, damos hoy el del marqués de Salisbury, distinguido político, afiliado al partido tory, que ha sustituido al venerable Gladstone en la presidencia del gabinete de la Gran Bretaña, y que, teniendo en cuenta sus antecedentes, imprimirá sin duda una nueva marcha á la política de aquel país.

LOS CASQUETES.-HERM Y JETHOU

Nadie ignora que las islas del canal de la Mancha constituyen un pequeño archipiélago situado en dicho canal, enfrente de la costa noroeste de Francia, entre Normandía y Bretaña, y que este archipiélago lo componen las islas de Jersey, Guernesey y Alderney y los islotes de Herm y Jethou, y Sark. Antes de llegar á ellas saliendo de Inglaterra, y cerca de Southampton, desde cuyo puerto se divisan en los dias serenos y despejados, hay un temible escollo, que ha causado la pérdida de innumerables vidas y barcos. Este arrecife, llamado los Casquetes, es el que representa nuestro grabado, y entre otras desgracias, causó la muerte del príncipe Guillermo, hijo único del rey Enrique I, y el naufragio del navío inglés *Victoria* con las 1,100 personas que llevaba á bordo. Tres faros, situados á corta distancia uno de otro, anuncian hoy al marino el riesgo á que puede exponerse si no se aleja del fatal escollo.

Herm y Jethou son dos islotes situados á tres millas de Guernesey; el primero tiene milla y media de largo; el segundo es más pequeño. En aquel sólo hay dos ó tres casas, pero una de ellas es una fonda, á la que acuden en verano marinos y aficionados á los ejercicios náuticos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

EL BESO DE LA WILLIS
cuadro por G. Wertheimer

Si fuera admisible la frase *idealizar lo ideal*, diríamos que lo ha conseguido el autor de nuestro cuadro. Cierto que la mitología del Norte se presta á asuntos en que lo sensual reviste formas esencialmente poéticas; pero no lo es ménos que el encarnar estos asuntos, el darles hechura material, humana, grosera digámoslo así, ofrece el gran peligro de incurrir en un sensualismo de mal género que precise relegar la obra de arte al departamento reservado de los museos.

La Willis es otra de las ninfas del mar, es la sirena del Norte, no mitad mujer y mitad serpiente como la del mediodía, sino mujer, y mujer perfecta por todos sus cuatro cabos. Con que, si media mujer causa tantos estragos como nos cuentan los poemas griegos, ¿qué no ha de esperarse de una mujer completa?

¡Pobre pescador que te inclinas para recibir el beso de la seductora Willis? Pronto, muy pronto, víctima de tu funesta pasion, desaparecerás hasta el fondo del abismo, arrastrado por esa ninfa, que ahoga cuando abraza y envenena cuando besa.

EL NIDO DEL CUCLILLO

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuacion)

VI

VIA LÁCTEA

Doña Ernesta durante muchos meses volvió una vez á la semana al tugurio de los Recuero, y siempre llevaba unas cuantas pesetas para Isabel y su biberon lleno de leche para Valentin. Llegó el caso de haberse desarrollado en Nidonegro una epidemia diftérica que diezmó la infancia del pueblo. Uno de los primeros atacados fué Valentin. Doña Ernesta se informó del médico con interés y este le dijo:

—Ese pobrecito no está mal, y si tuviese madre y medios para vivir higiénicamente, se salvaria.

—¿De modo que en aquella cuadra asquerosa se morirá?

—Como tres y dos son cinco.

Doña Ernesta formó su plan, le consultó con don Eleuterio, el cual lo aprobó completamente, y aquella noche misma Isabel Recuero y el expósito durmieron en casa de los dos hermanos. Por cierto que Isabel, que en su vida se habia visto entre tan deleitable abundancia, devoró como una fiera, y habiendo en muy pocos dias ganado en sustancia su leche, el chiquillo engordaba que daba gozo, y de un fideo se iba convirtiendo en una bola. El guarda de viñas no dejaba la ida, porque siempre que se presentaba en casa de doña Ernesta, la hermosa Celedonia le salia al encuentro apuntándole con una botella. En los primeros ocho dias tuvo madama Recuero dos ó tres indigestiones porque abusaba de la pitanza. Recue-



EL BESO DE LA WIL



LIS, CUADRO POR G. WERTHEIMER

rillo iba y venia desde la pocilga paterna al hogar de los Rubin, buscando ocasion de meterse en la cocina, donde jamás dejaban de obsequiarle con alguna golosina. Decia el *tio Miedo* que aquello era como vivir en la gloria: tenia á la mujer mantenida y agasajada como una reina, se la habian vestido de piés á cabeza, y refiriendo tanta fortuna á sus colegas campesinos solia decir que por cinco ducados no daria él galas que la señora Isabel llevaba encima.

Ocurrió en este trance un acontecimiento del cual no ha hablado la historia ni ha dado quehacer á las agencias telegráficas, pero que tiene mucho interés en el encadenamiento de pequeñeces que vamos refiriendo: es á saber, que Isabel Recuero falleció de la noche á la mañana de una congestion cerebral; tan acostumbrada estaba su naturaleza á la miseria, al comer poco y malo, que la primera vez en que se sació las venas le dieron un estallido. Muy amargos ratos pasó con todo esto doña Ernesta Rubin y parecióle que la pesaban sobre las espaldas graves deberes nunca hasta entónces sentidos. ¿Qué hacer con aquel Valentin del Hijo de Dios?

—Eleuterio—dijo doña Ernesta pocas horas despues de haber fallecido Isabel,—creo es necesario buscar un ama para este pequeño... Se nos va á morir de hambre... seria crueldad...

—Cierto,—afirmó el inventor del polipastro,—busquemos un ama.

El caso es, hermano, que para este encargo no me fio yo de nadie.

—Es difícil el encargo,—repitió don Eleuterio, que tenia absoluta fe en cuanto pensaba y decia su hermana, reputándola como perspícua observadora.

—Y ello es que yo no sé si te molestaré con mi pretension... pero creo que tú debias...

—Es verdad... yo debia...

—Sí, tú puedes fácilmente buscar un ama... el médico me ha hablado de dos... una es de las Lanchas, la otra de Cenagal... Lo malo es que ambas son solteras, y pensar en que alimente el vicio es pensar lo imposible.

—Es verdad, las solteras...

—Pero puedes recorrer esos dos pueblos... hace muy buen dia... te sirve de paseo... una legua para tí...

—Es verdad una legua para mí... nada.

Rubin se puso en marcha, y el baston en su diestra, el ancho sombrero de castor calado sobre las cejas, caminando y atusándose las barbas llegó á Cenagal. Pasó sus verdes y palúdicos pantanos, donde por las noches la rana canta endechas á la luna y la fiebre acecha al transeunte, ascendió su única calle, visitó sus principales casas. En todas partes le hicieron recibimiento correspondiente á su principalidad y no hubo más remedio sino que probase el vino que en desportillados jarros le ofrecian y que mascase las indigestas rosquillas de pasta áspera é insípida. Vió tres nodrizas, que sin recato alguno le echaron los pechos á la cara, pero no le pareció ninguna de ellas capaz de inspirar confianza.—Una mision me ha dado mi hermana y quiero cumplirla bien... Yo quisiera una nodriza con dos pechos como dos ciudadelas, tan llenos de leche que estuvieran siempre derramándose... Mala se pone la tarde, iré á las Lanchas.

Levantóse un vendabal huracanado que muchas veces obligó á don Eleuterio á sujetar con la mano el sombrero que se le volaba; luégo una llovizna copiosa cayó de una nube gris y puso al héroe del polipastro más mojado que rueda de molino. Caíale á chorros el agua por todas partes cuando llegó á las primeras casas de las Lanchas. Era este un lugarejo de pura piedra, encaramado en alto risco y sin otra defensa contra los huracanes que la buena voluntad de los vecinos y el humo de sus chimeneas. Por fin, aquí encontró la nodriza que deseaba. Era la más estupenda bestia que pueda imaginarse, alta como un granadero, ancha como una campana, bigotuda, con una fuerza capaz de dar envidia á una pareja de bueyes. Aunque completamente calado, sin sentir molestia alguna y muy satisfecho del éxito de sus pesquisas volvió don Eleuterio á Nidonegro remolcando á aquel monstruo de la lactancia. Ya habian enterrado á Isabel Recuero y el pequeñin lloraba como un desesperado pidiendo teta. La angustia de doña Ernesta no tiene explicacion posible, ni tampoco la alegría que experimentó cuando vió á su hermano que traia del ramal á la vaca de leche.

—He pensado despacio,—dijo doña Ernesta á don Eleuterio,—qué clase de deberes hemos contraido con este niño expósito. Es negocio que merece exámen atento.

—Es verdad que le merece,—repitió don Eleuterio enjugándose con el dorso de la mano el agua que el húmedo sombrero habia dejado en sus canas sienes.

—¿Podemos abandonarle?... Creo que no.

—No es justo.

—¿Debemos encargarnos de él en absoluto?... El caso es arduo.

—Y tan arduo.

—No sé lo que te parecerá mi opinion,—añadió doña Ernesta, advirtiéndose en su acento hondas vacilaciones, pero creo que sin que esto suponga en nosotros sacrificios insostenibles, podemos recoger á este desventurado expósito, darle por caridad la lactancia y despues ó restituirle á la casa de Maternidad del Santo Niño de que procede... ó ..

—O... es verdad.

—O seguir educándole y sostenerle á nuestro lado. ¿No gastamos en frivolidades y caprichos cantidades excesivas? Pues creo que nuestra posicion nos obliga á esto y á más que esto.

Los hermanos Rubin, áun cuando no aceptaron legalmente como hijo adoptivo á Valentin del Hijo de Dios, tratáronle como hijo, y no tiene más amoroso celo el que es padre de verdad que aquellos señores con el incluserillo. Creció éste y engordó que era un portento. Su embarnecimiento no tenia límites; empezó á dar los primeros pasos apoyándose con la espalda en las paredes, recorria despacito los pasillos, hacia pinos de silla á silla y ya sabia irse solo al rincon donde estaban los bastones de don Eleuterio, á jugar con ellos y tirarlos. El objeto de todas sus ansias era un extraño juguete que habia encima de una cómoda; dorado, coruscante, se componia de muchísimas ruedas... era un modelo reducido del polipastro de don Eleuterio. La atencion que el mocoso prestaba á su invento llenaba de orgullo al ingeniero, que cogiendo en brazos al incluserillo le devoraba á besos las sonrosadas mejillas y le ponia en pié sobre la mesa diciéndole: —Tienes razon, hijo mio, esto era una gran cosa, hubiese dado una vuelta á toda la mecánica,—le explicaba al pormenor los detalles del artificio, haciendo girar sus ruedas con el índice.

VII

AL HÉROE LE SALE EL BOZO

Años que pasais rápidos ó lentos, segun se os teme ó se os espera, primaveras que venís á llenar de mariposas los bosques y de amores los corazones, inviernos helados que con vuestras nieves fecundais los surcos... hojas secas y pétalos nuevos, olor de cementerios y jardines... cifras, fechas, cosas é ideas que sois como marcas que el tiempo graba en cuanto vive... ¿quereis escribir aquí cómo pasasteis por el escenario de nuestra historia?... Corren meses y años, ya no es Valentin el niño sin sentido humano; ya discurre, ya se viste de hombre, negro traje le adorna y una profunda seriedad reviste sus facciones de melancolía. . Otro nuevo cambio de decoracion: Valentin tiene catorce años y ya se halla matriculado en el instituto provincial con el nombre de Valentin Rubin y Larios, es decir, con los dos apellidos de don Eleuterio y doña Ernesta, pero no se ha separado de ellos sino que estudia con el ingeniero, quien encuentra paternal alegría en aquellas lecciones, donde apénas ha dicho una frase cuando ya el mancebo ha encendido en su alma una idea. Esta perspicacia de Valentin, esta adquisividad ideológica de su alma es el pasmo y el encanto de los dos hermanos. Ni uno ni otro han tenido hijos, y al sentir cómo bajo aquel invierno frio de su vejez palpita con rítmica melodía de amor el instinto de la paternidad, sus almas se remozan: doña Ernesta piensa que hay en este mundo algo más deleitoso, un placer moral más intenso y adorable que el cumplimiento de los frios deberes de las religiones positivas y áun que aquel aritmético administrar los propios sobrantes de la caridad cristiana; y don Eleuterio comprende que áun cuando todos los polipastros del mundo se vengan abajo, puede haber dentro de los corazones sentimientos que perfumen la vida, ennoblezcan la juventud y santifiquen la edad decrépita.

Cumplió los catorce años Valentin y era ya un mozuelo de espigado talle, muy galgueño de formas, de ojos oscuros y tristísimos, de pelo ensortijado. En su perfil estaba encerrada la silueta de un héroe romántico. No habia ni en sus miradas ni en sus palabras, las ráfagas de locura que hacen en casi todos los hombres, de la infancia, una aurora boreal, y de la juventud una tempestad de relámpagos.

A los quince años fué bachiller en artes, y una noche en que de sobre mesa habian tratado los dos ancianos de elegir la carrera á que habia de dedicarse el mancebo, este les interrumpió con una inusitada salida.

—Mis queridos tios,—así los llamaba—estoy abusando de Vds., y esto no puede continuar.

—¿Qué dices, niño?—exclamó asombrada doña Ernesta.

(Continuará)

¿NOS CASAMOS?

Mucho contra él se propala;
pero cuando todos dan
en casarse, vamos, Juan,
no será cosa tan mala.

(V. DE LA VEGA)

Que es el mejor estado,
dijo cierto doctor,
el santo matrimonio,
si lo bendice Dios;
pero ¿y si el diablo al mio
le echa una maldicion?
¡Ay! ¡que de todo tiene
la viña del Señor!
Por si acaso me sale,
calabaza el melon...
que se case quien quiera;
[illegible]

(BRETON DE LOS HERREROS)

Un autor dramático francés que, áun valiendo mucho, como en efecto vale, vale indudablemente ménos que su fama, llevó al teatro, no hace todavía mucho tiempo, y la llevó naturalmente en forma de comedia, esta pregunta: *¿nos divorciamos?*

No he de hablar del mérito literario, ni áun de la importancia *sociológica* de un trabajo que, en pocos años, ha recorrido con aplauso universal todo el mundo civilizado; ni pretendo dilucidar si tan envidiable éxito se debe á los razonamientos del pensador ó á la habilidad del autor dramático, bien que tenga yo poderosas razones para creer esto último; pero quiero manifestar mi opinion de que Victoriano Sardou, para ser lógico, ha debido preguntar, en primer término, *¿nos casamos?*

En el órden natural de las ideas, la de casamiento debe preceder á la de divorcio, como precede la de natalicio á la de muerte: como no es posible que se muera el que no ha nacido, no hay medio de hacer que se divorcien los que no se han casado: por eso, lo repito, habria sido más lógico el poeta francés preguntando á sus contemporáneos *¿nos casamos?* que lo ha sido preguntándoles *¿nos divorciamos?* Más razonables en esto nuestros compatriotas los autores del *Pleito del matrimonio*, han comenzado por el principio, que es por donde debe principiarse, en tanto que no se discurra cosa mejor: averigüemos primeramente si debemos ó no debemos casarnos, y cuando esta verdadera cuestion prévia esté resuelta, entraremos á discutir si conviene ó no conviene que nos divorciemos. Y este órden de prioridad en el exámen de los temas es tanto más racional, cuanto más cierto es que de la solucion que demos al primer problema puede resultar inútil la presentacion del segundo: si se resuelve, pongo por ejemplo, que no nos casemos, es evidente que huelga la pregunta relativa al divorcio.

Y no se crea que es cosa tan fácil dar una contestacion satisfactoria á la primera.

Dos insignes poetas, honra y prez de nuestra escena contemporánea, Ventura de la Vega y Breton de los Herreros, en fin, que con decir sus nombres queda hecho su elogio más cumplido, manifestaron sus encontradas opiniones, sobre la materia, en los versos que me han servido de epígrafe. Muchos años despues, los discretos y celebrados poetas autores del ya mentado *Pleito del matrimonio*, adujeron en pro y en contra razones de tal peso, que leyendo las unas y las otras pára indeciso el ánimo del curioso; con que no es mucho que, á pesar de un mal llamado fallo que en el libro aparece para darle remate, pueda asegurarse sin cometer error que la victoria no ha favorecido á ninguno de los litigantes y que *finó el pleito en tal estado* desde que la una y la otra parte expusieron por escrito sus razonamientos.

Y fué maravilla que á ninguno de los contendientes ocurriera emplear para la demostracion de su tesis respectiva el ingenioso procedimiento que Victoriano Sardou ha discurrido contra el divorcio. El celebrado autor de *Nos intimes* y de *La famille Benoiton* convierte al marido en amante, y con esto consigue convencer á Cipriana de que el divorcio es una majadería; quizás cambiando, por un momento, el novio en marido, hubiera conseguido otro autor evidenciar los inconvenientes del matrimonio.

Cipriana es una heroína que Sardou ha sacado de su cabeza evidentemente, porque es imposible que la haya sacado de ninguna otra parte, y desde luégo puede apostarse doble contra sencillo á que no la ha visto ninguno de nosotros por el mundo: ¿qué habíamos de ver? En el mundo real no hay mujer como Cipriana, ni las hay siquiera que se le parezcan. Ella deplora en el acto primero de *¿Divorçons?* el desencanto sufrido al casarse: busca en el matrimonio un algo, un *quid divinum* que no consigue hallar, y á la postre venimos á sacar en consecuencia que *ese algo*, ese *quid divinum* que Cipriana echaba de ménos era una comida *en cabinet particulier*, donde aconseja un poeta francés *ne manger pas des ecrevisses*. ¡Bah! dice uno, y dirán dos, y hasta una docena, no habia necesidad de perorar tanto para esto. Con mujeres tan fáciles de convencer, todo es posible: hagamos que Cipriana y Enrique desciendan algunos peldaños en la escala social y nos encontraremos con un marido que para conquistar á su mujer la obsequia con café y media tostada (de abajo).

Pero admitamos que el propósito es otro, conservando sus respectivos caracteres á los personajes; supongamos que el propósito es convencer á una señorita de que no debe casarse y convencer á un señorito de que debe permanecer soltero; la tarea en cuanto al señorito seria sencilla: se reduce á una regla de tres simple. La mujer propia representa en la casa un aumento de gastos equivalente al décuplo de lo que un hombre solo necesita.

Fíjate bien, amado Teótimo, en el vocablo: he dicho *necesita*, no he dicho *gasta*, ni *consume*, ni *invierte*.

Si el señorito es jugador, que sí lo será, porque jugar es de buen tono; si es mujeriego y mantiene queridas, lo cual es tambien de muy buen tono; si fuma habanos y bebe bien y come con relacion á lo que bebe y fuma, es claro que gastará mucho más, muchísimo más de lo que necesita: pero yo no me refiero ahora á esa clase de señoritos, los cuales ó no se casan ó llevan á cabo matrimonios de conveniencia. Prescindiendo de estos novios de la *high life*, el novio vulgar, el célibe de la que llamamos clase media, debe partir, cuando de contraer matrimonio trate, de este supuesto: «El gasto que la mujer propia ocasiona, representa el décuplo de lo que el hombre solo necesita.» De ahí no rebajo un céntimo.

Yo podria demostrarlo con datos y con cifras irrebatibles; lo demostraré si el lector lo exige, pero juzgo innecesaria la demostracion: basta meditar un momento sobre



ANTES DE LA LIDIA, dibujo por J. Llovera



DESPUES DE LA LIDIA, dibujo por J. Llovera

la ardua materia, con tal de tener un tantico de práctica de los negocios de la vida para convencerse de la exactitud del cálculo.

Admitido, pues, el enunciado del problema por resolver, este se plantea del modo siguiente: si cuando soltero *necesitabas* gastar mil reales mensuales, cuando te cases y hayas de seguir sosteniéndote á tí mismo y además á tu mujer, cuyo sostenimiento representa diez veces el tuyo, ¿cuánto necesitarás?

Lo que ántes he dicho: una regla de tres simple. Cualquier chico de la escuela la resolveria.

1 : 1000 : : 11 : x

De donde resulta x = 11000.

Esto es, el soltero que viviendo con desahogo y con alguna comodidad relativa, necesita mil reales mensuales, si ha de continuar, despues de casado, con la misma relativa holgura, con iguales comodidades, sin descender en importancia, necesitará *once mil*.

Bien entendido que hablo del primer año de matrimonio, año en el cual se supone, pensando piadosamente, que no habrá fruto de bendicion, ó que si lo hubiera será muy adelantado ya el año; despues los hijos modificarán notablemente el presupuesto.

Hay quien asegura que cada hijo que nace trae un pan debajo del brazo; esto no resulta comprobado hasta la presente; pero lo que sí aparece como seguro es que cada hijo es manantial inagotable de nuevos gastos y de nuevas necesidades.

Permíteme, estimadísimo lector, que hasta este punto me has acompañado, que renuncie yo, por ahora al ménos, á convencer á la señorita: seguro estoy de que la convenceria, bien que recurriendo á muy distintos argumentos; pero como esto nos llevaria á tí y á mí demasiado léjos y yo no quiero abusar de mi tiempo, ni debo abusar de tu paciencia, y como, en definitiva, convencido uno de los dos contrayentes y resuelto á no casarse, el resultado práctico viene á ser exactamente el mismo que si estuvieran convencidos los dos, pongo punto á estas amargas reflexiones preguntando como al comenzar: *¿Nos casamos?*

A. SANCHEZ PEREZ

LA PERFORACION DEL ISTMO DE PANAMÁ

Cuando anunciamos la perforacion del istmo americano, la obra estaba todavía en su principio, y apénas se habia dejado en descubierto, á través de los inextricables bosques ecuatoriales, la lengua de tierra de 73 kilómetros de longitud que marcaba el eje del futuro canal interoceánico. El viajero que en aquella época seguia este camino primitivo encontraba á larga distancia unos de otros algunos grupos de cabañas rústicas con tejados de hojas sostenidos por estacas, que indicaban el punto de una exploracion ó la vivienda improvisada de una seccion de operarios. La Culebra, Emperador, la Covosita y Gamboa, centros hoy de incesante actividad, hallábanse entónces aún casi desiertos, y solo por la parte de Colon el excavador trazaba su ancho surco en las llanuras pantanosas de Gatun. ¡Qué contraste entre ese istmo aún salvaje y la prolongada línea de talleres que hoy se extiende sin interrupcion desde el Atlántico al Pacífico! Veinte mil trabajadores atacan la Cordillera, excavando de continuo en la profunda zanja del canal, y junto á este ejército de hombres se ve otro más poderoso aún, aunque inconsciente, representado por colosales máquinas, excavadores, dragas, locomotoras, wagones, todo un material de arranque y de trasporte, miles de pares de ruedas, centenares de kilómetros de rails, montañas de carbon para su subsistencia, y barcos cuyos costados están henchidos de dinamita: diríase que se ha querido depositar en los muelles de Colon todo el arsenal reservado para la gran batalla decisiva. Para convencerse de ello, ó para formar idea de los colosales preparativos que los trabajos de instalacion han exigido, bastaria recorrer con la mirada el boletin quincenal publicado por la Compañía, en el que se enumeran los materiales expedidos en el istmo.

Hoy, como el primer dia, de los treinta y cinco arsenales que allí se cuentan, llaman principalmente la atencion dos puntos: la enorme zanja pedregosa de la Culebra, ese hachazo de gigante que debe penetrar á 120 metros de profundidad en el lomo de las Cordilleras; y el dique de Chagres en Gamboa. Por lo que hace á la Culebra, las previsiones de Mr. Lesseps se han realizado en un todo: la mole montañosa que atravesará el canal se compone en gran parte de rocas semi duras, y los repetidos sondajes practicados por medio de la perforadora de diamante han permitido reconocer, por las muestras extraidas, que hasta una profundidad relativamente considerable la roca se presenta bajo la forma de esquistos de capas de una marcada horizontalidad. Sin duda será preciso servirse de la mina en la Culebra, y hasta en proporciones grandiosas, desconocidas aún; mas no por eso resultará ménos en la ejecucion general del trabajo la economía de tiempo y de dinero prevista desde un principio por el ilustre autor del proyecto. En cuanto á la posibilidad de abrir rápidamente la zanja de las Cordilleras, no admite ni la sombra de una duda; es cuestion de perforamiento, bien por medio de minas para las explosiones ordinarias, ó ya de pozos que puedan contener cantidades más considerables de materia explosiva, destinadas á desmontar las grandes moles. Ahora bien, la perforacion mecánica ha alcanzado hoy tal grado de perfeccion, que difícilmente se podria mejorar; y despues de largos años de un uso comun, la dinamita tendrá al fin la más útil aplicacion. En las canteras abiertas para la construccion del puente de Génova presenciamos hace algunos meses el desplazamiento de más de 20,000 metros cúbicos de rocas producido por la explosion eléctrica de una sola carga de 5,000 kilógramos de dinamita encerrados en un pozo abierto al efecto. En la Culebra se han desplazado 30,000 metros cúbicos de rocas por un medio análogo. Dejando para despues el cálculo sobre la duracion probable de esta gigantesca obra, nos limitaremos á consignar ahora que la colosal galería que unirá los dos mares se puede construir por métodos sencillos y con una economía apreciable.

Al pié mismo de la zanja grande de la Culebra, á seis kilómetros del Emperador, hállase el vasto taller del dique de Chagres. Ya hemos hablado en otro lugar de la importancia de esta obra, y la mision de esa descomunal cubeta, donde se encerrarán hasta un millar de metros cúbicos de agua, y cuyo nivel podrá elevarse, en el caso de extremadas crecidas del rio, hasta 60 metros sobre las aguas del canal. Un muro de siete millones de metros cúbicos mantendrá tras sí esta reserva, cuyo volúmen centuplica los límites fijados hasta el dia para trabajos análogos. Mr. Dingler, director general de los trabajos del istmo, ha demostrado claramente la utilidad de esta obra, gracias á la cual quedarán suprimidas las inundaciones del rio; tambien se evitarán las corrientes contrarias á la navegacion, que hubieran introducido en el canal sus aguas tumultuosas; y los depósitos de aluviones que se hubieran formado inevitablemente en la nueva vía marítima no son ya de temer. Ordenando el curso del Chagres y el de los rios vecinos, el dique de Gamboa asegura el servicio regular del canal, y hasta la posibilidad del tránsito rápido entre el Atlántico y el Pacífico.

El método de construccion de esta obra, cuyas proporciones no tienen precedente en los anales de los trabajos públicos, ha de distinguirse, sin embargo, por una sencillez que realzará más aún el carácter de inusitada grandiosidad de la obra. Si se considera que la zanja grande de la Culebra, próxima á Gamboa, juntamente con las inmediatas, robarán á las montañas del istmo de cuarenta á cincuenta millones de metros cúbicos de rocas, y que el dique de Chagres sólo exige para su construccion siete, veremos desde luégo que no ha de haber ninguna instalacion de extraccion ni explotacion de canteras, sino tan sólo un servicio colosal de cascote arrancado de un flanco de la montaña para ser conducido desde el otro al dique, cuyo emplazamiento está formado naturalmente por la feliz disposicion del lecho del torrente, estrechado en este punto entre el monte del Obispo y el de Santa Cruz. En estas dos moles inamovibles, que distan 150 metros una de otra, se apoyará la pared del frente de la enorme cubeta que ha de contener un millar de metros cúbicos. Detrás de esta primera barrera se echarán, á medida que se vayan arrancando de las zanjas, los siete millones de metros de cascotes, de cualquiera dimension que sean, y así se formará el dique. Nada más sencillo que este programa, cuya ejecucion, en manos de empresarios prácticos, quedará asegurada La originalidad de semejante proyecto consiste en que no hay verdadera albañilería, en el sentido estricto de la palabra, en ese enorme cúmulo de rocas de todas dimensiones y formas: la acumulacion del material arrancado contribuye de por sí á la obra. Este método de construccion, nuevo para nosotros, pareceria en Francia por lo ménos temerario, aunque en América se haya practicado regularmente, dando en todas sus aplicaciones excelentes resultados. Hasta seria preciso declararse partidario de él *á priori* cuando se recuerdan los terribles desastres ocurridos hace algunos años en ciertos diques, particularmente el de Habra.

Detallemos ahora las condiciones de instalacion de la grande obra que se ha de efectuar en Gamboa. El Chagres, cuyo sinuoso curso se puede seguir en nuestro trazado del canal, está sometido, como todos los torrentes, y sobre todo en su calidad de rio de las regiones ecuatoriales, á considerables variaciones en su caudal de aguas, y á crecidas súbitas y colosales. En invierno puede llevar hasta 1,600 metros cúbicos de agua por segundo; miéntras que en el verano se limita á 13; en sus afluentes, ó rias, sucede la misma cosa: el Trinidad y el Gatuncillo llegan á tener en invierno un caudal de 400 metros cúbicos. Ahora bien, es imposible verter estas impetuosas masas de agua en el canal sin producir corrientes ó depósitos de aluviones, que entorpecerian la navegacion. El exceso de estas crecidas excepcionales, almacenado en el dique de Gamboa, deberá pues verterse en canales secundarios, que lo conducirán al mar. Estos canales, cuya anchura será de 8 á 12 metros, y hasta de 40 cerca del Atlántico, se establecerán fácilmente utilizando las porciones del lecho del Chagres situadas en la misma ribera, y uniéndolas por zanjas apropiadas. La colosal reserva del dique pasará así regularmente á ese nuevo lecho, por medio de conductos practicados en el dique, á razon de 400 metros cúbicos por segundo. Por supuesto que el lecho del canal quedará completamente al abrigo de esas aguas, ya en las zanjas, por sus declives, ó ya en las partes bajas por diques que cubrirá muy pronto una vigorosa é indescriptible vegetacion tropical.

Asegurada la construccion de este modo, y regularizadas sus funciones por los canales secundarios, la ejecucion y la existencia del dique de Gamboa no es ya sino cuestion de tiempo, la cual ha resuelto ya el contrato aceptado por los empresarios. Podemos, pues, estar seguros de la buena marcha de los trabajos de Gamboa hasta la próxima apertura del canal, y en cuanto á la solidez de la construccion, se debe tener la mayor confianza en la práctica de las personas que dirigen los trabajos. Ciertamente no se ha dejado de hacer objeciones, pero sólo citaremos una sola. Cuando el público tuvo conocimiento de las inusitadas dimensiones, casi increibles, de ese depósito que encierra todo un lago, manifestáronse temores sobre la posibilidad de llenarse aquel con los mismos aluviones cuya presencia se queria evitar en el canal. Cierto que el Chagres lleva en sus crecidas tropicales un considerable volúmen de aluviones, pero lo que hubiera sido un grave obstáculo en la vía marítima, sólo es una cuestion muy secundaria tratándose del dique. Mr. Dingler ha calculado que al cabo de *mil* años el Chagres no podria llevar al depósito más de 30 millones de metros cúbicos de aluviones. No es pequeña esta cifra de los depósitos fluviales, pero pierde su importancia ante el *millar* representado por el contenido de la cubeta. ¿Qué es un vaso de agua en un tonel de vino? Y además, obsérvese que este resultado no se alcanzaria hasta dentro de *mil* años.

La Culebra y el dique de Gamboa han sido siempre los puntos principales, ó digamos los puntos negros, singularmente iluminados ahora á causa de la perforacion del canal interoceánico. Fuera de estas dos instalaciones primeras, otros 33 talleres principales, enlazados todos con la línea férrea de Colon á Panamá, ocupan hoy el emplazamiento de los trabajos, y como lo indica la fig. 1, están bastante próximos unos á otros para que pueda considerarse como no interrumpida la línea de actividad. Cincuenta excavadores y una docena de dragas (los primeros en las alturas y las segundas en las partes bajas) socavan la zanja del canal. Hasta el kilómetro 25 encontramos las dragas, primero en Colon, para formar el puerto, y despues en Gatun, desde donde se dirigen á los talleres de Peña Blanca. Hasta la llanura de Panamá cuéntanse despues más de 60 excavadores; en Buhio-Soldado, donde el canal atraviesa un cerro de 50 metros de altura; en Buenavista, Tabernilla y San Pablo, donde se instalará un puente giratorio para el paso de la vía férrea. De Matcochin se extraerán en parte los bloques destinados para el gran dique. Más léjos está el taller de Gamboa, establecido al pié del cerro del Obispo. A partir de la Corosita, hácia el kilómetro 45, penetramos resueltamente en la Cordillera, que no dejaremos ya hasta haber recorrido 15 kilómetros de zanja pedregosa, para entrar en el valle de Rio Grande. En el Emperador hay tres talleres, y otros tantos en la Culebra, donde se instalan ahora los empresarios que construyeron el canal de Amsterdam al mar del Norte; tambien hay tres en Paraiso y en Pedro Miguel, donde el camino de hierro cortará otra vez la vía marítima. Hétenos ahora en la llanura de Panamá, y en Corosal, punto en que debe establecerse el puerto de acceso del canal por la parte del Pacífico; aquí las grandes dragas americanas trabajan en los terrenos pantanosos. El último taller es el de Boca Grande, donde se establecerá un canal marítimo de cien metros de anchura, verdadero ante-puerto de grandes dimensiones, que podrá recibir buques ántes de su entrada en la cuenca de Corosal.

Entre el inmenso material diseminado en esos talleres, los excavadores y las dragas ocupan el primer lugar, pero singularmente perfeccionados, como lo indican las figs. 2 y 3. El excavador Osgood (fig. 2), instalado en la Culebra, arranca las tierras que se deben desmontar por medio de un cucharon de palastro de metro y medio cúbico de capacidad, suspendido de una flecha fija inclinada, á lo largo de la cual se deslizan cadenas movidas por vapor, que hacen mover el cucharon de arriba abajo, y tambien horizontalmente por un sistema análogo. La flecha inclinada que tiene el cucharon gira sobre sí misma, y puede colocarse para descargar los pequeños wagones en una posicion perpendicular á la vía férrea de servicio. La manipulacion es bastante sencilla para que el cucharon pueda llenarse y vaciarse una ó dos veces por minuto, haciendo producir así al excavador unos 1,000 metros cúbicos por dia de diez horas. La draga colosal, tambien americana, instalada ahora en Gatun, no es ménos notable; tiene 16 godets de un metro cúbico de capacidad que se vacían en un minuto en la galería, lo cual representa 1,000 metros cúbicos de trabajo útil de la draga cada hora. La fig. 3, copiada de una fotografía, dará una idea de esa magnífica máquina.

Estas dos poderosas máquinas no son más que una pequeña parte del inmenso mecanismo que tan activamente funciona hoy, y que no se detendrá hasta que el lecho del canal esté dispuesto á recibir las aguas mezcladas de los dos mares; pero hasta el ansiado dia en que, lo mismo que en Puerto Said, llegarán á confundirse en un mismo y solo símbolo de gloria pacífica las banderas de todas las naciones, ¡por cuántas peripecias no habrá de atravesar la obra! ¿Cuántos años, durante el dia bajo el sol tropical, y por la noche á la luz de las lámparas eléctricas, deberán arrastrar las dragas sus cadenas, semejantes á gigantescos collares? ¿Podríamos ya fijar aproximadamente el dia en que Mr. Lesseps alcanzará su segunda victoria? Los numerosos sabios y exploradores que han visitado el istmo, fuese cual fuere su nacionalidad, nos afirman en sus informes detallados que lo hecho hasta aquí entre Colon y Panamá equivale á la mitad de todo el trabajo. Sólo nos falta desarrollar esta apreciacion, examinando brevemente, bajo el punto de vista de la duracion de las obras, lo que se ha hecho y lo que res-

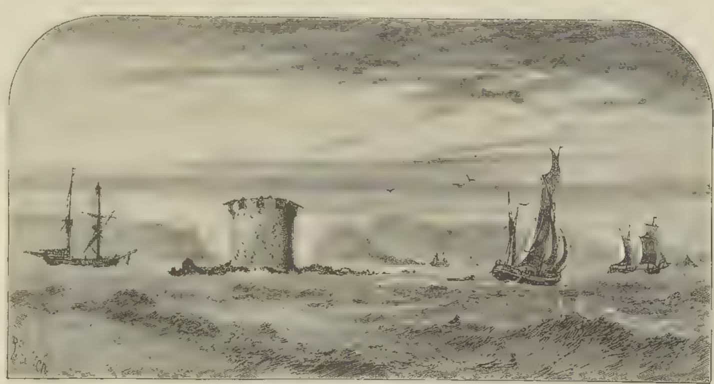
ta hacer, en una palabra, trazar el programa de la construccion del canal, hasta la apertura, en 1888, de la nueva vía marítima hácia el extremo Oriente.

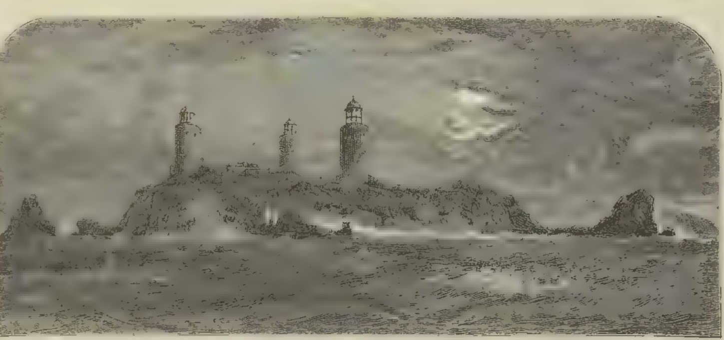
LA PINTURA CONTEMPORÁNEA
en Inglaterra
LOS PRE-RAFAELISTAS

Acaba de abrirse el Salon de Lóndres y de publicarse el catálogo ilustrado de los principales cuadros expuestos. He dicho «el Salon» y digo mal, porque, como siempre, son dos: el de la Academia Real de Pintura y el de la Galería de Grosvenor. Al principio, la primera de estas corporaciones, y su exposicion por tanto, representaba el elemento más ó ménos selecto que en todas partes representan las Academias; tanto más cuanto que en los salones de la de Lóndres sólo tenian derecho á exponer sus individuos, ya numerarios, ya meros asociados; y en consecuencia, la galería rival, cuyas puertas se abren literalmente á toda clase de artistas, tenia cierta significacion un tanto democrática. Hoy las cosas han variado: la *Royal Academy* sigue siendo naturalmente Academia; pero las obras de unos mismos autores suelen exponerse indistintamente en ambos certámenes. Y si, como este año ha acontecido y se anuncia para los venideros, se decide al cabo Mr. Burne-Jones á no presentar más sus cuadros en estas solemnidades, *Grosvenor Gallery*, que tenia hasta ahora el monopolio de ofrecerlos á la admiracion de sus fieles, perderá su rasgo más característico y casi el único que ya le quedaba.


EL MARQUES DE SALISBURY
presidente del nuevo ministerio inglés

Este Mr. Burne-Jones es una de las más interesantes figuras en la pintura inglesa de nuestro tiempo. Y de él, ó más bien de todo el movimiento que se condensa en su persona y obras, conviene dar alguna idea á nuestro público, entre el cual no se halla quizá bastante difundido el conocimiento de la verdadera situacion actual de la pintura y áun en general del arte en las Islas Británicas. Es posible que esta sea la razon de una máxima vulgar muy corriente, segun la cual se afirma que «los ingleses no son artistas;» error que además se apoya en el carácter profundamente original y nacional de lo que puede llamarse la estética de aquel pueblo, su ideal, su modo de entender y sentir, así como de realizar, la belleza.


ISLOTES DE HERM Y JETHOU, en el canal de la Mancha


LOS CASQUETES, escollos del canal de la Mancha

Mister Burne-Jones es hoy en la práctica, como Mr. Ruskin en la teoría, y en medio de un cenáculo de sacerdotes y una inmensa iglesia de entusiastas creyentes, el más insigne representante del *Pre-rafaelitismo:* nombre que ha venido á expresar, en uno de sus aspectos, cierta tendencia romántica, medieval y arqueológica, que constituye uno de los rasgos más salientes, no sólo del arte, sino de la vida entera in glesa. Bien es verdad que si en la vida no resona se esta nota, tampoco resonaria en el arte, el cual busca siempre dar satisfaccion á los gustos, sentimientos é inclinaciones de aquella.

La historia del pre-rafaelitismo es muy reciente, si bien bastante compleja en sus orígenes. Estos se han de buscar, por una parte, en la indicada tendencia sentimental y arqueológica del espíritu británico; por otra, en el influjo del romanticismo, que en Inglaterra, desde su primera aparicion (bajo el impulso de Alemania) á principios de la actual centuria, con hombres como Walter Scott y Byron, puede decirse que no ha sufrido eclipse, sino tan sólo las modificaciones requeridas por el progreso de la cultura y del conocimiento de la Edad media. Quizá la fundacion de la Galería Nacional (tan incomparable con todas las pinacotecas del continente, salvo las de Italia, para el estudio de la pintura de este país desde Cimabue á Rafael) haya sido en parte causa y efecto en parte del pre rafaelitismo. De todos modos, la aparicion, al mediar nuestro siglo, de los cuadros de Noel Paton, como su *Oberon* y *Titania*; de los de Hunt, como *Luz del mundo;* del *Cristo en Nazareth* de Fisk; de la *Ofelia* de Hughes ó la de Millais (renegado hoy dia de su fe primera), ó del *Sueño de Dante*, de Rossetti, poeta y pintor á un tiempo (1) ó de las acuarelas de Prout, etc., etc., dió una expresion tangible, por decirlo así, á las tendencias que germinaban en el fondo de aquella sociedad y se podian sorprender á trechos en otra clase de manifestaciones. Desde entónces hasta hoy, en que la representacion de esta escuela se halla condensada en Burne Jones, no han cesado los antiguos *P. R. B.* (2), segun al principio se llamaban, de alcanzar en muy grande medida el favor y la popularidad de su patria. Todavía en la actual exposicion de *Grosvenor Gallery*, donde tan extraordinario vacío deja la ausencia de Mr. Burne-Jones, la escuela se halla representada, ya por las obras de alguno de sus fundadores, como *La Novia de Belem*, de Holman Hunt, de la cual dice un crítico, que á pesar de las manos de esta figura pintadas como sólo el autor sabe pintarlas, nadie puede «ni desdeñar este cuadro, ni gozar con él,» ya por el *Hilo de oro*, de Strudwick, verdadera serie de miniaturas alegóricas, ó por *Tus cuerdas armoniosas*, que representa una muchacha tocando la viola y que podria pasar por un Burne-Jones; por *Pandora* y *Libertad*, de Crane, el excelente dibujante de los cuentos para niños, pero que aquí deja que desear tanto como Alberto Moore, algo inferior en sus *Rosas* y en sus *Crocus* de este año á sus antiguas y poéticas creaciones. Obras quizá son todas estas de ménos importancia que las de Burne-Jones ó las de Madox Brown, el más dramático de los pre-rafaelistas; pero contribuyen á mantener viva la escuela. A igual fin sirven algunas otras presentadas en la exposicion de la Academia, como los paisajes y marinas de John Brett, los estudios de A. More y en cierto modo la *Chivalry*, escena caballeresca y archi-romántica de pura Edad media (quizá de la Edad media de Walter Scott), que ha pintado Mr. Dicksee.

Hora es ya de que, al ménos, algun que otro lector pregunte: «¿y qué es el pre rafaelitismo?»

Por lo que antecede, puede haberse comprendido en parte. Los pre-rafaelistas son aquellos artistas y críticos que, considerando en general al Renacimiento, más ó ménos declaradamente, como un retroceso en el camino del verdadero arte sincero, espontáneo y natural de la Edad media, para lo cual no les falta por completo razon, quisieran suprimir todo el tiempo corrido desde el siglo XVI hasta hoy y reanudar la tradicion interrumpida en sus más puras fuentes, á saber, en los predecesores de Rafael, «el gran apóstata» (1) que inaugura la decadencia inevitable, representada despues por pintores «tan censurables» como Tiziano y sus colegas. Para esto ya les falta razon en absoluto. De aquí los rasgos capitales de este movimiento. Mr. Chesneau, en su *Historia de la pintura inglesa* (2) señala algunos de ellos, pero no tal vez todos. Sin duda hay en el movimiento una tendencia moral, ya en la intencion, ya en la mente y sinceridad del artista, que debe estar lleno de fe, de amor y de entusiasmo por su arte; un análisis microscópico de los pormenores, así físicos como históricos; un verdadero culto de la naturaleza, rayano á veces, v. g. con Ruskin, en la extravagancia; un sentido, por último, profundamente nacional y patriótico. Mas al par, hay que contemplar en este movimiento—nunca se repetirá bastante—un mero aspecto del proceso general actual del espíritu británico, que á su vez expresa al modo de hoy un elemento permanente de su carácter étnico. Cuando hace pocos dias Mr. Ruskin comenzaba en su cátedra de Oxford una de sus admirables lecciones, con aquellas palabras pesimistas: «No conozco una civilizacion más miserable que la inglesa de hoy;» cuando los «estetas» *(æsthetes)* persiguen por los más extraordinarios caminos «el embellecimiento de la vida,» procurando la reforma del traje, de la educacion, de las viviendas, de la agricultura, de la caza; cuando «el ejército de salvacion» *(Salvation army)* recorre los domingos en procesion las calles, arrancando víctimas á la taberna y ayes á los desventurados que escuchan sus cánticos, cuando la *Sociedad para el arte en las escuelas* introduce en éstas reproducciones de las más hermosas obras del genio; y los predicadores ambulantes se enternecen á gritos en el rincon de un parque sobre los pecados de sus hermanos;

(1) V. los artículos de M. Bourget en el *Journal des Débats* (1885)
(2) *Pre-Raphaelite Brothers* (*hermanos pre-rafaelistas*).

(1) ¿Qué tienen de particular, despues de esto, las violentas diatribas de Street *(Arquitect. gótica en España)* contra Berruguete, v. g., á propósito del retablo de San Benito de Valladolid?
(2) Paris, 1882. Quantin, *Bibl. de l'enseign. des beaux-arts.* No sé si habrá publicado ya la *Historia de la escuela pre-rafaelista*, que preparaba.

los pecados de sus hermanos; y las solteronas fundan do quiera asilos para perros y hospitales para gatos; cuando las manufacturas inspiradas en las escuelas de South Kensington se complacen en el culto de la arqueología, en la luz amortiguada, en la finura de los pormenores, en los eternos tonos de hoja seca, cuya gamma puede admirarse por completo en la escuela real de bordados; cuando Street llama bárbara á la arquitectura del XVI y construye el admirable Palacio de Justicia, que, sin embargo, por parecerse en todo á un edificio del XIV, tiene encendida de dia la luz artificial... siguen la misma tendencia noble, delicada, sentimental, simpática, pero un tanto dulzona, mustia y afeminada, que en aquel pueblo varonil, el más varonil quizá—¡vergüenza da decirlo!—de Europa, sirve de compensador á la proverbial dureza y áun brutalidad de la antigua raza anglo-sajona.

Hijo *plus quam* legítimo de esa tendencia es el pre-rafaelitismo. Sus defectos no serán jamás los de Miguel Angel ó Ribera, sino los del Beato Angélico ó Murillo: pintor, este, casi unánimemente preferido allí sobre todos los nuestros: porque ese «mercader positivista,» ese atlético y bien mantenido John Bull, no consiente en su estética sino el mínimum de realismo posible. Así se comprende su idolatría por Turner, el gran paisajista, émulo y áun superior á Claudio; fino, sentido, distinguido, encantador; pero convencional y excéntrico; como se comprende el maravilloso desarrollo de la acuarela inglesa, quizá hoy la más importante del mundo, tan pastosa y entonada como un óleo, sobre el cual ha influido hasta el punto de que, en ocasiones, se confunden uno y otro género. ¿Son verdaderas acuarelas? no lo discutamos. El hecho es que son muy hermosas y su hermosura las absuelve.

Y pues que se habla de hermosura, nada superior puede verse ni se ha visto quizá, en toda la serie pre-rafaelista, al cuadro de Mr. Burne-Jones expuesto en 1884 en Grosvenor. Su asunto, tomado de la leyenda poética de aquel rey que buscó á una muchacha pobre para compartir con ella el trono, estaba interpretado de la más encantadora y poética manera, y recordaba en su composicion y áun por su factura á los hermosos Melozzo de Forli de la Galería Nacional, salvo una diferencia: la que nace de la radical imposibilidad de reproducir en pleno siglo XIX el arte del XV, ni áun ateniéndose á la mera copia; ó sea de *jouer l'ingénu*, con todo el talento de Mr. Burne-Jones, probablemente sin rival en su esfera. Pero todo el mundo sabe lo que ocurre con estas imitaciones arqueológicas. Que se recuerde lo que ha pasado con Owerbeck (y no digamos con Flandrin ó Ary Schœfer). Al principio se hallaban incomparables sus obras; y se apuraba el diccionario de los superlativos para ponderar el carácter purísimo de sus cuadros, dignos de Rafael (en su primera manera) ó Perugino; hoy se avergonzaria cualquier aprendiz de encontrar en ellos semejante carácter. En todos los órdenes de la produccion estética acontece lo propio: todo el mundo se sonrie de la Edad media de Walter Scott y se rie de la de Chateaubriand; Torwaldsen y Canova son dos excelentes sujetos, cuyas estatuas son tan griegas como sus autores; y si todavía la ignorancia en que estamos de muchos elementos del arte gótico (tan visible en tantas abominables restauraciones de nuestros desdichados monumentos) hace que á veces nos engañen las de un Street ó un Viollet-le-Duc, quizá no está lejano el dia en que, comprendiendo y sintiendo con más exactitud aquel arte, nos parezcan cosa análoga, aunque superior sin duda alguna, á aquella fachada gótica con que el pasado siglo dotó generosamente á la espléndida catedral de Toledo.



Fig. 1.—TRABAJOS DE PERFORACION DEL ISTMO DE PANAMÁ.—El excavador Osgood en la zanja grande la Culebra

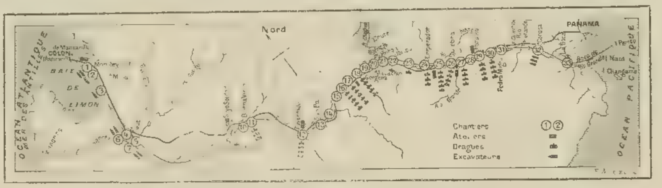


Fig. 2.—TRABAJOS DE PERFORACION DEL ISTMO DE PANAMÁ.—*Trazado del canal y de los trabajos en ejecucion.*

1 y 2.—Trabajos de draga en Puerto Colon.—3, 4 y 5. Los mismos entre Colon y Gatun.—6 y 7. Desviacion del rio Trinidad en Gatun.—8. Talleres de Peña Blanca.—9 y 10. Cerros de Bohío-Soldado.—11. Buenavista.—12. Tabernillo.—13 y 14. San Pablo.—15, 16 y 17. La Gorgona.—18 y 19. Matachin.—20. Cerro de Gamboa, *el gran dique.*—21. La Corosita.—22. Altura del Obispo.—23. El Obispo.—24. Emperador.—25. El Lirio.—26, 27 y 28. *La Culebra.*—29 y 30. Paraíso.—31. Pedro Miguel.—32. Corosal.—33. Boca Grande.

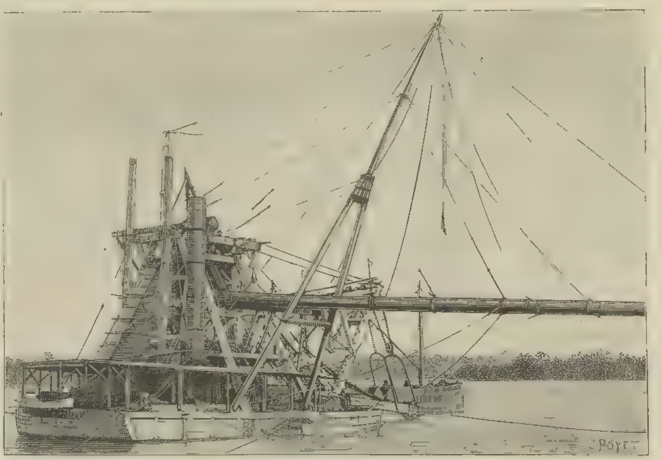


Fig. 3.—TRABAJOS DE PERFORACION DEL ISTMO DE PANAMÁ.—La draga grande en Gatun

Despues de todo, no hay que buscar tan léjos los ejemplos: en casa los tienen los pre-rafaelistas. Para dar idea del concienzudo estudio con que representan los más delicados pormenores, suele citarse *El Pastor* de Holman Hunt, en el cual, no obstante sus dimensiones (1,20 × 0,80), naturalistas como Owen, Broderip y Pouchet han reconocido perfectamente las especies de cuantas plantas é insectos contiene, borrando así el abismo, demasiado frecuente entre la flora y la fauna estéticas y las de la naturaleza real y viva. Pero ese mismo Mr. Hunt, que en 1852 de tal modo habia satisfecho las exigencias de los científicos, produjo ocho años despues, en 1860, su famoso *Jesus con los doctores.* «El autor, dice Milsand en su *Estética inglesa*, destinada á Ruskin y su escuela, habia pasado una larga temporada en Judea para darse cuenta del carácter de los lugares; habia consagrado cinco años á lecturas, investigaciones eruditas y estudios de todas clases, á fin de satisfacer á los anticuarios, teólogos y fisiognomistas y de que hasta los aficionados á la historia del calzado en Israel tuviesen que confesar que el de sus figuras era intachable... ¡Mas ay! *C'est difficile de contenter tout le monde et son valet.* Despues de examinar el cuadro, una señora hebrea dijo gravemente: «Es muy hermoso; sólo se ve que el autor no conoce el rasgo distintivo de la raza de Judá: pone á sus doctores los piés aplastados de la tribu de Ruben, siendo así que los tenian muy arqueados.»

Que un hombre como Mr. Hunt ó Mr. Burne-Jones, en justa reaccion contra el convencionalismo, se entreguen con toda su alma al natural, nada más laudable; pero que por huir de los anacronismos de Pablo Veronés pretendan reconstruir el pasado valiéndose de la arqueología, es pura y simplemente imposible. El natural está delante, y aunque su infinita riqueza jamás se agota por el artista, limitado á representar unos cuantos rasgos, puede consultar con él todas sus dudas; su obra resultará siempre limitada, pero no hay motivo alguno para que resulte falsa. En el otro caso, la falsedad es inevitable, desde que el autor necesita poner algo de su cosecha con que suplir las lagunas insustituibles de una realidad que ya no puede evocar ante sus ojos; falsedad que se conocerá tanto más cuanto mayor sea el conocimiento que el público vaya teniendo de la historia. Hay entre ambos casos una relacion semejante á la que los lógicos establecen entre la ignorancia y el error. Por último, ¡qué decir de la fatiga de los pre-rafaelistas, no para ver el natural con sus propios ojos, sino por los de un Botticelli, un Mantegna ó un Filippo Lippi, para venir á los resultados de mister Hunt en su *Jesus!*...

Pasada la primera impresion y rendido el merecido tributo al esmero y á la factura técnica de Mr. Burne-Jones y sus correligionarios, la nota final de todo observador ajeno á los sentimientos románticos de la estética inglesa puede resumirse en aquel expresivo verso de nuestro romántico drama:

¡Lástima que este moro no se salve!

F. GINER DE LOS RIOS

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editarémos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. *Ornamentacion*, 2 tomos.—*Escultura y Glíptica*, 1 tomo.—*Pintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo. *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 20 DE JULIO DE 1885 — NÚM. 186

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BELLAS ARTES

VIOLANTE, copia de un cuadro de Palma *el viejo*
(existente en la galería del palacio imperial del Belvedere en Viena)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

VIOLANTE, copia de un cuadro de Palma *el viejo*

existente en la galería del palacio imperial de Balvedere en Viena)

Moria en 1511 el célebre pintor Giorgione, discípulo de Bellini, que en el siglo de Ticiano, de Tintoreto y de Pablo Veronese habia de hacerse notable, no tan sólo como artista distinguido, sino como fundador de la renombrada escuela veneciana, aun no eclipsada para los partidarios del vigor y brillantez del colorido.

Toda escuela naciente tiene adeptos notables, y la veneciana puede vanagloriarse de que sus discípulos son considerados, hoy por hoy, como maestros clásicos en el arte de dar forma y color á las personas y á las cosas. Palma *el viejo*, que es otro de ellos, nacido en 1518 y muerto en 1574, formóse en la enseñanza de Giorgione, y ahí están las iglesias y el palacio ducal de la reina del Adriático para justificar, con las muchas obras que de ese pintor se conservan, cuán legítimamente adquirida es la fama del autor de *Violante*.

Representa este cuadro, existente en la galería del palacio imperial del Belvedere en Viena, á una dama principal de la época, porque es de observar que, á causa sin duda de los primores de aquellos artistas, declaróse la manía del retrato en cuantos pudientes se hallaban en el caso de hacer reproducir su persona por tales príncipes de la pintura. No parece sino que sus contemporáneos adivinaban que, obrando de esta suerte, escaparian á la ley natural del olvido.

No creemos que la posteridad se preocupe gran cosa de quién sea esa dama veneciana, bastándola saber que es notoriamente hermosa y que la obra de Palma, por hábil grabado reproducida, aun sin el auxilio del color es muy bastante para dar idea clara de una grande obra de un artista grande. Los retratos ejecutados por los grandes maestros del siglo XVI serán tenidos siempre por joyas de la pintura.

EN EL ESTRIBO, cuadro por Meissonnier

(copia de una heliografía publicada por E. Lecadre y C.ª de Paris)

El autor de ese cuadro es uno de los más egregios artistas contemporáneos, igualmente correcto en el dibujo que brillante y natural en el color, y tan hábil pintor de figuras como elegante compositor de lugares en que esas figuras se mueven. El principal talento de Meissonnier consiste en lo bien acabado de sus composiciones y en la elegancia y delicada forma que da á los asuntos más triviales y hasta de bajas costumbres. De él puede decirse que es la antítesis de Teniers y áun mucho más de los Courbet y de cuantos llevan á la exageracion el realismo.

Ejemplo de esa manera de hacer propia del grande artista francés, de ese *fini* á que llegan escasos pintores de verdadero genio, es el cuadro que hoy publicamos. La decoracion está perfectamente entendida y tiene completo sabor de localidad, los caballos parecen reproducidos por la fotografía instantánea, pero con más vida, con más sangre, con más movimiento del que tienen los procederes mecánicos, por muy perfeccionados que sean; y en cuanto á las figuras son verdaderos naturales, sorprendidos en una actitud cual la pudiera desear el maestro más exigente.

El autor de este lienzo y de tantos otros como le han valido uno de los primeros puestos en el arte, en especial como pintor de costumbres, debutó con asuntos místicos; pero su talento no era apropiado para componer Sacras Familias y Crucifixiones. Entónces estudióse á sí propio, se ensayó en diversos géneros, y cuando hubo encontrado aquel á que su genio se ajustaba mejor, marchó de triunfo en triunfo al templo de su gloria.

LA REVUELTA DE LOS LABRIEGOS, cuadro por L. Herterich

Fué Alemania, durante la Edad media, uno de los territorios donde con mayor rigor pesaron las cargas feudales, y naturalmente habia de ser teatro de las más terribles luchas entre los opresores y los oprimidos. En el mundo moral, como en el mundo físico, la sociedad y el campo producen el fruto de que se les siembra, y de la misma manera que semilla de trigo da cosecha de trigo, semilla de violencias ocasiona escenas violentas, como la representada en nuestro cuadro.

Refiérese á la sublevacion de los labriegos en 1524. Los siervos del terruño, agotada la paciencia, se alzaron en armas contra el castillo; cien mil hombres empuñaron á un tiempo hoces, horcas, cuchillos, toda suerte de instrumentos de guerra ó de labranza, y con el valor de la desesperacion se arrojaron sobre sus antiguos señores y entraron á saco los alcázares desde los cuales se les tiranizara hasta entónces. Espartaco encontró imitadores; el siervo imitó al esclavo, imitóle en todo, en sus heroismos y en sus excesos, en sus triunfos y en sus derrotas.

El asunto del cuadro de Herterich no puede ser más dramático. Los labriegos han asaltado el castillo de su señor y en el delirio de la victoria se hacen servir por la encopetada dama que ayer les confundia con una simple mirada. La orgía se halla en su período álgido: lo que ha ocurrido anteriormente es de ver en los destrozos de la estancia, sembrada de restos del combate ó del saqueo; lo que puede suceder aún, quedará sepultado bajo las cenizas de la altanera mansion señorial.

En la ejecucion de esa obra bien puede decirse que su autor ha estado completamente feliz, dando idea de lo terrible del caso sin necesidad de acudir á exageraciones que hubiera utilizado otro artista ménos diestro y seguro de sus facultades. La impresion que causa el cuadro es completa: raras veces el desenfreno ha revestido una forma más exacta y más variada, sin que el autor se haya salido en lo más mínimo de lo conveniente.

EL CANDOR, dibujo por G. Hong

Esta cabeza de estudio responde admirablemente al sentimiento que su autor se ha propuesto expresar. Está dibujada con firmeza, y es digna de figurar como modelo de fidelidad en la manifestacion de una alegría íntima, inocente, propia de una niña á la cual los ángeles no han desamparado todavía.

JARRON Y PAPELERA presentados en la última Exposicion de Turin

Los artistas italianos han demostrado en la exposicion celebrada el año anterior en la antigua capital de Cerdeña, que aun son dignos sucesores de los renombrados artistas de las pasadas épocas, en cuanto á buen gusto y destreza de ejecucion. Los dos objetos representados en nuestros grabados atestiguan esta afirmacion, pues son en efecto obras maestras de cerámica y de tallado. La bien entendida aplicacion del precioso adorno del primero, que representa el Triunfo de Baco, y la prolijidad de la ornamentacion del segundo, que siendo difusa no parece pesada, han hecho que ambos objetos llamen con justicia la atencion de los visitantes, mereciendo el aplauso de las personas inteligentes.

EL NIDO DEL CUCLILLO

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuacion)

—Digo una cosa que pienso hace mucho tiempo,—continuó con precoz seriedad el jovencillo —Ustedes no son mis padres; entre Vds. y este hijo expósito no hay mas relacion que la que une á la mano que da con la que recibe... Si Vds. insisten en no cansarse de favorecerme, yo no puedo permitir este abuso... Infinito agradecimiento les guardo de lo que conmigo han hecho, no han procedido como padres sino casi como dioses, me han dado muchas veces la vida... Yo estaba destinado á ser carne de enfermedades y de crímenes y Vds. han amasado mi espíritu con el suyo, ennobleciéndole y haciéndole incorruptible. Ahora quieren que elija profesion... ¿No les parece que cuadra mejor con mi estado verdadero un oficio humilde?

—Eleuterio,—dijo doña Ernesta sintiendo que á pesar de su estoicismo el llanto acudia á sus ojos,—¡pero tú oyes!...

—Sí, un oficio humilde para el cual la instruccion que ustedes me han dado ha de servirme de mucho. Además, yo no me siento llamado al ejercicio de profesiones difíciles. Soy apático, poco emprendedor...

En los ojos de don Eleuterio, que iban de una esquina á otra de la habitacion, sin ser zahorí pudiera haberse descubierto que el ingeniero del polipastro estaba deseando decir:—¡Cállate, angelical majadero, cállate! ignoras lo que vale tu espíritu, elegido por Dios para altas cosas. ¡Deja las humildes para los humildes!—pero don Eleuterio no se decidia á emitir opiniones aventuradas miéntras no conocia las de su hermana; y ésta, con gran sorpresa suya, dijo al cabo de un largo espacio de meditacion y silencio:

—Pues mira, tiene razon... aprenderá un oficio... ¿Te gusta el de relojero?... pues ese aprenderás... No creas que los hombres son más felices por ser más ambiciosos. Aquí tienes á tu tio, que hubiera sido mucho más afortunado si hubiera podido encerrar sus aspiraciones en límites prácticos. No te faltará nuestra ayuda. Por de pronto, tu mismo tio te enseñará la mecánica, pues aunque soy mujer poco versada en ciencias, se me alcanza que esta ha de serte útil. Despues irás á Madrid, á Paris si quieres, á que los grandes maestros de la relojería te enseñen.

VIII

CIENCIA POÉTICA Y POESÍA CIENTÍFICA

Este diálogo fué decisivo en el porvenir del expósito. Don Eleuterio deploró al principio que no se decidiera el jóven á abrazar una carrera universitaria, pero luégo se alegró, porque de esta suerte le podria conservar á su lado. Empezó á enseñarle la mecánica, y sus conversaciones estaban llenas de terminachos que doña Ernesta no comprendia. Mas bien que el lado práctico de la ciencia y lo que tiene de inmediatamente aplicable á las artes útiles, que era lo que más convenia á Valentin, el anciano le enseñó lo especulativo y teórico, la poesía de la mecánica. Juntos revolvian gruesos tomos escritos en francés é inglés y discutian más bien como filósofos que como hombres de industria. De un escondrijo de manuscritos sacó don Eleuterio y le mostró al jóven, con rubores y alegría, un tratado de cinemática que habia compuesto en su juventud sin pizca de razonamiento pero con retumbante estilo metafórico.

Leian y discutian no como maestro y discípulo sino como colegas, siendo de advertir que lo poco que habia en aquellos debates que tocase en los linderos de la práctica provenia de Valentin, y que cuando los sueños y los arrebatos poéticos sacaban á ambos de los límites de lo posible, era don Eleuterio el autor de aquella impresion extraña.

Los estudios mecánicos avanzaban rápidamente y viendo don Eleuterio que iban á tener un término, no porque Valentin hubiera adquirido toda la ciencia necesaria sino porque era cargo moral el no emplear aquella actividad juvenil, aquella clara percepcion de ideas y de imágenes en algo útil, determinó buscar otro pretexto que prolongase la estancia del expósito en Nidonegro. Desde que Valentin habia llegado á la edad de la razon era su compañía el perfume de la vida de don Eleuterio. Era este de aquellos ancianos que no se placen sino en el trato de los jóvenes, porque sus almas, dotadas de imaginacion fantástica, necesitan para sus excursiones imaginarias ágiles espíritus capaces de seguirlos en ellas. La vida del jóven y el viejo era metódica y acompasada, armoniosa y dulce. En sus paseos por las cercanías del lugar, en aquellos dias en que el sol invernal dora los paisajes castellanos, don Eleuterio dejaba suelta la vena de sus inspiraciones mecánico imposibles.

—¿Ves este riachuelo de Mazarambroz?... Nuestros buenos padres no han visto en él sino motivo de églogas. Le han inventado mil historias de nereidas y ondinas. Le han dejado correr ocioso é inútil en vez de aprovechar sus fuerzas... Ahí está como cuando salió de su fuente madre la primera gota de su caudal. Es, como todos los alcarreñotes, holgazan y zafio... le permiten que se eche grandes siestas en las lagunas, y como la ociosidad es mala, de ese dormir de las aguas del Mazarambroz salen las tercianas del Cenagal... No, Valentin, no; el hombre no está en posesion de la naturaleza ni es rey de ella miéntras no se aprovecha de sus fuerzas... Aquí, en esta pendiente, pondria yo un gran motor hidráulico que pudiese ser el nervio, la bestia de carga de una gran fábrica de hilados... De esas lagunas sacaria yo tesoros de limo con que fecundar estas míseras tierras arenosas... Grandes plantaciones de árboles de construccion, grandes arterias irrigatorias que llevasen el agua por la comarca... en una palabra, querido Valentin, que el Mazarambroz es un señorito inútil, un señorito de aldea de quien nunca se hablará en el mundo porque no trabaja para hacerse notorio... Apénas si el geógrafo de la provincia le marca en sus mapas con una línea de bermellon...

Valentin seguia con gusto las divagaciones de don Eleuterio como siguen los jóvenes toda idea de grandioso mejoramiento y todo noble propósito de progreso. Lo que habia de general, de abstracto, de ideológico en la conversacion de don Eleuterio le quitaba las enojosas contradicciones de las dificultades de aplicacion. Este cariñoso é inteligente asentimiento de Valentin era el más dulce manjar para el espíritu del anciano. Pero bien comprendia el ingeniero que aquello iba á tener un término inmediato impuesto por el buen sentido de doña Ernesta, la cual empezaba á sentir remordimientos por la peligrosa holganza en que se tenia á Valentin precisamente en la edad crítica en que la educacion convierte á los hombres para siempre en laboriosas hormigas ó en perezosísimas cigarras. Y don Eleuterio imaginó un ardid con que fué engañada doña Ernesta, ó hablando con propiedad, con que se dejó engañar esta señora. Dispúsose el ingeniero á enseñar á su protegido el dibujo y á imponerle en los rudimentos de la relojería.

—Pero ahora,—decia don Eleuterio,—vamos á trabajar de verdad, vamos á pasear ménos y á estudiar más.

Vinieron de Madrid libros y aparatos, cartones y compases, se montó una mesa de dibujo y otra mesa de relojería.

El espíritu de Valentin, ansioso de actividad y codicioso de aprender, se arrojó sobre un tratadito de relojería y devoró sus páginas. El anciano, poniendo á contribucion su práctica de ingeniero mecánico, quiso hacer experiencias con un antiguo reloj de Lepante que habia en su gabinete, hermosa pieza del arte ginebrino finamente trabajada, entre cuyas ruedas de acero el tiempo se desgranaba con sabia solemnidad. Héte aquí á Valentin y á don Eleuterio calados los monóculos y examinando pieza por pieza la anatomía del reloj, estudiando uno por uno sus dientecillos, haciendo observaciones sobre la dilatacion de los diversos metales de las ruedas, interrumpiendo su faena para continuar sus habituales divagaciones... Pero este ardid sirvió no más que para dilatar por algunos meses la partida de Valentin. Al fin llegó este trance, por todos temido. Doña Ernesta, haciéndose superior á sus propios deseos y con uno de aquellos rasgos de buen sentido práctico que eran la base de su carácter, escribió á un gran amigo suyo de Madrid y por su mediacion obtuvo la entrada de Valentin en la relojería de los Valanda. Cuando todo estuvo arreglado la señora advirtió á su hermano la decision que habia tomado.

—¡Es verdad,—exclamó don Eleuterio,—muy bien hecho!—Pero al pensar en que Valentin se marchaba, en que iban á interrumpirse aquellas sesiones científico-recreativas en que iba á perder al único admirador que le quedaba en el mundo al polipastro, sintió inmensa amargura, hondo duelo. Cuando abrazó á Valentin para despedirle tuvo un negro presentimiento, el de que no iba á verlo jamás...

—¡Ah!—hubiera querido decirle,—no te vayas, Valentin, quédate;—pero estaba ante él doña Ernesta, y su severo rostro, en que veia retratado el deber, impuso silencio á su voz, ya que no á su alma... ¡Enamorado sin esperanzas de la beldad del Turia, sin defensa contra el fracaso del polipastro... sin Valentin!... Muchas noches hacia que don Eleuterio no lloraba. Aquella noche lloró.

IX

UNA AGENCIA EXTRAÑA

Entre las muchas maneras extrañas que tienen los hombres de ganarse el dinero, ninguna lo es tanto como la que ha inventado don Rodolfin. Es un mequetrefe, un paso de la naturaleza para avanzar del mono al hombre. Vive en la calle de Peligros y él es uno de los que tienen necesidad de evitar los jóvenes herederos, los hijos pródigos, los manirotos. En la puerta del piso tercero donde mora don Rodolfo, hay un letrero que dice: «*Agencia Universal.* -Se despachan y gestionan todo género de asuntos.»

No intentemos averiguar qué asuntos son esos, porque ahora anda muy ocupado. La cortesana Dorotea reclama sus servicios. Esta desgraciada,—una de tantas como asombran al mundo con su lujo y sus liviandades,—necesita hallar un hijo que abandonó en la inclusa hace muchos años. ¿Para qué? Porque ese hijo le dará la posesion de una herencia, la del duque de Ripamilan, uno de sus amantes, que la ha impuesto una condicion *sine qua non:* la de que busque y encuentre á aquel niño, reparando la grave falta en él cometida abandonándole. El caso es que hallar aquel hijo, del cual no se tienen señas, es tan fácil como encontrar una aguja escondida en un pajar; pero no es eso lo que se pretende. Rodolfo la buscará un niño, uno cualquiera, y revestirá su farsa con tales circunstancias de verosimilitud legal que el juez tendrá que entregársele á Dorotea.

—Ya está encontrado,—exclamó Rodolfo.—Hija mia, puedes regocijarte. Ya tienes hijo: su nombre de inclusa es Valentin del Hijo de Dios.

X

DON RODOLFIN EN CAMPAÑA

Cuando el tren se detuvo en la estacion de Nidonegro un solo viajero descendió al andén. Apénas habia puesto este el pié en tierra cuando la locomotora silbó, crujieron los enganches y tornillos de los carruajes y el largo convoy continuó su marcha con redoblada velocidad, como si el peso de que acababa de librarse le hubiese aliviado la fatiga. El viajero llevaba un trajecillo á cuadros del más elegante corte, un sombrero gris y un ligero abrigo de verano. En su negro y gentil bigote, en su curva nariz, en su andar petulante que sólo se concibe en las losas de la Carrera de San Jerónimo, ha reconocido ya el lector al ínclito Rodolfo. Preguntó á un mozo de la estacion si estaba muy léjos el pueblo.

—Media legua,—le contestó el mozo, marchándose al muelle, donde pesados deberes le aguardaban.

—Oiga V.,—le gritó Rodolfo, cuando ya iba á alguna distancia,—¿y no hay algun coche para subir?

—El de San Francisco,—repuso el mozo, sin volver la cabeza ni detener su paso.

Mucho le enojaba á Rodolfo la caminata pero no habia sino emprenderla. Un pié tras otro recorrió la cuesta sin encontrar persona que le guiara. El paisaje, bañado de luz y alegrado por algunos grupos de árboles, sonreia con las curvas del Mazarambror paralelas á las de la vía férrea, cuyos rails se prolongaban negros y brillantes sobre los arenosos terraplenes. Los pulmones del empedernido madrileño no estaban hechos para tragarse media legua de cuesta arriba; además, aunque no eran más que las nueve de la mañana el sol caia á plomo con la fundente pesadez del estío. El piso de la senda, removido y pulverizado por el continuo ir y venir de recuas de mulas, cargadas de la miés recien segada, cubrió bien pronto de blanco los zapatos de charol de Rodolfo, y cuando este llegaba á las primeras casas de Nidonegro todos los encantos de su vestimenta habian sido deslucidos por el polvo. Antes de entrar en el pueblo quiso apartar de sí tanta suciedad y sacando del bolsillo el pañuelo se sacudió los zapatos y el sombrero.

—¡Uf! ¡qué asco!...¡Esto es un arrabal de Marruecos!

Las casas de Nidonegro, escalonadas en áspera cuesta, enseñaban sus viejos tejados y sus enormes chimeneas. En la calma de aquella atmósfera ardiente, el humo de los hogares se quedaba flotando sobre las viviendas cubriéndolas de un á modo de crespon. Recorrió el madrileño la única calle del lugar, animada con los rústicos alborozos de la cosecha. Tal cual carreta llena de haces de trigo, algunos borriquillos que hacian heróicos esfuerzos para sobrellevar los repletos serones, labriegos en mangas de camisa, mujeres fatigadas y con los rostros y el cuello reluciente de sudor, componian el cuadro.

Por fin se encontró Rodolfo ante una casa de humilde aspecto, pero que á pesar de su modestia se destacaba sobre las otras ruines moradas que le ayudaban á formar una plazoleta. Rodolfo examinó los dos pisos de la casa, adornado el bajo de rejas, el superior de un balcon corrido, y descubrió tras el ángulo que formaba el tejado la cima de un ciprés, lamida y escueta como una bandera en reposo. Dirigiendo su vista á la derecha vió una familia de recien nacidos polluelos que capitaneados por una orgullosa clueca picoteaban la yerba nacida entre las junturas de las piedras. Y examinando al lado izquierdo de la plazuela vió un anciano que traia á lomos medrada carga de haces. Cuando iba á llamar, y ya tenia asido el aldabon de la puerta, apareció en el portal una señora vestida de negro, con sus guantes del mismo color, con su sombrilla tamaña como un paraguas y á la cual dama seguia una criada tambien vestida de luto.

—¿Qué deseaba V.?—preguntó la señora.

—¿Los señores de Rubin?

—Esta es su casa, pase V. adelante. ¿A quién desea ver usted?

—A los dos. Es un negocio de cuenta el que me trae de Madrid.

Y miéntras doña Ernesta le guiaba al salon del piso principal, Rodolfo iba detrás tarareando por lo bajo. Don Eleuterio, al encontrarse con aquel caballerito, saludóle y le invitó á tomar asiento.

—Señores mios,—dijo Rodolfo adoptando una actitud que á fuerza de ser pretenciosamente grave se hacia ridícula,—soy representante de la madre del niño... del...

El discurso se enredaba entre los dientes, porque á pesar del mundo que tenia Rodolfo y de su desparpajo, habia en la mirada de doña Ernesta, llena de severidad, y en la inocencia con cabellos blancos de don Eleuterio, algo maejstuoso que le imponia. El frívolo y audaz cortesano al encontrarse con aquellas gentes de una raza que no conocia, se desconcertó y perdió el aplomo. En medio de la atmósfera infestada de lujo y vicio, el Gerineldos tronaba como Júpiter, tenia ingeniosidades y frases agudas, sutileza de vocabulario con que decirlo todo, pero allí le faltaban las palabras como á un parisien le faltarian en una tertulia de rusos.

Tras la sorpresa que á los ancianos les produjo lo que adivinaron entónces, y como don Eleuterio, no sabiendo qué contestar, consultase con su mirada á doña Ernesta, dijo ella:

—Por lo visto este caballero se refiere á nuestro hijo.

—¿Su hijo?... ¿de Vds?... El niño...

Rodolfo estaba perdido. Nada, nada, es que le faltaban las palabras, es que se le habia olvidado el idioma.

—Sí,—afirmó doña Ernesta con palabras que salieron de sus labios claras y vibrantes,—del infeliz niño á quien recogimos en la más triste miseria.

Hubo un silencio para todos enojoso. El caballerete, no sabiendo por dónde salir ni qué giro dar á su discurso, contemplaba con aire de estupidez las paredes de la sala, los cuadros de litografías que la adornaban, el reloj de Lepante que Valentin habia vuelto á armar y contaba las horas encima de una vieja cómoda, los dos fanales que cubrian unós ramos de flores imitadas con cabellos blancos y rubios... ¡Qué caramba! ¡taratatí! era una tontería aquel miedo. ¡Cómo se reirian Dorotea y su tia doña Leticia, Irene y Honorina, el vizconde de Fariña y Elizondo de sus estúpidos titubeos de colegial que no se sabe la leccion!... ¡Ea, pecho al agua! Como el jinete ajustador al emprender la carrera se afirma en los estribos y aferra la oreja en la muñeca, Gerineldos rebuscó sus planes, se afirmó en ellos y dejó en libertad su lengua.

—En efecto, señora,—dijo dirigiéndose á doña Ernesta,—ese niño ha sido un sér desgraciado, pero hoy empieza su fortuna... Ese niño, Vds. lo ignoran acaso, tiene padres.

—¡Nadie lo diria!—afirmó con severidad doña Ernesta.

—Sí, tiene padres, y si circunstancias eventuales les han hecho permanecer alejados de él hasta hoy, hoy quieren recoger el fruto de sus entrañas para colmarle de felicidades.

—No tenemos nosotros,—repuso con rapidez doña Ernesta,—el derecho de juzgar á esos padres, que apénas han arrancado de sus entrañas á la criatura la ponen en la inclusa. Esos padres han cometido un crímen y por lo visto quieren que nosotros paguemos su culpa.

¡Taratatí tití!... Héte aquí otra vez perdido á don Gerineldos. Miró los negros ojos de doña Ernesta, en los cuales habia resplandores de fuego, y se quedó turbado como el pajarillo ante la serpiente.

—Eleuterio,—continuó doña Ernesta,—no tengo el derecho de resolver por mí misma este asunto... Tú y yo hemos asumido los derechos paternales sobre Valentin y como padres la ley nos obliga á guardarle de todo daño. Suplico á V., caballero, que sin ambajes nos explique V. su mision.

—Doña Dorotea Perez y Lingorta tuvo hace diez y siete años un hijo del duque de Ripamilan... razones de honor les han hecho ocultarlo...

—No ocultarlo, abandonarlo,—replicó la dama.

—Muerto el duque, habiendo desaparecido las razones que motivan esta sensible ocultacion de un amor que en todo pecho humano existe...

—Que debe existir,—rectificó doña Ernesta.

—Trata doña Dorotea de recobrar su hijo... Soy persona de toda confianza para la doña Dorotea susodicha,

siguió diciendo Rodolfo, en cuyo lenguaje se advertian las recientes lecciones de un hombre de leyes,—he practicado gestiones en las inclusas. Allí me han dicho que el niño Valentin fué depositado en el torno del Santo Niño el dia 15 de marzo de 1850; que despues fué entregado á una nodriza externa de aquella santa casa; que habiendo muerto esta nodriza, Vds. acogieron provisionalmente en un principio y acabaron por adoptar al niño Valentin... Y ahora, en nombre de la madre, vengo á darles gracias por lo que han hecho, á rogarles que me entreguen al niño para que, como es justo y la ley dispone, sea restituido á las caricias maternales... por supuesto, con la intencion que la doña Dorotea abriga, y de que yo respondo, de reintegrarles á Vds. de los gastos que el niño les haya ocasionado.

Doña Ernesta y su hermano se dirigieron uno á otro rápidas, ansiosas miradas, y el ingeniero, no pudiendo ya contener su indignacion, gritó poniéndose en pié:

—¡Todo eso es un conjunto de infamias!

Gerineldillos tuvo una sonrisa y una inclinacion de cabeza que tradujo con estas palabras:

—Comprendo el dolor de ustedes.

—No, no nos tenga V. lástima,—repuso doña Ernesta con altivez,—si Valentin se separa de nosotros le despediremos con alegría, pero esa .. madre tendrá que recibirle con remordimiento.

(Continuará)

FIESTAS POPULARES

La noche de San Juan

Las fiestas populares son la fórmula más completa de una época cuyo orígen se pierde en la noche de las tradiciones. Las razas y las conquistas dejan á su paso por los pueblos subyugados, recuerdos indelebles de su dominacion, y á los ojos del observador, á pesar de la destructora rueda del tiempo que todo lo aniquila, comparecen las diversas costumbres de otros siglos por medio de un exámen histórico y filosófico.

Hé aquí la razon porque algunos escritores creen que España no es un pueblo cuyos hábitos ha generalizado el tiempo, sino la reunion de los diversos estados que se destruyeron mutuamente por medio de una guerra interior. Por otra parte, la nacionalidad española es complexa, es la fusion de la nacionalidad romana, de la nacionalidad goda y de la nacionalidad árabe.

La España romana desapareció con la irrupcion de los bárbaros del Norte. La España goda no murió completamente, pero abdicó la mayor parte de su preponderancia en las aguas del Guadalete, y despues de la desaparicion de Don Rodrigo, el genio de los pueblos septentrionales se *hizo español* y derramó su sangre con profusion por un principio de unidad monárquica y religiosa. Despues de muchos años de una lucha interior entre los árabes y los españoles, la victoria coronó los esfuerzos de los cristianos para que una reina magnánima y católica, modelo de soberanas y orgullo de las mujeres, gobernase en nombre de las tradiciones políticas de Toledo y Burgos á un pueblo árabe en sus leyes y costumbres. Unicamente la religion triunfó como árbitro omnipotente. En el territorio conquistado por los soldados de la Cruz debian conservarse por muchos siglos las reminiscencias de la corte de Boabdil el chico. Los conquistadores tomaron de los conquistados usos y costumbres, que los conquistados hermanaron con las creencias de los conquistadores. De esta suerte perpetuaron unos y otros en aquella parte de la península un espíritu romancesco y poético, mezcla incomprensible de la voluptuosidad árabe y de la rudeza castellana.

Quede, pues, consignado que la nacionalidad árabe y la española se refundieron despues de la toma de Granada y que las costumbres populares son la prueba más elocuente de la verdad de nuestras consideraciones. La verbena de San Juan es la expresion completa de la nacionalidad española, en la que se amalgamaron las costumbres de los árabes con los recuerdos de los cristianos. Su orígen fué puramente religioso, pero por su índole se hizo profana, corriendo vagabunda del campamento de los cruzados á la plaza pública de las ciudades, y de Leon á Córdoba y de Oviedo á Granada.

Nosotros procuraremos buscar su orígen en el espíritu religioso de aquellos tiempos y explicaremos cómo dos pueblos enemigos en creencias se apropiaron esta festividad, ya como regocijo popular, ya como ovacion cristiana.

La verbena de San Juan nació en el siglo IX, en las cruzadas, con las peregrinaciones á la Palestina y con el Oriente, lugar privilegiado de poesía y misterio para los meridionales de ardiente imaginacion y vena tan poética como romántica. En un principio la Iglesia se hizo árbitra de esta fiesta popular, y las creencias religiosas consagraron esta noche como una solemne fiesta que servia de plazo irrevocable para aquellas generaciones. Más tarde vino á ser un *auto sacramental* celebrado por el pueblo; en los siglos XVI y XVII degeneró en una comedia de *capa y espada* con amorosos requerimientos y aventuras novelescas, y en la actualidad no es más que un *sainete* de escasa originalidad, donde en cambio de la fe de la Edad media y la poesía del reinado de los austriacos en España, sólo se conserva ese principio de aglomeracion popular que siempre se echa de ver cuando se celebra alguna tradicion religiosa ó recuerdo histórico á costa de los piés que bailan y del estómago que revive con el fuego de la digestion despues de algunos excesos bucólicos. El sentimiento se emplea entónces con mucha cautela.

La noche de San Juan puede considerarse á la vez como fiesta religiosa y como espectáculo profano. ¿Seria en un principio el *sábado* del populacho que desafiaba el *sábado* de las ¡brujas? ¿Seria una manifestacion espontánea del alborozo que causaba la vuelta de los cruzados y más tarde de los peregrinos? ¿Seria una especie de aniversario guardado de padres á hijos por una remota tradicion? ¿O la mutacion de una costumbre de los tiempos primitivos de la Iglesia cristiana cuando se celebraban las entradas triunfales y las procesiones con



EN EL ESTRIBO, cuadro por Meissonnier

(copia de una heliografía publicada por E. Lecadre y C.ª de Paris)



LA REVUELTA DE LOS LABRIEGOS, cuadro por L. Herterich

multitud de hogueras que llegaban hasta los claustros de alguna abadía ó la plaza de armas de algun castillo feudal?

¿O más bien un tributo de alegría popular dedicado al Baptista que habia recogido las aguas del Jordan, de aquel rio cuyas orillas visitaban los caballeros y palmeros (1), para bautizar al Redentor del mundo?

Nosotros creemos que la noche de San Juan no fué más que una fecha religiosa celebrada en gracia de los recuerdos caballerescos de aquellos tiempos. Por este motivo comenzaron pronto en ella las fábulas y las preocupaciones y se apropió á esta fiesta popular un carácter maravilloso que podria compararse á los dias adversos ó prósperos de las *Mil y una noches*. De esta suerte la fecunda y galana imaginacion de los árabes se hizo árbitra de los deseos de ambos pueblos y aprovechó los tesoros de su fantasía para darle un carácter galante y aventurero con cierto misticismo religioso que purificaba el orígen de las aberraciones de la magia y de las locuras del corazon.

Con gran estrépito y algazara era celebrada entre los árabes la noche de San Juan (2), y en medio del regocijo público, las enemistades de los diversos bandos en que estaban divididos, revivian con el fuego del entusiasmo y el poder de las preocupaciones religiosas. Durante esta noche árabes y españoles deponian sus armas, y el espíritu de rivalidades dormia en brazos de la alegría popular.

Las descripciones que de esta noche encontramos en los romances, son la prueba más evidente de lo que llevamos dicho en el presente artículo. Los hechos tomaban entónces las proporciones de lo sobrenatural y sólo hablaba el celo religioso, la fantasía: la razon enmudecia y se creia en todo; en los presagios, en las palabras misteriosas, en las malos agüeros; en todas las reminiscencias de la mitología antigua, en las preocupaciones del cristianismo y en los sueños del Koran. Hé aquí las palabras textuales de algunos romances que tenemos á la vista, y nuestros lectores podrán juzgar de esta manera de la verdad y rectitud de nuestras palabras.

El romance tercero morisco de Zara, esposa del rey Boabdil (3), comienza de esta manera:

La mañana de San Juan
salen á coger guirnaldas
Zara, mujer del rey chico,
con sus más queridas damas
que son Fatima y Xarifa,
Celinda, Adalifa y Zaida,
de fino cendal cubiertas,
no con marlotas bordadas;
sus almaizales bordados
con muchas perlas sembradas,
descalzos los albos piés
blancos, más que nieve blanca.
Llevan sueltos los cabellos
no como suelen tocadas,
y más al desden la reina
por celosa y desdeñada;
la cual llena de dolor
no dice al rey lo que pasa,
ni quiere que en la ocasion
su pena sea declarada.
Estando de varias flores
las moras ya coronadas,
con lágrimas y suspiros
á todos la reina habla...
. . . .

En el *Cancionero de romances* leemos lo siguiente:

...... es un tal dia
que llaman señor Sant Juan,
cuando los que están contentos
con placer comen su pan,
cuando los desconsolados
mayores dolores dan (4).

En el romance de las *fortunas del conde Arnaldos* dice (5):

¡Quién tuviera tal ventura
sobre las aguas del mar
como tuvo el conde Arnaldos
la mañana de San Juan!
con un falcon en la mano
la caza iba á cazar...
. . . .

En el de *Julianera, hija del emperador* (6):

Busco triste á Julianera
la hija del emperante,
pues me l'han tomado moros
mañanica de Sant Juan
cogiendo rosas y flores
en el verjel de su padre...
. . . .

Y en el de *Moriana y el mozo Galban* (7):

Por aquellos altos montes
caballero vió asomare,
llorando viene y gimiendo
las uñas corriendo sangre
de amores de Moriana
hija del rey Moriane.
Captiváronla los moros
la mañana de San Juan
cogiendo rosas y flores
en la huerta de su padre (8)
. . . .

Juan de Linares, uno de los poetas antiguos españoles que más se distinguen por lo esmerado y conceptuoso de sus pensamientos, pone en boca de un caballero los siguientes versos (9):

Mi señora me demanda,
buen amor cuándo vendreis,
si no vengo para Pascua
para San Juan me aguardeis.

Hé aquí, por último, un romance que reune á la sencillez de sus conceptos, la verdad del sentimiento espiritual de aquella época:

Mañanica de San Juan
vide estar una doncella
ribericas de la mar,
sola lava y sola tuerce,
sola tiende en un rosal,
miéntras los paños se enjugan
dice la niña un cantar:
—¡Dó los mis amores, dó los,
dó los andaré á buscar?
Más abajo, más arriba,
diciendo iba el cantar;
peine de oro en las sus manos
por sus cabellos peinar:
dígasme tú el marinero
que Dios te guarde de mal,
si los viste á mis amores,
si los viste allá pasar.

Nosotros creemos que los fragmentos que acabamos de insertar en este artículo, son un testimonio irrecusable del carácter á la par que religioso, romancesco, que tenia la noche y mañana de San Juan.

Despues que la conquista modificó el carácter de la sociedad árabe y española, ó por mejor decir, despues que se refundieron en una, la noche de San Juan amalgamó las costumbres de ambas en menoscabo de su pureza y religiosidad. Entónces degeneró en verbena; en regocijo profano; en un espectáculo público de índole aventurera y romancesca.

Por un lado encontraba quince ó veinte caballeros en un zaguan donde una mujer era el *cicerone* de un altarcito adornado con mal gusto y en la habitacion contigua algunos galanes y doncellas pasaban la noche entre punteadas y danzas rematadas por vasos de sorbete de limon y guindas repartidas con largueza. Allí tres ó cuatro jóvenes de ojos negros y cabellos ensortijados, rezaban por lo bajo alguna oracion para escuchar ¡ay! esa delicada voz, sueño y esperanza de toda mujer, tal vez la voz de sus galanes ocultos detrás de una reja, que les revelaban el dia en que recibirian la bendicion del matrimonio. Aquí otras hijas del amor sacaban agua de un pozo á las doce en punto de la noche, —un minuto de más ó de ménos imposibilitaria la prueba,—para ver en ella al que un dia habia de ser dueño de su corazon. Ya se ponian al sereno hojas de alcachofa, de cardo ó de zabila para que floreciesen ántes de la madrugada; ya los hombres más resueltos se sobresaltaban si distinguian al salir de su casa á un perro negro, ó si al dar limosna á un pobre ó al cambiar una moneda venia al suelo de cara ó cruz. Se sembraba el helecho para que reverdeciese á las pocas horas, ó rebuscaban los granos de la ruda para ser madres las que los comian al cantar del gallo.

Estas reminiscencias de los árabes y de los antiguos españoles, se trasformaron ó perdieron en el trascurso del tiempo. En la actualidad no sólo desapareció en parte el pensamiento religioso, sino que la civilizacion destruyó para no restaurar, como aconteció con las diversas costumbres de las sociedades modernas.

La noche de San Juan de nuestros dias, es el recuerdo de sí misma: una fecha histórica, en la cual viene á las mientes la antigua noche de San Juan, elevada en su advocacion, poética en sus hábitos y caballeresca en sus instintos.

FÉLIX REY

---

(1) Así se llamaban los peregrinos que iban á Jerusalen por las palmas que traian á Europa.

(2) En el romance sexto de la batalla de Roncesvalles se dice que es esta mañana,

donde moros y cristianos
hacen gran solemnidad.

(3) Romancero general, 1614.

(4) Anónimo.

(5) Anónimo.

(6) Anónimo.

(7) Anónimo.

(8) Sobre las fiestas de los árabes véase la *Historia de Granada de Abenamin*, traducida al castellano por *Perez*.

(9) Florest. de Rimas, aut. esp.—Tomo primero.—Hamburgo, 1824.

EL TORPEDERO 68

El paso de un torpedero por Paris al dia siguiente de ocurrir los sucesos de Fou-Tcheou y de Shei pou, y tal vez en la víspera de un conflicto mucho más grave entre franceses y chinos, no podia ménos de excitar la curiosidad, siempre despierta, de los habitantes de la capital. Sin embargo, el viaje de la temible máquina no tiene precisamente por objeto ofrecer un espectáculo recreativo á los parisienses ociosos, pues se trata de un experimento muy útil que permitirá averiguar si los arsenales del norte se podrian comunicar, en caso necesario, por las vías interiores con el gran puerto militar francés del Mediterráneo. En tiempo de guerra, y hasta en la hipótesis, aunque gratuita, de que el pabellon de la república fuera expulsado del canal de la Mancha y del Atlántico, esos arsenales contribuirian, sin embargo, eficazmente á la defensa de las costas meridionales.

El torpedero 68, que ha llegado á Paris por el Sena, procedente del Havre, se halla actualmente amarrado más allá del Puente Real, donde permanecerá algunos dias, continuando despues su marcha por el Sena, los canales de Borgoña y Saona, el rio de este nombre y el Ródano hasta el puerto de Bouc, desde donde irá por mar á Tolon, su punto de destino. Debe hacer escala en Montereau, Laroche, San Juan de Losne y Lyon. Seguro es que su capitan, Mr. Martel, tendrá que defenderse durante todo el trayecto contra la invasion de los curiosos, pues por mucha que sea su bondad, en su barco hay muy poco espacio, y sólo podrá admitir á algunos privilegiados.

El torpedero se construyó en agosto de 1884 en los arsenales de Mr. Normand; está destinado para las costas y más particularmente para la defensa móvil de los puertos. Mide una longitud total de 33 metros por una anchura de $3^m,28$ en el centro; el espacio hueco sobre la quilla del casco sólo tiene $1^m,85$ en su mayor profundidad, pero su escudo, elevándose de $1^m,25$ á $1^m,30$, aumenta otro tanto la altura de los compartimientos habitados á bordo. En el anclaje, la línea de flotacion es paralela á la quilla; durante la marcha, la segunda se eleva por la proa, y la diferencia del calado es de $1^m,50$, poco más ó ménos, teniendo en cuenta la cruz del timon. Cuando el torpedero está cargado desplaza 49 toneladas, en cuyo peso el casco figura por $18^t,3$, la máquina por $5^t,1$ y la caldera por $7^t,7$. El excedente de carga resulta ser, por lo tanto, de unas 18 toneladas, ó sea un 36 por ciento del desplazamiento total Esta escasa relacion se comprende tratándose de un barco en que todo se sacrifica á la celeridad, es decir, á la máquina.

El motor es del sistema compuesto, de tres cilindros verticales, y desarrolla una fuerza de 330 caballos de 75 kilográmetros; la caldera, del tipo locomóvil con llama directa, está timbrada á $8^k,480$; consume 400 kilógramos de carbon por hora y por metro cuadrado de rejilla, cuando funciona con tiraje forzoso, y la presion de aire es de $0^m,16$. Todas las piezas de la máquina son de acero. La celeridad obtenida en los ensayos fué de 20'9 nudos por hora, ó sea la de un tren ómnibus; mas para el servicio se podrán contar de 18 á 19 nudos

En nuestro grabado (fig. 1) se representa el torpedero 68 y una vista general de la embarcacion en su anclaje.

El casco está dividido en diez compartimientos, como lo indica el croquis del corte longitudinal (fig. 2): el posterior, A, contiene la barra y cierto número de barriles de agua dulce; B es el compartimiento destinado á los maestres y contra-maestres (hay dos de los primeros y tres de los segundos), y C es el camarote del capitan, donde hay un depósito de agua de 700 litros.

La cámara de las máquinas, D, encierra la máquina motora, la de circulacion para la turbina del condensador de superficie, el caballito para la alimentacion de la caldera, la máquina motora del ventilador, y un cajon lleno de agua para dicha caldera. El compartimiento E contiene la caldera, los pañoles del carbon, donde hay 6'5 toneladas de pedernales y el ventilador. El compartimiento siguiente, N P F es el punto desde donde se arrojan los torpedos: el capitan, situado en el kiosko N, y sirviéndose de una palanca *b*, puede lanzar el proyectil; el hombre de la barra está en P, donde hace funcionar la rueda *e*, cuyos guardines van á reunirse en la proa con la barra *a*. Unas aberturas en *r* y *t* permiten ver el exterior y gobernar. En F están las postas de los dos torpedos de reserva.

El compartimiento de la tripulacion, compuesta de ocho hombres, se halla en G; en su parte anterior hay tres parapetos H K y M, atravesados por los dos tubos de arroje, simétricamente dispuestos á cada lado del diametral; sus bocas, abiertas en el momento de la accion, se cierran con tapas en tiempo ordinario.

Los torpedos que lleva el 68 son del tipo auto móvil, sistema Whitehead, y fusiformes; miden $4^m,40$ de longitud, y llevan en su parte anterior la carga de algodon fulminante que debe estallar por el choque. Una máquina de aire comprimido, sistema Brotherhood, les comunica una celeridad propia de 10 á 12 nudos. Dispárase por medio de una reducida carga de pólvora colocada en el fondo del tubo.

Estas máquinas (hay cuatro, dos en los tubos y dos de reserva) se embarcan por medio de un pequeño carril movible *d x e*. Cuando el vehículo que recibe el torpedo está en la parte baja de la rampa, inclínase la porcion *d x*, que gira alrededor del punto *d*, siendo guiada por las planchas *s s*, de modo que viene á colocarse enfrente de los tubos; entónces se empuja el torpedo y hácese la puntería con la culata del lanzador despues de haber cargado este último.

Cuando el torpedero se pone en marcha ciérranse todas las puertas y escotillas; de modo que sobre el caparazon sólo se ven el kiosko, las chimeneas y la manga de viento; los tubos están destapados, y el capitan lanza sus torpedos en el instante que juzga oportuno. Los torpedos se proyectan como balas, sumérgense apénas tocan el agua, y gracias á su máquina propia encamínanse hácia el punto que se desea alcanzar. Un regulador de inmersion, que es la pieza importante del privilegio de los se-

ñores Whitehead y Luppis, los mantiene, segun el caso, á 2 ó 3 metros de la superficie.

La extremada celeridad que se comunica á los torpederos tiene por objeto facilitar un ataque repentino, pero ante todo una pronta retirada despues de haber descargado los tubos. Como por lo regular presentan la proa al enemigo, sus máquinas quedan preservadas por el grueso de cinco planchas de palastro contra las balas de los Hotchkiss; pero esta proteccion, no siempre eficaz, es nula contra el tiro de la artillería ligera. Los inteligentes á quienes se considera como especialidades están muy divididos aún en la cuestion sobre la fuerza de los torpederos; sin duda es temible, aunque las condiciones actuales de los acorazados la hagan ilusoria con harta frecuencia; pero siempre es efímera y está á la merced de un cañonazo feliz. Creemos ser el eco de la opinion general de la marina francesa al no reconocerle sino una importancia moderada en los combates de los acorazados.

El torpedero 68, como todas las embarcaciones análogas, es de plancha de acero; las obras vivas tienen 4 milímetros de espesor, y el encastillado y el escudo 5. El coste viene á resultar en unas 250,000 pesetas. El precio de los torpedos Whitehead que emplea varía de 10,000 á 12,000 pesetas cada uno; de modo que el proyectil, segun vemos, es bastante dispendioso. Si agregamos á esto la naturaleza esencialmente engañosa de su accion, se reconocerá que esas embarcaciones, dotadas de una rapidez que maravilla, y esos proyectiles provistos de hélices, constituyen el más costoso de los aparatos marítimos de guerra.



EL CANDOR, dibujo por H. Gong

PINTORES CONTEMPORANEOS

MEISSONNIER

Hace casi un año, salia de la suntuosa galería del fotógrafo Georges Petit, donde se apresuraban los aficionados á apurar los últimos momentos de la exposicion consagrada á las obras del ilustre Meissonnier (1). La exposicion comprendia 146 números, entre cuadros, bocetos y estudios, y muchas fotografías, ora de dibujos del maestro, ora de obras que no habian podido reunirse para esta verdadera solemnidad, importante por la significacion del famoso artista é importante sobre todo para un español. Pues por muchos y muy merecidos que sean los laureles de nuestros pintores actuales y aun de todos cuantos hemos tenido en el presente siglo, nadie osará discutir que el impulso inicial de este renacimiento, que ha venido acentuándose desde Goya á Fortuny (por no hablar sino de los muertos), ha partido de Francia, primero con los pintores de la Regencia, luégo con David y sus discípulos, despues con Delaroche y los románticos, más tarde con Gérome, Cabanel, Rousseau, Chorot, etc., las huellas de todos los cuales pueden seguirse en las salas modernas de nuestros museos ó en el curso de nuestras exposiciones.

Uno de los más influyentes ha sido Meissonnier. De él nos han venido, por manera directa é inmediata, los casacones del XVIII, los justillos y borgoñotas del XVII, los muebles, cacharros, tapices, bordados, encajes, rasos, terciopelos, armas y demás piezas más ó ménos arqueológicas de todos los tiempos y países, cuya escrupulosa representacion ha constituido por tantos años el asunto capital de muchos de nuestros más hábiles pintores; hasta llegar á los que componen un cuadro con un sillon, la jaula de un loro y un puño de paraguas. Apresurémonos á congratularnos,—sea dicho con el debido respeto á los artistas de verdadero mérito indiscutible,—de la agonía de este género en nuestro último certámen nacional. Porque si dentro de su límite es como todos legítimo, nunca se sobrepondrá á la gran pintura, á la pintura humana, que pudiera decirse, en la cual entra en cierto modo el paisaje, y que es la única que, no sólo recrea con su perfeccion técnica, sino que por la idea y el asunto pone en movimiento á las potencias superiores de nuestra fantasía.

Seria injusto, con todo, atribuir á Meissonnier los excesos de sus imitadores. En este caso, como usualmente acontece, los discípulos suelen ir más allá que el maestro. Cierto que entre el gran número de sus cuadros apénas habria veinte capaces de interesar profundamente por sus asuntos: la inmensa mayoría son más bien representaciones de una figura ó una escena pintoresca, tomadas de la vida familiar, á la manera de los holandeses, de quienes tan directamente se deriva su tipo artístico. Cierto que, como estos, se complace más su espíritu en la expresion del aspecto exterior de las cosas; pero como ellos tambien, sus cuadros parecen inspirados en el intento de reproducir, no sólo una mancha agradable, una actitud graciosa, un juego de líneas elegantes, un escorzo atrevido; sino á la vez con esto, tal ó cual momento característico de esa vida usual, jamás desprovisto de cierta poesía y sorprendido allí donde el vulgo ménos presume hallarlo. Bien puede asegurarse que el desden por el asunto, como cosa indiferente en sí y puro pretexto para lucir las facultades técnicas, si logra avasallar la mente de Meissonnier, no se revela sin embargo en su obra, merced á aquella ley divina ley que nos hace realizar muchas veces cosas superiores á las que queremos y de que no nos damos quizás cuenta. Aun en maravillas de ejecucion como la del *Relato del sitio de Berg-Op-Zoom*, donde en un círculo de cinco centímetros de diámetro conversan dos admirables figuras, sentadas en un banco al pié de las murallas de la ciudad, traspira siempre esa tendencia, superior á la del mero halago sensual del ojo, á la idolatría de «la mancha,» propia del puro impresionista ó del que podríamos llamar *virtuoso* de la pintura. De aquí, una cualidad en los cuadros del maestro, que rara vez se halla en los de los discípulos: la sobriedad en esa ostentosa exposicion de telas, muebles, tapices, joyas, cacharros y demás efectos de guardarropía. Sus obras no pretenden competir con el escaparate de un prendero. Por más que él sea tal vez quien ha dado el más pujante impulso al culto de los dos últimos siglos, bajo cuya inspiracion se nos han propinado tales indigestiones de coletos, chambergos, casacones y pelucas, siempre se mantiene en los límites de aquella moderacion propia de los maestros.

Verdad es que no es esta la única cualidad del autor de la *Lectura en casa de Diderot*. Tales son la firmeza de su dibujo y la superioridad con que sabe juntar á la finura de pormenores del más apurado miniaturista del siglo XV una manera ámplia que aleja toda impresion de mezquindad y raquitismo, enfermedades bastante comunes, por desgracia, en los hijos de otros padres, dotados de un temperamento artístico ménos robusto. Todo el mundo conoce, por ejemplo, la maestría con que están hechos sus caballos, tan verdaderos, más verdaderos, que los del mejor dibujante de zoología científica, y en que, á pesar del tamaño y de lo concluido de los pormenores, hay siempre tanta belleza y gallardía.

En cambio, otras cualidades son ménos visibles en Meissonnier. La luz es tibia; el claro-oscuro, y por tanto el modelado, carece en general de vigor; el color es siempre un tanto mustio, á la vez que ágrio en ocasiones: en suma, le falta esta riqueza de iluminacion en cantidad y timbre, como si dijéramos, que precisamente ha venido despues á caracterizar la pintura de nuestro tiempo, muy en particular desde Fortuny. En siete grupos principales puede clasificarse la obra del eminente maestro.

Constituyen el primero las figuras solas, representando soldados, petimetres, músicos, pintores, literatos, lectores, *bravi*, caballeros, etc., cuyos tipos y trajes, por lo comun, pertenecen á los siglos XVII y XVIII; en este grupo pueden incluirse algunos hermosos retratos de animales. Como una de sus mejores y más concienzudas obras, debe citarse el famoso *Centinela de caballería (La vedette)*, fechado en 1864 y perteneciente á Mme. de Cassin. La figura del soldado es excelente; pero la verdad con que está expresado el aburrimiento del admirable alazan, inmóvil y abrumado bajo la pesadumbre del verano, la supera todavía y á toda ponderacion. *L'incroyable* (1858), en poder del baron de Rothschild; el *Grabador*, retrato de su propio hijo (1862); el *Escritor* (1858), el *Bibliófilo* (1862), del baron Springer, algo apagado de color, son, quizás sus más célebres cuadros de este género.

Los episodios de la vida comun siguen al anterior grupo con el cual tienen tanta conexion, y forman tal vez la mayoría de sus obras: escenas campestres, de taberna, de campamento, de juego; riñas, comidas, borracheras, duelos, conversaciones, etc., en los cuales retoza á veces con bonachona ironía el viejo *esprit gaulois* de Béranger. En este tipo, seria cuento de nunca acabar describir todos los cuadros que gozan de mayor nombradía. Véanse tan sólo algunos de ellos. La *Partida de ajedrez* (1857), asunto que ha tratado más de una vez, desde que en 1835 expuso su segundo cuadro, es quizá un poco agria de color; ¡pero qué verdad, qué expresion, qué pormenores! Al lado de otra partida, la de los *Jugadores de bolos*, resulta sin embargo vencida. Este cuadro, con ser de fecha anterior (1851), tiene tales condiciones que probablemente supera á Teniers mismo: el círculo de los espectadores, reunidos en la terraza de Saint Germain; la actitud del jugador, dispuesto para lanzar el bolo; la de su rival, sobre todo; el dibujo y correccion de los más pequeños pormenores... en suma, el tal cuadrito, con ser tan pequeño (10 cent. por 13), se comprende haya inspirado á tantos imitadores dentro y fuera de Francia. No es mucho mayor el de los

(1) Esta exposicion produjo 42,000 francos de producto líquido, 34,000 de los cuales han sido destinados á la obra caritativa de *l'Hospitalité de nuit*, y los 8,000 restantes á los pobres de Poissy.


PAPELERA PRESENTADA EN LA ÚLTIMA EXPOSICION DE TURIN

Dos filósofos, ni inferior tampoco, especialmente la figura que parece argumentar «en forma;» no hay miniaturista comparable. El *Pintor enseñando estampas* (1850) es uno de los más acusados de haber contribuido á extender la aficion á la pintura del *bric-à-brac;* pero aquel estudio pareceria una habitacion desamueblada al lado de otros cuadros posteriores, hechos á su imágen y semejanza. Aunque no de tanto mérito, debe citarse por su intencion, que revela uno de los aspectos del genio del maestro, el de *Los aficionados á la pintura* (1860), en que con graciosa *bonhomie* representa el tormento de un pintor, trabajando en su caballete bajo la molesta inspeccion de tres pedantes, cuyos consejos lo colocan en la situacion que expresan dos pequeños cuadros colgados en la pared del estudio: el *Martirio de San Lorenzo* y *El molinero, su hijo y el asno*, deliciosa burla oriental de la opinion, que ha reproducido nuestro don Juan Manuel en el *Conde Lucanor.*— *Partida ganada* y *Partida perdida*, ambas de 1858, son excelentes, sobre todo la primera, uno de los cuadros en que más riqueza de luz despliega el autor. Se hallan respectivamente en poder de M. Steengraeht y de Sir Richard Wallace, el cual posee tambien un poeta cantando *A la sombra de los bosquecillos*, en medio de un grupo de damas y galanes, que recuerda las cosas de Rubens en este género. Asimismo entona su *Cancion* (1865) un soldado á su compañero en un cuadro excelente (del vizconde de Greffulhe); respirando más mesurada alegría *El vino del cura* (1860), plácidamente saboreado por este y su huésped en la frugal, pero limpia y atractiva mesa de esta obrita, tan diminuta como famosa. Si se añaden *El domingo* (1850), del duque de Narbona; *El albéitar* (1850), de M. Bianchi; *La confidencia* (1857), de M. Siltzer; el *Retrato del sargento* (1874) del baron Schroeder; *La escalera* (1877), *El canto* (1883), se tendrá al ménos una idea remota de muchas obras, cuyas imitaciones han podido verse alguna vez en nuestras exposiciones de bellas artes.

La nota dramática y romántica tiene tambien representacion en Meissonnier. Sus más célebres obras en este sentido son quizás: *Los bravos* (1852), de Sir R. Wallace, que acechan su víctima; la famosa *Riña* en la taberna (1855), de la reina Victoria, grupo admirable de expresion, de correccion y de vida; y las *Consecuencias del juego* (1865), de M. Stewart, algo melodramático, pero de muy perfecta ejecucion.

Ya se ha mencionado la famosa *Lectura en casa de Diderot* (1859), del baron E. de Rothschild, donde media docena de enciclopedistas se hallan deliciosa é íntimamente reunidos... en una tablita de 21 × 27 cent.! La índole del asunto de este cuadro nos introduce en otra serie de obras á que en cierto modo sirve de transicion: las históricas, consagradas á representar momentos de la vida pública nacional, especialmente militares. Tales son: *La barricada*, uno de sus más antiguos cuadros (1848), de M. Van Paet; la batalla de *Solferino* (1860), Museo del Luxemburgo, de que ha hecho tambien algun episodio (como el fechado en 1869); *El emperador* Napoleon I, paseando sobre la nieve (1863), de M. Lepel-Cointet; el mismo en *1814*, asunto tratado de un modo en 1863 (propiedad de M. Defoer) y de otro distinto un año despues (M. Delahaute); Moreau y Dessoles ántes de la batalla de *Hohenlinden* (1876), de Mme. Pereire; preparativos para entrar en batalla en *1805* (1878); *Napoleon en batalla*, acuarela de 1880 (de Mme. Lippmann); *El Guia* (1883), de M. Crobbe; *Las Tullerías* en ruinas despues de la Commune (1871); el cuadro *1807*, perteneciente á Mme. Stewart y que se halla en los Estados Unidos, y la alegoría de *Paris en 1870 71* (1887).

De estas, las más importantes son quizás *Solferino*, el segundo *1814*, *Hohenlinden* y el *Guia*. En aquel, Napoleon III, delante de su estado mayor y á caballo en uno de esos admirables brutos que han salido de aquel pincel, examina el campo de batalla, la famosa torre, de que dentro de poco se apoderará la Guardia imperial. El titulado *1814* representa al primer Bonaparte, á caballo tambien, seguido asimismo de su estado mayor, abatido por las preocupaciones de aquella desastrosa campaña; la figura del emperador, la actitud de todos sus compañeros; las tropas que desfilan á su lado, el celaje plomizo y hasta la nieve y el lodo del terreno, están manejados á maravilla é impregnados del espíritu sentimental á que tanto se presta el asunto. El cuadro de Moreau y Dessoles ántes de Hohenlinden es no ménos romántico: presenta igualmente un paisaje nevado, encima de una de cuyas rocas se destacan aquellas dos figuras en negro sobre el fondo blanco y gris, de un modo magistral. *El Guia*, que conduce á un escuadron de dragones por medio de la Selva Negra, retrata perfectamente la pésima voluntad con que sirve á los enemigos de su país, entre dos de los cuales camina, bajo las miradas más sospechosas... En cuanto al boceto de la alegoría de *Paris* durante el sitio,


JARRON PRESENTADO EN LA ÚLTIMA EXPOSICION DE TURIN

una de sus últimas obras, muestra siempre doquiera en los pormenores la *griffe du lion;* pero además de la falsedad inherente á esta clase de composiciones, resulta el conjunto abigarrado y amanerado.

Esta época terrible porque pasó Francia va unida á ciertos nombres: uno de estos nombres es el de Thiers, que tendido en el lecho mortuorio, fué retratado por Meissonnier. En general, los retratos de este son poco interesantes; salvo alguno que otro, como por ejemplo el de Mme. Sabatier, sin concluir cuando la exposicion de 1884, pero que tal vez era el mejor que allí habia. Otro tanto pudiera decirse de sus interiores: el de *San Márcos* de Venecia, boceto de otro cuadro en vías de ejecucion, es flojo. Respecto de sus paisajes y marinas, están dentro del estilo antiguo, y gracias á las lindas figurillas que los pueblan no son insignificantes. Tal acontece, por ejemplo, con el que representa al autor mismo á caballo en el camino de *Antibes;* obrita que por la figura fué calificada con justicia como una joya cuando fué conocida en 1868. Por último, sus acuarelas son deslabazadas y no pueden competir con sus lienzos, ó por mejor decir, sus tablas, porque la inmensa mayoría de sus cuadros están ejecutados en tablitas, y de las más pequeñas dimensiones: en la exposicion del 84 habia muy pocas que excediesen de 0,50 × 0,40; las más oscilaban al rededor de 0,20 × 0,15, y sólo cuatro pasaban—y no gran cosa—de un metro. Se recordará que el *Relato del sitio de Berg-Op-Zoom* está pintado en un disco de 5 centímetros; el baron G. de Rothschild posee *Le petit fumeur*, que tiene 9 por 6 $^1/_2$.

Para concluir: Meissonnier nació en Lyon el 21 de Febrero de 1815; pero más de cuatro y áun de cinco jóvenes serian muy felices con la frescura que en sus obras despliega este anciano.

F. GINER DE LOS RIOS


EL TORPEDERO 68, (de fotografía instantánea)

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 27 DE JULIO DE 1885 — NÚM. 187

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA FLORISTA SILVESTRE, dibujo por L. Roca

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El calor.—Desfile de bañistas.—El porqué no viajan muchos.—Las estaciones de ferro-carriles.—Paralelo.—Un viaje el año 2.—Un viaje el año 85.—Miraflores y Biarritz.—La venta y el hotel.—El progreso de lo material y el de lo espiritual.—La diligencia y el wagon.—Vivir como la lapa y vivir como el pájaro.—El arte del *tourismo*.—Perspectivas de varios pueblos veraniegos.—El paraíso de las *cocottes*.—San Sebastian.

Hemos llegado á la plenitud de los tiempos estivales, en que todo aquel que puede abandona el horizonte familiar de Madrid para pasar lo que falta de verano cerca de las playas arenosas del Cantábrico, ó á la sombra de los bosques de pinos de la montaña. Hasta ahora ha podido defenderse del viaje el que no lo haya emprendido, con razon de sus deberes que le sujetan á Madrid con cadenas imposibles de romper; pero hoy ya no hay excusa, ya no hay explicacion, ya no hay razon que justifique el retraso. ¡Oh, tú, desventurado madrileño que te tuestas á la sombra de las históricas tejas de la antigua Mantua, si es que ya no has trocado el panorama manzanareño por las perspectivas idílicas de un pueblecillo veraniego, es que ó tu enfermedad te tiene esclavo, ó la falta de dinero te sujeta á las tristezas yermas de Madrid, como la propia insignificancia de los medios de locomocion hace á la lapa vivir pegada á la roca! Los trenes salen diariamente llenos de viajeros: por la mañana y por la tarde las estaciones de ferro-carriles sirven de estribo á miles de personas que ocupando alborozadamente los wagones, dejan á Madrid. La estacion del Norte es la que frecuentemente se ve más favorecida por los veraniegos. Toda esa gran masa humana, todo ese peloton de gente que ocupa los andenes, se va tal vez á San Sebastian ó á Biarritz, acaso á Galicia y á Asturias, es probable que á la Granja ó al Escorial.

Se explica que la rapidez de las comunicaciones, la relativa baratura de los viajes, lo agradable y fácil de los hospedajes veraniegos, sean razones que ayuden á los madrileños á emprender esta odisea estival. Contemplad á esa familia que allá en los oscuros años que dieron comienzo al siglo, y por las ásperas breñas de la Sierra del Guadarrama sube á buscar las frescas huertas de Miraflores, lugar de la provincia de Madrid, celebradísimo siempre por los que deseaban alejarse de sus trabajos y de la rutina de la vida de la corte, en los tiempos en que el trono de Fernando VII andaba por el suelo; ved de qué manera hace el viaje. Un venerable cuartago sirve de asiento al jefe de la familia; en una mula van dos de los hijos, y en dos ó tres borricos provistos de jalmas caminan las mujeres que completan la tribu. Entre sustos y tropiezos sazonados de fatigas y peligros hacen el viaje; las diez leguas que separan á Miraflores de Madrid ocupan dia y medio de marcha con forzado hospedaje durante la noche en una posada innoble, reproduccion de las antiguas ventas cervantinas, donde faltan la comodidad y la economía y donde sobran la suciedad y las aventuras.

Por fin han llegado; sus ojos empapados de las perspectivas de líneas rectas que ofrece una gran ciudad, pueden deleitarse en la contemplacion de un grupo de rocas vestidas de musgo, de un corro de álamos que circundan una fuente. Por milagro de la amistad han conseguido en casa de algun labrador un par de habitaciones que les sirvan de nido; y allí es de ver el ingenio de los viajeros para proveerse de camas donde no las hay; allí es de ver cómo se agrupan sobre un colchon los hombres, sobre otro colchon las mujeres, y amontonados, revueltos, confundidos, empezar su sueño no tan tranquilo y tan reposado como su cansancio tenia derecho á esperar, sino interrumpido y hostilizado por huestes de insectos que tienen en las viejas maderas sus cuarteles generales y que avanzan despiadados sobre los infortunados madrileños.

La comodidad humana, la abundancia de medios de vivir, la civilizacion han hecho necesario placeres mayores para la vida. El convencimiento de que al fin y al cabo las angustias que aquí abajo pasamos no tienen otro remedio que aquel que nosotros mismos le buscamos, ha contribuido mucho á que la humanidad busque senda cómoda por entre los breñales de la existencia. Esta senda se llamó primero carretera y por ella avanzaron las diligencias de que tiraban triples cuadrigas de mulas, cubiertos los pretales de cascabeles y excitadas en su carrera por el látigo del postillon. Viajar en diligencia fué cosa, sobre los primeros viajes que ya hemos descrito, que maravilló á los que la alcanzaron. Tanta rapidez en la marcha, el recorrer 30 leguas en 12 horas, parecia á nuestros abuelos un asombro, una combinacion diabólica que no era compatible con la tranquilidad de la existencia; pero quién habia de decirles que el progreso en los medios de locomocion no habia aún terminado, y que en una burbuja de agua hirviendo, de las que hace estallar la lumbre en la caldera puesta junto al fuego, habia de aparecer el genio del movimiento; esa burbuja de cristal que reventó con ruido murmurante, era como el huevo dentro del cual dormia el titan moderno. Él hizo correr por el mundo caudales de vida, azotó las espaldas de la humanidad para que avanzase más de prisa; tiró de la distancia y la escamoteó, uniendo en la inmensa rapidez de los viajes, las ciudades más lejanas. Ya no se viajó en una diligencia, sino que se pusieron muchas diligencias juntas, y delante de ellas, en vez de dos tiros de mulas, se colocó una máquina negra, fumosa, cuyas calderas encerraban montones de cok encendido y en cuyo estómago hervia el agua de nuestras fuentes, de las que los poetas madrigaleros no habian sabido hacer otra cosa que comparaciones cursis con el sonido de la voz de las pastoras que triscaban en la selva. Cuando apareció el ferro-carril y esa carretera se vió cruzada por dos hebras de hierro que formaban un cinturon no interrumpido al rededor del mundo, dió un cambio tal la vida que apénas si puede concebirse cómo los hombres han asistido á él sin asombrarse.

Desde el momento en que de Paris á Constantinopla se emplean 80 horas, y desde que Madrid y Zaragoza no están separadas más que por 11 horas de camino, es natural que sean muy pocos los hombres medianamente cultos que no pasen una época del año, si sus medios se lo permiten, enterándose de las bellezas que encierra la temporal residencia de la humanidad. Morir allí donde se ha nacido puede ser, es sin duda la idea piadosa, llena de místico regocijo, de todos los espíritus elevados; pero no salir nunca del nido, tiene que constituir tremenda desesperacion para el sér alado. Así el hombre encerrado entre las murallas de la ciudad natal, sintiendo que al rededor de ellas hierve la vida y que de lejanos continentes y de remotos países llegan acentos de idiomas extranjeros, voces de vocabularios desconocidos, reflejos de distintas maneras de vivir, habia de sentirse triste y acongojado, consolándose no más de la monotonía de la vida con la esperanza de los místicos premios. Por eso las aventuras comerciales y guerreras del siglo XVI que dieron á los españoles tan hermosas preseas de oro y glorias, y por eso tambien los viajes de nuestros misioneros y las excursiones de nuestras monjas fundadoras, al estilo de Santa Teresa, eran como portillos abiertos por la inquietud humana en aquel recinto que encerraba á la gente dentro de límites estrechos. Vivir, vivir; volar, volar; atravesar ese espacio que nos está prohibido, quebrantar la monotonía de las costumbres, ir á saciar la sed de mañana en las fuentes que brotan del suelo á muchas leguas de la que alimentó por primera vez nuestros labios, esto ha sido la espuela que habia de herir los flancos de la humanidad, excitándola á recorrer el mundo y á tomar posesion de él

***

Pero viniendo de lo filosófico á lo práctico, y de lo grande á lo pequeño, hemos de decir que sin el ferro-carril no se comprenderia el *tourismo*, ese arte moderno, desconocido de nuestros abuelos, casi desconocido de nuestros padres; y arte le llamo, porque consiste en crear dentro de nuestro espíritu un museo lleno de recuerdos, de perspectivas hermosas que sean encanto de nuestros ojos cuando podamos convertirlos allí dentro, recreándonos en las maravillas que atesora la memoria y que cuida la imaginacion.

***

Biarritz y San Sebastian son dos pueblos rivales. El año pasado he tenido ocasion de hacer la silueta de estas dos poblaciones, que ahora vuelven á ponerse bajo el pico de mi pluma, llena la una de odio para la otra, y ambas henchidas de elegantes viajeros que van allí á saborear los exquisitos pescados del Cantábrico y las alegrías de las playas pobladas por el amor y la moda

Biarritz ha sido un milagro creado por la aristocracia. El campo suyo es el más feo de toda aquella hermosa parte del Pirineo cantábrico. La emperatriz Eugenia le fundó, queriendo ir á pasar los veranos cerca de los españoles sus compatriotas. Acudieron las dos aristocracias, la imperial y la monárquica; la que pasa sus inviernos en Paris y la que los pasa en Madrid. Abandonado despues de la gente acaudalada de la república, los aristócratas españoles han continuado yendo á Biarritz, por respeto á la tradicion. Verdad es que las costumbres de nuestros aristócratas son poco compatibles con la contemplacion del campo: quieren veranear en una ciudad que sea una prolongacion de Madrid; y Biarritz es realmente un compendio de los vicios y de los placeres de una gran ciudad. En el casino, el juego hace ondear su rojo estandarte bajo la proteccion de las autoridades, y en los verdes tapetes donde imperan el *bacarat* y el *golfo*, circulan las fichas de nácar, representante cada una de ellas de una fortuna. En los restaurants y hoteles, mil súbditas de Vénus brindan con sus halagos al que quiere pagarlos; preciosos carruajes circulan por todas partes, ofreciendo las comodidades de un paseo al aire libre. Tres playas llenas de bañistas, son otros tantos teatros marítimos donde la hermosura puede lucir sus desnudos hombros, ofreciéndolos á la hambrienta admiracion de la sensualidad.

***

San Sebastian es infinitamente superior á Biarritz. El casino es hermoso, recien construido; preciosos hoteles y lindísimos y pequeños palacios forman una horquilla en torno de la Concha, la playa más cómoda del mundo. Por todas partes se descubren los montes y las laderas cubiertas de eterno verdor, donde crecen los castaños y los helechos; donde se cultivan los maizales y los cañamales. En los paseos por aquel amenísimo paisaje hállase incesantemente, aquí y allá, repetido el gallardo tipo de la euskara con su sencillo tocado y su rostro sano y noble, espejo del alma de aquella raza enérgica y saludable por dentro y por fuera.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

LA FLORISTA SILVESTRE, dibujo por L. Roca

No todas las flores se crían en los jardines, ni todas las bellezas son monopolizadas por los salones. En el campo se dan rosas y violetas y la cabaña cobija no pocas veces gentiles doncellas, verdaderamente hermosas en su rusticidad.

Un ejemplar de esa belleza silvestre es el dibujo de Roca, tipo simpático, candoroso, y más candoroso y simpático en cuanto ni el afeite ni la moda realzan sus naturales gracias. Y sin embargo esa niña del campo no pertenece ciertamente á las zagalas imposibles de los idilios de Florian; no por cierto: hay en ella verdad, realidad, pero no *realismo*, como se dice ahora, ó sea desde que torturamos las palabras para dar idea de los conceptos. Una vez más el arte, sin disputar ni á la naturaleza ni al estado social sus derechos imprescriptibles, ha hecho resaltar lo bello de una criatura, en lugar de poner en evidencia los estragos propios de su condicion; gracias á lo cual nuestro compatriota ha demostrado no sólo su talento, sino una manera de hacer verdaderamente artística.

LA ESCUELA DE NATACION, cuadro por W. Kray

Entre los más bellos idilios del arte, pocos, muy pocos habrá que, así por su pensamiento como por su ejecucion, estén á la altura del cuadro de Kray que publicamos en este número. El asunto no puede ser más sencillo: una madre, jóven y bella, la esposa de un marino probablemente, adiestra á su hijo en el arte de nadar. ¿Cabe situacion ó accion más comun, más vulgar, si se quiere?... Y bien, aquí el talento del artista evidenciará que no hay asunto pequeño para un talento grande. ¡Qué correccion de formas, qué actitud, qué expresion la de esa madre!.. ¡Con cuánto interés sigue las evoluciones de su hijo en el agua!... ¡Con cuánta naturalidad contiene los movimientos de su otro hijo, que pueden distraerla de su preocupacion principal!... Y esos niños, esculturales y graciosos como los ángeles de Guidó Reni, y ese panorama del mar en que se adivina la predileccion del autor por las aguas venetas, y ese grupo que parece dibujado por Rafael dentro de la forma casta de Murillo, ¡cuánto y cuán bien se conciertan para dar lugar á un todo preciso, justo, en cuya contemplacion pasaríamos horas enteras, sumidos en la plácida calma, que es quizás el efecto más saliente de esa ejemplarísima composicion!

EN LA CUADRA, dibujo por R. Balaca

Cada vez que la suerte nos depara una obra de nuestro inolvidable colaborador D. Ricardo Balaca, nos convencemos más y más de cuánto valia ese egregio artista, fallecido en lo mejor de su carrera. Era Balaca un observador de primer órden, y tan identificado con las costumbres de su patria, que el tipo de que él se apoderaba, podia pasar por modelo en su género. Una vez poseido de la verdad, la reproducia con fidelidad sorprendente, y cuantos conocen nuestra manera de ser y de hacer en el comercio de la vida popular, garantizarán en los asuntos tratados por Balaca, la verdad del conjunto y la finura de los detalles.

Lo ajustado de esta observacion se aprecia en el dibujo que hoy publicamos. Ese mozo de cuadra, ese caballo, los hemos visto infinidad de veces; y áun cuando todos los caballos tienen forma de caballo y áun cuando todos los mozos de cuadra son hombres como los demás hombres, á ninguno se ocurrirá que esa cuadra, ese caballo y ese mozo puedan ser sino puramente españoles.

Balaca no estudió sino á su patria: murió demasiado jóven para haber extendido sus excursiones más allá de unas fronteras, dentro de las cuales hay tanto y tanto que estudiar... Pero, áun así, evidenció cuánto fruto puede obtenerse de una observacion precisa, revelada por una ejecucion esencialmente sobria.

Tales son las condiciones que avaloran la obra de Balaca publicada en este número.

BUENAVENTURA CÁRLOS ARIBAU, estatua por Manuel Fuxá

Los pueblos que olvidan á sus grandes hombres merecieran no tenerlos.

Barcelona, que así lo ha comprendido de algun tiempo á esta parte, ha pagado (aunque no con gran largueza) la deuda que tenia con el insigne autor de la oda *A la patria;* con aquel que, cuando todos prescindian en literatura de la lengua de sus padres, cantó en versos catalanes el amor al suelo en que nacimos y la nostalgia que de nosotros se apodera cuando la vista no alcanza el paisaje de la aldea en que nacimos, ni en nuestro oido resuenan



EXCMO. SR. D. EMILIO ARRIETA Y CORERA

DIRECTOR DEL CONSERVATORIO NACIONAL DE MUSICA

frases de amor en el idioma en que nuestra madre nos encomendaba á Dios todos los dias.

No nos satisface del todo el sitio en que la estatua de Aribau ha sido colocada: cualquiera diria que se ha querido relegarla donde nadie se aperciba de ella. El Sr. Fuxá en su escultura ha sabido triunfar de las dificultades de impresion que causa el prosaico traje de nuestros contemporáneos. No falta vida en la estatua, no falta expresion en la mirada del poeta, y algo dicen las arrugas de esa frente, tras la cual se formó el *¡surge y anda!* del renacimiento literario catalan.

LOS AMANTES DE TERUEL, cuadro por S. Degrain

Este grabado es una copia del precioso cuadro de S. Degrain. El asunto elegido por el artista, en extremo interesante, es harto conocido y popular, pero le recordaremos en dos palabras. Isabel de Segura, jóven de singular belleza, habia prometido su mano á un gallardo mancebo, que debió separarse de su amada para marchar con los cruzados á defender el Santo Sepulcro. Durante su ausencia, los padres de la jóven obligáronla á casarse con otro, sin atender á sus protestas y súplicas; algun tiempo despues, el cruzado volvió de la guerra, ansioso de unirse con la que amaba, pero al saber que debia renunciar á ella para siempre, murió de pesar. Isabel, loca de desesperacion, quiso contemplar por última vez á su amante, mas apénas vió el frio cadáver de aquel á quien jurara amor eterno, fué tan desgarradora su angustia, tan agudo su dolor, que, inclinada sobre el ataud, exhaló á su vez el postrer aliento. La representacion de esta escena debia ofrecer especiales dificultades, que tal vez el artista no haya podido vencer del todo; y esto nos recuerda á Sebastian Muñoz, á quien se exigió que retratara á la reina María Luisa de España, cuando se hubo depositado su cadáver en la iglesia de la Encarnacion, encargándosele particularmente que el ataud estuviera en el centro del lienzo *en ángulos rectos con el plano de su superficie*. No era ésta fácil condicion para pintar un retrato, y harto lo comprendió aquel artista, como tambien S. Degrain, que no ha querido someterse á semejantes trabas. El cuadro revela un cuidadoso estudio, y es particularmente notable por el claro oscuro.

LOS PURITANOS, cuadro por W. J. Neames

Cuando, en el siglo XVII, el Parlamento inglés se divorció del monarca y la cabeza de Cárlos Estuardo, cayendo del cadalso al suelo, ahondó el abismo que separaba á los puritanos de los realistas, empezó una de esas persecuciones que engendra la pasion y que envuelve en una misma ruina á los vencedores y á los vencidos.

Los *cabezas redondas*, como se llamaba á los partidarios de Cromwell, se propusieron exterminar á los *caballeros;* por cuya razon estos debian ocultarse en seguros escondrijos, apénas conocidos de sus más allegados parientes y servidores.

En vano los adustos emisarios del Protector interrogan, en nuestro cuadro, al hijo del proscrito: el tierno infante, perfectamente poseido de la trascendencia de sus contestaciones, sortea el interrogatorio y desconcierta á sus jueces.

Titúlase este lienzo: *¿Dónde viste á tu padre la última vez?* y si bien se examina, no hay una sola figura que no tenga acertada expresion dentro de la escena á que da lugar esa pregunta.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

EXCMO. SR. D. EMILIO ARRIETA Y CORERA director del Conservatorio Nacional de Música

Entre la pléyade de compositores de música, que, á mediados del presente siglo, empeñaron una gloriosa campaña artística para implantar un género lírico dramático español, sobresalia un jóven que apénas frisaba en los treinta años y que, en tan temprana edad, habia merecido ser nombrado maestro director del teatro de palacio. Era natural de Puente la Reina, educado en el Conservatorio de Milan, donde habia obtenido el primer premio de composicion en 1845, y el público de Madrid le saludó como una esperanza del arte, principalmente desde que conoció la preciosa partitura de: *El dominó azul.*

Esa esperanza, iniciada en Italia con la ópera *Ildegonda*, se confirmó al representarse la zarzuela: *Marina*, que es, sin disputa, la perla de nuestra ópera nacional; y apénas hace un año fué sancionada por el público de la corte al estrenarse en Apolo el *San Franco de Sena*, remate de la corona de obras propias de un maestro insigne, en quien, *¡rara avis!* el hombre vale tanto como el artista.

A él se halla confiada la direccion del Conservatorio Nacional; y á buen seguro que si en España hubiera quien se preocupase del porvenir de la escena, el jefe de nuestro primer establecimiento de enseñanza lírico-dramática, podria cosechar ópimos frutos para la patria.

Siempre aplaudido, y hoy como aplaudido respetado y consultado, el autor de *El Grumete*, el amigo íntimo del inolvidable Ayala, el caballero cumplido y el artista *sin enemigos*, puede prestar grandes servicios al arte nacional; puesto que ni la edad, ni la fatiga del trabajo, ni las heridas recibidas en pleno corazon, han quebrantado en lo más mínimo el genio, la fe, el patriotismo, la bondad ingénita de don Emilio Arrieta.

UN AMANTE IDEAL

I

He sido siempre muy amigo de la familia Quiñones, compuesta del cabeza de la casa, su mujer y una hija, morena, graciosa y algo idealista.

En el momento histórico, ó mejor dicho, doméstico, en que comienza la narracion de este verdadero sucedido, tan apreciable familia se hallaba justamente disgustada.

Luisa, la niña de la casa, habia dado un mal paso al bajar la escalera y de resultas de haberse torcido un pié con relajacion del tendon de Aquiles, los médicos la habian prescrito una quietud absoluta durante algun tiempo.

Don Francisco, su padre, antiguo empleado en Hacienda, sólo podia acompañarla por la noche en razon á impedírselo la asistencia á su oficina y doña Catalina su madre, mujer muy hacendosa y trabajadora, pasaba todo el dia sermoneando á la cocinera para que no hiciese algun *desaguisado*, y por lo tanto se veia precisada á dejarla sola la mayor parte del dia.

Así, pues, la pobre reclusa no tenia más distraccion que leer los folletines de la *Correspondencia* y del *Imparcial*, ó ver detrás de los cristales del balcon de la sala los transeuntes que cruzaban por la acera de enfrente.

Debo advertir que la familia Quiñones vivia en el piso principal de una casa nueva de la Cava Baja, calle regularmente ancha y de bastante tránsito.

Luisa vió durante varios dias con natural indiferencia pasar ante sus ojos un sinnúmero de personas desconocidas que con paso más ó ménos acelerado desfilaban ante su vista, hasta que una tarde se fijó en un caballero que se paseaba arriba y abajo, mirando con insistencia á uno de los balcones de la casa. Reparó ya en él y vió que usaba lentes y que aparentaba tener una edad de 20 á 30 años y no parecia tener mal aire con su americana ceñida á las caderas y su pantalon corto y estrecho.

La tarde siguiente y las posteriores volvió á presentarse en la acera el desconocido paseante y esta circunstancia movió á Luisa, por pura curiosidad, á tratar de inquirir quién era la Julieta de aquel Romeo rondador.

Al efecto, dió parte de sus observaciones á la cocinera, que se cercioró de la exactitud del *ojeo* del galan con lentes y en su consecuencia ambas empezaron á discurrir acerca de quién podia ser la favorecida con aquellos continuados é intencionados paseos.

—La del piso primero no puede ser,—observó Luisa,—porque es una señora muy respetable y muy vieja, ama de llaves de don Antonio, el Auditor de la Rota

—Ni la del segundo,—prosiguió la cocinera,—la tocaya de V., la pupila del prestamista, porque además de ser muy fea de por sí, con el sarampion y las viruelas tiene una cara que hace llorar á todos los chicos de la vecindad, cuando por su desgracia la ven.

—Pues lo que es la patrona del tercero, tampoco será,—continuó Luisa,—porque gasta más bigote que un cabo de gastadores, y le lloran los ojos como si fuese una Magdalena.

—Y no hay para qué hablar de las del cuarto cuarto,—dijo la cocinera para terminar su revista,—porque cosen para fuera y no vuelven hasta la noche.

—Entónces, ¿á quién hará el amor?—preguntó Luisa, como queriendo adivinar la respuesta que su interlocutora iba á darle.

—Pues claro está que á V.—respondió la doméstica.

—Calla, mujer, ¡qué cosas tienes! —murmuró la interpelante bajando los ojos.

No continuó la conversacion y Luisa se quedó pensativa. Cruzó, sin embargo, por su semblante una ráfaga de alegría como si sus sospechas hubiesen recibido confirmacion.

Pocos dias despues un incidente, quizá deseado por ella, vino á desvanecer toda duda respecto del verdadero objetivo del incógnito amante.

Seguia con la vista los repetidos paseos de su presunto galan, cuando notó que enseñaba una carta, que entregó luégo á un mozo de cordel.

Llamó inmediatamente á Juliana (que era el nombre de la criada) y la encargó que acechase el cuarto á donde subia aquel Mercurio gallego.

¡Cuál no seria su sorpresa al verla volver minutos despues con el billete en la mano!

—Señorita, para V. es,—la dijo,—yo habia abierto la puerta para enterarme mejor, y el mozo me entregó la carta y le oí decir «este es el piso.»

—¿Para mí?—exclamó Luisa con el sobresalto consiguiente de la jóven que recibe la primera declaracion de amor. ¿Qué me dirá? Yo no sé si debo abrirla ó no.

—Pues que la abra la patrona del tercero,—repuso muy juiciosamente Juliana.

—Tienes razon, la leeremos juntas.

Y Luisa leyó lo que sigue:

«Hermosísima Luisa El encantador semblante de V. y sus naturales atractivos han encendido en mi alma una pasion volcánica y abrasadora que sólo puede calmar un *sí* de sus labios, pronunciado ante el sacerdote de la religion. No ignoro la causa que la retiene sin salir desde el dia en que tuve la felicidad de conocerla, y eso aviva más mi llama. ¡Ah, sí! el amor mudo es el más vehemente. Si al ménos pudiéramos hablarnos en el portal ó en la iglesia, me consideraria el hombre más feliz de la tierra. Su apasionado amante.—*Bruno.*»

—Ya ve V. si yo tenia razon. Usted es la Bruna de ese Bruno,—dijo Juliana.—A la Luisa de arriba no tendria el descaro de llamarla hermosísima y de hablar de su encantador semblante.

—Es verdad, me has convencido, yo soy la pretendida de ese jóven,—exclamó solemnemente Luisa.

—Y V. debe contestarle en seguida aceptando su cariño,—prosiguió Juliana,—porque un novio que empieza hablando de matrimonio es una ganga en estos tiempos. Cuando yo le hablo de eso al mio, siempre se hace el distraido.

—Pero ¿dónde me habrá visto?—pensó para sí Luisa,—yo no recuerdo haberle encontrado en ninguna parte.

Media hora despues Juliana entregaba á Bruno una esquelita concebida en estos términos:

«Caballero, agradezco en el alma la distincion que de mí hace y no seré ingrata para quien me manifiesta tan honrado y vehemente cariño. Pronto desaparecerá la causa que me impide salir á la calle, y entónces trataré de cambiar con V. algunas palabras delante de mi criada. Prudencia por Dios y hasta la vista. Su segura servidora. *—Luisa.*»

Como Juliana no aguardó á que Bruno leyera la epístola, no pudo oirle decir:

—Me parece que el negocio está hecho. Bien lo necesito.

II

Hallábame tranquilamente en mi cuarto leyendo los periódicos de la mañana, cuando ví entrar con visibles muestras de turbacion á mi buen amigo Quiñones.

—Rafael,—me dijo dejándose caer en una silla,—vengo á que V. me aconseje.

—¿Qué le pasa á V., don Francisco?—le pregunté interrumpiendo la lectura.—¿Le han ofrecido á V. alguna cartera, ahora que hay crísis? Acéptela V. desde luégo por lo que pueda tronar.

—No se trata de bromas,—prosiguió,—sino de un asunto muy serio. Ayer sorprendí á Luisa haciendo telégrafos con un caballerete que la miraba fijamente; hice cantar á la criada y supe que toda la vecindad está ya al corriente de este amorío, que dura tiempo há. Como usted comprenderá, es preciso atacar el mal en su orígen y he resuelto cortar por lo sano. Al efecto tendré esta tarde una entrevista con ese Tenorio, aprovechando la circunstancia de que Luisa va á salir en coche con su madre á dar un pequeño paseo. ¿Qué le parece á V. la idea?

—Acertadísima como de V.,—le contesté sin vacilar.

—Y para mayor solemnidad,—continuó diciéndome,—quiero que asista V. á la conferencia en clase de testigo. Tambien me ha prometido bajar don Anselmo el prestamista, que se hace la ilusion de que ese mocito á dónde mira es á los balcones de su casa.

—Me tiene V. á sus órdenes,—le advertí,—pero le aviso que mi papel será exclusivamente pasivo.

Una hora despues de este diálogo me encontraba en el sofá de la sala de don Francisco, teniendo á mi izquierda al amo de la casa, y á mi derecha á don Anselmo, que apénas tomó asiento se quedó traspuesto. Era el prestamista, ya retirado del oficio, un hombre sesenton, bajo de cuerpo, corto de cuello y gordo en demasía, constituyendo lo que vulgarmente se llama una apoplejía andando.

El galan que sin duda creyó que el recado de la criada para que subiera procedia del objeto, al parecer, de sus ansias, no se hizo rogar y á poco penetró en la sala del tribunal que por ser verano, estaba á media luz. Noté que por esta causa ó por su cortedad de vista entró con paso mesurado y ántes de sentarse, despues del saludo corriente, se cercioró de que la silla en que iba á dejarse caer se hallaba bien colocada.

Nunca olvidaré la escena cómica que á continuacion siguió y que me parece oportuno relatar á mis lectores en forma de comedia con acotaciones y todo.

Los personajes son don Francisco, don Anselmo, Bruno y yo.

DON FRANCISCO Usted extrañará, caballero, que le haya llamado sin conocerle. Nada tema V. sin embargo, porque se halla entre personas de respetabilidad y juicio. *(Suena un fuerte ronquido de don Anselmo. Doy con el codo al durmiente que se rebulle al momento y vuelve á aletargarse.)*

BRUNO Yo á nadie temo ni debo, metafóricamente hablando, y el que me secuestre se lleva el chasco del siglo.

YO *(ap.)* El mozo se conoce que es largo y guason.

DON FRANCISCO Yo como padre he debido dar este paso y espero que usted me abra su corazon.

BRUNO No soy hipócrita y lo que siento lo digo.

DON FRANCISCO No me negará que V. pasea la calle con segunda intencion y que mira más arriba que abajo.

BRUNO Pues cuanto más miro ménos veo.

YO ¿Es V. míope?

BRUNO Sí señor, uno de nuestros primeros míopes.

YO *(á D. Fran.)* Me parece que este jóven se quiere quedar con nosotros.

DON FRAN. *(á mí)* Si se queda con mi hija ménos mal. *(A Bruno)* V. comprenderá que como padre no debo dormirme en una ciega confianza. *(Segundo ronquido del prestamista y segundo llamamiento mio.)*



LA ESCUELA DE NATACION, cuadro por W. Kray



EN LA CUADRA, dibujo por Ricardo Balaca

BRUNO	Pero, caballero, hasta ahora no veo claro en este asunto; es verdad que en todo lo demás me pasa lo mismo.
YO *(á D. Fran.)*	No divague V., amigo mio, y plantee la cuestion desde luégo.
DON FRANCISCO	Pues bien, caballero, ¿V. ama á Luisa con buen fin?
BRUNO	Con el mejor de los fines posibles. Para casarme con ella.
DON FRANCISCO	Esa declaracion le honra á V. en extremo. ¿Y qué carrera sigue V.?
BRUNO	Hace años sigo la de derecho, pero no la acabo de alcanzar nunca, porque siempre doblo las asignaturas. Mis padres que viven en Almonacid me han dejado ya como cosa perdida y estoy en casa de unos tios, que me dan casa y comida.
DON FRANCISCO	*(Exasperándose.)* ¿Y con esas condiciones se atreve V. á solicitar para esposa á una jóven pobre, pero honrada?
BRUNO	Dispense V., me consta que no es pobre.
YO	Repare V. que está hablando con su padre y debe saberlo.
BRUNO	Pero si Luisa no tiene padre.
DON FRANCISCO	Pues entónces yo ¿qué soy?
BRUNO	Lo que V. quiera. Luisa es pupila de don Anselmo, que vive en este piso segundo.
DON FRAN. *(á mí)*	Despiértele V.
YO *(á D. Fran.)*	De ningun modo; preveo un *quidproquo* delicioso.
DON FRANCISCO	Me llamo don Francisco Quiñones y este es el cuarto principal y no el segundo, porque hay piso primero.
BRUNO	Entónces por lo visto he hecho una plancha.
DON FRANCISCO	Y aquella carta que escribió V. á mi hija llamándola hermosísima Luisa ¿era para la feísima pupila?...
YO *(interrumpiendo)*	¿Del señor del cuarto de arriba?
BRUNO	Naturalmente. Supe en una casa que la pupila de don Anselmo era muy rica, y como yo estoy á la cuarta pregunta, resolví hacerla el amor para mejorar de fortuna. No hubiera sido diplomático hacerle mi declaracion amorosa llamándola fea y *espantable monstruo* de Caledonia. Además, tengo la ventaja de mirar y no ver, y hasta que recibí la respuesta de su hija de V., que yo tomé por la Luisa que yo buscaba, no me enteré de si me hacia ó no caso.
DON FRANCISCO	¿Con que, segun eso, mi hija?...
BRUNO	Ha hecho otra plancha como la mia.
YO	Jóven, su desparpajo de V. me ha interesado y voy á recomendarle ahora mismo al tutor de su adorada que es el que está roncando á mi derecha. *(Doy una sacudida á don Anselmo que al fin se despierta.)*
DON ANSELMO	¿Qué es eso? ¿Es ya la hora del chocolate?
YO	Aun no; pero me apresuro á presentar á V. á don Bruno.
BRUNO	Horcasitas.
YO	Pues, á don Bruno Horcasitas, jóven de recomendabilísimas prendas que ha venido á reclamar la intervencion de don Francisco y la mia, que me permito emplear, contando con la benevolencia de V., á fin de que le consienta entrar en su casa con el carácter de aspirante de la simpática Luisa, su pupila de V.
DON ANSELMO	De mi mujer dirá V.? *(Todos los interlocutores como movidos de un resorte, se ponen en pié y exclaman:)* ¡Su mujer!
DON ANSELMO	Sí, mi mujer. A nadie he dado cuenta de mi casamiento por razon de la diferencia de edades; pero, rendidas las cuentas de mi tutela, hace cuatro meses que mi pupila se convirtió en mi esposa.
BRUNO	Pues, caballero, V. dispense si quise hacerle á V. mala obra, pero como no llevaba V. en la frente un letrero diciendo: «marido en regla...»
DON ANSELMO	Es V. un insolente.
DON FRANCISCO	Cálmese V.; averiguada la verdad, este jóven no volverá más á pasear la calle.
BRUNO	Eso por supuesto. Perdonen Vds. la equivocacion.
DON FRANCISCO	Lo mismo digo.
YO	Ha sido una equivocacion de pisos.
BRUNO	Doy á V. mi enhorabuena, señor extutor, por la breva que se ha llevado; como no pierdo ninguna Vénus, me limito á desear á V. todo género de felicidades y larga prole, y beso á Vds. las manos.
DON ANSELMO	Aguarde V. y le ayudaré á bajar la escalera.

Al decir esto el ex prestamista se abalanzó detrás de Bruno, que logró salir ántes de que le alcanzara su perseguidor, á quien don Francisco y yo logramos detener en la misma puerta de la habitacion.

Segundos despues vimos subir á Luisa apoyada en el brazo de su madre.

«Papá,—gritó la engañada niña,—le hemos encontrado en el portal. ¿Te ha venido á pedir mi mano?

—»No, señora,—contestó don Anselmo,—la de V. no, la de mi mujer.

—«Entra dentro,—le dijo su padre,—y lo sabrás todo.»

Cuando Luisa se enteró de lo ocurrido se desvaneció un poco y cayó sentada en el sofá.

«¿Con que no era á mí á quien hacia el amor sino á ese esperpento de arriba?—preguntó al volver en sí.

—»No, hija mia,—le contestó don Francisco,—era un novio, corto de vista y largo de lengua.

—»Lo que se llama un... *amante ideal*,»—añadí yo.

Pocos meses más tarde fué trasladado Quiñones con ascenso á Málaga, y segun he sabido, Luisa se ha casado con un vista de la Aduana.

¡Estaba de Dios que habia de casarse con un corto de vista!

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN

EL NIDO DEL CUCLILLO

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuacion)

—No, —gritó de nuevo don Eleuterio,—¡si no se irá!... ¿Pues qué, señor mio?—¿no hay sino dejar á un chico en medio de la calle, como se abandona la rastra de una perra?... ¿y luégo venir á pedir ese hijo como se pide la devolucion de un mueble?... ¿Es que esa señora ignora los vínculos que hemos contraido con Valentin?... ¿es que la ley le autoriza para arrancarnos nuestro hijo?... ¿es que pueden asesinarnos á nosotros, así, con un solo é impune golpe?... ¿y cabe en las combinaciones de las cosas este crímen inícuo?...

Doña Ernesta irguióse en su asiento, extendió su mano, como para atajar la desbordante imaginacion de su hermano, y dijo:

-En resúmen, caballero, que nos negamos á entregar á Valentin... Hemos concluido.

A pesar del aturdimiento que embargaba á Rodolfo, comprendió que aquello era ponerle de patitas en la calle, y salió de la estancia seguido de los ancianos.

Descendió la escalera y á cada escalon en que ponia el pié, un grado más recobraba su serenidad. Su astucia le sugirió un pensamiento, porque volverse tan desairado á Madrid, él que se las habia prometido tan felices con su viaje, molestaba bastante su orgullo. Dorotea la cortesana y su tia la vil usurera doña Leticia habian pasado amargos dias de intranquilidad hasta que se supo de un modo oficial la existencia del niño expósito. Hasta aquel momento, habia estado en crisis su vida. Si el niño se descubria, se descubria el filon del crédito, los acreedores daban respiro, don Bartolin el prestamista soltaria un nudo de la soga con que tenia atada á la cortesana, *Fauno* y *Melindre* continuarian royendo la paja fiada en los pesebres del Hotel concursado. En los primeros momentos de júbilo, cuando se supo que Valentin no era un mito, que respiraba, que comia, que estaba entre los hombres y que se podia encontrar fácilmente... ¡oh! entónces doña Leticia sonrió, la hiena se convirtió otra vez en bruja, la bruja en Celestina, la Celestina en tia amorosa de Dor...

Y entónces, Rodolfo ofrecióse á traer al chico, como se ofrecia, en las cenas de sus aristocráticos protectores, á traer del brazo la pareja de mozas que faltaban para proveer de esposas temporales á algun caballero suelto... y la verdad es que tornar á Madrid en tal estado le apenaba mucho. Por esto estrujó su magin miéntras descendia la escalera, y cuando puso el pié en la plaza, espantando á los polluelos y á la clueca, acabó de surgir la idea y encendióse gloriosamente, como el sol Burner de la Ópera en la vaciedad oscura del coliseo. ¡Idea mágica! ¡idea salvadora, idea grandiosa y resolutiva!... Volvió á subir la escalera para ponerla por obra... Precisamente la hermosa Celedonia habia aparecido entónces tras la cancela.

—Oiga V.,—le dijo Rodolfo sigilosamente,—hágame el favor de indicarle á su señora que deseo hablar con ella tres palabras.

Bajó doña Ernesta, y acercándose á su oido el habilidoso diplomático murmuró estas palabras:

—He advertido que ese caballero toma esto con más calor que V.

—¡Cómo!—exclamó la dama, no comprendiendo lo que significaba aquello.

—Sí, las mujeres son Vds. más prácticas que los hombres, y V. comprende mejor los derechos de una madre... tampoco ignora las circunstancias de la familia que yo represento... es gente rica... tiene influencia...

—Bien, y qué!

—Que si Vds. se prestan amistosamente no habrá dificultad en reintegrarles... Se le darán á V. ocho ó diez mil reales.

¡Paf!... fué una bofetada que parecieron tres... ¿Quién la dió? ¿Quién la recibió?... Ahí tienen Vds. á don Gerineldillos cómo busca su sombrero por el suelo entre los polluelos de la clueca, que creyendo que trata de arrebatarle uno de ellos, le cacarea un insulto. Ahí tienen Vds. á doña Ernesta, cuya alta estatura parece haber crecido un palmo, con la actitud fiera de su rostro y airado crispamiento de sus puños... Rodolfo recogió su sombrero, se le puso y... taratatí... un pié tras otro echó hácia la estacion. Y así terminó este incidente de que se ocuparon tan sólo las gallinas del barrio, que durante muchos dias miéntras ponian entre la paja cacareaban sin cesar: «¡Buena bofetada, buena!»

XI

EL SR. DE RUBEÑA

No es para descrita la atonía moral de Valentin cuando le dijeron sus tios, llegando de improviso á Madrid, que le habia salido una madre y que aquella misma noche seria entregado al Sr. Rubeña, albacea del duque de Ripamilan, para que este le llevase á casa de Dorotea.

En la sorpresa que le producian á Valentin tan increibles mudanzas de su condicion y estado, en la tortura moral que sufria al sentir cómo ruda, brutalmente cortaban aquellos lazos atados por el amor y solidificados por la costumbre, su alma se llenó de odio. ¿A quién? ¿contra quién? Hé aquí un punto que él mismo no sabia descifrar, y en el alboroto de sus emociones, aquel sér desconocido, aquella madre le producia el asombro y la estupefaccion de una sorpresa extraordinaria y no otra cosa más honda.

Iban á salir los tres para llevar al jóven á casa de don Juan Rubeña. Ya estaban los tres cerca de la puerta de la sala. Entónces don Eleuterio, no pudiendo resistir sus impulsos, balbuceó, abrazando de nuevo al jóven:

—No, no es posible que yo te entregue á esas gentes sin decirte ántes que acaso estés llamado á pruebas y á dolores, pero no olvides por Dios nuestros consejos... y si te ves algun dia acosado de peligros, si te consume la tristeza, ven á mí..

—Hermano,—le interrumpió gravemente doña Ernesta, da ejemplo de cordura á Valentin y subyuga tus sentimientos. Es tarde, vamos.

Esperábalos ya don Juan Rubeña en su despacho, envuelto en amplia bata y con su cráneo calvo al descubierto. La tétrica severidad de aquel despacho, con la escasa luz del dia muriente, impresionó mucho á Valentin. Don Juan Rubeña recibiólos con cortesía, les hizo sentar en un sofá y con pocas palabras explicó á Valentin la verdad de todo. Tuvo la rectitud cruel de no ocultar al mancebo nada de lo esencial, pero procuró al mismo tiempo con prudencia y caridad evangélica no hacerle odiosa al hijo la figura de la madre. Cuando oyó Valentin que era hijo del duque de Ripamilan tuvo un sobresalto tal en su espíritu que durante muy buen espacio de minutos ni vió ni oyó cuanto á su alrededor acontecia. Lo único que pudo sacar en claro de entre tan encontradas emociones fué que aquella misma tarde don Juan Rubeña le llevaria á casa de Dorotea. Despues le dejaron solo en el despacho, porque don Juan creia necesario hacerles conocer algunas cosas en reserva á los hermanos Rubin. Valentin en la soledad del despacho, sentado en el borde del sofá con su sombrero entre las manos, el alma turbadísima, el cerebro ofuscado ¿qué pensó? Tantas cosas que no caben en diez tomos y tan pocas que apénas llenarian una línea. Un reloj de péndola encerrado en una especie de ataud de vidrio dejó caer grano á grano, de entre sus dientecillos, media hora cabal. Media hora, durante cuyo lapso el magistrado Rubeña dijo á los ancianos:

—Debo advertir á Vds., en primer lugar que anoche hice un esfuerzo de conciencia y volví á ver á la desdichada Dorotea. Le advertí cuán grande responsabilidad moral y legal contraia acerca de su hijo. Que se obligaba á seguir la conducta intachable, á romper sus indecentes relaciones, á despedir á la caterva de bohemios de todas castas que llenan aquella leonera... Fien Vds. en que si Dorotea no cumple sus compromisos y se entrega de nuevo á una vida licenciosa, intentaríamos... no sé con qué suerte, pero lo intentaríamos... arrancarle la patria potestad sobre este desventurado jóven... No estoy seguro de que esa falaz mujer haya sido verídica en sus juramentos, que entre llanto y arrastrándose á mis piés me hizo anoche de variar de conducta. Pero yo he dado este paso, valga por lo que valiere, en cumplimiento de un deber mio. Le dije que era preciso que este jóven siguiera alguna profesion ú oficio. Inclinóse á lo primero, porque dice ella que con cinco mil duros de renta que tiene este, Valentin estaria mal visto y se la imputaria á ella como falta grave el permitir que su hijo siguiera un oficio humilde... ¿Hay en esta escrupulosidad el gérmen y la manifestacion de nobles propósitos de enmienda? ¿Es sólo una artificiosa falacia? No lo sé,—pero no olvidemos, señores, que Dorotea aunque depravada es mujer, y no hay motivo sin que los hechos nos autoricen para dudar ó temer, que no pueda realizarse en sus entrañas la santa transformacion maternal que pone en la pantera cuando lacta á sus cachorros el cuidado y el celo de la paloma.

Don Eleuterio y doña Ernesta escuchaban sin interrumpir al docto varon, el cual despues de haber permanecido un instante silencioso continuó:

—En las instrucciones particulares que el difunto duque me ha dejado como ejecutor testamentario, me explica el motivo de esta su última voluntad. No solamente se proponia reintegrar al hijo de sus desvaríos un bienestar que le corresponde. Además, deseaba é intentaba con su testamento regenerar á Dorotea si esto es posible. Y no anduvo descaminado el duque, porque si no se consigue la regeneracion de una mujer entregándole las pesadas responsabilidades de la maternidad con sus dulces y amorosas inquietudes, preciso es abandonar la em-

presa como imposible. Veo yo en esto la mano del confesor del duque, el reverendo padre Franch, hombre muy docto en cosas del cielo y de la tierra... Aunque tambien, señores, si he de serles á Vds. franco por completo, he sospechado en algun momento que el duque, apasionadísimo de esa mujer, ha querido dejar entre ella y los demás hombres un obstáculo vivo, una garantía de seguridad póstuma... ¡Qué sé yo lo que hay en estos abismos del alma!

Concluyó así el señor de Rubeña y quedóse como sumido en honda meditacion. Doña Ernesta escuchó los juiciosos razonamientos del magistrado, y tranquila con haber cumplido sus deberes, con haber defendido á Valentin contra los peligros que le amenazaban, experimentó un reposo moral que es el último asilo donde se guarecen las almas buenas cuando desgracias irremediables las persiguen.

—Cuando á Vds. les venga bien,—dijo el magistrado, ya en pié y dando la mano á don Eleuterio,—me pondrán la cuenta de los gastos de educacion y alimentos del jóven.

—No puede V. conocernos,—respondió con sequedad y energía doña Ernesta,—y esto nos excusa de tomar á ofensa esas palabras... No hablemos más de ello.

Despidiéronse de Valentin los dos ancianos, y don Eleuterio estuvo triste afligido y lloroso como serena doña Ernesta. Al llegar á la puerta de la calle dijo el anciano deteniéndose:

—No me he atrevido á... explicarte ántes...

—¿Qué?

—Pero ¿es posible que te resignes á que perdamos á Valentin?

—¿Qué hemos de hacer?

—Ahora mismo subimos, llamamos con cualquier pretexto á Valentin, nos lo llevamos en un coche, lo ocultamos... que se cansen buscándole.

Una sonrisa larga y triste salió á los labios de la dama, y mirando con piedad á su hermano dijo:

—¿Estás loco?... seria ignominioso.

XII

VALENTIN Y SU MADRE

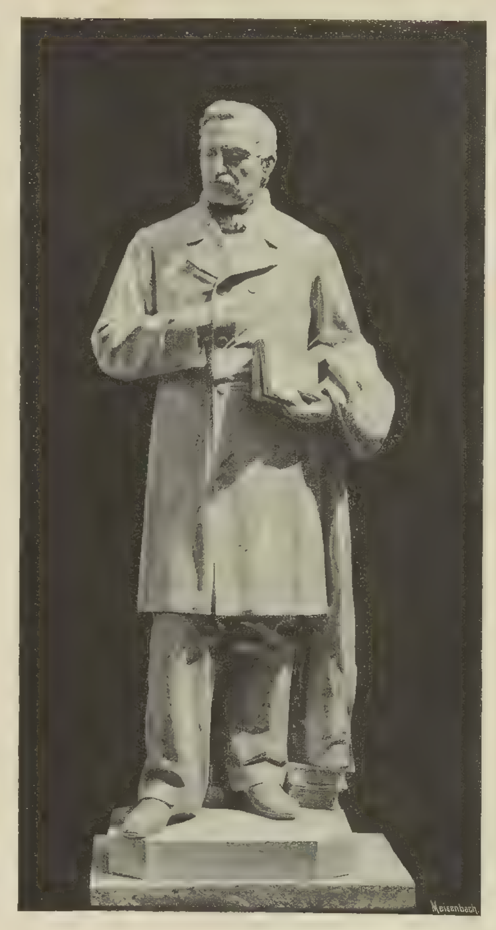
Desde aquella noche quedó Valentin en casa de Dorotea.

Al despertar, esperaba á Valentin una novedad desagradable: doña Leticia, tia de Dorotea, estaba á la puerta de su cuarto, y con muy melosas palabras, queriendo sonreir le dijo:

—Hola, caballerito, ¿se ha descansado?

Respondió Valentin con cortesía. ¿Quién seria aquella mujer tan fea y tan vieja? ¡Vaya un manto pardo que traia puesto! Doña Leticia no se separaba nunca de aquella banda de granadina, porque como estaba siempre en continuo movimiento y entrando y saliendo en esta casa y en la otra, ¿para qué perder el tiempo en quitarse y ponerse el manto?...

(Continuará)



BUENAVENTURA CÁRLOS ARIBAU, estatua por Manuel Fuxá
(colocada en los jardines del Parque de Barcelona)

LA CREMACION DE LOS CADÁVERES

EN LA INDIA ORIENTAL

Pocos países hay que ofrezcan á los viajeros tanto atractivo como la gran península indostánica; en esa tierra singular, el artista, el sabio y el filósofo encuentran un campo inmenso para sus estudios y observaciones. Las vías férreas han trazado sus líneas civilizadoras, pero la misteriosa nube que envuelve aquel país insondable, ciérrase de contínuo despues del paso de la locomotora, cuyo silbido estridente en vano trata de despertar á un pueblo adormecido por sus ídolos.

A su llegada á una ciudad india, el europeo queda mudo de asombro al contemplar esos templos majestuosos en cuyo corazon no ha podido penetrar jamás; hállase en un aislamiento completo; los habitantes de los pueblos se alejan discretamente cuando el viajero se acerca; las casas se cierran á su paso; todo es misterio á su alrededor, y por lo mismo le costará mucho profundizar los secretos de esa civilizacion aun oculta. Si vaga por la ciudad, raro será que no vea desfilar á su vista suntuosas procesiones escoltando ignobles ídolos sujetos en soberbios carros: esto es la procesion religiosa; más léjos puede encontrar enormes elefantes ricamente enjaezados, en cuyo poderoso lomo van jóvenes indios cargados de flores y deslumbradoras alhajas; y detrás del gigantesco paquidermo agítase una multitud abigarrada, entonando cánticos de alegría: este es un casamiento; y como para formar contraste con tan alegre escena, fácil es que al mismo tiempo lleguen á oidos del viajero sonidos lúgubres, anunciándole un funeral. Si el lector lo tiene á bien, asistiremos á esta triste ceremonia.

El indio está entregado á todas las religiones; en su país han sido importados el mahometismo, el budhismo, el parsismo, el judaismo y el cristianismo; pero el verdadero culto, y tambien el más antiguo, se tributa á la Trinidad india ó *Trimourti*, que comprende á Brahma, Wichnou y Siva, rodeados de sus innumerables encarnaciones; y entre los sectarios de estas tres divinidades hállanse las almas, que deben elevarse en forma de humo hácia el Olimpo. Las demás sectas entierran sus muertos, tan pronto echados como de pié ó sentados; en este último caso, cuando el moribundo está en la agonía le colocan sobre un ruedo, con las piernas recogidas, y envuélvenle en fajas de lienzo, que no se quitarán hasta que se halle en la fosa y á medida que esta se llene de tierra.

Cuando muere un indio cuyo cuerpo debe ser entregado á la hoguera, trasládase su cadáver al patio central de la casa, donde se le expone bajo una especie de dosel levantado al efecto. Un pregonero recorre entónces la ciudad para anunciar la triste noticia, citando los nombres y cualidades del difunto; y luégo llegan músicos, que sentándose con las piernas cruzadas á la puerta de la casa mortuoria, comienzan á tocar aires más ó ménos lúgubres, interrumpidos tan sólo á intervalos por golpes de tambor.

Entretanto efectúan numerosas ceremonias en el interior de la casa, pero jamás he podido observar las de los indios de casta pura, cuya puerta se mantiene inexorablemente cerrada para los cristianos.

En cuanto llega la hora de los funerales, varios mozos traen el palanquin fúnebre y deposítanle delante de la casa; este palanquin, en extremo original, se compone de un lecho ó cuadro de madera sostenida en cuatro piés, y en cuyos lados se ven ricas esculturas. Unos montantes de bambú, fijos en los cuatro ángulos, sirven para soportar una inmensa cúpula de forma especial, consistente en un cilindro de 30 á 40 centímetros de diámetro, formado por largas varillas de bambú cubiertas de cuero; este cilindro se encorva sobre el cuadro, y despues toma una posicion horizontal en las dos extremidades en la longitud de unos dos metros. En toda la parte superior de este cilindro se han colocado flores de papel de diversos colores que alternan con figuras simbólicas fabricadas con la epidermis del nervio mediano de una hoja de bananero, y de la parte inferior penden numerosas guirnaldas de flores de jazmin que cubren tambien los montantes.

El difunto es conducido al palanquin, en cuyo lecho se ha extendido probablemente una espesa capa de paja de arroz; la cabeza, descubierta, reposa en una almohada, y el cuerpo se envuelve en una rica tela de seda por lo regular roja, cuyos adornos consisten en dibújos y anchas listas de filigrana de oro. Ocho mozos levantan entónces el palanquin para cargarle en sus hombros por medio de dos gruesos bambúes, y el cortejo emprende la marcha.

Delante va una doble hilera de indios, cada uno de los cuales lleva tallos verdes de banano; siguen los músicos, que preceden al palanquin fúnebre, y detrás de este va un brahma rodeado de la familia y de los amigos del difunto. Las mujeres no asisten nunca á los funerales; quédanse á la puerta de la casa, y allí profieren sus últimos gritos de dolor, lamentando al muerto que se aleja. La *orquesta* se compone de trompas de bronce encorvadas en semicírculo, que recuerdan la *bocina* empleada en otro tiempo en los ejércitos romanos; su sonido grave y prolongado se oye á gran distancia, acompañándole el toque del tam tam y de una especie de oboe. Cada artista interpreta el dolor á su manera: es una especie de cacofonía de ritmo monótono y enervante, de expresion lúgubre, que sorprende al principio al viajero, y acaba por entristecerle.

El cortejo, avanzando lentamente por las calles de la ciudad, pasa sobre largas fajas de lona blanca, que los mozos extienden unas despues de otras en el suelo, arrollándolas con ligereza apénas ha pasado la comitiva para extenderlas más léjos. Esta especie de alfombra no se suprime hasta estar fuera de la ciudad, y entónces acelérase la marcha para llegar cuanto ántes á la hoguera.

El sitio destinado para esta ceremonia es fácil de reconocer: suele estar situado á la orilla de un sendero ó de un camino; allí, la tierra está cubierta de una espesa capa de cenizas, en medio de las cuales se encuentran restos de objetos de alfarería (cuyo orígen conoceremos muy pronto) y de osamentas; y muy cerca de este sitio se ven montoncitos de tierra, orientados todos de Norte á Sur, que son tumbas de niños, pues los cuerpos no se queman hasta la edad de diez y ocho años.

En este campo de cenizas hay unas pequeñas zanjas de dos metros de longitud por $0^{m},80$ de anchura, y sólo de 6 á 8 centímetros de profundidad. Estas zanjas están situadas algunas veces en la cima de un monton de cenizas de $0^{m},50$ de altura, y entónces están destinadas á recibir la pira de un indio de casta. Para formar la pira se coloca en el fondo de la pequeña cavidad, y en toda su longitud, una serie de astillas (de madera de sándalo para los indios ricos) dispuestas trasversalmente y cubiertas de una capa de boñigas de buey ó de vaca aplanadas y secas, porque no sólo es el mejor combustible sino que tiene cierto carácter sagrado y se le considera *purificador* por excelencia. Las mujeres indias son las encargadas de recogerlo, y á pesar de las numerosas joyas con que se engalanan y de los ricos trajes que ostentan, no temen recoger por calles y caminos dicho excremento, el cual cubren de polvo para llevarlo despues *majestuosamente* en las manos hasta sus casas, en cuyas paredes lo aplastan para secarlo al sol La mayor parte de las viviendas indias ostentan este adorno de nuevo género.

Cuando el cortejo llega á la pira es recibido por el guardian, es decir, por el hombre encargado de levantarla y de vigilar la conduccion. Este guardian desempeña á la vez las funciones de barbero, y afeita y peina por última vez al difunto. El palanquin fúnebre se deposita despues junto á la pira, en la cual se echa al muerto, con la cabeza reposando en la almohada, que se orienta al Sur, pues las piras, así como las tumbas de los niños, están en la direccion Noroeste. Cuando se retira el palanquin, este es asaltado por una multitud de mujeres y niños que se disputan las guirnaldas de jazmines para adornarse, recogiendo tambien los restos de bananos que cubren el suelo.

Entónces comienzan varias ceremonias dirigidas por un brahma, que anuncia cada una de ellas produciendo un sonido ronco al soplar en una concha de caracol. La familia rodea la pira, dirige al difunto repetidas preguntas, elévale varias oraciones; le presenta arroz, poniéndole en la boca algunos granos; ofrécele tambien betel, con el cual le tiñe los labios; y por último procede á despojarle de las alhajas, verdadero trabajo, sobre todo si se trata de mujeres, que llevan de 5 á 6 kilógramos de peso. El pariente más próximo del difunto se adelanta y permanece en pié á la cabeza de la pira, miéntras que el brahma le pone sobre el hombro una *panela* (vasija esférica muy usada en la India) llena de agua, ó algunas veces de orina de vaca, y cuyo orificio superior está cerrado con un ramito de flores. En esta vasija, atada en su circunferencia con una cuerda, el brahma da un golpe seco con una piedrecita, y así practica una abertura, por la que el agua escapa en forma de un hilo líquido; el que tiene la panela da entonces vuelta á la pira, de espaldas á ella, y luégo deja caer en tierra la vasija, que se rompe, y cuyos pe

dazos se colocan junto al cadáver. La misma persona toma despues un tizon encendido de madera de sándalo y deslízale en medio de las astillas, en cuyo momento se da principio á una operacion verdaderamente repugnante: la cabeza del cadáver se cubre con un velo de seda, y sobre éste extiéndese en todos sentidos una gran cantidad de manteca de búfalo casi líquida, que un mozo vierte con una panela.

Entre tanto, la pira comienza á arder, y en varios puntos elévase una ligera nube de humo. El guardian coloca entónces al rededor del cadáver un gran número de boñigas secas, con las cuales cubre el cuerpo, echando en seguida sobre la parte superior cierta cantidad de arcilla ligeramente húmeda. Esta operacion se efectúa en medio del llanto de la familia, que se despide del difunto; los criados hacen las más extravagantes contorsiones, profiriendo *verdaderos* gritos de dolor, á los cuales acompañan abundantes lágrimas, por lo regular hijas de un acceso de alcohol.


LOS AMANTES DE TERUEL, cuadro por S. Degrain

Terminados los funerales, la multitud se retira; los parientes van al punto á sumergirse en el estanque sagrado de una pagoda, ó en uno particular; pues muchos indios ricos le tienen en el centro de sus posesiones.

La pira llega á estar pronto en plena combustion, y despréndese de ella un humo espeso y azulado que exhala un fuerte olor de materia animal quemada.

La incineracion completa se verifica por lo regular á las seis horas; á medida que avanza, la capa de tierra arcillosa se hunde; de modo que no queda descubierta ninguna parte del cadáver.

Los funerales se efectúan siempre por la tarde; á la mañana siguiente no se encuentran ya vestigios de la pira; sólo la pequeña zanja está llena de cenizas, sobre las cuales reposan osamentas calcinadas, así como restos de alfarería. La familia llega al rayar la aurora para recoger estas osamentas y llevárselas para arrojarlas al mar ó al rio sagrado (sucursal del Ganges) Caveri. La Compañía del camino de hierro de la India del Sur trasporta de este modo, sin *prévias formalidades*, numerosas urnas funerarias.

No es evidentemente en las piras de este género donde pueden precipitarse las mujeres á quienes la ley obliga á calcinarse con su esposo, pues la muerte no seria bastante pronta. Estos sacrificios se efectuaban sobre todo en la India septentrional, donde las piras se forman con un verdadero monton de madera.

Los chacales rondan á menudo por la noche en torno de las piras, miéntras que nubes de cuervos tratan de perforar la costra; pero el *fiel* guardian vigila, y halla así un tercer medio para utilizar su palo.

El aspecto de una pira no tiene nada de espantoso; los indios pasan indiferentes junto á ella, y los niños que para ir á la escuela han de cruzar por delante, no interrumpen su conversacion para mirar aquel extraño cuadro; cuando la brisa inclina el humo hácia el sol, van corriendo en su seguimiento, como lo harian al quemarse las yerbas en nuestros campos...

J. PHILAIRE


LOS PURITANOS, INTERROGATORIO AL HIJO DEL PROSCRITO, notable cuadro de J. W. Neames

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos: – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 3 DE AGOSTO DE 1885 — NÚM. 188

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA JAULA DEL LEON, cuadro por G. Wertheimer

Hay pocos contrastes tan evidentes como el ofrecido por un leon enjaulado. Si el leon es el rey de las selvas, es notorio que distintos reyes se han visto privados de trono y de libertad; pero, al fin y al cabo, esos reyes no lo eran por derecho de naturaleza, y desde el Louvre á la Torre de los Lujanes, por ejemplo, hay mucha, muchísima ménos distancia, de la que va entre las vírgenes selvas africanas y la mezquina jaula de un domador ó simple expositor de fieras.

En el cuadro que hoy publicamos es de ver á un robusto leon, cuyos rugidos sembraran terror en toda una comarca, reducido á la triste condicion de un huésped estudiantil, á seis reales con chocolate, recibiendo la escasa pitanza de manos de una jóven africana, que se rie de la condicion de la fiera, porque ésta ha sido reducida á forzosa esclavitud. Suprimamos la reja entre la mujer y la fiera, y la naturaleza habrá recobrado sus derechos.

Esta condicion, trocada gracias á unos cuantos barrotes de hierro, ha sido perfectamente interpretada por el autor de nuestro cuadro. De rejas adentro la fuerza sujeta por la esclavitud, ó sea la superioridad del ingenio sobre esa fuerza; de rejas afuera la emancipacion del terror; la jóven africana, á un metro del peligro, distrayéndose con toda tranquilidad y perfectamente segura respecto de su mortal enemigo...

¡Libertad ó rejas!... Hé aquí el problema: la solucion consiste en resolverlo de la parte de fuera ó de la parte de dentro.

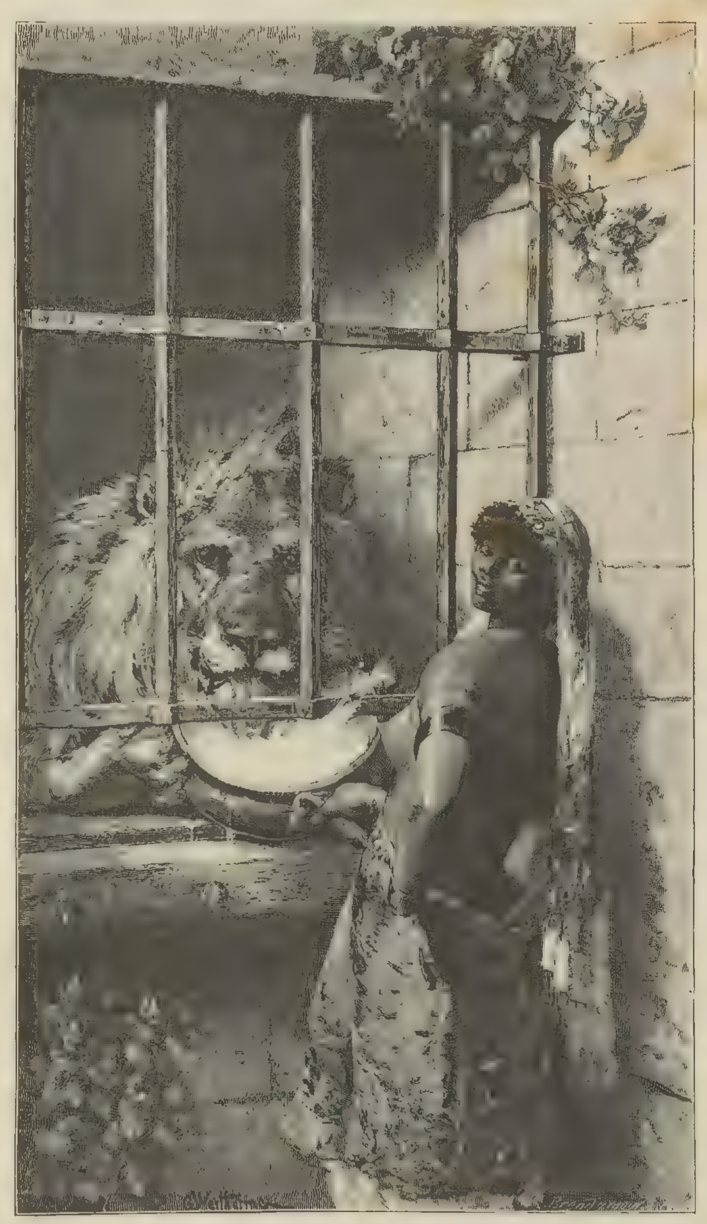
LA VISITA, cuadro por Muncaksy

En este cuadro, no hay propiamente asunto: la parte activa, las figuras, son el complemento de la composicion. El artista se ha propuesto pintar el interior de un salon suntuosamente amueblado y con una elegancia que demuestra su buen gusto. Con tan estrecho propósito, ha producido, á pesar de todo, un lienzo admirable de ejecucion, una estancia llena de aire y dotada de suave luz, unos objetos realmente corpóreos, unos términos bien entendidos y unos detalles perfectamente acabados.

¡Dichosa la mujer que recibe visitas en tan confortable estancia!... Hé aquí lo primero que se ocurre al ver ese cuadro. ¡Dichosa!... ¿Quién sabe?... Si la vanidad constituye el todo de su sér, indudablemente su vanidad debe estar muy satisfecha; pero ¿acaso puede llamarse dichosa á la mujer que no siente más impulsos, más deseos, más necesidades que las inspiradas por la vanidad? Si esa suntuosa morada la comparte con un esposo amante y amado, con unos hijos educados en los preceptos de la virtud y el ejemplo del cariño que les profesan sus padres, la morada será un templo consagrado á la dicha. Mas si dentro de ella el alma siente el vacío del amor, si el frio de la etiqueta reemplaza al calor de los afectos correspondidos, entónces esas delicadas flores que hay en la estancia tienen más vida que la dicha de sus moradores.

EL ÁRBOL SACRO, cuadro por Enrique Serra

Uno de los mayores méritos del artista pictórico es darnos una idea de los tiempos pasados, aprovechando para ello los tesoros que la arqueología ha salvado y explicado con tanto cariño como erudicion. Italia es, en este concepto, la grande escuela de los verdaderos amantes del arte; Roma es el museo del mundo latino, museo jamás bastante conocido, porque en él se custodian las manifestaciones de la vida y la riqueza de la antigua



LA JAULA DEL LEON, cuadro por G. Wertheimer

señora de todos los pueblos, ora producidas por los artistas de la gran metrópoli, ora conducidas por el Tíber á bordo de las vencedoras naves que regresaban de saquear las tierras vencidas. Esto explica la predileccion, el entusiasmo que despierta en todo artista la idea de visitar á Roma: el pintor que no conoce el Coliseo, el Arco triunfal de Tito y la tumba de aquel emperador que hoy remata el Santo Angel, es como el musulman que no ha hecho la peregrinacion de la Meca; no está consagrado, digámoslo así.

Enrique Serra habita Roma hace mucho tiempo, y con alma de artista y con erudicion de arqueólogo, ha reconstruido en el cuadro que hoy publicamos un admirable paisaje de los alrededores de la ciudad cesárea, como la imaginacion y la arqueología los concibe en los tiempos de Augusto. En él es de ver junto á las lagunas Pontinas, el árbol sagrado que cobija el altar de Jove; más léjos el acueducto; más léjos la inmensidad; más léjos... otra inmensidad. Roma, la señora de todo.

EL FARO DE CORBIERE, en la isla de Jersey

A las pintorescas vistas de las islas del Canal de la Mancha que hemos insertado en números anteriores, podemos añadir hoy otra, la del faro de Corbière en la isla de Jersey. La principal ciudad de esta isla, de clima tan apacible que ni hace calor en verano ni frio en invierno, es Saint Helier, que contiene una poblacion de 30,000 habitantes: hállase situada en el ángulo sudoccidental de la isla, la cual está rodeada de empinadas y agudas rocas siempre blancas á causa de las montañas de espuma que las cubren, descollando entre ellas la de Corbière, llamada por otro nombre «Espanto de los marinos» y sobre la cual está construido el faro que representa nuestro grabado. Las mareas suben allí hasta á cuarenta piés de altura, y durante los temporales las olas son de extraordinaria elevacion, magnitud y furia.

CONTIENDAS DOMÉSTICAS, dibujo por H. Weir

Esta bonita composicion no es en rigor otra cosa sino un pasatiempo del aventajado artista inglés, tan conocido por sus obras casi todas dedicadas al reino animal, género de trabajo á que con preferencia se dedica. El dibujo en cuestion está dividido en tres partes, segun los períodos comprendidos por la doméstica contienda desde su principio hasta el fin, y como cada una de esas partes lleva su título, juzgamos inútil detenernos en su descripcion.

En cuanto á la ejecucion del asunto, sólo diremos que pasatiempos como este pueden pasar muy bien por obras maestras.

EL NAIPE FAVORITO

I

Mi amigo Lázaro era uno de esos hombres capaces, como Newton, de olvidarse de la sucesion de los platos en sus comidas cuotidianas, ó de permanecer, como los Hesychiastas, embebecido en la contemplacion de un punto dado por los siglos de los siglos.

Sin padre ni madre á la sazon, viviendo bajo la férula de un su tio, prebendado viejo y gotoso, y de su ama de llaves, arisca y gazmoña, habia pasado los primeros años de su existencia en un triste y solitario caseron cuyos sombríos pasadizos apénas se cubrian de sol al medio dia ó de vergonzantes rayos de luna por las noches.

Redújose su niñez á aprender la lengua del Lacio, á repasar el Kempis y á tocar el melodium despues de rezar las oraciones. Sólo los dias feriados en que solia ocupar el púlpito su reverencia, era permitido al buen Lázaro y á una jóven maritornes, doncella—de la casa—de cara ancha como una sota de bastos y de labios encendidos como guindas, pasar de la casa al templo, y acompañar á doña Ursula al convento cercano, en cuyo locutorio eran tratados á cuerpo de rey por las reverendas madres Descalzas.

El carácter de Lázaro, á quien conocí en esta época por haberle cedido más de una vez mi asiento en la portería de la Madre de Dios, corria parejas con su traje y con sus costumbres; hablaba poco, solia contar con los ojos los recuadros del techo y sus sonrisas parecian, de ordinario, dolorosas muecas. Los chicos que jugaban á la tángana en el porche le llamaban el *Cirineo*, y cuando Lázaro se detenia á contemplarlos, apoyándose en el catrecillo de doña Ursula que llevaba siempre pendiente del brazo, burlábanse de él haciéndole ese gesto expresivo que consiste en colocar el dedo pulgar de la mano izquierda sobre la punta de la nariz, unir el de la derecha al meñique y mover los restantes rápidamente.

La existencia de Lázaro, semejante al doble de una campana que toca á muerto, tenia el tiempo medido y el espacio marcado; si alguna vez quiso dar la vuelta completa bajo el arco, se lo impidió el doble cáñamo que oprimia sus brazos.

Doña Ursula jamás le permitió el toque á gloria.

II

Los vicios, las pasiones, hasta los honestos divertimientos mundanos, existian para mi amigo personificados, no ya en el Satanás de Milton, hermoso y terrible á la vez, como el sol eclipsado, sino en el Lucifer de Dante, de triples fauces y alas de murciélago: los dulces éxtasis del amor y las delicias de la libertad llegaban á él á través de las llamas del purgatorio, en el *Novenario de las benditas ánimas*, que leia su tio en las tristes noches de noviembre.

En aquel cielo siempre nublado sólo se abria un pequeño resquicio azul. Este resquicio, este punto luminoso que limitaba, sin embargo, las tinieblas, era *una mano de báciga*, que se le permitia echar con la única doncella de la casa, miéntras doña Ursula preparaba su colacion al Padre; colacion que consistia frecuentemente en un par de huevos pasados por agua y en un enorme cangilon de chocolate.

Más de una vez hubo de levantar escrúpulos en la conciencia de mi amigo,—segun me confesó despues de estos sucesos,—la intranquilidad que sentia cuando una circunstancia imprevista le privaba de su distraccion favorita. En efecto, si aquello no era una pasion, tenia, por lo ménos, todas las apariencias de un hábito pecaminoso.

Una extraña circunstancia venia á dar voz y cuerpo á las cavilaciones de mi amigo: Marta, que así se llamaba la rolliza doncella, tenia la costumbre original de besar los *comodines* cada vez que hacia báciga, *bacigoto* ó cuatro cosas y de envolver al jóven en una de sus incitadoras miradas siempre que se apuntaba más de seis tantos. Desde entónces comenzaron los sietes á ser para Lázaro objeto de predileccion, y hubo de oscularlos frecuentemente.

Una noche daba Marta las cartas; entraban por las destartaladas ventanas de la cocina los primeros efluvios de la primavera y sólo turbaban el silencio nocturno, el crujir de los naipes entre las manos de la jóven y el hervir vividor del agua que borboritaba en la chimenea.

—¿Apostamos un beso al comodin de oros?..—se atrevió á decir Lázaro, mirando tímidamente hácia la puerta del comedor, por la cual habia desaparecido doña Ursula.

Marta no contestó; pero sus mejillas se enrojecieron más aún que lo estaban de ordinario, cuando se acercaba á la hornilla, y miró tambien hácia la puerta.

Diéronse las seis cartas primeras; en las pupilas de Lázaro parecia lucir una chispa más brillante que las que escapaban del carbon que se consumia en el hogar; un estallido suave y penetrante al mismo tiempo, se unió al rumor del agua que borboritaba y poco despues mi amigo arrojaba los naipes sobre la mesa huyendo como alma que lleva el demonio.

Marta le habia dado dos ases y un siete.

Una gran desgracia ocurrió pocos meses despues de estos íntimos sucesos.

El prebendado cayó gravemente enfermo y los cuidados de la buena de doña Ursula y las recetas alopáticas y homeopáticas se concertaron en vano para librar al enfermo de las garras de la muerte.

Lázaro y Marta no dejaron, sin embargo, de jugar á la báciga durante las horas de vela, ni de esperar temblando la salida de los comodines. Cuando el moribundo llamó al jóven para darle el último beso, el fuego de los labios de su sobrino coloreó por un momento los suyos frios y color de violeta.

—¡Adios hijo mio!—díjole el moribundo con voz fatigosa,—he procurado que no turbe tu espíritu ningun vicio mundano y que tu juventud se deslice por la senda de la continencia y de la santidad. ¡Muero tranquilo!

Estas palabras hicieron brotar las lágrimas de los ojos del jóven que abrió su libro de oraciones para ocultar al moribundo su profunda emocion; pero al fijar sus pupilas en el breviario, volvió á separarlas horrorizado.

Servíale de registro el comodin de oros que inadvertidamente habia quitado de la baraja.

III

Los que conocian la historia de Lázaro me contaron que al morir su tio vióse preso en las garras de doña Ursula, la que, si no era su madre, hubiera podido serlo. Débil, sin voluntad propia, sumiso á la menor insinuacion como un doctrino, á pesar de sus veinticinco primaveras, se acostaba á las oraciones y sólo se permitia dar un pequeño paseo los dias festivos. En aquella existencia igual y monótona no habia brotado un ideal noble ni una verdadera pasion; sólo una costumbre, un hábito, una aficion cándida y poco pecaminosa seguia pertinaz y latente en las penumbras de aquel existir incompleto: la mano de báciga con Marta ántes de entregarse al sueño.

Pocas semanas despues murió Ursula de una pulmonía fulminante. Huyó al otro mundo de un *vuelo*, para reunirse con el prebendado,—como decia con cierto gracejo la Priora de las Carmelitas que era una monja que hacia frases, versos y angelitos de cera.—Lázaro, al separarse de su *madrina*, se encontró sin ningun sér querido en la tierra. Solo como un hongo, sin idea perfecta de lo que se agitaba en torno suyo, sin pasiones ni deseos, flotaba cual flota un casco de lancha sobre las olas de un mar tranquilo.

Cuando volvió del cementerio donde dejara el cadáver de doña Ursula, parecióle el destartalado caseron un encierro sombrío. Marta cantaba tranquilamente en la cocina sus canciones estrafalarias, y en el comedor, cerca del hogar, se veian los naipes y la bayeta verde; única nota alegre en aquella mazmorra grande y helada.

Consolóse despues, al considerar que desde aquel punto podria vivir á sus anchas. La iglesia estaba cerca y el oratorio del canónigo le pertenecia de derecho. Rezaria cómodamente sus oraciones y luégo que repasara el Kempis y los misterios ó martirios del santo del dia, jugaria con Marta á la báciga, sin temer importunas interrupciones.

Leyó los pliegos testamentarios. Era rico, inmensamente rico, á juzgar por lo que de sus cláusulas se desprendia; en la alacena de la biblioteca se hallaban apilados, con notable esmero, muchos centenares de antiguas monedas de oro, y en un extremo, sobre una biblia, varios legajos conteniendo títulos de predios rústicos enclavados en el cogollo de Andalucía.

¿Qué hacer con tamaña fortuna? Lázaro pensó en dotar varios conventos y en levantar una iglesia en la cual pudiera establecer el panteon familiar, que él ocuparia cuando Dios fuese servido de llamarle á su seno. El mundo, el demonio y la carne se burlarian de él de lo lindo si tratase de invertirla de otro modo; y en cuanto á darla de limosna, no lo creia necesario toda vez que su tio consideraba el estado de pobreza como el más apropiado para acercarse á la cristiana perfeccion.

Nueve dias pasó encerrado en aquella casa solitaria, servido por Marta que se habia convertido en ama de llaves y que jugaba con Lázaro sin interrupcion hasta las altas horas de la noche. El décimo, despues de oir misa, sentóse en el porche de las Trinitarias á echar un párrafo con el sacristan del convento, hombre que siempre que oia campanas sabia donde repicaban y que, aparte de su aficion á los libros de cuarenta y ocho hojas, no tenia vicios conocidos.

—Y bien, señor Lázaro,—díjole este hombrecillo, decidor y alegre como las esquilillas del coro,—¿qué os haceis? ¿en qué pasais las horas? ¿qué es de vuestra vida desde la muerte del señor y de la señora?

Lázaro quedó admirado de la pregunta; á su juicio nada habia que hacer más de lo que él hacia cuotidianamente.—¡Pues ya lo veis,—repuso entre contrariado y confuso,—vengo de San Pablo y voy á las Trinitarias!

El sacristan meditó cachazudamente y dijo con indiferencia:

—Muy cerca de allí pasé yo la noche... dos pícaros sietes...

Lázaro abrió extremadamente los ojos: ¿dos pícaros sietes? ¿Por qué llamaba el sacristan pícaros á los sietes cuando eran para él las cartas más bonitas de la baraja?

Indagando con mucho cuidado qué sabia de los sietes el sacristan de las Trinitarias, llegó á comprender que la báciga era un juego anticuado y mal visto y que habia pequeñas reuniones de amigos en las que se pasaba agradablemente el rato, jugando á otro juego de naipes sencillo é inofensivo, en el cual podian escogerse los sietes sin peligro, con tal de que no vinieran primero las cartas contrarias.

IV

Como Lázaro se habia propuesto no faltar en lo más mínimo á lo que su tia le habia preceptuado, ántes de decidirse á jugar un rato con los amigos del sacristan consultó varias autoridades; mas no hallando texto sagrado que se opusiese á tan sencillo deseo, suplicó al señor Cosme—que así se llamaba el tentador,—que le llevara consigo, á condicion de no llamar pícaras á sus cartas favoritas.

Aquella misma noche, despues del toque de oraciones, entraban Cosme y Lázaro en un garito *decente*, situado en un chiritivil de la calle Sal-si-puedes.

Imposible seria relatar el efecto que causó en Lázaro aquella reunion heterogénea de séres agrupados en torno del tapete verde, donde se amontonaba el dinero y producian los naipes un ruido suave y cadencioso. Él, que no conocia otros efectos de luz que los de las lámparas ante los altares y los de los cirios que se apagan poco á poco en el tenebrario, contempló embebecido aquellos semblantes iluminados por el gran quinqué central y en cuyas líneas se expresaban todos los movimientos de una pasion absorbente y dominadora.

Para un jugador de báciga, el monte debe ser un prodigio de sencillez y donosura. Lázaro lo confesó así, al comprender que podia optar por cualquiera de los cuatro naipes que se hallaban sobre la mesa. A las cuatro tallas apareció, en el albur, el primer siete, y Lázaro, ruboroso y tímido como una doncella que corta flores en jardin ajeno, abrióse paso entre los *mirones* y puso un duro, que sacó temblando del bolsillo de su chaleco.

La *suya vino en puerta*, es decir, que otro siete apareció al volver la baraja, con gran contentamiento de los puntos, que esta vez dieron á la banca un buen pellizco. Los sietes y las puestas del jóven se repitieron por cinco veces consecutivas y Lázaro fué al poco tiempo el héroe del garito, logrando reunir ante sí un soberbio monton de centines de oro.

La sesion fué completa; Lázaro desbancó tres veces y salió casi en triunfo del *salon de sesiones*, cuando, como dicen los poetas, la aurora abria con sus dedos de rosa las ventanas del cielo.

Inútil es decir que en aquella primera sesion se hizo consumado maestro. Admiraba á Cosme la penetracion del jóven para comprender sus insinuaciones, y vió con sorpresa que distinguia ya sin esfuerzo la *judía* de la *contrajudía*, el *elijan* del *entrés* y el *albur* del *gallo*.

La circunstancia de haberse levantado al dia siguiente despues de haber pasado la hora de misa mayor, decia bien á las claras que Lázaro se habia transformado por completo. Sin duda, las emociones de que su existencia estaba desprovista se le habian ofrecido en apretado haz durante aquella noche de insomnio. La vida, pues, era algo más que la misa cuotidiana, los sermones de tres ho-

ras y los diálogos del locutorio: la bácigа sólo tenia de ventaja sobre el juego aprendido la última noche, las voluptuosidades de Marta que aún le entretenian de vez en cuando.

No podia explicarse por qué deseaba el dinero y sin embargo sentia esa fiebre pertinaz del jugador de oficio que pierde y gana; los mil rumores del garito resonaban para él más dulcemente que los coros de vírgenes en las solemnidades del mes de mayo, y al recordar que habia de hallarse otra vez colocando junto á un siete un brillante caño de monedas de oro, sentia el inexplicable espeluzno del deleite.

Vino la noche y volvió de nuevo al garito, en compañía del sacristan, despues de rezar su acostumbrada parte de rosario; la suerte tambien le fué favorable y al retirarse á su casa á la del alba, con los ojos ardientes y la bolsa repleta, se durmió sin persignarse con la tranquilidad de los justos.

Refirióme el sacristan Cosme, que Lázaro llegó á ser tan asiduo jugador que olvidó poco á poco hasta la novena de Ánimas, que era, segun parece, su fiesta religiosa favorita. Marta lograba detenerlo algunos instantes despues del almuerzo; pero ni áun dándole bacigotes y cuatro cosas, pudo reanudar aquellas tranquilas veladas de la época del prebendado.

V

Toda la actividad de Lázaro se habia concentrado en el tapete. Las emociones que le proporcionaba una apuesta ganada ó perdida eran para él las variantes de la existencia y como no conocia otros deliquios ni otros divertimientos, creia encontrarse en la plenitud de los goces cuando tomaba plaza en una banca animada, fuerte y generosa.

Ya no fueron sólo las noches las que dedicó á su aficion favorita; las tardes y las mañanas se pasaron en el garito hora tras hora, y cuando pálido y tembloroso entraba en su antiguo solar para restaurar sus fuerzas ó sus bolsillos, solia encontrarse seca la pileta del agua bendita y lleno de polvo el novenario.

Una noche de horrorosa pérdida se decidió á entregarse á la orgía con otros compañeros de infortunio. Aquella nueva revelacion del abismo mundano determinó una nueva etapa en la existencia de Lázaro: el jamaica fué su recurso de última hora y su camarada inseparable en los dias de mal naipe.

Causaba lástima ver á aquel jóven pálido y ojeroso en cuyo rostro sólo habia líneas duras y estatuarias, apurando las anchas copas del ardiente líquido y pasando del garito á la taberna con la misma facilidad que pasara del presbiterio al locutorio. Conocido en todas las casas de juego por su aficion á los sietes, solian *tirarle el pego* de vez en cuando; sin embargo, él hubiera puesto á un siete su salvacion eterna aunque le tallara el mismo diablo.

Pocos meses despues de estos sucesos Lázaro habia perdido toda su fortuna y era lo que se llama vulgarmente un tahur de historia.

Incapaz de conocer esas puras afecciones que hace nacer el hogar doméstico y que la verdadera educacion fomenta, débil y asustadizo cuando no se hallaba ante el tapete rebosante de oro ó la enloquecedora copa de ron, Lázaro habia llegado, sin darse cuenta de ello, á la última de las degradaciones. Vivia con Marta en infamante contubernio y cuando, despues de una *sesion* desgraciada, penetraba en aquella casa siempre fria y severa como un convento abandonado, las escenas más escandalosas y soeces se representaban entre ambos.

La salud del jóven, que habia vivido siempre enteco, y crecido como arbolillo sin jugo, comenzó á resentirse visiblemente con aquella vida sedentaria á la vez que depravada y monótona, y llegó el caso de tener que ir á sus correrías del brazo de Cosme, el cual, consecuente compañero de fatigas, le conducia cerca del tapete y le sentaba como á un niño en la mesa de juego. Lázaro, al oir el crujido de los naipes y ver aparecer los sietes, sus cartas favoritas, se animaba como si apurase un bálsamo restaurador y volvia á ser el *punto* infatigable de siempre. Hubo dias en los que llegó á su casa sin necesidad de cirineo.

Cierta noche, Lázaro, conducido por Cosme, tomaba asiento en una soberbia partida. Aunque los dias anteriores se habia visto postrado en el lecho, hallábase, al parecer, mejor que nunca: la fortuna, esa *prostituta caprichosa*, al decir de Shakespeare, estaba á su lado decididamente. El tísico de los sietes, como le llamaban *sotto voce* sus compañeros de garito, hacia prodigios; sus ojos brillaban como luciérnagas en un campo de violetas y sólo de vez en cuando, llevábase el pañuelo á la boca para contener un importuno esputo de sangre.

La atencion de la partida estaba fija en él y en el banquero que tallaba á la sazon el postrer ciento de onzas; era un duelo interesantísimo, en el cual habia resonado ya por tres veces, de una manera lúgubre para el contrario de Lázaro, la embriagadora palabra: *¡¡Copo!!*

Iba á repetirse esta frase de los waterloos del tapete, cuando un individuo, vestido de negro y de mefistofélico aspecto, se abrió paso entre el grupo de *mirones* y sacando un grueso fajo de billetes de banco y colocándolos junto al que tallaba, dijo sencillamente: —¡Señores, abonado..!

Aquel «abonado» era un reto y una amenaza á las inmensas riquezas que el *tísico* tenia delante. Lázaro palideció más aún, mordiendo el pañuelo para contener otro esputo de sangre, miéntras que el banquero dejaba un as y un siete sobre la mesa, exclamando con tranquilidad homérica:

—*¡No hay gallo!...*

Los jugadores contuvieron el aliento. Aquella masa de cabezas heterogéneas parecian pertenecer á una galería de figuras de cera; el vuelo de un lepidóptero, que hubiese tratado de abrasarse en la llama del quinqué, habria turbado aquel silencio sin nombre. Hubo un momento de estupor general; la mirada de Lázaro se animó de extraño modo y empujando hácia la carta tentadora el monton de oro y billetes que tenia ante sí y que representaba la fortuna de cien desdichados que habian vaciado allí sus bolsillos, balbuceó con ansiedad suprema:

—¡El resto al siete.. !

Sucede en esta clase de juego que las cartas están *hondas*, ó lo que es lo mismo, que tardan siglos para los que las esperan casi sin respirar y con el corazon palpitante. El roce de las cartas que saltaban entre los dedos del banquero producia espeluznos: aquella baraja parecia no tener ases ni sietes.

Lázaro, palpitante el pecho, lúcida la mirada, crispados los puños, entreabierta la boca, tras cuyos pálidos labios asomaba el blanco mate de sus dientes manchados de sangre, veia pasar los naipes uno tras otro demostrando con su suspirar anheloso la inmensa fatiga que le aquejaba. Parecia un espectro, hubiérase dicho que vivia por virtud de algun filtro diabólico y misterioso.

Aparecieron doses y treses, cuatros y cincos, sotas y caballos con sus pintados jinetes y sus apuestas cabalgaduras; pero como todo fenece en el mundo, acabó la intranquilidad de los *puntos* llegando aquel en que habia de decidirse la suerte, y apareció el as de bastos, semejante á un reptil verde con manchas rojas.

Un grito indescriptible partió de todas aquellas bocas encendidas y descompuestas, y un cuerpo muerto cayó pesadamente sobre la mesa produciendo ruido estremecedor y dantesco. Era el de Lázaro, que víctima de inesperado accidente producido por la terrible sensacion que acababa de experimentar, habia quedado exánime, presentando á los asombrados ojos del concurso una cabeza inmóvil reposando sobre sanguinolentas babas en la verdosa almohada del tapete.

La confusion que se produjo en la sala fué terrible. Sacudieron aquel bulto inerte y procuraron volverle á la vida; empeño inútil: ni áun fué preciso utilizar los servicios de Cosme para facilitarle los últimos sacramentos. La suerte estaba echada, recogiéronse los montones de oro de la banca para poder avisar al juez del distrito, y Cosme, casi con las lágrimas en los ojos, hizo una piadosa colecta entre los asistentes para atender al entierro de aquel héroe de timba muerto como bueno en el campo de batalla.

Apénas pudo reunirse para costear la misa y un féretro viejo; al amanecer del dia siguiente, prévias las oportunas diligencias, Lázaro reposaba en la gran zanja y Cosme decia á Marta que recogia tarareando los despojos del muerto en la gran casa solitaria:

—Ya lo ves, Marta; ¡el comodin de copas se ha llevado al otro barrio á tu señorito!

VI

Pocos meses despues de estos sucesos, varios jugadores *pur sang* departian amigablemente en el rincon más oscuro de una taberna y recordaban la historia de Lázaro muerto sobre el tapete y en el punto mismo de perder la *puesta* colosal y decisiva que esperaba ganar en una de sus cartas favoritas.

—¡Tan arraigados tenia sus vicios y preocupaciones,—decia el antiguo compañero del *tísico*, tomando un sorbo de ron quemado con azúcar,—que si esta noche fuéramos á invitarle á una partida de empeño, habria de levantarse á apuntar el primer siete!

Un coro de carcajadas recibió la chistosa afirmacion del que hablaba, y tres botellas más de ron se bebieron á la memoria de Lázaro, el que fué príncipe de los gariteros.

—Vamos, déjate de bromas con los muertos,—exclamó uno de los timberos, que era, al parecer, hombre timorato.

—¿Se talla ó no se talla?—repuso con impaciencia un tercero que procuraba sin duda ser émulo del héroe de que se trataba.

El que habló ántes insistió riendo en su extravagante afirmacion, y tanto hubo de traerla á cuento, que uno de los interlocutores la tomó por lo serio y propuso ir á tallar cien duros al cementerio donde reposaban los restos de Lázaro.

La ocasion no podia ser más propicia; los jugadores, perseguidos por las autoridades, buscaban los sitios más retirados y ocultos para entregarse á su aficion favorita, y el pabellon de disecciones del campo santo solia ofrecerles seguro asilo muchas veces.

El último trago decidió á los tahures á emprender la fantástica peregrinacion. Sonaba el toque de ánimas cuando *la partida*, aumentada con cuatro *puntos* cogidos al paso, llegaba á la verja del cementerio y daba el santo y seña al guardian de los muertos.

Chirrió el gran cerrojo, entró la partida y el que habia de poner la banca se dirigió á una pequeña explanada circuida de altos cipreses en cuyo centro se levantaba una mesa de mármol alumbrada por un farolillo pendiente de una cruz de hierro. Era la mesa de los depósitos judiciales, en la cual podian tenderse los naipes, aunque con alguna dificultad á causa de la lisura de su tablero de piedra.

—¡Juego, señores!—exclamó el banquero, echando las primeras cartas.

El naipe favorito no se presentó, como tuvo ocasion de observar el que tallaba, pero no hay la menor duda de que todos sintieron cierto terror supersticioso.

—¡Huyamos de aquí!—dijo el más jóven del concurso, que habia perdido en las tres tallas y no se hallaba tranquilo en la mansion de la muerte.

No hubo tiempo de replicarle; cayó un siete sobre la piedra y un ruido de tablas rotas y pasos huecos vino á llenar de terror á los jugadores. La luz del farolillo chisporroteó tristemente y un bulto blanco, envuelto en largo sudario, se abrió paso por entre los arbustos, llegando á la mesa y colocando en ella su mano, cuyos descarnados dedos produjeron ese roce espeluznante de la uña sobre el cristal y del mármol bajo la cera.

Dos de los jugadores cayeron desplomados al suelo, miéntras otros dos, más precavidos y valerosos, descargaron sus rewolvers sobre el fantasma que desapareció incontinenti.

Ninguno de los que asistieron á esta fantástica partida pudo darse cuenta de lo que despues sucediera, ni convencerse, jamás, de si el hecho fué punzante burla ó realidad pavorosa; mas, comentando el hecho al dia siguiente, hubo quien dijo, dispuesto á no volver á las andadas y con firme propósito de enmienda:

—¡Ello es que hay vicios y preocupaciones capaces de levantar á los muertos!

BENITO MÁS Y PRAT

AURORA

IDILIO

I

Cuando Vénus hubo salido de los mares y pisado las playas de la Grecia, empujó con un pié hácia el mar Egeo la concha que hasta aquel entónces habia habitado y de la cual el padre Jove hizo una isla, naturaleza un eden, y los hombres el templo del amor.

Tal es Chipre, la amada de las olas, entre cuyas espumas parece levantarse todavía, como en otro tiempo, la diosa de su nombre.

En la parte oriental de la isla, no léjos del mar y á la márgen izquierda de un arroyo, habia una casita blanca como las nieves del septentrion, que se prolongaba por uno de sus lados á la manera de dos brazos que, describiendo un círculo, se unieran en las extremidades. Era la cerca de un huerto, al que miraban las ventanas de la casa como sorprendidas de la belleza del paisaje.

El huerto estaba dividido por dos sendas en cruz, tapizadas de finísima arena y limitadas por multitud de plantas en flor y yerbas aromáticas.

En el centro alzábase un pabellon cubierto de enredaderas y dentro de él y bajo un grande espejo, que miraba al mar, extendíase un mueble de extraña hechura cuya posicion invitaba al descanso y á los dulces sueños.

Todo era encantador en aquel sitio; el ambiente tibio y perfumado, el cielo alegre y azul, la tierra fresca y blanda.

Entre los árboles del huerto los pájaros hacian sus nidos y cantaban sus amores; oíanse los rumores del mar semejantes á tiernos arrullos; las palomas cortaban aquel espacio con singular deleite, rompiendo durante el dia la monótona uniformidad del horizonte.

De noche, las estrellas parecian mirar allí con preferencia á otra parte; la luna se detenia muchas veces en su curso como atraida por no sé qué invencible afecto y, á la mañana, cuando el sol surgia del fondo del Egeo, su primer rayo de luz era para aquella casita blanca como las nieves del septentrion y para aquel huerto hermoso y perfumado como el ramillete de una vírgen desposada.

Segun afirma una tradicion, que los habitantes de Chipre conservan á través del tiempo, en este lugar que acabo de describir descansó el corazon de Vénus, y el aire que lo rodea es el de sus suspiros.

II

Nadie sabe de dónde vino, quién era, ni cómo se llamaba.

Los unos decian que era Vénus, que habia vuelto del fondo de los mares á tomar posesion de su morada.

Creian otros que era una vírgen del cielo.

Los ancianos aseguraban que era un ángel, las mujeres que una santa, los hombres una divinidad y los niños una estrella. Parecia flor á la vista, de ruiseñor su acento y de palma su gentileza.

Tenia el cielo en los ojos, la aurora en las mejillas, las perlas en sus labios, la agilidad en el talle, la miel en la boca, la gracia en los contornos, la dulzura en la mirada y el perfume en su aliento.

¿Quién era?

Todo, y algo más de lo que decian, pues á todo lo bueno, hermoso y divino añadia el más supremo de todos los encantos: el de ser mujer. Vestia un traje singularmente bello y caprichoso: falda plomiza adornada de pintorescos alamares azules; ancho corpiño de oro abierto sobre el pecho hasta mostrar el finísimo encaje del canesú; larga banda de grana que, partiendo del hombro, descendia dando vuelta al diminuto talle, á todo lo largo del cuerpo sujetándolo en tres diversos círculos: grandes arracadas de oro colgaban de sus delicadas y blancas orejas y, sujetando sus cabellos rubios, llevaba un capacete ó gorro á la turca



LA VISITA, cuadro por Muncaksy



EL ÁRBOL SACRO, cuadro por Enrique Serra

del color de la banda y rematado en su base por una graciosa greca de laminitas de oro.

Como la luz á través del cristal opaco, delatábanse, bajo este traje, las delicadas formas del cuerpo; líneas purísimas que aquí y allí se extendian en ligeras curvas, que, á veces, se acentuaban en incitantes relieves.

III

Aún no habia amanecido.

La luna brillaba en el horizonte, la brisa jugueteaba entre las ramas, el arroyo corria al mar y el mar golpeaba la costa con pausado ritmo.

Era la hora en que el ruiseñor canta sus amores.

Aurora velaba: el sueño habia huido de sus ojos, su corazon latia con fuerza, y en medio de la oscuridad su mirada entreveia no sé qué celestiales visiones.

Permaneció arrobada unos instantes, como si el tiempo y la vida se hubieran detenido.

Un hondo suspiro la volvió á la realidad; entónces su pensamiento comenzó á hablar mudamente.

—¿Dónde está el elegido de mi alma? Le espero y no llega; le busco y no lo encuentro; le llamo y no responde. ¿Dónde está el elegido de mi corazon? ¿Por qué tarda? Ojos tengo para mirarle y no lo veo; oidos para escuchar su voz y no la oigo; brazos para estrecharle y no lo abrazo; labios para besarle y no le beso. ¿Dónde está el elegido de mi alma?

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

De pronto, en medio de la oscuridad y silencio de la noche, oyó clara y distintamente el coro de mil almas que decian:

EL RUISEÑOR

Ya el nido de mis amores,
de hermosas y frescas flores,
concluí.
En esta verde enramada
lo he concluido, ¡oh mi amada!
para tí.

—

Ven, mi dulce compañera;
de toda dicha, te espera
la mejor.
Ven, amor mio, en seguida;
¡qué seria nuestra vida
sin amor!

EL CÉFIRO

Voy de prisa, voy de prisa;
flores, dejadme pasar;
me está esperando la brisa,
la blanda brisa del mar.

—

Paso, paso, verde rama;
dejadme, impaciente estoy;
la brisa del mar me llama...
¿No oís su acento?—Allá voy.

Abridme paso al instante;
flores, dejadme pasar,
que está esperando á su amante
la fresca brisa del mar.

EL ARROYO

Clavel, jazmin, azucena,
arrullando vuestro sueño
voy corriendo por la arena
y hácia la mar me despeño.

—

Vuestro cuerpo savia toma
de mis ondas y gozais
por mí de vida y aroma...
y vosotras ¿qué me dais?

Inclinad al dulce peso
del céfiro halagador
vuestra frente, y dadme un beso,
un solo beso de amor.

LAS FLORES

Hijas del amor, nacimos
para adorar, y adoramos
el aire que perfumamos
y la tierra en que vivimos.

—

Amamos á la doncella
que nos prende en sus cabellos,
del sol los rojos destellos,
los pálidos de la estrella.

Arroyo murmurador,
si sabes sentir y amar,
contigo iremos al mar
todas á morir de amor.

—

EL MAR

No creo que furor haya
como el que mi seno encierra;
y sin embargo, desmaya
siempre que toca la playa
dulcísima de la tierra.

—

Su inmóvil y enhiesta altura
cobarde contemplo á solas,
y, amante de su hermosura,
con arrullos de ternura
mil besos la dan mis olas.

—

Triunfa el hombre por la guerra;
domina por el terror;
mas mi cólera le aterra,
y le venzo, cual la tierra
me vence á mí con su amor.

LAS ESTRELLAS

En nosotras el lucero
ha fijado sus miradas,
y dice en voces calladas:
«¡Con toda mi luz os quiero!»

—

Y nosotras le miramos
á la par que sonreimos,
y al lucero le decimos
con voces mudas: «Te amamos.»

—

Con los rayos del lucero
se hallan nuestros rayos de oro;
los suyos dicen: «¡Te adoro!»
los nuestros dicen: «Te quiero.»

IV

Aurora saltó del lecho.

La vírgen sentia circular por sus venas la sangre seca y ardiente. ¡Cuál se agitaba su rosado cuerpo! ¡Cómo temblaban sus piececitos! Ciñóse una túnica, calzóse unos chapines, sujetó sus largos y sueltos cabellos rubios con una cinta de seda, y se encaminó hácia el puerto.

¡Con qué ansia respiró el tibio ambiente de la noche!

¡Con qué afan sus ojos se volvieron en todas direcciones!

Una vez que hubo entrado en el pabellon se dejó caer, como fruto que maduro se desprende, sobre aquel extraño mueble de sutil y blanda pluma formado, teniendo frente de sí todo el frondoso y pintoresco paisaje de la isla, y contemplando en el espejo el mar espumoso.

La Naturaleza seguia cantando sus eternos amores.

LA NOCHE

Para quien trabaja ó llora
llegó conmigo la hora
del sueño reparador,
y el instante del amor
para quien ama y adora.

El esposo satisfecho
duerme en su mullido lecho
junto á su amada, dichoso;
y ella, feliz, á su esposo
abraza junto á su pecho.

—

Soy la noche; en mis crespones
las penas y las pasiones
gozan de paz y ternura;
dormid, almas sin ventura;
amad, tiernos corazones.

—

LA LUNA

La luz hermosa y brillante
el sol en mi faz refleja,
y me enamora y se queja
porque no me rindo amante.

—

De la tierra tiene celos
y se querella conmigo,
porque á la tierra le sigo
siempre á través de los cielos.

¡Oh, sol! Mi amor me encadena
á la tierra, á quien adoro;
tú tienes los rayos de oro,
pero ella, en cambio, ¡es tan buena!

—

En vano, en vano me llamas;
la tierra es quien me enamora;
ella ensalza cuanto adora;
tú eclipsas todo lo que amas.

—

LA TIERRA

Mi cuerpo de entre la linfa
de los mares se levanta;
soy la tierra, soy la ninfa
del amor que rie y canta.

—

Tengo rios, selvas, montes,
abismos, valles, collados;
tengo alegres horizontes,
bosques vírgenes no hollados.

—

Es el cielo mi morada;
por él salto, corro, vuelo;
nada envidio, porque nada
codicia quien tiene el cielo.

—

Mi amor es grande y profundo,
y, los séres, sin medida
en mis entrañas fecundo
y les doy sustento y vida.

—

Soy ardiente en el estío,
dulce si el otoño impera,
blanca en el invierno frio
y hermosa en la primavera.

—

En mi seno los amores
del rubio sol llevo impresos;
nubes, aves, plantas, flores,
son los hijos de sus besos.

V

¡Qué obsesion se apodera del alma cuando, en medio de la soledad y la sombra, se escuchan esos rumores que dicen sin palabras todo lo que la imaginacion desea y ha soñado sin forma ni contorno algunos!

Aurora sentia que su espíritu, y su cuerpo iban por una dilatacion inexplicable á huir léjos de ella y á abandonarla, convirtiéndose aquí en flor, allí en agua bullente y diáfana, más allá en aire, en pájaro, en luz, en todo, en fin, cuanto en la naturaleza es bello y hermoso.

—¡Ay! Si yo fuese una estrella,—pensaba,—me amarian los luceros; si fuese flor, me acariciaria el viento y me arrullarian las fuentes; si tierra, someteria al Océano; si luna, me besaria el sol; si ave, tendria mi nido y viviria en las ramas. Pero ¡ay! que no soy pájaro, ni luna, tierra ni flor, estrella ni viento. Soy una mujer que ama y no tiene amor; que desea amar y no puede decirlo... ¿Por qué como las flores dan su aroma, el mar sus olas y el sol su luz, no ha de decir la mujer: *te amo?*

En un rincon del cielo, hácia la parte del Asia, asomó un punto rosado.

Aurora clavó su mirada en el espejo, divisó aquel rubor del horizonte, y quedo en éxtasis.

LA AURORA

Nuncio soy de la alegría,
amo el placer, soy la aurora;
flor divina, ave canora,
despertad, que viene el dia.

Soy la vestal del Oriente,
soy la vírgen casta y bella,
la pudibunda doncella,
la amada del sol naciente.

—

De sus brazos voy huyendo
y entre sus brazos me miro;
quiero gritar y suspiro,
reñirle y estoy riendo.

¡Quién huye los embelesos
y caricias del amor!
Sus besos me dan rubor;
mas... ¡son tan dulces sus besos!

EL SOL

Atrás, agreste monte;
oscura noche, atrás;
la sombra en mi horizonte
no triunfará jamás.

—

Yo soy todo alegría;
yo soy todo fulgor;
soy el eterno dia;
el inmortal amor.

—

Mis rayos son de fuego;
mi vida es un eden;
y el cielo en que navego
es mi azulado haren.

—

Mis dichas son completas;
adonde marcho, van
conmigo cien planetas;
¡y yo soy el sultan!

Abrasan mis miradas;
lava mis besos son;
yo doy á mis amadas
todo mi corazon.

—

Con alma y vida adoro,
y amando he de vivir
miéntras mis rayos de oro
no cesen de lucir.

¡Sólo el poeta siente
y ama con mi calor!
¡él sabe únicamente
qué cosa es el amor!

VI

El dia iba avanzando poco á poco, sin que Aurora advirtiera el correr del tiempo.

Inmóvil, como clavada en el fondo del pabellon, yacia, el cuerpo tendido, las piernas colgantes, los brazos echados hácia arriba y las manos bajo la nuca, destacándose

los suaves contornos de su pecho, el cual, únicamente, delataba su existencia en el dulcísimo afan que lo agitaba.

Su mirada estaba fija en el espejo; parecia pedirle la imágen de su amor.

Veia al mar dilatarse y perderse en el lejano confin, como se dilataban y perdian sus ideas y sus afectos en el espacio sin límites de su pasion.

VICENTE COLORADO

(Continuará)

EL NIDO DEL CUCLILLO

(Conclusion)

—Yo soy tu tia...—continuó la vieja,—es decir, tia de tu madre, que viene á ser lo mismo... una cosa parecida á abuela... Con que ya sabes que tienes que respetarme y quererme.

Llegó en esto Dorotea en vistoso traje de mañana, en el que donde acababa el encaje empezaba el raso. Detrás venia la bonitísima Irene, que era muy madrugadora y estaba ya peinada, con su delantal blanco, que trazando un cuadrado sobre el pecho descendia hasta el suelo. Tenia aquella muchacha un rostro en el cual bailaban y bullian las sonrisas como el sol en un vaso de agua agitada. Traia Irene en una canastilla varias prendas de traje masculino.

—¿Cómo?—dijo Doro, besando á Valentin en las mejillas.—¿Ya te has levantado?

—¡Anda, pues hace ya un par de horas!

—¿Y qué has hecho?

—Me he asomado á la ventana... he estado viendo regar el paseo.

—¡Vaya una diversion! Pues tienes que desnudarte y probarte este traje... No sé si te estará bien; pero creo que sí... Anda, anda.

Miró Valentin con asombro á Dorotea. ¿Pretendia aquella señora que se desnudase delante de mujeres? No, era imposible. Doña Leticia comprendió lo que le pasaba al muchacho y exclamó:

—Tiene vergüenza el pobrecillo.

—Bueno, pues nos iremos... Tira de la campanilla cuando estés.

Cerró la puerta Valentin y en muy pocos minutos dejó el rústico traje, engalanándose con un terno de lanilla muy elegante. Llamó y entraron de nuevo las tres mujeres.

—Perfectamente,—dijo Doro,—únicamente estos botones del chaleco es preciso meterlos un poco... A ver, Irene, trae una aguja.

Como Doro no sabia coser, Irene fué quien, armada de tijera, quitó los botones, ayudando al señorito á desabrocharlos. Despues sus sutiles dedos tiraron de la hebra... Jamás se habia visto Valentin tan cerca de una mujer bonita... el aliento de Irene le daba en el rostro como un perfume acariciador y sensual... y ella, miéntras apretaba con sus deditos en la aguja buscando el agujero del boton, apartaba la vista de su obra para mirarle los ojos al mozuelo. Cuando se miró este al espejo asombróle la absoluta mudanza de su persona, y mucho más el que en un bolsillo del chaleco tenia un relojito de oro que andaba solo, y en el otro bolsillo sonaba dinero.

Dorotea le dió un pañuelo perfumado, y en él vió el muchacho dos letras: V. R. ¿Qué significa esta R?—¡Ah!... No se acordaba ya que desde hace pocas horas se llamaba Valentin Ripamilan.

—¿Qué quieres hacer hoy?—interrogó Doro.

—Lo que V. mande.

—No, no, quiero que te diviertas... Dí cómo prefieres pasar el dia. No tengas reparo en decir tu capricho, por que quiero darte gusto en todo.

Valentin sabia perfectamente dónde le llamaba su deseo, pero no se atrevia á decirlo.

—Yo quisiera, pero... no me atrevo.

—Dilo sin miedo, hombre, dilo.

—¿Me dejaria V. ir á pasar el dia á Nidonegro?

Doro se mordió los labios con disgusto y en la cara de doña Leticia hubo un gesto enigmático indescriptible.

—¡Cómo!

—Mire V., como está tan cerca... ya ve V., hora y media de tren... á las seis de la tarde estaré de vuelta.

Tardó algunos instantes Dorotea en contestar. Por fin dijo:

—Bueno, haz tu gusto.

Doña Leticia intervino: no se explicaba el afan de ir á un poblachon tan feo, en el que segun Rodolfo no habia más que un cura, cerdos y gallinas...

A la media hora estaba Valentin en un coche de segunda. En el bolsillo del chaleco le habian puesto cinco duros... ¡Con qué alegría vió la arboleda del Mazarambroz!... En las calles de Nidonegro las gentes le miraban con sorpresa. ¡Qué elegante iba el incluserillo! Las viejas hilando en sus portales, contaron la leyenda de un príncipe indio que habia resultado padre del inclusero.

XIII

OBRA DE DESMORALIZACION

En casa de Dorotea fué rápida. Valentin olvidó muy pronto lo bueno que habia aprendido en Nidonegro y se hizo embustero y vicioso.

Pero el pleito de la testamentaría iba de mal en peor. El tribunal, por fin, desestimó la demanda de herencia y Dorotea vió que era inútil su farsa. Ni con aquel hijo ni con cien hijos obtendria los millones de Ripamilan.

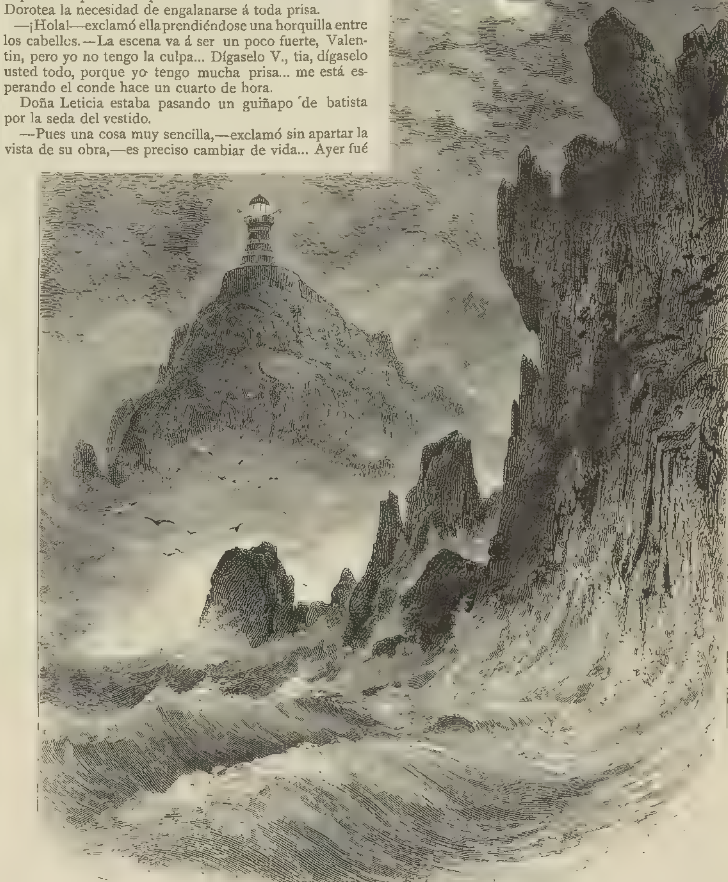
Despues de pasar dos dias en Nidonegro, Valentin volvió á casa de su madre.

Entró en la sala y encontró á Dorotea que se peinaba á toda prisa, ayudada de doña Leticia, delante de un tocador. En un magnífico traje de seda que habia sobre un mueble, en los embelecos de tocador amontonados en el mármol de una jardinera, advertíase que algo nuevo é imprevisto poco tiempo ántes habia determinado en Dorotea la necesidad de engalanarse á toda prisa.

—¡Hola!—exclamó ella prendiéndose una horquilla entre los cabellos.—La escena va á ser un poco fuerte, Valentin, pero yo no tengo la culpa... Dígaselo V., tia, dígaselo usted todo, porque yo tengo mucha prisa... me está esperando el conde hace un cuarto de hora.

Doña Leticia estaba pasando un guiñapo de batista por la seda del vestido.

—Pues una cosa muy sencilla,—exclamó sin apartar la vista de su obra,—es preciso cambiar de vida... Ayer fué



EL FARO DE CORBIÈRE EN LA ISLA DE JERSEY

sentenciado el pleito. Resulta que el conde del Cenagal el Alto tenia razon... No es posible que el testamento del difunto duque valga... ¡Jesús mil veces, ya lo decia yo!... El abogado del conde ha probado... pero cómo... ¡que no deja lugar á duda!... que tú no eres hijo del duque.

¡Qué!... ¿Qué infamia era aquella que le decian á Valentin?... En medio de su estupor encontró una frase:

—Pues entónces, ¿de quién soy hijo?

Dorotea, que acababa entónces de peinarse, lanzó una carcajada.

—A ver, tia... dígaselo V. si se acuerda.

—Lo que ha pasado aquí, Valentin, es lo siguiente,—continuó doña Leticia sin dejar de limpiar la seda:—si tu pobre madre tuviera una fortuna... no habia nada que hablar,—pero amigo, es pobre... luégo ya sabes tú lo que sucede en las inclusas... hay mil cambios... ¿y quién nos dice á nosotras que no eres tú?... Es decir, que tú eres el niño aquel que yo llevé al torno aquella noche... porque parecerte no te pareces á tu madre.. y la misma duda que el conde ha hecho valer en los tribunales, esta misma duda tenemos nosotros... El conde dice que no habiéndote puesto en la cuna una señal determinada, no es posible reconocerte, no hay más dato que el registro de la casa, y de ese no resulta probado nada; es más, allí no consta tu nombre siquiera; verdad es que don Juan Rubeña dice que eso consiste en que el conde del Cenagal el Alto ha sobornado á un escribiente y ha hecho desaparecer unas cuantas hojas del libro, pero estas son habladurías... Nosotras hemos sido engañadas, mi pobrecita Dorotea más que nadie... Ha habido por supuesto quien ha tenido interés en ello... ese par de viejos de Nidonegro, que han querido que tú representes el papel de hijo de duque... No, no creas que te tenemos mala voluntad... si necesitas de nosotras te atenderemos... vínculo no hay ninguno.. pero al ménos, ya que durante algunos meses has aparecido como hijo de mi sobrina... ¡que no se diga!... Todo está ya arreglado... tan convencido queda el conde del Cenagal de que hemos sido objetos de un engaño, que de enemigo se ha convertido en amigo y protector de Doro.

Valentin escuchó estas palabras, y en su rostro se reflejaron tales emociones que ni hay pluma que las describa ni pincel que las pinte; primero cruzó las manos, despues las dejó caer con desaliento, miró á doña Leticia con una mirada de terror y á Doro con una mirada llena de cariño. Sus labios se estremecian nerviosamente, y cuando doña Leticia acabó de hablar dijo el jóven:

—¿De modo que yo... mi padre?...

Llevóse una mano á los ojos y dió un paso hácia el balcon. Dorotea habia desaparecido un momento en la alcoba para empezar á vestirse. Ya estaba de nuevo engalanada, brillante en su atavío, rejuvenecida y majestuosa. Miró á Valentin y le preguntó:

—¿Qué vas á hacer?

Y Valentin, con serenidad, con un rostro pálido cadavérico, contestó con un acento que parecia venir de un sepulcro:

—¡Voy á buscar á mi padre!

Estaba abierto el balcon: tomó carrera el mancebo, dió un choque terrible contra la barandilla, y se precipitó en el vacío.

—¡Jesús, Jesús mil veces!—gritó doña Leticia escapándosele de las manos un cepillo que esgrimia sobre un abrigo.

Doro cruzó sus manos y exclamó:
—¡Qué horror!

Se asomó al balcon, vió en la calle un inmenso tumulto de gente agrupada cerca de algo inmóvil negro que en la oscuridad de la noche no se descubria... Por la esquina avanzaba una berlina cuyas dos linternas refulgian vivísimamente. Allí venia el conde del Cenagal el Alto á buscarla.

J. ORTEGA MUNILLA

TEMPESTADES A FUEGO LENTO

Que el Sol, por el calor y la luz que nos envia, mantiene la actividad y el movimiento de todo lo que alienta en la superficie de la Tierra, cosa es por demás sabida y demostrada. Bajo la accion de los rayos caloríficos solares, se evaporan las aguas, se forman las nubes y se originan los vientos, dando cierta uniformidad al clima de la Tierra; germinan y se desarrollan las plantas; viven y se mueren los animales. Pero á más de estos efectos generales, cuya accion é intensidad es conocida, prodúcense otros cuya influencia más íntima y más vaga ha sido y es difícil de apreciar sin que por eso sea ménos extensa y formidable.

El Sol, en efecto, al mismo tiempo que envia calor y luz, hace que en la Tierra se desarrolle gran cantidad de electricidad en los dos estados en que la estudian los físicos; el estado de tension ó *estática*, y el estado de corriente ó *dinámica*.

En el mar cada gota que se evapora sale electrizada y deja electrizada tambien á sus vecinas; en las ciudades cada fogon es un foco de electricidad; y en todas partes cada animal da su contingente eléctrico á la atmósfera al respirar y al moverse y cada vegetal al vivir y desarrollarse. Acumulados todos estos infinitamente pequeños eléctricos, por la accion solar nacidos, producen la tension eléctrica que en la atmósfera y en el suelo se manifiesta con intensidad tan grande que ella es causa de las estrepitosas y formidables tempestades que periódicamente estallan en los trópicos, de las variables y tambien temidas tormentas de las zonas templadas y de las silenciosas y brillantes auroras polares en las regiones árticas y antárticas.

* * *

El aire de las capas bajas calentado fuertemente, en las regiones ecuatoriales, por su contacto con la superficie del suelo ó del mar de dichas zonas, se eleva á las regiones superiores á buscar sus condiciones de equilibrio; pero este movimiento ascensional del aire produce una especie de tiro de ambos lados de la zona de temperatura máxima hácia esta, de modo que de cada una de las zonas templadas se dirigirán á la ecuatorial dos corrientes, constituyendo los vientos llamados *alisios inferiores* ó simplemente *alisios*. A su vez estas dos corrientes producen un descenso de presion en las regiones de latitud elevada, y en su consecuencia el aire caliente que se elevó desde el ecuador se parte á su vez, en las zonas elevadas de la atmósfera, en dos corrientes que se precipitan en lo alto hácia los polos en sentido casi horizontal, pero siempre inclinándose hácia la superficie de la Tierra á causa del descenso de la temperatura conforme avanzan en latitud. Estas corrientes reciben el nombre de *contra-alisios* ó alisios superiores.

Estos últimos vientos traen consigo la gran cantidad de agua evaporada en los mares tropicales y la electricidad que en cantidad enorme en dichas regiones se produce; agua y electricidad que van repartiendo por las demás zonas del globo á medida que hácia ambos polos respectivamente avanzan.

De aquí resulta que en las zonas tropicales es donde, por ser la evaporacion más activa y la vegetacion más exuberante, la atmósfera y el suelo se hallan más cargados de electricidad, originándose por esto con frecuencia las violentísimas tormentas propias de aquellos mares y de las cuales son buen ejemplo los tornados.

Nada tan imponente como una borrasca de este género; una nubecilla, alta al principio y que va descendiendo despues hácia el horizonte, anuncia el peligro al navegante. Un anillo negro rodea la nube; este anillo va extendiéndose y llega á cubrir casi toda la atmósfera envolviendo tierra y cielo en las tinieblas más espesas; una calma absoluta reina entónces, los ruidos parecen apagados, los movimientos todos detenidos, la vida entera suspensa. Una horrible inquietud, una ansiedad indefinible invade todos los séres y un terror inevitable los ánimos más serenos; despues relámpagos que parecen incendiar toda la bóveda celeste, rayos que azotan sin cesar la tierra y el cielo, y el continuo mugir y retumbar del trueno á todas alturas y distancias aumentan la imponente grandiosidad del espectáculo. Entónces, en medio de una lluvia copiosísima, torbellinos de viento de una velocidad increible salen de entre las tinieblas más densas y pasan arrasándolo todo de la manera más espantosa, arrancando árboles, destruyendo casas y agitando el mar en horrorosas conmociones.

En los mares de la India, durante estas tormentas, la cantidad de electricidad es tal, que á juzgar por la continua sucesion de los relámpagos se creeria que el cielo se derrama en cascadas de fuego sobre la tierra; las mismas gotas de lluvia, que caen con extraordinaria violencia, aparecen luminosas, y se ha visto,—dice Reid—saltar espontáneamente chispas del cuerpo de los negros.



CONTIENDAS DOMÉSTICAS, dibujo por H. Weir
1. Un intruso.—2. La pelea.—3. Final de la contienda

En las regiones templadas, en Europa, por ejemplo, las tormentas no se producen con tanta intensidad; ordinariamente la atmósfera no está tan cargada de vapor de agua ni de flúido eléctrico y los movimientos del aire no son tan activos como en las zonas tropicales; pero en cuanto se produce el más ligero movimiento giratorio, el aire de las altas regiones desciende en remolino, enfriando las capas bajas, sobre todo en verano, formando nubes y electrizándolas, y en cuanto la tension de las electricidades distintas de que las nubes, segun el punto y modo de formarse, están cargadas, llega á ser formidable, la tormenta estalla, aunque nunca tan ruidosa como en las aguas ecuatoriales.

Se ha podido observar, merced á las asiduas observaciones del servicio meteorológico internacional, que dichas tormentas siguen en su desarrollo y rumbo ciertas rutas bastante regulares y constantes; llegar á determinarlas con precision será un servicio inmenso para la navegacion y para la agricultura.

* * *

Pero los contra-alisios á medida que van aproximándose por uno y otro hemisferio hácia los polos respectivos van perdiendo su vapor de agua y su electricidad, y como en aquellas regiones polares la evaporacion es insignificante y la vegetacion pobrísima, no hay motivos para que se produzcan las tormentas que en las demás regiones del globo se presentan, de forma que en las heladas comarcas árticas y antárticas, *ni llueve ni truena* y los vientos soplan generalmente con tan poca fuerza que á veces los atrevidos exploradores que á ellas llegan, perciben sobre la nieve las huellas de los que les han precedido con un año de intervalo, hecho que viene á probar á la vez que las nieves no son en aquellos sitios tan abundantes como ordinariamente se cree.

Pero si en esas regiones nunca truena, la recomposicion eléctrica se manifiesta tambien de un modo bien patente. Por virtud del considerable enfriamiento de la atmósfera en aquellos lugares, las nubes que allí se forman no están constituidas por gotitas de vapor de agua condensado bajo la forma líquida, sino por agujas microscópicas de hielo, las cuales dan mucha mayor conductibilidad para la electricidad á la atmósfera donde existen; y en este caso la poca ó mucha electricidad positiva de la atmósfera de aquellas regiones y la negativa de las nubes puede llegar á recomponerse, no de repente como en los trópicos ó en nuestros climas originando el relámpago y el trueno, sino lentamente, saltando la chispa eléctrica de aguja á aguja, realizándose así fenómenos análogos á los que en los tubos de Geissler se producen, dentro de los cuales, por estar el aire sumamente enrarecido, se originan al pasar una corriente eléctrica intermitente, extensas ráfagas luminosas con colores brillantísimos.

Esto es lo que pasa tambien en las atmósferas elevadas y enrarecidas de las regiones polares.

De modo que allí las tempestades, por virtud de las cuales se verifica la recomposicion de la electricidad, son numerosísimas tempestades microscópicas, sin ruido, producidas al saltar la chispa, formando ráfaga, de cada cristalito de hielo que flota en la atmósfera á su inmediato.

El resultado de tales efectos no puede ser más espléndido; el conjunto que forman esos miles y miles de diminutas tempestades, es el fenómeno verdaderamente magnífico de las *auroras polares; tempestades á fuego lento*, que no suenan, pero que brillan y alumbran á veces medio hemisferio y correspondientes á las aparatosas tronadas de los trópicos.

Las auroras polares son, pues, las tempestades de los polos.

DOCTOR HISPANUS

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 10 DE AGOSTO DE 1885 — NÚM. 189

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EMILIO ZOLA

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El cólera ¡siempre el cólera!—Dolor y teorías.—Malthus y las madres.—La ciencia y la humanidad.—Sabiduría cruel.—Cremacion cadavérica.—Las llamas y los gusanos.—En el Hipódromo.—Un hombre sin brazos.—En el circo de Price.

En el mismo sitio en que consignamos hace quince dias la última lamentacion sobre el cólera tenemos que reanudar la triste plegaria. Es aburrido y monótono el repetir idénticas notas y estar cantando siempre sobre el mismo pentágrama.

Pero en verdad que ya que el asunto no sea nuevo pueden serlo los diversos aspectos bajo que se examine.

El cólera en la familia es el inesperado desenlace de un drama del que se esperaban nuevas escenas que desfilasen en no interrumpida serie de sorpresas. El estupor que produce la tremenda desgracia hace palpitar en los labios de los piadosos preces y en los de los impíos, imprecaciones. Pueblos convertidos en cementerios, dilatadas prosapias del trabajo agrícola segadas á la manera como segaban ellas las mieses, niños arrancados del seno de su madre muerta por manos caritativas que tienen que separar de los húmedos labios del infante el pezon seco y frio de la pobre muerta, rasgos de abnegacion y caridad que tal vez se ostentan en mendigos y gentes ineducadas, monstruosidades del egoismo humano que acaso se dan á conocer en las más linajudas familias... todo esto es el cólera.

Socialmente hablando no falta quien le defienda como un purificador que libra á la humanidad de séres entecos y enfermizos, como un agente poderoso de la negra teoría de Malthus que acusa á los hombres de hacer demasiado caso al amor y reproducirse con excesiva facilidad.

Profundo abismo separa estas teorías de aquellos dolores. A las deducciones fatídicas del economista inglés opone la madre que ha perdido sus hijos en la epidemia un argumento triunfal y convincente: su corazon, urna del martirio, lacrimatorio del sentimiento humano, verbo de un infinito de dolores de cuyas luminosas lágrimas hacen los ángeles sus estrellas.

***

Con motivo del terrible aumento en la mortalidad se ha puesto de nuevo sobre el tapete el problema de la cremacion cadavérica.

Ya no son bastantes los cementerios para contener tanto cadáver. Crecen á la par las dos poblaciones, la de los vivos y la de los muertos y colinda la ciudad y el cementerio.

Para evitar que los miasmas sepulcrales envenenen el oxígeno se ha intentado la cremacion.

Los católicos la rechazan fundándose en los textos bíblicos, que mandan al hombre convertirse en tierra como Dios mandó á la tierra convertirse en hombre, pagando así el tributo de la forma al tirano de la materia.

Mucho han discutido los periódicos italianos y franceses acerca de la cremacion cadavérica, aceptada por unos con entusiasmo como la forma más hermosa de la modificacion de la materia y anatematizada por otros en nombre del catolicismo que manda que á los muertos se les dé tierra, no fuego.

Recientemente la discusion ha tomado nuevo vuelo y mayor interés, porque en Marsella un miembro del Consejo municipal ha propuesto la adopcion del sistema crematórico.

El corresponsal del *Fígaro* en Roma asistió dias pasados á la cremacion de un cadáver en el *Tempio crematorio* de Milan. Este colombasio ha sido construido por suscricion pública. La cremacion se hace por medio de dos hornos; uno del sistema Gorino, caldeado con leña; otro caldeado por gas, que desarrolla una elevadísima temperatura. Este se halla revestido de mármol negro y su aspecto es severo.

En este nuevo aparato se efectuó la cremacion del cadáver de una mujer de setenta años. El cronista relata muy por lo menudo cómo se fué consumiendo el cadáver; no le sigamos en sus descripciones espantables.

Hay muchos hombres que prefieren á la labor horrenda del gusano la labor rápida y brillante de la llama, mejor que ser roido es ser abrasado y es preferible palpitar un momento como pavesa deleznable en el beso apasionado de la combustion, que no servir de campo de operaciones á la infame y hambrienta gusanería que ántes de hacernos desaparecer nos vilipendia y reproduciéndose infinitamente celebra sus amores sobre nuestras ruinas.

***

Una de las notabilidades excéntricas de Madrid desde hace muchos dias es M. Untham, el hombre sin brazos que se exhibe en el circo hipódromo de verano. Viendo la maravillosa habilidad de sus piés, cree uno ver unos brazos metidos en los pantalones. Con los dedos de aquellos piés juega al *ecarté*, baraja americanamente los naipes con la astucia de un *griego* de profesion; descorcha una botella de cerveza y maneja una pequeña carabina con la que hace tiros prodigiosos.

Pero ahora se dice que Mr. Untham tiene brazos; sólo que los oculta.

Lo cual, si fuese cierto, daria más originalidad á sus ejercicios.

***

En Price llora sobre la pista casi solitaria el dios de los acróbatas, un dios de músculos de acero y pecho de Hércules.

El público huye de aquel lugar en que los *clowns*, contra todas las tradiciones, hacen llorar; únicamente van los adoradores platónicos de la forma artística á sorber con los ojos las formas irreprochables de las tres velocipedistas. Y en verdad que si puede ponerse en tela de discusion la novedad del ejercicio, no puede negarse que es espectáculo agradable ver á una mujer moverse en rápidos círculos, manejando airosamente los estribos del brillante biciclo, y llevándose detrás, pegado á las puntas de las cintas que penden de su hombro, el deseo y la admiracion de los devotos.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EMILIO ZOLA

Pocas reputaciones se han formado tan rápidamente como la de este novelista; pero pocas reputaciones han sido más controvertidas, y á nuestro juicio con más fundamento. Zola, de quien nadie se habia apercibido como literato, necesitaba, cual un dia Alcibíades, que el público se fijara en él; y á imitacion del extravagante griego, cortó la cola á su perro, es decir, arrojó á la multitud un libro en cueros.

El autor de *Nana* y de la *Taberna* representa en el terreno de las letras lo que Courbet se propuso representar en la esfera del arte pictórico, un realismo crudo, un realismo material, un realismo *feo*, que quiso disculparse tras la dura necesidad de que las cosas han de manifestarse tal como son.

No negaremos que Emilio Zola es un buen conocedor del corazon humano, que sus obras revelan un talento observador y hasta, si se apura, cierta moral no del todo inaceptable; pero distintos novelistas se han propuesto otro tanto y más en sus empresas, sin necesidad de acudir á recursos de ese género. Despues de todo, el realismo absoluto no existe ni puede existir siquiera en esa clase de libros: los mismos personajes de la *Taberna* no blasfeman ni dicen obscenidades como en realidad blasfeman y las dicen los héroes tabernarios. Luego, si en toda manifestacion del genio ha de haber una buena parte convencional, no hay para qué llamar escuela á un realismo que, por ejemplo, no es más real que el de Balzac á pesar de que este nunca tuvo el mal gusto de servir á sus lectores pimientos en vinagre ó guindas en alcohol.

LOS INTELIGENTES

No es la sátira terreno vedado para los artistas, ántes bien algunos han empleado en él su mordaz talento para vengarse del público algunas veces y las más para ridiculizar á algunos críticos de quienes han creido recibir agravios. En tales casos, el animal escogido ha sido, bien el mono ó bien el asno, este último con preferencia cuando la sátira se ha dirigido contra algun escritor ó profano al cultivo del arte.

Creemos, pues, adivinar en ese lienzo un mordaz epigrama, no exento de gracia y ejecutado con perfecto conocimiento del animal preponderante en él. Esos pollinos que van á contemplarse á sí propios en el caballete que el pintor ha abandonado en el bosque, tienen toda la petulante gravedad de esos pretendidos sabios que se han aplicado á sí propios los efectos del dogma de la infalibilidad. El artista parece haber entregado su obra á la voracidad asnal, sin preocuparse del resultado del exámen, y allá en el último término del cuadro se le ve tomando apuntes; con lo cual ha querido demostrar la poca importancia que debe darse á la crítica de los pretenciosos incompetentes.

¡C'INTENDIAMO! cuadro por F. Vinea

Con los dos sexos sucede una cosa particular: que así como es muy difícil que lleguen á ponerse de acuerdo, como haya un poco de oposicion ó mala voluntad por una ú otra parte, y en especial por la del individuo perteneciente al sexo llamado débil, así tambien es cosa llana, fácil y hacedera que se entiendan, á pesar de cuantas dificultades y obstáculos á ello puedan oponerse, si el irresistible flúido de la simpatía ó de otra atraccion más fuerte se establece entre ambos. Los dos personajes de nuestro cuadro se hallan en el segundo caso: se entienden, y áun cuando el pintor no nos lo dijera así en el título de su obra, bastaria contemplar sus expresivas fisonomías para conocer que entre ellos no hay repulsion, sino esa afinidad, esa atraccion mutua que empieza por una mirada y acaba en el tálamo conyugal.

LA CACERÍA, dibujo por Bool

No es esta la primera vez que insertamos grabados referentes á asuntos cinegéticos; al ocuparnos de la descripcion de los anteriores hemos apuntado las consideraciones que la aficion y práctica de la caza nos sugiere; por consiguiente no incurriremos ahora en innecesarias repeticiones, y nos limitaremos á consignar, por lo que respecta al dibujo del hábil artista inglés, que su ejecucion prueba bien á las claras el estudio que ha hecho de la naturaleza, no en su taller ni en las academias, sino en el campo, en la selva, inspirándose en el natural y trasladándolo al lienzo ó al boj con esa fidelidad que resalta en su dibujo y que en puesto tan principal ha colocado á Bool entre los artistas de su país.

UN TIPO MERIDIONAL, dibujo por F. Reiss

Una vez más surge, al contemplar este tipo, la sempiterna cuestion de la preferencia que debe darse al color de la tez. ¿Son más lindas las rubias ó las morenas?

Tampoco pretenderemos nosotros dirimirla: solo sí diremos, que teniendo delante la dueña de ese rostro, recibiendo la mirada de esos ojos llenos de fuego y de languidez al mismo tiempo, probablemente, dado nuestro temperamento meridional, no hubiéramos podido reproducirlo con el acierto de Reiss, sin habernos abrasado ántes al calor de esa misma mirada.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

MÁRTIR CRISTIANA RETIRADA DEL CIRCO, cuadro por Cárlos Piloty

Este lienzo parece antítesis del famoso *Spoliarium* de Luna: el pintor filipino ha producido el interior del circo romano despues de una lucha de gladiadores, y en su composicion todo huele sangre, todo respira estrago. Piloty ha pintado, tambien, el interior del mismo circo despues de sacrificados los cristianos; y en la escena todo respira tranquilidad, todo parece estar perfumado de incienso.

Y es que, en uno y otro caso, el asunto se ha impuesto á artistas que se encontraban á la altura de él, y sus obras traducen de una manera acabada, en la de Luna los despojos del atleta que muere matando y blasfemando, en la de Piloty los restos de la débil vírgen que ha muerto orando y bendiciendo.

Ahí está su cuerpo tendido sobre la dura piedra; la muerte ha puesto término al dolor físico y el semblante de la doncella cristiana vuelve á ser tan hermoso como ántes de ser arrastrada al suplicio, más hermoso aún, pues en sus labios parece vagar la sonrisa del que ha entrevisto el cielo en el momento de despedirse del mundo.

Un jóven romano, otro de los magistrados que dirigen las carnicerías cristianas, se detiene á contemplar los restos de la mártir, y su frente se anubla ante los despojos de su víctima. ¿Qué pensamientos se formulan tras de esa frente?... El entusiasmo del mártir producia con frecuencia efectos contagiosos. ¿Quién sabe si el cadáver del patricio libertino sustituyó ántes de mucho al de la mártir cristiana, sobre esa dura piedra, lecho del desposorio místico de tantas vírgenes como murieron por la fe de Cristo?...

CASA DE VECINDAD

(CUADROS DEL NATURAL)

I

—¡Quién manda rezar la oracion de San Antonio, la Vírgen del Cármen ó la del Rosario! ¡Una limosnita al pobre ciego!

Y oyendo caer sobre los guijarros del patio la moneda de dos cuartos, procedente de la beata de uno de los cuartos del segundo piso, moneda que el lazarillo se apresura á levantar y á entregar á su amo, el ciego rasguea su guitarra y con voz que no brilla por su extension ni por su escuela, pero que tiene un carácter difícil de olvidar cuando se ha oido frecuentemente, comienza la conocida cancion que ha sobrevivido á todas las conquistas de los liberales:

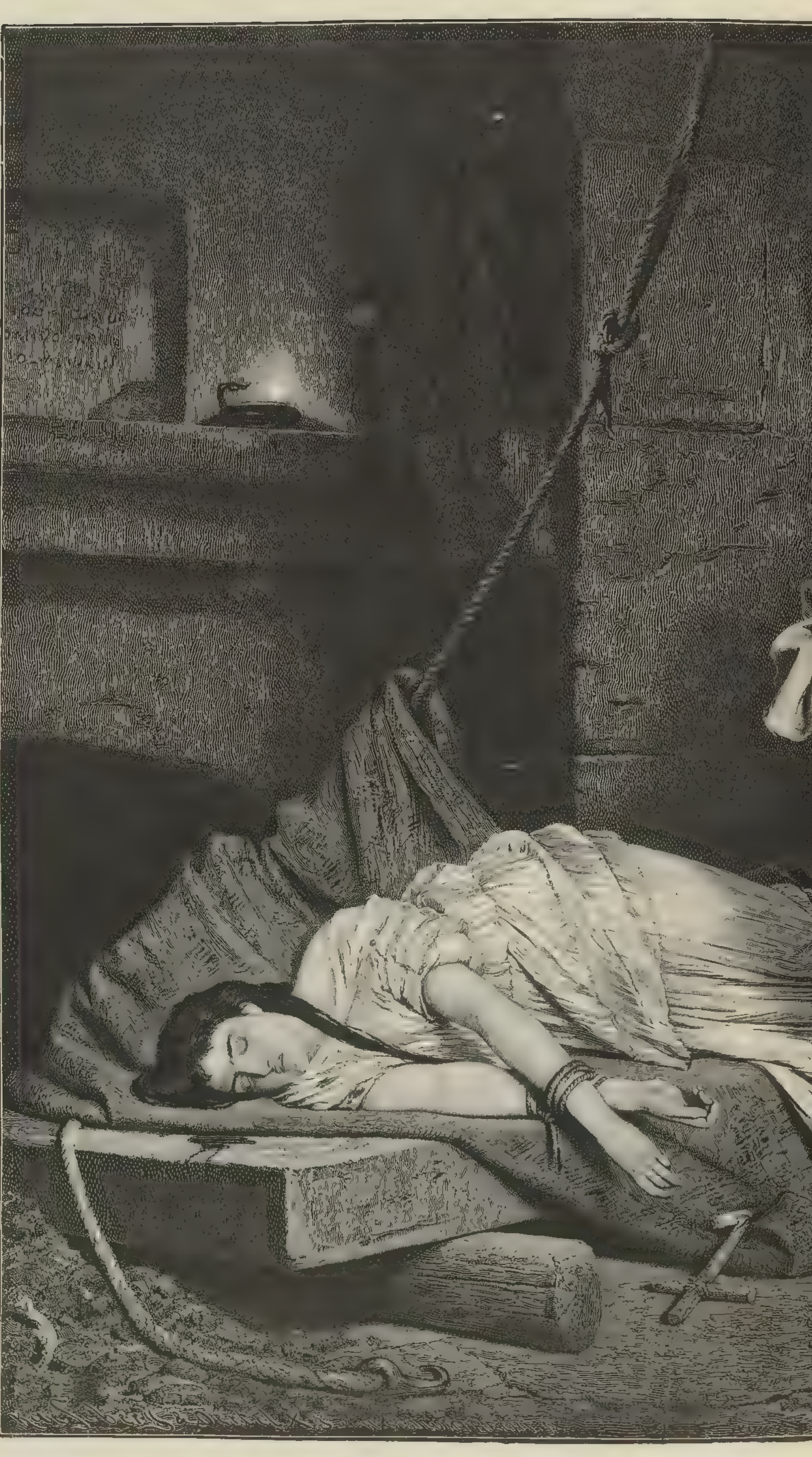
Un devoto por ir al Rosario,
por la ventana se quiso tirar,
y la Vírgen le dijo: Detente,
detente, devoto, por la puerta sal...
que ya llegarás.

Un nuevo rasgueo de guitarra demuestra que el cantor aguarda nuevos encargos de los vecinos, y en vista de que éstos tardan vuelve á preguntar:

—¿Quién manda rezar al pobre ciego?

Y como ninguno lo manda, el ciego canta espontáneamente y con tendencia epigramática:

El hermano Felipe el Batato,
el campanillero de aquesta hermandad,
lo *yamaron* para ir al Rosario,
dice que está malo, que no puede andar;
lo *yamaron* para bebé vino,
dice que está *güeno*, que al momento va.



MÁRTIR CRISTIANA RETIRAD



A DEL CIRCO, CUADRO POR CÁRLOS PILOTY

—Seña Pascuala,—dice una inquilina del patio á otra de la buhardilla,—¿hay fuego en la casa?

—Creo que no, seña Encarnacion, sino que el carbon anda caro y hay quien guisa quemando papeles.

—No hable V. tan recio, que pueden oirla.

—Don Periquito no oye nunca, y aunque oyera, no habria mal en ello, que ningun daño le hacemos Su parienta no está en casa y él no ha de morirse de hambre.

—Pero puede quemar la casa y perjudicarnos á todos, —dice una tercera interlocutora, saliendo de su cuarto del pasillo principal.

—Yo creí,—añade una cuarta voz,—que estaba V. asegurada de incendios...

—Pues *¡velai* que no lo estoy!

—Y la verdad es que un fuego seria muy peligroso para V.... porque debe tener el cuarto lleno de leña...

—¿Me la ha traido V., seña Rita?

—Se la da todas las noches su hombre...

—Mi marido dirá V.... casado en la parroquia de San Luis.

—¡Sí! por la plazuela del Cármen.

—¡Insolente! Dé V. gracias á que la desprecio...

—Pues ya lo creo... Muchacho, avisa al sangrador, que va á darme un *aciadentro!*

—¿*Sus* quereis callar?—exclama una voz hombruna, que no se sabe de dónde sale.

—Sí, nos callamos,—prosigue la vecina provocadora,—que no es cosa de enojar al señor, que es de justicia ó que tiene que ver algo con ella... ¡Ay, qué Dios!

—Felisa,—dice un nuevo personaje que escribe junto á un biombo del patio solicitudes y cartas al uso moderno,—púrgate, hija mia.

—¿Por qué, señor *tirillas?*

—Porque tienes sucia la lengua.

Y siguen cruzándose frases más ó ménos ingeniosas y agresivas desde el patio al corredor segundo, desde la buhardilla al principal, desde el tercero á la casa de enfrente, sólo separada por una medianería baja, hasta que los sollozos de una mujer que habita en uno de los cuartos del tercero encaminan á un solo objeto todos los pensamientos.

—Ya me lo presumia,—dice la Pascuala:—se le ha muerto el chico á la señora María.

—Y Dios le ha hecho mil favores,—observa Encarnacion,—que la pobre criatura no podia vivir.

—Naturalmente,—exclama la Felisa,—como que la ha curado don Diego, que debe estar pagado por las sacramentales para buscarles parroquia... En cuanto yo le vide entrar en la casa me la calé y dije: No tardarán en venir los enterradores.

—¡Pobre criatura!

—¡Angelitos al cielo!

Y como si tomara parte en la general conversacion un perro sin dueño conocido, que duerme en la escalera y busca de dia su alimento en los montones de basura y en los exíguos restos de las comidas de los inquilinos de aquella casa, lanza un fúnebre aullido, miéntras que un segundo ciego, que entra á la sazon en el patio, grita rasgueando tambien la guitarra:

¡La oracion de Santa Lucía! ¡La de las ánimas del Purgatorio!¡ La de San Antonio!... ¿Quién por dos cuartos no manda rezar al pobre ciego?...

Y á pesar de no conseguir encargo alguno, *sale* por la oracion de San Antonio en estos ó parecidos términos:

Si buscas milagros, mira
muerte y horror desterrados,
miseria y demonio huidos,
leprosos y enfermos sanos,
miembros y bienes perdidos
recobran mozos y ancianos,
el mar sosiega sus iras,
redímense encarcelados...
Ruega á Cristo por nosotros,
Antonio divino y santo,
para que dignos así
de tus promesas seamos.

II

En las primeras frases cambiadas entre la señora Pascuala y la señora Encarnacion se ha pronunciado el nombre de don Periquito. Aquel *don* excepcional en el sitio en que ha sido pronunciado constituye un problema.

¿Quién es don Periquito?

Las vecinas más antiguas de la casa saben solamente que hace un par de años alquiló uno de los pisos terceros un matrimonio muy jóven, tan jóven que entre ambos cónyuges contarian poco más de cuarenta años. Aquella mudanza no reclamó grandes incomodidades ni dispendios. Un mozo cargado con un tablado verde y unos jergones, coronado el total por un lío de ropas; otro mozo con una mesa de pino, dos sillas de paja y un cajoncito de madera; el matrimonio llevando á la mano una lámpara, dos ó tres cuadros, algunos útiles de escritorio y papeles... hé aquí el ajuar, más miserable que modesto, del matrimonio que ocupó una de las habitaciones del piso tercero, señalada con el número 13 é inmediata á la que ocupaba la señora María, madre de la criatura que acababa de morir.

Don Periquito y su mujer, conforme denunciaba el ajuar de los mismos, no disponian de grandes medios de fortuna, y áun ella tenia en ocasiones que dedicarse á coser y bordar en ajenas casas. En aquellos dias, don Periquito quedaba por amo de la suya y, encerrándose con llave y cerrojo, se consagraba, despues de sus habituales tareas, á mirar por sí, guisándose algunos manjares muy elementales, desde las migas á las patatas, sin intrusion de otras sustancias. Algunas veces la falta de carbon habia hecho necesario á don Periquito recurrir á la quema de libros y papeles para suplirla; pero el humo denunciador del hecho habia puesto en conmocion á los vecinos.

Don Periquito, sin embargo de todo esto, era bien quisto y hasta respetado por sus compañeros de casa. Estos habian observado que muchas veces subian á la habitacion número 13 jóvenes elegantes y que denunciaban en todo disfrutar de excelente posicion social, y que en ocasiones habian celebrado en la habitacion banquetes de mayor importancia; habian notado tambien que al levantarse los jornaleros para marchar á su trabajo, en casa de don Periquito habia luz, que no se habia apagado en toda la noche; y por último, era notorio que en aquella casa podria faltar el pan muchos dias; pero que todos acudian á ella los repartidores de periódicos á dejar el número corriente. De todo lo cual y de algunas ligeras confidencias hechas por el matrimonio jóven á sus vecinos, habíase puesto en claro que don Periquito *sacaba libros de su cabeza* y escribia con varia fortuna en los periódicos que á la sazon se publicaban en Madrid.

¿Cuál era el pasado de don Periquito y de su mujer Dolores? Los vecinos de la casa lo ignoraban, pero lo presentian. Aquellos jóvenes se habian encontrado en el mundo y la atraccion de la mutua desgracia les habia acercado; el cariño les habia unido y los sacrificios realizados por marido y mujer en dificilísimos tiempos habian contribuido á acentuar el cariño sereno que sigue á los arranques del amor.

El memorialista del portal, hombre relativamente ilustrado y que leia de segunda mano algunos periódicos, habia dicho más de una vez á los vecinos del patio:

—¡Oh! don Periquito será un personaje el mejor dia. En el *Museo universal*, en *El Cascabel* y en el *Gil Blas* se han publicado coplas suyas. Lo cual que algunas de ellas *caen* muy bien.

El pobre memorialista no tenia el don de la profecía, por lo cual es casi seguro que don Periquito no habrá llegado á ser un personaje nunca; pero es posible que haya logrado siquiera salir de la casa de vecindad... ¡Hay tantos Periquitos en la extensa familia literaria!

III

En la noche del dia en que comienzan estos capítulos de recuerdos, la habitacion de don Periquito no tuvo luz; pero en cambio brilló incesantemente en el cuarto inmediato, ocupado por la señora María y el señor Diego su marido. Tambien la ocupaba aún, rígida y yerta por el frio de la muerte, una niña de poquísimos meses encerrada en una cajita azul, entre cuatro luces de cera, que daban á la estancia una claridad dudosa y triste.

La desgraciada madre, que ya no tenia lágrimas por las muchas que durante el dia derramara, dormitaba con una parienta en la alcoba única; el señor Diego, dependiente de la parroquia y padre de la criatura, se habia hecho un deber de velar por sí mismo á la niña muerta. En aquella piadosa ocupacion le acompañaban don Periquito á quien ya conocemos en parte, Manuel, que era un carpintero de más crédito que recursos materiales, el señor Juan, vecino del piso cuarto, y el memorialista del patio.

¡Qué triste es una noche de invierno pasada junto al dolor contenido de los que han sufrido una pérdida irreparable!

El señor Diego procuraba, no obstante, sobreponerse á la suya y atender á sus compañeros, á cuya disposicion habia puesto una botella de aguardiente y una cajetilla de tabaco picado. De esta última se habia hecho desde un principio gran consumo, como lo acreditaba lo enrarecido de la atmósfera que habia obligado más de una vez á abrir la ventana que daba al pasillo de la casa ó entornar la puerta de entrada á la habitacion.

La conversacion al principio no tuvo más que un tema: el de la desgracia que allí congregaba á todos. La niña habia estado siempre bastante enfermiza: respiraba con dificultad y no se nutria lo bastante. Un constipado que tuvo y no le pudo ser curado bien, interesó sin duda á sus pulmones, precipitando su muerte.

—¡Sea todo lo que Dios quiera!—terminaba diciendo el padre.

—Pues yo creo, á pesar de los pesares,—decia el memorialista,—que el médico ha sido poco afortunado: hoy mismo la Felisa, que tiene muy mala lengua, decia algo sobre este particular, y aunque yo la hice callar porque no me gustan sus murmuraciones, la verdad es que don Diego es poco enérgico en combatir las enfermedades. Y no hay que darle vueltas, cuando estas se presentan de mano armada es preciso recibirlas lo mismo. ¿No es verdad, don Periquito?

—Poco entiendo de medicina,—contestaba el aludido; —pero creo que cuando el médico no ha hecho más habrá sido por conceptuarlo inútil todo. Nadie puede mirar con sangre fria un problema del que pende la vida ó la muerte de un individuo.

—Don Periquito dice bien,—replicaba el señor Juan; —el médico que ha asistido á la criatura no habrá podido hacer más, pues con interés lo toma siempre. Cuarenta dias me estuvo asistiendo á mí, cuando me caí del andamio y, gracias á Dios, apénas se me conoce la cojera

—No le culpo yo,—dijo el padre;—que esta es la quinta criatura que se me muere y la primera para cuya asistencia llamé á mi tocayo don Diego.

—No hay más que conformarse,—observó lacónicamente el carpintero Manuel.

Y todos guardaron silencio durante algunos momentos en los que sólo se escuchaba el chisporroteo de las velas, el acompasado movimiento de la péndola de un antiguo reloj de pared y los sollozos contenidos de la señora María en la alcoba.

De repente se escucharon á lo léjos otros ruidos muy perceptibles, como de golpes, á los que acompañaban gritos procaces y amenazadores y á que respondian ayes y quejas.

—¡Lo de todas las noches!—dijo el memorialista.—Ese bribon de jugador y borracho señala así su entrada en la casa.

Los ayes y los lamentos de la mujer del jugador prosiguieron durante algunos minutos y fueron apagándose lenta y progresivamente para dar lugar á otros dos ruidos igualmente perceptibles: el de los sollozos ahogados de la víctima y el de los ronquidos del que semejantes procedimientos empleaba con su mujer.

—Cinco años hace,—prosiguió el memorialista,—que conozco á ese hombre y cinco años que se me revuelve el cuerpo, por no serme posible remediar á su pobre mujer. Una vez quise intervenir en sus reyertas y sólo conseguí que el bribon del tahur tratara de matarme con una navaja, pudiendo librarme gracias á la intervencion de don Periquito y del señor Diego. Desde entónces el maldito ese no me encuentra una vez sin jurármelas y mucho me temo que más pronto ó más tarde no realice sus amenazas.

Los personajes aludidos por el orador hicieron con la cabeza una señal de asentimiento sobrado elocuente, pues lo mismo confirmaba el relato de lo ocurrido que el temor de lo que podia llegar á ocurrir.

Despues volvió á reinar silencio, á escucharse sólo el acompasado ruido de la péndola del reloj y, de vez en cuando, el rumor de pasos en la escalera. Cuando esto ocurria el bueno del memorialista se asomaba á la ventana y comunicaba al auditorio sus observaciones.

—La ribeteadora del patio, que vuelve del baile de Capellanes. Alguien la acompaña, porque han encendido una cerilla y ella entra siempre á oscuras.

—Ahora entra Roque, el cajista de *La Discusion*. Si llega por aquí, él nos dará noticias

Con efecto, el cajista, al observar desde la escalera que habia luz en casa del señor Diego, se acercó á la puerta y saludó á todos.

—Me lo temia, —dijo al padre;—pero hay que conformarse.

—Ya lo hago, Roque, ya lo hago: tan acostumbrado estoy á llevar muertos al cementerio, que no me cogen de nuevas estas escenas. Así que amanezca, yo mismo llevaré á mi pobre niña.

—¿Y qué hay de cosas?—preguntó el señor Juan á Roque, tanto por lo aficionado que era á la política, como para dar otro giro á la conversacion.

—Pues, lo de siempre: verdugos arriba y víctimas abajo; pero dia llegará en que cambie todo esto. Lean ustedes mañana *La Discusion* y verán lo que es bueno.

—¡Bah! Cualquiera se fia de los periodistas...

—Véanla Vds., que ahora parece que va de veras: la union liberal lo hace muy mal y el mejor dia se verá reemplazada por los moderados. Yo me alegro, que así vendrá más pronto la *gorda*.

—¡Y bien que se burla de ella *El Cascabel!*

—No me hableis de ese papelucho, que me irrita.

—Pues bien se vende por las calles...

—Claro, por sus charaditas y demás; pero no por su fondo.

—Para Roque,—dijo el señor Manuel,—no hay mas que su *Discusion;* y hace bien, que en su imprenta gana el pan.

—Con que, caballeros, me voy á descansar, que hoy tengo que ir á *la edicion*... Esto, si el señor Diego no me necesita.

—No, hijo; toma una copa y descansa, que buena falta te hace.

Roque subió el último tramo y los que velaban á la muerta tuvieron ya desde entónces un nuevo tema para la conversacion.

M. OSSORIO Y BERNARD

(Continuará)

MI REJA

A los veinte años estar al pié de una reja es la suprema de las dichas. El que no ha pasado en Andalucía una noche de claro en claro cerca de alguna Dulcinea de negras trenzas y de seno cubierto con pañuelos de espuma, ni sabe lo que es querer ni lo que son flores, como decimos por esta tierra de María Santísima.

Las noches de mayo, claras hasta el extremo de poder leer á la luz de la luna las rimas de Becquer en ediciones diamante,—si las hubiera—parecen hechas á propósito para *pelar la pava*. Los andaluces no le dejan ni una pluma en el mes de las flores ni en los demás meses del año, por eso suele durar la operacion hasta que apunta el alba.

Todos saben lo que se llama en el mediodía de España *pelar la pava* y no he de meterme yo en honduras folklóricas con este motivo: pelar la pava es hablar á solas



LOS INTELIGENTES



CINTENDIAMO, cuadro por F. Vinea

con una mujer en la reja, y aunque jamás parezcan el ave ni los despojos, es el caso que esta empresa tiene cuatro bemoles.

Yo tambien he pelado la pava ¿por qué no decirlo? Iniciado en los misterios de este sacrificio, propio del culto de Eros, por una morena de ojos como tazas y manecitas como terrones de azúcar, llegué á ser maestro en el oficio y pude á mi vez dar fructuosas lecciones.

Esto de pelar la pava tiene para el profano dificultad de gran cuenta. La primera y principal consiste en tomar posesion de la tierra prometida ó lo que es lo mismo de la calle en que habita nuestro adorado tormento.

Hay que clavar como Colon el estandarte en los linderos del nuevo mundo; llevar, como Nuñez de Balboa, el agua al cuello y blandir la espada en señal de dominio, levantar cruzada contra las lenguas de las comadres del barrio, como Pedro el Ermitaño, y quemar las naves, como Hernan Cortés, cuando hay rivales en la acera de enfrente.

Cumplidas estas primeras pruebas materiales de iniciacion, comienzan las pruebas de órden moral que son á veces más terribles y dificultosas. Comprédese que Arístides y Focion permanecieran frios é indiferentes ante los tesoros de Grecia; que el caballero aquel á quien los gnomos del Norte ofrecieron sus montones de piedras preciosas, no osara tocar un solo diamante, ganoso de pasar plaza de incorruptible y desprendido; mas, ¿cómo comprender que un amante permanezca horas enteras al lado de su amada, en las soledades de la reja, sin tocar una sola hebra de sus trenzas ni un solo dedo de su mano?

Tal es la prueba suprema. La luna penetrando por los resquicios de la celosía color de esperanza, deja caer atrevidamente sus rayos sobre un cuello de cisne ó sobre una frente nacarada: ¡pícara luna que así puede entrar y salir en el paraíso! El novio que *pela la pava*, ó lo que es lo mismo que suele poner *de ropa de pascuas* á la luna y á las estrellas, bebe, absorbe, aspira los efluvios de aquel tesoro vivo, cuyas piezas de plata cuenta sólo en el pensamiento y siente sólo el frio contacto de los hierros de la ventana al separar el embozo de las cejas.

—¡Mi vida......!

—¡Mi alma......!

La línea de puntos suspensivos completa este diálogo con ciceroniana elocuencia.

Se han hecho muchas ediciones del Julieta y Romeo de Shakespeare, y aún se traduce el drama á todos los idiomas; si así no fuera, buena ocasion aquí, para recordar aquello del prematuro canto del ruiseñor ó de la alondra. Para los novios, siempre son el alba y los pájaros importunos madrugadores.

Yo he querido atisbar lo que se dicen los amantes en esas interminables conferencias de la reja y no he podido saberlo más que por experiencia propia. Esto consiste en la duplicidad extraña que distingue á tales diálogos.

Hay novios que no hablan, que se entretienen en deshojar flores, ensartar agujas, ó hacer pajaritas de papel; estos y los que hablan del tiempo, de la música y de los sermones de tres horas, son los que en realidad tienen conversaciones más interesantes con el alma y con los ojos.

Tal duplicidad de diálogos suele dar lugar á quid pro quos de mucha gracia. Ejemplo:

Pregunta la novia: Dime, X, ¿qué traje te gusta más, el rojo ó el gualda?

A lo que contesta sin vacilar el novio:—¡Oh, tu cuello, tus hombros, no los soñó Fidias semejantes! Ese esqueleto de Amelia debe de estar comida de envidia.

Pregunta el novio:—Dime, Z, ¿qué platea ocupas en la ópera esta noche?

A lo que replica la novia mirando al cielo:—Estaré siempre mirándote áun cuando viva en la estrella Rigel.

Los interlocutores se distraen frecuentemente; entónces es cuando pelan la pava con todas las reglas del arte. Para ello hay que enlazar las manos de los operadores, segun el testimonio de un Ovidio andaluz á quien procuro seguir en estos detalles. *Su mano entre las mias* etc. etc., dijo un poeta, refiriéndose á esas conversaciones sin palabras que tan profunda huella dejan en la memoria.

Los leves rumores de la noche apénas llegan á la enamorada pareja; el canto del grillo recuerda la calma del hogar cuya primera piedra va á levantarse; el canto del pájaro, la fábrica del nido, que lo mismo puede hacerse con pobres pajas que con hilachas de terciopelo.

¡La reja, ah, la reja! El pincel puede emplearse en ella cumplidamente. Una graciosa cabeza de mujer que asoma entre los hierros pintados de verde; un torso envuelto en los airosos pliegues de una capa; el tiesto de rosas del tiempo que esparce sus suaves aromas; la hiedra que trepa hasta el dintel dejando en las maderas festones de sombra; el humo del cigarro, en fin, y la chispa de fuego que brilla en la penumbra, como para dar á conocer que no hay humo sin fuego ni amores sin humo, forman ese misterioso cuadro de tinieblas y luz que sólo puede copiarse en Andalucía, cuando la tarde cae y se pela la pava.

Basta contemplar una de esas ventanas, remedo del morisco mucharabieh, cuyas discretas celosías y cruzados hierros están acariciados por rosales y plantas trepadoras, para adivinar que son aras consagradas al Amor, altares en que se sacrifican á veces blancas palomas. Ante ellas suele desarrollarse el drama de los celos y lucir en ocasiones esa arma terrible que usa el andaluz y que hiere con la celeridad del rayo; la navaja. En lo antiguo, una cruz de madera clavada en la pared indicaba el sitio en que estas terribles luchas se llevaban á término cayendo uno de los combatientes; por eso no causaba extrañeza, ver cerca de la ventana risueña y repleta de flores, el signo de la tristeza y de la muerte.

Hay poblaciones en que las rejas son verdaderos objetos de arte. Existen muchas que por su colocacion y estructura llaman la atencion de los curiosos; ejemplo de esto las de los jardines de la Casa de Pilatos en Sevilla, que han servido á tantos pintores andaluces para componer sus preciosos cuadros de género.

La impresion que causa en nosotros una reja desierta en la cual hubiéramos visto trascurrir esas horas rápidas que el amor anima y abrillanta, es semejante á la que experimentaria el esposo al contemplar la alcoba abandonada y la madre al mirar la cuna vacía. Hay siempre en ellas cifras y notas imperceptibles para el profano, pero vivas y palpitantes para el que recuerda; sombras queridas vienen siempre á apoyarse en los hierros ó á reclinarse tras las persianas ó los tiestos de flores.

Yo tengo entre mis *Nocturnos* un apunte de esas rejas encantadas á cuyo pié pasé, acaso, las mejores horas de mi existencia. Este apunte, puede completar el pensamiento que ha informado estos pobres renglones. Hélo aquí:

Por la reja andaluza
donde tuve tan dulces confianzas
contigo, aquella reja
de verdes celosías
y delicado alféizar,
pasé envuelto en mi capa
una noche de otoño limpia y bella,
cuando el toque de ánimas
lanzaba la campana de la iglesia.
Estaba solitaria, silenciosa,
un ataud clavado eran sus puertas
y la luz de la luna penetraba
del maderámen por las anchas grietas.
—No me causa rubor el confesarte
que se oprimió mi corazon al verla;
¡guarda tantos recuerdos de ventura!
¡tantas cifras de amor aquella reja!
Allí, esperabas, al caer la tarde,
mi ramo de violetas,
ramo que tú premiabas con un beso
al nacer las estrellas.
Allí alzamos castillos en el aire
que el tiempo derribó, y allí, ¿te acuerdas?
con el último adios, la primer lágrima
nos arrancó el placer sobre la tierra.
Pasé de largo y me subí el embozo
calándome el sombrero hasta la ceja,
para ocultar, de mi rebelde llanto
la reluciente prueba,
mas, convertido en animado autómata,
á mi pesar volvia la cabeza
y á dirigirle la postrer mirada
me detuve al doblar la esquina opuesta.
Volvieron á pasar, de tus amores,
las imágenes trémulas,
y, en la fascinacion de mis sentidos,
ví dos sombras inmóviles en ella.
—¡Oh poder creador de los recuerdos,—
dije, al ver las dos sombras en la reja,—
hé allí, desarrollándose á mi vista
de mis pasadas noches las escenas!...
Por esta dulce magia encadenado,
volví sobre mis huellas
acercándome, al cabo, lentamente.
Mas, ¡cuál fué mi sorpresa
al ver á una rolliza maritornes,
alegre y descompuesta,
entretenida en plática sabrosa
con un guapo jayan de tez morena!
Retrocedí, mi pálida mejilla
tomó el tinte encendido de la fresa,
y comprendí mejor, á aquel romano
que murió de verguenza,
al ver que los soldados de Alarico
profanaban el pórtico de Vesta.

BENITO MAS Y PRAT

AURORA

(Conclusion)

La monotonía del cuadro se rompió de pronto.

Un punto oscuro dividió el cielo de la tierra.

Parecia algo que del firmamento bajaba al mundo; algo que el mar y el espacio habian producido; ¡quizá el fruto de tantos amores como en la naturaleza existian! ¡quién sabe si el amor mismo!

Aurora miraba, miraba, y cuanto más el punto aquel se engrandecia, su corazon latia con más fuerza.

¡Qué incomprensibles misterios agitan el corazon humano!

A veces, ¡qué misteriosas revelaciones escucha!

Aquel punto negro suspendido entre las dos inmensidades, á medida que avanzaba, se fué convirtiendo de negro en gris, hasta que por su blancura sobrepujó á las espumas del Océano, sobre las que, como pájaro de abiertas alas, se dirigia hácia la costa.

Es cierto que, á lo léjos, semejaba una paloma, como aquellas que condujeron á Vénus en su carro de nácar; es cierto que, ya más próximo, distinguíase en medio de su blancura algo así como rama de verde oliva que sujetaba su pico, haciendo recordar la que, en los dias del diluvio, volvió al arca con igual ofrenda.

¡Ilusiones de la distancia, que bien pronto la distancia misma desvanece!

La paloma de Vénus era una nave que, á velas desplegadas, corria sobre la líquida llanura, como la flecha que, sacudida por el arco, atraviesa las ondas, aun más movibles, del viento.

Cuando la nave hubo llegado á la costa, ocultóse toda ella detrás del muro de un acantilado.

Al poco tiempo, un hombre de barba escasa terminada en punta, ojos negros y vivos, piel tostada por el sol, alto, ágil y vestido á la usanza griega, apareció sobre la cortada peña, en la cual se detuvo unos instantes.

Aurora sintió correr á lo largo de su cuerpo hondo y penetrante calofrio; aquel hombre parecia mirar en direccion á la casita blanca.

La distancia que de esta última le separaba era corta.

El griego echó á andar.

Era bello y gentil como la palmera del desierto, pálido como sus arenas; en sus ojos brillaba la noche, y el sol resplandecia en su rostro.

Aurora le miraba; le veia, cada vez más próximo, andar sin detenerse en direccion á ella.

El espacio se acortaba: le contempló, sin aliento apénas, tocar la cerca del huerto, arrodillarse, besar la tierra, volverse á erguir, saltar la valla, adelantarse por entre los arbustos y plantas hácia el pabellon en donde ella se encontraba; llegar á este, tocar el umbral y...

VII

Sus ojos se encontraron y el espacio pareció iluminarse por esta doble mirada.

Aurora, inmóvil hasta aquel instante, saltó y se puso en pié, al propio tiempo que el viajero, cayendo de rodillas, tomó entre sus manos el extremo de la túnica de la jóven, en cuya fimbria sus labios depositaron un mudo y respetuoso beso.

AURORA *(inmóvil y séria)*.—¿Quién eres?
EL VIAJERO *(de rodillas)*.—Un esclavo.
AURORA ¿De quién?
EL VIAJERO Tuyo.
AURORA ¿Cómo te llamas?
EL VIAJERO Miguel.
AURORA ¿De dónde vienes?
MIGUEL De Lesbos, mi patria.
AURORA ¿Qué te trae?
MIGUEL El amor.
AURORA ¿Tú amas?
MIGUEL Con toda mi alma.
AURORA ¿A quién?
MIGUEL A tí.
AURORA ¿Tú me conoces?
MIGUEL Te amo.
AURORA ¿Desde cuándo?
MIGUEL Hace ya largo tiempo.
AURORA ¿Cómo siendo de Lesbos, me conociste?
MIGUEL *(extendiendo el brazo y señalando una torre fortificada que se levanta á su izquierda)*. Desde aquella fortaleza. En las guerras contra el turco yo combatí por la libertad de Grecia, en donde fuí hecho prisionero y trasladado á aquel castillo, desde cuyas ventanas te ví y te amé!
AURORA ¡Y lo has callado hasta este instante!
MIGUEL Cargado de cadenas entré en mi calabozo y á los dos años lo abandoné de igual suerte, hasta que los turcos me desembarcaron en Lesbos, de donde llego para decirte que te amo.
AURORA ¿Tú sabes lo que es amor?
MIGUEL Lo que yo siento.
AURORA ¿Qué es lo que sientes?
MIGUEL No sé si acertaré á explicarme; pero siento... siento... ¡Deseos de mirarte sin dejar de verte nunca!
AURORA *(suspirando)*. ¡Tú no amas!
MIGUEL ¡Con todo mi corazon!
AURORA Entónces, ¿hubieras vivido dichoso encerrado en aquella fortaleza viéndome todos los dias?
MIGUEL Sí; hubiera muerto dichoso.
AURORA *(suspirando.)* ¡Tú no amas!
MIGUEL ¡Con toda mi alma!
AURORA *(sacando de un cofrecito un retrato)*. Si eso te satisface y eres feliz con verme, ahí tienes tu felicidad. Toma y márchate. *(Le entrega el retrato.)* ¡Ya has logrado cuanto ambicionabas! ¡Dichoso tú!
MIGUEL No; mi amor ambiciona más que eso.
AURORA ¿Qué más ambiciona tu amor?
MIGUEL Hablarte.
AURORA *(suspirando)*. ¡Tú no amas!
MIGUEL Oirte.
AURORA *(suspirando nuevamente, dice en voz baja)*: ¡No sabes lo que es amor!
MIGUEL ¡Vivir siempre á tu lado si tú me lo consientes!
AURORA ¿Por qué no?
MIGUEL Darte mi vida.
AURORA ¡Una vida sin amor no la quiero!
MIGUEL Estrecharte entre mis brazos...
AURORA *(Temblando y como desvanecida)*. ¡Entre tus brazos!...
MIGUEL *(levantándose)*. Sentir tu corazon junto al mio, mis ojos en tus ojos, tus manos en las

mias; ser tu alma mi alma, mi sangre tu sangre, ser dos y no ser más que uno: eso ambiciono, eso deseo, eso...

AURORA ¡Eso, eso sí que es amor!

. . . .

VIII

A la caida de la tarde, en esa hora en que la noche da su primer beso al dia y le cierra los ojos para que repose de tantas fatigas, la nave que de Lesbos llegó dias ántes á Chipre partia de nuevo de Chipre con direccion á Lesbos. ¡Nido de amores, en cuyo fondo se fundian dos alientos, dos vidas, dos corazones!

El mar, dichoso de sustentarlo, lo mecia blandamente: la brisa, no ménos dulcemente lo arrullaba; y el sol, envidiando tanta ventura, cubria el horizonte con un pabellon de sombras.

IX

En tanto que la nave huia hácia Lesbos, en Chipre, aquella casita blanca, como las nieves del Septentrion, y aquel huerto semejante al ramillete de flores de una vírgen desposada, suspirando tristemente decian:

La casita.—La perla se ha desprendido de la concha; Vénus ha dejado su morada por la tierra de los hombres; la estrella ha vuelto al cielo... ¡Ay, triste y sin ventura de mí! Ya mis paredes no repetirán sus palabras; el eco no me anunciará sus pasos; sus ojos no alegrarán mi soledad. Quiero morir; el dolor agrieta mis muros; mis paredes tiemblan de frio y de dolor. Quiero morir, desmoronarme, hundirme; que no quede de mí, piedra sobre piedra. Huracan, derríbame; rayo, abrásame; Océano, arrástrame á tus abismos sin fondo. ¡Cuán ingratos y egoistas son los séres que aman!

El huerto.—Sí, es verdad; los séres que aman son ingratos, egoistas y crueles. ¿Qué no me debe Aurora? Yo alegré sus horas de tristeza; en sus dias de amargura yo fuí su consuelo; medicina de sus enfermedades; distraccion en sus ocios; hermano en sus pensamientos. Yo le dí las aguas con que lavaba su cuerpo; con mis entrañas alimenté las flores que adornaban sus cabellos y el sazonado fruto de que gustaban sus labios. La miel de mis colmenas era para ella; el aliento que respiraba, á mí me lo debia. ¡Cuántas veces, viéndola pensativa, agité las ramas de mis árboles, llamando á los pájaros para que viniesen á distraerla con sus armoniosos trinos! ¡Y ahora me abandona! ¡Ah, Dios mio! ¡Qué ingratos y egoistas son los amantes!

En torno de la casita y del huerto descendieron multitud de espíritus desconsolados. Todos ellos se condolian y lamentaban de la ausencia y del olvido; todos ellos á una, como la casita y el huerto, decian á su vez:

—¡Qué ingratos y egoistas hace á los séres el amor!

La voz de un ángel bajó del cielo para calmar tantas angustias.

EL ÁNGEL

Callad, callad, almas viudas;
no aumenteis vuestros tormentos
con estériles lamentos
y vanas quejas; callad.

Quien ama tiene en sí mismo
toda posible ventura;
si quereis vuestra amargura
trocar en placer, amad.

No es ingrato ni egoista
quien por amor abandona;
jamás, jamás ocasiona,
quien ama y siente, el dolor.

—

Los séres que habeis perdido,
¿quizá les habeis amado?...
¡Quizá todo á vuestro lado
tuvieron, ménos amor!

—

¡Amor!... ¡amor! Sus caprichos
en tierra y cielo son leyes;
pueblos, naciones y reyes
los gobierna á su placer.

—

Toda la naturaleza
ama y venera su nombre,
él es la vida del hombre
y el alma de la mujer.

—

Dios por amor se hizo verbo
y abandonó el paraíso;
Dios por amor sufrir quiso
en la cruz muerte y pasion.

—

Por amor, hiel y vinagre
bebió, y descendió al infierno;
y nos dió, su amor eterno,
nuestra eterna redencion.



LA CACERÍA, dibujo por Bool

X

Contemplando el mar desde el promontorio de Léucades, pensaba Aurora, algun tiempo despues de haber arribado á la patria de Miguel:

—El temor de perder lo que tanto se ha codiciado es la pena que amarga la felicidad que poseo. En mi amor, la realidad ha sobrepujado á mis sueños, á mis ilusiones y á mis esperanzas; soñé el amor grande y es inmenso; el placer que imaginaba, sombra es del gozo; la dulzura del cariño de Miguel es mayor de la que anhelé en mis delirios de doncella; he conseguido, pues, la suprema dicha; lo tengo todo, y... ¡todavía me falta algo!... no, algo no; ¡me falta todo!... ¡eternizar mi amor!

Aurora quedó pensativa, y sintió que el primer dolor oprimia su alma y turbaba su ventura.

—¡Ay! ¡Quién pudiera eternizar la dicha! ¡Ah! ¡Quién pudiera, llegado el feliz y codiciado momento del amor, cuando la pasion ha alcanzado la felicidad suprema, ante la cual todo palidece; quién pudiera, unidos, confundidos, eternizar este instante!

La mudanza de las cosas hacia presentir á Aurora una posible desgracia, á la cual no sobreviviria ciertamente.

Sentada en las rodillas de Miguel una noche de otoño, cogia temblando, Aurora, entre sus dos manos la cabeza de su amante, á quien decia con voz más dulce que la miel de Himeto:

—¿Me quieres?

—¡Te adoro!

—¿Cuánto?

—Muchísimo.

—¡Muchísimo! Eso no es decir nada. Si tu amor se midiese, ¿cuánto espacio llenaria?

—Todo el espacio.

—Si se pesara ¿cuánto pesaria?

—Mil veces todos los astros.

—¿No te engañas?

—¿Qué me quieres decir?

—Que todo prueba lo contrario de tus palabras.

—Veamos.

—El sol es luminoso, y no cesa un punto de brillar; sus rayos constantemente dan luz y calor; el cielo es azul en todos los momentos; la flor, apénas nace, despide su aroma hasta despues de haber muerto; el mar se agita en todos los instantes y el corazon palpita hasta en el sueño. Mira tú cómo el corazon, el mar, la flor, el sol y el cielo, sin llenar el espacio, ni pesar todos los astros, no cesan jamás de resplandecer, de ser azul, dar perfume, agitarse y latir. En tanto que tu amor, con ser más grande que todos ellos... ¿en qué se manifiesta?.. ¡En una mirada, en un abrazo, que apénas nacidos mueren!

Miguel quedó sorprendido, hasta que al fin, rodeando el talle de Aurora, exclamó:

—Te daré mil y mil abrazos; te estrecharé hasta acabar la vida.

—No, no;—dijo Aurora, abandonándose á los deseos de Miguel; -quiero un abrazo, uno solo que no termine nunca, que no cese jamás.

El amor se desbordaba, los estrechaba y los fundia al uno contra el otro.

—En una mirada eterna; ¡sin fin!...

—¿Una sola?

—Una sola.

La escena ocurria sobre el promontorio de Léucades y en su extremidad, la cual avanza hácia el mar y sobre él se inclina como una enorme cabeza.

Aurora miró á sus espaldas, vió la inmensidad del Egeo bajo sus piés y volviéndose á su amante le dijo de nuevo:

—¡Mírame!

—Ya te miro.

—Fíjamente; no muevas los ojos; así, así me has de mirar siempre. No quiero que nuestro amor termine ni que esta mirada concluya. ¿Me amas?

—Con locura.

—Así me amarás miéntras vivas y yo así he de verte tambien eternamente.

Y al decir estas palabras, se deslizó con suavidad de los brazos de Miguel cayendo á plomo en el Océano cuyas aguas se abrieron para abrazarla á su vez con estrecho é inacabable abrazo.

Porque todo en la vida es pasajero; sólo la muerte es inmutable y, en ella, quiso Aurora eternizar su amor.

V. COLORADO

¡VIVIMOS POR 1/11!

Dicen que por un clavo se perdió un imperio, y ciertamente que las causas más pequeñas pueden á veces producir los resultados más extraordinarios.

Kepler descubrió las leyes á que los planetas obedecen en sus giros en el espacio; Galileo dió á conocer el movimiento de rotacion de la Tierra; Newton formuló las leyes de la gravitacion universal, por las que los astros se mantienen perennes en sus órbitas y de las que dependen los movimientos y el peso de los cuerpos; Berthollet, Lavoisier, Berzelius, Dalton, Gay-Lussac las grandes leyes de la química, que son la pauta y norma á que la materia se ajusta en sus continuas metamorfosis; Colding, Mayer y Joule el gran principio de la conservacion de la fuerza y transformacion de la energía, que explica y rige la correspondencia entre los fenómenos mecánicos, y los caloríficos, luminosos y eléctricos, base

y fundamento de la física y de la fisiología; pero áun con todas estas leyes y á pesar de todos estos grandes principios y otros de igual categoría, que parecen bastar por sí solos para determinar el modo de ser del Universo, ni nosotros los humanos existiríamos, ni séres mil de todas clases que nuestro planeta pueblan, darian vida y animacion al globo, si detalles al parecer insignificantes no concurrieran y se armonizaran para tan importantísimo, para tan trascendental efecto.

* * *

Cuando, al apuntar el invierno, los habitantes de las costas del Norte de Escocia y del Oeste de Noruega dirigen sus miradas hácia el mar, columbran frecuentemente hácia el horizonte grandes témpanos de hielo, que, empujados por los helados vientos del polo, bajan flotando sobre las aguas, desde los mares árticos donde se forman, hasta latitudes más bajas donde las aguas, cada vez más templadas, los van derritiendo poco á poco.

A medida que el invierno avanza estos témpanos van siendo más numerosos y mayores, llegando á formar verdaderas montañas de mil caprichosas formas, que avanzan cada vez más atrevidas, conforme el rigor del invierno aumenta. Despues, cuando éste pasa y las brisas primaverales llegan, las masas de agua helada vuelven á disminuir, á quedarse cada vez retrasadas, distinguiéndose cada vez más al Norte sus relucientes lomos iluminados por los rayos oblicuos del sol.



UN TIPO MERIDIONAL, dibujo por F. Reiss

Se manifiesta, pues, en esto un hecho singular, por más que por observarlo con frecuencia no nos parezca extraordinario. El agua sólida flota sobre el agua líquida; el hielo es $^1/_{11}$ más ligero que el agua en que se forma; las moléculas líquidas al apretarse para constituir un sólido, ocupan más espacio. Hecho extraño, excepcion maravillosa, por la cual este planeta es habitable.

Sucede, con efecto, que los cuerpos con el calor se dilatan, haciéndose más ligeros, y con el frio se contraen, aumentando como es lógico su densidad; de forma que al irse enfriando un cuerpo líquido sus moléculas se van aproximando, la masa se hace más densa y llega un momento en que afecta el estado sólido, ocupando entónces más reducido espacio que en el estado líquido. No faltan cuerpos, sin embargo, que pesan ménos al solidificarse, es decir, que se hacen más ligeros; tal ocurre con el hierro que flota sólido sobre el hierro fundido; con el metal bismuto en el que se nota igual efecto y por último con el agua.

La física explica la constitucion que las masas de hielo tienen para que aun siendo sólidas sean más ligeras que el agua líquida, pero es lo cierto que por tan maravilloso detalle, bien ínfimo al lado de los grandes principios que rigen el universo, hay poblacion, vida y movimiento en la superficie de la tierra y en el seno de las aguas.

* * *

El agua líquida tiene su máximum de densidad á la temperatura de 4° sobre cero, de modo que considerando la masa del mar ó de un lago, en invierno ocurrirá lo siguiente: Las aguas desde el verano se hallarán á una temperatura próxima á la del ambiente, es decir, á 10°, 15° ó 20° por ejemplo; á medida que la temperatura de la atmósfera desciende, descenderá tambien la de las aguas en las capas superficiales, y estas al enfriarse se irán haciendo más densas y por lo tanto se irán á fondo, viniendo á la superficie capas más calientes que se enfriarán á su vez y descenderán para ser sustituidas por otras; pero cuando las capas frias bajen á una temperatura de 4°, y ocupen el fondo, ya estas capas no serán desalojadas de allí por otras aunque la temperatura de la superficie descienda, porque á 3°, á 2°, y á 1°, ya son más ligeras que á los 4° referidos. De este modo sucede que miéntras en las capas superiores continúa el enfriamiento, las capas bajas se mantienen á la temperatura constante de los 4° y así sucede que al llegar las aguas de la superficie á 0° ó un poco ménos, segun las circunstancias, el hielo se forma y como es $^1/_{11}$ más ligero, sobre las aguas queda flotando. Protegidas por esta capa aisladora que evita la accion del frio del exterior, las aguas profundas se mantienen indefinidamente á 4° miéntras que el hielo va aumentando muy poco á poco de espesor; necesitándose que los inviernos sean muy largos y rigurosos para que alcance el espesor de algunos piés; esta es la razon por la cual las aguas de los lagos profundos se encuentran en su seno libres de hielo miéntras que los rios más impetuosos si tienen poco fondo, se ven muy frecuentemente convertidos en una masa sólida inmóvil.

Helada la superficie de las aguas de los mares, los rios y los lagos durante los inviernos en los países frios, transitan por ella hombres y animales y á veces los más pesados vehículos, en tanto que debajo, en el seno de las aguas más calientes y más densas que quedaron líquidas, vive y se agita numerosísima poblacion acuática.

Pero el invierno pasa, las brisas primaverales templan el ambiente, y en cuanto los rayos del sol adquieren alguna fuerza, la superficie helada se derrite, y al par que los campos se cubren de verduras y las aves cantan y se esparcen, las aguas recobran su perdida movilidad, corre el rio, riza el aire las aguas del lago, y las olas del mar, coronadas de espuma, se agitan y estrellan sin cesar contra las costas. La vida renace despues del letargo del invierno y por todas partes la animacion y la alegría son cortejo de la regocijada primavera.

* * *

Otra cosa muy diferente pasaria si, como sucede en la mayoría de los cuerpos, el agua sólida fuese más pesada que el agua líquida, si la densidad del hielo aumentase esa fraccion, *ese onceavo*, que le falta para ser igual á la del agua á 4°

Entónces al llegar el invierno, á medida que el hielo se formase en la superficie de las aguas se iria al fondo del mar, del lago ó del rio donde se hubiese originado, quedando al aire libre nueva superficie de agua líquida que en contacto de una atmósfera glacial, se congelaria á su vez y descenderia amontonándose en el fondo la masa helada que continuamente se iria formando. De este modo al fin de un invierno riguroso el hielo lo obstruiria todo en los mares, rios y lagos de las regiones frias, acumulándose desde el fondo hasta la superficie; rios, lagos y mares formarian una masa sólida, y la poblacion acuática pereceria por completo.

Cuando en el verano los rayos del sol viniesen á ejercer su beneficioso influjo, la superficie helada se derretiria, el agua líquida resultante formaria una capa sobre el resto de la masa helada impidiendo que los rayos caloríficos penetrasen; y sólo muy lentamente y por el contacto con el agua templada de encima la de abajo se iria fundiendo. Quedaria un gran remanente de hielo en el fondo y hácia la superficie una capa líquida de menguado espesor, de modo que al apuntar los primeros frios del invierno siguiente todo se helaria en seguida. La masa de carámbanos iria ganando terreno desde las regiones más frias á las templadas y á las cálidas, gran parte del calor solar que ahora se emplea en volatilizar el agua, en aumentar la temperatura del ambiente, en activar la vegetacion etc., se consumiria en el inmenso trabajo de deshelar y calentar vastas superficies de agua sólida. El mundo orgánico de las aguas, destruido, la navegacion interrumpida y con ella el comercio y la civilizacion moderna, serian las primeras consecuencias de semejante efecto; despues la atmósfera cada vez más fria, los vientos del Norte cada vez más helados, con bruscos cambios de un ardiente calor en un estío brevísimo, la vegetacion cada año más difícil y pobre, la animalidad en los llanos, en los bosques, en las montañas y en los aires más escasa, hasta que la tierra entera yerma y helada, seria por todas partes triste remedo de lo que son hoy las solitarias regiones polares.

Al considerar todo esto bien puede exclamarse: ¡Vivimos por $^1/_{11}$!

DOCTOR HISPANUS

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 17 DE AGOSTO DE 1885 — NÚM. 190

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EN EL CORRAL

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EN EL CORRAL

La vista de lienzos en los cuales tratan sus autores asuntos vulgares y prosaicos, con la delicadeza de formas de que nunca debe prescindir el amigo, el profesor, el productor de lo bello, nos confirma más y más en la opinion, que no nos cansaremos de sustentar, de que la realidad no está reñida, ni debe estarlo, con la elegancia, y mucho ménos con la cultura.

¿Habrá quien diga que en el cuadro que tenemos á la vista falta verdad? De ningun modo: ese corral, esos gansos, esa aldea, esa frondosidad, son verdaderos, completamente verdaderos; y sin embargo, impresionan gratamente la vista. ¿Seria más verdad esa zagala si, en lugar de ser agraciada, fuese zafia, rústica, fea y mal pergeñada? No por cierto, puesto que en el campo, como en la ciudad, hay niñas bonitas y aseadas y el autor no da sino prueba de buen gusto escogiéndolas como modelo. Se dirá que la generalidad no pertenecen á ese género... Aun cuando así fuese, el remedio es muy sencillo; no se copia á la generalidad. Haciéndolo de esta suerte, se obtienen bellos cuadros, siquiera sea tratando asuntos de corral.

FLORALIA, cuadro por Ada Mangilli

La jóven cuanto aventajada autora de este cuadro se ha inspirado en un asunto clásico, en las fiestas Florales que se celebraban en Roma en honor de la diosa de las flores, y que duraban del 28 de abril al 2 de mayo. Eran solemnidades de general y expansiva alegría, que algunas veces degeneraban en excesos. Si los vientos marchitaban las flores, ó si las azotaba el granizo, el pueblo corria entristecido al templo y prorumpia en fervientes plegarias por que los jardines se esmaltasen otra vez de flores. En tales fiestas públicas las mujeres suspendian bellas coronas y guirnaldas entre las columnas de sus casas. Cuenta Valerio Máximo que una parte principal de las diversiones consistia en representaciones teatrales y músicas y que los espectadores acostumbraban á llamar á escena á las actrices vestidas con el traje de la Verdad al salir del pozo... y á divertirles con sus ademanes y danzas lascivas.

Una pintora tan distinguida como Ada Mangilli ha escogido naturalmente la parte más amena y púdica de las antiguas fiestas Florales, habiéndola tratado con la soltura y gallardía propias de su pincel, que hace envidiables progresos.

PAISAJE, por T. Urgellés

En este precioso cuadro ha demostrado una vez más el Sr. Urgellés que es muy merecida la fama que goza de hábil paisajista. ¡Qué verdad en la perspectiva! ¡Qué frescura en el ambiente! ¡Qué propiedad en todos los detalles del dibujo! ¡Qué lozanía en el conjunto! ¡Qué ejecucion en fin tan perfecta y acabada! El aventajado artista parece haber puesto empeño en demostrar que no es necesario trasladar al lienzo paisajes escabrosos, llenos de empinadas rocas ó de horrorosos precipicios, para cautivar la atencion del aficionado, sino que para ello basta un punto de vista, si falto de accidentes, ameno y apacible, sobre todo cuando la copia está hecha por un pincel tan hábil como el del Sr. Urgellés.

LA PESCADORA, cuadro por R. Falkenberg

Ancha de espaldas, robusta de cadera, firme de planta, tostado el rostro y el todo de la persona armónico y escultórico, la pescadora se dirige á la playa con esa confianza que inspira la conciencia tranquila y el desconocimiento del propio valer. Allí donde el pan de cada dia se gana de una manera bíblica, la coquetería pierde el tiempo lastimosamente. La pescadora de Falkenberg no es la ondina de los lagos del Norte; pero si alguna vez abraza á un hombre, de fijo no será para arrastrarle al abismo.

REFUGIUM, cuadro por R. Falkenberg

Es muy comun, en las aguas adriáticas que bañan á Venecia, la fijacion de unos postes en cuyo extremo se coloca una capillita, parecida á las que ciertos ermitaños pasean por las ferias y mercados de nuestras villas y aldeas. La devocion de los marineros provee de aceite la lámpara que arde ante esas capillitas, que en la oscuridad de la noche parecen otras tantas estrellas aproximadas á la tierra para guiar el derrotero de la frágil nave.

Nuestro grabado representa una de esas escenas piadosas en que la mujer del marinero veneciano iza la linterna que ha provisto de aceite. Cumplido este religioso deber, bien puede desatarse la tempestad: la buena veneciana está persuadida de que San Márcos vela por los hijos de la antigua república, la desposada del mar, la que cantan los gondoleros cabe los vetustos pórticos de sus solitarios palacios.

GRATA CORRESPONDENCIA, cuadro por Ch. Sprinsmann

Cuando dos mujeres escogen un lugar solitario para enterarse de una carta, casi puede asegurarse que se trata de una epístola amatoria. Las almas enamoradas huyen del bullicio del mundo, que las distrae del objeto á que se consagran con alma y vida; pero necesitan frecuentemente desahogarse en el seno de la amistad. Sucede, tambien, á veces que esa amistad tiene una parte importante en el estado de ánimo de la persona enamorada: aquel Mercurio, conductor de correos amatorios entre el Olimpo y la tierra, toma en nuestros tiempos la forma de una amiguita, muy linda y blanda de corazon, que se encarga de trasmitir la correspondencia, con ahorro del timbre de franqueo. Las amigas de esta clase, y casi podríamos asegurar que en nuestro cuadro se trata de una de ellas, son los enemigos más temibles para los papás, por lo mismo que son acogidas sin desconfianza. ¡Ojo, mucho ojo, con ellas!...

Este cuadrito está ejecutado con soltura y podríamos decir con elegancia: todo en él respira la poesía de la naturaleza y de la juventud.

LA URBANA

Era sábado. La señora Urbana, advirtiendo que la noche se echaba encima, se apresuró á dar de mano al planchado del dia, retocando, estirando y doblando las piezas. Retiró las planchas, apagó el hornillo, humedeció sus chatos y carnosos dedos y fué colocando camisas y enaguas encañonadas en el cesto; al paso que las ponia, las iba contando y diciendo:

—Una, dos, tres... del casero: bien traidas están, parecen de un pobre.—Cuatro, cinco... estas dos del comandante de los civiles.—Seis, siete, ocho... estas otras, de don Doroteo, el abogado. ¡Eche V. tela! ¡Como que es un fenómeno! Tengo que llevar esta noche la ropita de doña Elvira, la del 18, que con tanta bambolla, dá poco que hacer y paga á pujos. En total, hay aquí unos diez y seis reales, y hacia cinco dias que no planchaba.

—Cuerno de vida!... Maldita sea mi...! Y gracias que no tengo hijos que me lloren, más que el lila de mi marido que gana ménos que yo. No tardará en venir y ya veremos lo que trae. Hoy ha hecho servicio de suplente. Es una ganga ser cobrador del tranvía... Yo no puedo con el genio de ese hombre: es encogido si los hay, y por más que trato de avisparle, ná! Otros que entraron despues que él ya tienen plaza fija. El Desiderio me contó que la semana pasada sacó más de seis duros. ¿Cómo lo hizo? Pues ahí está! Voy á calzarme y atusarme un poco, ántes que oscurezca en este maldito sótano donde estamos enterrados. Y gracias á que la casa está á los cuatro vientos y entra su pizca de sol cuando le hay, que llevamos una de nieblas...!

La Urbana se refregó las manos con una concha de jabon de Mora, porque era limpia como los chorros del oro, eso sí. Se envolvió la derecha con un pedazo de toalla, mojó la punta de los dedos y se dió un pase por frente, cara y garganta, viniendo á parar en la tabla del pecho, donde el más escrupuloso restregon, produjo un sonrosado vivo, sobre aquel cútis marmóreo y propio de una dama. La Urbana á más del lustre de la epidermis, tenia buen pelo, de esos que tiran á colorado, ojos grandes y despiertos, pero era chata escandalosa, de pómulos salientes, labio preñado, orejas desertoras y boca... ¡Ah! la boca era lo peor de la Urbana! Tales y tantas cosas salian por ella, que la habian emporcado y abierto en forma de no poder volverse á cerrar. Sentada en un baul, tiró las alpargatas grises, enseñando las medias de rayas desteñidas, pero estiradas y aseadas, fundas de unas piernas molletudas y rechonchas, propias de aquella figura de Menina en burdo. Se calzó las botas de almacen, de chanclo blanco pespunteado de negro y con tacon bastante para querer parecer alta, y dando un respingo, cogió el espejillo valenciano, resúmen de su tocador; sacó los dientes desiguales, sarrosos y roidos por la cáries, mirándolos con tristeza; observó la lengua abundante y biliosa, y dijo arrojando el espejillo:

—La tengo sucia.

A esto, ya no veia: buscaba fósforos para encender la lamparilla, cuando en la calle paró un coche, viniendo á colarse por el tragaluz, la que despedia el farol del pesetero.

—Gracias, primo!—gritó la Urbana con acento chungon.—Estate ahí plantadito hasta que yo diga. Así como así, mi gas no arde!

Golpe estrepitoso de tos, entre alcoholizada y convulsiva, se oyó en la escalerilla que baja á estas geológicas viviendas. La planchadora poniéndose el manton avellanado, dijo:

—Ahí está ese.

Ese era su marido Diego. De rostro bobalicon y desafeitado; con la extremidad masticada y humeante de un puro barbajoso, en el lado izquierdo de la boca. Largo y percudido gaban á la rusa; suspendida cartera de cobranza que viene á servir de tapadera al estómago; pantalon azul tina, mosaico de retazos de nuevo sobre viejo y gorra ó tortilla de doble y plateado galon en que resaltaba un descarado número de metal blanco: el 59. Sobre su hombro traia flotante larga bufanda de punto imitando colores del arco íris, rematada por una borlita. Diego no dijo nada y se sentó. Urbana pagó este silencio con un bostezo, estirando los brazos. Él creyó que iba á pegarle y huyó el cuerpo.

—Quita day, maulon!—dijo ella.—¿Traes murria? Pues anda, que no la tengo yo floja para que me vengas con suspiros. ¡Cuerno! Acabo de tirar los trastos despues de un dia menudo. ¿Y para qué? Para sacar una miseria. Pero lo que digo yo: si yo no lo tengo, él lo traerá, que ya es hora! ¿Qué traes, vaya? Revienta, hombre!

Diego dió un bufido: vació la cartera en el suelo y cayeron algunas monedas. El coche que daba luz echó á andar y el sótano quedó en tinieblas.

—Vaya un paso! Echa un fósforo para ver el oro que vas desparramando!—Diego encendió la lamparilla, aunque no queria arder, y la Urbana recogió y contó:

—Cuatro pesetas, ahora una y estos perros... dos reales y quince céntimos... Un duro y pico! El jornal diario son diez reales, pero como estamos empeñados, casi se los lleva el timo del usurero. ¡Qué ganga el tranvía, hombre, qué ganga!...—y se guardó el dinero.

—Y estése V.,—refunfuñó Diego,—todo el santo dia, tieso, sufriendo la ventisca, el frio y los modos de los que pagan... Sin fumar más que lo que cae; teniendo que comer en siete minutos, que es como quien ataca un cañon de escopeta... y á luégo llegar á casa hecho un trapo!...

—Y eso el dia que toca. Si falta uno, si se emborracha otro, si se pone malo cualquiera, entónces vas tú, porque como eres un suple...! Un dia de servicio nada más, uno! y tú tan tonto! ¿No comprendes que todo ese cuidao ni agradecido ni pagao? ¿No te ha dicho ya lo que hace al caso y con toda confianza el Desiderio? ¿No te ha contado lo que saca? ¿No has visto los papelitos tan bien imitados que se confunden con los verdaderos? Pues entónces ¿qué haces? Simple! Bestia! ¿En qué piensas?... Yo me consumo, cuerno!

—Mañana tengo servicio, porque Lopez se ha dado de baja...

—Haces juegos de manos, para ver si podemos doblar. ¿Entiendes?

—Eso se arregla muy bien desde casa... pero allí te queria yo ver con el inspector metiendo la cabeza cuando uno está más descuidado. Además, yo no tengo valor para...

—Para nada, ya lo sé, condenao de hombre! Si yo pudiera ponerme los calzones y el uniforme y manejar el dinero, ya verias lo que es bueno!...

—O lo que es malo!

—Calla, mandilon, que no vales nada más que para que te mantengan y tener servido el pico y el trago...! Vaya, voy á entregar. Ahí te quedas, mundo amargo. Ahora vete de paseo ó si no donde la Sofía á que te eche una copa de fiado, ó al estanco donde tienes crédito...

Y miéntras borboteaba estas palabras, de un par de vueltas colocó el planchado en la bandeja de mimbre, le tapó con una toalla; se ahuecó los rizos de la frente; metió las yemas de los dedos en la jofaina de almidonar, secándoselos con la punta del delantal de cretona; se echó á la cabeza, sacándole punta, un pañuelo de seda nuevecito y se deslizó escalera arriba, dejando al cobrador cabizbajo y anticipando remordimientos.

Diego tenia á la Urbana más miedo que á un toro de cuatro años. El dia que la conoció, empezó exigiéndole que la quisiera con furor.—No sea V. boba,—repuso él,—tiempo hay para eso cuando nos conozcamos el génio.—Entónces ya estaremos casados,—contestó la intrépida. -¡Tengo que darle á V. más desazones...! Y así fué. A los quince dias, Diego era pariente de su parienta y habia pasado de la categoría de persona á la de cosa, pues la Urbana de tal modo le manejaba, que me rio yo de los que hacen muñequitos de barro, comparados con la maña que se daba la Urbana en amoldar á su gusto y deseo á su hombre. Y vaya si lo conseguia, ya con mimos agrios, bruscas monadas, ó dominándole por el terror, pues Diego era débil, materia blanda preparada para demonio ó ángel, y su costilla, espíritu malévolo, sin vacilacion.

Despojado Diego de su vestimenta servil, lió un cigarrillo, exprimió sobre sus labios unas gotas de anisado, resíduos de una botella, que le supieron á poco; puso una almohada sin funda en el brazo del canapé, mueble el más usable de aquella morada; se ató á la frente un pañuelo de hierbas; aseguró el picaporte; sopló la luz y se recostó. No podia dormirse y vagaba por su perezosa imaginacion, turba de revoltosos pensamientos.—Vaya si me aburre ese demonio de mujer, pensaba, vaya si me corrompe su génio. Me trae como palillo de barquillero, juega conmigo á la pelota; exige que traiga lo que no puedo traer, que haga lo que no quiero, y, francamente, ya no la puedo aguantar... Mañana veremos; mañana: puede que... me atreva... pero si me cogen en un renuncio...! Ginés está siempre con cada ojo...! Eran capaces de armarme una causa.. y con razon! Veremos, veremos...—y de repente gritó sobresaltado:—¿Quién? Creí que era esa. Será el perro del albañil que ha rozado en la puerta.

Al dia siguiente, se recalentó el diálogo anterior. Diego al volver del trabajo, traia ahorradas dos pesetas. La Urbana dijo:

—¡Vaya una miseria! Pero por algo se ha de empezar. Mira qué salero tengo yo que de más de dos duros que me debe la tal doña Elvira, no he podido sacarla más que diez pícaros reales que es lo que me cuesta á mí un frasco de brillantina, porque la gasto de la mejor y así mis camisolas y un espejo son todo uno. Ya sé que mañana tambien trabajas; con que, hombre, apaña, apaña, afana lo que puedas, que tengo que comprarte unos pantalones y tambien tengo que comprarme un corsé, que porque sea pobre, yo no soy de esas desgalichás que

dejan que su cuerpo se vaya por donde quiera. ¿Estás, Diego? ¿Hoy traes dos pesetas? pues mañana traerás cuatro, y así! Estas las guardo para la puchera,—y se las guardó.

—Tú quisieras,—se atrevió á replicar Diego,—tener un bolso repleto para moños, pero ántes es el pan de cada dia y el cumplir con quien hay que cumplir para que no suban los réditos.

—Eso es lo que tú quieres, maula,—dijo Urbana temblándole la barba,—tragarte cuanto yo gano: pues súdalo tú, que esa es la obligacion del hombre y no de la mujer. Si yo estuviera en tu pellejo, llevaria á mi esposa hecha un sol. Pero tú, mira lo estropajoso que vas, ¡cuerno! y así quieres que vaya yo. Es claro, soy una mula de carga, una esclava tuya y basta! Pues no, no y no! Que quieras que no quieras, el domingo estrenaré el corsé y el pañolon y si puede ser de ocho puntas mejor que mejor. ¿Cuándo estás de servicio por la noche?

—Mañana tomaré la gran pulmonía, que el tiempo no está para otra cosa y la plataforma es peor que la garita de la *Punta del diamante* que hay en Palacio.

—Anda, que no te morirás yendo bien forradito de *Anís del Mono.* Lo que es que ya que te expones, no te descuides. Ya sé que te han dado los papelitos: los largas y nada más.

Diego prestó servicio muchos dias y muchas noches, aunque se ignora por qué arte fué acrecentando su jornal. La Urbana le preguntaba siempre al entrar al sótano:—¿Qué tal hoy?—Si él respondia: Tal cual, ó bien, ella soltaba una carcajada de alegría. Si callaba, mal síntoma; ella empezaba á dar porrazos con la plancha sobre la punta de la mesa, y una vez la aplicó á los dedos del paciente marido, quien, con el pensamiento, la llamó animal. La Urbana, con admiracion de la vecindad, se plantificó un manton de tres duros y trajo un corsé de cuarenta reales, que anduvo en lenguas. Ella, segun expresion de una vecina, de fijo era la señá Casta, siempre salia dándose betun, que habia que verla, miéntras Diego seguia con los mismos pantalones. Pero ¿cómo era eso? No cogia la plancha hacia una semana; el hornillo no chisporroteaba; sin duda comian fiambre, lo cual hacia exclamar á la planchadora:

—¡Ea, que no salimos de pobres! Maldita sea la...! y se alimentaba tragándose lo demás.

Cierta noche se acostó temprano, porque andaba malucha. Al entrar dijo al portero:

—Calle V. que vengo como si me hubieran dado una paliza. Siento una punzada, así como hácia el sobaco izquierdo, que no es la primera, y sabe Dios lo que será. Me voy á zampar en la cama. Cuando venga ese, que está de última hora, dígale V. que debajo de la puerta encontrará la llave.

A cerca de las tres entró Diego, cuando ella soltaba un ronquido, primo hermano de un rebuzno, que la despertó.

—No vienes metiendo poca bulla!

—La que alborota eres tú.

—¿Yo? ¡Ave María Purísima! No tienes pizca de consideracion, hombre. ¡Tarde y con daño!

Diego disparó un suspiro bastante elocuente, rumiando frases, así como maldiciones, que por lo veladas parecian venir de muy dentro.

—Dí, qué traes, gaznápiro!

—Nada! —Segundo suspiro.

—Algo traerás.

Tercer suspiro.— ¡La licencia absoluta!

—¿Ya no vuelves mañana?

—Ni mañana, ni nunca! Tenemos que irnos de aquí. Por seguir tus consejos, me han cogido! Han dado parte y el jefe, delante de todos, me ha puesto esta tarde como una zúpia, llamándome falsificador, canalla, ladron, y echándome á la calle. Y gracias que no me ha llevado al juzgado de guardia.

—¿Y han echado al Desiderio?

—A ese no. Nos hemos jorobado nosotros solitos! Con que hija, tómate esa! Cómprate pañuelos y corsés, anda!

Diego echó un fósforo y vió á la Urbana en pié sobre la cama, tirándose del pelo y poniendo una cara de basilisco que daba horror. Queria gritar y no podia, cayendo cuan larga era, aunque lo era poco, con un estremecimiento nervioso, sobre el catre de hierro, que trepidaba, sonajeaba, como si el terremoto empujara la habitacion. Duró aquel baile un rato. Diego por contener las sacudidas de la paciente, recibió arañazos, mordiscos hidrofóbicos y otras demostraciones que llamaria inconscientes, si no fuera por lo manoseado de la frase. Le agarró el pelo, como con tenazas, y tiró y tiró, sin chistar, hasta que desatándose aquella lengua viborezna, cual si reventara una válvula de vapor, entre borbotones de odio y relámpagos de ira, la Urbana hizo salpicon de estas palabras:

—¡El jefe! ¡El jefe!... si nos tenia entre ojos! ¡Tio Judas! ¡Franchute!... ¡Cara de ajusticiao!... ¡So pillo!... ¡Mata pobres! Él sí que roba, él! ¡Bandido!...—fulminando, por último, esta generosa sentencia:

—¡Permita Dios que se muera rabiando y que no le alcance ni la uncion!

Salieron, á la tarde, él en busca de trabajo y ella á pedir prestado, pues decia que estaba cansada de la plancha, y en cada diálogo que echaba por calles y puertas de la vecindad, iba desengarzando un rosario de maldiciones contra el que tenia la culpa de todo. Su saludo con la gente era:— ¡Así le parta un rayo! — y su despedida: ¡Que reviente y Vds. lo vean!—Apénas habia podido reunir una peseta de acá, unos perros de allá, y diez reales que la anticipó una compañera de plancha con tal de que la ayudara al otro dia. Pedia no porque la faltara dinero, sino por disimular y por gusto de estar ancha. Veinticuatro horas hacia que Diego no comia, del disgusto. Ella por el contrario; la rabia la habia abierto el apetito y devoraba el pan y pensaba cenar aquella noche muy bien, porque á los nervios, segun su dicho, habia que callarles con el plato. Encontró á Diego que volvia hácia casa.

—¿Sabes el ditámen de Wenceslao?—le dijo;—que otro que tú, hubiera ya pespunteado el cuerpo al jefe.

—Dí al Wenceslao que lengua no le falta, pero que acciones sí. Buen remiendo seria ese para ir al *Abanico* ó más allá.

—A la cárcel no van más que los tontos, pero veo que vamos á tener que ir para que nos den de comer, si es que no traes algo.

—Tú traerás que tienes crédito...— Diego sabia que la pedigüeña no estaba tan pobre y conocia sus exigencias. Diciendo esto atravesaban la calle.

—Aguárdate no nos atropelle ese entierro. Debe ser de un gordo por los muchos coches que van..

Llegó el carro fúnebre: cuatro columnas de palo, y montera rematando en cruz, esquinada de churrigueresca cresteria. Debajo, la caja ventruda claveteada, galoneada de oro basto; baul de despojos humanos. Dos jamelgos negros, luctuosos, de tardo andar, cabeza mustia, manta de relumbrones dorados y penachos de diadema con cerdas espeluznadas, batidas por el aire. Cochero de paño largo, salvos sean el cúbico chapeo y la cara descompuesta por los mohines de un sueño tenaz aunque no tan positivo como el del que iba descansando ya inadvertido de sí y apénas notado de los vivos. Detrás un coche empolvado que despedia el duelo y, por las ventanillas, los vapores de cuatro puros del estanco que parecian ir diciendo: ¡La del humo! Luégo serpenteaba una fila de coches por horas, automedontes de gorra reglamentaria y trajeadura libre: invitados de fisonomías ambiguas; plañidores que no sabian si llorar ó reir. La berlina de un caballero solo, que iba leyendo *El Imparcial.* Un coche de lujo dedicado expresamente á la ornamentacion del acto, coche desdeñoso por lo vacío, que bien denunciaba ir allí por haber sido suplicado. Tren, en fin, de personas afectadamente circunspectas, verbosas, comentaristas y satisfechas para sus adentros, de dar un paseito al sol.

Diego, sin saber por qué, quedó inmóvil á un lado de la vía, presentando una cara que ni la del mismo difunto estaba más muerta. La Urbana echó un vistazo de curiosidad estoica, sobre el cortejo, saludándole con estas palabras:

—Anda, que ese no dará más qué hacer!

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA

(Continuará)

EL SALTO DEL PAJE

LEYENDA DE ASTURIAS

I

Cerca de los conocidos baños de Caldas, de Oviedo; á una legua de esta capital, orillas del Nalon, y dominando gran parte de la feracísima vega llamada de la Llera, hace poco atraian poderosamente la atencion del viajero las ruinas de un castillo feudal, que en la actualidad se ha restaurado á la moderna, llevando su antiguo nombre de Priorio.

No voy á recordar su historia; para mi objeto nada necesito investigar ni en apolillados pergaminos ni en páginas ménos cubiertas de polvo. Las revelaciones de archivos y bibliotecas no son de más valor que las de un libro universal y misterioso, familiar y sagrado, cuyas páginas, grabadas en el corazon del pueblo, brillan á la luz de la Poesía, para guiar á la Historia en su paso majestuoso: las del libro de la tradicion.

Despues de escucharla de labios de campesinos, en el fantástico tono inspirado por las imágenes de ternura y de horror que se aparecen y que se tocan en la lobreguez de una noche de invierno, la he leido igualmente grabada en los pardos muros del castillo y sobre un peñasco prominente, á la orilla del rio; sitio á que llaman «El salto del paje,» no léjos de donde cruza la barca de San Juan de Caces.

Así, pues, invocando á la Poesía y á la Historia, ya me tiene el lector en el caso de satisfacer su curiosidad; en la inteligencia de que, si me atrevo á ofrecerle una leyenda interesante y conmovedora, no ha de calificarme de vano por este atrevimiento, puesto que cae todo bajo la responsabilidad de aquellos reveladores.

Ahora retrocedamos al siglo XI.

II

Al espirar una tarde de abril, doña Isabel Bernaldez aparecia asomada á la ventana más baja del torreon del mediodía, en el castillo de Priorio.

Fijos en la inmensidad del cielo sus azules ojos, con la atraccion que existe entre dos séres igualmente bellos, revelaban la vaga inquietud de la esperanza, detenida en su vuelo quizás por los abrojos de la tierra.

Vestia un brial de seda carmesí, recamado de oro, y ceñia su talle un corpiño de terciopelo negro. Una sencilla diadema de perlas contenia la de su exuberante cabellera dorada, y era tal la hermosura y la gentileza de sus formas que daban á los ricos adornos mucho mayor realce del que recibian.

Debia respirarse ambiente de ilusion en torno de aquella dama, y con su encanto podrian disiparse recelos y acallarse penas. Pero sin duda su magia no alcanzaba al personaje que, inmóvil y cruzado de brazos, á su espalda, seguia con ojo centellante los movimientos de su gallarda cabeza, como intentando adivinar el objeto de sus pensamientos.

Adusto como la adversidad, sombrío como el remordimiento, aquel personaje, cuya edad parecia encontrarse en un otoño vigorosísimo, por más que las escarchas de invierno prematuro blanquearan sus cabellos, habria recordado á observadores atentos una de esas estatuas que suspenden el ánimo del viajero sobre las ruinas abandonadas de algun monumento de la antigüedad.

Estaba armado, teniendo la cabeza descubierta, y ostentaba una excelente cota de malla, en vez de la incómoda armadura; bien que, en tal caso, la incomodidad no habria pesado mucho en aquel cuerpo atlético.

Era don Diego Bernaldez, uno de los caballeros más distinguidos de la corte de Alfonso VI y que á la sazon descansaba de las fatigas de la guerra en su castillo de Priorio.

—¿Qué es lo que tanto distrae tu atencion, Isabel?—dijo pausadamente el adusto caballero, despues de un rato de inmovilidad y silencio.

—¡Ah!... ¿estabas tú ahí, padre mio?—exclamó la jóven volviendo rápidamente la cabeza, con rubor producido sin duda por la sorpresa, y fijando en él sus ojos con aire de infantil reconvencion.

—¿Es hoy desagradable para tí mi presencia?

—¿Y te ocurre preguntarme eso, como si hoy hubieras olvidado el cariño de tu Isabel?... ¡Me asustas!...

—Alguien se asustaria ménos que tú de mis palabras y de mis sentimientos; y, respecto á cariño olvidado, cuida que la idea no se te ocurra á tí sola.

—¡Padre!... Me has preguntado qué es lo que distraía mi atencion; y sin darme tiempo para contestarte, vuelves á hablarme para reprender... No sé... no sé por qué motivo me reprendes.

Al terminar esta respuesta las azucenas del rostro de la jóven convertíanse en rosas purpurinas, como desmintiéndola.

Don Diego Bernaldez no dejó de reparar en tan hermosa contradiccion, viéndose su amor propio de padre á la vez halagado y castigado. Sentia celos de quien se atreviera á robarle los pensamientos de su hija, y se enorgullecia de haber dado la existencia á una criatura tan peregrina.

Con tono solemne, y sin dejar un instante de contemplarla, por estudiar el efecto de cada una de sus palabras, la dijo:

—La verdad, Isabel, no puede ocultarse fácilmente bajo el espejo de la inocencia; y tú nunca te atreverias á revelármela, sabiendo cuánto me disgusta. Porque tu candoroso corazon ya no late inquieto por idear nuevas muestras de ternura filial: tu inquietud procede del desvelo de una pasion. Tú amas ciegamente á quien no es digno de tí, á quien no debes amar, á quien no quiero que ames.

La severidad, la energía con que hablaba el señor de Priorio aterraron á su hija. Pálida y temblorosa alzó los ojos al cielo, y como reanimada ante la serenidad del inmenso azul, balbuceó lo siguiente:

—Yo no he creido ofenderte; no te he engañado, padre mio... Si él fuese indigno, ¿cómo hubiera podido amarle yo? Y si lo has descubierto, si sabes cuánto sufro por este amor, sabrás tambien cuánto escondo mi sufrimiento por sonreir siempre á tu cariño, por que no sufrieses tú por causa mia.

—¡Desventurada!... ¿No ves que esa confesion es quizás la sentencia de muerte de tu amante?... Temerario es tu atrevimiento... como el suyo!...

—¡Padre!

—No me des ese nombre hasta que estés dispuesta á obedecerme sin contrariedad alguna. ¿Oyes? te mando que desistas de tu insensata pasion. Tú, la descendiente de una raza ilustre y sin mancha; tú, la vírgen nobilísima de los valles de Asturias, tan noble como la misma Reina; tú, la hija mia, no puedes bajar los ojos hasta un aventurero extraño, sin cuarteles ni divisa en su escudo, y que vive tan sólo de la munificencia que usa el Rey con todos sus criados.

—No está tan bajo como supones el paje favorito de Alfonso VI, que nunca le hubiera admitido en su servicio á no saber que es caballero y que de familia de caballeros procede. ¡German no es indigno, no, padre mio!...

Estas palabras fueron pronunciadas por Isabel con tal calor y firmeza que habrian desconcertado al señor de Priorio, si en los mismos momentos no le preocupase la aparicion y desaparicion repentinas de una figura humana por la opuesta ribera del rio. La vió desvanecerse entre la espesura de los árboles vecinos, produciendo un rumor acompasado, que tenia las apariencias de una señal.

Don Diego miró á su hija, y ella, azorada, apartó sus ojos rápidamente de la espesura misteriosa.

—¡Defiéndele... que pudiera oirte, y él no ha de ser tan ingrato como tú!...

No replicó Isabel, y el irritado caballero añadió:

— Pero aguarda... aguarda... que muy pronto, ¡vive Dios! voy á saberlo.

Y sin escuchar los ruegos, y sin atender á las lágrimas de la doncella, salió de la estancia con ademan amenazador.

Poco despues el eco de sus pasos llegaba desde la sala



FLORALIA, cuadro por Ada Mangilli



PAISAJE, por T. Urgellés

de armas del castillo á helar la sangre en las venas de la amante.

III

Luégo, en movimiento simultáneo, Isabel avanzaba su cuerpo fuera de la ventana, agitando febrilmente un pañuelo blanco, y sobre la ribera del Nalon apareció la misteriosa figura.

Y no habrá lector que no suponga que era un mancebo bizarrísimo.

Nada más gallardo que su cabeza, tipo griego, de perfil muy correcto, realzada por una gorra de terciopelo azul celeste, con galon de oro, del cual partia, ondeando al viento, una pluma de garza, sujeta con un rico joyel.

La extremada blancura de su cutis revelaba la pureza de su sangre goda, miéntras que el negro de su abundante cabellera, esparcida en rizos sobre sus hombros, pudiera dar envidia á la hija más privilegiada del Oriente.

Pardos y rasgados sus grandes ojos relampagueaban de amor, midiendo el ancho espacio que de su amada le separaba con la noble audacia que idealiza á los héroes.

Alto y admirablemente proporcionado, no era necesario verle ciñendo sobre el traje airoso de paje del Rey la larga espada del caballero para comprender la hidalguía de sus sentimientos.

Pero observemos su accion.

Despojándose galantemente de su gorra, se adelanta hasta el pié de la torre, sin reparar en que, al propio tiempo que las miradas de Isabel le regalan con mayor ternura que nunca, con ademan no ménos elocuente le pide que huya de aquellos lugares, donde grave peligro le amenaza.

Como no es de mucha consideracion la altura de la ventana, sin gran esfuerzo puede llegar á ella la sonora voz del paje; á lo que concurren tambien el silencio de la tarde que espiraba y la soledad del sitio.

—¡Isabel!...—exclama con ardor,—¿por qué me pides lo que me es imposible hacer? ¿cómo crees que habré de huir de lo que me arrebata y me fascina? ¿por qué llamarme tus ojos con tan dulce encanto, para sufrir ahora esta cruel decepcion?

—Porque quiero salvarte, German, porque mi padre te ha visto; no ignora nada, y acaba de dejarme, lleno de ira... ¡Huye, German, por la vírgen de Covadonga! ¡Huye por mi amor, por nuestro amor!

Y fijaba sus ojos, arrasados de lágrimas, en los ardientes ojos del paje.

—¡Huir, amada de mi corazon, cuando los acentos de tu pena me infunden un ánimo sobrehumano!... ¡Huir, por miedo á la muerte, cuando es toda mi vida la que miro reflejarse en el puro espejo de tus lágrimas! ¡Ah! la amarga pena que me anuncias no puede producir un llanto tan hermoso!

—¡Cesa, por piedad, que tu acento me trastorna, y acabaria por perder el valor de suplicarte que me obedezcas!..

—¡Viéndote y escuchándote así, mi Isabel, entre las embriagadoras caricias de la esperanza, mi muerte seria envidiada por los ángeles!...

—Huye, porque si no... nos separarian para siempre! Por última vez obedéceme, porque te adoro, y aunque te alejes, á donde quiera que vayas te han de acompañar mis suspiros... Pero ¡Dios mio! ¿aún permaneces ahí? ¡Tú no me amas!

—¡Déjame un momento nada más!

—¡German, que ese momento va á ser nuestra perdicion!... ¡Mira... mira!... ¡Ya es tarde!...

En efecto, el castellano de Priorio llegaba en aquel momento, al galope de un soberbio corcel, haciendo inútil toda tentativa de evasion.

Bien que el sorprendido amante no manifestaba tampoco el menor impulso de intentarla.

Al mismo tiempo Isabel se retiró de la ventana, como animada por una resolucion salvadora, exclamando:

—Primero tendrá que descargar toda su cólera sobre mí.

IV

El paje de Alfonso VI, cual si una fuerza sobrenatural le mantuviera enclavado al pié del muro, no dió ni un solo paso para librarse del peligro inminente en que se hallaba: ni siquiera se le ocurrió dirigir la mano á la empuñadura de su espada.

Inaccesible al temor, todo su afan se reconcentraba en Isabel, y en lo que podria significar su manera de desaparecer de la ventana.

Don Diego descabalgó á dos pasos de él y prorumpió en estos términos:

—Atrévete á decirme á mí tus pretensiones insensatas, aventurero procaz, y á dónde osan llegar tus pensamientos, que, ¡por Santiago! te juro que no habrás de repetírmelo.

—Reportaos, caballero,—repuso German, viendo que á la vez desenvainaba su espada.—Yo no os ofendo; y no ha de ser tan insensata mi audacia cuando á vuestros insultos respondo sin cólera. Si hubieseis tardado en preguntarme el alcance de mis pensamientos, yo me habria apresurado á participároslos; y hubiera ido á suplicaros que no tuvieseis por indigno de vuestros blasones el honroso objeto de mis esperanzas.



LA PESCADORA, cuadro por R. Falkenberg

—¡Calla, temerario, que harto es ya lo que acabo de escucharte! ¿Has medido bien tú la distancia que hay de tu miserable orígen á la altura que pretendes? ¡German Riberalta, el hijo no reconocido por su padre, el fruto infame de una bastardía!..

—¡Callad... ó ¡por el cielo! que, sin reparo á vuestras canas ni al sagrado puesto que ocupais para mi corazon, os arranco la lengua!...

—¡Prueba á hacerlo, villano!

Y el señor de Priorio cerró con furia terrible contra el paje, quien, sin escudo y sin armadura, milagrosamente pudo evitar los primeros golpes con la hoja de su espada, y gracias á su temple toledano.

—¡Atrás!—gritó á su agresor con voz estentórea, y sin ceder una pulgada de terreno.—¡Yo no quiero ofenderos, yo no puedo heriros, porque mataria mi felicidad!... ¡Vos infamais la santa memoria de mi madre, y yo no quiero echaros en cara la desigualdad de este combate: todavía no os he dicho que, si me dais muerte, os pondreis al nivel de un asesino, vos, el noble señor de Priorio!...

Pero cegado por la cólera, don Diego no le escuchaba, y aún redobló sus golpes.

La sangre de German corria ya por algunas heridas, y sin embargo, continuaba limitando su accion á la defensa.

De repente abrióse con estrépito la puerta principal del castillo, dando paso á una nube de pajes y escuderos, que conducian á Isabel en una litera.

Al observar cuál la palidez de su semblante se confundia con la blancura de su cendal, viendo la inmovilidad de su cuerpo, sin reparar en las lágrimas silenciosas que por sus mejillas se deslizaban, ninguno diria sino que aquellos hombres conducian á un cadáver.

V

No se calmó don Diego ante aparicion tan imprevista. Mandó á los conductores que se retirasen, é inmediatamente lo hicieron, depositando la litera á pocos pasos del lugar de la lucha, no sin muestras de compasion por su jóven y desolada señora.

Inmediatamente la apostrofó con expresiones durísimas que causaron estremecimientos de indignacion en el generoso mozo. Isabel se irguió majestuosamente, y descendiendo de la litera con la resolucion de una mártir exclamó:

—Padre mio: vengo á evitar que tu enojo contra mí sea causa de una gran desgracia... ¡Mia es la culpa de amarle! ¡toda mia!... ¡Impon el castigo que te plazca á tu infortunada hija!... Pero... ¡Vírgen santa! ¿qué has hecho?

Y hubiera caido al suelo desmayada, si German, que voló á sostenerla, no hubiese podido recibirla en sus brazos.

Era que acababa de ver la sangre que teñia el vestido de su amante.

—¡Aparta, fuera!...—prorumpió don Diego, blandiendo la espada á dos manos, al ver que los brazos del jóven sostenian el cuerpo de su hija,—que tu bastarda sangre no la...

No pudo decir más. Fuera de sí de furor el paje, lanzó un rugido de venganza, fulminando su acero al pecho de su ofensor; y la finísima hoja, á pesar de encontrarle bien resguardado, le atravesó de parte á parte.

El señor de Priorio cayó exhalando un sordo gemido, como árbol secular herido por el rayo.

Al siniestro rumor acudieron las gentes del castillo, y algunos hombres de armas se arrojaron sobre German, que, embargado por el horror de su accion, miraba de hito en hito al cadáver, cual esperando que reviviera.

Pronto le hicieron volver en su acuerdo las imprecaciones de aquellos hombres, y colocado entre el cadáver del padre y el cuerpo inanimado de la hija, dispúsose á vender cara su vida.

Principió el combate, cuyo fin no era difícil prever, atendida su inmensa desigualdad, por más que el valor heróico y la admirable destreza de German pudiesen tener un tanto á raya la ferocidad de sus adversarios.

Dos de ellos habian mordido ya el polvo, y nuevas heridas debilitaban el vigor del jóven, cuando Isabel despertó de su letargo.

Con un gesto, con una sola mirada libró á su amante de sus acometedores, que á considerable distancia se apartaron.

Pero ella no habia visto aún el cadáver de su padre. Cuando sus ojos le encontraron, aquella jóven dulce y tímida, en vez de caer anonadada para no volver á levantarse, mostró de repente una energía y un valor que pudieran envidiar caracteres viriles.

Sin duda se habian agotado sus lágrimas, ó afluyeran todas á su corazon, porque no lloró más. Arrodillóse ante el cadáver, besó sus manos con augusta veneracion; permaneció un momento murmurando una plegaria, y levantándose en seguida entre el religioso silencio que la acompañaba, ordenó con imponente ademan á los hombres de armas que se apoderasen del matador.

Atónito German, protestó que él no entregaria su espada sino á ella, puesto que allí no habia un noble para reclamarla; y unió la accion á la palabra, pidiendo perdon para su crímen, aunque mandase arrancarle la vida, y que tuviera en cuenta la fatalidad que le habia impulsado.

—Ansío y merezco la muerte,—dijo,—pero... ¡no me maldigas, Isabel, no me aborrezcas tú!...

Y German lloraba.

Y ante este llanto, el que se habia agolpado al corazon de la huérfana salió al fin, rompiendo su dique, en dos torrentes de lágrimas que cayeron abrasando al mancebo.

—¡Me amas todavía!...—prorumpió él con exaltacion sublime, sin reparar en el cuadro que á su alrededor se desplegaba, desde la humeante sangre de don Diego hasta los rostros aterrorizados de los habitantes del castillo.

—¡Imposible!... ¡Imposible!... ¡Aparta... que has muerto para mí!...—dijo Isabel, cubriéndose el semblante con las manos, y en un acento que parecia el eco de la justicia divina

Al oirlo alzóse German, poseido del vértigo, y murmurando «¡adios para siempre!» se lanzó frenético en direccion al cercano rio, sin que nadie se atreviese á contenerle.

Momentos despues su cadáver era arrastrado por la impetuosa corriente, y las doncellas y dueñas de Isabel tenian que pedir auxilio para sujetarla y acallar sus gritos, ya espantosos, ya lastimeros.

La desgraciada tan pronto lloraba como reia.

Se habia vuelto loca.

Las tradiciones populares, sobre todo las que ofrecen un colorido tan dramático cual la que acaba de referirse, no caducan jamás. Cada nueva generacion que pasa refresca y aviva el recuerdo legado por su antecesora.

Ni en las inmediaciones de Priorio ni en toda la vega de la Llera hay un solo campesino que no pueda referir al viajero la historia del paje de Alfonso VI y de la hija del castellano de Priorio, y que no muestre con piadoso interés la peña de donde se arrojó al rio el heróico mancebo.

Y áun algunos se empeñan en creer que, en prueba de la sangre que iba vertiendo, subsisten indeleblemente ciertas manchas oscuras sobre aquella roca.

Y es muy posible que, conforme no se ha olvidado la leyenda, no se haya borrado la sangre.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL

LA CASA DE VECINDAD

(Conclusion)

—Parece,—dijo el memorialista, queriendo dar maliciosa intencion á sus palabras,—que no ha gustado á don Periquito lo que Roque ha dicho de *El Cascabel*.

—¿Y por qué no? Aunque su director es muy amigo mio, comprendo que á unos les guste y á otros no.

Don Periquito, como se ve, no consentia en caer en la red que su interlocutor le tendia. La conversacion se generalizó con esto sobre la cosa pública, pero con un punto de vista especial. Las obras del Ayuntamiento... el pago de las contribuciones... el impuesto de las cédulas.. lo caro de los comestibles... lo malos que son todos los hombres públicos (aunque no lo sean) y otros muchos de los lugares comunes con que las clases proletarias sazonan sus diálogos, cuando no son de ideas tan avanzadas que dejan su casa por el club.

Algunas copas de aguardiente y algunas nuevas rondas de cigarros acompañaron la velada, quedándose silenciosos al cabo de una hora los vecinos acompañantes del señor Diego.

Cuando las campanillas de las burras de leche sonaron por las calles y los inquilinos más madrugadores comenzaron á abrir las puertas de sus cuartos, el memorialista exclamó restregándose los ojos:

—Juraria haberme dormido.

—Sí,—dijo el señor Diego,—todos Vds. han dado algunas cabezadas.

Don Periquito abrió la puerta de la habitacion y la luz del dia penetró en la estancia, juntamente con un frio muy intenso. El cielo estaba completamente cubierto y en los tejados se veian algunos copos de nieve, dando un tono pálido y sombrío á todo el paisaje.

—No nos molestará el sol,—observó el señor Manuel.

—Pues despachemos,—dijo el padre de la criatura.

Todos los hombres ménos él se salieron al pasillo, miéntras que las vecinas de los cuartos del mismo entraban en la habitacion mortuoria, tanto para ver por última vez á la niña como para acompañar á su madre, cuyos gritos de dolor habian de renovarse sin duda al ponerse en marcha la fúnebre comitiva.

Momentos despues bajaban por la calle de Valencia en busca de la ronda, el señor Diego, llevando sobre el hombro derecho la caja que encerraba el cadáver de la niña y detrás de él don Periquito y el memorialista, el señor Manuel y el señor Juan.



REFUGIUM, cuadro por R. Falkenberg

IV

Nada más triste que aquella pequeña y silenciosa comitiva, que acompañaba hasta la última morada el cadáver de una pobre niña, á quien su propio padre conducia en hombros. Y no era seguramente debida esta última circunstancia á que el señor Diego careciese, aunque pobre, de los recursos precisos para haberse evitado aquel doloroso viaje. No. El señor Diego conceptuaba como un deber aquel acto. Dependiente de una de las parroquias más pobres y populosas de Madrid y acostumbrado á intervenir en el sepelio de cuantos morian en aquella feligresía, juzgaba como un caso de honra el no confiar á extraños, cuando se trataba de su hija, lo que él realizaba todos los dias por los demás. Acostumbrado á vivir entre la muerte, para él no era un sacrificio costoso lo que para cualquiera otro lo hubiera sido de imposible cumplimiento. De los cuatro hombres que le seguian, sólo don Periquito meditaba en la significacion y alcance de aquella escena. Los demás, viviendo siempre en casas de vecindad, acostumbrados á las rudas exigencias de la pobreza, creian lo más natural y corriente escena tan desgarradora.

Pero en aquella peregrinacion desde un barrio de la corte, en que los vivos yacen hacinados, hasta el cementerio general del Sur, en que ocurre lo mismo con los muertos, todavía faltaban á don Periquito muy dolorosas impresiones.

La mañana, como queda dicho, era muy fria y un aire penetrante y sutil arrojaba sobre el rostro de los que formaban el séquito algunos menudos copos de nieve. Todo era triste y sombrío en aquella peregrinacion. Al llegar al puente de Toledo, objeto de tantas consideraciones satíricas de los poetas, por la escasa relacion que guarda su maciza mole con la humilde corriente del Manzanares, el señor Diego colocó la cajita mortuoria sobre el pretil y dijo dirigiéndose á sus compañeros:

—Vamos á esa posada de enfrente á echar unas copas.

Sólo don Periquito trató de protestar de aquel inoportuno convite, brindándose á quedar guardando el cadáver, pero ni el señor Diego ni los otros tres vecinos admitieron la proposicion; y los vivos se alejaron hasta la posada próxima, quedando solo el cadáver sobre el pretil de piedra, recibiendo sobre la tapa de la caja que lo guardaba los copos de nieve que á la sazon más profusamente caian.

Despues volvió á ponerse en marcha la comitiva, llegando al recinto mortuorio pasados algunos minutos. Allí habian precedido á nuestros viajeros otros que acompañaban el cadáver de una anciana y que discutian con los enterradores el número de espuertas de tierra que habian de arrojarse sobre el cuerpo muerto; inconcebible regateo efectuado junto á un cadáver y que se transigió mediante dos pesetas de propina.

Terminado aquel sepelio á medias, pues en la fosa comun de nuestros cementerios ha solido escatimarse una paletada de tierra, por lo que en ocasiones aparecen á flor de ella miembros de cadáveres de individuos tan desgraciados en muerte como en vida, se procedió al entierro de la criatura hija del señor Diego, el cual cumplió hasta el último instante el triste deber que se habia impuesto, dando tierra con sus propias manos á la niña, cuyo tránsito por el mundo habia sido tan breve.

V

Las impresiones tristes de aquella mañana de invierno y de la noche en vela que la habia precedido, no consiguieron borrarse del ánimo de don Periquito durante la prolongada siesta que durmió aquel dia.

Por eso, al acudir en las primeras horas de la noche á uno de los cafés más céntricos de la capital, donde se reunia con muchos literatos, estudiantes, artistas, y jóvenes acomodados de su propia edad, el inquilino del cuarto número 13 del piso tercero de la casa á que he llevado á mis lectores, no podia ocultar sus preocupaciones y disgusto.

—Poco has madrugado hoy,—le dijo al verle llegar uno de sus compañeros.

—Por madrugar demasiado llego tarde ahora. La noche última no me acosté.

—Drama romántico sin duda es el que te ocupa. El teatro representa...

—Efectivamente, amigos mios, el teatro representaba un cementerio. En él he podido saber esta mañana que hombres honrados y buenos, dejan abandonado el cadáver de un hijo para tomar unas copas de aguardiente; en él he aprendido que en la fosa comun se echa tierra á los cadáveres por mera fórmula y que para no dejarlos insepultos hay que pagar propina á los enterradores; en él han acudido á mi memoria tristísimos recuerdos de mi vida, y os confieso francamente que aún tiemblo creyendo ver el informe monton que van formando los cuerpos, sólo separados por levísimas capas de tierra.

Y don Periquito refirió circunstanciadamente á sus amigos cuanto queda anteriormente reseñado.

—Pero, ¿es posible,—le preguntó uno de sus compañeros,—que te hayas habituado á vivir entre esa gente?

—En ella hay de todo; y acaso abunde más lo bueno que en otras capas sociales. ¿Quién les ha enseñado el respeto que, por punto general, me guardan todos los vecinos, siendo yo tan pobre ó más que cualquiera de ellos? ¿Quién les ha movido á visitarme en mis enfermedades y á hacerme ofrecimientos delicadísimos en los largos dias sin pan que proporciona el cultivo de las letras? Desengañaos; si en las clases ínfimas hay vicios, estos son hijos legítimos de la falta de buenas costumbres sociales y de la escasa instruccion que recibe el que, siendo aún niño, necesita ganar para la casa y la familia. Tan convencido estoy de lo acertado de mis teorías que no vacilo en aseguraros que en mi casa de vecindad he ganado amistades para toda la vida.

—Y sin embargo, allí tienes borrachos de profesion y jugadores de oficio; hombres perseguidos por la ley y mujeres de dudosa conducta; lenguas viperinas que sólo cultivan el escándalo y la deshonra; murmuradores y camorristas. Tú mismo nos has dicho que el alcalde del barrio y los guardias de la esquina apénas salen del patio de tu casa...

—Sí; pero tambien he visto quedar huérfana á una criatura y ser recogida por unos vecinos; tambien he visto diariamente salir fiadores unos por otros en causas difíciles; tambien he visto que, allí donde la enfermedad ó la muerte penetran, les siguen gentes que procuran disminuir los tristes efectos de aquellas visitas.

—No obstante, Perico,—dijo uno de sus compañeros de más edad que él y que hasta entónces habia guardado silencio,—esa casa no es propia para tí y hasta puede perjudicarte. Tú estarás en ella muy satisfecho por lo exíguo del alquiler; pero el mundo no te irá á buscar á ella.

—¿No habeis ido vosotros?

—Nosotros sí; pero los elementos con quienes necesitas tratar en el mundo literario no irán como nosotros.

—Todo eso es muy fácil de aconsejar; pero ¿dónde tengo yo elementos para habitar en casa mejor? ¿Creeriais decoroso que recurriera á la trampa?

—Esos elementos, si no se allegan en un dia, se allegan en un mes ó en un año; pero nunca faltan. Además tu mudanza es barata.

—Con tres pesetas puedo hacerla... pero detrás de esas tres pesetas están las muchas que me llevaria un casero, por cederme cuarto en mejor sitio.

—Con sólo que no sea casa de vecindad resuelves la situacion. Porque, hasta ahora, no conoces tu casa más que en épocas normales. ¿Has pensado lo que podria ser durante una epidemia, por el hacinamiento de vecinos, la falta de higiene de todos y la pobreza que les limita á los más nocivos alimentos? ¿Has pensado lo que podria ser durante una revolucion, cuando las pasiones se desbordaran y á la sombra de una creencia política se realizaran acaso venganzas personales?

Perico guardó por el pronto silencio: comprendia que los argumentos de su compañero eran indestructibles; pero, no queriendo declararse vencido, ó, lo que es más creible, no teniendo por el momento medios materiales de realizar lo que tambien era su deseo, se limitó á decir:

—Tal vez tengais razon y he de estudiar el medio de salir de allí. Hablemos ahora de más agradables asuntos.

Y la conversacion tomó, en efecto, nuevos rumbos parando, como era natural dada la índole de los que concurrian al café aludido, desde la exposicion última de pinturas al drama que más excitaba por entónces la atencion, desde la política, que pone á todos los hombres en desacuerdo, hasta la mujer que armoniza todos los debates del sexo feo. Despues subieron al billar los amigos y ejercitaron su pericia en el juego de las carambolas. Ya era muy tarde cuando se separaron.

—¿Qué hora es?—preguntó uno.

—Próximamente la hora en que mi vecino del principal da las buenas noches á Felisa con el baston que usa durante el dia.

. . . .

VI

Cinco años despues de los sucesos que quedan reseñados, encontráronse un dia en la calle don Periquito y el señor Diego. El primero hacia unos cuatro años que habia salido de la casa de vecindad para habitar un pobre sotabanco de una calle céntrica: su posicion, sin lograr un cambio radical, habia mejorado notablemente y ya la comida era para él y para su familia una costumbre diariamente observada y no un accidente casual y fuera de todo órden preestablecido. El señor Diego continuaba copiando partidas de nacimiento en la parroquia, extendiendo fes de vida á las pensionistas y enterrando católicamente, previo abono de los correspondiente derechos, á cuantos morian en su demarcacion.

La buena amistad entre ambos no se habia entibiado, y si bien no se visitaban, es seguro que siempre al encontrarse se hablaban con verdadero gusto.

—Hola, don Periquito,—exclamó el señor Diego.—¡Caramba con el hombre, que no pasa dia por él!

—Sí que pasa, amigo mio; pero mi cara engaña. Así fuera tan bueno el estómago.

—¿Y la parienta?

—Regularcilla... ¿La señora María supongo que estará bien?

—Bregando con los tres muchachos que me ha regalado en dos partos. Pero con salud en lo posible.

—¿Y los antiguos vecinos, la Pascuala, la Rita, la Encarnacion?...

—Las dos primeras en la fábrica: la otra, sábelo Dios. Huyó su marido despues de lo del veintidos de junio, y ella se conoce que se fué á buscarle al extranjero.

—¿Y la ribeteadora del patio?

—En coche me han dicho que anda; pero yo no la he visto.

—¿Y el cajista?

—¡Hoy en grande! Como triunfaron los suyos tiene imprenta propia y hasta se dice que le van á hacer algo, así como administrador de uno de los sitios que fueron reales.

—¡Hombre! ¿Y el buen memorialista, nuestro amigo?

—Calle V., don Periquito; que si yo tuviera el talento de V. para escribir en los papeles, á fe que habia de contar lo ocurrido, para que se vea que hay muchos crímenes que no se castigan y muchos bribones que no debian salir nunca de un presidio.

—¿Pues qué ha ocurrido?

—¿No se acuerda V. de la disputa que habia tenido con el hombre de Felisa, por defenderla de los malos tratos que le daba?

—Sí, que me acuerdo.

—Pues bien, al ocurrir *la gloriosa*, el tahur y otros como él se fueron al Parque y se pertrecharon perfectamente de carabinas y pistolas con las que recorrieron el 29 de setiembre todo Madrid, sin hacer más paradas que aquellas á que les brindaban las tabernas que encontraban al paso. Bien templados ya por el vino se volvieron á casa, y el jugador, viendo al pobre memorialista, le dijo:—Te aseguré que habias de pagármelas y ha llegado tu último momento. Arrodíllate, que vas á morir fusilado.—Los compañeros del jugador se reian á carcajadas, aunque asintiendo á lo que este decia, y el viejo memorialista, trémulo y llorando, se arrodilló ante su verdugo... Este, sin hacerle caso, le hizo apartar, á cuyo tiempo sonaron simultáneamente cuatro ó cinco tiros. Los bribones aquellos no trataban de matarle, como lo prueba el hecho de que dispararon sus fusiles en otra direccion, sino de darle una broma brutal; pero la impresion de espanto causada al pobre memorialista fué tan terrible que le hizo perder la razon y morir al mes siguiente en el Hospital.

—¡Pero, eso es horroroso! Las autoridades habrán intervenido... ese hombre estará en presidio.

El señor Diego sonrió melancólicamente; despues, acercándose casi al oído de don Periquito, como si la noticia que iba á comunicarle no debiera ser oida por el aire mismo, le dijo:

—Sí que está en presidio... Sus amigos le han hecho comandante de uno de ellos.

M. OSSORIO Y BERNARD



GRATA CORRESPONDENCIA, cuadro por Ch. Sprinsmann

EL VULGO

¿Qué es el vulgo? Todo y nada. ¿Dónde se halla? En todas partes y en ninguna.

Con estas antinomias, hemos recordado en seguida la personificacion viva de toda paradoja, á Campoamor, á quien no cuidamos clasificar como el primero entre los poetas contemporáneos, porque somos de la opinion de Víctor Hugo, que «el templo del genio es la region de los iguales.»

Campoamor, que con su carácter francote y su modestia bonachona tiene ya olvidado, por demasiado sabido, que goza en vida de la inmortalidad conquistada por su genio, publicó hace pocos años con la última edicion de sus *Pequeños Poemas* un *Prólogo*, donde expone una *Preceptiva insidiosa* y de segunda y áun tercera intencion En ella campea como primera y fundamental la justificadísima é inocente intencion de flagelar á todos los preceptistas, retóricos y demás individuos de la familia, que denomina de los roedores.

Dirige su primera paralela contra las *Sorbonas* de la multitud (los retóricos clásicos y pseudo-clásicos), que forman la corte de lo que Campoamor llama *Su Majestad el Vulgo*.

El vulgo domina en efecto con mero y mixto imperio; pero su jurisdiccion implica algo negativo, representa rémoras y obstáculos; y en este sentido puede decirse que es todo y nada.

Sea la rutina inquieta ó divina pereza como respectivamente la apellidaran en la antigüedad Séneca y en nuestros dias Schelling, parece fuera de duda que semejante pecado es el original é irredimible del vulgo.

Especie de degeneracion intelectual y moral, que en el complexus de la personalidad humana señala su elemento negativo cual si no fuera sólo ley del mundo físico que á la luz acompañen las sombras y las penumbras, lo vulgar no es susceptible de definicion positiva, puesto que representa lo negativo del impulso inicial, inherente á las fuerzas individuales como á las energías colectivas.

Algo de lo que es el pedante respecto al culto y la marisabidilla comparada con la mujer educada, es el vulgo como degeneracion de la personalidad individual y social. La montaña de Sísifo de lo vulgar, representa el triunfo de la rutina.

Esteriliza lo vulgar la virtud regeneradora de la accion del tiempo; se atiene á lo ya realizado y menosprecia lo que queda por cumplir. Es la lucha en el mundo moral entre la cristalizacion que es estática y la afinidad que es dinámica. La primera repele el jugo señorial de las nuevas manifestaciones con que aparecen las energías individuales y colectivas; miéntras la segunda lucha por hallar el engarce de las múltiples fases con que la realidad pide plaza en la existencia.

El vulgo, víctima del pecado de la pereza, irá siempre con la fábula á matar la gallina que ponia los huevos de oro, áun con el riesgo de quedarse sin aquella y sin estos. Lo vulgar es miopía de la inteligencia, estratificacion de lo sensible é incuria de la voluntad. En todas las manifestaciones de la vida, algo negativo.

Sin más estímulo que el exclusivo del egoismo, el vulgo es víctima de un interés mal entendido y áun en aquellos juicios que formula como soberano, toma el triunfo de momento por el éxito definitivo, exponiéndose de tal modo á verse burlado en sus previsiones, peligro que ya anuncia el proverbio francés de que «sólo rie bien, el que rie el último.»

Así acontece muchas veces que el estruendo de la adulacion de los contemporáneos se identifica con los ecos de una inmortalidad que tiene la realidad de un sueño, cuando no la consagra, con la accion del tiempo, el espíritu colectivo. No concede, no, el vulgo la inmortalidad; con su cetro de caña y su aparatoso imperio puede repartir, cual don gratuito, la fama (la vulgarizacion) que, como dice Campoamor, puede ser infame; pero la gloria que siempre es gloriosa ha de tener como pedestal todos los elementos positivos de que carece y contra los cuales protesta el vulgo con lamentable frecuencia.

No es el vulgo sólo degeneracion del pueblo; el vulgo es excrescencia de todo organismo individual y social. Si lo vulgar abunda, quizá por una falta de educacion, cuya responsabilidad directa no sabemos á quién toca, en las clases inferiores, no se manifiesta sólo en ellas; aparece en todas las capas sociales y se halla en todas partes extendido y en ninguna de ellas vinculado.

La fealdad moral del vulgo, la desviacion de la personalidad, la negacion parcial de alguno de los factores positivos de que nos hallamos dotados y el vicio de carácter que implican estas condiciones son inherentes á todos los humanos, en mayor ó menor escala. Todos somos vulgo; la distincion se refiere al grado y á la medida, pues lo contrario seria suponer falsamente que existen en la flaca condicion humana *caracteres hechos de una pieza*, cuando los más justos pecan siete veces al dia, segun el Evangelio, y los caballeros sin tacha ni mancha son héroes de melodrama y de novela, segun dice Gœthe, y no personas de carne y hueso.

Ya hacia notar en su tiempo Séneca esta *vulgarizacion del vulgo*. En sus *Tratados filosóficos* dice: «El vulgo es investigador errado de la verdad. Y llamo vulgo no sólo á los que visten ropas vulgares, sino tambien á los que las traen preciosas; porque yo no miro los colores de que se cubren los cuerpos, ni para juzgar del hombre doy mérito á los ojos; otra luz tengo mejor y más segura con que discernir lo falso de lo verdadero. Los bienes del ánimo sólo el ánimo los ha de hallar.» El mismo Campoamor advierte «que no habla del vulgo de clase sino del vulgo de entendimiento.» Y pudiera añadirse del vulgo de toda energía individual y social. Esa penumbra moral á todos nos alcanza; quién más, quién ménos, todos somos algo vulgares.

¿Quién no halla dentro de sí ribetes de vulgaridad? El mismo Campoamor (y dispense la vulgarizacion del secreto), que es de las almas elegidas, dice y áun comete vulgaridades, cuando niega la virtualidad de su poderoso talento, al afirmar, por ejemplo, «que es revolucionario especulativo, de conviccion, y conservador ó reaccionario en la práctica, no sólo por temperamento sino por cuestion de estética.»

Bien examinada la diversidad de matices con que lo vulgar sombrea la personalidad humana en la complejidad de sus manifestaciones, y hecho por cada cual exámen de conciencia, acontece con lo vulgar lo que con el *diablo humanizado* de Gœthe, con Mefistófeles. De igual modo que decimos que Mefistófeles es un diablo que todos somos, sentimos y llevamos dentro de nosotros mismos, lo vulgar es sombra que oscurece en todos, en unos más, en otros ménos, en aquellos el reverberar mágico de su pensamiento, en estos los nobles impulsos de sus emociones, en los otros la eficacia de los más nobles propósitos de la voluntad y en la generalidad el horizonte sensible de la vida. A él oponemos el horizonte racional, la esperanza de lo mejor, sin la cual fuera la vida, no asunto serio sino negocio de menor cuantía, que acaso no valdria la pena de ser vivida.

Cuantos individuos vegetan en vez de vivir (y todos cometemos el pecado en mayor ó menor límite), sin interesarse, cual parásitos de colmena, por nada más que por aquello que de cerca les toca; cuantos se encierran en un egoismo cómodo, sin afectarse ante ninguna de las grandes manifestaciones que revisten las potentes energías que libran la batalla de la vida en los senos del espíritu colectivo; cuantos permanecen sordos é indiferentes á todo lo que se roce con sus intereses materiales áun cuando se apelliden ciudadanos pacíficos y honrados; finalmente, cuantos se precian de un razonar de vuelo rastrero, de una filosofía de tejas abajo, de aparecer y ser especies de Licurgos y de cercenar el horizonte de su accion para que no rebase el umbral de su casa, otros tantos son del vulgo y pagan tributo á su indefinido contingente. Así es que el vulgo es más numeroso de lo que generalmente se cree; el vulgo es legion y no se circunscribe á individuos de las clases populares, pues por eso se dice: «Tambien el vulgo va en coche.»

Para convertir las fuerzas negativas que representa el vulgo en positivas, para hacer que su influencia perdida en un retraimiento censurable concurra con la general al cumplimiento del fin comun, importa moverlo y agitarlo y áun, si es preciso, herir la única fibra sensible que muestra, su interés personal, enseñándole que el dia de hoy no es garantía del mañana y que la obra general y generosa de la educacion interesa á todos por igual En suma, para combatir el vulgo es preciso *vulgarizar la educacion*, que eleva el nivel comun y sirve de nexo para engarzar todos los intereses individuales y sociales y para apretar los lazos de la solidaridad.

U. GONZALEZ SERRANO

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 24 DE AGOSTO DE 1885 — NÚM. 191

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

PEREGRINAS ALSACIANAS, cuadro por M. Feuerstein

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Madrid desierto.—El retorno.—Los héroes de horchatería.—A oscuras.—El pecado mortal.—*Fiat lux*.—El miedo guarda la viña.—Historia de las verbenas.—Una suspendida.—Entierros y teatros.—Los asilados.—Consecuencias del veraneo.

Madrid, el regocijado Madrid, aquella villa que no se daba punto de vagar en eso de festejos y diversiones, ha cambiado de pronto su carácter, habiendo momentos en que no parece otra cosa que un lugar distinto de los otros solamente en las dimensiones.

Durante el dia no se nota tanto este fenómeno. Los rayos del sol canicular cayendo á plomo sobre calles y plazas han producido siempre un efecto parecido en tal época del año. Los más favorecidos por la fortuna emprenden la obligada peregrinacion, los unos á Biarritz, San Juan de Luz ó Aguas-Buenas, los otros á la Granja, Pozuelo ó el Molar y los desventurados á quienes la escasez de recursos ó perentorias ocupaciones les obligan á no alejarse de la corte más allá de las Ventas del Espíritu Santo ó del Vivero, buscan en la relativa comodidad del hogar una defensa contra los rigores del rubicundo Febo.

Pero todos los años, los que nos quedábamos, buscábamos con tanto ahinco durante la noche el desquite de la forzosa clausura de las horas del calor, que no se diria sino que, multiplicándonos para encontrarnos en todas partes, tratábamos de hacer bulto y meter ruido para no echar de ver que éramos muchos ménos que en el invierno.

Este verano, sin embargo, está sucediendo todo lo contrario. El miedo produce terribles retraimientos. Hay quien temiendo el relente, no se permite otra expansion que una vuelta por las calles más céntricas limitada constantemente por las primeras campanadas de un reloj que anuncia las nueve; hay quien no va á las diversiones porque ha oido decir á personas autorizadas que la aglomeracion de gente es la que puede crear los grandes focos de infeccion, y en cuanto á traspasar los umbrales de una horchatería para eso se necesita un valor tan temerario como el de los héroes de los poemas épicos, y como es sabido que las razas degeneran, son contados los espíritus fuertes que alardean de regalarse con un chico de limon del tiempo ó con una horchata fria no de la indigesta chufa sino de astringente arroz.

***

Esto no obstante fuerza es convenir en que de algunos dias á esta parte la animacion es algo mayor. No pocos de los impremeditados viajeros que dejaron sus lares, cansados de ver que la epidemia, sacudiendo su mortífero látigo, no perdona apartado rincon, ni lejana provincia, comprenden al fin que hoy por hoy no es la capital la que ofrece peores medios de defensa, y tornan, cansados de hacer la vida del Judío Errante, sin otro detrimento que una escrupulosa fumigacion sufrida en la estacion del ferro-carril.

Sólo los más recalcitrantes son los que siguen saltando de un punto á otro sin encontrar seguridad ni reposo en sitio alguno. Un amigo tengo que ha corrido ya cuarenta y ocho provincias y las cuarenta y ocho las ha dejado apénas ha sabido que en cada una de ellas se presentaba un caso definido ó sospechoso. Hoy le veo en camino de ir á la última que le queda por visitar. Acaba de escribirme que se pone en marcha. Su única duda es si se establecerá en Murcia ó en Aranjuez. En lo que se funda para tomar esta resolucion, que él llama definitiva, es en la frase aquella que dice que no hay camino más seguro que el que acaba de ser robado.

***

En el momento en que escribo estas cuartillas acaba de *hacerse luz*, pero no precisamente en ninguna de las más debatidas cuestiones que preocupan á la ciencia ó á la política. Si se tratara de afirmar ó negar la conveniencia de las inoculaciones del doctor Ferran, ó se hiciera asunto de discusion la línea de conducta que debe adoptarse por nuestros diplomáticos en vista de la *irregularidad* que quiere cometer Alemania con las Carolinas, probablemente guardaria una prudente reserva. En medicina declaro paladinamente mi incompetencia; en política, aunque no puedo hacer lo mismo, porque dejaria de ser español si no me creyera capaz de resolver los más arduos problemas, confieso que no me es dado meterme en estas crónicas.

La frase subrayada al principio de este párrafo no está tomada en el sentido figurado que con más ó ménos propiedad suele dársele. La *luz que se ha hecho*, ó mejor dicho que *se ha rehecho*, es la del alumbrado público de la muy heróica y coronada villa.

En un momento de penuria, el Ayuntamiento de la primera de las poblaciones de España se echó á buscar economías y no encontró otra más á mano que la de suprimir dos terceras partes de los faroles al dar las doce de la noche. Esto, en calles donde aun estando todos encendidos no se cuenta más que con una claridad relativa, fué dejarnos en una oscuridad absoluta, precisamente á una hora en que los rigores de la estacion y nuestros hábitos hacen que la circulacion sea muy grande.

La impresion no pudo ser más desconsoladora. Los que se retiraban de los espectáculos, los que salian de una tertulia ó volvian de gozar de la frescura del ambiente en Recoletos ó el Prado, creian haber retrocedido á los tiempos en que Sabatini repetia el ensayo de iluminar las calles, que sin fruto se habia intentado durante la minoridad de Cárlos II. Venerable anciano habia que al oir el lejano grito de un vendedor de *La Correspondencia* creia volver á escuchar de labios del hermano del *Pecado Mortal* aquellas tremebundas saetas que lleno de terror escuchó en la cuna; más de un vidriero pensaba ya en hacer su agosto vendiendo linternas para trasnochadores y no pocos individuos de la antigua nobleza concebian el proyecto de restituir en los pórticos de sus vetustos palacios, aquellas capuchas de hierro de que todavía nuestra generacion ha alcanzado algunas muestras y que servian para apagar las hachas de viento con que pajes y escuderos acompañaban antaño á sus ilustres abuelos.

Nada de esto, sin embargo, ha sido lo que ha obligado al municipio á revocar su acuerdo. Indudablemente lo que ha pasado ha sido exactamente lo que en un cuento que, aunque muy sabido, encaja aquí como anillo en dedo. Se cuenta de un avaro que conversando en su casa con un compadre suyo dábale tanta pena el consumo de aceite que la luz hacia que sin poderse contener más tiempo dió un soplo al candil, diciendo: «Compadre, para hablar no se necesita luz.» Pero el otro, que en punto á económico le daba quince y raya, temeroso á su vez de que al ludir con la silla se le rompiera el pantalon, se apresuró á contestar: «Ni para estar á oscuras se necesitan calzones.» Dicho lo cual se quitó los suyos y los colgó cuidadosamente de un clavo.

La aplicacion del cuento hoy, está en que si la digna corporacion municipal no se apresura á volver á encender sus candiles, como lo ha hecho al tercero dia, no hubiéramos sido nosotros los que nos hubiéramos desnudado. Esa tarea hubiera corrido por cuenta de ese *honrado* gremio que tiene por oficio encontrarse las cosas ántes de que se pierdan.

***

Otra suspension ha hecho recientemente la misma corporacion. Una de las más características costumbres de nuestro pueblo es la de celebrar, en la noche anterior á determinadas festividades de la Iglesia, unas como á modo de romerías que reciben el nombre de veladas ó verbenas.

A los tiempos de los griegos y los romanos han hecho remontar algunos eruditos el abolengo de este desahogo de carácter puramente popular, que ya de un modo irrecusable vemos citado en diversos documentos que se refieren á los siglos X y XI. Por ellos puede venirse en conocimiento de que, reminiscencia ó no de más remota antigüedad, su orígen cierto es de la época de la dominacion de los árabes.

Estos, más tolerantes que los cristianos, permitíanles en las ciudades conquistadas no sólo conservar su culto en el interior de las iglesias, sino aun hacer pública ostentacion de él en determinados dias La fiesta de los Apóstoles y las más veneradas advocaciones de la Vírgen eran los dias escogidos para esta holgura, que no sólo se celebraba con prácticas religiosas sino con baile y cantos profanos en las inmediaciones de los santuarios. Las bebidas espirituosas, prohibidas por su rito á los musulmanes, corrian en abundancia entre los nazarenos que establecian portátiles expendedurías de ellas y si no es que una piadosa calumnia de estos ha manchado la fe de los vencedores, cuéntase que solian á las veces los sectarios del Coran mezclarse con ellos, ya que no para acompañarles en sus rezos para compartir unas libaciones que la privacion debia hacer más sabrosas.

Despues los tiempos cambiaron. Los cristianos volvieron á ser dueños de las ciudades, pero la piadosa costumbre subsistió tal vez en un principio con el doble carácter que le prestaba la fe religiosa y el recuerdo de dias de desventura. Desde entónces las *verbenas* han sido un hábito tradicional de nuestro pueblo. Veces ha habido en que las de San Juan y San Pedro sobre todo se celebraron con tanta ostentacion que la historia ha guardado memoria de ellas. Dígalo sino la que en 1631 celebró el galan Felipe IV para solemnizar el estreno de los jardines del Buen Retiro y que plumas tan celebradas como la de Lope cantaron en armoniosa rima.

No ménos aficionados á ellas fueron los que siglo y pico más tarde habian cambiado la ropilla de rizo y el jubon acuchillado por el chupetin y el sombrero de medio queso. La pradera de San Antonio de la Florida guarda recuerdos de altas damas que, envueltas en los airosos caireles de la blanca mantilla y ceñido á formas que inmortalizó el pincel de Goya el estrecho guardapiés, escuchaban con gusto requiebros de Costillares y Romero, de Pepe-Hillo y el tio Gallardo.

Hoy es cierto que tales festejos han perdido mucho en animacion, pero aún, en medio de su decadencia, conservan algo de su antiguo carácter El municipio, comprendiéndolo así al poner su veto á una de ellas, parece que ha tenido en cuenta que es de las más modernas. La verbena de la Vírgen de la Paloma es de reciente creacion y áun así no ha sido suprimida. Lo único que se ha hecho ha sido suspenderla por este año para evitar los anti-higiénicos excesos que en ella se cometen.

***

Con gusto vemos que la prensa empieza á preocuparse de un asunto que indudablemente ha de encontrar favorable eco en la opinion.

Hace mucho tiempo nos indigna una censurable tolerancia que permite á empresas mortuorias y de teatros hacer objeto de ostentacion ó de divertimiento á los infelices á quienes la miseria ó el abandono llevó á los asilos de mendicidad.

Tan pronto se convierte á los acogidos en San Bernardino en modernas plañideras que á falta de otras lágrimas vierten las de cera de sus cirios detrás de un féretro, como se lleva á los que en el Hospicio deben aprender un arte ó ponerse en condiciones de abrazar una profesion, de teatro en teatro haciendo de obligados comparsas en cuantas obras de menor cuantía le vino en mientes al autor intercalar un coro de chiquillos.

El que trata de socorrer la pobreza no debe humillarla nunca. Los ancianos, que encanecidos por el trabajo y las privaciones se ven forzados á buscar en los últimos dias de su existencia ese rincon que les ofrece la caridad colectiva, tienen derecho á que se les dé el mísero bocado de pan que comen sin hacerles atravesar calles y calles bajo las torrenciales lluvias del invierno ó bajo los abrasadores rayos del sol estival siguiendo por ostentacion un carro de la Funeraria. La primer cosa que debe enseñarse al niño de quien se quiere hacer un honrado ciudadano es el sentimiento de su dignidad, y mal camino es para que le adquiera obligarle á vestirse de mamarracho para repetir ante un público chistes no siempre cultos y delicados.

La firme conviccion abrigamos de que este será uno de los males á que se pondrá pronto correctivo. De no ser así, ¿qué diria todo el mundo de unos asilos que parecen poner todo su empeño en matar á los viejos y educar mal á los niños?

***

Los percances del veraneo no se limitan ya á esos infelices padres de familia á quienes una exigencia de su cara cónyuge ó un capricho de sus hijos obligan á derrochar en quince dias los modestos ahorros de once meses y medio de trabajo y privaciones.

Los lectores de la ILUSTRACION ARTÍSTICA sufren tambien estas fatales consecuencias. Mi querido amigo Ortega Munilla, arrojado por el calor de esta corte á las frescas playas de Vigo, no ha podido hacer la crónica quincenal y en vez de su chispeante prosa tienen Vds. que contentarse por hoy con las deshilvanadas cuartillas de este su servidor más humilde

ANGEL R. CHAVES

NUESTROS GRABADOS

PEREGRINAS ALSACIANAS, cuadro por M. Feuerstein

Cerca de la ciudad de Barre, en la Baja Alsacia, descuella un pico de la cordillera de los Vosgos, llamado Monte de Santa Otilia, del nombre de la patrona del país. En él brota una fuente á cuyas aguas se atribuyen milagrosas propiedades curativas, entre otras la de sanar las enfermedades de la vista. En la misma cumbre del Monte está situado un monasterio, que contiene el sepulcro de Santa Otilia, al cual acuden las piadosas alsacianas en peregrinacion, para impetrar de la intercesion de la santa el alivio de sus penas.

Tal es el asunto en que se ha inspirado el artista para trazar su cuadro, asunto desarrollado con perfecta inteligencia del agreste carácter del paisaje, y más aún con la de la expresion fisonómica de los pesares que laceran el corazon de las peregrinas de su cuadro, pues basta observar el semblante melancólico de una de las figuras y el compasivo de la otra para comprender que la primera sin consuelo en la tierra sólo lo espera del resultado de sus fervientes plegarias y que la segunda se apiada profundamente del dolor que abruma á su triste compañera.

HEBE, estatua por Canova
(existente en la galería nacional de Berlin)

Esta estatua es una de las mejores obras escultóricas de Canova, el fundador de la escultura clásica moderna. Antonio Canova nació el 1.º de noviembre de 1757 en Possagno en la comarca de Treviso. Su Teseo, el vencedor del centauro, que empezó en 1805 y concluyó en 1819 en Roma, hizo que todos los amantes de las artes le acogieran como un regenerador de la escultura que la fatal escuela de Bernini habia hecho decaer de un modo lastimoso, y no solamente se le consideró como el escultor más notable de los tiempos modernos, sino que se le igualó á los maestros más grandes de la antigüedad. Hoy se le juzga ya con más calma; en los bajos relieves no llegó jamás á igualar al dinamarqués Thorwaldsen y en las estatuas se apartó pronto del camino de la escultura clásica que tan brillantemente habia emprendido con su Teseo. Jamás llegó á la arrebatadora ingenuidad, á la sencillez grandiosa del arte antiguo. Su fuerte era la re-



INTRODUCCION DEL CRISTIANISMO EN



LOS ALPES RÉTICOS, CUADRO POR W. RIEFSTAHL

presentacion de la gracia corporal, juvenil, mórbida y elegante, pero sin contraste, sin contraccion de músculos, todo es suave, redondeado. Así lo patentiza la Hebe que hoy presentamos á nuestros lectores, y que como escanciadora del divino néctar en el Olimpo tenia, cuando Canova la acabó, una copa en la mano izquierda y un jarro de metal dorado en la derecha. Una suave tinta de carne en las partes desnudas, huellas de dorado en la cinta que le sirve de diadema y restos de color en el quiton caido y recogido en la cintura, demuestran que Canova no temió imitar hasta en la policromia á los mejores artistas de la antigüedad clásica. Con pié ligero se desliza su Hebe sobre una nube, y el ropaje trasparente que obedece al soplo del aire representan muy bien el suave y rápido movimiento indicado además por la ligerísima inclinacion hácia adelante de todo el cuerpo.

Podria criticarse la expresion del rostro como demasiado grave é imperturbable aunque benévola, para la que tenia el cargo de escanciar el néctar de la inmortalidad á los dioses de la Grecia en sus festines olímpicos.

LA SÚPLICA, cuadro por Lindenschmit

El asunto de este cuadro no es nuevo, puesto que otros artistas lo han tratado bajo esta ó parecidas formas. El interés de esta obra pictórica consiste en que está pintada con colores exclusivamente minerales preparados de una manera nueva por un químico de Munich (Adolfo Keim). Gracias á estos colores se pueden cubrir las superficies murales interiores y exteriores ó sea las expuestas á la intemperie con obras maestras y por supuesto, tambien con otras sencillas, á lo cual se habia opuesto hasta ahora tenazmente el clima inhospitalario, frio y húmedo de los países septentrionales donde tanta aficion tienen los soberanos á adornar sus reales residencias con frescos, en sitios donde los puede admirar el público, como en los pórticos de sus parques, escaleras de museos, teatros, etc., sin hablar de los templos que tambien carecen á causa de la rudeza del clima de este odorno artístico.

El cuadro del cual damos hoy una copia está pintado con estos colores, pero sobre tela preparada al efecto. Como obra de arte, se distingue, más que por la perfeccion del dibujo en general, por la ingenua expresion de los rostros y por la brillantez del colorido.

PESCAR EN AGUA MANSA.—CAZAR EN VEDADO

El autor de estos bonitos dibujos, que no carecen por cierto de intencion, ha querido sin duda representar en ellos, no tanto los ejercicios de la caza y de la pesca en sí, cuanto el opuesto temperamento de los que á ellos se dedican. En efecto, todos sabemos que el verdadero aficionado á la caza es por lo general de complexion ardiente, activo y áun á las veces arrebatado, pudiendo decirse que la sangre bulle continuamente en sus venas; en tanto que el pescador es de suyo tranquilo, apático, pacienzudo y de constitucion altamente linfática. ¿De qué modo mejor representar dos tipos tan opuestos? El artista lo ha acertado: haciendo que tanto el cazador como el pescador encuentren durante una de sus excursiones una linda y graciosa aldeana que introduzca un paréntesis en su respectivo ejercicio. El resultado no necesita explicacion: basta contemplar los grabados para convencerse de la diferencia que va del uno al otro. El primero, dejando en paz á las liebres y conejos por caza más preciada, desliza amorosas frases y calorosos conceptos en el oido de la ingenua campesina que, aunque halagada por ellos, no sin cierto recelo los escucha: el segundo, por más que le conmuevan un tanto los hermosos ojos de la doncella, no suelta la caña ni abandona su posicion, contestando, en vez de preguntar, á la aldeana que, libre de todo recelo, traba amistosa conversacion con él. ¿Pescará este? ¿Cazará aquel? No lo sabemos; lo que sí podemos decir á las niñas bonitas es que, cuando alguna de ellas sea requerida de amores por un galan más ó ménos solícito, procure averiguar si es aficionado á la caza ó á la pesca para tomar sus precauciones en consecuencia.

EL PRIMER SINSABOR, cuadro por Enrique Mosler

Los sinsabores son proporcionados á la edad, pero no por eso dejan de producir honda impresion en el ánimo. Entre una persona de edad madura que experimenta algun quebranto en sus negocios ó en su hacienda y el rapazuelo de nuestro grabado que sufre el primer sinsabor al ver perniquebrado por una torpeza su caballo de carton, ¿quién sentirá relativamente más intenso disgusto? Si por las lágrimas se ha de juzgar, no hay sino mirar los raudales que vierte el apeado jinete, á las cuales se unen las de la rolliza amazona, que, muda de dolor, contempla cariacontecida á su lado el irreparable desastre. Los corazones, sea cualquiera su edad, son siempre sensibles á las desgracias y los primeros sinsabores de la vida los afectan tanto como los últimos reveses de la fortuna.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA INTRODUCION DEL CRISTIANISMO EN LOS ALPES RÉTICOS, cuadro por W. Rifsthal

Algunos siglos ántes de la invasion de las hordas germánicas y eslavas en Europa, habitaba la Recia un pueblo temido por su ferocidad y por sus excursiones de rapiña á todos los países vecinos. Componíase este pueblo de una mezcla de diferentes razas, pero principalmente de celtas é itálicos, y su país comprendia lo que hoy es el canton suizo de Grisones, el Tirol con el Vorarlberg, la Baviera Alta y la parte más septentrional de la Lombardía, es decir, una region en extremo montuosa. La afinidad de los recios con los pueblos itálicos habia sido causa de que unos y otros estuviesen en contacto continuo y de que los primeros no tuviesen ni pudiesen tener más adelante ninguna relacion amistosa con las hordas germánicas. Por la misma razon practicaban un culto que habia llegado á individualizar las fuerzas de la naturaleza miéntras aquellas hordas no habian pasado aún del período en que el salvaje sólo teme en todo lo que no comprende algun sér maligno que se divierte en su daño. Los dioses principales de los recios eran Teutates, tipo de la destreza corporal; Beleno, el dios Sol, el procreador; Heso, el dios de la guerra; Belisana, la Minerva, Epona, la diosa de la equitacion, de los carruajes y ganados. Estas y otras divinidades eran veneradas en lugares sagrados, al aire libre, pero adornados convenientemente, y se les ofrecian diferentes sacrificios.

Segun refiere la tradicion, allá por el año 150 de nuestra era y en ocasion de celebrar una tribu del pueblo en cuestion una de sus solemnidades religiosas en sus empinados riscos, llegó con otro compañero San Lucio, que, de rey de Bretaña, se habia hecho misionero para llevar la religion de Cristo á aquellas alpestres regiones. Este es el momento que representa nuestro grabado.

Ruda debió ser la tarea de los misioneros, puesto que á la dificultad de convertir á un pueblo inculto é ignorante, se unió luégo la invasion de los salvajes germanos, hunos y otras hordas que no dejaron germinar totalmente la delicada semilla, pero algo quedó, porque ya no faltaron varones piadosos prontos siempre á sacrificar su vida en aras de la religion cristiana, siendo uno de ellos el obispo Asimo que residia en Chur, y posteriormente los santos Columbano y Galo que convirtieron en el siglo IX definitivamente aquel país al cristianismo.

En cuanto al excelente cuadro que hoy reproducimos, distínguese principalmente por su color local no ménos que por el histórico, echándose de ver que el artista ha hecho un detenido y provechoso estudio de todos los caracteres distintivos de la remota época que este episodio representa.

LA CASA DE PRÉSTAMOS

(PÁGINAS DE LA MISERIA)

Parece mentira que siendo la necesidad inseparable compañera de la vida hayan tardado tanto los hombres en prepararse el remedio de sus miserias.

Hasta el siglo XII no les ocurrió á unos frailes Bernardos la idea de anticipar recursos á quienes de ellos carecian, á título de préstamo, sobre prenda pretoria. De aquí el orígen de los Bancos de Piedad... La codicia se apoderó despues del pensamiento y... vean Vds. á lo que ha llegado en el último tercio del siglo XIX.

. . . .

PRIMER CUADRO

(Un jóven, demacrado, con todos los detalles físico-naturales y de traje que caracterizan la vida del dolor, entra en el establecimiento, llevando bajo del brazo un bulto.)

—Muy buenas tardes.

—Así las tenga V. ¿Qué trae por aquí?...

—Pues... esto.

(Nuestro jóven deshace el bulto de que es portador y presenta una capa, que para servir de arnero no le falta sino estar sujeta á un bastidor.)

—¿Y qué quiere V. por esto?...

—Cinco duros.

—¿Cinco duros? ¡Usted está loco!

—Es posible señora; por ménos de lo que me pasa habrán perdido muchos la razon.

—Por esto no puede darse más de... treinta reales.

—¡Dos duros siquiera, señora! es la cantidad que me falta para completar la del pago de alquiler de mi casa, prescindiendo hasta de comer!...

—No señor, no: los treinta reales y ni uno más!... usted no sabe cómo andan los precios de venta: en muchas ocasiones, por ser compasivos, salimos perdiendo en tercio y quinto.

—Bien, señora, bien. Sea lo que V. quiera.

La dueña del establecimiento recoge y dobla cuidadosamente la prenda pretoria, y dicta á un muchacho, legítimo emblema de la suciedad y del hambre, el resguardo oficial del contrato.

Recibe nuestro jóven la anhelada suma y sale á la calle.

Cuando entró en la casa iba sudando.

Marcaba el termómetro 33° á la sombra.

Cuando salia habia descendido la temperatura nada más que diez y siete!

Y decia nuestro jóven, frotándose las manos:

—¡Bien va! Es muy probable que esta noche hiele.

Así no se apolillará la capa.

No hay mal que por bien no venga.

CUADRO SEGUNDO

(Una señora, de porte y maneras distinguidas, si no con lujo, vestida con elegancia y buen gusto, desciende de una berlina *de punto* y sube al despacho de la prestamista.

Apénas si se deja ver se encuentra saludada con efusion:)

—¡Mi señora doña Rafaela! ¡tome V. asiento! ¿cómo sigue usted?

—Así, así, amiga Brígida: con muchas alternativas y no pocos disgustos.

—¡Loado sea Dios!... ¡que para todo tiene remedio, si no es para la muerte! Con que... sepamos... ¿qué la trae por aquí?

—Pues vea V... un apuro del momento. En la tertulia de las de Boqueras, un intendente jubilado que fué amigo de mi Márcos, han acordado abonarse á una platea del teatro de Apolo: el compromiso para mí es muy grave, porque, como es sabido, el dia *que una deja entender* su pobreza, no tiene ni siquiera quien la salude: en aquella casa me creen en posicion muy desahogada y... sin consultarme siquiera, han contado conmigo para satisfacer la mitad del precio de abono.

—¡Me parece bien ese desenfado!

—¿Y qué hacer? Aquí la traigo á V. aquella pulsera... que ya conoce...

—Si tal... la de los brillantes...

—Precisamente.

—Lo malo es que esas piedras han bajado ya tanto de precio!

—El oro solo del brazalete vale la cantidad que yo necesito.

—Bueno y ¿qué quiere usted?

—Pues déme V... quinientas pesetas.

—Con el alma y la vida que se las daria, como en otros tiempos, pero hoy no puedo llegar á tanto, ni mucho ménos...

—¡Ni mucho ménos!

—Sí, señora, sí... hoy no están las cosas como en otros años... ya ve V., el gobernador nos ha partido con eso de establecer las sucursales del Monte Pio...

—Bien... pero en resumidas cuentas, ¿qué puede usted darme por esta alhaja?

—Pues mire V., ni un real más de cuarenta duros.

—¡Cuarenta duros! hija, á este paso va á llegar dia en que vamos á traer oro en barra, y nos van Vds. á descontar la acuñacion.

—Es posible... ¡tal andan los negocios!

—¡Vaya, vaya!... pues despachemos, que me extiendan la papeleta, y no se hable más.

(Ultímase el contrato, y nuestra doña Rafaela abandona la casa, diciendo para su... añadido: *¡Abono! no está mal abono!... el de tres meses de adelanto de comestibles que debo al tendero...)*

CUADRO TERCERO

(Detrás de la viuda del intendente suben por la escalera, riendo á carcajadas y hablando á gritos, dos muchachas, tipos de desenfado y jovialidad popular.)

—¿Qué es eso, muchachas? ¿qué es eso? pues no armais mal ruido, y probablemente para nada!...

—Cómo ha de ser, *señá* Brígida... otros vendrán para ménos.

—Y ¿qué es ello?

—*Pus misté*. . que venimos á empeñar *el almidez*... ya ve V. si es cosa de meter ruido... á esta la han *echao* de la *frábica é cigarros*, y yo tengo á mi Pepe en el *Hespital*... de modo que bien *pué* V. hacer la *caridá*...

—¡La caridad... la caridad!... esta no es casa de Beneficencia... bien podiais ir con eso... al Rastro...

—Vamos... que por una vez... bien podrá V. *correrse*...

—Vaya, vaya... no quiero que digais que me niego... chico; dalas tres reales, aunque se lo lleve todo la trampa.

—Vaya *señá* Brígida... que no se arruinará V. por mucho...

(Las *prógimas* toman los cuartos y salen riendo y alborotando, lo mismo que entraron.)

CUADRO CUARTO

(Un niño, de los que lidian becerros, son apasionados de la música, juegan al *baccarrat* y visten esos trajes que parecen hechos de estera de cordoncillo, llega resueltamente al mostrador de la prestamista, y presenta un reloj de *nikel*.

Doña Brígida lo recibe, abre, examina y dice:

—¿Qué queria por esto?

—Cincuenta reales.

—Cuarenta, es lo que puede darse...

—Bien, es... lo mismo.

—No, dispense V., no es lo mismo...

—Siendo tan corta la diferencia...

—No señor, no es tan corta, porque ántes de hacer el préstamo, tiene V. que llegarse á casa del relojero y encargarle que componga este reloj.

—¿Qué dice V.?

—Pues digo que está roto, que no anda, y, por consecuencia, no puede darse por él ni un céntimo.

—Pues mire V., debe ser cosa del momento, porque esta mañana regía bien...

—Podrá ser, pero ahora no rige, y por consiguiente...

—La verdad es señora, que yo queria empeñarle *precisamente* para tener dinero con que componerle...

—Sí, sí, ya estoy; V. queria hacer lo de aquel que se pro-



HEBE, estatua por Canova (existente en la galería nacional de [illegible])



LA SUPLICA, cuadro por Lindenschmit

puso aprender á tocar el violin, sin comprarle hasta que supiese tocar.

—¡Cómo ha de ser!.. ¡lo buscaremos por otro lado!... Buenos dias.

—Vaya V. con Dios, y que el Señor mejore sus horas.

CUADRO QUINTO

(Un caballero *en grand tenue*, vestido á la última, perfumado y pintado como retablo nuevo, hace su aparicion, dándose aires de proteger á cuantos se le pongan delante.)

—Señora mia,—dice con petulancia dirigiéndose á doña Brígida,—espero de V. que me entretenga el menor tiempo posible. Ya sabe que soy partidario de terminar pronto mis asuntos.

—Mande V. y procuraremos servirle pronto y bien.

—Traigo aquí estas papeletas del Monte de Piedad, y deseo, sobre el valor de su significacion, realizar un préstamo.

—¿Y cuánto importan?

—Diez mil setecientos reales.

—¿Y qué quiere usted sobre esa suma?

—Mil pesetas.

—¡No es poco!...

—Y tan poco, cuando se trata de objetos que valen cuando ménos el duplo.

— Eso lo veremos: habrá necesidad de informarse... de averiguar...

—Eso está bien; pero á mí me urge resolver el asunto, porque estoy en gravísimo apuro con esta *liquidacion maldita*... ya V. ve... la quiebra de X*** me cuesta *¡doce millones de pesetas!*... ¡estoy loco!...

—Pues nada, tranquilícese V... para tener autoridad en la Bolsa, no hay como estafar *en gordo*...

—En fin... ¿usted qué dice?

—Pues digo que pasado mañana puede usted darse una vuelta por aquí, y segun el resultado de mis informes, veremos...

—Corriente... si yo no vengo... enviaré á mi secretario. Adios, señora.

—Servidora de usted.

. . . .

CUADRO SEXTO

(Una jóven, cuyos encantos aparecen marchitos por el sufrimiento, coloca sobre el mostrador un bulto, que se apresura á deshacer, reprimiendo á duras penas el llanto. Doña Brígida se acerca impasiblemente.)

—¿Quién habia de decírmelo?... ¡Sufrir esta vergüenza!... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!...

—¿Qué es eso, señorita?

—Vea V.... mi vestido de novia... las sábanas de la cama de novia... el reloj de novia... mi aderezo de novia... la sombrilla de novia...

—Vamos... todo el ajuar de boda.

—Poco ménos... lo que falta ha desaparecido ya... ¡ay de mí!... ¡si mi pobre tia viviera y supiese!...

—Ménos mal, que ya esa señora no puede disgustarse.

—¡Buen consuelo de tripas!... y pensar que de todo tiene la culpa aquel infame.

—¡Hola!... ¡hay un infame por medio!

—Sí, señora, sí, un infame, un canalla, un malvado... mi marido, que no piensa más que en *politiquear*... y en ir al *círculo*, y hablar del *directorio*... y de *la izquierda*... diciéndome todos los dias que le aguarda una posicion deslumbradora...



PESCAR EN AGUA MANSA

—¿Quién sabe, señorita? ¿quién sabe?... los hombres muchas veces...

—Sí, sí... fíese V. de los hombres... mejor traza que tiene el mio... porque eso sí... guapo, es muy guapo...

—Si á V. le parece podríamos hablar de nuestro negocio...

—Corriente: quisiera que me diese V. por todo... treinta duros. ¡Hay buenas cosas!

—Sí, sí, ya veo... pero no puedo ofrecer á V. más de veinte...

—Lo que V. quiera... tal es mi desdicha...

(Se cierra el trato, y sale la jóven enjugándose los ojos y diciendo:) ¡Si fuese cierto!.. si al fin le colocasen!... ¡Pobre tia! ¡si ella viviera y supiese!...

. . . .

La exposicion no terminaria nunca.

¡Así es la vida de muchos!

Habrá quien deplore la eficacia del remedio que se ofrece á la desdicha.

Pero, ¿dónde están los que de mejor manera podian remediarla?

¡Ah!... esos viven en el fausto, en la molicie, en el regalo, sin noticia, tal vez, de la miseria que abruma á los demás...

Hacen bien: lo suyo es suyo y para ellos.

Y además, si alguna vez se mueven á compasion por la ajena desgracia, la remedian *por el momento*, y confian en que su obra ha de valerles algo... porque al fin y al cabo, *Dios da ciento... por uno*.

Para diferenciarse de los prestamistas.

EDUARDO SACO

LA URBANA

(Conclusion)

Diego viendo á varios compañeros de la Empresa á pié, y otros de mayor categoría, arrastrados por un landó, instintivamente se hizo atrás, pensando:—¿Quién será? La Damasa, mujer del Desiderio, pasaba por allí sonándose con estrépito y dándose restregones en los ojos, para hacer ver que lloraba.

—Eh, chica, muchacha, ¿quién llevan ahí?—voceó la Urbana reventando de curiosidad.

—Pues ¿no lo sabias? El... el jefe, que esté en gloria! Murió anoche de... de repente!

—¡Jesus!—dijo Diego, y echó á correr.

—¿El jefe? Anda, mujer, no te chulees conmigo!

—Que sí te digo. Estaba delicao. Tuvo aquel disgusto que tú sabes, por las cuentas, y ahí le ves!

—¡Cuerno! ¿Con que tan pronto ha caido? ¿Con que ha caido la...? ¡Qué barbaridad!

Y hablando sola y dando saltos y brincos, como una alimaña suelta, apretó el paso para alcanzar á Diego. Y Diego, sin volver la vista, corria cada vez más, desconcertado al oir un coche, que casualmente corria detrás de él, creyendo que era el del muerto que le gritaba: ¡Ladron! ¡Asesino! ¡Falsificador!

—Galgo, no corras,—gritaba ella,—que te voy á decir una cosa. Espera, hombre, espera! Mira que no puedo respirar...! Vaya, ya he vuelto á sentir la punzada...—Y se paró irguiendo la cabeza, abriendo desmesuradamente la boca y echando mano á la pared para sostenerse.—Será flato,—se decia. Aunque trabajosamente, siguió.

Diego se sentia indispuesto: estaba asustado. Al verla entrar en casa, dijo:

—Cierra pronto, cierra! ¿Viene álguien contigo? Tenemos que mudarnos: esto parece una sepultura.

—Hombre, no seas mándria, que los muertos no se comen á nadie... ¿Has visto lo que es obrar mal? ¡Ya cayó! ¡Ya cayó! -Y poniéndose en actitud flamenca, tronzó el cuerpo, batió las palmas y soltó una risotada que heló la sangre á Diego, añadiendo:

—Hijo, al que yo le echo el fallo, no se escapa! Vaya, no te amilanes, que con haber muerto ese tio, ahora volverás á entrar. Ten pecho, hombre, ten pecho, como yo le tengo...!—Diego se limpiaba un lagrimon con el envés de la mano, y ella entre colérica y humorista, machaconeó la frase:

—En lugar de venirme con gimoteos ¡cuerno! la vamos á celebrar. Mañana me lo dirás que es fiesta. Estrenaré el corsé, y para que te alegres, habrá cenita buena; traeré unas botellas de vino y armaremos una juerga de vecindad. Todavía tengo yo unos cuartos arrinconaos, para gastármelos á la salud del difunto. ¡Verdad!... ¿Qué quieres decir con esa cara de condenado que pones? ¿Que nó? Me es igual. ¿Tú, qué te has propuesto, que nos en-

tierren como al otro? ¡Quiá! Tengo yo todavía que dar muchas desazones. Si no te colocan pronto, tú verás matar gente! ¡Ya lo verás!

Al anochecer del dia de la Candelaria, ya habia empezado el baile en la mazmorra de la Urbana. Convidados por ella, iban entrando los amigos. Por la tenebrosa escalera, se oian el patear de los hombres y las picoterías de las mujeres.

—Vamos, vamos, que ya está escomenzao.

— Para que haiga mejor luz han traido espelmas.

—Está el Golilla con la guitarra!

—Toma, y German con el acoldion! Oye, oye!

En el patio, tronaba una vozarrona llamando á los de las guardillas.

—Bajen ustés en cá la Urbana, que hay jaleo largo!

En un decir Jesus, se colmó la habitacion soterraña. Era bastante capaz: sus líneas irregulares, facilitaban la mutacion, convirtiéndose en cocina, sala, taller; á gusto del ocupante. La bóveda iniciaba un arco, del que pendia cortina de apurado terliz á cuadros azules y blancos, interrumpidos por curiositos remiendos, telon que se corria para formar dormitorio, ó descorria para hacer salon. Detrás estaba la cama de hierro desquebrajada y coja, oculto el jergon de paja de maíz, por un cobertor de desperdicios de refajos colorados, sobre, saliendo la cabecera con su medalloncito de laton, en que estaba pintada, vilipendiada, aquella que llamaban la Divina Pastora. En el lado opuesto, lucia el canapé oriundo de algun palacio, en el que Diego se entregaba frecuentemente al reposo por mor de no estropear el jergon. Distribuidas acá y allá, andaban sillas de anea, cortadas las patas, repuesto el asiento con tejido de sogas ó defendido por forros de alfombra desechada: otras de gutapercha semi-negra, y jaspeaduras de blanco, que por su desvencijamiento, ofrecian áspero vaiven, y una silla enanita donde la planchadora se sentaba á repasar la ropa, con asombro del tio Lino que decia:



CAZAR EN VEDADO

—Miste qué demonche, dónde meterás para sentarte, todo eso que tienes detrás!

En sitio preferente, estaba la mesa de pino blanco, destinada al planchado, fregoteada cada tres dias, con estropajo, arena y jabon. La cómoda derrengada, agrietada, con los cajones á medio cerrar, pero limpia, sobre la cual se aglomeraban cachivaches y objetos diversos: lamparita petrolera, inútil para el uso, de panzuda pantalla de papel rosa marchita, menudamente rizado, lo cual recordaba la pelliza de un corderillo. Un San Isidro de barro fino, pegada la cabeza con cera, que habiendo perdido su natural posicion, miraba por encima de la nuca. Dos jarrones de madera picada en forma de abanico. El espejillo de cartera, luna opaca, pequeño facistol en que la Urbana se leia á sí misma. Tenacillas de encañonar y rizar. Un almanaque ilustrado del año 73, que servia de bandeja á una jícara con ungüento, y otras cosucas.

En la pared respectiva á la cómoda, perla de este ajuar, una estampa litográfica de la Purísima salpicada de reminiscencias de mosca, con marco de caoba sin cristal, y á modo de geniecillos que rodeaban su gloria, clavados con tachuelas, cuatro cromos de manufactura tosca y manchas subversivas, representando las estaciones del año. Ya se sabe: nevado el Invierno; empedrada de rosas la Primavera; el Otoño, hojas por el aire y árboles de color de canela; el Estío abrumado de haces y espigas con su fondo de cielo ensangrentado. En el ángulo más espacioso habia, por último, dos hornillos; el de ladrillo, fogon en abreviatura, para guisar, y el de hierro para las planchas: una espuerta de carbon y el fregadero con los barreños boca abajo, coronado por una sarta de tapaderas de barro y de cucharas de madera; parrillas de asar sardinas, y vasar colmado de cacharros, platos desportillados y otras menudencias. En cada mesa, un candelero con vela de esperma, alguna ya corrida y de petrificados lagrimones, efecto del vientecillo que se calaba por el desamparado tragaluz.

La mayor parte de la concurrencia femenil, allí en mayoría, se arrellanó en el suelo: los hombres en sillas bajas ó recostados en la enjalbegada pared. Diego estaba sentado en una arquilla, pálido, ensimismado, ausente más que presente: ni miraba, ni hablaba, ni casi respiraba. Aquel dia ayunó por no tener pizca de gana y por no tener qué comer. La Urbana habia reservado la comida para reforzar la cena. No tuvo tiempo de hacer nada con la tarea de arreglar la casa y de adecentarse sacando el fondo de la arquilla: por primera vez de su vida se habia vestido, metiendo en prensa los desperdicios de su humanidad, con el corsé nuevo. Al primer baile que echó teniendo por pareja al Desiderio, polka ceñi dita, despaciosa y con fe, rozando el pelo de la Urbana con la nariz de su adosado, dijo él:

—Señora, ¿á qué güele usté? Será á pomá que atonta de fuerte!

— No lo gasto yo ménos.

— Así bien puede usté tener arrimaos.

Y una vecina, absorbiendo con la nariz en facha, añadia:

—¡Ay, qué rico olor á bergamota! ¡Y qué repeinada!

—Pues como tengo el pelo tengo la ropa, exahumada!

—Ya sé que has estrenado un corsé y dónde le has comprado: me lo han contado. En la tienda de Narciso, y carito que te ha llevado!

—Tres duros.

—Dos, no mientas, que muchas señoronas le quisieran igual.

—A ver, á ver,—dijeron otras.

Y abriendo la Urbana, de par en par, las puertas de la honestidad, mostró el corsé, color de ante pespunteado de rojo, con ribete de puntilla fina, ojetes enhebrados de trencilla, lazo sangre de toro, en la confluencia de los senos, y casi tantas ballenas como hilos tenia el tejido de la tela. Dicho se está que no sólo le vieron, sino que le tocaron y resobaron todas las presentes.

—¡Pues ni que fuera una coraza!

—Anda qué lazo! De búten, hija!

—Estoy,—dijo ella, —que me cuesta trabajo respirar!

—Tapa, tapa, no seas provocativa!—rugió una voz de sochantre.

—Ande el baile, ande el baile!

—Ande! Ande!

Jóvenes y talludas pusieron brazos y caderas en movimiento. German bordaba con sus dedos, negros por la pez del oficio, el teclado del acordeon. El polvo del ladrillo empezó á hacer densa la atmósfera. No habia piés ociosos ni lengua cartuja. Bullian dicharachos, requiebros groseros: en el fondo de las conversaciones, palpitaba la murmuracion. Risotadas ingenuas, agudas, retumbantes, ahogaban los sonidos de la vihuela. Vagaba, de mano en mano, una botella de peleon que cada quisque se ponia por trompeta; apurada aquella, en un relampaguear salia otra. Lino la dió un avance, ofreciéndosela á Diego que no queria, pero que al fin la desocupó, miéntras que la señá Casta, vieja desdentada de cabellos petigrises y moño alto, tomando aire melodramático, sopló al oído de la Urbana:

—Hija, qué acertada estuvistes! No le alcanzó ni la uncion!

—¡Vaya con dos mil demonios!—bramó la Urbana dando una embestida á la botella y acercándose á echar en la sarten hirviente, las magras del jamon.

—Chica,—dijo á la niña del portero,—dale vueltas con esa cuchara, que yo lo sacaré cuando esté en sazon.

—¡Seguidillas! ¡Peteneras! ¡Siga el baile! ¡Ande la broma! tronaba aquel conjunto de voces enronquecidas, entre el vapor de tufaradas acres, alientos y sudores dominados por el suave, aperitivo y trascendente aroma del jamon

frito que chillaba en la sarten, al paso que el humo enrarecia el ambiente, dando sabor á un cuadro característico de bodegon, bambochada de Teniers ó escena popularesca de Goya.

Siete parejas daban tormento á sus cuerpos. Bullian y alborotaban las tajadas: el humo del aceite apretaba los bronquios y provocaba la tos. Diego se puso morado de los asmáticos esfuerzos, mas los que le rodeaban, recetaron un trago bueno, y todo se pasó, despues de arrojar por inútiles, las botellas que quedaban. El Golilla pespunteaba, canturreaba unas seguidillas madrileñas, y la Urbana, en medio del cuarto, fatigosa, encendida, fuera de tino, se contoneaba, braceaba, menudeaba los saltos, gritando en convulsiones y accesos nerviosos, que revelaban un estado patológico:

—Ole, ole! ¡Viva la bronca! ¡Ya cayó ese indino! ¡Ya cayó!...

Súbitamente, la frenética jaleadora se echó una mano al corazon y otra á la frente, puso los ojos en blanco y cayó de espaldas, produciendo un golpe seco y aterrador que aún la consintió hablar:

—¡Desabrocharme el corsé!... ¡El corsé! ¡Me ahogo...! y se despedazaba con las uñas el seno.—¡De prisa..! ¡Brutos...! ¡Me muero...! ¡Vamos...! ¡Cuerno! Lanzó una mirada siniestra, un ronquido gutural y nada más.

¡Estaba muerta!

Los convidados la cercaron, la pulsaron, contemplaron con ojos espantados su última mueca, pero nadie la lloró. Parecia aquel suceso previsto, aquella muerte esperada, justificada... Lino buscó con la vista á Diego. Estaba inmóvil, apoplético, aletargado, tal vez ebrio y tendido en el canapé.

—¡Hombre,—le dijo á voces destempladas, — despiértate!

—Que está aquí mesmamente, muerta la señá Urbana!

—Que se le ha roto algo interior!

—Que ha caido redonda!

Diego abrió, mecánicamente, los ojos; los volvió á cerrar.

—¡Muerta, ¿lo oyes? muerta!—repitieron.

—Ya lo oigo que no soy sordo!

Y murmurando palabras severas, frias, inarticuladas, dió un resoplido del que se desprendian gases febriles, mezclados con fermentos de ideas torvas y, volviéndose del otro lado, añadió:

—¡Está bien! ¡Está bien!

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA



EL PRIMER SINSABOR, cuadro por Enrique Mosler

SINONIMIA PARDA

¿Por qué no?

Si hay gramática parda que es, por cierto, la más conocida y la más generalizada de todas las gramáticas, debe de haber tambien sinonimia parda y la hay indudablemente: sucediendo que en ocasiones son pardas todas las sinonimias, lo mismo que de noche todos los gatos son pardos.

Cierto celebrado humorista de estas tierras y de estos tiempos, dijo en una de sus obras ménos aplaudidas:

.... deber
quiere decir, no pagar,

y si bien se examina hay en esta definicion más exactitud y más trascendencia que en algunos discursos filosóficos de esos que, con cualquier pretexto, propinan á sus oyentes innumerables oradores de todas las Academias.

Yo, despues de meditar mucho sobre el asunto, he deducido que al humorista le sobraba razon; ni más ni ménos como á mí me sobra para decir á Vds. que *necesitar significa no tener.*

Ya sé yo,—demasiado que lo sé,—ya sé yo, repito, que el verbo necesitar no está definido de esta manera en el Diccionario de la lengua castellana, por la Academia Española; esta corporacion doctísima, que, segun ella misma declara, *limpia, fija y da esplendor*, dice que *necesitar es tener necesidad*, definicion que, seamos francos, no es para sacar de dudas á nadie.

Este procedimiento de relacionar y enlazar unas definiciones con otras evoca en mi espíritu el recuerdo de un librito que andaba, hace ya muchos años, en manos de los niños y en cuyas páginas tropezaba el lector con definiciones como las siguientes:

Círculo: Porcion de superficie plana limitada por la circunferencia.

Circunferencia: Línea curva que limita al círculo.

Que, á decir verdad, tampoco eran para sacar de dudas á nadie.

Afortunadamente para mí, en este caso ni yo abrigo dudas ni, por consiguiente, he menester que me saquen de ellas, ni puesto caso de que las tuviese y de que pretendiera desvanecerlas acudiria yo,—que al cabo, aunque me está mal el decirlo, tengo sentido comun,—al Diccionario de la Academia Española, en el cual está ya probado que ni es oro todo lo que reluce ni ciencia casi nada de lo que tal parece.

Repito pues y repetiré cuantas veces sea preciso que *necesitar* es sinónimo de *no tener*, que justamente lo que no se tiene, es en toda ocasion lo que se juzga necesario.

¿Quién carece de crédito? Precisamente el que necesita crédito. Tiene D. Fulano de tal recursos suficientes para pagar, como dice el vulgo, á *toca teja* cuanto adquiere; salda puntualmente sus cuentas con sus proveedores; paga al casero, al recaudador de contribuciones, al zapatero, al sastre, paga hasta los libros, que es lo más difícil de pagar en esta bendita tierra de garbanzos: pues este D. Fulano tiene mucho crédito, crédito del cual no usa y que por lo tanto no le hace falta para nada. En cambio D. Mengano de cual carece de medios para satisfacer esas atenciones y Mengano de cual no tiene crédito; precisamente por lo mismo que lo necesita.

¿Es ó no es verdad que en este caso necesitar es equivalente á no tener?

Y como este ejemplo que de pronto me ha ocurrido podria yo citar otros muchos.

Cuántas y cuántas veces he oido decir,—cuántas y cuántas habrán oido mis lectores, *—calma, calma, lo que aquí se necesita es muchísima calma y todo irá bien;* pues bueno, ni una vez, ni una sola recuerdo haber oido decir esto sino en circunstancias en que nadie tenia calma: precisamente necesitar calma, equivale á no tenerla.

Cuando el hombre necesita de toda su serenidad es precisamente cuando se halla ménos sereno; cuando reconoce que es necesario proceder con prudencia, es cuando puede ser ménos prudente. Los amigos nos hacen comprender, en horas muy amargas, que necesitamos la resignacion, cuando más distantes estamos de poder resignarnos; á los mismos amigos no se les tiene, sino cuando no se les necesita.

De mí sé decir que nunca he necesitado más de la paciencia que cuando no la he tenido ya. Muchas veces he comprendido la absoluta necesidad de estar tranquilo, precisamente en el momento en que no tenia en mi espíritu ni sombra de tranquilidad.

Todas estas razones y muchas más que yo podria aducir, aunque no lo hago, porque lo considero ocioso, confirman la verdad de mi definicion: *necesitar es no tener.*

¿Quieren Vds. una prueba más?

Pues allá va esta que es irrebatible.

¿Qué es lo que las gentes necesitan con más frecuencia? Dinero.

Justo: lo que más frecuentemente no se tiene.

El dinero se necesita *casi* siempre, porque no se tiene *casi* nunca.

Por no herir la susceptibilidad del lector conservo esos dos *casis;* pero conste que, por mi cuenta, los habria suprimido; bien que por eso están ahí, porque no los necesito, que á necesitarlos de veras, temo que ni adverbios de modo habria yo encontrado en el Diccionario.

Así soy.

A. SANCHEZ PEREZ

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 31 DE AGOSTO DE 1885 — NÚM. 192

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MILNE-EDWARDS, célebre naturalista francés † el 29 de julio último

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

MILNE-EDWARDS

(célebre naturalista francés † el 29 de julio último)

El eminente sabio cuyo reciente fallecimiento llora la Francia y el mundo científico, nació en Brujas (Bélgica) el 23 de octubre de 1800. Estudió medicina en París, y fué profesor de Historia natural en el liceo Enrique IV, en el Museo y en la Facultad de ciencias, donde reemplazó al inmortal Cuvier. En 1851 tomó carta de naturaleza en Francia.

Milne Edwards ha escrito eruditísimas obras de Historia natural que han hecho figurar honrosamente su nombre al lado de los de Buffon, Geoffroy-Saint Hilaire y Cuvier, y ha elevado un verdadero monumento á la ciencia con sus *Lecciones sobre la anatomía comparada del hombre y de los animales.* El décimocuarto y último tomo de esta obra importante, terminada hace cinco años por el autor octogenario, dió ocasion á los unánimes parabienes dados al decano de los naturalistas franceses por todas las sociedades científicas y los establecimientos superiores de enseñanza, y con este motivo se abrió una suscricion nacional y extranjera para acuñar una medalla con la efigie de Milne Edwards «en público testimonio de admiracion y gratitud al maestro que por espacio de tantos años se habia colocado á la cabeza de las ciencias zoológicas.» Milne-Edwards, que era comendador de la legion de honor desde 1861, habia sido nombrado gran oficial de la misma órden el 1.° de enero de este año.

MUERTE DE TRISTAN, cuadro por J. Goldberg

Los poetas y los pintores alemanes forman, á no dudarlo, una escuela especial y por cierto no escasa de poesía y de arte. Su mitología, delicadamente sensual, en contraposicion de la mitología latina que es sensual de una manera material y grosera; sus leyendas y tradiciones históricas, en las cuales el héroe tiene todo el carácter de un mito, segun las nebulosidades entre las cuales se perfila su figura; han debido producir, y han producido realmente, un género, una factura, en letras y en artes, que tiene verdadero carácter propio. Esta verdad se puede comprobar visitando los museos alemanes y muy principalmente los salones de la planta baja del palacio real de Munich, cuyos grandes lienzos de pared se hallan cubiertos de pinturas al fresco, representando las escenas más culminantes de los principales poemas germanos. Aquellos severos tipos de guerreros varoniles y dulces á un tiempo, aquellos rostros de mujer, á un tiempo acentuados y poéticos, aquella manera de hacer, firme y grandiosa, que recuerda algo la escuela de Rubens, son como el modelo obligado de la pintura histórica de la moderna Alemania.

Tales son, por tanto, las condiciones que resplandecen en el cuadro de Goldberg que hoy publicamos, inspirado en la leyenda de Tristan é Isolda, á que se debe tambien una preciosa ópera de Wagner. Tristan ha sido herido combatiendo por su rey Marke: solamente su amada Isolda posee el bálsamo que puede curar sus heridas; pero la enamorada jóven, víctima de un funesto error, llega demasiado tarde: su amante ha espirado.

La composicion está bien entendida y las figuras revelan claramente los sentimientos que embargan á los principales personajes, la dulce agonía de Tristan, la sorpresa de Isolda y el sombrío dolor del anciano rey. Este lienzo ha sacado de la oscuridad á su autor, á quien el inteligente público de Munich ha expedido carta de pintor correcto é inspirado.

SANTA LUCIA, dibujo por G. L. Seymour

El espléndido sol de Nápoles, como el espléndido sol de Andalucía, es un gran elemento para la familia de las cigarras humanas, varones ó hembras cuya única ocupacion, casi diríamos su única mision, es cantar mañana, tarde y noche, cantar siempre, en las horas tristes y en las alegres; exhalar una queja ó revelar una satisfaccion por medio de unas cuantas notas típicas, *la canzoneta* napolitana ó la playera cordobesa, al compás de la popular guitarra, que es el instrumento en que se acompañan los hijos de perezosas tierras.

La calle por excelencia de los *cantaores* napolitanos es la de Santa Lucía, en donde Seymour ha encontrado el original de esa muchacha, tan rica de pulmones y de gracia como pobre de instruccion musical. La hija de la calle de Santa Lucía, robusta doncella tostada por aquel sol que parece haber prendido el fuego del Vesubio, sensual la mirada, burlona la expresion de los labios, intencionada en el decir y siempre dispuesta á dar una copla por un *soldo* y un repertorio de ellas por una lira, es el ornamento más característico y agradable de los muelles de Nápoles.

El autor de este dibujo no ha adulado á su original: quien se figure de una manera más delicada, más ideal, más poética, á la *cantaora* de la incomparable bahía, no ha formado parte del corro de marinos, *lazaronis*, vagos de profesion y extranjeros, en cuyo centro lanza sus notas la *diva* del puerto.

PUERTA DEL CASTILLO DE CARISBROOK, en la isla de Wight

Con motivo del reciente enlace de la princesa Beatriz de Inglaterra con un príncipe aleman, celebrado en la isla de Wight, se han fijado por un momento las miradas del mundo aristocrático en esta pequeña isla, situada enfrente de la costa sudoriental de la Gran Bretaña.

La historia de dicha isla no es fértil en acontecimientos de importancia, pero sus páginas consignan entre otros el de la prision del desgraciado Cárlos I, que estuvo encarcelado en el castillo de Carisbrook, ántes de que el parlamento pronunciara su sentencia de muerte. Dicho castillo, de remota antigüedad y reconstruido en diferentes épocas, por cuya razon su arquitectura lleva el sello del gusto sajon y normando, es la principal fortaleza de la isla, y en parte se conserva bastante bien. La vista de la puerta occidental que hoy publicamos podrá dar una idea de las macizas construcciones de la Edad media, áun en los puntos que por sus condiciones estratégicas no requerian tanta solidez.

ORILLAS DEL LAGO, cuadro por J. Lematte

A pesar de su insignificante asunto, tiene este lienzo condiciones que le hacen en sumo grado simpático. Su autor se ha propuesto, sin duda, pintar la grata calma de la naturaleza, en el órden físico y en el moral.

Ese lago cuya superficie ni siquiera riza el viento, esas plantas acuáticas cuyos flexibles tallos apénas oscilan, ese cielo cuyas nubes no presagian ciertamente tempestades, cuadran de una manera admirable á la actitud, á la expresion de esa jóven madre que se entrega á la más tranquila, á la más pacífica de las ocupaciones.

Hay en esta composicion una sencillez que no excluye por cierto la revelacion de un talento notable educado en buena escuela. Es un idilio pictórico inspirado quizás por la vista de algun trabajo de la antigüedad clásica.

LA MUERTE DE ESPARTACO

(En el campo de batalla.—Es de noche)

UN ANGEL

¡Qué silencio! Al ruido estridente de la batalla, al choque de las armas, á los gritos de la cólera, á los ayes de los heridos, á los estertores de los moribundos sucede esta calma pesadísima, esta calma de muerte. Sólo se oye el grito del ave nocturna ó el rechinar de los dientes del oso que ha bajado de sus madrigueras al olor de la carne fresca. Sólo se ven algunas luces pálidas, verdosas, que andan de aquí para allá, que lucen brevemente, y que se apagan como si fueran funerales antorchas salidas del seno de los profundos infiernos. Las nubes descienden tanto, pasan por tan cerca del suelo, que parecen venidas á recoger las almas de los muertos en sus flotantes sudarios. A veces el pálido rayo de la luna se abre paso á través de las nieblas amontonadas é ilumina con su luz mortecina los rostros de los cadáveres diseminados, sus varias expresiones, ya de terror, ya de cólera, ya de venganza, ya de alguno de esos infinitos matices del odio, pasion predominante en la guerra. Yo te busco, grande entre los grandes, héroe entre los héroes, mártir entre los mártires, yo te busco, sí, con el anhelo que la madre á su hijo perdido, para posar por última vez mis labios en tu frente donde vibrará encendida la chispa de tu idea. Si yo fuera como tú, mortal, si no personificara en mi vida eterna el eterno dolor de la casta, por cuya redencion te has sacrificado, yo moriria junto á tí, yo pediria que mis huesos en la tierra se mezclaran con tus huesos. Hombres que temeis á la muerte, si vierais con qué ansia la busco y con qué impaciencia inútilmente la espero. Seria á mis ojos su blanco sudario como el velo de la desposada, y su cavernosa boca como los rosados y melífluos labios de la casta vírgen de los primeros amores. El mundo no es para mí otra cosa que un desierto erizado de espinas, la vida corre para mí como un rio de hiel sin fuente, sin desagüe y sin riberas. ¡Oh, muerte, muerte, amiga única de los tristes! ¿por qué no vienes á consolar mis acerbas, mis profundísimas tristezas? *(Óyese un gemido.)* ¡Ah! ¿Qué voz oigo? *(Precipitándose sobre un cuerpo humano tendido á sus plantas).* Espartaco, Espartaco.

ESPARTACO ¡Ah!

EL ANGEL ¿Vives?

ESPARTACO Muero.

EL ANGEL Mi aliento te infundirá nueva vida. Mi sangre alimentará tus venas.

ESPARTACO No, no...

EL ANGEL Es imposible, hermano mio, que mueras.

ESPARTACO Imposible... imposible... que viva.

EL ANGEL Como el fresco de la noche te ha vuelto el sentido, mi amistad te conservará la vida.

ESPARTACO Mi carrera está terminada; mi vida concluida. Por cada una de las infinitas heridas de mi cuerpo se escapa el alma.

EL ANGEL Si yo pudiera morir contigo... ¡Ah! seria feliz.

ESPARTACO En verdad, el sueño es el alivio, y la muerte el remedio de la esclavitud.

EL ANGEL ¿No crees que haya otro remedio?

ESPARTACO ¡Oh! Sí... sí... lo hay, lo hay.

EL ANGEL No podias tú morir en la desesperacion.

ESPARTACO Muero, muero en la esperanza.

EL ANGEL Si así no fuera, ¿de qué serviria tu sacrificio? ¿Qué seria? Un grande esfuerzo sin resultado: un grande holocausto sin objeto.

ESPARTACO Yo veo algo, yo oigo algo extraño, sobre natural.

EL ANGEL Dime lo que ves en los reflejos de tu martirio.

ESPARTACO Levántame, levántame.

EL ANGEL *(lo incorpora)* ¡Oh! todavía de pié, y el cuerpo es una pura herida.

ESPARTACO ¿No ves nada?

EL ANGEL Nada más que los cadáveres amontonados y los lobos errando entre ellos, como sombras.

ESPARTACO El rayo de la luna que ahora besa nuestros rostros, ¿no dibuja nada á tus ojos?

EL ANGEL Nada más que algunos ligeros reflejos en las armaduras y en las espadas rotas.

ESPARTACO ¿El viento no murmura ninguna palabra en tu oido?

EL ANGEL Sólo murmura un gemido.

ESPARTACO Pues yo veo nuevos patíbulos alzarse para el esclavo; nuevos circos abrirse para sus cruentas peleas; nuevos tormentos cebarse en sus cuerpos; dolores nuevos en su alma. Y sin embargo, de pronto el mundo se transforma. La sangre vertida en los campos de batalla fecundiza la naturaleza y fecundiza el espíritu. La proterva ciudad que se ha prostituido á los reyes, que ha fabricado las ergástulas, que se ha divertido en los circos, rota, despedazada por nuestros descendientes, sin corona y sin cetro, caerá sobre un lecho de cenizas, para hacer penitencia por siglos de siglos, y penitencia cruentísima, de rodillas ante sus explotados esclavos. La cruz, el árbol por donde ha corrido nuestra sangre; la cruz, el patíbulo donde han muerto nuestros padres y morirán nuestros hijos; la cruz infamada, la cruz maldecida, se elevará, como un lábaro bendito, sobre las frentes y las espaldas encorvadas, derramando esperanzas, luminosísimas esperanzas, que prometan al esclavo, á cambio de su corona de espinas en la tierra, otra corona de estrellas en el cielo. Pero el esclavo no se contentará con esta lejana promesa. Una voz misteriosa le habrá dicho desde el sacro altar de un grande martirio, que es igual, en espíritu y en esencia, en orígen y en destino, á los demás hombres. Y esta voz arrojará sobre su cuerpo inerte, acribillado de heridas, abrumado por la impía coyunda, una idea pura, una idea inmortal. Al calor dulcísimo de esa idea, brotará un nuevo espíritu, y este espíritu será el esposo eterno de la naturaleza, y querrá en el seno de la naturaleza realizar la plenitud de su esencia, la integridad de su destino. Y el martirio será largo, y la redencion será lenta. En nombre de Dios le habrán al esclavo dicho que su alma es igual á las almas de los demás séres humanos; y cuando vaya á los templos á pedir el cumplimiento en la tierra de esta promesa divina, entre los fieles entregados á la adoracion de la Cruz, patíbulo del siervo; entre los coros que canten la exaltacion del humilde y el abatimiento del poderoso; en el seno de una religion que enseña el martirio, la muerte de un Dios por la redencion de un esclavo; el eterno siervo será vendido y comprado como una bestia, azotado hasta salpicar de sangre los mismos altares donde se conmemora el holocausto por su redencion. Y vendrán pueblos que salgan como nosotros de las selvas; que sean parientes nuestros por la sangre; hijos de la naturaleza, educados en la libertad; sin más idea que la apoteósis de la personalidad humana, sin más destino que matar el cesarismo romano, y sin embargo, continuarán la esclavitud. Pero un viento misterioso descenderá del cielo, y derramará en el espíritu de los hombres de Occidente la idea extraña de conquistar en Oriente misterioso sepulcro, que, vacío, desierto, abandonado, tan sólo por haber henchido mil años ántes con su cuerpo un mártir, será aún fecundo hasta producir de nuevo la libertad, en una guerra donde se mezclen las razas, y con las razas las castas, y con las razas y las castas todas las ideas, hasta que de tan divina infusion resulte necesaria é indispensablemente el espíritu divino de una nueva humanidad. Y el mundo que estaba atormentado por infinitos terrores, se erguirá como la flor, agostada por el sol, se levanta al dulce rocío del crepúsculo. Creia el mundo ver sus bases rotas, sus cielos desvanecidos, sus astros deshechos como pavesas, sus hijos reducidos á esqueleto, su sentencia final é inapelable escrita con caracteres siniestros en la inmensidad vacía; la muerte reinando en la alta cúspide del universo; la nada tragándose todas las cosas en sus negros abismos; y entre tanto terror, que se asemejaba al suicidio de la humanidad, surge de nuevo la esperanza, pura, inmaculada, engendrando la primera encarnacion de la libertad. Entónces brotarán ciudades encargadas de producir una nueva vida, como las abejas producen la dulcísima miel en sus colmenas. Y esa nueva vida descenderá hasta el insondable abismo, hasta la conciencia del esclavo. Y de las ruinas surgirá la diadema de las artes para el hombre transfigurado. Y la tierra se doblará, y se ensancharán y dilatarán los mares. Y al mismo tiempo que los mares se dilatan, dilataráse con ellos el espíritu humano, que adquirirá la plenitud de su conciencia. Y despues de la conciencia vendrá la razon libre, cargada de frutos, como ántes la fantasía y el sentimiento se habrán cargado de

flores al dulce calor de nuestra vida y de su fecunda libertad. Pero como el mal es incansable, tenderá al género humano nuevas asechanzas, y pondrá en la libre y emancipada conciencia nuevas sombras. Y en el mundo rejuvenecido, en ese mundo, en que es más nueva la luz y más vigorosa la vida, y más inmaculado el cielo, veránse entre los esplendores de la naturaleza, como negros ataudes entre las alegrías de un festin, barcos que conduzcan nuevos esclavos, impíamente oprimidos y maltratados, más infelices aún que nosotros, los esclavos de Roma. Pero esta esclavitud será transitoria. No en mármoles, no en bronces, no en ninguna materia que pudiera gastar el tiempo, sino en los senos inmortales del espíritu se escribió, se promulgó la nueva ley de la vida, la nueva constitucion del género humano, la igualdad en el derecho, en la justicia. Y los últimos eslabones de la cadena del esclavo, se fundieron al fuego de las ideas. Y desaparecieron las ergástulas de la sociedad como sepulcros pestilentes, que envenenaban los aires. Y se asentaron los hombres, hijos de una misma madre, continuadores del mismo linaje, iguales en derechos, á la sombra benéfica del árbol sagrado, sacratísimo, de la justicia universal, una, como el sol. La guerra se acabará entre los pueblos, la marca de infamia y de vileza desaparecerá en el trabajo; la vida se tornará más luminosa y más bella; el espíritu humano más puro y más diáfano; el mal será como una sombra lejana, y cada hombre estará en comunicacion con el universo. En este dia sublime, dia de redencion definitiva y eterna, el pobre esclavo que ahora muere en el campo de batalla, maldecido por sus señores é ignorado por sus hermanos, será bendecido, exaltado, puesto entre los redentores de la humanidad emancipada. Y los padres enseñarán á sus hijos mi nombre. Y la historia recogerá mis menores hechos. Y la poesía maldecirá á mis verdugos. Y cada lágrima de un esclavo emancipado, de un pueblo redimido, de un espíritu que se levanta á la vida, de una conciencia que se abre á la luz, cada lágrima de reconocimiento caida, hará palpitar de alegría mis huesos en su tumba. Y la sangre de mis venas será como la vía láctea en las tinieblas de la noche; un reguero de ideas, de esperanzas, de consuelos, de nuevos y más hermosos mundos. Y subirá en espirales á lo infinito, como la nube de humo despedida por un sacrificio, este último aliento que se escapa de mis labios. Y tú, mártir, víctima, sér eternamente infeliz; tú, esclavo, serás por la libertad redimido. Mira, este es el consuelo supremo de mi agonía. Déjame ahora morir. Tiéndeme sobre el suelo. Cierra mis ojos. Deja, deja que me duerma. Cintia.. Oriel... hermano... esposa. Nos vere... mos. Oriel... Cintia... Esposa... esclavos... libertad... esperanza... Cintia... amor... Re... Redencion *(Espira)*.

EL ÁNGEL Crasso, Crasso, vuelves á Roma á recibir una ovacion, triunfo pequeño, honor fugaz decretado á tu soberbia por haber vencido un enemigo tan despreciable como el esclavo. Entras á pié en la ciudad, vestido con tu traje consular, envuelto en el manto con franja de púrpura, saludado por coros y flautas, ceñido á la frente el oloroso bello mirto, el árbol de Vénus entrelazado con ramos de olivo, el árbol de Minerva. Dejas á tus espaldas veinte mil muertos, y enclavados en el patíbulo de la cruz diez mil esclavos. ¿Ves esa cruz maldecida, abominada? Pues esa cruz ha de ser en lo porvenir, ¡oh, vencedor! la cúspide del mundo, la cima del espíritu, el árbol de la vida.

EMILIO CASTELAR

LA ÚLTIMA PALABRA DEL CREDO

Así se llama, no sé por qué motivo, á la persona más insignificante de una familia, de una casa, de una agrupacion cualquiera.

No era, por tanto, extraño que Juan José... X, porque era un chiquillo anónimo, segun decia el alcalde de Torrox, fuese considerado como la última palabra del credo, en aquel pueblo.

Juanillo era cunero; esto es, hijo de *padres latentes*, tambien al decir del señor alcalde, que manejaba el idioma como la vara y entendia de administracion lo que de gramática.

El muchacho habia caido en el pueblo como llovido del cielo, aunque no se entienda esto por caer de pié, que, desde su llegada al pueblo, anduvo de cabeza el pobre Juan José.

—¿Quién eres tú?—le preguntó el alcalde, que estaba precisamente en un pasero de su propiedad donde se veian puestos á secar muchos racimos de la propiedad del señor alcalde, ó lo que es igual, de una viña propia del señor alcalde, porque allí era todo del señor alcalde; la tierra, el cielo, el aire que se respiraba y el pedazo de mar Mediterráneo que desde el pueblo se divisaba.

Excusado es decir que Juan José, desde el momento de poner el pié en Torrox ó en su término, pasaba tambien á ser propiedad del señor alcalde, moral ó inmoralmente hablando.

—Yo no sé quién soy ni para dónde camino,—respondió el muchacho á la pregunta de «la primera autoridad de la costa de Levante,» que así le denominaban en Velez-Málaga con la gracia y oportunidad de aquella tierra.

—¿Con que no sabes de dónde vienes ni para dónde caminas, eh? preguntó el susodicho jefe municipal, con exagerado acento andaluz.

—Pues te juro que no tienes cara de venir del cielo,—habria añadido en caso de conocer la novela de Cervantes y recordar el encuentro de los apreciables jóvenes Rincon y Cortado, en la venta del Molinillo.

Pero el alcalde de Torrox no habia oido, siquiera, el nombre de ese tal Cervantes, ni entre los del vecindario sujeto á su jurisdiccion, ni entre los de Nerja, Velez-Málaga ni Torre del Mar.

Como, si no en travesura, allá se andaba en malicia con los pilletes de la venta del Molinillo, replicó á las palabras de Juan José:

—¿Y no tienes padre conocido, ni madre, ni oficio, ni sabes dónde has nacido? Pues ya tienes edad para saber; que yo á tu tiempo ya trabajaba en las viñas con mi padre y no le *juia* al sol ni al frio.

Como nada de esto era pertinente á la presentacion del chico, éste le miraba casi con asombro.

El resultado de las indagatorias fué que Juan José entrara en el número de los peones del señor alcalde, con haber desconocido y manutencion fija, pero de verano; alimentos frescos para evitar enfermedades.

Tenia el señor Frasquito, que este era el nombre del presidente de aquel municipio, una hija que, á juzgar por las gracias que la adornaban, nadie se hubiera aventurado á suponer que lo fuese de semejante dromedario.

Y no era feo del todo el señor Frasquito, que conservaba su fisonomía rasgos de belleza varonil; pero resultaba pequeña la cabeza para cuerpo tan grande, y la obesidad que le distinguia de todos los miembros del cuerpo municipal, desgraciaba la figura del alcalde.

En piés pudiera pasar por majestad rural, porque el «pié de rey» como se llama vulgarmente, era muy inferior en tamaño al pié municipal del señor Frasquito.

Así le sacaban coplas alusivas los *guasones* del pueblo, que nunca faltan cuando de ridiculizar al representante de la autoridad se trata.

Él mismo oyó en cierta noche cantar á un borracho, esta saeta anti-municipal:

Cuando se muera el *alcarae*
no podrá entrar en er cielo
por esos pieses tan grandes.

Solamente por la teoría de Darwin pudiera explicarse que Juanilla procediese del señor Frasquito.

Pintar el retrato de la chica seria obra de mucho empeño, para aventurarse á tanto.

Trazando no más que un boceto puede decirse que su cara era, en opinion de los mozos de aquellos contornos, más rica que la vega de Velez y más alegre que el cielo de Sevilla; y sus ojos *yevaban* más fuego que el *terral*, que es viento tan caliente que cuando sopla en Málaga se agrietan los muebles y crujen hasta los huesos de algunas vecinas sensibles.

No parece sino que todos los angelitos del cielo se divierten caldeando con su aliento á la poblacion.

Hablar de la boca de Juanilla es exponerse á morir como el pez; los labios eran tan rojos porque estaban teñidos con la sangre de tantas víctimas sacrificadas por algun «no» pronunciado por ellos.

De su pié y de su talle y demás prendas personales no hay para que decir, sino que el señor cura la prohibió que se echase á la calle durante la Semana Santa, y hasta la Resurreccion, para evitar que los mozos anticipasen el plazo, y *resucitasen* ántes de tiempo.

La madre de Juanilla habia sido un ángel, rural, pero ángel.

Hermosa como ella sola, virtuosa y trabajadora.

Murió dejando á su hija en los doce años de edad.

El señor Frasquito adoró á la madre, como buena esposa y buena moza, y adoraba á la hija, como buena moza y como hija.

Es un problema que aún no han resuelto los padres de familia, el de la influencia de las condiciones físicas de los hijos en el amor paternal.

Hay quien supone que excitan más simpatías los más feos y los más imperfectos.

Otros quieren que los más hermosos sean los más queridos.

Sin embargo, las madres lo han resuelto ya hace muchos siglos, con la siguiente explicacion: «todos son hijos.»

Se comprende, á pesar de este axioma maternal, que un hijo hermoso se lo parezca más á sus padres; y bien mirado, esto tampoco se opone al indicado axioma.

Así el señor Frasquito decia recreándose en la hermosura de su Juanilla:

—Tengo una hija que no me la merezgo.

—No diga V. eso, compadre,—replicó una vez un amigo íntimo del alcalde,—que cada uno tiene lo que se busca ligítimamente, y si le oyera á osté la difunta...

Juanita habia visto rondar su casa á varios mozos indígenas ó forasteros; pero consideraba las adulaciones y las serenatas como otros tantos homenajes que la debian por su hermosura, y no se conmovia ni interesaba por los pretendientes.

A alguno de ellos le soltó el toro el alcalde, diciéndole:

—Mira, esa muchacha no se cria para tí, animal, ¿te enteras? ¿qué músicas te traes tú por las noches? Que en cuanto que te agarre una vez, te lio el petate y vas para Ceuta.

—Estos gansos,—pensaba el señor Frasquito,—creen que no hay más sino criar muchachas para que ellos se casen y se las lleven.

El tiempo trascurria y Juanilla se redondeaba: la naturaleza daba los últimos toques á su obra maestra.

—Si á mí me preguntaran cuántas son las niñas de los ojos,—decia el señor Frasquito, yo diria que tres, porque yo tres tengo; dos y mi *Juaniya*.

Tambien Juan José habia ganado mucho con el trascurso del tiempo y con el buen trato que el señor Frasquito daba á los peones de su casa.

En esto último todos estaban conformes: un cuarteron de pan y media granada ó una naranja ó un puñado de higos, para almorzar opíparamente: y á la noche su buen plato de *maimones* (sopa de mendrugos al natural) ó su gazpacho ó su arroz en blanco.

El vino era un lujo extraordinario, y el desayuno se reducia á media copa de anisado, no muy fuerte para que no irritase á los chicos.

Cuando necesitaban un chaqueton, unos calzones, ó un sombrero, el mismo señor Frasquito se los proporcionaba sin dinero al contado.

Era la Providencia de aquellos infelices: tenia almacenadas en su casa unas cuantas docenas de prendas por si llegaba el caso de necesitarlas alguno de sus peones.

Cuando él adivinaba esta necesidad se apresuraba á proveerla, ofreciendo lo que habia menester el peon.

Despues, mediante un ligero descuento de sus jornales hasta llegar al precio de la prenda, mas un ligero recargo por anticipo, quedaba zanjada la cuenta con la mayor ligereza

Juan José habia conseguido captarse las simpatías del capataz, por su laboriosidad.

—Es buen chico,—le decia al señor alcalde, quien respondia:

—Si continúa así, dentro de dos años habrá que aumentarle el jornal media peseta; aquí lo que se necesita es buena gente.

Pero Juan José estaba ya más adelantado que lo que sospechaba el señor Frasquito.

¿Aumentos? ¿para qué los queria? ¿y quién podria aumentarle la felicidad?

El descubrimiento de este secreto habria alarmado al señor Frasquito.

—¿Cómo puede ser feliz un *chavalillo* de veinte á veintidos años, que no conoce siquiera á su familia, ni sabe si la tiene, ni puede pensar en un porvenir lisonjero, ni entretiene sus desdichas con el recuerdo de un pasado tranquilo y dichoso?

Todo esto pensaria el señor Francisco, si sorprendiera la felicidad de *Juanico*.

Nosotros estamos en el secreto, hemos asistido al principio, conocemos los fundamentos de ella.

Fué en una tarde del mes de agosto: los últimos rayos del sol poniente, resbalando sobre la superficie brillante y cristalina del Mediterráneo, trazaban en las imperceptibles ondas de ese mar tranquilo una estela de fuego.

La *vendeja* llevaba á las costas de Málaga muchos forasteros y mucha animacion.

Buques mercantes de diversos países, para los negocios de pasa en gran escala; arriería para los de menor importancia.

Juanilla, acompañada de una prima y de otras mozas del pueblo, venia de Velez para Torrox *cabayeras* todas en mulas ó pollinos, segun la facilidad y gusto de cada cual.

Habian pasado el domingo en Velez, que es para un vecino de Torrox poco más ó ménos que para cualquier vecino de una capital de segundo ó tercer órden, una temporada en Lóndres ó Paris.

De pasada, llegaron las jóvenes de la comitiva á la viña del señor alcalde.

—¡Qué hermosa es!

—¡Dichoso él!

—Mira, para cuando te cases.

Todo esto y mucho más se ocurrió á las muchachas.

—¿Quereis refrescar?—preguntó el señor Frasquito á las mozas.

—Como V. quiera,—respondió Juanita.

Y echó pié á tierra saltando de la mulilla abajo.

Todas sus compañeras la imitaron.

En la viña estaban los peones, que ya se disponian á recoger.

Las chicas, despues de revolotear alegremente como pájaros en libertad, se sentaron delante del cortijo, unas en bancos de madera y otras en el poyo de piedra que se veia al lado de la puerta.

Uno de los peones improvisó un refresco, por órden del señor alcalde; refresco de anisado en agua con un *hielo* ó azucarillo ó *bolado*, que de todas estas maneras se dice en diversas localidades y de ninguna con propiedad.

—Mira, tú, Juan José, —gritó el señor Frasquito,—anda y tráete la guitarra y cántate unas malagueñas, que se diviertan las chicas; y vosotros dejad el trabajo por hoy, que es dia festivo.

Bueno es advertir que estos escrúpulos de conciencia no habian atormentado al señor Frasquito hasta las siete de la tarde y cuando ya no quedaba media hora de trabajo.

—¡Qué campechano es el señor alcalde! — dijo un peon.

Y sin hacer que les repitieran la órden, dieron de mano y vinieron á la puerta del cortijo.

Si Vds. conocen los cortijos de Andalucía, no encontrarian en la pintura que de ellos les hiciese ni siquiera un recuerdo de ellos; si no los conocen imagínenselos, que ni aun dando suelta á la fantasía pueden aproximarse á la realidad.

¿Quién se atreve á pintar uno de esos cortijos, uno de esos cármenes de Granada, iluminados por la suave luz del crepúsculo, rodeados de viñas y olivares ó naranjos y



MUERTE DE TRISTAN, cuadro por J. Goldberg



SANTA LUCIA, dibujo por G. L. Seymour

limoneros y elegantes sauces, esbeltos cipreses y gallardas palmeras?

Y delante, sentadas junto á la puerta de la casita blanca, mujeres hermosas, blancas como la pureza, de negros ojos y negros cabellos entrelazados con rosas y claveles que parece que brotan para ellas y que al contacto de su cabeza se reaniman y coloran.

Y entre ellas, ó á corta distancia, el gañan que tañe la guitarra y con delicadeza inverosímil, juzgando por el aspecto del cantante, entona, ó mejor, exhala ternísimas coplas, mezcla de dulzura y pasion, de rudeza y exquisito gusto, de alegría y tristeza, que oye lo mismo el viajero á este lado del estrecho que al otro.

Ese canto que tantas analogías conserva con el canto del musulman africano.

Juan José no se dejó rogar, y tomando la guitarra empezó á templar y luégo á preludiar las malagueñas, y por último á cantarlas.

—¡Ole! ¡ole!—repetian los compañeros y el mismo señor Frasquito y las muchachas, cuando terminó Juanillo la primera copla.

La ovacion se repitió en cuantas cantó el muchacho.

—¡Qué voz tan agradable!—dijo, segun parece, la hija del señor Frasquito.

—¡Y qué coplas saca de su cabeza!—añadió el mismo señor alcalde.

Para todos los circunstantes pasó inadvertido el efecto que las coplas habian causado en el corazon de Juanita.

Juan José era guapo, jóven, cantaba bien y, esta observacion era la más poderosa, era pobre y desconocido y no podia pensar la moza en casarse con él.

Con mucho ménos motivo se enamora una mujer que tiene corazon, y Juanilla era una andaluza de raza.

De vuelta al pueblo, el *cantaor* acompañó como los otros peones á las mozas y al señor alcalde.

El demonio, segun decia algunos meses despues el señor Frasquito, unas veces es *cantaor* y otras bailarin y otras peon y otras alcalde.

Aquella tarde le tocó disfrazarse de cantaor para tentar (moralmente se entiende) á la hija del señor alcalde.

¡Qué miradas y qué frases y qué coincidencias!

El demonio debe de tomar tambien, en ocasiones, la forma de mula manchega; porque cuando más descuidada iba Juanilla sentada en su cabalgadura, ésta, espantada, derribó á su preciosa carga.

Pero Juanillo la detuvo en el aire entre sus brazos, librándola así de un golpe.

Despues de oir cantar á un muchacho guapo y de deberle un favor como el de evitarla un coscorron por lo ménos, vayan Vds. á decir á una moza que un muchacho no la conviene.

Por algo empezó Juanita á fijar sus miradas en el mancebo; por algo empezó Juan José á mirar á la chica con buenos ojos.

Añádase á esto las ocupaciones extraordinarias que proporcionan al señor alcalde unas elecciones de diputado á Córtes, porque el diablo tambien suele meterse á elector ó á candidato para dar guerra á los infelices, y se comprenderá que los amores de Juanita y Juanito se desarrollaran y llegasen al período de madurez.

—Ya no falta más que casarnos,—decia ella.

—¡Casarnos! —repetia él con amargura,—¿quién soy yo para eso?

—¡Mi vida!—interrumpia la jóven.

—La última palabra del credo.

Así llamaban á Juan José, para significar su carencia de importancia y representacion.

La última palabra del credo.

Esto mismo dijo indignado el señor Frasquito á su hija, cuando se atrevió á descubrirle sus sentimientos.

—Primero te mato que verte en poder de un peon. ¿Tú, que puedes aspirar á un príncipe, lo ménos, por lo hermosa; porque no hay duquesa ni condesa ni señora que se te parezca? ¿Tú, casarte con ese? ¡Con la última palabra del credo!

Tuvo el señor Frasquito que emprender un viaje á Granada, y por no dejar solos á los muchachos, esto es, libres de su vigilancia, dispuso que le acompañara el Juan José.

Obedeció este despues de despedirse de *su señorita;* es decir, «de su novia.»

Cerraba la noche cuando el alcalde y Juanillo que caminaban hácia Guadix se vieron detenidos por dos ó tres hombres.

El señor Frasquito se disponia á echar pié á tierra, muy á su pesar, porque llevaba en el cinto algunas onzas.

Juan José le detuvo, y desmontando él de un salto, sacudió á la caballería que llevaba al señor Frasquito, dos ó tres estacazos, y en seguida echándose la escopeta á la cara, detuvo á los bandidos diciendo:

—El que se atreva á tocarle que dé un paso.

Estos movimientos practicados con extraordinaria rapidez y el valor sereno del chico, sorprendieron á los ladrones.

—¡Pobre Juanico!—repetia escapado á la carrera el señor Frasquito,—era bueno y pagará con la piel su temeridad. En fin, si yo me salvo... esto es lo principal; no por mí sino por la *pobretica* de mi Juana.

El señor Frasquito oyó á cierta distancia algunos disparos de arma de fuego.

—Dios le haya perdonado,—repitió.

Trascurrió algun tiempo y el alcalde de Torrox no habia vuelto á saber del mozo.

Juanilla le adoraba cada dia más.

Pero el tiempo todo lo borra, y cuando la chica se hubo convencido de que Juan habia muerto por salvar á su padre, resolvió dejarse querer de un boticario de Velez.

Adelantaron las cosas, y ya en vísperas de la boda, y cuando los novios y el señor Frasquito y un peon se dirigian á Torrox, ya cerca de la noche, se vieron sorprendidos por un grupo de hombres.

—¡Miserable!—gritó uno de ellos,—¿así pagais mi generosidad?

—¡Juan!—gritaron los muchachos y el señor Frasquito.

—Sí, Juan, la última palabra del credo, que es la que vas tú á rezar ahora mismo.

—Juan,—repetia atemorizado el alcalde,—yo te doy á mi hija, todo cuanto quieras...

—Ni tú ni ella sois dignos de mí: te he dicho que vas á morir y nada me conmueve. ¿Quién soy yo? un sér desconocido, sin nombre, sin calor, sin abrigo, sin educacion y sin esperanza? siquiera déjame que tenga el placer de vengarme. Frasquito, reza el credo.

Hubo un momento de terror.

Los bandidos se apoderaron de la muchacha, ataron al boticario y al peon en un olivar y desaparecieron con Juanilla, miéntras Juan José descargando su escopeta *volteaba* al pobre alcalde, al llegar éste á la última palabra del credo.

Es decir: á la última que se permite pronunciar á los que van á morir.

¡Qué dulce es! ¡qué consoladora! ¡qué grande!

La última palabra para los desgraciados es:

¡Su único hijo!

EDUARDO DE PALACIO

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

El suave declive de la llanura; la precipitada corriente del arroyo que, ya sin obstáculos en su camino, ruge todavía, como si aún tuviera saltos que dar y peñas que combatir, semejante al perro que despues de haber ladrado furiosamente gruñe todavía al echarse en su cova cha; el vuelo elevado y lejano de una águila que espanta á las gallinas y hace enmudecer á los pájaros, todo anuncia que estamos al pié de las montañas.

Alzad la vista y buscad sus cimas de rosa y nieve, que el sol colora sin calentarlas, y que se pierden en el azul pálido del cielo: más abajo las nubes, como bandas grises que las atraviesan; y más abajo todavía los árboles que brillan con tonos metálicos parecidos á los del bronce dorado.

Inmutables en su calma eterna, imágen de la naturaleza que contempla impávida los dolores humanos, llenan el corazon de respeto y el alma de admiracion. Nada parece vivir allí, nada agitarse en aquella masa que despierta tantas grandes ideas, y al tratar de escuchar, sólo se percibe el silencio pavoroso de los grandes lugares vacíos.

Y sin embargo, allí la gacela huye del lobo y el águila persigue las palomas silvestres; en aquella quietud hay lucha, y aquella impasibilidad tiene vida.

La tempestad ruge en la nube, y miéntras el granizo azota las peñas de abajo, el sol sonríe impávido á los arbustos de arriba. Allí se agitan sentimientos y pasiones, y en lo más alto de las sendas impracticables, al pié de los picos eternamente nevados, hay quien goza y sufre y pasa su vida en la calma de la soledad, léjos de los dolores ajenos, pero presa de los dolores propios.

Harto lo saben los cazadores de gamuzas que, trepando por los tortuosos senderos que dan vuelta á las peñas y conducen á las más altas cimas, siguen un dia y otro los caminos que quizás trazaron los aludes, y que sólo la cabra montés puede recorrer sin peligro.

II

Entre dos altos picos que se elevan dominando un horizonte inmenso y que se acercan al cielo más que las más empinadas cimas de los Alpes; en una meseta que las aguas del torrente cortan á pico sobre el abismo, y que abetos cuyas retorcidas raíces se agarran á las peñas como manos monstruosas que trataran de arrancarlas, cubren con una bóveda de verdura; como soñado capricho de la fantasía, ó inverosímil adorno de una decoracion de teatro, una casita, una choza de tablas mal unidas y entrelazadas por ramas de árboles, y cuya techumbre sujetan grandes fragmentos de pizarra, se halla suspendida sobre el abismo como una paloma que se mece graciosamente sobre la cornisa de la torre en que tiene su nido.

¡Cuán mezquinas deben parecer las luchas de la vida; qué pequeño el hombre, mirado desde aquella altura y ante aquel sublime espectáculo de la naturaleza; ante las enormes masas acumuladas, que parecen haber quedado inmóviles de admiracion y espanto ante las grandes revoluciones geológicas que han presenciado y en que han tomado parte; ante aquellos torrentes que tienen rumores y gritos á que ningun otro ruido semeja; ante aquellos abismos insondables que parecen las cavernas que dan entrada á las regiones en que yacen todos los horrores desconocidos; ante aquellos inmensos bosques de altísimos pinos, donde, alterando un silencio pavoroso, produce el viento extraños rumores que semejan lamentos sobrenaturales, ó la voz augusta de toda la naturaleza dirigiéndose al espacio infinito!

Sí: allí, más cerca del cielo que de la tierra, mirando la tempestad bajo los piés, rugir en la nube que rasga su vaporoso velo en los picos de las rocas y en las copas de los abetos, en cada una de cuyas hojas hace brillar mil gotas de agua que descomponen los rayos del sol, como otros tantos diamantes que se destacan del fondo sombrío de la nube; allí donde la nieve es eterna, antiguas como el mundo las peñas y seculares los árboles; donde ya el sol alumbra, cuando aún á los valles no ha llegado la aurora, y donde la luz del dia brilla aún en los hielos, cuando allá abajo ya impera la noche, las pasiones son más intensas, el amor más ardiente y el odio más profundo.

Y el hombre que vive en este espacio, léjos de sus semejantes, en contacto con la naturaleza en sus más sublimes aspectos, con el alma siempre abierta á aquellos gigantescos espectáculos, en comercio diario con los animales, á quienes persigue ó con quienes lucha defendiéndose, adquiere el temple de espíritu que da la soledad, sus sentimientos se agigantan y endurecen como las masas de roca que le rodean y pierde la dulzura que da á los hombres la sociedad de que él está privado.

III

Compañero de las gacelas y de los osos, un hombre habitaba aquella choza suspendida como un nido de águila, solo y aislado, bastándose á sí mismo para todas las necesidades de la vida sobria y austera del hombre de la naturaleza.

Era cazador y pasaba los dias corriendo por el borde de los precipicios tras de la gacela fugitiva, ó esperando, con la escopeta preparada y escondido tras de una peña, á que la gamuza viniera á apagar su sed en el torrente. Alguna vez tambien, luchando, cuchillo en mano, con el oso hambriento que le atacaba, ó escuchando por la noche el aullido de algun lobo que rondaba su cabaña.

Bajaba á menudo al valle, y en las aldeas vendia las pieles de los animales salvajes, que habian de ser objetos de lujo en las grandes ciudades, y allí su presencia, aunque conocida, no dejaba nunca de excitar conversaciones y hablillas.

Llamábanle Andrés, y aunque nadie podia llamarse su amigo ó precisamente por esta causa, contábanse de él cosas extrañas.

Decian ante todo que debia ser muy viejo, enormemente viejo, porque los más viejos que de esto murmuraban al amor de la lumbre, recordaban haberle visto desde muy niños venir á vender pieles, siempre igual, ni más ni ménos jóven, como si el tiempo, que habia convertido á aquellos muchachos en ancianos encorvando sus espaldas y blanqueando sus cabellos, hubiera pasado sin dejar huella sobre Andrés.

Siempre igual, decian haberle visto, con su piel curtida y rugosa; su frente serena y austera; su rostro que rodeado de áspera barba tenia junto á las sienes tonos de un azulado amarillento como los que toma el mármol blanco expuesto por mucho tiempo á la lluvia y al sol; sus ojos sombríos, de mirada apagada, que mostraban bajo sus espesas cejas sus pupilas entre verdosas y pardas, de un color semejante al del agua detenida bajo la sombra de los juncos en las orillas de las grandes charcas; su alta estatura y sus miembros recios y secos envueltos en pieles más bien peladas que curtidas.

No hay que decir si esta inmutabilidad en el tiempo que atribuia á Andrés la exageracion de aquellos aldeanos y que la austera sobriedad de su vida y las condiciones atmosféricas á que se hallaba sometido explicaban en parte, era bastante á que se le mirase con esa supersticiosa curiosidad que en los pueblos hace de un hombre extraño un sér sobrenatural.

Estos sentimientos se exageraron hasta lo sumo á consecuencia de un no esperado suceso que sirvió de pasto á las conversaciones de todos, y que, siendo orígen de mil exageraciones absurdas, desarrolló hasta lo infinito la supersticion de aquellas gentes.

Un pastor, que acaso un dia andaba persiguiendo una cabra descarriada, subió por una senda casi impracticable hasta un pico desde el cual se veia la choza de Andrés, y allí un cuadro encantador y sonriente se ofreció á sus ojos. Un cuadro alumbrado por la luz riente de un sol de primavera, y al que servian de marco el cielo arriba, y abajo los picos nevados, los árboles perennes de un verde oscuro, y las vertientes reverdecidas por las aguas del deshielo.

Sobre el fondo rojo de las nubes del Oriente, coloradas por los rayos del sol apénas aparecido, se marcaba con contornos vigorosos la meseta sobre la cual se asentaba la cabaña de Andrés, y delante del borde del abismo que las flores silvestres de la primavera engalanaba, una niña de esbelta figura se destacaba sobre el azul sin fondo del cielo infinito, y arrojaba comida á los aguzanieves que saltaban piando sobre los guijarros del arroyo que corria ya por el cauce del que más tarde debia de ser torrente.

El pastor se quedó extático y se fué contando lo que habia visto á todo el que queria oirle, comentándolo y exagerándolo de tal modo, que á poco ya no era una niña sino muchas, todas adornadas de ricos y espléndidos trajes, y despues ya no niñas sino genios y hadas que volaban alrededor de la choza colmándola de encantos y de bienes, ó genios maléficos de seductora forma y engañadora hermosura, instrumentos sobrenaturales del mágico poder de aquel hombre extraordinario.

IV

Si vista por la parte de afuera tenia la choza de Andrés un aspecto pintoresco con los peñascos y cantos rodados

que formaban sus paredes, con los troncos medio podridos que constituian el armazon, con las tablas mal unidas que le servian de techumbre sobre la cual el viento habia depositado una capa de tierra de que brotaban malezas y florecillas campestres, ocultando en parte los pedazos de pizarra que hacian peso sujetándola, por dentro el aspecto era ruin y miserable.

Sin más luz que la que recibia por el hueco de la puerta, tenia enfrente un hogar en que ardian con viva llama unos troncos secos, cuya resina al quemarse producia agudos estallidos, humo espeso y olor acre.

A un lado una tarima, sostenida á poca altura del suelo por dos maderos horizontales, servia de rústico y miserable lecho formado con pajas, hojas secas y pieles.

En un rincon se veian las dos escopetas, y por encima colgados en la pared, los sacos de cuero de las municiones y un par de cuchillos de hoja ancha y afilado corte.

Mezquinas y sucias vasijas servian de batería de cocina, y en un arcon desvencijado y sin cerradura guardaba mil heterogéneas riquezas, y hacia además el doble papel de despensa y de mesa.

Tal era el conjunto sucio, ahumado, lóbrego y miserable de aquella covacha.

En medio de aquella sombra habia, sin embargo, un rayo de luz que alegraba los dias de Andrés. Era aquella niña, que, entrevista por el pastor, habia dado orígen á tantos rumores extraños y á tan exageradas consideraciones.

Aquella niña encantadora, fresca y bella como las flores primaverales que crecen en el fondo de los barrancos regadas por las primeras aguas del deshielo, alegraba aquella soledad con su hermosura y con su amor, y marcaba en aquella humilde choza la marcha del tiempo con las alegres voces de la juventud y del placer. Y los encantos con que embellecia su existencia, los debia el cazador á una buena obra.

En efecto, quince años ántes de que aquella encantadora vision detuviese al pastor admirado en lo alto del sendero, una tarde de otoño cruda y fria, volvia Andrés de una aldea del valle, adonde habia bajado á vender algunas pieles; el viento arrastraba la nieve de los ventisqueros en impalpables átomos que azotaban el rostro del cazador, cuando este, con su escopeta á la espalda, volvia á buen paso á su cabaña, huyendo de la noche, que amenazaba oscura y tempestuosa; las nubes blanquecinas envolvian la montaña y descendian hasta tocar las copas de los más altos árboles del valle. El camino se estrechaba poco á poco, y se hacia más pendiente á cada una de las revueltas que formaba para internarse en el bosque.

De pronto Andrés detuvo su paso sorprendido por algo extraño que se ofreció á sus ojos.

A un lado del sendero, al abrigo de un pico saliente de la roca que preservaba de la nieve y del viento un pequeño espacio de tierra, junto á la casi apagada fogata, encendida quizás por algunos pastores, una niña casi helada, inmóvil con el entumecimiento que produce en los miembros la intensidad del frio, se dibujaba apénas á los reflejos del fuego que se extinguia.

Hombre de la naturaleza, obedeciendo casi instintivamente á todo sentimiento generoso, aunque se manifestase bajo una forma ruda, Andrés se detuvo á contemplar á aquella niña que dormia tan cerca de la muerte.

La cogió en sus brazos, la abrigó con su manta de lana grosera, y suponiendo que habiendo salido de la aldea, se habria extraviado en aquellos sitios, volvió sobre sus pasos con objeto de entregarla á sus padres.

Pero en vano los buscó. Aquella niña no era conocida por otra cosa que por haber atravesado aquel dia las calles mendigando de puerta en puerta.

Conmovido por tanto abandono, impresionado por tanta desgracia acumulada sobre la frente de aquel ángel, Andrés la llevó á su cabaña y la acostó en su propio lecho, pasando él la noche envuelto en la manta recostado junto al hogar.

No hay que decir cuánto cariño, cuánta ternura sentia por aquella niña que fué desde entónces su hija.

Su belleza fué el adorno de la choza del cazador, su gracia juvenil la alegría de Andrés; y como el rayo de sol que penetra á través de los cristales disipa las sombras de la mañana, esparciendo la luz y la alegría, así el cariño ingenuo de aquella niña tornó su vida sombría en una existencia dulce.

Y cuando su voz argentina, que cantaba alegremente, subia atravesando el aire enrarecido, hasta las altas cimas donde Andrés perseguia á la gacela y á la cabra montés, el corazon del cazador latia con fuerza y miraba al cielo para darle gracias por haberle concedido aquel ángel por compañera.

Así pasaron años, que fueron para la niña los años encantadores de la infancia, y los primeros de la juventud, y para Andrés quizás los más breves de su vida, empleados en los paternales cuidados que se complacia en prestarle.

Al cabo de aquel tiempo el fruto se habia madurado, la niña se habia convertido en mujer.

Una mujer fresca y hermosa, como hija de aquella naturaleza agreste, que tenia en su cuerpo toda la esbeltez del pino, en su andar toda la gracia de la gacela, en su rostro todas las tintas más delicadas de la nieve sonrosada por los rayos del sol, y en sus ojos todas las sombras y toda la profundidad de los abismos.

Entónces el cariño paternal de Andrés se convirtió en amor, y un dia de primavera, en la iglesia del mismo pueblo donde habia sido recogida, fué Irene unida en matrimonio con el cazador, que despues de haber sido su padre, iba palpitante de gozo á convertirse en su esposo.

Su vida sólo se alteró cuando un año despues, al grito agudo de los pájaros que atravesaban el aire por encima de la cabaña buscando sus nidos, se unió el vagido de un niño que saludaba á la vida cuando aquellos saludaban á la primavera.



PUERTA DEL CASTILLO DE CARISBROOK, EN LA ISLA DE WIGHT

V

La vida es siempre la misma en todos tiempos y en todas partes. En las edades más remotas como en la época presente, en el bullicio de las ciudades como en la más apartada soledad, el hombre experimenta las mismas pasiones, idénticos sentimientos luchan dentro de su corazon, y los mismos impulsos rigen su voluntad.

Volvia Andrés á su cabaña, rendido de haber corrido todo el dia por ásperas sendas y fragosas cimas, con la escopeta al hombro y el paso lento del hombre fatigado.

La diáfana luz crepuscular luchaba ya con las tinieblas, y sólo el resplandor pálido de la nieve alumbraba el camino. El velo opaco de la noche, azulado por la distancia, daba á los valles la profundidad de abismos. La brisa helada movia las ramas de los árboles con rumores pavorosos.

El semblante sombrío de Andrés, más sombrío todavía que de ordinario, se inclinaba sobre el pecho, marcando en la contraccion de sus músculos el tormento que daba á su alma la persistencia de un pensamiento penoso.

Y este pensamiento, oculto en su mente y que le envolvia en un indefinible velo de tristeza, rodaba al rededor de su imaginacion, tocándola apénas, imperceptible é indeterminado, y del cual se adivinaba la presencia más bien que se advertian las formas.

Ningun pesar afligia el alma de Andrés; su espíritu no habia sido perturbado por ningun acontecimiento, no ya amargo, pero ni siquiera penoso.

Impregnado en la inalterable majestad de la naturaleza que le rodeaba; endurecida su alma como la cera modelada que se enfria, en la perpetua sobriedad de su vida de cazador, su carácter habia adquirido algo de la grandeza austera de las montañas, y vivia sereno é impávido como el torrente helado que hacia brillar al sol su inmenso cristal.

Pero, ¿quién podrá decir de dónde viene esa sombra, ese vapor cuyo solo contacto estremece al alma, y que se llama presentimiento?

Como el murciélago que en la opaca sombra que reina bajo las copas de los árboles, deja sólo adivinar su presencia por el eco lúgubre de sus chillidos ó por el roce de sus alas entre las hojas, sin que las curvas que traza su vuelo puedan ser vistas sino cuando atraviesa rápidamente los claros de las ramas por los que penetra la luz de la luna, así un pensamiento vago viene á envenenar nuestra alegría, poniendo ante nuestra vista un velo de opaca tristeza.

Nada podemos decir de él; lo sentimos; está allí: ¿qué es? no lo sabemos; ¿de dónde viene? lo ignoramos; ¿qué nos dice? Sólo percibimos de su lenguaje la triste entonacion que nos anuncia una desgracia.

Y como los primeros estremecimientos de la fiebre hacen circular el frio por todo nuestro cuerpo, así el presentimiento hiela el alma, haciéndola agitarse con los primeros estremecimientos del terror.

En esta disposicion de ánimo caminaba Andrés. Esperábale en su cabaña el buen fuego, la abundante cena, los besos de su hijo, el rostro alegre de su mujer, y sin embargo, todo lo veia como á través de un velo de tristeza, y su alma temia y no sabia qué.

Al volver un recodo del camino divisó su casa. El rojizo resplandor del fuego marcaba vigorosamente sobre el suelo el cuadro luminoso que dibujaba la puerta abierta.

Pero Andrés no oyó los gritos alegres del niño, y buscó en vano la silueta de Irene que acostumbraba á esperarle sobre el dintel.

Fuera por cansancio, fuera por sorpresa, Andrés se detuvo.

Una ráfaga de viento trajo entónces á su oído un sonido extraño, pavoroso como una amenaza, estridente y agudo como una risa burlona, tenue y rápido como un gemido.

Aquel sonido que no era sino algunas notas arrancadas á un violin, denunciaban la presencia en aquella soledad de un sér humano que no era Irene ni su hijo.

Andrés entró en la choza: el fuego se extinguia, el niño dormia en la cuna.

FÉLIX REY

(Continuará)

LA CIENCIA ANTIGUA

Continuando la serie de artículos que hemos comenzado á publicar sobre ciencia antigua, damos ahora otro no ménos curioso é interesante que los anteriores.

Construíanse en la antigüedad ciertos altares provistos de un mecanismo dispuesto de tal modo, que ofrecian á los fieles espectáculos verdaderamente admirables. Tal es el que nos describe Heron.

CONSTRUIR UN ALTAR DE TAL MODO QUE CUANDO SE ENCIENDA FUEGO ENCIMA, LAS PEQUEÑAS ESTATUAS QUE ESTÁN Á LOS LADOS HAGAN LIBACIONES (fig. 1.)

Sea un pedestal ΑΒΓΔ en el cual se han colocado dos estatuas, y otro altar ΕΖΗ cerrado por todas partes; el pedestal debe estar tambien herméticamente cerrado, pero comunícase con el altar por un tubo central; atraviésale tambien el tubo $\varepsilon\ \Delta$ (en el interior del personaje de la derecha,) poco distante del fondo, y que viene á desembocar en una copa que la estatua tiene en ε. Se echa agua en el pedestal por un agujero M que se tapa en seguida.

Si se enciende, pues, fuego sobre el altar, sucederá que el aire interior dilatado penetrará en el pedestal, expulsando el agua, pero no teniendo ésta más salida que el tubo $\varepsilon\ \Delta$, sube á la copa, y la estatua hace así una libacion. Esto dura miéntras hay fuego, y cuando se apaga, la libacion cesa, comenzando de nuevo cuantas veces vuelva á encenderse.



ORILLAS DEL LAGO, cuadro por F. Lematte

Es preciso que el tubo por donde se debe introducir el calor, sea más ancho en el centro, pues el calor, ó más bien el soplo que produce, se debe acumular en una dilatacion para producir más efecto.

Segun el padre Kircher, un autor á quien llama Bitho refiere que en Sais habia un templo de Minerva en el cual veíase un altar en el que, cuando se encendia fuego, Baco y Diana derramaban leche y vino; miéntras que un dragon en forma de gavilan producia un silbido.

«Así es como Baco y Diana, añade el P. Kircher, parecian derramar, el uno vino y la otra agua, y el dragon aplaudir su acto con silbidos. Como el pueblo que presenciaba este espectáculo no veia lo que pasaba en el interior, nada de extraño tiene que lo atribuyera á intervencion divina. Sabido es, en efecto, que á Osiris ó Baco se le consideraba como el inventor de la vid y de la leche; que Isis era el genio del agua del Nilo; y que la serpiente, ó buen genio solar, era el principio de todas estas cosas. Como además se debia hacer sacrificios á los dioses para obtener estos bienes, el derramamiento del vino y de la leche, ó del agua, así como el silbido de la serpiente, tan pronto como se encendia la llama del sacrificio, parecian demostrar claramente la existencia de los dioses.»

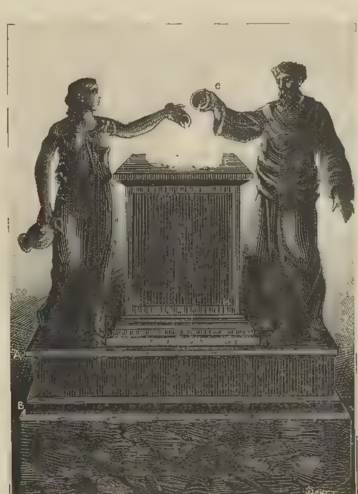


Fig. 1.—ALTAR MARAVILLOSO

El sabio jesuita tenia en su museo un aparato análogo, procedente sin duda tambien de un templo egipcio de la antigüedad.

Componíase de una cúpula hemisférica hueca, sostenida por cuatro columnas y colocada sobre la estatua de la diosa de numerosos pechos; á dos de las columnas se adaptaban brazos movibles, en cuya extremidad fijábanse lámparas; y el hemisferio se cerraba herméticamente debajo por medio de una plancha metálica. Despues se llenaba de leche el pequeño altar que sostenia la estatua, con cuyo interior se comunicaba por un tubo que llegaba casi hasta el fondo. El altar se comunicaba tambien con la cúpula hueca por medio de otro tubo dos veces encorvado. En el momento del sacrificio encendíanse las dos lámparas volviendo los brazos de tal modo que la llama fuese á calentar la plancha inferior de la cúpula. Dilatándose el aire encerrado en ésta, salia por el tubo XM (figura 2), comprimia la leche encerrada en el altar y hacíala subir por el tubo recto hasta el interior de la estatua, á la altura de los pechos. Una serie de pequeños conductos, entre los cuales se dividia el tubo principal, llevaban el líquido hasta los pechos, de los cuales salia fuera, con gran admiracion de los espectadores, que creian ver un milagro. Terminado el sacrificio, apagábanse las lámparas y la leche dejaba de correr.

A. R.

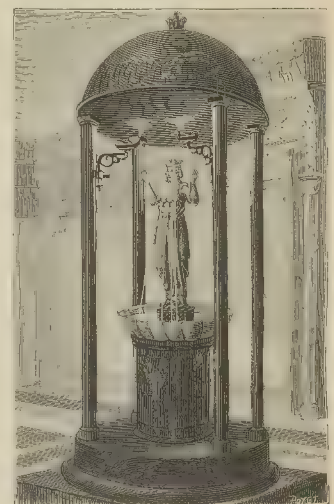


Fig. 2 — ESTATUA MARAVILLOSA DE CIBELES

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 7 DE SETIEMBRE DE 1885 — NÚM. 193

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OTRO TIPO DE BELLEZA, cuadro por J. R. Weble

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Geógrafos y diplomáticos.—El patriotismo y el buen vino.—Los sucesores de Francisco Estéban.—Golillas y guardias civiles.—Los Quijotes del bandolerismo.—Una doncella andante.—El fin de tanta poesía.—Papel y música.—Congreso antropológico-criminal en Roma.—Un huésped que se va y la tranquilidad que vuelve.

La gran preocupacion en estos momentos es la resolucion del conflicto internacional. Hace un mes estaban en desconsoladora minoría los españoles lo bastante instruidos para saber que una confusa sucesion de puntitos que figuran en las cartas geográficas al Este de las Filipinas y al Sur de las Marianas designan un archipiélago cuyas más importantes islas fueron descubiertas por compatriotas nuestros en el siglo XVI, en aquel período de la historia, en que no parecia sino que el destino se empeñaba en depararnos por todas partes trozos de tierra que más tarde habíamos de ir perdiendo casi con tanta prisa como la que nos dimos para conquistarlos. Para mí tengo que á no ser por un letrerillo que abarcándolos en toda su extension dice *Archipiélago Carolino*, más de cuatro hubieran creido que aquello, mejor que producto de la sábia mano que trazó el mapa, era inconveniencia de las moscas que cansadas de recorrer meridianos y paralelos habian detenido allí su fatigosa marcha.

Lo que sin disputa desconocia el comun de las gentes era que aquellas tierras, restos del colosal poder que en mares y continentes tuvimos un dia, nos pertenecia aún. Necesario ha sido escuchar que en ellas se iba á enarbolar la bandera alemana para que recordáramos que si las templadas brisas de aquellos mares no agitaban la nuestra, era pura y simplemente porque nuestros gobiernos no habian creido necesario patentizar un derecho que nadie habia puesto jamás en duda.

Hoy la reaccion ha venido y ha venido con toda la vehemencia de que somos capaces los pueblos del mediodía. Si ayer pocos conocian la existencia de esas islas y ménos aun sabian una palabra de nuestras relaciones internacionales, hoy todos somos consumados geógrafos y habilísimos diplomáticos. Hay quien habla de las condiciones topográficas y climatológicas de las Carolinas como si toda su vida se la hubiera pasado en ellas, y no faltan políticos de café y estadistas de esquina que lo mismo hacen declaraciones de guerra y ultiman alianzas con el mismísimo Gran Turco, que si se bebieran un vaso de agua. Es decir, todavía con más facilidad hacen lo primero, porque si del cristalino líquido que producen el Lozoya y la Fuente del Berro no todos se atreven á beber sin haberle hecho hervir para que perezcan á fuego lento las bacterias, del patriotismo libamos siempre sin precaucion y sin medida. Y no hay que olvidar una cosa, que á esta sublime virtud de los pueblos le sucede lo que al buen vino; tomado con prudencia, vigoriza y entona; abusando de él, sólo consigue trastornar la más segura cabeza.

***

Nuestro proverbial arrojo y osadía por una parte, por otra la aficion á aquella *vita bona* que con tanta holgura disfrutaran los Guzman de Alfarache, Monipodios, Estebanillo Gonzalez, y otros no ménos famosos pícaros de su calaña, llegaron á crear un tipo, mal perseguido siempre por las justicias, bien celebrado por el pueblo y del que con mal acuerdo llegó hasta á hacerse héroe de una literatura decadente que empañó el lustre de los metros que celebraron las nobles hazañas de Bernardos y Cides, cantando los desafueros y tropelías de guapos, tales como Francisco Estéban y otros personajes cuyo verdadero pedestal de gloria estaba en los escalones de una horca.

Quizá esta misma aureola de fama contribuyó no poco á hacer del bandido de nuestro accidentado suelo un como á modo de ejemplar aparte de los de su especie. En él de tal modo se mezclaban y confundian los actos de bárbara crueldad con los rasgos de generosidad y desprendimiento, que motivos hay para dudar algunas veces si al lanzarse á aquella vida llena de peligros y temeridades más obedecian á arrebatos de una sangre mal avenida con los sosiegos de un honrado trabajo, que no á perversidad ó codicia de un alma corrompida.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que á tal apogeo llegó tan *respetable* clase, que no era raro saber que tal ó cual renombrado capitan de ladrones capitulaba bajo honrosísimas condiciones con las autoridades, ni lo era tampoco ver paseándose en las más populosas ciudades algun famoso héroe de los ántes apuntados, que gozaba tranquilamente de los fueros de un indulto conquistado, no con burlas y engaños, sino á fuerza de audacia y osadía.

Mas ¡ay! como todo es perecedero en este mísero planeta, llegó un dia en que aquel placentero modo de vivir se hizo imposible. Poco ántes de tocar á su comedio el presente siglo se creó ese benemérito y nunca bien celebrado cuerpo de la Guardia Civil y á costa de su cuello comprendieron aquellos caballeros andantes que tenian por Dulcinea toda bolsa bien guarnecida de peluconas, que su existencia llegaria á ser muy en breve un verdadero anacronismo.

Los que con tanta facilidad habian derrotado ó corrompido verdaderos ejércitos de corchetes y alguaciles, temblaron como la hoja en el árbol á la presencia de un tricornio. En breve puede decirse que de tanta pasada hazaña no quedó otra memoria que los no siempre armoniosos versos de jácaras y romances.

Sin embargo, hay una tendencia en la humanidad á resucitar lo antiguo, que á las veces nos hace olvidar el medio en que vivimos. De aquí sin disputa ha dimanado que así como el hidalgo manchego se empeñó en volver á poner en vigor la andante caballería cuando ya era imposible copiar á Esplandianes y Amadises, á Palmerines y Felixmartes de Hircania, en épocas recientísimas hemos tenido imitadores de José María y Jaime el barbudo.

El último ejemplar de la especie vive aún. Los campos del término de Velez Málaga están siendo teatro de las hazañosas guapezas de Melgares y su cuadrilla, que hace pocos dias se ha visto precisado á librar campal batalla con sus perseguidores en el llamado Cortijo de Galvez.

En esta tentativa el triunfo ha sido suyo. De los tres guardias que se disponian á capturarle, uno ha muerto gloriosamente cumpliendo con su deber; los otros han quedado heridos gravemente despues de una heróica lucha. Melgares, aprovechando esta ventaja, ha conseguido huir. Para que nada falte á dar el color legendario tan del caso en episodios de esta naturaleza, se dice que con ellos habia una andariega doncella que tambien ha logrado escaparse.

¡Lástima grande que tales heroicidades resulten fuera de época! En otros dias no faltarian gentes que se interesaran por la suerte del denodado campeon. Hoy todos esperamos con calma el desenlace de la aventura. No tardaremos mucho en saber que á tanto valor y tan poética gallardía ha puesto término esa prosaica máquina que se llama el garrote.

***

El papel, esa pasta cuya invencion se supone debida á los árabes, representa uno importantísimo en la historia del progreso moderno. Si la imprenta no le hubiera encontrado descubierto hubiera tenido que inventarle, ó de lo contrario la vertiginosa rapidez del artificio ideado por Guttenberg, Faust y Schœffer se hubiera detenido en la mitad de su carrera.

Para las acabadas copias que pacienzudos frailes se entretenian en orlar de primorosas miniaturas bastaba que se sacrificaran unos cuantos carneros que inconscientemente abandonaban la piel, no ya en el altar de las efímeras deidades del paganismo, sino en el ara de esa otra divinidad imperecedera que se llama humano saber. Pero cuando á la forzosa lenidad del copista sucedió la calenturienta velocidad de un mecanismo que con incansable afan vomitaba á miles los ejemplares, ¿qué pieles hubieran bastado aunque para convertirlas en pergaminos y vitelas se hubieran curtido las de todos los ganados de la tierra?

El papel es indudablemente uno de los más modestos, pero más seguros vehículos de la civilizacion. Suprimidle, y el telégrafo mismo, ese conductor casi tan veloz como el pensamiento, se encontraria con la dificultad de los medios de trasmision. Dejadnos sin papel un mes siquiera y eso que se apellida opinion pública habrá desaparecido. Hoy no puede producirse faltándole la palanca de la prensa periódica y en ella, sin género alguno de duda, la materia primera es el papel.

Y despues de esto, ¿á cuántos usos supérfluos y necesarios no se le ha destinado? Desde el modesto cigarrillo al confort de nuestras casas, el papel representa al mismo tiempo un lujo y una economía. Sin el librillo del caballo ó de la pantera, ó careceríamos de la sabrosa costumbre de fumar ó tendríamos todos que entregarnos al despilfarro del cigarro puro. Sin el baratísimo papel estampado, ó las paredes de nuestras habitaciones mostrarian al desnudo la caliza costra del enlucido ó tendríamos que cubrirles de la rica tapicería ó de la costosa pintura mural.

Ahora bien, si hasta aquí se ha mantenido dentro de los límites que le marcaba su mision, la fiebre de los inventos que devora á nuestro siglo se empeña en sacarle de su esfera. En Paris se construyen en la actualidad pianos en que lo mismo el teclado que la caja están hechos de papel comprimido.

A lo que se dice, las voces son excelentes, aunque no muy fuertes; no tienen los sonidos duros y breves del piano comun, sino dulces y prolongados, lo cual consiste en la calidad homogénea y compacta de la materia de construccion.

Hasta ahora sólo se han fabricado dos pianos de esta clase. Uno de ellos está en Paris: el otro ha sido comprado por el duque de Devonshire. Si el invento se propaga, los fabricantes de papel anunciarán los productos de su industria, diciendo: «Se hace papel para escribir, para todo género de impresiones y para la construccion de pianos.»

***

El congreso antropológico-criminal que muy en breve ha de celebrarse en Roma ofrecerá una particularidad digna de estudio. Hasta hace algun tiempo las exposiciones sólo habian tenido por objeto mostrar á los ojos de curiosos é inteligentes obras artísticas que pusieran de manifiesto el desarrollo alcanzado por la pintura, la escultura ó la ornamentacion en un período determinado. Despues vinieron esas obras de carácter puramente científico en que se ofrecian á la observacion las deformidades producidas en nuestro organismo por la infinita variedad de enfermedades á que está sujeto. Hoy por último, empezando á comprender que la criminalidad no es tal vez otra cosa que una dolencia moral á la que quizá contribuya no poco la configuracion de ciertos órganos, se ha pensado en agrupar y clasificar los que pueden ser preciosos documentos para estudiar los orígenes y desarrollo del crímen.

En la Exposicion del congreso de Roma figurarán más de 700 cráneos, y cerca de 8,000 fotografías de criminales y hasta 150 cerebros preparados con arreglo á un moderno sistema. Además habrá un álbum conteniendo curiosísimas observaciones acerca de 500 delincuentes, y con objeto de que se pueda relacionar la parte física con la intelectual, estarán en ella agrupados cuantos autógrafos, dibujos é instrumentos hayan podido adquirirse, salidos de manos de criminales más ó ménos célebres.

Todo esto unido á las curiosas estadísticas y los razonados cuadros sinópticos que se verán por doquiera, demostrarán cuánto pueden influir en la criminalidad las condiciones meteorológicas, de alimentacion, de educacion y hasta las instituciones mismas que rigen á los diversos pueblos de Europa.

Lo único que es de lamentar es que allí los expositores no sean los mismos interesados. Si fuera así, tal vez se diera el caso de que algun individuo, ganoso de alcanzar una primera medalla ó el premio de honor, enviara su propio cráneo como muestra de sus excepcionales predisposiciones al asesinato.

***

El cólera parece que amaina un tanto la furia de que venia animado. Todavía en determinadas localidades su terrible azote se deja sentir con desoladora insistencia, pero en la totalidad de la península la epidemia decrece de un modo visible.

Motivos hay para esperar que el temido huésped del Gánges sea ya un viajero que se dispone á emprender su viaje de retorno. Esto hace que la confianza renazca un tanto en nuestros acongojados pechos; pero la verdad es que aún nos queda un fundado temor. Miéntras hace el equipaje, de su maleta se siguen escapando microbios y bacterias, y ¿qué individuo está seguro que alguno de estos recuerdos de despedida no va dirigido á él?

ANGEL R. CHAVES

NUESTROS GRABADOS

OTRO TIPO DE BELLEZA, cuadro por J. R. Wehle

Nuestros acostumbrados lectores y los de las más célebres *Ilustraciones* europeas, habrán echado de ver la tendencia de los más hábiles artistas hácia la manifestacion de la belleza física de la mujer, que ha dado lugar á diversas obras realmente notables. Tanto y tan bueno se ha producido en este género que, á celebrarse con esas obras algo parecido al Juicio de Paris, la eleccion habia de ser dudosa si no imposible.

Dios nos libre de haber de adjudicar el premio de la hermosura, si todas esas hermosas jóvenes pestañearan, como se dice vulgarmente; sin embargo, es indudable que á los ojos de toda persona sensata, aquella mujer es más hermosa que, á la perfeccion de sus líneas, une la expresion de un alma angelical. En este supuesto el tipo de Wehle que hoy publicamos, es un precioso y armónico conjunto de la hermosura del cuerpo y de la bondad del alma. Su belleza no es la belleza varonil de Judith que priva de la vida á su amante de una sola noche, ni es la belleza sensual de Herodías que exige la cabeza del Bautista por precio de una lasciva danza. Es, por el contrario, la belleza de Ruth y de Raquel, admirable como la de las vírgenes del coro celeste; belleza muda para los sentidos, cuyos efectos repercuten en el corazon, sin que la materia bastardee el amor purísimo que engendran.

A una mujer así se la ama como aman los niños y como aman los ángeles.

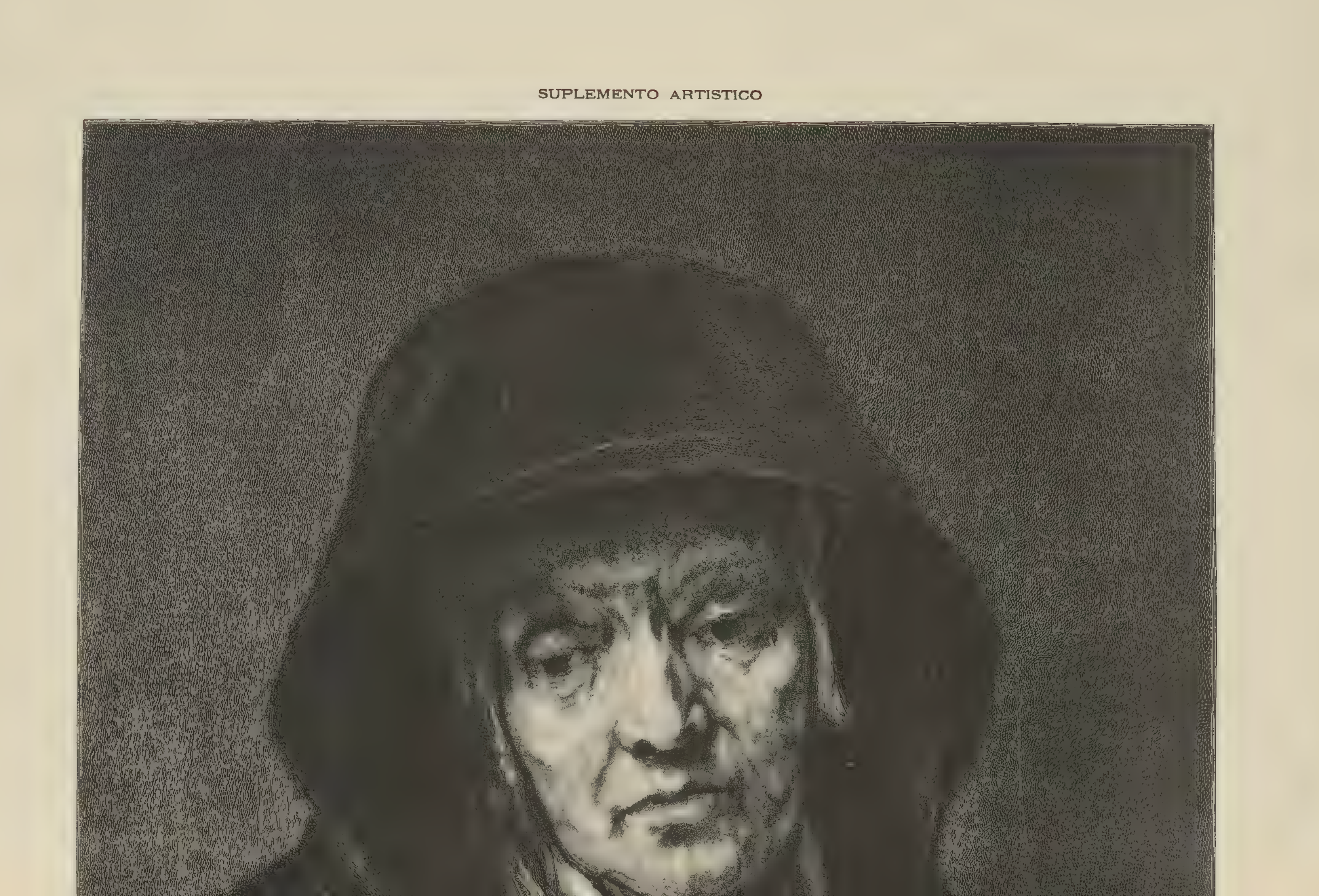
LA CITA EN EL BOSQUE, cuadro por W. Amberg

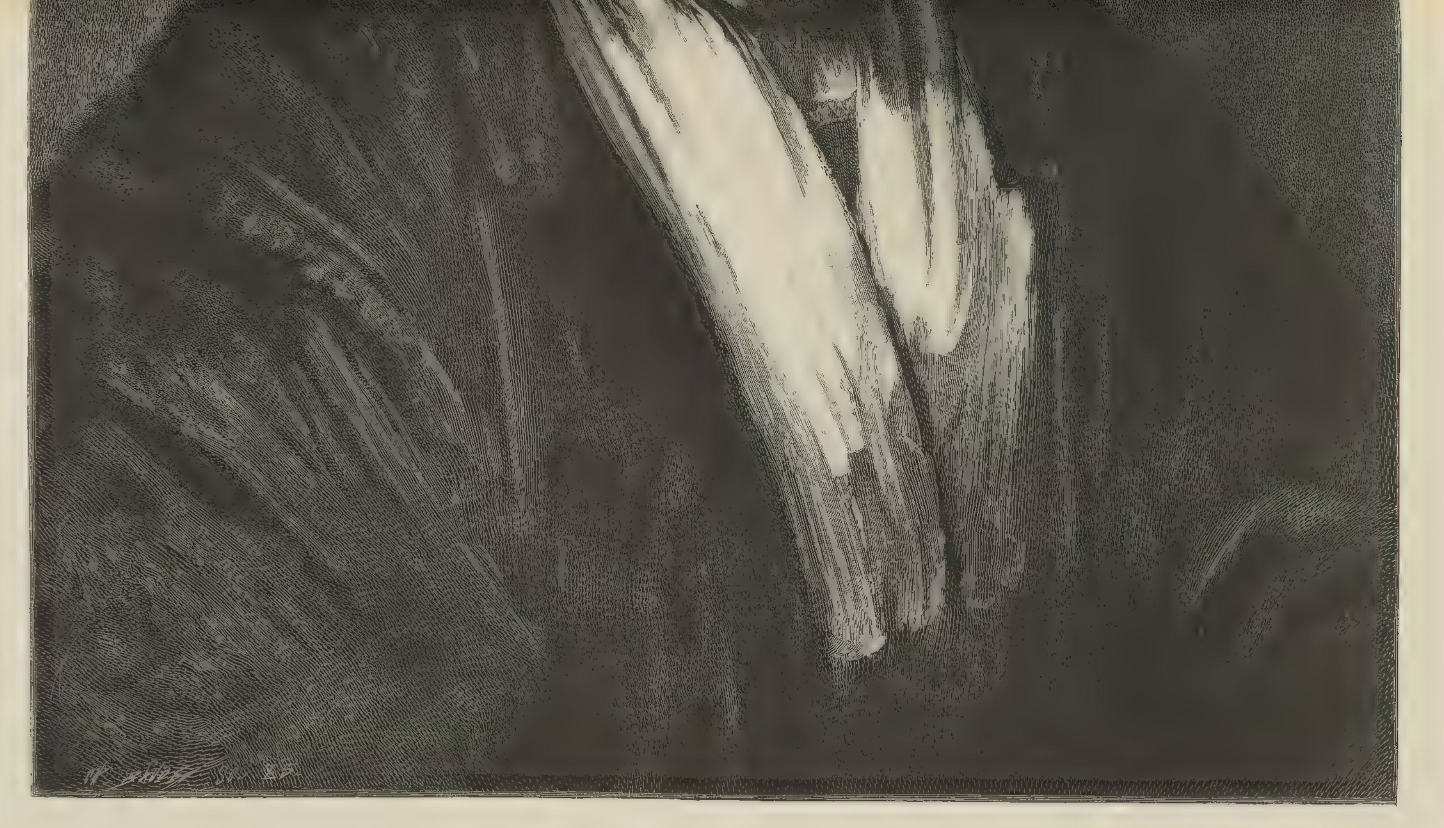
La barrera que separa á los dos amantes es bien débil: por fortuna el galan parece respetuoso y honesta la dama. Sin embargo, para ocasiones de esta naturaleza se dijo lo del fuego y la estopa y el diablo que sopla.

Tiene este cuadro buenas condiciones: hay en el bosque frondosidad y ambiente: las figuras están dibujadas con acierto y el todo causa impresion agradable.

EL GUARDIAN DEL GANADO, cuadro por Max-Lebling

El enemigo ha penetrado en el corral, y ovejas y gallinas, sobrecogidas de espanto, huyen del zorro que se dispone á causar en el rebaño terrible carnicería. El pastor ha sido pillado en flagrante delito de descuido; pero las presuntas víctimas encuentran un defensor más vigilante,





RETRATO DE LA MADRE DE REMBRANDT, HECHO POR ESTE CÉLEBRE PINTOR

(CONSÉRVASE EN EL MUSEO DEL «ERMITAGE» EN SAN PETERSBURGO)

más decidido, más bravo, que ha empeñado una lucha á muerte y hará ejemplar justicia con el bandido de cuatro piés.

El autor de este cuadro ha copiado bien el natural y ha agrupado convenientemente á los animales. Los luchadores pelean con el debido coraje y hay en la composicion vida, movimiento y naturalidad.

EL CERCADO AJENO, cuadro por R. Assmus

Valiente desengaño lleva el caballero... Pensó quizás descansar de un fatigoso viaje en la próxima alquería de un amigo; saboreaba de antemano los apetitosos manjares y los rancios vinos escanciados por la blanca mano de una dama tan bella como discreta; y en lugar de todo ello tropieza con una cerca rústica que le cierra el paso y con una moza, casi tan rústica como la cerca, que le dice muy tranquilamente:—Los amos han partido....

El partido en dos, ó en tres, es nuestro caballero.

Este lienzo no tiene pretensiones, pero está ejecutado con facilidad y cariño.

JUNTO AL MAR, cuadro por G. Bos

Todo está en calma: ni una nube en el cielo, ni una ola en el agua, ni la más leve brisa en la atmósfera... Es la hora del medio dia, durante la cual, aún más que á la de media noche, la naturaleza parece detener su movimiento, como si el rudo trabajo que viene haciendo desde el primer dia del mundo, la impusiera unos instantes de descanso.

Todo es silencio: el mar no tiene más rumores que si fuese un lago; los pájaros han interrumpido su vuelo, las gaviotas chillonas no hienden el espacio, hasta los insectos se han recogido en las entrañas de la tierra, como si temiesen que el apénas perceptible rumor de su pesada carrera, interrumpiese la quietud profunda de nuestro planeta, que á su vez parece haber suspendido sus evoluciones.

Esta tranquilidad, este reposo, han inspirado á Bos el cuadro que publicamos en este número, de composicion sencilla, pero palpitante de verdad. En medio del silencio que reina en la naturaleza, nos parece estar oyendo la voz de esa jóven y linda lectora... ¡Cuán agradable es, para las almas sensibles, á semejante hora y en semejante sitio, elevar el pensamiento á lo infinito, siguiendo al poeta en el viaje fantástico hácia el mundo de las ilusiones!...

EN HUNGRÍA

Hungría ha sido, durante muchos años, una porcion de Europa sometida al yugo del más fuerte. Como Polonia, como el Veneto, sus hijos han tenido que devorar muchos ultrajes y apercibirse á muchas venganzas.

No tiene nada de particular, por lo tanto, que cuando el artista se inspira en escenas húngaras, la forma de la inspiracion resulte triste, porque en Hungría se ha llorado tanto que hasta el rocío de la mañana, al desprenderse de los árboles y de las plantas, hubiera podido ser tomado por el llanto de la naturaleza á la vista de las desdichas de un pueblo digno de mejor suerte.

Representa nuestro cuadro la despedida de un matrimonio campesino, cuya mujer se dirige al mercado para vender su mejor propiedad en provecho del opresor de la patria. La escena es sencilla; el asunto está tratado con parquedad de medios deslumbradores; pero rebosa sentimiento y el patético que ha dominado en el autor se trasmite directamente á los que contemplan el lienzo.

LA TORTUGA BUITRE

En el *aquarium* de Berlin es de ver un ejemplar de ese animal extraordinario que, por lo raro y por lo feo, parece haberse escapado de uno de esos cuadros caprichosos que representan las tentaciones de San Antonio.

Por su concha pertenece sin duda á la especie de los caparáceos; pero las garras verdaderamente formidables de que están provistas sus cuatro patas, le han valido su segundo nombre y analogía con los carniceros. Es anfibio en su manera de vivir y de lo más feo que ha producido la naturaleza. Su tamaño comun es de un metro largo y cincuenta centímetros el ancho de su concha; procede de los Estados Unidos, en cuyos rios y pantanos se alberga, limpiándolos de peces y ranas que son su comida favorita. Su aclimatacion en Europa es muy difícil y su utilidad muy discutible, pues únicamente cuando son muy jóvenes es apetecida la carne de esas tortugas por algunos gastrónomos indígenas.

Aun cuando no es animal temible para el hombre, tampoco es prudente excitar su cólera desde una distancia en que pueda hacer presa, pues su instinto es fiero y sus armas peligrosas.

A su vista se entusiasma el naturalista; pero á la generalidad de los mortales les inspira tan sólo horror y asco.

EL SUPLICIO DE UNOS TÁNTALOS, cuadro por S. T. Dadd

Se nos figura que el autor de este cuadro cuenta demasiado con la honradez de esos perros, sometidos á una terrible prueba, de la cual no todos los humanos saldrian bien librados. Ese magnífico pernil, engrasado por hábil cocinero y sometido á la benéfica accion de un fuego dispuesto con matemática experiencia, ha de producir en los tres canes del lienzo un efecto digno de los dantescos castigos infernales.

Al grato olor del sabroso guiso, han acudido tres inteligentes narices, y si el pernil no es devorado en un santiamén por los susodichos perros, confiamos ingenuamente que los instintos naturales han perdido una buena parte de su efecto sobre los cuadrúpedos. ¿Será que los de nuestro cuadro comprendan las leyes indiscutibles del deber, que lo mismo alcanzan á los hombres bien nacidos que á los perros bien criados?... ¿O será, quizás, que á nuestros héroes se les haya alcanzado algo de la moral de cierto drama y aspiren filosóficamente al título de locos ó de santos?.. ¿O será, y es lo más probable, que el calor del pernil, despues que ha chamuscado la lengua del más atrevido, haya contenido los impulsos de esos tres bandidos disfrazados de perros decentes?...

Difícil es la resolucion del problema; más difícil que asegurar, como aseguramos, que el autor del cuadro entiende, casi por igual, de perros y de pintura.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

RETRATO DE LA MADRE DE REMBRANDT

El retrato de la madre de Rembrandt, hecho por este célebre pintor, es una de las joyas del Museo del Ermitorio en San Petersburgo; y aunque sólo podamos apreciar esta obra por su reproduccion mediante el grabado, llama desde luégo la atencion por su carácter, por lo vigoroso de sus tonos y por su sencillez. ¡Qué talento artístico se necesita para dar á una simple cabeza tanta grandeza y para producir tan poderoso efecto! ¡Dichosas las madres cuyos hijos han podido dotarlas de cierta inmortalidad, á pesar de su vida oscura y modesta, y dichosos los hijos que emplean su genio en legar á la posteridad el retrato de la que les ha dado el sér al mismo tiempo que una obra maestra!

IR POR LANA....

I

Todo el mundo desea tener y si no las tiene, ostentar cualidades que le faltan, haciendo caso omiso, la mayor parte de las veces, de las que verdaderamente posee. Los que no son poetas sudan tinta por hacer versos y se mueren por publicarlos ó recitarlos. Los más refractarios al arte escénico pretenden lucirse en los teatros caseros; sólo los plebeyos hablan de *grifos*, *soportes* ó de campos *sinoples*, y pocos notoriamente ricos se cubren de diamantes más ó ménos americanos. De esta ley de la humanidad, ó mejor dicho, de la sociedad, provenia el que todos los enanos adorasen á los tambores mayores (cuando los habia).

El banquero Ruiz sufria el influjo de esta manía casi general. Apénas acaparó los primeros tres millones, desdeñó sus cualidades financieras, y se creyó artista y gran señor hasta la médula de los huesos. A medida que iba creciendo su fortuna, aumentaban sus deseos de parecer persona principal y linajuda y despues de haber hecho edificar un palacio de yeso, lleno de molduras de escayola, trató de darle la entonacion literaria y artística exigida en todas las épocas, y mucho más en la actual, á los potentados de la tierra.

Tapices que querian ser antiguos, arneses del tiempo de las cruzadas, fabricados en alguna armería del Rastro; libros raros, tan raros que nadie los conoce ni los ha leido nunca; porcelanas que podian muy bien haber salido de la fábrica de la Cartuja; nada omitió el bueno del banquero, á fin de que los revisteros de los salones hablasen de sus gustos artísticos y de las maravillas de su mansion señorial.

Cuando se vió rodeado de todos aquellos objetos, creyóse efectivamente hombre superior y sólo hablaba de poesía, artes y filosofía, mostrando verdadero desden hácia las empresas y jugadas bursátiles ó comerciales, en las que era sin disputa una notabilidad.

A fuerza de ostentar las cualidades que no tenia, concluyó por persuadirse á sí mismo de que no era el lujo y la moda el móvil que le habia impulsado, al amalgamar tantas cosas preciosas, sino el gusto, el instinto, la pasion.

Era el Don Quijote de la literatura y de las artes.

Residia generalmente en Valladolid y pretendia ser el Salamanca de la localidad. Como el banquero de Madrid compró para su esparcimiento y recreo la posesion de Vista Alegre, el banquero Ruiz echó el ojo á un castillo desmantelado, perteneciente á un título arruinado y derrochador, y no paró hasta hacerse dueño de la mansion señorial que está situada á dos leguas de aquella ciudad, y es conocida con el nombre de *Castillo de las Veletas*, porque tiene cinco. Restauró las torres ruinosas, trasformó la extensa huerta en jardin, puso sobre el porton el escudo de armas de los Ruiz, que estaba compuesto de una encina en campo de *sot.:r*, ó séase amarillo como alusion á la paja. Y hechas todas estas cosas creyó el banquero vallisoletano que no le faltaba ninguna de las filigranas de la distincion.

Una sola contrariedad nublaba el risueño horizonte de su existencia. Habia en Valladolid otro banquero llamado Ranz que brillaba tambien por su buen gusto y ostentacion.

Sólo Ranz podia competir con Ruiz; sólo Ruiz preocupaba á Ranz; así es que habia una hostilidad, velada bajo las más exquisitas formas, entre Ruiz y Ranz.

Pero indudablemente Ruiz era superior; lo que él afirmaba; «la naturaleza me ha hecho poeta y artista y únicamente el *fatum*, como decian los antiguos, ha podido sumirme en la prosa de los negocios.»

Estos tipos, poseidos de una manía saliente, son más numerosos en las provincias que en la capital.

Ruiz era viudo y tenia una hija única que se habia educado en las Salesas Reales de Madrid y á la cual su padre sacó del convento poco despues de cumplir los diez y siete años, trayéndola á su lado á Valladolid.

II

Una tarde del mes de julio, apénas hubo llegado el telégrama de la cotizacion de la Bolsa de la corte, un jóven entró en el despacho del banquero; y como es el galan jóven de esta historia, me veo obligado á decir cuatro palabras acerca de él.

Tenia buena figura y una fisonomía agradable y expresiva; sus ojos, aunque no grandes, eran vivos é inteligentes; sus labios demasiado finos para hombre; su nariz algo aguileña, y habia en todos sus ademanes gracia y soltura.

Se llamaba Joaquin Morales, era natural de Cáceres y tenia un deje extremeño que le favorecia mucho. Antes de entrar de tenedor de libros y sotacajero en casa del banquero Ruiz, habia estado tres ó cuatro años en una de comercio en Madrid.

Vestia con gusto, como exigia su edad de 25 años.

No hallando en el despacho á su principal, miró á través de los cristales de una ventana, y le vió en el patio despidiendo á su émulo y compañero el banquero Ranz.

Súbito se abrió una puerta y se presentó á medias en el umbral una jovencita rubia, muy linda, que tenia todo el aspecto de un ratoncito temeroso.

—¡Joaquin!—dijo en voz muy baja.

—¡Chit!

—¿Has hablado á mi padre?

—Está abajo.

—¿De modo que no has hecho nada?

—Es verdad, pero en cambio he pensado mucho.

—¿En qué?

—¡Picarilla!

—No vayas á hacerte un lio cuando hables á papá.

—No temas. Aquí está. Vete.

—¡Joaquin!

—¡Rosario!

—Una palabra...

—Dí.

—No, dí tú.

—¡Te amo!

La jóven cerró la puerta al oir las pisadas de su padre. El banquero entró con aire grave y viendo á su dependiente, dijo:

—¿Me traes la cotizacion de hoy? Es inútil, dásela á don Ignacio. No obstante, le echaré una ojeada.

Joaquin alargó la cotizacion al banquero y aguardó.

—¿Tienes algo qué decirme?—preguntó éste.

—Sí señor.

—¿Alguna queja?

—No señor. En fin, hágame V. el favor de oirme: es cosa breve.

—¡Vaya hombre! Estás agitado. Yo tengo gran instinto, instinto de artista; me parece que adivino...

—Quizá.

—Tú estás enamorado, ¿eh?

—Como un loco.

—¡Bravo, hombre! El amor es la poesía; me muero por estas cosas. ¿Quieres casarte, acudes á mí? Nada más natural. ¿Quién es ella?

—Una maravilla.

—Lo supongo ¿Te corresponde?

—Tiene una dote de millones. ¡Y yo soy tan pobre!

—¡Matrimonio desigual! Pero si ella te quiere... ¿Me pides consejo? ¿Qué he de decirte yo, sino que haces muy bien? No todo ha de ser prosa, cálculo, avaricia: ya conoces mis ideas.

—¿De modo qué V. aprueba?...

—¿Pues no he de aprobar, hombre? ¿Por quién me tomas? Deja á los decrépitos la conveniencia, la lógica, el positivismo: eres jóven é inteligente y debes elevarte. Arte, amor, libertad: hé aquí la verdadera trilogía. En fin, te repito que si amas, obtengas á toda costa: la aspiracion es sagrada, el astro busca infaliblemente su conjuncion. No cesaré de decírtelo, de impulsarte, de sostenerte para que no caigas del hipógrifo alado á la tierra. ¡Basta de trabas, de rutinas! En este siglo todas las cimas deben ser accesibles... En fin, ya conoces mis ideas.

—Sí señor.

—Sabes como pienso. Hay cosas que me electrizan, que me consuelan de este mundo de los negocios. He nacido poeta, artista; no consentiré que te atrofies como yo en el marasmo de los miramientos sociales. Si algun influjo ejerzo en tí, si tu aspiracion está basada en el amor, cásate y cásate pronto: cuenta conmigo.

—Lo haré el dia que V. elija.

—Eso no me atañe. Tu adorada tendrá padres, parientes. Si quieres te acompañaré, te escudaré con mi respetabilidad. Vamos á verlos.

—No hay necesidad, querido principal; mi amada no tiene más que padre, y este padre es usted.

—¡Yo!

—Sí.

—¿Con que yo?

—Usted mismo.

—¿Amas á Rosario?

—Sí señor.

—¿Tú?

—Yo, sí.

III

—¿Con que amas á mi hija? Pero si no tienes un céntimo, amigo mio, y ella... Vamos, estás loco... Déjame que te examine el cráneo, porque debe haber en él alguna lesion orgánica; quizá te has dado un golpe sin sentirlo... Vaya, querido, permíteme que me ria.

RAMON DE NOVELDA

(Continuará)

¡Á BAÑARSE!

(ARTÍCULO DE VERANO)

—Es necesario arreglar el mundo...

Un lector.—Efectivamente; el mundo está muy perdido, y si Dios no lo remedia...

Advierto al lector que la señora marquesa de Agua-Tibia, que en este momento tiene la palabra, no se mete en filosofías.

La señora Marquesa es lo bastante despreocupada para que no le importe un ardite el desquiciamiento del globo terráqueo, con tal de que á ella no alcance el cataclismo.

Sólo hay una calamidad, ante cuya perspectiva tiembla y se desvanece la señora Marquesa; parecer *cursi*... Lo *cursi* la horripila, la anonada, la pone fuera de sí, y preferiria cien veces toda una eternidad de tormentos á un segundo de *cursilería*.

Para la señora Marquesa lo *cursi* varía con las estaciones; en el invierno, por ejemplo, es no tener abono en el Teatro Real; en el verano no ir á baños. ¡No ir á baños!..

Esto es incomprensible, verdaderamente incomprensible. La señora Marquesa se devana muchas veces los sesos, pensando qué hará toda *esa gente* que se queda en Madrid durante la época estival. ¡Qué hará!... Asarse, señora Marquesa, asarse como castañas. Yo certifico.

***

La señora Marquesa es buena y sencillota, hasta la pared de enfrente. Vedla en este momento dando órdenes á sus numerosos criados con librea de cangrejo cocido, corriendo de un lado para otro con ratonil vivacidad, disponiéndolo todo, inspeccionándolo todo, no olvidando ninguno de esos pequeños y enojosos detalles, de esos preparativos que preceden á una larga excursion...



LA CITA EN EL BOSQUE, cuadro por W. Amberg

Como mujer, doña Eduvigis es inapreciable; como Marquesa.... Nadie reconoceria á través del ampuloso título á la que años atrás se llamaba simplemente la *Boticaria*... ¡Ya lo he dicho!... La señora Marquesa no gusta de estos recuerdos; se pone nerviosa cuando algun indiscreto comete la inconveniencia de traer á colacion aquellos dias en que su noble esposo, farmacéutico, vendia la botica y algunas tierras, se trasladaba á Madrid, jugaba á la Bolsa, hacia un empréstito al Gobierno y recibia de éste, como recompensa de tan inverosímil patriotismo, un título nobiliario.

La señora Marquesa odia estos recuerdos; los considera insípidos, innecesarios, de mal tono, y hasta *cursi;* casi tanto como el no ir á Biarritz y á la Suiza.

Corramos, pues, un velo; ¿á qué molestar á doña Eduvigis?

***

El señor Marqués habia nacido para boticario, pero el boticario no habia nacido para Marqués.

Su centro de actividad era el mortero.

Nuevo Adam, dejóse seducir por Eva, ya trastornada por el demonio de la vanidad.

Eva lo trajo á Madrid; Eva lo metió en la Bolsa, en la política... ¡en el infierno! como decia con ocurrente desesperacion el señor Marqués.

Eva lo llevó á los bailes y á los teatros, cuando su opresion de pecho y su asma no le permitian respirar la atmósfera viciada de los coliseos y de los salones.

Eva le condujo tambien á baños, cuando su reuma no podia soportar de ningun modo la humedad.

Eva, en fin, lo arruinó.

Y Eva, la señora Marquesa se entiende, que tanto odiaba la *cursilería*, vino á caer sin saberlo, en lo más *cursi* que se conoce.

¡No tenia dinero!

***

—Es necesario arreglar el mundo,—decia la señora Marquesa en el momento en que la presentamos á nuestros lectores.—Es necesario ir por mi sombrero, casa de la modista, casa del perfumista, á esta parte, á la otra, á la de más allá...

Y las libreas encarnadas como pimiento de la Rioja, iban de un lado para otro, se cruzaban en todas direcciones, se multiplicaban, prontas á cumplir las órdenes de la *superioridad*.

El señor Marqués, sin prévio convenio, sin quitarse el sombrero siquiera, entró en el gabinete.



EL GUARDIAN DEL GANADO, cuadro por Max-Lebling

Y era que el boticario no renunciaba á sus derechos.

Luégo, encarándose con su esposa, exclamó:

—¿Qué es esto, Eduvigis?... ¿Te has vuelto loca?

—¿No nos vamos esta tarde?

—Tienes razon. Nos vamos... al pueblo, á ver si mi sucesor me admite de dependiente en la que fué mi botica...

Doña Eduvigis cayó desplomada en una butaca, aplastando una caja de abanicos.

—¡Marqués! – gritó con voz ronca.

—Déjate de marquesados, y vamos al asunto.

—Pero los baños...

—¿Y con qué dinero? ¿No sabes que estoy arruinado?.. Hoy he recibido en la Bolsa el último golpe, toda mi fortuna, todo cuanto poseia... ¿Quién sino tú me ha metido en estos líos?...

—Pero las de López que van á Cauterets.

—Buen provecho les haga.

—Y la del Bombo á Arcachon...

—Que se diviertan.

—¡Qué dirán!...

—Me importa poco.

—¡A mí no, Marqués!..

—¡Basta!

—¿Es decir que no salimos?...

—Sí, salimos esta misma noche, para... Extremadura.

—¡Renunciar á los baños!...

—Nada de eso. Todavía conservamos allí una huerta con su magnífica balsa, donde muy holgadamente pueden zambullirse todos los personajes del almanaque de Gotha.

* * *

Y al otro dia decian las tarjetas profusamente repartidas por Madrid:

«Los señores marqueses de Agua-Tibia se despiden para Suiza»

—¡Qué caprichosa es la Marquesa!—decia leyendo el pedazo de cartulina *un amigo de la casa*.—Ahora se le ha puesto en la cabeza ver el *Simplon*.

—Pues excusaba el viaje,—contestó otro amigo por el estilo de los de Benito.—¿Tiene más que mirar á su esposo?

* * *

EL CERCADO AJENO, cuadro por R. Assmus

Este artículo es una verdadera venganza. En secreto puedo decir que envidio y aplaudo á todo el que en esta época abandona la corte, para que los asilados de San Bernardino y los cesantes puedan ahogarse á sus anchas, y coger tabardillos é insolaciones sin que nadie les moleste. ¡Hombres felices!... ¡Hombres sabios que, *huyendo de la quema*, buscais playas deliciosas y atmósfera refrigerante, que sumergis vuestros cuerpos en San Sebastian, en *Eaux-Bonnes*, *Luchon* ó *Vichy*, que regalais vuestros pulmones con el ambiente perfumado de la Suiza, y vuestros ojos con la perspectiva del Mont-Blanc ó del San Gotardo!... Yo os venero, os admiro, os abrazaria de buena gana... si pudiera hacer lo mismo que vosotros.

Pero entre tanto, me vengo de vuestra dicha escribiendo artículos *disolventes*.

Es lo ménos que puede hacer uno que se va á bañar... ¡en tina!

MÁRCOS CALVO Y BUSTAMANTE

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

(Conclusion)

Irene ausente, la puerta abierta, aquella música, el hogar apagándose demostraba estar abandonado hacia largo rato; todo se presentó á la imaginacion de Andrés, cuyos ojos lanzaron una mirada horrible y cuyo rostro contrajo con un gesto trágico.

Eran celos que con su luz siniestra abultaban todo aquel conjunto de circunstancias extrañas.

Todo fué de una rapidez instantánea. Al volverse para mirar al rededor vió á la puerta á Irene, que le sonreia con la inefable gracia de la felicidad inocente, y su boca sonrosada se abria para dar la bien venida á su esposo.

Habia tanta candidez, tan ingenua alegría en aquel semblante, que Andrés no pudo ménos de sentir una reaccion súbita en sus sentimientos.

—¿Dónde estabas?—preguntó.

—Me he dormido, y no sabiendo qué hora era, he salido á ver si te veia volver y por una piedra para el hogar.

Era una explicacion natural y sencilla. ¿Y el sonido del violin? No era extraño que pobres muchachos saboyanos atravesasen las montañas en la triste Odisea de su miseria, para ir á ganar la vida recorriendo el mundo y destrozando los oídos del prójimo.

Andrés cenó sombrío y se acostó silencioso. Pero



JUNTO AL MAR, cuadro por G. Bos

despues de una noche inquieta, las nieblas que la duda habia amontonado en su imaginacion desaparecian al resplandor del sol del nuevo dia, ante la ingenua alegría de su esposa y merced á las dulces caricias de su hijo.

VI

A veces las desgracias se anuncian.

Son indicaciones vagas y extrañas á que no damos importancia, y sin embargo, son infalibles.

Parecen á los relámpagos lejanos que brillan al extremo del horizonte, precursores de la tormenta, cuando aún el cielo está sereno; ó á las notas discordes de la sinfonía, cuando aún el teatro está vacío.

Andrés desechó aquellos pensamientos celosos, como una preocupacion injustificada y culpable de que casi tenia remordimientos.

Es más: por una reaccion nerviosa muy natural, despues de la inmotivada tristeza que le habia asediado aquella tarde, se sintió más alegre, más feliz que nunca, y como una expiacion de aquellas ofensivas sospechas, nunca le pareció que habia amado tanto á Irene, ni que era tan digna de ser amada como en los dias que siguieron á aquel.

Porque pasaron tres, tres dias en que la vida aislada y tranquila de aquella familia perdida en la soledad no se alteró en lo más mínimo, siguió monótona y feliz como hasta entónces.

Pero al cuarto dia un suceso insignificante, pequeño, como todos los que deciden de nuestro porvenir, perturbó de nuevo aquella felicidad y aquella calma.

Habia Andrés abandonado su choza al salir el sol, segun su costumbre, y pocas horas despues perseguia á una gacela que tenia su madriguera al lado de un torrente. Un paso en falso le hizo escurrirse y cayó en el agua.

El contratiempo no era grande; pero la pólvora se habia mojado y no habia medio de continuar la caza. Así, le fué preciso volver atrás, y, contra su costumbre, volver á su casa á hora desusada.

¿Qué remedio, si siempre sucede así? ¿si siempre que un marido engañado ha de descubrir su deshonra, la fatalidad lo lleva por la mano á sorprender al seductor?

Irene estaba sentada delante de la puerta; Andrés la vió de léjos mucho ántes de llegar; parecia no apercibirse de la presencia de su marido hasta que oyó de cerca sus pisadas.

Entónces se levantó y le preguntó la causa de su impensada vuelta.

Despues le dijo:

—Entra: hay un forastero.

Andrés miró al interior.

Un muchacho como de veinte años, miserablemente vestido, estaba comiendo, sentado en el arcon dando la espalda á la puerta. Delante tenia un violin envuelto en una funda de hule.

Andrés sintió erizarse sus cabellos. Le pareció que aquel violin sonaba como él le habia oido pocas noches ántes.

Cuando se apercibió de su presencia, el violinista se levantó. Parecia muy avergonzado, y con un marcado acento extranjero se disculpó bastante torpemente por haber hecho alto en la cabaña del cazador.

—Estaba rendido,—añadió,—y además me habia extraviado completamente. He visto de léjos esta casa y me he acercado para preguntar mi camino. Acabo de llegar y estaba comiendo un bocado, despues de haber pedido permiso á la señora.

Los cumplimientos no fueron muy expresivos. La confusion del uno y los temores del otro los repelian mutuamente.

El viajero siguió comiendo, y Andrés, fingiendo hallarse cansado, se acostó y cerró los ojos como si durmiera.

A poco rato el muchacho guardó los restos de su comida en el sucio zurron, cuyas cintas ató: despues se puso en pié, se echó el zurron á la espalda, cogió el violin debajo del brazo, arrojó á Andrés, que permanecia inmóvil, una mirada de desconfianza, y salió.

Entónces el cazador se incorporó y prestó oído.

El acento extranjero del violinista se oyó preguntando á Irene su camino. La voz tranquila de esta le indicaba la senda que más rectamente conducia al próximo valle. Ni en sus palabras ni en sus acentos habia nada extraño ni sospechoso.

Se despidieron con igual naturalidad. Irene entró. Su mirada límpida sostuvo sin pestañear la profunda é investigadora de Andrés.

Este cogió de nuevo su escopeta y salió á su vez.

Fuera intencion deliberada, fuera impulso inconsciente de sus pensamientos sombríos, ello es que siguió una direccion paralela al camino que conducia al valle.

A poco rato divisó en un claro que dejaba ver la senda á bastante distancia por debajo del sitio en que él estaba al extranjero, con su morral y su violin, que apoyado en su baston, caminaba con el paso lento del hombre cansado.

Andrés le miró fijamente y de tal modo, que si las miradas pudieran sentirse, aquel hombre hubiera vuelto la cabeza.

Despues el cazador llevó la mano derecha á la llave de su escopeta como para montarla, pero se detuvo y quedó inmóvil.

Entre tanto, el músico siguió andando reposado y tranquilo, y bien ajeno al peligro que acababa de correr, desapareció tras de unos árboles.

Entónces un desfallecimiento pareció apoderarse de Andrés, que dejó la escopeta en el suelo, y se sentó, una pierna extendida, sujeta la otra por la rodilla, con las dos manos cruzadas é inclinada la cabeza sobre el pecho.

Pensamientos encontrados, ilusiones y sospechas, trababan en su imaginacion esa horrible lucha en que la duda y la fe se disputan la victoria.

Sus antiguas sospechas renacian; los hechos de aquella noche en que su corazon leal le habia avisado del peligro se abultaban, combinándose con los que acababan de tener lugar.

No habia duda; Irene le engañaba. No era la primera vez que aquel hombre atravesaba el dintel de su casa, albergue hasta su llegada de una felicidad tan pura.

Y el grito de despedida de esta felicidad que para siempre habia huido de su morada, habian sido aquellas notas del violin, que el viento habia traido á su oído con un acento tan patético.

Despues la fe se rehacia, y combatiendo siempre contra la duda en aquella lucha que se libraba en su cerebro, parecia vencerla.

¿Cómo dudar de Irene? ¿Cómo en aquel corazon tan puro podia caber tan odioso delito? Su mirada tan inocente y candorosa como cuando era niña ¿podia mentir? No; aquellas sospechas eran una ofensa y un crímen. Por otra parte, ¿en qué se fundaban? En nada positivo. Aquella música lejana podia ser producida por algun otro muchacho vagabundo que atravesase tambien las montañas y que sorprendido por la oscuridad, medio muerto de miedo en aquellas soledades, tocaba su violin para acallar con sus sonidos los ruidos pavorosos de la noche. Lo que acababa de pasar tampoco tenia nada de extraño. ¿No los habia visto indiferentes, ella sentada á la puerta, él comiendo sobre el arca?

Pero aquella música que cuatro dias ántes habia oido volvia á sonar dentro de él, y como si hubiera sido un cántico de guerra que en aquel combate que continuaba á cada momento más encarnizado, hubiese animado el valor de la duda, esta volvia á conquistar el terreno perdido.

Y Andrés siguió pensando así:—Pero cuando yo volvia á la cabaña, ellos pudieron verme de muy léjos, y yo á ellos no, porque el sol que me daba en los ojos me cegaba, y tuvieron tiempo de colocarse como los he encontrado.

De este modo siguió pensando, inmóvil, en la misma postura, presa de sentimientos diversos, sin poder llegar ni á una afirmacion, ni á una negacion.

Y pasaron horas y más horas, y aquel combate que en su interior habian trabado la duda y la fe continuó reñido y encarnizado, sin grandes ventajas para una otra parte.

Y cuando ya muy caida la tarde se dirigia á su choza, cada uno de los combatientes se habia retirado á su campo, y la victoria habia quedado indecisa.

VII

El resultado de aquellas vacilaciones fué que Andrés se decidiera á disimular y á esperar.

No esperó largo tiempo.

Como el fingimiento era tan impropio de su carácter, procuró estar aún ménos tiempo que el de costumbre al lado de su mujer, con objeto de ocultar el estado de su ánimo.

A la mañana siguiente salió, pues, con el alba. Todo el dia estuvo recorriendo los alrededores, ú oculto tras de las peñas y los matorrales, sin perder de vista la puerta de la choza.

Desde allí vió á Irene que salia, entraba, remendaba su ropa, paseaba el niño al sol, ó le mecia sobre su falda. Despues salió entornando la puerta, y se alejó por una senda que seguia direccion opuesta á la que conducia al valle. A pesar de esto, el corazon de Andrés se agitó con violencia.

Pero Irene volvió á poco trayendo porcion de leña seca en el delantal. El dia pasó sin más incidentes.

Andrés volvió á su cabaña. Todo estaba como en otro tiempo; el niño le abrazó, Irene le recibió con su inocente é ingenua mirada.

El corazon de Andrés se ensanchó; estuvo ménos sombrío, las nubes de su alma comenzaron á disiparse, y por un momento la alegría volvió á reinar en aquel hogar en que ántes habia tenido su trono.

Al otro dia sin embargo, Andrés resolvió observar todavía, salió á la misma hora, y dando un rodeo se colocó en un sitio desde donde podia ver sin ser visto.

Era al borde de una sima, que se hundia peñascosa y profunda como la boca del abismo. La mirada no podia descubrir el fondo, que se perdia en densas sombras. Malezas y matorrales la rodeaban, y por el lado en que estaba Andrés, un grupo de arbustos de retorcidos troncos se inclinaban sobre el borde. Desde allí se veia la choza.

Pasaba el tiempo lento y pausado sin que Irene saliese, pero al fin se la vió aparecer sobre el dintel; anduvo algunos pasos y al llegar al principio del camino del valle, se puso la mano delante de los ojos como una pantalla y miró; despues volvió á entrar.

A poco repitió la misma operacion, y luégo otra vez. Parecia esperar á álguien que tardaba.

Andrés sudaba y al mismo tiempo temblaba de frio, y su boca estaba seca como si tuviera calentura.

Por fin la cuarta vez, despues de mirar largo rato, Irene vió sin duda lo que esperaba, porque comenzó á agitar sus brazos como dando la bienvenida á álguien que llegaba.

En efecto, á poco, un hombre apareció.

Era el violinista, el extranjero; el mismo con su aire de cansancio, su traje harapiento, su zurron á la espalda, su baston en la mano y su violin debajo del brazo.

Se acercó á Irene, que parecia contenta y feliz, con la misma expresion en el rostro con que tantas veces habia recibido á su marido.

Ambos amantes se cogieron las manos como dándose la bienvenida, y acercando sus rostros se dieron un beso.

Lo que pasó en el alma de Andrés no puede describirse: se enderezó dando un rugido, y apretó la escopeta.

Desde donde él estaba hasta donde estaban ellos, habia la distancia de un tiro de bala, y su ojo experto de cazador era certero

En tanto el músico habia pasado el brazo al rededor del talle de Irene, y ambos se dirigieron á la puerta de la choza. En aquel momento Andrés los veia completamente de frente. Se echó la escopeta á la cara y apuntó con calma y cuidado.

Sonó el tiro.

El músico se desasió de Irene y dió un paso atrás, se llevó ambas manos á lo alto del pecho, casi junto á la garganta, vaciló y por último cayó de espaldas.

El más espantoso terror se pintó entónces en las actitudes de Irene. Extendió los brazos, miró al rededor suyo, al vacío, á todas partes, sin saber adónde, dió dos pasos hácia la casa, luégo retrocedió, y por último, como si venciese en ella el amor al terror, cayó de rodillas junto á su amante moribundo.

Entónces Andrés, lívido, pero tranquilo, adelantó su pié izquierdo apoyándole en una rama que avanzaba sobre la sima, y con el otro tiro que le quedaba hizo fuego. Irene cayó.

Al verla caer, Andrés abrió los brazos y soltó la escopeta. Al mismo tiempo la rama en que se apoyaba se tronchó. Por un impulso instintivo quiso echarse atrás; pero ya era tarde.

Su cuerpo, desgajando las ramas y haciendo crujir las hojas, se hundió en aquel abismo.

VIII

Si la presencia de Andrés habia sido en otro tiempo objeto de comentarios en las aldeas, no lo fué ménos su ausencia.

Pasó todo un invierno, el interminable invierno de aquellos valles, sin tener noticias, y su desaparicion misteriosa confirmó las opiniones recibidas respecto á él.

Despues comenzaron á circular siniestros rumores de restos humanos hallados cerca de la choza; evidentes señales de crímenes horribles que crispaban los nervios, que hacian morir de terror, y que parecian dar á las sombras en las cocinas en que de esto se hablaba, formas extrañas y movimientos pavorosos.

Y una tarde por último, varios chicos armados de perchas, corrian con estrépito por la ribera del rio, hinchado por el deshielo, y trataban de apoderarse de un objeto extraño que arrastraba la corriente.

Cuando lo cogieron, su posesion fué causa de riñas y combates, de pescozones y de pedradas.

Era la caja, medio destrozada y sin cuerdas de un violin.

FÉLIX REY

EL ARTE POR EL ARTE

I

El sitio habia estado tan bien elegido, que era punto ménos que imposible que nadie me hubiera visto. El golpe habia sido tan certero que mi víctima no pudo lanzar ni el más débil gemido. Más aún, lo agudo del arma y la fuerza de mi brazo habian producido una de esas heridas en que no se vierte una gota de sangre. Ni una mancha, ni esas huellas que en el traje ó en la persona deja siempre la lucha podia delatarme. Sólo me faltaba hacer desaparecer el cadáver y por fortuna contaba para ello con tres elementos importantes: una sangre fria imperturbable, todo el tiempo que quisiera tomarme y el rio que corria á mis piés y que precisamente por aquella parte tenia una profundidad á que no alcanzaba ninguna sonda.

Yo, que lo tenia todo previsto, al atar al cadáver la pesada piedra que habia de llevarle al fondo, lo hice con una cuerda que llevaba de intento y que en vez de estar tejida de cáñamo lo estaba de sutilísimos alambres. Mi objeto era que en ella la accion de las aguas fuera tan lenta, que ántes de romperse, el cuerpo de mi víctima completamente putrefacto no pudiera subir á la superficie mas que en tan ligerísimos fragmentos que imposible fuera sospechar su procedencia.

Todo lo hice como lo tenia pensado. Abrigaba la completa seguridad de que mis manos no temblarian, y con efecto no temblaron. Con un nudo de una solidez inquebrantable quedó sujeta la piedra á las partes óseas del cuerpo, el cual arrastré con un vigor que nadie hubiera sospechado en mí. Poco despues, la rizada espalda de aquel rio que traia á mi mente el recuerdo de todos los idilios de mi juventud, se abrió con una especie de gemido fúnebre, una serie de círculos concéntricos turbó algunos segundos la tranquilidad de la corriente y luégo todo volvió á quedar en perfecta calma. Mi pulso mismo no revelaba otra alteracion que la consiguiente al esfuerzo físico que acababa de hacer.

Verdad es que yo estaba satisfecho. La prueba de ello es

que nunca como aquella tarde he gozado con los encantos de la naturaleza. El dulce piar de los pájaros llamando á sus hijuelos de la dulce paz del nido; el manso susurro de las hojas perezosamente agitadas por el viento; la estridente canturia del grillo que desde los trigos parecia responder al no ménos desapacible gemido de la rana que zambullia su antipático cuerpo en el légamo de la alberca; la voz áspera del labriego que á lo léjos se oia estimulando la pesada marcha de sus bueyes; todo, en fin, despertaba en mi alma una placidez y un contento de que pocas veces habia disfrutado.

Era indudablemente el estado de ánimo del artista que ha llevado á feliz término su obra. Porque yo no habia realizado aquel crímen ni por odio, ni por venganza, ni por codicia, ni por ninguno de esos ruines móviles que llevan al hombre á cometer actos de que, las más de las veces, no tarda en arrepentirse. Mi mano se habia movido como la del pintor que arranca de la paleta los colores para trasladarlos al lienzo, porque una fuerza superior, la fuerza de su concepcion, le arrastra á ello.

II

Desde los primeros años de mi adolescencia una aficion irresistible á la lectura me habia hecho olvidar todo otro estudio. La novela en cuanto tiene de real, la historia en lo que tiene de novelesco, producian en mí una fiebre insaciable que no se apagaba jamás. Como el hidrópico devora vasos y vasos de agua, así devoraba yo volúmenes y más volúmenes sin verme satisfecho nunca.

Pero, lo confieso, ni las dulzuras del idilio, ni las grandezas de la epopeya lograban conmoverme. Mi género predilecto, el único género que yo admitia, era ese que se dedica á honrar reales ó ficticios crímenes. En el terreno de la fantasía Gaboriau me electrizaba. En la vida real, los héroes que hacian latir mi pecho de entusiasmo eran Cartouche y José María, Lacenaire y Candelas, Troppman y los Siete niños de Ecija.

Y sin embargo, lo mismo en la novela que en la historia, encontraba pequeñas las figuras. Aquellos maestros que en los mejor meditados crímenes dejaban siempre un cabo suelto del que más tarde ó más temprano se apoderaba álguien, me daban lástima. Yo me sentia superior á ellos; mi arte encontraba resortes desconocidos... Si yo quisiera indudablemente los eclipsaria.



EN HUNGRÍA

Esta idea brotó en mi mente como todos los pensamientos que se salen de lo vulgar. Primero fué una sombra confusa, despues se fué haciendo luminosa, al cabo llegó á ser como una obsesion de mi espíritu que me robaba el sueño y la tranquilidad. La lectura, léjos de calmarme, lo que hacia era añadir leña al fuego. Por fin comprendí que aquello era una especie de mision que me tocaba cumplir sobre la tierra, y aceptándola, todo lo subordiné á ella.

No puedo decir que escogí la víctima; la casualidad fué la que me la deparó. Ni odio ni compasion sentia hácia ella. ¿Piensa acaso el naturalista en los tormentos que sufrirá el reptil cuando le clave el escalpelo? En lo que yo pensaba era en que el asesinato resultara un modelo en su género. Nada de recursos rebuscados y violentos. La *difícil facilidad*, supremo secreto del arte, era lo que yo buscaba y lo encontré.

Por no ser prolijo omito aquí las mil circunstancias que tuve en cuenta. Creo que la sucinta narracion que he hecho al principio de cómo perpetré el asesinato, basta para dejar comprender que habia realizado cuanto soñaba. Mi obra era una verdadera obra maestra en la que se veia el sello del genio subordinado á la inflexible lógica del más frio cálculo, y yo estaba contento de mí, tan contento que aquella noche me entregué por completo á lo que pudiera llamarse una ruidosa orgía psíquica.

Ahito de satisfaccion, borracho de orgullo, despues de haber saboreado todas las voluptuosidades de la pasion satisfecha, caí por fin en el lecho. Cuando mis párpados se cerraban me parecia asistir en vida á las más grande apoteósis que han presenciado los siglos.

III

Mi sueño, sin embargo, fué breve como un soplo. Apénas habia empezado á gozar del reparador descanso, una idea penosa me despertó sobresaltado. ¿Era el remordimiento? Nada ménos que eso. El torcedor que, como el buitre á Prometeo, comenzaba á roerme las entrañas, era muy otro. Mis transportes de entusiasmo no me habian dejado ver que me encontraba en situacion parecida á la del escultor que despues de haber superado en pureza de líneas á Fidias y á Praxiteles, en fantasía á Juan Goujon y Felipe de Borgoña, se viera precisado á enterrar su estatua cien codos debajo de la tierra.

Si por el pronto me habia bastado la íntima satisfaccion de mi triunfo, entónces aquello me parecia poco.

Sentia comezon de contárselo á todo el mundo; hubiera querido tener cien bocas para erigirme en heraldo de mi propia fama, y no obstante comprendia la dificultad que tal cosa me ofrecia. Hablar, era convertirme en ese hilo suelto que nadie más que yo habia tenido el talento de cortar á cercen.

Semejante pensamiento, aferrado á mi cerebro como un círculo de hierro candente, me producia un tormento mil veces más horrible que la muerte. Aquellas largas noches de insomnio, aquellos dias de una inquietud indecible, me hacian comprender que no podia vivir así y que era forzoso buscar una transaccion.

La transaccion no pudo ser más sencilla. Me quedaba el recurso de dar publicidad al hecho capital dejando en secreto los caminos que me habian llevado á él. Con decir: «Fulano de tal ha sido asesinado tal dia, en tal sitio y á tal hora y el asesino soy yo,» mi triunfo se haria patente á los ojos de todos, desde el momento en que por más pesquisas que se practicaran no se pudiera averiguar nada, absolutamente nada más que lo revelado por mí.

Una vez aceptado este partido, no titubeé más, me presenté en casa del Juez de primera instancia y despues de sostener una animada conversacion sobre diversos puntos, le hice mi declaracion en toda regla.

IV

Pintar la sorpresa con que el digno magistrado acogió mis palabras, asunto es para plumas mejor cortadas que la mia. Mis acrisolados antecedentes de honradez, la justa fama que mi carácter bondadoso hasta el exceso me habia granjeado, hacia tan inverosímil el hecho que aca-

baba de declarar, qué nada tiene de extraño me costara gran trabajo ser creido. Sólo despues de inauditos esfuerzos se decidió el juez á dictar auto de prision contra mí.

El que recuerde haber distraido los ocios de su infancia con un juego que consiste en esconder un objeto é ir diciendo á los encargados de buscarle *frio ó caliente* segun se alejan ó se acercan á él, ese podria tener una idea aproximada de lo que fué mi extraño proceso. Yo, complaciéndome en hacer una indicacion cualquiera, parecia poner sobre la pista al tribunal; pero se interrogaban testigos, se buscaban pruebas y lo único sólido que aparecia siempre era mi propia confesion.

Llegó un momento en que hasta sospecho que hubiera bastado una retractacion mia para darme por absuelto. Mas ¡ay! los que tal pensaban no me conocian. Antes que pronunciarla, ántes que poner mi firma al pié de ella, me hubiera arrancado cien veces la lengua, hubiera cortado á cercen mi mano.

Que me condenaran á muerte ó se contentaran con imponerme unos cuantos años de presidio, eso era para mí lo de ménos. Lo demás era ver mi nombre en todos los periódicos; saber que del inusitado acontecimiento se ocupaba en lugar preferente la prensa de España y del extranjero y que no habia rincon del mundo á que no hubiera llegado el eco de aquel crímen singular.



LA TORTUGA BUITRE

Por desdicha mia, cuando me encontraba en el pináculo, el sol de mi gloria se anubló de repente; el pedestal á que me habia encaramado cayó de un soplo; y de mi fama no quedó más que el asunto de unas cuantas gacetillas insustanciales y de media docena de chistes groseros.

Un dia el escribano entró en mi calabozo y mirándome con una sonrisa mitad burlona, mitad compasiva, me leyó un papel del que sólo entendí una cosa: que se *sobreseia mi causa por falta de motivo para mi procesamiento.*

A lo que entendí más tarde, la clave de tan extraño acuerdo era un exhorto recien llegado de Nueva York, en el que escrupulosamente identificada la personalidad de mi víctima, resultaba vivir allí gozando de la más perfecta salud.

V

¿Se me preguntará cómo era esto posible? No puedo decirlo. Es mi secreto. Baste saber que yo tenia la completa seguridad de mi crímen y que aquel incidente no me sorprendia. Era el toque maestro de mi obra.

Hoy estoy encerrado en un manicomio. La suerte ha hecho que el más excepcional de los criminales se vea convertido á los ojos de todo el mundo en el más vulgar de los locos. Y sin embargo, en medio de tantas penalidades, me queda una satisfaccion, satisfaccion íntima, de que no puedo hacer partícipe á nadie, pero no por eso ménos legítima. El crímen se habia realizado con tanta habilidad que ni á mí mismo me es dado probarle.

ANGEL R. CHAVES



EL SUPLICIO DE UNOS TÁNTALOS, cuadro por S. Dadd

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 14 DE SETIEMBRE DE 1885 — NÚM. 194

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

¿JUGARÁ LIMPIO?... cuadro por E. Grutzner

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¿JUGARÁ LIMPIO?... cuadro por E. Grutzner

Este lienzo es una maravilla de expresion: basta fijarse en el semblante de sus tres personajes para comprender cuáles son los sentimientos de que se hallan poseidos. El que tiene aún los naipes en la mano, el ganancioso sin duda, contempla á su contrincante con aire de triunfo entre compasivo y burlon. A su lado, un miron, de esos que nunca faltan donde se juega y se bebe, sonrie con aire tan mefistofélico que da lugar á sospechar de la imparcialidad é indiferencia con que haya desempeñado su pasivo papel. Y por último, el jugador perdidoso, que no puede contener un movimiento de impaciencia, tampoco puede ocultar cierta sospecha, cierta duda venenosa, respecto á la lealtad con que su competidor le ha ganado los cuartos. Si la sospecha es ó no razonable, cosa grave es de resolver; mas, en caso afirmativo, la fullería no habrá ofrecido grandes dificultades, porque los ojillos y la nariz del víctima revelan que su culto á Mercurio ha sido intermediado con frecuentes libaciones á Baco.

Grutzner ha producido una verdadera obra de estudio, ejecutada á conciencia, que nos recuerda la escuela holandesa, con ciertos toques enérgicos que parecen imitados de Velazquez.

DESPEDIDA AFECTUOSA, cuadro por J. R. Wehle

Representa la escena el sitio más solitario y frondoso de un jardin ó parque del gusto italiano que privaba á últimos del pasado siglo.

Son personajes del drama *él* y *ella*, dos jóvenes que probablemente habrán leido á Florian y que á su manera confeccionan un idilio.

El argumento no puede ser más trivial y sencillo: *ella* ha acudido á la cita de *él;* éste citará de nuevo á aquella. Al dia siguiente, en el mismo lugar, los mismos actores se repetirán las mismas palabras que hoy se han dicho.

Como hoy, se jurarán mañana amor eterno y prolongarán su despedida con una insistencia de *adioses*, parecida á la del duo de tiple y tenor del *Rigoletto*, motivo muy real en el órden amatorio, pero muy pesado y monótono en el órden musical.

Y se volverán á dar la mano con el mismo ceremonioso cariño, y durante la noche, conjugando el mismo verbo, repetirán en el salon del castillo la escena que por la tarde habrá tenido lugar en el parque. Y siempre el mismo respeto, y siempre el mismo compás, porque, despues de los escándalos del tiempo de Luis XV, Juan Jacobo ha puesto en moda los amores honestos y las damas de la corte ordeñan vacas en el Trianon.

A esa época se refiere el cuadro de Wehle, y de aquí cierta falta de calor que en él se observa, dado lo arriesgado del asunto.

ESPERANDO PARROQUIANOS, dibujo por W. E. Marshall

Impresion de viaje ejecutada con facilidad y que da una idea bastante aproximada del paisaje en que tiene lugar la tranquila accion reproducida.

Una jóven alquiladora de asnos aguarda parroquianos para visitar algunos lugares pintorescos de esa costa uniforme, en la cual se estrellan las olas sin rumor y ni una sola roca interrumpe la monotonía de la abrasada arena. ¿Qué atractivo tendrá una expedicion borrical en tales condiciones? Probablemente el que le presten sus componentes, lo cual se parecerá á lo que antiguamente ocurria á los viajeros en España: llegaban á una venta, preguntábanle al ventero:—¿Qué hay de comer?—Lo que usted traiga,—contestaba muy formal el interpelado.

Así sucede en la mayor parte de las excursiones: lo mejor de ellas es el buen humor que cada excursionista aporta al acervo comun: suprímase este elemento y las cabalgaduras asnales impondrán su gravedad al acontecimiento.

EL CERCADO AJENO, cuadro por Jonnard

Bien dijo cierto poeta que nada hay tan dulce y sabroso como la fruta del cercado ajeno. Tal debe haber parecido á las rapazas de nuestro cuadro, porque, ó mucho nos engañamos, ó dejándose seducir por la tentacion, acaban de cometer un delito calificado, hurto con escalamiento.

Sus pocos años, y más que sus pocos años su ninguna instruccion, atenúan su falta, mas ¡guay si su fea conducta queda impune! La inteligencia mal gobernada, léjos de enfrenar los aviesos instintos, se convierte en temible auxiliar de ellos; bien como vémos que la sagacidad de la raposa secunda admirablemente su inclinacion al robo y á la carnicería. ¡Y sin embargo, se da tan poca importancia al cultivo de esa inteligencia, sobre todo en los distritos rurales!...

Apena contemplar á esas criaturas de bello semblante, en el cual el vicio no ha impreso aún ninguna de sus infamantes huellas, desconocer el principio de lo *tuyo* y lo *mio*, sin el cual no hay sociedad posible. Pero ¡es tan natural lo que las ocurre! Vinieron al seno de la familia como los hongos vienen al bosque; de dia vagan por los campos, como los pájaros vagan por el espacio... ¿Tiene algo de particular que el pájaro descienda sobre el campo cuya espiga aviva su hambre?... ¡Es tan fácil saltar al otro lado de una tapia!... ¡Es tan irresistible la tentacion que produce el sazonado fruto pendiente de la elástica rama cuando no se comprende lo que quiere decir *el cercado ajeno!...*

LOS NIÑOS PESCADORES, cuadro por Jonnard

Esta graciosa composicion parece antítesis de la anterior. Muy jóvenes aún, verdaderos niños, dos hermanitos se dedican á la pesca, obteniendo de su trabajo exiguo pero honesto resultado. En el semblante del niño se trasparenta ya algo de la energía del hombre: hay en su continente todo cierta expresion que deja presentir al futuro marino. La niña, donosa en extremo, sigue con verdadero interés la maniobra de su hermano: ella, á su vez, se desposará más tarde con un hombre de mar é inculcará á sus hijos las máximas aprendidas de sus padres: Dois ha proveido espléndidamente á las criaturas honradas y laboriosas.

Aun cuando esta obra de Jonnard carezca de pretensiones, no deja de impresionar de una manera grata: su misma sencillez la recomienda, aparte estar ejecutada con facilidad y tener toda ella una entonacion que la hace merecidamente simpática.

EL DOCTOR RAFAEL SEIJAS,
CANCILLER DE LA LEGACION DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA EN MADRID

Con motivo de la llegada á Madrid del conocido general Guzman Blanco, regenerador de Venezuela y que ha sido nombrado por esta República su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del gobierno de S. M., bueno será que digamos algo del canciller de la Legacion que le acompaña, del sabio venezolano don Rafael Seijas, cuyo retrato aparece en nuestras páginas.

Empezó á servir á su país en el ramo de relaciones exteriores el año de 1846, recien salido de las aulas universitarias. Entró como simple oficial en el despacho, ascendió bien pronto á secretario y en diferentes administraciones ocupó el alto puesto de ministro, debiendo su elevacion á la inteligencia y á las virtudes que lo caracterizan.

Antiguamente sus admiradores le llamaron el inmaculado. En las cuestiones de Venezuela con otros países ha llevado á la discusion la mayor suma de luz, de razon y de convencimiento. Si hubiera nacido en Europa, donde son conocidos algunos de sus trabajos, habria compartido la fama de los más notables estadistas de este continente.

Habla con maestría el italiano, el latin, el francés, el inglés y el aleman; por justicia probada es miembro de la academia venezolana correspondiente de la española de la Lengua, y está condecorado con medallas de muchas naciones.

Es cuanto podemos decir hoy del sabio y virtuoso sujeto que acompaña en la Legacion á su digno jefe el ilustre general Guzman Blanco, uno de los hombres más eminentes de la América española.

IR POR LANA....

(Continuacion)

—Pero hace poco...

—Hace poco era otra historia; hace poco no se trataba de mí.

—Sí.

—No, yo no lo sabia. Tú me hablabas de no sé qué y yo de... de...

—De la poesía.

—¡La poesía!... Eso es muy vago, muy novelesco, muy aéreo, y en el momento en que tú vuelves á lo palpable, á lo real, no hay motivo para que yo permanezca en las regiones de lo imposible.

—Pero...

—Vamos, hazte cargo, te quiero bien, pero hazte cargo; hablemos como amigos. Deseo tu prosperidad y haré lo posible por ayudarte. Creo inútil insistir en lo inconveniente de tu peticion; seria ofenderte: permíteme únicamente que me ria un poco...

—Todo lo que V. quiera.

—Además, tú eres listo, sagaz, sabes donde te aprieta el zapato; mi hija es el pretexto; el fin, la meta, el *desideratum* la dote ¿eh? ¿Te he calado?... ¡Ah! ¡qué idea! ¡qué gran idea! Tengo, tienes, tenemos tu negocio...

—¿Qué dice V.?

—Eres guapo, jóven, inteligente; quizá ganas con perder á Rosario. ¡Qué gran idea!

—Pero me hará V. el favor...

—Oye y admírame. El banquero Ranz necesita un cajero...

—Eso he oido: el que tiene es muy viejo y ya no sirve.

—Hace un momento me preguntaba si sabia alguno de confianza. Te propongo á él, respondo por tí, ganas en sueldo y categoría y punto concluido.

—Pero bien, ¿qué tiene que ver...?

—¡Imbécil! ¿No adivinas? Ranz tiene una hija preciosa, morena, con unos ojos que encienden yesca... y te abro camino para que dés el golpe que aquí has errado.

—¡Ya! pero ¿y su mujer?

—Su mujer es una buena señora, cándida como una paloma... de tí depende catequizarla... la señorita de Ranz tiene dos millones de dote por lo ménos y además una tia rica, á quien heredará. Ya ves si es negocio... ¿eh, qué tal? ¿Sé yo algo?

—¿Cuándo me presenta V.?

—Dentro de dos horas. Iremos al casino.

—¿Y porqué no ahora mismo?

—¡Ah picarillo! Bien te conocia yo. Te falta tiempo para poner los piés en los estribos. ¡Oh dinero! ¡oh positivismo! ¡oh decadencia de los sentimientos y de las costumbres! Cuando yo muera ¡adios poesía! Arréglate un poco, ven á buscarme é iremos en seguida.

—¡Ah señor de Ruiz, gracias! Espero deber á V. mi porvenir.

—Ya me darás las gracias más despacio. Hasta luégo.

Joaquin salió del despacho, y en un corredor encontró á Rosario sollozando; quiso hablarla, pero ella se fué precipitadamente. Lo habia oido todo.

Joaquin se hizo amar de Rosario en virtud de los contrastes, por que eran dos antípodas. Ella inocente, dulce, resignada, rubia, tímida é ignorante del valor del dinero: él sagaz, impetuoso, moreno, emprendedor y pensando en el porvenir.

Rosario amó la primera y Joaquin no pudo desdeñar aquella pasion inocente y profunda de una linda muchacha millonaria. Las relaciones amorosas se establecieron y continuaron con la posible discrecion.

Un dia Rosario dijo á Joaquin:

—Voy á hablar á mi padre de nuestro amor.

El se echó á reir y contestó:

—No hagas tal locura. Se pondria en guardia y te buscaria un novio que no seria yo.

—No conoces á mi padre: desprecia el dinero.

—¡Pobre Rosario! no conoces el mundo.

—¿Crees, pues, que debemos esperar?

—Sin duda.

—Pero ¿me amarás siempre?

—¿Te pregunto si dejarás de ser bonita?

—Papá dice que eres interesado.

—Tiene razon: aspiro á *tí*, que eres todo mi interés.

—No, por palabras no quedarás mal. ¿Pero cuando.....

—Déjate guiar por mí: ya llegará la ocasion.

Sin embargo, la ocasion no llegaba. Era Joaquin demasiado listo para no haber comprendido el verdadero carácter del banquero y no se dejaba mistificar por los extravagantes gustos y huecas palabras de su principal. No obstante, á fuerza de oirle decir tantas tonterías llegó á creerle capaz de hacer una, aunque no fuera más que por consolidar la reputacion de hombre desinteresado. Arriesgóse, pues, á hablar al padre de su amada, no confiando demasiado en el éxito de su peticion, pero tomándolo como base para obrar posteriormente.

Sabemos lo que pasó: el modo con que el banquero pensó en eludir la demanda, y el desencanto de la pobre Rosario creyendo infiel á su amante. Cuando huyendo de su pérfido Eneas, se encerró en su cuarto á llorar y pensar en su desgracia, trató de darse ánimo y hasta se esforzó en creer que habia oido mal y no comprendió la conversacion de su padre y de su amado y que el complot iniciado entre ambos era una cosa absurda. ¡Pobre cilla! ¡Tan cándida! ¡tan enamorada!

IV

Joaquin tomó posesion de su plaza de cajero en casa del banquero Ranz. Su ex-principal hizo como que no se ocupaba de él y no volvió á mentarle en presencia de su hija, creyendo que era el mejor medio de que ella olvidase aquel amorío.

Una noche Ruiz se acercó á su antiguo dependiente, que ojeaba periódicos en el casino y le preguntó en voz baja:

—¿Como va tu negocio?

—Perfectamente; estoy en camino.

—¡Bravo! Ya sabia yo á qué atenerme.

Este diálogo se repitió dos ó tres veces durante mes y medio.

Entre tanto la pobre Rosario se desesperaba. No cabia duda: Isabel, la hija del banquero Ranz, su amiga de la infancia, le habia robado el corazon de su amante; y la prueba era que ya no la visitaba como ántes. Se explicaba este desvío y retraimiento, porque en sus íntimas conversaciones de jóvenes, le habia dado á entender su interés por Joaquin.

Una noche en el teatro, el banquero Ruiz, desde su palco vió al jóven cajero que estaba en una butaca y en un entreacto bajó á hablarle.

—¿Cómo va eso?

—Bien.

—Pues date prisa. Me harás un favor, te lo confieso, porque voy creyendo que mi hija está verdaderamente enamorada de tí. No come, ni bebe, ni habla ni pabla. Se me ha presentado un partido ventajoso para ella; pero temo los lloros, las lamentaciones. Ya me conoces, soy sensible como comprenderias cuando me hiciste tu peticion. Quisiera que te casaras ántes que Rosario; esto simplificaria la cosa. En fin, ya te harás cargo.

—Sí señor.

—¿No dices que todo va bien?

—El melon está maduro, mas no sé cómo calarle. No quisiera que me pasase lo que con usted.

—Trata de encontrar un medio. ¿Para qué sirve la imaginacion?

Al dia siguiente el banquero creyó muy diplomático sondear á su hija é irla preparando para sus proyectos matrimoniales.

—¿Hace mucho tiempo que no has visto á Isabelita Ranz?—la preguntó.

—Desde principios del mes pasado.

—Estará muy ocupada. Segun parece se casa con Joaquin, nuestro antiguo dependiente.

Rosario se fué precipitadamente. El llanto la ahogaba. Tomó una determinacion; escribió á su pérfido ex-amante una larga carta, que concluia con este párrafo: «Contéstame; si lo haces, demasiado sabes que te lo perdonaré todo; si no, tendré la conviccion de que amas á otra y no te escribiré más.»

Parece ser que esta carta obtuvo respuesta.

Cuando los dos banqueros se encontraban en alguna parte y especialmente cuando se despedian, era de ver la expresion entre satisfecha y compasiva con que Ruiz miraba á Ranz, como diciendo:

—¡Pobre hombre!

En este estado las cosas, trascurrieron cerca de veinte dias. Una mañana estando Rosario asomada á los cristales de un balcon, vió á Joaquin que venia hácia la casa; y con esa esperanza inagotable de la juventud, sintió un movimiento de alegría. Como supuso que el jóven vendria á ver á su padre y como este, á aquellas horas, siempre recibia en su despacho, la pobre jóven se fué al gabinete contiguo, desde donde en otra ocasion habia oido cosas que ella no podia olvidar. No está bien hecho escuchar detrás de una puerta, pero en casos semejantes merece alguna disculpa. Desgraciadamente esta vez se confirmó el antiguo adagio que dice: *que el que escucha oye su mal.*

Joaquin entró en el despacho en donde estaba el banquero, con la fisonomía radiante.

—Mi querido protector,—le dijo,—creo que he resuelto el problema.

—¿De veras?

—Sí señor.

—¿Ranz consiente?

—No es eso. Repito á V. que no quiero arriesgarme por segunda vez. Demasiado sé á qué atenerme. Tengo un proyecto más seguro.

—Dí.

—La robo.

—¿A quién? ¿á la hija de Ranz?

—Sí señor.

—¡Soberbio! ¡maravilloso! ¿cómo no se me habrá ocurrido á mí? ¡Magnífico! Descubro en tí una nueva faz; eres poeta, artista, tienes el *quid divinum.* Vamos, explícate, estoy impaciente por saber...

—Es un plan sencillo como todo lo grande. Mi principal se va á Madrid por dos ó tres dias y aprovecho la ocasion.

—Es natural.

—Una sola cosa me preocupa. Seria absurdo ir al ferrocarril. Habia pensado alquilar un vehículo cualquiera; pero si lo hago yo mismo, daré que sospechar. ¿Quiere usted encargarse?

—Eso seria descubrirnos, porque teniendo yo tres carruajes propios, claro es que se comprenderá que no obro por mi cuenta... ¡Ah! ¡qué feliz idea! sírvete de mi berlina.

—Seria abusar...

—Tómala, no seas tonto.

—Pero...

—Te lo mando. Punto concluido.

—Piénselo V., querido protector. El señor de Ranz se extrañará, le pedirá á V. cuenta...

—¡Bah! me importa poco del señor de Ranz. Demasiado sabe que no tengo las mismas ideas que él. El es vulgar, comerciante desde la cabeza á los piés, y no me ha de obligar á que yo lo sea. Yo no imito á nadie, ¿comprendes? Además, hay un medio de conciliarlo todo.

—¿Un medio?

—Ingeniosísimo. Atiende. Te largas, me escribes cuatro letras diciéndome que te has permitido la libertad de usar mi carruaje. Enseño tu carta á tu principal fingiéndome encolerizado; luégo por una hábil transicion concluyo por encontrar chusca la aventura... en fin, corre de mi cuenta; pienso pasar un buen rato.

—Pero ¿cómo justificaremos el medio de que yo me lleve la berlina?

—No tienes inventiva, te ahogas en poca agua. Verás de qué modo tan natural. Voy en mi carruaje al casino, tú estás allí y te lo llevas; el cochero estará advertido. Pasado un rato salgo y me sorprendo ante el portero de no encontrar mi berlina, habiendo mandado me esperase. Vuelvo á subir al círculo y me quejo de la torpeza de los criados, ó de la broma, si han querido dármela, y por último, me voy á pié ó mando por un coche de plaza. Todo el mundo se entera y *tableau.*

—¡Señor de Ruiz, es V. inmenso!

—¿Tú crees?

—¡Divino, obeliscal!

—O... o... o... ¿Cómo es esa palabra?

—Obeliscal.

—Es magnífica: no la conocia. ¡Tengo tantas ideas en la cabeza!

—¿Cómo ideas? ¡mundos, universos y...

—¿Y dónde llevas á tu bella fugitiva? ¿Te vas á América?

—Ni por pienso. Quiero morir aquí; mi ingrata patria tendrá mis huesos. Nos detendremos á una ó dos leguas de Valladolid en la primer posada que encontremos. Vendrá el padre á buscarnos, pero como la hija está comprometida no tendrá más remedio que entrar por el aro. A los ocho dias me caso, á los nueve meses soy padre y á los veinte años soy abuelo, abuelo millonario.

—¡Soberbio! Pero en todas las posadas, fondas, etc. etc., de los alrededores conocen á Ranz, y si hay alguno que le avise á tiempo de evitar el escándalo...

—A media noche no es probable.

—Pero puede suceder y entónces llega Ranz, te da de bofetadas, se lleva á su hija, la guarda bien en lo sucesivo, la casa lo más pronto posible y te quedas á la luna de Valencia.

—¿No he dicho á V. que mi principal se va á Madrid?

—Pero quedan su mujer y la tia de Isabel.

—Es verdad.

—Es mal negocio, malo.

—Sí, tiene V. razon... Ya veo. Si V....

—Si yo... ¿vamos, qué?

—No me atrevo.

—Habla, ¿no me conoces?

—Pues bien, si V. me... me...

—Te veo venir, te calo, te adivino. ¿Quieres que te deje mi posesion de las Veletas? ¿no es eso?

—¡Es V. tan bueno!

—Bien, hombre, sí; te la presto, lo que tú quieras. Esto dará realce á la aventura: ¡como me voy á reir de Ranz! Allí estarás mejor que en un fonducho y evitarás las contingencias. Hé aquí lo que soy; te me presentas con una idea embrionaria, te la tomo, me la asimilo y te devuelvo una obra maestra. ¿Eh? A propósito; en la carta que me escribas disculpándote de haberme tomado la berlina, incluye tambien las *Veletas.*

—¿No podrá V. dictarme la carta ahora?

—No hay inconveniente. Escribe.

—Diga usted.

—Mi estimado y respetable señor de Ruiz: me he permitido la libertad de tomar la berlina de V. El banquero de Madrid, Salamanca, que tiene quince carruajes en su cochera, se ve muchas veces en la necesidad de alquilar un coche, á consecuencia de que sus amigos han dispuesto de los suyos. V. que es el prototipo del buen tono, comprenderá perfectamente estas cosas. Una persona querida y que pertenece á la mejor sociedad ha mostrado deseos de visitar la magnífica coleccion de cuadros y objetos de arte que V. ha reunido en la posesion de las *Veletas* y no era conveniente (subraya el conveniente) llevarla en un carruaje de alquiler. Se trata de un asuntillo (subraya el asuntillo) del cual hablaré á V. al oido cuando nos veamos. Dispense el atrevimiento, como lo que es V.; un hombre superior.—¿Eh? ¿qué te parece?

—¡Admirable!

—¿Verdad que sí? Ahora falta una *postdata*, un final... ingenioso... Escribe .. aguarda... Escribe, Postdata .. post... Escribe: «No diga V. nada de esto á mi principal, porque va á suponer que le robo su hija ó su caja.» ¿Eh? ¿qué opinas de la cartita?

—Que es V. sin par en el mundo. Corro á avisar á Isabel.

—Yo advertiré á mi cochero. Pierde cuidado.

—Hasta luégo.

—Hasta luégo.

V

El jóven se dirigió á casa de su principal y en el vestíbulo encontró á Isabel, que quizá le esperaba. Cambiaron algunas palabras en voz baja, y él entró en el despacho del banquero, que todavía no habia salido para Madrid. Desde aquel instante se sucedieron los acontecimientos con una rapidez vertiginosa, y fueron tantos que no acierto á relatarlos con la debida claridad.

Los marcaré por horas.

RAMON DE NOVELDA

(Continuará)

LA ÚLTIMA NOTA

No hay escuela filosófica que cuente con tanto número de afiliados, ni secta que pueda registrar tantos mártires como el amor propio. Entre todas las debilidades del hombre ésta es, sin duda alguna, la mayor y la más extendida en la especie.

Esto me decia no há mucho tiempo un maestro compositor de música, español, cuyas partituras no sólo son populares en nuestra patria, sino que han tenido la fortuna de traspasar los Pirineos y de ser muy aplaudidas en Francia, Italia y otras naciones. Y como demostracion de su aserto, me refirió la siguiente historia que yo tomé por leyenda, pero que él me aseguró ser relato verídico.

Ello fué que en un pueblo del antiguo reino de Nápoles vivia no há muchos años un lord inmensamente rico, acompañado de su hija, tipo espiritual en cuyos ojos azules parecia trasparentarse el cielo de su alma.

Isabel era el ángel y la voluntad de la casa: lord Melvil habia abdicado completamente en su esposa la direccion y gobierno de la familia, y al perder á tan querida compañera, su hija habia heredado, con los inmensos bienes que aquella poseia, el mando en jefe de la casa.

Harto discreta para conocer el carácter de su padre, respetaba sus horas, sus dias de spleen, que lord Melvil dedicaba generalmente á tocar el violin, permitiéndose de cuando en cuando adular la ejecucion del artista en el arte de Paganini.

Este era el mejor, el más legítimo testimonio de cariño que pudiera darle su hija. En labios de persona extraña hubiérale parecido tal vez una burla sangrienta, no por que él tuviese opinion de no merecer elogio, sino porque era naturalmente malicioso y desconfiado. Pero su hija no podia engañarle, y su hija era artista de corazon; sentia el arte y amaba la belleza.

Cuando Isabel dedicaba alguna lisonja á la maestría de lord Melvil, éste debia juzgarla como justa y desapasionada.

El palacio que habia comprado lord Melvil á la muerte de su esposa, y al que habia trasladado su residencia en union de su hija, única familia que le quedaba, era un templo del arte en todas sus manifestaciones. Isabel habia encerrado en aquel recinto inmensas maravillas de varias épocas, de diversas escuelas y de notables autores.

Allí todo era artístico, ménos los solos de violin del propietario. ¡Pobre hombre! ¡Cuánto hubiera dado él por asombrar al mundo filarmónico, por recorrer las naciones de Europa ofreciendo conciertos, áun cuando fuesen gratuitos, por el solo é inapreciable gozo de verse aplaudido, admirado por los dilettanti de todos los países civilizados!

Esta idea no se borraba de su imaginacion. Pensó en llamar á un profesor que le perfeccionase en el violin, pero temia que aquel mismo pudiese participar á la sociedad filarmónica de Nápoles que lord Melvil estaba aprendiendo á tocar el violin, y este temor le detenia.

Así las cosas, ocurrióle buscar un secretario; el que le prestaba este servicio habia envejecido sirviendo á la familia del lord, y habia muerto hacia pocos dias.

—Puesto que necesito un secretario, exigiré á los pretendientes que entiendan de música, que lo demás es fácil de aprender.

No tardó mucho tiempo lord Melvil en ver cumplidos sus deseos: algunos dias despues de publicar el inglés el anuncio en la prensa italiana, se presentó un aspirante: era un jóven de hermosa figura é inteligente fisonomía, conjunto artístico, modales distinguidos y dulce carácter. Escribia perfectamente, poseia alguna ilustracion y era un artista: tocaba el violin regularmente, segun dijo en su presentacion á lord Melvil.

Apénas oyó esto nuestro inglés llamó con precipitacion á un criado y mandó que le trajese uno de los violines del repertorio, y por si el criado cometia alguna indiscrecion ó tardaba mucho tiempo en volver, salió él mismo de la habitacion, suplicándole al jóven desconocido que le dispensase por algunos segundos.

No habian trascurrido quince, cuando volvió á entrar en la sala con un magnífico violin en la mano.

—¡Stradivarius!—exclamó el jóven en cuanto le vió.

—Es verdad,—afirmó el inglés con cierta alegría y sorpresa á un tiempo.

—Tengo uno igual,—añadió el jóven con sencillez.

—¿Igual á este?—preguntó con extrañeza un tanto mortificado en su amor propio lord Melvil.

—Del mismo autor, pero mejor conservado.

—Podrá ser,—contestó el lord procurando ocultar su disgusto y añadiendo para sí:—¡Estos pobres son tan vanidosos!...

La prueba fué un verdadero exámen, un concierto.

Lord Melvil, ébrio de júbilo, llamaba á voces á su hija y abrazaba al desconocido.

—Ven, Isabel, ven,—gritaba,—¡somos felices! es decir, ¡soy feliz!... no, bien habia dicho, porque mi felicidad es la tuya, y tú te regocijarás cuando lo sepas, y tú te entusiasmarás cuando le oigas... Hija, toca más que yo ó por lo ménos tanto.

La jóven miraba con asombro á su padre y como temerosa de que se hallase su razon extraviada.

Momentos despues, el desconocido repetia una de las piezas dilectas de la hermosa hija del lord.

Pero en las melodías habia más dulzura, más expresion en las notas, más inspiracion en las frases musicales que llegaban en toda su fuerza al corazon de Isabel.

—Es cosa original,—repetia extasiado lord Melvil;—ahora suena mejor que ántes y...

La jóven felicitó al profesor cuando terminó la ejecucion de su obra.

Despues del triunfo artístico, excusado es decir que quedó admitido como secretario de lord Melvil y maestro de violin; pero esto último con la mayor reserva.

Y quedó casi admitido con otro cargo que no habia de desempeñar por el interés de la remuneracion material en dinero; otro cargo más elevado, más digno; quedaba casi admitido en el corazon virginal de Isabel; pero esto no lo sospechaba el lord, ni él, ni quizás tampoco ella. Estas cosas se sospechan tarde, y á veces cuando las sospechas se convierten en evidencia, no se está á tiempo para poner remedio.

Angel, que así se llamaba el jóven artista, era huérfano y habia vivido en Roma, su patria, bajo la tutela de un tio, eclesiástico de no muy alta jerarquía, pero sí de conocido talento y amor al arte. Deseaba el muchacho volar en busca de nuevos horizontes, y la muerte de su tio le obligó á buscar un medio con que atender á sus necesidades. El anuncio de lord Melvil le ofrecia un porvenir, y hallándose en Nápoles, acudió á solicitar el puesto de secretario.

A partir desde aquel dia, Angel era considerado como un individuo de la familia; vivia en el palacio de lord Melvil, quien le encarecia las virtudes, las raras prendas de Isabel y su belleza, como si hubiese menester el muchacho aquellos elogios para amar á la hermosa criatura.

El mismo trabajo empleaba el lord al hablar con su hija del profesor, que así le denominaba; no parecia sino



DESPEDIDA AFECTUOSA, cuadro por J. R. Wehle



ESPERANDO PARROQUIANOS, dibujo por W. E. Marshall

que el buen padre procuraba quedarse sin su hija ó ganarse un hijo más en Angel.

Poner leña en el fuego es fomentar el incendio, y en asuntos de amor pueden tanto las conversaciones en ausencia de la persona querida, referentes á ella, que áun las malas ausencias suelen convertirse en provecho del que es asunto de la censura y de la calumnia.

No necesitaban tanto los muchachos para llegar á inspirarse mutua simpatía, despues amor recíproco, pero ardiente, apasionado. Isabel no habia experimentado nunca tan dulce afecto, y sabido es que los primeros amores de un corazon virginal son tan tiernos, tan apasionados, que es inútil en el curso de la vida buscar otra pasion que los iguale.

Desde el primer momento habia encontrado la jóven en el secretario el tipo ideal de sus sueños; la imágen vaga, indecisa, sin contornos ni color, habia tomado forma, y por cierto muy superior á la que convencionalmente pudiera darle la fantasía de la hija del lord; esta fué, desde que vió al artista, la opinion de Isabel.

Y como en estos casos lo único que es preciso para que los pensamientos se traduzcan en palabras y las palabras en acciones, y los ensueños en realidades, es la ocasion, y no habia de faltar á los enamorados, puesto que vivian bajo el mismo techo; no tardaron mucho tiempo en llegar á comunicarse sus mutuos afectos.

Lord Melvil habia pensado en reunir en una misma persona los cargos de secretario y profesor; pero no pensaba en el de yerno. La casualidad reunia los tres.

No llegó á su noticia tan pronto como puede suponerse, el mutuo amor de los jóvenes, pero no permaneció oculto por mucho tiempo, como puede tambien suponerse; estos afectos convierten á los atacados en instrumentos imprudentes de la publicidad que huyen, y el lord se apercibió de lo que ocurria ó de lo que pudiera ocurrir, á tiempo de evitar consecuencias desagradables; pero no de contener el torrente de la pasion.

Léjos de enfurecerse, como los jóvenes temian, pensó en el arte, y su orgullo y su cariño se detuvieron ante la consideracion de llegar á ser un verdadero profesor de violin con las lecciones de su secretario. Tomó sus medidas para evitar, en cuanto fuera posible, cierta intimidad y holgura que para verse y hablarse habian tenido los enamorados, y esto con tacto y discrecion, de manera que ellos no se apercibiesen y todos vivieran satisfechos.

—Sea yo andando el tiempo un Paganini ó algo ménos, y luégo ya veremos lo que hago en el asunto de mi hija. Lo malo será que para entónces mi pobre Isabel no podrá resignarse á obedecerme... pero ¡bah! es jóven, y, viajando, olvidará esos amoríos.

Un suceso inesperado llegó á favorecer los proyectos de los amantes y á decidir de su fortuna.

Acababa de llegar á Nápoles el Príncipe heredero de Inglaterra con varios personajes: lord Melvil, que fué á saludar al Príncipe, con cuya amistad se honraba, creyó deber de amistad y galantería obsequiarle con un banquete en su magnífico palacio. Aceptó el Príncipe muy gustoso la invitacion del acaudalado y distinguido lord, y quedó convenido que al siguiente dia asistiria al banquete.

Repartió Melvil invitaciones á los principales personajes de Nápoles, y todo se dispuso convenientemente.

—Buena ocasion—pensaba,—para lucir mi maestría en el violin; pero el caso es que si luégo me ocurre lo que en el concierto que dí hace un año... ¡No lo olvidaré jamás! aquella imprudencia me obligó á romper mis relaciones con medio Nápoles, como rompí con la Gran Bretaña.

Lord Melvil habia sufrido dos desengaños horribles en otros tantos conciertos con que habia obsequiado á sus amigos de la buena sociedad londonense y á varios napolitanos. En una y otra ocasion observó que, ejecutando piezas delicadas y dramáticas, los ancianos se dormian y los jóvenes reian á carcajadas.

—Pero ahora no es lo mismo,—pensó—tengo un profesor á mi lado, y yo... yo no soy lo que fuí: hoy toco de otra manera, hoy puedo lucirme.

Esta monomanía de lor Melvil, en otro que no fuera hijo de Inglaterra, hubiera bastado para que lo sujetasen á observacion, por lo ménos; pero en caso análogo se encontrarian algunos miles de individuos en la oscura Albion.

El monomaniaco llamó á su secretario, y encerrándose con él en su despacho, le dijo sin más preparacion:

—Angel, lo sé todo.

Al oir estas palabras de melodrama, el jóven se estremeció; adivinaba aquel *todo* y se consideraba despedido, separado siempre de ella, de su amor, de su vida.

—Tranquilízate, lo sé todo.

No podia casar en su imaginacion Angel aquella tranquilidad con el descubrimiento de su delito; que para un lord debe ser hasta un delito enamorarse de su hija un cualquiera, sin posicion, sin derecho al amor, suponiendo que este fuera derecho legislable.

—Estoy resuelto—continuó lord Melvil—á haceros felices; sé que os amais, no me importa lo demás; pero una sola condicion te impongo.

Angel aguardaba con ansiedad.

—Serás el marido de mi hija, si mañana me haces tocar siquiera como tú; ya sabes que tengo que obsequiar á mis invitados: esta es mi condicion.

Poco le faltó á Angel para caer sin sentido; aquello era tanto como expulsarle de la casa; pero no era posible negarle al padre de su Isabel que tocaba como un profesor sin exponer la felicidad que le prometia.

Sin embargo, no habian de oir su gimnasia de violin personas á quienes pudiera suplicarse la indulgencia, y si Angel consentia, ¿qué iba á pasar allí?

Durante algunos momentos vaciló; despues, instigado por su amor, respondió:



EL CERCADO AJENO, cuadro por Jonnard

—Si milord me promete seguir en los más pequeños detalles, como en todo, mis consejos, respondo de ello.

—En absoluto, manda y te obedeceré como tu discípulo, porque además te honraré presentándote al Príncipe y á todos mis amigos y demás personas invitadas.

—Convenido.

La noche y la hora indicada llegaron: el concierto, que tuvo buen cuidado de anunciar á todos y cada uno de los convidados lord Melvil, habia de celebrarse en un elegante salon cerrado, dispuesto para el objeto; pero en el frente del sitio que debian ocupar los convidados, habia una puerta cubierta con una elegante y riquísima colgadura de damasco azul con oro.

Allí deberia colocarse el concertista, segun disposicion de Angel.

—Es una diablura,—decia el lord.—¡Vaya un tornavoz que me preparas! ¿No ves que se perderán las notas?

—Pues eso es lo que quiero, que se apaguen; los sonidos serán más dulces,—replicaba el jóven sin saber cómo justificar su disposicion.

Hízose todo á gusto de Angel, y el concierto fué brillantísimo. Hablando despues con su hija, el mismo lord Melvil declaraba con franqueza que, aunque se conocia bien, nunca se hubiera tasado en tanto precio.

El Príncipe salió entusiasmado: las damas saludaban

con entusiasmo á nuestro lord, y muchos personajes le abrazaban: el heredero del trono de Italia le suplicó que invitase al monarca para otra reunion, ó que desde el momento se dignase aceptar invitacion en su nombre para Roma, en cuyo palacio regio seria oido con entusiasmo.

Fué inútil que lord Melvil tratase de presentar á su maestro y secretario: habia desaparecido.

Cuando volvió á presentarse en la casa, el artista improvisado le abrazó con efusion.

Pocos dias despues la hija de lord era la esposa de Angel.

Pensó lord Melvil en acudir á Roma; habia recibido invitacion del monarca para ello, y quiso que le acompañase su nuevo hijo; pero una enfermedad repentina le impedia complacerle, y el lord se dispuso á acudir solo.

Cuando Angel lo supo, saltó del lecho y envió á detener á lord Melvil.

—¡Hola! — exclamó éste sonriendo;— ¿celos de artista, eh? No temas, que yo declaro siempre á quien debo lo que sé; soy agradecido y...

Angel no se atrevia á hablar, y no sabia qué pretexto alegar para detenerle.

Por último la confesion fué necesaria.

—Pues bien,—le dijo;— aquella noche, perdonadme, quise salvaros y lo conseguí: el arco de vuestro violin estaba impregado de grasa, y las cuerdas habian sido reemplazadas por otras para que no produjesen sonidos.

—¡Cómo!—exclamó con terror el viejo.

—Detrás de la cortina tocaba yo uno de vuestros stradivarius.

—¡Miserable!—rugió colérico el inglés —¡me engañaste!

—¡Quise salvaros!

. . . .

No habian trascurrido quince dias, cuando se vió atravesar las calles de Nápoles un cortejo fúnebre que acompañaban multitud de personas distinguidas.

—Es el cadáver de lord Melvil,—decia la muchedumbre;—un hombre inmensamente rico, inglés, y artista de primer órden.

¡Qué sarcasmo! ¡Cuando le mataba el desengaño!

Sin embargo, si él hubiera podido oir las palabras del vulgo, que le calificaba de artista, hubiera resucitado.

Aquellos últimos compases de su vida debieron ser horribles.

E. DE LUSTONÓ



LOS NIÑOS PESCADORES, cuadro por Jonnard

LOS NUEVOS CUERPOS SIMPLES

Cuantos, siguiendo el desenvolvimiento de las modernas doctrinas de la Química, quieran darse cuenta del mecanismo que en su formacion siguen todas las sustancias que en esta ciencia se estudian, necesitan, si ha de guiarles en sus estudios criterio puramente científico, fijar claramente la nocion de cuerpo simple.

Si quiere saberse la razon é importancia que esto encierra, no hay más que fijarse en el significado de tal nocion ó concepto. ¿Qué significa, en efecto, la idea de cuerpo simple? ¿es, por ventura, suerte de módulo de toda combinacion ó algo semejante á límite de las reacciones químicas? ¿ó debe considerarse mero concepto provisional, que señala el límite variable de lo imposible, dentro de los medios de que dispone el análisis para determinar la constitucion de los cuerpos á él sometidos?

Dado el actual progreso de la Química y admitido el sentido mecánico que informa toda la parte racional de esta ciencia, el cuerpo simple no es, ni elemento indestructible á modo de piedra angular cimiento de toda combinacion, ni áun materia irreductible y simplicísima, elemental é indescomponible, ni siquiera sustancia material, convertible en otra de mayor sencillez y derivando, por esta razon, de otra primitiva sustancia, especie de punto misterioso en el que se realizase la unidad de la materia. El cuerpo simple tiene hoy significacion, provisional y transitoria, es cierto; pero más amplia y lata, como más amplio es el círculo en que el espíritu se mueve y agita cuando discurre y piensa acerca de los fenómenos químicos, y eleva su interpretacion á una de las categorías del pensamiento, que constituyen en la ciencia la parte hermosa, consagrada al pensamiento y á la razon, que muy por sobre los hechos se coloca.

El significado y valor actual de la idea de cuerpo simple, tal como se desprende de las modernas ideas acerca del fenómeno químico, no son otros sino considerar á este cuerpo simple como límite variable de la escala del análisis, es decir, barrera más allá de la cual son insuficientes los medios experimentales para reducir los cuerpos á sustancias más simples ó elementales.

De modo alguno quiere decir esto que no sea posible extraer por reduccion ó desdoblamiento de los elementos químicos, otras sustancias todavía más sencillas. Muy al contrario, todas las presunciones de los químicos que gozan mejor fama, y los más recientes trabajos acerca de la disociacion, dejan entrever la posibilidad de realizarse la concepcion teórica de la multiplicacion de esas sustancias que por ser base de las combinaciones, considéranse en la Química como elementales ó simples. De este modo se camina en sentido opuesto á aquella antigua hipótesis que parecia demostrar la posibilidad de ir reduciendo todos los cuerpos simples, viniendo á considerarlos como derivados no más de otra sustancia simplicísima y elemental, que en la Química representaria algo semejante ó parecido á la primera y sencilla expresion de la materia.

Conforme á la anterior idea el número de cuerpos simples, muy léjos de reducirse, debe aumentar cada dia; pues no otra cosa parecen, sino funcion de los procedimientos y métodos analíticos; así se concibe cómo á medida que se conoce mayor número de reacciones á la vez que los medios de análisis adquieren más extension y desarrollo, y ya los antiguos á nuevas sustancias se aplican, ó los nuevos empléanse en ensayos de antiguo estudiados, de una parte se sabrán más propiedades y determinaránse nuevos límites, y como de otra los procedimientos, multiplicándose á su vez, permitirán ir más léjos en punto á descomposiciones y desdoblamientos, la diferenciacion de la materia podrá ser mayor y de tan prodigiosa manera el número de cuerpos simples aumentaria indefinidamente.

Se confirman estas previsiones en los descubrimientos realizados merced al análisis espectral y en las fecundas aplicaciones de los métodos de disociacion á los compuestos químicos, resultado al cabo de mero cambio de estado irreversible.

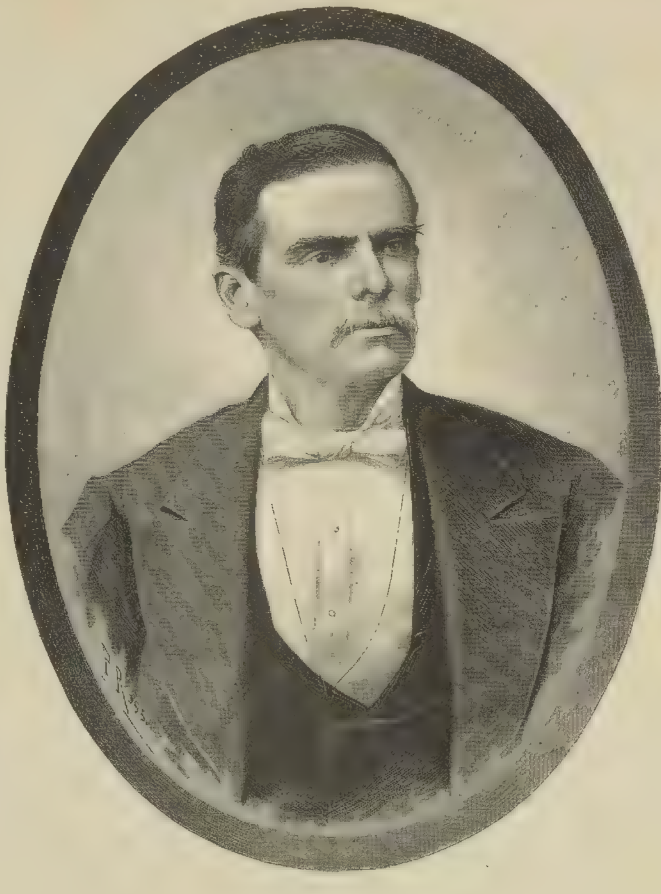
***

Muy modernamente, tanto que casi con la mano,—si así puede decirse,—tocamos el tiempo en que esto ha sido, abrióse inexplorado y nuevo campo en el estudio de los cuerpos simples. Las tierras de la *erbina*, de la *yterbina*, la *gadolinita* y la *samarskita* sometiéronse á detenidos análisis y vigorosas determinaciones, empleando para ello métodos tan variados como ingeniosos, nuevos y perfectamente científicos. Y estos trabajos y análisis,—efectuados las más de las veces con auxilio del espectroscopio—trajeron á la ciencia el valioso descubrimiento de elementos novísimos, hasta al presente ignorados; pero de tales

estudios se dedujo la existencia de los siguientes cuerpos simples: *Escandio*, *Holmio*, *Tulio*, *Iterbio*, *Decipio*, *Filipio* y *Samario*, de cuyo significado, caracteres y métodos de determinacion me propongo dar sucinta idea en el presente artículo.

De bastante tiempo descubiertas, de antiguo estudiadas sus sales, no eran casi conocidos—á no ser los más comunes—los metales terrosos, ni áun dentro del grupo se marcaban con claridad los caracteres diferenciales en cada uno de ellos. A estar dotados los individuos de propiedades enérgicas y definidas, á ser el grupo, no un punto de transicion, sino clase perfecta, á semejanza de los metales propiamente dichos ó de los metales alcalinos, á poder haberlos aislado, sin mezcla alguna de sus óxidos,—porque ha de observarse que la mayoría de los metales terrosos apénas se obtienen puros,—seguramente fuera perfecto su conocimiento. Hoy todavía, á pesar de los excelentes trabajos realizados en los últimos tiempos, reina nada pequeña confusion, que el estudio espectroscópico de los óxidos terrosos despeja poco á poco, respecto de la existencia de ciertos cuerpos de la clase de los metales terrosos. Los grupos de la *ytria*, de la *cerita*, de la *erbina* y de la *yterbina* no están determinados de manera definitiva, aunque el progreso de su estudio trajo á la Química el contingente importante de los nuevos cuerpos simples há poco citados.

A fin de apreciar, con toda claridad, el valor de los modernísimos estudios, examinaré los diversos grupos de tierras y en cada uno haré notar los cuerpos encontrados y los descubrimientos más recientes acerca de cada uno de ellos, segun aparecen consignados en muchas y muy importantes memorias y notas, entre las que merecen citarse las escritas por el profesor de Ginebra M. Soret.



EL DOCTOR DON RAFAEL SEIJAS, canciller de la Legacion de los Estados Unidos de Venezuela en Madrid

Tambien Clève tuvo la fortuna de aislar, en este mismo grupo de la *ytria*, otro elemento al cual dió el nombre de *Tulio*, caracterizado por presentar una raya de absorcion en la parte roja del espectro. El equivalente aproximado de la tierra del tulio es 129,8.

En estos últimos dias el físico inglés William Crookes de una parte, y de otra el insigne descubridor del *galio* Lecoq de Boisbaudran, el primero por una felicísima aplicacion de las propiedades luminosas de la *materia radiante* y empleando el segundo procedimientos delicadísimos, volvieron de nuevo sobre el asunto de la *ytria*. La Memoria de Crookes es un verdadero modelo de sagacidad de análisis, y en ella demuestra cómo este cuerpo abunda en la naturaleza más de lo que se cree y tiene reacciones espectroscópicas perfectamente obtenidas y características y por lo que al trabajo de Lecoq se refiere, diré tan solo que llega á resultados admirables y del mayor interés en lo que al estudio de los óxidos terrosos se refiere, siempre en sentido de arrojar luz sobre tan difíciles problemas de la Química mineral.

***

B.—Grupo de la cerita.—Mejor que en el otro, puede caracterizarse en este grupo la presencia del nuevo cuerpo simple *Decipio*, caracterizado por un espectro con rayas de absorcion. Clève señaló primero el número 124 como equivalente de la *decipina;* pero corregido luégo por sus nuevos trabajos, resultó ser 130.

De otra parte, Delafontaine notó que con el espectro del *didimio*, obtenido de la *samarskita* no se encuentran ciertas rayas que se hallan experimentando con el mismo cuerpo extraido de la *cerita*, lo cual puede hacer suponer que este producto contiene dos elementos. Comprobóse la diferencia de los dos espectros y de modo concluyente en un magnífico trabajo de Lecoq de Boisbaudran, quien, despues de excelentes observaciones acerca de este punto, llegó á separar una tierra, la cual, purificada convenientemente, se pudo caracterizar por notabilísimo espectro de absorcion.

Despues de este trabajo. M. Soret, en una nota preliminar dirigida á la Academia de Ciencias de París, ha dicho, apoyándose en minucioso estudio del asunto, que era posible la existencia de dos nuevos cuerpos simples, el último de los cuales, ya aislado, nombró Lecoq de Boisbaudran *Samario*.

Hasta aquí todo el trabajo y esfuerzo dirigido al perfecto conocimiento de las tierras de los grupos *ytria* y *cerita*. Realizó en ellos el análisis espectroscópico, verdaderos prodigios que nadie puede negar; pero cabe preguntar si realmente existen como tales los cuerpos simples que se dicen descubiertos recientemente en los óxidos terrosos. Es evidente que reina gran confusion en este asunto y nada puede afirmarse sino lo que los hechos demuestran, esto es, que el grupo de los metales terrosos se conoce muy poco y reclama largos estudios. Aun con sólo esta afirmacion positiva, son importantes en grado sumo los trabajos ejecutados; porque únicamente de este modo, rectificando errores y alcanzando, en la escala del análisis, límites cada vez más lejanos, es como se consigue el verdadero adelanto en el conocimiento perfecto de las cosas.

***

A.—Grupo de la ytria.—Señalar el equivalente de esta singularísima tierra, era el objeto principal de M. Marignac al comenzar sus clásicos trabajos, con los cuales ya desde el principio determinó Soret, en el grupo de la *ytria* la existencia del *erbio*, del *terbio* y de otro metal, que llamó *X*, y Marignac, en la misma tierra, descubrió el *yterbio*, cuya existencia confirmaron Nilson y L. de Boisbaudran.

Es de observar, para hacer patente lo difícil y minucioso de este trabajo, que fué preciso descubrir y aislar las tierras nuevas *yterbina* y *erbina*, cuyos equivalentes son 131,3 el de la primera y 126,7 el de la segunda.

Se estudia el *yterbio* empleando su cloruro disuelto en 50 equivalentes de agua. Esta disolucion no presenta raya de absorcion alguna en la parte visible y en la region ultravioleta del espectro; obsérvanse sólo dos debilísimas trazas, que de seguro no pertenecen á la *yterbina;* una de ellas parece coincidir con la posicion de la raya característica de la *erbina* y acaso sea debido á que esta sustancia no puede eliminarse en absoluto de la *yterbina* á quien de continuo acompaña. Son hermanas gemelas unidas por vínculos estrechísimos y no pueden aislarse á no ser por medios violentos que rompan sus lazos. Distínguese la otra traza en la porcion roja, mas no pertenece, segun indicara al principio Soret, ni al *yterbio*, ni al *erbio*, ni al *holmio;* pues el mismo sabio corrige el error en uno de sus últimos estudios.

Llevando la separacion de la *erbina* y la *yterbina*, hasta todo el alcance de los métodos que la ciencia permite emplear, de la *yterbina* obtenida,—y claro está que se obtiene en el mayor grado posible de pureza,—separó M. Nilson el cuerpo simple *escandio*, que Clève ha estudiado, asignado á su tierra el equivalente representado por el número 45,3. Distínguese este cuerpo porque su espectro de absorcion no presenta faja ni raya de ninguna clase.

La tierra llamada *X* por Soret, estudióla Delafontaine, quien llegó á descubrir otra tierra, que al principio creyóse análoga á la nombrada *X;* mas luégo se reconoció que esta última tenia mayor equivalente; pues miéntras el de la tierra que fijó la atencion de Soret se representa por el número 108, la nueva tierra, á que se dió el nombre de *filipina*, tiene por equivalente 98. Los últimos trabajos realizados sobre ella han permitido comprobar la existencia de un cuerpo simple,—el *Filipio*,—caracterizado porque su espectro de absorcion no presenta rayas.

Clève, estudiando con detenimiento y constancia el espectro de la *erbina*, pudo aislar al metal nuevo *Holmio*, idéntico, segun posteriormente aparece demostrado, al elemento *X* de Soret. Caracterízase el *Holmio* por la gran cantidad de rayas que su espectro presenta, rayas cuya intensidad es en extremo variable. Puede con verdad decirse que todas las regiones del espectro, desde el rojo extremo hasta el ultravioleta presentan rayas de este metal, singularmente la última porcion del mismo espectro.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentacion*, 2 tomos.—*Escultura y Glíptica*, 1 tomo.—*Pintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 21 DE SETIEMBRE DE 1885 — NÚM. 195

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Un otoño prematuro.—La bandera española.—Si una puerta se cierra ciento se abren.—Una insurreccion sofocada.—Pasan por el puente muchos matuteros.—El ingenio malogrado.—Don José Posada Herrera.—Los últimos disparos de la epidemia.

Las frescas brisas del otoño se han anticipado esta vez. Otros años, en la primera quincena de setiembre, todavía se sentia la necesidad de buscar un lugar de respiro durante la noche en el Salon del Prado ó en los jardines del Retiro; pero este, desde la segunda de agosto, el soplo que ha de arrancar las hojas que ya comienzan á amarillear en los árboles nos hace recogernos á cuarteles de invierno.

El cambio ha sido brusco, tan brusco que áun sin una nube en el cielo, la tierra se ha sentido conmovida. De entre las lejanas ondas del mar ha surgido una ráfaga de viento que en su principio pareció arrastrar en su seno terribles tempestades. Los pliegues rojos y amarillos de nuestra bandera se sintieron agitados, y todos, sin distincion de clases y condiciones, nos creimos en el deber de agruparnos en torno de aquel emblema que simboliza la patria. Por suerte otras corrientes más bonancibles han venido á restablecer la perdida calma, y la esperanza de que los males que parecian amenazarnos están en vías de conjurarse, ha hecho que la sonrisa vuelva á aparecer en todos los labios.

El leon de España, que sacudió un momento la melena, ha recobrado su majestuosa serenidad. Le ha bastado convencerse de que sus garras están tan afiladas como en los dias de Bailén y de Zaragoza y espera. Despues de todo preferible es que la diplomacia arregle lo que tal vez los cañones hubieran descompuesto. En ocasiones el valor, como mejor se demuestra, es siendo prudente.

* * *

Las diversiones tuvieron una tregua. El paso de los espectáculos de verano á los de invierno se ha marcado por una crísis. Durante dos ó tres noches los teatros que se permitian abrir sus puertas permanecian punto ménos que desiertos. El público buscaba emociones más fuertes en las calles ó en los círculos políticos, y más que de recrear el ánimo sentia necesidad de saber noticias y de recibir impresiones. La única literatura de esos dias ha sido la de los extraordinarios de los periódicos y la de los partes de las agencias telegráficas.

Cuando el público ha vuelto en sí, la decoracion estaba ya cambiada. Los *jardines del Retiro*, dando por terminadas sus tareas, sólo se permiten abrir algunos dias sus puertas por la tarde para ofrecer como despedida á los amantes de la música unos cuantos conciertos vespertinos; los teatros de *Recoletos* y *Felipe* anuncian sus últimas funciones y los pocos que se atreven á llegar hasta el *Circo hipódromo*, atraidos por la novedad de una condesa velocipedista que acaba de hacer allí recientemente su presentacion, cuidan de subirse el cuello del gaban temerosos de un catarro.



VERANO, cuadro por N. Siegel

En cambio *Lara*, *Eslava* y *Martin* han empezado la nueva campaña; las esquinas ostentan los llamativos programas con que la inventiva de Arderius anuncia los variados espectáculos que se ofrecerán en la *Zarzuela*, y las listas del *Español*, el *Real*, *Apolo*, la *Comedia*, *Novedades*, *Price* y el nuevo teatro de la *Princesa* se esperan de un momento á otro.

Como todos los años, el otoño se presenta rico en novedades escénicas. No se habla de otra cosa que de próximos estrenos y de otros que han terminado ó están para terminar los más reputados autores y los más celebrados músicos. ¡Quiera Dios que las primeras heladas no malogren en flor las esperanzas que en estos momentos animan á todas las empresas!

* * *

El circo de Price ha estado á punto noches pasadas de ser campo de una escena sangrienta.

Un domador de leones no es otra cosa que un maestro de aquellos del antiguo régimen que tenian por única base de su sistema la máxima de *la letra con sangre entra*.

Este principio, aplicado á las fieras, da generalmente un excelente resultado por el pronto, pero está sujeto á la contingencia de que á lo mejor un inesperado incidente produce un motin universitario, en el que la razon podrá estar de parte del catedrático, pero en que por lo general la insurreccion queda triunfante.

La noche aludida, el motin empezó por el elemento jóven de aquel centro de cultura. De la sumaria instruida resulta que el que lanzó el primer grito subversivo fué un cachorro; pero, como lo difícil es empezar, no tardó en tomar parte en la sedicion lo más granado de la jaula. Sin la oportuna defensa de una silla, el domador hubiera servido de cena á aquellas masas inconscientes. Por fortuna todo quedó reducido á unas leves contusiones.

El pánico, como es consiguiente, se apoderó de los espectadores. Hubo desmayos, señoras que abandonaron las localidades y protestas en todas partes. El único que no perdió su serenidad fué el agredido, que se obstinaba en proseguir su trabajo. Por aquella noche el público se opuso á tan temerario intento. Al siguiente dia, el que ha prohibido en absoluto la exhibicion de los leones ha sido el gobernador de la provincia. De no haberlo hecho así hubiera tenido que emplear el sistema seguido por su antecesor en la Universidad central, y esto, sobre tener sus quiebras ahora, era de difícil ejecucion. ¡Está tan ocupado estos dias el cuerpo de órden público!

* * *

La verdad es que no todos los dias sale un Bizco del Borgue ó un Melgares. Para esto se requieren condiciones excepcionales que no suele tener el comun de las gentes. Así es que la mayoría de los que se sienten con vocacion para vivir de lo ajeno, renuncia modestamente á los lauros que las altas hazañas le proporcionarian y limitándose á tomar relojes ó á dar más ó ménos ingeniosos timos, se contentan con que su popularidad no pase del recinto del *abanico*.

Sin embargo, fuerza es convenir en que no siempre es la falta de alientos lo que constriñe determinadas aptitudes. Hay una moralidad, por supuesto moralidad relativa, que persuade á algunos que si robar al particular es fea mancha que por nada del mundo se echarian encima, el defraudar á la Hacienda es levísimo pecado venial que á nadie choca como no sea á carabineros ó empleados del resguardo.

De aquí nació un dia el tipo legendario del contrabandista, del cual hoy, con ligeras excepciones, no queda otra cosa que esa degeneracion que se conoce con el nombre de *matutero*.

El matutero es al contrabandista, lo que el timador al bandido, es decir, que si en el uno el factor principal era el arrojo y la conciencia de la fuerza, en el otro es el exclusivo la astucia y la inventiva.

Ahora bien, lo difícil para los que abrazan semejante profesion es buscar recursos nuevos. Eso del cabrito convertido en niño recien nacido, lo de la mujer embarazada por obra no de varon 'ni milagrosamente, sino merced á una bota de vino, y áun lo de las tablas de una cama convertidas en receptáculo de aceite ó de aguardiente son recursos tan gastados que ya lo conoce no el más inexperto individuo del resguardo, sino cuantos han visto el popular sainete de Ricardo Vega, *La familia del tio Maroma*.

Y sin embargo, aunque en campo tan espigado parece increible que se encuentre un solo grano, todos los dias se ve una muestra de que el genio creador del matute es inagotable. La última invencion era digna de mejor suerte.

Noches pasadas, por la puerta de Toledo, entraba una camilla escoltada por unos cuantos chiquillos y una ó dos mujeres que se deshacian en amarguísimo llanto. El individuo que se decia ir en ella, iba casi espirante, una ráfaga de viento podria acabar con su vida. Mas ¡ay! los empleados de consumos no se dejan ablandar por las súplicas y los sollozos y á pesar de las protestas, una mano descorre la cortina de hule. Sobre la colchoneta en vez de un moribundo lo que se veian eran seis ú ocho latas de petróleo que sin aquel incidente hubieran pasado sin pagar derecho de consumo.

Excusado parece decir que el dolor de aquella atribulada familia llegó á su colmo al verse separada del que tales lágrimas la hacia derramar.

* * *

Don José Posada Herrera, el hombre público cuya larga vida ha estado tan íntimamente unida á nuestras luchas parlamentarias, ha muerto en Llanes, víctima de la enfermedad que desde hacia largo tiempo minaba su laboriosa existencia.

Campeon infatigable de la política, empezó muy jóven á mostrar sus inapreciables dotes oratorias y poco hace todavía que le veíamos dirigir con notable acierto las sesiones del Congreso.

Su muerte ha sido sentida por amigos y adversarios. La posteridad, que no se fija en esas ligeras sombras que son las que primero ven sus contemporáneos, hará innegablemente justicia á las altas prendas del eminente repúblico.

* * *

El cólera parece empeñado en ponernos cerco. Se diria que no se encuentra con fuerzas bastantes para luchar con el cloruro de cal y los desinfectantes tras de que se ha parapetado Madrid y se contenta con mandarnos alguno que otro de sus mortíferos proyectiles.

Ahora ya parece que se dispone á levantar definitivamente el sitio, y en la desesperacion de su impotencia se ensaña con nuestras más débiles avanzadas.

El cercano pueblo de Carabanchel, que en las epidemias de 1855 y 1865 habia servido de seguro refugio á muchos vecinos de la corte, está sufriendo el terrible azote con una crueldad inaudita.

Justo es confesar que nuestras autoridades hacen todo cuanto pueden por poner remedio á la aflictiva situacion de aquellos infelices, pero desgraciadamente el temido huésped del Gánges al imprimir su planta allí ha sembrado la miseria y la muerte.

A nosotros no nos queda más que lamentar su suerte y tratar de aliviar en lo que podamos su desgracia.

ANGEL R. CHAVES

NUESTROS GRABADOS

VERANO, cuadro por N. Siegel

La aficion á la alegoría parece deber hallarse bien con las estaciones del año y con las cinco partes del mundo, segun ha sido y es grande el número de pintores que las han simbolizado por medio de la figura. Siegel ha pagado tambien su tributo á esa aficion artística, y separándose, en la forma, de las aficiones demostradas por los artistas contemporáneos que tienden á *modernizar* la alegoría, ha vuelto á la jóven griega, es decir, ha vuelto al orígen de la alegoría. Verdad es que no ha producido la sempiterna Céres de los antiguos, cargada con la gavilla de espigas: el arte le debe una hermosa y esbelta figura, de sabor bastante clásico, correcto dibujo y actitud singularmente natural.

Como alegoría del verano habria mucho que reparar en ella, pues, si suprimimos la mariposa que contempla, sus detalles restantes no dan idea alguna de la estacion que ha pretendido simbolizar. Y es que, como en otras ocasiones hemos dicho, la alegoría es una especie de enigma, cuya solucion está reservada frecuentemente al artista que la ha concebido con más ó ménos acierto.

CAZADEROS, cuadro por Hans Dahl

A caza voy,
Y es la verdad;
Que aquí ó allí,
Todo es cazar...

Esto dice, ó mejor, esto canta Felipe IV, en la zarzuela de Camprodon *El dominó azul*. Y esto representa, en forma por cierto bien notable, el cuadro que publicamos. Terminó la veda, y las pobres perdices dejan de estar protegidas por la ley, ley que sin duda no han votado las perdices, pues solamente las ampara el tiempo preciso para que puedan ser presentadas á los gastrónomos en estado verdaderamente clásico.

Mas no toda la caza apetitosa se reduce á perdices y conejos, ántes bien hay no pocos cazadores á lo Felipe IV; y en el lienzo de Hans es de ver un Nemrod degenerado que se propone apuntar sus armas á la caza que la ley protege en todo tiempo, caza mayor, caza temible en medio de todo, porque contra los proyectiles de cierto género tiene la piel tan dura como la zarpa.

La hembra de nuestro cuadro se ha apercibido, sin duda, de la maniobra que la amenaza, adoptando contra ella cierta actitud, defensiva y ofensiva á un tiempo, que pone en guardia al cazador furtivo. Mucho será que este no se aperciba de su error hasta despues que entre espalda y oreja haya sentido los efectos de esa horca rústica que empuña la jóven labradora y que promete ser la verdadera horca caudina de ese cazador de panteras domesticadas.

EL BOSQUE DE PLESSIS LES TOURS, dibujo por J. Pahissa

El gran novelista Walter Scott, en el capítulo VI de su bellísimo libro *Quintin Durward*, da una exacta idea de la manera expedita con que el preboste Tristan *el ermitaño* se deshacia de los bandidos y vagabundos sospechosos que infestaban las cercanías del castillo habitado por el artero y sanguinario Luis XI.

—Aquí te pillo y aquí te ahorco,—era la práctica de Tristan; y como pillaba á muchos y no faltaban árboles corpulentos en el bosque de Plessis, raras veces ha ocurrido que las sentencias se pronunciasen con más rapidez ni se ejecutasen con mayor economía.

En cambio, puede juzgar cualquiera del aspecto que presentaria aquella espesura, en donde los cadáveres ondulantes eran devorados por las aves de rapiña y los huesos humanos andaban por el suelo, revueltos con la hojarasca y triturados por los brutos carniceros.

Nuestro paisano Pahissa, que es un notable paisajista, ha dado forma á la sombría concepcion de Walter Scott, y ciertamente ha conseguido impresionar al espectador con un cuadro tétrico como el asunto que se lo inspiró. Artísticamente considerado, tiene este dibujo valiosas condiciones: hay en él frondosidad, ambiente, términos y efectos buscados con inteligencia y ejecutados por mano perita.

A LA PUERTA DE LA IGLESIA, cuadro por E. Zamacois

Verdaderamente representa este lienzo la puerta de una iglesia siendo ocioso decir que esa iglesia es una iglesia de España, porque en ningun otro país del mundo, un sitio que debiera ser tan respetable, toma, como en el nuestro, el aspecto de una corte de los milagros. Cierto que la caridad es una virtud cristiana y que Jesucristo no rechazó de su lado á los pobres, ántes mostró singular predileccion por ellos. Pero ¿son realmente pobres esos mendigos de profesion que, exhibiendo asquerosas deformidades, asedian las puertas de los templos, distraen la atencion de los fieles con desentonadas coplas, fatíganles con sus gangosas peticiones parecidas al zumbido de las abejas y promueven no pocos escándalos cuando no llega á la totalidad de ellos la moneda de que se desprende un piadoso devoto?

El cuadro que hoy publicamos, y que es, realmente, una escena tomada del natural, dice más que pudiéramos nosotros contra esa tolerancia que ni es cristiana, ni culta, ni conducente al fomento de la caridad. El autor del cuadro vió á esos mendigos, y como los vió los pintó, y con sólo pintarlos tan al natural, compuso un epigrama cuya filosofía se perderá como la voz en el desierto.

OFELIA, bajo relieve

Cual Hamlet es la figura más colosal del gran dramaturgo inglés, Ofelia es la más poética y simpática. Hermosa y pura como las flores que ha prendido en su flotante cabellera, en el extravío de su razon sueña aún con el hombre que la ha hecho tan desgraciada. El príncipe de Dinamarca aparece más de relieve precisamente porque su tétrica figura sufre la comparacion de Ofelia, el tipo más ingenuo, más candoroso, más delicado que autor alguno haya concebido para la escena.

La amante de Romeo no es tan simpática como la amante de Hamlet, precisamente porque no es tan desgraciada. El amor ha proporcionado á Julieta horas felices; Julieta, en medio de las contrariedades que la rodean, ha sido la esposa del hombre á quien adora... Ofelia sólo ha recibido de él desengaños, desdenes, pesadumbres, heridas de aquellas que acaban con la existencia despues de haber acabado con la razon...

Es, por esto mismo, un tipo difícil de reproducir y más cuando el artista quiere presentarle en sus últimos momentos, muerta la inteligencia, abandonado el cuerpo, como la concibió el poeta, como el artista la siente... El autor del relieve, confesémoslo, ha salido con honra de su muy aventurado empeño.

EL SITIO PREDILECTO, cuadro por L. Carstens

Una jóven que pudiendo disfrutar de amable compañía busca con preferencia los lugares solitarios; una niña que pudiendo conversar con amigas de su edad, prefiere recibir impresiones de un libro que fijamente no es un *arte culinario;* una muchacha que cada dia, á la misma hora, mejor dicho, cuantas horas la dejan, se dirige á un mismo sitio, se fatiga de la misma labor, abre una misma novela y lee con predileccion un mismo capítulo, no necesita dar cuenta de sus sentimientos.

Su propia inocencia la vende: el autor de este cuadro la ha sorprendido fácilmente y la ha reproducido en cuerpo y alma.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EL EXCMO. SR. D. CÁRLOS IBANEZ E IBAÑEZ DE IBERO

MARISCAL DE CAMPO, DIRECTOR GENERAL DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO Y ESTADÍSTICO

I

La biografía del personaje que vamos á dar á conocer, es una de las que merecen nuestra más particular atencion. Pocas veces sucede que una persona alejada completa y constantemente de la política, que en nuestro país todo lo absorbe, haya llegado á las altas categorías del Ejército y se haya conquistado un puesto tan eminente entre los más ilustres sabios del mundo civilizado. Sus triunfos científicos, tan universalmente conocidos, le han hecho acreedor, como hombre de ciencia, al entusiasta respeto y singular consideracion que con justicia le profesan nacionales y extranjeros; y rara vez se habrán prodigado frases tan encomiásticas á hombres no políticos, como las que en Congresos y Academias ha merecido, de propios y extraños, el general Ibañez. Hijo predilecto de la ciencia, á ella debe sus legítimos lauros: y si estos han sido en gran número, débelos á su reconocido talento, á su constancia y laboriosidad sumas, y á haber dedicado



EL EXCMO. SR. D. CÁRLOS IBAÑEZ É IBAÑEZ DE IBERO,

MARISCAL DE CAMPO, DIRECTOR GENERAL DEL [illegible] GEOGRÀFICO Y ESTADÌSTICO

la mejor y la mayor parte de su vida á la resolucion de grandes y difíciles problemas.

Hay, por lo tanto, dos partes que reseñar en la biografía de este general: una relativa á su vida militar; otra, mucho más importante, la que se refiere á su vida científica. Una y otra procuraremos darlas á conocer, teniendo á la vista los datos y documentos que hemos podido recoger.

II

El Excmo Sr. D. Cárlos Ibañez, nació en Barcelona el 14 de abril de 1825. Fueron sus padres don Martin Ibañez, teniente coronel, abogado de los reales consejos y asesor de marina, y doña María del Cármen Ibañez de Ibero.

Habiendo recibido una brillante educacion y reuniendo cuantas circunstancias se requerian, le fué concedida la gracia de cadete con destino al regimiento de América, 14 de línea, en 19 de junio de 1838. Su decidida vocacion á las ciencias exactas, que tantos triunfos le habia de conquistar, le llevó á la Academia de Ingenieros, donde ingresó en 10 de setiembre de 1839, y en 1840, siendo alumno, fué nombrado por su aplicacion y buenas notas jefe de la 7.ª seccion de los alumnos de primer año. En 30 de julio de 1841 obtuvo el empleo de subteniente y el de teniente en mayo de 1843, siendo destinado al regimiento del arma, y nombrado ayudante del primer batallon en marzo de 1845.

III

Desempeñaba en 1847 el cargo de ayudante del primer batallon cuando fué elegido para la expedicion á Portugal, durante la cual se le confirió la comision de formar, siguiendo la marcha de una columna, el itinerario de la importante línea de Oporto á Tuy, expresando en la descripcion las posiciones que ofreciera el terreno, producciones, poblacion y cuanto condujera al perfecto conocimiento del país, y por último levantar el plano de la plaza de Valenza do Miño, cuyas comisiones desempeñó con sumo acierto.

En 29 de octubre del mismo año, fué ascendido á capitan de ingenieros, por antigüedad, y en abril de 1848 obtuvo el grado de segundo comandante por accion de guerra; y por la misma causa, en agosto del mismo año, fué condecorado con la cruz de San Fernando de primera clase. En 5 de noviembre de dicho año se le declaró el grado de teniente coronel como á todos los en aquella fecha graduados de comandantes.

En el año de 1850, fué nombrado profesor del curso de grandes prácticas establecido para los tenientes que sucesivamente ascendiesen á este empleo, procedentes de la Academia especial del cuerpo.

Por sus especiales conocimientos y reconocida competencia, se le confirió en 1851, la importante comision de estudiar detenidamente en las principales naciones de Europa el servicio de las tropas de pontoneros, con objeto de organizarlo despues en España, donde hasta entónces era desconocido, como lo verificó, estableciendo verdaderas escuelas prácticas de puentes militares, donando á la nacion un tratado que escribió sobre este asunto, sin dejar de prestar el servicio de su clase, titulado «Manual del Pontonero;» importante trabajo que vino á llenar el gran vacío que se notaba en los libros destinados á la enseñanza teórica y práctica de las tropas de ingenieros. Este libro que mereció las más lisonjeras frases, comunicadas de real órden, fué impreso por cuenta del Estado, y viene rigiendo desde aquella época sin interrupcion.

Por sus extraordinarios servicios, fué recompensado con el empleo de 2.º comandante de infantería en agosto de 1852.

En noviembre de 1853 fué elegido y nombrado individuo de la comision que acababa de crearse para la formacion de un mapa general de España, atendiendo á su reconocida aptitud y especiales circunstancias. El aparato de medir bases con que se habian de llevar á cabo los trabajos por esta comision, fué proyectado por él en union de otro oficial, y construido en Paris bajo su direccion, encargándole además el estudio de todas las cuestiones que se rozasen con la vasta empresa de la publicacion del mapa.

Atendiendo al mérito que contrajo redactando el «Manual del Pontonero» sin desatender el servicio ordinario de su empleo, se le concedió, en 1854, á propuesta del ingeniero general, el grado de coronel de infantería.

En 1857, ascendió por antigüedad á primer comandante de ingenieros.

Habiéndose dispuesto que dos compañías de ingenieros adquiriesen la instruccion gimnástica, se le pidieron datos é informes sobre esta enseñanza, y la de natacion de las compañías de pontoneros, enseñanzas que se plantearon de acuerdo con sus prescripciones.

Siguiendo los trabajos geodésicos emprendidos en nuestro país, dirigió la medicion de la base central de la triangulacion geodésica de España, en la provincia de Toledo cerca de Madridejos. Esta importantísima operacion, á la que el gobierno francés envió un coronel de ingenieros para que la presenciara, y que por sí sola era bastante para formar la reputacion científica del general, mereció entusiastas elogios de nacionales y extranjeros.

En sesion pública de la Academia de Ciencias de Paris, de 2 de marzo de 1863, se calificaba la citada medicion de *memorable operacion científica, de non plus ultra* «que no era posible superar.»

En atencion al mérito que contrajo en la comision que le fué confiada de dirigir la construccion, experimentos y cálculos relativos al aparato de medir bases para los trabajos de España, fué condecorado con la encomienda de Cárlos III.

Por los servicios prestados por espacio de cuatro años en la comision del mapa de España y como recompensa reglamentaria, se le confirió el empleo de teniente coronel de infantería.

En 1859 se le confió por el gobierno de S. M. una importantísima comision. Agitábase por entónces la idea, que de vez en cuando se vuelve á poner sobre el tapete, de emprender en España la gigantesca y costosísima obra de un catastro parcelario de la riqueza rústica y urbana, con su correspondiente é indispensable *conservacion*, ó sea un trabajo perpétuo de topografía encaminado á seguir todos los cambios que sufre la propiedad al pasar de unas á otras manos, al acumularse ó dividirse por herencia ó enajenacion.

Un estudio concienzudo y al por menor, hecho por quien poseyese los vastos conocimientos que materia tan complexa requeria, pareció necesario al gobierno y la persona elegida fué el entónces coronel Ibañez, al que se encomendó, con tal objeto, un viaje científico por todas las naciones de Europa. A la par debia estudiar en todas ellas los sistemas seguidos en la formacion y publicacion de sus respectivos mapas topográficos, encargar á distintos artistas, segun su criterio, la construccion de muchos instrumentos de geodesia, topografía y meteorología y adquirir instrumentos, mapas y otros objetos militares con destino al Depósito de la Guerra. A su regreso dió cuenta de todo en un escrito lleno de preciosas noticias y acompañado de la más rica coleccion que ha existido de planos, modelos y documentos administrativos referentes á los mencionados estudios.

En el mismo año de 1859 publicó, en union de otro jefe, el primer volúmen de los trabajos geodésicos de España, titulado «Experiencias hechas con el aparato de medir bases perteneciente á la comision del mapa de España,» que fué traducido al francés y grandemente elogiado en el extranjero.

En 23 de diciembre de 1860 fué condecorado con la encomienda ordinaria de Isabel la Católica.

En 9 de marzo de 1861, obtuvo reglamentariamente, la cruz de la real y militar órden de San Hermenegildo con la antigüedad de 27 de junio de 1860.

Electo individuo de la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales el 11 de mayo de 1861 de cuya plaza tomó posesion el 8 de marzo de 1863, leyó en aquel solemne acto un bello discurso sobre el orígen y progreso de los instrumentos de astronomía y geodesia.

Secretario de la seccion geográfica de la Junta general de Estadística en 11 de junio de 1861.

En 1862, obtuvo por antigüedad el empleo de teniente coronel de ingenieros.

En 1863 fué designado por la seccion de ciencias exactas de la Real Academia, para ocupar la plaza de secretario.

IV

Habiendo solicitado el gobierno egipcio, que el Emperador de los franceses interpusiera sus buenos oficios cerca del gobierno español, para que la regla de medir bases geodésicas que por encargo del primero se habia construido en Paris, se empadronase con la que poseia la comision militar del mapa de España, el gobierno español accedió á los deseos manifestados por el de Egipto y designó al general Ibañez, entónces teniente coronel de ingenieros, para que en union del astrónomo Ismael Effendi, delegado del gobierno egipcio, llevasen á cabo la citada operacion. Como resultado de la misma, escribió el teniente coronel y académico señor Ibañez una Memoria, que publicó la Real Academia de Ciencias, por la importancia de este trabajo. El Instituto egipcio le aclamó unánime y espontáneamente miembro correspondiente, dirigiéndole las frases más lisonjeras.

Como recompensa á la feliz terminacion de los cálculos de la base geodésica medida en Madridejos, y de los importantes trabajos que ejecutó para dar por resuelto experimentalmente el problema para la mayor ó menor extension de las bases geodésicas, cuya solucion fué de alta y trascendental importancia para la ciencia, le fué concedida la encomienda de número de Isabel la Católica.

En un notable documento oficial redactado con motivo de los trabajos geodésicos ejecutados en 1863 por el geodesta Ibañez y sus compañeros, hemos tenido ocasion de leer las lisonjeras frases siguientes, debidas á la elegante pluma del eminente estadista don Alejandro Olivan, presidente á la sazon de la Junta general de Estadística que concentraba los trabajos geográficos.

«Los trabajos corresponden á las personas. España se glorificará del monumento que están levantando tan dignos é ilustrados colaboradores. Miremos con complacencia el progreso de las operaciones: la Junta sabrá apreciar su valor, y más tarde las recompensará el trono, representacion de la patria agradecida.»

Otro libro presentó en 1864 el general Ibañez, titulado «Estudios sobre nivelacion geodésica.» Este importante escrito, que hizo progresar visiblemente la determinacion del relieve terrestre sobre la superficie de los mares, probaba la valentía de su autor al sostener con hechos sus opiniones científicas, áun contra las de una ilustracion contemporánea de todos reconocida que no habia vacilado en afirmar «ser imposible obtener ninguna precision en las nivelaciones geodésicas.» Detenidamente examinado este trabajo y considerado de relevante mérito y de gran utilidad, se le concedieron de real órden los honores de la publicidad por cuenta del Estado.

En virtud de propuesta especial por los diferentes servicios prestados, se le confirió en 1864 el empleo de coronel de infantería.

En el mismo año fué nombrado jefe del primer distrito geodésico-catastral que comprendia las provincias de Castellon, Valencia, Alicante y Baleares.

A propuesta del Virey de Egipto, le fué concedida por S. M. el Emperador de Turquía, la encomienda del Medjidié, por sus trabajos en el empadronamiento de la regla egipcia con la española.

En 1865 publicó la obra titulada: «Base central de la triangulacion geodésica de España» que llamó extraordinariamente la atencion del mundo científico, y de la cual se han hecho algunas traducciones.

En el mismo año de 1865 se le encargó hacer en Paris las experiencias para determinar el coeficiente de dilatacion de la regla del aparato Ibañez de medir bases, que se construia en los talleres de los señores Brunner, con destino al primer distrito geodésico catastral, y en 7 de marzo de 1866 se le comisionó para hacer, tambien en Paris, los experimentos necesarios para la construccion de tres luces con grandes reflectores destinados á las observaciones nocturnas que habia de llevar á cabo para el enlace geodésico de las islas Baleares con el continente, cuyo trabajo inició y comenzó personalmente.

V

Los trabajos geodésicos de la triangulacion española, que se extendian y multiplicaban rápidamente, no podian pasar desapercibidos en el extranjero. La Asociacion científica oficial creada en 1860, con el objeto, al ménos por entónces, de llevar á cabo la medicion de un arco de meridiano en la Europa central, invitó á España á que tomara parte en sus trabajos, y aceptada la invitacion por el gobierno español, comisionó este al general Ibañez para asistir á las sesiones que en 1866 habian de tener lugar en el Canton de Neuchâtel.

A propuesta de nuestro delegado, se le autorizó para ofrecer el concurso de nuestra nacion, no para la medicion del arco comprendido entre las dos distantes poblaciones de Cristianía y Palermo, de que se ocupaba por entónces aquel sabio congreso científico, sino para contribuir á la remedicion y prolongacion de otro arco occidental, más amplio todavía y en parte de justa celebridad histórica, limitado al Norte de Escocia por las islas Shetland, y al Sur por el desierto de Sahara. Las ofertas inesperadas del gobierno español, fueron aceptadas con júbilo por aquella docta asamblea: y como al ejemplo dado por nosotros se brindasen tambien Rusia, Francia y Portugal á contribuir eficazmente á la medicion y estudio geodésico de la superficie de la tierra en la parte que les correspondiese, la primitiva asociacion de geodestas, compuesta principalmente de noruegos, suecos, dinamarqueses, alemanes é italianos, cambió muy pronto de carácter y áun de título ó nombre, y se convirtió en la actual *Asociacion geodésica internacional para la medicion de arcos de meridiano y de paralelo en Europa*, á la que desde hace algunos años concurren tambien representantes de los Estados Unidos de América.

Como resultado de la comision que acababa de desempeñar el general Ibañez, asistiendo en nombre de España á las sesiones de la Asociacion geodésica internacional y en vista del alto aprecio que aquella sábia asamblea hizo de los trabajos geodésicos de España y de la invitacion honrosa para que estuviese representada en las próximas conferencias y concurriese con todas las naciones del continente europeo á la difícil empresa de alta geodesia que se proponia realizar, el gobierno de S. M., aprobando lo ofrecido en las conferencias por el general Ibañez, mandó que desde luégo se procediera á la medicion de la parte de arco de meridiano de Dunkerque á Formentera comprendido en territorio español, empleando el mismo método é iguales precauciones que en las demás cadenas geodésicas de la Península, sin omitir diligencia alguna para el mejor resultado de esta operacion internacional.

VI

Grande y valiosa cooperacion ha debido prestar el general Ibañez á la citada Asociacion con su autoridad, talento, ilustracion y dotes de mando y de alta direccion, cuando ilustres generales y hombres de reconocida ciencia del viejo y nuevo mundo le han elevado á la alta distincion de presidirlos. De tres en tres años verifica la Asociacion en pleno el solemne acto de elegir, en votacion secreta, á uno de los delegados de su seno para que dirija en el siguiente trienio sus vastos trabajos. En cuatro votaciones consecutivas, nuestro compatriota ha obtenido, *por unanimidad de todos sus colegas*, el insigne honor de ser proclamado presidente, cargo que desempeña desde hace diez años á satisfaccion de todos, y que honra por igual al que lo ocupa, y á la nacion que representa. Verdad es que el general Ibañez ha sabido colocar á España á la cabeza del mundo científico en cuanto se relaciona con los trabajos geodésicos, al realizar en nuestro país el plan de trabajos que habia formado, de cuyo proyecto habia dicho el ilustre teniente general Baeyer, decano de la geodesia actual, en una célebre publicacion: «España ha trazado un proyecto de trabajos tal, que si se realizara, oscureceria todo cuanto en el dominio de la geodesia se ha intentado en el continente.» El proyecto



CAZADEROS, cuadro por Hans Dahl



EL BOSQUE DE PLESSIS LES TOURS, dibujo por J. Pahissa

para honra nuestra, se halla completamente realizado. Altamente satisfactorio es para nuestra nacion y para nuestro ejército que un mariscal de campo, que no ha llegado todavía al término de su carrera, haya sido elevado por tres veces á la presidencia de una asamblea en que tienen asiento nueve tenientes generales de los diferentes ejércitos de Europa, tres ex-ministros y diez y seis directores de observatorios astronómicos.

VII

La práctica adquirida por el general Ibañez en los trabajos que ejecutaba, la comparacion de métodos y procedimientos para llevarlos á la mayor perfeccion posible, y su constante estudio, dieron por resultado el que construyese un nuevo aparato de medir bases geodésicas, inventado por él, y que lleva su nombre, que ha sido reconocido por las naciones europeas como el más á propósito para esta clase de trabajos por su sencillez, precision increible, rapidez y fácil manejo. La comision geodésica internacional, despues de tributar al general Ibañez unánimes muestras de elevado aprecio por los trabajos que para la nueva determinacion de la forma y dimensiones del globo se ejecutaban en España bajo su direccion, lo hizo tambien por el citado aparato, y acordó unánimemente construir uno á expensas de todos los Estados asociados, destinado á comprobar algunas de las ya medidas en las diversas naciones, y eligió como modelo, por haber dado la mayor precision en los resultados, el aparato español, invencion del general que nos ocupa.

La memoria que sobre el mencionado aparato escribió y presentó anónima en concurso público del cuerpo de ingenieros, obtuvo la gran medalla de oro, y por órden expedida por el Sr. Ministro de la Guerra, se mandó que, en vista de la gran importancia del problema que resuelve la memoria titulada: «Nuevo aparato de medir bases geodésicas» y de la indisputable ventaja científica y práctica que envuelve el aparato que en ella se describe, el cual resultó ser muy superior á cuantos existen y llevan el nombre de sus inventores, y en prueba del singular aprecio con que el gobierno vió este nuevo testimonio de los constantes, difíciles y aprovechados estudios de su autor, se denominase el nuevo aparato oficialmente *Aparato Ibañez*.

Con él ha medido personalmente, desde comandante á general, nueve bases geodésicas en España y una en el extranjero, como se dirá despues.

VIII

En 1866 fué delegado por el gobierno para representar á España en la comision internacional de medidas, pesas y monedas que habia de instalarse en Paris con motivo de la Exposicion universal y al mismo tiempo que estudiase en la referida Exposicion todo lo que pudiera interesar á la publicacion del mapa de España y todo lo relativo al cuerpo de ingenieros.

En 13 de mayo de 1868, obtuvo por antigüedad el empleo de coronel de ingenieros.

En 1869 fué nombrado vocal de la comision creada para proponer el meridiano que definitivamente habia de adoptarse en España para contar las longitudes geográficas.

IX

Habiéndose dirigido el gobierno inglés por conducto del ministro plenipotenciario de S. M. Británica en esta corte, al de España, pidiéndole un tipo lineal usado en los trabajos geodésicos de nuestro país, á fin de compararlo con los de otros Estados de Europa y América, el gobierno español aceptó gustoso la invitacion y comisionó al general Ibañez, para que con las precauciones debidas se condujese á Southampton la regla del aparato de medir bases de su invencion, y la comparase en aquel punto con la yarda inglesa; y terminada que fuese esta operacion, se trasladase á Suiza, Prusia, Rusia, Austria é Italia, para el estudio de la figura y dimensiones de la tierra, y conferenciase con los astrónomos señores Janssen, Hirsch, Bruhns y el P. Secchi, y con los tenientes generales Baeyer, Fligely y Ricci, miembros todos de la Asociacion geodésica internacional.

A principios del año 1870 fué nombrado subdirector de trabajos geodésicos de la Direccion general de Estadística.

En 17 de enero de 1870, le confirió el gobierno el cargo de delegado permanente de España en la Asociacion geodésica internacional, siendo el conducto por el cual se comunicase nuestro país con la citada corporacion.

Desempeñó interinamente la subdireccion de trabajos topográficos-parcelarios y censales además de la subdireccion de trabajos geodésicos.

Desempeñó interinamente la Direccion general de Estadística.

Por decreto de 28 de abril del mismo año, fué nombrado subdirector, segundo jefe de la Direccion general de Estadística.

X

Tan grande importancia habian alcanzado los trabajos geodésicos que se ejecutaban en España y el nombre ilustre del general Ibañez, que tan colosal impulso les habia dado, que á ellos dirigian sus miradas y seguian paso á paso los adelantos de aquellos, los hombres científicos del mundo civilizado.

Buena prueba de ello nos ofrece el hecho de haber solicitado y obtenido de nuestro gobierno el Consejo Federal de Suiza, que el general Ibañez, con su personal militar, fuese á medir la base central de la triangulacion geodésica de aquella república, distincion tanto más significativa, cuanto que Suiza, por su situacion geográfica, se encuentra entre naciones que cuentan celebridades en esta clase de trabajos. Y si hubo un tiempo en que tenian que venir á nuestra patria los astrónomos de más nombre para hacer los trabajos geodésicos, ya pasó por fortuna aquella época; y en la actual, reconocida la supremacía de España en esta clase de trabajos, han tenido ocasion nuestros geodestas de ejecutarlos fuera de nuestra nacion á solicitud de otra extranjera. Ejecutada la operacion en brevísimos dias, mereció por su rapidez y precision, unánimes elogios tanto de la prensa nacional como de la extranjera, y una comunicacion del presidente de la República Suiza en que se leen estas frases: «Con su preciosa cooperacion, el general Ibañez ha merecido bien de la geodesia de nuestro país, el cual conservará de ello un recuerdo eterno. Por esto llenamos nosotros una agradable mision presentando aquí al general Ibañez la expresion de nuestra viva gratitud.»

XI

Reciente se halla todavía otra importantísima operacion ejecutada en España en combinacion con los trabajos de la Asociacion geodésica internacional: la union geodésica de Europa y Africa, cuya realizacion se debe á la iniciativa del general Ibañez.

El mayor de los arcos de meridiano proyectados, el que partiendo de las islas Shetland al Norte de Escocia habia de terminar en el desierto de Sahara, para cuya medicion ofreció el general Ibañez en 1866 el concurso de España á la entónces naciente Asociacion geodésica internacional, se hallaba interrumpido en una extension de 270 kilómetros de longitud; inmensa distancia á que jamás se habia intentado divisar una señal geodésica. El deseo de enlazar las triangulaciones de ambos continentes, europeo y africano, data de algunos años; pero las tentativas que se habian hecho, no dieron resultado alguno satisfactorio, hasta que en 1878, consiguió el general Ibañez por medio de gestiones personales que el ministro de la Guerra de Francia enviase á la Argelia algunos oficiales á la vez que el general enviaba otros á las sierras andaluzas, para fijar de una manera provisional la posicion de los cuatro vértices préviamente elegidos. Y como por el reconocimiento llevado á cabo se probó que esos puntos eran visibles entre sí, el gobierno español, á propuesta del general Ibañez, invitó por la vía diplomática al de la República vecina, á llevar á cabo la operacion, que tuvo lugar el año siguiente, con personal exclusivamente español en España y francés en Argelia. El general Ibañez iniciador y exclusivo responsable ante la nacion española y el mundo científico del éxito dudoso de tan arriesgada empresa, así como los que coadyuvaron á su brillante éxito, merecieron entusiastas felicitaciones de ambos gobiernos y de los centros científicos de todas las naciones civilizadas. La montaña más alta de todo el territorio español y de la Europa occidental, el pico de *Mulhacen*, en la Sierra Nevada, fué testigo de los trabajos científicos del general Ibañez en esta ocasion; pues allí se trasladó para inspeccionar por sí mismo las operaciones.

(Continuará)

IR POR LANA....

(Continuacion)

A las cuatro de la tarde, estando en el casino, segun costumbre, el banquero Ruiz recibió el siguiente billete:

«Querido amigo y compañero: esta noche marcho á Madrid, y estoy muy ocupado. El tren sale á las siete y usted no come hasta las siete y media. Creo no causarle extorsion al citarle para las siete ménos cuarto en la estacion del camino de hierro. Deseo hablar á V. de un negocio importante para ambos.—RANZ.»

A las cinco, Rosario, que hora y media ántes habia recibido una carta, salió de su casa acompañada de su doncella, y envuelta en una mantilla muy tupida entró en una iglesia próxima.

Un rato despues de haber leido la misiva de Ranz el banquero Ruiz, al salir del casino, fingió sorprenderse mucho de la desaparicion de su berlina, y vuelto á subir al círculo, un criado le entregó una esquela que acababan de traer. El lector habrá comprendido que era la que aquel habia dictado á Joaquin. Ruiz leyóla en confianza á dos ó tres amigos y hecho esto se marchó del casino á pié. A las cinco y media, estaba apostado en una plazoleta, no léjos de su casa, y poco despues se acercó á un carruaje que pasaba por allí, y le hizo detener. Empezaba á cerrar la noche, que era de diciembre, y reinaba una oscuridad casi completa, porque los empleados del gas comenzaban á encender los faroles.

Dentro del carruaje se veian vagamente dos bultos.

El banquero se aproximó á la portezuela y estrechó una mano que le tendian desde dentro.

—¡Bravo! — exclamó — ¡bravísimo, Joaquin!

Luégo pidió y obtuvo el favor de dar la mano á la bella fugitiva. Una mano pequeñita y enguantada asomó por la portezuela, el banquero la oprimió ligeramente con galantería y despues, dirigiéndose á Joaquin, dijo:

—Advierto á Vds. que el tirano aún no se ha ido; sale á las siete.

—Ya lo sabemos,—contestó aquel;—ha variado de hora, pero ya no ha habido remedio, estaba engendrado el movimiento, como dicen los toreros,—y luégo inclinándose al oido de Ruiz repuso:—mejor, así se precipita el desenlace.

—Tienes razon. ¡Jóvenes amables, buen viaje! Ya he mandado aviso á las *Veletas*. ¡Hija mia! felicito á V.: esto es fineza en el amar, por más que griten los padres y tutores del antiguo régimen. Para comprender estas cosas es preciso ser poeta, artista; el corazon vale más que la cabeza. Adios.

El coche partió. Aunque todavía no era hora de su cita con Ranz, Ruiz se fué derecho á la estacion del ferro-carril. Queria aprovechar el tiempo.

El jefe de estacion se paseaba por el andén.

—Buenas noches, amigo mio.

—¡Oh! Señor de Ruiz. ¿Usted por aquí? ¿Va V. á Madrid?

—No señor. Espero al banquero Ranz que debe partir en el tren de las siete. Tengo que hablarle de una carta muy singular que acabo de recibir. Vea V , no creo ser indiscreto, es un *asuntillo* del que mañana se enterará todo Valladolid.

Y el banquero dió al jefe la carta de Joaquin.

—¿Puedo, pues, leerla?

—Sin duda.

Miéntras el empleado leia la carta, el semblante de Ruiz rebosaba satisfaccion.

—¡Caramba!—exclamó aquel,—¿el autor de esta carta ha robado una hija al señor de Ranz?

—Eso se deduce, pero tambien puede ser una broma. Lo que sé decir á V. es que á mí tambien me han *oscurecido* mi berlina, que me esperaba á la puerta del casino. ¿Qué opina V., será la hija ó la caja lo que han robado á Ranz.

—No, no, por el contexto es la hija.

—Eso parece. ¡Pobre Ranz! Seria chusco... No obstante, si es la hija, soy franco, casi me agradaria. ¡Hay tanta monotonía en nuestras costumbres! No sucede nada extraordinario. ¿Qué le parece á V.?

—Dispénseme: llega el tren de Madrid. Hablaré á mi mujer de esta aventura. Adios.

El jefe se fué á recibir el tren.

El banquero se bañaba en agua rosada.

Entre los viajeros que acababan de llegar, vió á un médico conocido suyo, y despues de saludarle, buscando un oportuno rodeo, le contó la aventura. El facultativo, que era hombre de buen humor, se rió grandemente.

—¡Bah!—se dijo Ruiz al quedarse solo segunda vez:—si ese tunantuelo da el golpe en vago no será por culpa mia. Dentro de una hora todo el mundo estará enterado.

VI

A las seis en punto, un coche se detuvo á la puerta de la estacion, y el banquero Ranz entró en el vestíbulo.

Ruiz corrió á su encuentro y le dijo:

—Esperaba á V. con impaciencia.

—He sido exacto.

—Sí, pero no se trata de negocios. Lea V ,—y le alargó la carta consabida.

—¿Qué significa esto?—exclamó Ranz así que hubo leido.—Veamos Ruiz, explíqueme usted...

—¡A fe mia! no sé qué decirle. Yo sé poco más ó ménos lo mismo que V. Ignoro de qué se trata, si de la niña ó de la caja. A mí me han dejado tambien sin carruaje, pero no puedo resolverme á suponer ladron á ese muchacho. No sé si es una chanza ó una cosa más formal, y sólo deduzco que hay amores de por medio...

—Vuelvo á mi casa,—dijo Ranz interrumpiéndole.

—Vamos: acompaño á usted.

En casa de Ranz reinaba la mayor consternacion. La caja estaba intacta, pero la hija del banquero no habia vuelto y se ignoraba el paradero de ella y de su tia. Lo más particular era el aspecto relativamente tranquilo de la señora de Ranz.

—Estoy algo inquieta, —decia á la nodriza que fué de Isabel y que en la actualidad ejercia las funciones de ama de llaves.—Pero despues de todo, no será nada. La niña ha comido con su tia y no ha creido necesario mandar recado. Luégo habrán ido á alguna visita. Ya verán Vds. como no tarda en volver.

—Señor de Ranz,—dijo Ruiz,—todo eso es muy vago; lo derecho es ir á *Las Veletas*.

—Tiene V. razon. ¿Me acompaña usted?

—Siempre.

RAMON DE NOVELDA

(Continuará)

LA EXTRACCION DEL PETRÓLEO

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Las costumbres de la vida moderna prolongan el dia hasta mucho despues de ponerse el sol. El alumbrado por gas ha venido á punto para trasformar las ciudades; pero fuera de las grandes aglomeraciones, la bujía ó la antigua lámpara alimentada con aceite vegetal no eran ya suficientes, pues costaban demasiado al hombre que,



A LA PUERTA DE LA IGLESIA, cuadro por E. Zamacois

concluido su trabajo, no queria acostarse ántes de haber arreglado sus cuentas, leido su diario, y contestado á las cartas de su familia ó de sus amigos. El descubrimiento de los aceites minerales, hace unos veinticinco años, llegó pues, muy oportunamente; pero en honor de la verdad, debemos decir que no se descubrieron entónces, pues ya se conocian muchos siglos ántes, segun nos aseguran los eruditos. Herodoto y Plinio aludieron á ellos en sus obras. Los persas alimentaban con aceites minerales el fuego perpetuo de sus templos, pero su uso era muy limitado. En 1859 fué cuando por primera vez un americano perforó un pozo de petróleo en la cuenca del Ohio; pero despues se descubrieron los yacimientos de Pensilvania, y obtúvose un resultado prodigioso. En 1862 se extrajeron tres millones de barriles; en 1874, el producto fué de diez millones, y en 1880 de veinte; de modo que el consumo de petróleo, limitado al principio á la América del Norte, extendióse por todo el mundo.

A la vez que se desarrollaba la industria del petróleo, perfeccionábase tambien. El producto en bruto, tal como brotaba de los pozos, estaba mezclado con aceites demasiado inflamables ú odoríferos, que se podian separar por una especie de destilacion; é inventáronse lámparas que economizan el combustible y dan una llama más clara. Sin embargo, lo más curioso de esta industria es la manera de extraer el petróleo, pues nos ofrece el ejemplo, único en la historia de los descubrimientos, de una explotacion que ocupa á miles de hombres, hace gastar y produce millones de duros, y parece condenada á ser indefinidamente la más aleatoria de las empresas.

En diversos puntos hay yacimientos de petróleo, en Austria, en Rusia, en Birmania, y hasta en Francia; pero los únicos que producen gran cantidad de ese aceite mineral están situados en un país montañoso, cubierto de bosques, en Pensilvania y Nueva York (Estados Unidos.)

En el interior de este país, que segun se ha demostrado, es rico en petróleo, la preciosa esencia no aparece por todas partes ni se encuentra tampoco á la misma profundidad. Ahora se ha reconocido que el petróleo se halla en depósitos muy diseminados, á una profundidad variable, mezclado con arena muy fina y sometido á cierta presion por las capas superiores del terreno. Cuando el agujero practicado por la sonda alcanza á la arena, el petróleo sale á la superficie, y el chorro es más ó ménos abundante y duradero segun la extension del depósito, la presion, y el número mayor ó menor de los pozos que le penetran. La profundidad á que debe bajar la sonda varía generalmente de 200 á 600 metros; colocándose en el fondo de un valle se ha de excavar ménos, pero la ventaja es poco considerable, pues algunos metros más ó ménos no ocasionan un gran gasto, y lo importante es perforar un pozo en la inmediacion de otro que dió buen resultado.

Los útiles necesarios son sencillos y poco costosos: bajo un cobertizo toscamente construido se dispone el taller; una larga varilla de hierro con punta de acero, que una máquina de vapor hace subir y bajar á breves intervalos, perfora el terreno poco á poco; la cuerda que sostiene esta varilla se arrolla en poleas; y de vez en cuando esta varilla es reemplazada por un cilindro hueco que recoge los escombros amontonados en el fondo del agujero. Cuando se han perforado los primeros cien metros hácese necesario un sistema de tubos para contener los terrenos muebles. La perforacion de un pozo, en suma, es obra de algunas semanas, y exige un gasto de tres á cuatro mil duros. Sin embargo, pueden ocurrir accidentes que retarden el trabajo, como por ejemplo cuando la cuerda se rompe y la varilla de hierro se queda en el fondo del agujero. Entónces se debe procurar cogerla con tenazas, cuya operacion es bastante larga.

Cuando se ha llegado al yacimiento el petróleo brota, al principio mezclado con aire, y despues en corriente continua; entónces no hay más que hacer sino dirigir el chorro á las cubetas colocadas para recibirle. Al cabo de algun tiempo la corriente disminuye; entónces se adapta un cuerpo de bomba sobre el pozo, y practican la extraccion miéntras que el rendimiento baste para pagar el gasto, abandonándose despues el pozo. Algunas veces hay motivos para creer que la salida se detiene por estar obstruido el tubo, en cuyo caso se baja un cartucho de dinamita, que se hace estallar dejándole caer sobre un bloque de hierro. La explosion hace desaparecer el obstáculo, y el chorro aceitoso vuelve á manar durante algun tiempo. Una compañía ha tenido la ingeniosa idea de pedir un privilegio para este uso de la dinamita; y no es por cierto esta la ménos fructuosa de las empresas que se hallan en la region del petróleo.

Se han encontrado pozos que produjeron 4,000 barriles en las primeras veinticuatro horas, y cuando se tiene la suerte de hallar uno así, adquiérese una fortuna; pero tan felices encuentros no se presentan sino en un terreno nuevo. Los hombres prudentes no socavan un pozo como no esté cerca de los que producen ya, y áun así no están seguros de obtener buen éxito, porque pueden haber se colocado fuera del depósito subterráneo. Los aventureros van á la descubierta, y con un olfato natural que la experiencia desmiente más de una vez, establecen su taller en medio de un bosque, en el punto que su instinto les indica, asegurándose ántes la propiedad del terreno circundante. Despues, una vez comenzado el trabajo, vigilan dia y noche para impedir á sus rivales que descubran dónde están, porque es de una importancia capital no tener competencia durante los primeros dias de la salida del petróleo, que son siempre los más productivos. Aunque consiguen sus fines, el secreto no se guarda largo tiempo. Los aventureros venden entónces por pequeños lotes el terreno cuya propiedad han adquirido; y si no han encontrado la veta líquida, asegúrase que compran algunos barriles de petróleo, vierten el aceite sobre su cobertizo, y así encuentran á veces tontos que compran muy confiados aquel pozo al parecer productivo. Esto es análogo á lo que se hace en los distritos mineros del Far-West, donde los hombres poco escrupulosos ceden por dinero contante el terreno en que han practicado excavaciones inútiles, despues de diseminar pepitas ó mineral: á esto llaman «Salar una mina.»

Calcúlase en 20,000 el número de pozos activos en Nueva York y Pensilvania: en cuanto á los que no produjeron, ó que se han agotado, no hay quien se haya atrevido á formar la estadística. Todo nuevo yacimiento que se descubre, hace surgir una ó varias ciudades con sus almacenes, sus hoteles, un teatro, periódicos, una municipalidad, un cuerpo de policía y otro de bomberos. El primer año sólo se ven construcciones en madera; pero si los pozos no son efímeros, edifícanse casas de ladrillo, y no se tarda en observar el lujo, ó por lo ménos la comodidad. Esas ciudades improvisadas no podrian, sin embargo, compararse con las que la fiebre del oro ó de la plata crean en el Far-West. La region del petróleo se halla en medio de Estados donde ha cundido ya la civilizacion; y los aventureros y vagabundos que acuden allí, como á todas las partes donde hay probabilidad de hacer fortuna, son contenidos por una poblacion sedentaria más sosegada. Aunque no haya peligro de morir asesinado detrás de un matorral, como sucede en el país del oro, las localidades no tienen el menor atractivo; todo es negro y sucio, y está impregnado del aceite que hace la fortuna de los habitantes. Algunas ciudades favorecidas por la situacion ofrecen un aspecto más favorable, y son aquellas que han llegado á ser depósitos y centros de convergencia de los caminos de hierro. Así pues, Oil-City (ciudad del aceite), situada en la confluencia del Arroyo del Aceite y del rio Alleghany, cuenta 10,000 habitantes, y es el principal mercado del petróleo. Bradfort, de fundacion más reciente, rivaliza ya con aquella; y hay otros centros notables, como Titusville, Warren y Bolivar.

La region del petróleo está surcada de caminos de hierro, mas, á pesar de ello, el aceite no se trasporta por la vía férrea, pues los refinadores que depuran la preciosa sustancia ántes de entregarla al consumidor hállanse en Cleveland, Búffalo, Pittsburgo y Long Island, cerca de Nueva York; y los propietarios de pozos deben enviar allí su mercancía, ó bien á los puertos de mar, porque algunas veces se remite á Europa el petróleo en bruto. Una compañía ha formado toda una red de tubos subterráneos que parten de las refinerías y de los puertos de mar, y van á parar á los grandes depósitos de la region del petróleo. Para dar una idea de la importancia de esa red subterránea, bastará decir que la bahía de Nueva York está á 500 kilómetros de Pensilvania. Varias máquinas de vapor, convenientemente espaciadas, conducen el aceite de una estacion á otra en todo el tra-

yecto de los tubos; y algunas ramificaciones de menor diámetro enlazan los depósitos con las cubetas colocadas en el orificio de los pozos. Esta organizacion no es sólo ventajosa bajo el punto de vista de los gastos de trasporte, pues tambien simplifica el comercio de petróleo. Todas las cubetas que se comunican con la red son de una cabida determinada: cuando un dueño de un pozo quiere entregar su aceite, avisa al empleado de la compañía; éste se traslada al sitio, mide la altura del líquido en la cubeta, abre la espita, y despues de cerrarla, ve lo que ha quedado, y envia por telégrafo nota de las dos medidas al punto de residencia de la compañía, que calcula la cantidad extraida y entrega un bono al dueño. Si el pozo pertenece á varias personas, cada una de ellas recibe un bono por la parte que le corresponde.

Estos bonos se negocian en el mercado. El último que endosa, y que recibe, sea en una refinería ó en un puerto, sabe que ha de pagar veinte *centavos* (el *centavo* vale unos cinco céntimos) por barril por el trasporte, y cincuenta diarios por cada mil barriles para el almacenaje. La compañía de trasporte, segun vemos, es por lo tanto depositaria de las cantidades de aceite no vendidas, constituyendo á la vez un banco de depósitos, que hace adelantos á los portadores de bonos. Tambien es compañía de seguros, pues no es raro que caiga una exhalacion en un depósito y lo queme con todo su contenido. La compañía entónces participa en la pérdida con todos sus clientes.

El rayo es el mayor enemigo de los depósitos de petróleo: la compañía perdió ocho de esta manera en 1880; y no parece que haya buscado lo bastante para protegerlos por medio de pararayos. El principal peligro cuando ocurre tal accidente consiste en que el fuego llegue á los depósitos inmediatos; y por eso hay la costumbre de valerse de un cañon, que se envia por tren especial: las balas rompen por la base el que se ha incendiado, y el aceite se esparce por el suelo; todo se pierde, pero los demás depósitos se salvan.

Si la extraccion del petróleo es una industria aventurada, no se debe esto sólo á que el éxito de un pozo nuevo sea siempre dudoso, y á que el rendimiento de los que producen tenga corta duracion, sino á que el precio de ese aceite sufre de un mes á otro increibles cambios. Al tipo de 90 *centavos* á un duro el barril, el comercio va bien; pero si se produce una considerable baja, los dueños de las inmensas cantidades que contienen los depósitos pueden arruinarse en un dia. Eso es lo que sucedió en 1882: algunos aventureros tuvieron la idea de perforar un pozo al sudoeste de Clarendon, en un sitio casi desierto, llamado Cherry Grove, que nadie habia explorado, aunque era un centro de la region del petróleo; el éxito fué prodigioso; nunca se habia encontrado una veta tan abundante; en pocos dias el precio corriente bajó á 49 *centavos* en todas las Bolsas de Nueva York y de Filadelfia, é inmediatamente llenóse de obreros y de máquinas el bosque de Cherry Grove, y eleváronse cobertizos en todas partes. El terreno, que apénas valia cuatro duros la hectárea, se vendió de quinientos á mil, y fundáronse dos ciudades, una llamada Garfield, en honor del Presidente mártir, y la otra Farnsworth, nombre del propietario de la granja más próxima. El primer chorro de aceite brotó el 17 de mayo; en 1.° de octubre contábanse 321 pozos activos y en cuatro meses se gastó más de un millon de duros en los trabajos que se practicaron en una superficie de 3 kilómetros cuadrados.

Todo el mundo creia enriquecerse, pero esto no pasó de ser un sueño que se debia desvanecer muy pronto. Antes de terminar el año, la mayor parte de los pozos quedaron abandonados, porque ya no daban casi nada; pero el petróleo habia recobrado su antiguo precio, y los aventureros se trasladaron con sus útiles á otros puntos que se creian más ricos y provechosos. Un descalabro no es cosa para desanimar á esa gente; pues piensan que el mundo no puede prescindir del petróleo, y que la Providencia les habrá reservado en otras partes yacimientos, que ellos tendrán la suerte de descubrir.—H. B.



OFELIA, bajo relieve



EL SITIO PREDILECTO, cuadro por L. Carstens

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 28 DE SETIEMBRE DE 1885 — NÚM. 196

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ALBORADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ALBORADA

No es fácil que un paisaje, falto del auxiliar del color, pueda dar idea del pensamiento que ha querido reproducir el artista. Los objetos reales de ese paisaje, árboles, agua, peñas, hasta la atmósfera, son unos mismos á todas horas del dia; lo que califica esas horas, lo que expresa, digámoslo así, el asunto, es el tono, es el color que revisten esos objetos, segun el momento de su contemplacion. Así el medio dia contrasta con la noche, así las tintas del sol que nace no son, por cierto, las mismas tintas del sol que muere. Todo efecto de los cambiantes de luz, todo efecto del color.

A pesar de todo, el paisaje que reproducimos está tan bien entendido; conoce su autor tan perfectamente los efectos de luz, que áun por medio de un simple grabado, pero grabado de primer órden, ha encontrado manera de hacer comprender su pensamiento. Esa atmósfera trasparente en todos los términos del cuadro, esa agua tranquila, ese cielo con nubes que nada tienen de amenazadoras, esos árboles que pueden apreciarse hasta en sus más mínimos detalles, no pueden corresponder sino al momento de la alborada, esa hora que constituye lo que pudiéramos llamar la infancia del dia, y que, como la infancia, es alegre, risueña, simpática.

Un aplauso al autor y otro al grabador de ese cuadro: uno y otro han vencido grandes dificultades de ejecucion.

JÓVEN NUBIA, cuadro por N. Sichel

Fama de mujeres hermosas tuvieron las mujeres nubias en el antiguo Oriente y por cierto no era usurpada esa fama si el ejemplar de nuestro grabado es retrato de alguna de esas jóvenes que en nada han perdido el tipo de sus orígenes.

Y en verdad que, bien examinada esa mujer, no es posible confundir su belleza varonil con la de la belleza, bastante enclenque, de la mujer europea. ¿En qué consistirá que miéntras ese Oriente, ese Egipto tan famoso en otro tiempo, ha degenerado hasta lo inconcebible, sus hijas de la Nubia conservan todos los caracteres físicos de sus remotas predecesoras? ¿Será que, á puro petrificarse todo en ese pueblo, se petrificaron asimismo sus razas?

Cualquiera que sea la explicacion, es indudable que la actual hija de la region fronteriza de Egipto y de la Abisinia parece la animacion de una de esas esfinges que constituyen uno de los ejemplares más misteriosos del misterioso arte egipcio. El autor, tan afortunado como Pigmalion, ha conseguido dar vida á la materia inerte, y por cierto que fuera disculpable si, como el escultor de Chipre, se hubiera enamorado de su obra. No diremos que esto haya sucedido; pero si el pintor Sichel ha copiado su jóven nubia del natural, no debe haberla olvidado fácilmente.

EL ÚLTIMO AMIGO; dibujo por Mariano Fortuny

Cuando la Iglesia reza por alguno de sus hijos difuntos, profiere aquellas palabras de Jesucristo, sublimes y exactas como todas las del Redentor.

—Los que mueren en mí, no mueren eternamente,—es decir, los que mueren siguiendo mis preceptos, los que mueren abrazados á mi bandera, los que mueren profesando puramente mi doctrina, no mueren para siempre.

El arte pudiera, como el divino Maestro, decir otro tanto.

—Los que mueren en mí, los que me han rendido ferviente culto, los que forman parte de aquellos *pocos escogidos* entre tantos como se creen llamados; los que en sus obras reflejan el *quid divinum* que constituye la sublimidad del genio, no mueren para siempre: sus obras son seguro de su inmortalidad.

Así Fortuny no ha muerto; así el que sorprendió, no sólo el secreto del dibujo, sino el secreto de la luz; el que, más afortunado que Icaro, robó al sol una parte de su calor para comunicárselo á sus cuadros, no ha perecido, ni perecerá; y cada vez que se haga público un dibujo suyo, cada vez que artistas y profanos puedan deleitarse en la contemplacion de una de sus obras, resucitarán mentalmente á Fortuny, tan jóven, tan apuesto, tan verdaderamente ungido por la divinidad del arte.

La ILUSTRACION ARTISTICA, que encabezó su publicacion con un dibujo del malogrado pintor reusense, cree vestirse de gala cada vez que, como en el presente número, honra sus páginas con una obra maestra del inmortal autor de la *La Vicaría*.

REGRESANDO DE LA FAENA, cuadro por Jonnard

Los que, por dicha ó desdicha, vivimos la vida de las grandes poblaciones, no acertarmos á comprender la existencia de la campesina, que nunca ha visto un figurin, ni ha asistido á una grande soirée, ni siquiera ha oido á Gayarre cantar *La Favorita*.—¿Es posible, exclamamos, la vida en semejantes condiciones?

Sí, señores, es posible; y no tan sólo es posible sino que tiene sus encantos. Los cantó en la antigüedad el gran Virgilio, que ciertamente no era rana; y los han cantado posteriormente autores tan célebres y acostumbrados al bullicio del mundo como Rousseau y Florian, como Lamartine y Melendez, como Walter Scott y el inimitable Mistral.

Jonnard, que dista mucho de ser un vulgar artista, ha compuesto tambien su idilio; y áun cuando la escena de esa mujer labriega, que se retira del campo despues de un dia de ruda faena, no es para tentar á ninguna damisela, hemos de confesar que no deja de tener su encanto y que este encanto va mucho más recto al corazon que el estreno de un artista ó un baile en el gran mundo.

LO MEJOR DE LA COLECCION, cuadro por E. Herche

Suntuosa es la estancia del prelado: éste colecciona objetos realmente preciosos y quizás pudiera aplicársele aquel dicho de Napoleon I á cierto obispo á quien sorprendió comiendo en vajilla de plata.

—Majestad, es el patriotismo de los pobres...—dijo el obispo.

—Monseñor,—contestó Napoleon—hubierais hecho bien ahorrándoles la mano de obra.

El prelado del cuadro, con el ademan satisfecho de la vanidad halagada, enseña á dos inteligentes una riquísima pieza de porcelana, quizás uno de esos ejemplares de Sèvres que igualan á sus símiles del extremo Oriente en viveza y permanencia de colores y los superan en buen gusto. El objeto mostrado produce todo el efecto apetecible: los amigos de monseñor, sin duda coleccionistas como él, se dan por vencidos.

En esta composicion, aparte la riqueza de detalles, es notable la expresion de los personajes y la naturalidad de las actitudes.

EL EXCMO. SR. D. CÁRLOS IBAÑEZ É IBAÑEZ DE IBERO

MARISCAL DE CAMPO, DIRECTOR GENERAL DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO Y ESTADÍSTICO

(Conclusion)

XII

Pero si de los trabajos geodésicos en que tanto se ha distinguido el general Ibañez pasamos á otros no ménos importantes, á los relativos á la metrología de precision, vemos tambien á nuestro compatriota desempeñando la Presidencia de la Comision internacional de pesas y medidas en que tantos y tan señalados servicios ha prestado á la ciencia y á la civilizacion.

En 1870, el gobierno español le nombró delegado en la Comision encargada de determinar el metro y kilógramo internacionales. Los ilustres sabios que componen esta Comision, eligieron por unanimidad al general Ibañez para presidirlos: honrosa distincion debida á su reconocida competencia, actividad, especiales dotes y relevantes prendas personales. Las grandes dificultades que desde su elevado puesto ha tenido que vencer, debidas unas á respetables susceptibilidades de algunas naciones sobre la organizacion, neutralidad é independencia de la oficina internacional de pesas y medidas, y otras para llevar á cabo la fijacion de la unidad de medida con carácter universal y por la materia de que habian de ser construidos los tipos internacionales, le hicieron ver cuán difícil seria poder salvar los obstáculos que se acumulaban para el libre ejercicio de las funciones de la Comision; pero el general Ibañez, con su enérgica palabra y el legítimo ascendiente que habia adquirido, decidió á los delegados de los gobiernos á pedir una conferencia diplomática, que tuvo lugar en 1875, á la que asistió como plenipotenciario del Rey, donde se firmó un convenio internacional por los representantes diplomáticos de Europa y América que representaban una poblacion de 400 millones de habitantes, convenio que asegura la satisfactoria terminacion de esta elevada y civilizadora obra en que todos se han comprometido é interesado, y cuya utilidad no es necesario encarecer por las interesantes aplicaciones que á las artes, al comercio, á la industria y á la ciencia en general ha de reportar.

Para dar una idea de las dificultades que el entónces brigadier Ibañez tuvo que vencer para llevar á cabo la creacion de la oficina internacional de pesas y medidas, véase lo que á propósito de este particular dijo á nuestro ministro de Estado el embajador de S. M. en Paris.

«En diversos despachos he ido dando cuenta á V. E. de la tramitacion que ha llevado la conferencia diplomática de pesas y medidas desde su primera reunion, y creo que hoy, que está definitivamente resuelto el objeto que la motivó, no estará demás que envie á V. E. una ligera reseña de los pasos que ha seguido este asunto.

»La organizacion internacional propuesta en 1872 por la comision del metro, formada de delegados científicos de los gobiernos interesados, no se llevó á cabo en todas sus partes: y precisamente la más esencial, la clave del sistema, que era la creacion de la oficina internacional de pesas y medidas costeada y administrada por todos los gobiernos, quedó por completo abandonada. Todos los esfuerzos que habia hecho el delegado español fueron inútiles para llevar á buen fin el objeto que el gobierno de Madrid se propuso al confiar este delicado asunto al brigadier don Cárlos Ibañez, cuyo incansable amor á las ciencias le ha hecho abandonar en diversas ocasiones su país para lograr su propósito. En vano trabajó aquí con los individuos facultativos del Conservatorio de Artes y Oficios; en vano se asoció con los sabios extranjeros para persuadirles de las ventajas que la tal oficina habia de proporcionar á todas las potencias: sus esfuerzos se estrellaron contra la influencia, que necesariamente habian de ejercer en este país los jefes del Conservatorio, que veian escapárseles de la mano la autoridad ejercida hasta entónces por ellos en estas materias. Mas no se hicieron esperar largo tiempo los resultados de haber desaparecido un conjunto armónico y detenidamente elaborado: las grandes naciones del continente europeo se abstuvieron de hacer los pedidos de metros y kilógramos, hasta que se hubiese creado la oficina internacional proyectada; sus delegados científicos no acudieron á las convocatorias del presidente, notificando, de órden de sus respectivos gobiernos, que no tomarian parte alguna en los trabajos de la comision, hasta tanto que no hubiera tenido lugar la creacion de la oficina mencionada. La presidencia del comité permanente, que el delegado español ocupaba desde su orígen en 1872, se encontró ya en 1873 en una situacion grave: de las naciones continentales, más interesadas todavía en la cuestion bajo el punto de vista geodésico, estaban retraidas de la accion comun, la Alemania, el Austria-Hungría, la Italia, la Rusia y la Suiza: los acuerdos del comité, aunque legales, carecian por lo tanto de la fuerza moral y científica suficiente para llevar á feliz término los vastos trabajos de observacion y de cálculo encomendados al comité; carecia este de los recursos necesarios, y en fin, todo contribuia á debilitar la representacion internacional de la Asociacion, que era el comité permanente compuesto de doce delegados elegidos por todas las naciones asociadas.

»A este estado habian llegado las cosas y tal era la falta de inteligencia en el seno de la comision, que sus trabajos daban escaso resultado, cuándo el activo é inteligente delegado español, que conocia á fondo las opiniones de sus colegas y la influencia que sobre ellos podia ejercer en un momento dado, presentó una proposicion, que fué aprobada por unanimidad, pidiendo al gobierno francés que convocase una conferencia diplomática llamada á resolver definitivamente la organizacion que conviniera dar á todos los trabajos relativos á los nuevos tipos del metro y del kilógramo.

»Cuando un año despues se reunió el comité obedeciendo á un precepto reglamentario, se dió cuenta de que el gobierno francés no habia convocado la conferencia diplomática, habiéndose concretado tan sólo á preguntar á los diversos gobiernos, si estaban dispuestos á hacerse representar en ella.

»Una vez más el delegado español dió pruebas de la fe que le animaba y sin descorazonarse por las muchas dificultades que se le ofrecian á cada paso, presentó una nueva proposicion pidiendo al gobierno francés la convocatoria en breve plazo de la citada conferencia diplomática, añadiendo que el comité se abstendria de reunirse hasta tanto que aquella hubiera tenido lugar.

»Esta segunda proposicion, aprobada por el comité permanente en octubre de 1874, y comunicada al duque Decazes por el mismo brigadier Ibañez, dió por resultado la reunion de la conferencia, cuyos acuerdos han de ejercer poderosa influencia en esta obra científica y de civilizacion. Aquella se reunió por vez primera en 1.° de marzo, y despues de pocas sesiones se firmó anteayer 20 por diez y siete Estados, el tratado, del que tengo la honra de remitir á V. E. adjunto el ejemplar que acabo de recibir.

»No debo concluir este despacho sin manifestar á V. E. el celo, actividad é inteligencia con que el plenipotenciario brigadier don Cárlos Ibañez, ha trabajado desde su orígen para dar cima á este importante asunto, el tacto y cordialidad con que siempre ha tratado y á veces conseguido atraer á sus ideas los delegados morosos de las otras potencias interesadas hasta conseguir el triunfo de las instrucciones que en febrero último nos comunicó á él y á mí el gobierno de S. M. En prueba de estos asertos sobre la persona del brigadier Ibañez y del buen concepto de que goza entre sus colegas, me refiero á la eleccion que últimamente hicieron estos, nombrándole presidente del comité internacional por unanimidad, eleccion que comuniqué al gobierno por telégrafo y V. E. autorizó para que aceptase.

»Ruego á V. E. que si lo cree conveniente, se sirva dar conocimiento de este despacho al señor ministro de la Guerra para que conste en la hoja de servicios del brigadier Ibañez, y al señor ministro de Fomento, por depender el delegado de aquel ministerio como director general del Instituto Geográfico y Estadístico.»

XIII

Asentada firmemente la base fundamental de un verdadero sistema uniforme de pesas y medidas en Europa y América, en virtud del citado convenio, quedaba la dificultad cardinal de no existir prototipos del metro y del kilógramo de suficiente precision científica y universalmente reconocidos: dificultad que vino á resolver la comision internacional por consecuencia del mismo convenio, construyendo en Paris, con los recursos de las naciones signatarias, un edificio dotado del personal y material necesarios para determinar los prototipos, y asegurar su perfecta conservacion y comparar con ellos los tipos nacionales.

Respecto del establecimiento de que acabamos de hacer mencion, se expresa el señor Embajador de S. M. en Paris, en despacho al señor ministro de Estado, en los siguientes términos:

«El comité internacional de pesas y medidas fundado por la conferencia diplomática del metro en el año de 1875, se ha reunido desde hace algunos dias en Breteuil cerca de Sèvres con objeto de celebrar sus sesiones reglamentarias.

»Invitado oportunamente, he tenido la satisfaccion de visitar el edificio en que ha sido instalado dicho comité internacional, al mismo tiempo que otras muchas personas, y entre ellas el antiguo ministro señor Dumas, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias; el señor Baguaux, director en el ministerio de Agricultura y Comercio; el conde de Wesdehlen, encargado de negocios de Alemania; el señor Borel, director del Comité de la Union postal en Berna, y en fin, el señor Bischoffsheim que acaba de hacer un importante donativo al establecimiento.

»Del exámen de la rica coleccion de instrumentos de precision y de aparatos curiosísimos que sirven para los trabajos y observaciones del referido comité, no me creo en el caso de dar cuenta á V. E., pues para ello se requieren conocimientos de que yo carezco, y me limito solamente á llamar la atencion de la superioridad sobre lo honroso que es para la nacion el ver á un español, al distinguido general Ibañez, ocupar la presidencia de una comision científica compuesta de representantes de diez y seis Estados de Europa y América.»

Posteriormente se han adherido al convenio firmado por los plenipotenciarios de la conferencia diplomática que tuvo lugar en Paris en 1875, los Estados de Servia, Rumanía é Inglaterra, representando en junto la citada Asociacion internacional una poblacion de 450 millones de habitantes.

XIV

Al fallecimiento del Excmo. Sr. D. Alejandro Olivan, que por espacio de tantos años habia ocupado la presidencia de la comision permanente de pesas y medidas de España, fué nombrado el general Ibañez á principios de 1879 para reemplazarle, quedando unido al referido cargo el de director general del Instituto Geográfico y Estadístico, á cuya direccion se confiaba, desde ese momento, todo lo relativo á las pesas y medidas y muy principalmente el establecimiento del sistema métrico decimal en España.

XV

Volviendo á tomar el hilo de la biografía que reseñamos, vemos que por cuatro decretos de S. A. el regente del Reino fué nombrado vocal de las siguientes comisiones: de la de division territorial de la Península en lo judicial, de la Junta consultiva de Estadística, de la permanente de pesas y medidas, de la que hoy es presidente, y de la de exposiciones de Bellas artes, industria é inventos científicos que se habian de celebrar anualmente en Lóndres.

En 10 de noviembre de 1871 fué promovido al empleo de brigadier en recompensa de sus eminentes servicios.

En este año se publicó de real órden el tomo tercero que habia escrito sobre los trabajos geodésicos de España efectuados por él ó bajo su inmediata direccion, titulado: «Descripcion geodésica de las islas Baleares», y en febrero del año siguiente, en atencion á sus dilatados y valiosos servicios científicos y á los prestados por la reciente obra publicada le fué otorgada la gran cruz de Isabel la Católica.

Fué nombrado vocal de la comision encargada de promover y dirigir la concurrencia de objetos á la Exposicion universal de Viena, como tambien en su dia lo fué de las que se celebraron en Filadelfia y Paris, y para esta última fué nombrado tambien vicepresidente de la comision general española para organizar los trabajos correspondientes al 2.° grupo de la clasificacion general.

En atencion á sus méritos y como comprendido en el párrafo 9.° del artículo 6.° del reglamento de 18 de julio de 1871, le fué concedida la gran cruz de la órden civil de María Victoria de conformidad con el dictámen de la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales.

XVI

Dedicado el general Ibañez á los trabajos geodésicos, desde su comienzo, como jefe de ingenieros, habiéndose proyectado por él y construido bajo su direccion el gran aparato de medir bases con el que llevó á cabo la medicion de la base central de Madridejos en union de otros distinguidos jefes y oficiales facultativos, ideado el nuevo aparato que lleva su nombre, y acreditado sus especiales conocimientos con su celo científico y su incansable actividad, éra natural que el gobierno español al querer impulsar los trabajos de este ramo de la ciencia y de la administracion le consultase sobre la organizacion de una dependencia como el Instituto Geográfico, y despues le colocase á su frente, nombrándole por decreto de 12 de setiembre de 1870, director del mencionado instituto. A él debe su creacion este importante establecimiento. El gobierno adoptó su proyecto, le planteó en todos sus pormenores, y ha sido respetado y favorecido por todos los ministros que desde entónces se han sucedido, viniendo poco despues á convertirse en la actual direccion general del Instituto Geográfico y Estadístico de la que fué nombrado por decreto de 12 de marzo de 1873, y de cuyo centro directivo se han ocupado nuestras cámaras en diferentes ocasiones para tributarle merecidos elogios por los beneficios de todo género que al país aporta.

A su iniciativa se debe tambien la creacion y actual organizacion de los cuerpos de topógrafos y de estadística, en los cuales se ingresa siempre mediante libre oposicion, verificándose por la última categoría de oficiales y por la última de topógrafos en el primer cuerpo y por la última de auxiliares en el segundo. Los ascensos se confieren por rigurosa antigüedad.

Hay otro personal que presta sus servicios en el Instituto Geográfico y Estadístico, creado tambien en virtud de la iniciativa del general Ibañez. Nos referimos á los auxiliares de geodesia que hacen además las utilísimas nivelaciones de precision establecidas por el mismo General, se encargan de los mareógrafos y estaciones meteorológicas, construidos recientemente por el mencionado instituto en los puertos de Alicante, Cádiz y Santander. Este personal, procedente de la clase de sargentos y cabos de todas las armas é institutos del ejército, ingresa mediante oposicion por la última categoría de las tres en que están divididos. Los ascensos se confieren por rigurosa antigüedad, existiendo la postergacion como en los cuerpos de Topógrafos y de Estadística.

XVII

En mayo de 1873 fué nombrado individuo de la comision creada por decreto de la misma fecha, para determinar el máximum y el mínimum de los terrenos desamortizables, procedentes de baldíos, realengos, propios y concejiles.

En 28 de noviembre fué nombrado representante de España en el comité de honor del Congreso internacional de ciencias geográficas que debia reunirse en Paris en 1875.

Por real órden de 23 de octubre de 1875, queriendo S. M. dar al general Ibañez una prueba de su real aprecio y atendiendo á las especiales circunstancias que concurren en este oficial general de ser *una de las glorias científicas de España*, tuvo á bien concederle, por gracia especial, el uso del uniforme del Cuerpo de ingenieros, á propuesta del mismo Cuerpo representado por su director general.

Por real decreto de 19 de diciembre de 1876 fué nombrado vocal de la Junta Consultativa de aranceles y valoraciones, como director general del Instituto Geográfico y Estadístico.

XVIII

Pero si en los trabajos geodésicos, topográficos y metrológicos de precision ha brillado el general Ibañez como estrella de gran magnitud, tambien ha llevado su talento y su poderosa iniciativa á los estadísticos.

En 1876 fué nombrado delegado de nuestro gobierno para representar á España en el Congreso internacional de estadística que aquel año debia celebrar sus sesiones en Budapest.

A él asistió nuestro delegado; y aunque el nombre de España estaba dignamente representado, y al general Ibañez se le confirió una de las vicepresidencias, nada pudo presentar á aquel Congreso, referente á este ramo de los conocimientos humanos, porque las convulsiones políticas que habíamos sufrido, no habian permitido hacer ningun trabajo de conjunto. Pero el general Ibañez sacó partido de la comision que se le confió; pues á su vuelta, escribió una importante Memoria dando cuenta de los debates y acuerdos tomados en aquel Congreso, y el gobierno resolvió que se publicase en la *Gaceta de Madrid* tan valioso escrito por las materias tratadas relativas á los variados temas del programa, y que se hiciera una edicion especial para contribuir á la difusion de esta clase de conocimientos, útiles á la administracion y á los hombres de ciencia.

En el mismo año de su ida á Budapest se debió á su iniciativa la creacion en España de un cuerpo de estadística, como base para emprender los trabajos que con urgencia reclamaba la administracion del Estado. Diez y siete años hacía, desde 1860, que en nuestro país no se habia llevado á cabo ningun censo general de los habitantes. El general Ibañez, una vez distribuido convenientemente el nuevo personal en las provincias, y montadas sus oficinas, emprendió la obra de hacer un recuento general de la poblacion, no ya en la Península é islas adyacentes, como en 1860, sino que comprendiese tambien á nuestras provincias y posesiones de Ultramar. La operacion se llevó á cabo en 31 de diciembre de 1877, y poco despues se publicó un libro conteniendo los resultados generales, pudiéndose apreciar el aumento de poblacion, sólo en la Península, de cerca de un millon de habitantes. Se han publicado ya los dos tomos en fólio que son un verdadero monumento sin el cual nada se puede hacer en diferentes ramos de la administracion. En el prólogo de esta obra propone que, á semejanza de lo que se practica en todas las naciones civilizadas, se haga igual trabajo de diez en diez años.

Tambien se ha publicado bajo su direccion el movimiento de la poblacion en el decenio de 1861 á 1870, un Nomenclátor general de las ciudades, villas, lugares y aldeas de las cuarenta y nueve provincias de España, y se están recogiendo datos para otras publicaciones estadísticas de suma importancia.

La direccion general de su cargo, lleva publicados cinco gruesos volúmenes de sus Memorias científicas, y se halla en prensa el tomo VI de las mismas.

Pero la obra capital, la que más plácemes ha valido al Instituto Geográfico y Estadístico de los hombres de ciencia, la que perpetuará la memoria de su director general, es el gran mapa topográfico de la nacion en escala de 1 : 50,000. Hace algunos años que empezó su publicacion á cuya obra prestan su concurso distinguidos jefes y oficiales de artillería, ingenieros y estado mayor, ingenieros de caminos, de minas y de montes, cuerpo de topógrafos y auxiliares de geodesia. Veinticuatro hojas de esta magnífica publicacion nacional han visto ya la luz pública.

El Instituto Geográfico y Estadístico ha concurrido á los certámenes, y Congresos científicos que han tenido lugar en Viena, Filadelfia, Paris y Venecia. Para lo relativo á España, fué nombrado el general Ibañez promovedor y organizador de la Exposicion de Venecia, y por la comision italiana fué investido con el cargo de individuo del Comité de Honor. En todos estos concursos del saber ha obtenido el Instituto los primeros premios por los trabajos que ha presentado, como tambien los ha obtenido el general Ibañez por sus publicaciones particulares.

XIX

En 13 de agosto de 1877, obtuvo la gran cruz y placa de la órden militar de San Hermenegildo, con la antigüedad de 13 de julio de 1876. De modo que en esta fecha contaba el general Ibañez 40 años de oficial y de inmaculados servicios.

En el mismo año de 1877, atendiendo á sus especiales circunstancias. á sus dilatados servicios y muy especialmente á los prestados como director general del Instituto Geográfico y Estadístico, fué promovido á mariscal de campo en turno correspondiente á propuesta del señor ministro de la Guerra.

La Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, le abrió sus puertas en 11 de mayo de 1861; y en 1878 por el fallecimiento del Excmo. Sr. D. Antonio Terrero, fué elegido presidente de la seccion de ciencias exactas, importante cargo que continúa desempeñando.

Su Majestad el Rey de Italia, á propuesta espontánea de su gobierno, le condecoró, como prueba de su aprecio por los importantes servicios científicos de carácter universal, debidos á su iniciativa y constantes estudios y especialmente por la union geodésica de África con Europa, con la gran cruz de la Corona de aquella nacion, así como habia sido agraciado años atrás por iguales causas con la encomienda de la Corona de Prusia.

Aunque el general Ibañez se ha dedicado preferentemente á los trabajos geodésicos, metrológicos y estadísticos puestos bajo su direccion, no por eso ha dejado de seguir paso á paso todo lo referente al ejército y cuanto con él se relaciona. Buena prueba de ello ha dado con el importantísimo estudio que hizo en 1882 por encargo especial del entónces ministro de la Guerra, capitan general de ejército D. Arsenio Martinez de Campos, de la demarcacion de las zonas militares para situar las reservas y depósitos de todas las armas del ejército, publicando un voluminoso libro en fólio acompañado de un mapa con la division del territorio, marcando la capitalidad de los batallones y situacion de las compañías, haciendo que cada batallon de infantería de reserva y su correspondiente de depósito, así como cada regimiento de caballería de reserva y cada escuadron de depósito, tuvieran señalada una demarcacion territorial determinada, por la densidad de la poblacion, la orografía del país, la facilidad de las comunicaciones, la importancia militar de ciertas comarcas y centros de poblacion y áun los elementos de riqueza, especialmente en ganados de silla, carga y arrastre.

Aprovechando el inmenso acopio de datos y de estudios hechos para llevar á cabo un trabajo de la clase del que dejamos apuntado, formó el general Ibañez un mapa de España con los cálculos, observaciones y noticias geográficas más recientes, en una hoja y escala de 1 : 1500000 mandado publicar de real órden, con objeto de difundir el conocimiento de nuestro territorio, en razon á su gran utilidad y provechosas aplicaciones del mismo.

Bien conocidos son los servicios prestados á la ciencia geodésica y á la metrología de precision por el general Ibañez, no sólo en España sino en el extranjero, y varios soberanos se han dignado agraciarlo con distinguidas condecoraciones de sus países. Así lo han hecho últimamente los de Rumanía y Portugal, concediéndole el primero la gran cruz de la Corona de aquel país y el segundo la gran cruz de la órden de la Concepcion de Villaviciosa, condecoraciones que el general Ibañez estima en sumo grado, por la espontaneidad con que han sido otorgadas.

Por real decreto de 23 de enero de 1883, refrendado por el señor ministro de Estado y de acuerdo con el consejo de ministros, le fué concedida la gran cruz de Cárlos III.

Por otro real decreto de 19 de noviembre de 1883, refrendado por el señor ministro de Estado, se le confirió el honroso cargo de presidir la comision de exámen de límites entre las Repúblicas de Colombia y Venezuela, para presentar á S. M. el Rey, como juez árbitro, un informe redactado con arreglo á las bases consignadas en el tratado ajustado en Caracas por los plenipotenciarios de ambas Repúblicas, en cuyo estudio se ocupa en la actualidad, sin que por ello deje en lo más mínimo de prestar su perseverante atencion y de dedicarse con su acostumbrada actividad á los servicios puestos bajo su direccion.

Mucho pudiéramos hablar todavía sobre la multitud de importantes artículos, informes, discursos académicos, etcétera,, etc. dados á luz por nuestro biografiado; pero no



JÓVEN NUBIA, cuadro por N Sichel



EL ÚLTIMO AMIGO, dibujo por Mariano Fortuny, dedicado á su amigo el pintor D. Tomás Moragas

lo hacemos por ser bien conocidos del mundo científico.

Tal es, trazada á grandes rasgos, la laboriosa vida de este ilustre General que, hallándose en la plenitud de las fuerzas, ha de recoger aún abundantes laureles para honra suya y bien de la ciencia.

EL TIESTO DE CLAVELES

I

—El otro dia, comiendo, oí al Príncipe de Asturias hablar de un cazador furtivo que os da mucho que hacer, y á quien no podeis atrapar; pero no fijé mi atencion; ¿qué hay de esto, Santiago?

—Una cosa incomprensible, señor, y que nos tiene locos.

—A ver, hombre, dí.

—Pues es el caso, señor, que hace más de mes y medio anda por estos contornos un duende, pues no puede ser otra cosa, cuyos disparos oimos, cuya huella vemos, sin que jamás podamos dar con él. V. M. sabe que nosotros tenemos jurisdiccion, no sólo en esta posesion Real, sino que tambien en los términos de Alcorcon, Móstoles, Villaviciosa y Pozuelo; pues bien, en todas partes caza ese *quidam* impunemente, desesperando y humillando á los cuarenta hombres que estamos al servicio de V. M.

—¿Cómo es eso, Santiago, tú tan hábil, tan conocedor del terreno?

—Pues ahí verá V. M. Yo he servido en el ejército, nunca nadie ha tenido que enseñarme mi obligacion, y ahora un mono se burla de mí y de mis compañeros. No se pasan tres dias sin que oigamos los tiros de su escopeta, ó veamos las señales de su red ó de sus lazos, y por más que hemos redoblado nuestra vigilancia y organizado batidas de dia y de noche, ese tuno se escapa de nuestras manos como una codorniz de entre una malla rota.

—Vaya, hombre.

—Sí, señor, y lo más extraño, lo más inaudito, es que no se limita á cazar en las afueras, sino que penetra aquí, en la Real Casa de Campo.

—¡Hola, hola! pues eso es grave.

—Sí señor, aquí dentro, y no deja títere con cabeza. La otra noche, el guarda Murviedro estuvo á punto de atraparle. Vigilaba en el tercer cuartel, oyó disparos, acudió, vió á un hombre que huia, le persiguió acorralándole junto á una tapia, pero al llegar á ésta le perdió de vista.

—¿Saltó la pared?

—No señor, se salió por la reja de un vertedero, cuyos hierros encontramos falseados. Es un demonio.

II

—Pero ¿sospechais quién sea?

—No sospechamos, tenemos casi la certeza, y Murviedro la ha confirmado en la noche de que hablo á V. M.

—¿Quién es, pues?

—No sé si V. M. habrá reparado en una casucha aislada que hay á la izquierda del camino de Alcorcon, entre el arrabal y las ventas.

—Creo que sí.

—Pues bien, hace dos ó tres años la habitan una mujer á quien llaman Paca la viuda, y un hijo suyo, de nombre Valentin. Se dice que el marido de la Paca habia sido contratista de provisiones ó cosa así, que se arruinó, muriéndose de tristeza, y que la viuda se vino á esa casucha, que es lo único que la queda y además una huerta tan grande como un pañuelo, en la ribera del Manzanares.

—¿Y suponeis que Valentin es el cazador?

—Sí señor.

—Pero ¿con qué fundamento?

—Con varios, señor. La viuda y el hijo apénas tienen de qué vivir. Él cultiva la huerta que, á todo subir, producirá mil reales al año; ella vende vino y aguardiente á la puerta de la casa, y estas cosas no dan para comer bien y andar bien vestidos.

—Contarán con otros medios.

—Ya lo creo, con todas las piezas de caza de dos leguas á la redonda, inclusas las pertenecientes á V. M. He indagado, señor, y no hablo á tontas ni á locas. Valentin y su madre comen conejos, liebres y perdices, Valentin vende en los lavaderos y en el arrabal de San Isidro del Campo, perdices, liebres y conejos, y no serán pocos los que entren en Madrid, porque tiene buenas relaciones con matuteros.

—Si eso es verdad, los indicios son vehementes.

—Yo soy un hombre de bien y no me gusta desacreditar á nadie; pero el rastro no falla, señor. Me he quejado al *Alcalde de Afueras*, y me ha dicho que no quiere ni puede proceder contra Valentin por sospechas más ó ménos fundadas; que le cojamos *in fraganti* y entónces será otra cosa.

—Y ha dicho muy bien. Lo mismo te advierto yo. Nada de violencias. Cogedle, pero si es posible sin causarle daño. No obstante tu justo enojo, mi buen Santiago, me son simpáticos esa viuda y ese hijo que quizá han conocido mejores tiempos.

Los interlocutores del diálogo antecedente eran el rey de España, don Cárlos IV, y Santiago Ramirez, guarda mayor de la Real Casa de Campo. El débil y bondadoso monarca, huyendo del semillero de intrigas que hacian brotar en el Palacio de Madrid una esposa *ligera* y un príncipe ambicioso y casi rebelde, gustaba de dar largos y solitarios paseos para distraerse ó entregarse á sus melancólicos pensamientos.

III

En aquella hermosa tarde de mayo y casi á la misma hora en que el Rey y el guarda departian tan familiarmente como han oido nuestros lectores, sentados á la puerta de la casa de que ya se ha hecho mencion hablaban tambien Paca la viuda y su hijo, y por una coincidencia natural hablaban del mismo asunto.

La viuda tenia sesenta años; habia sido muy agraciada, pero á la sazon estaba envejecida. Vestia con decencia y suma pulcritud.

Valentin era un arrogante mozo de 21 años, alto, esbelto, nervioso, de ojos expresivos, de tez primitivamente blanca, pero curtida por la accion del aire y del sol. Sus correctas facciones tenian un sello de energía que armonizaba grandemente con la agilidad y soltura de sus movimientos. Su camisa y su traje de campo brillaban por su aseo.

La madre hacia calceta, el hijo limpiaba un azadon.

—Yo te agradezco lo que haces por mí,—decia la buena mujer mirando cariñosamente á su hijo,—pero mira, Valentin, si quieres darme gusto renuncia á esa maldita costumbre, porque no me atrevo á llamarle oficio. Tu padre fué un hombre de bien y yo quiero que tú lo seas igualmente.

—Pues qué, ¿no lo soy porque mate unas miserables piezas de caza? ¿Se van á morir de hambre por eso los holgazanes de los pueblos? ¿Le importa nada al Rey que yo imite á los tunantes de sus guardas, que ciertamente no se mantienen de legumbres?

—Hijo, las malas acciones no deben servir de ejemplo, Tú te apoderas de lo ajeno...

—De eso habria mucho que hablar. Además no puedo consentir que pase V. miseria, está V. delicada, ha vivido de otro modo, y ya lo ha visto V., si hubiéramos seguido como ántes me quedo huérfano; y eso no, mi madrecita ántes que todo.

—Sí, hijo mio,—replicó ésta enternecida,—pero lo justo es lo justo. Y luégo, un poco de bienestar no compensa el eterno sobresalto en que vivo. La comida se me atraganta, el sueño no me alimenta; no vivo ni sosiego miéntras faltas de casa; ¡y si te cogieran! ¡qué vergüenza, Valentin, no quiero pensar en ello!

—¡Madre!...

—Hijo mio, atiende á mis ruegos, dame gusto, busca otro oficio. ¡No sabes cuánto sufro! Si no quieres trabajar, yo lo haré hasta donde lleguen mis fuerzas; escardaré, seré lavandera, haré cualquiera cosa, pero comamos con tranquilidad un pedazo de pan.

—¿Trabajar V.? ¡nunca miéntras yo viva!—exclamó el jóven dando un violento golpe en el suelo con el azadon que tenia en la mano.

—¿Y qué, crees que no trabajo? ¿Supones que es ménos cansada esta continua preocupacion de mi espíritu, que los más rudos quehaceres? Vamos, hijo mio, sé bueno, compláceme, déjame quererte con tranquilidad.

—Pero, madre...

—Ya verás qué buena y alegre me pongo. ¿No comprendes que las cosas no pueden seguir así, que el mejor dia te cogen, que hay cuarenta hombres que te acechan?

—¡Bastante caso hago de ellos! Son unos torpes miedosos. Lo que es por ese lado ya podian estar años y años... y además, madre, si V. supiera cuánto me gusta cazar! Cuando me veo en el campo, con mi escopeta que no falla nunca, con mi perro Sultan que parece que adivina mis pensamientos, no me trocaria por el príncipe de Asturias.

F. MORENO GODINO

(Se continuará)

IR POR LANA....

(Conclusion)

Los dos banqueros subieron al coche que estaba en la puerta, cuyo tiro reforzaron con un caballo delantero, y partieron para el castillo. Los primeros momentos trascurrieron en silencio. Luégo Ruiz se decidió á hablar. Primeramente se condolió del hecho que ambos recelaban, luégo dió á entender que la desgracia no era tan grande.

—Joaquin es un jóven listo,—dijo—y su hija de usted hará un matrimonio de capricho, pero no tanto, porque el muchacho entiende los negocios. Dé V. á un hombre hábil un bolsillo vacío y le llenará; dé á un necio una bolsa repleta y la vaciará en seguida.

Ranz le oia sin decir nada.

Ruiz alentado por este silencio, que él suponia de aprobacion, se fué animando por grados, y dadas sus condiciones poéticas y sentimientos, se despachó á su gusto.

—A pesar de todo,—decia—si esos muchachos se quieren, respetando la contrariedad de V., debo declarar que casi casi apruebo su conducta. V. me objetará con las conveniencias, pero esta palabra es vaga y baja. Vaya, renunciemos un poco á las conveniencias y dejemos obrar á la naturaleza. ¿Cuándo se comprenderá en esta tierra sub-lunar que hay algo más hermoso que las ideas sociales, cuales son los designios de Dios? ¿Cuándo llegará el dia en que las palabras poesía, arte, amor sean algo más que frases banales? No se deben arrancar las flores á las praderas, el amor á los corazones y al alma los ideales de que vive. No se reduce todo á dinero, á guarismos, á cálculos. Cada cosa en su lugar: lo alto arriba, lo bajo abajo. Debajo del traje está el cuerpo, en este el corazon y en el corazon el amor, el sentimiento. El que elige lo bajo no se elevará nunca, no seré yo quien lo elija. Yo quiero la cabeza, no los piés; el cielo, no la tierra; la nube, no el guijarro; la... Pero perdone V., me exaltó, mi entusiasmo será una majadería, mas no lo puedo remediar. Yo he nacido comerciante, calculador, positivista; por tanto, dispénseme que no compadezca á usted demasiado. No se lo diga á nadie, se reirian, como se reian de Homero y de Colon. ¿Quiere V. creerme? Le envidio á V. Daria la mitad de mi fortuna porque este incidente que V. lamenta me hubiese sucedido á mí. ¿Comprende V.? ¡Desgraciado si no lo comprende!

Estaban cerca del castillo de *Las Veletas*.

Ranz, á quien la peroracion de su amigo parecia haber tranquilizado un tanto, descendió del coche. Ruiz le miraba, como tratando de adivinar el efecto producido por su elocuencia.

Al entrar en la posesion, le dijo:

—Permítame V. que penetre yo solo. Espéreme V. en el vestíbulo. Tendrá V. tiempo, miéntras vuelva, de tranquilizarse y reflexionar. De todos modos, repito lo que ya dije: es V. feliz sin saberlo: envidio á usted.

Dicho esto, penetró en el castillo. En una pieza del piso bajo encontró á Joaquin solo.

—Amigo mio,—exclamó abrazando al jóven,—puede asegurarse que tu matrimonio es un hecho. Tu futuro suegro está ahí fuera algo enfurruñado. Es un hombre duro, vulgar, obstinado: pero, querido, yo le he amansado. ¡Si me hubieras oido hace poco! He estado obeliscal. Pero ¿y tu ninfa? Que salga: es de cajon que os arrojeis á los piés del padre, esto siempre es de efecto. Vamos, vé á buscarla. Yo vuelvo al lado de Ranz.

—Está bien,—dijo Joaquin.—¿Usted opina que debemos caer de rodillas?

—Pues claro. Los dos á un tiempo, en silencio. Yo hablaré por vosotros. Anda.

Ruiz volvió al lado de su amigo.

—Calma, señor de Ranz,—le dijo;—le suplico que tenga prudencia. ¡Ah! ¡que no estuviese yo en su lugar! ¿Quiere V. cambiar? V. se lleva su hija, anuncia, dice, proclama á todo el mundo que se trata de la mia, la caso con ese belitre y asunto concluido.

Ranz parecia no prestar atencion á la charla de su amigo.

Viendo que nadie salia á su encuentro, subieron al piso principal, alumbrados por el criado á cuyo cuidado estaba la casa.

En un rincon del recibimiento, divisaron dos bultos medio encogidos, medio sentados sobre un divan de vaqueta.

Ranz se abalanzó hácia los culpables, con el puño cerrado en ademan amenazador.

Estos cayeron de rodillas.

En el mismo momento Ruiz se interpuso entre ellos y el airado padre, como sirviéndoles de escudo.

La bujía que llevaba el criado, oscilando al aire de una ventana entreabierta, alumbraba muy mal.

—¡Yo pongo á estos jóvenes bajo mi salvaguardia!—exclamó Ruiz con acento solemne.—Señor de Ranz, la conducta de V. excede de los límites. Están en mi casa, y no toleraré que en una mansion de la cual he hecho el santuario de las artes y de la poesía, el más poético instinto del hombre, el amor, sea víctima de los arrebatos de V. Señorita, Joaquin, levántense Vds.; aquí estoy para protegerles y defenderles si es necesario...

Los dos amantes pusiéronse en pié. Ruiz no terminó su período con el ademan enérgicamente expresivo que exige la oratoria; sino que lanzó una exclamacion de asombro. No era Isabel y sí Rosario, su hija, la que tenia delante, con semblante compungido y con los ojos llenos de lágrimas.

Ruiz, estupefacto, miró á Ranz como interrogándole; pero este se hallaba mudo é inmóvil como una estatua y no se traslucia nada bajo aquella fisonomía de hielo.

En cuanto á Ruiz, es imposible describir su aspecto atónito. Su cara se tiñó súbitamente de los siete colores del prisma, desde el rojo al violáceo. Parecia amagado de un accidente apoplético.

Por fin recobró el uso de la palabra. Habia llegado el momento de mostrarse hombre superior, haciendo, como vulgarmente se dice, de tripas corazon; mas no supo ó no pudo adoptar esta razonable determinacion. La necesidad de desahogar su despecho se sobrepuso en él á todas las consideraciones.

Cruzaron por su pensamiento mil ideas con mayor rapidez que los cristales de una linterna mágica. Se consideró abrumado por el ridículo, mistificado, engañado como un chino, con circunstancias agravantes.

Le habian escamoteado á su hija con su propio coche y en su misma casa. Aquella aventura chinesca que con tanto cuidado divulgara por todas partes y de la cual ya se hablaria en la mitad de Valladolid al dia siguiente, con el aditamento del *quid pro quo*, iba á tomar proporciones gigantescas.

Recordaba al jefe de la estacion y al médico á quienes habia enseñado la maldita carta que pregonaba su imbecilidad. ¿Qué bromas se les ocurririan al *corro de guasones* del casino?

Pero lo que más le sublevaba era la presencia allí de su émulo, de su competidor, de su cordial enemigo Ranz. No obstante su aspecto impasible y serio, ¡qué fruicion interior gozaria! ¡Qué risa íntima, tanto más insultante por cuanto no asomaba á los labios!

¿Habia sido Ranz engañado tambien ó fué cómplice en aquella farsa, para humillarle, para herirle por los mismos filos?

Esta última suposicion le desesperaba; estuvo á punto de pedir explicacion al banquero, pero la vanidad ó el miedo, ó quizá ambas cosas le disuadieron de su propósito.

Hizo lo que los débiles; ensañarse con la parte flaca.

—¡Miserable!—dijo dirigiéndose á Joaquin,—¿cómo ha cabido en tu cabeza tan infame complot? ¡Sierpe venenosa! ¿cómo has abrigado tanta ponzoña contra un bienhechor lleno para tí de abnegacion y de grandeza?

Entónces á su vez intervino Ranz, trató de apaciguar á su compañero y lo consiguió á medias.

Entre tanto Rosario se habia dejado caer en un divan y Joaquin con aire de hipócrita resignacion hacia esfuerzos para contener la risa.

La llegada de dos personajes dió más realce á esta escena.

Eran Isabel acompañada de su tia.

—¿Qué venis á hacer aquí? —preguntó Ranz.

—¿Qué venimos á hacer? —contestó ésta resueltamente;—pues á dar una leccion á este caballero que nos queria hacer cargar con el mochuelo.

—¿Luego tú sabias?...

—¿No habia de saber? gracias á mí, á este señor le ha salido el tiro por la culata: justo castigo de su imbecilidad.

VII

Un mes despues, Joaquin y Rosario estaban casados.

Con gran sorpresa de Ruiz aquél no quiso aceptar el dote que le ofrecia no por cariño, sino por no comprometer su reputacion de hombre desinteresado y queriendo además aparentar que la boda se habia hecho con su beneplácito; pero Joaquin resistió á las repetidas instancias del banquero, haciéndole comprender que su amor hácia Rosario habia sido desinteresado.

—Señor de Ruiz,—le dijo. —Yo tambien soy poeta y artista á mi modo: tengo la poesía de la vergüenza.

Sólo quiso aceptar diez mil duros de la hijuela materna de Rosario, y habiéndose proporcionado una plaza de agente de cambio de la Bolsa de Madrid, fijó su residencia en la corte.

Un año despues de la verídica aventura que he relatado y de la cual aún se habla con chacota en Valladolid, el banquero Ruiz recibió la siguiente carta:

«Querido papá suegro: desde mi anterior nada nuevo tengo que decirle, nada ha cambiado en nuestro interior: Rosario y el nene siguen bien; pero con referencia á negocios estoy algo inquieto y pesaroso hasta cierto punto de haberme arriesgado á hacer operaciones por mi cuenta. Se habla de la salida del Ministro de Hacienda y hay quien supone tambien la del de Ultramar, á consecuencia del conflicto entre dos autoridades superiores de Cuba: usted sabe porqué y en qué sentido esto puede afectarme. En la última quincena del mes pasado y en los dias que van de este he obtenido el beneficio siguiente:

Beneficio de noviembre.	60,000 pesetas
Operacion en firme. . .	15,000
Sobre cupon..	12,000
Corretaje á deducir.	1,233—5 céntimos.

—¡Cinco mil demonios que me lleven! —exclamó Ruiz interrumpiendo la lectura de la carta, y estrujándola entre los dedos.—¡Pero Señor! ¿Será posible que esté siempre condenado á oir ó leer esta jerga? Ese imbécil apénas me habla de su mujer y de su hijo, y en cambio me marea con beneficios, cupones, corretajes y guarismos. ¿Qué me importan á mí estas cosas? ¿Dónde y cuándo me libraré de tanta prosa y de tanto materialismo? ¡Qué incompleta es la naturaleza! ¿Porqué me habrá hecho nacer mariposa para encerrarme en una colmena?

RAMON DE NOVELDA



REGRESANDO DE LA FAENA, cuadro por Jonnard

CARIDAD DEL BRONCE

(EPISODIO DE LA VIDA MILITAR)

Mucho dió que hacer al enemigo el cañon de la batería núm. 10. Colocado por lo regular en una punta de la banda de fuegos, casi siempre tenia delante dilatados campos por donde pasar su escobon de rayos. A cada momento salia por su boca, eternamente abierta, un infierno de metralla. Y los ejércitos que llegaban ante el monstruo, rápidos y con sus alas desplegadas, se abatian exánimes como pájaros fascinados por un boa.

Nunca fué primerizo en tales lides. Brotó del horno, y desde el primer choque ya sus enormes flancos mostraban las huellas pavorosas del combate. Cubierto de verdes escamas, á causa de lo descascarado de su dura epidermis, parecia exhibir con orgullo sus desperfectos, como el veterano se engrie con sus cicatrices. A pesar de su peso, volaba con sus ruedas cuando se tocaba á rebato. Temblaba de hórrido gozo en medio de la pelea. Y aún despues del estampido de sus disparos, quedábase largo rato rugiendo, cual si deplorara no irse tambien con las balas á recorrer el espacio.

Os aseguro que era un bravo cañon. En mi calidad de jefe, yo pude apreciar todo el valor de aquel héroe de bronce. En los pasos más dificultosos y arriesgados era donde daba pruebas de sus grandes méritos. Él se ensanchaba en las llanuras, se angostaba en los desfiladeros, echaba raíces en las rocas, erguíase en las murallas, se agachaba en los surcos, y finalmente, amoldábase á las situaciones diversas de la guerra con una pericia de general experimentado.

Sin embargo, cuando aquel talador de sembrados, destructor de pueblos, y segador de hombres, se recalentaba, era cruelísimo. No habia modo de contrarestar sus vómitos de llamas. Parecia poseido de una fiebre de leon. Apénas sentia el ardor de la pólvora en sus entrañas cuando, sacudiéndose irritado, lanzaba léjos de sí las olas de su aliento emponzoñado. Nubes de humo agitábanse en torno de su cabeza como melenas de gigante convulsionado por la ira.—¡Basta! ¡basta ya!—deciamos al implacable devastador; pero él continuaba mugiendo, llameando, cegando y ensordeciendo como un engendro de la tempestad, como un aborto del abismo, que se

embriagara en la satisfaccion de no cumplidas venganzas.

Gloriosa fama dió á la fábrica en cuyos hornillos se forjó. Él era la más perfecta obra que produjeron las fraguas de su paterna fundicion. Es verdad que fueron necesarios hercúleos esfuerzos para construirlo. Formóse un fogon donde la ulla entraba por quintales; y como para inflamar aquel monte de combustible precisara un soplo de huracan, púsose un fuelle, cuyos latidos de sístole y diástole obedecian al empuje de un gran rio encajonado. Trajéronse de todas comarcas artífices expertos en el manejo del hierro fundido. En una palabra, aquel sublime aparato de la muerte recibió en sí toda la suma de vida inteligente que contiene el hombre.

Su arrojo, con todo, pudo ser su perdicion. Un dia avanzó hácia las filas contrarias más de lo conveniente, y cayó prisionero. Cuando su voz calló pareció muda la batalla. Una tristeza de cementerio extendióse en todos nuestros semblantes. Cada cual parecia acusar á su vecino de la causa de aquella desgracia. Este sentimiento no tenia nada de exagerado. Aquel cañon encerraba una fuerza moral superior á la de muchos capitanes. Con él, los soldados eran invencibles. El desaliento se encendia al pasar junto á aquel atleta de metal, siempre impávido, siempre ardiente, y siempre audaz é incontrastable.

—¡Muchachos! —gritó nuestro jefe.—¡A tomar el cañon!—Y todos, furiosos, desesperados, terribles y avasalladores como un torrente que se desborda, nos precipitamos tras de su conquista. Los plomos de los fusiles cruzaban á nuestro lado con lúgubre silbido; las espadas enemigas centelleaban sobre nuestras cabezas con siniestro resplandor. Pero nada nos aterrorizaba. Llegamos al campo contrario, y no bien descubrimos nuestro cañon cuando nos arrojamos sobre él. Estaba colocado al borde de un precipicio, y ántes de poner en su cuello querido nuestros brazos, rodó á la sima con estrépito atronador. El enemigo lo habia despeñado al abismo, para que no cayera en nuestras manos.

¡Vencimos! Aquella accion espantable nos alcanzó la victoria. El cañon fué llevado en hombros de nuestros soldados y trasportado en triunfo al campamento. Cuando arribamos á la ciudad inmediata, todo el pueblo nos esperaba con coronas. Voces de aclamacion resonaban por todas las calles. Los balcones estaban cargados de muchachas, bamboleándose bajo tan dulce peso como árboles abrumados con su fruto. El regocijo arrebataba á la poblacion, enloqueciéndola, amoratando todas las caras, poniendo rígidos todos los brazos, y en revolucion todas las cosas flotantes: cortinas, ropas, puertas, muestras de comercios, colgaduras de ventanas, guirnaldas de arcos de triunfo y estandartes de cofradías religiosas. Allí iba, entre nosotros, cabizbajo y rodando con un rumor sordo el conquistado cañon. Una trasformacion adivinábase haber sufrido en su extraña naturaleza. Venia como avergonzado; sin duda meditaba un plan de conducta para lo venidero. Era evidente que le disgustaba la ovacion que nos tributaba el pueblo. Algun grave proyecto fraguaba en su cabeza impenetrable.

La primera noche que dormimos en la ciudad, quedó el cañon abandonado. La mayoría del ejército fué alojada en un convento antiguo, medio arruinado, y servible sólo en tiempo normal para albergue de escuela. En tal recinto acomodóse principalmente la gente menuda de la soldadesca. El refectorio de los monjes hizo de dormitorio; las despensas, de cuadras; el templo, de almacen de vituallas, arneses y aperos militares. Muchas celdas de los pisos altos suplantaron las tiendas del cuartel general. Y era cosa de ver y oir, ya bien entrada la noche, el cruzar de pantalones rojos y el crujir de sables á lo largo de los claustros, donde, en otros tiempos moró la sombra, la mansedumbre y el silencio.

Lo desacostumbrado del lugar junto con mis propias cavilaciones alejaron de mí todo asomo de sueño. Era la noche hermosa, fresco el aire, perfumado el ambiente, sereno y luminoso el cielo. Frente á mí abria su boca enorme claraboya, que debió servir de marco, siglos atrás, á algun roseton de vidrios pintados. La luz filtróse por allí formando gasas irisadas, como las ondas vaporosas de una cascada. Ahora, la luna derramaba en amplias sábanas de plata sus pálidos rayos, no tan pálidos, sin embargo, como los sueños de mis esperanzas. La soledad del sitio, el reposo de la noche, la vaguedad de las sombras, mi propio estado, en fin, de letargosa quietud, dejaron caer mi ánimo en las regiones del misterio y de las quimeras. En tal punto, pasó por delante de la claraboya una ave nocturna. Yo la seguia con la vista, y la ví volar y perderse entre los tejados como un espíritu negro, como la sombra errante del alma de un muerto.

Asomado, como estaba, á la claraboya, atrajo poderosamente mi atencion algo que se movia en el suelo, por bajo de mí, á los piés de la pared del convento. Entre la penumbra formada por la proyeccion del edificio, columbrábase un sér extraño, algo así como una gruesísima culebra, de la cual sólo se viera un trozo. A ambos lados esfumábansele unas alas redondas, parecidas á las de un dragon. Aparecia el mónstruo en alto, como montado en unas andas; por detrás distinguíasele una cola encorvada para abajo á la manera de la de descomunal palomo. En esto levantóse un ligero vientecillo, y de rato en rato trayéndome palabras de una conversacion entrecortada, pude oir esto:

—Dime, cañon: ¿no me harás daño?

—Acércate á mí, huerfanito, acércate. Yo amo á los niños; yo no aborrezco sino á los hombres.

—¡Me das tanto miedo!

—No te asuste este orin de sangre que me cubre como una púrpura; no te amedrenten estas terribles bocas que se abren por todo mi cuerpo; no te aterrorice esta oscurísima y profunda garganta, en donde se animaron mil gérmenes de mortandad... Descuida, que no te devoraré; mis truenos enmudecieron, mis relámpagos se apagaron, mis centellas están encadenadas, y no volverán más á taladrar el espacio... Ven, pobre niño, yo te daré amparo en mi seno; yo te resguardaré del frio de la madrugada; yo te espantaré los perros hambrientos... Duerme, duerme, hijo mio... y no temas de la inconstancia de mi caridad, porque mi caridad es una *caridad de bronce*.

No aguardé á oir más. Bajé precipitadamente las escaleras, y fuí al sitio donde estaba el cañon. En efecto, un niño dormia dulcemente dentro de su boca. No sé si cuando lo desperté para darle mejor abrigo, el cañon zumbó extrañamente, como fiera que ruge ténuemente en su letargo; lo que sí recuerdo, es que mi mano sufrió una herida al chocar con el bronce, y que se asemejaba mucho á una dentellada.—Ahora bien, ¿quereis saber el fin de esta historia?... El niño, hecho trompeta de nuestro regimiento, murió de fatiga en la primera jornada... Nadie se condolió de esta sencilla catástrofe. Pero yo, que conocia las hazañas silenciosas del cañon, no podia mirarle sin temblar, sin sentir un hondo estremecimiento en mi conciencia... Algunos dias despues de este suceso, nos vimos, en una marcha, atacados de improviso por el enemigo.. Todos pusimos nuestra ayuda en el glorioso cañon... Mas éste, al primer disparo, estalló, arrastrando consigo las tropas que le rodeaban. Del mismo modo que su amor á los niños habia sido grande, su odio á los hombres fué tremendo.

JOSÉ DE SILES.

LO MEJOR DE LA COLECCION, cuadro por E. Lerche

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 5 DE OCTUBRE DE 1885 — NÚM. 197

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MUCHACHOS JUGANDO, cuadro por **Murillo** (reproduccion por el método Meisenbach)

SUMARIO

—

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El retorno.—Cafés y tabernas.—El menú de la temporada teatral. —Una zarzuela inédita.— *El puesto de castañas*.—La venta de periódicos.—Un recuerdo del siglo XVII.—El rey de las Plazuelas y el alcalde de los Jardinillos. —Pájaros y flores. —Vicente Oms y Pedro Valls.

Ahora sí que va de veras. Los viajeros vuelven, y así como otros años en sus casas se pintaba la tristeza del que despues de gratos dias de solaz se entrega de nuevo á sus cuotidianas tareas, hoy sus semblantes retratan el gozo del emigrado que torna á pisar el suelo de la patria. Y es que si otras veces el viaje habia sido voluntario esparcimiento, esta ha sido forzada emigracion. Por eso los que en el andén de la estacion del Norte reciben el abrazo del pariente ó del amigo que espera su llegada, corresponden á él con la expansion del soldado que despues de la batalla encuentra sano y salvo al compañero que ocupó el sitio de peligro.

En desprestigio de los que nos hemos quedado debemos confesar que el riesgo no ha sido tanto. La distancia abulta todas las cosas y los ausentes han creido que Madrid ha pasado por dias de consternacion tremenda, cuando la verdad es que sólo durante brevísimo espacio nos hemos visto presa de un temor que por fortuna no se ha justificado. Despues, como siempre hacemos los madrileños, hemos sabido sacar partido de la situacion, y microbios y fumigaciones han servido de tema á chispeantes epigramas y agudos chistes, hasta que por último hemos acabado por no acordarnos del cólera.

Hoy ya sólo débiles chispazos nos recuerdan la visita de la epidemia y como áun estos es de esperar se apaguen muy pronto, no creemos tarde mucho en cantarse el *Te Deum*.

Con esto volverá la tranquilidad al ánimo de los más asustadizos y Madrid recobrará por completo su antiguo aspecto.

***

Esto ya empieza á suceder. Con las primeras brisas precursoras del otoño comienzan á abrirse los teatros; los cafés, que aprovecharon el retraimiento del estío para introducir en sus locales reparaciones y reformas, vuelven á dar asilo á sus parroquianos y áun se inauguran otros que dicen los periódicos *vienen á llenar un vacío* respondiendo á las necesidades de populosos barrios.

Entre estos merece citarse el que recientemente se ha instalado en la popular calle del Amparo y que por medida gubernativa lleva el nombre de *Café de la Confianza* en vez de llamarse de *las Carolinas*, que pensaron ponerle sus dueños.

La abundancia de cafés en ciertos distritos denota un beneficioso adelanto. La taberna pierde terreno. El obrero que ántes no tenia otro recreo que la copa de peleon, repetida indefinidamente, saborea ya un Moka más ó ménos auténtico, y si bebe algo es únicamente la media copa de ron y marrasquino. Esto no sólo evita las pendencias, sino que imprime cierta cultura. Así como la pesada atmósfera del que ahora se llama con cierto pudor *despacho de vinos* atrofia la inteligencia y hace perderse en gérmen los buenos instintos de nuestro pueblo, la clara luz del gas refractada en las diáfanas lunas de los espejos llega hasta dignificar y conserva ciertos instintos que poco á poco han de ir mejorando la parte moral del artesano.

El café matando á la taberna realiza un innegable progreso. En este concepto no podemos ménos de felicitar á quienes, como los dueños del nuevo *Café de la Confianza*, hacen cuanto está á su alcance para que las clases ménos acomodadas encuentren en su local, hasta elegante, unas comodidades que han de ir refinando los gustos del obrero y haciéndole tender la vista á esferas que hoy para nadie son inaccesibles.

***

Para el público aficionado á los espectáculos escénicos la temporada se presenta con los mejores auspicios. Indudablemente si las empresas quieren defender sus intereses tienen que sostener una lucha siempre beneficiosa para los espectadores.

Vico y Victorino Tamayo en el Español; Valero, la Hijosa y Morales en Novedades; Rubio y Castilla, secundados por una compañía cómico-francesa en la Comedia; Arderius en la Zarzuela; María Tubau en Apolo; y en Lara, Eslava, Variedades y Martin compañías líricas y dramáticas muy queridas del público, han de fraccionar á este, que además cuenta con dos elementos que hacen estremecer de espanto á las otras empresas. El uno es el Teatro de la Princesa, que además de ser un local nuevo y rodeado de todas las comodidades del confort y de la elegancia, tiene á su frente al inteligente Emilio Mario; el otro es el Real, ese monstruo que absorbe las tres cuartas partes del dinero destinado á diversiones públicas y que se presenta este año con una excelente lista.

La actividad de actores y empresarios es seguramente la que ha de decidir la victoria. De tantos coliseos alguno tiene desgraciadamente que caer. Los que sobrevivan tendrán en cambio la doble satisfaccion de la honra y del provecho y para vencer en estas batallas no se necesita otra cosa más que trabajar.

Hoy como nunca necesitan hacer un esfuerzo, que si conveniente es á su peculio no lo es ménos al arte, que por cierto no pasa por dias de esplendoroso apogeo.

***

Sin embargo, para los autores el año teatral no deja de mostrarse con malos augurios. Sellés, el aplaudido autor de *El nudo gordiano*, ha pasado el verano haciendo una zarzuela, que como todas sus obras, es esperada con ansia por los amantes de la buena literatura, y precisamente lo que faltará este invierno en Madrid es una compañía lírica del género serio. Despues de todo, el retraso no seria tan lamentable si hubiera recaido en otro poeta; pero Sellés, que quizá el único defecto que tiene es la pereza, probablemente nos dejará esta temporada sin el placer de aplaudirle.

Pero no es este sólo el mal presagio. Navarro Gonzalvo, el chispeante autor de los *Bandos de Villafrita*, ha caido tambien al empezar sus tareas, y no ciertamente porque se acogiera mal su produccion. Léjos de eso, el público que llenaba las localidades del Teatro Martin la noche del estreno del *Puesto de castañas* le tributó una ovacion tan ruidosa como merecida. Pero el Sr. Gobernador de la provincia no debió encontrar sin duda tan de su superior agrado las oportunísimas alusiones de que está sembrado el libro, y á la noche siguiente mandó quitar el *puesto*, con lo cual, autor, músico y empresa han realizado un mal negocio. Se quisieron meter á vender *castañas* y ellos han sido los que se han llevado la mercancía.

Para hacer más llevadero el percance, uno de estos dias los amigos y admiradores de Navarro y Espino los obsequiarán con un banquete. Aunque en pequeña escala es una indemnizacion. ¡Cuántas buenas comidas hubieran podido hacer si la obra no se hubiera prohibido!

***

Desde principios de octubre existirá una nueva carrera que, aunque tan poco productiva como casi todas las de España, no por eso requerirá ménos requisitos.

Hasta aquí la venta pública de periódicos era una profesion que cualquier ciudadano podia abrazar. Con frecuencia servia para que el hijo de una familia de jornaleros, que por su edad no podia dedicar su actividad á empresas de mayor monta, aumentara con unos cuantos perros chicos el modesto haber de sus padres; otras veces era el laborioso albañil el que por haber perdido contra su gusto una tarde de trabajo, se hacia por aquella noche improvisado vendedor y merced á un par de veinticincos de la *Correspondencia* ó del *Correo*, reponia la brecha que un caso fortuito habia abierto en su exiguo jornal.

Ahora todo eso será imposible. Para dedicarse á tan mezquino oficio se necesitará una porcion de requisitos y una especie de patente gubernativa, y haber cumplido veinte años.

Esto nos recuerda que allá en los venturosos tiempos de la casa de Austria, las vendedoras de naranjas que circulaban por entre *bancos* y *barandillas* de los corrales de la Pacheca y de la Cruz, tenian que presentar al alcalde de casa y corte que presidia el espectáculo la cédula de comunion y un certificado de honradez y buenas costumbres.

Bien dicen luégo, que al cabo de los años mil vuelven las aguas por donde solian ir.

***

A falta de más trascendentales reformas bueno es que el digno Presidente de la Corporacion municipal de esta M. H. y coronada Villa, piense en embellecer relativamente los sitios más céntricos de Madrid.

Satisfecho sin duda del *square* con que ha reducido la ya exigua plazuela que da ingreso al Ayuntamiento, se ha echado á discurrir dónde colocaria otro que, aunque no tan *extenso*, fuera más visible al ménos, y no ha dado con lugar más á propósito que la mismísima carrera de San Jerónimo.

Verdad es que el solar que ocupaba la derribada iglesia de Italianos, convertido en depósito de escombros, no ofrecia el mejor aspecto; pero tambien lo es que más que macizos y reigrás, lo que allí hace falta es espacio á la embocadura de la calle de Cedaceros.

Si el Sr. Bosch y Fustigueras sigue por este camino, sólo conseguirá una cosa. Que así como á José I se le conocia en su tiempo por el *rey de las Plazuelas*, á él se le conocerá en estos por el *alcalde de los Jardinillos*.

***

En cambio los pájaros le guardarán gratitud eterna. Con estos poéticos animales viene esta corte teniendo una crueldad inaudita. No ha bastado que se les venda como á esclavos, á ellos, adoradores eternos de la libertad, sino que siempre se ha colocado en las peores condiciones el mercado en que se les expone.

En no lejanos dias estuvieron en la plaza de Santa Ana, pero entónces allí no habia más que media docena de enfermizos árboles. Vieron un dia que el pedregoso suelo se tapizaba con una alfombra de verdura; que sobre ella se plantaban rosales que al venir la primavera se cubrian de fragantes flores, y sobre todo vieron desaparecer la pesada mole de aquella fuente que les limitaba el horizonte y lanzaron al aire en sus más alegres trinos un voto de gracias á la mano que de ese modo hacia ménos dura su cautividad.

Mas ¡ay! su contento duró bien poco; aquella mano que con tanto entusiasmo habian bendecido, fué la que los desterró. Y ¿á dónde? A la sombría plaza de San Andrés, á uno de los sitios más tristes de la villa. Comparar su prision de antaño con aquella, era lo mismo que poner en parangon un patio del Saladero con una celda de la Cárcel modelo. De lo único que se les hizo gracia fué del capuchon.

El hombre es despiadado. De la torre que veian sobre su cabeza acababa de lanzar á la cigüeña que de tiempo inmemorial tenia allí su nido, y á su pié daba un calabozo sin sol y casi sin aire al alegre jilguero y al fiado ruiseñor.

Pero, ¿creerán Vds. que con eso se contentaron? No. Aun allí parecia que estorbaban las inofensivas aves y ya se hablaba de llevarlas á no sé qué inmundo rincon de los barrios bajos.

Por suerte el Alcalde ha tenido la idea de darles más digno alojamiento. Los jardines de Recoletos se verán muy pronto convertidos en mercado de pájaros y de flores. El dia en que este pensamiento se realice, será el de la reunion de los individuos de una familia, que si como ha dicho no sé quién, los pájaros son flores que vuelan, las flores no son más que pájaros que tienen por jaula un tiesto.

***

Dos artistas han muerto en el espacio de pocos dias. Los dos eran catalanes y á los dos les aguardaba un porvenir lleno de triunfos.

El uno era escultor y dibujante, el otro pintor escenógrafo. Los nombres de Vicente Oms y de Pedro Valls son sobrado conocidos para que necesitemos hacer aquí su elogio póstumo.

Las últimas obras del escultor son un jarro ornamental que presentó en la última Exposicion y un frontis ya casi terminado con destino á un establecimiento industrial. El pintor ha dejado comenzados varios trabajos para el nuevo teatro de la Princesa.

La muerte ha segado esta vez con su guadaña laureles que todavía habian de extender sus verdes hojas. A nosotros no nos toca más que acatar su inapelable fallo y regar con nuestro llanto dos plantas marchitas en medio de toda su lozanía.

ANGEL R. CHAVES

NUESTROS GRABADOS

MUCHACHOS JUGANDO, cuadro por Murillo

Propiedad exclusiva es del verdadero genio artístico la facilidad con que se conciben y ejecutan los más opuestos tipos y escenas. Sólo á un don Diego Velazquez le es posible pintar, con sin igual maestría, la agonía de Jesucristo, la rendicion de Breda y el lienzo de los Borrachos, tres asuntos tan diversos y con tan inimitable arte llevados á buen término. Esa facilidad parece como que Velazquez la hubiera trasmitido á su discípulo predilecto y querido émulo Bartolomé Estéban Murillo.

Quien conozca las *Vírgenes Inmaculadas* del príncipe de la escuela sevillana, quien se haya deleitado alguna vez contemplando esas sublimes manifestaciones del arte místico, quien se haya propuesto el problema de unir lo humano y lo divino en el rostro de una mujer, tantas veces resuelto por nuestro artista; no acertará á explicarse cómo pudo descender voluntariamente de las regiones puras en que hallaba los ideales tipos de sus maravillosas concepciones, para inspirarse en las repugnantes figuras de aquellos pilletes y granujas que reprodujo con un realismo sublime y digno de mejor causa.

Y sin embargo, el museo del Prado y el del Louvre, la Pinacoteca de Munich, en la cual se conserva el lienzo que hoy reproducimos, y cuantos museos se precian de poseer originales del pintor que aún no ha tenido igual en la suavidad y armonía de sus colores, pueden atestiguar hasta qué punto el autor de los *Niños jugando* sabia materializar el ideal celeste é idealizar los más vulgares tipos de materialismo grosero hasta lo repugnante.

CÉSAR BORGIA SALIENDO DEL VATICANO, cuadro por G. L. Gatteri

César Borgia ó mejor dicho César Borja, pues descendia de la ilustre familia valenciana de este apellido, fué uno de los favoritos que más execrado nombre han dejado en la historia. Sobrino del papa Alejandro VI, no hubo escándalo, expoliacion ni crímen que no cometiera, prevalido de la impunidad que le daba su parentesco con el



PROCESO DE CONSTANZA D



DE BEVERLEY, CUADRO POR T. ROSENTHAL

pontífice, cuyo palacio era el primero en saquear. Hermano de la tristemente célebre Lucrecia Borgia, parece que entre los dos se propusieron degradar á un tiempo los dos sexos en que se divide la humanidad.

El autor del cuadro que publicamos ha estado verdaderamente acertado en la manera de presentar á ese odioso personaje. El sibarita duque de Valentinois, título que debió á la bajeza del rey de Francia, desciende las monumentales escaleras del Vaticano, perezosamente arrellanado en cómoda litera, precedido de sus hombres de armas, que se llevan los despojos de su rapacidad, y seguido de otro peloton de soldados, dispuestos á cumplir las más sangrientas órdenes de su señor. Eminentes prelados se inclinan servilmente ante el cardenal laico, cuyo rostro, sin ser feo materialmente, que no lo era ni mucho ménos, segun las crónicas, es fiel espejo de la doblez y perversidad de su alma.

Este funesto personaje murió violentamente en España cuando el asedio de Viana, el 12 de marzo de 1507, despues de haber sido expulsado ignominiosamente de Roma por el sucesor de su tio en el pontificado.

ESTUDIO EN EL LIDO, cuadro por E. Rasch

Cuando Víctor Hugo, jóven aún, empuñó el baston ferrado del excursionista y verificó su viaje al Rhin, del cual ha dejado eterno recuerdo en un libro como suyo; al llegar á Colonia, en vez de hospedarse en la monumental ciudad, establecióse en una humilde posada del vecino pueblo de Deutz, separado por el rio de la capital rhenana. Preguntáronle la causa de esta aparente extrañeza, y el eminente viajero contestó muy atinadamente:

—Porque es preferible á todas luces ver á Colonia desde mis ventanas de Deutz que ver á Deutz desde vuestras ventanas de Colonia.

A semejanza del inmortal poeta francés, cuyo sentido artístico igualaba al de los primeros pintores del siglo, los de nuestro cuadro tienen la buena idea de ver á Venecia desde el Lido, en lugar de ver al Lido desde Venecia. En el jardin de la reina del Adriático (reina apeada) han establecido su taller ambulante nuestros dos artistas; y de ello ha resultado un lienzo de buena perspectiva y fuerza de luz, como conviene al asunto. Sus personajes están tomados, sin duda, del natural: esas mujeres son realmente venecianas. Quien se las figure más coquetonas, más aseadas, más poéticas, se llevará gran chasco cuando tenga ocasion de conocerlas.

PLAZA SITIADA, cuadro por C. Probft

Composicion bien concebida, graciosamente ejecutada, notable por la expresion de sus personajes y trasparente de intencion.

Un capitan, que por su vestimenta y galantería pudiera muy bien pertenecer á los tercios españoles de Flandes, acaricia á una bella jóven, cuyo semblante revela la inocencia de sus sentimientos.

A la vista de esta escena, en que el agresor y la agredida luchan con armas tan desiguales, bien puede exclamarse con el gran ingeniero francés:

—Plaza sitiada... plaza tomada.

GRANDES MANIOBRAS. GUERRILLAS DE CABALLERÍA

Este grabado, verdadera reproduccion del natural, permite apreciar en sus menores detalles una escena de esa guerra, por fortuna simulada, que efectúan todos los años las grandes potencias militares. Los grupos, los tipos, las actitudes son de una naturalidad perfecta; y á este paso Neuville y Detaille van á sufrir una ruda competencia con este procedimiento que tiende á suprimir nada ménos que el dibujo en la reproduccion de las escenas de mayor movimiento.

LA TARDE DE UN DIA FESTIVO, cuadro por Guillermo Diez

A la simple vista de esta composicion se echa de ver que su autor, artista bávaro, miembro de la Academia de Munich, ha querido imitar las escenas y estilo de la escuela holandesa, y particularmente á su célebre Teniers. El grupo de los dos aldeanos del segundo término parece copiado de este pintor insigne. Hasta en los tipos de algunos de estos personajes hay completa analogía: el que contempla la fiesta del otro lado de la cerca rústica y el bebedor de cerveza pudieran figurar, sin impropiedad, en un cuadro holandés de los más renombrados.

La obra de Diez es notable, además, por la naturalidad que en toda ella campea y por una verdadera realidad que, como hemos venido observando á menudo, dista mucho del grosero realismo.

SUPLEMENTO ARTISTICO

PROCESO DE CONSTANZA DE BEVERLEY, cuadro por T. Rosenthal

Walter Scott es, sin duda, el novelista que describe con más vigoroso colorido. No es de extrañar, por lo tanto, que cuantos artistas se inspiran en sus obras, ejecuten lienzos de positivo efecto, ora reproduzcan sencillos cuadros de la naturaleza, ora escenas dramáticas entre personajes creados por el genio potente del no igualado escritor.

El asunto del cuadro de Rosenthal que en el presente número publicamos está tomado de la novela titulada *Marmion*. Constanza de Beverley, religiosa del convento de Fontecrant, se apasiona sacrílegamente de Marmion, jóven militar, por quien, perjura á sus votos, huye del claustro, y de esposa del Señor se convierte en manceba de un hombre que comete la bajeza de abandonarla sin defensa á sus implacables perseguidores. Constanza es presa vestida de paje y conducida al sombrío lugar donde se halla constituido el tribunal que ha de juzgarla, compuesto de un prelado ciego y de dos abadesas, más ciegas aún por su fanatismo sangriento.

La culpable no trata de defenderse: harto conoce la horrible suerte que la espera. Como la antigua vestal que profanaba el templo dejando extinguir el fuego sacro, sabe que la tierra ha de recibir ántes de tiempo su cuerpo lleno de vida. Constanza es condenada á horrible emparedamiento, cuyo suplicio se aprestan á ejecutar los feroces ministros de ese tribunal implacable.

Este es el momento escogido por Rosenthal para tratarlo en su cuadro, lo cual ha hecho con habilidad magistral. Dígalo el singular efecto que produce, y que aumenta progresivamente á medida que la atencion pasa del asunto á sus personajes, de estos al lugar de la escena, del conjunto á los detalles, ejecutado todo de tal suerte que no pueda contemplarse la obra sin experimentar una emocion perfectamente justificada.

EL TIESTO DE CLAVELES

(Continuacion)

—Todo eso es muy bueno, hijo mio, cuando se hace como Dios manda, cuando no se tiene una madre que queda sobresaltada y temerosa, cuando no se está expuesto á recibir un tiro como un malhechor. Mira, Valentin, no tengo más que advertirte una cosa: si te cogen, me moriré de vergüenza; si te matan, me moriré de dolor.

Y al decir estas palabras, la pobre mujer lloraba y habia en su semblante tal expresion de dolor que el jóven se sintió conmovido.

—Bueno, madre,—dijo,—haré lo que V. quiera. Buscaré otra ocupacion. Sé que voy á ponerme malo; pero usted ántes que todo. No quiero que viva disgustada. Por usted robaria y mataria, ¿qué puedo negar á usted?

—No, hijo. A todo se acostumbra uno. Al principio te causará violencia el renunciar á tu aficion y costumbres, pero luégo verás cómo te alegras; y cuando descanses de tu honrado trabajo, aquí estoy yo para querer y cuidar y mimar á mi Valentin. ¿Verdad que sí?

—Bien, madre, repito que haré lo que V. quiera.

—¿Me lo prometes?

—Sí señora.

—¿No volverás á cazar?

—No volveré,—dijo el jóven exhalando un suspiro.

—Y yo, hijo mio, te querré más de lo que te quiero, si esto fuese posible.

IV

Llegó el dia 13 de junio y con él la fiesta de San Antonio de la Florida, de San Antonio *el guindero*. ¡Qué santo tan simpático! ¡Qué santo tan alegre!

Es la fiesta
del patron de los niños
y las doncellas,

como ha dicho Trueba. Los niños acuden á la capilla del Santo, situada cerca del Manzanares, comiendo guindas ó colgándolas de las orejas; las doncellitas acuden tambien á pedir á San Antonio... ¿Qué ha de pedir una muchacha honrada sino un buen marido?

El sol resplandece, los árboles y los campos verdean, las mariposas blancas se matizan de colores, la multitud bulle alegre dentro y en derredor del templo, los artistas penetran en él á admirar los frescos de Goya, y la Vírgen de la Almudena parece como que sonríe desde lo alto de la Cuesta de la Vega.

A la caida de la tarde, cuando el sol mitiga sus rayos, despues de la fiesta religiosa de la mañana, se organiza el baile á espaldas de la capilla. Nada más justo; las doncellitas gustan de bailar, y luégo, ¿qué ocasion mejor de encontrar lo que les hace falta?

El espeso bosque poblado de árboles seculares, hoy trasformado en *Ronda de harineros*, templaba el calor del ambiente; soplaba la brisa del rio; un hormiguero humano bajaba de Madrid, llenando el paseo de la Florida; circulaban calesas y alguno que otro coche tirado por mulas. Apénas se podia transitar por los alrededores de la capilla; en aquella abigarrada multitud se confundian majas, petimetres, chulos, guardias walonas, picadores de la Reales caballerizas, payos de las cercanías, lavanderas y mendigos.

En la plazoleta en donde se verificaba el baile, se habian levantado dos tablados; uno para el Alcalde y regidores y otro para la orquesta, que se componia de ocho tocadores de guitarras y bandurrias.

La corte habia vuelto de Aranjuez y aún no habia salido para la Granja; así es que á nadie extrañó ver al popular príncipe Fernando pasar á caballo por delante del templo, acompañado únicamente de un gentil-hombre, un caballerizo, un correo y dos carreristas. Todas las frentes se descubrieron ante el heredero del trono, porque entónces aún no se manifestaban las repulsiones ni las distancias más ó ménos honestas.

A las seis de la tarde el baile estaba en su apogeo. Siete bastoneros cuidaban del órden de la fiesta. Habia allí muchas madrileñas y no pocas paletas que volvian tarumba al más pintado; pero en honor de la verdad, contadas eran las que podian igualarse á Cármen Ramirez, la hija del guarda mayor de la Real Casa de Campo.

Tenía 18 años. Era de mediana estatura, mas su esbeltez hacíala parecer más alta. Tipo andaluz por sus negros cabellos y su tez fina y ligeramente morena, mareaba con sus ojos madrileños, no muy grandes, pero muy *hondos*, muy intencionados, muy luminosos y sombreados además por pestañas que parecian doseles de seda.

Y luégo ¡qué cuerpecito, qué mano, qué pié encerrado en el zapatito de tabinete!

¡Válgame Dios! ¡cuántos ojos la devoraban, cuántos guapos muchachos la sacaron á bailar! Estaba rendida, pero como tenia buena crianza, no pudo negarse á bailar con un jóven que últimamente la solicitó. Al acercarse á ella, aquel buen mozo tenia en la mirada una expresion particular, que no pasó inadvertida.

En uno de los momentos de parada el jóven la dijo:

—Tiene V. en su ventana unos claveles dobles muy hermosos.

Ella le miró algo sorprendida; quizás iba á contestarle, pero el baile comenzó de nuevo.

Apénas la orquesta cesó de tocar y cuando su pareja la conducia galantemente á su asiento, la muchacha oyó una voz imperiosa que gritaba:

—¡Cármen, ven acá!

Era la voz de su padre.

Este sacó á su hija del corro y la dijo:

—Te prohibo terminantemente que bailes con ese jóven.

—¿Por qué, padre?—preguntó admirada.

—Porque ese tunante es Valentin, el hijo de Paca la viuda.

V

¡Cosas del mundo! ó mejor dicho, de las muchachas, que no pueden negar su ascendencia materna. No habian trascurrido quince dias y ya Cármen y Valentin estaban en relaciones amorosas. Hubo para esto varias causas predisponentes. En primer lugar el jóven era muy guapo. Además oyendo continuamente á su padre hablar pestes de él, á Cármen se le habia imaginado un hombre feo, avieso y montaraz, y no fué poca su sorpresa cuando en el baile de la Florida se persuadió de todo lo contrario; y por último, ¿cómo no probar del fruto prohibido?

El guarda mayor habitaba en un edificio pegado á la tapia de la Casa de Campo, cerca del ángulo por donde pasa el camino de Pozuelo. La casa tenia puerta y ventanas al exterior é interior de la Real posesion.

Valentin habia visto algunas veces á Cármen desde léjos y hasta el dia del baile no quiso insinuarse con ella. A fuerza de precauciones, los jóvenes enamorados consiguieron ocultar sus relaciones, pero harto comprendian que aquel misterio no podia durar mucho tiempo. Ambos estaban inquietos é impacientes, y no pienso mal de Cármen al suponerla la más impaciente de los dos. La jóven era hija única, estaba muy mimada y tenia un carácter resuelto.

Una noche, dos dias ántes del de Santiago, á las altas horas, los dos amantes hablaban, ella desde la ventana y él abajo, oculto en la sombra de la tapia.

Cármen dijo:

—Pasado mañana es el santo de mi padre y le destino algunos regalillos que le sorprenderán.

—Bueno, ¿y qué?

—Que como estará alegre, tantearé el terreno para hablarle de tí.

Valentin hizo un ademan de desconfianza.

—Pues ya veremos,—repuso la jóven,—pienso salirme con la mia; pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Has de prometerme no volver á cazar en vedado; necesito asegurárselo formalmente á mi padre.

—Hace mucho tiempo que no agarro mi escopeta.

—Ya lo sé, mas en lo sucesivo...

—No temas, Cármen. Pero esto será inútil, no conseguirás más que incomodar á tu padre.

—No le conoces; en el fondo es más bueno que el pan y hago de él lo que quiero. Si tú me das palabra de renunciar á tus antiguas costumbres, de trabajar honradamente, tengo casi la certeza de que conseguiremos nuestro deseo. Mi padre al hablar de tí, dice muchas veces que es lástima que no aproveches tu destreza, tu agilidad y tus buenas condiciones. ¡Quién sabe! Hay aquí dos ó tres guardas muy viejos; la marquesa de Alcañices es mi madrina de pila... En fin, Valentin, déjalo de mi cuenta.. Pero ¿no dices nada?

—Estoy oyéndote embebecido. ¡Ay, Cármen, que no fueran verdad esos sueños!

—¿Sueños? ¡Bien, Valentin, ya veremos! El dia despues de la fiesta de Santiago, pasa por aquí á las seis de la mañana. Si no ves en la ventana este tiesto, será mala señal; pero si está, ten confianza y acércate; mi padre habrá consentido ó estará á punto de consentir.

—Cármen ..

—Adios. No oigo roncar á mi padre. Vete y hasta el sábado.

VI

El dia de Santiago, el guarda mayor no pudo celebrar su fiesta con tranquilidad porque tuvo que acompañar casi todo el dia al marqués de Villafranca y á unos señores extranjeros que, con Real permiso, cazaron en la Casa de Campo desde por la mañana. Hizo advertir á su hija que trocase la comida en cena, y cuando despues de las siete de la tarde despidió á los cazadores, que regresaron



CÉSAR BORGIA SALIENDO DEL VATICANO, cuadro por G. Gatteri



ESTUDIO EN EL LIDO, cuadro por E. Rasch

á Madrid, el buen hombre volvió á su casa rendido de la jornada.

Cármen le esperaba con la mesa puesta, una mesa de lujo, con un blanco mantel adamascado, platos de la fábrica de la Granja y dos ramos de flores que no habia más que ver.

Miéntras que la criada traia la sopa, Cármen, haciendo una graciosa reverencia á su padre, le felicitó los dias, y le presentó una caja de cartulina muy historiada.

El guarda abrióla sonriendo.

—Una petaca de abalorio,—dijo sacando los objetos que habia dentro.—Unos tirantes bordados... una guirindola...

—Todo hecho por Cármen Ramirez para su querido padre.

El guarda, encantado, sentó á su hija sobre las rodillas y le dió un ternísimo abrazo.

Cármen pensó que era ocasion propicia para hablar del asunto que la preocupaba.

En aquel momento la criada trajo la sopa y padre é hija se sentaron á la mesa.

Dos ó tres veces estuvo á punto Cármen de abordar la cuestion, pero no sabia cómo empezar. Determinó dejarlo para fin de comida, cuando su padre estuviese saboreando una buena taza de café y una copa de marrasquino que ella le habia preparado; la jóven presentia que despues de comer bien, el ánimo está mejor predispuesto á la benevolencia.

Llegó el momento, el café humeaba, su padre la miraba cariñosamente, Cármen iba á hablar de Valentin; cuando hé aquí que se oyó una voz que provenia del exterior y que gritaba:

—¡Señor Santiago, señor Santiago!

El guarda mayor se asomó á la ventana que daba al campo y á la luz de la luna vió un grupo de tres guardas de la Real posesion, entre ellos su *ad latere* Murviedro.

—¿No sabe V. lo que pasa?—preguntó este.

—No, estábamos cenando; pues ¿qué hay?

—Una desgracia. ¿No ha oido V. disparos?

—No me he fijado.

—Pues nosotros sí. Ginés rondaba junto al portillo de este cuartel, oyó tiros afuera, y suponiendo que era cosa de Valentin que hacia de las suyas, salió, vió un bulto que huia y persiguiéndole se ha caido en el barranco del camino de Villaviciosa y se ha roto una pierna.

—¡Ah! ¿qué dices?

—Lo que V. oye. A los tiros y á sus voces hemos acudido. Lo han llevado á la enfermería y nosotros venimos á avisar á usted.

—¡Oh!—exclamó el guarda mayor,—ese tuno va á ser causa de mi perdicion. ¡Cármen, mi bandolera! ¡La carabina! Vamos! Ginés lisiado! ¿Qué dirá el infante don Cárlos, que le tiene tan recomendado? ¡Si yo atrapara á ese pillo de Valentin!...

Santiago bajó á abrir la puerta de la casa á sus compañeros, que penetraron por ella en la posesion, y todos se alejaron profiriendo dicterios y amenazas contra el malaventurado hijo de Paca la viuda.

Cármen, á quien este inesperado suceso habia aturdido, se sentó y apoyando el codo sobre la mesa y la cabeza en la mano, prorumpió en sollozos que trataba de ahogar.

VII

Cármen no era mahometana ni habia leido el teatro griego, así es que sustituyó la palabra *fatalidad* por la de casualidad.

Pero ¡qué casualidad tan inoportuna! Cuando su padre estaba tan contento y tan cariñoso, cuando ella iba á hablar y probablemente á conseguir el objeto que se proponia!

¿Habria sido Valentin el causante de la catástrofe? Si era él, estaba loco ó no la queria. Hacia tiempo que el mozo habia renunciado á sus correrías, dos dias ántes habíala prometido renunciar para siempre; y en el momento supremo, cuando más necesario era que diese pruebas de sus propósitos de enmienda, volvia á las andadas!

Esta idea exasperaba á Cármen.

Pero si no habia sido él y sí otro cazador, ¡qué desgracia, qué acaso tan funesto!

Dando vueltas en su imaginacion á esta disyuntiva, la pobre jóven pasó cerca de dos horas sumida en el mayor abatimiento.

De vez en cuando se asomaba á la ventana que daba al campo, por si se acercaba por allí Valentin, pero no veia á nadie.

Cerca de las once de la noche volvió su padre. Venia desesperado. Apénas la habló, y la mandó que se retirara á dormir.

Ella apénas se atrevia á preguntarle. Sólo supo que Ginés seguia muy mal y que su padre estaba furioso hasta con su sombra. Quiso quedarse á hacerle compañía, pero él la dijo en un tono que no admitia réplica:

—Vete, Cármen, tengo un humor de los demonios, y no es cosa que pagues tú los vidrios rotos.

Cármen comprendió que era inútil insistir.

Quitó de la ventana el tiesto de claveles y lo dejó en el suelo, dió las buenas noches á su padre y se retiró á su cuarto que daba al interior de la Casa de Campo.

El guarda mayor quedó solo. Comenzó á dar paseos por la sala, murmurando palabras interrumpidas por exclamaciones. El cansancio del dia, la brusca transicion de un estado satisfactorio á una impresion desagradable y quizá algun exceso en la comida, le produjeron un violento dolor de cabeza.

Su alcoba estaba contigua á la sala, y por fin, rendido de aquel violento ejercicio, determinó acostarse; pero ántes de hacerlo, recordando que habia oido decir que es malo dormir teniendo cerca flores, cogió el tiesto de claveles que su hija metió en la habitacion y volvió á colocarle en el exterior de la ventana.

No pudo conciliar el sueño. El calor, el estómago cargado, los desagradables acontecimientos del dia, le hacian revolverse en su cama inquieto y desasosegado; así es que apénas el primer resplandor del alba penetró por la ventana, se puso en pié, bebió un gran vaso de agua requerida por su estado bilioso, y en mangas de camisa, se sentó á la puerta de su casa, por la parte que daba al campo.

VIII

Valentin, que tampoco habia dormido, aunque por diferente causa, se levantó tambien al rayar el dia, y con el corazon palpitante se encaminó hácia la casa de su amada. Conforme iba acercándose se aumentaban su miedo y su impaciencia. ¿Habria conseguido Cármen predisponer bien á su padre? A aquella hora estaba quizá decidido su porvenir.

Apénas distinguió la casa, miró con avidez. Cármen le habia dicho: «si ves en la ventana el tiesto de claveles será buena señal, aproxímate con confianza,» y ¡oh dicha! el tiesto estaba allí, su penetrante mirada lo habia divisado desde léjos.

Al acercarse vió al guarda mayor sentado á la puerta de la casa, y, con ese cándido anhelo de los enamorados, Valentin lo creyó de buen augurio y hasta supuso que le esperaba.

Despues de un momento de vacilacion, alentado por esta esperanza, se dirigió hácia donde estaba aquel, y quitándose el sombrero le dijo:

—¡Buenos dias, señor Santiago!

El guarda, al verle, se puso lívido; no podia creer en tanta osadía. La cólera le hizo enmudecer un momento, mas luégo, poniéndose en pié, exclamó:

—¡Miserable! ¿Te atreves á presentarte aquí?

Valentin, estupefacto, no sabia cómo explicarse aquellas bruscas palabras. Miró á la ventana, el tiesto de claveles no estaba ya en ella. Cármen, que acababa de levantarse, le habia retirado.

—¿Vienes á que te dé tu merecido?—repuso el guarda cada vez más exaltado.—Ahora mismo voy á llevarte á la cárcel.

—Mire V. lo que dice, señor Santiago,—replicó el jóven, que tenia el carácter muy violento.

—¿Cómo, tunante, aún te atreves? ¿Vienes á insultarme en mis barbas? ¡Toma!

La mano del guarda golpeó el rostro de Valentin. Este palideció, sintió pasar por sus ojos como una nube de sangre, se arrojó sobre el que le habia abofeteado, y ya tenia el puño alzado sobre su cabeza, cuando oyó una voz bien conocida que gritó desde la ventana:

—¡Valentin, Valentin, es mi padre!

El jóven dejó caer su brazo, se llevó ambas manos á las sienes y se alejó casi corriendo, pero vacilando como un hombre ebrio.

—¡Bien hecho, señor Santiago!—dijo el guarda Murviedro, que venia por el exterior de la tapia.—Lo he visto todo desde léjos; pero ha hecho V. mal en dejar escapar á ese pillo.

—Ya le atraparemos. Me alegro que vengas; me acompañarás. Voy á dar mi queja al Alcalde de Afueras, á ver si se resuelve á proceder contra ese tuno. La desgracia de Ginés no puede quedar impune.

Los dos guardas se encaminaron por una senda que salia al camino de Alcorcon y siguieron éste para ir al arrabal de San Isidro en donde habitaba el alcalde.

Al divisar la casa de Paca la viuda, el guarda Murviedro dijo:

—Señor Santiago, ¿no le parece á V. que tomemos un vaso de vino? La madre de ese galopin lo tiene blanco muy bueno. El, por supuesto, no estará, pero veremos lo que dice la Paca.

—Vamos,—contestó el guarda mayor.

Llegaron á la puerta de la casucha y se sentaron á una mesa de madera que habia debajo de una parra. La pobre mujer, al verlos, se sobresaltó.

Pidieron un cuartillo de vino blanco y miéntras la viuda les servia, se le ocurrió una idea al guarda Murviedro.

—¿Han traido á su hijo de V.?—la preguntó.

—¿Cómo traerle?—preguntó ella admirada.

—Pues qué, ¿no sabe V. la desgracia?

—¡Desgracia! ¿cuál? ¿ha sucedido algo á mi hijo?

—Sí, señora; lo que tarde ó temprano tenia que suceder. Huyendo de los guardas, Valentin se ha caido en el barranco del camino de Pozuelo y... se ha roto una pierna.

—¡Jesus! ¡mi hijo! No puede ser. Ya no cazaba. ¿Dónde está? ¡Quiero verle! —y la pobre mujer daba vueltas como atontada, llorando y gritando, sin tener conciencia de sus actos.

Murviedro, que no esperaba tanta explosion de dolor, comprendió que la broma habia sido demasiado violenta y quiso atenuarla.

—Vaya,—dijo,—no lo tomeis tan á pechos; una pierna quebrada se compone.

La viuda no le oia; hallábase en un estado próximo á la demencia.

—Has hecho mal, Murviedro,—dijo el guarda mayor levantándose y dejando sobre la mesa los cuartos importe del cuartillo de vino.—Vámonos.

—¡Bah!—replicó aquel,—pronto se convencerá de que ha sido una broma.

F. MORENO GODINO

(Continuará)

PEPE...

todo el mundo le conoce
y todos dicen ¿quién es?
(E. Sellés. *Las esculturas de carne*)

I

Pepe, no lo olvidaré nunca, era excelente camarada: liberal sin ostentacion, gran caballista, jugador imperturbable; siempre dispuesto á todo, lo mismo podia contarse con él para una partida de caza como para un lance de honor; así servia para improvisar una *juerga* como para disponer una *corrida* de beneficencia. ¡Era mucho Pepe!

Pero ¿quién era? Nadie lo sabia: con todos charlaba; á nadie pedia dinero y solia prestarlo á muchos; todos le nombrábamos *Pepe* y él á casi todos nos tuteaba; ¿por qué? pues vaya V. á saber eso: porque sí. Misterios de nuestra especialísima organizacion social.

Necesitamos un escribiente que, por poner en limpio algunos borradores de cartas, va á ganar un par de pesetas diarias; buscamos quien administre y maneje una renta de cincuenta duros al mes y toda precaucion nos parece escasa y toda informacion poca y ninguna exigencia hallamos excesiva: acaso no confiaremos una docena de camisas á una planchadora sin conocer préviamente su moralidad y buena conducta; pero para admitir á un desconocido en nuestra intimidad, para darle asiento en nuestra mesa, para facilitarle acceso á nuestro hogar, nada de esto necesitamos: un buen sastre, un camisero hábil son recomendacion suficiente.

Pepe apareció una noche en el casino, presentado por no recuerdo que agregado á una embajada: perdió, con gran serenidad y como jugador de buen tono, algunos miles de duros: aquella misma noche cenó, y amenizó la cena, de verdadero *gourmet* (valga el vocablo bárbaro), con alegría no afectada, relatando de una manera deliciosa chascarrillos picantes, tal cual historieta escandalosa, anécdotas muy curiosas en que figuraban personajes de casi todas las cortes de Europa, y cuando aquella noche, despues de apurar las últimas copas del champagne espumoso, estrechábamos con efusion la mano del nuevo compañero, todos éramos ya, lo parecíamos al ménos, los mejores amigos del mundo.

Y á esto se reduce cuanto de Pepe sabíamos, por entónces; y mucho tiempo trascurrió sin que supiéramos mucho más. ¿Acaso habíamos menester más noticias? Lucia trenes magníficos, montaba soberbios caballos, gastaba como un Fúcar; tenia siempre á disposicion de sus compañeros la caballeriza y el bolsillo, la mesa y los tabacos, ¿qué más podia pedírsele?

Los amigos de Pepe llegaron á ser innumerables, su fama universal, su mérito indiscutible, sus ocurrencias donosas, repetidas de labio en labio, y á los pocos meses se consolidaba y arraigaba su reputacion de hombre singularísimo y de caballero sin par. Díjose de pronto que Pepe se proponia poner término y acabamiento á su vida disipada de soltero, ya casi de solteron, y lo que fué en sus comienzos débil rumor, sin fundamento sólido y razonable, convirtióse poco á poco en noticia verosímil, despues en suceso probable y por último en acontecimiento seguro.

Pepe se casaba con una lindísima y al parecer opulenta viuda, que poco tiempo ántes de la aparicion de Pepe se habia establecido en Madrid.

El retraimiento á que su viudez, aún próxima, la condenaba no fué parte á impedir que la esposa futura de Pepe llamase vivamente la atencion del mundo elegante, ese mundo especial que existe solamente en Madrid y que tiene tan poco que hacer. La viuda en cuestion era en verdad un portento de hermosura y un dechado de virtud. Trascurrido el tiempo de la viudez, Pepe y la Marquesa viuda de... (no sé cuantos, que esto de los títulos se me olvida siempre) contrajeron matrimonio.

Fué aquel acto solemnizado de tal manera, que difícilmente se borrará de la memoria de los que tuvieron la suerte de ser á él invitados, que no fueron muchos. El dia mismo de la boda salieron los recien casados para Italia donde se proponian pasar la luna de miel. Despidiéronse de sus numerosos amigos hasta la próxima temporada de invierno, anunciando que se proponian dar grandes bailes, y desaparecieron para no volver. Ni de Pepe, ni de la Marquesa, su esposa, se ha vuelto á tener noticia alguna: no pareció sino que se los hubiese tragado la tierra.

Esta desaparicion extraña é inexplicable mantuvo despierta por algun tiempo la curiosidad de los desocupados. Se preguntó en la embajada francesa, en la de Italia; ni en una ni en otra tenian noticia de los viajeros; es más, ni en una ni en otra conocian á Pepe: de la viuda sí conocian el nombre y áun el hecho de haber sido muerto en desafío su primer marido, hombre riquísimo y de prendas recomendables. A esto se redujo todo. Pasaron los años y el mundo acabó por olvidar el paso de aquella especie de cometa, con tanto más motivo cuanto que Pepe, en su aparicion breve, solamente favores habia sembrado y su ausencia libraba á muchos del fardo enojoso é insufrible del agradecimiento.

II

Como ningun favor debia yo á Pepe, fuí de los últimos en olvidarle; pero le olvidé al fin: ¿qué no se olvida en diez y seis años?

Hace muy pocos meses tuve necesidad de realizar un viaje al extranjero: no hace al caso el motivo. Iba



PLAZA SITIADA, cuadro por C. Probft

á Paris acompañando á un queridísimo y buen amigo, cuando en la estacion de Burdeos al entrar en el *restaurant*, un caballero que, dando el brazo á una dama, de arrogante presencia y aire aristocrático, se dirigia al mismo sitio que nosotros por opuesto lado, tropezó ligeramente conmigo; volví la cabeza para manifestar mi disgusto, volvió él la suya para rogar con finura exquisita que perdonase su torpeza y dos gritos se nos escaparon simultáneamente; á pesar del tiempo trascurrido yo habia reconocido á Pepe, él á su vez me reconoció tambien y aunque creí observar que este encuentro no le regocijaba grandemente. Pepe estuvo como en sus mejores tiempos obsequioso y fino conmigo, llamó la atencion de su esposa, que aún conservaba toda su espléndida hermosura, quizá más vistosa y más incitante que cuando por vez primera la habia yo visto.

Los tres comimos juntos: y digo los tres porque el amigo que me acompañaba, ó para hablar con más exactitud, á quien acompañaba yo, habia desaparecido de pronto, sin que yo pudiese explicarme la causa de su desaparicion. La cosa, sin embargo, no me preocupó mucho, pues dicho mi amigo era francés, profundo conocedor de su país, que habia estado en Burdeos más de diez años y que léjos de necesitar guía, podia dar quince y raya al más experto *cicerone*.

Presumí por consiguiente que habria encontrado, como viajero práctico y perito conocedor del terreno, algun medio de regalarse con más suculentos manjares ó con más sabrosos vinos y que viéndome distraido con mi inesperado encuentro habia creido prudente prescindir de mí. Comimos pues, como ya he dicho, mi amigo Pepe, su mujer, que me pareció hermosísima, pero triste y preocupada, y yo. Nada me dijeron de su ausencia de España y yo no juzgué tampoco de oportunidad preguntar lo que habria sido sin duda indiscreto: al servir el café preguntéles si continuaban hasta Paris; Pepe, algo turbado, me replicó que pensaban quedarse en Burdeos, cosa que no pudo ménos de sorprenderme, mas no adivinaba yo por qué, si pensaban quedarse en Burdeos, comian de prisa y mal en la estacion, habiendo tantos y tan buenos hoteles en la ciudad.

Callé no obstante, y estrechando las manos de los dos esposos, que me parecieron ambas heladas, me dirigí al departamento del *Slepn-garde* que mi buen amigo y yo habíamos tomado á fin de pasar la noche lo más cómodamente posible.

En el departamento me esperaba ya mi compañero de viaje.

—Hola, amigo mio,—dije alegremente ofreciéndole un tabaco que aceptó,—¿qué rincon ha descubierto usted para comer con más comodidad ó mejor?

—Nada de eso he descubierto,—me dijo:—lo que ha sucedido es que V. ha saludado á dos personas á quienes de seguro no conoce bien, y yo no podia ni queria aparecer en la mesa al lado suyo.

—Pero,—repliqué yo con verdadero asombro,—pero ¿usted sabe quiénes son las personas á quienes yo he saludado?

—Sí, amigo mio, sí: lo sé perfectamente. Quien no lo sabe, de seguro, es V.: pues á saberlo, huiria V. como yo he huido de estrechar esa mano manchada de sangre.

—¿Qué dice V.?—pregunté casi con espanto,—¿está usted seguro de lo que dice?

—Segurísimo: y pues aún tenemos un rato para charlar miéntras apuramos estos cigarros, diré á V. quiénes son y cuánto valen esos criminales á quien V. ha tratado como amigos, pero cuyo contacto mancha, cuya conversacion deshonra.

—La Marquesa viuda de Grand-ville, hoy esposa de ese hombre á quien V. ha saludado con afecto, era, hace veinte años, la amazona mejor formada y más linda de una compañía ecuestre que funcionaba en Burdeos, ganando, no muy holgadamente, lo indispensable para vivir con estrechez. Muy poco de notable ofrecia lo que con exactitud podria haberse llamado cuadrilla de saltimbanquis, y el público solia ser muy escaso en el Circo ecuestre; pero la fama de Emma llenó muy pronto el recinto de la ciudad y áun se desbordó de él: Emma era ciertamente digna de su fama. Si V. se ha fijado en la notable hermosura de su rostro, podrá imaginar lo que una mujer así habrá sido hace veinte años, en todo el esplendor de su juventud y de su belleza.

Sus formas, que la profesion á que se dedicaba la imponia el deber de exhibir diariamente, eran dignas de servir de modelo á un estatuario; sus actitudes provocativas, sus movimientos llenos de encantadora voluptuosidad, sus atrevidas miradas, sus sonrisas, que á nadie iban dirigidas, pero que cualquiera podia explicarse, enloquecieron muy pronto á toda la juventud aristocrática de Burdeos.

Emma fué la mujer de moda.

Acerca de su virtud corrian versiones distintas: afirmaban unos que vendia, aunque muy caros, sus favores; sostenian otros que era una fortaleza inexpugnable; muchos se jactaban de haberla rendido, si bien á costa de grandes esfuerzos; pero, en definitiva, nada seguro habia en todo ello y la hermosa amazona fué el asunto de todas las conversaciones y la tabla de salvacion para la casi arruinada empresa.

Como yo no he de procurar, como los novelistas, estimular la curiosidad de V., ni podemos tampoco perder mucho tiempo en cosa que al cabo no es de gran importancia, diréle desde luégo que Emma, la linda Emma, la preciada joya de Burdeos, la codiciada Vénus del Circo ecuestre, tenia un amo, era esclava de un jugador de ventaja, de ese hombre que hoy la acompañaba, de orígen desconocido, sin modo honroso de vivir, de antecedentes poco favorables: al mismo tiempo tahur y rufian, com-

partia con Emma, su querida, lo que á ella producian sus favores vendidos y á él sus ganancias amaestradas.

Así andaban las cosas, cuando hubo de llegar por accidente á Burdeos el Marqués de Grandville, huérfano desde muy poco tiempo, cortés, jóven, apasionado y riquísimo: fué como todos á ver á Emma y como todos quedó prendado de su hermosura.

Emma y su amante, su amante sobre todo, comprendieron al primer golpe de vista que aquella aventura podia ser para ellos no una ganancia mezquina y un bienestar efímero, sino una verdadera y sólida fortuna. Con la mayor sangre fria combinaron los medios, estudiaron la trama, determinaron el modo, y al cabo de un año Emma era la Marquesa de Grand ville.

No me pregunte V. cómo: usted conoce el mundo; V. conoce lo que son hombres y sabe la locura de que es capaz un muchacho, violento, apasionado, rico, y que lucha, con armas muy desiguales, con una mujer avezada á campañas amorosas.

El amante de Emma, entre tanto, habia desaparecido: ¿en qué se ocupaba? Preparaba friamente el desenlace de aquel drama.

Auxiliado por la Marquesa, que le facilitaba cuantiosos recursos, hacia en Paris vida de calavera, frecuentaba sobre todo las salas de armas y llegó á ser tirador habilísimo y duelista de primera fuerza.

Entre tanto los Marqueses de Grand ville se veian reproducidos en un precioso niño que parecia reunir, en su angelical semblante, la belleza graciosa de Emma y la arrogante gentileza del Marqués. El nacimiento de este hijo fué la señal para poner fin á la obra tan laboriosa mente desarrollada.



GRANDES MANIOBRAS.—*Guerrillas de caballería*

Emma suplicó á su marido que la llevase á Paris: el Marqués, que nada negaba á su esposa, accedió á sus deseos.

Una vez allí, lo demás se hizo por sí solo: el Marqués y el amante de Emma solian encontrarse con mucha frecuencia en los círculos, en los teatros, en todas partes: fácil, facilísimo fué buscar querella al Marqués: de buen fondo, pero de carácter apasionado y violento, nada más sencillo, para quien de veras se lo propusiese, que hacerle cometer una imprudencia: el antiguo tahur lo consiguió fácilmente, las cosas fueron llevadas, por sus trámites ordinarios, al campo llamado del honor y allí, legal, friamente, con la autorizacion de cuatro personas de honor, tolerado por la justicia humana y con la sancion del mundo, el estafador, convertido en asesino, suprimió el obstáculo que le impedia disfrutar tranquilamente de la cuantiosa fortuna que Emma poseia.

Viuda Emma, tuvo poco tiempo despues la desgracia de perder á su hijo: ¿fué aquella muerte efecto de un segundo crímen? —No lo sé; pero nada tendria de extraño. En la pendiente del delito es fácil, muy fácil adelantar: lo imposible es retroceder.

Emma, la Marquesa de Grandville, desapareció de Paris y se estableció en España: pocos meses despues llegó á Madrid su amante. En Madrid fingieron haberse visto por vez primera y se casaron. En Burdeos, donde esa historia es conocida, no hay hombre honrado ni mujer digna que no aparten su vista con horror de esos miserables, que son sin embargo, ricos, más aún, poderosos y áun al parecer felices.

Como el hecho produjo ruido, como poco á poco fué conocido ese matrimonio, no puede permanecer mucho tiempo en una misma poblacion: esta es la causa de que estén viajando constantemente.

Calló mi amigo y llamando al camarero del coche le hizo convertir en camas los muebles al efecto preparados, y despidiéndose de mí se entregó poco despues al sueño.

Confieso que yo no dormí.

Cuando á las seis de la madrugada entrábamos en Paris, continuaba yo pensando en *mi amigo Pepe.*

A. SANCHEZ PEREZ



LA TARDE DE UN DIA FESTIVO, cuadro por Guillermo Diez

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 12 DE OCTUBRE DE 1885 — NÚM. 198

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ATAQUE, cuadro por Neuville

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ATAQUE, cuadro por Neuville

La pintura francesa, que cuenta con artistas eminentes en todos los géneros, los ha producido y muy notables en el de costumbres militares, sin duda porque, durante los tres últimos siglos, las armas han constituido la principal ocupacion, la mayor gloria de la Francia monárquica, republicana é imperialista. El reinado de Luis XIII puede envanecerse de Le Brun; las epopeyas de Napoleon I inspiran cuadros de grande aliento á Deschamps; las campañas de África en tiempo de Luis Felipe reproducidas han sido por el célebre Horacio Vernet, y la guerra franco-prusiana ha puesto de relieve el talento del ya insigne Neuville, cuyas obras de asunto militar en nada desmerecen de las ejecutadas por sus ilustres predecesores y sobre todo de las de Vernet, que es con quien tiene mayor analogía.

El grabado que hoy reproducimos es plena demostracion de cuanto decimos: véase á ese viejo general, véase el caballo que monta, véase el edecan del segundo término, y dígase si cabe mayor marcialidad, mayor brío, tipo más acabado, actitud de mando más natural y enérgica, carrera más impetuosa, impresion que más se acerque á la impresion de la realidad. Ese caballo vuela, ese cuerpo pesa sobre la silla, ese brazo dice: ¡adelante! mejor que la voz lo dijera... Hay en todo movimiento, vida, fuego y patriotismo; sí, patriotismo, porque ninguno como Neuville ha hecho la apoteosis de los vencidos

LA CAZA DEL JABALÍ, cuadro por Beckmann

La vista de este cuadro, cuya accion se desarrolla probablemente en un vedado bosque del Norte, hace formar de lo que se llama caza una idea muy distinta de la que sugiere un paisaje de abanico, en el cual tiradores y víctimas parecen elaborados de encargo en alguna confitería. Y ciertamente, no es lo mismo correr tras las inofensivas perdices y los tímidos conejos, que buscar en su selvática madriguera al jabalí, excitar sus instintos feroces, obligarle á utilizar sus formidables armas en defensa propia y acosarle tan de cerca que se establezca una lucha corporal entre la fiera y el hombre.

Para la caza á que se dedican la mayor parte de nuestros pollos dados á la cinegética, basta un traje vistosillo, una escopeta bien bruñida, un perro no corredor en demasía y la proteccion de San Huberto que depara al moderno Nemrod un rústico ó una villana que le brinde la adquisicion de media docena de codornices.

Pero cuando se trata de un jabalí que ruge, no tras los hierros de una jaula de menagería, sino en campo libre para él y sus enemigos, la cosa cambia de aspecto y el que se sienta tentado á probarlo, no ha de echar en olvido que uno de los doce trabajos de Hércules fué el dar cuenta de un animal de esa especie. Tal idea tenian formada los antiguos de la índole y peligros de ese ejercicio.

El autor del lienzo que publicamos debe haber corrido de cerca esos peligros, porque únicamente cuando se ha presenciado ó tomado parte en una escena de esa naturaleza, puede reproducirse con la verdad y el calor que ha demostrado Beckmann en su *Caza del jabalí.*

PRIMULA VERIS, cuadro por C. Hoff

Tienen los artistas singulares caprichos, y Hoff ha tenido el de dar á su cuadro el nombre de una planta ó arbusto, que lo mismo pudiera ser el de la Primula llamada vulgarmente Primavera, que el del árbol de que se ahorcó el mal apóstol. Respetemos el capricho, que alguna excentricidad ha de tolerarse á los artistas que, como los poetas, dejarian de serlo si en todo fuesen parecidos al vulgo de los mortales.

Hemos de suponer que la Primula sea la flor con que elabora un ramillete la dama del cuadro; pero ¿qué clase de importancia puede tener este hecho en el asunto del lienzo, para dar á este su nombre?... La Primula, por más que sea la *Primula veris*, no es flor simbólica, ni poética, ni á nadie se le ha ocurrido concederla otra propiedad que la de ser comestible alguna de sus variedades. Esta última apreciable condicion no es, á pesar de todo, para inspirar á ningun pintor de primer órden.

Convengamos, pues, en que paisaje y título andan cada cual por su lado; convengamos, tambien, en que se trata de una obra de arte muy recomendable, y dejemos á su autor el mérito de una explicacion que quizás no pase de una sencilla simpatía por la *Primula veris.*

BUSTO DE NIÑA, por F. Strachovsky

Esta graciosa obra de escultura está ejecutada con firmeza de maestro; lo cual, no impide que su autor haya obtenido del mármol duro una ingenuidad de expresion y una pastosidad de carnes verdaderamente infantiles. Con mucha dificultad puede el grabado reproducir un trabajo escultórico de suerte que pueda apreciarse algo más que el contorno: sin embargo, en nuestro busto cabe penetrar algo y áun bastante en el pensamiento del artista, cuyo trabajo puede calificarse de verdaderamente delicioso.

LA PRUEBA DE LA COLA

El autor ha reproducido una escena doméstica, cuya exactitud puede apreciar cualquiera que haya tenido hijas de siete y ocho años. La más constante preocupacion de la niña es ser mujer; y de aquí la generalizada tendencia á disfrazarse con los vestidos de mamá ó de sus hermanas mayores. El traje que barre la alfombra, la cola propiamente dicha, es la suprema aspiracion de la aspirante á polla.

La escena doméstica á que esto da lugar, ha sido interpretada con buen gusto por el autor de este cuadro, que ha dado á sus figuras un tinte de ingenuidad verdaderamente propio del asunto.

FLOR DE AZAHAR

IDILIO

Al diablo no se le ocurre otra. El nuevo propietario ha demolido la casita blanca, ha plantado chumberas en todo el circuito, y sólo ha dejado un naranjo, el naranjo grande y ñudoso, aquel que se erguia entre todos los otros, como un gladiador de gran estatura, que abre las piernas y los brazos para resistir valientemente al situario que le ataca con malas artes.

Ya aquella huerta no es lo que era. El arco apuntado de la fachada que miraba al rio, el sencillo ajimez que se abria encima, el terradillo lleno de macetas y adornado de canalones salientes y estrechos como los de las casas judías del barrio de Santa Cruz de Sevilla, han rodado por tierra; parece que se los ha tragado el Guadaira en cuyas aguas se reflejaron tanto tiempo.

Como aquella casita, rodarán muy pronto los torreones del castillo que corona la altura y bajo cuyos cimientos se arrastra el ferro-carril como un gran dragon empenachado y verdinegro. ¿Resistirá el paisaje? ¿Vendrá de nuevo el barreno á hacer saltar las rocas, á abrir nuevas madrigueras á los monstruos del progreso y á poner como la palma de la mano aquellas pintorescas alturas? Es muy posible, pero aun así recordaré yo el naranjal del Guadaira, vestido aún, en mi imaginacion, de azahares, mirándose en las ondas del rio, cerca de la casita morisca con su sencillo ajimez y su arco apuntado.

En lo hondo, más allá de la aceña, pasando las dos filas de álamos blancos que costean el rio por aquella parte, estaba el pradillo bordado de flores donde yo solia pasear todas las tardes. La primera vez que la ví, era la hora del crepúsculo; los vencejos y las golondrinas vadeaban la azuda mojándose las alas en el agua que caia como una cascada tranquila por el plano inclinado y volvian al alero del molino burlándose con agudos gritos de las trovas de los ruiseñores.

Con las piernas desnudas, la falda azul plegada airosamente, el pañolillo de sandía atado atrás con un gracioso ñudo, y el pelo recogido en haz sobre su frente limpia y serena, halléla en la senda de los álamos, haciendo provision de hierbas y florecillas de varias especies y colores.

Díle las buenas tardes, y ella me contestó con amabilidad extrema. Miré los piés delicados y pequeños, como dos hojas de rosa, y al preguntarle por qué andaba descalza, díjome que por tener el gusto de pasear por la azuda sin peligro de caer al agua. Supe que se llamaba María Flor, aunque por Flor de Azahar la conocia todo el mundo; que era hija del molinero que vivia al lado en la casita del ajimez y que habia cumplido aquel mismo dia diez y seis años.

Aun conservo en la memoria las líneas de aquel rostro oval y primoroso, los trazos de aquel cuerpo torneado como una columna salomónica y correcto como el de las estatuitas de plata de Benvenutto Cellini. De pequeña estatura, pero de proporcionadas partes, era como esos dijes de marfil que se ofrecen en los templos de la India, como esos costosos juguetes de sándalo y nácar, hechos para entretenimiento de los reyes.

Yo estudiaba entónces historia natural, y solia salir á caza de larvas y mariposas todas las tardes. Las huertas de Alcalá de Guadaira eran mi cuotidiano campo de operaciones, y aunque algunas veces pasaba la tarde en una de aquellas albarranas ó torres de homenaje que han sido socavadas por el gran túnel y que el ferro-carril se pone diariamente por montera, preferia, sin embargo, el bajo de los molinos y el naranjal de la casita del ajimez que se miraba en el rio.

María Flor se habia acostumbrado á verme vagar por entre los árboles con el libro abierto y solia atreverse á cerrarme el paso.—¿Qué hace V.?—me dijo un dia, notando que contemplaba con fijeza el lucero de la tarde, semejante á una pupila de plata que se abria entre los cortinajes del cielo.

Yo le contesté que miraba aquel otro mundo donde la vida podria ser más grata que en la tierra, y ella, que jamás habia imaginado tal cosa, me preguntó sonriendo, cómo era posible que hubiese más mundos que este en que habitamos y para el cual se habian hecho el sol, la luna y las estrellas.

Recuerdo que llamé á Fontenelle y á Flammarion en mi auxilio y procuré iniciarla en los misterios de la pluralidad de mundos y existencias del alma.

—¡Oye, María Flor!—la dije, estrechando entre las mias una de aquellas manos menudas, levemente ásperas por el continuo contacto de la harina polvorienta,—los que se aman, se buscan, despues de la muerte, por la senda de los espíritus, que es esa faja blanquecina que empieza á destacarse en el azul y que los campesinos conocen con el nombre de *el camino de Santiago.* Una vez mecidos en la misma nube, bañados por el mismo éter, y solicitados por el mismo centro, van á renacer en alguno de esos astros brillantes que bordan la bóveda celeste. En el seno de la constelacion de Andrómeda, hay una estrella grata á los amantes; estas florestas comparadas con aquellas son una sombra de verdura y un remedo de luz, porque allí solamente brillan en toda su plenitud la luz y las flores. Las miserias de la vida terrena no existen en aquellos valles, como en estas campiñas; un solo racimo de sus vides ó una sola naranja de sus huertos templan para siempre el hambre y la sed.

—Pues ¿qué se hace allí si no hay que moler trigo?—díjome María Flor, como encantada por el relato de tales prodigios.

—¡Amar!—repliqué yo, lacónicamente, miéntras que buscaba en vano entre las constelaciones, alguna que brillara tanto como aquellos ojos, limpios y grandes, en los que habia voluptuosas promesas é incomprensibles claridades.

Mi respuesta la dejó perpleja, y se contentó con entreabrir sus labios encendidos como guindas y mover la cabeza hácia uno y otro lado expresivamente.

—¡Qué! ¿no me crees, María Flor?—añadí yo acercando mi boca á su oido, para que el viento indiscreto no se llevase una sola palabra de lo que iba á decirle.—Cuando dos se aman verdaderamente, nacen á nuevas vidas y no se separan jamás. ¿Ves aquel túnel que pasa por debajo del castillo? Esa es la imágen de la tumba. La tiniebla es la fosa, el wagon es el féretro: cuando se pasa el túnel el viajero vuelve á ver las márgenes del Guadaira; cuando se sale del ataud, las almas vuelven á hallar las encantadas planicies del cielo.

Miéntras hablábamos, anochecia. Se vestia de sombras la tierra y de astros el firmamento.—¡María Flor! ¡María Flor! -dijo una voz entre los naranjales. Ella huyó como una cervatilla y yo quedé como clavado en el mismo sitio. Perseo y Andrómeda brillaban sobre mi cabeza.

A la tarde siguiente no la hallé pasando la azuda, cruzando el naranjal ni asomada al ajimez de la casita del arco apuntado.—¿Habeis visto á María Flor?—pregunté á un antiguo servidor del molino cuyo asno hacia resonar acompasadamente la campanilla por el sendero de los álamos.—¡Está enferma!—respondióme el buen hombre continuando su ruta, á mujeriegas sobre los costales.

Confieso que me entristeció la noticia. Sin que entre nosotros hubiese habido más correspondencias que las que la casualidad habia proporcionado, tenia yo cuidados por aquella niña tierna y melancólica que pasaba la vida cortando flores y viendo correr el agua del molino. Dos tardes la esperé sentado en la misma piedra, y como la esperé en vano, decidíme á penetrar en la huerta con cualquier pretexto. Era mi dulce amiga: ¿qué mal habia en ello?

Fuéme propicia la suerte. Cuando yo daba vista á la huerta, ella venia hácia el molino; más bella y melancólica que nunca, con su falda azul y su delantalillo blanco como la espuma.

—¡Adios, María Flor!—le dije cerrándole el paso.—¿Qué tienes? ¿Por qué no has salido estos dias? ¿qué enfermedad te aqueja?...

No me respondió. Bajó los ojos y quiso seguir su camino; yo cometí la imprudencia de detenerla por la falda y ella se llevó el delantal á los ojos, queriendo ocultarme una lágrima que fué á caer temblando sobre los ramos pintados de su pañuelo.

Insistí y se puso séria, muy séria.—¡Déjeme V., caballero!—dijo volviendo el rostro y enjugando sus lágrimas;—todas esas mentiras que me ha contado me han puesto mala y me han quitado el sueño!

Mi sorpresa no tuvo límites con tan enigmática respuesta y procuré que me escuchase tomando á Dios por testigo de la rectitud de mis intenciones. Vino al cabo á mí, como otras tardes, y sentándonos cerca del naranjal, que estaba en flor y perfumaba el ambiente, me contó lo que le habia pasado.

Yendo á confesarse al dia siguiente de nuestro encuentro, y manifestando al padre cura sus deseos de vagar de mundo en mundo, *como de flor en flor vaga la abeja*, el bueno del eclesiástico, montando en santa cólera, *le habia echado el gato*, como suele decirse.

—Acuérdate de lo que profetiza San Juan en su misterioso Apocalipsis. «Se abrirá el sexto sello y al punto se sentirá una gran tormenta, y el sol se pondrá negro como un saco de cilicio y la luna se volverá toda bermeja como sangre.

»Y las estrellas caerán sobre la tierra á la manera que una higuera sacudida de recio viento deja caer sus brevas.

»Y el cielo desaparecerá como un libro que es arrollado y todos los montes y las islas serán movidos de sus lugares.»

Yo quise convencer á la apesadumbrada niña de que las visiones apocalípticas eran tan sólo formas simbólicas de intuiciones más ó ménos atrevidas, asegurándole que el santo varon que la confesara no habia cuidado de armonizar el espíritu bíblico con las conquistas de la ciencia para que la palabra de vida y verdad hablase á las generaciones presentes como á las que pasaron; pero todo

fué en vano.—Dime, María Flor,—le dije con cierto fuego impropio de tan trascendentales elucubraciones,—¿crees tú que esos astros que se besan todas las noches, que esos luceros que jamás se separan, que esos cometas que vuelven sin cesar al sol, que esa luna que sigue á la tierra como á eterna compañera, pueden dejar de mezclar sus besos y sus rayos porque así lo traduzca tu confesor el padre Pedro?

María Flor clavó en mí sus grandes ojos brillantes y limpios, como las estrellas del tahalí de Orion, y permaneció silenciosa á mi lado.

Yo proseguí mi discurso, probándole que el espíritu no podia permanecer en la inaccion por ser una parte de Dios mismo, que es todo actividad y vida, y haciéndole notar que el concierto de los mundos es el recreo del Creador, quien los sembró en el éter como ejemplo de su poder y rúbricas de su gloria.

—¿Y porqué no me lo dijo así el señor cura? –repuso María Flor, deshojando lentamente una margarita cuyas hojas se llevaba el aire.

Engolfados en estos diálogos, no advertimos que la atmósfera se enrarecia y que el sol se habia ocultado tras un monton de nubes pardas y densas; el viento azotaba los álamos del sendero y el leve zig-zag de los relámpagos rasgaba el último límite del celaje que ya estaba compacto y plomizo.

—¡Hay tormenta...!—díjome María Flor;—dejemos el abrigo de estos árboles grandes, que llaman el rayo, y vámonos al naranjal á buscar reparo contra la llovizna.

Yo la seguí sin hablar palabra. La vista del naranjal, tan verde, tan compacto, tan hermoso; semejante á un palacio de cristal verde cuyas bóvedas estaban sembradas de blancas estrellas, me hizo olvidar el color plomizo del horizonte y los relámpagos intempestivos. Nos sentamos sobre la tierra húmeda, al pié de uno de esos árboles llamados de las Hespérides que producen todavía flores de plata y frutos de oro. Los nublados corrian entre tanto sobre nuestras cabezas y un trueno lejano, semejante á una descarga de fusilería, fué á repercutir de extraño modo en el torreon cuadrado que se asoma sobre la pendiente.

—¿Tienes miedo?—pregunté á María Flor, que se acercaba á mí, trémula como aquellas florecillas blancas que el viento azotaba con pertinaz insistencia.

—Sí, señor, tengo miedo!... he visto pasar en una nube el ángel de que me hablaba el padre Pedro, en su caballo pálido, desgreñado y con la túnica suelta.

—¡Te engañas!—repliquéla ciñendo atrevidamente su talle con mis manos calenturientas, –es el ángel del amor que extiende sobre nosotros sus alas de fuego!...

—¡Oh, no, no!—respondió la niña,—es el ángel del fin del mundo, tiembla la tierra, se mueven las estrellas... ten piedad de mí!...

Cerró los ojos espantada y volvió á abrirlos temerosamente. Habíase arrancado en un rapto histérico el pañuelo que cubria su cuello de cisne y dejaba al descubierto el arranque del seno, más blanco y más fino que los ramos de azahares que se hallaban colgados sobre nosotros.

Un nuevo relámpago más intenso, más horroroso, rasgó el negro celaje, y un trueno sordo, prolongado, espeluznante, retumbó en mis oidos. María Flor se estremeció convulsivamente entre mis brazos y al ver caer sobre nuestras cabezas una lluvia de flores de azahar que arrancó el viento y que penetraron por el escote abierto de su justillo, bordando su pecho, exclamó, quedando despues fria é inmóvil como una estatua:

—¡Mirad, mirad, ya caen sobre nosotros las estrellas, ya se han cumplido las profecías; ya no despertaremos más!...

Yo no pude darme cuenta de lo que pasaba; una chispa eléctrica habia descalabrado el torreon gigante que se alzaba á lo léjos, y presa, tambien, á mi pesar, de las extrañas imaginaciones de María Flor, creí por un momento que me envolvia el cáos y que cada grupo de aquellas estrellas aromáticas que bordaban nuestras ropas eran otras tantas constelaciones que habian rodado hasta la superficie de la tierra perdiendo con el trayecto sus gigantescos diámetros y quedando reducidas á microscópicas flores de naranjo.

Pronto me repuse de tan extraña alucinacion y pude posesionarme de mí mismo. El cielo se serenó poco á poco, las nubes se separaron dejando sobre el naranjal un gran resquicio azul por donde asomaron los rayos suaves del sol que caminaba al ocaso y María Flor abrió los ojos dulcemente como si despertara de un sueño.

—¿Dónde estoy?—preguntó cerrando instintivamente los broches de su justillo y sacudiendo las florecillas que se hallaban revueltas en su falda perfumándola y humedeciéndola con sus hojas.

—¡En mis brazos!—exclamé yo, sellando con un beso aquella boca fresca, roja y entreabierta como una granada.

—¡Ah, sí!...—contestóme sonriendo y abandonándose sin esfuerzo á mis caricias,—¡tienes razon, hemos nacido á la vida de algun nuevo mundo! ¡No puede haber tanta felicidad sobre la tierra!

BENITO MÁS Y PRAT

LOS TERTULIANOS DE LA REBOTICA

FOTOGRAFÍAS DE LA ALDEA

La accion tiene lugar en un pueblo de Castilla la Nueva; el nombre no hace al caso, todos tienen idéntica fisonomía: la familia feliz, los que no trabajan, los que viven envueltos en la raida capa de su hidalguía, los que se llaman ricos porque poseen una casa solariega acribillada de goteras y unas cuantas fanegas de tierra de *pan llevar;* los que alimentan el cuerpo con el prosaico cocido y el espíritu con la murmuracion; los que pasan la vida representando, al sol en invierno y á la sombra en verano, el papel de *Corregidores de Almagro,* mezclándose en todo aquello que no les importa, son *gemelos* y consanguíneos en todas las aldeas, y, ¡oh debilidad humana! generalmente sus afiladas lenguas cortan, rajan y despedazan á todos los que valen más que ellos.

Una botica en un pueblo tiene algo de periódico de oposicion; todos los actos se comentan por la parte más desconsoladora; y no es esto decir que los boticarios sean murmuradores: líbreme Dios de adornar á tan benemérita clase de defectos morales que indudablemente no poseen; porque, sabido es que un boticario de un pueblo no puede imponer á sus contertulios la conversacion que han de seguir miéntras matan el tiempo en la rebotica, esperando la clásica hora de los garbanzos.

Por una casualidad, extraña si se quiere, el boticario de A... era el primer murmurador del pueblo; pero sabido es que un individuo no forma clase, y esto debe tranquilizar á todos los farmacéuticos habidos y por haber.

La botica se hallaba situada en los soportales de la plaza de la Constitucion.

El sitio no podia ser ni más céntrico ni más cómodo para toda esa caterva de estacionarios desocupados que tanto abundan en los pueblos, y que viven sin sospechar que les coge desde el cogote á los *tendones de Aquíles* la ley de vagos de Gonzalez Brabo.

En cuanto á la plaza de A... era como todas las plazas de los lugares de Castilla; arquitectura clásica puramente española, con reminiscencias de convento y pretensiones de plaza de toros.

Entre los tertulianos de la botica podia formarse un congreso que representara todos los partidos políticos que devoran á España. Don Celso del Rosario era ultramontano: colgaba su capa en el mismo clavo que la habia colgado su abuelo. Don Próspero Esperanza, progresista; su santo favorito era Espartero; la melodía de su alma el himno de Riego. Don Próspero estaba siempre dispuesto á fundir las campanas para hacer cuartos, y don Celso á fundir los cuartos para hacer campanas. De esta incompatibilidad de ideas políticas, surgia muchas veces el rayo, pero un rayo inofensivo, como los de las comedias de magia.

El médico titular del pueblo se llamaba don Valentin Adelantado; era republicano, materialista puro, adorador de Voltaire y Volney y vivia con la esperanza de que un *noventa y tres* purificara la corrupcion política de España.

Cuando la gente de ideas avanzadas manifestaba temores de que volvieran á restablecerse los conventos de frailes, el médico se reia *con toda la boca,* y contestaba:

—Mejor: hay pocos frailes; yo de cada uno haria dos para que hubiese más.

Los progresistas del pueblo á veces se indignaban con el médico, porque siendo republicano miraba con tanta indiferencia el restablecimiento de los conventos, y el médico entónces les contestaba, riéndose siempre:

—Duerman Vds. tranquilos; el mundo marcha, el hombre camina hácia el progreso á pasos de gigante; la época de los conventos y las escopetas de chispa ha pasado para no volver nunca.

Los tertulianos de la botica eran, como la generalidad de los españoles, indiferentes; lo mismo les importaba cantar *la pitita* que *el trágala;* y si tenian alguna predileccion por éste ú el otro sistema político, procuraban ocultarla en lo más recóndito de sus almas; eran adoradores del dios *Éxito,* acataban los hechos consumados sin protestar, y de este modo vivian en perfecto acuerdo con los *negros* y con los *blancos,* sistema higiénico que prolonga la vida y evita muchos disgustos.

A pesar de esto, cuando llegaban las elecciones acudian á depositar su sufragio á favor del candidato del gobierno, fuera *absolutista, conservador* ó *republicano;* formaban parte de esa gran masa electoral que se inclina siempre del lado del gobierno constituido, temiendo que lo que venga detrás sea peor, como si en España fuera posible un gobierno *peor.*

Además, honrados patricios de sangre tibia y ancha conciencia política, sabian muy bien que un diputado ministerial puede hacer más por sus electores que un diputado de oposicion, y siempre es bueno tener un padrino en Madrid por lo que pueda ocurrir.

Hemos dejado para el último al tertuliano de la botica de carácter más enérgico, de colores más vivos. Era este don Alejandro Seco, capitan retirado, de sesenta y tres años de edad, de estatura regular, nariz aguileña, bigote poblado y blanco, pómulos salientes; ojos pequeños, pardos, vivos y de una movilidad vertiginosa; dentadura irreprochable, fuerte y unida y muy capaz de triturar la nuez más resistente; pelo espeso, blanco, cortado á rape, fenómeno de aquella naturaleza compuesta de un manojo de nervios; con cuarenta y cuatro años de servicio, dia por dia, y veintidos de *abonos;* de manera que habia servido á la patria desde un año ántes de nacer.

El capitan Seco habia hecho toda la campaña de los *siete años* en el Maestrazgo, Aragon y Cataluña; habia perseguido á los *centralistas* el *cuarenta y tres,* á los carlistas y republicanos el *cuarenta y ocho;* habia estado en África, y á pesar de tantas cuchilladas, tantas noches al raso y tantos peligros, con más de cien acciones de guerra en su hoja de servicios y una docena de cruces en el pecho de su uniforme, se habia retirado de capitan á los sesenta y tres años de edad.

Esta mala suerte, esta postergacion de su carrera, habia agriado superlativamente su carácter; de modo que el capitan Seco era uno de esos hombres para quienes el perpetuo gruñido es un desahogo de la bilis; mordia, arañaba hasta durmiendo. Afortunadamente no tenia hijos, y su mujer era modesta y hacendosa.

El capitan Seco estaba siempre suscrito al periódico de oposicion más rabiosa al gobierno, y pasaba la vida soltando por aquella boca sapos y culebras, metrallazos y balas rojas.

Descritos á la ligera los caracteres de los tertulianos de la botica, entremos en la farmacia.

La accion comienza á las once y media de una mañana del mes de setiembre.

Todo el mundo llevaba unas tijeras dispuestas *á cortar un sayo,* moralmente se entiende, á la perfectibilidad misma.

—¿No saben Vds. la última, señores?—dijo el boticario dirigiendo una mirada universal á sus contertulios.

—Vaya, suéltela V.;—contestó el neo-católico, siempre dispuesto á enterarse de lo que no le importaba.

—Pues la *perlita* del pueblo, el abogado *in utroque,* el sabio en miniatura, el ministro en ciernes, don Pepito, está resuelto á marcharse á Madrid. Dice que la estrechez de este pueblo le ahoga; dice que es el más sabio del lugar y que necesita vivir en otra esfera más ancha para extender el vuelo de su prodigiosa imaginacion.

Aquí, unos soltaron la carcajada, otros prorumpieron en ruidosas exclamaciones; porque, como Pepito no habia querido nunca pertenecer á la reunion de la botica, tenia pocos partidarios.

—La verdad es, señores, que el chico tiene ambicion y no es tonto,—dijo el médico.

—Pues con esas condiciones, si no le faltan padrinos en Madrid, verán Vds. como ese mequetrefe llega á ministro,—añadió el capitan Seco.

—O á obispo,—añadió el *tradicionalista.*

—Pues mire V., más fácil es llegar á obispo que á general, porque el clero no tiene escalafon cerrado.

—Usted siempre respira por la herida, mi querido capitan,—repuso el médico.

—Pues es claro, como que la tengo abierta y manando sangre,—contestó Seco.—Pero yo les aseguro á Vds. que si volviera á nacer, no me sucederia lo que me ha sucedido; no seria tan tonto, me iria siempre con el sol que más calentara; seria político, que es lo único que puede serse en España; *cambiaria de casaca,* me pronunciaria siempre que hubiera ocasion, y no me veria como me veo, retirado á los sesenta y tres años de edad, sin faltarme un pelo (y se dió un cachete en la cabeza), sin faltarme un diente (y se dió otro en la boca); esto clama al cielo.

—La verdad es que la patria se ha mostrado ingrata con V.,—dijo el médico con cierta socarronería.

—¡La patria!... ¡la patria!... la patria no se mete en nada. La patria en España es propiedad de unos cuantos muñidores que la explotan en provecho propio,—repuso el capitan.

—Confiesen Vds. que los partidos liberales son tan ingratos como injustos con sus parciales. No le sucede eso á mi comunidad política, que todos nos protegemos como Dios manda,—añadió el partidario de las *cadenas.*

—Vamos, ya sacó la oreja don Celso,—repuso el progresista.

—Sí; yo saco la oreja, pero Vds., los liberales, meten la pata, y son Vds. como el aire solano, que agosta todo lo que toca.

—Mire V., don Celso; yo estoy convencido de que ustedes tienen mucha madera en el cráneo, y para meterles una idea de *progreso* se necesita martillo y escoplo.

—Y áun así,—añadió el médico riéndose,—seria posible que no pudiera V. acabar de meterla del todo.

—Ni con veinte martillos ni cuarenta escoplos me meten á mí en la cabeza las ideas que yo no quiero que entren,—contestó, malhumorado, el *tradicionalista.*—¡Progreso!... ¡progreso!... ¡sufragio universal!... ¡ferro-carriles!... ¡telégrafo eléctrico!... ¿para qué sirve todo eso?... para sacarnos los cuartos, para pervertirnos, para aumentar las contribuciones; porque yo supongo que ustedes no me negarán que hoy pagamos en el pueblo veintitantos mil duros de contribucion, y en tiempo del amado é inolvidable rey Fernando VII pagaban nuestros padres diez y siete mil reales, y, señores, obras son amores y no buenas razones; y aunque el médico vaya diciendo por ahí que yo soy de los vecinos del pueblo más *arrimaditos á la cola...*

—Oiga V., don Celso; eso es una calumnia.

—Pero hombre, ¿quién hace caso de las calumnias? sobre todo en la rebotica de mi farmacia,—dijo el boticario, que se complacia en engrescar á sus contertulios.

—No hay que interrumpir al orador,—exclamó el progresista;—déjenle Vds. que *desembuche* el saco de sus antiguallas, que no han de faltarnos luégo razones para destruir todos sus argumentos.

—Pues mire V., yo creo que ni los siete sabios de Grecia con Salomon á la cabeza, tendrian bastante elocuencia para que don Celso *se apeara de su burro,*—añadió riéndose el médico.

—Sí, sí; yo no me *apearé de mi burro,*—contestó malhumorado don Celso,—pero Vds. no echan abajo mis argumentos.

—Pero hombre, ¿qué argumentos ni qué calabazas son los de V.?—añadió el progresista.

—Señor don Celso,—repuso el médico;—yo supon-



LA CAZA DEL JABALI, cuadro por L. Beckmann



PRIMULA VERIS, cuadro por C. Hoff

go que V. sabrá de memoria la doctrina del padre Ripalda.

—¡Pues no faltaba más que no la supiera!...

—Entónces debe V. recordar aquello de: *contra esos siete vicios hay siete virtudes.*

—Y ¿qué tiene que ver la doctrina con el aumento de la contribucion?

—¡Pues no ha de tener que ver!...—contestó siempre en el tono de burla el médico,—deduciendo las cosas se llega siempre á donde se quiere.

—Pues amigo mio, no entiendo una palabra de lo que usted dice.

—Lo siento mucho por V.; pero la cosa me parece á mí muy clara.

—Pues á mí muy turbia.

—Eso es porque V. vive envuelto en las sombras del oscurantismo, y yo iluminado por el sol de la democracia.

—Volvamos al punto de partida,—dijo el progresista.

—Sí, sí; al aumento de la contribucion,—dijo el neo.

—Yo he dicho,—añadió el médico,—que contra los siete vicios hay siete virtudes y esas virtudes que nivelan el vicio de las contribuciones, son las ventajas que disfrutan los pueblos con los ferrocarriles, el telégrafo eléctrico y todas esas innovaciones que horrorizan y espantan á don Celso. En aquel tiempo, que él envidia y que este pueblo pagaba diez y siete mil reales de contribucion sin contar el diezmo, las primicias, la recoleccion forzosa de los conventos, los censos, las capellanías, las cargas de justicia, muchas contribuciones pequeñas que empobrecian á los pueblos, la propiedad apénas tenia valor y los cosecheros se veian precisados á dar sus frutos poco ménos que de balde. Para ir á Madrid era preciso confesarse y dejarse robar tres veces durante el camino; los frailes se comian las mejores tajadas de nuestras casas, etcétera, etc.

—¿De modo que V. cree que estamos perfectamente bien?—exclamó colérico el neo católico

—Yo creo firmemente que, porque esa es la verdad, hoy estamos mucho mejor que ayer, y que mañana estaremos mucho mejor que hoy, porque el hombre camina hácia su perfectibilidad á pasos de gigante.

—Y hácia el progreso, que es la marcha natural de la civilizacion,—exclamó el progresista.

—Sí; medrados estamos con los progresistas,—añadió el *reaccionario.*

—Diga V. con todos los gobiernos, porque todos son peores,—dijo á su vez el capitan.

—Poco á poco; del mio no se puede hablar, porque no ha gobernado,—añadió don Celso.

—¿Que no?—repuso el médico:—para muestra basta un boton. Lea V. la historia y ella le recordará aquel ominoso tiempo en que los de V. hacian comer pedazos de piedra de la Constitucion á los liberales, y despues de darse hipócritas golpes de pecho en la iglesia, se complacian en tirarles de las piernas á los ahorcados que morian por haber dado vivas á la libertad y al progreso.

El boticario, comprendiendo que la discusion iba tomando mal carácter, y con el objeto de desviarla de tan peligroso curso, exclamó:

—Señores, señores; dirijan Vds. las miradas hácia la plaza, y verán pasar al filósofo en miniatura, al Demóstenes de la aldea, al ministro en ciernes, al nunca bien ponderado don Pepito, cuyas aspiraciones dejan tamañito al mismo don Rodrigo, marqués de Siete Iglesias.

—¡Qué botarate!

—Diga V. qué orgulloso.

—¡Y qué soberbio!

—Y lleva un libro en la mano.

—Eso es para darse importancia.

—El mejor amigo del hombre es un libro,—dijo á su vez el médico,—y el peor enemigo un desocupado.

—Pues yo digo que el mejor amigo es un duro;—añadió el neo-católico.

—Despues de Dios, se entiende,—repuso el médico riéndose.

—¡Por supuesto! .. Dios está sobre todas las cosas,—añadió hipócritamente don Celso.

En aquel momento, el reloj de la botica dió doce campanadas. Aquel eco de metal recordó á los dormidos estómagos que habia llegado la hora de los *garbanzos.*

Los tertulianos del farmacéutico fueron desfilando de la botica, en donde debian reunirse á las seis de la tarde para *despellejar* al prójimo, segun su habitual y pacífica costumbre.

EPÍLOGO

Trascurrieron doce años. Los tertulianos de la rebotica eran los mismos, aunque un poco más envejecidos y mucho más murmuradores; casi todos ellos llevaban el mismo sombrero y la misma capa; no habian adelantado un paso en el camino del *progreso* y de la prosperidad; pero en cambio, ¡cuántas horas de dulce indolencia, de inefable pereza habian pasado tomando el sol en invierno y la sombra en verano!

Un dia corrió la noticia por el pueblo de que el excelentísimo señor don José, es decir, aquel don Pepito de otros tiempos, que no era tertuliano de la rebotica y que paseaba siempre solo con un libro en la mano sin murmurar de nadie, que aquel *chisgaravís* tan criticado, iba á llegar, y ¡oh, asombro de los asombros! el ayuntamiento en masa, el clero, los trabajadores de la vía férrea, todos, en fin, ménos los contertulianos del boticario, estaban citados en la estacion, para hacerle un gran recibimiento y se habia dado la órden de que al llegar el tren, se echaran las campanas á vuelo y se dispararan unas cuantas docenas de cohetes *voladores.*

Sin embargo, en la rebotica los desocupados se hallaban reunidos comentando el hecho y dejando asomar á sus maldicientes labios la asquerosa baba de la envidia.

—Esto es insoportable, esto no sucede más que en estos tiempos,—gritaba el *absolutista* como un energúmeno;—mañana verán Vds. pavonearse por las calles del pueblo á don Pepito, á ese *chisgaravís* á quien la fortuna loca ha convertido nada ménos que en el excelentísimo señor don José.

—Pero vamos á ver, ¿qué ha hecho don Pepito?—preguntó el capitan Seco, agitando las mandíbulas como el que se dispone á morder.

—Pues nada,—repuso el *reaccionario.*—Don Pepito llegó á Madrid y abrió su bufete; don Pepito se dedicó á la política, y á fuerza de intrigas y cabildeos salió elegido diputado; don Pepito se puso á charlar sin ton ni són, como un loro, en las córtes, y en recompensa de su *palabrería* le nombraron subsecretario; y poco despues, aprovechando una crísis parcial, fué elevado nada ménos que á la categoría de ministro de Fomento; luégo don Pepito quiso *darse lustre* en el pueblo, y mendigando por la derecha y pordioseando por la izquierda, consiguió una cantidad para traer las aguas y hacer tres fuentes, que maldita la falta que nos hacian, como no les hicieron falta á nuestros abuelos que vivieron sanos y robustos sin ellas. Despues mandó otra cantidad para restaurar la iglesia, componer los caminos y hacer un lavadero público: total nada, nada de provecho; y sin embargo, mañana cuando llegue el excelentísimo señor don José, habrá vuelo de campanas, cohetes por el aire, vivas entusiastas, como si fuera álguien, como si se tratara de la llegada al pueblo del obispo de la diócesis ó de algun príncipe de la familia real; porque despues de todo, vamos á ver, señores, ¿qué ha hecho don Pepito para que se arme este escándalo y se interrumpa nuestra pacífica existencia?

—Nada absolutamente,—exclamaron á coro todos los tertulianos ménos el médico, que colocando una mano sobre la espalda del neo católico, dijo:

—Amigo don Celso; lo que ha hecho el excelentísimo señor don José es precisamente lo que no ha hecho en su vida ninguno de Vds.: trabajar sin cuidarse del prójimo, ser perseverante, aplicado, hombre útil, y no poner nunca en accion un refran muy aplicable á la mayoría de los españoles, y que asegura que, *cuidados ajenos matan al asno.*

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

PILAR

Lector, ¿conoces á Pilar?

Seguramente me contestarás que no y seguramente faltarás á la verdad si lo dices: yo sé que la conoces.

Prescinde de su tez morena y aterciopelada; olvídate de aquellos ojos grandes y rasgados, negros como la noche y claros como el dia á un mismo tiempo; no te fijes en sus cabellos de azabache que en abundante cascada bajan á besar aquellos piés inverosímiles á fuerza de pequeños; no pienses, en fin, en su arrogante esbeltez ni en sus formas esculturales, y Pilar seguirá siendo conocida para tí.

Tú habrás soñado alguna vez, tú habrás visto en tus delirios, más ó ménos frecuentes, de poeta,—porque de esto, segun dice el refran, todos tenemos un poco—á la mujer de tus sueños, á ese ideal, viva encarnacion de tus ilusiones, que todos tenemos, que todos perseguimos, que todos adoramos, adornándola cada cual de cuantos encantos le sugiere su imaginacion, con un alma ardiente y apasionada que parece como que pugna por escaparse de sus ojos... ¿Verdad que sí, querido lector? Pues esa es Pilar; por eso te dije, hace poco, que la conocias.

Pilar era, mejor dicho, Pilar es una de esas mujeres que, aun viéndolas, parece que se sueñan; de tan irresistible hermosura que áun el más exigente en cuestion de belleza, exclamaria al verla por primera vez:—¡hé aquí la mujer de mis sueños!

Ahora, y despues de descrita, aunque á grandes rasgos, la figura de nuestra heroína, tú querrás saber algo, amable lector, acerca del dueño de tan precioso tesoro, porque para tí será cosa segura que tal dechado de perfecciones ha de tener algun gallardo doncel que rinda culto de amor á su belleza.

Y este es el primer desengaño que ha de proporcionarte la lectura de este cuento.

Pilar tenia diez y nueve años, y sin embargo, el amor aún no habia llamado á las puertas de aquella alma nacida para amar y encerrada en la cárcel de sus hechizos. Dormido su corazon, no sospechaba que pronto habian de despertarlo los latidos de una pasion, que siempre llega, más avasalladora cuanto más tardía; y sus negros ojos, siempre abiertos para los horizontes del mundo, aún no se habian cerrado para mirar á su interior y buscar en su alma perspectivas más grandes y espacios más dilatados.

¡Ah! la montaña más alta á cuyos piés ruge el mar imponente y bravío, con su manto de olas azotado por la tempestad, sin más límite que el cielo, será pequeña para los ojos humanos que al cerrarse, busquen en su alma, alumbrada por un rayo de amor, más luz, más espacio, más horizonte.

Esto no es decir que Pilar no hubiese escuchado ninguna declaracion de amor. Más de mil se lo juraron á sus plantas y muchos se creyeron correspondidos.

Todos se disputaban la dicha de ser el preferido y tan alto tasaban el precio de sus favores que sé de un duque, un banquero, dos marqueses y varios jóvenes, cuyos pingües patrimonios naufragaron en el revuelto mar de los placeres con que pretendian deslumbrarla.

Pilar era el ídolo de la moda.

Y sin embargo, su corazon dormia. La vanidad y el vicio lo aletargaron.

Cercada de adoradores, aún no habia prendido en su alma la chispa del amor.

II

Ricardo,—ya pareció aquello, lector querido,—tenia veinticinco años.

No haré su descripcion por salirme de la costumbre establecida en estos casos.

Sólo diré que era rico; que la varonil hermosura de su rostro se hermanaba perfectamente con su arrogante estatura, y que bastaba ver sus negros ojos para adivinar en sus miradas los destellos de un alma de artista.

La fama de Pilar habia llegado á sus oidos y sin embargo jamás habia sentido deseos de conocerla.

Hombre superior al vulgo de los hombres, despreciaba esas caricias venales que satisfacen la vanidad de algunos, á quienes sólo la riqueza abre camino para llegar al corazon de la mujer querida.

No quiero hacer inútiles digresiones ántes de decir lo que el lector habrá supuesto, y habrá supuesto muy bien.

Pilar y Ricardo se encontraron al fin. ¿Dónde? Es igual para el caso. Baste decir que se encontraron.

Ver á Pilar un hombre artista y apasionado como Ricardo y no sentirse atraido por tan perfecta hermosura, es imposible; verla una vez y no volverla á mirar, más imposible todavía; y como en una mirada, en ese choque de dos almas que se encuentran, en ese instante supremo que puede hacerse interminable sin que pierda su rapidez, los ojos hablan, los de Pilar y Ricardo al encontrarse se hablaron y se comprendieron, y el amor, rápido como el rayo, penetró en sus almas en un instante, como en un instante rompe el sol un manto de nubes y hiere con su luz la tierra ántes cubierta de sombras.

No hay nada que parezca en muchos casos tan inverosímil como la verdad y acaso esto, á fuerza de verdadero, parezca inverosímil á mis lectores.

El amor, el verdadero amor penetra en el alma como un relámpago, y así penetró en Ricardo el de aquella mujer que, un momento despues de verla por vez primera, era ya para él tan conocida como si á su lado hubiese trascurrido la mitad de su existencia.

Pasaron dos dias. Dos dias de irreflexion y de delirio. La imágen de Pilar flotaba constantemente ante Ricardo.

Habia vuelto á verla.

Quien nunca haya amado, quien jamás haya sentido en su alma la vibracion de ese sentimiento á la vez dolorosa y suave, querrá en vano comprender el poema de ilusiones y esperanza que se encierra en esta frase: ¡la he visto!

Pasados los primeros momentos de locura, Ricardo reflexionó.

—¿Qué es esa mujer?—se preguntó.

Y sus labios, temerosos de ofenderla, se callaron la respuesta.

Siniestra nube cruzó su frente; en vano—¡pobre náufrago del mar de la esperanza!—buscaba una tabla de salvacion para los despojos de su amor y de sus ilusiones.

Hacer su esposa á Pilar, era un delirio, una quimera; y aumentar el número de sus adoradores, ser *uno de tantos* entre la turba de sus amantes, hoy preferido, mañana olvidado, le parecia profanar el sentimiento más sagrado, más puro, más vehemente de su alma...

¿Qué hacer?

El silencio más profundo reinaba á su alrededor: miró en torno suyo, se vió solo y un hondo suspiro salió del fondo de su pecho al mismo tiempo que dos lágrimas rebeldes se escaparon de sus ojos y rodaron por sus mejillas.

Al poco rato vino á sacarle de su abatimiento una voz fresca y sonora que cantaba al pié de su balcon:

Cuando un hombre, que es muy hombre,
sus lágrimas deja ver,
allá en el fondo del alma
¡qué pena debe tener!

III

Daban las once de la noche en los relojes de la ciudad. Corria á la sazon el mes de mayo y los efluvios de la primavera embalsamaban la atmósfera despejada y tranquila.

El cielo, palpitante de estrellas, parecia tender un manto de azul y oro sobre la tierra impregnada de perfumes y alfombrada de flores, y los ruidos misteriosos de la noche semejaban suaves armonías de un himno con que la creacion entera saludaba á la estacion del amor y de la poesía.

En uno de los paseos públicos más hermosos de la corte existia entónces—y aun creo que existe hoy—una fonda, donde los amantes de la naturaleza podian gozar de sus encantos, miéntras comian ó cenaban tranquilamente.

Pálido y ensimismado, vacilante el paso, descubierta la negra cabellera que el viento acariciaba y sacudia, y los ojos fijos en el cielo como si en él buscasen la huella de una sombra cuanto más oculta más perseguida, entró un hombre en la fonda, pidió un gabinete y despues de decir

al camarero en breves palabras lo que habia de servirle, dejándose caer sobre el antepecho del abierto balcon contempló con infinita tristeza el grandioso espectáculo de aquella noche diáfana y serena.

Las ideas que en aquel momento afluyeron á la mente de Ricardo, seria imposible decirlas. Solo, sin más testigo que aquella naturaleza que parecia convidarle al amor, pensó en las dichas que perdia ántes de haberlas alcanzado, pensó en los placeres que su dignidad le negaba, pero que su alma más pretendia miéntras eran más imposibles, y ciego, loco, frenético, nombraba á Pilar; y al pronunciar ese nombre, su rostro se animaba, sus ojos se encendian, una sonrisa de inefable dulzura se dibujaba en sus labios; y en el cielo, en el aire, en el fondo de aquellas alamedas solitarias y sombrías donde los rayos de la luna, filtrándose por entre las hojas de los árboles, proyectaban mil siluetas fantásticas y mil sombras temblorosas y pálidas, veia á Pilar, más hermosa que nunca, que le tendia los brazos y le llamaba; y su amor, entónces, sacudiendo el pesado yugo de su voluntad, respondia delirante:—¡allá voy! ¡allá voy! ¡espérame!—y el eco de sus palabras se perdia silencioso en el fondo de aquellas alamedas.

En estos ó parecidos delirios hubiera permanecido nuestro protagonista durante toda la noche á no haberle sacado de su abstraccion un confuso clamoreo que le hizo volver á la realidad.

JUAN ANTONIO CAVESTANY

(Continuará)


BUSTO DE NIÑA, por J. Strachovsky

EL TIESTO DE CLAVELES

(Conclusion)

IX

Valentin, con el corazon ulcerado por el ultraje que habia recibido, corria como un loco á campo traviesa, alejándose de cuantos encontraba porque le parecia que llevaba impresa en su rostro la señal de la mano del guarda mayor. En su espíritu se libraba un terrible combate.—He sido abofeteado,—se decia,—¡y no he tomado venganza de este insulto! ¡Ah! Cármen, Cármen!

A la caida de la tarde volvió á su casa y halló á su madre en la cama. Una mujer de un caserío cercano, que entró á comprar aguardiente, la habia encontrado tendida en el suelo y privada de sentido, y despues de hacerla volver en sí, la acostó sin trabajo, porque la pobre viuda estaba como alelada. La caritativa mujer acechaba la vuelta de Valentin y le refirió el accidente y la visita de los guardas.

Cuando Paca vió á su hijo, le reconoció exclamando con ansiedad:

—¡Valentin, Valentin! ¿Estás herido?

—¿Herido yo?

—Ellos me lo han dicho.

—¿Quiénes?

—Los guardas.

—¡Los guardas! ¿cuáles?

—El guarda mayor y otro; este me ha dicho que te habias roto una pierna.

—¡Mentira, madre, mentira! Vea usted.

Y el jóven, como la mejor prueba, dió dos vueltas por la pieza con su acostumbrada agilidad.

—¡Qué malos, qué embusteros!—exclamó la viuda.—¡Cuánto me han hecho padecer!

Valentin no quiso preguntar nada á su madre por no fatigarla;pero en su interior pensaba:

—Han sido Santiago y Murviedro. ¡Dios quiera que no tenga nada que añadir á la cuenta que me deben!

Durante la noche, se declaró calentura á la enferma; ésta gritaba, llamaba á su hijo, delirando. ¡Es mentira!—decia—¡mi hijo está bueno! ¡yo soy la que moriré!

Un profundo sopor sucedió á la calentura, pero ésta volvió á declararse y ya no cesó.

Valentin corrió á buscar á un médico al arrabal de San Isidro y durante tres dias con sus noches no se separó de la enferma.

Tenia los ojos fijos, el pulso calenturiento y en aquellos tres dias no probó bocado.

En un momento lúcido Paca refirió á su hijo la visita de los guardas, sin olvidar ni un detalle ni una palabra. El jóven la escuchaba silencioso y sombrío.


LA PRUEBA DE LA COLA, cuadro por H. Cutts

Paca la viuda murió en la noche del cuarto dia.

Despues de enterrada su madre, Valentin descolgó su escopeta, cerró con llave la puerta exterior de su casa, y se alejó precipitadamente.

X

El dia 17 de agosto á las ocho de la mañana, la Casa de Campo estaba hermosísima. Al rayar el dia habia llovido, pero en el verano los chaparrones no penetran la tierra; el sol, que tiene sed, bebe la lluvia en seguida.

Los árboles acababan de lavarse. El silencio de la naturaleza inundaba el espacio, silencio compatible con los arrullos de los nidos y las palpitaciones del aire, que ondulaba en los grupos de castaños de Indias empenachados de blanco, y mecia los juncales próximos al gran estanque.

El guarda mayor apoyado en su carabina contemplaba á los cisnes que nadaban, ora virando de bordo, como barcos, ora chapuzándose la cabeza y levantando la cola como si fuesen á dar una voltereta.

Santiago tenia predileccion por aquellos palmípedos; parecíale que habia algo de regio en aquella blancura y en aquella lentitud augusta al nadar.

De repente oyó un disparo lejano, pero no dió importancia á una cosa usual á aquella hora, en la que sus compañeros cazaban las piezas destinadas á la servidumbre de Palacio, que permanecia en Madrid.

Seguia contemplando los cisnes, cuando de pronto se sintió asido por la espalda por dos brazos vigorosos, que le derribaron en tierra, y oprimido el pecho por una rodilla que pesaba sobre él.

—¡Miserable!—exclamó con voz ahogada.

—¡Silencio! ó le ahogo. Escuche usted: ántes ha sonado un tiro, le he disparado para matar á Murviedro, el cómplice de V. en el asesinato de mi madre.

—¡Oh!—murmuró el guarda haciendo esfuerzos inútiles para sustraerse á aquella presion.—¡Sorprendes á un viejo de 58 años!

—Mi madre tenia más de 60 y la habeis matado. Ahora te devuelvo tu ultraje y no te mato como á Murviedro, porque tú no profiriste aquellas palabras que han asesinado á lo que más amaba en el mundo. Toma! cuenta pagada, toma!

Y levantando la mano, imprimió en el rostro del guarda un vigoroso bofeton.

Este lanzó un rugido. Se le saltaban los ojos, la espuma blanqueaba sus labios.

Valentin se incorporó; el guarda al verse libre se puso en pié violentamente y buscó su carabina; en la sorpresa que le produjo tan inesperada acometida, no reparó en que el jóven la habia arrojado al estanque.

Se abalanzó á su enemigo con el puño cerrado; pero Valentin, no preparando sino blandiendo su escopeta, le detuvo, diciendo:

—Detente ó te deshago la cabeza. Ya nada me queda que hacer en el mundo. Espero que Dios, que lee en las conciencias, me perdonará. Voy á reunirme con mi madre.

Y dichas estas palabras se precipitó en el estanque.

XI

El guarda mayor se quedó atónito. Tantas emociones seguidas le mareaban.

Sintió ruido de gente y voces que le llamaban; un grupo de guardas y de mujeres de las familias que habitan en la Casa de Campo se aproximó á él.

—Señor Santiago,—dijo uno de ellos.—¿Sabe V. la

novedad? Se ha encontrado á Murviedro muerto de un tiro en la cabeza.

—Lo sé,—murmuró Santiago.

—Además,—repuso una mujer,—la casa de Paca la viuda está ardiendo; segun parece la han quemado intencionadamente.

—Sí,—contestó el guarda mayor,—y probablemente el incendiario acaba de ahogarse en ese estanque.

Como el cuerpo de Valentin no parecia, al dia siguiente sondaron el estanque y extrajeron del fondo el cuerpo del jóven ahogado. Al registrarle hallaron los bolsillos de la blusa que llevaba puesta, llenos de grandes guijarros.

F. MORENO GODINO

NUEVA MÁQUINA TIPOGRÁFICA DE COMPONER

Un buen cajista puede componer en diez horas de trabajo, por término medio, 12,000 caracteres de imprenta. Para simplificar este trabajo háse inventado desde 1812 una porcion de máquinas, basadas todas ellas en un mecanismo de teclas reunidas á manera de clavicórdio; pulsadas éstas por el operario, hacen salir por un tubo la letra ó signo que por un mecanismo adecuado se reunen en líneas. Sólo una de estas máquinas, la perfeccionada en Bruselas por Kastenbein en 1870, ha podido tener aplicacion útil en algunas grandes imprentas, en las cuales se compone mucho texto de un mismo carácter de letra, porque todas estas máquinas adolecen del defecto de no poder componer textos de diferentes caracteres ni que contengan estados ú otros trabajos distintos de la composicion corriente.

El ingenioso sueco Lagermann ha inventado há poco tiempo una máquina de componer basada en un principio muy distinto, y que segun las personas peritas que la han visto, supera á todas las máquinas análogas hasta hoy conocidas y resuelve el problema de la composicion y distribucion de una manera práctica y satisfactoria. Su servicio exige dos personas que componen ó distribuyen en 10 horas de trabajo 60,000 letras. El célebre profesor Nordenskjol califica á esta máquina de maravilla de ingenio y de precision.

Hé aquí una explicacion sucinta de la misma:

La máquina propiamente dicha consiste en un marco cuadrado colocado sobre un caballete doble de hierro colado. El cajista sentado delante mueve el mecanismo con el pié por medio del pedal, varilla, manubrio y volante correspondientes, pero tambien puede sustituirse la fuerza del hombre con cualquiera otra fuerza motora. El marco está provisto de una serie de ranuras en las cuales están adaptados los canales destinados á los caracteres. El volante G trasmite el movimiento por medio de una correa á la rueda más pequeña G^1 que mueve el aparato distribuidor D, miéntras otra rueda semejante colocada detrás del marco, por cuya razon no se ve en nuestro grabado, mueve el aparato de componer.

El distribuidor D está colocado en la parte superior del marco; puede ser movido á mano horizontalmente y distribuye los diferentes caracteres en sus respectivos canales. D^1 es una pieza trasversal de madera con ranuras semi-circulares en su cara superior; otra pieza formada de tres anillos se mueve tambien en sentido horizontal, el cajista pasa un dedo por cada anillo, y apretando uno de estos en la ranura correspondiente, hace que un asidor se coloque en una posicion determinada. Cada ranura tiene la anchura de tres canales de caracteres, y los anillos están arreglados de manera que cuando se aprieta con el primero una ranura, se adapta el canal correspondiente del aparato distribuidor con su extremo inferior al canal de caracteres correspondiente de la máquina principal; si se aprieta la misma ranura con el anillo del medio ábrese otro canal, y otro tercero cuando se aprieta la misma ranura con el anillo tercero; de suerte que cada ranura sirve para 3 canales. Las letras marcadas en la línea superior de la pieza trasversal D^1 indican los canales correspondientes al anillo izquierdo; las de la línea segunda designan los canales que funcionan apretando con el anillo del centro, y las de la línea inferior corresponden á los canales que funcionan apretando con el anillo de la derecha. Para mayor facilidad de orientacion del cajista están pintados los canales de tres en tres.

El aparato de componer ocupa la parte inferior del marco. El asidor E está construido de un modo análogo al distribuidor D, y sirve para hacer salir los caracteres y formarlos en líneas. Media la diferencia de que los anillos y las ranuras en la pieza E están más distantes entre sí que en el aparato distribuidor. B es el marco que contiene las letras que hay que distribuir. C es la placa cuadrada, llamada galerin, sobre la cual se forman las líneas, columnas y páginas. F es una caja auxiliar que contiene aquellos caracteres que rara vez se usan y está dividida á la manera antigua, para no hacer la máquina demasiado ancha sin gran necesidad.

La rueda G está dispuesta de manera que á cada revolucion apriete un manubrio que á su vez hace bajar la placa D^2, miéntras baja simultáneamente el aparato distribuidor y deja deslizar los caracteres por el canal de la máquina. La placa permanece un instante en la posicion indicada, y al propio tiempo sale del costado un pernito ó clavo que separa trasversalmente el tipo extremo inferior y lo impulsa al canal principal correspondiente. El mecanismo componedor está construido con arreglo al mismo principio. La rueda que le mueve, y que segun dijimos no se ve en el grabado, aprieta tambien un manubrio y éste la placa E^2 en sentido vertical junto con el canal del componedor, miéntras aparta un ganchito adaptado al canal, del cual hace salir un tipo que se agrega á los ya compuestos en el aparato componedor donde una piececita corredera con su correspondiente resorte los conserva unidos.



NUEVA MÁQUINA TIPOGRÁFICA DE COMPONER

Cada canal de la máquina contiene, por supuesto, una sola clase de tipos colocados en columna vertical que baja por medio de un pequeño peso á medida que se sacan letras. K es una pequeña palanca movida por el pedal que por medio del mecanismo O hace mover la rueda I y el aparato L que hace las veces de (B^2) y recibe la línea compuesta á cuyo fin sube y baja. Otra palanca N ingeniosamente construida y movida tambien por la rueda I saca la línea de (B^1); la hace pasar al galerin C, y vuelve á su posicion primera.

Las líneas, columnas ó páginas se ajustan con la mano. Lo demás lo hace el cajista por medio del aparato; aprieta con un anillo en una ranura en la pieza E^1 y el tipo correspondiente pasa de su canal al aparato recibidor que cuando tiene una línea de la longitud prescrita es impulsado hácia la derecha donde pasa la línea al (B^1) y el cajista empieza á formar una nueva línea. El encargado de la distribucion procede de una manera análoga pero inversa; saca con (B^1) una línea de tipos de la columna ó placa B, y la pasa al canal del distribuidor; luégo aplicando los anillos á las ranuras correspondientes de la pieza trasversal hace pasar el asidor al puesto requerido y mueve con una varita colocada debajo de la pieza D^1 el aparato O que empuja el tipo extremo inferior al canal principal.

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 19 DE OCTUBRE DE 1885 — NÚM. 199

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA MUJER ADÚLTERA, cuadro por P. P. Rubens (reproduccion por el método Meisenbach)

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Las ferias.—Su historia.—Su carácter.—Su decadencia.—El hambre. Un gobernador pidiendo limosna.—Cocinas económicas.—El juicio de Dios.—El duelo moderno.—El honor segun Calderon.—Un drama naturalista.—¿Pero esos guardias para qué son?—El teatro español.—Propósitos vanos.—Un alcalde que pasará y un catedrático que se queda.—Un mantenedor del arte de Romero y Costillares.

Las ferias de Madrid son una de tantas cosas que han perdido su razon de ser y por tanto desaparecen. Aquí donde hay una exposicion permanente de cuantos objetos reclama la necesidad ó el capricho, el exhibirlos durante los últimos dias de setiembre y primeros de octubre es una redundancia á que ya hasta los niños prestan escasa atencion.

Por privilegio expedido por el no muy afortunado monarca D. Juan II de Castilla, en Valladolid á 18 de abril de 1447, hízose merced á la entónces no más que villa de Madrid de dos ferias francas por San Miguel y San Mateo, en remuneracion y recompensa de haberle quitado las villas de Cubas y Griñon que eran suyas, para dárselas á un criado del supradicho rey, y la verdad es que por aquel entónces debió acoger el ilustre Concejo con extraordinario júbilo una gracia de que casi todas las poblaciones disfrutaban. Pero andando el tiempo les vino en mientes á los monarcas de la Casa de Austria la idea de elevar á Madrid á la categoría de corte y perdiendo con ello la villa todo cuanto de agrícola tuviera, quedó la feria relegada á un segundo término y fué muy otra cosa que lo que para otros pueblos significaba.

Ganados y cereales, primeras materias, por decirlo así, constitutivas de esos periódicos y extraordinarios mercados, se vieron excluidos de los de nuestra villa, quedando reducidos estos á una más ó ménos vistosa exposicion de mercancías trasnochadas y de artículos de difícil salida que, almacenados durante el año, lograban á veces malbaratarse en los dias en que, por exhibirse á la vista de los compradores, encontraban quien cargando con ellos aliviara de tan pesada carga á sus dueños.

Con este carácter hemos conocido todavía la Feria de Madrid. Entónces no puede decirse que tuviera sitio fijo: todos los rincones y lugares más céntricos eran obligado asiento de los barateros, y miéntras en la calle de Alcalá se mostraban los puestos de juguetes, residuos de las covachuelas; las plazas de Santa Ana, el Progreso, las Descalzas, Santa Cruz y otras muchas quedaban obstruidas por enormes hacinamientos de muebles viejos y de libros descabalados en que solia verse codeándose con la espada que tal vez ganó prez en Ostende y la Valtelina, la mellada tijera del esquilador; el útil ejemplar del libro de cocina con un tomo de comedias de Moratin ó de Comella, y el apolillado morrion de un cabo de realistas con el no muy artístico retrato de un prócer, que entre sus desgracias tuvo la de que un descendiente suyo se deshiciera á bajo precio de su imágen para dar colocacion á la del Chiclanero ó Curro Cúchares.

Mas ¡ay! todo en este mundo es perecedero. Los bazares y almonedas abiertos todo el año han ido dando el golpe de gracia á la Feria, y la escrupulosidad de los municipios, no permitiendo que en las plazuelas haya otro obstáculo á la circulacion que los raquíticos jardinillos á la inglesa con que hoy es costumbre embellecerlas, ha ido estrechando las distancias. Hace algunos años se relegó á los vendedores de caballitos de carton y sables de hoja de lata, al Paseo de Atocha: hoy ya expulsados de tan apartado lugar, buscan un refugio en la calle de Alfonso XII y tal vez mañana ni áun allí se los tolere.

¿Dónde irán entónces? Lo probable es que á ninguna parte. Los niños hoy prefieren visitar los bazares de la Union y de la X; los bibliómanos que solian encontrar en los informes montones preciosos incunables y rarísimas ediciones elzevirianas, ahora sólo tropiezan con esos *edificantes* libros de las bibliotecas de á peseta y los prenderos han comprendido que la civilizacion huye de la cansada Europa y busca su refugio en las Américas.

La Feria de Madrid se va. Nosotros no hacemos más que asistir á su agonía. Nuestros hijos dirán á los suyos cuando llegue San Mateo: «Siendo yo como tú, me llevaban á Atocha ó las inmediaciones del Retiro á comprarme nueces y melocotones de Campiel.»

***

Durante el verano hemos tenido una visita terrible: la peste, y para el invierno se nos viene encima como consecuencia, otra no ménos espantosa: el hambre.

Una serie no interrumpida de calamidades, y otras causas que no es este el lugar de señalar, han acabado con la mayoría de los recursos; la miseria ha asomado su escuálida cabeza á través de las desguarnecidas ventanas de muchos hogares en que ántes se disfrutaba de una relativa holgura, y los ricos, como hacen siempre, despues de dar unas cuantas monedas de cobre con *mano generosa*, han cerrado herméticamente la gabeta y no se ve una peseta por ninguna parte.

De aquí que los que, segun la frase popular, *tienen algo que perder*, se hayan asustado. Para ellos el hambre de los demás tiene mucho de compasion, no lo niego, pero estoy en que más aún tiene de miedo. El no tener lleva á veces á buscarlo por caminos que no siempre son del agrado de los tribunales. El grito de alarma entre las clases acomodadas es este: «Este invierno va á haber muchos robos.»

Lo que tiene es que en vez de poner remedio al mal por el camino más expedito, esto es, inventando industrias, proyectando obras y dando trabajo á los brazos que carecen de él, lo que hacen es contribuir con todas sus fuerzas al retraimiento del capital, contentándose con distribuir ese pan de la caridad que no puede ménos de resultar insuficiente.

Para esto último se proyectan varias cosas. Entre ellas, una cuestacion entre el vecindario de Madrid hecha por el Gobernador Civil de la provincia y el obispo de la diócesis.

Muy loable nos parece este buen deseo, pero antójasenos que la primera autoridad local tiene á su alcance medios más eficaces y más conformes con la elevacion de su cargo para remediar la aflictiva situacion que nos amenaza. Aunque sea por cuenta ajena, nos disuena ver á un gobernador en activo, pidiendo limosna.

***

No diremos seguramente lo mismo de otro pensamiento que para el mismo fin se propone realizar una egregia dama.

S. M. la Reina ha mandado recoger todos los datos necesarios para la organizacion de varias cocinas económicas, en las que encontrarán los menesterosos una alimentacion sana y nutritiva.

Que tal pensamiento puede dar resultados prácticos, lo dice no sólo la lógica, sino los hechos mismos. Segun el testimonio de periódicos locales que tenemos á la vista, en Santander, donde la miseria revestia ya caracteres alarmantísimos, se ha conseguido atajar en gran parte por medio de este arbitrio.

Gracias á la iniciativa del digno obispo de aquella diócesis, que dicho sea en honor de los santanderinos, se ha visto poderosamente secundado por todas las personas de alguna posicion, hoy encuentran un abundante alimento diario más de tres mil indigentes.

Si en Madrid, como no podemos ménos de esperarlo, se plantean de un modo análogo las cocinas económicas, será un motivo más de agradecimiento de esta poblacion á la esposa del monarca.

***

El duelo es un resabio que les queda á las sociedades modernas de los tiempos en que la razon era la fuerza. Entónces, sin embargo, era ménos bárbaro que lo es ahora, porque al ménos se le tenia por una manifestacion de justicia. Cuando nadie dudaba que en el juicio de Dios la voluntad divina se manifestaba de un modo palmario dando mayor vigor á un brazo y más pujanza á una lanza, el duelo era hasta moral; pero cuando se sabe que sólo la casualidad ó el azar es quien guia el plomo de una pistola ó la punta de un florete, no puede ser tenido más que por abominable absurdo.

Y sin embargo, no desaparece. Un escritor francés ha dicho que no es otra cosa que una galantería que dirigimos á la muerte; pero para mí más le tengo por cruento sacrificio ofrecido en aras de una sociedad que reclama, pero no agradece, tan sangriento holocausto. Es más, se avergüenza de él; la prueba de ello es que miéntras las costumbres lo autorizan, las leyes lo castigan.

Nadie ve el medio de acabar con el duelo y todos sentimos la necesidad de que desaparezca. El primer defecto que tiene, es que no remedia nada. Se aplica así como á modo de desinfectante en las cuestiones de honra, y de lo que sirve es de vocinglero propagador de la mancilla. El ultrajado, además de exponerse á la muerte, sabe que cuanto logra, es que lo que sólo un limitado círculo conocia, se haga del dominio público.

Nuestros escritores de la edad de oro de nuestra literatura, jueces de mayor excepcion en punto á decoro, han dicho por boca de Calderon:

El honor, cuanto es mayor,
sin mirar otro respeto
ha de quedar en secreto
tan sólo porque es honor.

¿Y de qué modo se guarda ese sigilo? Poniéndole en manos de gacetilleros y en boca de desocupados. Por fin, en el siglo XVII no pasaba de aquellos *Avisos* manuscritos que hoy nos sirven de preciosa crónica de aquellos dias; pero ahora los periódicos son innumerables y corren y se propagan con la velocidad del rayo. Ya que no podemos evitar el duelo, ¿porqué no somos más discretos?

Para predicar con el ejemplo, las antecedentes líneas son las únicas que á nuestro pesar nos permitimos comentando ese fatal lance de honor ocurrido entre dos militares y que hoy preocupa la atencion de todos.

***

Miéntras se abre el nuevo teatro de la Princesa, sin duda para iniciar al público de aquellos barrios en los secretos de las obras naturalistas, se representan estas al aire libre y con toda la *naturalidad* que su argumento requiere.

Un marido sorprendido infraganti en amoroso coloquio con una dama, hé aquí el asunto de una comedia no desprovista de recursos dramáticos, representada noches pasadas en la calle del general Castaños.

La primera condicion que los naturalistas se imponen es que no quede la virtud triunfante y el vicio castigado. Así es que en esta, para no apartarse de las reglas, la apaleada ha sido la burlada cónyuge.

El resorte cómico de que se ha valido el autor, es, sin embargo, muy gastado. Como en la mayoría de las obras de menor cuantía, los guardias de órden público, si no han brillado por su ausencia, han quedado en una situacion muy parecida á la en que quedan en el motin de las cigarreras de *Agua y cuernos*.

Visto el juicio crítico que la produccion ha merecido de la prensa, los cándidos esperaban un epílogo, pero hay quien dice que el carácter del protagonista le hace casi imposible. Despues de todo, es lógico que suceda así. Proceder de otro modo seria salirse de los moldes de ahora.

***

Y á propósito de teatros. Otra vez ha vuelto á ponerse sobre el tapete una importante cuestion.

El Teatro Español, ese venerable anciano, que más sirve de recuerdo que de esperanzas, ni siquiera tiene en la capital de la monarquía un alojamiento decente.

La misma casa, que puede decirse le vió nacer, sirve hoy de albergue al que es admiracion de propios, envidia de extraños, y todo lo que se hace de cuando en cuando para que se disimule un tanto su *decoracion de sala pobre*, es quitar con una escoba las telas de araña que el tiempo ha ido amontonando en sus paredes.

Cualquiera de los coliseos de última fila vale más que él. Cuando un extranjero visita por vez primera nuestro suelo, sentimos el rubor en la mejilla al decirle: Este es el templo destinado á rendir culto á Lope y Calderon, á Tirso, Alarcon y Moreto.

Y esto, no obstante, cien veces se ha pensado en construir un local digno de la grandeza del egregio inquilino y cien veces el proyecto ha fracasado.

Hoy se habla de una nueva tentativa que probablemente tendrá igual suerte que las anteriores. La plaza de Santa Ana, por su situacion, por sus recuerdos y por la proximidad misma á la casa solariega de nuestro teatro, es el sitio que hoy ha fijado la atencion.

Si algun dia pasan de buenas intenciones semejantes proyectos, si el Teatro Español tiene al cabo un edificio digno, entónces será hora de pensar en otra cosa. En levantarle de la postracion en que actualmente se halla.

***

La instruccion pública está de enhorabuena. El Alcalde presidente de nuestro municipio ha tenido al fin una idea digna de aplauso. Esta ha sido la creacion de escuelas populares en la planta baja de la Casa Consistorial.

Lo primero que ha hecho ha sido reservarse una cátedra que explicará él mismo. ¡Es un medio de no salir del local! Cuando deje de ser Alcalde, entrará allí como catedrático, y entónces verá cómo ni las oposiciones le censuran.

***

Mas no se crea que es de Madrid sólo el privilegio de propagar los conocimientos útiles.

En provincias tambien hace cuanto puede la iniciativa particular.

La mayoría de los periódicos insertan un anuncio que lo prueba así.

En Sevilla, junto á la histórica Puerta de la Carne, el conocido diestro Manuel Carmona (a) *el Panadero*, ha abierto al ilustrado público una cátedra en que se dan lecciones de tauromaquia.

Lo que Fernando VII hizo en grande, el hermano del Gordito lo hace en pequeño. Pero no dudamos que el éxito coronará sus esfuerzos.

Verán Vds. cómo su cátedra está más concurrida que las que ha fundado el Sr. Bosch.

ANGEL R. CHAVES

NUESTROS GRABADOS

LA MUJER ADÚLTERA, cuadro por P. P. Rubens

(Reproduccion por el procedimiento Meisenbach)

Lo que decíamos en nuestro número 197 á propósito de un lienzo de Murillo, es aplicable al célebre pintor flamenco, autor del cuadro que hoy reproducimos, una de las joyas de la Pinacoteca antigua de Munich. Rubens el fastuoso, el artista diplomático, el mimado de príncipes y princesas, el que en sus alegorías y escenas mitológicas,



DERECHO DE ENTRADA,



CUADRO POR EL PINTOR NORUEGO HANS DAHL

reveló una aficion á la carne mundana que ha comprometido ante la posteridad á muchas damas principales de las cortes en que hizo gala de su genio, de su esplendidez y de su apuesta figura; parece el artista ménos á propósito para tratar asuntos religiosos. Y sin embargo, no sólo cultivó este género, como los cultivó todos, sino que alguna de sus obras místicas, el *Descendimiento de la cruz* por ejemplo, son conceptuadas maestras por los más exigentes críticos.

La *Adúltera* que publicamos lleva indudablemente el sello de su autor. Ese dibujo, esos tipos, esa tendencia á la exhibicion de carnes, son Rubens con todas sus condiciones de pintor quizás harto mundano. El misticismo no es la más saliente de este lienzo, ni en él ha demostrado su autor estar muy al corriente del hecho que ha pintado; en lo cual no es el único, por cierto, pues no sólo los grandes artistas de los siglos XVI y XVII, sino áun los grandes dramaturgos de aquellos tiempos, parecian desconocer, ó afectaban cuando ménos un desconocimiento de la historia, verdaderamente lamentable. Pero, ¿qué suponen en el sol aquellas que los astrónomos llaman manchas?

ORILLAS DEL LAGO DE LUGANO, dibujo por J. Marqués

Al artista amante de las bellezas naturales, y cuando se es verdaderamente lo uno no puede dejar de serse lo otro, le cuesta trabajo sumo despedirse de aquellos lugares que han deslumbrado sus ojos ó han excitado sus pensamientos. Tiene, empero, el buen dibujante una ventaja y es que, así como el galan enamorado se despide con ménos tristeza de su amada si se lleva el retrato de ésta, el pintor lleva en su *álbum* el apunte de los lugares que ha visitado con predileccion y, generoso á fuer de artista, se complace en hacer que la copia proporcione á los demás una parte del goce que la realidad le ha proporcionado á él.

Así ha sucedido con Marqués, cuyos recuerdos de viaje han tenido ocasion de poseer nuestros favorecedores. Hoy publicamos una vista del lago de Lugano, ese lago que parece destinado á preparar al *touriste* para las impresiones de parecida índole que le aguardan en la incomparable Helvetia, de que le separa corta distancia. El artista ha reproducido las mansas aguas del lago que bañan la cuna de Bernardino Luini, detrás de la cual se levanta el monte Salvatore, el gigante de los gigantes de la cordillera.

ISABEL CLAYPOLE Y OLIVERIO CROMWELL, cuadro por Julio Schrader

Cuando la cuchilla del verdugo hizo rodar la cabeza de Cárlos Estuardo, la corona de Inglaterra pudo deslumbrar por un momento á Cromwell, árbitro de los destinos del país, como más tarde Napoleon Bonaparte lo fué de la nacion francesa. El jefe de los *independientes*, ídolo del ejército por sus victorias, pudo imponerse á sus conciudadanos y ceñirse la diadema cuyos privilegios habian costado tanta sangre... Pero el insigne hidalgo labrador, el general invicto de los ejércitos del Parlamento, tenia á su lado una Egeria que le alejó de la tentacion, si es que ésta llegó á revestir verdadera forma de tal.

Lady Claypole, la hija del protector, presintió que una corona bajo cuyo peso se habian doblado sobre el sangriento tajo, en poco tiempo, las cabezas de cuatro reinas y de un rey, habia de abrumar, sin duda alguna, la de su padre, exaltado á la suprema dignidad por la fuerza de las circunstancias, más que por sus relevantes cualidades. Isabel destruyó tal vez las ilusiones de Cromwell, pero obró como buena hija y como buena inglesa.

Schrader ha trazado de mano maestra la escena entre Oliverio é Isabel, de suerte que á la vista de la vacilacion del general y del ademan significativo de la lady, nadie deja de comprender el argumento del cuadro, ni puede dudar del triunfo alcanzado por la prevision de la hija de Cromwell.

ROSA CON ESPINAS

Tiene por asunto este dibujo una de las escenas del conocidísimo cuento de Perrault *La belle au bois dormant*. Y decimos que este cuento es de Perrault por cuanto á este elegante narrador se debe una de sus versiones más generalizadas; pues esto aparte, la fantástica tradicion de la princesa dormida durante cien años, figura en todos los países donde de antiguo las abuelas distraen á sus nietos con relaciones maravillosas. Representa la escena el momento en que, cumpliéndose la amenaza del hada, la princesa se apodera del huso, cuya herida ha de someterla á un letargo de un siglo.

Algunos de los mayores diamantes del mundo (TAMAÑO NATURAL)

En la pág. 79 del tomo tercero de nuestra ILUSTRACION habrán visto nuestros lectores un artículo relativo á los *diamantes*, debido á la pluma de D. Cecilio Navarro. En él se dan bastantes detalles acerca de las soberbias piedras representadas en el grabado que hoy insertamos y que sirve como de complemento á aquel artículo.

EL MAESTRO DE DANZAR, cuadro por Mantegazza

Sabido es que una de las enseñanzas que con preferencia daban á sus hijos las familias más aristocráticas del último tercio del siglo pasado y de los primeros años del presente, era la de la danza. Bien podian sus ilustres herederos ser ignorantes en ciencias, artes, etc.; bien podian muchos de ellos trazar apénas en descomunales rasgos su ininteligible firma: lo principal era lucir su destreza en un minué ó una contradanza, á cuyo fin se les obligaba á dar una prolongada leccion diaria desde su más tierna edad, leccion á que se atribuia tanta importancia, que la familia entera la presenciaba.

Esta costumbre es la que ha inspirado al profesor Mantegazza su bonito cuadro que respira vida y movimiento, en el que están agrupadas las figuras con inteligencia y que se distingue, además, por su colorido local y de época.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

DERECHO DE ENTRADA, cuadro por Hans Dahl

Este bellísimo cuadro es una nueva demostracion de que no hay asunto trivial y realista que no pueda ser tratado simpática y hasta elegantemente por un artista de verdadero talento. Su accion pertenece á un género hasta sobrado picaresco si se quiere; pero está ejecutado en tan delicada forma, la malicia reviste en él una expresion tan candorosa, digámoslo así, que la realidad no es repugnante, ántes bien la atraccion del genio viene á ser en este caso, el pabellon que cubre la mercancía. Désele este asunto á un émulo de Courbet, y de fijo resultará hasta repugnante. Y sin embargo, ¿quién se atreveria á negar que el cuadro de Dahl es un modelo de intencion, de expresion y de verdad?

PILAR

(Conclusion)

Volvió la cabeza y al dirigirse á cerrar la puerta de su gabinete, un extraño espectáculo se ofreció á su vista.

En un gran salon, situado frente por frente del cuarto que él ocupaba, diez ó doce jóvenes, alegres y alborotadores, aplaudian rabiosamente á un compañero suyo que vaciaba una botella de *champagne* sobre la cabeza de otro tendido sobre la mesa, pronunciando durante esta operacion las palabras sacramentales del bautismo. Otro, subido tambien sobre la mesa con una copa del precioso líquido en la mano, arengaba á un grupo de mujeres hermosas y ricamente ataviadas, miéntras un segundo compañero descargaba sobre su espalda, á modo de ducha, una botella de agua helada que puso fin al discurso y al equilibrio de su amigo; y en todo el salon se notaban señales y restos de una verdadera orgía.

Unos gritaban desaforadamente, queriendo en vano hacerse oir entre el tumulto de tantas voces distintas; otros, tendidos en el suelo ó sobre las butacas, sufrian las consecuencias materiales de la embriaguez, y otros, con risas destempladas ó con llantos amarguísimos, indicaban el efecto triste ó alegre que en su cerebro producian los vapores del vino.

Ricardo se dirigia, como ya he dicho, á cerrar la puerta de su gabinete, cuando un grito sordo, penetrante, espantoso, se escapó de sus labios.

En el fondo de aquel salon, más pálida, pero quizá más hermosa que nunca, habia visto á Pilar.

IV

Pilar, desde la primera vez que vió á Ricardo y sin que ella misma se explicase la causa de tal curiosidad, habia procurado adquirir informes de él.

—¿Qué me importa á mí de ese hombre?—se decia muchas veces queriendo alejar de su pensamiento su recuerdo, que insensiblemente iba haciéndose dueño y señor de su albedrío.

Pilar no era la misma. Sus ojos habian perdido la inquieta ligereza que los caracterizaba; su mirada era más dulce y melancólica que nunca; en sus mejillas la azucena habia sustituido á la rosa y en su boca se habia borrado la sonrisa, como si la flor del granado de sus labios se empeñase, avara, en ocultar entre sus hojas aquella doble hilera de gotas de rocío.

La corriente de la vida aventurera la arrastraba y ya no era posible retroceder.

Inmóvil y ensimismada, como otras veces feliz y alegre, contemplaba en aquel salon los repugnantes estragos de la orgía, cuando vió aparecer á Ricardo.

Una conmocion rápida, horrible, experimentaron ambos jóvenes al hallarse uno en frente de otro.

Jamás se habian hablado, pero ¿qué importaba? La misma idea los unia, los arrastraba el mismo sentimiento y como si una fuerza eléctrica los impulsase, olvidados del mundo que los rodeaba, corrieron á encontrarse aquellos dos séres que sin haberse dicho una palabra sentian sus almas estrechamente enlazadas.

—¡Pilar!

—¡Ricardo!—murmuraron ambos jóvenes con un grito involuntario que se escapó del fondo de sus corazones. Y un rayo de luna, entrando por la ventana del gabinete de Ricardo, vino á alumbrar el misterioso grupo.

Ambos callaron... pero habló el silencio. Buscáronse sus ojos y se revelaron lo que sus labios jamás hubieran podido revelar. ¡Cuántos proyectos de amor, cuántas esperanzas para el porvenir, cuántos sueños de gloria, encerraron aquellas miradas! Al violento choque de sus ojos brotó de nuevo en sus almas la chispa de la pasion, encendióse la hoguera y el amor circuló por sus venas en corriente de fuego.

—¡Cuánto te amo!—dijo Ricardo estrechando la mano que Pilar le abandonaba; pero la jóven, sublimada por el amor y volviendo con repugnancia la vista á su pasado, contestó con voz débil y apagada:

—¡Dí más bien que te avergüenzas al encontrarme de esta manera!

Aquellas palabras hicieron volver en sí á Ricardo. El palacio de su felicidad se desmoronaba, marchitábase al nacer la flor de su esperanza, y roto el velo de la ilusion, la realidad heló la sangre en sus venas. Pilar, la cortesana sorprendida por él en el desenfreno de la orgía, no era digna de aquel amor y ella misma lo confesaba.

Era preciso poner fin á semejante escena.

Quiso huir y las fuerzas le faltaron; buscó en su alma decision y energía para abandonar á Pilar y sólo encontró en ella amor y ternura: intentó romper para siempre el lazo que los unia y sus manos involuntariamente se estrechaban cada vez más, como si quisieran impedir que nadie separase aquellos dos corazones que tan perfectamente se comprendian.

En vano pensaba en los errores de su vida, en vano él mismo se la fingia degradada y envilecida, el amor disputábale al vicio su presa, la ternura triunfaba de la dignidad, y Ricardo, al encontrarse tan cerca de aquella mujer, sólo pensaba en su amor; en ese amor que da fuerzas para todo, y es débil y cobarde para romper la cadena que forman á nuestra voluntad los encantos de la mujer amada.

Sin embargo, tuvo un momento de energía: era necesario separarse de Pilar y no queria retardar más tiempo el momento de la separacion.

Hizo un esfuerzo supremo y, queriendo alejarse violentamente de su lado, exclamó:

—¡Adios para siempre!...

—¡No, por Dios, Ricardo mio; no me abandones!—murmuró Pilar, que vió cerrarse ante sus ojos aquel espléndido horizonte de amor y de ventura.—Tuya es mi alma: tú has arrancado á mi pecho el primer latido de amor y para tí será el último que exhale.

Y diciendo esto atrajo á Ricardo suavemente hácia sí. La lucha estaba empeñada y la victoria no tardaria en decidirse.

Ricardo vaciló: aquel acento habia llegado al fondo de su alma; aquella voz palpitaba en sus oidos como la más suave y regalada de las armonías.

Miró á Pilar. ¡Qué hermosa estaba en aquel momento! Sus ojos brillaban de un modo indescriptible, y el fuego del amor, reflejándose por primera vez en las correctas líneas de su semblante, parecia rodear de una aureola de luz aquel rostro resplandeciente de hermosura.

Ricardo, obedeciendo al movimiento de Pilar, se dejó atraer por ella hácia el borde de la ventana. La brisa suave de la noche rozó su frente abrasada por la lucha de mil ideas distintas.

Sólo el ruido misterioso y lejano del viento suspirando entre las hojas de los árboles, turbaba el silencio; la luna brillaba melancólicamente y el amor batia sus alas en torno de los amantes.

Ricardo se acercó á Pilar, y no pudiendo contener por más tiempo esta declaracion, murmuró á su oido:—¡Te amo y te amaré siempre!

. . . .

¿Cuánto tiempo estuvieron juntos Pilar y Ricardo? No lo sé. El reloj, con su inflexible exactitud, seguramente marcaria muchas horas cuando se separaron, pero, seguramente tambien, á ellos les parecerian un instante.

El tiempo, que camina con piés de plomo para el dolor, tiene alas de águila para el placer. Y sin embargo, siempre es el mismo.

V

Al dia siguiente de esta escena, Ricardo cayó enfermo. Una fiebre altísima y un delirio incesante se apoderaron de él y pusieron en grave riesgo su existencia.

Cerca de un mes estuvo luchando entre la vida y la muerte, cuando una crísis favorable puso fin á la inminencia del peligro. Sin embargo, los médicos aseguraron que la convalecencia habia de ser penosísima, y así sucedió.

La persistente debilidad y la falta de fuerzas que produjeron en él los estragos de la enfermedad, tardaron mucho tiempo en desaparecer.

Cuando, vuelto en sí de su delirio, quiso ordenar sus ideas y recordar lo pasado, las anteriores escenas flotaban como un sueño en su memoria.

Sin embargo, en medio de esta incoherencia, un recuerdo fijo, imborrable, llenaba su pensamiento: el recuerdo de Pilar.

Poco á poco fueron aclarándose sus ideas y el recuerdo fué engrandeciéndose en su alma hasta llegar á absorberla por completo.

Prisionero en los muros de su alcoba, por mandato facultativo, pensaba en Pilar, murmurando con amargura: —¡Dos meses sin verla! ¿Qué pensará de mí?—y aquellas paredes llegaron á ser para él tristes y sombrías como las del más negro calabozo.

Mas todo acaba en el mundo. Llegó por fin el suspirado dia de recobrar la perdida libertad, el dia de volverla á ver, el dia de convertir en hermosas realidades todos los sueños de amor acariciados en dos meses interminables de ausencia y de amargura.

La felicidad no suele ser rencorosa, y Ricardo, al verse en la calle, casi daba por bien empleadas sus penas anteriores que le proporcionaban aquel instante de suprema alegría.

Llegó á casa de Pilar, trémulo de placer, radiante de



ORILLAS DEL LAGO DE LUGANO, dibujo por J. Marqués



ISABEL CLAYPOLE Y OLIVERIO CROMWELL, cuadro por Julio Schrader

gozo, palpitándole el corazon con tal violencia que á decir verdad parecia que el rapaz vendado se estaba entreteniendo en disparar sobre él una á una todas sus flechas.

Preguntó por ella y ya se disponia á subir la amplia escalera, cuando le contestaron:

—Esa señora hace ya más de un mes que no vive en esta casa.

—¿Dónde vive entónces?—replicó Ricardo.

—No sé: debe haber salido de Madrid.

—¿Que ha salido de Madrid?—insistió Ricardo con extrañeza.

—Quizá sea para V. esta carta que dejó al partir. Dijo que si venia este caballero se la entregara,—repuso el portero enseñando un papel á Ricardo.

—A ver,—exclamó éste leyendo el sobre con angustia.
—Sí; para mí es con efecto: muchas gracias.

Ricardo salió de aquella casa y se dirigió á la suya sin atreverse á abrir la carta.

—Sin duda, aquí me dirá dónde se encuentra,—pensaba el jóven,—sin duda pronto volveré á verla,—se decia, y sin embargo su mano temblaba y dos ó tres veces se detuvo ántes de rasgar aquel sobre que iba á descubrirle el velo del enigma.

Por fin lo abrió. Leyó con avidez el contenido de la carta y una ansiedad infinita primero, y un dolor sin límites despues, se reflejaron en su rostro, miéntras pasaba la mano por sus ojos, como queriendo cerciorarse de que no soñaba.

La carta decia así:

«Ricardo: Te dejo esta carta por si alguna vez te acuerdas de mí y quieres saber qué fué de aquella Pilar que tan feliz hubiera sido á tu lado.

»Un mes entero te esperé: no has venido... lo comprendo. Te avergüenzas de mí; haces bien: yo tambien me avergüenzo de mi vida anterior y sé que no soy digna de tí.

»No me busques, porque será inútil: no me encontrarás. Voy á ocultarme en el último rincon del mundo á esperar el consuelo que Dios me envía.

»¡Adios, Ricardo mio! Por si llega á tu poder esta carta te repito lo que ya te dije aquella noche de amor y de redencion, cuyo recuerdo durará en mí lo que mi vida: tú has arrancado el primer latido de amor á mi pecho y para tí será el último que exhale.—PILAR.»

Al terminar la lectura de esta carta Ricardo dejó escapar un suspiro y quedó inmóvil, petrificado.

Una hora despues vinieron á sacarle de su postracion.

En aquella hora el dolor habia conseguido lo que en dos meses no habia conseguido la enfermedad.

Ricardo habia envejecido.

VI

Pasaron veinte años.

Ricardo habia recorrido el mundo entero en busca de Pilar sin conseguir encontrarla. La prediccion de aquella carta se habia cumplido. Sin embargo, como, segun el famoso cantar:

> Ausencia es aire
> que apaga el fuego chico
> y aviva el grande,

la llama de Ricardo se habia avivado de tal modo con la ausencia que, aislado del mundo y consagrado durante veinte años al culto de una pasion, habíase familiarizado tanto con la soledad, que puede decirse que ella era su único amigo.

Ricardo habia cambiado extraordinariamente durante ese tiempo.

La primera nevada del otoño de la vida cubria con blanco sudario su ántes negra cabellera, y en su rostro, nublado por el dolor, notábanse bien claras las huellas de una prematura vejez. Ricardo era un anciano, cuando apénas llegaba al apogeo de su vida.

Nada habia en el hombre de hoy de rugoso rostro, blanco cabello y cuerpo agobiado más por las amarguras que por los años, que recordase aquel gallardo mancebo de arrogante apostura y varonil belleza realzada por el fuego de la juventud.

Corria á la sazon el mes de mayo.

Era una noche serena y diáfana como aquella en que Pilar y Ricardo se hablaron por primera y última vez.

Ricardo, atraido por los recuerdos, único ideal de su vida, entró en aquel gabinete donde, veinte años ántes, habia trascurrido la noche más feliz de su existencia.

Todo estaba lo mismo. El balcon entreabierto, el cielo cuajado de estrellas, la tierra impregnada de perfumes, el viento gimiendo entre los árboles y en el fondo de aquellas alamedas la luna proyectando las mismas sombras, las mismas siluetas, los mismos efectos de luz.

¡Sólo faltaba Pilar! Todo la reclamaba como el ángel de aquel cuadro misterioso y sublime: el viento con sus suspiros, el campo con sus flores, el cielo con sus estrellas y hasta la luz de la luna penetrando por el balcon parecia buscarla de nuevo para depositar en su frente el tembloroso beso de sus rayos.

Ricardo contemplaba abstraido la semejanza de aquel espectáculo con el que veinte años ántes ofrecia el mismo gabinete, cuando sintió bajo su pié un objeto extraño: era un pequeño medallon de oro, con una cadena del mismo metal que seguramente debia haberse desprendido del cuello de alguna mujer.

Bajóse á recogerlo con indiferencia y al fijar en él la vista, dejó escapar un grito de profunda sorpresa.

¿Estaba soñando? ¿Era aquello un delirio de su imaginacion exaltada, ó era efectivamente el retrato de Pilar el que contemplaban sus ojos? Sí; no cabia duda: era Pilar.

Siguió registrando escrupulosamente el misterioso medallon, cuando la sorpresa, convertida en espanto, se reflejó de nuevo en su semblante.

Al lado del de Pilar estaba su retrato.

¿A quién pertenecia el medallon? No podia ser á otra que á Pilar, á Pilar que guardaba su imágen, que lo recordaba, que lo amaba aún y que habia vuelto como él al sitio, testigo de su amor, para despertar con su presencia los mal dormidos recuerdos de aquella noche inolvidable.

Iba á verla, iba á encontrarla de nuevo despues de veinte años de inútil esperar, y su pecho latia con igual violencia que aquel dia, primero de su infortunio, en que corrió á su casa convaleciente aún de su enfermedad.

Influido por estos pensamientos, sentia Ricardo renacer en su alma la esperanza, cuando un cercano rumor de voces y carcajadas vino á sacarle de su abstraccion.

El rumor provenia del mismo salon donde veinte años ántes encontró á Pilar entre el destemplado estruendo de la orgía.

Un cuadro, semejante á aquel, se ofreció á su vista.

En el salon reinaba el más completo desórden y cien voces se mezclaban en gritería confusa y discordante. Grupos alborotadores de hombres y mujeres, parejas dispersas, botellas vaciándose sobre el blanco mantel, flores marchitas y abandonadas y luces moribundas; todo hacia presumir que allí acababa de celebrarse el más desenfrenado de los banquetes.

—¡Eh! ¡Que se va Pilar! ¡Que se va Pilar!—gritaron en el salon á un mismo tiempo varias voces distintas.

—Vuelvo, amigos mios,—contestó una voz clara y vibrante,—voy á buscar un medallon que he perdido.

Al escuchar aquellas palabras, Ricardo fijó sus ojos con espanto en la puerta del salon.

Ya no cabia duda; iba á ver á Pilar, pero ¡cómo iba á verla!... No redimida por el amor como esperaba, sino envilecida como ántes, manchada con el fango del vicio y arrastrada siempre por la corriente de aquella vida infame y aventurera.

De pronto sintió un horrible estremecimiento; Pilar habia aparecido ante sus ojos.

Pero no era aquella Pilar que él esperaba encontrarse, gastada por los años y en el ocaso de su belleza; era Pilar más hermosa que nunca, más jóven aún que cuando la vió por vez primera, como si el tiempo, léjos de marcar en su rostro las huellas de su paso, se hubiese complacido en añadirle cada dia nuevos hechizos.

Su extraordinario parecido, su mismo nombre, ofuscaban á Ricardo; pero ¿era posible que Pilar conservase aún aquel semblante lleno de juventud y de frescura? Las flores más delicadas son las primeras que se marchitan: por eso dura tan poco la hermosura de la mujer.

—No debe ser Pilar,—pensaba Ricardo, pero entónces,—continuaba sumergido en un mar de dudas y confusiones,—¿cómo puede darse la extraña casualidad de tan completa semejanza?

Diciendo esto, una idea asaltó su mente; acercóse á Pilar y alargándole el medallon, exclamó:

—Esto debe ser lo que V. busca.

—Muchas gracias, caballero,—contestó la jóven sin inmutarse.

No era Pilar seguramente: Pilar lo hubiera reconocido. Pero si no era ella, ¿cómo estaba en su poder aquel medallon que contenia su retrato?

Ricardo se estremeció.

—¿Puedo saber,—preguntó,—de quién proviene esa joya?

—De mi madre,—contestó la llamada Pilar.

—¿Vive?

—No señor; murió hace quince años, cuando yo apenas contaba cuatro, en una pequeña aldea de Andalucía.

—¿Cómo se llamaba?

—Pilar, como yo.

Ricardo sintió una angustia indescriptible. La evidencia disipaba de una vez todas sus dudas.

¡Aquella era la hija de Pilar!...

Un horrible escalofrio circuló por todo su organismo; sintió que las fuerzas le faltaban, que su vista se oscurecia y cayó exánime á los piés de la jóven, exclamando:

—¡Pobre hija mia!

. . . .

Al dia siguiente anunciaban los periódicos la muerte de Ricardo, producida por una congestion cerebral fulminante.

JUAN ANTONIO CAVESTANY

¡SI YO FUERA RICO!

CUENTO REALISTA

La vida humana es una lucha.

El hombre ha nacido para el combate. Todos los séres de la creacion se destrozan unos á otros, y todos están armados para defenderse. Desde el hombre pastor, tipo primitivo del más antiguo estado social, hasta el Ministro de Hacienda de nuestros dias, el tipo moderno más acabado de nuestros luchadores, la existencia de la humanidad ha pasado de guerra en guerra y de combate en combate, por todas las luchas posibles. Guerras de raza, de religion, de conquista, de sistemas filosóficos, de escuelas, de nacionalidades. Guerras simbólicas, como las de la cruz y la media luna: la rosa blanca y la rosa encarnada: los blancos y los azules; guerras escolásticas como las de los platónicos y los epicúreos, las de Alcalá y Salamanca, las de la Sorbona y los enciclopedistas; y guerras, por fin, literarias como las tres que llevamos ya en lo que va de siglo. Primera: la de los afrancesados contra los españoles antiguos, capitaneados aquellos por el insigne Moratin y defensores estos de todos los autores de los siglos XVII y XVIII: segunda, la de los clásicos y los románticos, que por espacio de diez años hizo gemir á todas las prensas de Europa en eternas escaramuzas y continuas batallas; y tercera, y última por ahora, la de los realistas y los espirituales.

Dejemos para los aficionados á los estudios antiguos, todas las guerras literarias que duermen en la mansion del olvido con sus valientes capitanes y sus ignorados soldados de fila, y ocupémonos por breves momentos, de la guerra actual que nos divide, literariamente hablando.

Sucede en las guerras literarias, lo que en todas las guerras: que todo el mundo habla á un tiempo y que nadie se entiende. Si los hombres se entendieran no habria guerras nunca. Por desgracia ni los hombres se han entendido nunca, ni se entienden hoy, ni se entenderán jamás. Necesitan sólo para pelear un nombre, un símbolo, una palabra, y apénas se inscribe esta en una bandera, ya hay jefes, soldados y adeptos, que piensan sólo en exterminar el nombre, la palabra ó el símbolo escrito en la bandera contraria; sin averiguar si, en el fondo, aquellas palabras quieren significar lo mismo, y sin analizar si los ideales, los medios y hasta el mismo pensamiento, agitan y ponen en constante divergencia los dos campos beligerantes. Todas las guerras concluyen acercándose los contendientes; pero como estos no se acercan jamás, las guerras durarán tanto como dure la humanidad terrestre habitando este humilde planeta.

¿Qué dice, qué defiende, qué proclama la escuela *realista?* Que en literatura todo debe sujetarse á la verdad: que se debe pintar al hombre tal *como es*, para que estudie y aprenda cómo *debe ser:* que no hay vicio, plaga ó enfermedad social que no pueda ser descrita, analizada y detallada por cruel, repugnante y horrible que sea, siempre que el *fin moral* del escritor sea el perfeccionamiento de las leyes, las costumbres y las pasiones humanas. ¿Es esto lo que, con caracteres de *novedad* y con orgullo de *innovacion*, nos predican constantemente los jefes, los sacerdotes, los prohombres de la escuela realista? Pues señores nuestros: ni la idea es nueva, ni son nuevos los procedimientos, ni es innovadora la escuela. La *cosa* ha existido siempre y las obras inmortales de todos los genios literarios de todos los países, son aquellas que más se acercan á la *verdad* humana. Sin remontarnos á la literatura griega y latina, que nos darian mil ejemplos, sabidos por todos, de la exactitud de nuestro aserto, y sin extendernos á analizar *la obra* de Shakespeare (como ahora se dice), uno de los escritores más *realistas* del mundo, nos encontraremos con el preceptista Boileau, autor de los más clásicos, diciéndonos:

> Rien n'est beau que le vrai; seul le vrai est aimable.

Descenderemos á nuestro teatro español de mediados de este siglo y oiremos á Tamayo, en su discurso de recepcion en la Academia Española, defender y proclamar como *summum* de belleza *la verdad en el teatro*.

«Nadie habrá que niegue ser el hallazgo de lo verdadero, no sólo el fin más digno á que aspira nuestro entendimiento, sino tambien necesidad imperiosa á que obedece en todas sus operaciones. Ni toca más á la ciencia que inquirir y demostrar la *verdad*, como hecho positivo, ni más que analizarla como pura abstraccion á la filosofía, ni más que representarla como *realidad* sensible á las artes en general. Si no á imitarla ó reproducirla ¿á qué otro objeto superior pudiera aspirar el ingenio? ¿Acaso á crear un nuevo mundo? Creador no hay más que Dios»

No soñaba en alzar su estandarte revolucionario la moderna escuela realista, y ya Balzac habia inmortalizado su nombre con obras *verdaderas*, *reales y humanas*, sin que puedan llegar jamás las *Nanas* de Zola ni los *Nababes* de Daudet, al *Père Goriot* del inmortal autor de la *Comedia humana*.

¿Qué hay, pues, aquí, y cuál es el misterio de este pugilato literario? Primero una palabra: despues una desdicha. Donde ellos escriben *realismo*, leamos nosotros *realidad* y todos estaremos de acuerdo. Esto en cuanto á la palabra. La desdicha consiste en que los adeptos, los secuaces, los discípulos de la escuela, digámoslo así, extreman en la forma, por lo ménos, los sucesos y los personajes *reales*, y en vez de hacerlos efectivos y reales, los hacen *realistas;* pero no realistas á lo Balzac, ó á lo Zola, sino *voluntarios realistas*, á lo Calomarde ó á lo Chaperon; de todo lo cual resulta, que los escritores, si han de querer dar á sus obras condiciones de viabilidad literaria, tienen que ser *realistas*, en la verdadera acepcion de la palabra; han de procurar pintar al hombre como real y verdaderamente es; ya que la *verdad* y la *realidad* han sido, son y serán, en todos los tiempos y en todas las literaturas, fuente de lo bello y manantial inagotable de la posible perfeccion humana.

Y terminado este preámbulo, ya comprenderán mis queridos lectores que llamo á *¡Si yo fuera rico!* cuento realista, no porque en su forma descarnada y material pertenezca á la *nueva escuela*, sino porque siendo *real* y *humano*, me asiste el derecho de darle aquel calificativo, si no el más simpático á mis ojos, el más verdadero. Y va de cuento.

I

Cruzaba el pobre Kaleb por el mercado de Bagdad, para ir al trabajo, cuando se detuvo al oir los gritos de un pobre diablo á quien dos guardas querian llevar por fuerza á presencia del Cadí.

—¡Mísero de mí!—exclamaba el preso.—Por dar de comer á mi padre y á mi hermana pedí prestados cincuenta cequeís. Como el año ha sido malo, he tenido que vender al fiado mis mercancías: no me han pagado los compradores, y mi acreedor inhumano me reclama como esclavo suyo, por no haberle podido devolver la cantidad prestada. ¿Qué será de mí? ¿Quién velará por mi anciano padre? ¿Quién socorrerá á mi pobre hermana Zora, ni quién querrá casarse con ella, pobre y miserable?

Kaleb, con los ojos henchidos de lágrimas, murmuraba:

—¿Es posible que no haya entre todos estos mercaderes un hombre generoso que libre al hijo de la esclavitud, socorra al padre y se case con Zora, sin dote? ¿Por qué no he de ser yo más que un pobre trabajador? ¡Ah! ¡si yo fuera rico!

Prosiguió el jóven Kaleb su camino y se encontró de manos á boca con un antiguo amigo de su familia á quien saludó humildemente diciéndole:

—Salud á tí, digno y dichoso Alhacin, que posees la confianza del señor más rico y considerado de Bagdad.

LUIS M. DE LARRA

(Continuará)



ROSA CON ESPINAS

REPRESAS TORRENCIALES

El fenómeno de las mareas hace necesario el clasificar los puertos en dos grandes clases: puertos mediterráneos y puertos oceánicos.

En los mares mediterráneos es insensible la diferencia de los niveles de la superficie del mar, y en sus puertos los barcos se encuentran siempre á flote. Las maniobras para la entrada y la salida no encuentran obstáculos por parte de las corrientes de flujo ó de reflujo, pues en ellos no existen, y las embarcaciones están constantemente en las dársenas á la altura de los muelles; por lo que no ofrece dificultad especial la carga y la descarga de las mercancías.

Pero en los puertos oceánicos, siempre el agua baja y sube: regularmente dos veces cada 24 horas y 50 minutos: en unas partes más, en otras ménos. En muchos puertos de marea, las embarcaciones se quedan en seco á la baja mar; y, á fin de evitar los retardos, la pérdida de tiempo y los demás inconvenientes que, para la carga y descarga, presenta esta perpetua diferencia de altura de las cubiertas de los buques respecto del plano de los muelles, se han ejecutado últimamente obras inmensas en los puertos principales del mundo, donde las mareas son de más amplitud. Los antiguos barcos de madera podian sin reparo quedar en seco á la menguante, y hasta se construian contando con esta circunstancia; pero, desde que han variado las condiciones de la arquitectura naval, es necesario mantener siempre flotantes los grandes buques de la construccion moderna. Al efecto, los grandes puertos de marea de las naciones adelantadas tienen extensos estanques que se llenan de agua á la pleamar, llamados por los franceses *bassins à flot*, y por los holandeses *doks*, donde siempre los buques encuentran fondo suficiente; pues por medio de poderosísimas compuertas, se impide la salida del agua á la bajamar. En el Havre hay ocho *bassins à flot* y más de treinta en Liverpool.

La necesidad de obras tan gigantescas y de tanto costo no es, sin embargo, el mayor de los inconvenientes de los puertos de marea, con ser ya tan onerosa semejante necesidad.

Las olas y las corrientes baten, descarnan, desagregan, muelen y dispersan los materiales de las costas; las minan, las roen, y hasta cambian su configuracion. Aun las piedras graníticas ceden á los embates y roces incesantes de las arenas y de los guijarros que las embestidas huracanadas del mar ponen en movimiento. En las costas escarpadas, las olas tempestuosas socavan las rocas por su base; enormes masas de piedra se desgajan y desprenden: al caer, se hacen trizas; las aguas luégo arrastran los guijarros, los desgastan y redondean con el roce de los unos contra los otros, los trituran y porfirizan, y los convierten al fin en menuda arena ó en finísimo fango, segun la naturaleza de las costas en que el mar hace erosion.

Las corrientes litorales, y, sobre todo, las mareas, arrastran tales detritos, y los depositan en el interior de los senos y de las anfractuosidades de las costas. Hé aquí la causa de los aterramientos, en general.

Todavía el fenómeno se complica en la mayor parte de los puertos, por el transporte de tierras, limo y arenas de los rios, perpetuos niveladores de la corteza terrestre, que llevan á la mar constantemente las eminencias de las montañas.

En el Océano, esos acarreos fluviales se combinan con los de las mareas, y su resultante constituye los estuarios y barras, y, además, esas ensenadas de canales muy profundos, cerca de los cuales se encuentran los principales puertos del globo: Hamburgo á la entrada del Elba, Lóndres en el Támesis, Havre en el Sena, Liverpool en el Mersey, Lisboa en el Tajo, Nueva-York en el Hudson, Buenos Aires en el Plata, Calcuta en el Gánges, etc., etc. En el Mediterráneo, los acarreos fluviales producen sólo deltas, á cuyas bocas no existen puertos de consideracion porque las corrientes de los rios mediterráneos no cavan esos canales profundos, carácter principal de los puertos

de barras y estuarios. Alejandría no se alza sobre el Nilo, ni Marsella sobre el Ródano, ni Odesa sobre el Danubio.

Los deltas están constituidos por los materiales traidos desde el interior de los países atravesados por sus rios, como el delta del Nilo, que cubre una superficie de más de dos millones de hectáreas. Los estuarios se forman, no sólo con los detritos de las montañas, sino tambien con las erosiones de las costas; y sus materiales no permanecen estacionarios como los de los deltas; ántes bien, arrastrados por las corrientes del mar, suelen trasladarse hasta costas muy lejanas.

La potencia de estos acarreos aturde la imaginacion.

En las costas del Sena inferior, la mar socava, roe y tritura una faja de roca de 228 kilómetros por 60 metros de alto y 30 centímetros de espesor, lo que produce una erosion de más de 4 000 000 de metros cúbicos. En Calvados, el desprendimiento, en una extension de 110 kilómetros, se calcula en más de un millon.

Entre las islas de Wight y Dover, en un trayecto de 250 kilómetros, las erosiones importan cuatro millones y medio de metros cúbicos de guijarros. A Fécamp llevan las corrientes 5000 metros cúbicos de piedra, por año; al Havre, 1400; á Sainte Valéry, 18000; á Dieppe, 30,000. Los fangos, más fáciles de acarrear por la marea, se acumulan por masas enormes en algunos puertos. En Saint-Nazaire entran anualmente 200000 metros cúbicos de fango. En Cádiz, los acarreos litorales de las olas, y los fluviales del Guadalete, tienen casi cegada su bahía, ántes una de las mejores del mundo. El Guadalete, cuando hay lluvias torrenciales en la comarca, puede muy bien introducir en las ensenadas gaditanas más de un millon de toneladas cúbicas de fango correspondientes á una lluvia torrencial de 24 horas.

La enorme sedimentacion de los detritos litorales acarreados por las olas, y de los orográficos arrastrados por los rios, ha hecho desaparecer muchos puertos oceánicos.

Pensar en los dragados contra los aterramientos oceánicos es sencillamente una candidez, porque las fuerzas naturales nunca duermen, y en la lucha de ellas contra el capital, siempre resulta éste vencido. Muchas millonadas ha gastado Cádiz en dragados anticientíficos y el resultado nunca ha sido perceptible. Contra las fuerzas naturales no hay más recurso que oponerles sábiamente otras, y la ciencia humana ha sabido apoderarse de las fuerzas mismas de las mareas, para hacerles remediar los daños que ellas causan. El ingeniero ha dicho: ¿Las mareas producen los aterramientos en los puertos oceánicos? Pues que las mareas mismas destruyan esos aterramientos.

Hé aquí cómo.

A la creciente y hasta el momento de la pleamar, se permite la entrada del agua marina en grandes receptáculos preparados al efecto: (á veces, á costa de muy onerosos sacrificios).

Al empezar la menguante, no se deja salir el agua, para lo cual se cierran compuertas oportunas. El agua, así, se conserva represada, y en alto, hasta el momento de la bajamar; y entónces se suelta *de golpe* el líquido represado, el cual, *con una fuerza torrencial*, se precipita en los canales obstruidos, y en poquísimos instantes los despeja de sus obstáculos, arrebatando vigorosamente, no sólo el fango y la arena, sino hasta los bancos de guijarros, que arrastra hácia el mar, donde los entrega á las corrientes litorales, para que los transporten á parajes en que no causen perjuicios.

No cabe más sencillo procedimiento.

El torrente, como es natural, trabaja proporcionalmente á su masa y al cuadrado de su velocidad; por lo cual los receptáculos deben ser *de mucha extension* y *evacuables en el menor tiempo posible.* Miéntras más viva es la marea, mayor es la amplitud, y más pujante, por tanto, la caida de la represada catarata; y miéntras más obstruidos están los caños, más brillantes los efectos, porque toda la fuerza del torrente se emplea contra los obstáculos y las obstrucciones.

El efecto de los torrentes de limpia (*chasses* de los franceses, *scouring basins* de los ingleses) es muy considerable; y tanto, que nadie, á primera vista, los calcularia tan poderosos y eficaces. En Calais, doce limpias torrenciales se llevaron 100000 metros cúbicos de arena, es decir, un banco de un kilómetro de largo por 100 metros de ancho y uno de alto.

En Tréport, cada torrente de limpia se lleva 3000 metros cúbicos de guijarros.

En Dieppe, 1500, tambien de piedra.

En Dunkerque no existiria el puerto sin las *chasses*, que dejan salir por segundo 820 metros cúbicos de agua.

Lo mismo sucederia en Sunderland, sin su *scouring basin.*

Claro es que, para que los efectos de las represas torrenciales de limpia sean un máximum, hay que someter el procedimiento á condiciones puramente técnicas y ajenas de este artículo.

F. BENOT



ALGUNOS DE LOS MAYORES DIAMANTES DEL MUNDO (*tamaño natural*)

1. Orlow, diamante que adorna el cetro del emperador de Rusia: 194 ¾ quilates.—2. El Regente, de la corona de Francia: 136 ¾ quilates.—3. 11. Gran duque de Toscana, perteneciente al emperador de Austria: 139 ½ quilates.—4. 12. Estrella del Sur, diamante del Brasil, en poder de la casa Halphen: 125 quilates.—5. Amarillo Florentino, en el del emperador de Austria.—6. El Sancy, en el del príncipe Demidoff: 53 ⅓ quilates.—7. Diamante verde, en Dresde, 40 quilates.—8. Ko-i-noor (montaña de luz), en poder de la reina de Inglaterra, antigua forma, 280 quilates: 10, nueva forma, 106 $^{1}/_{16}$ quilates.—9. Diamante azul, en el de la casa Hope de Amsterdam: 44 quilates.



EL MAESTRO DE DANZAR, cuadro por Mantegazza

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 26 DE OCTUBRE DE 1885 — NÚM. 200

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CUADRIGA EN EL PALACIO DEL CONSEJO IMPERIAL EN VIENA

(Modelada por el renombrado artista V. Pilz)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

CUADRIGA en el palacio del Consejo Imperial en Viena

(Modelada por el renombrado artista V. Pilz.)

Este grupo, concebido con valentía y ejecutado con grandiosidad, es digno, bajo muchos conceptos, de la escultura griega y romana. Desde luégo nos parece superior á los renombrados caballos de bronce que decoran la basílica veneciana y cuya actitud, por demás tranquila y uniforme, contrasta con el calor y la sangre de los cuadrúpedos vieneses. Una cosa llama en estos la atencion y es que no muevan una misma mano los cuatro, como entendemos ha de suceder en toda cuadriga bien amaestrada y como sucede en los caballos de San Márcos. Es indudable que, haciendo mover á los brutos distintas manos, ha evitado Pilz el peligro de la igualdad de actitudes; pero los efectos obtenidos en detrimento de la verdad no pueden dispensarse sino á los artistas vulgares, y ménos en obras que forman la parte decorativa más importante de un suntuoso edificio nacional.

EN LA ALDEA, cuadro por J. Hahn

Los habitantes de las grandes poblaciones no conciben la vida en ciertas aldeas más que humildes, cuyas chozas resguardan apénas del rigor de los elementos á quienes las ocupan. Y los aldeanos, por su parte, no aciertan á comprender cómo sea posible que personas acomodadas se resignen á vivir entre cuatro paredes, cuando existe, no léjos de la ciudad, tanto aire, tanto espacio, tanto sol y tanta salud. Bajo este punto de vista hay que considerar la existencia en la aldea, donde cada vecino dispone libremente de ese palacio, tan inmenso como bello, que se llama la naturaleza.

Comprendiéndolo de esta suerte el autor del cuadro que publicamos, ha trazado una escena típica de lo que podríamos llamar la escuela de párvulos de la aldea, escuela cuyo local no tiene competencia en los mejores establecimientos con que el progreso pedagógico ha dotado las más renombradas ciudades.

El pensamiento es simpático y Hahn lo ha ejecutado con exquisito sentimiento. Es realmente agradable la vista de esas criaturas, medio contenidas apénas por los deberes escolásticos, que indudablemente no producirán muchas Staels ni muchas Fernan Caballero; pero que proporcionarán, con el tiempo, á aquellos honrados labradores robustas compañeras, fieles esposas y previsoras madres de familia.

LOS LOLARDOS, Copia del celebrado cuadro de J. Schikaneder

Entre las muchas sectas á que dió lugar la reforma religiosa que hizo célebre en la historia al siglo XVI, la de los lolardos fué una de las que obtuvieron mayor número de prosélitos, y por lo mismo fué, igualmente, una de las que mayores persecuciones hubieron de sufrir por parte de los católicos, empeñados en aquella lucha de la unidad religiosa y de la unidad monárquica contra la libertad de exámen en lo espiritual y en lo temporal. Apellidáronse Lolardos, segun unos, del nombre de su fundador Gualtero Lollard; segun otros de la palabra *lollen* ó *lullen* que en aleman significa orar á media voz, que era una de las prácticas de los reformadores.

Excitadas las pasiones de una manera indecible, cada cual defendia su criterio con el hierro y el fuego: las hogueras consumieron á muchos reformados, y la espada de estos dió cuenta de muchos católicos. Los lolardos, empero, no extremaron sus venganzas, y si encendieron varias hogueras fueron principalmente para quemar los muchos libros escritos para condenar su doctrina.

La escena representada en nuestro cuadro figura uno de esos autos de fe: junto á la hoguera que consume las obras de sus contrarios, los lolardos entonan en voz baja uno de esos psalmos que constituian el fondo de oraciones de los reformados. La obra tiene colorido, expresion y sentimiento. A la simple vista se echa de ver en sus personajes ese tinte de misticismo, esa rudeza fanática que caracterizó durante mucho tiempo á los heterodoxos de Alemania y de Inglaterra.

Una observacion, hija de preocupacion quizás. ¿No les parece á nuestros lectores que ese cuadro, por el tipo, dibujo y agrupacion de varios de sus personajes, y áun por el tinte general que en él domina, tiene mucha analogía con uno de los más célebres y populares lienzos de la moderna pintura española?

NO HARIA MAL MODELO

Un artista errante, uno de esos entusiastas profesores que, con la mochila á la espalda, buscan un punto de vista con el empeño de Diógenes cuando buscaba á un hombre, ha establecido su taller de campaña al pié de una colosal encina. Satisfecho su afan con algunas horas de trabajo, el calor, el silencio, la fatiga, le invitan al descanso: su mano suelta el pincel y alumbra el cigarro, toma la actitud horizontal y sueña con los ojos abiertos...

Su éxtasis, como diria un místico, su *rêverie*, como diria un francés empleando una palabra intraducible, es interrumpido por una aparicion. Del otro lado de una cerca natural le contempla, no sin cierta dulzura, una muchacha semi-rústica, cuya admiracion comparten el artista y su obra.

Nuestro pintor no se toma la molestia de cambiar de actitud, como que la niña no ha de comprar su cuadro; pero tampoco renuncia á examinar sus líneas, porque la línea es la base de la belleza y la belleza es la piedra filosofal que persigue el arte. Despues de una muda contemplacion, á que la niña se presta adoptando, sin saberlo, una actitud elegante, nuestro pintor, que todo lo convierte en sustancia de taller, reasume la situacion en la siguiente frase:

—No haria mal modelo...

MODESTIA, cabeza de estudio por J. Zenisek.

No es esta la vez primera que hemos tenido ocasion de incluir en nuestras páginas alguna obra de este aventajado pintor. La que hoy damos es de esas que bastan para cimentar la nombradía de un artista, pues si bien es sobria en detalles y sencilla por demás, esta misma sobriedad y sencillez hacen que se aprecie doblemente la destreza, el conocimiento artístico con que el pintor ha sabido dar á su obra la expresion que se proponia, la de la exquisita modestia que se revela en las facciones de tan simpática cabeza. Es indudable que el artista ha debido copiar un modelo tan ingenuamente modesto como digno de ser retratado por su pincel.

OBSERVACIONES

SOBRE EL CARÁCTER DE DON JUAN TENORIO

POR DON F. PI Y MARGALL

I

Confieso que Tirso de Molina es uno de mis autores favoritos. Me encanta en muchas de sus comedias la animacion de los diálogos, la naturalidad y soltura de los versos, la elegancia del lenguaje, la sencillez del argumento, la manera fácil y agradable como lo desarrolla. Con todas estas cualidades le tendria en poco, á no conocerle una que, en mi sentir, es superior á todas y constituye al verdadero poeta. Le aplaudo y le admiro porque tiene el maravilloso don, que á tan pocos se otorga, de crear caracteres.

Crear caracteres no es para mí, ni puede ser para nadie, concebir personajes sin realidad y atribuirles más ó ménos brillantes hechos, cosa fácil para el que no carezca de mediana fantasía; es darles un corazon, una voluntad, una inteligencia, una vida tal, que todos, en leyendo el poema ó el drama donde figuren, los veamos y toquemos como si vivieran, los distingamos perfectamente de los demás y los comprendamos hasta el punto de poder apreciar lo que en determinadas situaciones dirian ó harian. Inventarlos es cosa secundaria: se los puede tomar de la historia ó la leyenda, sin que por esto disminuya el mérito del que acierte á restituirles la vida que perdieron. Lo principal es convertirlos en séres vivos y armónicos que sean reales para los hombres, ya que no para la naturaleza.

Supo Tirso hacer esto como los primeros poetas, y de aquí la predileccion en que le tengo. No sólo creaba caracteres; los desenvolvia de suerte que los daba á conocer á las primeras palabras de sus interlocutores. Procedia á la manera de Shakespeare, no á la de esos dramáticos de segundo órden, que no dejan comprender el espíritu de sus personajes sin hacerlos pasar por una larga serie de vicisitudes y contrastes.

¡Y qué caracteres los suyos! Verdaderos tipos de la especie, han adquirido algunos la popularidad de los de Cervantes é inspirado á muchos de los escritores que tras él vinieron. Son ricos, bellos, ideales y reales á la vez, mezcla feliz de la naturaleza y la poesía. Se los sigue sin violencia por las regiones más fantásticas, y áun allí se los encuentra verdaderos. Tienen sobre todo unidad, tanto, que difícilmente se los puede corregir que no se los falsee. Testigo el de D. Juan Tenorio, personaje que tantos poetas tomaron con posterioridad á Tirso por protagonista, ya de sus dramas, ya de sus cantos épicos.

El D. Juan de Tirso de Molina es un gallardo y seductor mancebo que se complace en ganar el corazon de las mujeres, las abandona en cuanto logró engañarlas, y vuela de flor en flor como la mariposa; un caballero de temple, que tiene su honor en mucho, no retrocede ante ningun peligro y atropella por todo en cuantos lances le ocasionan sus locos devaneos: un cristiano que olvida lo flaco de su naturaleza, mira léjos de sí la muerte, y goza, sin temor al infierno, de los placeres de la vida; un mozo que, arrebatado por el vicio, desoye al cielo, y sólo se arrepiente cuando le abrasa el fuego que ha de matarle; la imágen, por fin, del alma libre y el cuerpo cautivo.

No es un hombre de pasiones: ni ama ni odia. Siente, cuando más, por las bellezas que ve un calor que no trasciende al espíritu; y si alguna vez mata, es, no por odio ni por venganza, sino por arrollar un obstáculo. No conoce más que un amor, el amor propio, y por este determina su conducta. Se creeria humillado si no venciera á la mujer en quien puso los ojos; se tendria por indigno si no se abriera camino entre los que intentaran atajárselo; reputaria vil y bajo acudir á terceros para sus empresas. Se dirige á la mujer, fiando sólo en su gallardía y su lengua; se arroja á las más temerarias aventuras, fiando sólo en sus armas. Nada de escuderos que estén en acecho; nada de criados infieles que por soborno le franqueen la puerta. Ni pone siquiera en juego las artes del diablo: no hace brillar nunca ni alhajas ni joyas á los ojos de la mujer que está seduciendo. Se las promete á lo sumo para despues de la victoria. ¿Le sale álguien al paso? Tampoco le pide favor ni se disculpa.

No por eso es maton ni pendenciero: no usa de la espada sino en su defensa. Puesto á defenderse, no ceja, en cambio, ni á la voz de la sangre. Pelea con los guardias del Rey de Nápoles; deja cadáver al comendador de Calatrava, que corrió á detenerle al oir los gritos de su engañada hija; y, sujeto ya por la sombra de ese ultrajado padre, esgrime contra ella su impotente daga. Cede una sola vez, y ésta cuando ve inútil toda resistencia.

Es tan incorregible como intrépido. En vano le reprenden unos, le amonestan otros, le destierra el Rey, le habla el autor de sus dias en tan cortas como sentidas frases: continúa mintiendo y engañando. En vano se le amenaza con la otra vida: contesta con su ¡tan largo me lo fiais!, que resume todo un carácter. En vano se ve casi presa de la muerte: no bien se salva, cuando vuelve á sus amoríos. Náufrago, llega sin sentido á la playa en hombros de su leal sirviente: al despertar y abrir los ojos, empieza por seducir á la pescadora que tuvo la desdicha de acogerle en su regazo.

Miente y engaña; pero adviértase bien, con el sólo objeto de cautivar mujeres y lograr la satisfaccion de sus carnales apetitos; rara vez con el de atenuar sus faltas, ni procurarse oro, ni excusar un lance. Le repugnan la hipocresía y la bajeza. Al tropezar con D. Gonzalo, habria podido fácilmente desarmarle diciendo que no habia llegado al honor de D.ª Ana, como más tarde dijo: porque no se lo atribuyeran á miedo, siguió el engaño y prefirió abrirse paso con la espada.

Su honor de caballero lo tiene en tanto, que al verlo deprimido en la inscripcion de un sepulcro, convida y reta la estatua del que allí yace. Yace allí el Comendador, á quien cree haber muerto en buena ley de guerra, y al leer en la lápida:

Aquí aguarda del Señor
el más leal caballero
la venganza de un traidor,

caliente la sangre y ofendido en lo más hondo del alma, le dirige los más crueles sarcasmos. ¡Él traidor! No acaba de leerlo, cuando ase de las barbas la figura y dice:

Del mote reirme quiero.
Y ¿os habeis vos de vengar,
buen viejo, barbas de piedra?
. . . .
Aquesta noche á cenar
os aguardo en la posada,
y allí el desafío haremos
si la venganza os agrada;
pero mal reñir podremos
si es de piedra vuestra espada.
. . . .
Larga esta venganza ha sido;
si es que vos la habeis de hacer,
bien puedo vivir dormido;
que si á la muerte aguardais
la venganza, la esperanza
agora es bien que perdais,
pues vuestro enojo y venganza
tan largo me lo fiais.

¿Qué habla aquí en D. Juan? ¿es la impiedad? ¿es la locura? No; habla todavía el amor propio lastimado, el pundonor herido. Con gusto habria visto entónces don Juan que se hubiese levantado del sepulcro el Comendador, provisto de todas armas y dispuesto á combatirle. Si ayer con denuedo, hoy con verdadero furor le habria acometido.

No, no es un impío el D. Juan de Tirso de Molina. Cree en Dios y la inmortalidad del espíritu. Cree en el cielo y el infierno. Cree en la eficacia de la confesion para salvarse. Cree posible rescatar por las oraciones de la Iglesia las almas de los que murieron en pecado. Cuando está en su aposento á solas con la estatua del Comendador, le dice:

Si andas en pena ó si buscas
alguna satisfaccion,
aquí estoy. Dímelo á mí,
que mi palabra te doy
de hacer todo lo que ordenes.
¿Estás gozando de Dios?
¿Eres alma condenada
ó de la etérea region?
¿Díte la muerte en pecado?
Habla, que aguardando estoy;

y cuando ve inevitable su muerte, exclama:

Deja que llame
quien me confiese y absuelva.

Hace frente á la estatua al verla por la primera vez con vida, y se compromete á cenar de noche con ella en la iglesia donde está el sepulcro; pero tampoco por

impiedad, sino por ese exagerado honor, móvil principal de sus actos:

D. GONZALO ¿Cumplirásme una palabra
como caballero?
D. JUAN Honor
tengo, y las palabras cumplo,
porque caballero soy.
D. GONZALO Dame la mano, no temas.
D. JUAN ¿Eso dices? ¿Yo temor?
Si fueras el mismo infierno,
la mano te diera yo.
D. GONZALO Bajo esa palabra y mano
mañana á las diez te estoy
para cenar aguardando.
¿Irás?
D. JUAN Empresa mayor
entendí que me pedias:
mañana tu huésped soy.
¿Dónde he de ir?
D. GONZALO A la capilla.
D. JUAN ¿Iré solo?
D. GONZALO No, id los dos,
y cúmpleme la palabra,
como la he cumplido yo.
D. JUAN Digo que la cumpliré,
que soy Tenorio...
. . . .
Iré mañana á la iglesia,
donde convidado estoy,
porque se admire y espante
el mundo de mi valor.

Cuando va D. Juan á cumplir su extraña promesa, oye de boca de su criado que es necedad de necedades ir á cenar con un muerto. Por toda contestacion le dice:

¿No ves que dí mi palabra?

y al llegar á la capilla, léjos de encogerse, se exalta al oir puestos en duda por D. Gonzalo su honor y su arrojo.

D. JUAN ¿Quién va allá?
D. GONZALO Yo.
D. JUAN ¿Quién sois vos?
D. GONZALO El muerto soy, no te espantes.
No entendí que me cumplieras
la palabra, segun haces
burla de todos.
D. JUAN ¿Me tienes
en opinion de cobarde?
D. GONZALO Sí, porque de mí huiste
la noche que me mataste.
D. JUAN Huí de ser conocido,
mas ya me tienes delante.
Dí presto lo que me quieres.
D. GONZALO Quiero á cenar convidarte.
D. JUAN Cenemos.
D. GONZALO Para cenar
es menester que levantes
esa tumba.
D. JUAN Y si te importa,
levantaré esos pilares.
D. GONZALO Valiente estás.
D. JUAN Tengo brio
y corazon en las carnes.

Honor y placer: tales son los ejes sobre que gira el carácter de D. Juan Tenorio. Reune ese D. Juan la gracia del seductor y la bizarría del caballero; y, espontáneo en todas sus manifestaciones, lo mismo agrada cuando hace el amor que cuando arrostra la cólera ó la venganza de D. Gonzalo. ¡Qué bien dice cuando enamora! ¡Qué ligereza y soltura hay en sus palabras! ¡Con qué facilidad y con qué acento de conviccion promete! Así acalla los recelos de la pescadora, que se reconoce de condicion inferior á la suya:

D. JUAN No digas tal,
Trisbea. En tu casa estoy,
y estimo más ser en ella
un humilde pescador
mereciendo tu favor
y tu mano hermosa y bella,
que las riquezas mayores
que el mundo puede ofrecer.
PESCADORA Casi te quiero creer,
mas sois los hombres traidores.
D. JUAN ¿No echas de ver por los ojos,
mi Trisbea, el corazon?
Pues mios tus brazos son,
no me niegues sus despojos.
Abrázame y dame en ellos
el alma.
PESCADORA Ya á tí me allano,
mas con la palabra y mano
de esposo.
D. JUAN Juro, ojos bellos
que mirando me matais,
de ser vuestro esposo.
PESCADORA Advierte,
mi bien, que hay infierno y muerte.
D. JUAN ¡Tan largo me lo fiais!
Ojos bellos, miéntras viva,
vuestro cautivo seré.
PESCADORA Esta es mi mano y mi fe.
D. JUAN Y ésta la mia, si estriba
en ella vuestro sosiego.

Son aún más bellas y floridas sus palabras cuando trata de seducir á Arminta.

D. JUAN Arminta, escucha y sabrás,
si quieres que te la diga,
la verdad, si las mujeres
sois de verdades amigas.
Yo soy noble caballero,
cabeza de la familia
de los Tenorios, antiguos
ganadores de Sevilla.
Mi padre despues del Rey
se reverencia y se estima
en la corte, y de sus labios
penden las muertes y vidas.
Torciendo el camino acaso,
llegué á verte, que amor guia
tal vez las cosas de suerte,
que él mismo dellas se admira.
Vite, adoréte, abraséme,
y es de suerte que me obliga
á que contigo me case:
mira qué accion tan precisa.
Y aunque lo murmure el Reino,
y aunque el Rey lo contradiga,
y aunque mi padre enojado
con amenazas lo impida,
tu esposo tengo de ser.

Vencida la bella labradora, le dice D. Juan como para mejor seducirla:

¡Ay, Arminta de mis ojos!
mañana sobre virillas
de tersa plata, estrelladas
con clavos de oro de Tibar,
pondrás los hermosos piés;
y en prision de gargantillas
la alabastrina garganta;
y los dedos en sortijas,
en cuyo engaste parezcan
estrellas las amatistas.

«Tuya soy,» dice la infeliz Arminta, y D. Juan:

¡Qué mal conoces
al burlador de Sevilla!

Nada aquí de exageraciones ni de largos razonamientos sobre el amor y la hermosura; nada que tienda á explicar la voluble y al parecer contradictoria naturaleza del personaje. Y, sin embargo, el carácter resulta, no sólo de buen dibujo, sino tambien perfectamente modelado. Se lo ve, por decirlo así, de carne y hueso ya en el primer acto, y no se necesitan esfuerzos de imaginacion para comprenderlo. Al empezar la comedia, sorprenden á don Juan en el momento de haber gozado de Isabela fingiéndose el duque Octavio. A los gritos de la dama acude el Rey, que pregunta con enojo: «¿Qué es esto?» D. Juan con el mayor desenfado contesta:

¿Qué ha de ser?
Un hombre y una mujer.

Se revela ya todo su carácter en estas cortas palabras. Ordena luégo el Rey á D. Pedro Tenorio que prenda á la dama y al atrevido caballero, y D. Pedro intima á su sobrino que se rinda. D. Juan se resiste y se prepara á la defensa. Es de notar lo altanero de su lenguaje:

No llegue ninguno á mí
si morir no quiere aquí.
. . . .
Por la punta de esta espada
llegad á comprar mi vida,
que ha de ser tan bien vendida
como de todos comprada.

Se comprende desde luégo en sus dos fases á nuestro libertino caballero. Se le considera capaz de repetir el engaño en D.ª Ana de Ulloa, matar al Comendador, devolverle ultraje por ultraje despues de muerto é ir á cenar con una sombra.

—

Pero este carácter ¿es moral? ¿es verdadero? Moral no puede serlo nunca el espectáculo de un mancebo que por antojo ó por el fugaz estímulo de sus sentidos corrompe y deshonra á cuantas mujeres encuentra al paso, y con tal de satisfacer los impuros apetitos de su carne, sacrifica sin vacilar los respetos que se debe al padre, al esposo, al amigo, al hombre. Ni puede serlo el de un caballero que por un falso pundonor injuria la estatua del padre de una de sus víctimas, á quien mató injustamente de una estocada, y al verla erguida ante sus ojos, á pesar de creer que hay en ella algo sobrenatural y sentir turbado su espíritu, la provoca y se presta á visitarla de noche en la oscura capilla donde habia de temer que recibiera su justo castigo. Si D. Juan hubiese creido que aquella estatua no era sino un engendro de su fantasía, no resultaria tan inmoral—tampoco tan grande;—pero él la tomaba como la verdadera aparicion del hombre á quien habia muerto, y era hasta cínico en el hecho de no temerla. Por esto, sin duda, Tirso le presentó al final de su comedia arrepentido y sin obtener el perdon que por su arrepentimiento buscaba; la mayor y la más terrible pena que podia imponerle á los ojos de su siglo.

Mas si la creacion del D. Juan no es moral, es en el fondo verdadera. El amor voluble es por desgracia comun entre los hombres. La monogamia está en las leyes, la poligamia en las costumbres. Ni falta quien haya sostenido ni quien sostenga que no es el corazon para cautivo de una sola belleza, ni el cuerpo para abstenerse de los encantos del mundo ínterin crucemos la primavera de la vida. Si lo dicen pocos, lo piensan muchos, y muchos más lo practican. Y ¡ay del que así lo entienda y de jóven lo ejecute! El amor voluble constituye en él naturaleza. Es una de las no pequeñas causas de la prostitucion que corroe las entrañas de los pueblos.

Tal vez álguien ponga en duda que en hombre tan dado á los placeres quepa un alma de robusto temple; pero no está reñido el valor con el más desenfrenado sensualismo. Alejandro no es una excepcion entre los héroes. De César se decia hiperbólicamente que era el marido de todas las mujeres de Roma. La prostitucion siguió con frecuencia los pasos de los ejércitos, y la violacion ha sido en todos tiempos la compañera inseparable de la guerra. Ni fueron más continentes los capitanes cristianos que los del paganismo. Se afanan las religiones por domar la carne, y en la carne encuentran su más tenaz rebelde.

Lo que parecerá fuera de toda verosimilitud es cuanto se refiere á la estatua de D. Gonzalo. Conviene que distingamos. Una cosa es el carácter de D. Juan, otra los medios empleados para su desarrollo. Pueden ser estos inverosímiles y áun falsos, y aquél verdadero. Que recobre un muerto en la estatua de su sepulcro la personalidad y la vida, no es en primer lugar inverosímil bajo el dogma católico. Admitido que Dios interviene en los negocios de los hombres y puede para sus fines interrumpir á su sabo, las leyes de la naturaleza, nada hay imposible. Puede Dios buscar en un muerto como en un vivo el instrumento de sus venganzas. Y bajo el dogma católico y para el mundo católico escribió Tirso la comedia.

Aun admitida la inverosimilitud del hecho, ¿en qué podria resultar falso el carácter de D. Juan Tenorio: en que D. Juan no retrocediese ante lo sobrenatural, ante lo desconocido? Desconocido era el Océano en el siglo XVI y lo cruzaron en busca de nuevos continentes Colon y sus compañeros. Desconocidas eran más tarde las comarcas interiores de América, y las exploraban hombres al parecer reñidos con su vida, trasponiendo cumbres coronadas de nieves eternas, que despedian torrentes de fuego y asordaban y hacian estremecer la tierra con sus rugidos. Desconocida, sobre todo, nos es la muerte, y la arrostramos y desafiamos hoy en campos de batalla donde se decide los destinos de dos pueblos, mañana en un laboratorio, al otro dia en un cadalso. El honor, cuando no el entusiasmo por una idea, nos arrastra frecuentemente á cruzar con paso firme los umbrales de la muerte, más allá de los cuales no vemos sino sombras y tinieblas. Los héroes de la Iliada luchan con los dioses del Olimpo sin que por esto nos parezcan falsos.

Precisamente por haber sabido el poeta presentar con arte en su protagonista esa mezcla del libertino y el héroe, esa entereza ante lo desconocido, esa firme voluntad que le hace caminar impávido al cumplimiento de su destino sin que experimente turbacion de que al instante no se reponga, es D. Juan no sólo un carácter, sino tambien uno de los tipos más populares que ha concebido la poesía. Tres siglos lleva ya de existencia, y todos los años acude la multitud al teatro ansiosa de oirle requebrar mujeres y verle recibir intrépido la irritada sombra de don Gonzalo. Place á las muchedumbres hallar cuando ménos en el teatro almas enteras, ya que en el mundo apénas ve más que almas tibias y cobardes, aunque tan viciosas como la de D. Juan Tenorio, veladas por la hipocresía.

Pero ¿es ya el D. Juan de Tirso el que se representa en el teatro? Le han ido modificando otros poetas, y me propongo examinar si mejorándole ó desfigurándole.

II

Despues de Tirso, Molière fué el primero que puso en escena á D. Juan Tenorio. Le comprendió mal y le desfiguró, con ser poeta de primer órden. Su D. Juan es razonador y escéptico. Sin ser hipócrita, emplea por cálculo la hipocresía. Carece de toda virtud y adolece de todos los vicios. No sólo es libertino, sino tambien tramposo. Se burla de sus acreedores y hace gala de saber despacharlos, dándoles por toda moneda buenas palabras. Hijo sin corazon, rabia por ver muerto á su anciano padre. Ya se insolenta con él, ya le engaña y le hace servir de escudo contra los vengadores de sus víctimas. No es ya un caballero, sino un canalla; no ya el galan seductor de Tirso, sino un calavera de mal género. Para colmo de inmoralidad, muere sin arrepentirse.

No sólo con relacion al de Tirso, sino tambien considerado en sí, resulta el D. Juan de Molière contradictorio y falso. Es más escéptico de lo que permitia su siglo: no cree en el cielo ni en el infierno, en Dios ni en el diablo, en la libertad ni en la Providencia, en la virtud de la medicina ni en la del hombre; cree sólo que dos y dos son cuatro, y cuatro y cuatro son ocho. Ese hombre, sin embargo, que todo lo niega y atribuye sólo al interés nuestros actos, da por amor á la humanidad una moneda de oro á un mendigo, y defiende espada en mano á un desconocido que atacan tres, sólo porque es desigual la lucha, y él no puede consentir tanta cobardía.

Escéptico hasta el punto de no creer en Dios ni en la inmortalidad del espíritu, mal podia ese D. Juan parecer un héroe recibiendo impávido la estatua del Comendador de Calatrava. Al que no cree en lo sobrenatural, ¿qué



EN LA ALDEA, cuadro por J. Hahn



LOS LOLARDOS, copia del celebrado cuadro de J. Schikaneder

temor le han de infundir las sombras ni los espectros? Al que detrás del sepulcro no ve sino la nada ¿qué miedo le ha de inspirar ni áun la muerte? Con pintar Molière á su D. Juan completamente escéptico, le despojó sin querer de todo color épico y áun del carácter altamente dramático de que habia sabido revestirle Tirso. ¿Lo habria conocido él mismo cuando á la aparicion de la estatua de D. Gonzalo añadió la del espectro de D.ª Elvira?

Quitó Molière al D. Juan de Tirso hasta ese aire particular del hidalgo que considera indigno esquivar los peligros. Tiene su D. Juan seducidas á dos pescadoras, cuando le avisan que vienen sobre él unos hombres á caballo. Abandona al punto su conquista, se disfraza y busca la salvacion en la fuga. ¡Qué diferencia entre ese D. Juan y el de Tirso cuando le acometen los guardias del Rey de Nápoles! Arremete el de Tirso contra sus agresores, y sólo se rinde porque puede sin mengua poner su espada en manos de su tio. El D. Juan de Molière es bajo hasta el extremo de emplear la hipocresía contra el mismo hermano de D.ª Elvira, que horas antes habia sido para con él tipo de caballeros. Se niega á reparar su delito afectando escrúpulos que jamás tuvo, y si bien no se niega á dar una satisfaccion por las armas, hace constar que no es él quien provoca el desafío, porque se lo prohibe el cielo, un cielo en que no cree. Desconoce á no dudarlo el sentimiento del honor, alma del D. Juan de Tirso. Así es tan poco simpático, si no repugnante. Así es el de Tirso tan agradable y poético. ¿Quién dudará, con todo, que Molière quiso á la vez pintar en D. Juan al seductor y al caballero?

Ni como seductor puede compararse el D. Juan de Molière con el de Tirso. No seduce en la escena sino á dos ignorantes pescadoras que no saben hablar su lengua, y distan, por lo tanto, de la cultura y la delicadeza de alma de Trisbea y Arminta. Muestra habilidad é ingenio para convencer á las dos de que cada una es la preferida, pero no esa audacia ni esa fuerza de insinuacion que tanto contribuyen á rendir los más fuertes corazones. Es más cómico que dramático ni lírico. Saca de un convento á D.ª Elvira, ignoro por qué medios. Dudo que empleara los del D. Juan de Tirso, cuando se propone ganar á Arminta. Llega el D. Juan de Tirso á la cámara de la bella labradora cuando es ya hora de recogerse:

D. JUAN ¡Arminta!
ARMINTA ¿Quién llama á Arminta?
¿Es mi Batricio?
D. JUAN No soy
tu Batricio.
ARMINTA ¿Pues quién?
D. JUAN Mira
despacio, Arminta, quién soy.
ARMINTA ¡Ay de mí! Yo soy perdida.
¿En mi aposento á estas horas?
D. JUAN Estas son las horas mias.

¿Quién puede luégo sufrir con calma en la escena á un D. Juan que, como el de Molière, despues de haber oido las justas y sentidas quejas de su padre, le dice por toda contestacion: «hablaria V. mejor sentado,» y al verle de espaldas prorumpe en estas breves y escandalosas frases: «¡Ea! muérase V. lo más pronto posible; no hará V. cosa mejor. Es preciso que nos llegue á todos la vez, y me da ira ver padres que vivan tanto como sus hijos» (1)?

—

En el siglo XVIII quiso D. Antonio de Zamora dar nueva vida á D. Juan Tenorio. Le falseó tambien, aunque no tanto como el poeta de Luis XIV. Zamora pintó á su D. Juan creyente como el de Tirso; enemigo como el de Tirso de pensar en la muerte y privarse, por miedo á la vida futura, de gozar los placeres y los encantos del mundo; no ya como el de Tirso, gentil seductor y noble caballero. El D. Juan de Zamora es un sér abrutado que no vacila en recurrir á la violencia para la satisfaccion de sus torpes apetitos; riñe por solo el gusto de reñir, y cuando no tiene con quién, la emprende á estocadas con estudiantes que no le provocaron; quebranta osadamente las leyes de la hospitalidad y el duelo, y mata al Comendador sólo porque el Comendador, en cumplimiento de su deber, se opone á que ataque á su huésped Filiberto, pendiente un desafío; obra á sabiendas el mal y hace gala de no enmendarse á pesar de los consejos de los hombres y los avisos del cielo. Es díscolo, pendenciero, jactancioso, exagerado y despreciable. Es, no un sér espontáneo, sino un actor que está siempre en escena. Así es tan contradictorio y tan poco racional en su conducta. Del D. Juan de Tirso cabia decir que mujer seducida, mujer olvidada. El de Zamora, que

no es para andar de reata
con mujer á todas horas,

vuelve á los brazos de Beatriz despues de su viaje á Italia, y, novio de D.ª Ana, se enfurece cuando sabe que se deshicieron sus ya concertadas bodas. La amaba, segun él mismo dice, á esa D.ª Ana de Ulloa; la queria y á la vez la odiaba; no podia ni idolatrar ni olvidar, y padecia.

Otro tanto sucede con su bravura. Mata al Comendador, porque éste, como decia, le impide que riña con Filiberto; y, ya que con Filiberto riñe, despues de haber querido proseguir la lucha á pesar de los mandatos de su padre y el *¡ténganse al Rey!* de la justicia, abandona el campo por un simple consejo de su criado. Se resiste más tarde al Rey, que ordena le arresten; y cuando le ve colérico, se retira por otro consejo del Conde de Ureña. Las razones que da para esos inesperados arrepentimientos son como suyas. Dice al criado:

Dices bien, pues á ir me fuerzan
un padre que me embaraza
y una dama que me espera;

y al Conde:

Cuando un Conde
de Ureña en accion tan suya
me aconseja, ¿qué duda hay
que será lo que conduzca
á salir del campo airoso?

Es ya, no contradictorio, sino completamente falso el D. Juan de Zamora cuando convida la estatua de don Gonzalo. El lector ha visto ya cómo y por qué hace otro tanto el D. Juan de Tirso. No sólo invita al Comendador á cenar, sino tambien á vengarse, y esto porque en la inscripcion del sepulcro donde la estatua yace lee que espera allí la venganza de un traidor el más leal caballero del siglo. El apóstrofe de aquel D. Juan al comendador de piedra está perfectamente motivado, sobre todo si se atiende á las exageradas ideas que sobre el honor profesaba tan bien concebido personaje. El D. Juan de Zamora insulta y convida la estatua sin que razon alguna lo explique:

CAMACHO ¿Y á qué ha sido esta quedada
tan sin juicio y sin razon?
D. JUAN A ver este fantasmon
con su manto y con su espada.
CAMACHO ¿No está bueno el aparato
del sepulcro singular?
D. JUAN Buen sufragio es hermosear
la ruina con el boato.
CAMACHO ¡Con qué ceño tan profundo
nos mira su sobrecejo!
Miedo le tengo.
D. JUAN Buen viejo,
¿cómo os va en el otro mundo?
Dirás que bien, claro está;
pero si en el Purgatorio
estás, á don Juan Tenorio
no le esperes por allá.
Y pues quien es tu contrario
ningun alivio te ofrece,
no hayas miedo que te rece
ni una parte de rosario.
CAMACHO ¿No está propio?
D. JUAN Sí, y lo malo
es, cuando entre aplausos medra,
que tenga espada de piedra
el que la trujo de palo.
CAMACHO ¡Que así le hables!
D. JUAN ¿No he de hablar,
si quiero su amigo ser?
Y para darlo á entender,
si esta noche ir á cenar
conmigo quieres, por mí
hecho está.
CAMACHO El juicio perdió.

No cabe ciertamente acto de mayor locura. Locura es obrar inconsideradamente; demencia insigne ultrajar en el sepulcro á un hombre de quien no se recibió agravio, y á quien, por lo contrario, se dió sin razon la muerte. No es ya ese D. Juan un carácter, sino la exageracion de un carácter, una especie de figuron dramático. Molière, con no motivar tampoco el convite, anduvo ménos desatinado. Su D. Juan no insulta ni invita al Comendador; hace que le invite Esganarelo.

ESGANARELO Ahí tiene V. la estatua de don Gonzalo.
D. JUAN ¡Pardiez! Está divino con ese traje de emperador romano.
ESGANARELO En verdad que está bien. No parece sino que vive y quiere hablarnos. Nos echa unas miradas que, á estar solo, me darian miedo. ¿Sabe V. que tengo para mí que no le gusta la visita?
D. JUAN Haria mal y seria verdaderamente descortés, si no tomase á bien el honor que le dispenso. A ver, pregúntale si quiere venirá cenar conmigo.
ESGANARELO No creo que lo necesite.
D. JUAN Te digo que se lo preguntes.

Es de todas maneras este convite un antojo, una humorada, una verdadera salida de tono; pero ¡qué distancia de esto á lo de Zamora! Zamora lo abulta todo para llevar por fin á D. Juan en la escena de la capilla á caer de turbacion en turbacion y de espanto en espanto en el más cobarde arrepentimiento. Ni el D. Juan de Tirso ni el de Molière se inmutan hasta sentirse abrasados por el fuego de D. Gonzalo; y el de Tirso áun entónces se limita á pedir que se le confiese y absuelva. El de Zamora, que va á la iglesia en noche de relámpagos y truenos y quiere que su criado aplauda

el que el cielo,
viendo la oscuridad que hay en el suelo,
para ir adonde su valor desea
les dé en cada relámpago una tea,

desmaya en cuanto ve que le sirven el plato de culebras y acaba por abrazarse á la estatua y decir abatido y aterrado:

Ya lo veo, y pues mi muerte
su justicia satisface,
¡Dios mio! haced, pues la vida
perdí, que el alma se salve;
. . . .
¡Piedad, Señor! Si hasta ahora
huyendo de tus piedades
mi malicia me ha perdido,
tu clemencia me restaure (1):

digno fin de tan falso personaje.

—

En el presente siglo muchos y muy grandes poetas han buscado en D. Juan el protagonista de sus más brillantes composiciones. El primero en fecha y en importancia ha sido el inglés Lord Byron, de inconcebible originalidad, de poderosa y ardiente fantasía y de vasta inteligencia. Escribió Byron sobre su D. Juan, no un drama, sino un poema, y un poema tan *sui generis*, que él mismo lo calificó de enigma poético. Desgraciadamente no lo concluyó ni lo dejó siquiera adelantado, apesar de haber compuesto nada ménos que diez y seis cantos. Segun dijo, apénas habia entrado en materia; y en verdad, en verdad, que, si lo hubiese acabado, tendríamos en su rara epopeya la más fiel y completa fotografía de nuestra época.

Interrumpido á lo mejor el poema, sobradamente comprenderá el lector que no es fácil apreciar bien el carácter de este nuevo D. Juan Tenorio, al cual habria dado el autor sabe Dios qué desarrollo; pero en esos diez y seis cantos está lo bastante delineado para que pueda juzgarlo. No parece sino que Byron se propuso hacer el reverso del D. Juan que acabamos de ver en Zamora. El suyo no tiene nada de maton, ni de pendenciero, ni de vanaglorioso, ni de exagerado, ni de loco; es, por lo contrario, un hombre que hasta parece ignorar sus grandes y privilegiadísimas dotes. No por su propia voluntad, sino por el estímulo de las circunstancias, se van desenvolviendo sus facultades. Seduce sin querer, y ama con la pasion que le aman, como no se lo impida su orgullo. No hace jamás alardes de valor, y lo tiene en toda ocasion proporcionado á los peligros que corre. Permanece sereno en las mayores borrascas de la vida sin que jamás blasone de estoicismo. Elevado de repente á la cumbre de la grandeza, ni sufre los vértigos que da el poder y la gloria, ni ha de hacer esfuerzo alguno por levantar á la altura de su destino su corazon y su entendimiento. Parece siempre nacido para lo que es, sin que jamás peque de soberbio ni tampoco de humilde. Ensalzado ó abatido, rey ó esclavo, le sostiene siempre en un justo medio el sentimiento de su propia dignidad, el honor del D. Juan de Tirso.

Cambia de amores el D. Juan de Byron como el de todos los poetas; pero con una diferencia notabilísima. Cambia el de los otros poetas por temperamento, por una como idiosincrasia de carácter; el de Byron por casos de fuerza mayor que vienen á separarle bruscamente de sus pasajeros ídolos. Sigue el de Byron adorando en Julia, miéntras no se hace público su adulterio y le obligan por una parte el escándalo y por otra la autoridad de una madre á dejar las riberas de la patria; miéntras una tempestad y un naufragio no le llevan á costas para él descocidas, y, desmayado de hambre y de cansancio, no despierta en los brazos de otra mujer encantadora, á quien cautivó, ántes de abrir los labios ni los ojos, con su esbelta figura y sus bellas y mórbidas facciones. Haidée era el nombre de la isleña: y la quiere D. Juan con delirio áun despues de preso por los piratas de Lambro y vendido en Constantinopla por esclavo, áun despues de haberle brindado con sus atractivos Gulbeyaz, la más hermosa de las mujeres. Para que olvide á la enamorada griega, es preciso que se salve de las aguas del Bósforo, que habian de ser su tumba, se embriague en las sangrientas luchas de la toma de Ismail, vaya á llevar la noticia del triunfo al palacio de los Czares y gane el corazon de Catalina en medio de una corte dispuesta á llenar de lisonjas á todos los favoritos de su varonil soberana. Puramente sensual el amor de Catalina, con sólo los sentidos la ama y la paga el afortunado mancebo; y cuando está de embajador en Lóndres, como ninguna mujer se le muestre apasionada, por ninguna se apasiona. Porque, nótese bien, sino era capaz de apasionarse el D. Juan de los demás poetas, lo era el de Byron.

(Continuará)

UNIFICACION DE FECHAS

Esta ILUSTRACION ARTÍSTICA, como consta á sus favorecedores, ha prestado preferente atencion á las cuestiones importantísimas de la unificacion de los meridianos y eleccion de uno universal, para uniformar los cálculos de las longitudes geográficas en todas las naciones, y el cómputo del tiempo cosmopolita. El congreso internacional reunido en Washington en octubre de 1884 con tan nobles y científicos fines, hizo concebir á los amantes de las ciencias grandes esperanzas de que se llegaria definitivamente á un acuerdo internacional, conveniente á todos los pueblos de la tierra. Pero con el disentimiento de Francia y del Brasil en admitir para Magistral comun de todas las naciones civilizadas el Meridiano de Greenwich, y con los votos negativos, ó las abstenciones de nueve muy importantes potencias marítimas respecto al sentido de la Cuenta de las Longitudes y al Inicio del Dia Cosmopolita, se han frustrado por ahora los loabilísimos pro-

(1) Moliere: *le Festin de Pierre*. Acto IV, escena III.

(1) *No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.*

pósitos que impulsaron á los Estados Unidos á reunir en Washington un Congreso internacional, con el fin de unificar las Longitudes y establecer un cómputo del Tiempo Absoluto.

España ha tenido que resignarse al presente estado de cosas, porque la Unificacion de las Longitudes y el establecimiento del Dia Universal reclaman la unanimidad de todos los gobiernos civilizados; y si Francia, Alemania, Suecia, Holanda, Italia, Austria y Turquía, importantes potencias marítimas, no las aceptan, y si tambien disienten el Brasil y Suiza, ¿de qué serviria la aquiescencia de España, áun en el caso de no haber votado contra ellas?

Por otra parte, no puede echarse en olvido que las resoluciones de Washington sobre el sentido de la cuenta de las Longitudes y el inicio del Dia Cosmopolita, están en oposicion con las correspondientes recomendadas por la Asociacion Geodésica Internacional en su séptima Conferencia de Roma en octubre de 1883. Grande es la autoridad del Congreso Internacional de Washington; pero nadie habrá capaz de declararla superior á la competencia técnica y científica de la Asociacion Geodésica Internacional, para preferir, *sin especialísima discusion*, las unas á las otras.

Ultimamente, la Unificacion de las longitudes y el establecimiento de las Horas y las Fechas Universales requieren, no sólo la unanimidad de las naciones representadas en el Congreso Internacional de Washington, sino tambien el de todas las demás no presentes allí ni en la séptima Conferencia de la Asociacion Geodésica Internacional de Roma: (Portugal, Dinamarca, Bélgica, el Perú, la República Argentina...); con tanto mayor motivo, cuanto que cualquiera clase de resoluciones que se adopte, implicará siempre un cambio trascendental en la Cronología, que no cabe llevar á cabo sin el consentimiento universal. Pero, como el *statu quo* es anticientífico, y además perjudicial para la buena organizacion de las grandes líneas de comunicaciones terrestres y marítimas; como las dilatadas líneas telegráficas y los cables submarinos están evidenciando á cada paso el hoy intolerable absurdo de que *en el mismo instante* del tiempo absoluto aparezca que en la estacion desde donde se remite el despacho sea, por ejemplo, lúnes, y en la que se recibe sea domingo todavía, ó al revés; y, en fin, como la *ciencia* tiene interés cual la *práctica* en una resolucion definitiva, resulta que es general el deseo de un acuerdo universal; y, haciéndose España intérprete de estas aspiraciones generales, se están dando pasos para que, puestos de acuerdo los ministerios de Fomento y de Marina, despues de oir el parecer de sus departamentos científicos, se redacte un programa de puntos concretos y definidos, conducentes al *inmediato planteamiento práctico* de la unificacion de las longitudes y del Registro Universal del Tiempo en absoluto; para que, á mayor abundamiento, se interese otra vez en el asunto la alta competencia de la Asociacion Geodésica Internacional; y para que, conciliados intereses y aunadas voluntades, en cuanto sea posible, por los medios diplomáticos al alcance del Gobierno, quepa en breve término á nuestra querida patria la honra de convocar á todas las naciones de la civilizacion, á fin de que un nuevo Congreso Internacional obtenga en Madrid, por unanimidad de votos, la solucion definitiva.

NO HARIA MAL MODELO

Los hechos consumados tenian encerrada la discusion de tan trascendentales y civilizadores problemas dentro de límites que nadie osaba traspasar, por temor de producir notas discordantes en lo que parecia armonizar las opiniones de los delegados de la mayor parte de las naciones concurrentes al Congreso Internacional de Washington. Los acuerdos de la Asamblea Geodésica Internacional de Roma parecian un excelente punto de partida; y todos, creyendo que esos acuerdos se captarian la aquiescencia general, procuraban ajustarse en lo posible á ellos. Pero, visto el resultado del Congreso Internacional de Washington, conocido el disentimiento de Francia y del Brasil, siendo ya del dominio público las abstenciones ó votos negativos de importantes naciones marítimas sobre varias resoluciones del Congreso, y considerando que no cabe adoptar un cambio trascendental en la Cronología sin el consentimiento de las naciones no concurrentes á Washington, resulta que, tanto en el extranjero como en la Península, se han creido en libertad las personas competentes para exponer nuevas ideas sobre la unificacion de las longitudes y el cómputo del Tiempo absoluto.

Y en verdad que no se ha quedado á la zaga de los demás nuestro país, tocante á la solucion de tan importante asunto. En la Memoria del Ministerio de Marina (1) sobre el Congreso Internacional de Washington, consta una solucion tan sencilla, que verdaderamente pasma el considerar cómo ántes no se haya ocurrido á cuantos le dedicaran la perspicuidad de su atencion.

En efecto, nada tan evidente para los que han estudiado estos problemas como las proposiciones siguientes:

Es imposible que los residentes habituales de una localidad dejen de referir los acontecimientos de la vida cuotidiana á las alternaciones solares de luz y de sombras; por consiguiente seria estéril todo intento de suprimir los conceptos precisos de *medio dia* y de *media noche;* y hasta los muy vagos de *madrugada, mañana, tarde, primanoche*... Las ideas de *medio dia* y *media noche* son, pues, fijas é inalterables, por no depender en modo alguno de ningun convenio humano.

Pero el uso de *referencias locales* á los períodos de luz y de sombra en cada lugar de la tierra, ó bien el uso de *horas locales* no impone la *multiplicidad de* FECHAS *tambien*

(1) Redactada por el teniente de navío D. Juan Pastorin.



MODESTIA, cabeza de estudio por J. Zenisek

locales, dependientes de la media noche de cada punto de la tierra.

La multiplicidad de FECHAS locales ó sea la *multiplicidad de Registros de las culminaciones de* SOL *referidas á cada meridiano de localidad*, es hoy innecesaria; y por tanto, anticientífica.

Basta para el Cómputo Absoluto del Tiempo con una SOLA Fecha Universal, referida á la *media noche* de un predeterminado Meridiano Cero, definido por un observatorio de primer órden.

Bastando una *sola* Fecha Universal, deben resueltamente ser abolidas todas las FECHAS de la localidad.

Abolida la innecesaria multiplicidad de las Fechas locales, el Meridiano de conveniencia mayor para el Registro del Tiempo será aquel que se encuentre próximamente hácia el medio de los países más populosos y civilizados de la tierra; á fin de que en ellos no se cuenten dos FECHAS universales durante las horas de los negocios.

Al efecto, los meridianos de primer órden más convenientes serian los de Paris, Berlin ó Greenwich.

Pero, atendiendo al material cartográfico existente, y á lo equitativo de causar á la actual generacion la menor suma de perturbaciones posible, el Meridiano más adecuado para la Unificacion es el de Greenwich.

Siendo continua la cuenta del Tiempo, debe serlo tambien la de la Longitud en sentido contrario al de la rotacion terrestre.

La Unificacion, pues, se conseguirá facilísima y sistemáticamente:

conservando, por ineludibles, las horas locales;

aboliendo las FECHAS de localidad;

acordando una *sola* FECHA Cosmopolita, referida á un *solo* Meridiano Magistral;

admitiendo para todo el Mundo ese Magistral como el Unico Cero de Longitud, contado en sentido contrario al de la rotacion terrestre;

y haciendo obligatoriamente de uso Cosmopolita las Horas y las subdivisiones de cada FECHA Universal.

Así, pues, con *horas locales*, más sin *fechas de localidad*, y con un *solo* Meridiano, orígen Cosmopolita de las cuentas del Tiempo y de la Longitud, todos los puntos del globo cambiarian de FECHA Universal en el mismo instante de tiempo absoluto, cuando en cada localidad se verificase la ecuacion siguiente:

$$\text{Hora local} + \text{longitud} = 24$$

Este sistema no alteraria sensiblemente los usos actuales de Europa. En Madrid empezaríamos á contar los dias de la semana, no precisamente en el instante justo de nuestra media noche actual, sino un cuarto de hora ántes. En Utrecht, Amsterdam, Marsella... cambiarian de fecha veinte minutos despues de su respectiva media noche; en Hamburgo, Altona, Gotinga, Cristiania..., llegaria el retardo á cuarenta minutos; á cincuenta en Roma, Leipzig, Copenhague...; á dos horas en San Petersburgo; á dos y media en Moscou... En Constantinopla, Chipre, Suez... los dias de la semana empezarian á las dos de la noche local... Pero, ¿tendrian importancia estos cambios? ¿No se levantarian, como ahora, los habitantes de todos esos puntos contando nueva Fecha?

En la América del Sur se verificaria el cambio de FECHAS siendo ya de noche, por la época de los equinoccios. En Natal, Pernambuco y Bahía, la nueva FECHA Universal se contaria dos horas y media ántes de su actual media noche. En Rio Janeiro tres horas ántes que ahora; en Buenos Aires, Montevideo..., cuatro; ménos de cinco horas ántes de media noche en Puerto Rico, Caracas, Venezuela, Copiapó, Valparaiso, Santiago de Chile, Valdivia...; y poco despues de anochecer, en Cuba, Jamaica, Panamá, Guayaquil... Por lo tanto, habiendo de verificarse despues de las horas de los negocios el cambio de fechas en toda la América del Sur, no parece que sus pueblos pudieran presentar séria hostilidad contra la necesaria abolicion.

Ya en la América del Norte hay que distinguir. No deberán oponerse los residentes en la parte más poblada y más importante del Canadá y de los Estados Unidos, —Quebec, Monreal, Boston, Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Washington... que cambiarian de FECHA una hora despues de anochecido, cuando ya todos los negocios habrian terminado. Nueva Orleans, Veracruz, Méjico... tendrian que cambiar poco ántes de anochecer, y tampoco podrian oponer séria dificultad. Sólo en el Pacífico y en sus costas, y en las regiones no muy distantes de esa inmensa extension de agua, seria donde el cambio de las fechas, ó sea el principio de los dias de la semana, chocaria con el uso actual. En San Francisco de California, el cambio coincidiria con el instante de cerrar los escritorios á las cuatro de la tarde. En Malaca, Sumatra, Java, Borneo, Manila y demás puntos de Filipinas, de una á dos horas despues de amanecer.

Pero, ¿va el mundo civilizado á privarse de las ventajas de una Cuenta Universal del tiempo en absoluto, porque la reforma contraríe los hábitos de una, muy respetable ciertamente, pero muy insignificante minoría del pueblo Norte-Americano y de los pueblos colonizados en Oriente por los europeos? Por muy atendibles que fueran los intereses de los habitantes del centro comercial de California y los del Oriente asiático, siempre deberian ceder en obsequio del gran número; ciertos esos individuos de que en la gran solidaridad humana, refluirán sobre ellos las ventajas de los demás, de cuyos beneficios participarán, y cuyas utilidades compensarian al cabo ó desde luégo, más que pródigamente, las perturbaciones de la reforma (dado que tales perturbaciones mereciesen exageradísima consideracion).

Si se adoptase el sistema contenido en las proposiciones antecedentes, no cabria solucion más científica ni más práctica, y tocaria á nuestra patria la honra de haber resuelto sencillamente problemas de tanta magnitud y de tanta importancia.

E. BENOT

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON

ILUSTRACION ARTÍSTICA



AÑO IV BARCELONA 2 NOVIEMBRE DE 1885 NUM. 201

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA PAVANA, cuadro por Toudouze

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Una jubilacion municipal.—El oso y el madroño.—El anuncio de un motin.—La mujer más fuerte que el hombre.—Cuestion de cuernos.—Los admiradores de Romero y Costillares y los héroes del Dos de Mayo y Bailen.—Esto no mata á aquello.—El desahucio.—El porvenir de Africa.—Capello é Ivens.—Padró y la Historia de la medicina.—El *stepple chasse* y las nubes.

Siempre nos parece abusivo que, sin más ley que su capricho, pueda el Alcalde Presidente de nuestro municipio suprimir del presupuesto á un infeliz temporero que gana diez reales diarios ó á un desvalido barrendero retribuido con el modesto estipendio de dos pesetas. Sin embargo, estas medidas pueden encontrar la disculpa de hacer economías, y la verdad es que estas se hacen necesarias sobre todo en tiempos en que para que se cante con solemnidad, y con todo el aparato que su argumento requiere, un *Te Deum*, hay imprescindible necesidad de invertir cuantiosas sumas. Despues de todo, como las cuentas del Ayuntamiento no acostumbran á rendirse con mucha regularidad que digamos, ni las calles de la villa se barren con sobrado escrúpulo, parécenos que la falta de unos cuantos escribientes ó de media docena de encargados de la limpieza pública no alteran en nada el curso de los sucesos.

Mas ¡ay! el afan innovador que alienta al Sr. Bosch y Fustigueras le lleva sin duda un poco léjos. Por más que nos pareciera un tanto cruel suprimir los osos que hacen las delicias de niñeras y soldados sin graduacion, encerrados en las jaulas del Buen Retiro, no podríamos ménos de convenir en que con ello se descargaria el presupuesto de un gravámen no muy pesado, pero gravámen al fin. Pero, ¿cuál es la utilidad que puede reportarnos la supresion de ese otro infeliz que encaramado al añoso tronco de un madroño, vive siglos y siglos sin ocurrírsele protestar del forzoso ayuno á que se le tiene castigado á perpetuidad?

El Sr. Bosch ha debido ver las cosas de otra manera. De los luminosos limbos de su cerebro ha surgido de pronto la idea de hacer una cesantía más y alardeando de una erudicion histórica de que no le hubiéramos creido capaz, ha propuesto á la corporacion que preside la eliminacion del oso que sobre campo de plata ostenta el escudo de Madrid.

Por fortuna la cosa hasta ahora no ha pasado de proyecto; la Academia de la Historia se ha encargado de emitir informe sobre tan trascendental asunto y abrigamos la esperanza de que, atendiendo á los ruegos que tan docto cuerpo no puede ménos de hacer, la jubilacion no se llevará á cabo.

Perpetúense en buen hora los hazañosos hechos que en los tiempos modernos llevan á cabo Alcaldes-Presidentes de los alientos del que hoy rige los destinos de esta coronada villa, pero déjense en paz los blasones que otras edades ilustraron. De suprimir osos, tal vez buscando con cuidado, se encontrarian algunos ménos gloriosos que el que, segun documentos irrecusables, condujo á la victoria á los hijos de Madrid en los campos de las Navas de Tolosa.

***

Dias pasados nos hemos visto amenazados de un motin.

Así como el Sr. Bosch se declara enemigo de la tradicion, las cigarreras no titubean en proclamar que son refractarias á las innovaciones.

Desde hace algunos meses se viene hablando en la Fábrica de una máquina para picar tabaco, que á lo que parece, reduciria notablemente el personal. Esta noticia que sirvió, cuando se propaló por vez primera, para excitar los ánimos de aquellas valerosas operarias, produjo entónces una verdadera asonada en la que tuvo que intervenir hasta la guardia civil.

Recientemente el rumor ha vuelto á tomar cuerpo y la misma actitud hostil ha comenzado á adoptarse; pero ayer como hoy, ha sido preciso venir á una transaccion.

El motin de los hombres es imponente, pero puede hacérsele frente con los fusiles. El motin de las mujeres no puede dominarse. La debilidad es la fuerza más temible, porque no hay armas para combatirla.

Las cigarreras, que conocen esta superioridad, hacen de ella un poder ante el cual tiemblan los más valerosos.

El dia en que desaparezca el edificio del final de la calle de Embajadores se habrá hundido el último baluarte de aquel carácter nacional que hacia decir de nosotros: «Borrad del diccionario de la lengua la palabra motin y nuestro idioma se hará ininteligible.»

Hasta entónces nos queda el consuelo de repetir con el poeta: «¡Aún hay patria, Veremundo!»

***

Y sin embargo, no todos opinan que debemos seguir siendo lo que fuimos con nuestros defectos y nuestras virtudes.

Tenemos una nota saliente en que todas las miradas se fijan y que sirve de constante tema á los moralistas de guardaropía. Esta nota es nuestra aficion á los toros.

De tiempo en tiempo se pone en moda achacar nuestros males á esta, que nosotros tenemos por inofensiva pasion, y hasta va á llegar dia en que á ella se achaque que llueva ó haga sol.

Ahora estamos en uno de los instantes de recrudecimiento. La prensa de estos dias no se ocupa de otra cosa que en hacer estadísticas comparativas entre las escuelas y las Plazas de Toros, y hay quien propone que sólo pueda presenciar una corrida el que tenga terminada una carrera con las notas *nemine discrepante*.

Sin entrar en discusion sobre los pretendidos males de esa fiesta, que despues de todo es sin disputa ménos bárbara que otras muchas que sin escándalo de nadie hacen las delicias de naciones tenidas por muy cultas, solamente nos permitiremos refutar, siquiera sea de pasada, un punto de tan debatida cuestion.

Los más encarnizados adversarios del que en són de befa llaman *espectáculo nacional*, dicen con la mayor formalidad del mundo, que si nuestro pueblo ha perdido los bríos y la entereza, que fué en tiempos el distintivo de nuestra raza, más que á otra cosa se debe al rebajamiento producido por la admiracion de tan bárbaro divertimiento. Para contestarles no tendríamos que hacer otra cosa sino traer á su frágil memoria un detalle. Precisamente la generacion que con un entusiasmo que rayaba en delirio aplaudia el temerario arrojo de Romero, Pepe-Hillo y Costillares, era la misma que sin más armas que su valor, ni más cabeza que sus generosos instintos, arrojaba de nuestro suelo al conquistador que acababa de someter á media Europa.

Desengáñense; no desconocemos que no pocos males tenemos que lamentar, pero harto sabemos que de otras causas nacen. El dia que estas desaparezcan se convencerán de que el celebrar con vítores y palmadas un volapié de Lagartijo ó una estocada á un tiempo de Frascuelo, no impide que se realicen actos de abnegacion y heroísmo en otras esferas.

***

De todas las exploraciones, ninguna merece fijar tanto la atencion como aquellas que tienen por objeto descubrir las ignoradas regiones que oculta el centro del Africa. Tal vez las encaminadas al polo tengan un fin especulativo más trascendental, pero no puede negarse que las primeras han de tener una utilidad más inmediata y por lo mismo más práctica.

A la vieja Europa la hemos hecho producir cuanto podia dar de sí y ya comienza á mostrar su cansancio y su decadencia, hasta el punto de que no han de pasarse muchos siglos sin que le suceda lo que á aquella opulenta Asia en que se asentaron un dia las más ricas ciudades del mundo antiguo.

La civilizacion tendrá entónces que mudar de domicilio merced á inapelable desahucio, y despues de hacer etapa en América, se verá en la precision de buscar casa cómoda y confortable.

Indudablemente el último refugio de los habitantes de este planeta ha de ser África, y como estas mudanzas no pueden llevarse á cabo sin hacer préviamente ciertas obras de reparacion en el nuevo edificio, conviene irse enterando de las condiciones de localidad.

Los intrépidos viajeros portugueses Sres. Capello é Ivens son los últimos que han dado un paso más en esa peligrosa exploracion. Su viaje, tan interesante y dramático como una novela de Julio Verne, es la más fehaciente prueba de que la ciencia tiene sus héroes, no ménos valerosos y mucho más dignos de aprecio que los de las armas.

Hoy que acabamos de recibir la honrosa visita de los dos viajeros lusitanos, faltaríamos al más grato deber de cortesía si no uniéramos nuestra modesta felicitacion á la de todos los círculos madrileños que se disputan el placer de agasajar y rendir su tributo de admiracion á tan ilustres huéspedes.

Si nuestro aplauso es el más humilde, no por eso es el ménos entusiasta.

***

Con placer hemos visto el techo que, por encargo del claustro de la facultad de medicina, ha pintado el reputado artista Sr. Padró para decorar el anfiteatro de San Cárlos.

El asunto de la obra es la *Historia de la medicina* y en el desarrollo del tema ha demostrado una vez más el pintor que sabe unir á una factura irreprochable, un sentimiento estético tan delicado como lleno de inspiracion.

Los retratos de Hipócrates, Galeno, Averroes, Avicena, Paracelso, Veselio, Servet, Leuwenoec, Jenner, Lavoisier y otros muchos sabios con que ha caracterizado las distintas épocas de la ciencia, por modelos de naturalismo puede tomárseles. La entonacion, la propiedad de la parte indumentaria, los escorzos de las figuras y la atinada distribucion de los grupos revelan tan profundo estudio como segura posesion de los más recónditos secretos del arte.

Si el Sr. Padró no tuviera ya su nombre legítimamente conquistado, su *Historia de la medicina* bastaria seguramente para colocarle entre los más ilustres pintores de esta época, que por cierto no ha de ser de las que con más desden miren las generaciones venideras.

***

En los momentos en que escribimos estas cuartillas los coches están prevenidos á las puertas de los más suntuosos palacios, los caballos piafan ansiosos de que el jockey, aguijándolos con el agudo acicate, les haga correr en pos del premio ambicionado y los lacayos se apresuran á empaquetar las botellas del espumoso champagne que ha de celebrar el triunfo ó hacer ménos triste la derrota de la yegua predilecta.

Para hoy están anunciadas las primeras carreras de caballos de este otoño; pero las pardas nubes, interceptando los dorados rayos del rubicundo Febo, amenazan volver á reanudar la lluvia que ha estado cayendo la pasada noche.

Lo probable es que se suspendan, y lo sensible, que cuando puedan verificarse no será con todo el esplendor que hubiera sido de esperar. Aquí para toda fiesta al aire libre es un elemento indispensable el sol, y este año hemos pasado del ardoroso estío al lluvioso invierno sin detenernos en ese otoño que ha sido siempre la más hermosa de las estaciones en Madrid.

En Lóndres, donde sólo conocen el astro del dia por referencia, no debe costar gran trabajo pasarse sin él. Pero entre nosotros la luz es la vida.

Y sin embargo, parece que nunca como en esta ocasion conviniera un cielo plomizo y amenazador. Las carreras de caballos son una diversion exótica en que todo lo que se hace es imitar costumbres de las grandes capitales en que tal espectáculo es una planta indígena y era lógico que la decoracion se buscara apropiada.

Pero no hay que hacerse ilusiones: aquí las obras no pasan traducidas literalmente, hay que arreglarlas á nuestra escena y la primera innovacion que hacemos es introducir el sol en ella.

ANGEL R. CHAVES

NUESTROS GRABADOS

LA PAVANA, cuadro por Toudouze

Es la pavana un baile en que apénas se baila; la menor cantidad de baile dentro de un baile; una serie de movimientos y actitudes lentos, graves, ceremoniosos, que en lugar de arrebatar, como el vals, á los espacios brillantes del amante deseo, imprimen la frialdad propia de la cortesía palaciega, que á todo podrá prestarse ménos á ponerse en danza. Dícese que la pavana es oriunda de España, y aunque la mayor parte de nuestros bailes indígenas tienen su orígen en las costumbres sensuales de los árabes, la pavana en cuestion parece más á propósito para bailada en los tétricos salones del Escorial que en las risueñas estancias de la Alhambra. No falta investigador, de esos que emplean años y más años en averiguar de qué color eran las calzas de D. Pelayo el dia de la batalla de Covadonga, que pretende atribuir nada ménos que á Hernan Cortés la invencion de la Pavana. Esta tarea no parece propia del que incendió sus naves, y sea ó no cierta la noticia, suplicamos á los amigos del conquistador de Méjico se sirvan tenerla reservada.

De lo que es el baile en cuestion da perfecta idea el cuadro que publicamos: en él la pareja danzante aparece completamente poseida de su papel; y lo que en todos los países del mundo es un placer más ó ménos inocente, en el lienzo de Toudouze reviste la importancia de una ceremonia palatina. El autor ha hecho danzar la pavana por dos niños, y en ello ha estado oportuno: para entregarse á semejantes ejercicios se necesita ser menor de edad, ó al ménos menor de malicia.

Por lo demás, un colorido luminoso y lleno de frescura aumenta el atractivo de este lindo cuadro, cuya inclusion entre los que acostumbramos á reproducir será sin duda del agrado de nuestros lectores.

¡Á LA SALUD DE LAS DAMAS!

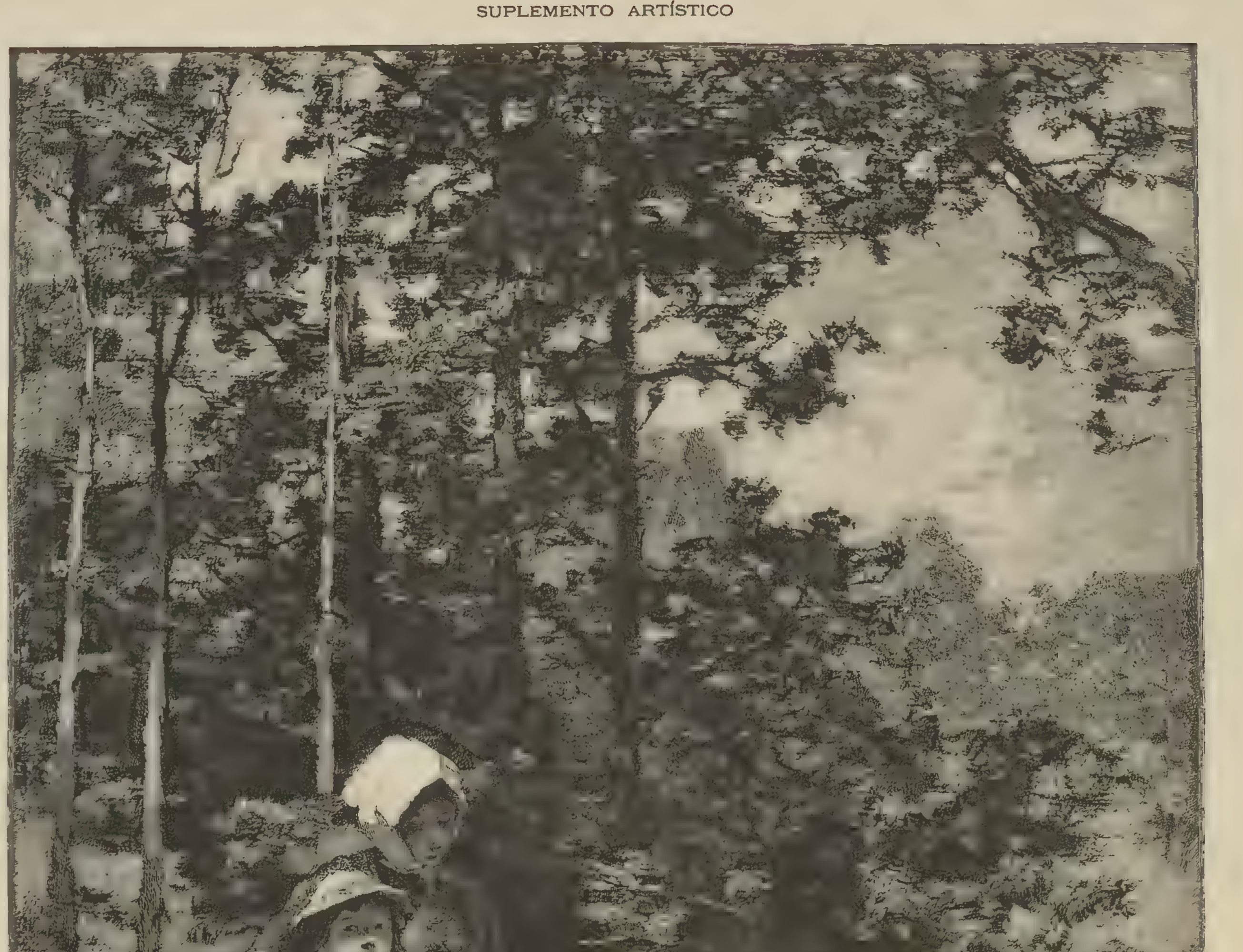
La corte de Enrique III de Francia fué un modelo de buenas formas: respirábase aún en los palacios la atmósfera de los tiempos galantes de Francisco I, y áun cuando las cuestiones religiosas traian agitado el reino y enemistadas á las más principales familias, nada impedia que cada uno con los suyos, y algunas veces con los otros, se entregara á los placeres más bulliciosos y dados á provocar la tentacion de unos cortesanos que distaban mucho de ser santos. Eso sí; la cuestion de forma era tenida en gran cuenta y en pocos reinados la musculatura de uno y otro sexo se habia prestado á encorvaduras más artísticas y á actitudes más elegantes.

Nuestro grabado representa la sala del festin y los comensales del mismo, en el período un poco álgido de los bríndis. La figura principal, que ocupa el centro del lienzo, pudiera muy bien ser el rey de Francia. Su actitud y la de la dama á quien principalmente dirige su brindis, son perfectamente correctas y ajustadas á la más exquisita galantería de la época. Es un cuadro de costumbres bien estudiado, en el cual lo más notable será probablemente la verdad en local, trajes, muebles y accesorios, que permiten formar idea aproximada de aquellos tiempos llenos aún, aunque con ménos grandeza, de la memoria del rival de Cárlos V.

EL RECIEN NACIDO, cuadro por H. Kaemmerer

(propiedad de los Sres. Boussod, Valadon y C.ª)

Atentos constantemente á insertar en nuestro periódico las reproducciones de las obras más celebradas de los artistas contemporáneos, no podíamos ménos de dar cabida en él al bellísimo lienzo de Kaemmerer, que tan justo renombre ha dado á su autor y del que se han ocupado con encomio los críticos más competentes. Al ocuparnos de él, repetimos lo ya dicho acerca de otras obras: lástima grande que el grabado no pueda reproducir asimismo el colorido, pues si esto fuera posible, nuestros suscritores podrian admirar la inteligente aplicacion de las diversas tintas que hacen resaltar doblemente la ejecucion de este asunto tan sencillo como simpático. De todos modos, la maestría con que está dibujado, la feliz





RECOLECCION DE FRESAS SILVESTRES, DIBUJO AL CARBON POR L. LHERMITTE, GRABADO POR CH. BAUDE

disposicion de las figuras y la naturalidad, espontánea más bien que estudiada, que en él descuellan, bastan para convenir en que el aplauso con que en el mundo artístico se ha recibido este lienzo, es sobrado merecido.

EL PARNASO.—LA ESCUELA DE ATENAS, por Rafael

Entre las muchas y portentosas obras que el gran pintor de Urbino ejecutó en el palacio Vaticano, asociando de esta suerte su glorioso nombre á los de Bramante y Miguel Angel, figuran en primer término los dos frescos que reproducimos en el presente número. La filosofía y la poesía forman sus respectivos asuntos, representados por los primeros maestros de la antigüedad el primero, y por los más eminentes poetas, desde Homero hasta Dante, el segundo.

Aparte las superiores condiciones de composicion, dibujo y color que resplandecen en estas obras maestras, nunca será bastante admirada en ellas la potencia intelectual que Rafael imprimió á los personajes de que en tan gran número echó mano para explicar su grandioso pensamiento. Cada uno de esos filósofos, cada uno de esos poetas, es la verdadera expresion, la personificacion de su doctrina, de su genio. Preciso era que el príncipe de la pintura italiana hubiera hecho un estudio muy profundo de esos hombres, ó mejor que con su potente genio los hubiese *sentido*, adivinado tales cuales eran, para hacer resaltar en su frente, en su fisonomía, en su actitud, la esencia de su doctrina, el fondo de su inspiracion. Estos cuadros son fruto del arte y de la ciencia á un tiempo; su autor se acreditó en ellos de ser el artista más filósofo de cuantos le habian precedido y demostró que, sin ser Miguel Angel, se podia pensar tan alto como el autor del *Juicio final*.

LA PRIMERA PRENSA DE GUTTENBERG, en el museo Klemm de Dresde

Próximamente cumplirán treinta años, pues el hecho ocurria en febrero de 1856, fué descubierta en Maguncia la primera prensa tipográfica empleada por el famoso inventor de la imprenta, construida en Estrasburgo, año 1441.

Nuestro grabado reproduce ese instrumento primitivo, junto al cual es casi insignificante el valor histórico de los más ponderados objetos arqueológicos. Esos cuatro palitroques, como diria un ignorante, han operado la revolucion más grande producida por los hombres; ese primitivo mecanismo hizo á la humanidad entera partícipe del derecho más natural y más legítimo, el derecho de penetrar en la vida del pensamiento, el derecho á la instruccion, el derecho de emancipar el espíritu de las ataduras de la ignorancia.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LAS FRESAS SILVESTRES, dibujo al carbon por Leon Lhermitte

En los primeros dias del mes de julio, á la sombra de los grandes árboles que pueblan los bosques y en los espacios no ocupados por yerbas ó matorrales, aparece el fruto rosado de la fresa silvestre, boton de coral de una flor de plata con cáliz de oro. Los campesinos conocen perfectamente los ocultos lugares donde se produce tan sabroso fruto, y la gente menuda se traslada á ellos, cosechándolos con destreza suma.

El autor de nuestro cuadro se ha tomado la pena de hacer esta excursion para sacar sobre el terreno los apuntes de tan agradable escena, y generoso á fuer de artista, nos la ha trasmitido en un dibujo correcto para que gocemos buena parte del espectáculo sin sufrir la menor de sus molestias.

OBSERVACIONES

SOBRE EL CARÁCTER DE D. JUAN TENORIO

(Conclusion)

Es verdaderamente el D. Juan de Byron un sér más pasivo que activo; un sér que, como el pedernal, necesita del eslabon para despedir lumbre. No por esto deja de ser aún el reflejo del amor voluble, pues basta al fin una hermosura á borrar de su memoria otra hermosura, unos amores á desterrar de su alma otros amores. Al lado de Haidée no recuerda jamás á Julia, al lado de Catalina no recuerda jamás á Haidée. Byron, por otra parte, toma á D. Juan desde mozo, desde la edad de diez y seis años, cuando los demás poetas lo ponen en escena ya hombre: es probable que Byron quisiese llevarle por grados á la exaltacion y al predominio de los sentidos sobre el espíritu, á no ser que en su héroe se propusiese más bien personificar al hombre que uno de los tipos de nuestra especie. El D. Juan de los demás poetas, si se le hubiese de admitir sin más antecedentes análogos á los que da Byron al suyo, seria por lo ménos tan raro como una mujer prostituida ántes de haber sufrido una pasion y un desengaño.

He creido entrever el plan de Byron en un hecho por demás significativo. Su D. Juan, en Norman-Abbey, casa de campo de los lores de Amundeville, una noche á la vaga luz de la luna, ve una como fantasma que atraviesa calladamente una galería y le mira con ardientes ojos. Se inmuta, y no se atreve á seguirla ni á detenerla, él que no habia vacilado en tirar de la espada contra los bandidos de Lambro, y habia escalado una de las fortalezas de Ismail en medio del más horroroso fuego. No sólo se turba; pasa aquella noche y el siguiente dia preocupado y absorto, hasta el punto de traslucirlo todos los que con él habitan aquel alegre palacio. Sólo á la otra noche, volviendo á ver la fantasma, no sin alguna vacilacion todavía, se decide á correr tras ella para descifrar el misterio. Byron ha querido sin duda significar aquí cuánto impone lo desconocido al corazon más valiente, y tal vez preparar de léjos la escena en que D. Juan hubiese de entrar en lucha con lo sobrenatural, ya en la estatua del Comendador, ya en cualquiera otro cuerpo. El mayor valor está siempre en arrostrar lo que más impone.

Quizá no debiese haber hablado del D. Juan de Byron, pero ¿cómo pasarle en silencio? Es, despues de todo, el que ménos dista del de Tirso.

—

Puso tambien en escena á un D. Juan el francés Alejandro Dumas. No lleva ese D. Juan el apellido de Tenorio, sino el de Marana, pero como carácter pertenece á la familia. Veamos cómo se le presenta. Habrá, supongo, comprendido el lector que mi ánimo aquí es hablar, no de las composiciones en que este personaje figura, sino del personaje mismo. Dió el poeta galo á su drama un tinte y un fin religiosos; fué el primero en hacer del don Juan la solucion de un problema teológico. Yo para nada he de tomarlo en cuenta.

El D. Juan de Alejandro Dumas es más grave y sombrío que el de Molière y más bello que el de Zamora. Es más bien un tentador que un seductor, más un diablo que un hombre. Recurre á la fascinacion y la magia; hace siempre sonar muy alto su nobleza, sus castillos y sus vasallos. Y como en su oro y sus blasones encuentra el principal medio de cautivar la hermosura y satisfacer sus desordenadas concupiscencias, por no perderlos quebranta sin vacilacion las más justas leyes y rompe los más fuertes vínculos. Calumnia á su hermano, cohibe la voluntad de un padre moribundo y blande el puñal contra un sacerdote á quien no puede ganar por la hipocresía ni intimidar con locas amenazas.

Es arrebatado, violento, rápido en todas sus empresas: ejecuta inmediatamente lo que concibe, arrolla todos los obstáculos. Orgulloso como Satanás, no puede sufrir rivales ni áun en sus vicios. Porque sabe que hay un Sandoval de quien se dice que le aventaja en lo libertino y en lo osado, le busca para convencerle y convencer al mundo de que es más afortunado en el amor y el juego y de más destreza en el manejo de las armas. Al juego se lo gana todo, inclusa la dama; al reñir con él lo mata, y porque, cuando le enseña la lista de las mujeres engañadas, le oye que ha dejado escapar la más dulce de las ovejas, la esposa de Cristo, se compromete bajo palabra de caballero á llenar el vacío ántes de ocho dias.

Antes de ocho dias estaba seduciendo D. Juan á una monja tan bella como infeliz, en quien se habia encarnado un ángel. Llamábase la monja Marta, y habia sido hermana de D.ª Inés de Almeida, la dama perdida por Sandoval al juego, que al verse tan indignamente tratada, habia voluntariamente bebido la muerte en una copa de Montilla. Cautivada por dulces coloquios y mentidos sueños, se entregó la desventurada á D. Juan en la misma iglesia donde se habia consagrado á Dios y yacia su pobre hermana. Si no llegó á sucumbir, no fué ciertamente porque pudiera resistir á los pérfidos halagos del tentador, sino porque vino lo sobrenatural á detenerla al borde del abismo.

Dumas quiso tambien poner á su hombre enfrente de lo desconocido. Despues de haber D. Juan vencido á Marta, estando aún en la iglesia, exclama: «Perdóname, Inés, si no he seguido fielmente tus instrucciones: es tan hermosa tu hermana que no he podido ménos de hablarle de amor. Si yo supiera cuál de estos sepulcros es el tu yo...»—«Este,» responde la estatua de D.ª Inés, que está de rodillas sobre la losa de su tumba. Por de pronto don Juan no se turba, ántes adelantándose, dice: «Creo que esa estatua habló. Estatua ó mujer, ángel ó demonio, voz del cielo ó del infierno, habla nuevamente ó te juro por Dios que iré á levantar tu velo de mármol para ver de donde salió esta palabra.» A la voz de D.ª Inés se van animando las estatuas de otros sepulcros, efigies de otras víctimas de D. Juan, y piden todas venganza contra el homicida, á excepcion de la del viejo Conde de Marana, que vueltos los ojos al cielo, dice: «¡Señor, tened piedad de mi hijo!» Tan pronto D. Juan en arrepentirse como ántes en pecar y delinquir, rechaza impíamente á Marta, que viene dispuesta á seguirle, y resuelve acabar en el claustro su borrascosa vida.

No para aquí el D. Juan de Dumas. Ya en la Trapa, está cavando su fosa, cuando se encuentra frente á frente con su hermano, que va decidido á matarle en duelo. Se resiste á coger la espada que le ofrece; pero la toma despues, herido en su orgullo, le vence y le deja caer en su propia sepultura. «¡D. José en la tumba de D. Juan! dice; está visto que el diablo no me quiere por su ermitaño!» Toma el sombrero y la capa del D. José, y se lanza de nuevo al mundo. No le detiene ya entónces lo natural ni lo sobrenatural, lo humano ni lo divino. Ni le imponen los espectros de sus víctimas, ni le mueven las súplicas de Marta, que se las dirige cuando ha dejado ya de latirle el corazon y correrle la sangre en las venas. Sucumbe al fin, aquel D. Juan, como el de los demás poetas, á manos de un muerto. Le mata aquí la sombra de Sandoval, si allí la estatua de D. Gonzalo; y muere como el de Molière, no sólo impenitente, sino con la maldicion en los labios.

¡Qué diferencia entre este D. Juan y el D. Juan de Tirso! El de Tirso es un seductor alegre y bello; el de Dumas un tentador fosco y terrible. Aquél no va en busca del oro y la fortuna, ni desea como el de Molière la muerte de su padre para heredarle; éste, para adquirir los bienes paternos, no retrocede ante el asesinato. Aquél, si no ama, tampoco aborrece; éste odia y se venga. Este se turba, sin embargo, ante las sombras de sus víctimas, y se arrepiente cuando no tiene aún cercano el término de la vida; aquél no implora el perdon de la Iglesia hasta que en manos del Comendador siente circular por sus venas el fuego de la muerte. Arrepentido ya, vuelve por fin el de Dumas al camino del mal y desprecia en los umbrales mismos del sepulcro los avisos de una mujer á quien ama y de unos espectros de cuya realidad no duda; y el de Tirso, que cree en otra vida, se acuerda del cielo en cuanto ve que la tierra le reclama.

¿A qué obedece el arrepentimiento del D. Juan de Dumas? Hemos visto que lo produjo el espectáculo de unos muertos que se levantaron de sus tumbas y pidieron al cielo venganza. ¿Se explica que cese porque D. Juan, no voluntariamente, sino obligado, mate á su hermano en duelo? ¿Se explica, sobre todo, que no renazca al oir las dulces súplicas de Marta moribunda, al verse de nuevo emplazado por las mismas sombras, al presentársele la de Sandoval dispuesta para otro desafío, al caer y sentirse herido de muerte? Para morir impenitente ese don Juan, era preciso que fuese escéptico como el de Molière, no religioso hasta el punto de haber trocado un dia su espada de caballero por el azadon del trapense. Se dirá que últimamente no creia en la realidad de los espectros, ántes los consideraba ilusion de sus sentidos; pero es bien raro que dejase de creerlos reales precisamente cuando le rodeaban y le hablaban, y era uno de ellos capaz de atacarle y vencer el empuje de su fuerte brazo.

Ha falseado y complicado extrañamente Dumas el carácter de D. Juan, no sólo haciendo caer á su héroe en tan grave inconsecuencia, sino tambien dándole un rival y poniéndole bajo la influencia del diablo! ¡Rivales un hombre de tan raras prendas! ¡Tentador y á la vez tentado! Lo más notable es que tiene tambien ese D. Juan su ángel bueno en Marta—un ángel bajado expresamente del cielo, que se hace mujer al amparo de la Vírgen, goza del favor de Dios y excita sin cesar al culpable á que se arrepienta—y muere, con todo, maldiciendo no sabemos si á Cristo ó si á Sandoval, que acaba de matarle. ¡Bonito papel aquí el de Dios y su ángel bueno!

—

Nuestro distinguido y brillante poeta D. José Zorrilla ha escrito tambien su D. Juan Tenorio, uno de sus más aplaudidos dramas A no conocerlo, creerian difícilmente mis lectores que hubiese ido á calcarlo sobre el de Dumas, no careciendo de originalidad y teniendo en España mejor pauta y guía. Es verdad que ha corregido algunas faltas del que tomó por modelo; otras en cambio no sólo las ha reproducido, sino tambien agravado. Las ha cometido además por cuenta propia.

Por suya y exclusivamente suya tengo la más grave del drama. El D. Juan de Zorrilla no se sabe si es creyente ó escéptico. Con D.ª Inés y D. Gonzalo habla sinceramente de Dios, del cielo, de su propia salvacion, de la posibilidad de que se convierta en ángel el que fué demonio: es creyente. A sus amigos Centellas y Avellaneda les declara por dos veces que jamás creyó en otra vida ni conoce más gloria que la del mundo: es escéptico. Zorrilla hace á D. Juan escéptico ó creyente segun lo van exigiendo las peripecias de su drama, y, merced á esa indeterminacion del carácter, le pone repetidamente en contradiccion consigo mismo.

Es verdaderamente lastimosa la conducta de ese don Juan desde que entra en el panteon de su padre y sus víctimas. La sombra de D.ª Inés y el movimiento de todas las estatuas sobre los sepulcros le turban y desconciertan de modo que, perdido el sentimiento de la realidad, toma por vanos fantasmas á sus amigos Avellaneda y Centellas. Atribuye luégo á fascinacion lo que por sus ojos ha visto, se recobra, hace nuevos alardes de valor contra los muertos y termina por convidar á su cena la estatua de D. Gonzalo. Sólo por blasonar de intrépido hace aquí esta incalificable locura; segun le hace decir el poeta, no cree que D. Gonzalo pueda admitir el convite.

D Juan, con todo, hace poner en la mesa donde se sienta á cenar con sus compañeros plato y silla para el Comendador, y áun servirle vino en la copa. ¡Admirable hazaña cuando está persuadido de que el Comendador no puede bajar de su sepulcro de piedra! Se lo censuran Centellas y Avellaneda, y dice:

> Fuera en mí contradictorio
> y ajeno de mi hidalguía
> á un amigo convidar
> y no guardarle el lugar
> miéntras que llegar podría.
> Tal ha sido mi costumbre
> siempre, y siempre ha de ser esa,
> y el mirar sin él la mesa
> me da, en verdad, pesadumbre.
> Porque si el Comendador
> es, difunto, tan tenaz
> como vivo, es muy capaz
> de seguirnos el humor.

A pesar de lo que parecen revelar estas últimas palabras, vive D. Juan tan convencido de que no ha de venir el Comendador, que cuando éste llama y va repitiendo cada vez más cerca los aldabonazos sin que haya salido nadie á franquearle la entrada, atribuye el hecho á farsas



Á LA SALUD DE LAS DAMAS!



EL RECIEN NACIDO, copia del celebrado cuadro de H. Kaemmerer, grabado por Bong

(propiedad de los Sres. Boussod, Valadon y C.ª, sucesores de Goupil y C.ª de Paris)



EL PARNASO, por Rafael

de sus huéspedes. No sale, sin embargo, al encuentro del que llama, no le abre como el de Tirso la puerta; ántes ¡oh caso imprevisto! corre á echar los cerrojos á todas las del aposento. Y ¿ese es D. Juan Tenorio? Si allá en sus adentros sospechaba que fuese D. Gonzalo el que llamase, puesto que le tenia dispuestos plato y silla, debió ser el primero en abrirle paso; si un bromista, ¿á qué detenerle ni decir despues de corridos los cerrojos:

Ya están las puertas cerradas:
ahora el coco para entrar
tendrá que echarlas al suelo,
y en el punto que lo intente
que con los muertos se cuente
y apele después al cielo?

Ve luégo D. Juan ante sí la estatua del Comendador, que se ha filtrado por la pared, la oye, observa que se le escapa al través del muro cuando para convencerse de si es fantástica ó real intenta dispararle un pistoletazo, contempla de seguida la sombra de D.ª Inés que le confirma las palabras de D. Gonzalo, y despues de asombros y dudas, insiste aún en que fué todo ficcion, y exige de sus camaradas que le expliquen tantas maravillas. ¿Es esto para creido? Pues sobre si sus camaradas fueron los engañadores ó los engañados, trábase pendencia y los mata don Juan en duelo. Cabe difícilmente carácter más falso.

Para persuadirse de que no fué fingido lo que vió, ha de volver D. Juan al panteon de su padre, y ver en torno suyo quietas y mudas las estatuas de los demás sepulcros, y oir las campanas doblando por su muerte, y mirar la fosa en que han de sepultarle, y sentir abrasado el cuerpo por la mano del Comendador, que le dice:

Ahora, don Juan,
pues desperdicias tambien
el momento que te dan,
conmigo al infierno ven.

Entónces D. Juan, en cuya conversion no parece sino que está Dios agotando sus esfuerzos, se arrepiente y exclama:

Aparta, piedra fingida,
suélta, suéltame esa mano,
que aún queda el último grano
en el reloj de mi vida.
Suéltala, que si es verdad
que un punto de contricion
da á un alma la salvacion
de toda una eternidad,
yo, santo Dios, creo en tí.
Si es mi maldad inaudita,
tu piedad es infinita...
¡Señor, ten piedad de mí!

Compárese ahora ese D. Juan con el de Tirso. En éste ¡qué sencillez y qué unidad! En aquél ¡qué de contradicciones y de artificio! El D. Juan de Tirso no duda un solo momento de que sea la estatua del Comendador la que se presenta en su casa: precisamente porque no lo duda y la recibe con sangre fria manifiesta un valor que impone. Ni áun despues de haber salido la estatua, intenta dominar la impresion que le ha causado recurriendo al vulgar medio de pensar que aquello pudo ser mera ilusion de sus sentidos. Atribuye á la imaginacion excitada por el temor el frio aliento que creyó haber percibido en la estatua, el fuego que se figuró haber sentido cuando le dió la mano, pero no la estatua misma. Así, para reponerse de su turbacion, se da como principal motivo:

Temer muertos
es muy villano temor.
Si un cuerpo con alma noble,
con potencias y razon
y con ira no se teme,
¿quién cuerpos muertos temió?

Falsea Zorrilla el carácter de D. Juan no sólo en la segunda parte de su drama, sino tambien en la primera. Siguiendo y exagerando á Dumas, pone en competencia con D. Juan á un D. Luis Mejía, y presenta á los dos en la hostería de un italiano haciendo público alarde de sus vicios y examinando cuál ha seducido en un año más mujeres y matado en duelo más hombres. De tan extraño exámen resulta que D. Juan ha podido más, pues pasó por su espada á treinta y dos hombres y conquistó hasta setenta y dos mujeres, cuando los muertos por su rival son sólo veintitres y cincuenta y seis las engañadas. Mejía, como el Sandoval de Dumas, hace observar que D. Juan no ha seducido á ninguna novicia, y D. Juan, envalentonado por sus triunfos, se compromete, no sólo á ganarla, sino tambien á quitar al siguiente dia al mismo D. Luis la novia, D.ª Ana de Pantoja.

¿Recuerda el lector qué es lo que se ocurre á los dos matones para lograr el uno su intento y el otro impedirlo? Se delatan mutuamente á la justicia y caen presos entrambos. Recobran luégo la libertad y se encuentran en la calle donde vive D.ª Ana. ¿Recuerda tambien el lector cómo Tenorio se deshace de Mejía? Disponiendo que una ronda de los suyos le ataque por la espalda, le sujete y le encierre en una bodega. ¿Son éstos dos caballeros ó dos bandidos? Confiesa D. Juan que ha cometido una traicion, y la defiende con decir que es como suya.

Ese D. Juan, además, no siempre mata en riña, ni siempre con la espada. Sin darle tiempo á que se defienda mata al Comendador de un pistoletazo. Aberracion que no ha padecido el D. Juan de ningun otro poeta.

Pero no es aún aquí donde más falseó Zorrilla el carácter de su héroe. Su D. Juan, como el de Dumas, cumple el empeño contraido y arrebata de un convento á su novia D.ª Inés, decidida desde mucho tiempo á ser esposa de Cristo. Luégo que ha conseguido robarla, la entrega á sus gentes con órden de que la lleven á su casa de campo, y corre desalado á burlar á D.ª Ana, fingiendo ser aquel mismo Mejía á quien tan villanamente ha preso. Ya que alcanzó su objeto, vuela á su quinta, y sin transicion alguna pasa ¡oh prodigio! del desenfrenado sensualismo en que ha vivido al amor más casto y puro. ¡Qué lirismo entónces el suyo! ¡qué hermosos sentimientos! Hasta cree que por D.ª Inés ha de salvarse; y hasta resuelto se halla á pedirla de rodillas al bueno de D. Gonzalo.

No es, doña Inés, Satanás
quien pone este amor en mí;
es Dios que quiere por tí
ganarme para *Él* quizás.
No, el amor que hoy se atesora
en mi corazon mortal
no es un amor terrenal
como el que sentí hasta ahora;
no es esa chispa fugaz
que cualquier ráfaga apaga;
es incendio que se traga
cuanto ve, inmenso, voraz.
Desecha, pues, tu inquietud,
bellísima doña Inés,
porque me siento á tus piés
capaz aun de la virtud.
Sí, iré mi orgullo á postrar
ante el buen Comendador,
y ó habrá de darme tu amor,
ó me tendrá que matar.

¿Qué extraña conversion es esta? ¿No era ese mismo D. Juan el que horas ántes decia que empleaba en cada mujer cinco dias:

Uno para enamorarlas,
otro para conseguirlas,
otro para abandonarlas,
dos para sustituirlas
y una hora para olvidarlas?

La Marta de Dumas era, como he dicho, un ángel bajado del cielo, y no pudo con D. Juan de Marana. ¿Cómo pudo más con D. Juan Tenorio Inés, que era una simple mortal, aunque pura y bella? Otras hermosuras habia visto este D. Juan, y no le habian cautivado por más de un dia; otras vírgenes del Señor habia seducido segun los claustros que decia haber escalado, y por ninguna habia sentido más que un amor terreno. ¿Porqué ese cambio con D.ª Inés? No seria por lo bella ni por lo cándida, puesto que ántes de verla ya la queria con pasion, y despues de vista la dejaba por ir á gozar traidoramente de D.ª Ana de Pantoja. Acababa de cometer D. Juan el doble crímen del rapto y del engaño cuando venia á poner á los piés de la casta vírgen su corazon impuro: ¿cómo ni por qué habia de trasformarse tan de súbito en el más pudoroso de los amantes?

Zorrilla, como Dumas, quiso dar á su drama un tinte religioso, y, como á Dumas, le convino hacer llegar al diablo á las puertas del cielo: sacrificó á su pensamiento teológico la unidad de carácter de su protagonista.

Lo bueno es que luégo ese D. Juan, tan amartelado por D.ª Inés, al sentir cerca de sí los alguaciles y soldados que van á prenderle, pensando sólo en salvarse, la abandona cobardemente, dejándole por todo premio de amor el cadáver de D. Gonzalo, de quien era hija.

Algo más tendria que decir, si en vez de concretarme á examinar el carácter de D. Juan, hiciese la crítica del



LA ESCUELA DE ATENAS, por Rafael

drama, donde casi me atreveria á decir que hay más defectos que bellezas, con ser las bellezas muchas; añadiré tan sólo que, si algo faltase para desfigurar al primitivo D. Juan, lo tendríamos en lo fanfarron que ha hecho Zorrilla al suyo, más fanfarron aún que el de don Antonio de Zamora. Dejo aparte aquel pugilato con Mejía sobre quién mató y sedujo más y más atrocidades hizo; D. Juan dice que al llegar á Nápoles, puso en público el cartel siguiente:

Aquí está don Juan Tenorio,
y no hay hombre para él.
Desde la princesa altiva
á la que pesca en ruin barca,
no hay hembra á quien no suscriba,
y á cualquiera empresa abarca
si en oro ó valor estriba.
Búsquenle los reñidores;
cérquenle los jugadores;
quien se precie que le ataje,
á ver si hay quien le aventaje
en juego, en lid ó en amores.

Zorrilla en su *D. Juan Tenorio* ha procurado más satisfacer las exigencias del público que las del arte; atendidas sus brillantes dotes, ¡lástima que no haya pensado más en satisfacer las del arte que las del público!

—

No acabaria tan prolijo exámen, si quisiera hablar de cuantos poetas han escogido á D. Juan por protagonista, ya de sus dramas, ya de sus epopeyas. Calderon, con el título de *No hay cosa como callar*, escribió una comedia donde le reprodujo en D. Juan de Mendoza. Espronceda le encarnó en su D. Félix de Montemar, y Manuel Fernandez y Gonzalez en su D. Luis Osorio. Le retrató Guerra Junqueiro, jóven portugués, en su poema *A morte de D. Joao*, y Campoamor en una de esas doloras á que ha dado el nombre de *Pequeños Poemas*. Perdóneseme que no hable de ninguna de esas composiciones, por más que algunas sean tan importantes como la de Espronceda, bosquejo de mano maestra de nuestro personaje.

¿No es verdaderamente de notar que la poesía no se canse de volver sobre el mismo tema? He dicho ya por qué es popular Tenorio; diré ahora porqué, en mi opinion, es un tipo esencialmente dramático. Lo es porque en él se resume y personifica al hombre. Los hombres, digan lo que quieran ciertos filósofos, somos un eterno dualismo. Somos Naturaleza por el cuerpo, Dios por el espíritu. Llamo aquí espíritu al conjunto de facultades por las que nos elevamos sobre el mundo sensible. Por el cuerpo somos esclavos, por la razon libres: esclavos de nuestros apetitos, libres en el sentido de que nada puede cohibir ni detener el vuelo de nuestras almas. Porque nos sentimos libres y lo queremos ser, somos rebeldes á todo lo que tiende á limitarnos. Así derribamos de los altares á nuestros dioses. Así sacudimos tan frecuentemente el yugo de la autoridad contra los sacerdotes y los reyes. Así pugnamos sin tregua por romper los límites de nuestras propias fuerzas. La rebeldía del hombre es tal, que todas las religiones la simbolizan en sus mitos. Prometeo arrebatando el fuego del Olimpo, los gigantes escalando el cielo, Satanás y sus ángeles disputando el trono á Jehová, Eva y Adan comiendo la fruta del árbol prohibido, los hombres fabricando la torre de Babel, símbolos son y no más de esta rebeldía.

D. Juan es á la vez por su desenfrenado sensualismo el hombre materia; por su rebelion contra todo lo que le detiene, el hombre-espíritu. ¿Le ataja el paso la espada? tira de la espada. ¿Le sale al encuentro lo desconocido? arrostra lo desconocido. Lo arrostra y lo desafia como arrostraba y desafiaba el Angel Rebelde á Jehová y los gigantes á Júpiter. Por esto, principalmente por esto, es á mis ojos un tipo dramático. Es un nuevo emblema de nuestro dualismo y un nuevo símbolo de nuestra invencible soberbia.

¡Lástima que no se le haya presentado aún con toda la sencillez y la pureza de que es susceptible! El más sencillo, el más puro y el de mayor unidad es para mí, como habrá observado el lector, el D. Juan de Tirso. Adolece, con todo, de graves defectos: unos, los ménos, hijos del mismo poeta; otros, fruto del siglo en que el autor escribió su comedia; otros, tal vez los más, debidos á lo infamemente que la han adulterado los copistas. Seria muy loable que uno de nuestros esclarecidos poetas, en vez de forjar otro D. Juan, se consagrase á purgar el de Tirso de los vicios que lo afean. Mereceria bien del arte.

F. PI Y MARGALL

LA GIGANTOMAQUIA DE PÉRGAMO

POR DON LUIS CARRERAS

I

En mi artículo sobre Praxiteles hablé pasajeramente de este descubrimiento colosal, y prometí ocuparme de él otro dia, porque su extrema importancia requiere un estudio particular. Así voy á hacerlo ahora, señalando sus antecedentes en la historia del arte helénico, describiendo y juzgando la obra en sí misma, y comparándola luégo con dos producciones de nuestra Era, que son del mismo género, aunque de ramo diferente: las *Puertas del Batisterio de Florencia*, esculpidas por Lorenzo Ghiberti; y la *Capilla Sixtina*, pintada por Miguel Angel. Esos grandes relieves de Pérgamo, que, como el *Hermes* de Olimpia, han sido descubiertos por una comision alemana; humillan en extremo nuestro orgullo de inventores modernos, demostrando que aquel arte de accion y pasion que creíamos exclusivo de la Era actual, no sólo lo conocieron los antiguos, sino que lo llevaron á una perfeccion que nosotros aún no hemos podido obtener. Todo lo que se habia venido alegando en favor del espíritu moderno, todo lo que se habia venido diciendo en favor de la novedad del género *miguelangesco*, se ha desvanecido despues de las excavaciones de Pérgamo. ¡No! Ya no es cierto que fuese necesaria la caida del paganismo para que el arte se regenerara y enriqueciera, emprendiendo temas dramáticos, ejecutados con todo su movimiento y patético; como no lo es tampoco que se necesitara la aparicion de un Miguel Angel para que el mundo conociera todo lo que el arte podia hacer en este género. Y si ni la época, ni Miguel Angel han perdido un ápice de lo que valian ántes del descubrimiento de la *Gigantomaquia*, ha quedado al ménos fuera de duda que nuestra Era y nuestros artistas no son más que los continuadores originales de lo que se hizo en otros tiempos.

La *Gigantomaquia* de Pérgamo completa, si no cronológicamente, al ménos estéticamente, la historia de la escultura griega, en los tres ramos de que este arte debe constar para desenvolver toda su esencia. Del *Templo de Egina* al *Altar de Pérgamo*, la estética ó belleza de la escultura dramática; de *Fidias* á *Praxiteles*, la de la escultura majestuosa; de Miron á Lisipo, la de la escultura familiar; y aunque por desgracia nos falten obras capitales de la última, y debamos contentarnos con las reducciones y las imitaciones del museo de Nápoles y de los de otros puntos que no cito, por hallarse ménos favorecidos; en cambio poseemos obras maestras de los dos primeros tipos, que son los más grandilocuentes. Pero no creais que el arte antiguo, al cultivar é inmortalizar estos géneros, se encerrara exclusivamente en ellos. Al contrario; los artistas, siguiendo las lecciones de la naturaleza, muchas veces los combinaban de dos en dos, produciendo obras mixtas, que enriquecian su arte sin perjuicio de la belleza ni de la unidad de sus producciones. Ayudados por el carácter de la religion pagana, compuesto de elementos humanos y divinos, y por el de la historia de cada pueblo, que por la relacion en que estaba con sus dogmas y tradiciones religiosas, daba carácter litúrgico á sus héroes políticos y á sus leyes sociales, podian unir tambien lo divino con lo nacional y hasta con lo doméstico, y realzar de tal modo lo nacional y doméstico con lo divino, que ni la idea ni la forma salian perjudicadas, si el artista tenia mérito. Así ¡cuántas estatuas, cuántos grupos, cuántos bajos relieves no conservamos, llenos á la vez de gracia, de ironía, de individualidad, de familiaridad, de gravedad, de majestad y espíritu olímpico! La vida, la alegría, la luz circulan en ellas, hechizándonos, desahogándonos, llenándonos de júbilo, asombrándonos, haciéndonos en fin participar de las emociones de la civilizacion que los produjo.

La *Gigantomaquia* de Pérgamo es la última expresion artística del género dramático, que empezó á presentarse de un modo relevante en el tímpano ó triángulo del Templo de Egina, isla situada frente al Pireo de Atenas. Esta obra colosal, que es muy anterior á Fidias, se halla hoy en el museo de Munich, pero afortunadamente existen vaciados de ella en muchas partes de Europa. Antes de escribir estas líneas he querido volver á ver los de la *Escuela de Bellas Artes* de Paris, que son excelentes; y ciertamente, que si debiéramos comparar esta produccion con las obras maestras de un siglo despues, no podríamos mencionarla, porque esculpida en una época que no conocia todos los secretos del dibujo, adolece de garrafales defectos. Pero la esencia del género está allí con toda su verdad, con toda su fuerza, con toda su variedad, con todo su patético, con todo su conjunto grandioso, y no es extraño, sino muy natural, que Munich procurara adquirir esas preciosidades; que los demás museos del mundo se las envidien celosamente, y que hayan sido objeto de grandes elogios así en el concepto de su importancia histórica, como en el de su mérito artístico. Los críticos é historiadores han estudiado á porfía el tímpano de Egina, admirados de una obra que fué la escultura capital hasta la aparicion de Fidias, y que todavía poseyó despues una larga nombradía.

Eso depende de que el escultor de Egina habia buscado una fase del arte que Fidias no quiso cultivar; de modo que, á pesar del Partenon, el Templo eginético tenia toda su importancia de elocuente expresion de un ramo capital de la escultura, no ménos importante y necesario que el que Fidias llevó á la altura más sublime. Si el Partenon era la última palabra de la majestad, Egina era por aquel entónces la más avasalladora palabra de la accion. El artista habia representado en el Templo de Egina una batalla de la guerra de Troya, la muerte de Patroclo; y el grupo combatia con una naturalidad, con una propiedad de caracteres, que era magistral. Patroclo cae muerto, y la lucha se desarrolla en torno de su cuerpo, cuya posesion se disputan griegos y troyanos. Los saeteros, hincada la rodilla en el suelo, disparan su arco; los lanceros se abren paso á lanzadas; los jefes, bien cubiertos con el escudo, reparten estocadas y tajos; miéntras allá se retrocede, aquí se avanza, y los guerreros forman un tumulto compacto y claro, que rebosa de vida, de pasion y furor bélico. Todos los críticos han reconocido que en el género dramático la escultura no puede tener mas movimiento. Pero esta obra, tan grande por la accion, adolece del atraso de la época; y aunque no esté mal dibujada, carece de una forma eminente. No sólo hallo en ella mucha influencia del primer arte egipcio, sino que las cabezas dejan mucho que desear. Las fisonomías son impasibles, como estúpidas, y nada expresan de aquella accion. Todo el talento del artista se ha concentrado en los cuerpos, á los cuales ha dotado de la vida y elocuencia necesarias. Esta parte es maravillosa, así por el espíritu como por la forma. Hay en las actitudes una naturalidad, una ingenuidad tan exacta, tan justamente expresada, que encanta al espectador. Son estatuas rigurosamente naturalistas, pero están dominadas por una verdad humana que las poetiza en extremo. Yo no he visto ni en los frescos de Pisa, ni en los del Coro de Santa María Novella de Florencia, ni en los de la Capilla de los Españoles, de la misma ciudad, nada comparable. Por eso todavía hoy las estatuas del tímpano de Egina son dignas de consultarse por cualquier escultor que quiera dedicarse á obras de accion violenta.

Sin embargo, despues de la revolucion que Fidias hizo con el Partenon, la obra de Egina fué insuficiente; pues aunque este maestro dejó á la escultura eginética casi en el mismo estado en que la hallara, dió tal impulso al género majestuoso, que el arte de esculpir progresó de un modo fenomenal, llevando el dibujo de las formas y el idealismo de los tipos al mayor extremo de grandeza y sublimidad. Scopas, que fué uno de sus sucesores, trató de aplicar estos progresos a la escultura de accion y pasion, uniendo la vida y el patético de Egina con la belleza plástica de las producciones de Fidias. Pero si Scopas poseia una maravillosa ciencia material y una sensibilidad exquisita, carecia de genio suficiente para dominar y concebir con la elevacion y sencillez necesarias. Ni por la profundidad, ni por el gusto era un hombre superior; y podia copiar admirablemente lo mejor de Fidias, sin las condiciones suficientes para aplicarlo. Así lo demuestra el inmenso fronton de *Niobe* que se halla en el museo de los *Oficios* de Florencia. Este gran grupo, tan notable por la ternura, y sobre todo por la ciencia material con que está hecho, carece de originalidad, de sencillez y vehemencia, y es inferior en todos estos conceptos al del templo de Egina.

La sala de las *Niobes* es indudablemente una de las más interesantes de los museos de Florencia. En la testera se levanta la madre con el grupo principal de sus hijos, y á derecha é izquierda de las paredes se hallan los demás, formando un conjunto imponente. Aunque la obra no sea completa, pues falta alguna estatua perdida y otras que posee el Museo de Munich, lo que existe no sólo basta para formarse una idea de la composicion, sino que comprende casi la totalidad de ella. Algunos han creido que no era de Scopas, sino de Praxiteles; aunque el *Hermes* de Olimpia lo refuta de un modo palpable. Otros han sospechado que fuesen copias de los originales. Pero en mi artículo sobre Praxiteles hablé ya de esta opinion, pues tanto por la fuerza y belleza, como por el estilo, el grupo tiene un interés excepcional. Niobe, que se habia jactado blasfemamente de haber tenido más hijos que una de las primeras diosas del Olimpo, recibe de esta un castigo ejemplar: Apolo mata con sus terribles flechas á todos aquellos hijos, á la vista de la madre blasfemadora. Niobe en pié presencia la horrenda matanza. Las flechas caen, dejando exánimes uno tras otro á todos aquellos desgraciados. Unos se refugian despavoridos en el seno de su madre, que procura cubrirlos con su cuerpo y su manto; otros huyen á tropezones, otros yacen ya cadáveres; otros quedan alelados, sin ánimo para huir ni gritar. El rostro de la madre expresa la angustia más cruel, el dolor más intenso, el patético más desgarrador. Fija la vista en el cielo, encorvado el cuerpo, pide clemencia con un grito supremo de afliccion. Tal es el famoso grupo de las Niobes.

Sin embargo, hay en esta obra un exceso de ostentacion y rotundidad, que la enfria. Conócese que el artista se cuidó de algo mas que de ejecutarla con estricta propiedad; y que queriendo producir una cosa amplia, majestuosa, sacrificó la idea, la pasion, á ciertas condiciones de factura. Yo veo allí á un escultor anheloso de mostrarse sabio en la manera de trabajar el mármol. Es que sin duda Scopas se preocupó hasta el último grado de las producciones de Fidias en el Partenon. Ambicioso de unir el drama con la epopeya, atenúa la intensidad del primero con el fin de encuadrarlo en el segundo. La majestad de la concepcion y factura de Fidias le persiguen, le hostigan, al concebir y ejecutar su obra, impidiéndole ser sencillo y original. Si Fidias hubiese vivido, hubiera podido decirle que la majestad de su estilo no derivaba de accidentes y habilidades de cincel, sino de la profundidad con que concebia desde el carácter general hasta el mas insignificante detalle de una estatua; y que la escultura dramática debia tener otro caracter, y buscar la majestad, no imitándole á él, sino aplicando rigorosamente sus propios principios. Tal es el defecto capital de aquel célebre grupo, tomado en conjunto, pues en detalle no deja de contener alguna estatua muy bien hecha que no adolece de esas preocupaciones formalistas, y que por eso está llena de carácter propio y de vivo sentimiento.

Por desgracia el sistema de Scopas queda como un tipo definitivo que prevaleció durante muchos siglos; y todas las obras de accion que despues se hicieron, tuvieron, con pocas excepciones, ese eclecticismo de las *Niobes*, esa union impropia del drama y la epopeya, de la accion y de la majestad tranquila, de un estilo enérgico y cerrado con un estilo rotundo, sobrepuesto, artificial, retórico. Así lo demuestran los pocos restos de ellas que nos han quedado. Sólo la escultura de género se separaba de esta regla, cuando hacia obras de movimiento; pues las copias y reducciones de Miron, junto con otras, que han llegado hasta nosotros, demuestran que esta escuela siguió mejor las leyes estéticas, procurando atenerse tan sólo á lo que la idea daba de sí, no imitando más que á la naturaleza. Pero la escultura de género no bastaba para corregir aquel defecto de la gran escultura decorativa, y no hubiéramos sabido que al fin esta se desprendió de él, sin el descubrimiento de la *Gigantomaquia de Pérgamo.*

(Continuará)



PRIMERA PRENSA DE GUTTENBERG, en el museo Klemm de Dresde


GRUPO ESCULTÓRICO DEL GRAN ALTAR DE PÉRGAMO: *Hécate luchando con los gigantes*

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 9 DE NOVIEMBRE DE 1885 — NÚM. 202

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ENTREVISTA DE CÁRLOS V y FRANCISCO PIZARRO A LA VUELTA DE SU PRIMERA EXPEDICION AL PERÚ

(copia del cuadro de Angel Lizcano)

NUESTROS GRABADOS

CÁRLOS I DE ESPAÑA y V DE ALEMANIA
recibe á don Francisco Pizarro
á la vuelta de su primera expedicion al Perú,
Cuadro por Angel Lizcano

Era en el año 1526, cuando Francisco Pizarro, que de guardador de ganados habia ascendido á importante puesto en la milicia, se asoció con Diego de Almagro y con Francisco Luque, hidalgo el primero y sacerdote el segundo, y disponiendo á sus expensas una nave y con solos ciento doce hombres á sus órdenes, se lanzó nada ménos que á la exploracion y conquista del Perú. Unas veces con próspera fortuna, y otras con adversa, fueron adelantando en su empeño los bravos exploradores; mas el Perú no era la tierra pequeña y despoblada que habian previsto, y en definitiva se convencieron á la vuelta de unos meses de la impotencia de sus menguados recursos.

Entónces acordaron los expedicionarios que Pizarro diera la vuelta á España en demanda de elementos al rey emperador, á quien se presentó en Toledo (escena representada en nuestro cuadro) con un aire de dignidad y nobleza que nadie habria podido esperar del antiguo guardador de puercos, conforme observa Lafuente; haciendo una pintura tan viva, tan animada y discreta de los países que habia descubierto y de los trabajos y miserias que habia pasado por ganarlos y difundir en ellos la fe cristiana, que el monarca no sólo le prestó auxilios, sino que le hizo caballero de Santiago, le nombró gobernador y capitan general de doscientas leguas de costa en Nueva Castilla (que así se llamaba entónces el Perú) y le confirió el título de Adelantado de la tierra.

LOS GIRONDINOS CAMINO DEL SUPLICIO, cuadro por Piloty

Este lienzo permite formarse una idea bastante exacta de la más grande y trascendental de las hecatombes de la Revolucion de Francia. Los fundadores de la República se habian hecho culpables de atentar á su unidad, y un jurado, compuesto de ilusos, de envidiosos y de cobardes, decretó la muerte de veintiun republicanos sinceros, que vanamente intentaron contener aquello mismo que ciegamente habian desenfrenado. Hé aquí un párrafo de Lamartine, el historiador poeta, que explica perfectamente el cuadro de Piloty:

«Cuando todos los cabellos hubieron caido sobre el pavimento del calabozo, los verdugos y los gendarmes reunieron á los condenados y les hicieron marchar en peloton hácia el patio de la cárcel. Una multitud inmensa les rodeaba. Apénas habian traspuesto la puerta de la Conserjería, los Girondinos entonaron á coro y á guisa de marcha fúnebre, la primera estrofa de la *Marsellesa*, recalcando con enérgica significacion estos versos susceptibles de doble sentido:

Contre nous de la tyrannie
L'étendard sanglant est levé.

»Desde este momento dejaron de pensar en sí mismos para ocuparse solamente de dar al pueblo un ejemplo de cómo morian los verdaderos republicanos. Al terminar cada estrofa, sus voces, siempre más robustas y expresivas, entonaban la siguiente, con progresivo entusiasmo. Su marcha y su agonía fueron un no interrumpido canto. Se les condujo al lugar del suplicio colocados á razon de cuatro en cada carreta; solamente una de estas iba cargada con cinco girondinos: era la que conducia el cadáver de Valaze (se habia suicidado en la Convencion al enterarse de su sentencia de muerte). Su desnuda cabeza, sacudida por los movimientos de la carreta, chocaba contra las rodillas de sus compañeros, que cerraban los ojos para no ver su lívido semblante, pero sin interrumpir por esto su canto patriótico.»

La obra de Piloty no está del todo conforme con esta relacion, pero no deja de ser grandiosa y produce la impresion que su autor ha podido desear.

LAS GACELAS, cuadro por J. R. Wehle

Si la gacela, segun los poetas, es animal tan bello como tímido é inocente, el autor de este bonito cuadro ha obrado cuerdamente presentando á una pareja de aquellas en un bosque donde descansan unos agraciados niños, en natural actitud agrupados. Igualmente inofensivos los racionales y los irracionales, ni aquellos temen á estos ni estos recelan de aquellos; cualquiera diria que los cuadrúpedos están discurriendo la manera de entrar en relaciones con los muchachos, que les contemplan como pudieran hacerlo con unos inesperados compañeros.

Aun cuando las figuras tengan en este cuadro mayor importancia de la que suelen tener en la generalidad de los paisajes, es manifiesto que el pensamiento del autor ha sido principalmente la pintura del interior de un bosque frondoso, que tiene excelentes términos, buena atmósfera y apropiada luz.

JARRON, dibujo á la pluma por Roca

Este elegante objeto de arte decorativo se encuentra en el parterre de la Fama del Real Sitio de San Ildefonso, de España, conocido vulgarmente por *la Granja*.

Allí lo ha copiado el Sr. Roca con inteligencia suma, pudiéndose apreciar en su trabajo los menores detalles del jarron, presentado con un relieve y unos efectos de luz verdaderamente notables.

OTOÑO

LA CAIDA DE LAS HOJAS

Para el indiferente, la caida de las hojas es un efecto natural, más ó ménos pictórico, que trueca el paisaje en monótona exposicion de esqueletos de árboles y plantas, y con el cual se indica que se acercan los chaparrones de noviembre.

Mas como no todos los séres humanos son indiferentes, el fenómeno de la efoliacion tiene para el que medita ó fantasea, sus analogías y sus íntimas afinidades.

Decíame cierto amigo, muy apurado porque veia acercarse *la caida de la pámpana*, que le entristecia tanto una viña sin hojas como un tonel sin vino, y que cuando entraba en un jardin donde se habian agostado las flores, se acordaba siempre del convento de monjas de su pueblo, en el cual quedaban la priora y tres apergaminadas profesas, y habian desaparecido las novicias.

Y no le faltaba razon á mi amigo en ambos puntos. La hoja alegra como el mosto y una alameda desnuda no puede ser nido de palomas torcaces.

Cuando las hojas caen, huyen las aves á climas extraños; las damas envuelven sus formas en pieles, trasformándose en séres dúplices que tanto tienen de nutria, de armiño y de zorra, como de hermosas hijas de Eva, y los tísicos se van con las golondrinas, rubricando las cuentas galanas de primavera con un esputo de sangre.

Recuerdo una alameda sin hojas.

El leñador con el hacha en alto, cortaba un álamo blanco á cuya sombra habia descansado yo con mi tierna amiga la pobre Trini. Cerca de aquel árbol estaba el arroyuelo vestido de juncos y espadañas, en cuyas márgenes hicimos barcos de corcho, pajaritas de papel y castillos en el aire.

El arroyo se habia convertido en ronca avenida y el árbol que nos prestó su sombra estaba destinado á tenderse sobre las embravecidas aguas. Por aquel puente, estrecho como el Cinerad, podia pasarse á la huerta próxima en donde aún se veian verdear las hortalizas de otoño y ostentaban orgullosamente algunos árboles frutales cuatro harapos de hojas amarillentas.

Trini habia saltado hacia tres meses el arroyo aquel como una cabritilla, enseñándome un pié menudo y una pierna con medias color de rosa, más redonda de lo que podia esperarse de su constitucion flaca y enfermiza. A los pocos dias saltó un arroyo más ancho y más profundo; el arroyo del cementerio: tambien recuerdo que ví sus piés rectos y menudos, aprisionados en botitas azules, separados en forma de V y sobresaliendo de la caja algunos centímetros.

El primero fué un verdadero salto de amor que la trajo á mis brazos; el segundo fué un salto mortal que la alejó de mí para siempre.

Cuando yo visité la alameda en su compañía habia muchos pájaros, muchas abejas, muchas mariposas y muchas flores. ¿Dónde diablos han ido tantos séres como hacian ruido en torno nuestro? ¿De qué les sirvió tanto trinar, tanto zumbar, tanto revolotear entre las matas?

Una pobre mariposa blanca giraba con pertinacia cerca de nosotros, entrando y saliendo por entre el varillaje del quitasol de mi amiga. Trini, enfurecida, cogióla en un descuido con el pico de su pañuelo y la clavó en su imperdible viéndola espirar sin lástima. Sé que nadie —ni yo mismo—ha llorado cuando murió la rubia Trini, la atormentadora de mariposas; si las mariposas son almas, es justa la compensacion.

Pero, ¿qué es esto?...

Cae sobre mi libro de memorias una hoja seca. ¿De dónde vendrá?

En el cierro de enfrente hay rosales. Las brisas de octubre, furiosas porque no encuentran flores en ellos, roban las hojas y, viendo que ni brillan ni perfuman, las dejan en cualquier parte. No sé qué parece esta hoja arrugada y amarilla que casi se me ha puesto bajo los puntos de la pluma; pero es el caso que yo he visto algo que se le parece. ¡Ah, ya caigo!... el corazon de una coqueta arrojado desde el balcon al primero que pasa por la calle.

La verdad es que la naturaleza ha sido mas previsora con la planta que con el hombre. La floresta se viste todos los años con un traje nuevo, flamante, primorosamente cortado, sin tener que sujetarse á los caprichos de la moda ni pagar la cuenta del sastre. La lluvia y el viento cuidan de lavarles la ropa y de cepillarles el polvo. Hay naranjo que se pone todas las mañanas camisa limpia; es decir, que se cubre diariamente de azahares.

El primer hombre quiso imitar servilmente al vegetal robándole un trozo de vestido y se colocó la hoja de parra; esta creció, poco á poco, al abrigo del pudor femenil y extendiéndose como hiedra por el tronco del género humano, acabó por vestirle y encarcelarle. Hoy que el lujo, el bienestar, la suave molicie, van haciendo de la tierra un Eden y nos acercan al primitivo Paraíso en tren relámpago, la hoja se encoge y vuelve á sus primitivas dimensiones.

Entrad en el baile y notad cómo se delata el traje paradisiaco en esos pedazos de raso y terciopelo que apénas cubren los hombros y que se escurren por los piés de las hermosas desnudándolas suavemente. La hoja del eden se halla en pleno renacimiento.

Las ilusiones perdidas
son las hojas desprendidas
del árbol del corazon,

dijo Espronceda, que, como buen romántico, hallaba el punto de contacto de los árboles con los corazones y sabia enconcontrar íntimas analogías entre un huevo y una castaña.

Nada más cierto, sin embargo, que la frase del popular poeta. En los períodos otoñales de la vida subjetiva, el viento huracanado de la ambicion, del deseo ó del entusiasmo se lleva unas cuantas hojas del músculo carnoso que convirtió en árbol Espronceda y todo se ve negro y descarnado. El paisaje externo y el interno se asemejan como dos gotas de tinta; las hojas no pueden sufrir el peso de la lluvia; los ojos no pueden sufrir la pesadumbre de las lágrimas.

Es curioso seguir el proceso del crecimiento y desmembracion de esas hojas invisibles, que suelen volar por los ojos, por la boca y hasta por la punta de los dedos, segun las solicitaciones de la vista, del gusto ó del tacto.

La primera hoja que vuela es la de la amistad, porque no hay niño á quien otro no haya robado un juguete; la segunda es la del amor, porque no hay adolescente que haya dejado de sufrir las genialidades de una vendedora de afectos; la tercera es la de la fe, porque son pocos los que buscando la verdad no tropezaron con las hipocresías y las injusticias de la tierra.

Explícase claramente cómo un árbol desmochado vuelve á cubrirse de hojas; mas no se concibe del mismo modo cómo los corazones hechos pedazos retoñan y reverdecen. Un amigo engañado que busca otro amigo; un amante burlado que busca otra amada; un viudo que va de nuevo á la vicaría, son tres troncos pelados que se cubren de hojas artificiales; tres plantas muertas que ostentan flores de trapo.

Hay una frase vulgar que tiene gran analogía con el pensamiento culto de Espronceda y que expresa á las mil maravillas el difícil estado del hombre que ha perdido las ilusiones: *á ese*—dicen—*se le han caido los palos del sombrajo.*

Este *sombrajo* es, á veces, símbolo del techo del hogar, que desaparece.

No hay conjunto más lúgubre, más otoñal, que esas ferias de trastos viejos, *de hojarascas del hogar*, que ruedan en el polvo del *Rastro* de Madrid ó del Juéves de Sevilla y que suelen crujir bajo los piés del transeunte como los despojos de la selva.

Tálamos y cunas vacías; muebles rotos y desvencijados; vajillas dañadas é incompletas; retratos y recuerdos de familia, hacinados en monton y barridos en el suelo.

¿Dónde están sus dueños? Cayeron tambien como la hiedra pegada al muro ruinoso y se sepultaron en los escombros. Una inicial, perdida entre la desgarrada tapicería, una trenza de pelo encuadrada en un marco sucio y sin cristales, tres cintas mugrosas y algun medallon abollado y sin muelles, guardan como los jeroglíficos de Tebas la historia del poseedor de esos efectos, que acaso los veneró hasta su muerte entre sus lares y penates.

Hoy, el transeunte desalmado hace burla del peinado de cocas de la dama de los pensamientos del muerto, del extraño peluquin de estopa del autor de sus dias, y del corazon atravesado por flechas que bordó derramando lágrimas aquella celestial doncella del siglo pasado. Un cofrecillo de sándalo pintado de almagra por manos profanas, y que un rebuscador de antigüedades *sacará por el olor* comprándolo *por tres perros grandes*, guarda aún las hojas secas de cierta flor, prólogo de una historia rancia de amores, que se tradujo en una suegra, tres cuñadas, un primo y siete pequeñuelos revoltosos

Tambien hay hojas que caen, léjos del bosque y de la alameda. Estos despojos que van al hornillo ó al pudridero despues de haber provocado el llanto, la risa ó la indiferencia de dos ó tres generaciones, tienen algo de terrible y de sarcástico.

He visto dos retratos de amantes adúlteros entre los trastos viejos de un puesto de feria: la fotografía medio borrada del esposo engañado presenciaba impávida aquella apoteosis postrera. Los culpables estaban unidos en su presencia; cuando el ropavejero guardaba los cachivaches, solia colocarlos juntos en un ángulo, boca con boca y cuerpo con cuerpo.

No sé porqué recordé á Paolo y Francesca, condenados por Dante á estar unidos en los círculos de su Infierno. El gran poeta florentino los vió pasar abrazados estrechamente, sufriendo el atroz castigo en una especie de éxtasis infernal, miéntras que el desdichado Ganciotto,

el hermano engañado, se mordia las uñas de rabia en un solitario extremo.

Como las hojas secas, llevábalos el viento huracanado de acá para allá, por aquellas profundidades. Ahora bien, pregunto yo: ¿se escribió para ellos el terrible: *Lasciate ogni speranza?*

BENITO MÁS Y PRAT

LA NOVELA DE UN PERIODISTA

(CARTA Á UN AMIGO)

I

Querido Leon: Hace ya doce años que nos separamos; doce años, que equivalen á doce siglos para esta pobre humanidad que en sólo veinticuatro horas tiene ocasion de aburrirse otras tantas veces.

En doce años todo cambia, todo, ménos mi amistad invariable hácia tí. ¡Cuánto bien me ha proporcionado tu carta!

Por lo pronto, y esto no admite duda, me ha rejuvenecido; en vano busco, desde hace una hora, algunos plateados hilos que estos dias asomaban con desvergüenza inaudita en mi barba y en mis cabellos; será una ilusion, pero la lectura de tu carta me ha trasportado en cuerpo y en espíritu á otros lugares y á otros tiempos... Deja que saboree este goce; es el primero que he experimentado desde que me separé de tí. Juntos entramos en las aulas, y juntos salimos de ellas; tú, con la cabeza llena con el *Fuero juzgo*, las *Pandectas* y las *Partidas* del Rey Sabio; yo, chorreando *Materia Farmacéutica*, animal, vegetal y mineral, por todos los poros de mi cuerpo; tú, te encerraste en ese poblachon; yo, me vine á Madrid; tú has sido alcalde y juez municipal, nada ménos, en diversas ocasiones; yo, ¿qué he sido?... ¿qué soy?... ¿qué seré?... ¡Qué diferencia entre ambos!

Tendrás tus penas, ¿quién no las tiene? pero despues de todo, tu existencia se desliza con un sosiego envidiable entre las cuatro paredes de tu casa solariega. Eres abogado, por lujo; trabajas por lujo, y lujosamente te permites ser autoridad de vez en cuando; recibir los homenajes de tus *súbditos*, pasear por tus viñas, comer á las doce en punto, calzar zapato blanco, criar abdómen, hacerte rico... ¡Y á pesar de todo, me envidias porque estoy en Madrid!... Y lo que es más... (no sé cómo calificarlo) más monstruoso todavía, me envidias porque ves mi nombre en *letras de imprenta* en los periódicos!... Convéncete, amigo mio; eres un excelente muchacho, pero no eres filósofo. La filosofía es una gran cosa para los que como tú llevan una vida sedentaria; los distrae y los encariña con su posicion. Tú, desde que en Granada te hiciste abogado, no has sabido nunca de L... ¿Sabes lo que es Madrid?... Oye y compara.

II

Te contaré mi vida; no porque tenga nada de particular; es la vida de otros muchos, pero en su relato va envuelta la pintura de lo que es Madrid; no el Madrid ficticio, ideal, tentador, que á través de una gasa de color de rosa se ve desde provincias, sino el verdadero Madrid, con sus miserias, con su glacial desdèn, con sus crueles decepciones. Para un extraño, este *cuento*... histórico seria fastidioso; para tí, que me quieres, será interesante; ya lo sé.

A mí me perdió Perez Escrich. No lo acrimino, ni lo culpo; no le guardo rencor, ántes al contrario, es muy amigo mio y le quiero mucho... ¡pero me perdió!... ¿Te acuerdas con qué afan leíamos á hurtadillas en la clase su *Frac Azul?*... Aquellas aventuras, aquellos episodios de la *vida bohemia* que tan bien describe en su libro, me llenaron la cabeza de fantasmagorías. Quise ser literato, mejor dicho, quise *pasar hambre*, dormir de dia, no acostarme de noche, asistir á una tertulia en el café, recogerme en una buhardilla, tener por todo ajuar una silla coja y un catre desvencijado, recitar versos al aire libre, escribir comedias á seis duros el acto... Esto deseaba, porque todo esto se pinta en *El Frac Azul*, y puedo asegurarte, querido Leon, que todo, todo absolutamente lo he conseguido. ¡Qué bár... quiero decir, qué inocente! ¡Lo que va de lo vivo á lo pintado!

III

Llegué á Madrid, como llegan otros muchos; lleno de ilusiones y de manuscritos. En el fondo de mi maleta gozaban apaciblemente del sueño de los justos un drama romántico y algunos centenares de poesías líricas. Esto, unido á un par de onzas para vivir hasta que se representase el drama y un editor me quitase las poesías de la mano, constituia todo mi capital. ¡Figúrate! Lo primero que hice fué visitar el café Suizo, el café de la *bohemia*, el café de que tanto habia oido hablar desde mi rincon de provincias. No quiero negarte que sentí cierta indefinible emocion al traspasar aquellos umbrales; el corazon se me queria saltar del pecho; me ahogaba. ¡Cuánta gente!... ¿y todos serian literatos?... ¿Todos pertenecerian á aquella *bohemia*, cuya aventurera vida me habia traido á Madrid? Indudablemente. Si no, ¿cómo habian de estar en el Suizo?

Por aquella época se publicaba el *Gil Blas* y todas sus firmas permanecian indelebles en mi memoria.

Sentéme junto á un velador, en el sitio más apartado de la sala, y pedí café. Apénas me lo sirvieron, pregunté al mozo:

—¿Conoce V. á D. Luis Rivera?

—Sí señor; allí está.

—¡A ver!... ¿Cuál es?...

—Aquel señor de bigote negro, que está en aquel lado...

¡Devoré con la vista á Luis Rivera! ¡No me hartaba de mirarle! Y la verdad, me pareció que iba demasiado bien vestido para lo que yo me habia figurado. Perdóneme la memoria del pobre Rivera, pero yo hubiese preferido verlo con una levita de alpaca muy raida y un sombrero de color de ala de mosca. Rivera, por el contrario, iba muy limpio y muy elegante.

—¿Y aquel señor que está á su lado?—seguí preguntando al camarero.

—¿Aquel de las patillas y el bigote?

—Justo.

—Es D. Roberto Robert.

—¡Cómo!... ¡Roberto Robert!... ¡Con que ese es Robert!... ¡Tan grave!... ¡tan serio!...

Me costaba trabajo creerlo. Yo me habia figurado al pobre Robert mucho más jóven y mucho más alegre. ¡Con qué ansia, con qué envidia, con qué veneracion lo contemplaba!... El camarero me fué mostrando uno á uno todos los literatos, todos los artistas allí reunidos; Figueras, Rico, Ferran, Correa... ¡y el ilustre y desgraciado Becquer!... Este último .. este sí que me pareció al primer golpe de vista un verdadero bohemio!

Salí del café, aturdido, embriagado de felicidad. ¡Los conocia!... ¡los habia contemplado de cerca!.. Más aún; al salir, mi manga habia rozado con la de Roberto!... ¡Yo era uno de tantos!... ¡Uno de los personajes de *El Frac Azul!* Mis sueños se realizaban.

No te rias de estas puerilidades. En cuanto á mí, te juro que para no prescindir de muchas de estas ridiculeces, que casi me avergüenzan, tengo que figurarme que nadie absolutamente, ni áun tú mismo, se ha de enterar de mi *confesion*.

IV

Aquella noche no dormí; mi cabeza era un caos. Rivera... Roberto... el *Gil Blas*... mi drama... los editores... la gloria... ¡Qué espantoso *pot-pourri* bullia en mi cerebro! Calenturiento, febril, daba vueltas en la cama, recitando todos mis versos de memoria y haciendo planes para el porvenir.

El primer periódico en que apareciese mi firma, lo mandaria á L..., para que mi familia y mis amigos viesen lo que yo valia, y se avergonzaran del tiempo en que se habian reido al leer, por sorpresa, alguna de mis composiciones. Luégo *soñé despierto* con el teatro; al dia siguiente llevaria mi drama al *Príncipe*, con objeto de que ántes de una semana estuviera ensayado, y poco despues se pusiera en escena. Con el dinero que me produjese (que seria mucho) ¿qué haria?... ¿Emprender un largo viaje por el extranjero?... ¿comprar una casa en el sitio más céntrico de Madrid y alhajarla lujosamente?... ¿asombrar al orbe con una tirada *monstruo* de mis versos?... ¿fundar un periódico?... Te lo confieso ingénuamente: de todas estas ideas, que amontonadas bullian en mi cerebro, triunfó la de enriquecer á mis padres, que eran pobres, y traérmelos á mi lado. Algo de meritorio habia en esta decision, pero tambien habia mucho de vanidad. ¡Qué orgullo para un hijo, ser, cuando aún no tiene pelo de barba, cuando sus aspiraciones se han considerado como locuras infantiles, ser, repito, con la realizacion de esas mismas aspiraciones, el sosten, el apoyo de sus padres!... Súbitamente una horrible tristeza abatió mi ánimo; me ví solo, solo... á una porcion de leguas de mi casa; perdido en el oleaje de una capital para mí completamente desconocida, sin un amigo, sin una persona á quien dirigirme, á quien acudir si me sucediera alguna desgracia, si me pusiera malo, por ejemplo. ¡Qué horrible me parecia la casa de huéspedes!... ¡Qué extraño, qué desconocido cuanto me rodeaba!... ¡Qué indiferencia tan glacial habia en todos los semblantes!...

Con los ojos cerrados pasé revista á cuanto acababa de abandonar; ví á mis padres, á mis amigos, á mis maestros; ví mi casa, sin olvidar un solo detalle; ví, por último, todo lo que para mi alma significaba amor, cariño, amistad, interés, cuidados... ¡hogar!... Hundí mi cabeza en la almohada, y lloré. Era un niño.

V

Era un niño hecho hombre de repente, por improvisacion.

Con el dia, aquella nostalgia, que escudándose en la sombra se habia apoderado de mi espíritu, borróse por completo.

Recobré toda mi decision; mi castillo de naipes volvió á levantarse nuevamente hasta las nubes. A la hora que me pareció más adecuada al objeto que me proponia, salí á la calle, altivo, orgulloso, mirando con desprecio á mi alrededor, compadeciendo á todo el que pasaba por mi lado; y sin comprender cómo era posible que los transeuntes, en su mayoría, aparecieran alegres y satisfechos, cuando ellos no llevaban, seguramente como yo, un drama en el bolsillo.

Preguntando acá y allá, me encaminé al teatro; allí me dijeron por la rejilla del despacho de billetes, porque el local estaba cerrado, que el primer actor D. M. C. vivia en la calle de Atocha, número... Llegué á la casa indicada; llamé en el piso que se me habia designado, y un hombre, en mangas de camisa, abrió la puerta. Aquel hombre tenia un aspecto distinguido; conocíase á primera vista que era el amo de la casa.

Una cosa me chocó apénas miré al interior del cuarto; el pasillo estaba completamente obstruido con una porcion de muebles sembrados en desórden; de mundos, de baules y de maletas á medio arreglar.

—¿Don M. C.?...—pregunté á aquel caballero.

—Servidor de V.—me contestó, y políticamente invitóme á entrar.

Yo no quise pasar, sin embargo, de... la primera maleta. Saqué el manuscrito y le expuse á aquel señor lo que pretendia; pretendia, nada ménos, que saber ¡si la *semana siguiente* se representaria mi obra! D. M. C., además de fino y amable, era hombre de experiencia. Conoció desde luégo con quién se las habia, y sólo á esto debí, sin duda, que en aquel instante no me echara rodando por la escalera. En lugar de incomodarse, ni aun de sorprenderse, mostró un gran sentimiento por no poder siquiera leer mi drama, pues la temporada teatral habia terminado el dia anterior, y él marchaba á provincias aquella noche. ¡Estábamos á últimos de mayo!... ¡Maldito si yo habia tenido en cuenta tal cosa!

No, no salí de aquella casa como entré. Entré rico y salí pobre; entré soberbio, escuchando aplausos y dándome vida de gran señor, á cuenta de mi drama, y salí abatido, humillado, meditabundo, oprimiendo febrilmente el manuscrito entre mis uñas, contando, distribuyendo económicamente lo que me restaba de mi capital, variando mi plan de vida, en una palabra... Tropecé contra un aguador; un coche estuvo á punto de aplastarme en la plazuela de Matute.

Pero ¡qué demonio! No todo estaba perdido; aguardaria para colocar mi obra á la siguiente temporada, y entre tanto, me quedaba mi coleccion de poesías que los editores habrian de disputarse, y el recurso de redactar en un periódico, no dudando que en el primero á que llegase encontraria quien me recibiera con los brazos abiertos.

VI

Pasó un mes, durante el cual yo no hice nada, tontamente confiado en el porvenir, efecto de esta pereza, de este espíritu aventurero que nos distingue á los andaluces.

El dinero se iba acabando, mejor dicho se habia acabado.

Cuando tuve que acudir al último duro, sacudí bruscamente mi letargo; el «mañana» se presentaba nebuloso, horrendo; era necesario resolver el problema. Yo habia traido dos cartas de recomendacion.

Una para el director de un periódico moderado. No la aproveché: mis ideas políticas (¡asómbrate!... ya tenia yo ideas políticas!) me lo vedaban. Aquello fué un lujo de puritanismo, algo extemporáneo, pero puritanismo al fin.

La otra carta era para don A. T., popular autor de unos cuentos que ávidamente se leian, y redactor (entónces) de un periódico noticiero.

Fuí á la redaccion de este periódico á preguntar por don A. T...; no estaba en Madrid por aquella época, y para saber á punto fijo cuándo regresaria, me dirigieron á casa del propietario del periódico.

La acogida que merecí de este señor no pudo ser... ¿cómo diré yo?... Permíteme que use aquí una expresion de nuestro pueblo... más... *á la pata la llana*.

Vestido de batin y gorro y calzando pantuflas, estaba en un gabinete arrellanado en una cómoda butaca y profundamente abstraido en la lectura del folletin de un periódico. Tan abstraido estaba, que despues de un breve altercado que originara su distraccion y mi inconveniente irascibilidad, me marché á la calle, colérico, humillado y sin lograr el objeto que me habia conducido á aquella casa.

Todavía no conozco personalmente á don A. T...; su carta y la del periodista moderado las conservo aún en el fondo de mi pupitre.

VII

Comenzaron las privaciones; es decir, comencé á ser *bohemio* segun lo habia deseado. Pero cuando lo deseaba yo no podia figurarme que la *profesion* era tan ingrata, tan horrible, tan espantosa.

Mil veces renegué de mi decision, y otras tantas maldije mi locura.

A los dolores físicos que me martirizaban, uníanse mucho más terribles, mucho más crueles, los dolores morales. Y en medio de mis sufrimientos, reíame de mí mismo; reíame... rabiando; reíame, para castigarme, para vengar en mí lo que por mi sola culpa padecia. A nadie podia culpar de mi suerte, á nadie más que á mí mismo. Era un doble desconsuelo.

Tomé la coleccion de mis poesías, y con ella debajo del brazo, me eché á buscar un editor.

¿Cómo lo buscaba?... De la manera más á propósito para no encontrarle. Yo no conocia á nadie; yo no tenia la menor idea de lo que era tratar con editores; es más; yo creia que todo editor era librero y vice versa. ¡Admira mi ignorancia!

Recorrí todas las librerías de la calle de Jacometrezo; en unas, no me contestaron, en otras se rieron, en otras, me aconsejaron guardase los papeles en mi casa, porque las poesías no las compraba nadie, y ménos de un desconocido. Este lenguaje era incomprensible para mí. Caminaba de sorpresa en sorpresa, de decepcion en decepcion



LOS GIRONDINOS CAMINO DEL SUPLICIO, celebrado cuadro por Piloty



LAS GACELAS, cuadro por J. R. Wehle

Por último, rendido, jadeante, desesperado, volví á mi casa. ¡Y qué casa!

Púseme á repasar mis poesías, para convencerme—aunque no lo necesitaba—de que eran sublimes y de que los libreros se habian dado de ojo para burlarse de mí. Quedé entusiasmado con la lectura. ¡Qué odas!... ¡qué sáficos!... ¡qué acrósticos tan laberínticos!... Cantaba á Dios, á la Vírgen, á todos los santos, al Angel de la Guarda y á mi novia. En fin, todo lo que han cantado ya desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, los *poetas rurales* de todos los lugares, villas y aldeas de todas las provincias de España. Pero con ser tan sublimes aquellos borbotones de inspiracion, no me sacaban de mi apuro. Los guardé, pues, hasta que llegaran mejores dias.

VIII

Acudí al último recurso que me quedaba, el periódico, y logré que un compañero de hospedaje me presentara en la redaccion de *El Hombre Libre*, diario de mis opiniones.

Ya te he dicho que me permitia el despilfarro de pensar por mi cuenta y riesgo, haciendo total abstraccion de las circunstancias.

El director de *El Hombre Libre* me recibió afablemente y puso á mi disposicion todos los periódicos, para que principiase á trabajar.

—¿Qué hago?

—Lo que V. quiera.

¡Qué penas!... ¡qué sudores!... Comencé á leer periódicos; el uno defendia esta idea; el otro, la otra; los conservadores exponian sus creencias de un modo, que á mi juicio, no habia medio de rechazarlas; pero venian luégo los liberales, y se expresaban de tal manera, que inútilmente se hubiera tratado de combatirlos. En resúmen; para mí, todo el mundo tenia razon. No obstante, intenté hacer mi suelto; escribí la primera palabra; la borré; comencé de nuevo; volví á borrar; diez veces repetí la misma operacion, hasta que por último, sofocado, calenturiento, rompí la cuartilla y la deslicé debajo de la mesa, no sin guardarme para hacer esta operacion de todos los demás redactores, que de reojo me miraban, y que maliciosamente se sonreian al hacerse cargo de mis apuros.

Al cabo de ocho dias, ó más propiamente hablando, de ocho noches, porque el periódico era de la mañana, logré escribir un suelto de media cuartilla, que supuso un gasto de dos cuadernillos de papel. ¡Con qué impaciencia esperaba el periódico al otro dia!... ¡Y qué terrible indignacion se apoderaba de mí al considerar que mi suelto no iba firmado! .. ¿Porqué no se firmarán los sueltos?—me preguntaba.—¿De qué manera justifico yo que ese suelto es mio?

Llegó el periódico; busqué en él con afan, escudriñando desde la primera línea hasta la última, lo que la noche anterior habia escrito, y no estaba. ¡No estaba!... ¿Comprendes tú mi desaliento, mi humillacion, mi rabia, en aquel instante?... Es imposible. Seria necesario para esto que tú mismo lo hubieses experimentado.

Volví, no obstante, á la redaccion, mohino y cabizbajo; continué escribiendo, emborronando papel á troche y moche, hasta que por fin, un dia, ¡qué dia! me publicaron unos versos... Crecí entónces, al contemplar mi obra, diez codos lo ménos sobre el nivel ordinario. Pero como no hay dicha completa, un mundo de dudas, un torrente de afanes, acudieron en tropel á amargar mi pecho. ¿Irá este periódico á mi pueblo?... ¿Se enterarán mis amigos, mis compañeros de casa, el mozo del café, el vecino de enfrente, en fin, todo el mundo, de que ese romance lo he hecho yo?... Con gran extrañeza mia, ni áun mis compañeros de redaccion dejaron escapar la menor palabra referente á mis octosílabos. ¡Qué escándalo!

Pasó un mes, y pasaron dos; de cada diez sueltos me publicaban uno; era lo bastante para que yo me considerase un periodista de primera fuerza. Si iba por la calle y casualmente me miraba un transeunte, pensaba:—¿Sabrá ese señor que soy periodista?...—Si entraba en un café y veia *El Hombre Libre* en manos de un concurrente, ¡qué ansiedad!... ¡qué desasosiego!... ¿de qué medio me valdria para hacerle comprender que yo era uno de los redactores de aquel periódico, en cuya lectura se extasiaba?

¡Y qué poder tan incontrastable, tan absoluto, concedia yo á la prensa!... ¡Y cómo en mi candidez, la rebajaba hasta hacerla azote de lo más trivial, y á las veces, de lo más injusto!... Si el portero de cualquiera oficina me impedia el paso, si en el *Príncipe* (como entónces se llamaba) ó en la *Zarzuela* un acomodador me molestaba lo más mínimo, amenaza al canto:

—¿Sabe V. quién soy yo?... Pondré un suelto en el periódico, le pesará á V., porque el periódico...—y periódico acá, y periódico allá, esta era la frase mágica con que yo creia anonadar á todo el mundo á la vez que elevarme hasta las nubes.

Desgraciadamente aquel precioso talisman que para todo me servia, me era completamente inútil para lo más indispensable: para comer.

En el periódico no pagaban.

IX

Yo vine de mi pueblo hecho un señorito.

Poco á poco, y miéntras rodaba de periódico en periódico, fuí vendiendo mi ropa hasta quedarme con lo puramente necesario para salir con decencia á la calle.

Al poco tiempo ni áun esto pude conservar.

Llegó por fin un dia (¡dia de prueba!) en que todos los desconsuelos, todas las miserias, cayeron de golpe sobre mí.

Vamos por partes para que me entiendas.

X

Este *dies iræ* á que me refiero fué aquel en que completamente despojado de mis ilusiones, llegué á convencerme de que yo no servia para el caso.

No te sorprendas; me he propuesto decirte toda la verdad, sin atenuaciones y sin rodeos, y llevo á cabo mi propósito, mal que pese á mi vanidad.

A fuerza de rozarme con escritores, á fuerza de asistir un dia y otro á discusiones y contiendas literarias, ya en el Ateneo, ya en la mesa del café, ya en las redacciones de los periódicos; á fuerza de leer los autores modernos, y empaparme en el gusto del dia y respirar esta atmósfera de Madrid, que, aparte del oxígeno y del nitrógeno, no es igual á la de provincias, llegué á convencerme con vergüenza, con irritacion, con un gran desmayo de espíritu, de que mi drama y mis poesías eran un hacinamiento de despropósitos.

¡Aquel drama romántico en que yo fundaba mi porvenir!

¡Aquellas poesías, aquellas obras imitadas de Fray Luis de Leon, églogas calcadas en las de Garcilaso, que yo habia hecho base de mi fortuna!

Yo me habia aprendido de memoria los clásicos ántes de intentar escribir. Es un error que cometen todos.

A mi juicio, los clásicos deben de ser el complemento, el fin de la educacion literaria.

Al principio, vician; al fin, ilustran.

A. SANCHEZ RAMON

(Se continuará)

¡SI YO FUERA RICO!

(Conclusion)

—Mala ocasion has elegido para felicitarme,—le contestó el otro.—El rico señor acaba de despedirme por haberme atrevido á reprenderle sus vicios y sus defectos, —y se alejó rápidamente de Kaleb, como hombre á quien los desengaños hacen mirar con horror á sus semejantes.

—¿Es posible—exclamaba Kaleb—que se desconozcan así los servicios de un verdadero amigo? Aunque uno diera la mitad de su fortuna á un amigo sincero que le advirtiera sus defectos, no seria bastante para recompensarle. ¡Ah! si yo fuera rico!

No habia concluido Kaleb sus exclamaciones, cuando otra escena de que fué testigo vino á dar nuevo pábulo á su virtuosa indignacion.

Un hombre, magníficamente vestido y seguido de un gran número de esclavos, rechazaba con desden á un pobre mendigo que se habia arrojado á sus brazos y le decia con dolorosa sorpresa:

—¿Esta crueldad con que me rechazas es hija de la ausencia ó de la prosperidad en que te veo? ¿Es tu rostro ó el mio el que ha cambiado? Soy tu amigo de la infancia: no puedes haber olvidado al hijo de Amxon el zapatero.

—Largo de aquí, canalla;—le contestó el rico.—No quieras manchar mi traje con tus harapos ó te arrojarán á palos mis esclavos Ni sé quién eres, ni te he visto nunca.

Alejóse el mendigo llorando, miéntras Kaleb, en el colmo de la indignacion, exclamaba ya en voz alta:

—¡Mísero de aquel á quien el orgullo ha secado el corazon! ¿Qué es la riqueza sino un sagrado depósito que nos ha dado Dios para partirle con los pobres, con nuestros amigos y con nuestros prójimos? ¡Ah! si yo fuera rico!

Kaleb siguió andando y ántes de penetrar en la casa de su amo, encontró á un peregrino que le dijo:

—Voy á la Meca: visitaré la mezquita de Kaabah: besaré la *piedra negra*, símbolo de la alianza que Dios hizo con los hombres en la persona de Adan: beberé el agua de los pozos de Zemzan; subiré á la montaña de Aratah y sacrificaré un carnero en la cima del Minah. Ya he recogido las ofrendas de algunos hijos piadosos del Profeta: une á ellas la tuya, y Alá bendecirá todas las horas de tu vida.

Kaleb besó la mano al peregrino, le dió las dos únicas monedas de cobre que tenia y se despidió de él, diciendo:

—¡Dichoso el hombre que ejerce la caridad! Nuestro santo Profeta lo ha dicho. Cuando los da la fe, el oro y el cobre pesan lo mismo en la balanza divina.

Siguió Kaleb su camino; entró en la casa de su amo y toda la mañana estuvo trabajando con la mayor alegría.

Dos hombres habian seguido á Kaleb sin que él lo notara. Por la noche, al dar éste la vuelta á su mezquina habitacion, se presentaron delante de él aquellos dos hombres, cargados con una caja que depositaron á sus piés.

—Acepta esta fortuna,—le dijeron,—pero no trates de descubrir la mano que te la envia: es un secreto que nos está prohibido revelarte.

No habia tenido Kaleb tiempo de reponerse de su sorpresa, cuando aquellos dos hombres habian desaparecido.

No le quedó más medio de satisfacer su curiosidad que abrir la caja.

Ya se podrán figurar nuestros lectores cuál seria su asombro: la caja contenia quinientos mil escudos de oro.

II

Kaleb pasó toda la noche y todo el dia siguiente contando y recontando sus escudos.

¡Qué repentina y maravillosa metamorfosis!

El pobre Kaleb figurará entre los ricos de Bagdad: ántes trabajaba para los otros: ahora trabajarán todos para él! ¡Ahora podrá humillar á los que tantas veces le han humillado!

El avaro Hassan le echó de su casa por haber retardado una hora el pago de su alquiler: Kaleb comprará una casa más grande y más fastuosa que todas las de Hassan juntas.

Alain le hizo condenar á una multa por el Cadí por haber empujado á uno de sus esclavos que le habia tropezado al pasar: Kaleb tendrá cincuenta esclavos para despreciar á Alain que no tiene más que veinticinco.

Se alaba la liberalidad y la magnificencia de Zabari que recibe á los artistas y á los sabios dos veces al mes en su mesa. ¿Qué se dirá de Kaleb que los invitará á la suya todos los dias?

Kaleb pasó muchos dias conferenciando con los arquitectos, los tapiceros, los joyeros y los mercaderes de esclavos.

Examinaba una tarde sedas y tapices de Smirna, cuando el que se las enseñaba exclamó lleno de alegría, despues de haberle considerado atentamente:

—El mismo Dios ha encaminado mis pasos á vuestra casa: os reconozco perfectamente: sois aquel jóven virtuoso cuyo corazon se indignaba al ver llevar preso por cincuenta cequíes á un pobre comerciante, que dejaba sumidos en la miseria y el dolor á su hermana y á su anciano padre.

—¡Es posible! En efecto... creo recordar... tengo una idea confusa...

—El comerciante es mi primo: mi escasa fortuna no me permite socorrerle, pero al acordarme de vuestras palabras, creo que no imploro en vano vuestra caridad en su favor. Además, ¿qué importa una suma de cincuenta cequíes á un hombre tan rico como vos, cuando se trata de la felicidad de una familia entera?

—Sin duda... sin duda...—dijo Kaleb,—pero habeis venido á pedirlos algo tarde. He hecho estos dias gastos enormes. Además, mi indignacion aquel dia era contra los comerciantes que no socorrian á uno de los suyos.

—No hablemos de mi primo,—dijo el vendedor de tapices;—pero permitidme hablaros de su bellísima hermana, la pobre Zora. Es una muchacha sin dote, pero su talento es extraordinario; su belleza maravillosa y su virtud sin par: y puesto que segun exclamasteis aquel dia seriais feliz casándoos con ella, yo me encargo, si quereis, de pedirla á su padre en nombre vuestro.

—¡Diantre!—dijo Kaleb lanzando una homérica carcajada.—Una chica sin dote. ¡Sin duda habeis perdido el juicio! ¡Vended vuestras telas, buen hombre, y no os metais á negociar matrimonios!

Algunos meses despues, Kaleb habia reunido en un espléndido festin á todos los nuevos amigos que le habian proporcionado sus riquezas. La sala estaba llena de parásitos que hacian el panegírico de su anfitrion con esas hábiles adulaciones que tanto gustan á los poderosos.

Los convidados estaban sentados sobre almohadas de terciopelo carmesí galoneado de oro: los fuegos de la esmeralda y el rubí serpenteaban sobre las colgaduras de brocado que descendian en majestuosos pliegues á lo largo del muro: cincuenta lámparas de alabastro, suspendidas de cadenas de plata, derramaban por todos los ángulos de la sala una luz dulce é igual: la mirra, el aloe, el ámbar y el benjuí ardian en pebeteros de bronce y embalsamaban la atmósfera con las ligeras nubes de sus perfumados vapores.

El poeta Abounavás cogió un *tambourah* y cantó unas estrofas, cuyo *ghasel* ó estribillo era el siguiente:

«Kaleb es el orgullo y la alegría de Bagdad: sólo él reune la belleza, el talento y la ciencia. Kaleb es el primero de los hijos queridos del Profeta.»

Todos los concurrentes aplaudieron al poeta; y Kaleb, con la sonrisa del orgullo satisfecho en los labios, se quitó del dedo un anillo en el que brillaba un diamante de gran precio y le puso en el del poeta cuyos versos habian cautivado su oido de manera tan deliciosa.

Hasta este momento no habia visto Kaleb á la entrada de la sala á un extranjero que contemplaba aquella escena con irónica sonrisa.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó Kaleb.

—Admiro lo que pueden su adulacion y tu locura. ¿No te avergüenzas de pasar tu vida en medio del fausto, rodeado de viles disolutas é infames aduladores? Abre los ojos. Cesa de disipar tus riquezas en prodigalidades que no son útiles ni á tu patria ni á tí mismo! No te dejes embriagar por el acento mentiroso de un poeta parásito, y no deposites en sus falsas manos el suntuoso anillo que aseguraria el porvenir de una familia honrada. Reforma tu método de vida si no quieres que Dios en su justa cólera, te prive de una fortuna que te concedió para que hicieras de ella un uso más noble.

—¡Que echen ignominiosamente de aquí á ese insolente que se atreve á darme consejos!—exclamó Kaleb ebrio de cólera.

Todos los convidados se asociaron á la indignacion de su amigo y prorumpieron en amenazas y furibundas exclamaciones. Los esclavos se lanzaron á la puerta para ejecutar la órden de su amo, pero el extranjero ya habia desaparecido.

Otro dia que Kaleb, rodeado de sus amigos y seguido de sus esclavos, salia de la mezquita adonde habia ido á hacer alarde de su lujo más que de su piedad, un anciano de aspecto respetable se acercó á él con mucho afan y le dijo:

—Bendito sea Alá. ¡Héme aquí delante del que ha de ser el apoyo de mi vejez, el consuelo de mis últimos momentos... le estoy viendo... hablando... le puedo estrechar entre mis brazos!—y echándolos al cuello de Kaleb le abrazó repetidas veces.

—¿Qué significa todo esto? —le contestó este.—Yo no os conozco; ¿quién sois?

—Aún estabas en la cuna,—le respondió el anciano,—cuando, abandonando mi país natal, me embarqué para un largo viaje que hasta hoy no ha concluido. Entrégate sin ningun recelo á la alegría que te debe causar mi presencia: no soy para tí ningun extraño, querido Kaleb; y aunque me ves pobre y miserable, puedes responder con efusion á los abrazos del hermano de tu padre.

—¡Vos mi tio!—dijo Kaleb.—Yo no he tenido jamás parientes mendigos. Ó sois un loco, ó uno de tantos impostores que quieren explotar la generosidad de los ricos. Apartaos de mi presencia y no deshonreis con vuestras mentiras á mis nobles ascendientes.

—¡Ah, miserable orgulloso!—contestó el anciano.—¡Las riquezas han pervertido de tal modo tu corazon que quisieras arrancar del libro de tu vida las páginas de lo pasado! La oscuridad de tu nacimiento te abochorna. ¡Te avergüenzas de tu padre el alfarero! ¡de tu tio el mendigo! ¡Alá te castigue como mereces!

III

La impresion que hizo esta escena en Kaleb, no fué de larga duracion: se borró tan pronto como el anciano desapareció el mismo dia de Bagdad, sin que le fuese posible saber lo que habia sido de él.

Una noche, despues de una orgía en la que Kaleb habia regalado á sus amigos joyas sin cuento, esclavas y caballos, y en la que todos á coro gritaban: ¡Viva Kaleb el generoso!—una voz quebrada y temblona repitió con acento sombrío:

—¡Dios conserve los dias de Kaleb el magnífico!

Esta voz era la de un venerable sacerdote que se adelantó lentamente.

—¿Qué me quereis?—le preguntó Kaleb con tono brusco.

—Algo de tus riquezas, ya que tantas gastas para tus vicios, en servicio de Dios. Estamos levantando un templo y éste se quedará sin concluir si el favor de los verdaderos creyentes no nos ayuda.

—¿Y qué me importa á mí,—le contestó Kaleb,—que haya un templo más ó ménos? ¡Pues me gusta el motivo que habeis tenido para interrumpir nuestros placeres! ¡Salid de aquí, viejo importuno, salid!

Pero el sacerdote no se movió y con una voz que parecia adquirir fuerza segun iba hablando:

—Kaleb,—dijo;—el impío que se muestra piadoso con el vicio y avaro con Dios, no es digno de ser rico.

Un murmullo acogió las palabras del monje, que prosiguió:

—Kaleb, el orgulloso que se avergüenza de sus parientes y reniega del nombre de su padre, no merece ser rico.

El murmullo iba en aumento, pero la voz del monje le dominaba.

—Kaleb, el insensato que recompensa al adulador y arroja de su presencia al amigo sincero, no merece ser rico.

Al llegar aquí estalló una explosion de gritos y de cólera. El monje no se cuidó de ello: únicamente alzó mucho más la voz.

—Kaleb que se regocija en gastos supérfluos y rehusa dar un óbolo al desgraciado que carece de lo necesario, no merece ser rico.

Entónces todos se levantaron para arrojar de la sala al monje, pero éste, dejando caer á sus piés el hábito que le cubria, dió un paso hácia los concurrentes. Al ver su rostro todos cayeron al suelo anonadados: era el ilustre jefe de los creyentes, era el magnífico, el justo, el poderoso califa Haroun Al-Raschid.

—Kaleb,—dijo el califa,—si hubieras salido victorioso de la prueba á que te he sometido, te reservaba un elevado puesto al lado de mi persona. Has hecho lo que harian todos los pobres que exclaman constantemente como tú: *¡si yo fuera rico!* Sé otra vez pobre como ellos, y cree que la tierra será siempre un valle de lágrimas miéntras no haya un solo pobre que sepa ser rico y un solo rico que no diga con profunda conviccion: *¡Quién fuera pobre!*

LUIS MARIANO DE LARRA

LA GIGANTOMAQUIA DE PÉRGAMO

(Conclusion)

II

No se tenia de esta obra ninguna noticia que llamara la atencion. Un autor oscuro de los primeros siglos del cristianismo se reducia á decir, en un librejo olvidado, que en Pérgamo habia una *gigantomaquia*, sin añadir ninguna opinion sobre el mérito ó concepto artístico que tuviese. Los mismos alemanes habian emprendido las excavaciones de la famosa ciudad asiática con un objeto muy diferente, pues se proponian descubrir unas estatuas del célebre Alcamenes, del cual no se poseia nada auténtico. De una cosa en otra las excavaciones se extendieron; empezaron á salir fragmentos de la *Gigantomaquia;* se sospechó lo que era; enviáronse muestras á Berlin con súplica de remitir fondos para explorar más el terreno; y habiendo tenido el gobierno aleman la buena idea de hacerlo, despues de muchos meses de trabajo ímprobo, quedó descubierta la arquitectura y escultura de la *Gigantomaquia.* ¡Cómo expresar la emocion de los directores de los trabajos, al verse delante de una composicion tan colosal! El descubrimiento de cada fragmento les arrebataba de alegría y entusiasmo, y el director en jefe cuenta que el dia que se halló el episodio de Júpiter luchando, que es el capital, se echó á llorar como un chiquillo, sin voz para articular una palabra. Es que las emociones del arqueólogo son como las emociones del inventor y del explorador; pues penetrado de la importancia que tiene para el mundo moderno la restitucion de una obra maestra ó de un monumento histórico de las edades pasadas, le sacrifica su vida y fortuna, cifrando en el éxito la dicha de su vida.

Pérgamo era una ciudad del Asia Menor que siempre se distinguió por el talento y reputacion de sus artistas. Capital de un estado poderoso, que habiendo empezado á prosperar despues de Aténas, brillaba todavía cuando esta habia ya perdido su aureola; fué una de las que heredaron su lustre en mayor cantidad, siendo famosa por el esplendor de sus monumentos públicos, que eran objeto de la admiracion general. Pero las guerras, los terremotos y la trasformacion política del mundo civilizado, la arruinaron, la destruyeron, y borraron su nombre, del cual no ha quedado en los contornos sino una memoria desfigurada y monstruosa. Entre los monumentos más originales que comprendia la ciudad, sobresalia un altar al aire libre, dedicado á Júpiter Olímpico. Estaba colocado en una pequeña eminencia, y venia á servirle de templo la naturaleza que lo rodeaba y cubria. Así se habia adorado á casi todas las divinidades en los primitivos tiempos de Grecia; y aunque más adelante los griegos europeos modificaron esta parte de culto, construyendo templos, los griegos asiáticos no adoptaron completamente esta innovacion. De aquí que en Pérgamo no sólo hubiese este altar, sino que se conservase todavía otro primitivo, en el mismo sitio donde los antepasados lo habian colocado. Pero si los griegos asiáticos seguian de vez en cuando esta costumbre litúrgica de los antiguos, la embellecian con todos los adelantos que el espíritu humano habia hecho. Así es que el *Altar de Pérgamo* era el gran templo nacional de la ciudad.

Al llegar á cierto punto de la eminencia, se levantaba un inmenso friso de 2 metros 30 centímetros de alto, sostenido por una serie de columnitas jónicas, y protegido de las lluvias por una cornisa apropiada á este objeto. El friso daba la vuelta á la parte superior de la eminencia, formando un círculo de unos 120 metros de extension. En el centro y punto culminante de la eminencia, se hallaba el altar, teniendo por dios y por cúpula la hermosa bóveda del cielo. Al pié del altar habia una escalinata monumental, que iba bajando, rompia el círculo del friso, y se extendia hasta el pié de la eminencia. Era la entrada del edificio. En aquel friso, todo de mármol, estaba esculpida la *Gigantomaquia*, en figuras mayores que el natural, llegando algunas á dos metros, si no más. Como ya se comprenderá, el friso estaba dividido en compartimientos, y formaba con el auxilio de las columnas jónicas una serie de pequeños cuerpos, que le daban ligereza y elegancia, sin perjuicio de la unidad. Las esculturas componian un grupo particular en cada compartimiento, pero enlazadas entre sí por la idea y asunto, quitaban al friso la monotonía y confusion, y le daban un relieve, una grandiosidad y majestad colosales.

Imaginemos ahora el imponente efecto que debia producir la vista de aquel monumento singular, tan sencillo como la misma naturaleza, tan amplio como el horizonte, y tan bello como una obra original acertada. Un cielo bellísimo, azul, trasparente, más azul, más trasparente, que el hechicero de Nápoles; un sol espléndido, que todo lo inunda de vida, de color, de alegría y algazara; y en medio, en una altura, ni baja, ni excesiva para el hombre, el desnudo frontis de aquel templo, la grande y majestuosa escalinata, las alas del friso, destacando figuras gigantescas y patéticas; y en la cúspide, el misterioso altar, dedicado al dios soberano y amigo de los hombres.

La *Gigantomaquia* era una especie de himno marmóreo al poder de este dios; una especie de cántico escultural al mayor beneficio, á la caridad más sublime que habia hecho á los hombres. Aquella lucha de los Gigantes con las divinidades del Olimpo, venia á ser la redencion, tal como la habian aprendido y comprendido los hombres primitivos. La tierra y la humanidad se forman; pero sacudidas, agitadas, exaltadas por las fuerzas brutales de la naturaleza, quieren sustraerse al órden y á la libertad necesarias para prosperar y subsistir; y rebelándose desapoderadamente, furiosamente, rabiosamente, luchan con una energía horrenda, revolviendo, trastornando, confundiendo el cosmos, desatando todas las furias del mar, abriendo horriblemente los senos de la tierra, tragando y vomitando montañas, lanzando volcanes de agua y fuego, derramando una lluvia infernal de todas las cataratas del cielo, produciendo en fin, una batalla general, donde el agua, el fuego, los terremotos, los rugidos terrestres, los bramidos del mar y los huracanes de la atmósfera se confunden, produciendo el torbellino más general, más horrible, más aterrador que el hombre pueda presenciar, ni imaginar. Pero el principio del órden y de la armonía triunfan; y la tierra y la humanidad quedan salvadas. Tal es el simbolismo de la *Gigantomaquia.*

Todos los pueblos de la antigüedad tienen consignado en una ú otra forma, este acontecimiento, en sus anales y libros religiosos. Los indus en sus *Himnos;* los babilonios en sus *Cilindros cuneiformes;* los egipcios en sus *Jeroglíficos;* los israelitas en su *Biblia;* los griegos en su *Hesiodo.* Seria indudablemente el espantoso recuerdo, trasmitido por los hombres de la época terciaria ó cuaternaria, de los cataclismos regionales que de vez en cuando perturbaban el trabajo lento de la naturaleza, al labrar nuestro planeta y trasformarlo en lo que es hoy. Los griegos, con su hermosa y plástica imaginacion, crearon con aquel recuerdo la guerra de los gigantes con los dioses, revistiéndola de tales rasgos naturalistas, que no cabe duda acerca de la idea cosmográfica que se propusieron representar. Hesiodo y Lucrecio son los autores antiguos que mejor han descrito este inmenso episodio; y los escultores de Pérgamo los que más inspiradamente lo han representado. Puede decirse á boca llena que el friso de que me ocupo es la más patética, la más sublime expresion escultural del relato de Hesiodo y del canto de Lucrecio. Demasiado largo y difuso seria referir uno á uno los episodios de la *Gigantomaquia*, además de que muchos de ellos no han podido aún interpretarse de un modo algo satisfactorio para los eruditos en mitología. Allí figuran hombres, monstruos y dioses. Pero todo está representado con tal gusto, que la belleza va siempre unida á la fuerza más colosal y á la accion más violenta; y los mismos monstruos repulsivos fascinan por el arrebatado heroismo con que luchan.

Aquí gigantes alados, medio hombres y medio reptiles, gigantes con cuerpo de toro y con garras y boca de leon, que se arrojan en lo más furioso de la batalla; los perros de la jauría de Artemisa, azuzados por los gritos de los dioses, los acometen ladrando y rechinando los dientes; los cogen por las piernas, por los brazos, por el cuello, despedazándolos y haciéndoles crujir los huesos. Los gigantes disparan enormes piedras, gruesísimas rocas, que chocan en los escudos, donde se rompen estrepitosamente. Allí varias figuras horrendas, personificando la fuerza de los rios, de los mares, de los volcanes, corren, se precipitan, luchan; una cuadriga de caballos marinos con cola de pez, y bandadas de horribles serpientes, salen de las aguas y se arrojan sobre las águilas celestes, mordiéndolas, estrujándolas y ahogándolas; un monstruo marino, en forma de hombre, de pez y caballo, vuela en auxilio de sus compañeros; una partida de caballos desbocados galopa furiosamente pisando cadáveres, relinchando y rechinando los dientes; y todo son gritos, golpes, estruendo, furor, encarnizamiento y embravecimiento de una batalla como jamás los hombres hayan visto otra. ¡Qué fecundidad! ¡qué imaginacion! ¡qué vehemencia!

Los dioses oponen á este ciego y formidable furor la serenidad, la fuerza y habilidad que simbolizan el órden. Selene, á caballo, se abre paso por entre gigantes y otros monstruos, y volviendo la cabeza, deja ver un rostro de una hermosura y tranquilidad hechiceras. Otra diosa pone el pié sobre el cadáver de un vencido, y mira con calma en torno suyo, como buscando otro adversario terrible. Una diosa y un hermoso gigante llegan á las manos, pero se contienen, él admirado de la belleza de ella, y ésta sorprendida de ver tanta gallardía en su adversario. Helios, revestido de un espléndido manto rozagante, entra montado en una cuadriga, cuyos caballos se abren paso por entre un monton de cadáveres. Hércules blande su terrible maza, sin hacer caso del enemigo á quien acaba de derribar. Hécate, la diosa del triple cuerpo, lucha á la vez con varios gigantes, blandiendo con sus tres brazos derechos una espada, una antorcha y una lanza. Un gigante cae á sus piés en el acto de lanzarle un peñasco, y se cubre con esta piedra, para evitar el golpe mortal, pero un perro se le arroja encima, le coge por una pierna, y se la tritura con frenesí.

Cibeles corre por entre muertos y vivos montada en un fiero y ágil leon. Apolo aterra á un gigante, saca otra flecha de su aljaba y continúa el combate. Otro gigante acomete furiosamente á Diana, que fria y desdeñosa, le dispara un terrible flechazo. A sus piés yace un gigante herido, á quien un perro tiene cogido por el pescuezo, haciéndole gritar y contraerse: el gigante está formado de miembros de hombre y cabezas de serpiente, y estas serpientes embisten á Diana, y tropezando con su escudo, lo muerden iracundamente, haciendo crujir el metal. Minerva entra en lo más terrible del combate, grave, serena y penetrante; y cogiendo por los cabellos á un corpulento gigante que la acomete, lo derriba en el suelo, como si fuera una paja. El gigante quiere blandir sus armas, cuando una gran serpiente se le enrosca en el brazo, y paraliza sus movimientos. A los piés de Minerva, la Tierra, en figura de una madre desesperada, se presenta á la vista de la diosa, y le pide clemencia para los gigantes, sus hijos extraviados. Por fin Júpiter omnipotente, majestuoso, irresistible, aparece armado de sus rayos, y pelea en favor del Olimpo: mata de un rayo á un gigante que se precipita sobre él; pasa por encima de su cuerpo, y derriba á otro, que habia corrido á ayudar á su compañero. Un tercer gigante, medio hombre y medio serpiente, que ve este estrago, corre á contener al dios de los dioses; y mirándole con orgullo, levanta su brazo formidable envuelto en una piel de leon. Va á trabarse el combate, pero el sereno rostro de Júpiter revela que el resultado no es dudoso. En efecto, una Victoria rasga los aires, y en señal de triunfo, pone una corona en la cabeza de Minerva. Tal es á grandes rasgos la *Gigantomaquia de Pérgamo.*

Hasta ahora no ha podido averiguarse quiénes sean los autores de obra tan colosal; pero de ciertos datos se ha desprendido que fué hecha entre el siglo primero y el segundo de nuestra era. Dejando pues aparte la

primera circunstancia, fijémonos en la segunda. Ella demuestra que el arte griego, léjos de haber decaido, se encaminaba ó habia llegado á una trasformacion, que á no interrumpirla el dominio del cristianismo, hubiera sido fecunda en obras magistrales. El arte monumental, de ponderativo y grandioso que habia sido bajo Fidias; de gracioso y majestuoso que lo habia hecho la escuela de Praxiteles; y de ecléctico que era bajo Scopas y sus discípulos, habia entrado franca y resueltamente en el naturalismo y la accion, sin perder nada de la habilidad, belleza y grandiosidad que debe tener. Hay allí una combinacion tan bien formada de la verdad con todas sus fealdades, de la imaginacion con todos sus recursos y del buen gusto con sus rigurosas exigencias, que es un modelo en su género; y en adelante, cuantos quieran unir en una obra monumental, ó particular, estos elementos tan difíciles de combinar, hallarán en los mármoles de Pérgamo, ya colocados en el museo de Berlin, las lecciones más magistrales que puedan desearse. Sin duda el mérito de la forma pura, ó estilo, no es igual en todos los episodios; sin duda lo mejor dista mucho de estar á la altura de Fidias y Praxiteles; sin duda hay trozos mal hechos, disformes y apénas desbastados; pero téngase en cuenta que se trata de esculturas que abrazan más de 100 metros de largo por mas de 2 de alto; y es imposible humanamente llevar á cabo una obra tan colosal, con una perfeccion relativa de la forma. La verdad es que, en conjunto, por el concepto, la extension, la inspiracion, la originalidad y el arte, es lo más importante que poseemos despues de las obras del Partenon. El friso de Pérgamo cogió la escultura monumental dramática donde la habian dejado los artistas del *Templo de Egina;* y trasformándola con el auxilio de los grandes progresos que habia hecho la ciencia y la belleza del arte, la llevó á la altura donde debia estar; le dió la expresion propia y original que no supo imponerse Scopas, ni su escuela, á juzgar por las estatuas de la *Niobe* y por otros restos que poseemos. Si el friso de Pérgamo no tiene una belleza plástica de primer órden, no impide esto que sea un monumento artístico de la mayor importancia, por la propiedad, la poesía y la forma.

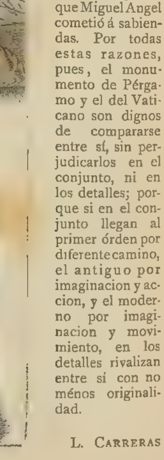


JARRON existente en los jardines del Real Sitio de San Ildefonso

¿Cabe comparar esta obra con las *Puertas del Batisterio de Florencia*, que esculpió Ghiberti? Hé aquí una pregunta que me deja bastante incierto. Las esculturas de dichas puertas son miniaturas, comparadas con las de Pérgamo; y hasta prescindiendo de tal desventaja, carecen de la imaginacion y grandiosidad de estas. Ghiberti fué, sin duda, un artista de la raza de los autores de aquel friso; y si tenemos en cuenta la época en que brilló, y el mérito intrínseco de sus obras, no le hallaremos del todo inferior, aunque las producciones lo sean. Hay en las *Puertas* de Florencia tanta imaginacion, tanta ciencia, tanto gusto, tanto arte, que nunca dejarán de ser una obra extraordinaria. Pero la escuela de donde salieron los escultores de Pérgamo era mucho más alta que aquella de la cual salió Ghiberti, y los orígenes de su inspiracion mucho más libres y grandiosos que los del escultor florentino. La obra de Florencia no cae ante la de Pérgamo; sino que pertenece á otro arte ménos potente, ménos científico, ménos dotado de grandes y perfectos maestros. Es una obra de un progreso colosal, de una audacia superior, de una destreza suprema, de una imaginacion vivísima, de un gusto puro, que apareciendo como un sol en los albores del Renacimiento, fué una de las antorchas que más iluminaron á Leonardo de Vinci, á Rafael y Miguel Angel, que no se cansaron de estudiarla y admirarla. En este concepto las *Puertas* de Ghiberti fueron para sus contemporáneos lo que hubiera sido el *Friso de Pérgamo* para los suyos, á no perecer la civilizacion pagana.

El paralelo con la *Capilla Sixtina* es más propio y más natural, pues aunque se contrapongan pinturas á esculturas, las pinturas al fresco de Miguel Angel derivan más del escultor que del pintor. En conjunto grandioso, inmenso, las dos obras se contrabalancean, siendo ambas colosales, y de una grandiosidad sublime. La imaginacion de Miguel Angel era tan poderosa como la del autor del monumento de Pérgamo. Pero este le aventaja mucho en la accion. Miguel Angel tiene mucho movimiento, pero su accion siempre es inferior, y en su mismo carton de la *Guerra de Pisa*, habia más gestos que drama. Yo no conozco nada comparable á la accion de Pérgamo sino el episodio de la batalla de Anghiari que Leonardo pintó en la gran sala del Palacio Vecchio de Florencia, y que destruido por la humedad, no ha llegado hasta nosotros sino por los dibujos y por un cróquis de Rafael. Pero el episodio de Leonardo de Vinci, no sólo era superior á la *Gigantomaquia* en ciencia y belleza, sino que, en esta parte, rivalizaba con las obras de Fidias, y daba al arte dramático de la plástica, la forma perfecta que no pudieron hallar los artistas de Pérgamo. El relieve del Arco de la Estrella de Paris, que hizo Rude, puede tambien compararse por la accion con algun episodio de la *Gigantomaquia*.

Miguel Angel se equilibra con el artista de Pérgamo, sobre todo en el conjunto, segun ya he dicho; y más particularmente en los detalles. En concepcion individual, es más profundo, no habiendo en Pérgamo nada comparable á algunos *Profetas* y *Sibilas* del *Techo*, y al *Cristo* del *Juicio final*. Pero en el arte de combinar el naturalismo con la belleza, Miguel Angel carece de los recursos y de la ciencia del escultor griego. Cuando este es naturalista, sus figuras son toscas y vulgares; lo cual no sucede en aquel friso. El autor moderno sabe dibujar muchísimo más que el antiguo, pero este tiene un gusto más seguro, más inalterable y acertado en la forma de sus personajes, pues contenido por reglas indiscutibles, que toda la Grecia acataba, se libra, sin saber tanto como el artista florentino, de los grandes extravíos en que este cayó. Así es que aunque el estilo de la *Gigantomaquia* no sea de primer órden, ni por la ciencia, ni por la novedad; aunque



recuerde los procedimientos de muchos escultores griegos anteriores; aunque sea siempre superficial, no comete los yerros que Miguel Angel cometió á sabiendas. Por todas estas razones, pues, el monumento de Pérgamo y el del Vaticano son dignos de compararse entre sí, sin perjudicarlos en el conjunto, ni en los detalles; porque si en el conjunto llegan al primer órden por diferente camino, el antiguo por imaginacion y accion, y el moderno por imaginacion y movimiento, en los detalles rivalizan entre sí con no ménos originalidad.

L. CARRERAS



GRUPO ESCULTÓRICO DEL GRAN ALTAR DE PÉRGAMO: *Minerva luchando con los gigantes*

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 16 DE NOVIEMBRE DE 18[illegible] — NÚM. 203

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

SIN MÁSCARA, cuadro por G. Cemenowsky

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Hojas secas.—El invierno y la mujer.—La igualdad ante la pulmonía.—Malos augurios.—El héroe del Callao.—El vencedor de Alcolea.—Cesantías.—Los árboles del Retiro.—D. Juan de Robres.—Una escuela de floricultura.—Un edificio que se desmorona.—Los mártes de las de Gómez.

Ahora sí que es de veras. Las amarillas hojas desprendidas de los árboles forman remolinos que de pronto un soplo de viento, refrescado en las primeras nieves de la sierra, esparce y disemina salpicando la endurecida tierra, que apénas adorna ya un mustio jaramago ó un mechoncillo de yerba seca y ennegrecida, de unos como á modo de tejuelos de oro viejo, que vistos de léjos parecen las últimas joyas que arroja de sí una mujer convencida de que todos los adornos no podrán volverla su pasada juventud.

Noviembre es á la naturaleza lo que los cuarenta años á una hermosa. Tras de la exuberante belleza de que la dotó el estío asoman las primeras arrugas y la vejez avanza, pero avanza á paso de carga. En una y en otra hay algo de la luz que, al morir, lanza un postrimer reflejo.

Un hermoso dia de otoño es bello; bella es tambien la sonrisa de una mujer que declina; pero en la belleza del uno y de la otra hay algo que entristece. Es un hoy alegre que hace pensar en un mañana triste. Ese mañana sabemos que trae fatalmente la vejez, que es el invierno de la mujer; el invierno, que es la vejez de la naturaleza.

El invierno, en Madrid, no es sólo triste sino temible. Entre las brumas de sus dias sin sol se ocultan dos espectros espantosos: el uno se llama la pulmonía, el otro la miseria.

Del segundo se libran los ricos y hasta las personas regularmente acomodadas. Del primero no hay nadie seguro. Oculto arteramente lo mismo tras de la esquina en que vende la mísera anciana ó el desvalido chicuelo un veinticinco de *La Correspondencia*, que en el pórtico de Apolo ó del Real, cae sobre el primero que llega, y no le inspira más respeto el gaban forrado de pieles que la agujereada blusa de percal.

La rudeza del ataque no difiere en nada. Podrá ser que luégo los medios de defensa varíen; que al uno se le propinen unos cuantos globulillos disueltos en una copa de cristal de Bohemia y al otro le asaeteen con sangrías y cantáridas en la cama de un hospital; pero al fin la diferencia no será más que una: que al rico le conducirá un lujoso carro de la Funeraria á su panteon y al otro una mísera angarilla al hoyo grande, que, despues de todo, no es más que el panteon de familia de los pobres.

Los pájaros tienen mejor instinto que los hombres. Miéntras nuestros aristócratas abandonan á Madrid en los dias en que los árboles del Retiro y de la Casa de Campo se visten de gala sólo para recreo de lavanderas y criadas de servir, las aves cuando emigran es cuando la naturaleza se viste de luto.

De seguro que, cuando se avisten con sus vecinas de la costa de Marruecos, les dirán en su parlera cháchara: «No creais que valen mucho más los habitantes del otro lado del Estrecho que los de acá.»

***

Nunca con más razon que ahora podemos decir que el invierno se presenta triste.

La patria acaba de perder uno de sus hijos predilectos.

El nombre de D. Juan Bautista Topete va unido á dos hechos de los más grandes de nuestros dias: el combate del Callao y la revolucion de Setiembre.

En el uno, con un valor á toda prueba y una sangre fria sin límites, demostró que era el prototipo del soldado y del marino pronto á verter su sangre generosa en servicio de su bandera; en la otra, con la entereza del ciudadano, probó que la primer cosa que hay que defender en la patria es su honra.

El héroe del 2 de mayo de 1866 ha muerto retirado de esas luchas del momento que hacen olvidar los actos heróicos de otros dias. Su pérdida ha sido sentida por todos.

Detrás de su féretro iba, no la representacion de un partido político, sino la de España entera, que llora y admirará siempre en el ilustre finado las virtudes del hombre, el valor del marino y la integridad del político.

***

Quiera el cielo que á esta pérdida no tengamos que sumar muy en breve otra.

En los momentos en que escribimos estas líneas la muerte se cierne sobre una frente que han combatido todos los vientos de ese período lleno de convulsiones que abarca desde el advenimiento al trono de Isabel II y que no ha terminado todavía.

El Duque de la Torre, víctima de una dolencia que desde hace largo tiempo mina su existencia, está tal vez próximo á sucumbir.

Su entereza, que tantas veces ha resistido el plomo enemigo, hace frente á la enfermedad, pero por desdicha ésta gana terreno.

Cuando aún gozaba de una perfecta salud, solia decir el ilustre caudillo:

—El único enemigo que me asusta por el número, son los años.

Quiera el cielo, repetimos, que por esta vez no resulten justificados sus temores.

***

¿Quién lo habia de decir? El nunca bien ponderado Alcalde presidente de nuestra villa, cuya predileccion á la horticultura se ha manifestado tan repetidas veces, ha cometido un acto de verdadera crueldad con los árboles y plantas del hermoso paseo del Retiro.

Cuando todos sentíamos la necesidad de un aumento de personal que cuidara aquellas poéticas alamedas y aquellos paseos, que álguien ha llamado el pulmon de Madrid, S. E. ha visto la cosa bajo distinto prisma y, con objeto de hacer economías, ha dejado cesantes á unas cuantas docenas de jardineros, guardas y otros operarios de aquella mansion predilecta de los madrileños.

Todo lo que se ahorrará el presupuesto municipal serán unas cuantas pesetas. En cambio, poco á poco el Retiro irá convirtiéndose en desierto erial, y no pocas familias quedarán desprovistas de todo recurso.

Pero á bien á bien que para paseos ya tenemos jardines tan bellos como el de la plaza del Ayuntamiento; y en cuanto á los que no coman, dentro de poco podrán recurrir á las cocinas económicas que, segun dicen, van á montarse en diversos puntos de la capital.

Es lástima que el Sr. Bosch no plantee por su cuenta una. Porque, de ser así, podria ponerse sobre su puerta alguna inscripcion que recordara á aquel famoso D. Juan de Robres que

hizo aquel santo hospital
y tambien hizo los pobres.

***

Lo extraño del caso es que, al par que se adopta esta medida, se fundan en el mismo antiguo Real Sitio unas clases de arboricultura y floricultura, de que al decir de las gentes podrán salir consumados jardineros.

Es decir, que los vetustos olmos que dieron su sombra á los galanes celebrados por Quevedo y Calderon, harán el oficio de cadáveres puestos sobre la mesa de un anfiteatro.

Sus músculos leñosos y sus fibras, por las que aún corre la savia de la vida, sólo servirán para que una mano inexperta clave en ellos un escalpelo en forma de podadera, tratando de apoderarse del secreto de su organismo.

Despues irá arrojándoselos poco á poco á un pudridero, y en vez de ser sustituidos por otros, jóvenes y robustos, irán dejando anchos claros en el que, aunque notablemente cercenado, es todavía espeso bosque.

Posible es que entónces haya habilísimos operarios en el ramo de arboricultura, pero, ¿á dónde irán á buscar ocupacion donde lucir sus conocimientos?

Eso es lo de ménos. Cuando no haya otra clase de arbolado, podrán dedicarse á hacer ingertos en los palos del telégrafo.

***

El gobierno se viene al suelo. Su estado ruinoso no tolera que sin gravísimos peligros se pase un momento sin hacer en él trascendentales reparaciones.

Esto que parece una noticia de carácter político, no lo es.

Lo que hace prorumpir en estas frases no son las grietas que puedan existir en la situacion. De estas, por fortuna, no es mision nuestra ocuparnos. Lo que está denunciado es la fachada y una de las torres del modestísimo edificio que ocupa el gobierno civil de la provincia.

La más humilde de las cuarenta y ocho restantes de la península, tiene para este uso un local digno, y muchas de ellas hasta suntuoso. Sólo en la capital de la monarquía se encuentra encerrado en un caseron viejo, carcomido y destartalado.

La casa que fué en tiempos de los marqueses de Cañete, y más tarde de los de Camarasa, se adquirió un dia por el Estado para establecer en ella las oficinas del Gobierno civil. En los tiempos en que esto se hizo, se dijo que aquello era sólo con carácter provisional. Pero como esto es lo único estable en nuestro país, lleva cerca de medio siglo sirviendo para este uso, y hoy que se encuentra en ruinas, todavía se piensa en repararle.

Lo ménos malo que puede suceder, es que en vez de buscar medios de levantar de nueva planta un edificio que satisfaga las necesidades modernas, se apresuren á echar tapas y medias suelas al que hoy existe. Peor seria indudablemente, y esto puede suceder, que cuando ménos se piense, se venga al suelo, aplastando unas cuantas docenas de individuos.

***

La verdad es que nada en el mundo carece de explicacion. Todos á voz en cuello hemos estado acriminando á los monarcas de la Casa de Austria porque al reformar la villa de Madrid para hacerla su corte, no dictaron medidas que tendieran á dar holgura á sus estrechas y tortuosas calles, ni pensaron en reponer el extenso arbolado que cuentan que en otros dias tuvieron sus alrededores, y sin embargo, hoy nos convencemos de que al obrar así, sólo un profundo conocimiento de nuestros gustos y aficiones tenian.

Pasear en terreno ancho, no es para los madrileños pasear. Necesitamos que nos empujen y codeen, nos es preciso abrirnos calle á empellones y por eso, así como en el siglo XVII preferian las damas de lechuguilla y copete y los lucidos al uso de castor francés y valona cariñana, á las anchuras del Parque ó del Prado viejo la molesta rúa en la calle Mayor, hoy nuestros elegantes de ambos sexos dejan con desdén las espaciosas alamedas del Retiro y extenso paseo de la Castellana para acudir todas las tardes al reducido espacio que media entre la iglesia de las Calatravas y el ministerio de la Guerra.

Esta costumbre que se implantó el invierno pasado y que ha vuelto á reanudarse con la venida del otoño, dicho sea con perdon de los iniciadores de tan luminoso pensamiento, da á la corte de las Españas el carácter de una capital de provincia de segundo órden, haciéndola incurrir en ese defecto que el buen gusto no puede perdonar nunca y que la fraseología moderna apellida *cursi*.

La prueba de que todos lo conceptúan así, es que de los mismos paseantes ha salido un nombre para el flamante paseo, que es la más acabada sátira que de él pudiera hacerse. Llamándole *Los mártes de las de Gómez*, le ponen en su justo término, esto es, al nivel de las reuniones de esas modestas familias que, queriendo plagiar á las gentes de buen tono, sólo consiguen hacer su caricatura.

ANGEL R. CHAVES

NUESTROS GRABADOS

SIN MÁSCARA, cuadro por G. Cemenowsky

¿Por qué será que el autor de este bonito cuadro lo haya titulado *Sin máscara*? ¿Debe tomarse el título en sentido propio ó figurado?

Creemos que en un sentido y en otro. Aun cuando el artista no es francés por su naturaleza, su cuadro fué ejecutado en Paris y expuesto el año último. El tipo realizado es francés de pura sangre; una muchacha jóven, bonita, de salud delicada y en traje no del todo púdico. Ese traje, el sombrero, el peinado realmente excéntrico, nos dejan presumir que el autor ha retratado, ó poco ménos, á una de esas habituales concurrentes á los bailes de máscara de la Grande Opera, flores que han abierto su cáliz en el lodo y que se agostan ántes de tiempo en la atmósfera corrompida de los espectáculos livianos y de los comedores reservados de los restauranes frecuentados por las *mujeres* en boga.

La jóven de nuestro grabado se ha quitado la máscara: faltaba aire á sus pulmones y faltaba, además, que los amigos de la crápula se apercibieran de su presencia... ¡Pobre criatura, eternamente condenada á arrojar la máscara!...

LA NUEVA SALA DE SESIONES en la Casa Consistorial de Lóndres

Inglaterra es la nacion más parlamentaria del mundo. Nada tiene de particular, por lo tanto, que revista de la mayor pompa, al par que de la mayor severidad, los salones en que los elegidos del pueblo discuten los arduos problemas de la legislacion del Reino Unido ó los de la administracion puramente local.

El nuevo salon de sesiones del Ayuntamiento ha sido construido en dos años bajo la direccion del arquitecto Jones, que respetando las leyes del más puro estilo gótico del siglo XV ha sabido dar á su proyecto cierta originalidad, que constituye su mayor mérito.

El grabado que publicamos deja formar aproximada idea de ese salon, inaugurado recientemente. Lo único que nos permitiremos hacer notar es que, miéntras la generalidad de los pueblos han consignado en las pinturas decorativas de sus palacios parlamentarios ó municipales los grandes fastos de su historia, el de Lóndres, más positivista, ha embellecido los entrepaños del nuevo salon del Ayuntamiento, con las alegorías de las grandes industrias y explotaciones del Reino Unido.

OTRO BESO... cuadro por Italo Nunes-Vais

Por más que este cuadro esté pintado en Florencia, donde reside su autor, éste no deja de ser africano; lo cual prueba que Africa produce algo más que bestias feroces y kábilas más feroces que las bestias. El asunto es simpático y tierno; la ejecucion es correcta y sobria, de suerte que resalte convenientemente el interés de la accion.

Representa el cuadro una despedida entre madre é hija: ésta, de pié en el estribo de un coche de primera clase, no se resuelve á dar el último beso á la dama del interior del carruaje, que ha embellecido con su presencia la monotonía del campo á que la jóven está condenada hasta que su marido haya dado cuenta de algunos conejos y perdices. Esos maridos cazadores son una calamidad...

La única figura del cuadro, aparte de las dos que constituyen el grupo principal, es un jóven viajero, que acomoda sus bagajes á mano con esa indiferencia que hace al comisionista y al excursionista el sér más insensible de la creacion en materia de recibimientos y despedidas. ¡Verdad es que han presenciado tantas despedidas y recibimientos tantos!...

La figura de la jóven, que es la que se destaca en primer término, está correctamente dibujada y su actitud es verdaderamente natural.

Cuando se expuso este lienzo en la Exposicion de Milan llamó poderosamente la atencion del público é hizo asomar algunas lágrimas de ternura á los ojos de las madres y de las hijas que alguna vez, en la situacion representada por el cuadro, se habian resignado bien de mala gana á darse el último beso.





FLORA, cuadro del Tiziano

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

FLORA, cuadro del Tiziano

Tenemos una verdadera satisfaccion publicando ese magnífico grabado de una obra tan maestra como lo son todas las del maestro italiano.

Tiziano Vercelli nació en Pieve de Cadore en 1477, y falleció un siglo más tarde en este mismo lugar, á donde se habia refugiado huyendo de los estragos que la peste hacia en Venecia, sitio de su residencia predilecta. Aun cuando aprendió su arte con distintos maestros, pronto se cansó de todos ellos, dejándose guiar por los impulsos de su genio. Fué este de aquellos que forman escuela, y por cierto que la veneciana no figura en último término en la historia del arte. Su talento se amoldaba á toda clase de asuntos, lo mismo sagrados que profanos, y si *El martirio de San Pedro* es conceptuado su obra capital, todavía no ha existido quien le haya superado en la reproduccion de figuras mitológicas.

Sus condiciones artísticas más salientes eran la ciencia y armonía de sus composiciones, en las cuales el mérito de lo principal corre parejas con el mérito de lo accesorio. Sus figuras tienen una vida, un sentimiento, un vigor, de que *Flora* es buen ejemplo; circunstancia que caracteriza por igual sus obras más opuestas y sus asuntos más antitéticos. Es el primer colorista de los pintores italianos y aquel á quien su siglo honró con más favores. A él se deben los retratos más preciados de los primeros personajes de su tiempo, Cárlos V, Francisco I, Felipe II, Ariosto, el Aretino, Bembo, Lucrecia Borgia, cuanto extraordinario produjo la época, puesto que emperadores, reyes, príncipes, se disputaban la honra de ver reproducida su imágen por artista de tan asombroso talento. El emperador Cárlos V le tenia en tanta consideracion que cuando paseaba con él, áun en público, le daba siempre la derecha. Hiciéronle observar sus cortesanos que esta costumbre no se conformaba con las prácticas palatinas de que tan celoso se mostraba siempre el césar, y éste contestó:

—No lo extrañeis, señores, porque si está en mi mano crear cuantos condes quiera, no lo está crear un solo Tiziano.

En cierta ocasion, cayósele un pincel al grande artista. El emperador lo recogió del suelo y lo devolvió á Vercelli, diciéndole:

—Tomad; que bien mereceis estar servido por emperadores.

Gracias á la austeridad de sus costumbres, vivió el Tiziano cerca de cien años y trabajó hasta los últimos dias de su vida. Venecia le enterró como pudiera á un soberano y en su obsequio se interrumpió la órden de quemar los cadáveres de los apestados. ¡Tanto respeto mereció, áun despues de muerto, el gran Tiziano Vercelli!

LA TRASMIGRACION DEL AMOR

I

FIAT LUX

Ismael y Darío eran hermanos por naturaleza, por vocacion y por sentimientos.

Huérfanos apénas nacidos, fueron educados por un venerable sacerdote, pariente lejano de su madre; quizá á esta circunstancia se debió la decidida inclinacion de ambos hácia la Iglesia.

Meses ántes de morir el anciano á quien amaban como á un padre y ya próximos á tomar las sagradas órdenes, la austera soledad de estos tres hombres vióse de pronto iluminada por un rayo de luz y de alegría.

Llamábase, en efecto, Luz una hermosa muchacha de negros y vivos ojos, labios gruesos y encendidos, pálida la color y el talle gentil y esbelto.

Huérfana como los dos hermanos, buscaba tambien como ellos, al lado del sacerdote, un puerto de salvacion contra las borrascas de la vida y los azares de la suerte.

A su llegada, todavía las lágrimas humedecian sus ojos, el dolor latia en su pecho y los gemidos hacian vibrar sus labios.

Ismael y Darío, que eran ya hombres, sintieron, ante la belleza, el pesar y la desgracia de Luz, una instintiva atraccion que les hizo comprender por vez primera cuán dulce es amar al prójimo como á sí mismos y ejercer, de las obras de misericordia, aquella que nos manda consolar al triste.

Criados en las prácticas religiosas, no conocian del amor mas que el primero de los mandamientos, en aras del cual iban á sacrificar sus vidas, despues de haberle consagrado sus corazones y sus pensamientos.

Apartados de toda relacion y trato sociales, la naturaleza se habia dormido en ellos con ese reposo extático que tienen todos los cuerpos cuando yacen en las grandes profundidades de la tierra léjos de la luz, del aire y de la vida.

En sus almas existian todos los gérmenes del amor y de las pasiones humanas, de la misma manera que en el caos palpitaban los gérmenes de todos los mundos, esperando aquellos, como estos, que el *fiat* creador les diera forma, aliento y vida.

El *fiat* sonó, la *luz* se hizo mujer y en los corazones de Ismael y de Darío fué el amor.

Amaron; en un principio sin saberlo, que á haberlo conocido, es muy posible que no hubieran amado.

¡Sublime instante aquel en que dos almas responden á una mutua simpatía, reflejan un mismo pensamiento y obedecen á una sola voluntad!

¡Oh, tierno, dulce y tímido nacer del amor, en el que las almas se asoman á los ojos y se besan con miradas, y las frases son suspiros, y flotan en el aire sin formas ni contornos los deseos invisibles que enardecen la sangre, roban la voz á la garganta, aceleran los latidos del corazon y adormecen el cerebro en voluptuosos y prolongados éxtasis!

Darío é Ismael, con la Sagrada Biblia en las manos, huian uno de otro á esconderse en los lugares más solitarios y mudos; y ya Darío en el bosque, ya Ismael paseando á lo largo del rio, abrian el Antiguo Testamento y, clavando sus ojos en la primera página del Génesis, leian en voz baja:

«Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo, y el Espíritu de Dios se movia sobre la haz de las aguas.

»Y dijo Dios: Sea la *luz:* y fué la *luz.*»

II

EL CIELO Y LA TIERRA

Cuando las aguas cayeron sobre el abismo, el abismo las devolvió á los cielos.

El choque se renovó varias veces con espantoso estrépito, hasta que por fin Dios separó las aguas de la tierra, la tierra del cielo, sembró el cielo de estrellas y fueron el dia y la noche.

En el alma de los dos cenobitas se efectuó igual fenómeno.

La creencia resistió al amor, el amor cayó sobre la fe, se renovó la lucha durante largo tiempo y al fin terminaron por amar á Dios sobre todas las cosas y á Luz más que á sí mismos.

El cielo es la morada de Dios, el destino de las almas y el fin de nuestras vidas; consagrarse á Dios en la tierra es anticiparnos al cielo.

Por el contrario, entregarse al amor es entregarse al mundo, renunciar al cielo en la tierra, separarse de Dios.

La fe mira arriba, el amor no levanta los ojos del suelo; la fe redime al espíritu, el amor abrasa al cuerpo; aquella es eterna y divina, éste temporal y humano; el amor y la fe son, pues, cosas distintas.

Los dos ascetas sintieron que sus conciencias se revelaban contra sus sentimientos.

Dios es el fin de todas las cosas, pero, ¿acaso no es tambien el principio de todas ellas?

La obra es parte del actor; en ella se refleja lo que éste quiere, lo que piensa, lo que ama; es el hijo del corazon, carne de nuestra carne, hueso de nuestro hueso y alma del alma nuestra.

Dios creó el cielo y le hizo su morada; pero tambien creó la tierra y á sí mismo se hizo hombre.

El espíritu como el cuerpo son obra suya.

Amaos unos á otros, ha dicho; porque el amor humano no excluye el amor divino.

La Iglesia misma lo dice; el sexto y séptimo sacramentos, órden y matrimonio, son de voluntad; ordenarse es servir á Dios, pero, casarse, ¿es renegar de Él?

Tener ojos y no ver, corazon y no amar, alma y no sentir; ver, amar y sentir maldiciendo de lo que sentimos, de lo que amamos y de lo que vemos, ¿no es contrariar la obra de Dios y áun á Dios mismo?

No, no, el amor no es un pecado; Dios lo puso en nuestro pecho como la sangre en nuestras venas; quien atenta contra su vida está en pecado mortal; ahogar el amor es un suicidio, un crímen, un pecado mortal tambien.

—¿Qué es el infierno?—preguntaron á Santa Teresa.

—Un lugar donde no se ama.

—¿Tiene un límite el amor?

—El amor no dice basta.

Tal pensaban Ismael y Darío; hasta que, al fin, siguiendo sus nuevas inclinaciones, se abandonaron al sentimiento y amaron mucho é inmensamente; y les pareció que la tierra era tan hermosa como el cielo, que la obra de Dios era más perfecta, y, al renunciar para siempre á sus antiguos propósitos, miraron á Luz con más alegría, la escucharon con más encanto, y, al imaginarse que llegarian á ser amados como amaban, se entregaron á un nuevo ideal para ellos hasta entónces ignorado.

Ismael y Darío, desde muy niños, se confesaban uno á otro cuanto pensaban y sentian; por la primera vez, ahora, los separó un secreto.

III

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Corazon sin amor es dia sin sol, flor sin aroma y planta sin fruto.

Ismael, mirando ó recordando á Luz, pensaba:

«¡Oh, si ella me besara con ósculos de su boca! porque sus besos deben ser dulces como mieles.

»Su aliento es más grato que aroma de rosas; son sus ojos brillantes como luceros; su boca como la flor del granado.»

Darío, recordando ó mirando á Luz, murmuraba:

«¡Oh, rosa de Saron y lirio de los valles!

»Como lirio entre espinas así eres tú entre las mujeres; tu voz es suave como arrullo de paloma; tu cuello como torre de marfil; tu cabello como púrpura de rey, y tus brazos como nudos de amor.

»¡Oh, y cuán hermosa eres; dichoso quien por tí sea amado!»

Una tarde Ismael y Luz se hallaron solos; los pájaros saltaban sobre los hierros del balcon; dos de ellos, unieron sus picos y aletearon amorosamente.

—Luz,—dijo Ismael con timidez,—en la naturaleza todo ama; las flores, los pájaros y los hombres; ¿has amado tú alguna vez?

—Sí,—respondió Luz quedo, muy quedo;—tambien amo, pero no como la planta que ama á la más cercana; ni como los pájaros que libremente se aman unos á otros; yo amo á uno solo, solo á uno; y le prefiero entre todos esté donde quiera, vaya donde vaya y aunque él á mi amor no corresponda.

—Su nombre, su nombre,—repitió Ismael trémulo de ansiedad.

—No acierto á pronunciarlo.

—¿Le conozco?

—Sí.

—¿Dónde está?

Luz, huyendo como un cervatillo y llevándose la mano al lugar del corazon, exclamó, golpeándose el pecho:

—Aquí le tengo; aquí está, conmigo vive.

. . . .

Una noche... ¡la luna brillaba en el firmamento!... Darío y Luz se encontraron á solas.

—¿Qué ves en mis ojos que así me miras?—dijo Luz, con voz tierna, dirigiéndose á Darío.

—Veo en ellos mi imágen.

—Y yo veo la tuya...

—¿En mis ojos?

—No; en mi corazon.

—¿Me amas?

—Mucho.

—¿Como yo te amo?

—Como yo quisiera que me amaras siempre.

—¡Oh!—prorumpió Darío,—ponme como un sello sobre tu corazon; como una marca sobre tu brazo; porque el amor es firme como la muerte, duro como el sepulcro y sus brasas como de fuego. Huyamos, amada mia, y sé semejante al gamo sobre las montañas que aroman el jaramago y el tomillo.

. . . .

Algun tiempo despues, el anciano sacerdote, tio de Luz y protector cariñoso de Ismael y Darío, exhaló el último suspiro.

El dia del entierro Ismael acompañó el cadáver al campo santo, lo dejó en la tumba y, de vuelta á casa, supo que Darío y Luz le habian abandonado.

Buscó en todas partes á la que amaba su alma; buscóla y no la halló.

Rodeó el campo y la ciudad; corrió por calles y plazas; buscó en todas partes á la que amaba su alma; buscóla y no la halló.

De vuelta á su casa corrió al cuarto de Luz, y, allí, entre las páginas de un libro de oraciones, encontró un papel que decia:

«Perdon; nos amamos.»

El sol se hundió en occidente; cuando Ismael levantó los ojos todo era sombra y oscuridad; miró en torno de sí y le pareció que la naturaleza habia muerto; contempló su corazon y lo encontró vacío.

El amor sin esperanza es tormento cruelísimo que sólo extingue la muerte.

IV

AURORA

Trascurrieron muchos años; Ismael, jóven todavía, envejeció abrasado por los recuerdos; largas y profundas arrugas surcaban su rostro; sus labios eran pálidos, terrosa la tez, apagados y tristes los ojos, blanco el cabello y el cuerpo encorvado hácia la tierra como buscando el lugar donde descansar de una vez para siempre de tantos dolores y fatigas.

Una mañana, á la hora del correo, recibió una carta de América.

Era de Luz, que le participaba la muerte de su hermano y el gravísimo estado en que ella misma se encontraba.

La habia invadido, como á Darío, una fiebre perniciosa, y, segura de su próxima muerte, le recomendaba á su hija Aurora suplicándole que la amara como la hubieran amado sus padres.

Los últimos párrafos de la carta habian sido escritos por otra mano.

Ismael derramó abundantes lágrimas.

Algunos dias despues llegó Aurora.

Era el vivo retrato de Luz, mucho más jóven que cuando le abandonó con su hermano; tenia la misma cara, los mismos ojos, igual la color del rostro y del cabello, su boca, su expresion, todo, todo idéntico y semejante á Luz.

El tiempo, en lugar de correr, habia retrocedido hasta convertirla en una niña.

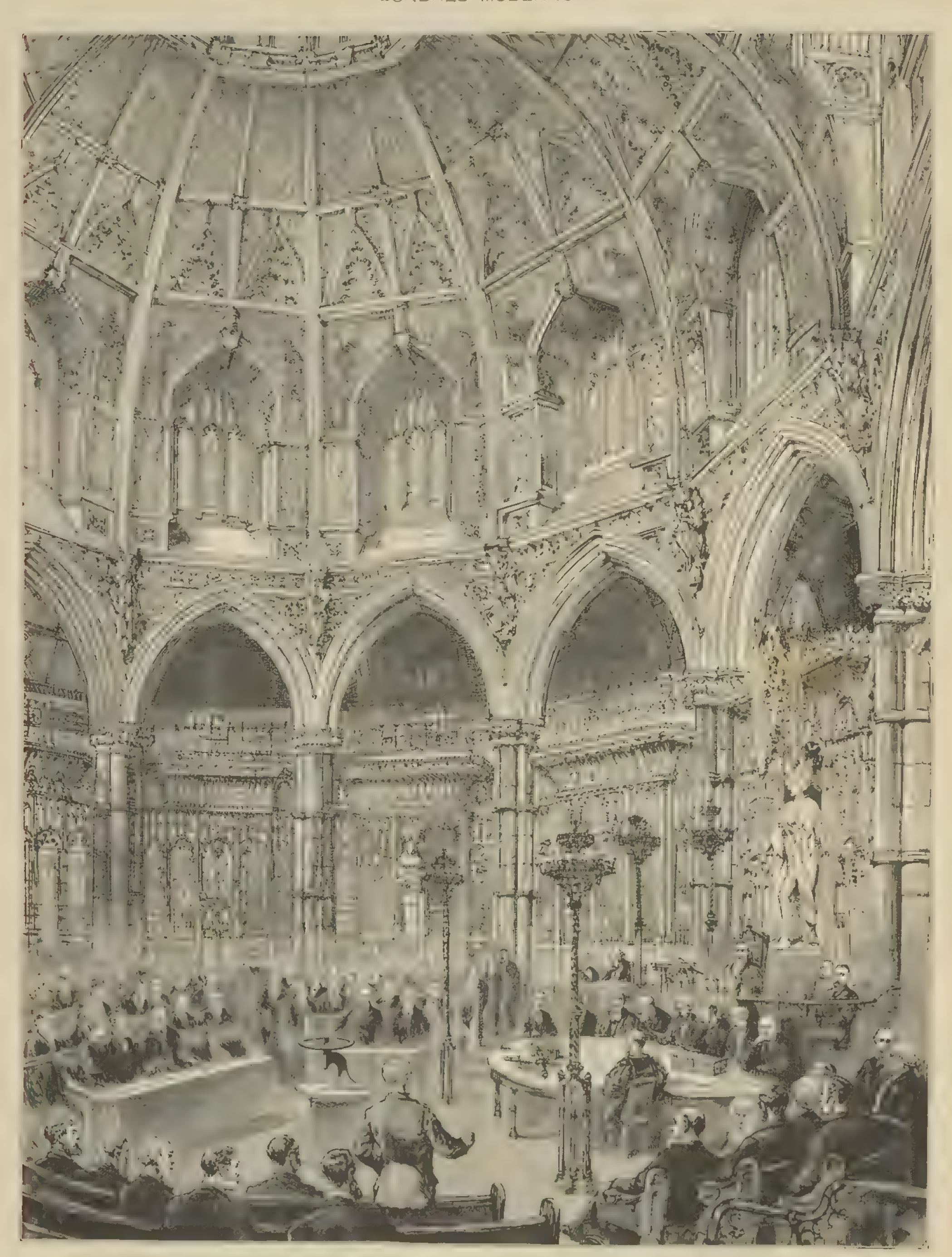
La pasion, contenida tanto tiempo en el pecho de Ismael, rompió, estalló y se desbordó de nuevo en presencia de aquella imágen del pasado, llena de misteriosas y dulces promesas para lo porvenir.

Aurora era de una constitucion delicada y de un temperamento débil; al ver su talle se pensaba en la posibilidad de que el viento lo tronchase; sus ojos eran vivos y deslumbrantes, en ellos residia toda la vida de aquel pequeño sér cuyas miradas llegaban al corazon de Ismael como agudas y aceradas flechas.

Aurora tenia un temperamento triste, una naturaleza melancólica y un espíritu serio y pensativo.

La nostalgia se habia apoderado de su alma y se reflejaba en sus ojos, en sus palabras y en sus actitudes de

LÓNDRES MODERNO



LA NUEVA SALA DE SESIONES EN LA CASA CONSISTORIAL DE LÓNDRES

Debida al arquitecto inglés Horacio Jones



OTRO BESO... cuadro por Italo Nunes-Vais

abandono y de cansancio; nada cautivaba su atencion; en cambio todo la producia disgusto.

Hablaba constantemente de América, su país natal; de sus costumbres; de sus flores y sus frutos; de sus paseos y de sus casas; para ella no existia otra cosa semejante al cielo de los trópicos y á sus gigantescos árboles abiertos en abanicos de espléndido plumaje.

Ismael procuraba distraerla inútilmente; sus palabras resbalaban para Aurora como el agua sobre un escollo, que pasa sin dejar huella alguna.

Al año de su llegada cayó en una mortal languidez; sus pálidas mejillas se sonrosaron; sus ojos miraban con triste inmovilidad; se hundió su pecho, no podia andar y una tos seca la hacia estremecer de continuo.

Su vida se apagaba poco á poco como el pábilo de un cirio.

Los médicos dijeron que aquella flor se marchitaba léjos de su natural ambiente.

Aurora se moria; Ismael desfallecia tambien con ella.

—¿Qué tienes, alma mia?

—Nada.

—¿Qué sientes?

—Nada.

—¿Te duele algo?

—No.

—¿Qué deseas?

—Ver á mi madre.

A estas palabras los recuerdos enardecian el cerebro de Ismael como brasas bajo ceniza.

¡Ver á su madre! ¡Ay, este era tambien su deseo hacia ya muchos años!

Los dos guardaban silencio, el que, las más de las veces, interrumpia Ismael maquinalmente.

—¿En qué piensas?

—En mi casa, en mi jardin y en mis palmeras, á cuya sombra he corrido y jugado tanto.

—¿Deseas volver allí?

—Sí, sí; llévame pronto; quiero abrazarlas de nuevo.

Por fin, Aurora emprendió su último y eterno viaje; murió hablando de sus palmeras, cuyos gigantescos penachos creyó ver en la agonía.

V

LAS ALMAS DE LOS MUERTOS

El corazon de Ismael quedó nuevamente desconsolado y vacío; Aurora, como Luz y Darío, le habia á su vez abandonado.

En la naturaleza el dia sucede á la noche, al invierno la primavera; á un horizonte lluvioso un cielo azul y sereno.

En la vida humana hay hombres cuyo destino es mirar en las sombras, llevar constantemente el frio en el corazon y las lágrimas en los ojos.

Ismael, muy jóven todavía, entrevió la felicidad, y al querer avanzar hácia ella, cayó para siempre en el abismo de los dolores, sin esperanza y sin consuelo.

Luz y Aurora, sus amores, le habian sido arrebatados por un rival amado, Darío, y por otro invencible, la muerte.

¿Qué le restaba?

Nada; su vida no tenia objeto alguno.

¡Ay, qué triste y cuán larga es la vida sin amor!

Sin embargo, aún podia amar y amó entrañablemente el sepulcro que guardaba los restos de Aurora.

El amor á la muerte es el amor de todos los desesperanzados de la vida.

Ismael hizo de la tumba de Aurora un hermoso jardin, en el que pasaba las horas del dia cultivando las plantas y aspirando el aroma de las flores y gran parte de la noche repitiendo piadosas plegarias.

Parecia la estatua del dolor colocada á las puertas que separan lo temporal de lo eterno.

Una mañana observó que la flora del sepulcro de Aurora se habia enriquecido con un esbelto tallo de una planta para él desconocida.

En el extremo superior tenia dos hojitas de esmeralda de una hechura singular y rara; el tronco fué creciendo y con él la curiosidad de Ismael.

Aquel brote inesperado mereció muy especialmente todos sus cuidados y cariño.

¡Qué recto y elegante era en medio de su delicada fragilidad! ¡se parecia á Aurora! ¿De qué color serian sus flores; de oro, de púrpura ó de nieve?

Un hombre, un desconocido, de rostro bronceado y curtido como el de las gentes de mar, le sorprendió una tarde abstraido en la contemplacion de aquella que él llamaba *alma de Aurora.*

—¡Hermosa planta!—exclamó el marino.

Ismael volvió la cabeza sonriendo.

—¿Verdad que sí?

—¡Soberbia! ¡Qué lastima!

—¿Por qué?

—Vivirá poco tiempo.

—¡Cómo!... ¿V. cree?

—Esos árboles no arraigan en estos climas; en cuanto venga el otoño comenzará á languidecer y allá para el invierno caerá para no volverse á levantar más sobre la tierra.

Ismael tembló como si se tratara de la existencia de un sér querido.

—Luego ¿V. conoce esta planta?

—¡Ya lo creo! He visto millones de ellas en América.

—¡En América!—exclamó Ismael todo asombrado.

—Sí, señor; en América.

—¿Es decir, que esta planta es?...

—Una palmera.

—¡Una palmera!... ¿Será posible?... ¡una palmera!... ¡Dios mio, una palmera!

Ismael quedó como petrificado por la sorpresa y el marinero le volvió la espalda sin comprender nada de todo aquello.

Desde aquel dia, Ismael tuvo un nuevo amor: la palmera.

En la imposibilidad de explicarse de una manera natural la aparicion del arbusto sobre la tumba de Aurora, pensó que una fuerza invisible y misteriosa la habia llevado allí como respondiendo á sus íntimos pensamientos, fijos siempre en los séres que tanto habia amado y querido sobre la tierra.

A medida que la palma se fué elevando vigorosa hácia el cielo, Ismael se fué encorvando hácia la tierra; el uno parecia buscar su tumba y la otra mostrarle el camino que iba á emprender despues de muerto.

La esperanza de volver al lado de Aurora y de Luz, le hizo amar sus propios padecimientos y dolores; envejeció rápidamente; sus débiles piernas se negaron á sostenerle, y una tarde, arrastrándose hasta tocar el tronco de su querido árbol, murió bajo el fresco y verde penacho de aquella reina de Oriente cuya gracia regocijó sus postreras miradas y cuyo perfume embalsamó sus últimos suspiros.

¡Ah, quién sabe si entre las hojas de esa palmera, que todavía florece en la estacion de los calores, anidarán las almas de los dos hermanos con las de Luz y Aurora, ya reconciliados, dichosos, felices y unidos en un solo amor!

La ventura que perseguimos en la existencia sin alcanzarla jamás, ¿estará al otro lado de la tumba?

Al penetrar en la eterna sombra, ¿abrirá el alma los ojos á una vida inmortal en donde nuestros sueños y nuestras esperanzas, despues de fecundadas por el dolor en la tierra, encuentren en el cielo el anhelado *fiat*?

¡Oh muerte, misteriosa y callada como el amor, en tí todo es inmortal y eterno!

Bienaventurados los que te aman, porque de ellos será el Reino de los Cielos.

VICENTE COLORADO

EL PINTOR DEL CIELO

Con esta denominación distinguen muchos, dentro y fuera de España, al egregio sevillano BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO, altísima gloria de la reina del Guadalquivir.

No me propongo trazar en estas columnas la biografía del sublime pintor poeta, ni menos aún formar el catálogo de sus obras apreciándolas según el mérito de cada cual. Ambas empresas se han llevado á cabo, más ó menos cumplidamente (aunque en términos muy meritorios), por diversos escritores de distintas épocas y de diferentes países; entre los cuales resplandecen hombres de tanta diligencia y erudición como Cean Bermúdez en España y Stirling en Inglaterra.

El fin á que se dirigen estos renglones es más modesto: redúcese únicamente á exponer algo que á mi juicio puede servir para indicar por qué siendo tantos los esclarecidos pintores españoles de los siglos XVI y XVII que consagraron su pincel á representar en lienzos ó tablas asuntos místicos y religiosos, no se da más que á Murillo el envidiable dictado de *pintor del cielo.*

Ni Correa, ni Luís de Vargas, ni Vicente Macip, conocido generalmente con el nombre de *Juan de Juanes;* ni Morales, apellidado *el divino;* ni Zurbarán, ni Roelas, que con tantas y tan admirables obras enriquecieron en aquellos siglos, verdadero apogeo del arte español, los monasterios é iglesias de Castilla, Extremadura, Valencia y Andalucía, consiguieron que el común sentir de propios y extraños tuviese los frutos de su inspiración y de su pericia artística por reflejo vivo y directo de los esplendores celestiales. Timbre tan singular y tan alto se reservaba al gran Murillo. España, Europa, el mundo entero adoptó para él con gallarda espontaneidad el calificativo en cuestión, demostrando así de un modo implícito que á ningún otro artista podía aplicarse más justamente ni con más sólido fundamento.

La circunstancia de haber florecido Murillo en una época de relativa decadencia de la pintura, en la cual cobraba alientos el mal gusto engendrador de una *manera* tan extraña á la pura idealidad y correcta elegancia de Rafael como al sobrio y fecundo naturalismo de nuestro Velázquez, no debe pasar desatendida. Pero aún es más expresivo y elocuente, con relación al caso de que se trata, el hecho de aparecer ya por entonces muy entibiado el místico fervor de que artes y letras fueron devotas y tributarias antes del triunfo definitivo del renacimiento clásico. Esto último avalora extraordinariamente la importancia del calificativo á que me refiero.

La fecundidad de Murillo, tal vez superior á la de Tiziano y á la de Rubens, que respectivamente personifican el mayor auge y esplendor de las escuelas veneciana y flamenca, puede compararse á la prodigiosa del *fénix de los ingenios* en la poesía dramática. Mas para apreciar la exactitud con que le apellidan *pintor del cielo* no es necesario conocer todas sus obras (cosa punto menos que imposible), ni siquiera la mayor parte de las que ostentan nuestros palacios, catedrales y museos. Con fijar la consideración en algunas custodiadas en el del Prado de Madrid ó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y en las que ilustran el Museo de Sevilla ó adornan la grandiosa Catedral hispalense, basta para persuadirse de ello.

¿Quién que haya visto una sola vez el *San Antonio de Padua* (encanto y admiración de profanos é inteligentes) en el bautisterio de aquel templo metropolitano; quién que haya puesto sus ojos en cualquiera de los numerosos lienzos del gran artista que representan la *Inmaculada Concepción de Nuestra Señora* necesita más para convencerse de que hay en ellos algo de sobrenatural y divino? «Como Rafael (dice un ilustre conocedor de la historia y de la belleza artísticas, el señor don Pedro de Madrazo), tuvo Murillo un *ideal*, si bien ambos genios difirieron en el *medio* de que echaron mano para expresarlo. Rafael sirvió á la idea católica de su época sacrificando la naturalidad á la forma clásica; Murillo persuadió la idea católica de su siglo con las únicas formas que aquel siglo comprendía, esto es, con las de la vida real (y hasta cierto punto *vulgar*), y avivando en los corazones la devoción con el individualismo y naturalismo de que estaban impregnados el drama y la leyenda sagrada. Pero el estilo de Murillo en la época de su madurez es característico y le distingue de todos los otros pintores naturalistas. Encuéntranse en él la verdad de Velázquez, los vigorosos efectos de Ribera, la armoniosa trasparencia de Tiziano, el empaste de Van Dyck, la brillantez de Rubens, y los superó á todos en el arte con que supo ocultar el procedimiento técnico.» Todas estas condiciones, y muy especialmente la última, reunidas en el autor del cuadro de *Santa Isabel* (insuperable maravilla de la pintura) han sido parte á que la generalidad de las gentes le aplique el dictado de que se trata. A ellas se debe que un hombre tan poco dado al misticismo como el célebre repúblico y profundo escritor italiano César Balbo se muestre apasionado de él hasta el punto de haber sostenido en la patria de Leonardo Vinci, de Miguel Angel, de tantos insignes maestros, que ningun pintor del mundo, fuera del único *inarrivabile* Rafael, rivaliza con nuestro Murillo.

Tiene razón el señor Madrazo al asegurar que el imponderable artista interpretó la idea católica de su siglo con las únicas formas que aquel siglo comprendía. Este rasgo de previsión y de buen sentido sublima y acendra el mérito que distingue al sol de la escuela sevillana. Nadie logrará persuadir á los que procure interesar con el atractivo de una creación artística, sea de la clase que fuere, si no la pone en consonancia con la índole, con el sentimiento y el gusto de aquellos á quien se dirija; si no habla un lenguaje que puedan comprender desde luego sin dificultad. Murillo habló á sus contemporáneos ese lenguaje, en armonía con el dominante naturalismo cimentado en la realidad visible; pero supo darle al mismo tiempo tal y tan peregrina idealidad, ocultó de tal modo y con intuición tan poderosa el procedimiento técnico (segun observa oportunamente el señor Madrazo), que todos vieron desde un principio en la generalidad de las obras religiosas del gran pintor, más bien que el fruto del talento y de la habilidad de un hombre, la expresión de una belleza superior á la más preciada de este mundo, y que no pudieron descubrir ó no acertaron á representar con tanta riqueza de luz y armonía (patrimonio exclusivo de nuestro celebérrimo sevillano) otros pintores católicos de mérito sobresaliente.

El único tal vez que en diversas corrientes del gusto pudiera competir con él como intérprete de la idea cristiana, y cuya mística inspiración aspiró devotamente á reproducir con pura sencillez, nutrida en el santo fuego de una arraigada creencia, la inefable hermosura de la Virgen María, y á revelar bajo humanas formas la naturaleza sobrenatural de los espíritus celestes, fué el famoso Guido del Mugello (que trocó el nombre de Guido por el de Juan al vestir el hábito de la Orden de Predicadores en el convento de Fiésole), al cual, según dice el mejor enterado de sus biógrafos, el sabio dominico italiano Vicente Marchese, la veneración de los pueblos apellidó el *Beato Angélico:* glorioso distintivo con que se le conoce y admira cuatro siglos después de haber bajado á la tumba. Sin embargo, sus delicadas creaciones no hablan hoy al alma de la generalidad con tanta elocuencia como las de Murillo, no despiertan en los devotos del arte ni en la multitud capaz de sentirlo simpatía tan seductora, porque las aéreas formas de sus figuras y la tímida y reservada ejecución de sus composiciones, última flor de la escuela de Giotto, son sin duda de alto concepto; pero de índole menos natural y comprensible que las obras cuyo modo de representación estriba principalmente en interpretar con exactitud la realidad humana, aun tratándose de dar forma y apariencia visible por medio de esos elementos á los del mundo espiritual, ó la mística belleza y recóndita poesía del idealismo extático.

De este modo de representación aplicado á la pintura religiosa es Murillo el más genuino y elevado representante. En ningún otro pintor español ó extranjero de los muchos notables nacidos al calor de las escuelas naturalistas del siglo XVII se reunen y compenetran de un modo tan expresivo y tan intenso el sentimiento de lo real y el de lo ideal, esmaltados y enriquecidos con los esplendores de la Fe cristiana. La cual, á pesar de tener los ojos vendados, descubre y ve muy claramente, iluminada por el fervor de la creencia, cuanto en la esfera sobrenatural y en las regiones espirituales se halla fuera del alcance de nuestros sentidos.

Nacido Murillo cuando todavía resonaba el eco de las fiestas con que el público entusiasmo celebró en Sevilla el Breve de Paulo V en favor del misterio de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora (que había dado margen por largo tiempo á empeñadas controversias de sabios teólogos), participó desde muy niño de la ferviente devoción de sus paisanos á tan adorable misterio, y puso vivísimo afán en representarlo una vez y otra, iluminado por

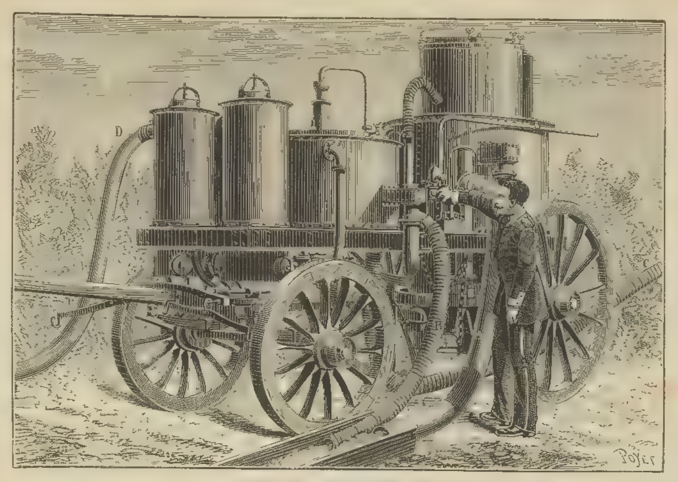


FIG. 1.—Aparato de gas hidrógeno puesto en un carrito, y destinado á henchir los globos cautivos del ejército ruso, construidos por Mr. Gabriel Yon

la Fe, tal y como lo soñaba su fantasía. Este cristiano empeño, por el cual le apellidaron muchos en vida *el pintor de las Concepciones*, ha sido, á no dudarlo, de los que han contribuido más eficazmente á que la posteridad le denomine *pintor del cielo*. Con forma menos severa, menos clásica, por no decir menos *gótica*, que la que viene á ser como prototipo de los mejores pintores cristianos que florecieron en los últimos siglos de la Edad media, desde Cimabue y Giotto hasta el Beato Angélico y el Perugino, y con un género de majestad diferente del que admiramos en las *Madonas* de la escuela rafaelesca, las *Concepciones* de Murillo infunden el mismo sentimiento de veneración y de amor que las más austeras, expresivas é ideales de aquellos ínclitos artistas. Lo que hoy les otorga superioridad sobre ellas consiste muy principalmente (prescindiendo de su sobrehumano encanto y del elocuente é indefinible atractivo de su arcana pureza) en que la intensidad de su mística expresión está más en armonía con la vida real, y por consiguiente más al alcance de la comprensión de todos.

Si á esto se añade que ningun otro pintor del mundo ha conseguido como Murillo dar idea de lo que será el mar inmenso de fulgores que circunda en el cielo empíreo á los bienaventurados (de lo cual son ejemplares insuperables, no igualados nunca, la *gloria* en que se aparece el niño Dios al *San Antonio* de la catedral de Sevilla, y la que rodea, con tan luminosos vapores y con tan prodigiosa variedad de accidentes poéticos, á cuantas *Concepciones* trazó su pincel), no habrá una sola persona de espíritu religioso, de sentimiento y de buen gusto que deje de llamar al gran artista sevillano *el pintor del cielo*.

MANUEL CAÑETE

LA NOVELA DE UN PERIODISTA

(Conclusion)

XI

La otra desgracia que coincidió con la horrible de mi desengaño, fué la de agotárseme todos los recursos. ¿Todos?... No; aún conservaba en el fondo del baul una joya para mí inestimable.

Mi buena madre, al arreglar llorando mi ropa para que me viniera á Madrid, me llamó y me dijo enseñándome un cubierto, un antiguo y pesado cubierto de plata, de esos que en nuestro país van heredándose de generacion en generacion:—Mira, aquí va *esto* por si algun dia te ves apurado.—Poco era para un apuro, pero era cuanto tenia.

Respeté el cubierto hasta el último instante... ¡pero este último instante llegó! y en un portalillo de la calle de Preciados, en cuyas vidrieras decia: «Se compra oro y plata,» cambié por cuatro napoleones aquel recuerdo querido de mi madre, que áun de léjos me protegia.

Las madres son las sibilas del hogar.

XII

Y ahora me preguntarás acaso: ¿Por qué no te volviste á tu casa, si tan mal te iba?

—¿Estás loco?... ¡Volverme!... ¡Confesar ante todo el pueblo mi insuficiencia! ¡Entrar en él, derrotado, yo, que habia salido de mi casa ciñéndome con anticipacion los laureles de la victoria!... ¡Imposible! Era necesario luchar hasta vencer... ó hasta morir! Todas las probabilidades estaban de parte de lo segundo.

Luché, pues, muchos dias, muchos meses, muchos años... porque diez años son muchos, cuando se cuentan por privaciones, por sufrimientos, por amarguras.

Durante este tiempo tuve que estudiar, y estudiar en la práctica, emborronando muchas cuartillas, gastando paciencia y dinero—que no ganaba—y vida.

—Pues si no ganabas, ¿de qué vivias? me preguntarás tambien.

—¡Y yo qué sé!... ¡De milagro!

Por fin llegué á ganar... casi tanto como un auxiliar quinto de cualquier ministerio.

Por fin principió á circular, aunque modestamente, mi nombre entre cuatro periódicos.

Por fin llegué á ser periodista *de veras*, haciendo de la pluma una profesion.

Pero ¿cuándo sucedió todo esto?... cuando aquellas pueriles vanidades, cuando aquella fe ciega, cuando aquellas locas esperanzas que señalaron los albores de mi carrera literaria, habian muerto en mí sin dejar más rastro de su existencia que la triste sonrisa que su recuerdo me inspiraba. Cuando decididamente habia *renunciado* á comprar y alhajar con todo lujo una magnífica casa en la Puerta del Sol, y á emprender un viaje por el extranjero, con el producto de mis poesías ó de mi drama.

Cuando aquel fuego de la primera juventud, que entre los ripios de unos versos muy malos se agitaba pugnando por mostrarse, habíase convertido en cenizas, y estas cenizas las arrebataba el viento.

Y por último, amigo mio, llegué á ser llamado *escritor* por algun amigo muy benévolo, cuando la oscuridad, la apacible existencia, el dulce bienestar del tendero de ultramarinos, pesaban para mí mucho más en la balanza de la vida que todas las máquinas de doble traccion, imprimiendo mi nombre y multiplicándole de periódico en periódico, de pueblo en pueblo. Aunque desde el punto de vista moral, prescindiendo de vanidades y conveniencias, no hay para mí nada más grande ni más noble que la ruda tarea de ese pobre *obrero de la pluma*, que animoso, incansable, heróico, sacrifica poco á poco su vida en aras del progreso universal.

XIII

Todo lo que te acabo de contar, es griego, puro griego completamente incomprensible para muchos que no tienen ni la más remota idea de ciertos martirios, ni sospechan pueda haber en el mundo más soldados que los que gastan uniforme y van á la guerra contra los rusos ó contra los moros.

En cambio, la mayor parte de las firmas que tú leas en las portadas de los libros ó en las columnas de los periódicos, pertenecen á individuos que con el mismo derecho que yo, pueden ser protagonistas de esta historia.

Si mi carta se publicase, muchos periodistas, multitud de escritores, dirian al leerla, como el capitan de *El Valle de Andorra*:—«¡Ese soy yo!... ¡ese soy yo!...»

Voy á terminar; pero ántes, he de dirigirte un ruego. Si algun señorito de esa localidad, desvanecido, ó más gráficamente, *cazado* con la lectura de *El Frac Azul*, pretende venirse á Madrid, á *sentar plaza* de literato, léele esta carta, querido Leon.....

¡Haces una obra de caridad!...

Y tú, amigo mio, goza en paz, saborea con el deleite que se merece esa *descansada vida* que la suerte te ha deparado; deposita en el surco el grano de trigo, que luégo, multiplicado, ha de pagar tus afanes con abundante cosecha; en tanto que yo, eterno Sísifo de esta roca que se llama *el nombre*, siembro sobre el papel la pobre idea que más tarde me ha de proporcionar enemistades, disgustos, odios, ó lo que es peor, algun tremendo *chirlo*, producto de la irascibilidad de cualquier prójimo, matachin y quisquilloso.

Adios; recibe un abrazo de tu amigo, JUAN.

Por la copia:

A. SANCHEZ RAMON

GLOBOS CAUTIVOS TRASPORTABLES

PARA EL SERVICIO DE LOS EJÉRCITOS.—SISTEMA GABRIEL YON

En un artículo que consagramos recientemente á los globos cautivos del ejército francés hicimos ver que todos nuestros cuerpos de aquel estaban provistos de un material aerostático completo para efectuar ascensiones cautivas ó libres. En nuestra época, apénas es posible que el progreso realizado en un país no se aplique inmediatamente en las demás naciones interesadas; y debe notarse que todos los ejércitos y las escuadras disponen hoy dia poco más ó ménos de los mismos aparatos, cañones de mucho alcance, torpedos portátiles ó automáticos; los torpedos Witehead, particularmente, se construyen de igual manera para todas las marinas del mundo, que hacen los pedidos al mismo constructor.

Las naciones militares de Europa han querido tener su material aeronáutico, y despues de ensayos más ó ménos felices, algunas de ellas han debido dirigirse á Francia, verdadera patria de los globos, para la construccion de sus aparatos. Uno de nuestros más hábiles ingenieros aeronautas, Mr. Gabriel Yon, antiguo compañero de Enrique Giffard en su experimento con el globo de vapor en 1855, constructor del globo de hélice de Dupuy de Lôme, y de muchos globos correos durante el sitio de París, ha estudiado y establecido un sistema de globos cautivos trasportables, tan útil y ventajoso, que se le han hecho importantes pedidos por los gobiernos italiano y ruso. El primero de estos fué el que tuvo la prioridad. Mr. Gabriel Yon y los oficiales del ejército italiano hicieron su primera prueba en Roma con un globo cautivo, provisto de un aparato de gas hidrógeno y el mecanismo para las ascensiones y el descenso. El ministro de la Guerra de Italia asistió á los ensayos, efectuados en julio último con el mejor éxito; y en vista de los resultados obtenidos, el gobierno ruso envió á pedir á Mr. Gabriel Yon dos parques aeronáuticos. Uno de estos se probó hace pocos dias en la antigua fábrica Flaud (Sociedad lionesa de construccion mecánica y alumbrado eléctrico), en la inmediacion del Campo de Marte; hemos presenciado los ensayos, y vamos á describir estos nuevos é interesantes aparatos aerostáticos, estudiando sucesivamente los tres órganos distintos é independientes que los componen: 1.° el globo; 2.° el aparato de gas para llenarle; 3.° el ascensor mecánico para la maniobra del cable de ascension.

El globo es de seda de la China, de 550 metros de capacidad; la red que le rodea está confeccionada con cáñamo de Nápoles; y el tejido del globo se hace impermeable por medio del barniz aerostático ordinario, de base de aceite de linaza cocido; la red y las cuerdas de suspension se someten á una preparacion de base de cautchuc que las preserva de la accion de la humedad. Las válvulas superiores é inferiores son de madera y metal apareados, formándose la union bajo traccion de recorte, por la presion de un cuchillo metálico sobre una faja de cautchuc elástico. Acompañamos la figura de la válvula superior vista por abajo (fig. 3), en la que se reconocen claramente los cuatro resortes de traccion.

La suspension de la barquilla del globo se efectúa de una manera muy acertada; su union con la red verifícase por un punto central llamado *á la Cardan*, que permite al globo tomar todas las inclinaciones posibles sin que la barquilla deje de conservar la posicion vertical; esta condicion es indispensable para el buen éxito de las operaciones. La barquilla, como lo indica uno de nuestros grabados (fig. 2), se balancea libremente entre un doble trapecio de suspension, muy bien combinado; un dinamómetro que enlaza el cable de ascension con el conjunto del sistema, permite medir exactamente la fuerza ascensional en el momento de la partida, y conocer á cada instante de la ascension la traccion que produce el globo en el cable.

Este último mide 500 metros de longitud; en sus espirales arróllase un alambre de cobre aislado, hilo conductor que permite á los oficiales que están en tierra la comunicacion telegráfica permanente con los observadores de la barquilla.

Los aparatos para la detencion, como el áncora y la cuerda freno, que deben emplearse para las ascensiones libres, se han construido en las mejores condiciones de solidez y de eficacia.

El globo cautivo que acabamos de describir se hinche por medio de un generador de gas hidrógeno puro, de accion contínua. El aparato en que se utiliza la descomposicion del agua por el hierro y el ácido sulfúrico está colocado en un carrito de cuatro ruedas, del que dos caballos pueden tirar fácilmente (fig. 1); se compone de una caldera de palastro guarnecida de plomo para resistir el ácido.

El agua y el ácido necesarios para la reaccion se distribuyen automáticamente en las debidas proporciones por cuerpos de bomba que funcionan por medio de un pequeño motor de vapor especial. El vapor de agua pasa por un grueso tubo de cautchuc que se une con la caldera de la máquina motora, de que hablaremos despues.

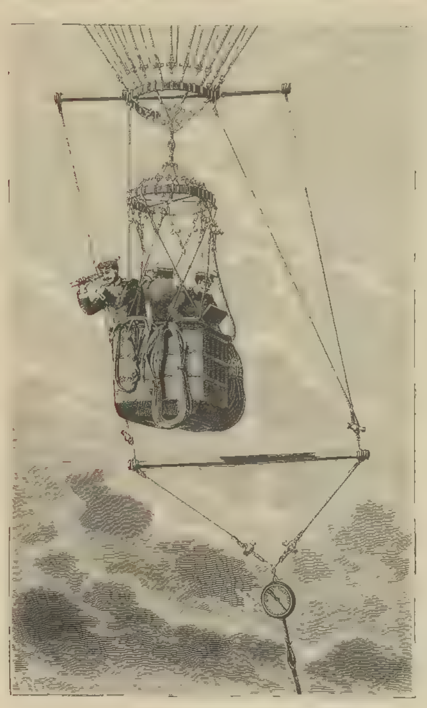


FIG. 2. -Barquilla del globo cautivo construido para el ejército ruso por Mr. Gabriel Yon

Al salir del generador, el gas pasa al lavador, donde barbotea en un agua renovada sin cesar por una bomba especial montada en la biela del motor; y desde aquí atraviesa los dos depuradores que contienen sosa caústica ó cloruro de calcio, cuyo uso hemos recomendado despues de practicarse los experimentos de 1883 y 1884. Los dos depuradores se representan á la izquierda de nuestro grabado (fig. 1), viéndose adaptado á uno de ellos el tubo movible de tejido barnizado D, que conduce al tubo receptor.

El resíduo de la reaccion, compuesto de una disolucion de sulfato de hierro, corre constantemente fuera del generador por un tubo A, adaptado á un sifon de desagüe. El tubo B permite al agua del lavador salir del mismo; el tubo C que se ve debajo del vehículo prolóngase hasta un depósito de agua exterior: en campaña, es una fuente, un estanque ó un rio, etc., del que recoge el agua la bomba de alimentacion.

El peso del aparato de gas, montado en su carrito, es de 2,800 kilógramos; la produccion del gas hidrógeno varía de 250 á 300 metros cúbicos por hora de marcha efectiva.

El ascensor de vapor para la maniobra de las ascensiones está montado tambien en un carrito de cuatro ruedas (fig. 4): comprende una caldera vertical, que se ve á la derecha de la figura; esta caldera, con tubo del sistema Field, suministra el vapor á una máquina motora de dos cilindros que hace funcionar un árbol, cuyas manivelas se unen en ángulo recto. Sobre este árbol está el sistema de engranaje que pone en movimiento las poleas de traccion; el cable, desarrollándose del carrete colocado debajo del pescante del conductor del carro, circula en este mecanismo y se enlaza al fin con el globo por medio de una polea de movimiento universal, representada en la parte superior del carro. Esta polea obedece á todas las inclinaciones del cable, como se observaba en el sistema de globos cautivos de Enrique Giffard. La parte mecánica se completa con un freno de aire, moderador de la celeridad de ascension del globo, y por otro de seguridad para la parada.

El conjunto del material mecánico completo pesa 2500 kilógramos, y la fuerza efectiva que se puede desarrollar por la máquina motora es de cinco caballos en el indicador de los pistones.

La construccion mecánica que acabamos de describir se estudió cuidadosamente por M. Carot, ingeniero, quien vigiló de cerca la ejecucion en los talleres de la *Sociedad Lionesa*.

Además de los dos carritos que forman el generador de hidrógeno y el ascensor mecánico, el parque aeronáutico comprende un tercer carrito portátil, en el cual se coloca el globo doblado con su barquilla y sus accesorios, y que pesa, con el material contenido, 2200 kilógramos; de modo que un parque aeronáutico completo, viene á tener, por lo tanto, un peso total de 7500, que se ha de trasportar en tres carritos especiales. Los objetos necesarios para henchir el globo y hacer funcionar la máquina, es decir, el hierro, el ácido sulfúrico y el carbon, se pueden cargar en los furgones ordinarios de un ejército en campaña.

Los experimentos efectuados con el material ruso en setiembre último, tuvieron el mejor éxito, terminando por una ascension libre verificada por Mr. Gabriel Yon y su discípulo Luis Godard, hijo, acompañados del general Boreskoff, del cuerpo de ingenieros ruso. El gran duque Uladimiro, que tuvo conocimiento de estas pruebas, se interesó mucho en cuanto se relacionaba con la aeronáutica, y se nos ha dicho que gracias á su recomendacion, el gobierno del Czar está en vísperas de encargar á Mr. Gabriel Yon la construccion de un globo que pueda dirigirse por medio del vapor, y que se destinará al estudio de los torpederos aéreos.

En todas partes se comprende hoy la importancia de los globos tanto tiempo abandonados; su utilidad bajo el punto de vista militar se ha demostrado tan bien por el servicio de correos aéreo durante el sitio de París, que todas las naciones quieren tener su equipo aerostático. El ministerio de la Guerra de Inglaterra resolvió, hace algunos años, reconocer el sistema de globos aerostáticos como uno de los ramos del arte militar; y el ministro de la Guerra inglés creó en Woolwich un taller aeronáutico análogo al que funciona en Chalais Meudon bajo la direccion del capitan Renard, cuyo establecimiento está dirigido por el coronel de ingenieros Noble. En el Afghanistan y en el Zululand han funcionado varios globos cautivos. Alemania ha organizado, despues de Francia, servicios de globos cautivos militares; pues aunque esta nacion ha tenido siempre poca aptitud para la aeronáutica, despues de la campaña de Francia, el Estado Mayor aleman se decidió á tener una escuela de aeronáutica militar. En Alemania se emplean globos cautivos para los reconocimientos militares; se estudian los globos torpedos y los globos con direccion; y como tenemos datos completos, que ya daremos á conocer, podemos asegurar que actualmente hay mucha actividad aeronáutica al otro lado del Rhin. Italia y Rusia imitan el ejemplo; y los demás países no tardarán en seguir la misma vía. Los globos cautivos de observacion pueden asegurar la victoria en ciertos

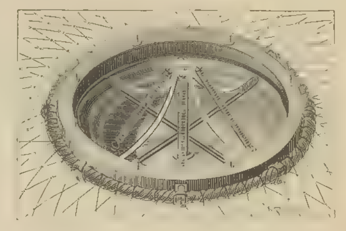


FIG. 3.—Válvula superior del globo cautivo

casos, dando á conocer al general en jefe la importancia de los cuerpos de ataque y las maniobras que ejecutan. Esta era la opinion del general Chancy, de la que hoy participan la mayor parte de los oficiales superiores.

¡Cuántos servicios hubieran podido prestar á Francia semejantes globos durante la guerra de 1870, cuando el enemigo disimulaba tan hábilmente sus movimientos! A pocos centenares de metros de altura, cuando la atmósfera está clara y serena, el observador aéreo puede además contemplar un inmenso panorama, y verlo todo más allá de las colinas, de las selvas y de los bosques.

Hemos tenido el consuelo de hacer todo lo que de nosotros dependia para llamar la atencion sobre los globos: hé aquí, particularmente, lo que escribíamos á fines de 1869 en un libro publicado aquel año:

«¿No se deberia reconstituir la antigua escuela aerostática de Meudon, suprimida en un momento de mal humor? ¿Se esperará á que estalle una guerra para formar aeronautas é improvisar globos? Esto seria una imprudencia de las más grandes, pues en nuestro siglo las guerras se hacen pronto, y la suerte de un imperio se podria muy bien decidir miéntras que se estuviese preparando un globo.»

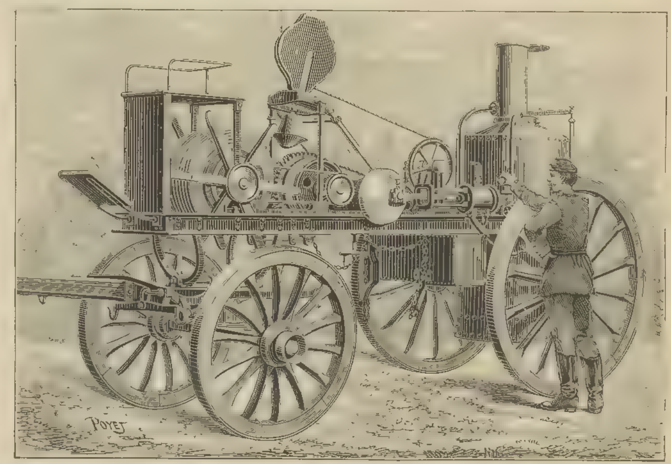


FIG. 4.—Ascensor mecánico de vapor para la maniobra del cable de los globos cautivos

Pero, ¿qué es una voz aislada en medio de la multitud? No pensábamos, sin embargo, decir tanta verdad, pues un año despues de haberse escrito esas líneas, el Imperio caía en Sedan, ántes de haberse podido creer que iba á ser necesario preparar los primeros globos del sitio de Paris.—G. T.

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON

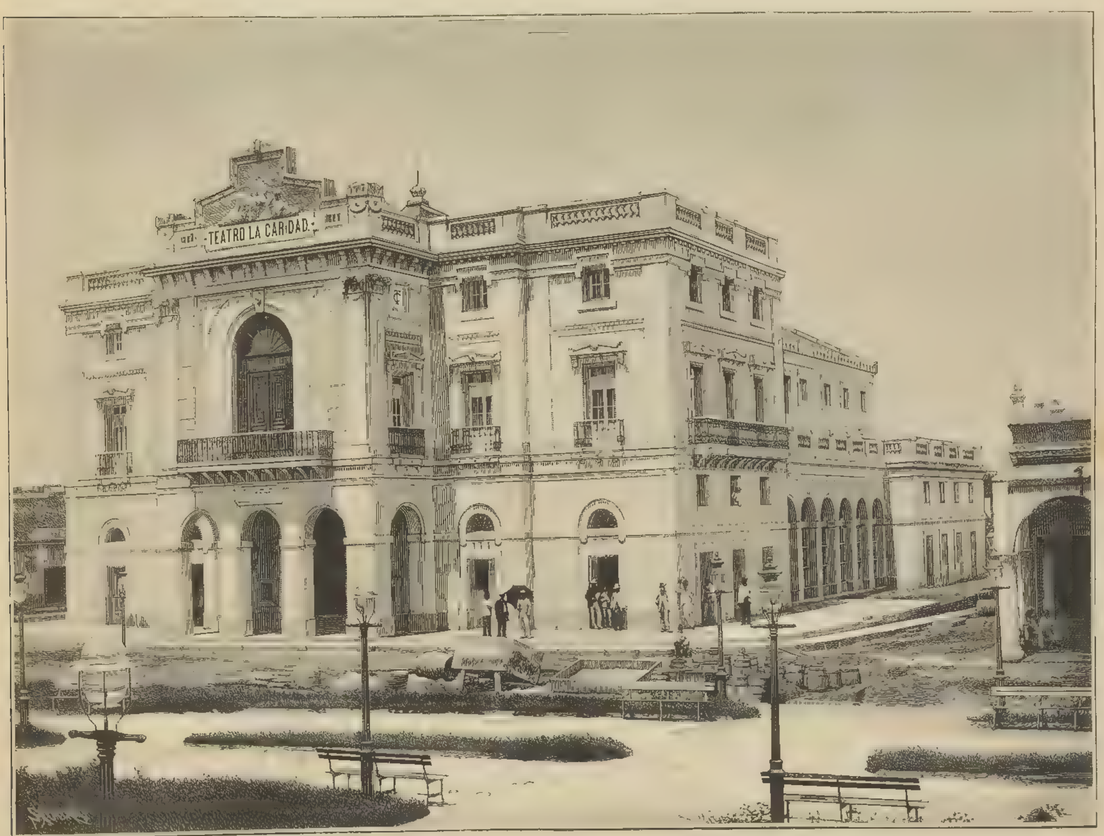
ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO IV BARCELONA 23 NOVIEMBRE DE 1885 N.' 204

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

ANTILLAS ESPAÑOLAS



SANTA CLARA (Isla de Cuba). Exterior del teatro «LA CARIDAD» inaugurado el 8 de setiembre último,
proyectado y dirigido por el ingeniero D. Herminio C. Leyva.

NUESTROS GRABADOS

EL TEATRO «LA CARIDAD» DE SANTA CLARA

Es Santa Clara un pequeño paraíso de la isla cubana y, como ocurre en todo paraíso, tiene, que sepamos, un ángel que lo habita. Este ángel es doña Marta Abreu de Estévez. Dios ha sido asaz generoso con ella: la ha dotado de una gran fortuna, que es mucho, y de un gran corazon, que es mucho más.

Marta Abreu, con exquisita delicadeza de sentimiento, ha comprendido que la más cumplida satisfaccion del rico es hacerse digno de las bendiciones del pobre, y que quien siembra elementos de progreso y de bienestar general en la tierra, cosecha amor de Dios en la gloria. Y así, Santa Clara, su pueblo natal y morada, la debe, entre otras muchas cosas buenas, el asilo de beneficencia, la escuela, y últimamente el teatro. ¡Qué mucho que sus conciudadanos acuñen medallas en su obsequio y que todas las miradas hayan convergido hácia ella en un momento dado, como convergerian á la diosa de la Caridad, si la Caridad bajara á este mundo!...

El teatro de Santa Clara, cuya fachada reproducimos en el presente número, ha sido proyectado, dirigido y ejecutado por el distinguido ingeniero don Herminio C. Leyva, quien, sin concretarse á órden alguno arquitectónico, ha conciliado la severidad con la elegancia, presentando un conjunto sumamente agradable.

El dia de la inauguracion del nuevo teatro hubo en la poblacion verdadera fiesta general, un triunfo para los artistas que colaboraron en aquella y una merecida apoteósis para su generosa donadora. Y en verdad se concibe que un pueblo ilustrado celebrase dignamente el estreno de una obra que es, á un tiempo mismo, monumento del arte y templo de la Caridad.

HORAS PLÁCIDAS DE LA MAÑANA, cuadro por Canuto Etwall

No es solamente Wagner quien compone trilogías: el autor del cuadro que reproducimos ha hecho sobre la tela lo que el célebre compositor sobre el pentágrama.

Para comprender la intencion del artista en esta obra, es preciso saber que su autor es la antítesis de esos desgraciados genios que emplean sus facultades literarias ó artísticas en desacreditar ó poner en ridículo el matrimonio.

Etwall empieza por ser un modelo de casados: su hogar, su taller mismo, es un santuario dedicado á la familia. Padre de numerosa prole, goza entre sus hijos de las más puras delicias: no es de extrañar, por lo tanto, que su pincel se dedique á reproducir esa felicidad, para estímulo de refractarios y correccion de incrédulos. Etwall es un moralista en toda la extension de la palabra.

Empeñado en hacer propaganda matrimonial, ha pintado lo que él llama tambien su trilogía, es decir, tres cuadros que constituyen el poema de la felicidad íntima y honesta. El primero de esos cuadros es la apoteósis de la *prometida;* el segundo lo es de la *desposada;* el tercero (el cuadro que reproducimos) lo es de la jóven madre. Y en verdad que, á la vista de esa escena tan sencilla, tan simpática, tan expresiva, el más recalcitrante flaquea y se siente inclinado á crear un nido por el estilo; que podrá no ser tan suntuoso, no tan elegante, no tan artístico; pero que será igualmente bello, siempre que en él se respire ambiente de felicidad conyugal y de amor de madre.

¡Bien por Etwall!... Es campeon esforzado de una noble causa... ¡Un aplauso al artista!... ¡Un doble aplauso al filósofo!...

LOS RIVALES, dibujo por Percy Tarrant

No se necesita ser muy práctico en bellas artes para conocer que ese dibujo es de procedencia inglesa. Los hijos de la Gran Bretaña tienen un criterio igual para todas sus producciones; ejecutar matemáticamente. Así resulta que son irreprochables dibujantes, que sus composiciones no carecen á veces de ingenio y áun de poesía; pero que generalmente adolecen de cierta frialdad que desencanta, de cierta falta de vigor que neutraliza el efecto de las líneas mejor combinadas.

En el grabado que publicamos no puede negarse que domina una idea ingeniosa: dos galanes, que aspiran á una misma damisela, se encuentran á solas con esta en una gira: la debatida jóven se sale del paso haciendo que las seis manos de los circunstantes empuñen un baston ferrado de viaje. Con lo cual el nivel de su confianza es comun para todos; y áun cuando los pretendientes parecen medir por milímetros la distancia que separa su mano de la mano de la jóven, ésta, por más que aparente estar distraida, guarda una neutralidad verdaderamente diplomática.

El grupo no está mal combinado; la expresion de los personajes es recomendable, sobre todo en lo que toca á la mirada de cada uno, que revela perfectamente la intencion de todos. A pesar de lo cual...

A pesar de lo cual...¿qué sé yo?...¡Es un grupo muy inglés!...

APUNTES, BOCETOS Y ESTUDIOS

Los amantes del arte dan grande importancia á esta clase de trabajos, en los cuales se revela, bien la facilidad, bien el certero golpe de vista, bien la profundidad de un autor. El apunte es una simple memoria; generalmente no pasa de material acopiado para utilizarlo en su dia; el boceto no es el cuadro, pero algunas veces tiene condiciones de espontaneidad y de vigor superiores á las del cuadro mismo que de él resulta; el estudio es una especie de ejercicio prévio en que el pintor mide sus fuerzas, bien así como, en víspera de un duelo, los campeones prueban su destreza en las armas y se aseguran de sus recursos propios.

Los cuatro dibujos que reproducimos explican nuestra manera de considerar esas diversas facturas del arte; por ejemplo, no puede confundirse el apunte del gitano con la cabeza de estudio del religioso; por más que una y otra manifestacion revelen el mérito de sus autores.

..... Y NACIÓ LOPE DE VEGA

CUENTO HISTÓRICO

I

Hay en España, aunque les parezca mentira á los desgraciados que pasan su vida entre los rigores de un clima eternamente desapacible, comarcas encantadoras arrulladas por la brisa perfumada de una continua primavera. No es esto decir que no se sufran en ellas alguna que otra vez, pero siempre de tarde en tarde, los vientos del otoño ó las escarchas del invierno; pero esos cambios bruscos de temperatura que elevan ó descienden la columna barométrica en diez ó doce grados en un mismo dia, son completamente desconocidos. Tanto peor para médicos y enterradores que tanto prosperan en tierras de Castilla.

Una de las comarcas, pues, más favorecidas del cielo en nuestra Península, es, sin discusion, el bello país de Asturias. En su vertiente septentrional existe el valle de Carriedo, donde parece que se han reunido á porfía todas las maravillas de la naturaleza. Aromática y exuberante vegetacion: rocas que pintan sus elevadas crestas con todos los colores del prisma en las horas crepusculares: selvas vírgenes: «torrentes espumosos que se precipitan desde las cimas de las montañas como cascadas artificiales: jardines sin cultivo suspendidos para el placer de la vista fuera del alcance de las manos: caminos fantásticos que parecen escalas dirigidas hácia las nubes, frecuentados únicamente por la cierva de los montes, ó los osos de sus cavernas: nada falta á aquel paisaje verdaderamente maravilloso para formar uno de los cuadros más encantadores que puedan idearse.»

Así lo describe un entusiasta, y así adoptamos como nuestra la descripcion, despues de haber visitado no hace muchos años aquel paraíso indescriptible.

La villa de *la Vega* colocada en el centro de aquel admirable anfiteatro, poseia en el siglo XVI un antiguo castillo, cuyas almenas, restos indudables de la reconquista, servian de azotea para gozar de aquel delicioso panorama.

Un autor desconocido, cronista ignorado de esta verídica historia, y al cual dejamos la responsabilidad del cuento, lo comienza del modo siguiente:

En una templada tarde del mes de febrero de 1562 se veia á alguna distancia del castillo un caballero que á paso corto subia una cuesta escarpada que terminaba en un verdadero terraplen dominado por el campanario de una ermita. Esta ermita era la de Nuestra Señora de la Vega, patrona venerada, cuya festividad acababa de celebrarse. Las campanas anunciaban la conclusion del último oficio del dia, y los piadosos montañeses regresaban á sus casas haciendo resonar sus cánticos. El caballero era don Félix de ***, dueño y señor del solar y de los cortijos que formaban la mayor parte de la villa que se honraba con su nombre. Habitante de aquel país desde su nacimiento, habia crecido, prosperado y vivido sin conocer un solo momento de desgracia ó de melancolía; y la jóven asturiana que completaba su felicidad, acaso no tuviera en toda España quien la igualase en belleza, en gracia ni en ternura. Pero hacia quince dias que por la primera vez, despues de cinco años de matrimonio, la hermosa doña Francisca Fernandez del Carpio se hallaba ausente de su noble esposo, y hé ahí por qué don Félix de la Vega, como digno y buen marido español, vivia fastidiado en medio de todas sus prosperidades. Es cierto que, á excepcion de las bellezas naturales, el título de señor asturiano ofrecia á su viudez muy pocas distracciones. En busca de estas, y como maquinalmente, paseaba en la campiña á aquellas horas, y la oracion que con tal motivo dirigió al Angel de su guarda, no fué escuchada sino por el genio del mal.

Es, pues, el caso, que entre una turba de aldeanos encolerizados y dando alaridos espantosos, vió nuestro don Félix á una pobre jóven con un niño bellísimo en los brazos, que intentaba penetrar en la ermita. Oponíanse á ello hombres y mujeres del pueblo, llenando de improperios y denuestos á la jóven, y tal vez las cosas hubieran llegado á mayores si no se hubiera acercado al grupo tumultuoso nuestro don Félix, y si no hubiese aparecido al mismo tiempo en los umbrales de la ermita un sacerdote de cabellos blancos y aspecto venerable.

—¿Qué os ocurre?—preguntó el caballero.—¿Por qué insultais, amenazadores, á esa pobre mujer? ¿Qué delito ha cometido ó de qué crímen la acusais, sin respetar al niño que lleva en sus brazos?

—Es una perra gitana, una judía,—clamó la multitud con roncas voces;—y el santuario no está abierto para que penetren en él condenados! ¡Afuera la bruja! ¡Váyase léjos del pueblo la excomulgada!

—No soy lo uno ni lo otro,—contestó la pobre mujer vertiendo un mar de lágrimas.—Si mi marido es gitano, de lo cual no tengo yo culpa alguna, yo soy española católica como vosotros, y no hay ley ni razon que me impida entrar en vuestra iglesia, que es tambien mia, para suplicar al señor cura dé el agua del bautismo á este pobre hijo mio que llevo en mis brazos.

—¡Afuera! ¡afuera!—gritaron los aldeanos con más furia, cuando oyeron las palabras de la pobre mujer.—¡Vuélvete á tu cueva y haz bendecir á tu hijo por Satanás, pícara bruja!

Retrocedió espantada la mujer; apartó con su mano el caballero á los que se acercaron á ella para arrojarla de allí, y avanzó algunos pasos el sacerdote, colocándose entre los amotinados y su víctima.

—¿Quién sois? ¿de dónde venis, hija mia?—la preguntó con dulzura.

—Soy Juana Valdés, mujer de un gitano errante en este país. Mi marido no es cristiano: pero yo no he dejado de serlo un solo momento, y vengo á ofrecer á Dios este hijo que he dado á luz hace veinte dias.

—Aun cuando no fuerais cristiana,—contestó el sacerdote,—vuestro hijo tendria derecho á serlo, pues así lo deseais, porque las puertas del bautismo están abiertas para todas las criaturas de Dios.

Acto continuo y despues de reconvenir severamente á los montañeses por su exagerado celo católico con ribetes de falta de caridad, les declaró que el único medio de agradar á Dios era bendecir ellos mismos al niño á quien acababan de maldecir.

—Escoged entre vosotros,—continuó,—un padrino y una madrina...

No bien acababa el anciano de pronunciar estas palabras, cuando los aldeanos, no muy contentos con la reprimenda, y no muy inteligentes en materias ortodoxas, le volvieron la espalda refunfuñando y se alejaron de allí con no muy pacíficas intenciones.

—¿Qué es esto? —les dijo el cura,—¿os vais todos? ¿No quedará uno solo para avergonzar á los demás? ¿No hay una mujer, una madre que se apiade de su hermana en Jesucristo?...

Dice mi cronista, que en el momento en que acababa de pronunciarse este caritativo llamamiento sin hacer volver una sola cabeza, una señora que llegaba á caballo por el lado opuesto al en que se hallaba don Félix, echó prontamente pié á tierra ante el sacerdote diciendo: «Yo seré la madrina de ese niño.»

—Y yo el padrino,—añadió don Félix imitando á su desconocida.

Entraron inmediatamente en la ermita: el cura hizo tocar á vuelo las campanas y el niño *Félix Pablo* Valdés fué debida y solemnemente bautizado, é inscrito su nombre en el registro parroquial de Nuestra Señora de la Vega á par del del noble hidalgo don Félix y del de doña Paula de Montes. La bellísima *comadre* aceptó un banquete ofrecido por don Félix en su obsequio, que se celebró al dia siguiente con una suntuosidad inusitada y durante el cual pudieron observar los hidalgos de la comarca, el señor cura y todos los asistentes, la obsequiosa galantería del ilustre caballero para con la dama de los ojos negros y las manos de marfil. Cuando llegó la noche, quedó solo en el castillo nuestro buen don Félix, y hay quien asegura que abrazó á sus tres hijos con una distraccion inusitada y se retiró á su alcoba pensativo, olvidándose de contestar á la última carta de su esposa.

II

Era la marquesa de la Puebla de los Montes una gran señora de Madrid, viuda y libre hacia algunos meses, que llegaba á aquel rincon de Asturias para recoger en Oviedo unos papeles concernientes á la herencia de su esposo. Acompañóla don Félix galantemente hasta la triste capital de Asturias, y siguióla despues hasta la corte segun dicen malas lenguas, perdidamente enamorado.

Y es de advertir que la hermosa Francisca Fernandez del Carpio era extremadamente celosa. Separóse de su esposo haciendo un viaje indispensable para asuntos de familia, no sin temer alguna ligerilla inconstancia, pero ¡cuál seria su sorpresa y su terror, cuando, al pisar su castillo, se encontró sin el dueño de su corazon y de su mano! Don Félix se habia ausentado el dia ántes sin decir dónde iba ni cuándo volveria. Doña Francisca, preguntando á todo el que encontraba, con aquella sagacidad propia de los celos, no tardó en saber la aventura de la ermita y este hilo le condujo hasta saberlo todo. Inmediatamente dió órden á sus criados para ensillar dos caballos y cuentan que al montar en uno de ellos exclamó saliendo del Valle de Carriedo:

—¡Si un padre en un acceso de pasion puede olvidar á sus hijos, tambien una madre puede olvidarse de ellos en el furor de sus celos!

III

Y aquí es donde mi cronista desconocido, á quien nunca agradeceré bastante su bien narrada crónica, detalla con minuciosa exactitud y del modo siguiente el fin de la historia:

A la entrada de una calle estrecha de Madrid, contigua á la puerta de Guadalajara, paseábase de noche un caballero de corta talla, espada al cinto, capa larga y el sombrero hasta las cejas. Empezaba á inquietarse de no ver más que las tinieblas ni oir más que el silencio, cuando otro caballero, tambien enmascarado, de talla y aspecto semejantes, se acercó con aire decidido y echando mano á la guarnicion de su espada,

—¿Qué haceis ahí, caballero?—le dijo.

—Hago lo que no tengo intencion de decir,—contestó el paseante con más orgullo que firmeza.

—Si no teneis intencion de decirlo, yo necesito saberlo,—replicó el otro con tono amenazador.

—Idos enhoramala, y dejadme solo,—fué la respuesta del primero.

—El que ha de irse de aquí, sois vos,—replicó el segundo,—y si no os vais de buen grado, yo sabré arrojaros por fuerza.

Esta amenaza pronunciada con un tono insultante hizo sin duda subir al rostro del paseante todo el fuego de la sangre española que corria por sus venas, porque sin asegurarse de si sus fuerzas le permitirian batirse con el provocador, sacó temblando su espada de la vaina. El otro le imitó inmediatamente, como hombre deseoso de llevar las cosas al peor extremo, y ambos caballeros se hallaron en guardia enfrente uno de otro.

Un solo minuto duró el combate. Al cabo de él, el primer caballero midió la tierra dando un grito que hizo estremecer al otro. El vencedor se aseguró de que su adversario sólo habia sido herido en una mano, é inclinándose á su oido, le dijo con voz vacilante:

—Marquesa de la Puebla de los Montes: hemos desempeñado nuestro papel como hombres verdaderos. Acordaos de que os ha herido en la mano la mujer á quien habeis herido en el corazon.

Un instante despues apareció un nuevo personaje por la puerta de Guadalajara: Francisca, que reconoció á don Félix, corrió á él, le tomó una mano, y le mostró á la Marquesa desmayada á quien dos criados retiraban de su órden.

—Si llego á sorprenderla con vos una hora despues, la hubiera muerto,—dijo la celosa española:—pero vos, señor, aún podeis ser digno de mí: venid á pedirme perdon; pasemos la noche en una posada y mañana al ser de dia volvamos á Carriedo á ver á nuestros hijos.

Abatido por la sorpresa y confundido por su culpa, don Félix se dejó conducir por su consorte á una posada. Ménos culpable que digno, mereció aquella misma noche el perdon de su esposa y... nueve meses despues de esta reconciliacion enteramente española..... nació Lope de Vega, el primer poeta dramático del mundo.

LUIS MARIANO DE LARRA

EL TORRENTE DEL DIABLO

(*Leyenda provenzal*)

POR DOÑA JOSEFA PUJOL DE COLLADO

I

ARMONÍAS DE DOS CORAZONES

Nuestra accion se desarrolla en la pintoresca y dulce Provenza, la hermosa cuna de la gaya ciencia, el país clásico de los trovadores y de las cortes de amor, uno de los rincones de la tierra más favorecidos por la pródiga y amante naturaleza. La region provenzal es fecunda en tradiciones y leyendas, ya sombrías y terribles, como una novela de Edgardo Poe, ya dulces y conmovedoras, como una narracion de Virgilio, y la tenebrosa leyenda que nos disponemos á narrar á nuestros lectores se remonta á fines del siglo XIV, perdiéndose casi, entre las densas nubes que rodean los calamitosos tiempos del feudalismo.

En uno de los más apartados valles provenzales, á la hora misteriosa del dia en que el sol, como un globo de fuego, se eleva en el firmamento, y los alados cantores de las selvas entonan su matutino canto, á manera de plegaria, dos jóvenes, sentados sobre un ribazo, contemplan pensativos el dulce despertar de la madre naturaleza. Ella, que podia tener á lo sumo diez y ocho años, ostenta la poderosa hermosura de una garrida hija de las montañas, él, toda la fuerza y vigor del que está acostumbrado á resistir y vencer los rigores de las estaciones. Ambos son bellos sin afeminacion; la jóven, con su hermoso cabello castaño ondulado, ojos garzos y rasgados, piel ligeramente morena y formas estatuarias, acusa, desde luégo, la pureza de costumbres y de vida, peculiar á los pueblos y desconocida casi en las grandes ciudades; él, alto, gallardo, de bronceada tez y apuesto ademan, deja adivinar en el fulgor de sus negros ojos, un alma animosa y fuerte, difícil de doblegar á los rudos golpes del infortunio.

Ambos permanecen callados, y sólo á intervalos turba el plácido silencio que les rodea, la campana del vecino pueblo, que entre los revueltos giros del inconstante viento lleva á sus oidos el melancólico toque matinal, y los murmullos de la brisa, que hacen prorumpir á hojas y flores en interminable y misteriosa conversacion.

En vano el jóven dirige inquietas miradas á su compañera, tratando de vencer la tenaz preocupacion á que se halla entregada, sus esfuerzos durante algunos minutos resultan ineficaces, hasta que al fin, se arriesga á decir con acento impregnado de ligera contrariedad:

—¿Te has incomodado, mi buena Rosa?

—No,—contestó ella,—pero me entristecen profundamente tus palabras.

—¿Qué extraño es, amada mia, que el desgraciado se queje de su suerte y la voluntad del hombre se rebele al sentirse envuelto por el infortunio?

—¿Crees tú que á mí me pesa ménos? pero comprendo que es necesario resignarse, esperar, y me conformo con la voluntad divina.

—¡Resignarse, esperar! esto es muy fácil cuando el sér, objeto de nuestras ansias, no es un ángel como tú. ¿Es posible ver el cielo y no desearlo, soñar con la dicha y no desesperar si huye de nosotros? Si nuestros amores han merecido la sancion de tu madre, ¿por qué incomprensible causa, el señor del castillo se obstina en aplazar nuestro enlace, siendo este el único obstáculo para la felicidad de los dos?

—Pienso como tú que esto es un mal para nosotros, Pedro, pero tal vez sólo la casualidad tiene la culpa de todo.

—No, Rosa, no es la casualidad, tengo el triste presentimiento de que nos amenaza algun peligro, no sé cuál sea, pero presiento algo desagradable.

—Haces mal en inquietarte.

—¡Con qué frialdad lo dices! cualquiera, al oirte, pensaria que se trataba de una cosa indiferente para tí. ¡No me amas!—exclamó el jóven con amargura infinita.

Rosa al oir estas últimas palabras, levantó la cabeza, que hasta entónces mantuviera inclinada.

—¡Que no te amo!—dijo, miéntras sus mejillas se cubrian con las rosas de la pasion,—¡que no te amo! cuando sabes que mi alma se halla enlazada á la tuya desde la infancia y sólo en tu amor cifro mis esperanzas todas! Nadie con mayor injusticia que tú podria arrojarme al rostro tan cruel reproche, incluso mi madre.

—Perdóname si te he ofendido, pero, ¡si vieras el mal efecto que me produce la especie de frialdad con que acoges mis sufrimientos, nacidos de las dilaciones de que es víctima nuestro proyectado enlace!

—Pues bien,—dijo Rosa con energía,—no quiero que por más tiempo me acuses de tibieza, oye pues lo que hasta ahora he puesto empeño en ocultar.

La curiosidad y el asombro se pintaron con inequívocos caracteres en las facciones del jóven montañés.

Reinaron algunos momentos de penoso silencio.

—¡Ah, Pedro!—exclamó Rosa por fin con desaliento,—poco comprendes el corazon de la mujer, cuando detrás de lo que tú llamas mi apatía, no has sabido ver el terror.

—¿Terror de qué?

—De verte sucumbir á los golpes de la más ruin de las venganzas.

—Explícate, no te comprendo.

—Oye pues. Al dia siguiente de haber estado tú en el castillo con objeto de participar á los señores de estos contornos nuestro deseo de unirnos ante el altar y pedir para ello su vénia, cuando á la caida de la tarde regresaba yo del valle, feliz y dichosa, me encontré con el conde Raimundo. Fijó en mí un momento su mirada acerada y fria, detuvo el caballo que montaba y exclamó con vehemencia: «La más hermosa flor que abrigan estas montañas, no ha de ser propiedad de un oscuro vasallo, la rosa no ha nacido para permanecer en los campos, sino para que la admiren en las ciudades; yo os amo, Rosa, y miéntras viva, no sereis de Pedro.—¿Qué decís, señor?—exclamé en el colmo del asombro,—¿será posible que la hija del pobre guardabosque os inspire tanto encono que deseeis su muerte?—¿Su muerte has dicho?—Sí, su muerte, porque yo moriria si tuviera que renunciar al amor de Pedro.—Eres demasiado jóven para morir, y harto hermosa para despreciar el fausto y oropel del mundo cuyos encantos desconoces; no sueñes un idilio en nuestras montañas, sino un porvenir de lujo y de amor en medio de las aturdidoras fiestas cortesanas.—Y al decir estas palabras, brillaban sus ojos azules con siniestro fulgor, sonreia su boca con expresion satánica, y en su fisonomía toda, creí ver resplandecer la expresion rebelde del ángel caido.—El dia señalado para vuestras bodas, Pedro morirá,—dijo secamente el rencoroso noble. Yo exhalé un grito ahogado de espanto, y él desapareció en la espesura lanzando una estridente carcajada. Entónces tuve miedo, Pedro, te lo confieso, y no pude pensar en la realizacion de nuestros sueños sin sentirme llena de sobresalto; pero ¡Dios mio! ¿qué tienes?—preguntó la jóven con extrañeza,—¿nada me contestas?

En efecto, Pedro guardaba un sombrío silencio, mil veces más terrible que la explosion de la cólera, y pálido, contraida la boca por amarga sonrisa, sólo pudo balbucear al fin con ronco acento:

—¡Ah! ¿con que el noble conde se ha atrevido á confesarte su amor? pues bien, nos veremos; de vasallo á señor va una distancia inmensa, pero de hombre á hombre no va nada.

Y Pedro, agitando en el aire su rizada cabellera, dirigió una rencorosa mirada al castillo, que se divisaba á lo léjos, cerrando el puño con amenazadora expresion.

—Calla, calla, amado mio, no abrigues propósitos de venganza contra quien tiene derecho de vida y muerte en sus dominios: ¿qué seria de nosotros si provocáramos su cólera? yo moriria de pena. Tranquilízate, demos tiempo al tiempo, él se irá á Paris, pasará lo que considero como una locura, y entónces su hermana Blanca nos dará el permiso que tanto anhelamos, y seremos felices.

—¡Pero entre tanto!—exclamó el jóven con desaliento.

—Entre tanto confía en Dios, y en mí.

—¡Qué negra suerte acompaña á ciertos séres! Despues de una infancia llena de privaciones, y desheredado del paternal cariño, tuve de experimentar el horrible dolor de ver morir á mi madre, jóven todavía, minada por incurable tristeza, sin que de sus labios saliera la confesion de quién fué mi padre: llegó la edad de las ilusiones, y al acariciar la esperanza de un porvenir dichoso con tu amor, la desgracia vuelve á perseguirme con el encarnizamiento de ántes,—exclamó Pedro con amargura infinita.

—Somos muy jóvenes todavía para desesperar de la suerte.

Reinaron breves instantes de embarazoso silencio, que al fin interrumpió Rosa para dar un giro risueño á la conversacion, diciendo á su amante con tono ligero y cariñoso:

—No olvides, Pedro, que mañana es el dia en que se reunen anualmente los habitantes del valle, para verificar las carreras de caballos, y que cien luises son el premio destinado al vencedor. Lucha con fe, que somos pobres, y esta suma nos convendria para ultimar los preparativos de nuestra union.

—Mio será el premio, Rosa,—dijo el mancebo con acento resuelto,—¡ojalá fuera mia con tanta seguridad la dicha que ambiciono!

—No todo se consigue en un dia, Pedro mio; espera y confía.

El sol iluminaba ya todo el horizonte, la jóven se levantó, tendió la mano á su amante y le dijo con adorable sonrisa al despedirse:

—Mañana, dia de la fiesta, quiero que sea tuyo el premio que el vencedor debe recibir de manos de la noble dama del castillo.

—Más grato me fuera recibirlo de las tuyas.

Sonrióse la jóven complacida y dichosa, y echó á correr ligera como una cervatilla.

Pedro la siguió con amorosa mirada, y al verla trasponer el ribazo coloreado por los rayos del sol que la rodeaban á manera de divina aureola, dirigió una sombría mirada al señorial castillo y exclamó en voz baja:

—¡Rosa, Rosa! el gavilan quiere hacer presa en la cándida paloma, pero ¡ay de él si llega á profanarte, siquiera sea con su impuro aliento!

Apénas acababa de pronunciar las anteriores palabras, el galope de un caballo resonó en las inmediaciones, volvióse Pedro con presteza y vió venir hácia él á la jóven castellana, seguida por uno de sus servidores y de un magnífico perro de caza.

Blanca de Montbars era hermosa como una Vírgen de Rafael, y vestia con inusitada elegancia; en la falda de su traje azul, veíanse bordados los cuarteles de su nobilísimo escudo, y cerca de la escarcela que pendia de su cintura, brillaba la hoja de una acerada daga. Flotaba al viento su rubia cabellera, y una sonrisa de complacencia se retrató en sus rojos labios al ver al jóven montañés.

—¿Cómo á estas horas por aquí, Pedro?—preguntó la noble castellana, deponiendo el altivo continente que le era habitual.

—¡Señora!...—balbuceó el mancebo.

—¿Amas la naturaleza, como buen hijo de estas montañas? apruebo tu gusto, pero no por ello dejes de ocupar parte de la fiesta de mañana. Todos te designan de antemano como vencedor, y yo con ellos creo, que el premio corresponde al más apuesto doncel de la comarca.

El jóven miró con asombro á la noble dama, ella comprendió la extrañeza de su interlocutor, ruborizóse, y haciendo un movimiento de enojo contra sí misma, saludó con la mano y metió espuelas al fogoso corcel.

La arrogante amazona y su grave acompañante desaparecieron entre una nube de polvo.

Pedro quedó solo y entregado por completo á sus tristes meditaciones.

II

LA FIESTA

La morada señorial de los condes de Montbars alzábase imponente y bravía en la inhiesta cumbre de uno de los montecillos que servian de límite al gracioso valle donde se hallaba enclavado el pueblo de S...

Desde las almenadas torres de aquella fortaleza, cuya edificacion se remontaba á la época de las Cruzadas, todo el valle parecia verde alfombra matizada de flores, y las blancas casas que formaban el pueblo, asemejábanse á una bandada de cándidas palomas, acurrucadas al abrigo protector del señorial castillo.

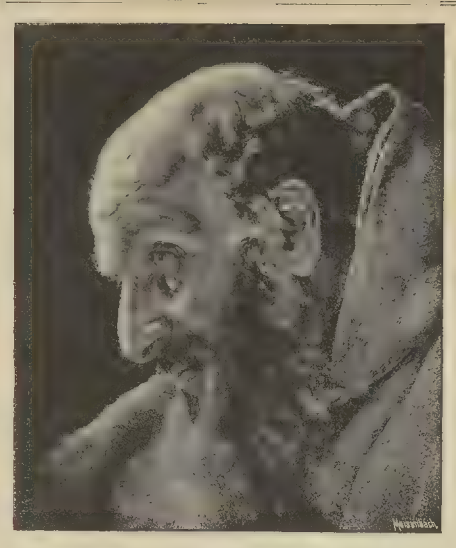
Por una parte facilitaba la subida á la morada feudal, un enarenado paseo, provisto de frondosos árboles; por el otro, y quizá para mejor resistir los asaltos de posibles enemigos, en aquellos tiempos de frecuentes revueltas, el castillo elevaba su mole escueta sobre una vertiente cortada en la roca viva. Por allí se despeñaba bravío, espumoso torrente, que nacido cándido riachuelo en las laderas del monte, donde se asentaba el castillo, despues de precipitarse por el derrumbadero en hirviente catarata, volvia á desatarse en apacible cinta por el tranquilo valle. Los sencillos habitantes de aquellos contornos, designaban el impetuoso torrente con el nombre de *Torrente del diablo* á causa de una sombría tradicion referente á los primeros dueños del castillo y trasmitida fielmente de padres á hijos. Decíase que en remotos tiempos, y en ocasion de hallarse en la guerra el señor del castillo, una horda de bandidos, que en aquella sazon infestaba el país, logró un dia penetrar por sorpresa en la fortaleza, dando muerte á la condesa y á sus más fieles servidores. Encerrados en las mazmorras los demás, y despues de saquear por completo el castillo, apoderáronse de sus inmensas riquezas, y como les sorprendiera la noche allí, ebrios, y engañados por la apacible mansedumbre del rio que se deslizaba á espaldas del castillo, metiéronse en las barcas que siempre se hallaban dispuestas en la ribera, depositando en ellas sus mal adquiridos tesoros, y entonando cínicas canciones, abandonaron el teatro de sus funestas hazañas, en medio de la más infernal algarabía. Un buen rato fueron navegando dulcemente, como por las aguas



HORAS PLÁCIDAS DE LA MAÑANA, cuadro por Canuto Etwall



LOS DOS RIVALES, cuadro por Percy Tarrant



CABEZA DE ESTUDIO, reproducido por el sistema Meisenbach

de apacible lago, pero de pronto, atraidas las barcas al abismo con vertiginosa rapidez, desaparecieron todos, sin que jamás, ni allí ni en el fondo del torrente, se encontraran sus restos, por lo cual, la supersticion popular creyó sinceramente que el diablo se los habia llevado en cuerpo y alma. A causa de esta conseja, los tímidos aldeanos miraban el despeñadero con supersticioso terror.

Cuando tuvieron lugar los sucesos que vamos relatando, eran dueños del soberbio castillo los hermanos Raimundo y Blanca de Montbars, herederos de los condes de Montbars, sus padres, fallecidos algunos años ántes del principio de nuestra historia.

Raimundo era de carácter irascible y violento; enamorado de la vida cortesana, hacia frecuentes excursiones á Paris, y durante ellas, su hermana quedaba bajo la salvaguardia de una anciana dueña y un antiguo servidor de sus padres. Los dos hermanos habian heredado por completo el altivo orgullo que distinguia á su raza, y á menudo eran víctimas y testigos de sus vejámenes los infelices vasallos, que más les temian que les amaban.

Jamás de la altiva Blanca ningun pechero habia escuchado una palabra amable, si se exceptúa á Pedro, quien, sin saber por qué, se veia objeto de incomprensibles deferencias por parte de la orgullosa castellana.

Nosotros, explicándonos lo que en medio de su asombro no se acertaba á explicar el jóven montañés, diremos que á Blanca no le habia sido indiferente la varonil belleza del amante de Rosa, y que por su parte, Rosa, sin pensarlo ni querer, habia cautivado con sus inocentes hechizos, el inquieto espíritu del conde Raimundo.

El conde era con todo harto orgulloso para pensar en elevar hasta él á la humilde vasalla, pero como no reconocia obstáculos á su voluntad, habia formado el proyecto de estorbar la felicidad de Rosa y Pedro, los cuales se hallaban bien léjos de sospechar por completo los nefandos proyectos del libertino noble. En cuanto á Blanca, amaba en silencio y con toda su alma al jóven montañés, á pesar de su orgullo de raza: no sabia el término ni el objeto de aquella secreta pasion que germinaba en su pecho, pero á buen seguro que más de una vez en medio de sus amorosos ensueños, la altiva castellana sonreia venturosa creyéndose unida con santos é indisolubles lazos al arrogante mancebo sin pensar en la oscuridad de su orígen, porque el amor, hoy como ayer, y mañana como siempre, desprecia y vence las más arraigadas preocupaciones.

Amaneció por fin el suspirado dia de la fiesta, con un sol espléndido, propio del tibio y perfumado mayo. Desde muy temprano, los aldeanos vistieron sus mejores galas, y despues de oir devotamente la misa que dijera el reverendo cura del lugar en la sencilla iglesia, todos se reunieron en una explanada, no léjos del pueblo, adonde debian acudir Blanca y Raimundo, constituidos en tribunal, para que empezaran las carreras, y se adjudicara el premio al jinete que mejor le mereciera.

No hay que decir si Rosa y su anciana madre concurririan á la fiesta, interesándoles como les interesaba el resultado de las carreras. La jóven fué objeto de la curiosidad general, pues nadie ignoraba en el pueblo que Pedro habia ido al castillo á solicitar licencia para contraer matrimonio con ella, y por via de desahogo á su despecho, Jorge, uno de los amantes desdeñados de Rosa, se proponia disputar el premio á su afortunado rival. Los demás jóvenes que se preparaban á tomar parte en la lucha, no ofrecian particularidad digna de contarse, haciéndolo sólo por diversion y entretenimiento.

A las once de la mañana, Pedro, sosteniendo con su mano derecha las riendas de un fogoso caballo, sonreia amorosamente á Rosa, miéntras Jorge, no léjos de allí, y en parecida actitud, pálido por el despecho, tembloroso por la ira, esperaba con impaciencia que llegase el momento de la lucha.

Frecuentemente las miradas de los aldeanos se dirigian hácia el castillo con afan, y ya empezaban á dar muestras de impaciencia, cuando de repente los rayos del sol reflejáronse, con deslumbradoras luces, en los bordados y las armas de una brillante comitiva, que, despues de trasponer el puente levadizo, se dirigia al valle con mesurado paso.

A su frente marchaban con marcial continente, montados en briosos alazanes, el conde y su hermana; él pensativo y ceñudo; ella, como siempre, serena y altiva. Al llegar la comitiva al llano, el grupo de aldeanos se abrió en dos filas, los señores del castillo se colocaron en el centro, rodeados de sus servidores, y en medio del más profundo silencio se adelantó un heraldo para pregonar las condiciones de la lucha.

Con arreglo al programa que regia todos los años, el premio de cien luises y la corona de laurel, destinada al vencedor, serian entregados al mismo por la dama del castillo, respetando la antigua y tradicional costumbre.

(Continuará)

PATRIA Y REY

EPISODIO DEL AÑO 1811

I

La verdad es que nuestros padres fueron unos héroes en aquella inmortal campaña sostenida contra los ejércitos del capitan del siglo; pero tambien lo es que se ha abusado mucho de tachar á nuestro generoso suelo de ingrato para con ellos. Yo puedo hablar de esto más alto que nadie, porque el mio fué una de las no pocas víctimas de esa supuesta ingratitud, y sin embargo, su memoria me lo perdone, no me cansaré de repetir que ellos y nadie más que ellos se tuvieron la culpa. Su error fué confundir la idea de patria con la personalidad de Fernando VII, y como se arraigó en sus almas de tal modo aquella involucracion, murieron achacando á la noble España los pecados de un rey que menos que ninguno merecia los sacrificios que por él se hicieron.

Volviendo á mi padre, debo empezar por decir que, aunque inflamada su alma por la fiebre que se habia apoderado de la nacion entera desde los primeros dias de la invasion francesa, estuvo no corto espacio de tiempo contenido por los ruegos de mi madre, con quien hacia poco más de un año se habia casado, en su modesto y apacible hogar de Valsombreda, contentándose, como algunos otros españoles, con dirigir sus preces al Altísimo por el triunfo de nuestras armas. Sin embargo, llegó un momento en que el relato de los no pocos reveses sufridos por los defensores de la causa nacional excitaron de tal modo su ánimo que, sólo esperando una ocasion propicia para incorporarse á las guerrillas, pudo calmar la impaciencia que le devoraba.

Esta ocasion no se hizo esperar mucho. Por muerte de nuestro anciano y virtuosísimo párroco, vino á ocupar el vacante curato de Valsombreda un clérigo que, aunque de escasísimas luces y de ménos letras todavía, no tardó en captarse la benevolencia de sus feligreses por el patriótico entusiasmo de que á todas horas hacia gala, mostrándole muy especialmente en el púlpito, donde se dejaba notar por una oratoria no muy bien avenida con los más rudimentarios preceptos retóricos, pero sí lo suficientemente fogosa para trocar á los mansísimos corderos de Cristo en denodados campeones de nuestra independencia.

Mi padre estaba dotado de la suficiente cultura y buen sentido para no entusiasmarse con la elocuencia de don Fulgencio Berriz, ó simplemente del padre Fulgencio, que tal era el nombre por que todos conocíamos al sacerdote; pero era lo bastante buen cazador para dejar de admirar aquel ojo certero que mandaba una bala donde queria, aquellos músculos de bronce para los que no habia vericueto inaccesible y aquel estómago privilegiado que lo mismo se pasaba veinticuatro horas con una cebolla y un trago de agua, que resistia lonjas de tasajo y cuartillos de vino ni más ni ménos que si se echaran á un pozo sin fondo.

Estas cualidades fueron las que sirvieron de mediadoras para que entre ambos se establecieran unas relaciones que las casi diarias partidas de caza llegaron á hacer tan estrechas, que en breve plazo ni uno ni otro tuvieran secreto que ocultarse ni cuita que se dejasen de contar. Mi padre, por consiguiente, hizo partícipe á su amigo de los escrúpulos que turbaban su conciencia por no haber tomado ya las armas contra el francés, y á su vez el clérigo no tardó en confesarle que tanto más le mordia el pecho la misma comezon, cuanto que sus instintos mejor le llevaban á las agitaciones de la guerra que no á la paz de un ministerio que por conveniencia y no por vocacion habia abrazado.

Resultado de insistir una vez y otra sobre tan discutido tema fué que una tarde, en que por faltarles las municiones daban la vuelta al pueblo más temprano que de ordinario, parándose el padre Fulgencio de pronto y volviéndose á su compañero, le dijo sin más preámbulos:

—¿Sabe V. qué le digo? Que las cosas se hacen y no se piensan. Una de dos, ó estamos resueltos ó no lo estamos. Si V. piensa seguir cuidando de sus gallinas, y yo he de estar toda la vida echando bendiciones, excusamos quebrarnos los cascos. Pero si creemos que en otra parte hacemos más falta que aquí, no hay que olvidar que la ocasion la pintan calva y que lo que se ha de hacer hoy para mañana es tarde.

Mi padre se le quedó mirando con cierto estupor, visto lo cual por el párroco, continuó:

—No hay que forjarse ilusiones. Por el camino que vamos, ni V. pasará nunca de ser un hidalgo con tanta nobleza como poca hacienda, ni yo saldré de cura de misa y olla. Allá abajo ya es otra cosa: con un poco de osadía sabe Dios á dónde se llega. Sirviendo á la patria se puede uno servir á sí mismo, y con eso, de un tiro se matan dos pájaros. Así que lo dicho dicho y el jaco á la puerta. Tenga V. el suyo mañana al amanecer ensillado, y sin que la tierra lo sienta, dentro de poco estaremos tan hechos á matar franceses como hoy lo estamos á dar caza á las perdices y á los conejos de estos contornos.

No hicieron muy buen efecto á mi padre aquellas teorías un tanto egoistas, pero viniéndole á las mientes las reticencias que ya comenzaban á echarle en cara su culpable apatía, dió repentinamente de mano á sus escrúpulos, y como el que quiere no dejarse puerta por donde escapar, murmuró estrechando la mano del tonsurado:

—Vaya V. á buscarme mañana sin decir palabra á nadie, que no faltaré.

Al rayar el alba, por el camino que conduce á la vecina sierra marchaban á paso de andadura dos jinetes perfectamente municionados de armas y provisiones de boca. El uno se hacia notar por la extraña amalgama de sus arreos, en que el solideo y el alzacuello contrastaban con la canana y la forrajera. En el otro, el rasgo característico era que de trecho en trecho, parando su cuartago, volvia los ojos arrasados de lágrimas hácia el pueblo, como si en él se quedaran los pedazos más queridos de su corazon. Aquellos dos jinetes eran don Fulgencio Berriz y mi padre.



EL DJERID, dibujo original de P. M.

II

No es mi ánimo, aunque ciertos papeles que como oro en paño conservo podrian permitirme hacerlo con riquísima copia de datos, erigirme en cronista de la larga serie de gloriosos hechos que llevó á cabo la partida á que los dos prófugos de Valsombreda se incorporaron. Por hoy me limitaré á decir que en ella, tanto mi padre como el clérigo se distinguieron bien pronto por su valor y pericia, si bien en el último á tales cualidades no tardó en hacer sombra su natural levantisco y mal avenido con los rigores de la disciplina. Idea que no salia de su cerebro, si la ponia por obra era de mala gana, no perdiendo jamás ocasion de extralimitarse de las órdenes recibidas de sus jefes, y sobre todo poniendo particular empeño en hacer ver que el mal éxito de toda empresa consistia siempre en no haber seguido sus inspiraciones.

Miéntras las cosas fueron bien, poco ó ningun caso se hizo de semejantes manías, que por tales se diputaban las observaciones del clérigo; pero como de allí á poco el carro, segun la expresion vulgar, comenzara á torcerse, se creyó llegado el momento de no tolerar imprudencias de nadie.

El caso fué que los franceses, comprendiendo que aquella guerra de partidas no podia dominarse por los medios ordinarios, apelaron al recurso de formar á su vez contra-guerrillas, y, como áun en los momentos de mayor grandeza de una nacion no faltan traidores y descontentos, repartiendo el oro á manos llenas y colmando de grados y beneficios á cuantos perdidos se les ofrecian, consiguieron en breve plazo tener á su servicio gente que, por ser tan conocedora como nosotros del terreno, era más difícil de sorprender y ménos fácil de resistir.

Desde que los negocios tomaron tal giro, lo que más en absoluto se prohibió entre los defensores de la causa de la nacion, fué la iniciativa particular. El arrojo del individuo valía ya ménos que la obediencia colectiva, y como sólo una entereza extremada podia tener á raya á una tropa de suyo levantisca y voluntariosa, se dictaron medidas de rigor que sólo lo apretado de las circunstancias disculpaba.

Al primero á quien se hizo saber este acuerdo fué al bueno de don Fulgencio, el cual de tan mal talante recibió el aviso, que mucho se temió mi padre diera márgen á que se le escogiera para hacer ver que no sólo de amenazas se trataba. Por fortuna el clérigo, aunque poniendo la cara aceda, contuvo sus ímpetus, encerrándose en un silencio y en una actitud pasiva que hizo temer algun proyecto por su parte.

Tal sospecha no tardó en verse confirmada. A pesar de que se sabia que los franceses estaban muy cerca y que de un momento á otro podrian romperse las hostilidades, una mañana el clérigo desapareció. Temeroso mi padre de que su falta fuera castigada, se guardó muy mucho de hablar á nadie de su ausencia; pero viendo que el dia se pasaba y que su compañero no volvia, dióse á pensar que el intento de alguna descabellada hazaña le hubiese proporcionado una muerte más desesperada que gloriosa.

Por fin no sucedió así. Cuando las primeras sombras de la noche empezaban á envolver el pueblo, don Fulgencio entró en su alojamiento cubierto de polvo; y sin dar tiempo á mi padre de formular la más ligera pregunta, le invitó á que le siguiera á un desvan que tenia por dormitorio y á cuya puerta echó cautelosamente la llave.

—¿De qué se trata?—le preguntó mi padre.

—De poca cosa,—respondió el presbítero frotándose las manos.—Ya no es hora de andarnos con paños calientes. Aquí hemos venido para algo y ese algo ni viene ni vendrá. Entre decir una misa por mi cuenta ó disparar un fusil cuando al primer quidam se le antoja para que otros medren y yo me quede como estaba, casi estoy por decir que me atengo á lo primero. Para no salir de capa rota bien se está San Pedro en Roma. Hoy por hoy José I es más rey de España que Fernando, y al que á buen árbol se arrima buena sombra le cobija.

—¿Qué quiere V. decir?—preguntó mi padre en el colmo del estupor.

—Que con V. cuento. Lo que aquí nos niegan, en otra parte nos lo dan con largueza. Mañana nos pasamos al francés.

Al oir aquella proposicion hecha á quemarropa, mi padre no fué dueño de contener su ira; se puso en pié de un salto y se abalanzó con la presteza de un tigre sobre don Fulgencio. Este, viendo venirse encima á su adversario, quiso hacer uso del ancho cuchillo de monte que llevaba pendiente de la cinta; pero no tuvo tiempo. Antes de lograr sacarle de la vaina, estaba en el suelo sintiendo sobre su pecho la presion de la rodilla de mi padre.

—Si no quiere V. que le aplaste como á un reptil,—dijo este con voz convulsiva,—júreme V. por las órdenes que para deshonrarlas ha recibido, desistir de su indigno propósito.

—Lo juro,—murmuró el clérigo, que se sentia ahogar por momentos;—pero con dos mil de á caballo, afloje esa pierna que me pesa más que el haber contado con V. para nada de provecho.

En aquel punto dos recios golpes hicieron estremecer la puerta del desvan. Mi padre, avergonzado tal vez de haber puesto las manos en un hombre que, aunque indigno de ellos, vestia los hábitos de sacerdote, se levantó de un salto, y cogiendo la llave que habia quedado sobre una mesa, abrió.

El recien venido, que era uno de nuestros compañeros de armas, gritó desde el umbral:

—¿Están Vds. sordos? ¿No oyen los tambores que nos llaman á las filas? Los franceses están ahí. ¿Pero qué diablos hacian Vds.?

—Nada,—contestó mi padre, ajustándose la canana.—Apostaba don Fulgencio á que nadie le vencia, y le he probado que por esta vez mis puños son más sólidos que los suyos.

El cura dejó escapar una especie de gruñido, se compuso precipitadamente los desperfectos del traje, y, como la fiera que acaba de convencerse de la superioridad del domador, se dirigió al rincon donde habia dejado sus armas, miéntras el interruptor bajaba á saltos la escalera encogiéndose de hombros.

Cuando mi padre se vió sólo con el clérigo, le dijo:

—No olvide V. lo que ha jurado.

—Jamás he olvidado un juramento,—respondió con voz sorda.—Pero á su vez no eche V. en saco roto que por estas cruces le juro tambien que, si alguna vez soy yo el que caiga encima, no seré tan generoso como lo ha sido V. ahora.

Media hora despues estaban batiéndose. En honor de la verdad debo confesar que el tonsurado se portó bien. El resentimiento que llevaba clavado en el pecho lo pagaron aquellos de quienes pensaba hacerse aliado.

Despues del encuentro, que fué formidable, mi padre no volvió á saber de él. Dándolo por muerto, lo perdonó sinceramente. Sólo al final de la campaña supo que, incorporado á la partida que mandaba el *Trapense*, habia llegado á ser el segundo de aquel guerrillero tan famoso por su arrojo y denuedo como por su crueldad con los vencidos y por la tolerancia con que dejaba que los suyos se entregaran al más desenfrenado pillaje.

III

Los invasores habian repasado los Pirineos. Las águilas, cuyo vuelo no habian logrado abatir los ejércitos más poderosos de Europa, habian huido avergonzadas ante la constancia de los españoles. El mismo José, ya que no pudo sostener la vacilante corona en su cabeza, quiso salvar el rico botin que se llevaba; pero ni áun esto le fué dado. Los tesoros que con la prisa de la huida recogió en su corte, los tuvo que abandonar en los campos de Vitoria.

Fernando, el *Deseado*, aquel rey cuyo nombre habia servido de enseña en la gloriosa lucha, habia vuelto á ocupar el trono de sus mayores; pero el primer acto de su poder fué galardonar al pueblo, que no habia titubeado en derramar su sangre por él, de un modo bien extraño. La proscripcion ó la muerte eran el premio que recogian los más denodados campeones de aquella guerra sin ejemplo en la historia.



MARINA, por F. Gimeno

Una mañana, la plaza de la Cebada de Madrid ofrecia un espectáculo harto frecuente en aquellos dias. Durante la noche se habia levantado en su centro una horca. A ella no iba á subir ninguno de los muchos bandidos que infestaban la España entera. A quien estaba destinada era á un hombre que no habia cometido otro crímen que el de abandonar su familia y su hacienda, el de jugarse á cada paso la vida para devolver íntegro su cetro á un monarca que no habia sabido defenderlo por sí mismo.

¿De qué delito se le acusaba? De uno gravísimo entónces. Un cobarde anónimo le habia delatado como *liberal*, y la comision militar encargada de incoar su irrisorio proceso se habia contentado con una sola prueba. Entre los papeles del acusado se habia encontrado un ejemplar de la *Constitucion*.

El que habia desafiado cien veces la muerte sin temblar, ¿porqué habia de temerla entónces? Mi padre, que no era otro el desventurado *reo*, llegó al suplicio con paso firme y seguro. Sin vanas ostentaciones de serenidad, su continente era grave y digno. Desde la salida de la cárcel de Corte no habia levantado los ojos del crucifijo que llevaba entre las manos.



GITANO ESQUILADOR, apunte de J. Marqués

Sin embargo, al poner el pié en el primer escalon del patíbulo, un rugido de entusiasmo lanzado por la plebe que obstruia la plaza, le hizo levantar la cabeza. Por entre los apiñados grupos vió venir hácia él un jinete que ostentaba, sobre la raida sotana que denotaba su condicion de sacerdote, los galones de coronel de los ejércitos reales.

Cuando el extraño personaje llegó al lado de mi padre, se acercó á él y murmuró estas solas palabras á su oido:

—Ya ve V. que he sabido cumplir las dos partes de mi juramento.

Unos instantes despues, de la horca pendia un cuerpo cubierto de gloriosas cicatrices.

La patria no pudo llorarle en aquel momento. Entónces no existia. De los que tenian el derecho de representarla, los unos gemian en un presidio, los otros comian el pan de la caridad en suelo extranjero. De España parecia no quedar otra cosa que el populacho soez y degradado que llenaba la plaza de la Cebada, y que al contemplar aquel desconsolador espectáculo, cumplió dignamente con su mision gritando:

¡Viva la religion! ¡Viva el Rey neto!

ANTONIO J. LORENCIO

TELEGRAFIA Y TELEFONIA SIMULTÁNEAS en Bélgica

Los trasmisores telegráficos y telefónicos simultáneos de M. Van Rysselberghe han obtenido el mayor éxito en la seccion eléctrica de la Exposicion de Amberes. M. Charles Mourlon presentó una coleccion muy completa de todos estos aparatos, construidos en sus talleres, lo cual permitia estudiar en detalle sus ingeniosas disposiciones, de admirable sencillez, pudiéndose apreciar su accion práctica en las audiciones musicales telefónicas establecidas entre Bruselas y Amberes, caso particular de las trasmisiones telefónicas empleadas para el servicio corriente en la red telegráfica del Estado belga.

La red de telegrafía y telefonía simultáneas está efectivamente muy desarrollada en Bélgica; y diariamente se establecen comunicaciones por los hilos telegráficos entre los abonados al teléfono de Bruselas, Amberes, Gante, Lieja y Mons, por una parte; y Lieja y Verviers por otra.

Con este objeto ha sido necesario armar toda la red belga contra la induccion que producen las corrientes telegráficas ordinarias cuando atraviesan un teléfono, y

hasta cuando están situadas en la inmediacion de los hilos telefónicos; pero creemos que este gasto de primera instalacion será pronto reproductivo por las numerosas ventajas que resultan de las comunicaciones verbales directas entre los abonados de las diferentes ciudades, en esas condiciones de sencillez, de comodidad y facilidad de que hoy nos ofrece Bélgica el único ejemplo.

Sin ocuparnos en la descripcion técnica de las disposiciones imaginadas por M. Van Rysselberghe para realizar esta doble trasmision, tan paradójica al parecer, descripcion que ha sido objeto de artículos especiales, recordaremos rápidamente su principio. Para hacer que las trasmisiones telegráficas sean inaudibles en el teléfono, es preciso evitar toda sacudida brusca en las emisiones, graduando las corrientes, lo cual se hace con ayuda de electro-imanes *graduadores* intercalados en el circuito, y que en virtud de su propia induccion no permiten á la corriente alcanzar su valor de régimen sino gradualmente, y con una lentitud relativa. Es preciso *separar* despues las corrientes telegráficas y telefónicas, de modo que el circuito telefónico deje paso á las corrientes ondulatorias rápidas y poco intensas de la telefonía, sin que estas corrientes vayan á los aparatos telegráficos, sobre los cuales no tendrian evidentemente accion y se perderian inútilmente. Es preciso tambien que las corrientes telegráficas no atraviesen el circuito telefónico, lo cual produciria una derivacion perjudicial. Este doble resultado se obtiene con ayuda de los *separadores*. Las corrientes telegráficas ondulatorias rápidas quedan detenidas por electro imanes separadores, que no las dejan llegar á los aparatos telegráficos. Las corrientes telegráficas no atraviesan el sistema telefónico, sobre el cual se ha intercalado un condensador separador. Resulta, pues, que por una combinacion conveniente de electro-graduadores, de electro separadores y y de condensadores separadores se obtiene una doble trasmision del todo independiente. Los electro-graduadores se colocan cerca de los aparatos de manipulacion, y los de separacion (electros y condensadores) en el punto de bifurcacion de las líneas telegráficas y telefónicas, es decir en los postes telegráficos, allí donde el material está más á la vista para ejercer una vigilancia directa, activa y bien comprendida.

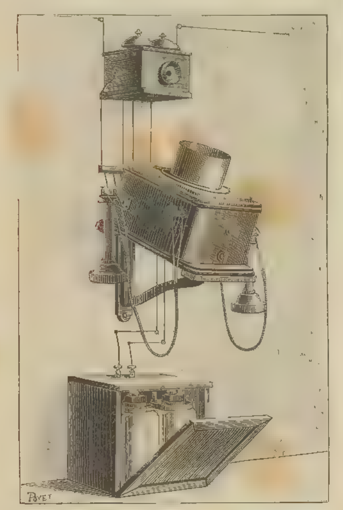


Fig. 1.—Estacion telefónica Van Rysselberghe.

Para las comunicaciones de ciudad á ciudad, los aparatos receptores y trasmisores son los que emplean los abonados, trasmisor Blake y receptor Bell ordinario. Para la telefonía á gran distancia, Mr. Van Rysselberghe ha combinado estaciones construidas por M. Charles Mourlon, cuyas disposiciones generales se pueden ver en las figuras 1 y 4. El trasmisor es análogo al micrófono Ader, pero todos los carbones están montados en derivacion sobre la planchuela del micrófono. Encima de la caja que encierra el carrete de induccion, el timbre magnético y la palanca de conmutacion, se fija una embocadura cilíndrica de ebonita que permite concentrar las ondas sonoras sobre la planchuela, y obtener así mejor trasmision.

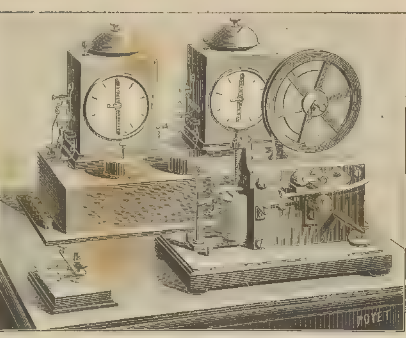


Fig. 2.—Aspecto de una estacion telegráfica provista de preparadores anti-inductivos, de M. Van Rysselberghe.

En la figura 4 la estacion tiene la forma de un pupitre, en el que se puede escribir fácilmente el despacho recibido; está destinado más especialmente á los gabinetes telefónicos públicos, á las estaciones, y sobre todo á las oficinas telegráficas, donde se debe escribir todo despacho recibido ó trasmitido.

La figura 2 presenta las condiciones de una estacion telegráfica de doble direccion, provista del sistema anti-inductor de Mr. Rysselberghe: no difiere exteriormente de las estaciones ordinarias análogas siño por la adicion de un zócalo que encierra los condensadores y los electro-graduadores y separadores necesarios para la separacion de las dos especies de despachos: estos aparatos ocupan un espacio muy reducido.

La delicada cuestion referente al *timbre* de las estaciones y de los abonados se ha resuelto de una manera muy propia y conveniente por Mr. Van Rysselberghe, desarrollando las ideas sugeridas por Mr. Sieur. Para las llamadas no se podia hacer uso de un sistema de timbres temblones; ni de los llamados *magneto-calls*, porque las corrientes necesarias para hacer funcionar los timbres comunes ó los otros hubieran podido perturbar el trabajo telegráfico; y en su consecuencia hacíase preciso obtener un *timbre fónico* suficiente para que se oyera á cierta distancia, y hasta produjese una señal *visible*, tal como la caida de un anunciador en la estacion llamada. El principio de la combinacion adoptada consiste en utilizar las corrientes ondulatorias emitidas por un *vibrador* especial, corrientes que hacen vibrar una membrana telefónica que actúa como *renovador* de corrientes. Cuando esta última está en reposo cierra en corto circuito una pila local por medio de un contacto que se apoya en dicha membrana, la cual, cuando vibra, produce por este contacto *interrupciones* que abren el breve circuito de la pila local, permitiéndola obrar sobre un electro-iman montado en derivacion en sus bornas ó tornillos. Estas corrientes, interrumpidas con rapidez, no ejercen accion alguna sobre el sistema telegráfico, al paso que se perciben claramente en las estaciones telefónicas.

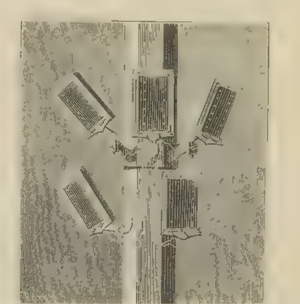


Fig. 3.—Disposicion de los trasmisores Van Rysselberghe en los postes del kiosko de Wauxhall, en Bruselas.

Tal es en su conjunto, y en su forma práctica actual, el sistema de trasmisiones simultáneas de que se utilizan ventajosamente las principales ciudades de Bélgica; y de esperar es que el ejemplo de este país será seguido en todos los demás dándole todo el desarrollo que merece.

Una vez establecido el sistema para las comunicaciones telefónicas ordinarias, no era difícil concebir su aplicacion á las audiciones musicales telefónicas, privadas en un principio, y públicas despues, para que se pudiesen aprovechar de ellas muchos oyentes á un tiempo. Así es como despues de haber trasmitido la ópera desde Bruselas á Ostende, M. Van Rysselberghe estableció audiciones musicales públicas desde Bruselas á Amberes. Las audiciones musicales telefónicas entre el Wauxhall, en Bruselas y la Exposicion de Amberes se inauguraron en 9 de julio.

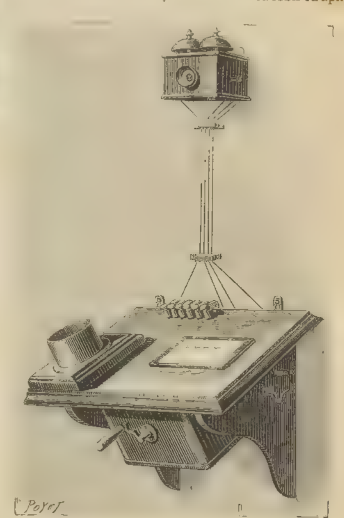


Fig. 4.—Estacion telefónica Van Rysselberghe (modelo de pupitre).

Los trasmisores estaban dispuestos en dos columnitas del kiosko: la figura 3 representa una de ellas provista de cinco trasmisores de carbon, es decir diez en totalidad; todos están montados en derivacion; y enlázanse con un solo carrete de induccion proporcionado á los efectos que se han de producir. Una estacion telefónica especial permite ponerse en comunicacion con el empleado de la sala de las audiciones en Amberes: bastando dar vuelta á un conmutador para poner la línea en la trasmision de la música ó en el teléfono de servicio. la llamada se hace con la rueda fónica de Mr. Sieur. La línea está formada por dos hilos telegráficos que enlazan á Bruselas y Amberes, y la trasmision se hace en este último punto sin distraer los hilos de su servicio telegráfico, á una distancia de 45 kilómetros.

El número de aparatos receptores asciende á 70, lo cual permite á 35 personas oir á la vez: son teléfonos magnéticos ordinarios de Bell. Estos trasmisores se colocan en una gran sala preparada en el piso bajo del faro de la izquierda de la Exposicion de Amberes; la sala de la derecha está reservada para las audiciones en alta voz por el sistema del Dr. Ochorowicz.

El buen éxito de las audiciones telefónicas es completo, y la gloria corresponde al inventor, así como á la Comision de la Exposicion que tomó la iniciativa; y á M. Mourlon, que construyó é instaló los aparatos. Es la primera vez que se da el ejemplo de una audicion telegráfica múltiple en líneas telegráficas de servicio á tan considerable distancia y con tan crecido número de oyentes.

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 30 DE NOVIEMBRE DE 1885 — NÚM. 205

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

De estero.—Las primeras lluvias.—Los funerales del buen tiempo.—Bodas tristes.—San Eugenio.—Las bellotas y la galleta inglesa.—El ferrocarril y la calesa.—Una excursion á Alcalá de Henares.—Los grandes hombres de ayer y los de hoy.—La manifestacion del hambre.—Algo sobre los estudiantes.—Vico.—El actor y el restaurador.—La victoria de la ciencia.

Todo es uno y lo mismo, dijo el filósofo, y ésta máxima se ve comprobada lo mismo en lo grande que en lo pequeño. La más populosa de las ciudades no es, despues de todo, otra cosa que el interior de una casa más desahogada y con más piezas, y la vivienda más humilde es, si bien se mira, una ciudad reducida.

Por eso las costumbres que vienen forzosamente á interrumpir la tranquilidad de nuestros hábitos en el interior del hogar, se reproducen en la proporcion de sus dimensiones en las calles.

Ahora por ejemplo, amanece un dia en que creemos que al abrir los ojos hemos de encontrar ese órden y esa paz, que con tanta razon es la perpetua envidia del que se ve privado de los goces de la vida en familia, y un ruido inusitado de muebles que se trasladan de sitio, una nube de polvo que invade nuestra alcoba apénas entreabrimos la puerta y sobre todo un monótono martilleo que taladrándonos los oídos se mete en los más recónditos escondrijos de nuestro cerebro, nos anuncia que por unas cuantas horas todas aquellas apacibles dulzuras han huido. Cualquiera diria que el genio del desórden, ó el ángel que preside los motines, se habia colado de rondon en nuestra morada. Nada de eso. Es sencillamente que la mano femenil en que, á guisa de reyes constitucionales, hemos depuesto las riendas del gobierno, ha decretado para aquel dia el estero.

Entónces no nos queda más que un recurso, vestirnos lo más precipitadamente posible y lanzarnos á la calle. Mas ¡oh decepcion! la escena de dentro no es más que un plagio de la de afuera. La madre naturaleza, que como hembra al fin, no puede descuidar los detalles domésticos, está esterando tambien.

Al viento que habia estado veraneando en los más empinados picos del Guadarrama, le ha mandado venir precipitadamente, y este lacayuelo revoltoso del invierno, un poco contrariado por no haber emprendido el viaje á tiempo para burlar la vigilancia del lazareto de Somosierra, se entrega con denodado ahinco á la tarea de barrer las calles.

Las regaderas que á prevencion han traido las nubes se encargan de matar el polvo en que aún se advierten no pocas partículas del cloruro de cal y del azufre con que nos fumigaban hasta hace poco, pero todavía la vertiginosa escoba levanta en remolinos las secas hojas que, como harapos de su traje de gala, dejan caer perezosamente los árboles de las plazuelas.

La oscura alfombra va quedando poco á poco tendida. Ni es confortable ni es alegre. Su color barroso se confunde á veces con el negro. Por más que de cuando en cuando interrumpan su monotonía unas manchillas plateadas, no se puede ocultar que aquello tiene algo de la colgadura del templo en dia funeral.

Las primeras lluvias del invierno son despues de todo las exequias de la naturaleza muerta.

El sol con su planta destruirá á veces esa alfombra, pero las nubes se encargarán de reparar los agujeros. Durante unos cuantos meses la decoracion será poco más ó ménos la misma. Sólo algun dia, allá cuando diciembre y enero sacudan el punzante látigo que deja por huella en vez de cardenales sabañones, la tierra se cubrirá de blanco.

Pero aquel tambien será un traje triste. Es un vestido de boda, pero que anuncia los desposorios de una muerta.



LOS ÁLAMOS BLANCOS, dibujo por F. Urgellés

Lo único que nos queda que esperar es la época del desestero. Entónces el polvo y el ruido nos echará de casa; pero en la calle encontraremos luz, calor y alegría.

Somos como los insectos, sólo esos elementos son los que para nosotros constituyen la vida.

***

A pesar de estar ya en los tristes dominios del monarca de las lluvias y de las nieves, el rubicundo Febo ha presidido con toda esplendidez la última fiesta campestre del año.

La excursion que el dia de San Eugenio se hace al Pardo, trae involuntariamente á la memoria el coro de introduccion del *Barberillo de Lavapiés;* pero es lo cierto que desde que faltan las capas de grana y los sombreros de medio queso, esa festividad, como otras muchas, ha quedado reducida á una tradicion que se olvida poco á poco.

Despues de todo se comprende. El paladar de nuestros abuelos no encontraba solaces más delicados que la sabrosa bellota que el dia 15 de noviembre podia arrancar impunemente de las encinas del Real Sitio y tenia que ir á buscar su regalo donde le encontraba. Hoy la delicada galleta inglesa y la pasta fabricada por Prats ó por Blanco está más á mano y casi casi al alcance de todas las fortunas.

Además de esto hay otra razon poderosa. Los que estaban acostumbrados á la veleidosa movilidad de la calesa podian ir al Pardo en su vehículo favorito. A nosotros no nos gusta viajar más que en ferrocarril y todavía no hay vía férrea de la corte á la mansion favorita de Cárlos IV.

Esta es la razon por qué cada año esté ménos animada una fiesta que constituia uno de los más gratos dias de holgura de los madrileños, no hace todavía un siglo.

***

En cambio, cuando ménos lo esperábamos, un motivo para arrojar unos cuantos reales por la ventana se nos metió en casa como Pedro por la suya.

El lúnes pasado acudian las gentes á la estacion del mediodía como moscas á la miel, y los coches de segunda y sobre todo los de tercera, que constituian un tren de recreo dispuesto á partir, eran tomados por asalto por una multitud abigarrada en que dominaban los sombreros cordobeses de anchas alas, las capas profusamente adornadas de trencillas y muy especialmente las panzudas botas que, pletóricas de Valdepeñas más ó ménos auténtico y de manzanilla no siempre legítima, esperaban las copiosas sangrías con que sus dueños habian de devolverles la salud á cambio de no conservar ellos muy seguras las cabezas.

El viaje era corto, pero prometia ser alegre. El punto á que se dirigia tan animada concurrencia era la histórica Alcalá de Henares, la patria de Cervantes, el asiento de aquella Universidad complutense que llegó á competir con la Salmantina, la ciudad predilecta del gran Cisneros, y á la que le cupo en suerte imprimir la famosa Biblia poliglota por cuyos ejemplares se pagan hoy millones de francos.

Pero, ¿era que en todo Madrid se habia despertado la fiebre de deletrear la partida de bautismo del autor del Quijote, de contemplar los bancos en que oyeron explicar humanidades D. Francisco de Quevedo, el P. Mariana, Fajardo y tantos otros varones insignes, ó de estudiar las riquezas literarias del Archivo nacional ó las artísticas del templo en que descansan las cenizas del conquistador de Oran?

Nada de eso. El héroe de aquel dia no era ninguno de los hombres que ilustraron con su fama otros siglos, ni á los que acudian allí les importaba, al ménos por aquel momento, que se hubieran escrito *El Ingenioso hidalgo, Los Sueños,* la *Historia de España* y las *Empresas políticas,* ni mucho ménos que se hubiera impreso una *Biblia* en diversas lenguas vivas y muertas.

El acontecimiento que nos sacaba de nuestras casillas era que *Guerrita* mataba en Alcalá cuatro toros. Por eso y sólo por eso somos capaces los madrileños de dejar nuestras ocupaciones y de sufrir las molestias de un viaje que, aunque corto, no está exento de incomodidades.

Pero al fin el dia no fué perdido. A pesar del agua con que nos obsequiaron las nubes, la corrida se verificó y todos pudimos tornar satisfechos á nuestros hogares.

Todos no. Despues de los toros de muerte se corrian cuatro novillos dedicados á que la juventud estudiosa vaya dando los primeros pasos en la senda emprendida por Mazzantini y de estos uno dejó mal trecho, quizá con pocas esperanzas de vida, á un aficionado que por su edad revelaba ser un padre de familia.

Pero estos son detalles en que no debe pararse la atencion. Los que volvian en el tren cantando canciones, no todas muy edificantes por cierto, encontraban muy natural aquel incidente.

***

Lo que son los contrastes. No recordamos bien si el mismo dia ó al siguiente de la corrida, tenia lugar en Madrid una escena conmovedora.

Miéntras los unos gastábamos el dinero alegremente, se dirigia á la Plaza de la Villa una imponente y pacífica muchedumbre, compuesta de rostros macilentos y miradas apagadas.

Aquella era la manifestacion del hambre. Eran los obreros faltos de trabajo que acudian á pedirle al Ayuntamiento.

El Alcalde Presidente ha atendido la voz de la miseria, hoy esos desgraciados comen. Pero, ¿y mañana?

***

Otra manifestacion ménos comedida que esta se esperaba uno de estos dias.

La coincidencia de verificarse la vista del famoso proceso conocido por el de los estudiantes, precisamente el dia del aniversario de los lamentables sucesos de que el año pasado fué teatro la Universidad central, hacia temer otra algarada estudiantil.

Por fortuna la prudencia de estos ha evitado el conflicto y la paz reina en Varsovia.

Sólo deseamos aquello de mucho dure y bien parezca.

***

El arte de Maiquez y Talma, de Latorre y Romea, ha estado á punto de sufrir una pérdida irreparable.

Antonio Vico, ese actor de verdadera inspiracion y á quien el público ha colmado tantas veces de aplausos, ha estado á punto (ya nos podemos permitir tocar este asunto á la ligera) de hacer el *mutis* final.

Una enfermedad aguda, de esas ante las que la ciencia tiene que apelar á los recursos extremos, ha querido atajar en toda su madurez una carrera de triunfos; pero por suerte no lo ha conseguido.

La muerte está resentida con el gran actor. La eterna enemiga de la vida se ha visto tantas veces y tan magistralmente plagiada en el escenario por Antonio Vico, que indudablemente se habia dicho: «Ahora veremos si el que tanto ha estudiado para morirse bien de mentirijillas, se sabe morir de veras.»

Sin embargo, lo único que por hoy ha conseguido, ha sido tener sumidos en una angustiosa consternacion, durante unos cuantos dias, á los que, en el ya convaleciente, admiramos al artista sin rival y nos honramos con la amistad del hombre modesto y lleno de virtudes.

Antonio Vico ocupa un altísimo puesto en la historia del arte escénico. En él no vemos sólo al inimitable intérprete de *La Capilla de Lanuza,* de *La muerte en los labios,* de *La Mariposa,* de *El nudo gordiano,* de *La Pasionaria* y de tantas y tantas obras á que ha sabido unir su nombre con lazo indisoluble. Es más que eso, es un restaurador.

Un dia el arte, arrastrando una vida lánguida y agonizante, hacia creer á todos que el género dramático habia muerto. Sólo pasaban por las tablas del escenario producciones insulsas y soporíferas y se decia que el público rechazaba todo aquello que se saliera del humildísimo patron que á las comedias se habia impuesto.

En aquella sazon llegó á Madrid Vico. Su nombre era poco ménos que desconocido, el único teatro en que pudo mostrar sus talentos era un olvidado local que casi recordaba los tiempos de nuestros antiguos corrales. Pero, ¿qué importaba? El actor tenia de su parte el profundo sentido del arte, y lo primero de que trató fué de no dejarse llevar de ningun prejuicio.

Sin él, tal vez los nombres de Zapata, de Sellés, de Cano, de Echevarría, del mismo Echegaray, dormirian en el olvido. Él, resucitando el drama, despertando de su marasmo al público, hizo con aquellos talentos lo que Cristo con Lázaro. Al *levántate* y *anda* pronunciado en el teatro de *Lope de Rueda,* debe quizá el drama su resurreccion.

De cuánto el público le quiere, habla muy alto el interés que todo Madrid, no todo Madrid, España entera, ha tomado estos dias por la salud del actor. La lista puesta en el portal de su casa contiene los nombres más ilustres y más oscuros de nuestro país. No hay clase social que no esté representada en ella.

Hoy, por fortuna, el peligro ha pasado. En el temible duelo sostenido entre la ciencia y la muerte, la primera ha triunfado, y tal vez muy pronto volvamos á aplaudir al que tantas veces hemos aplaudido.

Estremeciéndonos al pensar que la última nota de esta revista podia haber sido una nota de duelo, nos complacemos con toda el alma en poderla cambiar por el suspiro de satisfaccion del que ve conjurado un grave peligro.

ANGEL R. CHAVES

NUESTROS GRABADOS

LOS ÁLAMOS BLANCOS, dibujo por F. Urgellés

Yo no sé lo que tienen los álamos blancos para que me infundan, como me infunden, inexplicable tristeza. Sus troncos, desproporcionadamente altos y delgados, hacen que me aparezcan como los árboles tísicos de la creacion. Sus copas, sin pomposidad y de un verde dudoso, se asemejan á esos calvos prematuros, manifestacion de una naturaleza enclenque que amaga un fin ántes de tiempo, ó una vida raquítica é infecunda. El susurro de sus hojas tiene á veces algo del crujido de los huesos, y á veces algo como un lamento exhalado por un cuerpo sometido á dolores agudos. Y hasta su espejismo en el fondo del agua, á cuyo borde crecen, tiene cierto parecido al espejismo del enfermo á quien el destino implacable lleva á contemplarse en los pulimentados mármoles de la sepultura que ha de recibirle sin que se pase mucho tiempo.

Todo esto será puro capricho, preocupacion ridícula, y si no es bastante, una ofensa inferida á los álamos blancos; pero cada uno habla de las impresiones que le causan los objetos segun estas impresiones son, y no segun racionalmente debieran ser. Esto sin perjuicio de dar á los álamos blancos todas las satisfacciones necesarias.

No hay que decir, por consiguiente, el efecto que nos causa el paisaje que reproducimos, y que es, por cierto, de bella perspectiva y digno en todo de su autor. Esto no impide que sus álamos blancos produzcan en nosotros su habitual efecto.

Ejemplo: nuestro dibujo contiene dos figuritas insignificantes; apénas animan la soledad del paisaje. Pues bien, se nos ocurre que si son dos labradores, hablan de sus cosechas perdidas; que si son dos enamorados, hablan de la oposicion que sus padres hacen al matrimonio; que si son dos vagabundos, conciertan un golpe á mano airada.

Y todas esas tristes suposiciones tienen una misma causa; los dichosos álamos blancos...

PRINCESA EGIPCIA, cuadro por F. K.

Hasta hace poco tiempo, las cosas de Egipto se hallaban envueltas en las sombras, inventadas, al parecer, por los mismos autores de su antigua grandeza, para que nadie, en la posteridad, penetrara sus misterios, su historia, sus costumbres. De aquella tierra de los Faraones, que tan grande influencia ejerció en los albores de la historia, sabíamos apénas que existian unas célebres Pirámides, sobre cuyo destino pocos eruditos estaban de acuerdo, y que á los muertos se les enterraba de tal manera, que su cuerpo se conservaba á través de los siglos, si no intacto, en un estado de conservacion incomprensible. Pero esas momias eran impenetrables; los jeroglíficos que equivalian á nuestra escritura, impenetrables eran asimismo; los raros monolitos de que se tenia noticia, eran tan mudos como las momias; el secreto del egoismo egipcio estaba perfectamente asegurado: Egipto era apénas algo más que un mito.

¡Cuánto han cambiado los tiempos!... Ocurriósele á un hombre ilustre que los pajarracos, los monigotes y las flores de una especie no ménos bizarra, podian ser letras, palabras ó pensamientos completos susceptibles de combinarse ó de interpretarse cuando ménos; comprobó su sospecha, y hétenos que Egipto nos va siendo conocido, y acabará por sernos familiar, como la correspondencia convencional de los conspiradores, cuya clave se vende por un puñado de oro.

Demostracion de lo dicho es el cuadro que publicamos, donde el antiguo Egipto ha sido reconstituido por el artista, en la decoracion y en el personaje, como si la prodigiosa vara de un nigromante hubiera hecho brotar, del polvo de la tierra y de los sepulcros, personas y cosas de los distantes tiempos de Ramsés.

VENDEDORA DE FLORES EN POMPEYA, cuadro por Héra Coomans

Este hermoso cuadro, que empareja perfectamente con el anterior, representa un tipo de aquel pueblo, que, cual otro Fénix, ha surgido de sus cenizas, á los dos mil años de hallarse envuelto en ellas. El artista ha concebido perfectamente el tipo de la que pudiéramos llamar *contadina* pompeyana; lo cual, por otra parte, no le habrá ofrecido grandes dificultades, puesto que ese tipo vive aún entre las mujeres del pueblo bajo napolitano. Es su mismo talle esbelto, su misma tez morena, sus mismos ojos de fuego, la misma figura que vemos en la bahía de Nápoles y se nos antoja haber sido arrancada de uno de los pedestales del anfiteatro.

Los descubrimientos, cada dia más importantes, que vienen haciéndose en Pompeya, han permitido al artista ser verídico en punto á lugar de la escena y traje de la interesante vendedora de flores. Y por cierto que si todas las de Pompeya eran parecidas á la nuestra, no seria de extrañar que el comercio de floricultura hubiera sido causa de grandes discordias entre aquellos mozalbetes galantes ó entre aquellos viejos sibaritas que, cumpliendo el refran, tienen la costumbre de tomar el rábano por las hojas ó de besar al santo por la peana.

EL PASTOR DE LOS ALPES, estudio de Run

Cuando se aproxima el invierno y la nieve comienza á blanquear las alturas, diariamente se ve bajar de las montañas de Pistoja (Alpes) á los pastores que conducen sus rebaños á pastar en la llanura. Entre ellos se distingue el jefe, que montado en un escuálido rocin con su silla á la antigua, y una enmohecida carabina á la espalda, conduce por sí solo seis ó siete mil cabezas de ganado, divididas en grupos, como los destacamentos de un ejército. El apunte del tipo de ese jefe es el que se representa en nuestro grabado, debido al renombrado dibujante H. Run.

PALACIO DE LOS DUQUES DE BRUNSWICH

Trazado por el eminente arquitecto Ottmer, suntuoso, elegante, dejando comprender por su aspecto el empleo soberano á que estaba destinado, fué construido este palacio en cuatro años (1831 1835).

Treinta años despues (1865) las llamas hicieron en él grandes estragos; pero el arte se apoderó de sus restos y la mansion ducal fué reconstruida, sin el menor detrimento de su riqueza y majestad. Su estilo es del renacimiento romano, y los que hayan tenido ocasion de compararlo con el del palacio de Oriente en Madrid, han de encontrar entre ambos cierta analogía, no por cierto des-



LA VAC

CUADRO POR M. DAGNAN-BOUVERET, GRABADO POR M. BAU



CUNACION

DE Y TOMADO DE UNA FOTOGRAFÍA DE LA CASA GOUPIL DE PARIS

favorable al que concibió el proyecto de la mansion real en la corte de España.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA VACUNACION, cuadro por Dagnan Bouveret

Llamó este lienzo la atencion de los inteligentes apénas el público empezó á conocerlo, y á medida que la crítica lo fué estudiando, encontrároule los peritos más y más digno de todo encomio. El asunto, por lo mismo que tiene mucho de prosaico, ofrecia grandes dificultades á vencer: sus protagonistas son los niños que sufren ó aguardan sufrir la maravillosa operacion de Jenner.

Pero, dentro de este argumento trivial, ¡cuánta y cuán bien estudiada variedad de semblantes, cuántas y cuán bien entendidas actitudes, cuánto conocimiento de la vida práctica revelado en una forma verdaderamente artística!...

El inmortal Jenner ha sido causa de distintas manifestaciones artísticas; pero rara ha de ser la que haya interpretado más filosóficamente, digámoslo así, el mayor de los beneficios físicos proporcionados á la humanidad por su individuo más modesto, en más modesta forma.

EL TORRENTE DEL DIABLO

(*Leyenda provenzal*)

POR DOÑA JOSEFA PUJOL DE COLLADO

(Continuacion)

Tres toques de bocina debian apercibir á la lucha, coincidiendo el último con la señal de partida dada por Blanca, agitando en el aire su pañuelo.

Los contrincantes montaron en sus respectivos corceles y los ojos de todos los jinetes se volvieron con afan hácia Blanca de Montbars al sonar el segundo toque de bocina. Seis eran los mozos del pueblo que se disponian á tomar parte en la lucha, y los seis, colocados en hilera, esperaban la convenida señal que debia partir de la jóven dama. Ella, destacándose gallarda y gentil, en medio del círculo que formaban sus servidores, refrenando apénas el brioso alazan y con la mano que sostenia el simbólico pañuelo caida sobre su flotante falda, dejó que trascurriera un segundo. De repente, agitó en el aire el blanco pañuelo, y, como movidos por el mismo impulso, los seis caballos emprendieron furiosa carrera. El término señalado era un rincon del valle, donde flotaba á impulsos del viento la bandera de los Montbars, para alcanzar la cual, precisaba ántes dar tres vueltas alrededor del pueblo.

Rápidos pasaron, envueltos en una nube de polvo, los contrincantes á la primera vuelta, y de entre todos, llevaba la delantera Jorge. Al verle Rosa palideció, y sus hermosos ojos buscaron á Pedro en el grupo de jinetes. Pedro iba, en efecto, confundido con los otros.

A la segunda vuelta, varios caballos quedaron rezagados, á la tercera, solos, el uno al lado del otro, Pedro y Jorge se dirigieron en línea recta al camino que debia conducirles al término de la carrera. Pálidos, sudorosos, anhelantes, inclinados sobre el cuello de los caballos, emprendieron un galope infernal, vertiginoso. Se les veia adelantar, sin ceder ni un ápice ninguno de los dos; de repente el caballo de Jorge se adelantó al de su rival, y Rosa, sintiéndose desfallecer, se apoyó temblorosa en el brazo de su madre, en tanto que la altiva castellana, por un movimiento nervioso é involuntario, hizo adelantar dos pasos á su alazan dentro del círculo que la rodeaba. Una expresion de contrariedad se dibujó en sus labios, desvió un momento los ojos del camino que recorrian los dos adversarios, pero muy pronto, y merced á un sordo rumor que partia de la multitud, volvió á fijar su mirada en los dos jinetes, y una exclamacion de asombro salió de su boca. Faltaban pocos pasos para llegar á la meta, y Pedro habia tomado considerable ventaja sobre su rival.

Un momento más, y era suyo el triunfo.

Todos los pechos permanecian oprimidos, todas las miradas se hallaban fijas en Pedro y Jorge; por fin un *hurra* inmenso, atronador, llenó los espacios, y se vió á Pedro, coger la bandera, volver grupa, y dirigirse al pueblo, en tanto que Jorge, pálido, cubierto de sudor, desencajado, huia hosco y mal humorado de los sitios que habian sido testigo de su derrota.

A pesar del cansancio, volvia el amante de Rosa con la animacion en los ojos y la felicidad en el alma. Al llegar á la entrada del pueblo, sus amigos le salieron al encuentro, rodearon su caballo y le colmaron de plácemes, miéntras él buscaba más dulce recompensa en los bellos ojos de su amada.

Al llegar al punto de partida, descabalgó con soltura, y siempre con la bandera en la mano se dirigió á Blanca de Montbars, quien ya de léjos le acogiera con plácida sonrisa: en cuanto al conde Raimundo fijó en el vencedor sus ojos de un modo insolente, y luégo afectando la más profunda indiferencia, paseó sus miradas por la multitud allí agrupada.

Pedro se acercó á la jóven dama, estaba hermoso con su elevada estatura y su noble continente. Blanca le vió llegar, fascinada, absorta, y al ver que se detenia ante su caballo, inclinó graciosamente su rubia cabeza, exclamando con alegre acento:

—Has triunfado cumplidamente, Pedro; tuyas son la corona y los cien luises.

Uno de los servidores del castillo se acercó á su jóven señora, presentándola en rica bandeja de plata el codiciado premio.

Blanca cogió la corona de laurel adornada con hermosas cintas, y la entregó al vencedor, quien dobló galantemente la rodilla para recibirla.

Un momento mantuvo Blanca al mancebo en aquella rendida actitud, y su mirada inquieta buscó á Rosa confundida entre la muchedumbre.

¡Pobre niña! Estaba alegre pensando en el triunfo conseguido por Pedro, pero en el momento de ver á su amado á los piés de otra mujer, siquiera fuese para recibir el ansiado premio, un involuntario relámpago de celos se retrató en su hermoso rostro.

¡Debilidad á todas luces femenina, y cualidad ó defecto que siempre va unido al amor!

—Te doy mi más cumplida enhorabuena, Pedro,—dijo la noble dama,—te has portado como á quien eres; el mejor jinete de la comarca. Puedes estar orgulloso de la victoria y sentirte feliz.

—Hoy la felicidad no existe para mí, noble señora, pero acepto con gratitud vuestras amables frases.

Blanca se sonrió, envolviendo al jóven con una de sus más brillantes miradas, é hizo ademan de retirarse.

Pedro permanecia en su humilde actitud, con el sombrero en la mano, sin moverse ni una línea del sitio que ocupara.

La castellana le miró asombrada, preguntándole luégo con extrañeza:

—¿Qué esperas, Pedro? ¿tienes algo que pedirme?

—Así es, mi buena señora.

—Habla pronto, ¿qué deseas?—y la jóven dama fijó una mirada cariñosa en el gallardo vencedor.

—Señora,—dijo con varonil entereza el amante de Rosa,—el premio hoy alcanzado supera en mucho mis deseos, y me permite contar con lo necesario para asegurar mi dicha, uniéndome á la mujer que amo. Vos sois tan buena, os habeis interesado tantas veces por mí, que aquí, ante el pueblo reunido, no extrañareis que os pida seais mi intercesora cerca del conde mi señor.

Contrariada en grado sumo, conteniendo á duras penas su despecho y mirando á la angustiada Rosa, la castellana exclamó:

—No te comprendo, explícate, ¿qué deseas? precisa más tu pensamiento.

—Deseo, señora, que seais mi abogada, é intercedais, á fin de que el señor conde, vuestro hermano, me permita en breve plazo celebrar mi deseado enlace con Rosa.

Blanca frunció el entrecejo murmurando secamente:

—Sois muy impaciente y debeis dar tiempo al tiempo: mi hermano no os negará su permiso cuando lo crea necesario.

—¿No quereis interceder por nosotros?—preguntó el jóven con acento suplicante, miéntras sus ojos cargados de odio y rencor se dirigian al conde, que hasta entónces habia permanecido de pié, recostado negligentemente en su caballo.

Los circunstantes presenciaban la escena con asombro, extrañándose de la audacia de Pedro; éste, fuera de sí, próximo al paroxismo de la cólera, parecia dispuesto á arrollarlo todo, cuando de pronto el conde dirigiéndose á él con pérfida sonrisa exclamó:

—Pedro tiene razon, hermana mia, no hay motivo para que nos opongamos á su dicha; dentro de dos meses podrá casarse con Rosa si así lo desea.

Blanca fijó una mirada llena de contrariedad en Raimundo, y á duras penas pudo decir friamente al jóven vencedor:

—¿Lo oyes? ya tienes segura tu felicidad si esta consiste en el permiso de mi hermano.

Y volviendo grupa se dispuso á regresar al castillo en medio de los vítores de la entusiasmada multitud.

En cuanto á Rosa, temblorosa y vacilante, habia seguido todas las peripecias de la escena, y al disponerse á saborear con dulzura el consentimiento súbito del conde, oyó una voz que murmuraba á su oido con acento fatídico.

—El dia señalado para tus bodas, Pedro morirá.

La jóven se volvió con rapidez y vió á dos pasos de ella al conde Raimundo, con el despecho y el amor pintados juntamente en su rostro; comprendió en seguida la perfidia de la concesion, y viendo en un momento derrumbado el bello edificio de sus esperanzas, lanzó un grito que ahogaron las manifestaciones entusiastas de la multitud y cayó desvanecida en brazos de su madre.

En tanto, la brillante comitiva volvia á subir la cuesta del castillo, y los aldeanos se disponian á celebrar durante el dia con alegres danzas, el triunfo del vencedor y la próxima dicha de los amantes, colmando, quizá por primera vez, de bendiciones, al arrebatado y fogoso señor del castillo.

III

PRELIMINARES DE UN DRAMA

Pasaron como un soplo los dos meses de plazo que para la boda de Rosa y Pedro señalara el conde. Durante este tiempo, jamás brillara en los ojos de la jóven la dulce alegría propia de quien ve con creces satisfechos todos sus deseos; en cuanto á Pedro, noble y generoso como era, dando al olvido las palabras que segun relacion de su amada le dirigiera un dia el conde, entregábase loco de dicha á la contemplacion absoluta de su amor, con creciente confianza, puesto que le constaba de un modo evidente que el conde se habia vuelto á Paris, y sólo Blanca permanecia en el castillo, acompañada de sus servidores.

Rosa, ya lo hemos dicho, habitualmente entregábase á la angustia y zozobra que despertaran en ella las palabras del conde; pero en momentos dados, trataba de abrigar consoladora confianza en el porvenir, y cuanto más se acercaba el dia de la boda, más se esforzaba en tranquilizarse, viendo que el noble Raimundo no aparecia por aquellos contornos, y pensando con íntimo alborozo, que en medio del aturdidor tumulto cortesano, el hermano de Blanca habia dado al olvido su loco amor. Además, temiendo que un arranque colérico de Pedro comprometiera la felicidad de los dos, la jóven habia guardado silencio respecto á las últimas amenazas proferidas por el conde el dia de la fiesta, atribuyendo su desmayo á las emociones que sufriera aquel dia.

El amor todo lo embellece, todo lo dora con brillantes matices; lo mismo entre los poderosos que entre los humildes, lo propio en el palacio que en la cabaña, lleva siempre consigo numeroso cortejo de ilusiones, inagotable caudal de dichas, que bastan por sí solas á borrar las tristezas que en contados momentos rodean el sombrío cuadro de la vida y nos abruman con su peso.

Rosa y Pedro se amaban con delirio desde su infancia; ¡qué extraño pues, que viendo cercana la realizacion de su dicha, se entregaran confiados á los venturosos ensueños con que les brindaba su próxima felicidad!

Pedro ansiaba llegara el momento tan esperado, en que un sacerdote uniera para siempre sus destinos al pié del altar; Rosa cedia tambien al irresistible encanto que le ofreciera su dicha; pero cuando quedaba sola, un temor misterioso, injustificado, á causa de la prolongada ausencia del conde, agitaba su corazon, y abundantes lágrimas surcaban el rostro de la pobre niña.

Rosa deseaba y temia la celebracion de su matrimonio.

Entre vacilaciones, angustias, zozobras y risueñas esperanzas, que todo esto anda revuelto y confundido por el mundo, llegó la antevíspera del dia señalado para la ceremonia nupcial.

Rosa, á la caida de la tarde, hallábase asomada á la ventana de su cuarto, esperando con amoroso afan el regreso de Pedro, ausente de la aldea desde el dia anterior para ultimar los preparativos de la boda.

Los postreros y pálidos rayos del sol acariciaban en dorada nube los cabellos de la jóven, que inmóvil, apoyado su mórbido brazo en la repisa de la ventana, y la gentil cabeza en la palma de la mano, dejaba que divagara el pensamiento sin rumbo fijo, por el vasto campo de sus deseos, miéntras la mirada incierta se perdia en las poéticas sinuosidades del valle, que en espléndido panorama se ofrecia á su contemplacion.

Nada turbaba la plácida calma de que habitualmente se rodea la dulce agonía del dia, sólo el ruiseñor, ese cantor nocturno de la enramada, modulaba en medio del silencio sus armoniosos trinos, que resonaban deliciosamente en el corazon de la jóven amante.

Así trascurrió una hora de grata meditacion y apacible aislamiento; al cabo de este tiempo, la jóven, saliendo de su ensimismamiento, pasóse la mano por la frente, y murmuró, como hablando consigo misma:

—¡Cuánto tarda!

En aquel momento, y como respondiendo á un pensamiento apénas formulado, un ligero ruido, procedente de un recodo que formaba el camino, hizo que su corazon se estremeciera de alegría. Un hombre avanzaba con direccion á la casa, pero las indecisas tintas del crepúsculo no permitian reconocerle.

—¡Es él!—exclamó Rosa al fin con íntimo alborozo.

—Os equivocais, hermosa mia, no es Pedro,—dijo una voz bien conocida, que dejó á la jóven trémula de espanto.

El recien llegado era el conde Raimundo.

—¿Y Pedro, señor? ¿qué habeis hecho de él?—preguntó con afan la jóven, asaltada de repente por todas las inquietudes que habia logrado dominar y que entónces se levantaban en su pecho con mayor fuerza que nunca.

—Tranquilizaos, Pedro no sufre, pero no le espereis hoy,—dijo el conde con meloso acento, llegando junto á la casa y apoyando su mano en la repisa de la ventana.—Tengo que hablaros sin tardanza de algo que os interesa mucho.

Un rumor de voces llegó á oidos de los jóvenes que suspendieron el empezado diálogo, y á los pocos instantes un grupo de aldeanos que regresaban á sus hogares en busca del cotidiano reposo, pasó junto á la ventana que daba al camino real, cantando alegremente, no sin mirar con extrañeza al orgulloso noble, en familiar conversacion con la hermosa niña.

—Hablad, señor, ya os escucho,—dijo la jóven en cuanto hubieron pasado los trabajadores.

—Aquí no, ya veis que pueden interrumpirnos con frecuencia, y extrañar nuestro coloquio.

—Pues entónces, ¿dónde quereis que hablemos?

—Donde nadie pueda oirnos, en alguno de los lugares apartados de estos contornos, al aire libre, sin más testigo que Dios.

—No lo espereis de mí,—dijo la jóven con terror, fijando sus espantados ojos en el conde, que sonreia de una manera infernal,—yo no abandono mi casa por nada; ¿qué diria mi madre, qué pensaria Pedro?

—No deben saberlo, y os repito que este lugar no es á propósito para la séria conversacion que debo tener con vos, y que decidirá vuestro porvenir.

—Entónces, no puedo escucharos, no os canseis, señor,



PRINCESA EGIPCIA, cuadro por F. K.

tomado de la «Ebas Galloni» editada por el Instituto bibliografico aleman *(Deutsche Verlags Anstalt)* de Stuttgart



VENDEDORA DE FLORES EN POMPEYA, cuadro por Héra Coomans

Copia de una fotografía de Adolfo Braune y C.ª de París, grabada por M. Weber

—dijo la jóven haciendo ademan de retirarse de la ventana.

—¡Oh, cándida inocencia!—repuso el noble, sin inquietarse por la resistencia de la jóven,—¿no acertais á comprender, que cuando exijo algo, es porque sé en qué apoyar mi exigencia?

—Inútil apoyo, porque no he de acceder,—contestó Rosa resueltamente.

—Y si os dijera que Pedro se halla en mi poder, que no volverá sin mi consentimiento, y que sólo vos, acudiendo á la cita, podeis decidir de su suerte, ¿qué diriais?

Con la palidez del mármol en el acongojado semblante la jóven empezó á comprender el peligro en que se hallaban su amor y la vida de su amante.

Las lágrimas acudieron á sus bellos ojos, y toda su cólera, toda su valentía desapareció, como desaparece la nieve ante los ardores del sol.

—¡Oh!—exclamó con voz suplicante juntando sus trémulas manos,—no os burleis de mí, no goceis haciéndome sufrir todos los tormentos imaginables! Decidme por piedad que lo que acabo de oir es una mentira, que sólo lo habeis dicho para amedrentarme y obligarme á concederos esta entrevista; decídmelo, y sereis el más bueno, el más generoso de los hombres!

—¡Pobre niña! yo no puedo decir lo que no es cierto: Pedro se halla en mi poder, y de vos depende su vida ó su muerte. Escuchadme en tiempo y lugar oportunos ó Pedro morirá, cumpliéndose las amenazas que os dirigí un dia, y que seguramente habeis olvidado.

Rosa sintió en un momento como si el mundo se desplomara sobre ella; el hielo de la muerte invadió su corazon, y la debilidad propia de la mujer hubiera triunfado de su naturaleza, en el rudo choque de tan encontradas emociones, si la fuerza avasalladora del amor no se impusiera ante el peligro que amenazaba á su amante.

—¿Qué deseais de mí? acabemos,—dijo con voz que se esforzaba en aparentar serena.

—Ya os lo he dicho, que me oigais sin testigos.

—¿Dónde?

—En el embarcadero que hay á espaldas del castillo, dentro de tres horas, cuando todos duerman.

—Iré,—dijo la jóven con acento resuelto.

El conde Raimundo le dirigió una mirada sombría y desapareció murmurando:

—La paloma queria escapar del cazador astuto. ¡Pobrecilla!

Despues se alejó de aquellos sitios, dejando en el alma de la pobre Rosa un huracan de luchas, de temores, de lágrimas y de zozobras.

IV

LA CATARATA

Reia la luna en las tranquilas aguas del lago, y la naturaleza hallábase sumergida en el más profundo silencio, cuando Rosa, agitada por diversas emociones, temblorosa y resuelta á la vez, se dirigió al lugar donde la citara el conde. Este, recostado perezosamente en una de las barcas, propiedad del castillo, esperaba con ansiedad su venida, combatiendo á duras penas los latidos de su corazon en el cual há tiempo germinaba oculta pasion, inspirada por la bella amante de Pedro.

Nunca como entónces deseara el conde Raimundo hacer gala de su satánica hermosura, y nunca como entónces necesitara tambien la pobre Rosa afianzarse en su amor para salir victoriosa de la batalla que se aprestaba á librar con fuerzas desiguales.

Apénas llegara la jóven á la ribera, el conde se incorporó, atracó la barca y ofrecióle la mano para pasar á ella, no sin que la jóven vacilara un momento ántes de decidirse á pisar la embarcacion. Por fin se decidió, resuelta como estaba á todo. Sentóse á un lado del débil esquife, su acompañante tomó los remos, y se alejaron algunas brazas de la orilla Dos minutos despues, la barca mecíase dulcemente en mitad del rio, y el conde Raimundo fuése á sentar al lado de la jóven aldeana.

—Direis,—exclamó de repente el conde interrumpiendo el silencio que hasta entónces se habia impuesto,—qué capricho singular ha sido por parte mia, pediros una entrevista en semejante sitio, á pesar de lo intempestivo de la hora; ¡qué quereis! yo soy así. Deseaba hablaros sin testigos, y en vuestra casa, en el bosque, podrian espiarnos, aquí no, nadie puede cruzar el rio sin que le veamos. Además, al proyectar esta entrevista que debe decidir de nuestro porvenir, voy á seros franco, he querido celebrarla allí donde os ví por vez primera. ¿Os acordais? Regresaba yo al hogar paterno despues de haber hecho mis estudios en la tumultuosa Universidad de Paris: los aldeanos celebraban con regatas el casamiento de vuestra prima Teresa, vos asistiais á la fiesta, bella como siempre, deslumbradora como nunca, ataviada con el pintoresco traje del país. En la barca inmediata á la de los novios, barca que parecia una jaula de vocingleros pajarillos merced á la no interrumpida charla de vuestras jóvenes amigas, ibais vos, y al veros, algo como el fuego de un volcan abrasó mi mente despertando mi corazon, hasta entónces arrullado por los cándidos sueños de la inocencia. ¡Qué hermosa estabais aquella tarde, Rosa! ¡qué divina me parecisteis! tan bella como me pareceis ahora, iluminada por el pálido rayo del astro de la noche, que reviste vuestros encantos de un no sé qué sobrenatural y fantástico!

El conde se detuvo para tomar aliento, miéntras su mirada trataba de envolver á la jóven en una red de deslumbradoras seducciones.

—Continuad,—dijo friamente Rosa.

—Desde el momento que os ví,—prosiguió el conde,—sentí nacer en mi interior un loco deseo que me inducia á pensar en vos á todas horas. Entónces no sabia, ni yo ni nadie, que amabais á Pedro: cuando lo supe, todos los tormentos del infierno desgarraron mi corazon, y aquí, en la soledad, lo mismo que en Paris junto á los más aturdidores placeres, mi solo pensamiento erais vos, mi único anhelo ser dueño de vuestra hermosura, mi aspiracion suprema reinar en ese corazon tan puro, que debe ser bello como vuestro rostro.

—¿Y al pensar así, conde,—repuso la jóven con frio acento,—os olvidabais hasta tal punto de vuestro rango, que no vacilabais en exponer vuestra hereditaria nobleza á los desprecios de una oscura mujer del pueblo como yo?

—¿Qué importa eso, Rosa? el amor lo nivela todo, como la muerte, y el corazon no analiza para sentir.

—Habeis dicho una gran verdad, el corazon no analiza, por eso yo sin detenerme á analizar la fortuna que me ofreceis, prefiero al capricho de un gran señor, el amor dulce y tranquilo de Pedro.

—No pronuncieis ese nombre aborrecido, Rosa, porque jamás, oidlo bien, jamás sereis de Pedro.

—¿Quién lo impedirá?

—Yo.

—Habeis dado vuestro consentimiento delante de todo el pueblo.

—Ciertamente, pero no se ha realizado la boda todavía. Pronto habeis olvidado la promesa que os hice un dia, y los Montbars no olvidan con tanta facilidad. ¡Rosa, Rosa! ¿por qué os obstinais en desoir mis ruegos? ¿Qué os puede dar el mísero aldeano, que no sea inferior á lo que os ofrece vuestro señor?

—Un corazon puro, un amor inmenso y santo.

—¡Bah! no seais niña: en la tierra no existe la santidad, y sólo agradan el bienestar y el lujo. Yo os ofrezco los medios de que vuestra hermosura brille con todos sus encantos, y siempre me tendreis á vuestros piés. Pensadlo bien, reflexionadlo, mañana os arrepentireis de no haber me escuchado. Con Pedro os esperan, además de mi odio, miserias, escaseces, trabajos y privaciones; conmigo una vida llena de animacion, de lujo y de encanto en Paris, donde brillareis aventajando en hermosura y gentileza á las pálidas bellezas que forman la corte de nuestro rey. Pronunciad una palabra, una sola, Rosa, y como por encanto cambiará vuestra existencia, nada quedará de la humilde aldeana, y la gran señora verá á sus piés el más apasionado de los amantes.

Raimundo al hablar así, cayó de rodillas, tratando de apoderarse de una de las manos de la jóven.

—¡Atrás, demonio tentador!—exclamó Rosa, levantánse indignada y haciendo casi zozobrar la barca por medio de su brusco movimiento,—tus palabras no me seducen; crees que es empresa fácil engañar á un sér ignorante como yo, pero te equivocas. Eres como la astuta serpiente que se arrastra entre flores, pero estoy apercibida para recibirte. El porvenir que me ofreces, seria una vergüenza para mí: yo no me vendo, ni vendo por un puñado de oro, el amor inmenso que profeso á Pedro. Aparta,—añadió con creciente indignacion al ver al conde acercarse á ella con los brazos extendidos,—aparta, eres bastante infame para procurar la perdicion de una mujer. Yo no he venido aquí más que á saber de Pedro, y fuera de él, es inútil cuanto hables y cuanto intentes; no ejerces influencia alguna sobre mí.

—¡Me desafias!—exclamó Raimundo de un modo terrible.

—No, pero una vez para siempre, te digo que no te amo, ni te amaré nunca.

—Eso lo veremos; he jurado que serás mia y he de ver cumplido mi juramento.

—Nunca.

—Estás en mi poder.

La jóven sonrió burlonamente, y llevando la mano á su pecho con rapidez, hizo brillar á los ojos del conde la reluciente hoja de un puñal.

Raimundo retrocedió un paso sorprendido, pero luégo soltando una carcajada preguntó con tono burlon:

—¿Tanto amas á Pedro que le sacrificarias tu vida?

—Tanto le amo como te odio á tí. Sin él es imposible mi vida, ya lo sabes, de una vez para siempre.

Otra carcajada estridente del conde heló la sangre en las venas de la jóven.

—Presumia que miéntras tuvieras esperanzas de casarte con él,—dijo el noble,—desoirias mis ruegos, y me congratulo de haber llevado á cabo mi plan.

—¿Qué plan? decídmelo por piedad,—exclamó Rosa acercándose al conde.

—Ninguno, amada mia; miéntras estamos solos los dos, no debemos hablar más que de amor: ven,—añadió tratando de rodear con su brazo el talle de la jóven,—ven y oye la confesion dulcísima de todo el cariño que me inspiras.

—Jamás,—exclamó Rosa apartándose del conde con visible repugnancia,—yo no te amo, te lo he dicho muchas veces.

—Sí, ya sé que te inspiro odio, segun me has dicho, y que me matarias si pudieras; pues bien, odio me inspira Pedro tambien, y quizá por esta razon cuando há pocas horas se puso ante mis ojos, olvidé que era vasallo y yo señor, no dí oidos más que á mi cólera y...

—¿Y qué?—preguntó Rosa anhelante.

—Nada, no sueñes más con él, porque es un imposible para tí.

—¿Por qué motivo?

—Porque ha muerto,—respondió con odio feroz el señor del castillo.

—¡Esto no es verdad! vos no habeis cometido tamaña infamia, vos no habeis destruido nuestro hermoso porvenir por medio de un asesinato; habreis tenido compasion de mí.

—¿La tienes tú de mis tormentos? ojo por ojo, diente por diente. Oye: bajaba esta tarde del castillo, y me encontré con Pedro á la entrada del valle. Al verle comprendí por su mirada, que no ignoraba lo que un dia te dije respecto á vuestros amores, ví resplandecer en su fisonomía el odio mas profundo, me sonreí con todo y traté de seguir adelante sin mirarle; pero él, pálido por la ira, detuvo mi caballo, me preguntó, me increpó, olvidando su posicion y la mia, llegó á amenazarme...

—¿Y qué hicisteis?

—Nada ó casi nada, sepultarle mi daga en el corazon para que mañana al encontrarse su cadáver, escarmienten en cabeza ajena cuantos hayan soñado con faltar al respeto que se debe á un descendiente de los Montbars.

Al oir las últimas palabras del conde, la pobre Rosa quedó petrificada, sin aliento y sin voz: su espíritu perturbado no acertaba á medir la inmensidad de su pena.

—Ya ves el fruto que han producido tus desdenes, te lo predije,—concluyó el noble:—si me hubieras escuchado, Pedro viviria, y nosotros dos nos hallaríamos léjos de la Provenza felices y dichosos. Tu terquedad ha sido la causa de la muerte de Pedro, á fin de que sin esperanza ninguna, oyeras la confesion de mi amor. Ahora eres libre; tu amante desde la tumba no vendrá á exigirte el cumplimiento de tus promesas; decide pues lo que quieras que persista entre nosotros, la paz ó la guerra.

—Guerra, pero una guerra implacable,—dijo por fin la jóven levantándose delirante, desmelenada, del sitio donde la habia desplomado el dolor;—eres un asesino, un miserable, y morirás, puesto que has destruido de un modo tan infame mi dicha.

(Continuará)

LAS PEQUEÑAS MISERIAS

Estaban sentados á una mesa, en la tercera pieza del café Suizo.

—¿Con que has sido tan desgraciado, mi querido Juan?—dijo el banquero, ofreciendo un magnífico habano á su compañero.—¿Has estado en América y vuelves pobre?

—Como una rata,—contestó aquel mirando á su grasiento sombrero que estaba cerca de él en un divan.—¿Qué quieres? La ocasion la pintan calva y yo no he podido asirla, porque, como hembra, no se conmueve más que en muy raras ocasiones.

—¿Y nunca se ha conmovido contigo?

—Una sola vez; una vez sola he estado á punto de asegurar la felicidad ó por lo ménos el bienestar de mi vida y ¡quién sabe! quizá hubiese llegado á hacer fortuna como tú.

—Vaya, hombre.

—Nunca podrias adivinar qué fútil circunstancia, qué pequeña miseria, ha sido causa de que no se realicen mis propósitos.

—¿Una pequeña miseria? Vamos, hombre, cuéntame; eso me interesa; ya te diré el porqué.

—Mi historia es la de muchos que nacen para ochavo y á los cuales un grano de arena basta para hacerles tambalear y caer...

—O elevarse, segun y conforme. Vaya, dí: mi curiosidad está excitada, no sólo por tí, sino tambien por mí.

—Es un relato estúpido; pero en fin, de algo hemos de hablar.

—Es claro.

—Pues bueno, oye. A los veinticinco años era yo jóven, guapo y decian que simpático.

—Es verdad.

—Huérfano de padre y madre, sin una peseta, y aunque abogado, sin pleitos, mi situacion no tenia nada de agradable.

—Ya me hago cargo.

—Estaba á punto de arrojarme al canal, porque entónces aún no existia el viaducto de la calle de Segovia, cuando una doble esperanza vino á apartarme de mis fatales propósitos.

—La esperanza es un don del cielo.

—La esperanza es una calamidad. Pero no me interrumpas, porque si no, va á ser el cuento de nunca acabar.

—Bien, hombre.

—Un amigo me presentó en la casa de un rico comerciante retirado de los negocios, en cuya compañía vivia su cuñada, viudita, jóven, bien parecida y propietaria de dos casas en Madrid que la daban una renta de dos mil quinientos duros anuales.

—¿Y te enamoraste de la viuda y de las casas?

—Te he dicho que no me interrumpas. Me enamoré de la viuda, sí señor, y tuve la suerte de que tanto ella como su cuñado acogiesen con bondad mis insinuaciones amorosas; ella, porque yo era jóven y guapo, y él, á causa de sus aficiones aristocráticas; pues como se llamaba Pantaleon Cuadrado, mi apellido de Ponce de Leon sonaba armoniosamente en sus oidos. Todo iba bien. Rosario cada dia más tierna, me permitió esperar nuestro enlace para un plazo próximo, y todo me hacia creer que iba á variar de posicion, dándome fuerzas para soportar á mi patrona que me pedia dinero y á mis acreedores que no me dejaban vivir.

Una noche, ¡noche más terrible que la del poeta

latino! con motivo del cumpleaños de la viudita, hubo baile en su casa. Mi guardarropa no estaba muy bien provisto y Dios sabe los apuros que pasé para procurarme un traje de etiqueta presentable; pues aunque ex comerciante, como don Pantaleon era rico y además aficionado á las distinciones sociales, tenia muy buenas relaciones. En la época á que me refiero habia en Madrid mucha miseria y muy mal gusto... ¿Sabes tú lo que eran los camisolines?

—Ya lo creo: ¡he usado tantos!

—Pues bien, en la noche del baile, á falta de camisa decente, tuve que apechugar con un camisolin, y me presenté en la fiesta, hasta cierto punto satisfecho de mí mismo; mas no bien hube pisado la alfombra del salon, noté cierta atmósfera rara, miradas que se fijaban en mí, en fin, un no sé qué inexplicable que me turbó. Dando vueltas á mi imaginacion, hasta supuse el absurdo de que álguien me habia visto entrar en alguna casa de préstamos de la calle del Amor de Dios, y empeñar un paraguas agujereado, con objeto de comprar guantes; y que habia cundido la voz de mi miseria; ¿qué sé yo? lo cierto es, que me sentí azorado, descompuesto y en la espantosa situacion de un hombre, que con motivo ó sin él, se cree en ridículo. Rompí un florero de una rinconera, pisé dos ó tres colas de vestido, llamé capitan á un brigadier, y cuando me acerqué á Rosario para saludarla y sacarla á bailar, apénas pude balbucear algunas frases, porque la viudita y tres ó cuatro que estaban con ella me miraban, y sin saber porqué, apénas podian contener la risa.



EL PASTOR DE LOS ALPES, estudio de Run

En esto se aproximó don Pantaleon y más franco que los demás, al verme prorumpió en una carcajada. Iba á preguntarle la causa de su hilaridad, cuando sonó la orquesta; ofrecí mi brazo á Rosario, pero esta conteniendo la risa, me dijo:

—Arréglese V. el faldon de la camisa.



Sorprendido de esta frase inesperada é inconveniente examiné rápidamente toda mi persona y ¡cuál fué mi espanto, cuando al mirarme de perfil en un espejo que se hallaba cercano, comprendí el orígen de todas aquellas burlonas demostraciones! Un pedazo de tela blanco, rizado á guisa de sobrepelliz, se extendia graciosamente sobre el cuello de mi frac, ondulando al menor de mis movimientos; era la parte posterior de mi camisolin, ese ridículo apéndice que se une al cuello con el miserable propósito de simular una camisa. Un descuido al vestirme ó quizá mis movimientos al embozarme y desembozarme de mi capa, durante el trayecto que tuve que recorrer desde mi casa á la del objeto de mi amor, fueron, sin duda, causa de aquel incalificable bochorno. Debí presentar tal aspecto en mi cara y en mi actitud, al apresurarme á ocultar aquel indecente trapo, que los circunstantes, no pudiendo contenerse, estallaron en un coro de carcajadas. Yo soy nervioso, violento é impresionable, y en aquel momento perdí la cabeza; quise hablar y no pude; hice una mueca y virando en redondo sobre mi tacon izquierdo, me alejé apresuradamente de aquel sitio atropellando á todo el mundo al buscar la puerta de salida. Halléla difícilmente porque me encontraba en el caso de un murciélago encerrado en una pieza en donde hay mucha luz; salí á una antecámara, tomé por la derecha en vez de hacerlo hácia el lado contrario, tropecé con una puerta cerrada, abríla inconscientemente, sorprendiendo á una hermana mayor del dueño de la casa en el momento de estarse arreglando el añadido y... pero en fin, ¿para qué cansarte con el relato de mi desventura y de mis torpezas? Baste decirte que llegué á mi casa en muy mal estado, que al dia siguiente se me declaró una fiebre pertinaz, y que ántes de los ocho subsiguientes mi patrona me plantó bonitamente en el hospital general, en donde permanecí cerca de tres meses.

Al segundo dia de salir á la calle y bajando yo melancólico y pensativo por la Imperial, reparé en una amartelada pareja que iba delante de mí; él era jóven, guapo y elegante; ella se apoyaba en el brazo de su caballero y era, ya lo habrás adivinado, mi viudita, la de los cincuenta mil reales de renta. Llevaban un paraguas abierto porque llovia, y en tal ocasion aquel artefacto se asemejaba á la cúpula del templo del amor.

Este fué el último golpe, la última decepcion. Pensé sériamente en chapuzarme en el canal del Manzanares, pero un primo mio me disuadió de este propósito, aconsejándome que fuera á América á fin de distraerme y hacer fortuna y hasta me dió unos cuartejos para el viaje. ¡Inútil viaje! Sólo he conseguido sufrir el vómito en la Habana y la fiebre en Veracruz y volver tan pobre y más desilusionado que cuando me fuí.

¿Comprendes tú estos tejidos de la suerte? ¡Oh pequeñas miserias! ¡Oh progresos estúpidos de la industria! Los primitivos camisolines tenian espaldar que se sujetaba á la cintura por medio de una cinta; los últimos, más simplificados y económicos, han sido causa de mi desventura.

* * *

—¡Bah!—dijo el banquero, lanzando una bocanada de humo de su cigarro.—No eches á nada ni á nadie la culpa de tu ineptitud. Esas que llamas pequeñas miserias son azares de la vida que han aprovechado á muchos, entre los cuales me encuentro yo.

—¿Tú?

—Yo mismo en persona. Si ahora soy un banquero opulento, lo debo á una miseria que yo calificaria de grande; porque es muy grande no tener un real para afeitarse.

—Efectivamente; pero, es que no comprendo cómo...

—Pues voy á explicártelo con toda claridad. A mi barba, á la torpeza de no saber ser barbero de mí mismo y á la feliz circunstancia de no tener en cierta ocasion ni un céntimo en mi bolsillo, debo cuanto soy y cuanto poseo.

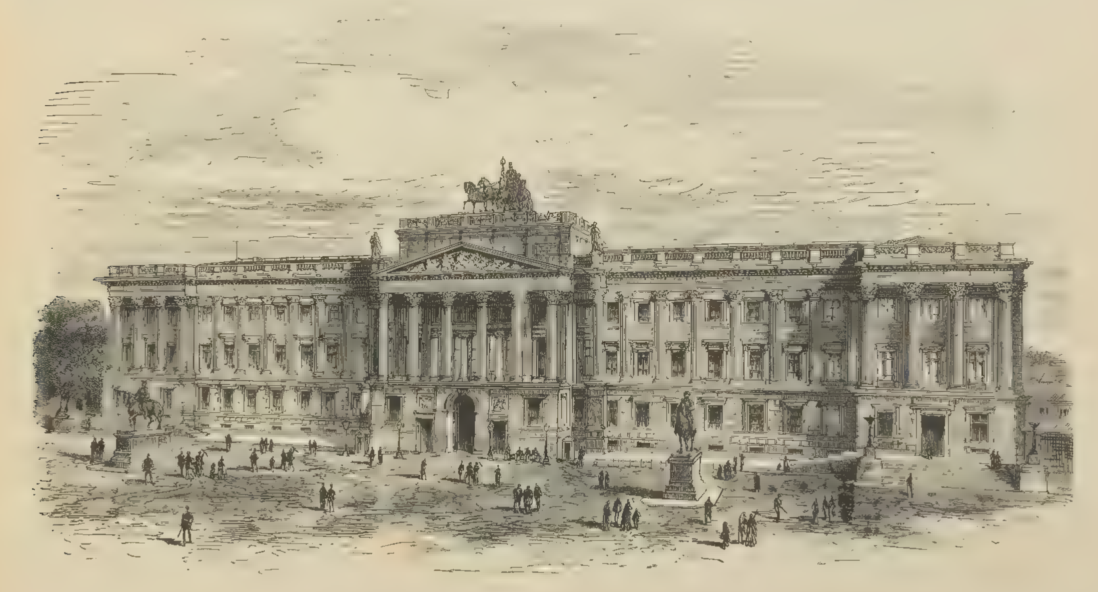
—Me parece que te chanceas.

—¿Cómo chancearme? Escucha. Yo era hortera de la calle de Postas, destinado probablemente á no salir en toda mi vida de entre cretonas y madapolanes. Los dias de fiesta solia comer en casa de un tio mio, portero de la Caja de depósitos, y me dedicaba á hacer el amor á su hija y prima mia, que era una rubita muy apetitosa. Ella me correspondia, pero ¿cómo pensar en casarnos, cuando entre ella, que cosia guantes, y su padre y yo apénas reuníamos cuarenta duros al mes?

En este estado las cosas, en esta incertidumbre del porvenir, una mañana, creo que en el Retiro, la salió á mi prima un pretendiente. Se llamaba mister Gutler y era jóven, guapo, soso, rico y altanero; sobre todo tenia una nariz perfectamente delineada. Como mi tio y su hija supieron que poseia muchos millones de libras esterlinas, acogieron bondadosos las amorosas pretensiones del inglés y me ví desbancado por un extranjero que chapurraba el español. Oculté mis celos y mi despecho, y continué frecuentando la casa de mis parientes, pero llevando siempre una espina en el corazon, espina que procuraba sacarme divirtiéndome lo más posible y dedicándome al distraido ejercicio del juego de la ruleta, los dias en que me tocaba salir á paseo.

Con este motivo contraje deudas, dí sablazos y me hallé lo que se llama perdido.

Un dia, primero de Pascua de Resurreccion, aunque podia disponer de mi tiempo, aburrido por no tener dinero para ir á los toros, determiné pasarme la tarde en casa, durmiendo la siesta, hasta la hora de comer en la de mi tio en donde estaba convidado. Hícelo así, me levanté al anochecer y cuando me dirigia á la calle de Toledo, en la que aquel habitaba, recordé que estaba sin afeitar. Yo no tenía ni un cuarto; mi barbero estaba establecido en la Plaza de Santo Domingo, y como ya no



PALACIO DE LOS DUQUES DE BRUNSWICH, copia tomada de una fotografía

abrigaba el deseo de presentarme guapo á los ojos de mi prima, no quise retroceder en mi camino, y me senté á la mesa de mis deudos con una barba de dos semanas, erizada como las cerdas de un jabalí.

Mister Gutler estaba tambien convidado.

***

No sé qué maligno espíritu sugirió á mi prima ó á la criada la idea de hacer una sopa de tallarines, sumamente espesa y pegajosa. No bien comenzamos á comer, una carcajada de mi prima me advirtió de que sucedia algo ridículo y una pulla del inglés hízome comprender que yo era la causa de aquella hilaridad. Segun parece, mi bigote y mi barba estaban sembrados de tallarines, presentando un jaspeado entre amarillo y negro.

Todos me miraban y se reian cada vez más. Tú comprendes el mal cuerpo que pone el ser objeto de mofa y no saber el motivo. Se me fué el santo al cielo; la rabia y mi celoso despecho desbordaron en mí impetuosamente. Dirigiéndome con especialidad al burlon extranjero, puse como un trapo desde la reina de Inglaterra, avara y ridícula, hasta el último ciudadano de la Gran Bretaña.

Mister Gutler cesó de reir, sacó una tarjeta y me la dió y yo á él un papel con las señas de mi casa, y poco ménos que echado por mis parientes, me marché desesperado y sin comer.

Al dia siguiente mi rival y yo nos batimos detrás de las tapias de la Moncloa. El duelo fué á pistola y tiramos simultáneamente, á la distancia de veinticinco pasos.

Hay Providencia, querido Juan, hay Providencia. Yo sentí el silbido de una bala y casi al mismo tiempo ví caer á mi adversario. Yo, que jamás habia disparado un arma, le solté un tiro providencial é inexplicable que le llevó una parte considerable de la nariz.

Trasladáronle á su casa todo ensangrentado y pasados unos dias me creí en el deber de visitarle.

—Esperaba á V.—me dijo con la mayor tranquilidad.—Me veo obligado á regresar á Inglaterra, porque no puedo presentarme en parte alguna, desnarigado. Encargo á V. que ofrezca mis excusas á su prima, pues nuestra union es imposible; yo no me resignaria á ser amado por compromiso ó por interés. Mi desgracia ha sido casi merecida por haberle soplado á V. la novia; se la devuelvo con el aditamento de un pequeño dote.

¡Oh portento! ¡Oh excentricidad inglesa! ¿Sabes á cuánto ascendia *el pequeño dote?* A cien mil francos ó sean cerca de veinte mil duros.

—¡Caramba!

—Me casé con mi prima, desarrollé con este dinero mis cualidades de negociante, compré bienes nacionales, jugué á la bolsa, fuí provisionista de ejército y aquí me tienes con un capital á tu disposicion.

—¡Singular destino el de las criaturas!—exclamó Juan filosóficamente.—El ridículo que á mí me ha perdido, á tí te ha salvado.

—Sí, amigo mio; porque todo, hasta eso que tú llamas *pequeñas miserias*, es en este mundo un instrumento de la casualidad segun unos, segun otros de la Providencia.

RAFAEL TRILLO DE MERELO

LA LÍNEA TELFÉRICA DE GLYNDE

La primera línea telférica industrial se inauguró el 17 de octubre último en Glynde, pueblecillo del condado de Sussex, para el servicio de la *Compañía de Cemento de Sussex*, en Newhaven: debe servir para el trasporte de 150 toneladas de arcilla semanalmente, necesarias para la fabricacion diaria.

No es preciso describir en detalle un sistema, cuyo principio nos bastará recordar, principio enunciado primeramente por el malogrado Fleeming-Jenkin, y que



Fig. 1.—VISTA DE LA LÍNEA TELFÉRICA (tomada de una fotografía)

luégo desarrolló en colaboracion con MM. Ayrton y Perry, sin haber tenido despues el gusto de ver la conclusion de su obra, pues la muerte le sorprendió en julio último.

Fleeming Jenkin ha definido el *telferage*, diciendo que es *el trasporte á cierta distancia de los vehículos por medio de la electricidad, independientemente de toda vigilancia y gobierno sobre el mismo vehículo;* pero temiendo que la palabra *telferage*, algun tanto eufónica, no se confundiera en lectura rápida con la palabra *teléfono*, la ha sustituido por la abreviatura *telfer* (llevar léjos); y designó con el nombre de *línea telférica* aquella en que funcionan semejantes vehículos.

En Glynde, esta línea tiene la extension de una milla (1 609 metros); se compone de una doble serie de varillas de acero de 20 metros de longitud por 18 milímetros de diámetro, sostenidas á la altura de $5^m,50$ del suelo por una serie de postes de madera. En las curvas, la vía está

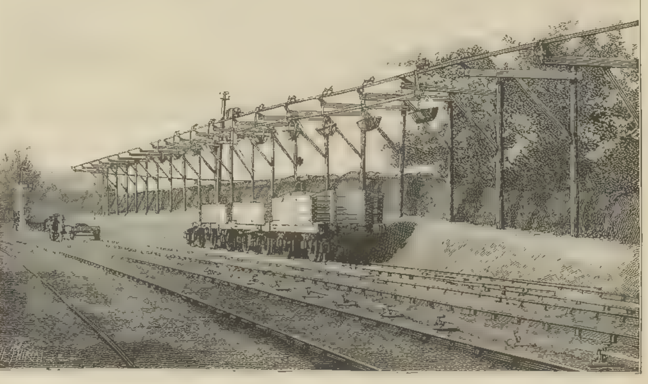


Fig. 2.—PUNTO DE PARTIDA DE LA *telpher line* DE GLYNDE, EN INGLATERRA (tomado de una fotografía)

formada por hierros angulares colocados sobre soportes distribuidos de 4 en 4 metros.

La fuerza motriz se obtiene con una máquina Ruston y Procton, cuya celeridad se mantiene sensiblemente constante por un regulador eléctrico, sistema Willans; este motor dirige una máquina dinamo Crampton, excitada en derivacion, y capaz de producir 6 000 *watts* (ocho caballos de vapor), con una diferencia de potencial que no excede nunca de 200 volts. Cuando el motor dirige un solo tren y una sola locomotora, la intensidad de la corriente es de 8 amperes; de 16 para dos trenes, y así sucesivamente, hallándose montadas todas las locomotoras en derivacion sobre la línea.

Cada tren se compone de una locomotora provista de un motor Reckenzaum, que puede remolcar de 8 á 10 wagoncillos, cargados con 250 ó 300 libras inglesas (112 á 135 kilógramos) de arcilla.

Cuando el motor excede de su celeridad de 2100 vueltas por minuto, la corriente se rompe bruscamente y deja de atravesarle hasta que la velocidad se reduzca á 1 900 vueltas en dicho tiempo. Resulta de esta disposicion, ya empleada por M. Marcel Deprez para sus motores de celeridad constante, que en las rampas, allí donde el trabajo requerido por la traccion es considerable, la corriente queda cerrada casi siempre; miéntras que en las pendientes se halla, por el contrario, abierta por lo regular. Así se economiza en la fuerza motriz, y el exceso de corriente resultante de la ruptura de un solo circuito de motor á la vez es demasiado débil para comprometer el aislamiento del dinamo-generador. La resistencia de la línea es tan escasa, que la celeridad de los motores no vaíra sensiblemente, cualquiera que sea su distancia á la máquina generatriz. Se comprende desde luégo que los cambios de velocidad tienen aquí poca influencia, pues, por una parte, el regulador especial de cada motor le impide que se precipite; y por otra, el blocaje automático y sucesivo de las diferentes porciones de la línea evita todo choque. Este motor produce, en 1600 vueltas por minuto, la fuerza de 1'1 caballo de vapor, con un rendimiento de 60 por 100: su peso es de 53 kilos.

La diferencia de potencial, 180 á 200 volts., conservada en la línea, es suficiente, en virtud del escaso desarrollo de aquella; pero en las líneas más largas y de mayor tráfico, podria elevarse la tension, haciéndola llegar á 2 000 volts. Sin embargo, en ningun caso será apetecible prolongar la distancia de trasporte á más de 5 millas (8 kilómetros), á cada lado de las máquinas generadoras.

Las figuras 1 y 2 darán idea de las principales disposiciones de la *línea telférica* que actualmente funciona en Glynde. Se han acumulado expresamente todas las dificultades para que se comprendan bien, por una larga experiencia, las cualidades y defectos del sistema, así como las modificaciones que se deben introducir para que la línea funcione con perfeccion. Los ensayos hechos algunas semanas ántes de inaugurarse han demostrado que el sistema llenaba con exactitud en su conjunto todas las condiciones exigidas.

Sin exagerar la importancia de los servicios que podrian prestar las *líneas telféricas*, diremos que tendrán aplicacion allí donde el tráfico sea suficiente para pagar el interés de un escaso capital; mas no bastarian á satisfacer el interés y la amortizacion de un camino de hierro de vía estrecha construido lo más económica; mente posible. La traccion eléctrica tiene sobre los sistemas de trasportes por calles, propuestos ó empleados ántes, las ventajas de una instalacion más rápida, más sencilla y más económica; la línea no exige mucha conservacion; no hay que engrasar ninguna pieza, ni hay partes sujetas á frotamientos; los cambios de direccion ó de pendientes son ménos complicados, y el trabajo motor necesario mucho menor en general, excepto en el caso de una vía en línea recta.

Añadamos, en fin, á estas ventajas la de obtenerse en todos los puntos de la línea un medio de obtener una fuerza motriz que puede hacer funcionar máquinas agrícolas ú otros instrumentos de trabajo, sin entorpecer en nada las funciones de los trenes. El dia de la inauguracion se demostró esto por un *cortaraíces*, movido por un pequeño motor eléctrico de MM. Ayrton y Perry.

La instalacion de las *líneas telféricas* no exige trabajos de arte ni compras de terreno; pueden cruzar campos sin perjudicar en nada los trabajos del cultivo; y sin hacer competencia á las líneas férreas, vendrán por el contrario en su auxilio, alimentándolas de mercancías, y sustituyéndose al trasporte ordinario por carretas ó bestias de carga.

La obra concebida por Fleeming-Jenkin se ha llevado á buen fin por sus primeros colaboradores MM. Ayrton y Perry, y no hay duda que bajo un enérgico impulso obtendrá un rápido desarrollo despues del buen éxito que acaba de alcanzar en Glynde la primera aplicacion práctica del sistema.

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 7 DE DICIEMBRE DE 1885 — NÚM. 206

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA BELLA, notable cuadro del Tiziano

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA BELLA, cuadro del Tiziano

En nuestro número 203 nos ocupábamos de este ilustre maestro, fundador y aun no igualado artista de la escuela veneciana. El cuadro suyo que hoy publicamos, grabado de tan clásica manera que permite apreciar muchas de las bellezas del original, demuestra la fuerza de ejecucion del profesor consumado y confirma lo que en otras ocasiones dejamos dicho, ó sea, que un simple retrato puede constituir una obra de arte, por más que raras veces lo sea.

A los historiógrafos de la pintura ha preocupado y preocupa quién haya sido el original de ese cuadro, cuya hermosura merece ciertamente guardar el sobrenombre de *Bella*, á falta de nombre y apellido que descubran á la incógnita. Ya dijimos en otra ocasion que grandes damas de aquel tiempo habian transigido con los naturales escrúpulos de su pudor á trueque de ser convertidas por Tiziano en Vénus y Dianas, en Danaes y en toda suerte de tipos mitológicos. La investigacion de incansables eruditos ha dado generalmente con la clave de esa trasformacion del miserable cuerpo mortal en divinidad olímpica: *la Bella* es una de las pocas retratadas del Tiziano que no tienen fe de bautismo en los estudios sobre las obras del maestro.

Y sin embargo, debió ser uno de los tipos favoritos del gran pintor, puesto que lo reprodujo en distintos lienzos. Así, por ejemplo, cuantos hayan visitado el museo del palacio Pitti, donde se encuentra *la Bella*, han de recordarla en otro cuadro de Vercelli que posee la Galería de *los Oficios*, ambos lienzos en la ciudad de Florencia. *La Bella* continúa, por lo tanto, ocultando su registro civil; pero el mundo artístico la conoce y, fuera princesa ó villana, la ha discernido el premio de Páris.

EL ACUARIO, cuadro por Cárlos Heyden

No puede negarse que en la eleccion de asuntos pictóricos hay tambien sus modas, como las hay en trajes y en muebles, en peinados y hasta en barbas.

Hubo un tiempo en que la mitología y el cristianismo preocuparon casi exclusivamente á los artistas. Se comprende que así fuera, porque la mitología se prestaba á los estudios del desnudo, y el cristianismo, verdadera antítesis, se prestaba á las sublimes inspiraciones de los que entreveian el purísimo cielo de Cristo y sus elegidos.

Hoy la cosa ha variado mucho: las mujeres no se entusiasman por el arte, ni están tan enamoradas de sus gracias que expongan sus bellas formas, por coquetería ó por orgullo, ante un Tiziano ó un Rubens. Las damas, las verdaderas damas, se retratan honestamente, ó si se prestan á servir de modelo á los artistas es para asuntos nobles, como el del cuadro de Heyden que hoy publicamos.

Este cuadro, por más que pudiera calificarse de composicion, trasciende á retrato; pero esto no impide que sea agradable y que tenga accesorios valiosos como ejecucion. Es una madre en el ejercicio de sus funciones: si la idea es de ella, muestras da de buena madre; si la idea es del pintor y éste no es padre, merece serlo.

LA SERENATA, cuadro por F. Zonaro

La escena tiene lugar en Padua: un grupo de esos estudiantes á quienes se encuentra más habitualmente en el café que en las aulas, se atraviesa en el camino de dos damas, que no parecen mortificadas por la aventura.

En rigor, el título con que el autor da á conocer su cuadro no es bastante exacto, pues los tales estudiantes no dan serenata alguna, aunque pudieran venir de darla. Lo más posible es que hayan perdido la noche, que las frecuentes libaciones hayan excitado su natural buen humor, y que al tropezar con dos jóvenes bonitas rompan el freno que la buena educacion impone á la misma galantería.

El grupo de los estudiantes está bien dibujado y sentido: la expresion de los semblantes, las actitudes de todos ellos, en que no domina la mejor correccion social, demuestran claramente que los tales muchachos no han pasado la noche velando enfermos.

En la expresiva fisonomía de las damas se echa de ver que harto comprenden el estado de excitacion de aquellos; mas aunque la prudencia las impone el deber de hacerse las desentendidas, el encuentro las parece más risible que peligroso. El conjunto del cuadro es simpático y nos demuestra que Zonaro interpreta con acierto las escenas de costumbres.

MARINA, cuadro por E. Dücker

El talento no se mide á varas. Si lo contrario fuera, el del autor de este pequeño cuadro mediria muchas más que su obra. Hay en ésta, luz, ambiente, y verdad, y cierta poesía vaga como la inmensidad del firmamento contemplada desde la playa.

GUZMAN EL BUENO, cuadro por Martinez Cubells

La hazaña que mereció el sobrenombre de *Bueno* á don Alonso Perez de Guzman, es de sobra popular para que nos entretengamos refiriéndola. Siendo su interés verdaderamente dramático, no es extraño que distintos artistas, al igual que varios literatos, la hayan trazado en sus composiciones, con la particularidad de que casi todos han colocado junto al gobernador de Tarifa á su esposa, sin duda para que la energía del soldado se destaque más junto á la desesperacion de la madre. En esta situacion presenta el cuadro que publicamos á los protagonistas de la patriótica hazaña.

La obra no carece de vigor y está bien concebida; pero el autor parece haber titubeado en el momento de ejecutarla, y de aquí cierta falta de naturalidad ó de espontaneidad en las figuras. A pesar de ello, el cuadro es recomendable, y áun no siempre los grandes hechos históricos han tenido tan feliz interpretacion, por lo mismo que este es el género pictórico más difícil de cultivar.

ALEJANDRO DE BULGARIA

El príncipe Alejandro de Bulgaria, que en 1879 fué elegido para ocupar el trono del Estado de este nombre, de reciente formacion, y que últimamente asumió la soberanía de la Rumelia Oriental, es el segundo hijo del príncipe Alejandro de Hesse, hermano de la última emperatriz de Rusia. El príncipe Alejandro fué en un principio oficial en el ejército prusiano, y sirvió al Czar de Rusia en la guerra ruso turca, hallándose en el sitio de Plewna. En los últimos seis años, el trono que ahora ocupa ha distado mucho de ser para el príncipe un lecho de rosas, pues casi inmediatamente despues de su acceso al mismo comenzaron las diferencias con los rusos, con motivo de la tutela que éstos querian mantener sobre los asuntos de Bulgaria, así civiles como militares. Su aceptacion, últimamente, de la soberanía de la Rumelia Oriental, proclamando la union de las dos Bulgarias, ha colmado el entusiasmo de sus súbditos, que pusieron sus vidas y haciendas á disposicion de su soberano para el caso de que la crísis diese lugar á la guerra. El príncipe Alejandro es de elevada estatura y apuesto continente, contando ahora veintinueve años de edad.

MILANO I OBRENOVITCH, rey de Servia

Milano I, actual rey de Servia, nació en Jassy en 1854, y era el único nieto de un hermano del príncipe Miloch I, cuyo hijo y sucesor, Miguel I, no teniendo descendencia, le adoptó solemnemente. Milano se educó en París en el colegio de Luis el Grande; cuando fué asesinado su primo el príncipe Miguel, proclamósele príncipe reinante, y fué consagrado el 2 de julio de 1868. El 22 de mayo de 1872, llegado á su mayor edad, dió á su pueblo un notable manifiesto político que mereció la aprobacion de toda Europa; y en 6 de marzo de 1882 proclamósele rey de Servia, en virtud del tratado de Berlin.

EL ENTERRADOR DE VALSOMBREDA

I

Si no me equivoco el pueblo se llama Valsombreda y aun creo que no dista mucho de Burgos. Su posicion es de lo más extraño que puede darse. Situado en una estrecha cañada, que forman dos inmensas montañas cortadas á pico y siempre cubiertas de nieve, parece que sus escasas y miserables barracas han querido ocultarse de tal manera á la mirada de todos, que hasta el sol mismo, ignorante sin duda de su existencia, jamás ha dorado sus techos con sus vivificadores rayos.

Sumido en un eterno invierno y en una noche casi constante, ni una flor brota del árido suelo, ni una planta olorosa embalsama el aire, ni nadie ha visto jamás que en la alta torre de su iglesia vaya á anidar una de esas errantes golondrinas que vienen todos los veranos á contarnos con su ininteligible charla las cosas que ha visto al otro lado del Estrecho. Los mismos reptiles que anidan entre sus piedras se deslizan silenciosos, como si temieran turbar el fúnebre silencio que reina allí.

Se diria que aquella, ya que no la ciudad de la muerte, era uno de sus arrabales. Para que la ilusion sea completa, el único lugar que rompe un tanto la monótona hostilidad de aquella muerta naturaleza, es el cementerio.

II

No recuerdo qué extraña casualidad me habia llevado á tan miserable pueblo; pero lo que sí recordaré miéntras viva, es que una de las pocas tardes que pasé en él me dirigí al lugar en que descansan los muertos.

Cuatro paredes de informes pedruscos pardos y sin otra union que el musgo que brotaba de los intersticios, limitaban un campo rectangular de corta extension. La puerta, tan rústicamente labrada como los muros, estaba abierta. Mi aficion á la paz y al recogimiento que en tales lugares se respira, me hizo entrar.

La escasa vegetacion de tan ingrato suelo parecia haberse refugiado allí. Una musgosa y pálida yerba que cubria el suelo dejando asomar á trechos la terrosa superficie, hacia el efecto de una raida alfombra, que el paso continuo hubiese llenado de agujeros. Algunas trepadoras bardanas y unos cuantos amarillos lampazos se arrimaban á las paredes, no sé si porque teniendo la conciencia de su propia debilidad buscaban un fuerte apoyo, ó si porque asustados de la soledad trataban en vano de huir. Lo único que indicaba que bajo aquel suelo dormian el sueño eterno algunos séres humanos, eran unas cuantas cruces de madera toscamente labradas y dos ó tres montecillos de piedras con que una mano cariñosa habia señalado tal vez una tumba querida.

Embargado por la dulce melancolía que en nuestra alma, nostálgica sin duda del más allá, despierta la soledad y el recogimiento de un cementerio, mis ojos tropezaron con la figura de un hombre.

Su aspecto hacia fijar en él involuntariamente la atencion. Su traje completamente negro y en nada parecido al de los habitantes de la sierra, no estaba exento de cierto sello de distincion. Sus facciones finas y correctas, aunque un tanto descompuestas, y sobre todo una frente ancha y espaciosa, que en vano trataban de ocultar algunos desordenados mechones de cabellos negros como las alas de un cuervo, estaban cubiertas de esa amarilla palidez que tienen las estatuas antiguas. Sus ojos dulces y tristes, despedian una claridad azulada, como si hasta ellos llegara el resplandor del misterioso nimbo de los fantasmas que aquella mirada vaga é inquieta, debia estar contemplando eternamente. En aquel hombre se conocia desde una legua que miraba más hácia dentro que al exterior, es decir, de esa manera que, segun el vulgo, es peculiar exclusivamente de los locos y de los soñadores.

No sé si un presentimiento de compasion ó de simpatía me arrastraba á aquel hombre, pero lo cierto es que, sin ser dueño de contener mis impulsos, me decidí á sacarle de la meditacion en que parecia estar sumido.

—Buenas tardes, amigo,—le dije acercándome al sitio en que se encontraba.

—¿Es V.?—murmuró fijando en mí sus dulces ojos.—No sé por qué tenia confianza en que no se iria V. del pueblo sin haberme hablado.

—¿Me conoce V.?—le pregunté con extrañeza.

—Sí,—me contestó con seguridad.—Nos hemos debido ver en alguna parte, no importa dónde... pero el hecho es que desde que le ví aquí por primera vez dije para mí: «Ese es el único hombre que puede comprenderme.»

—¿Me podré permitir preguntarle su nombre?

—¿Mi nombre? Hoy eso es lo de ménos. Aquí me llaman *el loco;* tal vez tienen razon para llamarme así. Un enterrador que piensa en otra cosa que en remover la tierra con la azada, es un hombre privado de razon. Bueno es que V. lo sepa, yo estoy loco.

Habia tal amargura en sus palabras, sus razonamientos estaban tan en abierta contradiccion con aquel aserto que, sin acertar la causa, me estremecí. Pero mi extraño interlocutor, saliéndome al encuentro, me distrajo diciéndome con dulzura:

—Usted no se asustará. Creo que somos compañeros.

—¿Compañeros?—referí un tanto amostazado.

—Sí,—continuó con la misma dulzura;—V. tambien es un loco que de seguro se olvida de las fosas que tiene que cavar.

Al oir tales palabras no pude ménos de sonreir.

—¿Pero V. cree que tambien yo soy sepulturero?

—Me figuro que no. Sin embargo he oido decir que es usted poeta, y de seguro no le faltará alguna ocupacion de que le distraigan esos sueños que turban la razon de los que buscamos algo que no hay aquí abajo.

—¿Es decir que V. tambien hace versos?

—Sí,—me contestó como si hiciera un esfuerzo sobre sí mismo.—Usted es la primera persona en el mundo á quien hago esta revelacion. Los hago, sí, y creo que mis versos están por encima de los de muchos poetas que han dejado escritos sus nombres en mármoles y en bronces. No se ria usted de mí; tengo la seguridad de que mi fama eclipsará algun dia la de todos ellos.

Al decir esto su mirada se extraviaba; el color mate de sus mejillas se tornaba cada vez más amarillo y sus pálidos labios se agitaban de una manera convulsiva.

Lo confieso; el sitio, la caida de la tarde, la fosa, mal cerrada todavía, que aquel hombre tenia á sus piés, y aquellas extrañas palabras que lo mismo pudieran ser el parto del cerebro de un loco, como la protesta de un hombre superior al medio en que vivia, me causaban una impresion parecida al miedo.

El enterrador pareció leer en mi semblante la duda, y como si tratara de arrojar de sí todo lo que pudiera darle apariencia de un enajenado, me dijo con su acostumbrada dulzura:

—Quisiera pedir á V. un favor. Si V. tiene la paciencia de escuchar mis versos, despues juzgará. Yo mismo, no sé si la razon es mia ó de esos pobres aldeanos. ¿Tiene V. dificultad en venir á mi casa?

Yo le seguí sin vacilar. La impaciencia me devoraba. Miéntras el extraño personaje cerraba la puerta del cementerio, yo no hacia más que observar sus facciones. Unas veces me parecia verlas iluminadas por los resplandores del genio; otras me las figuraba sumidas en las tinieblas de esa noche del espíritu que se llama locura.

III

Aquello no era una casa; era una fosa un poco mayor que las del cementerio, pero que ni siquiera tenia á su alrededor aquellos amarillos lampazos, ni aquellas raquíticas bardanas.

Por todo mobiliario habia en ella una especie de mesa y dos taburetes que cualquiera diria labrados en la madera de dos ataudes medio podridos por la humedad.

Un hueco enorme abierto en una de las paredes servia de hogar. En él chisporroteaban unos secos leños, y una tea resinosa colgada de un clavo, llenaba de humo mejor que alumbraba aquel negro cuadro.

Mi nuevo conocido estaba sentado en la penumbra que formaba uno de los rincones de su estancia. En sus manos tenia un cuaderno de hojas amarillentas en que clavaba aquellos ojos, que tan pronto tenian toda la serenidad del cielo, como dejaban cubrir toda la negrura del abismo.

Su voz, rica en inflexiones y armoniosa como un instrumento musical, leia. Se hubiera dicho que la mano del rey-profeta agitaba las cuerdas de su divino salterio.

Lo que leia eran versos; mejor dicho, unas rimas informes, incorrectas, mal rimadas á veces, tersas y llenas de galanura otras; pero siempre grandiosas, con esa grandiosidad del Océano que hace pensar en los abismos que oculta.

Allí estaban concentradas la indignacion de Dante, el pensamiento de Goethe, la amarga risa de Rabelais y de Cervantes, la serenidad de Milton, el sarcástico escepticismo de Byron y de Heine. Se creia escuchar el lamento de Job, la amenaza de Isaías, la carcajada de Juvenal. Pintaba á los hombres como Shakespeare, á los héroes y los dioses como Esquilo, á la naturaleza como Lucrecio. Miraba con serenos ojos los vastos horizontes llenos de luz de Víctor Hugo, y tenia para todas las miserias de la tierra, ora la sonrisa demoledora de Arouet, ora la actividad reconstructora de Juan Jacobo. Era, en fin, al propio tiempo, el látigo que flagela y el bálsamo que se derrama sobre la llaga abierta.

Y todo aquello salia de sus labios como el rugido de un Sinaí, pero de las nubes que se apiñaban en torno suyo, surgia no el rayo que abrasa, sino la antorcha que ilumina.

El gesto, la actitud, la voz de aquel hombre, era á veces la de un inspirado, á veces la de un poseido. Se hubiera dicho que en él habian encarnado su espíritu todos los profetas para inculcar á la humanidad un código tan grande como el evangelio.

Yo le escuchaba con un recogimiento que tenia mucho de espanto. Me parecia que leia, no para mí, sino para las generaciones que habian de sucederse, y aquel cuerpo débil y enfermizo se trasfiguraba á mis ojos, tomando gigantescas proporciones, y ese nimbo de impalpable luz que rodea el genio, iluminaba su frente contraida.

Por fin el cuaderno se cerró. Las facciones del extraño lector perdieron su tension, y sus ojos fueron anublándose poco á poco.

Yo, sin ser dueño de contener mi admiracion, me acerqué á él, tomé con más respeto que amistad una de sus manos y murmuré:

—Deme V. ese cuaderno. En él está la confirmacion de lo que ántes me decia. Démele y yo le respondo que dentro de poco el mundo se postrará á sus piés.

Una estridente carcajada fué la única contestacion que recibí.

Despues, ocultando el cuaderno como si temiera que hasta el contacto de mi mirada robara parte de los tesoros que contenia, gritó con un rugido semejante al de la pantera que defiende sus cachorros:

—¡Es mio! ¡es mio!

Yo le miré con lástima. Mi compasion le calmó.

—¿Usted quiere dar á conocer mis versos?—murmuró recobrando su dulzura acostumbrada.—Pues bien, aun no es tiempo. Dia llegará en que pueda V. cumplir su promesa.

Y poniéndose en pié, añadió con un acento que no dejaba lugar á la réplica:

—Los dos tenemos necesidad de descansar.

Un momento despues salia de aquella casa un poco mayor que las fosas del cementerio.

En el umbral se destacaba la figura del enterrador que iluminaba la tea resinosa con que me alumbraba. Su aspecto hacia comprender el apodo del *loco* con que sus convecinos le designaban.

IV

Al dia siguiente tuve necesidad de dejar el pueblo. Impresionado por mi singular encuentro, apénas habia podido pegar los ojos en toda la noche. Cuando despuntó el alba corrí á la casa de mi extraño amigo, pero la casa estaba desierta.

Creí encontrarle en el cementerio, pero allí reinaba la misma soledad. Llegué á creer que la simpática figura de aquel hombre, que aquel cuaderno de hojas amarillas que yo tenia delante de los ojos, como el adolescente la imágen de la mujer amada, eran no más que la creacion de un sueño. Entónces me decidí á partir.

Yo, que sin pena habia dejado tantos encantadores paisajes, tantos lugares risueños, sentia partírseme el alma al dejar aquellas tierras áridas y siniestras.

De pronto, cuando el mal cuartago que montaba hubo traspuesto uno de los recodos de la cañada, cuando, para siempre tal vez, iba á perder de vista aquel pueblo olvidado de todos, en una peña que se levantaba encima de mí, descubrí la figura de un hombre vestido de negro que agitaba entre sus manos un cuaderno cuyas hojas amarillas no tardé en reconocer.

¡Era él! A pocos pasos, una caterva de chicuelos le señalaba con el dedo gritando:

—¡El loco! ¡el loco!

El hombre me miró. Clavó los ojos con indecible angustia en aquellas hojas de papel y pareció murmurar:

—¡Me lo habeis prometido!

Yo le hice una señal afirmativa y seguí mi marcha. Poco despues ya nada se veia. Solo un eco lúgubre y siniestro zumbaba en mis oidos repitiendo sin cesar:

—¡El loco! ¡el loco!

V

Lo ménos habian pasado diez años, y como en el corazon humano duran tan poco los sentimientos que tenemos por más indelebles, no es de extrañar que yo no me acordara para nada del infeliz enterrador de Valsombreda.

En Burgos habia ido á pasar un verano. Habia hojeado ya una por una todas esas páginas de piedra con que la antigua corte de Castilla ha dejado escrita su historia, y porque no me quedara nada por ver, fuí una tarde á visitar el Hospital provincial, dirigido en aquella sazon por un condiscípulo mio.

Ya habíamos recorrido con la mayor escrupulosidad todas las dependencias, é iba á dar por terminada mi visita, cuando el celoso director se volvió á mí diciendo:

—Me olvidaba enseñarte la sala de dementes. Hoy no tengo en ella más que un pensionista; mañana ya no habrá ni aun ese; pero si quieres, puedes ver el departamento.

Y diciendo esto abrió la puerta de una habitacion en que se veian hasta media docena de camas, de las cuales cinco estaban vacías.

El desdichado que agonizaba en la sexta era el enterrador de Valsombreda.

Al ruido que produjeron nuestros pasos, enderezó penosamente la cabeza y un suspiro de satisfaccion se escapó de su débil pecho.

—Sabia que no podia V. faltar y le esperaba con entera confianza.

Yo no supe qué contestar. Estreché su mano entre las mias y mis ojos vertieron una lágrima... Tal vez de arrepentimiento por haber olvidado al que sin duda no habia dejado de pensar en mí.

Nuestra entrevista fué breve. No ignoraba que le faltaban muy pocas horas para morir y esperaba la muerte como se espera una antigua amiga.

Al separarnos, sacó un objeto de debajo de la almohada y recatándose de la vista de todos me le enseñó. Era el manuscrito.

Yo me iba á lanzar á él; pero él volviéndole á esconder precipitadamente, murmuró:

—No; aun no es tiempo. Mañana, cuando haya espirado, ese cuaderno será de usted.

—Y yo le juro que cumpliré la promesa de dar á conocer su nombre,—contesté con solemnidad.

La misma extraña carcajada que me contestó en el cementerio de Valsombreda, salió entónces de su pecho.

Despues, una postracion que se apoderó de él, me obligó á dejarle.

Cuando á la mañana siguiente volví á visitarle, sólo habia ya un cadáver en el lecho de la sala de dementes.

Sus manos crispadas, estrechaban el manuscrito. Sus facciones, sin haber perdido nada de su habitual serenidad, parecian contraidas por la carcajada con que me habia despedido la tarde anterior.

Tengo el remordimiento de no haber cerrado siquiera sus ojos. La impaciencia que me devoraba, me impidió detenerme despues que hube arrancado aquellas hojas amarillentas de entre los crispados dedos del cadáver.

Cuando cruzaba la calle no parecia sino que la locura de aquel hombre se me habia comunicado. Si los vecinos de Valsombreda me hubieran visto, de seguro me hubieran gritado, como en otro tiempo le gritaban á él: ¡Al loco! ¡al loco!

Al llegar á mi casa recorrí una por una todas las hojas del cuaderno. Ni una letra habia en ellas. Todas estaban en blanco. Indudablemente el poeta, cuyo nombre debia haber sido asombro de los siglos, no sabia escribir.

. . . .

Un epílogo.

¿Era efectivamente un loco el enterrador de Valsombreda? Jamás me he contestado satisfactoriamente á esta pregunta. Lo único que puedo decir es, que desde el desenlace de aquella aventura, siempre que encuentro en mi camino un loco, me digo: «Tal vez es un genio que carece de medios de expresion.»

ANGEL R. CHAVES

TRINIDAD

POR DON JOSÉ CAMPO ARANA

El vizconde de... habia comido admirablemente en casa de la señora de... cuya mesa tiene fama en Madrid, tanto por lo delicado y sabroso de sus *menus* como por el círculo distinguido que la frecuenta, en el que alternan el talento y la hermosura, la gracia y el poder.

¡Cuántas credenciales se han repartido en aquel comedor elegantísimo á trueque de sonrisas y promesas! ¡Cómo se depuran y aclaran allí las maliciosas oscuridades de la crónica madrileña! Sobre todo, ¡qué bien se come!

Perdone el lector este tributo, rendido al jamon con espinacas y á los salmonetes á la parrilla por un estómago agradecido, digresion que, sobre ser justa, habrá convencido al lector de que el vizconde habia comido admirablemente.

El calor era imposible, y el héroe de esta historia, bajando por la calle de Alcalá al prudente paso que determina la natural pesadez de una digestion laboriosa, y el humo de un cigarro que nada tenia que ver con las rentas del Estado, vacilaba en elegir sitio donde pasar la noche. Los anuncios brillantes colocados cerca de la iglesia de las Calatravas y café de Fornos, llamaron su atencion, pero la fuente monumental de los jardines del Buen Retiro le atrajo con su intensa luz y el vizconde, atravesando la calle de Alcalá, dejó en el despacho de billetes la imprescindible peseta y se internó en la microscópica alameda que conduce al paseo.

Era noche de concierto. Los emigrantes de la buena sociedad no habian comenzado su viaje anual al Norte; todo Madrid, por consecuencia, estaba allí. Los verdes bancos del paseo parecian ramos de flores; el *tendido de sol*, título con que se conoce el trozo comprendido entre la calle de entrada y la que da acceso al teatro por la izquierda, estaba lleno de espectadores; el kiosko semejaba un castillo de fuegos artificiales sitiado por un ejército de enanos.

El aire, agitado por la batuta del maestro Chapí, vibraba nerviosamente en los *allegros* calmándose en los andantes y llegando á los espectadores con acompasadas ondas de cada wals para arreciar con furia tempestuosa en los últimos compases. La música podia comprenderse bien con un poco de buena voluntad y frecuentes preguntas al programa. Era, en fin, el concierto eterno de los mártes y los viérnes; no faltaban ni siquiera un par de escándalos ocasionados por la falta de sillas. ¡Oh patria bendita de las tradiciones!

El vizconde dió una vuelta, saludando, sin detenerse, á sus amigos y amigas, reconociendo terreno ántes de tomar posiciones, como buen general, y, todavía no informado, empezó la segunda cuando los aplausos del público y el movimiento general le hicieron comprender que una parte del concierto habia terminado.

Aprovechó la ocasion para recorrer, como curioso, la indefinible concurrencia que forma el grueso y la avanzada del ejército melómano, ésta en los alrededores del kiosko y aquél entre el paseo y el teatro, masa heterogénea, donde puede hallarse un gran artista, populares escritores, estadistas, académicos, diputados, siempre algun ministro con su cohorte, y una turba de esos mil autorcillos en francés, que roen los teatros por horas y la literatura dramática y usan con orgullo de autor del derecho de lucir su fisonomía y su renombre tomándose el de criticarse mutuamente con un amor digno de *Calixto* y *Melibea*.

Para un elegante, no tal como la sátira los pinta, sino como en Madrid viven y gozan, sin llamar la atencion por su guardarropa ni por sus hábitos femeniles, pero esclavos siempre del buen tono, insensibles áun á la gracia y la hermosura cuando no van unidas á la elegancia y la riqueza; para uno de esos felices séres, los jardines no tienen más que bancos y paseo; el mismo *tendido de sol* es una transaccion vergonzosa.

Seguramente no pertenecia á esta privilegiada raza una mujer de 24 á 25 años, espléndidamente hermosa por la gracia y la pureza del rostro y por lo rico y armónico de las formas que más hacia resaltar el traje negro, sencillo y ligero que las ocultaba.

Recostada contra una frondosa morera, dosel siempre disputado en las noches de concierto, y colocados los piés en el palo de una silla, parecia escuchar con atencion la música y mirar sin interés á los que pasaban durante el descanso, dignándose apénas dirigir la palabra de tiempo en tiempo á otra señora, ni jóven, ni bella, ni respetable, que la acompañaba.

Un círculo de esos eternos enamorados que en Madrid persiguen á todas las mujeres con miradas lánguidas ó atrevidas galanterías, formando escolta de ellas á la salida de los espectáculos, siguiéndolas con empeño una noche para no volver á buscarlas, rodeaba á las dos que hemos bosquejado, sin que de la primera pudieran conseguir más que una indiferente mirada de curiosidad.

Al terminar la primera parte del concierto unos abandonaron el sitio y otros apretaron el cerco, rectificando las posiciones, aunque sin resultado favorable.

Empezaba la segunda con la overtura de *El Poeta y la Pastora*, y el vizconde, aficionado distinguido, se propuso oir lo mejor posible esta graciosa inspiracion. Las sillas abandonadas por los admiradores de la hermosa enlutada presentáronsele al paso; el sitio era bueno, y tomando una de aquellas, se dispuso á esperar, entreteniéndose en examinar la *gente* de alrededor. Sus miradas distraidas fijábanse indistintamente ya en uno ya en otro grupo, causando, sin saberlo, un grave disgusto á un marido celoso, cuya cónyuge no debió encontrar del todo antipático al nuevo vecino, opinion en la que seguramente coincidia una señorita colocada cerca de ambos, á juzgar por las miradas que dirigia al recien llegado y las frecuentes y un tanto excesivas carcajadas con que ilustraba la conversacion con una amiga.

Ignorante el vizconde de sus triunfos, y sin haberse fijado aún en la mujer vestida de luto, que uno de los perseguidores le ocultaba, vió con placer colocarse en sus puestos á los profesores y oyó con satisfaccion la señal dada por el autor de la *Fantasía morisca* con su batuta.

Empezó la *overtura*; un movimiento de la mujer hermosa, produciendo otro de su perseguidor, terminó el eclipse, y el vizconde logró hallar el complemento necesario á la emocion artística que buscaba. Oir un buen trozo de música con los ojos fijos en una mujer hermosa, es el colmo de la felicidad.

¿Qué pasó en aquellos diez minutos que duró la overtura?

¡Quién lo sabe!... La noche templada, *los crescendos* y



EL ACUARIO, cuadro por Cárlos Heyden



LA SERENATA, cuadro por F. Zonaro

pianos de la orquesta, una mirada... Sea lo que fuera, al terminar la segunda parte del concierto el círculo de adoradores habia desaparecido y sólo el vizconde quedaba cerca de la enlutada.

Pocos momentos despues, Vazquez, el amigo íntimo del enamorado, pasaba á corta distancia de uno y otra, hizo un saludo al vizconde y retrocedió á saludar á la enlutada con la que entabló conversacion, de la que sólo copiaremos breves palabras.

(Continuará)

EL TORRENTE DEL DIABLO

(Conclusion)

Rosa, ciega de desesperacion, loca de dolor, se abalanzó hácia el conde con la fiereza de la pantera herida, con el puñal en alto, pero Raimundo, sereno y robusto, la recibió en sus brazos, arrancó fácilmente el puñal que brillaba en la diestra de la desventurada niña, y le arrojó en mitad del rio.

—No seas loca, y deja de luchar contra lo imposible, —dijo friamente;—tú no pudes matarme ni yo quiero que te mates; lo que deseo es tu amor y la felicidad de los dos, léjos de estos sitios de tan funestos recuerdos.

—No me hables de vivir y de ser dichosa, quiero morir y reunirme con Pedro.

—Nunca lo consentiré, estás en mi poder y á tu pesar te arrancaré de la tranquila vida de la aldea. Vendrás conmigo á la ciudad y olvidarás á Pedro.

—¡Oh! no, —dijo la jóven levantándose de repente como impelida por un resorte, miéntras una expresion sublime se retrataba en su rostro.—Dios viene en mi ayuda. Los grandes amores tienen su recompensa en el cielo, y yo soy de Pedro muerta ó viva, nunca tuya.

—¿Quién lo impedirá?

—Ya te lo he dicho, Dios, que venga al inocente y castiga al culpable,—exclamó Rosa elevando al cielo sus ojos llenos de lágrimas;—la Providencia se vale de un medio infalible para reunir á dos amantes desventurados: la muerte.

—Tarde será, porque ántes han de verse realizados mis deseos.

—Te equivocas; sin que yo manche mis manos con tu sangre criminal, no se hará esperar tu castigo: mira, -añadió señalando al rio.

El conde sintió que se le erizaban los cabellos, al ver la rapidez con que la barca corria, atraida por la fuerza de la corriente.

—¿Oyes?—dijo la jóven prestando atento oido á un sordo rumor que por momentos se hacia más perceptible, —¡es el torrente! dentro de dos minutos habremos desaparecido en él, tú, para recibir en la eternidad el castigo de tus crímenes, yo, para obtener la recompensa de mi amor.

De una sola ojeada comprendió Raimundo lo crítico de la situacion, el inminente peligro en que se hallaban sus vidas, puesto que la barca insensiblemente se habia acercado al torrente, y la corriente la impulsaba hácia la catarata.

Rápido como el rayo, cogió los remos, intentó cambiar la direccion del débil esquife merced á sobrehumanos, á desesperados esfuerzos, pero pronto adquirió la horrible certeza de que era imposible vencer la atraccion de las aguas.

Helado sudor bañaba la frente del miserable, en tanto que sus extraviados ojos buscaban en todas direcciones un punto de salvacion.

Rosa permanecia de pié en la barca, con la sonrisa en los labios, transfigurada con la esperanza de morir y reunirse para siempre á su adorado Pedro. Al ver los desesperados esfuerzos del conde, se contentó con decir tranquilamente:

—No te canses, todo es inútil.

Tenia razon: la barca siguió corriendo con vertiginosa rapidez, llegando zozobrosa y trémula al borde de la catarata, donde vaciló un segundo.

Un vapor húmedo, extraño, aspiraron aquellos dos séres al borde del abismo. Rosa cayó de rodillas comprendiendo que habia llegado el momento supremo, y Raimundo lanzó una maldicion, cuyos ecos apagaron las bramadoras aguas.

Un momento despues, los dos jóvenes y la barca desaparecian para siempre entre el espantoso remolino de la catarata.

EPÍLOGO

A la mañana siguiente, los primeros aldeanos que abandonaron sus casas para dirigirse al campo y entregarse á sus habituales y rústicas tareas, hallaron el cadáver de Pedro á la entrada del risueño valle.

El desventurado jóven aun tenia clavada en el corazon una daga, en cuya empuñadura se veian las iniciales del conde Raimundo, que los aldeanos examinaron con espanto.

La noticia cundió por el pueblo con rapidez, y bien pronto alrededor del cadáver se reunió consternada multitud, que comentaba la desgracia á su manera.

—¡Qué lástima!—decian unos,—¡tan jóven, tan bello, tan feliz!

—¡Pobre Rosa!—exclamaban otros,—no podia esperar mayor desgracia el dia de sus bodas!

Y todos contemplaban con estupor aquel cadáver frio, rígido, que se llevaba á la tumba la explicacion misteriosa de la escena que allí habia tenido lugar.

Pálida y anhelante, tambien acudió al sitio de la catástrofe la anciana madre de Rosa, que no sabia explicarse la ausencia de su hija, á quien en vano buscara por la casa y sus alrededores desde el amanecer.

El corazon de la pobre madre, sin saber porqué, se hallaba oprimido por tristes presentimientos que tomaron cuerpo á la vista del cadáver de Pedro.

—¡Qué habrá pasado, cielo santo!—decia la infeliz vieja abriéndose paso entre el grupo que rodeaba al muerto, al propio tiempo que Blanca de Montbars, de regreso de su paseo matinal, detenia su caballo junto al camino, y al ver el cadáver de Pedro lanzaba un grito ahogado de desesperacion. La jóven dama llevó la trémula mano al pecho, como si hubiera recibido en él un golpe mortal.

En tanto la anciana se arrodillaba junto al cadáver, y al querer registrar afanosa la herida, sus temblorosas manos tropezaron con la daga del jóven conde.

—¡Misericordia, Dios mio!—exclamó la anciana,—la daga del conde, ¡qué horror! porque esta es la daga del conde Raimundo; ¿no es cierto?—preguntó con creciente angustia dirigiendo su extraviada mirada á cuantos la rodeaban.

—Sí, sí,—dijeron todos.

—¡Qué inescrutables son tus designios, Dios eterno!—añadió la madre de Rosa;—con mi silencio he causado la desgracia de todos, incluso la de mi hija, que morirá de dolor al saber el triste fin de su prometido.—No pudo continuar, porque los sollozos ahogaron su voz.

Ninguno de los circunstantes se atrevia á interrumpir su dolor; sólo Blanca, la noble y altiva Blanca, haciendo heróicos esfuerzos para ocultar la horrible desesperacion que laceraba su pecho á la vista del cadáver, consiguió dominar un tanto su agitacion, y acercándose un poco más al grupo, dijo, dirigiéndose á la madre de Rosa:

—Buena mujer, creo que más que llorar, debiéramos buscar un médico, para ver si ese pobre mancebo vive aún.

—No, noble señora; hace muchas horas que ha muerto, está rígido ya, no late su corazon, y este horrible dolor que pesa sobre mi Rosa, tambien os alcanza á vosotros, los herederos del conde Juan de Montbars. Desgracias sin cuenta caerán sobre vuestra casa: os lo vaticino sin miedo de equivocarme.

—¿Por qué decís eso, buena anciana? ¿qué misterio encierran vuestras palabras?

—Pronto lo sabreis,—dijo la madre de Rosa, revolviendo las ropas del muerto y arrancándole del pecho un medallon.

—¿Qué es eso?—preguntó Blanca con interés, deseando apoderarse de aquel objeto, que miraba como sagrado por haber pertenecido al hombre que amaba.

—Un amuleto que la madre de Pedro regaló á su hijo al morir, recomendándole lo llevara siempre consigo, y haciéndole jurar que jamás lo abriria, sino en una circunstancia crítica, desesperada de su existencia, cuando no tuviera esperanza ni auxilio de nadie. María, la madre de Pedro, era muy hermosa, señora, tan hermosa como vos: nunca quiso casarse con los muchos jóvenes que pretendieron su mano, y un dia desapareció de la aldea. Por espacio de tres años, nadie supo su paradero. Pasado ese tiempo, regresó al país nativo, envejecida, ajada su belleza, triste, y con un hermosísimo niño de la mano: era Pedro. En vano le preguntamos, nada quiso contestar á nuestras reiteradas preguntas; encerróse en la casita donde habian vivido y muerto sus padres, dedicóse por entero á su hijo, y á los cinco años de haber llegado al pueblo murió de dolor, no sin haber entregado ántes ese amuleto á su hijo, y hacerme á mí, su mejor amiga, la confesion del nacimiento de Pedro. Las breves líneas que contiene el amuleto os explicarán lo que yo dejo por decir, señora,—prosiguió la anciana,—pues comprendo que ha llegado la hora de las revelaciones, y quizá hubiéramos ganado todos hablando ántes.

Las arrugadas manos de la pobre vieja abrieron el medallon, rompieron luégo una tela que servia de fondo á un rizo de cabellos de la madre de Pedro, y de allí sacó un pedazo de pergamino cuidadosamente doblado, que leyó en voz alta la jóven dama. El pergamino decia así:

«Yo Juan de Montbars, conde del mismo nombre, declaro que Pedro Trouville es hijo mio, habido con María Trouville, y hago esta declaracion, por si un dia mi hijo necesita apoyo, deseando que, sin ser reconocido, se lo presten incondicionalmente sus hermanos, mis hijos y herederos, Raimundo y Blanca. Tal es mi voluntad.»

Un estupor profundo se retrató en el rostro de todos los circunstantes; en cuanto á Blanca, difícil seria describir lo que pasó en su interior al leer el pergamino. Muda, helada, quedóse inmóvil, sin acertar á pronunciar palabra alguna.

En aquel instante bajaban corriendo y dando desaforados gritos varios aldeanos.

—¿Qué ocurre?—preguntáronse unos á otros con creciente sorpresa.

—¡Una desgracia inmensa!

—Hablad.

—La maldicion del cielo ha caido hoy sobre estos contornos.

—¿Qué decís?—preguntó Blanca saliendo de su atonía, —hablad pronto,—añadió con imperio procurando serenarse.

—Señora,—dijo tristemente el venerable párroco del pueblo, que habia seguido á sus feligreses,—¿á qué ocultaros lo que al fin debeis saber, y tú tambien, pobre Teresa?—prosiguió dirigiéndose á la madre de Rosa.

—Decid, decid,—prorumpieron ambas mujeres,—no prolongueis nuestra agonía.

—Acaban de encontrarse los cadáveres del conde Raimundo y de Rosa en el fondo del *Torrente del diablo*.

Despues de las emociones pasadas, la funesta revelacion arrebató á Blanca el imperio que sobre sí ejerciera, palideció espantosamente, quiso espolear su caballo para correr al sitio de la catástrofe, pero faltándole las fuerzas vaciló en la silla, y el cura acudió á sostenerla desvanecida, en tanto que la madre de Rosa, comprendiendo de lleno toda su desgracia:

—¡Maldicion!—exclamó con sordo acento, y como herida por el rayo, cayó sin vida junto al cadáver de Pedro.

. . . .

Pasaron cinco años. Al cabo de este tiempo, ya no existia el soberbio castillo, morada señorial de los condes de Montbars: en su lugar se elevaba un sencillo edificio que servia de refugio á una comunidad de religiosas benedictinas, de las cuales, por gracia especial del Pontífice, era abadesa Blanca de Montbars, único vástago que quedaba de su raza. Así, dedicada por entero á la religion, la noble jóven esperaba aplacar la cólera del Señor, de un modo tan terriblemente manifestada, y á través de las austeridades de la vida monástica, trataba de ahogar los punzantes recuerdos de un pasado borrascoso, y sobre todo el loco amor que llegara á inspirarle su hermano Pedro, amor que unido al que sintiera el conde Raimundo por la infeliz Rosa, decidió la ruina de todos, y la muerte de tres séres nacidos para ser dichosos.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO

EL BROCKEN Y LAS MINAS DEL HARZ

(Alemania)

ASCENSION AL BROCKEN

El Brocken es el punto culminante de las montañas del Harz, antigua dependencia del bosque Hercinio de los geógrafos griegos. Aislada en medio de las llanuras de Alemania, la mole del Harz, célebre por sus minas, destácase majestuosa sobre aquellas, entre el Elba y el Weser. Su forma general representa un óvalo ligeramente inclinado de noroeste á sudeste, de 90 kilómetros de longitud por treinta de anchura, en la direccion de norte á sur; su mayor altura en la cima del Brocken, ó Blocksberg, alcanza 1141 metros sobre el nivel del mar, por 141 de altitud en Quedinburgo, 257 en Goslar, 235 en Wernigerode, 182 en Nordhausen, y 217 en Sangershausen. Las estribaciones de más rápida pendiente, semejantes á los muros de una fortaleza, cuando se ven por Quedlinburgo, cuna de Klopstock y de Ritter, elévanse sobre el lado nordeste por la parte de las llanuras más bajas. Los más de los valles son angostas grietas, profundamente socavadas en la meseta que la montaña forma en su conjunto. La composicion del terreno, muy variada, presenta la mayor parte de las formaciones de la serie de los períodos geológicos, desde el granito y las rocas cristalizadas hasta los depósitos de sedimento de las épocas recientes. A causa de su aislamiento en medio de una region expuesta á los vientos húmedos del mar del Norte, el Harz presenta fenómenos meteorológicos muy notables.

Se sube al Brocken por varios caminos diferentes, á partir de Harzburgo, de Wernigerode, de Ilsenburgo y de Elend, todos igualmente propios para formar exacta idea de la naturaleza del Harz. «Yo elegí, dice el autor del presente artículo, el camino del valle del Ilse, por haberse asegurado que se veian allí los restos de antiguos glaciales, pero con gran sentimiento mio no pude encontrarlos ni á la subida ni á la bajada, tal vez á causa del mal tiempo. Durante una parte del trayecto, el granizo me azotó el rostro, al subir por el Schnéeloch; y habiendo salido de Ilsemburgo entre tres y cuatro de la tarde, llegué á la posada establecida en la cumbre poco ántes de cerrar la noche, enteramente solo, pues no encontré ningun guía. En toda mi excursion á lo largo del torrente del Ilse, y despues á través de los bosques, no ví alma viviente; sólo hallé al paso algunos grupos de corzos que me miraban con curiosidad, y que al acercarme huyeron por las espesuras.

»El Ilse es un pequeño rio, de corriente poco impetuosa, que forma graciosas cascadas sobre enormes moles de granito, y bajo la sombra de gigantescos pinabetes negros; no es posible figurarse la trasparencia y limpidez de aquellas aguas, en las cuales se ven numerosas truchas. Siguiendo el camino forestal desde Ilsemburgo, hasta más arriba de las cascadas, encuéntrase el sendero del Brocken, que penetra en el interior del bosque, por la derecha, y está señalado por postes indicadores, ó por la letra B tallada en la corteza de los pinabetes, ó en las rocas. Entre los 800 y los 900 metros de altitud se llega á una especie de vallecito abierto en el flanco del Brocken y completamente desnudo: es lo que llaman el Schnéeloch, ó *agujero de nieve*; esta última llena entre las rocas grandes espacios, visibles desde léjos, y en determinados sitios tiene algunos metros de espesor. Densas nubes y una niebla espesa rodeaban la montaña al cesar la lluvia; y sobre el Schnéeloch el bosque reaparecia formado por pinabetes, cuyas copas cubrian inmensas moles de granito acumuladas unas sobre otras. Si no existiese el sendero, ya de suyo

sumamente escarpado, seria preciso trepar muy trabajosamente, á la manera de las cabras, ayudándose con piés y manos. Es peligroso pasar la noche entre aquellas rocas, por donde se desliza el agua continuamente, azotado por el viento en medio de aquellas húmedas nieblas, que bastan para extraviar á cualquiera si no le acompaña un guía.

»En las montañas es preciso elevarse hasta llegar á la cima, y para alcanzarla en el Brocken el viajero se ha de cansar mucho. Cuando el bosque comienza á clarear, hállase una pendiente, donde se cruzan aún algunos árboles achaparrados y retorcidos; más allá el terreno está cubierto de un césped turboso, y no se tarda en divisar entre la niebla la torre del Brocken, junto á la cual está la posada. Gracias á los progresos de la época, en vez de pasar la noche en las nubes, encuéntrase en Brockenhaus un cómodo albergue: bonita habitacion, con alfombras, sillas de tapicería, magníficas lámparas, buena estufa, lujo y comodidad, lo cual hace olvidar la tormenta que ruge fuera, pero todo esto se ha de pagar bien. Como en la posada hay unas cincuenta habitaciones con sus camas, se puede estar seguro de encontrar hospedaje.

»Completamente desnuda, la cima del Brocken presenta una ancha cúpula ligeramente redondeada, cuya superficie está cubierta de césped: es el Mons Bructerus de los romanos, famoso por la leyenda de la noche de Walpurgis, de la que Goethe ha hecho una de las escenas más conmovedoras de su drama *Faust*. Segun la creencia popular, en dicha noche, todas las brujas del Harz se dirigen al Brocken montadas en escobas para celebrar su aquelarre entre el 30 de abril y 1.° de mayo.

»En la cima del Brocken, la temperatura media del año no pasa de 2°,4, ó sea el equivalente del calor recibido en la isla de Tromsoe, á los 70° de latitud en el extremo norte de Europa. Sin embargo, miéntras que en dicha isla se ven por julio campos de patatas y de cebada, frutos que maduran perfectamente, los ensayos hechos para cultivar verduras en el huerto de Brocken no han dado buen resultado. Como temperaturas extremas, se han observado en el Brocken + 27°,7 y—28°. Por término medio al año, la última helada se produce á fines de mayo, y la primera del 5 al 10 de octubre. No obstante, en 1840 heló ya en la cumbre el 22 de setiembre y el 25 de junio; de modo que en dicho año sólo hubo 89 dias sin hielo, contándose cuatro meses enteros sin él en los años comunes. Los períodos de frios prolongados, por otra parte, no son más frecuentes en el Brocken que en la llanura alrededor del Harz. El período más largo de frio observado en la estacion fué el del mes de enero de 1838, en que el termómetro estuvo señalando diez y ocho dias consecutivos ménos de 19°, hasta el punto de helarse el agua del pozo que hay junto á la posada. Cuéntanse solamente, un año con otro, diez ó doce dias de temporal, pero no son raros aquellos en que caen dos ó tres aguaceros, bien sea porque llegan ya formados de todos los puntos del horizonte, ó porque la cima del Brocken los divide ó los separa: los rayos caen con frecuencia.

»La cima del Brocken está cubierta todas las mañanas de brumas muy densas, y son raros los dias completamente serenos, sobre todo en el otoño y el invierno. Los meses de abril y mayo son los ménos nebulosos. Así como en los Vosgos, la cumbre misma del Brocken descuella á menudo sobre las nieblas, que cubren la llanura y las pendientes inferiores, siendo muchas veces tan espesas, que un hombre de regular estatura podria tener la cabeza sobre los vapores, miéntras que la parte inferior del cuerpo está envuelta por los mismos. En tales circunstancias aparece en ciertos casos el *espectro del Brocken*, visible á la salida y á la puesta del sol, cuadro fantástico que se observa particularmente en invierno. Los espectadores ven proyectarse su silueta, con proporciones aumentadas, en la superficie de la niebla, que parece salir de las nubes como una inmensa cortina; su cabeza parece rodeada de una aureola, y la sombra de los objetos que la rodean, particularmente la torre de la posada, adquieren dimensiones gigantescas en medio de un inmenso cuadro trazado por un arco íris. El mismo fenómeno se observa en la cima del Egischhorn, sobre el glaciar de Aletsch.

»Entre los fenómenos meteorológicos dignos de estudio en el Brocken, las precipitaciones de humedad, la lluvia y la nieve, el rocío y la escarcha merecen particular atencion. Los vientos del oeste, cargados de vapor, determinan una condensacion activa, aunque la altura del agua caida en la cumbre en forma líquida ó congelada no se ha comenzado á fijar con precision hasta hace poco. En el Brocken se hacen desde 1836 observaciones regulares y continuas sobre la altura de las aguas; pero la nieve caida y la escarcha producen tambien considerables cantidades de aquel flúido, de las que aun no se tiene nocion precisa. La escarcha es tan abundante, que al cubrir los postes telegráficos adquiere más de un metro de espesor, llegando á romperse bajo su peso los hilos conductores. Una serie de fotografías del Dr. Assmann, confirma este hecho que muchos parecen haber puesto en duda. Estos efectos de la escarcha desígnanse en el Harz con el nombre de *Anhang*, que puede traducirse por *apéndice*. Unas gotitas de agua, de extremada finura, sumamente enfriadas, depositanse y se congelan bajo la forma de figuras cristalinas en la superficie de todos los objetos contra los cuales son arrojadas por las corrientes de aire. La mayor ó me-



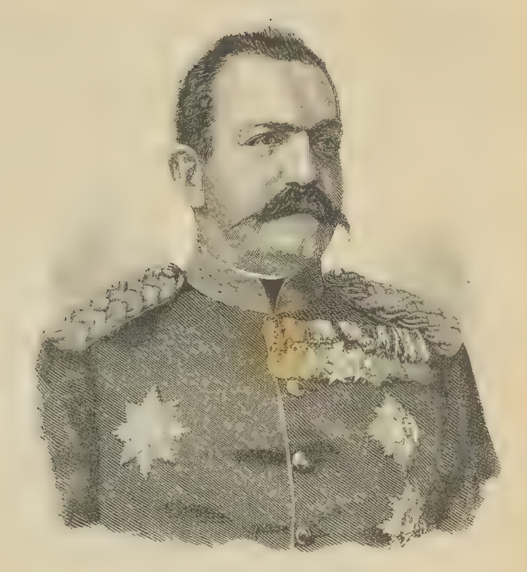
MARINA, cuadro por E. Dücker



GUZMAN EL BUENO, cuadro por Martinez Cubells



EL PRÍNCIPE ALEJANDRO DE BULGARIA



MILANO I OBRENOVITCH, rey de Servia

nor conductibilidad de aquellos no tiene efecto aparente, atendido que la escarcha se produce igualmente sobre la madera y el hierro. La congelacion de la gotita de agua microscópica aun líquida verifícase al momento del contacto, bajo la forma de una agujita de hielo que se prolonga por la agregacion de nuevas partículas en el sentido de la direccion del viento. La influencia de esta direccion sobre el aumento de la escarcha manifiéstase particularmente en los rincones y los ángulos detrás de las salientes de los edificios y de las rocas, donde la formacion en figura de penacho indica de una manera muy sutil la desviacion de la corriente de aire.

»Por el efecto de la escarcha, los paisajes del Brocken adquieren durante el invierno un aspecto fantástico, sobre todo á la luz del sol, que hace brillar las facetas de los innumerables y pequeños cristales. Todos los objetos expuestos al viento comienzan por revestirse de finas agujas que se prolongan cada vez más contra la corriente de aire. Las ramas de los árboles, de los pinabetes, se inclinan bajo el peso de esa escarcha; despues brilla el sol; las capas superiores se funden lentamente, pero el agua que baja á lo largo de las ramitas, apénas llegada á la sombra de las agujas que se hallan encima, congélase de nuevo, prendiéndose una gota á la otra; y poco á poco, los diminutos témpanos así formados se agrandan; miéntras que los depósitos de escarcha continúan aumentando cada vez más sus dimensiones. A causa de la alternacion prolongada del sol y de la helada, la cantidad de escarcha y de hielo llega á ser tal, que las copas de los pinabetes se deforman y rompen con frecuencia por efecto de la presion, ó bien los árboles trasfórmanse en pirámides de hielo, cuando la helada sigue una marcha regular, soldando las ramas entre sí á partir desde el nudo, de modo que se arquean. En una de sus excursiones al Brockenhaus en los últimos dias del pasado octubre, M. Assmann encontró rotos los hilos telegráficos entre la mayor parte de los postes (el telégrafo se ha establecido para el servicio de la hospedería durante el verano); en los puntos en que el alambre se sostenia aún, semejaba una guirnalda de deslumbrante blancura, de veinte á veinticinco centímetros, que casi tocaba al suelo. El posadero del Brocken, que tuvo la curiosidad de averiguar el peso de algunos alambres de un metro de longitud, reconoció que en varios de ellos el hielo llegaba á diez y seis kilógramos, ó sea quinientos setenta para toda la longitud del alambre entre dos postes. ¿Qué tiene de particular que en tales condiciones se rompan los hilos telegráficos todos los dias durante el invierno? En cuanto á los postes, la escarcha los trasforma, en direccion del viento, en un verdadero pilar de cincuenta á sesenta centímetros de espesor al nivel del suelo, cubierto de nieve, pero cuyo diámetro aumenta hácia arriba, hasta alcanzar una anchura de dos metros en la cima, cerca del punto de enlace de los hilos. El Dr. Assmann asegura haber medido postes que tenian $2^{m},90$ de diámetro, habiendo tomado la cabeza del poste, en el aislador, la forma de un hongo en saliente (fig. 2). Hasta en los barras de hierro fijas en lo alto de la torre, en forma de reglas cuadradas de tres centímetros de lado, la escarcha tenia cuatro metros de longitud sobre $2^{m},5$ de altura y 2 metros de espesor.

»Los bosques de pinabetes adquieren, bajo la influencia de la escarcha, un aspecto sumamente fantástico, en que la imaginacion descubre todas las formas posibles (fig. 1.) Cuando las nubes del Brocken son muy espesas, el depósito de escarcha adquiere más de cincuenta centímetros en el espacio de veinticuatro horas, y muchas veces la cima de la montaña no recibe sol durante un mes. Fácil es comprender qué inmensa cantidad de agua producen estos efectos de escarcha, y cuánta dificultad ofrecia medir

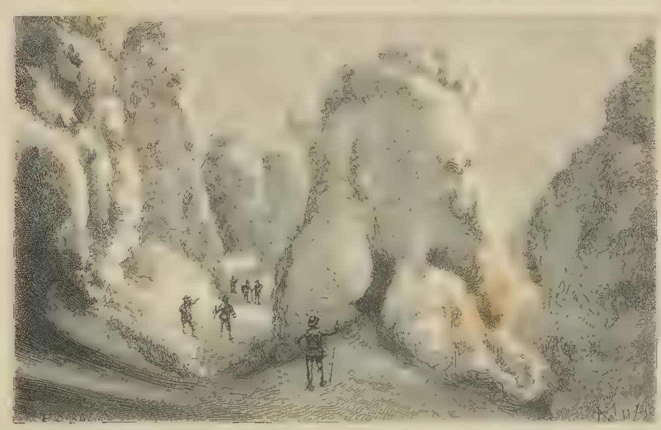


Fig. 1.—Pinabetes cubiertos de escarcha y trasformados en moles de hielo en el Brocken, segun una fotografía del Dr. Assmann.



Fig. 2.—Postes telegráficos cubiertos de escarcha en la cima del Brocken, segun una fotografía del Dr. Assmann.

la altura anual de las precipitaciones acuosas en tales condiciones. Sobre las superficies cubiertas de césped, esta masa es ménos considerable que en los bosques, donde la condensacion del rocío produce igualmente considerables cantidades de agua. Las observaciones del Dr. Assmann, que acaba de instalar en Brockenhaus un nuevo udómetro, por medio del cual se evaluarán en lo futuro las cantidades de nieve, demuestran que la escarcha se deposita en el Brocken cuando la temperatura baja de 0°; las gotitas de agua que forman las nubes, mantiénense en estado líquido hasta —10° y —13°, para congelarse al contacto de un cuerpo sólido, formando depósitos de escarcha en figura de penacho en sentido opuesto á la direccion del viento. No he podido comprobar estas observaciones en mi excursion del 17 de mayo, y la niebla me impidió contemplar el panorama del Harz desde lo alto de la torre del Brocken al salir el sol. Durante la noche nevó mucho; pero al bajar por la mañana á Ilsenburgo, apénas hube llegado al lindero del bosque, hallé un tiempo magnífico. El penacho de nubes se habia limitado á la cumbre misma del Broken, y un cuarto de hora despues ví la montaña fatídica, que parecia sonreir á la luz del sol, despues de recibir bajo el azulado cielo su manto de bruma. Ya no encontraba tormenta de nieve, ni siquiera niebla; todos los vapores grises y blancos, tan espesos por la mañana, habíanse desvanecido como por encanto; y así es que mi bajada á lo largo del Ilse fué muy alegre, y la efectué en ménos de dos horas, es decir, la mitad del tiempo que habia empleado la víspera para subir. Despues de visitar las fábricas del condado de Stalberg-Wernigerode, tomé el camino de hierro para ir á visitar las minas de Goslar y de Clausthal, notables por su riqueza.»—C. G.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 14 DE DICIEMBRE DE 1885 — NÚM. 207

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UNA LIMOSNA PARA EL ALMA DEL CONDESTABLE DON ÁLVARO DE LUNA, cuadro por Manuel Ramirez

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La muerte del Rey.—Impresiones tristes.—El duelo nacional.—En el Escorial.—La niebla.—Espectro de una gran ciudad.—La embajada marroquí.—Desprecio musulman.

Imposible es escribir un ameno relato cuando en los aires palpitan las fúnebres ondulaciones armónicas de las campanas, y retiembla la atmósfera con el tronido de las descargas militares. El desfile de un escuadron por las calles de Madrid pierde el animado aspecto de costumbre bajo los lazos de gasa que penden de las espadas de los soldados y ante el sonido plañidero de las cornetas, en cuya alma vibrátil se ha introducido un tapon para hacerlas sonar tristemente. La muchedumbre de carruajes que suben por la calle de Alcalá, llenos de próceres y magnates palatinos, no ofrece aquel regocijado aspecto propio de las recepciones del Palacio de Oriente; en los rostros cubiertos de barbas de los personajes, en algo fúnebre que constituye detalle de su traje, tal vez en el color de la escarapela del cochero, en la atmósfera que rodea el cuadro, se advierte que el dia de hoy es dia de duelo y de llanto: el Rey de España D. Alfonso XII de Borbon ha muerto á los veintiocho años, once despues de haber subido al trono.

Hoy es el entierro. En la estacion del Norte espera el fúnebre convoy. Los regimientos tienden sus filas de soldados por la carrera que ha de recorrer el entierro real, y todo Madrid acude á presenciar esta última ceremonia de la vida de D. Alfonso XII.

Cuando un rey muere, parece que con él muere algo del sistema de cosas que representaba; porque siendo esencialmente absorbente y personal tal poder, parece monopolizar con el respeto de los ciudadanos, la ventura de la patria. Dejemos pues á la gente política ocuparse hoy de los azares que comienzan, de las intranquilidades que conturban la conciencia pública; las esperanzas de los optimistas, y la desesperacion de los que todo lo ven negro; dejemos á los conspiradores prepararse en la sombra para no se sabe qué temerosas empresas; dejemos á la Bolsa que descienda como el termómetro al aproximarse el mes de enero. Sobre todas estas cosas, hay una que se impone al sentimiento de cuantos profesan el culto delicado de la desgracia.

En las gradas del trono, allí donde suele residir la fuerza y el poderío, hay una mujer jóven, bañada en llanto, vestida con el luto de la viudez, y teniendo en sus brazos dos pequeñas niñas. Una mujer viuda y dos ángeles huérfanos, representan hoy la monarquía española; y reinan sobre ella con un cetro más enérgico que el de los conquistadores y de los tiranos, con el cetro de la debilidad; y con una constitucion más firme y digna de obediencia que la que los legisladores consignan en sus tablas de mármol; la constitucion de la simpatía. Todos pueden acercarse; unos, llevados del espíritu de obediencia de los monárquicos; otros, tocados de la consideracion que inspira la desgracia. Puede decirse que España entera se ha reunido en un solo sentimiento, y ha depositado un gigantesco haz de siemprevivas sobre la alcatifa que cubre las gradas del trono.

En Paris y en Roma, en Bruselas y en Viena, se celebran funerales solemnes por el alma del malogrado Rey. Prepáranse en Madrid semejantes funciones religiosas. Los obispos encargan á sus párrocos que cubran de negro los altares, y que en todos los pueblos y aldeas de España se entonen los responsos que marcan los rituales para pedir al Rey de los cielos, piedad por el rey de los hombres. Pero hay una ceremonia sencilla, modesta, oscura, más conmovedora que todas estas en que se despliega el lujo aparatoso y vano de las solemnidades oficiales. Apénas amanece, en uno de los altares de la capilla real se encienden las velas, y un sacerdote, abrumado por las canas y los años, acude tembloroso á consumir la hostia sobre el ara. La Reina y las Infantas escuchan aquella misa; no la presencian otras personas, ni la oyen otros fieles que aquellas tres almas, dos de las cuales, las de las niñas, no se explican los tristes misterios que las envuelven.

***

La muerte lleva consigo cierta cantidad de perdon. Tal personaje, combatido y odiado por sus enemigos, obtiene, en el momento mismo en que cierra sus ojos para siempre, una ovacion entusiasta y un respetuoso homenaje. La historia está llena de casos en que el cadáver del tirano, apénas ha caido bajo el puñal de los conspiradores, es conducido por aquellos mismos que fueron sus verdugos al túmulo solemne de los funerales nacionales; y en el rostro del asesino han solido mezclarse alguna vez las gotas de sangre de la víctima, y las lágrimas que le arrancaba la muerte de aquel á quien habia matado.

No se trata aquí de un Monarca contra quien se hubiesen desatado nunca los odios populares; los Ministerios que han regido en su nombre, esos se han llevado la antipatía ó simpatía de sus actos; pero ha quedado siempre incólume la confianza que inspiraba el Rey, la simpatía que produce la juventud, y á esto se añade ahora la conmiseracion que engendra la desgracia.

***

Ya ha sido descrita por todo el mundo la solemne ceremonia de los funerales del Rey celebrada en el monasterio del Escorial. Conducido al panteon su cadáver, yace allí entre los huesos de sus mayores, y pronto ocupará uno de los vasos de mármol, labrado por los artistas sicilianos, y que son como piscinas purificadoras de los errores de los hombres, y como ofrenda que la humanidad eleva con sus manos temblorosas hasta el cielo, presentándole aquel puñado de cenizas, que fueron en otro tiempo símbolo y gérmen de la autoridad.

***

Tambien la naturaleza ha tenido su duelo. Del cielo han caido sobre Madrid las gasas de la niebla que se han enredado en las copas de los árboles y en las monteras de cristal de sus faroles, en las cornisas de los edificios y en derredor de los carruajes y transeuntes, como si quisiera darles un traje de luto, y envolver á la corte de España entre las tocas y paños propios del funeral.

La obligacion de cronistas no nos permite insistir mucho sobre las cosas. Hay que volar, y volar de prisa, y despues de dejar consignado el duelo de la nacion española, hemos de acudir á contemplar desde el balcon de nuestro gabinete el aspecto de la ciudad envuelta en la niebla.

Apénas descubro el movimiento humano de la calle; carruajes y viandantes se desvanecen en la niebla; óyese el ruido de la marcha, el girar de las ruedas sobre las piedras de las avenidas, el pito de los conductores de tranvía que se avisan de segundo en segundo para evitar un choque, como los *steamers* cuando navegan por el Támesis. Las líneas y proporciones de la ciudad se desvanecen y se borran tambien; empieza uno á dudar de que vive en Madrid, y cree que las calles han ensanchado, que los monumentos situados aquí y allá, y que son como las etapas del que recorre Madrid, han sido arrancados de cuajo, trasportados por mágico conjuro Dios sabe dónde.

Algunos viejos dicen que en su tiempo Madrid no tenia nieblas, y que el clima de la corte de España va modificándose y adquiriendo todas las cosas malas de los climas peores; en agosto el calor del Cairo, en enero el frio de Moscou, en marzo los vendavales de Arlés, en octubre las lluvias de Galicia; por donde al cabo de algun tiempo y siguiendo en progresion ascendente estas indicaciones atmosféricas, Madrid será la poblacion donde toda incomodidad tenga su asiento. No falta tampoco quien atribuya el empeoramiento de las condiciones climatológicas de Madrid á la emigracion constante que se observa en su vecindario. Hace pocos dias, un periódico consignaba que habia 38,000 casas desalquiladas en Madrid. Las obras comenzadas se detienen; las empresas constructoras se arruinan; por las calles vagan pelotones de albañiles sin trabajo; las fábricas de materiales de construccion paralizan sus labores; la creacion de la ciudad nueva queda estancada. Durante ocho años, hemos creido que Madrid iba á duplicar su extension y el número de edificios. Creció primero hácia Chamberí, y allí construyó un pueblecillo de aspecto pobre y de duracion escasa; despues descendió por el barrio de Salamanca; luégo bordeó las tapias del Retiro, como si intentase convertirlo en el jardin central de Madrid. Hoy este movimiento de avance de la poblacion se ha suspendido, Dios sabe para cuánto tiempo.

***

Varias empresas de teatros, entre ellas la del Circo de Price, han anunciado estas noches que la embajada marroquí asistirá á la representacion. No sé hasta qué punto sea correcto y diplomático convertir á nuestros buenos amigos los embajadores de Marruecos en espectáculo y vender entradas y butacas para que los vecinos de Madrid los contemplen, gozándose en el aspecto exótico de sus trajes orientales. Sin duda, á los marroquíes no les disgusta esta admiracion de Madrid, porque se prestan á ella. ¿Qué traen para acá nuestros ilustres antepasados? ¿Qué negociaciones ocultan en los misterios de su espíritu musulman, impenetrable y ardiente como los arenales de su desierto? ¿Qué protocolo esconden entre los pliegues de sus alquiceles? La lucha entre la civilizacion europea y las costumbres moriscas es ya larga, y justo es consignar, dada la diferencia de medios de accion, que no llevan la peor parte los moros. Nosotros tenemos los cañones que Krupp funde, y los proyectiles que Armstrong condensa en sus gigantescas turquesas; ellos en cambio están defendidos por la naturaleza, por el sol ardiente que engendra emanaciones palúdicas, por los movibles arenales, por las inciertas y agitadas olas del Estrecho. La rapidez con que se vive en el siglo actual impide á muchos fijarse en una observacion de trascendencia. Vivimos pared por medio de los marroquíes. En sus costas hay colonias francesas, españolas, italianas, alemanas é inglesas; á ellas lleva, cada uno de estos pueblos colonizadores, su espíritu de innovacion, sus artes, sus inventos, sus vapores que cortan las olas rápidamente, los rails que atraviesan la Argelia en pocos momentos, y sin embargo, los moros no aceptan ninguno de estos inventos. El establecer un telégrafo desde la costa á Fez, seria cosa fácil para los moros y les costaria mucho ménos que á nosotros el establecimiento de cualquiera línea telegráfica ó telefónica, porque una órden del Sultan pondria en movimiento, sin retribucion ninguna, algunos miles de hombres, y en unos cuantos meses quedaria unida la residencia de Su Majestad Sheriffiana con los cables que atraviesan el Estrecho de Gibraltar. Pero no se les ha ocurrido todavía á nuestros vecinos convencerse de la utilidad de estos inventos.

El desprecio que les inspiran las artes del siglo XIX es tan grande, tan alto y tan indiscutible, que hace dudar de sí, realmente nosotros, que tanto nos pavoneamos con nuestro Stephenson, y nuestro Edisson, seremos unos babiecas que se entretienen con un juguete, como un niño con alguna de esas invenciones tirolesas que aplican la electricidad y el vapor á los juguetes infantiles.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

UNA LIMOSNA PARA EL ALMA del condestable don Álvaro de Luna,

CUADRO POR MANUEL RAMIREZ

Dormitó, más no murió, el arte pictórico español durante algunos años del presente siglo; mas apénas el Gobierno de la nacion, con buen acuerdo, resolvió poner en evidencia, por medio de exposiciones periódicas, los valiosos elementos que permanecian ocultos por falta de ocasion, despertó con singular aliento el genio de Pradilla y de Casado, de Haes y de Fierros, de Luna y de Ramirez, y de tantos otros talentos que, hoy por hoy, honran á la patria de Murillo y de Velazquez, de Zurbarán y de Rivera.

Del mentado Ramirez es el cuadro que en este número reproducimos; y en verdad que si produjo verdadera sensacion al ser por primera vez expuesto, condiciones sobradas tenia para causar este efecto en el público.

Su asunto es tan dramático como interesante. Ninguna persona medianamente instruida ignora en España la triste suerte que cupo al célebre valido de don Juan II, que despues de haber gobernado el reino á su antojo por espacio de treinta años, vino á ser decapitado en 1453, aparentemente por la muerte del tesorero de Castilla; realmente porque, en esta ocasion, como en muchas otras parecidas, la más pequeña intriga convierte el Capitolio en Roca Tarpeya.

El autor del lienzo ha interpretado el hecho con talento y sentimiento, á un tiempo. En lo alto del cadalso, visible á medias el cadáver del famoso condestable, tres religiosos, absorbidos por lo tremendo de la leccion, reciben una limosna para el alma del de Luna; y esta limosna la hacen aquellos pecheros que nunca en la prosperidad se aproximaron al temido condestable, y que, sin embargo, son los únicos que se compadecen de su destino futuro.

El cuadro de Ramirez tiene condiciones de primer órden: lo magno del asunto no arredró á su autor: tanto mejor para él y para el arte. Análogo, si bien no igual en su argumento, al famoso lienzo de los *Comuneros*, uno y otro son dos páginas, admirablemente ilustradas, de la historia patria.

UNA CACERÍA EN EL SUR DE ÁFRICA

De las veintidos especies de la familia de los antílopes, que habita en el sur de Africa, la del gamo es la más comun; y como por su costumbre de emigrar es muy destructora para los pastos, los indígenas dan caza á este animal, no sólo para recrearse, sino tambien por necesidad. Los cazadores van algunas veces á caballo, pero generalmente organízanse excursiones en carros, que duran dos ó tres dias, durante los cuales se matan centenares de gamos. Los indígenas que se dedican principalmente á esta caza, del todo salvajes, no se ocupan en otra cosa, pues no trabajan la tierra ni son siquiera pastores; y á falta de carne aliméntanse de bulbos y langostas. El número de estos indígenas, á los que se ha dado el nombre de *Bushmen* (hombres del bosque), disminuye muy rápidamente. Nuestro grabado representa una de sus cacerías.

UNA FARMACIA ESPAÑOLA

Á ÚLTIMOS DEL SIGLO XVIII

cuadro por Emilio Casals

Goya, el célebre Goya, el inimitable Goya, demostró en cuadros, en dibujos para tapices, en frescos y en apuntes, cuánto partido podia sacarse de las escenas de costumbres de aquella sociedad, entre cortesana y chispera, que asistió á las postrimerías del reinado de Cárlos IV de España. La indicacion de Goya fué utilizada por el ilustre Fortuny: *la Vicaría* puso en moda los casacones.

Hay que reconocer, en medio de todo, que el género ha producido bastantes obras aceptables; y entre ellas bien podemos incluir *la Farmacia* de nuestro compatriota Casals. El lugar de la escena está bien entendido y demuestra que el autor conoce al dedillo lo que, por aquel entonces, constituia el ajuar de un boticario madrileño. Los personajes adolecen quizás de alguna frialdad: la figura del médico es en nuestra opinion, la mejor dibujada; las dos damas son bonitas, simplemente bonitas; el boticario toma un polvo por hacer que hace algo. A pesar de lo cual, la composicion es agradable, y como cuadro de costumbres se recomienda sin esfuerzo á los amantes del arte.



¡CONDENADA! (1



ADRO POR FERNANDO BRUTT

ADOLFO MENZEL

El 8 de este mes celebró una de las glorias del mundo artístico aleman, en la capital del nuevo imperio, su septuagésimo cumpleaños, recibiendo innumerables felicitaciones y regalos de la corte, de las corporaciones, de editores de obras ilustradas y de los artistas y círculos artísticos de toda Alemania.

Adolfo Menzel, el litógrafo, dibujante y pintor, no es de aquellos artistas alemanes que pintan testas de mujeres ni los múltiples adornos que sirven para esos cromos con que se adornan las cajas de dulces, las fajas de papel negro y reluciente de las piezas de lienzo y tantas cosas análogas como hoy están de moda. No; Menzel es un dibujante y pintor patriótico y realista que sin haber concurrido jamás á escuela ni academia de dibujo ni de pintura, se ha labrado con su talento y asombrosa aplicacion y laboriosidad un renombre modesto que traspasa hoy los límites de su patria.

Menzel nació el 8 de diciembre de 1815 en Breslau, capital de Silesia, donde su padre era maestro de una escuela elemental de niñas, que dejó para establecerse como litógrafo; allí tuvo el niño que auxiliar á su padre en todas las manipulaciones mecánicas, y como luégo mostrara mucha aplicacion y entusiasmo por el dibujo, le dedicó á dibujar sobre la piedra facturas con viñetas y otros trabajos comunes. En 1830 trasladó su padre su taller á Berlin, oponiéndose siempre á que su hijo se dedicara á la carrera puramente artística, porque entónces era en Alemania la palabra *artista* todavía sinónimo de *pobre*, ó algo como comediante de la legua; los pintores más acreditados se daban por satisfechos si podian pintar las habitaciones de los ciudadanos opulentos de su pueblo, y las grandes notabilidades, frescos en las iglesias ó palacios de Munich y de alguna otra localidad. A los diez y seis años quedó Menzel huérfano de padre, y hubo de trabajar para mantener á su madre y á dos hermanitos; entró en la clase de yeso en la academia de artes de Berlin, pero en breve dejó de asistir, porque no le gustó la enseñanza rutinaria que allí se daba, y así siguió su impulso natural de dibujar lo que veia. Para arbitrar recursos dibujó y publicó una serie de láminas litografiadas representando la mísera vida de artista, y tres años despues otra coleccion de doce láminas con escenas de la historia de Brandeburgo. En 1837 expuso su primer cuadro al óleo: *Una consulta de abogado*, sin contar con otros muchos trabajos de litografía. Pero la obra principal, que le dió á conocer como artista, fueron las ilustraciones para la obra de Kugler: *Historia de Federico el Grande*, de la cual damos dos muestras en este número: el retrato de aquel rey, representándole en los últimos años de su vida, y la *Tertulia de fumadores* de su padre, en la cual figura niño todavía, demostrando la visible repugnancia que le inspiraban las bromas groseras, entónces en boga en los palacios alemanes.

Estas ilustraciones, grabadas sobre madera por Unzelmann y otros, marcan el renacimiento del arte del grabado en Alemania y son notables por la composicion dramática y expresiva y la fidelidad histórica hasta en los menores detalles indumentarios.

En 1857 imprimió sólo treinta ejemplares de una coleccion de seiscientas láminas litografiadas y de colores titulada: *El ejército de Federico el Grande*, y que representa todos los uniformes del mismo, habiéndose vendido cada ejemplar á quinientos treinta talers (1987'50 pesetas). Era el fruto de quince años de estudio y de trabajo.

Estas dos obras, junto con otras inspiradas en el culto de aquel gran rey y el patriotismo prusiano, dieron á Menzel fama en toda la Alemania y le granjearon el patrocinio del rey Federico Guillermo IV y del actual emperador Guillermo I.

Nunca supo dibujar bien figuras de mujer, y sus demás obras, bastante numerosas, no llegan á la altura de éstas. Septuagenario y soltero, trabaja Menzel todavía como en la flor de su edad.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

¡CONDENADA! cuadro por Fernando Brütt

Nuestros favorecedores tendrán presente el cuadro de J. Weisen: *¡Absuelta!...* publicado en nuestro *Album artístico* (núm. 35 de esta ILUSTRACION). A ese cuadro puede dársele por compañero el *¡Condenada!...* del presente número.

En nuestro concepto, es indudable que la idea del uno de estos cuadros nació de la vista del otro, á ménos que sus respectivos autores se pusieran de acuerdo préviamente para realizar simultáneamente los dos términos, los dos polos opuestos, de un enjuiciamiento criminal. Ambos cuadros están perfectamente sentidos; en uno y en otro la factura pertenece á un mismo género, en éste y en aquél una mujer es protagonista del asunto; y el efecto que su contemplacion causa, viene á ser uno mismo en entrambos, pues siempre es la ternura el sentimiento excitado por las dos telas.

¡Cuán interesante es el conjunto! ¡qué bien entendidas y agrupadas están las figuras! ¡con qué facilidad se lee en el semblante de cada una los sentimientos de que se halla poseida!... Allí están los magistrados severos, los testigos indiferentes, la familia consternada, y, sola, como una leprosa que contagia, como un objeto que mancha, la pobre sentenciada, oculto el semblante entre las manos, á través de las cuales parecen verse las lágrimas del dolor y los colores de la vergüenza.

¡Condenada! como *¡Absuelta!* son dos obras de verdadera fuerza: si nos dieran á escoger entre una y otra, dudaríamos mucho tiempo y acabaríamos por quedarnos con entrambas.

¡FELICES PASCUAS!

Todos los años me dicen lo mismo.

Y lo peor del caso es que yo tengo gran empeño en convencerme de que he sido feliz no sólo durante las Pascuas, sino tambien el dia de mi natalicio, y otros muchos del año en los cuales se me ha deseado y suplicado por besalasmanos y tarjetas.

Engolfándome en ciertas filosofías he llegado á pensar sériamente en esto de la felicidad humana, notando con disgusto que no he visto la cara á esta señora más que en momentos indivisibles é inapreciables. En esto de la felicidad acontece lo propio que en la pesca de anguilas en charca; se siente el roce suave del pescado entre los dedos cuando ha desaparecido la anguila.

Este perpetuo escabullirse de la dicha hiere nuestra imaginacion y pica nuestro amor propio hasta el punto de hacernos buscar la anguila contrahecha ó falsificada. Recuerdo á un pescador de caña que solia comprar los sollos fritos, los dias de mal corcho, con objeto de no volver á su casa con el zurron húmedo y sin pesca: lo propio suelen hacer aquellos que quieren aparecer hombres felices. Compran una poca de felicidad muerta ó mal condimentada y la exhiben ante los demás como si estuviese vivita y coleando.

Si preguntais á un naturalista qué clase de pájaro es la Felicidad, os contestará que *rara avis* ó la que jamás vió la pluma; si á un psicólogo, que un estado del ánimo tan rápido y pasajero, que ni aun siquiera es perceptible para el yo pensante; en fin, si hicierais la misma pregunta á un jugador y á un libertino os responderian á duo que es aquel punto en que se consigue el logro del apetito que nos ha de hastiar y el momento en que se cobra al rey ó al as, la puesta que se ha de perder al caballo ó á la sota.

Resulta de todo esto que la felicidad que parece mostrarse como el sol en el centro del horizonte, juega al escondite con la humanidad á la manera de niña traviesa que no se deja poner la mano encima. Las mariposas del trópico, cuyos colores tanto recrean los ojos, pueden ser imágen de la felicidad sobre la tierra; tienen el vuelo rápido y vertiginoso, son volubles é inquietas, y cuando se cogen dejan entre los dedos el polvo de sus alas.

La dificultad de ser felices, hace que éste sea nuestro principal deseo y, por la ley de las antinomias, pasamos la vida en perpetuo espejismo, mirando la dicha en casa del vecino y sintiendo el hastío ó la indiferencia en la nuestra: es cosa digna de reflexionar que de este modo la felicidad existe para todos y para ninguno.

Por una parte hay quien hace creer á los demás que es feliz, y envidia á los que le envidian; por otra quien se cree más desgraciado que los otros siendo en realidad más feliz de lo que cree serlo. Unos y otros se empeñan en hacernos creer que han cogido la anguila por las agallas y en ver su sombra en el estanque de enfrente.

Algunos, y son los más, ofrecen los relieves del imaginario festin, y enseñan como trofeo el áureo plato en que creyeron trinchar el pescado simbólico.

Sin estos antecedentes no podríamos comprender cómo se ha propagado la costumbre de las felicitaciones, que se hacen en todas las épocas del año, en todos los tonos, en todas las formas, en todas las lenguas y en todos los países. Deseada por todos la felicidad y dispuestos por ella á cualquier género de sacrificios, claro es que hemos de recibir agradablemente á sus heraldos y trompeteros, ya tomen la forma elástica de un cesante, ya la romboidea de un aguador, ya la atildada y aguda de un portero de ministerio.

Hay que convenir en que la primera tarjeta cortada á sable que se nos espeta en Pascuas, causa un efecto agradable. Los que, ocupados en las faenas absorbentes de la cosa pública, de la cosa literaria ó de la quisicosa social, ven pasar sus dias como jabon por canuto, dándose apénas cuenta del tránsito de las horas, sienten una impresion grata cuando el leve roce de la tarjeta *pascual*, haciendo el oficio de las campanas del Fausto, les recuerda que aun existe ese mito de la Felicidad que tanto buscan y en cuyas aras han quemado el inútil incienso de sus años.

Esta primer tarjeta suele hacer verdaderos milagros, y pocos serán los que no hayan penetrado en lo recóndito de sus bolsillos, para corresponder dignamente á las primicias de la vida nueva. Las entradas de año son como las primeras puestas en los juegos de azar, se ganan y se pierden sonriendo: ¡han de darse tantas cartas ántes de que acabe la partida!

La ley física fundada en el hecho de que la continuidad del contacto amortigua la sensacion, se cumple en lo que á las felicitaciones se refiere de una manera inexorable. El *¡Pase V. felices Pascuas!* de la primera tarjeta, sin propinas, se recibe con la sonrisa en los labios; el *¡Que las tenga usted felices!* con pedimento, se lee con indiferencia; la cuarteta del repartidor de periódicos ó la vitela coronada con el billete volante, del cartero del distrito, se arrojan ya con ira al espoliario. Compréndese la dificultad de ser feliz, principalmente en la época de las felicitaciones, si se tiene en cuenta que, á más de los cumplidos del círculo de nuestras amistades, hay que sufrir los *sablazos* y peticiones de todos aquellos que os consideran con suficiente talla para poder pasar por hombres de importancia, es decir, por hombre que da aguinaldos en Navidad ó en Pascua de Reyes.

Como si todos los gnomos y duendecillos de Darmstadt se hubiesen apoderado de vuestra campanilla en esos dias clásicos, todo el mundo os pone estrecho cerco y os aborda victoriosamente. El portero, el acomodador, el mercurio público, el rapabarbas, el rapavelas, el lacayo y el camarero; cuantos os han servido ú explotado durante el año, preséntanse en ordenada fila á dejar su tierna memoria y turban el órden de vuestra morada con sus ruegos y cantilenas. Las musas, que en estos dias pierden su acomodaticia virginidad, y se dan ora al aguador del tercero, ora al remendon del bajo, ora al murguista de la esquina, hilan la tela de Pascuas y ponen en manos de sus amantes de ocasion, cuantos desatinos pudo inventar diarrea métrica de nuestro tiempo.

Un funcionario público, el sereno, éntrase zaguan adentro regalándoos su *vera efigies* en papel de color y letras áureas. Hé aquí una muestra de sus inspiraciones:

Ronco brama el huracan,
Ronco brama el aquilon,
El agua rompe en turbion,
Las tejas volando van;
Y, entre tanto, Sebastian,
Vuestro humilde *servidor*,
Encendido *su farol*
Y de valentía lleno
Canta *las cuatro y sereno*
Y acompaña á su señor.

El *delirium tremens* de las felicitaciones, da ocasion á escenas verdaderamente cómicas ó intensamente dramáticas. Cuéntase de un aguador asturiano, felicitador impenitente, que, mezclándose entre el cortejo de un entierro, entró á presentar al mismo dueño de la casa, que acababa de perder á su esposa, la consabida papeleta de Pascuas. Reconvenido duramente y en el acto por tamaña falta de *sindéresis*, contestó, dando un soberbio berrido:

—¡Pus hombre, estamos frescos! ¿pur qué non esperó la señora á murirse por enero?

La mayor parte de los que os desean esas felices pascuas, tienen algo del aguador citado. Las intimidades del hogar, que, como el cielo, tiene sus horas de esplendente luz y de pasajeras tormentas; los estados parciales del ánimo producidos por las borrascas económicas que se suceden en los abismos de la caja ó del bolsillo; los rigores de la ausencia y del desamor, que son en ciertas mansiones estado patológico perpetuo, no importan un ardite á esa multitud, ávida de halagaros por fórmula ó por codicia; y las tarjetas, besalasmanos y billetitos perfumados, cuyos insensibles átomos no pueden darse cuenta de la oportunidad de su llegada al punto á que van dirigidos, penetran sin consideracion ninguna hasta nosotros, turbando, ya el diálogo íntimo de familia, ya el cálculo financiero en el que habiais agotado la suma y la resta; ya, en fin, las lágrimas que os arranca la esposa moribunda ó el hijo enfermo.

Por casualidad puedo referir uno de estos atentados al dolor ajeno, cuyas cuircunstancias causaron profunda impresion en mi ánimo.

En la Navidad de 1873 frecuentaba yo el estudio de cierto amigo pintor de Historia que habitaba en una de esas inmensas casas solariegas de Andalucía, que abandonadas por sus señores y pasadas á manos de burgueses utilitarios se han convertido en lo que por allí han dado en llamar corrales.

Dichos corrales ó casas de vecindad, albergan en su seno un sin número de familias pobres, viéndose los inmensos salones convertidos en celdillas, los corredores en pasadizos y tendederos de ropa, y las chimeneas blasonadas en depósitos de cok ó en ventilados alcarraceros.

Mi amigo, como acontece frecuentemente á muchos genios ignorados, suele habitar junto á las nubes, y al atravesar yo el gran patio adornado de decrépitas columnatas, y comenzar á ascender por la antigua escalera adornada á trechos por rotos azulejos, me detuve en el primer descanso, no tan sólo para tomar aliento, sino para darme cuenta del alegre barullo que sorprendí en un pabellon bajo, separado del resto de las viviendas del solar por una pequeña calle de boj y que desde la gran meseta se percibia.

Como pude saber muy pronto volviendo sobre mis pasos y dirigiéndome al pabellon citado, varios vecinos del corral habian ido á visitar al inquilino de aquel departamento, hombre fino y cortés á pesar de vivir en relativas estrecheces, que gustaba de que le diesen las pascuas la vecindad y las murgas callejeras. Al llegar al vestíbulo, los visitantes se habian detenido en torno de las ventanas del pabellon muertos de risa. Un buhonero gordo y una modistilla flaca y de avispado ojo, hacian un duo ruidoso y llevaban la nota dominante en aquel concierto de carcajadas contenidas sólo por el miedo de provocar las iras de don Macario, que así se llamaba el vecino del pabellon tan amigo de las felicitaciones.

Y en verdad que la cosa no era para ménos. Figúrense mis lectores un salon modesto y espacioso—segun pude ver por las junturas de las persianas—el cual medía á grandes pasos un señor grave y serio, con la estatura de un hércules y la calva de un sabio, envuelto en un largo leviton de tela cenicienta y paseando de ridículo modo una gran muñeca de trapo, á la que mecia y columpiaba en sus brazos como un consumado niñero. La risa es contagiosa como el dolor y yo solté la carcajada como aquellas buenas gentes. ¡Es tan ridículo ver á un hombre for-



UNA CACERÍA EN EL SUR DE ÁFRICA

1. En el campo.—2. Indígena explorando.—3. Manera de saltar de los gamos, cuando van perseguidos por los perros.—4. Método de los indígenas para usar el arco y la flecha contra las piezas mayores.—5. Despues de tres dias de caza.—6. Un campamento de indígenas.—7. Indígenas disfrazados de avestruces.—8. Hoyo de acecho, practicado donde se reunen los gamos.—9. Indígenas cavando la tierra para extraer bulbos.



UNA FARMACIA ESPAÑOLA Á ÚLTIMOS DEL SIGLO XVIII, cuadro por Emilio Casals

mal pasando el tiempo en tales niñerías!

La coyuntura, dado el buen humor que parecia tener el vecino del pabellon principal, era la más propicia para hacer la felicitacion de costumbre. Don Macario solia pagarlas con algunas copitas de anís y varias golosinas de su tierra, entre las que figuraban ciertos excelentes mantecados de las Descalzas. Empujaron, pues, suavemente la puerta para no turbar de modo brusco tan cómicos entretenimientos, y *velis nolis*, le espetaron el *¡felices pascuas!* de ordenanza.

Por esta vez el anís y los mantecados estaban verdes como las uvas del cuento. Don Macario, al oir aquellas felicitaciones á boca de jarro, tomó venganza de las risas ocultas que le habia prodigado el concurso soltando á su vez una retumbante carcajada. Despues dió dos zapatetas en el aire, giró sobre sus talones como una peonza, apretó contra su pecho por tres ó cuatro veces consecutivas su muñeca de trapo, y sin parar mientes en las risas de algunos de los visitantes, abrió de par en par las puertas de la alcoba de enfrente señalando á los vecinos atónitos un cuadro á la vez fúnebre y tierno.

Colocado sobre una mesita de pino, entre dos candelabros de metal blanco, se veia el cadáver de una hermosa niña rubia como un ángel y en cuyo semblante la muerte habia grabado apénas su repugnante huella. Al lado del cadáver y colocada de modo que podia mecer la cuna vacía, cuyas maderas producian un ruido seco al chocar sobre el pavimento, veíase á una mujer, aun en esa edad en que no han huido las gracias, pero cuyo semblante expresa todo un gólgota de insomnios y de dolores. La luz de las velas y la de la mañana, formando una especie de nimbo de amarillo y azul, envolvia aquel tristísimo grupo y le hacian destacarse allá en el fondo como una aparicion provocada por la linterna mágica. La cubierta de un pequeño féretro adornado de cintas color de rosa y sobre el cual se veian varios juguetes, completaban esta dolorosa perspectiva.

Por algo ha querido la naturaleza que se confundan á veces las risas y las lágrimas. La tosca inteligencia de aquellas gentes avivándose á la primera ojeada, abarcó lo que allí acontecia y se explicó perfectamente el que don Macario meciera y acariciara muñecas de trapo. La importuna risa del vecindario huyó al punto con sus cosquilleos y sus gárrulas propensiones y el llanto subió á los ojos en abundante raudal inundando los rostros de cuantos en el pabellon se encontraban.



ADOLFO MENZEL, célebre dibujante aleman
copia de una fotografía de los señores Ricardo Surdner de Berlin

Pocas veces he presenciado más ruda transicion ni más rápido cambio de perspectivas. La figura severa y fantástica de don Macario paseando la muñeca de su hija muerta, que pudo momentos ántes hacerme reir, preséntase aún á mi imaginacion á la manera de esos personajes creados por Shakespeare y cuya sola presencia en la escena, infunde espanto y terror supersticioso. Yo retrocedí espantado y me escabullí entre los vecinos más tímidos, en tanto que muchos otros le rodeaban llorando.

Segun supe despues, ya nadie acertó á pensar en el anís ni en los mantecados de don Macario; siendo fama que, miéntras habitó en aquel pabellon, jamás volvieron á desearle FELICES PASCUAS.

BENITO MAS Y PRAT

TRINIDAD

(Conclusion)

—¿Quién es ese á quien ha saludado usted?

—¿Ese? El vizconde de... Un hombre encantador por todos conceptos, que aún no ha encontrado su media naranja; el *rara avis* de la humanidad. ¿Quiere V. que le presente?

—¡Me hace V. tales elogios!...

—¡Pepe! ¡Pepe! Ven.

La presentacion fué hecha.

Seis meses despues la boda se realizaba.

La dicha del vizconde era completa. Aquella pasion, fácil en un principio, habia crecido con los mil encantos de la vida íntima. Su esposa no era una mujer vulgar. Dueño de su hermosura, sabia sujetarla á todos los caprichos de una imaginacion arrebatada, y su rostro tenia todas las expresiones de la pasion, desde el abandono hasta el ardiente entusiasmo. Realizaba la poesía del amor. Educada como una princesa, ninguno de los prosaicos de la vida comun quitaba el encanto que á su amado concedia. Sabia hacer desear su presencia y temer su despedida. Nada de lo que caracteriza una pasion vulgar empañaba el idilio del primer amor de una mujer



TERTULIA DE FUMADORES DE FEDERICO GUILLERMO I, dibujo original de Adolfo Menzel

vehemente. Era una union íntima y eterna que sólo la muerte podia romper.

Pero por ser así, aquella mujer, entregada ciegamente á su pasion, sentia con más fuerza el desaliento de la duda y la intranquilidad de los celos. Creia que el vizconde no podia amarla como ella le amaba; temia el momento del cansancio, y le horrorizaba la idea de verse engañada.

Sin embargo, como su pasion era grande y sincera, no quiso mentir, y pocos dias despues de su encuentro le dijo:

—Mira: si no me amas de veras, separémonos. Si yo no soy en tu vida más que un capricho, si yo no he de ser la mujer á quien ames hoy y siempre, dímelo. Yo te agradeceré esos dias de ventura, guardaré tu recuerdo en mi corazon y pensaré en tí toda la vida con gratitud. Pero si me amas, si me lo dices otra vez, no te pido más que una cosa: acuérdate de que amo y que soy celosa.

El vizconde calmó su temor y siguió amándola, y se casó; pero desde aquel dia, cuantos medios tiene á su disposicion una mujer para espiar las acciones y los pensamientos, fueron puestos en práctica por la celosa enamorada.

Con justa causa se acusaba de ello. Su desconfianza era una locura, uno de esos defectos que convierten á la mujer más hermosa de la tierra en la criatura más espantosa y desgraciada, secando su alma, alterando su razon, agostando su hermosura con el calor abrasador de las lágrimas.

Al mes de casado, el vizconde habia desaparecido de entre sus amigos encadenado por aquellos celos insensatos.



FEDERICO EL GRANDE, celebrado dibujo de Adolfo Menzel

Poco tiempo despues lo encontré. Estaba horriblemente cambiado.

Le detuve.

—¡Ah! ¿Eres tú?—me preguntó, esforzándose en vano por sonreir y mirando con desconfianza al rededor.

—Yo mismo. ¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Y tu familia?

—Bien. En San Sebastian.

—¿No sales este verano?

—Sí... No...

Sacó el reloj y me dijo con una intranquilidad extraña:

—¡Las siete y cinco!... Dispensa... Me esperan á las siete...

Y me dejó, siguiendo su camino casi á la carrera y á riesgo de ser atropellado por un coche.

Supe por un amigo que se habia casado. Él ni siquiera se detuvo á decírmelo.

Pasó tiempo, y una mañana le ví entrar en mi cuarto, pálido, con los ojos extraviados y el traje lleno de polvo.

—Vengo á pedirte un servicio,—me dijo;—mañana me bato y quiero que tú seas uno de mis padrinos.

Se dejó caer en una silla, y escondiendo la cabeza entre las manos, rompió á llorar. Me admiré. Yo sabia que era un hombre de corazon, y su llanto me alarmó. Iba á interrogarle, cuando, levantándose de pronto, exclamó:

—¡No puedo más! ¡No puedo vivir así! Aconséjame, sálvame. Esa mujer me mata. ¿Quieres saber la vida que llevo desde que me casé? Escucha:

«Por la mañana, áun ántes de despertar, siento su mirada fija en mí, ardiente, implacable. Inútil es decir que se ha levantado con la aurora, que ha registrado mis cajones, y ¡desgraciado de mí si halla una carta, una tarjeta, un prospecto! Viéndola intranquila le pregunto:

—¿Qué tienes?

—Nada,—me contesta.

Tiene un modo de contestar ese *nada* que me irrita. No le contesto. Mi silencio la enfurece, y con una sonrisa incisiva me responde:

—Despues de todo, es natural. ¿Qué hombre no se cansa al fin y al cabo de su mujer? Ya ví anoche, en el teatro,—porque no soy ciega,—cómo te entusiasmaba aquella rubia. Mal gusto tienes.

—¡Una rubia! ¡A mí!

—No finjas admirarte. Tres veces la miraste con los gemelos... En cambio, apénas si me dirigiste la palabra... Y no eran por mí los suspiros que has dado toda la noche.

—¡Pero mujer, por Dios!

—Déjame: soy muy desgraciada.

Y llora y solloza.. Yo la acaricio, la hago las más fervientes protestas... y al cabo de una hora de lucha, consigo apaciguarla. Entónces varía la escena.

—Perdóname, amor mio,—me dice.—Sí, sé que me engaño. ¿Verdad? júramelo.

—Te lo juro.

—¡Ah! quisiera que fueras viejo; quisiera verte lleno de canas y arrugas... Mira: no me engañes. No me engañes, porque me mataria... Pero ántes escribiria una carta al juez acusándote de mi muerte.

Llega la hora de ir al ministerio y tomo el sombrero.

—¿Dónde vas?

—Al ministerio.

—Sí, al ministerio. Es natural. ¡Te esperarán tantas señoras que necesitan de tu influencia!...

Sospecha de mis acciones más insignificantes y las escenas de celos se repiten á todas horas. Ya es que mi pañuelo tiene un olor nuevo, ya es que estoy pálido ó triste ó alegre ó desesperado. Es una guerra sorda y continua; sigue mis pasos, espía á mis amigos, y los dias empiezan como acaban, y la vida es un infierno para mí.»

—Pero ¿no has tenido resolucion para separarte de ella?—le pregunté.

—Sí, una vez. Hemos estado separados tres dias. El primero me creia capaz de no volverla á ver. Si hubiera intentado verme la hubiera despedido. El segundo mi amor propio se sentia herido por su ausencia... Al tercero me eché en sus brazos al verla entrar exclamando: ¡Toma hasta mi última gota de sangre, pero no me abandones!

—Me has dicho que te bates mañana. ¿Por qué?

—¡Ella, siempre ella! Figúrate que anoche estábamos comiendo en los jardines; ¡allí la conocí! Un matrimonio jóven vino á ocupar la mesa inmediata; no sé siquiera si la mujer era bonita ó fea, morena ó rubia. De pronto veo que mi mujer palidece, y, haciendo pedazos el plato que tenia delante, exclama en voz alta:—Cuando quieras puedes dejar de hacerte señas con esa señora.—Calcula el escándalo. La señora se desmaya y el marido, furioso, me da su tarjeta; dos amigos arreglan el lance, y yo tengo que acompañar á la causante, que me obliga á una nueva escena de reconciliacion, arrepentida de su arrebato.

—¿Y quién es su marido?

—Mira,—respondió, dándome una tarjeta.

—Si esto no se arregla, eres hombre muerto,—le dije imprudentemente al ver el nombre del ofendido.

—¡Dios te oiga!—contestó mi amigo.—Así me veré libre de esta carga insoportable que mi estúpida pasion me impide arrojar de encima.

***

Á la mañana siguiente se efectuó el duelo. Al caer en tierra el vizconde, herido en el pecho, me dijo:

—Déjame. Esta herida me hace bien.

Preguntó la hora y al saberla exclamó:

—Hoy sí que me he retrasado. Será la primera vez que entraré en mi casa sin temor á un disgusto.

El dolor de la esposa fué profundo y rodeó de dulcísimos cuidados al herido, bañándole el rostro con sus lágrimas, acariciándole la cabeza con sus manos y sellando mil veces los labios de su esposo con los suyos.

El médico habia pronunciado un pronóstico grave. La esposa, arrepentida, velaba conmigo el delirio del enfermo que, en sus agitadas fantasías, pronunció un nombre.

—¡Trinidad!

La mujer se apartó violentamente de su esposo exclamando:

—¡Trinidad! ¡Trinidad! ¡Me engañaba!

No pude contener la risa. El *quid pro quo* era delicioso.

—Señora,—la dije,—no se altere V. Trinidad es el nombre de su ayuda de cámara.

Volvió en sí confusa y avergonzada, comprendiendo el ridículo en que se habia puesto, y rompió á llorar. Yo aproveché la ocasion para improvisar una filípica seriojocosa sobre su pasion tiránica y procurar salvar á mi amigo de sus persecuciones, si Dios le libraba de la muerte. En buena hora hice la súplica, pues la situacion del herido fué mejorando y dos meses despues el vizconde estaba en plena salud. En una de las largas sesiones que pasé á la cabecera de su cama, le dije:

—Creo haber hecho tu felicidad hallando el remedio para curar á tu mujer de sus celos.

—¿Cómo?

—Cuando la veas celosa, no digas más que ¡Trinidad! Ni una palabra más. Prueba unas veces y si te resulta te lo explicaré.

Poco despues, hallé á mi amigo, gordo, feliz, sin nece-

sidad de mirar al reloj. Abrazóme con entusiasmo diciéndome:

—¿De dónde has sacado lo de Trinidad? ¿Tienes trato con las brujas?

Conté la historia, volvió á abrazarme y se despidió diciendo:

—Conservaré toda mi vida á Trinidad; si tengo un hijo, le pondré ese nombre; voy á comprar un perro que se llame así, y á tí... á tí no te llamaré más que Trinidad.

JOSE CAMPO-ARANA

LA EXPLOSION DE HELL GATE

Hell-gate (puerta del infierno), es un estrecho canal donde las rocas, casi á flor de agua, forman terribles escollos, y en el momento del reflujo, peligrosos torbellinos que dificultaban la navegacion.

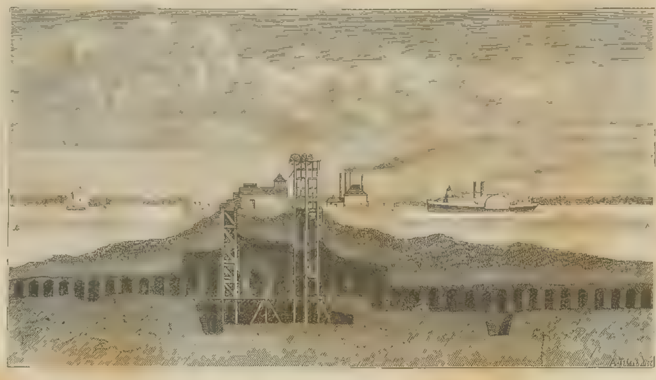


Fig. 1. La galería subterránea de la Roca Flood, abierta para preparar la explosion.—AA. Línea de nivel de las aguas bajas

Ya en 1876 se habia hecho ménos difícil este paso, volando la punta de Hallet, con lo cual se despejó la entrada del *East River* ó rio Este (fig. 2). La explosion del 10 de octubre último completó la obra, haciendo desaparecer *Flood Rock* (Roca de Flood). Daremos algunas noticias generales sobre este trabajo gigantesco, completándolas con algunos grabados tomados del *Americano Científico*, que representan las fases principales de tan grandiosa empresa.

Hell-Gate y sus alrededores á vista de pájaro (fig. 2) indican claramente, si se fija la atencion en la línea de puntos que rodea á Flood Rock, la magnitud del obstáculo que se oponia á la navegacion. Las rocas estaban debajo del agua, pero á una profundidad insuficiente para dejar un paso libre á los buques; la corriente alcanzaba hasta 8'5 millas (14 kilómetros) por hora; los remolinos hacian muy peligrosa la navegacion, y el buque no salia de un paso difícil sino para entrar en otro. Prescindiendo de las pequeñas voladuras parciales de una serie de arrecifes más ó ménos importantes que obstruian el Rio Este, y que se quitaron, dejando por término medio 26 piés de agua (7 metros), en el momento de las mareas bajas, sólo hablaremos aquí del trabajo principal, es decir, de la voladura de Flood Rock.

La figura 1 representa el conjunto de las galerías abiertas á partir de un pozo principal de 20 metros de profundidad: cuéntanse veinticuatro en sentido paralelo á la corriente, y cuarenta y seis en direccion perpendicular; la más larga, que sigue la línea de aquella, tiene 1,200 piés (360 metros) de longitud, y en el sentido perpendicular 625 piés (190 metros); y el largo total de las galerías es de 21,670 piés (6,500 metros). Los pilares, que miden por término medio 5 metros de lado, figuran en número de 467. En la mole de rocas, así perforada en galerías, se han practicado 13,286 barrenos de 7'5 centímetros de diámetro, y de una longitud media de 2'7 metros. Estos barrenos se llenaron de *rack-a-rock* y de dinamita; retiráronse despues todos los andamiajes y máquinas, y procedióse á una última inspeccion con el mayor cuidado para evitar todo error en una explosion que puede considerarse como una de las más importantes producidas hasta el dia.

La figura 4 representa los cartuchos y los explosores. El cartucho de dinamita (fig. 4 n.° 1) mide 38 centímetros



Fig. 2.—El paso del rio Este, denominado *Puerta del Infierno*, a vista de pájaro.—La línea de puntos al rededor de la Punta de Hallet indica la region de los escollos que se hizo volar en 1876. -Los puntos que rodean la Roca Flood señalan la region despejada por la explosion de 1885.—A la izquierda se ve el conjunto de Nueva York, mostrando la posicion geográfica de la Roca Flood.

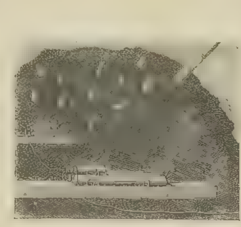


Fig. 3.—Los cohetes y los cebos.

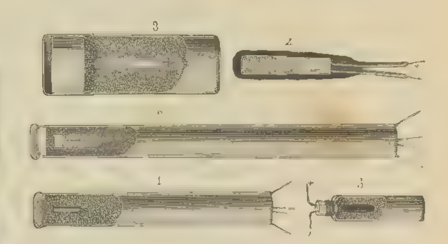


Fig. 4.—Los cartuchos y los explosores.—1 Cartucho de dinamita.—2 Cartucho de *rack-a-rock* (quebranta rocas).—3 Explosores del cartucho de *rack-a-rock*. -4 Cebo eléctrico cubierto de gutapercha.—5 Explosor de mina lleno de dinamita y conteniendo el cebo eléctrico inflamatorio.

de longitud por 56 milímetros de diámetro; es el último cartucho colocado en cada barreno, y está dispuesto de tal manera que su extremidad sobresale de la cara exterior de la roca unos 15 centímetros. En la parte exterior, hácia la extremidad, se pone un explosor compuesto de un estuche de cobre delgado que contiene fulminato de mercurio. El n.° 2 (fig. 4) representa un cartucho de *rack a-rock* con su explosor de dinamita, que el n.° 3 (fig. 4) representa separadamente de medio tamaño de ejecucion: cada cartucho tiene 60 centímetros de longitud por 56 milímetros de diámetro. El *rack a rock* es una mezcla de benzina binitrada *(dinitro benzola)* y de clorato de potasa.

Estos productos son inofensivos miéntras están separados. La mezcla se hacia en una fabrica especial organizada en una roca inmediata, la *Mill Rock* (fig. 2). Los estuches se llenan de esta mezcla, se la ataca ligeramente con cuñas de madera, y se suelda sobre ellos una cubierta por medio de una aleacion muy fusible que se calienta al vapor, á una temperatura que no exceda de 45° C. Cada cartucho tiene en su base cuatro uñas que sirven para mantenerlo en su lugar.

El explosor de dinamita (figura 4 n.° 3) es un tubo de cobre que contiene dinamita n.° 1; una vez lleno, se tapa la boca, sumérgese la extremidad en liga, y colócase una cubierta en su extremidad. Todos los cartuchos se sumergen en aceite y pez, rodándolos en arena para impedir su corrosion.

El n.° 5 de la figura 4 representa el explosor de mina cuya posicion en las galerías está indicada en la figura 3: es un cilindro de laton de 18 centímetros de longitud y de 4 de diámetro, lleno de dinamita. En este cohete hay otro más pequeño, que lleva el cebo eléctrico, y que se llena de fulminato de mercurio. La base del cilindro está ocupada por azufre, en el cual se sumergen los dos hilos conductores que llevan la corriente al alambre capilar de platino. El cohete inflamatorio está cubierto de gutapercha (n.° 4) é introducido en el n.° 5; los dos hilos que sirven para llevar la corriente atraviesan un tapon taladrado. Cada barreno se llena de cartuchos de *rack-a-rock*, reservando su extremidad para colocar un cartucho de dinamita; en cada cartucho hay un explosor, pero ninguno de estos tiene hilo ni estalla por la corriente.



Fig. 5. La explosion en el momento de la mayor elevacion de las aguas. (Copia de una fotografía instantánea.)

La inflamacion se produce en las galerías mismas por cartuchos de dinamita y cebos dispuestos como lo representa la fig. 3. Estos aparatos inflamatorios se componen cada cual de dos cartuchos de dinamita idénticos á los que guarnecen las extremidades de los barrenos, y de un cohete de cebo colocado encima. Toda la mina está dividida en 24 circuitos independientes, dominando cada uno de ellos cierta superficie, y comprendiendo 25 cebos inflamatorios; cada cartucho reposa en un travesaño de madera empotrado en las paredes de las galerías.

La corriente eléctrica debe inflamar simultáneamente los 6,000 cohetes, produciéndose la explosion de los cartuchos de dinamita por *simpatía*, y suscitando al mismo tiempo la de los cartuchos de *rack-a-rock*, colocados en el interior de cada barreno. Un total de 40,000 cartuchos, conteniendo 75,000 libras (34,020 kilógramos) de dinamita n.° 1, y 240,000 libras (108,864 kilógramos) de *rack-a-rock*, es lo que ha producido en algunos segundos la destruccion de Flood Rock, habiendo costado la preparacion la bagatela de 5.000,000 de francos.

La explosion se produjo el 10 de octubre á las once y diez y seis minutos de la mañana. La fig. 5, tomada de una fotografía instantánea, sólo puede dar una vaga idea del magnífico espectáculo que ofreció esta maravillosa obra: representa el momento en que las aguas alcanzan su mayor altura; aquellas sé elevan en masas irregulares, como si unas gigantescas fuentes, separadas unas de otras, lanzaran á la vez sus enormes chorros; la masa puesta en movimiento tenia más de 400 metros de longitud, por 250 de ancho y 60 de altura.

En el momento de la voladura oyóse una estrepitosa detonacion, seguida de otra ménos fuerte, pero sin vibraciones sucesivas: Flood Rock habia desaparecido.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 21 DE DICIEMBRE DE 1885 — NÚM. 208

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA ESCLAVA DE LAS PALOMAS cuadro por M. Massarani

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA ESCLAVA DE LAS PALOMAS, cuadro por Massarani

Cuenta una leyenda del siglo XVII que Cosme II de Médicis regaló al duque de Osuna, gobernador de Sicilia, tres esclavas de Chipre, apresadas por sus galeras. Una de estas esclavas era, por su desgracia, bastante hermosa para que la duquesa tuviera celos de ella; por lo cual resolvió darla secreta muerte. Al efecto la hizo abandonar en un bosque, dejándola, por toda bebida, un azafate ó fuente llena de agua envenenada; cuya circunstancia fué descubierta á causa de morir las palomas que humedecieron sus picos en el mortal brebaje. La leyenda no dice lo que fué de la esclava, ni le importaba gran cosa al autor de este cuadro, que escogió, para su argumento, el momento en que las inocentes aves visitan y acarician á la pobre abandonada.

Hállase ésta sentada á la sombra de un grupo de hermosos árboles, medio envuelta en rico manto y sumida en las tristes reflexiones que su desgracia debe naturalmente inspirarla. Completa la idea de su soledad el mar que se descubre en último término, mar tranquilo, inmenso, sin una vela, es decir, sin esperanza de socorro, condenada fatalmente á su destino.

La figura de la esclava es simpática y expresiva; el paisaje que la rodea es bello; la impresion que causa el lienzo es sumamente agradable, sobre todo para los aficionados á los asuntos poéticos. El autor del cuadro es conocido no sólo como pintor distinguido, sino como escritor elegante.

EL ANGELUS, cuadro por K. Raupp

La campana de la ermita interrumpe las faenas de una familia de honrados labradores, anunciándoles que es la hora de pensar en Dios y en sí mismos. El cuerpo humano no puede permanecer inclinado siempre sobre la tierra: el que trabaja necesita descansar: Dios lo ordena por la voz de la campana que pone en los labios del cristiano la oracion del medio dia; admirable enlace entre el idealismo religioso y las necesidades de la materia.

El efecto producido por el cuadro que publicamos no puede ser más adecuado ni más conforme con el propósito del autor. La paz que nace de la existencia honrada, reina en el alma de los personajes; estos suspenden obedientes su trabajo, se prosternan y oran, con una fe, con una uncion, interpretadas por el artista de una manera magistral.

El conjunto no puede ser más propio de la situacion: parece que á la voz de la campana que excita al recogimiento, se haya paralizado el trabajo, no ya solamente de los labradores, sino de la naturaleza toda. La impresion no sólo es perceptible para nuestra vista, sino que pudiéramos decir que lo es para nuestro oido, si el silencio absoluto es *perceptible* realmente. En este cuadro no se *oye* más voz que la voz de la campana: entre la ermita del último término y las figuras del primero parece existir una corriente, por la cual se trasmite *el Angelus* desde los labios de una honrada familia al templo y desde el templo al cielo.

LA MADONA DEL GRAN DUQUE, cuadro por Rafael

Diversas veces hemos hablado del inmortal pintor de Urbino, cuya gloria no ha disminuido el tiempo, ántes bien se acrecienta á cada nueva composicion que llega á noticia de sus admiradores. La que hoy publicamos no es de las más conocidas, á pesar de reflejarse en ella todas las grandes dotes del inmortal maestro.

Lo notable, lo extraordinario de Rafael es que, habiendo reproducido tantas veces un mismo asunto, la Madre del Redentor, ni una sola de esas veces su talento hubiera manifestado cansancio ó fatiga ó hastío de ese asunto; ántes bien cada vez que lo trataba, aparecia el artista con la frescura, inspiracion y sentimiento de la primera. Y es que Rafael pintaba con el corazon y el corazon de Rafael se sentia inundado de amor místico hácia la Reina de los ángeles. Si en medio de ese culto por la más pura de las figuras del cristianismo, su debilidad humana le hizo caer á los piés de una mujer, fué porque esa mujer era un modelo material de esa vision poética que un dia se habia aparecido al jóven pintor. Quien conozca las Madonas de Rafael y sepa que son reproducciones de la belleza de la Fornarina, se sentirá inclinado á perdonar al artista las flaquezas del enamorado.

CONCIERTO EN FAMILIA

Es una bonita escena de costumbres del gran mundo moderno, que frecuentemente convierte en templo del arte el comedor de la casa.

Despues de todo, es preferible, despues de un banquete, hacer música, á disputar de política ó dar con el cuerpo debajo de la mesa, en ausencia de las damas, á quienes se aleja en provecho de los fabricantes de Jamaica y de los cosecheros de la Vuelta de Abajo.

UNA BAYADERA, escultura por Rodolfo Schweinibz

Mucho están en boga las bayaderas: no todos los artistas, empero, las tratan con la compasion que merece su desgracia.

Entre los pocos *elegidos* merece buen lugar el autor de la estatua que publicamos, que ha dado á su obra, aparte bellas condiciones de arte, cierta novedad, difícil en un tipo tan gastado. Su actitud es tan elegante como natural; las formas son irreprochables, y con justicia es celebrada esta estatua como una obra excepcional de la escultura moderna.

VARIOS TIPOS DEL EJÉRCITO RUSO

El ejército ruso es probablemente el más numeroso del mundo, pues en tiempo de paz cuenta 700,000 hombres, pudiendo poner en pié de guerra 2.000,000 y hasta 3.000,000 en caso de urgencia. En este ejército figuran muchos tipos y nacionalidades que difieren completamente uno de otro; el endurecido finés, el andrajoso mujik, ó campesino ruso, el indómito cosaco de las llanuras, el salvaje tcherkess ó circasiano de las montañas, el ciudadano de Moscou, de San Petersburgo ó de Odessa, y el inquieto nómada de las estepas del Asia Central, son los tipos que se combinan para constituir la gran máquina militar de Rusia. A la cabeza del ejército figuran los Guardias, todos soldados escogidos, cuyos oficiales son caballeros que conocen muy bien las cortes y capitales de Europa. Los oficiales de los regimientos de línea no tienen tanta instruccion, pero en cambio están más familiarizados con los deberes de su profesion. Entre los tipos más notables figuran el cosaco y el circasiano como intrépidos jinetes; miéntras que los individuos de la infantería, campesinos que se alistan por seis años, son muy obedientes á sus jefes, disciplinados en la batalla, y sobre todo muy fieles al Czar.

EL ALFABETO EN LA PAREMIOLOGÍA (1)

Hace años (algunos panecillos he comido de entónces acá) que, corriendo por mi humilde persona los suficientes á hacer que comience á despuntar el bozo, me hallaba una noche de invierno en cierta tertulia, en ocasion que, para distraer el rato, se les ocurrió á los dueños de la casa apelar al recurso de entablar unos cuantos juegos de prendas.

No puede negarse que cuando se realiza esta clase de juegos entre personas de buena educacion, son uno de los pasatiempos más lícitos y divertidos que se conocen; llegando algunos á ser hasta instructivos, como de ello podrá convencerse quien tenga á bien consultar las varias obras que en este género se han escrito, y algunas por hombres doctos y graves que no se desdeñaron de mojar alternativamente su pluma en materias sérias y en asuntos festivos, imitando en esto la conducta de Esopo cuando se puso á jugar á las nueces con unos muchachos, por divertirse de ocupaciones de mayor momento, fundado en que *el arco siempre armado, ó flojo, ó quebrado.* No pretendo pasar aquí plaza de erudito con citar al poeta é historiador Rodrigo Caro, á propósito de sus *Dias geniales ó lúdicros,* ni al predicador y cronista mercenario fray Alfonso Remon, con motivo de sus *Entretenimientos y juegos honestos;* por otra parte, tampoco ha menester el lector de que vaya yo á probar ahora una verdad que existe en la conciencia de toda persona que posea tal cual instruccion en nuestra literatura, por lo que me ceñiré á referir lisa y llanamente lo que en aquella noche me ocurrió con relacion á lo que canta el título que lleva el presente articulejo.

Fué, pues, el caso, que andándose disputando sobre cuál juego se habia de adoptar, yo, que desde que tuve uso de razon fuí siempre aficionado al estudio, aun dentro de la jurisdiccion del recreo, propuse que se jugara á los *refranes,* con esta condicion: Sentar una frase proverbial cuya base constitutiva habia de ser forzosamente una ó más letras del alfabeto, explicando despues su significado, si es que por ventura lo necesitaba, ó ya si el sujeto en quien recaia el turno se hallaba en edad apta para hacer semejante comento.

Vinieron luégo en ello todos los circunstantes, tal vez sin darse cuenta algunos del berenjenal en que se habian metido; y como sea cosa corriente y moliente que aquel que en una junta ó congregacion cualquiera se adelanta á proponer un plan, de cien veces suele salir las noventa y nueve cargado en costas, quiero decir, que no encuentran los demás concurrentes persona más á propósito que la iniciadora del pensamiento para que lo lleve á cabo, tuve que apechugar á ello; cosa que, despues de todo, no dejó de halagar mi amor propio, siquiera por hacer, ya que no bueno, ménos malo el calificativo antonomástico de *el Refranista* con que empezaban á honrarme mis amigos y conocidos. Bien es verdad, porque todo hay que decirlo, que, á no haber sido por mi abuela materna (porque la paterna ya no existia cuando yo abrí los ojos á la luz), quien ensartaba los refranes á cada triquitraque cual otro Sancho Panza, de tres en tres ó de cuatro en cuatro, no hubiera salido su nieto (servidor de Vds.) tan aficionado á este linaje de escaramuzas literario-populares, hasta el punto de que la bondad de algunas personas, tanto nacionales cuanto extranjeras, me quiera calificar de *autoridad paremiológica* ó de *eminencia en punto de Paremiología;* á lo primero, me descubro la cabeza, hago una inclinacion profunda y pronuncio: *¡gracias mil!;* á lo segundo, protesto con todas las veras de mi alma, que no siendo yo cardenal de la Iglesia romana, en manera alguna me compete el tratamiento de *eminencia.* Yo no entiendo de más cardenales que de alguno que otro que, traveseando en mis primeros años, me hicieran en el cuerpo los juegos con mis compañeros, ó las veras del inhumano preceptor; ó de los que, en edad más avanzada hayan podido inferirme en el corazon los golpes y desengaños habidos en el trato social. De todas suertes, si hago ahora este relato en favor de mi humilde personalidad, conste que es debido, lo que declaro con harto sentimiento, á que *hace años que murió mi abuela;* y sabido es que

estamos en un tiempo
tan miserable,
que, si yo no me alabo,
no hay quien me alabe.

Sea como quiera, volvamos á mi cuento.

Pues, como iba diciendo, teniendo yo que abrir la marcha, áun cuando sentado en mi silla (quiero decir, en una de las de los dueños de la casa), hice como que me atusaba el bigote, que, como dicho queda, queria empezar á brotar, y con voz sonora y pausada, como la de quien anunciaba que dentro de no muchos meses habia de subirse á la cátedra, dije, en estos términos poco más ó ménos:

—*Redondo como la O del Giotto.* Expresion usada comunmente entre los pintores para designar una figura perfectamente circular. El *Giotto,* discípulo de Cimabué, fué un célebre pintor toscano, que eclipsó á su maestro hasta el punto de relegar el nombre de éste al olvido, siendo reputado como regenerador de la Pintura. Acababa de dar la última mano á los seis grandiosos frescos que le habian encargado con destino al *Campo santo* de Pisa, en los que representó la miseria y paciencia de Job, cuando el papa Bonifacio VIII, que deseaba ocuparlo en Roma, le envió un gentil-hombre para que juzgase si igualaba su mérito á la reputacion de que disfrutaba. Ofendido el *Giotto* de que pudiera ponerse en tela de juicio su habilidad, negóse abiertamente á entregarle al emisario los dibujos que éste le pedia; pero, tomando un pliego de papel, trazó á presencia suya con el lápiz, sin alzar la mano, un círculo perfecto, que rogó al caballero lo presentase á Su Santidad. Admiró al Papa la figura; y llamando luégo al artista á la corte pontificia, no tardó en hacerse proverbial su prueba de firmeza y valentía de pulso. Habiendo terminado mi cometido, dirigíme, en fuerza de mi derecho, á un señor respetuoso *leto y escribío,* y tanto, que se sabia de coro el Diccionario de la Academia cuya última edicion era á la sazon la novena, quien desempeñó su compromiso en los términos siguientes:

—*De pe á pa.* Modo adverbial familiar. Enteramente, desde el principio al fin. *Integrè, omninò.* En seguida grité yo:

—¡Prenda! ¡prenda! -Y el concurso, cual si hubiera saltado sobre él una chispa eléctrica, y sin saber probablemente por qué lo decia yo, gritó á voz en cuello: «¡Prenda! ¡prenda!»

—¿Cómo prenda?—exclamó el señoron.

A semejante pregunta siguió un silencio sepulcral. Fijáronse todas las miradas en mí, como promovedor de aquel alboroto; y al ver los ojos centelleantes de aquel pobre señor, comprendí que era yo deudor de una satisfaccion. Entónces dije:

—He gritado *¡prenda!,* señor mio, porque, dispénseme usted, ni el modo de pronunciar esa frase, ni la significacion que V. le ha adjudicado, están de acuerdo con la realidad.

—¿Cómo que no, cuando he relatado *de verbo ad verbum* todo lo que dice la Academia, la autoridad en forma de lenguaje, acerca del particular? Una sonrisa de compasion brotó entónces de mis labios. Seguramente pensó aquel caballero que iba á intimidarme con evocar el título de *autoridad,* á mí que, aunque pobre chicuelo, siempre creí que toda autoridad necesita poseer de suyo títulos respetables para darse á respetar. Picado un tanto en mi amor propio, le contesté:

—Dispénseme la Academia, y dispénseme V. tambien, señor; pero la Academia se equivoca en este punto como se equivoca en otros muchos. Por no ir más léjos, y ya que de pintura hemos hablado, sírvase V. decir cómo define la palabra *colorido.* «La mezcla y union que resulta de varios colores en las pinturas.» ¿Le parece á V. que es eso cierto?

—Yo no entiendo de pintura.

—Pues mire V., yo entiendo algo, porque llevo unos cuantos años de estar aprendiendo el dibujo y la pintura al óleo; y lo que he sacado en claro de las lecciones tanto teóricas cuanto prácticas que me han dado mis maestros es, que «*Colorido* es el resultado de la combinacion discreta y oportuna de los colores dirigida á representar en toda su verdad á la naturaleza»; lo cual, como comprenderá V. en su mayor capacidad, varía de especie: hé ahí la razon por que me atreví á gritar *¡prenda!*

—¡Prenda! ¡prenda!—exclamaron nuevamente á una

(1) Sabido es que *Paremiología* significa *estudio sobre refranes.*

los circunstantes; y no tuvo más remedio que soltarla el pobre *academicólogo.*

—Todo eso está muy bien—respondió el atacado alargando su petaca;—pero necesito una explicacion convincente de mi falta, pues no alcanzo en qué he errado.

—Pues yo se la daré. V. ha dicho *de pe á pa* debiendo decir *de pe, a, pa.* Ha añadido V. que significa esa frase proverbial (no hay tal modo adverbial ni Cristo que lo fundó) *enteramente, desde el principio al fin*, dándole por correspondencia latina á *integrè, omninò*; pues bien, como lo he pronunciado, que es como debe pronunciarse para que tenga sentido esa frase, significa claramente lo mismo que han pretendido dar á entender con ella cuantas personas bien habladas la han usado, es á saber: «Decir alguna cosa con toda claridad y sin rodeos, como si se deletreara diciendo: *p, a, pa.*» En resolucion, mi buen hombre soltó su prenda, como llevo dicho; y dirigiéndose á la que lo era de su corazon, aunque ella maldito el caso que le hacia, jóven de unos diez y siete abriles, ojos rasgados, alta como una palmera (me parece que la estoy viendo), respondió á su invitacion con la voz de ángel que la distinguia, aunque acompañada de cierto retintin que á él debió sonarle á voz de demonio:

—*Decir á una cosa que ene.* Da á entender que, como se habia de decir *sí*, se dice *nó.* El enunciado era bastante terminante para necesitar ser explicado; era, lo que en el tecnicismo matemático se conoce con el apelativo de *axioma*, esto es, una verdad tan evidente y clara de suyo, que no ha menester de demostracion.

Por muy corto de vista que fuera el aludido, y no lo era poco, dado que los cristales que usaba en sus gafas semejaban fondos de vaso, por lo gruesos, no pudo ménos de decir para su capote:—Me escamo;—y por si es que aún podia abrigar algun recelo tocante al particular, dirigióse la jóven á un idem que la miraba con no malos ojos, y de la que se sospechaba con hartos fundamentos que era correspondido, el cual, abundando en la dósis de malicia que aquélla habia manifestado, dijo... Pero ántes de decir lo que él dijo, necesito decir yo una cosa que no habia dicho ántes, por la sencilla razon de que se me habia olvidado, y es, que el señoron de quien he hablado recientemente ostentaba una excrecencia, más que regular entre ambos omoplatos; quiero decir, que era razonablemente jorobado. Pues bien, dijo el mocito interpelado:

—*Parecerse á la équis.* Esta expresion se aplica á la persona que tiene cierto punto de contacto en su forma exterior con el dromedario. La alusion no podia ser más fina ni más exacta; así es que dije yo para mis adentros:—¡Te han jorobado más de lo que estabas!—Y, en efecto, más que jorobado, lo acababan de partir por el eje.

Una risotada general fué prueba evidente de que todo el concurso habia comprendido la *indirecta del padre Cóbos;* por lo que, en su comprometida actitud, se apresuró el jóven, que no era nada lerdo, á conjurar la tempestad, dirigiéndose á un niño que tenia á su lado, criatura de poco más de diez años, el cual dijo:

A, e
la cartilla se me fué,
no me pegue V., maestro,
que mañana la traeré (1).

Todos aplaudieron la salida de aquel inocente, por lo oportuna cuanto inesperada, y más aún la de su hermanita, graciosa niña de poco más ó ménos edad que él, á quien se dirigió, la que tuvo la feliz ocurrencia de decir:

A, e, i, o, u,
borriquito como tú.

Seria largo de referir en todos sus pormenores cuanto ocurrió en aquella sesion recreativa; baste decir que allí salieron á colacion las frases:

Por hache ó por erre.—Llámelo V. hache.—Erre que erre.—Por ce ó por be.—Ser alguna cosa de ene.—La ene de palo.—Sin faltar una jota.—Echarle á uno una ese y un clavo.—Andar haciendo eses.—Poner los puntos en las íes.—Las cuatro eses de los enamorados, y...¿qué voy á recordar ahora, al cabo de tantos años, cuántas cosas más (2)?

Lo que sí no olvidaré en mi vida, por la discrecion que encierra el concepto, fué el dicho de una señora, ya de cierta edad, que, cuando le llegó su vez, prorumpió en los términos siguientes:

—*Risa en a, en e, en i, en o, ó en u.* La risa en *a* es esa risa producida por un rasgo de ingenio. *¡Ah, ah, ah!* ¡qué gracioso, qué bonito es eso!

La risa en *e* es la risa alegre, provocada por una originalidad. Significa *¡eh, eh, eh!* ¡cuán oportuno, cuán chistoso ha sido!

La risa en *i* es la sonrisa del enternecimiento originado por alguna circunstancia patética; así es que *¡ih, ih, ih!* significa: ¡eso es encantador, interesantísimo!

La risa en *o* es la risa de la alegría franca, ocasionada por alguna tontería; por lo tanto, el exclamar: *¡oh, oh, oh!* equivale á decir: ¡qué divertido, qué raro es eso!

Ultimamente la risa en *u*, es la simple sonrisa mo vida por un equívoco. En su consecuencia, *¡uh! uh! uh!* vale tanto como decir: ¡Se comprende muy bien, no está mal! Aquí dió fin la ilustre y entendida dama, con general complacencia de los contertulios.

Procedióse despues á la imposicion de las penas, y *¡allí fué Troya!* Unos pedian una cosa; otros, otra. Yo, entre tanto, permanecia *más callado que en misa*, entónces; hoy, no reza conmigo esa frase proverbial comparativa, porque cuando la digo, y más cuando la canto, no tengo otro remedio que valerme del auxilio de la voz. Por último, advirtiendo mi mutismo, acercóse á mí la dueña de la casa, que me habia visto poco ménos que nacer, y me dijo:

—¿Y tú, que dices á esto, Pepe? ¿no se te ocurre algun género de pena que en nada se asemeje á esas tan comunes y triviales que aquí se están debatiendo?

—Ocúrreseme uno, señora—le contesté,—pero no es admisible.

—Pues ¿tan difícil de ejecutar es?

—Imposible, que es más que difícil.

—Dímelo al momento.

—Allá voy; pero necesito comunicarlo á solas.

—¿Tal es su gravedad?

—Tal es.

Retirámonos á un rincon de la sala, y entónces le dije:

—La pena que me estaba haciendo cosquillas ahora entre ceja y ceja, recae exclusivamente sobre el sexo femenino; no es invencion mia, como la propuesta de los refranes de esta noche, sino que pertenece á la historia antigua, y es del tenor siguiente:

Cuéntase de Frine, célebre cortesana griega, que hallándose en una diversion semejante á la en que aquí nos hallamos, rodeada de muchas damas que llevaban pintado el rostro, tuvo la humorada de darles á éstas un chasco bien pesado por cierto. Entablóse, pues, un juego de prendas, en que todos los concurrentes habian de hacer lo que practicase uno de ellos. Llega el turno á Frine, fija su vista en los rostros pintados de sus compañeras, se sonríe, pide una palangana con agua, se la traen, y se lava la cara. Dicho se está que todas las demás individuas tuvieron que hacer otro tanto, aunque á regañadientes, y que por mucho esmero y habilidad que pusieron en el acto del lavatorio, *pasándose la mano del gato*, no fué tanto que pudieran librarse sus rostros de manifestarse abigarrados, con notable risotada de la concurrencia, ménos el de Frine, que como no se untaba menjurges, quedó más rozagante que ántes, si es que podia estarlo más. Conque ahora V. dirá.

—*Digo que digo que no digo Diego*, porque *peor es el remedio que la enfermedad.*—Y como el relato le comprendia á ella de *cabo á rabo*, volvióme en seguida la espalda, *dejándome con un palmo* (ó séase próximamente 209 milímetros) *de narices.*

JOSÉ MARIA SBARBI

(1) En honra de la verdad histórica debo revelar aquí un solecismo y un barbarismo que cometió aquel niño al pronunciar semejante refran escolar, á saber: que dijo *me se fué* y *trairé*. Sirva esta nota de aviso á los maestros de primera enseñanza que así descuidan la de sus discípulos.

(2) Despues de escrito este artículo, me han ocurrido á la memoria algunos pasajes más, á cuyo relato no he dado cabida aquí por parecerme que lo alargaria demasiado. Asimismo debo dejar consignado que mis indicaciones paremiológicas obtuvieron mayor desarrollo en noches sucesivas, de todo lo cual daré en su dia cuenta al público *si la varita no se rompe*, ó, como decia mi difunta abuela, *si Dios quiere, y Juan viene.*

EL VIENTO IMPIO

(CUENTO SUCIO)

Apénas Malek cumplió veinte años de edad, sintió vehementes deseos de casarse con la hermosa Fátima, hija de su vecino el venerable morabito Rustan Hahji que habia hecho tres veces la peregrinacion á la Meca, y que además poseia un número incalculable de carneros.

Estas circunstancias imponian un tanto al jóven enamorado, que no se atrevia á formular su pretension.

No obstante, como siempre tenia ante sus ojos los ojos de hurí de Fátima, y constantemente resonaba en su oido el melodioso acento de su voz, se decidió á pedir á su madre que revelase á la doncella el estado de su corazon.

La madre de Malek se hizo la encontradiza con la adorada jóven, y ambas á dos, miéntras mascaban galletas con miel, departieron largamente, conviniendo en que en toda la comarca no habia un mancebo tan bueno y tan gallardo como aquel.

Fátima prometió hablar á su padre y desvanecer las prevenciones que éste pudiera abrigar contra el enlace deseado por ambos jóvenes, y se dió tan buena maña, que se salió con la suya.

Acordóse la boda y se fijaron las condiciones. Además de la dote, que segun costumbre oriental, Malek debia aportar al matrimonio, se convino en que regalaria á su futuro suegro cuatro pares de chinelas de Fez, dos sillas bordadas de cuero de Tafilete, doce tarros de manteca, un camello y un utensilio á la usanza de los *rumís* (europeos) llamado calzador ó tira botas.

Malek se apresuró á acceder á estas condiciones, y algunos dias despues se formalizó el contrato ante el cadí.

II

El dia de la boda el novio envió los regalos á su suegro, que colocados sobre primorosas bateas y tapices (excepto el camello) fueron expuestos, y celebrados por los numerosos parientes y amigos de Rustan Hahji.

Sobre todo el tira-botas produjo una sensacion sorprendente.

Cumplida esta importante parte del programa nupcial, Malek montó en su caballo Borah, enjaezado de gala, y se dirigió á la casa de la novia para pedírsela á su padre, y en vista de la negativa de este, robarla; porque en toda boda árabe hay un simulacro de rapto, para suponer que ni el padre ni la hija se separan voluntariamente.

El enamorado jóven entró en la casa de su futuro suegro dejando su caballo á la puerta.

Malek estuvo muy conmovido como todo el que ama verdaderamente, y además, aunque sabia que aquella peticion era una farsa, no podia sobreponerse á su natural timidez.

Habia almorzado fuerte como es conveniente en dia de boda, y el rápido trayecto que hizo á caballo, juntamente con su excitacion moral, motivaban, sin duda, cierto malestar en todo su organismo.

Malek se presentó en el estrado en donde Rustan Hahji le esperaba rodeado de las personas más notables de la comarca. Estaban allí el cadí, tres talebs, un iman, un marabú y varios ulemas; todos serios, graves y á cual más respetables.

La emocion labra poderosamente en ciertas naturalezas, produciendo en ellas efectos físicos irremediables; y la sensibilidad nerviosa de Malek estaba frecuentemente expuesta á estas contingencias.

Al hallarse ante aquella reunion de notables sintió que sus piernas se tambaleaban, y se adelantó, casi dando traspiés. Rustan estaba sentado, el jóven se inclinó y cuando iba á formular su peticion, dejó escapar de sus labios... un erupto, uno de esos eruptos, vulgarmente llamados regüeldos, que participan del grito metálico del elefante y del seco y estridente del alcotan.

Un rayo, cayendo en medio de aquella asamblea, no hubiera producido mayor estupor; todos los rostros palidecieron y muchos cabellos se erizaron; hubo quien cerró los ojos en ademan de consternacion, en tanto que los de los ulemas, fieles intérpretes de la ortodoxia, brillaban de indignacion saliéndose de sus órbitas.

EMILIO MORAIS

(Se continuará)

UNA VENGANZA DE ALHAMAR EL MAGNÁNIMO

(LEYENDA GRANADINA)

Hoy Granada interesa tanto por sus desgracias como por su historia legendaria y sus recuerdos artísticos. Hoy me toca, pues, evocar algun episodio dramático de los que más vivamente hirieron mi imaginacion, con el colorido de la leyenda, durante larga permanencia en aquel país.

Una tarde en que las brisas de mayo iban atenuando los rigores del sol de mediodía, salí de Granada, siguiendo la márgen del rio de las arenas de oro, y me hallé pronto en medio de sus cármenes.

El que no tenga la suerte de conocer estos innumerables paraísos que decoran ambas orillas del Darro; el que no haya subido por la carrera que lleva su nombre, pasando el puente del Aljibillo, para seguir por las cuestas de la fuente del Avellano, hasta que una impresion de placer y asombro le hiciere detenerse en la explanada inmediata á la misma fuente; quien no haya llegado allí aspirando la vida de aquella vegetacion que ante la vista se despliega con los rápidos cambiantes de una obra de magia, y que produce una emocion cual la del avaro que inesperadamente viera extenderse ante sus ojos un tesoro de esmeraldas y de rubíes; por mucho que le ponderen aquellas incomparables muestras de la naturaleza granadina, no podrá en su fantasía ponerlas al nivel de la realidad.

Sin embargo, los cármenes del Darro no difieren esencialmente de otras quintas ó casas de recreo: rodeadas de álamos corpulentos, de naranjos, avellanos y limoneros, ceñidas de jardinitos, en un desórden tan raro como encantador, cuyas flores crecen por todas partes, ufanas con su lozanía perenne, gracias á la frescura de numerosas acequias que hasta las altas cumbres llevan sus raudales; para que causen maravilla, hay que armonizar sus verdores con la trasparencia del cielo y con la nieve deslumbradora de las enhiestas cumbres de Sierra Nevada; hay que aspirar los efluvios embalsamados de aquella naturaleza, siempre virginal, recordando que fué la cuna de heróicas razas, cuya sangre se confundió con la de nuestros progenitores.

Y luégo, al arrullo embriagador de las brisas, necesariamente se escuchan los suspiros de las princesas árabes, viendo las blancas tocas que velan sus formas peregrinas en las nubecillas que flotan sobre el lecho de flores de los valles.

II

Pero la tarde iba decayendo y no podré decir por dónde me encaminé á la ventura, entre aquellos jardines y bosques sin término.

Guiado sólo por la inspiracion avasalladora del momento, ví extenderse por los valles, poco á poco, una niebla blanquecina que venia en auxilio de mis sentimientos, cubriéndolos sin perder su trasparencia, á la manera que una madre amorosa envuelve en blanco cendal los tiernos miembros de su hijo.

En mi marcha habia dejado de hollar plantas y arbustos y tropezaba á cada momento con pedazos de roca ornados de parásitas, y montones de tierra arenosa, formando un conjunto informe, de harto lastimosa apariencia, para haber de compararlo con la exuberante animacion que le precediera.

Quise remover unas piedras de argamasa granítica, como



EL ANGELUS, cuadro por K. Raupp



LA MADONA DEL GRAN DUQUE, cuadro por Rafael

la que los árabes usaron en sus construcciones, y aun nos enseñan las Torres Bermejas y los muros de la Alhambra; pero el estridente grito y el aleteo siniestro de un buho pusieron coto á mis intenciones.

Sin duda habia llegado á unas ruinas: la presencia de tal huésped lo demostraba, protestando de mi audacia profanadora.

Y no fué inútil la protesta del rey de las ruinas, pues hizo que mis impresiones sufriesen una trasformacion tan rápida como penosa.

Acababa de pasar de la vida á la muerte, de la ilusion al desengaño, de los paraísos del ideal á los cementerios de la realidad.

Pero mudo, solemne, invisible á otros ojos que á los de la mente que se purifica en la clara atmósfera de las cumbres, otro mundo se elevaba, sobre aquellos escombros, infinitamente más grande que la tierra: el mundo del sentimiento.

Le contemplé de hito en hito, sin poder apartar los ojos, merced á una atraccion indecible. ¡Qué armonía en todos sus objetos! ¡Qué lozanía en sus verjeles! ¡Qué hermosura en sus cielos!

En aquel mundo alternaban, en concordia admirable, poetas é historiadores, filósofos y artistas; y todos ellos me recibieron con sonrisa afectuosa en los labios, manifestando que habian adivinado el objeto de mi visita, y que al momento me revelarian el misterio de aquellas ruinas.

Entónces, dos de ellos, á quienes los demás abrieron paso respetuosísimamente, se adelantaron hácia mí.

Ambos vestian á la usanza oriental; el uno representaba el apogeo de la vida, el otro una vejez robusta; asemejándose el primero al enhiesto pino de la montaña y el segundo al vetusto roble del valle.

Sostenia éste entre las manos un libro abierto, cuyo peso debia serle muy llevadero, á juzgar por la seguridad de su pulso, y en poder del jóven brillaba una guzla primorosa de ébano, con cuerdas de oro.

Un poeta y un intérprete de la Historia; el trovador y el cronista que acudian á satisfacer mi ansiosa curiosidad, y á dar vida y animacion á aquellas ruinas, tan tristes como misteriosas.



UN [illegible] EN FAMILIA

III

Tomó el anciano la palabra el primero. El tiempo y la experiencia daban á su autoridad esa primacía. Extendiendo su diestra sobre el libro, y señalando con el índice á los caracteres rojos y negros de una de las páginas, dió principio á la relacion siguiente, en los propios términos que trascribo:

«Dios es omnipotente. Era el más humilde de sus siervos el poderoso de la tierra, el monarca de los monarcas Alhamár I el *Nazarita*, rey de Granada, el bien amado de sus vasallos.

»Sus guerreros eran numerosos como las arenas del desierto y valientes como sus leones: sus tesoros inmensos como los que encierran los abismos del mar. La magnificencia de su corte sobrepujaba á las maravillas que se cuentan de las más famosas de la antigüedad. Su alcázar de la Alhambra era obra de los genios inspirados por las huríes del paraíso. Los espíritus de la sabiduría constantemente presidian sus academias, y nunca la justicia se alejaba de los escaños de sus jueces.

»Alhamár era feliz. Era feliz porque creia en la felicidad, y creia en la felicidad porque su pueblo le veneraba, porque le amaba su sultana favorita, porque sus enemigos le temian y porque su amigo de la infancia correspondia cordialmente á su cariño.

»El monarca de los monarcas creia en la felicidad porque, no habiendo visto el rostro de la desgracia, no esperaba que un dia pudiera encontrarla en el fondo de su corazon.

»Alhamár poseia la flor más bella desprendida del paraíso, y aspiraba su aroma con embriaguez. Ella, Zobeya, la escondida perla de primores peregrinos, no era la mísera esclava elevada á las alturas de la soberanía, sino la compañera cuyo dulce seno contenia una joya que él preciaba más que todas las maravillas de Granada y todos los poderes de la tierra: su amor, que era el emblema de su gloria.»

En este punto el anciano se detuvo, conteniendo con gesto severo al jóven, cuyos ojos centelleaban, animados del númen poético, y cuyas manos recorrian, con febril impaciencia, las cuerdas de oro de la guzla. Aunque mostrando gran respeto al compañero que acababa de hablar, en su actitud echábase de ver alguna contrariedad, cual si quisiera advertirle que se excedia en sus facultades de historiador, permitiéndose excursiones al campo de la fantasía, á los dominios de su incumbencia.

El del libro hubo de replicar con una mirada afectuosa, que era la súplica de una tregua y la promesa de una restitucion. El fiel intérprete de la Historia pedia dispensa por los rasgos de adorno de que circundara á la verdad, cual un padre solicita la aprobacion de su gusto, por las galas con que ha vestido á su hijo.

Otorgada la dispensa con no ménos afecto que pedida, prosiguió así el representante de la Historia:

IV

«¡Cuán léjos se hallaria Alhamár de imaginarse que uno de los más firmes apoyos de su confianza hubiera de convertirse en ariete para derribarla!

»El griego Delio, bello como Aquiles, era el amigo de su infancia. Habia sido esclavo de su padre, que le comprara á un mercader de su nacion, y, niños los dos, se habian hecho hermanos, más bien que amigos, á pesar de la distancia que media desde el mísero banco del esclavo hasta las gradas del trono; distancia que salvó el griego, libre ya y conducido por la mano de Albamár.

»Y no era indigno de tanta merced, que la planta de la gratitud habia echado raíces hondas en su pecho, y en él competian los nobles impulsos de la virtud y los impulsos fieros del valor. Bien lo evidenciara, en ocasiones repetidas, sirviendo á su señor de escudo en los combates, y librándole de muerte segura, al precio de su sangre.

»Pero ¡ay! que la mano de la fatalidad pesa, sobre el destino de los hombres, infinitamente más que la voluntad del genio del bien, y un dia guió á Delio á los jardines reservados de la sultana favorita, frente á frente de Zobeya.»

El anciano exhaló un suspiro, cerró su libro, cruzóse de brazos, é inclinando la barba sobre el pecho, miró al jóven con expresion de inexplicable elocuencia.

Irguió el trovador su frente, fijó en el cielo sus ojos penetrantes y de las cuerdas de su lira brotó un raudal de armonía, que no puede reflejar la prosa que sigue:

«Rodeada de una corte de flores, presididas por la rosa de Alejandría y el tulipan de Estambúl, yacia la favorita lánguidamente reclinada, hermosa como la aurora que la contemplaba llena de asombro por encontrar así en la tierra quien igualaba á sus encantos celestes.

»Sus ojos eran negros como noche de dolor, y ardientes como el sol del desierto. De su frente copiara el candor su pureza, y de sus labios habia tomado el pudor la viveza y frescura de sus tintas.

»Sentíanse humilladas las azucenas ante la gallardía de su talle, y los lirios blancos estremecíanse de placer al confundirse con sus manos acariciadoras.

»Zobeya soñaba cuando Delio llegó. Yacia en el dulce sopor que sucede á un insomnio febril, y que mantiene el ánimo entre la ilusion y la realidad, entre una esperanza que huye y otra que vuelve á aparecer. Sus labios se entreabrian, mostrando apénas las perlas que guardaban, como el capullo de una rosa descubre las que el alba ha depositado en su cáliz; y de ellos brotaban palabras y suspiros que se filtraron en el corazon del griego, haciéndole palpitar de pasion.

»—¡Él no sabrá—decia—que le he visto sólo una vez, y que, desde entónces, le tengo siempre en mi seno!... Pero Alhamár... ¡ay! le mataria, y su venganza... sería la justicia!... ¡Alhamár es mi señor, mi dueño... y no obedece á otras leyes que á las de mi amor... ¡Ingrata de mí!... ¡Tambien yo creia amarle, y no puedo... desde que le ví á él!... ¡Corazon rebelde... corazon traidor!... dime dónde está... ¡No me engañes!... ¡Él no puede llegar hasta aquí!... ¡no conoce á la que le adora!... ¡él no sabe que la felicidad de la sultana favorita sería el llamarse su esclava, sin más premio que una mirada de sus ojos, sin más halago que su sonrisa!...

»¡Qué noblemente bizarro!... Su hermosura no se parece á la de los demás hombres. ¡Es un héroe!... ¡Qué tormento no haberme atrevido á preguntar por él!... ¡Nunca!... ¡Si su amigo sospechara!... ¡Alhamár!... eres grande y generoso, pero te aborrezco, porque me separas de él, porque mi corazon pertenece á Delio.»

»Apénas pronunciado este nombre, una voz mágica la despertó... ¡No era ilusion!... ¡Ya no soñaba!... ¡Allí estaba él!... Ósculos de amor abrasaban sus manos... la felicidad radiaba en los ojos del héroe, que, fascinado, la contemplaba, y que no podia ahogar su emocion, miéntras decia, arrodillado á sus plantas:

»—¡Oh! la más peregrina de las huríes... mi corazon ya te adoraba cuando sólo te habia visto en mis delirios, como una esperanza, como una gloria... que tu imágen me refleja... que tu mirada me promete... inextinguible, inmortal!...

»Zobeya le escuchaba con un asombro en que habia algo de incredulidad infantil, con enajenamiento parecido al de la niña que, de pronto, hallara al alcance de sus manos, un objeto tan lejano como precioso y codiciado por ella. Y el arrebato amoroso del jóven griego siguió haciéndola olvidarse de Alhamár, y hasta de sí misma.»

V

«Las ilusiones viven y brillan lo que los relámpagos. Fria y terrible llegó la realidad á anonadar las que alimentaban los amantes, á cortar las alas de la esperanza y á apagar los delirios de la pasion.

»Extremos de dolor sucediéronse en ambos á los trasportes de la alegría. El espejo de su conciencia les reproducia la imágen del ofendido monarca, invulnerable como el deber, y vengadora como el remordimiento.

»Impelido por la desesperacion, el amigo ingrato y traidor intentó arrancarse la vida, pero los brazos y las lágrimas de Zobeya lo impidieron, porque estaba escrito que al magnánimo rey de Granada le tocaba el castigo de aquel crímen.»

Extinguiéronse, al decir esto, los acentos de la guzla, y volvió á continuar el representante de la Historia.

«Alhamár tuvo conocimiento de la traicion cometida por los dos séres que le eran más queridos. A la vez se la revelaron el remordimiento impreso en sus rostros, y el febril insomnio de ella, cuando fatigado de la caza ó del consejo, buscaba dulce reposo entre sus brazos. Porque el amigo, el hermano huia su presencia, humillada la altiva cabeza, temerosa la mirada de héroe; y Zobeya, su amor y su gloria, esquivaba el ardor de sus caricias, sombría la frente, marchitas las mejillas y el siniestro fulgor de la culpa en los rayos límpidos de sus ojos.

»Pero en Alhamár la grandeza de ánimo del hombre sobrepujaba á la grandeza inmensa del monarca. Era tan generoso que al sobrenombre de *Nazarita* la Historia le añade el de *Magnánimo*.

»Perdonó á sus ofensores con objeto de que, miéntras viviesen, pudieran acordarse de que no les habia impuesto otro castigo que su propia culpa. Los perdonó acallando los ímpetus de venganza, propios de todo hombre en caso semejante.

»Hizo más Alhamár; todavía mucho más. Llamó á los artífices que, bajo su direccion, habian levantado la Alhambra, y les mandó que en uno de los lugares más deliciosos de la extensísima Vega, pero tambien el más apartado, construyeran un palacio lleno de maravillas para que le habitasen aquellos dos ingratos, á solas completamente con su culpa y con su remordimiento.

»Y es fama que, despidiéndose de ellos, el dia que les envió á aquella singular mansion de destierro, les dijo estas palabras:

»—Os condeno á recordar mi perdon, miéntras dure vuestra existencia, en ese palacio que contiene todos los encantos del mundo. Tened entendido que no he de volver á veros jamás. Y si algo vuestro llegare algun dia á mis oidos ¡por Alá! que no sea un eco de la ingratitud.

»—¡Nunca! ¡Nunca!—exclamaron á la vez los culpables cayendo de hinojos é intentando en vano besar las plantas del más magnánimo de los hombres.

»Pero Alhamár, sin volver á despegar sus labios, lanzándoles una última mirada de piedad, desapareció majestuosamente por las régias galerías de su alcázar.»

Y no es preciso añadir más para que el lector deduzca que el informe monton de piedras ruinosas, á donde habia llegado en mi excursion por las riberas del Darro, representaba el último recuerdo del palacio que fué habitado por los ingratos.

Pero la tradicion no nos dice cuánto tiempo vivieron allí, ni cuánto duró, por consiguiente, la nobilísima venganza del fundador de la Alhambra. Y es que debieron morir en el olvido y el aislamiento.

LUCIANO GARCIA DEL REAL



UNA BAYADERA, escultura por Rodolfo Schweinibz

UNA CÓMICA DE ANTAÑO

Por grande se ha tenido siempre el prestigio que el poder real gozaba en aquellos siglos en que el mote de nuestro escudo estaba condensado en estas palabras: *Dios, patria y rey*. Sagrada nos dicen aún que era para aquellos de nuestros abuelos que presenciaron el desmembramiento de la vasta monarquía española, no sólo la dignidad de que el monarca por derecho divino estaba revestido, sino hasta su deleznable personalidad, sujeta, como la del comun de sus congéneres, á todas las miserias y flaquezas que á la humana carne son inherentes.

Aquella tentativa atribuida al gran duque de Osuna, cuando con más ó ménos motivo se creyó aspiraba á hacer de su vireinato de Nápoles una corona que ceñir á su frente, aquel plan abortado del marqués de Liche, en que la vida del monarca estuvo en inminente riesgo, detalles son que, por más que como hechos aislados se consideren, algo prueban en favor de los que no dan entera fe á que todos los vasallos de los absolutos soberanos de la casa de Austria mirasen como sagrada é inviolable, como se ha dicho, la persona de sus reyes.

Sin embargo, no es nuestro ánimo hoy desenterrar del polvo de ignorados archivos páginas de nuestra historia, en que se viera por un momento oscilar la solidez del trono, merced á planes maquiavélicos ni á tenebrosas maquinaciones. Más regocijado es nuestro propósito. Recordando á nuestros lectores una de las más ruidosas aventuras del rey poeta, vamos al paso á hacer ver que tambien el ridículo pesaba algunas veces sobre aquellos monarcas, que ya que tanto hacian gemir á su pueblo, justo era que alguna vez arrancaran alguna carcajada de sus labios, siquiera ésta no dejara muy bien parado el lustre de la heredada realeza.

María, segun unos, ó Inés Isabel Calderon segun otros, era una comedianta que el público aplaudia con el nombre de la *Calderona*, en aquel nada suntuoso corral de la Cruz, que por los años de 1579 habia fundado en la villa de Madrid la cofradía de la Soledad.

Su hermosura, si hemos de dar crédito á los cronistas galantes de la corte de Felipe IV, no tenia nada de portentoso, pero á sus diez y seis años unia una gallardía y una desenvoltura sin ejemplo, una voz matizada por los timbres más seductores, y sobre todo, ese prestigio que los laureles cosechados en la escena han dado siempre á quien por lo ménos con los encantos de la juventud cuenta.

El degenerado retoño de la raza de Cárlos V, que ocupaba á la sazon el trono de España, entregaba de buen grado las riendas del Estado en manos del famoso Conde duque de Olivares, quien tenia buen cuidado de evitar á su señor las penalidades que la ruina en que su reino iba cayendo hubiéranle proporcionado, si sus ojos deslumbrados por el fausto de las fiestas hubieran podido ver la oscuridad del presente y las negruras del porvenir.

Los últimos amores de Felipe IV con una dama de su esposa llamada doña Tomasa Aldana iban haciéndose demasiado viejos, para que un alma tan frívola como la del rey poeta encontrara en ellos el entretenimiento y solaz que para matar el tedio le eran necesarios.

El sagaz don Gaspar de Guzman, comprendiendo que su fastidio podia hacerle tornar los ojos hácia los negocios del gobierno, de suyo no muy desembarazados, pensó en buscar al mal remedio.

Un azar hizo que la Calderona, llamada al real alcázar para recitar unas relaciones ante la corte, fijara las miradas del inflamable Felipe. Esto bastó para que el Conde-duque pensara en uncir á su señor al carro de la comedianta.

Los atractivos personales del rey no eran grandes, pero tampoco era repulsivo. Todos conocemos aquel cuerpo endeble y fatigado, aquel rostro en que la palidez sólo estaba animada por el rosado color de los pómulos, aquellos ojos más dulces y tristes que enérgicos y apasionados, aquella boca de labio inferior saliente, aquel levantado bigote y aquel lacio cabello castaño y descolorido que caia desde su frente alta, pero deprimida, hasta besar los encajes de la valona que servia de base al prolongado óvalo en que se asentaban sus facciones, de líneas tan mal seguras como su carácter.

La Calderona no hubiera quizá intentado resistir á las seducciones de quien á más de los fueros de galan y caballero, contaba con los de su rango, si su alma no hubiera estado presa ya en otras redes.

De los más gentiles barbilindos que pisaron jamás las alamedas del sotillo y la arenosa extension del Prado viejo, era indudablemente el duque de Medina de las Torres. Su apostura bizarra, su rostro, si no varonil, hermoso, el esmero de su atavío y la nobleza y distincion de sus modales, hacian de él la envidia de los hombres y la admiracion de las damas de la corte entera.

La Calderona le habia entregado su albedrío y él pagaba el amor de la comedianta.

Sin embargo, cuando la niña, temerosa de sus celos, le confesó las amorosas pretensiones del Rey, el duque, tal vez más ambicioso que enamorado, y convencido de que su regio rival acabaria por quitarle un tesoro que no le podia disputar, convino en romper, en apariencia, los lazos que á ella le unian.

Desde aquel dia la comedianta quedó por única dueña del corazon del que ya habia perdido más tierra que sus abuelos todos habian conquistado.

Doña Tomasa Aldana se vió obligada á tomar el velo de religiosa en las Descalzas Reales, dejando al Rey por único recuerdo un hijo bastardo, que llevó por nombre Alonso Antonio de San Martin, por haber sido prohijado por Juan de San Martin, ayuda de cámara del monarca.

De los escandalosos amores de Felipe IV con la Calderona han quedado sobradas memorias. La casa que á esta hizo alhajar el Rey en la Plaza Mayor, ha llegado hasta no lejanos dias señalada por la tradicion. De los balcones de aquella casa, conocida, no sabemos por qué, con el nombre de casa de Marizápalos, mandó la reina á la comedianta que se retirase durante unas fiestas reales.

Pero el mayor baldon de aquellas amorosas inteligencias, es que para nadie más que para el Rey era un secreto que miéntras que la Calderona recibia al afortunado amante, aquel duque de Medina de las Torres, por quien siempre habia latido el corazon de la comedianta, oculto en su misma casa, ponia á su regio rival en más desairado lugar que jamás amante alguno se ha visto.

El dia 28 de febrero de 1629 tuvo lugar en aquella casa una escena que hubiera sido altamente risible si una figura tan elevada no hubiera tenido en ella un papel, si no muy lucido, bastante principal.

Felipe IV y el duque de Medina de las Torres se encontraron frente á frente. El monarca humillado, el vasallo insolente y procaz, estuvieron tan á punto de venir á las manos, que ya las hojas de la daga del Rey y de la espada del Duque salieron de las vainas.

La que habia producido aquel conflicto evitó la tragedia del desenlace. El duque de Medina de las Torres salió de aquel aposento para su destierro; pero la tradicion cuenta que al salir, una carcajada de desprecio cayó sobre la majestad de Felipe el Grande.

Aquella carcajada repercutió por todas partes.

Poco más de un mes despues, el 7 de abril de 1629, la comedianta daba á luz un niño que habia de llamarse más tarde Juan José de Austria, y habia de engalanarse con el título de infante de España.

El amor hace prodigios; Felipe IV no tenia un carácter demasiado entero, y á pesar de lo que sus ojos habian visto, se dejó convencer.

Algun tiempo despues aun continuaban las relaciones

VARIOS TIPOS DE SOLDADOS DEL EJÉRCITO RUSO


Trompeta Tsherkess


Tambor Mayor de los Guardias


Coronel *(Hetman)* de Cosacos


Soldado de la frontera persa


Granadero de la Guardia imperial


Guardia de caballería


Tsherkess de la provincia de Kuban


Tsherkess de Gkosta

amorosas del Rey poeta y de la comedianta del Corral de la Cruz. Pero lo malo del caso es que no faltaba tampoco inteligencia entre ésta y el almibarado duque de Medina de las Torres.

Por fin el Monarca, convencido de la mala estrella que alumbraba aquellos amores, ó tal vez hastiado ya de la mujer que tantos disgustos le habia dado, la obligó á encerrarse en un convento. De manos del mismo Juan Bautista Panfili, que luégo fué pontífice con el nombre de Inocencio X, tomó el velo en un monasterio de la Orden de San Benito, situado en el valle de Otande, en la Alcarria.

El único de los muchos hijos bastardos que dejó Felipe IV reconocido por su padre públicamente, fué Juan José de Austria. ¿Seria tal vez que fuera éste el que más confianza le inspiraba respecto á su paternidad?

Tal vez. Sin embargo, no á todos les sucedia lo mismo; pues cuando se verificó el público reconocimiento en 1642, por todas partes resonó una maldiciente y mal reprimida carcajada, y no faltaron voces que pronunciando ántes el nombre del duque de Medina de las Torres, decian: «Es el vivo retrato de su padre.»

Felipe IV, en tanto, estaba satisfecho. El Conde-duque habia querido reconocer otro bastardo que, con el nombre de Julio ó Julianillo Valcárcel, habia andado por las campañas de Italia y Flandes, y no habia encontrado mejor medio que hacer que su amo le diera el ejemplo. Estando el privado contento, no podia ménos de estarlo tambien el Rey.

La regocijada algazara de las fiestas del Buen Retiro impedia dejar oir las burlas del pueblo, á quien tampoco habian dejado oir el derrumbamiento de su monarquía.

Estas pequeñeces y aun cosas todavía más grandes, no eran obstáculo para que se tributase al Monarca el dictado de *Grande*.

¿Quién puede suponer que en aquel poderoso Rey de la Casa de Austria, mirado por su pueblo como el más humillado de los hombres, dejara de tenerse al poder real todo el respeto y la veneracion que han hecho un prototipo del tan loado siglo XVII?

JUAN OTERO Y GONZALEZ

DISTRIBUIDOR AUTOMÁTICO

DE TARJETAS POSTALES Y DE SOBRES TIMBRADOS

Resultaria mucha comodidad para el público si todos tuviesen á su disposicion fuera de casa, dia y noche, en cualquiera lugar y hora, tarjetas postales y sobres timbrados que contuvieran un pliego de papel de cartas; y en la práctica, convendria que estos depósitos fueran tan numerosos como los buzones.

No se puede pensar en obtener la multiplicidad apetecible por medio de establecimientos siempre abiertos, pues los gastos de local, de empleados, de alumbrado, etc., serian mucho mayores que el beneficio que se pudiera esperar. Los señores Sanderman y Everitt han resuelto felizmente este problema por medio de una distribucion automática. Su aparato no exige, para funcionar, la presencia de ningun empleado; una ó más visitas diarias bastan para alimentar el distribuidor; lo demás es asunto del público.

Nuestro grabado dará idea de la disposicion de lo que se ha llamado en Inglaterra: *Tarjeta postal y sobre timbrado para servicio del público.*

Un cajon de palastro de 0m,45 de ancho, 0m,35 de altura y 0m,32 de profundidad, poco más ó ménos, tiene una cubierta inclinada en forma de pupitre, sobre la cual se puede escribir, y detrás hay un cuadro que indica al comprador la manera de operar. Este cajon está dividido en dos compartimientos: el de la izquierda contiene un paquete de tarjetas postales, debajo del cual hay un cajoncito cuya cavidad se puede llenar exactamente con una sola tarjeta, tarjeta que es de un carton más grueso que el de las ordinarias. Por un mecanismo particular, este cajoncito queda cerrado y resiste si se trata de abrirlo; pero si á través de la abertura practicada en su tapa se introduce una pieza de dos cuartos, se podrá abrir, viéndose que lleva consigo una tarjeta postal, la última de la parte inferior del paquete. Cuando se empuja el cajoncito, encájase de nuevo y queda preparado para presentar otra tarjeta, mediante una segunda moneda, continuándose así sucesivamente hasta quedar concluido el paquete.


Distribuidor automático de tarjetas postales y sobres timbrados en Lóndres

Entónces, al retirarse la última tarjeta, un resorte obstruye la abertura, y no permite al público perder inútilmente sus cuartos, advirtiéndole al mismo tiempo, por un rótulo, que dice *vacío*, la causa de la obstruccion.

En el compartimiento de la derecha está el paquete de sobres timbrados: la manipulacion para obtener uno es exactamente la misma que ántes: en vez de una abertura hay dos, que deben recibir cada cual su pieza de dos cuartos.

Cuando en uno ú otro compartimiento se ha echado el dinero correspondiente, el mecanismo obstruye las aberturas hasta que se retira el sobre ó la tarjeta pagados.

Hemos visto funcionar este ingenioso aparato, honrado é impecable, en todas las estaciones de las líneas férreas de Lóndres: está dispuesto de tal manera, que pueden vigilarle los empleados de aquellas, como por ejemplo los del despacho de billetes, los del registro de equipajes, etc. Efectivamente, aunque las aberturas no permiten sino la introduccion de monedas de dimensiones fijas, no funcionando el mecanismo sino bajo la accion de un peso dado, se han dado casos en que algunos individuos poco escrupulosos, y no faltos de ingenio, introdujeron en el cajon chapas de plomo que tenian exactamente el peso de una pieza de dos cuartos; pero este caso es muy raro. Por lo demás, la pérdida no seria grande, pues cada compartimiento contiene sólo 25 tarjetas ó sobres. En caso necesario, fácil seria poner una campanilla eléctrica automática, cuyo sonido, llamando la atencion de los transeuntes, turbaria las conciencias culpables.

Este cajon cuesta unas 150 pesetas. En las estaciones del camino de hierro y en los cafés de Lóndres se han colocado más de ciento, que si excitan en alto grado la curiosidad del público, han tenido mayor aceptacion por lo útiles. En Inglaterra, los domingos está todo cerrado, y estos cajones ofrecen el único medio de obtener una tarjeta postal y un sobre timbrado. No nos extrañaria que de aquí á poco se utilizara este ingenioso *vendedor* para despachar pequeños objetos de precio fijo y dimensiones regulares, como cajas de fósforos (1), cigarros, billetes para el ómnibus, etc., etc.

Nuestro grabado representa un transeunte que, despues de haber depositado en el cajon su *penique*, retira su tarjeta postal. El aspecto de estos cajones, pintados de rojo, no es muy seductor; pero así en esto como en todas las cosas, morales ó materiales, se admira una vez más ese sentido práctico que hace que Inglaterra sea uno de los países más agradables de habitar, desde el momento que se ha adquirido la costumbre de no juzgar por el primer aspecto.

(1) En el momento de entrar el número en prensa, uno de nuestros colaboradores que llega de Lóndres nos dice que el distribuidor automático de cajas de fósforos funciona ya muy útilmente en la capital de la Gran Bretaña.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO IV — BARCELONA 28 DE DICIEMBRE DE 1885 — NÚM. 209

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UN DUELO, cuadro por M. Volkhart

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Las profecías del invierno no se cumplen.—Inspiraciones de la gastronomía.—De cómo el problema social toma un aspecto elegíaco al llegar Nochebuena.—Funerales regios.—Puntos brillantes de España.—La música religiosa y el tenor de moda.—Oracion.

Aunque las profecías de los astrónomos nos habian hecho pasar los últimos dias otoñales llenos de terror, pensando en los horrores de un invierno cruel, como pocos, la verdad es que hasta ahora el clima conserva cierta suavidad, no incompatible con los cierzos que el vecino Guadarrama envia sobre Madrid. Fuera de las nieblas, que en otros años no nos visitaban, y que hoy tienden sus cortinas entre el vecindario y el sol, puede decirse que el invierno se conduce noblemente, y no abusa de su incontestable poderío. Cuando llega la presente estacion las fuentes se hielan, la escarcha cubre tejados y calles, y de los secos tallos de los árboles penden hebras de cristal cuajado por el relente nocturno, divídense los hombres en dos categorías; porque nunca con tal crudeza se marca en la sociedad la línea que separa á los ricos de los pobres, como cuando para pasar la vida medianamente es preciso un buen abrigo que abrochar sobre nuestros hombros, y un mediano monte de leña que arda chisporroteando en la chimenea. Hé aquí el por qué de la diferencia. La vida de Madrid es tan cara, que los pobres obreros cobran los mismos jornales que hace veinte años, y tienen que gastar el doble para atender á las necesidades más perentorias y urgentes. No hay que decir, pues, si quedará un real en su bolsa para comprar una espuerta de cisco que, encendido, llene de cariñoso calor su humilde buhardilla. Gracias que pueda calentar el estómago con sano alimento. Miéntras el desventurado tiene que sufrir en todo su rigor las inclemencias del cielo, el hombre rico se crea una existencia puramente artificial, en que todo son caloríferos, estufas, chimeneas, aparatos de aire ardiente, pieles australes ó chibelinas, carruajes con cristales herméticamente cerrados, y bajo cuyos asientos ha sido préviamente colocada cierta cantidad de cenizas de leña en artísticas cajas construidas al efecto. Si va al palco del Real, la empresa ha cuidado de que reine en el ambiente una temperatura agradable; si es aficionado á la caza, y va á las lagunas de Daimiel ó á las de la Albufera á arrostrar todas las contingencias del frio, y tirar á los patos, realizando una de las cazas más agradables de la cinegética moderna, tambien allí sabe industriar el lujo elegantes kioskos, donde nunca penetra el frio, y desde los cuales, por una tronera, el cazador siembra el espanto y la muerte entre los alados palmípedos, precursores en la zoología, del genio de Colon. Sin embargo, la naturaleza es tan sábia y noblemente ecualitaria que se insurrecciona contra estas mistificaciones y contra estos abusos del oro; y en ocasion ménos pensada, en el dia más tranquilo, al salir de una puerta para entrar en otra, el rico es atacado por la pulmonía. Ella le esperaba escondida en la sombra, y le ha herido con su florete de hielo, haciéndole invisible herida en los pulmones; y entónces, caloríferos, estufas, Real, pieles, todo resulta una irrision del miedo; un comentario brillante á la vanidad de los hombres que quieren, por virtud del dinero, constituirse en raza superior á las leyes de la naturaleza.

***

Muchos años hace que mi profesion pone ante mi pluma cuartillas blancas para llenarlas con las impresiones volanderas que recojo en la calle y en todos los círculos, y siempre al llegar estos dias, invariablemente, con una monotonía desesperante para mis lectores, he tenido siempre delante de mis ojos, destacándose con crudeza sobre un paisaje nublado, la silueta del pobre en el invierno. Describir la alegría de una compañía de ricos que comen deliciosamente en torno á una mesa bien servida, y no acordarse del que entre tanto y bajo las tejas de un sotabanco de las calles de Madrid engulle hambriento mísera bazofia, es tener el corazon mas frio aún que esas tejas cubiertas de escarcha, que son el nido del jornalero madrileño. Y como la vida toda se compone de contrastes, la vanidad ha dispuesto que en estos dias en que el pobre necesita más paciencia para llevar sus desgracias, se le presente por todas partes el espectáculo de la voracidad humana llenando los escaparates de las tiendas de perspectivas deliciosas, asombrosas. Idos á casa de Lhardy; deteneos un momento ante el escaparate de Pecastaing; refrenad vuestros pasos ante los cristales inmensos y resplandecientes de la tienda de Cárlos Prast, y vereis qué inmensa cantidad pone en circulacion el estómago del hombre, y qué industrias tan múltiples, tan variadas y tan ricas se engrandecen y prosperan, dedicándose al servicio de la gula. De las cinco partes del mundo llegan por las más rápidas vías para celebrar la bacanal cristiana de Nochebuena, cuanto de más sabroso contienen el aire, la tierra, y el agua. Los enormes salmones que se crian en los rios alemanes, y la sabrosa trucha de nuestros pedregosos arroyuelos de Castilla; enfundados en hábitos franciscanos, de arpillera, vienen de York los jamones, que bajo esta apariencia monacal y austera, encierran todas las delicias de la carne; hé aquí qué aurora de plumas, y qué arco íris de colores forman las alas y las colas de esa comparsa de faisanes que colgados del pico, rellenos de trufas, y con un collar de estrellitas de galantina, están convidando al rico á placeres que el pobre nunca ha soñado; largo catálogo forman todas las variedades de productos que con la leche se fabrican, y los escaparates exhiben; mil y una variedades de quesos; tantas y tantas otras de mantequillas encerradas en cajas de todas las formas, bajo etiquetas de todos los colores, y bajo los nombres de cientos de fabricantes; y en las partes más altas de los escaparates, formando en ellos como el dentellado de una almena, podreis ver filas de botellas de vino que encierran alegría y vigor; ved aquella negra cuyo tapon desaparece bajo un casco de metal azul y lleva en la panza un cartelon brillante en que aparece el nombre de la más simpática de las viudas, la *viuda de Clicquot;* aquel tarro de áspera arcilla, es la decantacion misteriosa de los alcoholes y yerbas que preparan con cristianísima piedad los monjes benedictinos; licor por todo extremo saludable, que hace digerir las piedras, y á cuya virtud evangélica se deben sin duda los sonrosados y lucientes colores que adornan las mejillas de aquellos venerables padres de la Iglesia.

La Nochebuena se acerca rápidamente, y trae para la familia un dia de reposo y de reunion que en vano trata rán de borrar las ideas cosmopolitas del siglo y el materialismo dominante

***

Desde hace ocho dias, en Madrid se celebra cada mañana un funeral por el alma de S. M. el Rey Don Alfonso XII. En los funerales que se efectuaron en San Francisco el Grande, tomó parte una numerosa orquesta dirigida por Barbieri, y cantó Gayarre, con su hermosa voz de ángel, las antífonas del siglo XVI, que parecen escritas para que á través de los siglos, un hombre, como el tenor favorito de Europa, arranque á aquellos enjambres de notas rojas ó negras, pintadas sobre pergamino, las vibraciones misteriosas que en ellas dejaron los ignorados genios que han escrito la música de las perturbaciones cristianas y de los dolores del arrepentimiento.

***

Todo lo absorbe la política, y nunca como ahora ha parecido la de España un campo de Agramante.

Ahora que el año 1886 se acerca, debemos todos pedir al cielo que nos depare en los doce meses que le componen, un poco de calma, y un poco de paz.

J. ORTEGA MUNILLA.

NUESTROS GRABADOS

UN DUELO, cuadro por Max Volkhart

Sin duda alguna los franceses de la primera república tendrian gran prisa por morirse, cuando no encontrando bastante urgente el servicio de la guillotina, apelaban á matarse en duelos particulares, impropios de gente filósofa y demócrata, puesto que el duelo habia sido considerado hasta entónces privilegio absurdo de gente principal y atenida á rancias costumbres.

Tal es la primera reflexion que nos ocurre á la vista de este cuadro, donde el desafío, lance ó encuentro, está representado de manera que nos autorice á sospechar si su autor será práctico en esta clase de debilidades.

Con acertada premeditacion, el artista ha escogido para decoracion de su dramático asunto, un paisaje nevado. Lo duro de la estacion corre parejas con lo duro de los pechos de combatientes y testigos. El reducido tamaño de las figuras no impide que todas y cada una de ellas sean á cuál más expresivas. Hay perfecto aplomo en el que apunta, perfecta y académica actitud en el que recibe, perfecta calma en el que cuenta los segundos del reloj para ordenar el fuego, perfecta expresion en los asistentes á los azares del combate.

El conjunto produce verdadero frio; y es que, en este lienzo, así la temperatura como los sentimientos humanitarios están muy por debajo de cero.

ADRIANO Y ANTINOO, dibujo por Otto Knille

Antinoo, bello mozo de Bitinia, tipo de la correccion de formas, á creerse lo que escriben los antiguos, llegó á ser el confidente y favorito del emperador Adriano, por quien se sacrificó arrojándose al Nilo. Refieren otros que esta prueba de afecto no fué tan espontánea como Adriano dió á entender, sino que, viajando éste por Egipto, díjole el oráculo que su vida corria peligro miéntras no hubiese quién sacrificara la suya por la del emperador; lo cual hizo Antinoo obligado por su dueño. De todos modos, no se perdió gran cosa con la muerte del antiguo pastor de Bitinia, que no merece por cierto de la Historia los honores hasta divinos que le hizo tributar su dueño.

El autor de este cuadro se inspira generalmente en hechos históricos ó en leyendas fantásticas de las muchas que constituyen la literatura popular alemana. El cuadro que hoy le reproducimos demuestra suficientemente hasta qué punto tiene su autor condiciones bastantes para tratar asuntos de alto vuelo. Knille es profesor de la Academia de Berlin, donde su talento habia pasado desapercibido hasta que llamó extraordinariamente la atencion pública un toldo, propiamente un *velarium* romano, que pintó para decorar cierto sitio de la capital cuando tuvo lugar el regreso de las tropas procedentes de la terrible guerra franco prusiana.

MOZART EN EL ÓRGANO, cuadro por Cárlos Herpfer

Del gran Mozart puede decirse que no fué él quien cultivó el arte, sino que el arte cultivó á él. Tan precoces, espontáneas y portentosas fueron sus manifestaciones artísticas. El asunto de este cuadro, verdaderamente histórico, demuestra una vez más esta verdad.

Mozart tenia solamente trece años cuando fué nombrado maestro de capilla de la catedral de Salzburgo. Llegó el momento de ensayar una composicion que debia ejecutarse en una festividad próxima, y la tiple encargada de una de las partes cantantes, bien por hacer rabiar al infantil maestro, bien porque su mal entendido orgullo de artista se resintiera de la direccion de un niño, cuyo extraordinario talento desconocia, se empeñó en no dar pié con bola, como se dice vulgarmente. Mozart comprendió muy pronto que el ensayo fracasaria no porque la tiple careciera de medios, sino porque carecia de buena voluntad. Renunció, por tanto, á luchar con la díscola artista, y en lugar de dirigir la partitura, se puso á improvisar por su cuenta en el órgano. Su ejecucion fué tan inspirada y asombrosa que todos los presentes se sintieron subyugados por aquel genio de cuya inexperiencia se mofaban un momento ántes; y no sólo se sujetaron á la direccion del maestro de trece años, sino que tuvieron á mucha honra pertenecer á la capilla dirigida por un músico en miniatura.

Tal es el asunto del cuadro de Herpfer, en realidad mejor dibujado que sentido.

EL CATADOR, cuadro por Margarita Pfeifer

Esta obra es de un naturalismo admirable. Hábito de catar, paladar exquisito, inteligencia privilegiada, cuantas condiciones físicas y no físicas se necesitan para tener voz y voto en materias vinícolas, todo lo revela ese personaje en su semblante, en su actitud, en una expresion particular, que únicamente á los buenos artistas les es dado reproducir en el lienzo.

ALSACIANA, cuadro por B. Vautier

Antes de la guerra franco-prusiana los artistas imprimian á la fisonomía de las hijas de Alsacia una animacion, una alegría, que cuadraba perfectamente á las jóvenes habitantes de una provincia próspera y feliz.

Despues que Alsacia ha sido separada de Francia, los artistas parece como que se hayan puesto de acuerdo para dar á las mismas jóvenes una expresion triste, meditabunda, como pudiera revelarla el semblante de las vírgenes cautivas en Babilonia.

Es la nostalgia de la patria; lo que pudiéramos llamar enfermedad reinante; enfermedad horrible, puesto que no se la conoce remedio hasta el presente.

EN EL CORRAL, cuadro por O. Greishey

Composicion agradable, en la cual ha demostrado su autor haber estudiado con provecho á la naturaleza.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

UN PASEO POR LA NIEVE, cuadro por Hans Dahl

En el número 53 de la ILUSTRACION ARTÍSTICA publicamos, de este mismo autor, el cuadro titulado *Una senda en el hielo.* El asunto es igual en una y otra composicion; la diferencia consiste en los personajes, muchachas campesinas en la del número 53, jóvenes elegantes en la del número presente.

Ambas á dos composiciones son dignas de su ilustre autor: si en la primera las patinadoras ejecutan con mayor seguridad su arriesgado ejercicio, débese á su condicion social, que las ha habituado más á él; el pintor ha estado en lo cierto entrambas veces.

ROSA DE MAYO

(CUENTO DE MI NODRIZA)

Todos decian que nadie podia entrar en la cueva de la montaña: por esto todos la llamaban la cueva *maldita.* Y los pastores la miraban de léjos cuando llevaban sus ganados á pacer en la montaña.

Sin embargo, Rosa de Mayo, la preciosa pastora, tenia vivos deseos de saber lo que dentro de aquella cueva habia, y todos los dias se aumentaba su curiosidad.



UN PASEO POR LA



IEVE, cuadro por Hans Dahl

Cuando tuvo diez y seis años cumplidos, pensaba que siendo ya bastante grande no debia tener miedo.

Un dia que dejó el rebaño al cuidado de su hermano, diciendo á éste que iba á coger madroños, se internó en el bosque dirigiéndose hácia la temible cueva.

Su curiosidad era tan grande, que entró en ella con paso firme, y aunque despues comenzó á arrepentirse de haber entrado, no era cosa fácil el volver atrás. A pesar de haber andado mucho, la cueva estaba siempre alumbrada por la luz del dia, y al lado opuesto columbraba la otra salida que parecia invitarla á seguir andando.

Apresuró el paso, y al poco tiempo encontróse sorprendida al ver delante de sí un país como ella nunca habia imaginado.

El cielo era sonrosado, la yerba y las hojas azules, los pájaros tenian cuatro alas, y las mariposas eran grandes como las hojas de los sicomoros. El agua saltaba de todas partes por surtidores magníficos que repartian los perfumes más suaves. Los ciervos de blanca piel, cuernos de oro y ojos azules que venian á beber á estas fuentes embalsamadas, bailaban alrededor de la niña hablándola en un lenguaje desconocido, pero tan dulce y tan sonoro, que Rosa de Mayo los escuchaba con la mayor alegría, si bien es cierto que aquellos expresivos animales celebraban á porfía la hermosura de la niña.

Rosa de Mayo caminaba de sorpresa en sorpresa; todo este país encantado le parecia que celebraba una fiesta, y como oyera detrás de los bosquecillos de árboles conciertos de voces humanas, se dirigió á ellos saltando y cantando como una loca.

En medio de una llanura de menuda arena de oro, y entre magníficos árboles, vió un palacio de prodigiosa hermosura.

A medida que se acercaba, percibia más claramente el ruido que tanto llamó su atencion. Pero no atreviéndose á entrar por la puerta principal, se acercó á una ventana baja, por la cual se exhalaba el olor á cocina más apetitoso del mundo.

Llamó tímidamente á la puerta y un cocinero que apareció, la dijo bruscamente:

—¿Qué buscas aquí?

—Busco mi camino, señor, y le ruego que me diga por dónde podré volver á mi casa.

—¡Ah! ¿eres tú la hermosa niña que ha atravesado la montaña? ¡Bien venida seas! Nosotros te esperábamos.

Al decir estas palabras con sardónica sonrisa, el cocinero afilaba su cuchillo en el delantal de cuero, y miraba á la jóven de una manera terrible.

—Entra, —la dijo,—entra, que por aquí está tu camino.

Rosa de Mayo, despues de haber pasado un corredor muy largo, se encontró en medio de una inmensa cocina, en donde veinte cocineros se ocupaban en preparar los platos para un suntuoso festin.

Treinta cacerolas estaban llenas de varios manjares; pero sorprendióse al ver que la mayor de todas estaba vacía junto al fuego.

—Señor cocinero,—dijo á media voz,—¿porqué no está llena esta cacerola como las demás?

—Porque estaba esperando la vianda que en ella habia de prepararse, y la vianda llega en este momento. Tú eres lo que esperábamos, y cuando te hayamos guisado comenzará el banquete.

Rosa de Mayo se puso á llorar amargamente, y suplicó al señor cocinero que la dejara la vida.

—No hay más que un medio de salvacion,—dijo aquel antropófago;—ahí tienes una llave de oro; busca en todo el palacio la puerta que con ella se abre, y si la encuentras, elegiremos otra persona para la comida de su Majestad.

La desconsolada Rosa de Mayo empezó entónces su penosa tarea, probando la llave en más de cuatrocientas puertas. La pobre niña tenia de término todo el dia, pero el sol declinaba, y la puerta no parecia.

Rosa de Mayo temblaba como las hojas de los árboles, y en su precipitacion no podia hacer convenientemente su ensayo; el cocinero mayor y cuatro de sus ayudantes la acompañaban, armados con enormes cuchillos, y á cada paso la decian:

—¡Rosa de Mayo, el sol se pone! ¡El sol se pone, Rosa de Mayo, date priesa!

La pastorcita habia recorrido las habitaciones grandes y las pequeñas, sin dejar de probar la llave de oro en ninguna cerradura; pero ésta era siempre, ó muy grande ó demasiado pequeña. El cocinero dijo entónces á la jóven:

—Rosa de Mayo, el sol va á desaparecer por completo y se acerca el último instante.

La niña estaba en aquel momento frente á un espejo hermosísimo, en el cual vió á su padre y á su madre, sentados á la puerta de su cabaña. Y lloraban, sin duda por la hija que habian perdido, sin poder calcular la penosa situacion en que se encontraba.

—¡Pobres padres mios!—exclamó la jóven llorando amargamente.

Al decir esto, lanzóse hácia el espejo, sin duda para estrechar entre sus brazos á aquellos séres queridos que veia como por encantamiento.

Pero como llevaba en la mano la llave de oro, ésta al choque con el cristal mágico, lo rompió en mil pedazos, dejando descubierta una puerta de ébano que detrás del espejo habia, y cuya cerradura venia perfectamente á la llave fatal.

La puerta se abrió.

—Nosotros te esperábamos, hermosa Rosa de Mayo, —dijo el monarca apareciendo, y presentando la pastora á su corte, la más brillante del mundo entero.

Entónces Rosa de Mayo se encontró cambiado el traje rústico que llevaba por un hermoso vestido de tisú con piedras preciosas.

Su belleza era siempre la misma, porque las hadas, con todo su poder, no pueden embellecer nunca las obras de Dios.

Sin embargo, en medio de su esplendor soberano, el jóven monarca estaba pensativo y melancólico. Acometido de una secreta inquietud, dijo á la extranjera con voz conmovida, al dirigirse á la mesa del festin:

—Encantadora Rosa de Mayo; por haber encontrado la cerradura maravillosa, puedes pedirme una gracia cualquiera: ¿qué es lo que quieres?

—¡Ah! ¡señor! no vacilaré un momento en rogaros me devolvais á mis pobrecitos padres; pero vuestra bondad y vuestra gloria me interesan más que nada, y sólo os pido la libertad de todo desgraciado que caiga bajo las manos de vuestro temible cocinero!

Apénas pronunció estas caritativas palabras, resonó una música triunfante en todos los salones del palacio. Los semblantes de los cortesanos se trasformaron en aquel momento, y la más viva alegría reinó entre los convidados.

—¡Oh! ¡mi libertadora! bien venida seas, por la peticion que acabas de hacerme, porque la gracia que deseas para otro, es para mí. Hermosa súplica que yo esperaba hace seiscientos años, y que me liberta de un horroroso encantamiento! Tú eres la primera que al pedirme un favor, lo has hecho para otro, y no en provecho tuyo. ¡Mi mesa real, no se manchará de hoy más con detestables manjares, á los cuales me estaba permitido no tocar, pero cuya sola vista me daba horror! En reconocimiento de tan gran beneficio, quiero hacer algo más por tí.

—¡Ah, señor! ¿quereis enviar por mi padre y por mi madre?

—No podré hacer eso.

—¿Entónces me pondreis en su poder?

—Tampoco puedo.

—¿Pues qué quereis hacer de mí?

—Enviaré á mi pájaro encarnado, mi fiel mensajero, para que diga á tus padres que eres mi esposa, y que no hay en toda la tierra una reina más amada ni más hermosa que tú.

. . . .

Rosa de Mayo vivió muchos años, siendo la más feliz de las esposas y la más buena de las madres.—Pero en medio del lujo y esplendor de su corte, y de las caricias de su marido y de sus hijos, siempre buscaban sus ojos aquella cabaña que al otro lado del monte encerraba la mitad de su alma.

—¡Niños! ¡ni aun en el país de las hadas, hay felicidad completa!

MÁRCOS CALVO Y BUSTAMANTE

LOS METODISTAS

No trato de describir una secta religiosa.

Voy sencillamente á ocuparme de los hombres de método, para lo cual, presento á Vds. á don Joaquin Ginesta, natural y vecino de Madrid, casado, con tres hijos, empleado en el Tribunal de Cuentas y más generalmente conocido entre sus compañeros por J. G.

Con estas iniciales forma unos anagramas sobre el papel de tina *que gasta* (sic) en el negociado, que son el colmo de la armonía. Una J de tinta negra y una G de violeta, de la que se usa para las acotaciones en los pliegos de reparos, metódicamente enlazadas, han producido tantas cifras, que, repito, nuestro héroe es universalmente conocido en el Tribunal por J. G.

En una serie de álbums formados por las cuartillas blancas de todas las cartas que ha recibido en su vida, artísticamente cosidas con hilo encarnado despues de haber sido dobladas con gran regularidad dejando dos dedos de márgen y préviamente agujereadas con un punzon para poder pasar el hilo *doble*, formando rectángulos que arrancan en la parte posterior de la primera cuartilla en un nudo encerado, y terminan en una lazada caprichosa, tiene nuestro don Joaquin, pegados con goma (tambien de la oficina), modelos de todos los anagramas que ha hecho en su vida, y de las cifras que para marcar pañuelos ha dibujado para su esposa, las amigas de su esposa y las esposas de sus amigos.

Estos álbums están numerados, tienen un registro y un índice tan completo y metódico, que á su vez casi necesita de otro índice.

En los cristales del balcon de su cuarto tiene perfectamente á nivel en cada uno de los cuadros, cuatro calcomanías, representando cuatro ángeles con cuatro trompetas, tan ordenadamente colocados, que cada ángel hace *pendant* perfecto con su compañero.

A un hombre de estas condiciones no puede faltarle su correspondiente álbum de retratos; debajo de cada fotografía, de gallarda bastardilla española, hay un letrero que dice:—«Este retrato es de don Fulano de tal.»

Su mesa es un primor.—El tintero de cristal, lleno hasta la mitad, marca con una decidida línea negra, hasta donde debe llegar la tinta, y la parte superior, que ni por casualidad ha recibido ni un borron en la vida, reluce y brilla más que un diamante americano.

No gasta arenilla porque *ensucia*, y hasta cuando recibe cartas que traen polvos, los quita con el mango del raspador ántes de leerlas, y las sopla despues con singular desembarazo, cuidando de que ni una sola molécula caiga sobre la mesa.

Las plumas siempre limpias, y despues de haberlas (segun dice J. G.) *oreado* en un frasco, que con perdigones tiene para este objeto, las coloca en forma de aspa sobre una bandejilla que tiene á su derecha, en las que acompañan al punzon de que hablaba ántes, á un lápiz (Faber núm. 2) tan perfecta é igualmente afilado, que más parece una lanceta, á un cortaplumas de cinco hojas, un saquillo de grasilla (indudablemente confeccion suya), de trapo fino, sin costura y cerrado por la boca con hilo, un cristal de raspar y un ovillo de hilo encarnado, devanado en un naipe, formando una estrella de ocho puntas, en cuyo centro hay artísticamente clavadas, dos relucientes agujas de prolongado y ancho ojo.

A su izquierda una máquina de hacer cigarrillos de papel, sobre media *Correspondencia*, plegada en dos dobleces.

Varios legajos encima de la mesa, entre otros uno cuidadosamente atado con una cruz de balduque, sobre el que se lee, habiendo dividido las palabras por donde la cinta pasa para que no se manche, «papeles inútiles»

Excuso decir á Vds. que don Joaquin tiene álbum de sellos y de cajas de fósforos.

Por cierto que para que estos no se derramen en los bolsillos, toma la precaucion de cortar una badana fina, de que rodea la caja, para asegurarla dentro de la corredera de carton en que aquellas deben ajustar.—Cuando digo corta, debo decir cortó, porque la tira de badana que ahora usa, ya muy rebajada de color, tiene un letrerito imitando caracteres de imprenta, que dice: «fósforos octubre del 76»

Apunta cuanto gasta, y lleva con una minuciosidad sus cuentas, que como él dice: «¡Bendito sea Dios, en 23 años que hace que estoy casado, ni una sola vez me han faltado dos cuartos en la cuenta!»

Cuando yo le conocí, se ocupaba á ratos perdidos en reducir á pesetas y céntimos de peseta, la contabilidad de los años de 1865 y 66, que tenia por escudos y milésimas.

Hace 20 años corta los folletines de «La Correspondencia de España,» lo que le ha permitido hacerse de una biblioteca.

Suscrito además á algunas obras por entregas, ha sido el azote de los editores, cuando ofrecian un cuaderno cada ocho dias, y tardaban nueve en llevárselo á su casa.

Sabe cuántos pasos hay desde el Tribunal á su domicilio (vive en la calle de Leganitos), y lo que es más raro, sabe perfectamente los que tiene la vuelta grande del Retiro.

La da en todo tiempo, una vez por semana, los juéves por la tarde, así haga 40 grados de calor como 6 bajo cero.

Va indefectiblemente todas las noches al nuevo café del Siglo, y ántes por 13 cuartos y ahora por 40 céntimos, toma café con leche (sorbe primero el plato); toma un refresco bajo el hipócrita pretexto de que le echen una *chorradilla* de leche en el agua; con el *conque* de tomar *unas gotas* se bebe una copa de ron, y todavía se lleva tres terrones de azúcar á su casa.

En 16 años de tomar café ha reunido nueve arrobas.

Cada ocho dias, matemáticamente el lúnes, da al mozo un real de propina.

Oye misa todos los domingos y fiestas de guardar á las siete en San Marcos, y es tan legendaria su puntualidad de llegar á la iglesia á las siete ménos diez, que los monaguillos, *despreciando* los relojes, sólo tocan á misa de siete cuando asoma don Joaquin.

En el Tribunal arreglan el reloj por su llegada.

Tiene por costumbre beber un vaso de agua á las tres de la tarde, y es tal su reputacion de puntualidad, que como las tres es la hora de la firma, es muy frecuente oir á los porteros que dicen en los negociados: «Señores, la firma, que ha pedido el agua don Joaquin.»

Hace 26 años dia por dia que sirve en el Tribunal, donde entró de meritorio. Jamás ha disfrutado una licencia.

Tiene perfectamente hecha su hoja de servicios, y el modelo de la instancia que su esposa ha de presentar cuando él se muera.

Nunca se ha ocupado más que de su oficina.

No concibe que se pueda vivir más que de un sueldo.

Los cesantes le parecen cadáveres.

Tiene don Joaquin todos los rasgos característicos de los hombres de método.

Apénas amanece nublado, ya nuestro hombre se arma de paraguas y se calza el guardabarros.

Monda las naranjas con tal primor, que asombra. Saca la cáscara en dos mitades, formando cada una una estrella de 10 puntas, *que ni con un compás*.

Almuerza y cena siempre á la misma hora y al minuto.

Entre comida nunca ha tomado más que el sol.

Cierto dia, que con motivo de haber sido ascendido un compañero, tomó en la oficina á las cuatro de la tarde un pastel de arroz y otro de crema, por poco si de la indigestion que le produjo *se le lleva Dios*. Tres dias estuvo en cama con principios de gástrica.

Es mañoso como pocos hombres, y como todos los que son ordenados.

Sabe cortar un chaleco y poner una tapa de terciopelo á una levita.

Con cajas vacías de plumillas, y una baraja vieja, ha hecho para su hijo menor un modelo chiquito del monte de Helicon *de lo más propio que puede nadie figurarse*.

Nadie como él para untar con goma (sic) y echar despues polvos de escribir en el raspador de las fosforeras, cuando están gastadas por el uso.

Su rúbrica parece el plano de andamiaje de la catedral



ADRIANO Y ANTINOO, dibujo por Otto Knille



MOZART EN EL ÓRGANO, cuadro por Cárlos Herpfer

de Leon. Ni los notarios del siglo XV la hacian más complicada.

Para conservar el sombrero no tiene precio: llegar á su casa, quitarle el polvo con un pañuelo de seda encarnado, que á fuerza de uso parece entre sus manos un puñado de hojas de rosa seca, pasarle la punta de la toalla por el charol para enjugarle el sudor y la grasa, y colocarlo artísticamente *de canto*, encima de la cómoda, de manera que sólo rocen con su superficie dos puntos del ángulo que forma la copa, y tres ó cuatro de una de las alas, es operacion que don Joaquin lleva á cabo con singular destreza y asombrosa minuciosidad.

Claro es que don Joaquin es de los que usan cómoda. ¡Y qué primor de cómoda! En el cajon de arriba la ropa blanca, convenientemente perfumada á beneficio de dos ó tres membrillos; en el de en medio, la de paño y lana entre alcanfor y pimiento, y en el bajo las botas y zapatos, entre las que descuellan unas babuchas bordadas de abalorio, que hace quince años le regaló su hija, y unos chanclos de goma más relucientes que un cristal.

Encima de la cómoda y sobre un hule tiene don Joaquin un espejo de mano, al lado de una barrenita, lo que demuestra que se afeita solo y que cuelga el espejo *contra la madera del balcon*.

Se afeita, como todos los hombres de órden, hasta arrancarse las tiras del pellejo.

Él mismo *vacía* sus navajas, en una de esas piedras que un conocido industrial ambulante mete por los ojos á los parroquianos con el conocido estribillo de «Buenas, señorito, pero buenas, pero buenas, pero buenas.»

Tiene la coquetería de darse polvos de arroz, ligeramente teñidos de color de fresa.

Usa cuellos postizos, puños postizos y corbata de cuatro posturas.

Gasta medias que siempre le hacen en casa, en verano de algodon; en invierno de estambre.

Todavía los dias de lluvia, usa *botitos* con suela de corcho.

Se pone en noviembre una piel en el cuello y se la quita en mayo.

En primavera y en verano, que usa chaquet, se lo une por las solapas con un brochecito de acero bruñido.

Por supuesto, siempre lleva dos alfileres clavados debajo del cuello de su levita.

Tiene la capa colgada en un cuelga-idem, de pino pintado de verde. Para ponerse los botitos, tiene ganchos de acero; para quitárselos, plancha de madera.

Gasta petaca de concha con iniciales, y siempre la lleva en el bolsillo, juntamente con un par de guantes, que no se pone nunca.

Lleva en el dedo índice una sortija con un topacio, y tiene un camafeo para la corbata.

En su juventud usó aretes de oro.

Cuando tuvo su primera hija, los cedió á su vástago sin vacilar.

Usa antiparras, que limpia cuidadosamente con la punta de su pañuelo, con inusitada frecuencia, y cuando medita se las sube á la frente con el pulgar y el corazon de la mano derecha.



EL CATADOR, cuadro por Margarita Pfeifer

Tiene, pues, todos los caracteres más definidos y precisos del hombre de método.

Tiene 16,000 reales de sueldo, y ha sabido ahorrar cinco duros al año miéntras tuvo 4,000; diez durante los seis años que tuvo 6,000; veinticinco miéntras tuvo 8,000 (cuatro años); cuarenta, durante los ocho que ha tenido 12,000, y cincuenta en los cuatro que lleva de 16,000; es decir, que dispone de 17,200 reales, que en su odio á los cesantes tiene *empleados* en papel del Estado.

J. G. es un prodigio para conservar la ropa: de un *raglan* que se hizo en 1850, todavía llevó una levita el año pasado.

Del frac con que se casó se han hecho dos chaquetas para sus hijos, y porque están algo descoloridas, dice don Joaquin: «Estos chicos no tienen órden; veintidos años me ha durado á mí el frac, y en dos años que sirve de chaquetas, ya blanquean.»

Don Joaquin es virtuoso.

Miéntras no se rebajó el descuento, fumó la mitad, no tomó ensalada ni un solo dia, no planchó jamás el sombrero, estiró más el calzado, de manera que continuó ahorrando lo mismo

Su hija mayor se llama Pepita, su segundo hijo Pedro, el menor Pedro tambien, y le llaman Perico.

Me olvidé decir á Vds. que su esposa se llama Petra.

La pobre doña Petra, á fuerza de órden, ha perdido toda idea de la línea curva: es una mujer recta.

Petrilla, que ya tiene veintidos años, no ha tenido más novio que un profesor de dibujo lineal.

Tronaron porque un dia quedó en venir á las ocho, y vino á las diez y media. «¡Un hombre así de informal, no sirve para marido!» dijo don Joaquin.

La niña sigue *sin novio*.

Su padre no la entregaria con gusto más que á un reloj de pared. Y como los relojes no se casan, corre riesgo de quedarse soltera.

Pedro y Perico, hasta ahora, hacen la vida del loro, es decir, se dedican exclusivamente á comer garbanzos.

J. G. lleva á Pedro á la oficina y sueña con hacerle meritorio.

El niño muestra felices disposiciones.

A la misma hora, todos los dias, con la misma voz, les dice á sus hermanos cuando su padre no le oye:

—¡Qué fastidio!

Pero en medio de la instintiva nostalgia del desórden que siente la pobre criatura, se queja del mismo modo y á la misma hora.

Misterios del medio ambiente.

Don Joaquin, si la evolucion es una verdad y las costumbres crean naturaleza, será indudablemente el primogénito de una raza que degenerará: los hombres *en péndulos*, las hembras *en ruedas catalinas*.

EL VIENTO IMPIO

(Conclusion)

El lector, indudablemente, no comprenderá tan gran efecto por tan pequeña cosa; por lo cual es necesaria una explicacion.

III

Mahoma era profeta y conquistador. Ya habia sometido á su poder la Arabia feliz y el Yemen, y sólo le faltaba dominar la Arabia Pétrea para consolidar su imperio en Oriente.

El valeroso Antir y los demás emires luchaban denodadamente por su independencia. Habian reunido un numeroso ejército y se decidieron á presentar al invasor una batalla decisiva. Trabóse ésta encarnizadamente, durando muchas horas sin ventaja por una ni otra parte.

Mahoma, que era un gran estratégico, acechaba un descuido del enemigo para fijar el objetivo del combate, y creyendo haberle encontrado, llamó á Alí, su pariente y principal sectario, para darle la órden de un movimiento envolvente.

Alí, que era algo tardo de oído, se aproximó mucho al profeta para oirle mejor, y cuando este le explicaba su plan, soltó aquél un erupto estrepitoso y consistente, casi á boca de jarro de la boca de Mahoma, cuyo delicado estómago se soliviantó hasta el punto de producirle un mareo.

Este incidente decidió de la batalla; cuando el profeta se repuso era ya tarde, el enemigo lo arrollaba todo; comenzó la dispersion, y él mismo tuvo que huir á la Meca en la *Egira* tan célebre y tan funesta en los fastos musulmanes.

Desde entónces en Oriente un erupto es un sacrilegio, y se considera maldito al que incurre en este desahogo de la naturaleza.

El que erupta en presencia del Sultan de Turquía, es infaliblemente empalado; si el culpable es marroquí se le corta la cabeza, si súbdito del Bey de Túnez, se le entierra de medio cuerpo, y segun los países y costumbres varía el castigo, que en todos coincide en ser terrible, excepto en Persia en donde domina la ortodoxia religiosa

de Alí, que es como el Lutero de los mahometanos.

Los árabes, en su lenguaje pintoresco y figurado, llaman al erupto *el viento impío.*

IV

En vista de la tempestad de indignacion que rugia en torno suyo, Malek comprendió que era inútil pedir perdon ni esperar indulgencia.

Tapóse la cara con el caftan para ocultar su vergüenza, salió de la casa en donde quedaba su bien perdido, montó en su caballo, y se alejó galopando sin direccion fija.

El resto del dia vagó por los alrededores, no atreviéndose á presentarse á nadie, saliéndose del camino no bien sentia pisadas ó ruido y repitiendo casi sin cesar:

—¡Ya no la veré nunca, nunca!

Caminó toda la noche sin saber á dónde iba y por la mañana se encontró cerca de un *oasis* de la frontera del Sahara, y en él una caravana que se apercibia á atravesar el desierto, y queriendo separarse de sus compatriotas por medio de la barrera de las arenas interminables, pidió y obtuvo una plaza de camellero.

¡Si la hermosa Fátima hubiera podido verle alejarse, alejarse incesantemente y desaparecer entre los polvorosos remolinos!

¡Qué efímeros son los proyectos y las dichas de este mundo!

Trascurrieron uno, dos, tres años sin que Malek volviera del desierto. Sin embargo, un dia sabiendo que una caravana iba á atravesar el Sahara dirigiéndose hácia la costa, no pudo resistir al deseo de unirse á ella, pero no tuvo el valor de seguirla hasta el fin.

Conforme avanzaba aumentaba la irresolucion del pobre Malek ante la idea de presentarse en aquella comarca profanada por su aliento, y aumentando su temor y su vergüenza, aprovechó una ocasion oportuna para abandonar á sus compañeros de viaje é internarse de nuevo en el desierto.



ALSACIANA, cuadro por B. Vautier

Allí permaneció errante y perdido, diez, veinte, treinta, cuarenta años, expiando en el aislamiento su pasado... estrepitoso.

El tiempo encorvó su cuerpo, surcó su rostro de profundas arrugas y blanqueó sus cabellos y su barba.

No obstante, á medida que avanzaba en edad, y quizá por esta causa, aumentaba en él la nostalgia. No pudo resistirla, quiso ver ántes de morir aquellos sitios en donde habia jugado de niño, y en donde jóven habia amado.

Los antiguos testigos de su vergonzoso desahogo debian haber muerto casi todos, y los pocos de sus contemporáneos que sobreviviesen, desmemoriados por la edad y por los achaques, no era probable que se acordaran de él.

Despues de tantos años ¿qué podia quedar de... un ruido fugitivo?

V

Se decidió, púsose en camino y llegó á los alrededores de su pueblo, en el que todo habia variado. Los plantíos de palmeras ostentaban una altura extraordinaria, vías sólo diseñadas cuando él dejó de verlas, estaban ahora bordeadas de construcciones rodeadas de numerosos jardines plantados de granados, albaricoqueros é higueras.

A la entrada de la poblacion se diseñaba majestuosamente la cúpula de una nueva mezquita.

Miéntras trataba de orientarse en aquellos sitios casi desconocidos para él, pasó á su lado una linda jovencita llevando un cántaro sobre la cabeza.

Malek se quedó embebecido mirándola, porque las facciones de aquella niña se parecian en un todo á las de la hermosa Fátima, á quien el pobre desterrado creyó ver aparecérsele milagrosamente, recordándole su amoroso pasado.

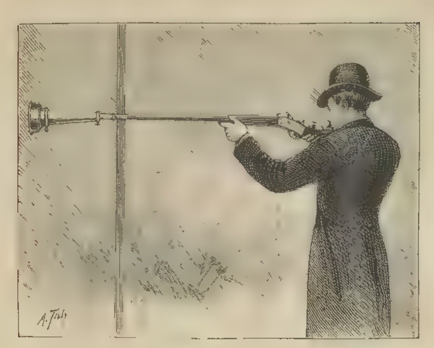
Un impulso irresistible le arrastró hácia ella.

—Niña,—la dijo,—un parecido completo y singular, me hace recordar, al verte, á la hija del difunto Rustan Hahji.

—No tiene nada de particular,—apresuróse á contestar la niña.—Fátima es mi abuelita. ¿La habeis conocido?



EN EL CORRAL, cuadro por O. Greishey



APARATO PARA EVITAR CHOQUES CON LAS MASAS DE HIELO

—Sí,—dijo Malek suspirando,—la he conocido.

Y luégo trató de sonreir filosóficamente, considerando que ninguna mujer aguarda cincuenta años á su prometido ausente, sin procurarse los medios de crearse una familia.

Desde aquel momento el pobre Malek sintió vivísimo interés por aquella pequeña Fátima.

—Llevas un cántaro muy pesado para tu edad, —la dijo.

—¡Vaya!—contestó la niña,—no soy tan jóven como creen. El dia del aniversario del viento de Malek, cumpliré catorce años.

Tan viva fué la impresion que estas palabras causaron al pobre hombre, que se puso lívido y comenzó á temblar.

—¿Qué teneis, buen viejo?—preguntó la pequeña.

Él indicó con un ademan que no era nada, pero sus piernas no podian sostenerle.

La niña le ayudó á sentarse en un banco y le dijo:

—Estareis cansado. Segun parece venís de muy léjos.

—¡Qué hermosa higuera!—exclamó Malek tratando de variar la conversacion.

—Sí que es muy hermosa, no hay en el país otra que dé más higos; lo ménos habia diez años que estaba plantada cuando Malek dejó escapar...

El desgraciado aludido se sentia abrumado por la implacable fatalidad. Hizo un esfuerzo y repuso:

—Yo no conocia esta mezquita.

—No es extraño, es moderna, la construyeron despues...

La niña se interrumpió para contar por los dedos y luégo prosiguió:

—Treinta años despues que Malek dejó escapar el viento impío.

El viejo se puso en pié tambaleándose, y se enjugó la sudorosa frente con su crispada mano.

VI

No habia duda. En vano habia supuesto que el tiempo pudiera borrar su falta; el recuerdo de ésta continuaba tan vivo como el primer dia; es más, tenia trazas de hacerse inmortal y legendario, dotando á la historia local del país de una nueva era.

Inconscientemente habia seguido á la niña el desventurado anciano, caminando á su lado con su paso inseguro.

Ella notó el creciente malestar del pobre hombre y le dijo:

—Os vais á caer, tal vez teneis debilidad, entrad en mi casa, que es ésta, y tomareis un refrigerio.

Malek, sin contestar, se tapó la cara con las manos.

—No tengais reparo, —repuso la pequeña,—mi padre sabe las leyes de la hospitalidad; no os preguntará adónde vais ni de dónde venís, ni quién sois.

—Ni quién soy,—murmuró Malek.

En este momento se presentó un hombre en el dintel de la puerta de la casa.

—Aquí está mi padre, venid,—dijo la niña.

Malek titubeó, mas se dijo:

—Es verdad, no tengo necesidad de decir mi nombre; —y tranquilizado un tanto con esta reflexion, se dirigió hácia la casa.

Pero su conversacion con la pequeña habia conmovido toda su organizacion, y ya se sabe hasta qué punto le eran fatales las emociones. El pobre Malek temia que áun absteniéndose de hablar, podia correr riesgo de descubrir su incógnito.

El padre de la niña le salió al encuentro, y vió con asombro que aquel extranjero andaba hácia atrás, en vez de adelantarse ó esperarle...

¡Desgraciado Malek! habia sentido el movimiento interior, el rayo ascendente, el viento impío próximo á escaparse de su boca.

Huyó precipitadamente y desde entónces nadie ha sabido de él; el culpable se hizo justicia; no ha vuelto jamás á ponerse en contacto con ningun sér humano.

Quizá no quiso salir nunca de entre los bramadores vientos del desierto, únicos suficientes á ahogar el rumor del viento impío.

EMILIO MORAIS

NUEVO PROCEDIMIENTO

PARA EVITAR LOS CHOQUES CON LAS MASAS DE HIELO DURANTE LAS NIEBLAS

El accidente ocurrido hace poco al vapor *Ciudad de Berlin*, explica la importancia que tiene poder reconocer la existencia de los *ice bergs* (montañas ó moles de hielo) durante las nieblas. Las precauciones adoptadas por el capitan Laud, aunque hayan librado de la muerte á más de mil cuatrocientos pasajeros, evitando graves averías al buque, no impidieron el contacto con la mole de hielo, pues ni aun á través de las escotillas era posible reconocer su aproximacion, hasta el momento en que se estuvo encima.

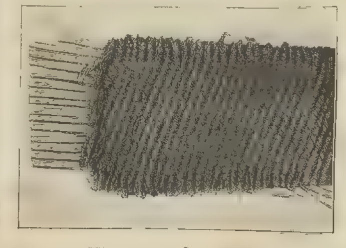
En tales circunstancias, el método propuesto por Mr. Frank Della Torre, de Baltimore, merece un detenida atencion, pues sus experimentos prueban la posibilidad de hacer resonar un eco en la superficie de una montaña de hielo, cuando un buque se halla en sú inmediacion. Mr. Della Torre asegura que un objeto, por pequeño que sea, puede reconocerse durante la niebla bastante á tiempo para evitar un choque. De todos modos, lo cierto es que este método parece digno de practicar un ensayo en el mar, porque los experimentos preliminares practicados últimamente en presencia del profesor Bawland, de Juan Stopkins y del firmante de este artículo han demostrado la posibilidad de hacer que se oigan los ecos en los buques ó en los vapores á considerables distancias.

Estas pruebas se practicaron en el rio Patapsco, cerca de la entrada del Chesapeahe, en un sitio que se halla como á siete millas de la ciudad de Baltimore. Se avanzó á lo largo del rio en un barco para llegar al punto elegido, á donde la distancia de una márgen á otra era de unas tres millas; y la embarcacion se mantuvo á una distancia de tierra calculada de modo que no se pudiera confundir otro eco con el que debia producirse por el paso de un buque.



SOLDADO SUMERGIDO EN EL AGUA CON UN VESTIDO DE PAÑO DE CORCHO

El aparato empleado consistia en un fusil provisto de un portavoz (véase la figura).



TEXTURA DEL PAÑO DE CORCHO

Apuntábase á los buques que pasaban tirando con pólvora, y al cabo de un tiempo más ó ménos largo, segun la distancia á que se hallaba el buque, oíase un eco. Los vapores ordinarios del rio y las goletas de grandes velas devolvian un eco muy distinto, aun á la distancia aparente de una milla. A distancias más cortas, los efectos eran necesariamente más marcados.

Para darse cuenta de estos efectos en las condiciones ménos ventajosas, se tiró en direccion de un remolcador que avanzaba sobre nosotros, siendo la superficie que se presentaba así mucho más pequeña que si se hubiera tomado la embarcacion de costado. A medida que ésta se aproximaba, su proa parecia una especie de blanco de unos seis piés cuadrados, presentando una superficie convexa al choque del ruido de la ola. Percibíase entónces un ligero eco, aunque el barco se hallase á una considerable distancia, calculada en un cuarto de milla. Todos quedaron sorprendidos de haber podido oir hasta el menor eco en estas condiciones. Pero necesitaban mucha atencion para percibir el sonido. Con barcos más grandes los efectos eran muy marcados y notables.

Tambien se practicaron experimentos por los cuales se demostró que el portavoz fijo en el fusil era sumamente útil para repartir mejor las ondas sonoras, comunicando más intensidad á la audicion. Mr. Della Torre asegura que un silbato de vapor ó sirma, combinado con un aparato de proyeccion como el portavoz, prestaria los mismos servicios que el fusil.

Durante las pruebas practicadas en el rio Patapsco hemos observado un curioso efecto de ruido sordo, como el fragor del trueno, que continuó durante algunos segundos, notando tambien un sonido semejante, parecido á un eco, que se produjo en una orilla cubierta de espesura; pero la causa de este efecto no puede atribuirse de ningun modo á la tierra, pues el sonido comenzó inmediatamente despues del disparo de fusil; miéntras que la orilla se hallaba á la distancia de al ménos una milla ó algo más.

Este sonido se debia probablemente á la circunstancia de haberse rizado la superficie del agua, pues era mucho ménos marcada cuando esta estaba muy unida. Un ruido semejante podria ser muy molesto cuando hay mar gruesa; pero no bastaria para impedir que se percibiese el eco producido por una gran mole de hielo.

Si desde la proa del *Ciudad de Berlin* se hubiese tirado á intervalos periódicos, no hay duda que se habria reconocido la presencia del obstáculo bastante á tiempo para evitar el choque que se produjo.

EL PAÑO DE CORCHO

Mr. Williams Jackson, jefe de la Administracion de Equipos para el ejército y la marina, en Lóndres, es el inventor de este paño, cuya trama se compone de hilo de corcho recortado en la corteza por medio de útiles especiales. El urdido es de hilo de lana, de seda, de lino ó de cáñamo, segun los casos. Como el hilo de corcho retiene fácilmente el tinte empleado para el textil con que se asocia, el aspecto de este nuevo producto no tiene nada que le distinga del paño usado para confeccionar los chaquetones, levitas ó paletós de los oficiales de marina, los marineros ó los pasajeros. Las ropas así fabricadas son tan cómodas y manuables, y casi tan ligeras como las ordinarias; y tienen además la propiedad preciosa de sostener en la superficie del agua indefinidamente á los que las llevan, sin que necesiten hacer el menor movimiento. Se puede emplear este paño para la confeccion de ropas para bañarse, tan poco molestas como los trajes de algodon que se ponen á disposicion de los bañistas en las orillas del mar, y que se prestan á los movimientos de la natacion; de modo que la persona puede aventurarse tan léjos como quiera sin temor de ser arrastrada por las corrientes.

En el mes de agosto último se han practicado numerosos experimentos en la isla de Wight y en el Támesis, á presencia del Lord Corregidor. Los trajes de paño de corcho se han probado igualmente en estanques de natacion, así en Lóndres como en Ryde, y en la piscina grande de la calle Rochechouart. Esta prueba se ha hecho con motivo de la Exposicion del trabajo, donde las ropas de corcho obtuvieron una medalla. En uno de los experimentos verificados en la isla de Wight, seis personas, de las cuales tres eran señoras que no sabian nadar, se precipitaron juntas en medio de las olas, y sostuviéronse mas de una hora á presencia de una inmensa multitud, que no escaseó sus aplausos á las nuevas sirenas y á los nuevos tritones.

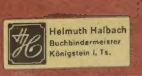
Ya se comprenderá la facilidad con que se han utilizado las propiedades del paño de corcho para producir este feliz éxito; para formar una idea, baste decir que un pedazo de 9 centímetros de longitud por 6 de anchura ha sostenido sin dificultad 12 gramos despues de empaparle préviamente en agua. Estas cifras demuestran que un pedazo de un metro superficial, que contiene 10,000 centímetros cúbicos, sostendria 2,222 gramos, número suficiente para producir un efecto muy sensible. Se puede admitir que basta un esfuerzo poco considerable para sostener á un hombre delgado y nervioso sobre la superficie del agua. Siendo la densidad del corcho una cuarta parte poco más ó ménos de la del agua, basta un peso de 550 gramos de corteza para obtener este aligeramiento; pero como el hilo de trama de corcho ocupa el lugar de uno de trama en textil, se ve que estos 550 gramos distan mucho de representar de por sí el excedente de peso sobre el de un traje de paño empleado en el mar, pero que no tiene la propiedad de sostener un solo instante al individuo que le viste.

Despues de los experimentos citados se ha resuelto que los oficiales de la marina británica lleven chaquetones de este paño en su equipo; y debe esperarse que su uso se adoptará para los pilotos y las tripulaciones de barcos de salvamento, que manifiestan mucha repugnancia, fácil de comprender, para usar los cinturones de corcho que se les dan.

No es inútil añadir que el uso del paño de corcho daria orígen á una industria de que la Argelia sacaria necesariamente buen partido, pues el *Quercus ruber*, cuya corteza produce esta preciosa sustancia, es una de las riquezas forestales de la colonia.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON


Helmuth Halbach
Buchbindermeister
Königstein i. Ts.


GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00620 5518

